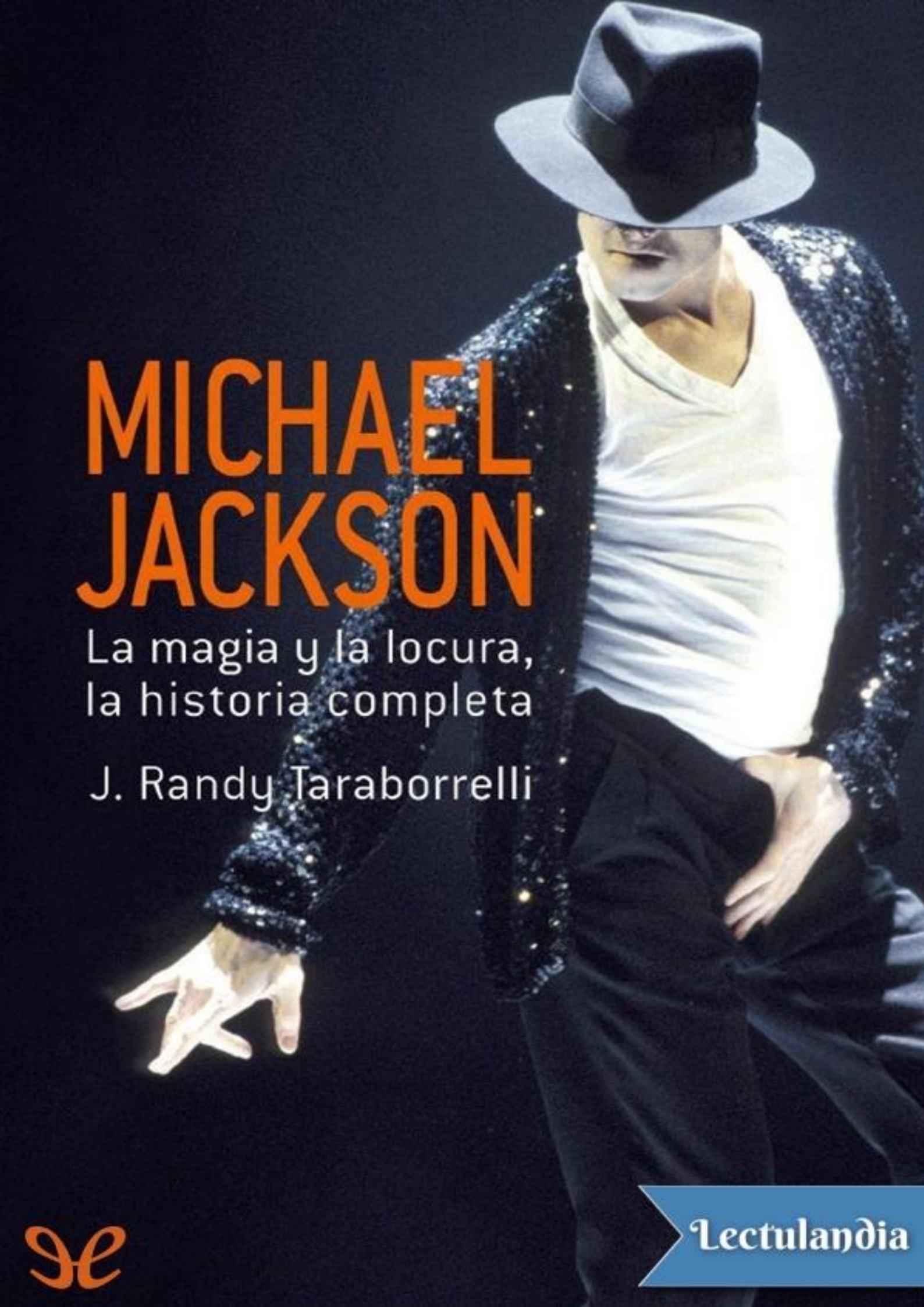


MICHAEL JACKSON

La magia y la locura, la historia completa

J. Randy Taraborrelli

Lectulandia

Michael Jackson. La magia y la locura, la historia completa arroja luz sobre muchos de los aspectos oscuros que han envuelto la vida privada de Michael Jackson: sus controvertidos matrimonios, el nacimiento de sus hijos, las batallas legales por acusaciones de pederastia, finalizando con su prematura y polémica muerte en junio de 2009.

Mucho se ha especulado y escrito sobre la vida de Michael Jackson, tanto que es prácticamente imposible separar al hombre del mito, por eso esta biografía, fruto de más de treinta años de seguimiento del artista y que comprende cientos de entrevistas dentro de su círculo más cercano, incluyendo al propio Michael Jackson, disecciona con rigor, objetividad y sin caer en sensacionalismos la extraordinaria historia de este genial cantante.

El inicio de su carrera musical como niño estrella con los Jackson 5, la relación con su familia y su consagración como Rey del Pop tras el extraordinario éxito mundial de *Thriller*, el disco más vendido de la historia de la música con más de 100 millones de copias.

Se trata de una biografía actualizada, de más 800 páginas, *best seller* en Estados Unidos y Reino Unido. Es una lectura tan trepidante como la vida del artista ya que el autor conoció a Jackson cuando era niño y ha sido su confidente y biógrafo durante más de cuarenta años. Taraborrelli ha sido una de las fuentes principales de los medios norteamericanos tras su súbita muerte.

Lectulandia

J. Randy Taraborrelli

Michael Jackson

La magia y la locura, la historia completa

ePub r1.0
Titivillus 01.05.2018

Título original: *Michel Jackson. The Magic, the Madness & the Whole Story*
J. Randy Taraborrelli, 2009
Traducción: Luisa Borovsky

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Este libro está dedicado a todos los lectores
que han tenido fe en mí a lo largo de los años. Gracias.

J. R. T.

EDICION
CONMEMORATIVA

5.º
ANIVERSARIO



¿Por qué no le dices a la gente que soy un extraterrestre de Marte? Diles que me alimento de gallinas vivas y que a medianoche hago una danza vudú. Van a creer cualquier cosa que les digas, porque eres periodista —concluyó, acentuando la palabra *periodista*—, Pero si yo, Michael Jackson, dijera: «Soy un marciano y como gallinas vivas y hago una danza vudú todas las noches», la gente diría: «Oh, vaya, ese Michael Jackson está *chiflado*. Se ha vuelto completamente loco. No puedes creer una maldita palabra que salga de su boca».

MICHAEL JACKSON a J. Randy Taraborrelli, en septiembre de 1995

Prefacio

CONOCÍ A MICHAEL JACKSON cuando los dos éramos niños. Los Jackson 5 se habían presentado en el Philadelphia Convention Center poco antes, el sábado 2 de mayo de 1970. Fue su primera aparición tras firmar un contrato con Motown Records. Los chicos vivían una época vertiginosa y Michael, con apenas once años, tenía que aprender a lidiar con todo aquello. Recuerdo que entonces era feliz, estaba lleno de vida. Pero algo sucedió en el camino… los dos crecimos, pero de manera muy distinta.

A los dieciocho años me mudé a Los Ángeles para comenzar mi carrera de escritor. Hice numerosas entrevistas a Michael, que se publicaron en diversas revistas. Recuerdo claramente el día que escribí: «Michael Jackson cumple veintiún años»; el título se repitió cuando cumplió veinticinco y más tarde, al llegar a los treinta. Recuerdo también muchos otros artículos que celebraban hitos a lo largo de su vida y la de su talentosa familia. A medida que Michael crecía, observé con creciente preocupación y perplejidad que iba transformándose de un adorable niño negro en… lo que es hoy. Como periodista y frecuente cronista de la vida de Michael, estaba obligado, de alguna manera, a entender qué le estaba pasando, a poner en orden las piezas del rompecabezas para ver cómo se relacionaban con el Michael que yo había conocido en el pasado. Gracias a mis numerosos encuentros con él puedo contar, de primera mano, sus más íntimas reacciones frente a la infinidad de cosas que le sucedieron durante su vida y su carrera.

En 1977 estaba en la casa de los Jackson, en Encino, California, entrevistando a la familia, cuando Michael entró al cuarto con la cara vendada; en aquel momento tenía diecinueve años. Me alarmé: pensé que los rumores acerca de que su padre le pegaba podían ser ciertos. Esa posibilidad me afligió durante muchos años. En realidad, como supe más tarde, acababa de someterse a la segunda de sus muchas cirugías estéticas.

En otra entrevista, llevada a cabo cuando Michael terminó de filmar *The Wiz*, en Nueva York, en 1978, él me dijo que tenía «secretos» que no deseaba revelar, y agregó que «*todos* tenemos profundos, oscuros secretos». Nunca olvidé sus palabras, especialmente porque a medida que los años pasaban se volvía cada vez más extraño y adoptaba una actitud más sombría e incomprensible.

¿Por qué después de tanto tiempo seguimos fascinados con Michael Jackson? ¿Por su impresionante talento? Por supuesto, el talento es parte del motivo. Reconocemos al instante su voz, los pasos de baile que son suyos y sólo suyos. Así como él ha recibido la influencia de sus precursores, como Jackie Wilson y James Brown, ha influido a su vez en generaciones de artistas. Cuando ves bailar a Justin Timberlake, ¿te recuerda acaso a alguien?

Sin embargo, Michael es también piedra angular para muchos de nosotros en el plano personal. Puesto que ha sido famoso a lo largo de más de treinta años, podemos señalar momentos de nuestra vida a través de ciertos logros en la suya. Algunos somos suficientemente viejos para recordar cuán increíblemente adorable y prodigioso era como voz principal de los Jackson 5, y así recordamos dónde estábamos nosotros cuando los hermanos saltaron a la fama. Podemos rememorar la primera vez que vimos a Michael deslizándose en un escenario o en una pantalla, haciendo el mágico «Moonwalk»; evocamos el día en que conocimos el vídeo de «We Are the World», la primera experiencia de una iniciativa solidaria de ese tipo en Estados Unidos, en la que reunió a muchas estrellas del espectáculo; no olvidamos sus maravillosas apariciones en conciertos o sus vídeos innovadores.

Decir que Michael ha logrado un éxito espectacular en su carrera es afirmar lo obvio. No obstante, si bien su vida artística ha sido excepcional y la venta de sus discos ha batido récords, es su vida privada la que nos ha mantenido en vilo.

Tal vez recordemos, también, la primera vez que vimos cada uno de sus nuevos *looks* y nos preguntamos qué demonios estaba haciendo ese muchacho con su cara.

¿Te preguntaste en algún momento si era heterosexual, gay o asexuado? ¿Qué pensaste cuando supiste que había sido acusado de pedofilia?

¿Recuerdas aquel emotivo discurso en Neverland, en el cual dijo que la policía había fotografiado «mi cuerpo, incluido mi pene, trasero, pelvis, muslos y todo lo que desearan»?

¿Y qué decir de Lisa Marie Presley y Debbie Rowe, sus misteriosas exesposas? ¿Alguna vez especulaste acerca de la verdadera naturaleza de sus relaciones con Michael Jackson?

Ahora él tiene hijos y los obliga a usar máscaras en público. «¿Qué se siente al estar solo y frío por dentro?», se preguntaba Michael en su canción «Stranger in Moscow». Sin duda, nosotros nos preguntamos: ¿cómo demonios terminó así?

Por supuesto, la fama lo retuerce todo. Se trata de un extraño fenómeno que nadie, excepto aquellos que son famosos, realmente puede comprender. Sin embargo, todos podemos imaginar qué habría sido de nuestra vida si se hubiera desarrollado bajo una constante e implacable vigilancia, agravada por un padre abusivo, que la hacía mucho más tortuosa.

¿Qué te habría sucedido si hubieras sido infantilizado por un público que te adoraba y te celebraba, ante todo, como un muchachito con talento? ¿Crees que con el tiempo te habrías visto obligado a infantilizarte, que a causa de la frustración y la desesperación te habrías sentido con derecho a rebelarte y comenzar a hacer todo lo que desearas sin reflexionar acerca de lo razonable de tus decisiones, la sensatez de tus elecciones o lo apropiado de tu comportamiento? ¿Qué habría ocurrido si, además, hubieras tenido una cantidad de dinero incalculable, que otorga poder para remediar inseguridades y satisfacer los deseos más profundos de cualquier manera, incluso la más descabellada, y nadie entre tus allegados se hubiera atrevido a

enfrentarse contigo? ¿No te gusta el color de tu piel? Hazlo desaparecer. ¿No tuviste una verdadera infancia? Ven a Neverland. ¿Quieres dormir con niños en tu cama? No hay problema, hazlo. ¿No te gusta tu aspecto? Cambia tu rostro por otro. ¿Aún no te gusta? Cámbialo por otro, y otro, y otro.

«¿Por qué no es capaz de entender qué le sucede?», nos preguntamos cuando pensamos en Michael. «¿Por qué no puede *comprender*?». ¿Se ve a sí mismo como el Rey del Pop, precursor, incomprendido genio musical cuya carrera abarca toda su vida? ¿O como un adulto inseguro y ante todo infeliz, con suficiente dinero y poder para hacer cualquier cosa que quiera y salirse con la suya? Tal vez sólo una cosa sea segura: si fueras una combinación desenfrenada de ambas cosas, probablemente serías… Michael Jackson.

PRIMERA PARTE

Introducción

El bucólico pueblo de Los Olivos, en el condado de Santa Bárbara, tiene poco más de cien años. Si un visitante quiere tener una idea de su historia, debe dirigirse a Mattei's Tavern. Construida en 1886, es uno de los tantos monumentos de épocas pasadas, ya que allí hubo una parada de diligencias donde los pasajeros pasaban la noche durante sus viajes, cuando el único medio de transporte era el coche tirado por caballos. Luego se convirtió en una parada Intermedia del Ferrocarril de la Costa del Pacífico, un servicio ferroviario de vía estrecha creado en la década de 1880, cuando viajar por tierra a lo largo de la costa era algo entre difícil e Imposible. En su apogeo, abarcaba algo más de ciento veinte kilómetros, desde lo que alguna vez se llamó Harford Wharf, en San Luis Bay, hasta Los Olivos hacia el sur. Los pasajeros pasaban la noche en Mattei's antes de tomar la diligencia a Santa Bárbara, al día siguiente. Actualmente, en ese sitio está el Museo de Carruajes, que presenta una historia visual de la región. Lo que en su origen fuera un abrevadero es ahora el Brothers Restaurant, un lugar encantador para comer en Mattei's Tavern.

Hace no mucho tiempo, un hombre de aspecto extraño llegó al museo con un niño, una niña y un bebé. Iba acompañado por dos mujeres mayores que se ocupaban de los pequeños, tal vez niñeras, una de ellas cargando al bebé en una mantilla. También estaba presente un joven asistente que en apariencia no tenía mucho más de veinte años. Sus ojos apuntaban a todos los lados, como si estuviera en alerta máxima, celosamente atento a todo aquello que los rodeaba y a lo que estaban haciendo las demás personas presentes en el lugar.

El hombre mayor llevaba una mascarilla quirúrgica de seda de color púrpura oscuro, un sombrero tipo Fedora cubriendo su cabello de color negro tinta y enormes gafas de sol. Se detuvo ante uno de los paneles de fotos y llamó: «¡Prince! ¡Paris! Venid, mirad esto». Los pequeños corrieron a su lado y él señaló una foto con un dedo largo y flaco de color tiza, con la punta envuelta por un apósito adhesivo, y leyó la descripción que acompañaba la fotografía, con una voz aguda y aleccionadora. En medio de su lectura le pidió al niño que pusiera más atención, insistiendo en que «es importante». El grupo recorrió los paneles mientras el hombre de la mascarilla leía los epígrafes de las fotos instando a los niños a que escucharan atentamente.

Después de la clase, los integrantes del pequeño grupo disfrutaron de un refrigerio en el restaurante. Intercambiaron risas y compartieron bromas privadas, indiferentes a su entorno, como si ignoraran la existencia de todo aquello que no perteneciera a su pequeño mundo. El hombre de la mascarilla se alimentaba levantándola apenas en lugar de quitársela. La gente del lugar trataba de ignorar al extraño contingente. Sin embargo, era difícil apartar la vista, especialmente porque los niños también llevaban máscaras, aunque no quirúrgicas sino… de Halloween. Se las quitaron para comer y luego se las volvieron a colocar, cubriendo nuevamente sus caras.

A principios del siglo XX se construyó una nueva línea férrea, unos cincuenta kilómetros más cerca de la costa del Pacífico. Como no pasaba por Los Olivos, la población de esa pequeña ciudad, que alguna vez fuera próspera, comenzó a mermar. Sin embargo, más tarde sería redescubierta, gracias a la creciente afluencia de turistas de los últimos veinte años. Ahora hay allí una reserva indígena y un casino, además de varios *spa* y centros de terapias *New Age*. Florecen pequeñas galerías de arte, cuyos propietarios son lugareños; tiendas de antigüedades y de regalos, *boutiques* y bodegas en edificios restaurados al estilo del «Lejano Oeste».

Una tarde, el hombre de la mascarilla visitó una de las galerías de arte. «*Ésta* quedaría perfecta en la habitación, ¿no es cierto?», le dijo a su joven asistente, mientras sostenía una pequeña pintura al óleo de dos ángeles flotando, etéreos, sobre un niño dormido. El asistente asintió con la cabeza. El hombre de la mascarilla preguntó al encargado de la galería: «¿Cuánto cuesta este cuadro?». Después de conversar con él en privado, se dirigió hacia su asistente y le susurró algo al oído. Finalmente, le dijo al dueño de la pintura: «De acuerdo. Me lo llevo».

El propietario garabateó algo en un papel y se lo entregó al joven, que enseguida sacó un fajo de billetes de su cartera y comenzó a contarlos para pagar la compra.

«¡No, espera! Es demasiado —dijo el hombre de la mascarilla, que había seguido atentamente la operación—. Creí que usted había dicho que costaba cien dólares. No ciento seis dólares y monedas. —Tuvo lugar entonces una urgente y breve conferencia—. ¿Qué? *¿Impuestos?* ¿En serio? ¿Por *esto*? —preguntó. Luego fingió pensar un rato y antes de dejar el cuadro en su lugar, dijo—: En ese caso… De todos modos, le agradezco».

Se inició una nueva negociación.

«¿De verdad? Bueno, de acuerdo entonces. Cien dólares —se oyó decir al hombre de la cara cubierta, que miró otra vez el cuadro y tomándolo nuevamente en sus manos exclamó—: ¡Oh, Dios, es hermoso! Esos niños se ven tan… *protegidos*. Qué tierno».

Cuando junto a su asistente salía de la galería, se volvió y le dijo al propietario: «Creo que usted es una persona maravillosa, quiero que lo sepa, y le deseo toda la suerte del mundo en su negocio. ¡Volveré pronto!».

En Los Olivos hay unos quinientos ranchos donde se crían caballos, casas de estilo Victoriano y casi dos docenas de negocios. Ese lugar remoto y adormilado es el hogar de unas mil personas. Menos de una docena de ellas son de raza negra, incluido un residente insólito, el único hombre del pueblo que lleva una mascarilla: Michael Joseph Jackson. La Figueroa Mountain Road sube serpenteando a través del exuberante y ondulado valle de Santa Ynez de Los Olivos. Un hombre vende manzanas junto a un frondoso árbol a la vera del camino; ha estado haciendo lo mismo durante años. Todos los días se sienta a vender sus frutas, disfrutar del día y achicharrarse al sol. Es exactamente el lugar apropiado para hacerlo.

Un kilómetro antes, detrás de una imponente puerta de roble, se encuentra el

número 5.225 de Figueroa Mountain Road, una enorme residencia de estilo danés en tres niveles, con paredes de ladrillo y mampostería cruzadas por vigas de madera. Allí vive Michael Jackson.

La finca de alrededor de mil hectáreas originalmente había sido un rancho dedicado al cultivo de avena y la cría de ganado llamado Sycamore Ranch. Se puso en venta por un valor de 35 millones de dólares, pero en mayo de 1988 Michael la compró por 17 millones y la bautizó Neverland Valley Ranch en homenaje al País de Nunca Jamás de la historia de Peter Pan. Lo primero que hizo Michael fue construir allí su propio parque de atracciones, que incluía un carrusel, un tobogán gigante, una línea de ferrocarril con su propio tren y hasta una noria. Con su fortuna podía hacer cualquier cosa que deseara… y lo hizo en Neverland.

El lugar de Michael en el mundo luce absolutamente verde hasta donde alcanza la mirada. El paisaje está salpicado de antiguos molinos de viento. Es elegante, serenamente majestuoso; numerosos árboles sombrean con delicadeza los terrenos espléndidamente cuidados, que incluyen un lago artificial celeste de más de dos hectáreas, con una suave y relajante cascada de un metro y medio, y un bello y atractivo puente de piedra. Es allí, en medio del infinito silencio del campo no cultivado y suavemente ondulado, donde Michael Jackson creó su propio entorno, un refugio seguro en un mundo que, para él, siempre fue apremiante y difícil.

Tres mil doscientos kilómetros al este, en una esquina de la sucia ciudad industrial de Gary, Indiana, hay una pequeña casa de ladrillos revestidos de aluminio, con dos dormitorios y un baño. La propiedad, situada en el número 2.300 de Jackson Street, tiene unos treinta metros de profundidad y quince de ancho. No tiene garaje, jardín ni césped. Gruesas columnas de humo se elevan desde las fábricas de los alrededores impregnando la atmósfera de tal modo que, inevitablemente, quien respira ese aire siente un poco de náuseas. Joseph y Katherine Jackson, los padres de Michael, compraron esa casa en 1950 por 8.500 dólares, con un pago inicial de 500 dólares.

Fue en ese lugar, un vecindario habitado por negros, donde Michael Jackson vivió cuando era niño, con sus padres y sus hermanos Maureen, Jackie, Tito, Jermaine, LaToya, Marlon, Janet y Randy.

Como muchos padres, Joseph y Katherine querían que sus hijos triunfaran. A comienzos de los años cincuenta, ellos apenas tenían una casa con dos dormitorios y un baño para once personas. Compraban ropa y zapatos de segunda mano. Esperaban que cuando los niños terminaran la escuela pudieran conseguir un trabajo fijo, tal vez en una fábrica, si no surgía algo mejor.

Sin embargo, cuando el señor y la señora Jackson descubrieron que algunos de sus hijos tenían talento musical, sus ilusiones se ampliaron: decidieron que, con sus sorprendentes habilidades para la música y la danza, los niños ganarían concursos y serían «descubiertos».

En cuanto la prole grabó sus primeros discos, las expectativas de los padres se tornaron más ambiciosas: una espaciosa residencia en California con criados a su entera disposición. Coches de lujo para todos. Trajes con chaleco, anillos de diamantes y gran poder para Joseph. Abrigos de visón, joyas y una vida social más rumbosa para Katherine. Fantasearon con lanzarse a la televisión y ver a sus célebres hijos presentando sus grandes éxitos ante un mundo entusiasta. Como resultado de la fama de los muchachos, toda la familia sería reconocida, solicitada. Les pedirían que posaran para fotos y firmaran autógrafos. *Todos ellos* serían estrellas. Vivirían en un mundo extraordinario, sin preocupaciones. Todo estaría solucionado, en manos de su buena fortuna.

¿Era pedir demasiado? Por cierto, en ese momento parecía una buena idea. No obstante, como dice el proverbio, hay que tener cuidado con lo que se desea, porque puede hacerse realidad.

Joseph y Catherine

Joseph Walter Jackson nació el 26 de julio de 1929 en Fountain Hill, Arkansas. Hijo de Samuel y de Chrystal Jackson, era el mayor de cinco hijos. Una de sus hermanas, Verna, falleció a los siete años. Samuel, maestro de escuela, era un hombre estricto e inflexible, que educó a sus hijos con mano de hierro. No les permitía relacionarse con amigos fuera de casa. «La Biblia dice que las malas amistades echan a perder a la juventud», sostenía Chrystal.

Un pariente recuerda que «Samuel Jackson amaba a su familia, pero era reservado y no era fácil acercarse a él. Pocas veces demostraba afecto a su familia. La gente lo malinterpretaba, creía que no tenía sentimientos. Los tenía, era sensible, pero no sabía cómo manejar esa sensibilidad. Joseph se parecería mucho a su padre, en más de un aspecto».

Samuel y Chrystal se divorciaron cuando Joseph era un adolescente. Sam se mudó a Oakland, llevándose consigo a Joseph, mientras que Chrystal se trasladó con los demás hijos a East Chicago. Cuando Samuel se casó por tercera vez, Joseph decidió irse a Indiana con su madre y sus hermanos. Abandonó la escuela en el undécimo grado y se convirtió en boxeador en el Golden Gloves. Poco después conoció a Katherine Esther Scruse en una fiesta de su vecindario. Ella era una mujer menuda y bonita, y Joseph se sintió atraído por su personalidad afable y su cálida sonrisa.

Katherine había llegado al mundo el 4 de mayo de 1930 y había sido bautizada Kattie B. Scruse en homenaje a una tía de la rama paterna. (Cuando era pequeña, la llamaban Kate o Katie, y aún en la actualidad los más allegados la llaman así). Kattie era hija de Prince Albert Scruse y de Martha Upshaw. Había nacido en Barbour County —a pocos kilómetros de Russell County, Alabama, una zona rural donde

habían vivido varias generaciones de su familia— cuando sus padres llevaban un año de casados. Luego, en 1931, tendrían otra hija, Hattie.

Prince Scruse trabajó para el Seminole Railroad y también como productor de algodón en un campo arrendado, al igual que el abuelo de Katherine, y también el bisabuelo, Kendall Brown, quien cantaba todos los domingos en una iglesia de Russell County y había adquirido renombre por su voz. Alguna vez había sido esclavo de la familia Scruse de Alabama, cuyo apellido finalmente adoptó.

Katherine recordaría más tarde: «La gente me decía que cuando las ventanas de la iglesia estaban abiertas, la voz de mi bisabuelo resonaba en todo el valle, por encima de cualquier otra. Entonces, me dije, que posiblemente lo lleváramos en la sangre».

Cuando tenía dieciocho meses, Katherine contrajo poliomielitis, o parálisis infantil, como se la denominaba por aquel entonces. Aún no existía una vacuna contra la enfermedad, y muchos niños —como Verna, la hermana de Joseph— morían o quedaban gravemente lisiados a causa de ella.

En 1934, Prince Scruse se mudó con su familia a East Chicago, Indiana, en busca de un empleo fijo. Trabajó en una fundición de acero y luego fue maletero en el ferrocarril central de Illinois. En menos de un año, Prince y Martha se divorciaron; Martha se quedó en East Chicago con sus hijas pequeñas.

A raíz de la poliomielitis, Katherine se volvió una niña tímida e introvertida, que con frecuencia era blanco de las burlas de sus compañeros de escuela. Su vida transcurría entrando y saliendo de los hospitales. No pudo terminar la escuela secundaria y más tarde obtuvo su título asistiendo a cursos para adultos. Utilizó muletas y otros aparatos hasta los dieciséis años. Aún hoy cojea al caminar.

Sus recuerdos positivos de la infancia se relacionan con la música. Ella y su hermana, Hattie, crecieron escuchando programas de música *country* en la radio y admirando a estrellas como Hank Williams y Ernest Tubbs. Fueron integrantes de la banda de la escuela primaria, de la orquesta de la escuela secundaria y del coro. Katherine, que también cantaba en la iglesia bautista, soñaba con hacer una carrera en el mundo del espectáculo, primero como actriz y luego como vocalista.

Katherine se enamoró de Joseph en cuanto lo vio. Él estaba casado pero su matrimonio sólo duró un año. Después del divorcio, Katherine comenzó a salir con Joseph y poco después se comprometieron. Ella estaba fascinada, cautivada por su carisma, seducida por su encanto, su belleza y su poder. Él era un hombre dominante y ella se sintió protegida. Disfrutaba de sus historias, le hacían gracia sus bromas. Sus ojos eran grandes, muy separados y de un color avellana, casi dorado, que ella jamás había visto. Cada vez que lo miraba a los ojos, según ella misma comentaba, se sentía embelesada, y eso la hacía feliz. Como ella misma dice: «Estaba loca de amor».

Katie y Joseph eran opuestos en muchos aspectos. Ella era suave. Él era rudo. Ella era razonable: él, explosivo. Ella era romántica. Joseph era pragmático. Sin embargo, había química entre ellos.

Los dos sentían pasión por la música: él tocaba *blues* con su guitarra; ella era una

fan de la música *country* que tocaba el clarinete y el piano. Durante su noviazgo, en las frías noches de invierno, se acurrucaban para cantar villancicos de Navidad. A menudo lo hacían a coro, armonizando la voz de Joseph con el hermoso timbre de soprano de Katherine.

Michael Jackson siempre sintió que había heredado de su madre la habilidad para el canto. Recordaba que siendo muy pequeño, Katherine lo sostenía en sus brazos mientras cantaba temas como «You Are My Sunshine» y «Cotton Fields».

Joseph, de veinte años, y Katherine, de diecinueve, se casaron ante un juez de paz el 5 de noviembre de 1949, en Crown Point, Indiana, después de seis meses de noviazgo.

Katherine había padecido el divorcio de sus padres y el hecho de haber crecido en un hogar de padres separados. En consecuencia, se prometió que cuando encontrara marido permanecería a su lado en cualquier circunstancia. Pero Joseph no parecía ser motivo de preocupación: la trataba con respeto y le demostraba total consideración. Ella disfrutaba de su compañía; nadie la había hecho reír tanto. Y, lo más importante, había un formidable vínculo sexual entre ellos. Estaban enamorados, eran compatibles e hicieron que todo funcionara bien.

Los recién casados se instalaron en Gary, Indiana. Su primera hija, Maureen, apodada Rebbie, nació el 29 de mayo de 1950. El resto de la prole llegó en una rápida sucesión. El 4 de mayo de 1951, el mismo día en que Katherine cumplió veintiún años, dio a luz a Sigmund Esco, apodado Jackie. Dos años más tarde, el 15 de octubre de 1953, nació Tariano Adaryl, al que apodaron Tito. Luego vino Jermaine LaJuane, el 11 de diciembre de 1954; LaToya Yvonne, el 29 de mayo de 1956; Marlon David, el 12 de marzo de 1957 (fue uno de dos mellizos prematuros; el primero, Brandon, falleció veinticuatro horas después de nacer); Michael Joseph, el 29 de agosto de 1958 («con una cabeza rara, grandes ojos marrones y largas manos», dijo su madre); Steven Randall, el 29 de octubre de 1961, y por último Janet Dameta, el 16 de mayo de 1966.

Los primeros tiempos

Hablemos de la época remota en que los once miembros de la familia Jackson vivían hacinados en el número 2.300 de Jackson Street. «Dando cinco pasos desde la puerta de entrada se llegaba al final de la casa. No era más grande que un garaje», solía decir Michael.

Katherine y Joseph compartían una habitación con una cama doble. Los muchachos dormían en la otra, en una litera triple. Tito y Jermaine compartían la cama de arriba; Marlon y Michael, la del medio; y Jackie ocupaba sola la de abajo. Las tres niñas dormían en un sofá cama en la sala de estar. Cuando nació Randy, durmió en otro sillón. En los meses más crudos del invierno, la familia se apiñaba en

la cocina frente al horno abierto.

«Todos teníamos tareas. Siempre había algo que hacer: fregar los suelos, limpiar los cristales de las ventanas, cuidar el jardín —recordaba Jermaine con una sonrisa—. Después de comer, Tito lavaba los platos. Yo los secaba. Los cuatro mayores (Rebbie, Jackie, Tito, y yo) planchábamos la ropa y no podíamos salir hasta que terminábamos. Mis padres creían en el valor del trabajo. Desde pequeños conocimos la satisfacción de la tarea realizada».

Joseph trabajaba como operador de grúa de Inland Steel, en East Chicago, desde las cuatro de la tarde hasta medianoche. Michael recordaba que su padre regresaba a casa con una gran bolsa de rosquillas glaseadas para todos. «Era un trabajo duro pero fijo, por eso no me podía quejar», decía Joseph. Sin embargo, el dinero nunca era suficiente. Aunque a menudo trabajaba horas extras como soldador, Joseph raramente ganaba más de sesenta y cinco dólares a la semana. La familia aprendió a vivir con esa suma. Katherine cosía la ropa para sus hijos o compraba en la tienda del Ejército de Salvación. Comían platos sencillos: huevos con tocino en el desayuno; sándwiches de salchichón y huevo, y a veces sopa de tomate en el almuerzo; pescado y arroz en la cena. A Katherine le encantaba preparar pasteles de melocotón y de manzana para el postre.

Son pocas las fotos de los niños Jackson en la escuela, porque posaban para ellas pero no podían comprarlas. Durante los cinco primeros años en Jackson Street, la familia no tuvo teléfono. Cuando tenía cuatro años, Jermaine enfermó de nefritis, una inflamación de los riñones, y estuvo hospitalizado tres semanas. Fue un duro golpe, tanto económico como emocional, para Katherine y Joseph.

Si Joseph se quedaba sin empleo, trabajaba cosechando patatas. Durante esos períodos la familia se atiborraba de patatas, hervidas, horneadas o fritas.

«Yo no estaba satisfecho. Algo en mi interior me decía que había algo mejor que eso en la vida. Lo que realmente deseaba, más que cualquier otra cosa, era encontrar una manera de entrar en el mundo de la música», recuerda Joseph Jackson. Él, su hermano Luther y otros tres integrantes formaron The Falcons, una banda de *rhythm and blues* que actuando en pequeños clubs y bares proporcionó un ingreso extra a las respectivas familias. Los tres hijos mayores de Joseph —Jackie, Tito y Jermaine— estaban fascinados con la música de su padre y presenciaban los ensayos en la casa. (Michael no tenía recuerdos de The Falcons).

The Falcons no tuvo éxito comercial. Cuando la banda se disolvió, Joseph guardó su guitarra en el armario de su dormitorio. Ese instrumento era el único vestigio de un sueño postergado y no quería que ninguno de sus hijos la tocara. Michael se refería al armario como a un lugar sagrado. De vez en cuando, Katherine sacaba la guitarra y tocaba para los niños. Todos la rodeaban en la sala y cantaban juntos canciones *country* como «Wabash Cannonball» y «The Great Speckled Bird».

Disuelto el grupo, Joseph no sabía qué hacer de su vida. Por aquel entonces, mientras trabajaba por la tarde en Inland Steel y por la mañana en American

Foundries, tenía claro que ambicionaba mucho más para sí mismo y para su familia. Comenzaban los años sesenta y «todos nuestros conocidos integraban algún grupo musical —comentó Jackie—. Había que ser parte de algún grupo. Entre las pandillas y los grupos musicales, yo elegía un grupo musical. Pero, como nos prohibían estar con otros chicos, empezamos a cantar en casa. Nuestro televisor se rompió y mamá comenzó a hacernos cantar juntos. Y cuando nuestro padre se iba a trabajar, nosotros nos metíamos en su cuarto y sacábamos la guitarra».

«Yo tocaba —continuó Tito—. Y junto a Jackie, Jermaine cantaba y aprendía nuevas canciones. Un día nuestra madre entró en la habitación. Quedamos paralizados. "Nos atraparon", pensamos, pero ella no dijo nada. Nos dejó tocar».

«No quise detenerlos porque vi que allí había mucho talento», explicaría Katherine más tarde.

Las cosas continuaron así durante unos meses, hasta que un día Tito rompió una cuerda de la guitarra. «Sabía que íbamos a tener problemas —recordaba Tito—. *Todos* tendríamos problemas. Nuestro padre era estricto y nosotros le teníamos miedo. Entonces, volví a dejar la guitarra en el armario y esperé que no se diera cuenta de lo que había pasado. Pero lo descubrió, y me llamó dando gritos. Aunque mi madre mintió y dijo que ella me había dado permiso para tocar la guitarra, me hizo pedazos». Cuando Tito cuenta la historia, balbucea, tiene dificultad para hablar. Aun cuando han pasado muchos años, todavía se puede percibir su inquietud. «Ella sólo quería evitar que me azotara, como ya había sucedido otras veces», dijo con tristeza.

«Después, cuando Joseph se calmó, entró en la habitación. Yo todavía estaba llorando sobre la cama. Y le dije: "Tú sabes que yo sé tocar. De verdad sé hacerlo". Me miró y dijo: "De acuerdo, muéstrame qué puedes hacer, chico listo". Y entonces toqué. Jermaine y Jackie cantaron un poco. Joseph estaba asombrado. No tenía idea de lo que podíamos hacer, era un gran secreto y nos habíamos esforzado para que él no se enterara porque le teníamos mucho miedo».

Más tarde, Joseph comentó que cuando sus hijos le revelaron su talento, sintió una súbita oleada de entusiasmo. «Decidí que dejaría que ellos hicieran música —me dijo muchos años después—. Tuve una visión: imaginé a esos chicos haciendo felices a los espectadores al compartir con ellos su talento, que tal vez habían heredado de mí. Sólo quería que fueran alguien. Es todo lo que quería», agregó, aparentemente emocionado por sus propias palabras mientras recordaba.

Al día siguiente, Joseph fue a trabajar y esa noche volvió a casa cargando algo en la espalda. Llamó a Tito y le entregó el paquete: era una guitarra eléctrica roja. «Ahora, a ensayar, muchachos», dijo Joseph con una amplia sonrisa. A continuación reunió a sus tres hijos —Jackie, Tito y Jermaine, de nueve, siete y seis años, respectivamente— y ensayaron.

«Nunca nos habíamos sentido tan unidos —recordaba Tito—. Finalmente habíamos encontrado algo en común. Marlon y Mike se sentaban en el rincón y miraban. Nuestra madre nos daba algunos consejos. Me di cuenta de que mi madre y

mi padre se sentían felices. Todos nos sentíamos felices. Habíamos encontrado algo especial».

En los años sesenta, Gary era una ciudad hostil y el barrio de los Jackson podía ser un lugar peligroso para los más jóvenes. Katherine y Joseph temían constantemente que alguno de sus hijos se hiciera daño en las calles. En palabras de Jackie: «Nuestros padres siempre nos protegieron. Nunca nos permitieron divertirnos en las calles como los demás niños. Teníamos un horario estricto para volver a casa. Sólo podíamos jugar con otros niños de nuestra edad cuando estábamos en la escuela. Nos gustaba la faceta social de la escuela».

Katherine Jackson, que ejerció gran influencia en la vida de sus hijos, les transmitió un profundo y obediente respeto por algunas convicciones religiosas. Había sido bautista y luego, luterana; pero se apartó de ambas religiones por la misma razón: descubrió que los pastores tenían aventuras extramaritales. Cuando Michael cumplió cinco años, Katherine se convirtió en testigo de Jehová, y comenzó a llamar a las puertas de las casas para predicar su fe. Fue bautizada en 1963 en la piscina de Roosevelt High, en Gary. Desde ese momento, cada domingo la familia debía vestir sus mejores ropas y acompañarla a Kingdom Hall, su lugar de culto. Joseph, que había sido criado como luterano, lo hizo un par de veces para contentarla, pero dejó de ir cuando los niños aún eran pequeños porque, como explicó Marlon, «era muy aburrido». Con el paso del tiempo, Michael, LaToya y Rebbie serían los más devotos.

Si su madre hubiera abrazado otra religión, tal vez Michael Jackson habría evolucionado de forma totalmente diferente. Los testigos de Jehová están tan lejos de la corriente dominante en el protestantismo que, especialmente en los años cincuenta y sesenta, se los consideraba una secta. Sin importar dónde viva, ningún testigo de Jehová honra a la bandera (creen que hacerlo es una demostración de idolatría) ni se incorpora al ejército (cada uno de ellos se considera pastor, y, por lo tanto, está exento de hacerlo). No celebran la Navidad, la Pascua, ni los cumpleaños. Normalmente no aportan dinero a ningún grupo más que a su propia Iglesia, porque consideran que el acto más valioso y más caritativo consiste en predicar el Evangelio. De vez en cuando los testigos de Jehová aparecen en las noticias porque se niegan a recibir transfusiones de sangre y también impiden que las reciban sus hijos, sin importar la gravedad de su estado.

En lo que se refiere estrictamente a las enseñanzas, los testigos de Jehová se consideran a sí mismos como el cordero; cualquier otra persona es una cabra. Cuando se librara la gran batalla de Armagedón —se esperaba que sucediera en 1972 y luego en 1975— todas las cabras serían destruidas, pero el cordero no sufriría daño alguno. Luego, los corderos resucitarían a la vida en la tierra como súbditos del Reino de Dios. Serían gobernados por Cristo y un selecto grupo de 144.000 testigos vivirían en el cielo a la vera del Señor. Al cabo de mil años, Satanás reaparecería para tentar a los

que estuvieran en la tierra. Los que sucumbieran a sus artimañas serían destruidos de inmediato. Los demás vivirían idílicamente. Por supuesto, como todos los que se adhieren a creencias religiosas, algunos testigos son más inflexibles en cuanto a estas enseñanzas que otros.

Se calcula que entre el 20 y el 30 por ciento de sus miembros son negros. Los testigos son juzgados sólo por sus buenas acciones —su devoción o la difusión de su fe— y no por los automóviles nuevos, las grandes casas, la ropa cara y otros símbolos de estatus. A causa de su devoción por los testigos de Jehová, Katherine estaba satisfecha con lo que tenía en Gary, Indiana. Disfrutaba de su vida y tenía pocos conflictos, excepto la preocupación de que la ciudad no ofreciera nada más prometedor para el futuro de sus hijos que un puesto en una fábrica para los muchachos y la vida doméstica para las niñas. ¿Era eso tan malo? Joseph le decía que sí, decididamente sí. Algunas veces ella estaba de acuerdo. Otras, no sabía qué pensar.

Todos los días, durante al menos tres horas, los muchachos ensayaban, quisieran o no, ya que Joseph tenía la idea fija de sacar a la familia de Gary.

«Cuando descubrí que mis hijos estaban interesados en ser parte del mundo del espectáculo, realmente me puse a trabajar con ellos —diría Joseph Jackson a la revista *Time*—, Mientras los demás chicos estaban en la calle jugando, mis muchachos estaban en casa trabajando, tratando de aprender cómo ser alguien en la vida, cómo *hacer* algo con su vida».

Si bien la música unió a la familia Jackson, también sirvió para distanciarla de todos los miembros de su vecindario. «Si la gente pensaba que nosotros éramos extraños a causa de nuestra religión, ya no tuvo dudas. “Sí, miren a los Jackson. Creen que son especiales”. Los demás chicos solían pasar el tiempo en las esquinas y cantando con sus grupos. Pero a nosotros no nos dejaban hacerlo. Teníamos que ensayar en casa. Entonces, ellos pensaban que nosotros nos creíamos demasiado buenos para cantar en la esquina», recordó Jackie.

Los ensayos se realizaban dos veces al día, antes y después de la escuela, aun cuando los demás del vecindario pensaran que los Jackson estaban perdiendo el tiempo. Mientras ellos ensayaban, por las ventanas abiertas se filtraban las burlas que llegaban desde afuera: «¡Vosotros no sois *nada*, Jacksons!», y llegaban las piedras lanzadas hacia la sala, pero eso los hermanos lo ignoraban y se concentraban en sus sesiones de práctica.

Hacia 1962, Marlon, de cinco años, se unió al grupo. Tocaba el bongo y cantaba, en general desafinando. Aunque Marlon no sabía cantar ni bailar, lo admitieron en el grupo porque Katherine les obligó. Un día, mientras los muchachos ensayaban, Katherine observó que Michael —tenía cuatro años— comenzaba a imitar a Jermaine, que cantaba una canción de James Brown. Su voz sonaba tan firme y pura que Katherine se sorprendió. Apenas Joseph regresó a casa, lo recibió en la puerta con una buena noticia: «Creo que tenemos otro cantante solista».

Joseph pega a Michael

Michael Jackson se refirió muchas veces a los abusos que sufrió por parte de su padre. Cuando en 2003 concedió su controvertida entrevista a Martin Bashir, las lágrimas acudieron rápidamente a sus ojos al recordar la manera en que lo había tratado. «Era algo muy malo, realmente malo», dijo, refiriéndose a las palizas. Era verdaderamente penoso ver a Michael remontarse a la época en que vivía en Gary y su padre le pegaba. Resultaba evidente que tantos años después aún seguía traumatizado por ese tramo de su infancia.

El pequeño Michael era un niño fascinante. «Desde muy pequeño Michael me pareció diferente al resto de los niños —afirmaba Katherine y explicaba—: Como sabes, los movimientos de los niños son muy descoordinados. Michael nunca tuvo ese tipo de movimientos. Cuando bailaba, parecía una persona más grande. No creo en la reencarnación, pero…».

Michael siempre fue precoz. Su madre recordaba que al año y medio sostenía solo el biberón y bailaba al ritmo de la lavadora. Su abuela, Chrystal Johnson (el apellido de casada que tuvo más tarde), recordaba que comenzó a cantar cuando tenía alrededor de tres años. «¡Y qué hermosa voz tenía! Ya entonces era una dicha escucharlo», decía con entusiasmo.

Michael era un niño demasiado sensible para soportar los maltratos que recibía de su padre. Por otra parte, corría rápido y estaba decidido a evitar altercados con Joseph. Según decía Tito, Michael era «tan rápido que cuando mi madre o mi padre intentaban pegarle, lograba huir y ellos terminaban pegándole al aire».

Joseph creía en el valor y el efecto de la fuerza bruta como herramienta para disciplinar. «En esta vida eres un ganador o eres un perdedor. Y ninguno de mis hijos va a ser un perdedor», solía decir. Para asegurarse de que así fuera, sin dudar propinaba bofetadas a sus hijos con el propósito de que no se desviaran de la senda de los «ganadores». Arrojarlos contra las paredes no era una conducta poco frecuente en él, especialmente con los varones. Michael era el único que intentaba defenderse cuando su padre lo provocaba. Una vez, cuando tenía apenas tres años, Joseph le pegó por algo que había hecho. Llorando, Michael tomó uno de sus zapatos y se lo lanzó a su padre. Joseph se apartó y el zapato no llegó a golpearlo.

—¿Estás loco? Acabas de firmar tu sentencia de muerte. ¡Ven aquí ya mismo! —le gritó Joseph. Según el relato de Marlon, cogió a Michael enfurecido y comenzó a darle puñetazos, uno tras otro, mientras lo sostenía boca abajo colgando de una pierna, pegándole en la espalda y en las nalgas. Michael comenzó a llorar y a gritar tan fuerte que parecía pedir auxilio a todo el vecindario.

Katherine le gritó:

—Déjalo, Joseph. ¡Vas a matarlo!

Cuando Joseph finalmente lo liberó, el niño corrió a su habitación, sollozando, y le dijo:

—Te odio. —Esas palabras fueron un desafío para Joseph. Siguió a Michael a la habitación, cerró la puerta de un portazo y le dio su merecido.

«Una vez, Joseph encerró a Michael en un armario durante horas. Fue algo traumático, horrible para él», contó un amigo de la familia Jackson. Katherine no lograba resignarse a la manera en que su esposo trataba a sus hijos. ¿Cómo un hombre dulce, capaz de besarle las yemas de los dedos en un momento romántico, podía cambiar tanto y pegar a sus hijos? Esa conducta era sencillamente incomprensible para una mujer devota como ella. Sin embargo, no sabía qué hacer. Amaba y temía a su marido en la misma medida. Algunas veces le decía lo que pensaba, pero le costaba hacerlo.

En realidad, Katherine también había sido víctima de la furia de Joseph. Cuando Rebbie era bebé, Joseph estaba muy nervioso por la falta de sueño y la carga de trabajo. Un día volvió a casa y encontró a la niña llorando mientras Katherine estaba fuera, hablando con una vecina. Salió corriendo a buscarla. «La niña está llorando a gritos», vociferó. Ella regresó de inmediato y, según recordaba, le dijo: «Lo siento, Joseph. No sabía que se había despertado». Joseph dio media vuelta y le pegó un bofetón. «La mejilla me quedó entumecida», comentaba Katherine. Pero ella reaccionó con una brusca y repentina furia. Tomó un calentador de biberones de cerámica y se lo lanzó con todas sus fuerzas. El calentador le golpeó en el antebrazo y se hizo trizas, produciéndole un corte profundo. La sangre salía a borbotones de la herida mientras discutían a gritos. «No vuelvas a pegarme o te abandonaré antes de que puedas darte cuenta», le advirtió. Katherine aseguraba que fue la primera y la última vez que Joseph le pegó. Todo indica que dirigió su violencia hacia sus hijos.

En una ocasión, Michael tenía cinco años, al entrar en su habitación Joseph le hizo una zancadilla y él cayó al suelo, ensangrentado.

—Esto es por lo que hiciste ayer. Y mañana te daré tu merecido por lo que hagas hoy —le dijo—. Él comenzó a llorar.

—Pero si aún no he hecho nada —protestó, bañado en lágrimas.

—Pero lo harás, muchacho. Lo harás —le respondió su padre.

Desde entonces cada vez que el pequeño Michael entraba en una habitación miraba a derecha e izquierda, como si estuviera cruzando la calle, para protegerse de su padre. ¿Cómo hace un muchachito para sobrellevar ese temor? «¡Comencé a tener tanto miedo de ese hombre…! De hecho, me pregunto si no corro peligro al decir que lo odiaba», confesó más tarde.

Michael recordaba que su padre «siempre fue un misterio para mí» y él lo sabía. Una de las cosas que más lamentaba era no haber podido acercarse verdaderamente a él. En realidad, ninguno de los hijos de los Jackson logró «un verdadero acercamiento» a Joseph, que no se mostraba para nada afectuoso con ellos. Algunas veces llevaba a sus hijos a acampar y a pescar los fines de semana o les enseñaba a boxear para defenderse, pero nunca dedicó demasiada atención a sus hijas. (Cuando era pequeña, a Janet le gustaba meterse en la cama de sus padres, pero tenía que

esperar a que Joseph se durmiera).

En ciertos aspectos, la manera en que Joseph criaba a sus hijos era, cuando menos, poco convencional. Si los chicos dejaban abierta la ventana de su habitación por la noche, él se ponía una máscara terrorífica, entraba y les gritaba con toda la fuerza de sus pulmones. Los más pequeños empezaban a llorar y a agitarse, casi muertos de miedo. ¿Por qué un padre desearía provocar a sus hijos semejante trauma? Joseph explicaba que trataba de demostrarles que no debían dejar las ventanas abiertas por la noche: un ladrón podía entrar en la casa. Muchos años después, Michael y Marlon seguían teniendo pesadillas en las que eran secuestrados de sus dormitorios.

Cuando Michael creció, se alejó de Joseph tanto como pudo y se aferró a su madre, a quien adoraba, como si su vida misma dependiera de ello (tal vez así era).

—Aun teniendo nueve hijos, ella trataba a cada uno como a un hijo único —recordaba en 1991, durante una conversación con el autor de este libro—. Después de haber conocido la dulzura, la calidez y el cuidado de Katherine, no puedo imaginar cómo es posible crecer sin el amor de una madre. —Irónica afirmación, teniendo en cuenta que sus dos hijos se criaron sin su madre, Debbie Rowe—. Todo lo que ella nos enseñó tiene un valor Incalculable. La bondad, el amor y la consideración hacia los demás encabezan la lista.

—¿Y qué puedes decir de Joseph? —le pregunté.

—Yo solía vomitar cuando me acordaba de él —recordó sucintamente Michael.

En 2003, le dijo a Martin Bashir que Joseph tenía los ojos azules. Era evidente que no había mirado a su padre a los ojos en mucho tiempo: son color avellana.

Escalar montañas

En 1963, cuando tenía cinco años, Michael Jackson comenzó a asistir a la Garnett Elementary School. Katherine ha dicho que era sumamente generoso, tanto que solía coger joyas de su joyero para dárselas a sus maestras como muestra de su afecto hacia ellas. Dado que era un chico terco, siguió haciéndolo aunque su madre le regañara por regalar sus pertenencias.

Uno de los primeros recuerdos de Michael se remonta a una representación que hizo a los cinco años, en la que cantó a capela para su clase «Climb Ev’ry Mountain», de la película *Sonrisas y lágrimas*. Los demás niños estaban tan impresionados por su confianza en sí mismo como por su talento. El público lo ovacionó de pie. La maestra comenzó a sollozar de emoción. Katherine asistió a la actuación con el padre de Joseph, Samuel, que a pesar de no ser precisamente un hombre sentimental, se conmovió hasta las lágrimas por la melodiosa interpretación de Michael. «No sé de dónde lo sacó —comentaba Katherine acerca del talento de Michael para el canto—. Tan pequeño y ya era tan bueno… Algunos niños son especiales. Michael era

especial».

A los cinco años, Michael tenía mucha más energía y carisma que Jackie, que por aquel entonces tenía doce años, y se transformó en el «líder». Algo perfecto para Michael, que disfrutaba al ser el centro de atención. Jermaine se sintió herido. Había sido el cantante del grupo y de pronto, al parecer, ya no era suficientemente bueno. Algunos miembros de la familia sostenían que una de las razones por las que tartamudeaba cuando era niño era la falta de confianza en sí mismo. Aunque Jermaine tuvo que apoyar la decisión de la familia, ya que era obvio que Michael era un artista nato, siempre pareció competir con Michael, especialmente en la edad adulta, y en más de una ocasión trató de superarlo.

«Se convirtió en un pequeño gran imitador —recordaría Jermaine sobre Michael —. Apenas veía algo (otro niño bailando, o tal vez a James Brown en la televisión), lo aprendía de memoria y luego sabía exactamente cómo hacerlo. Además, le gustaba mucho bailar. Marlon era bueno bailando, tal vez mejor que Mike. Pero a Mike le gustaba más. Siempre estaba bailando por toda la casa. Solíamos verlo bailar mirándose en el espejo. Practicaba solo y luego venía y nos mostraba el nuevo paso. Entonces lo incorporábamos al espectáculo. Michael comenzó a ocuparse de la coreografía de nuestro espectáculo».

«Por fin llegó el momento de presentarnos a un concurso de talentos. Lo recuerdo como si hubiera sido ayer —decía Michael—. Todos los chicos de nuestra calle querían presentarse y ganar el premio. Yo tenía alrededor de seis años, y ya había comprendido que nadie te regala nada. Tienes que conseguirlo tú mismo. Como decía Smokey Robinson en uno de sus temas, “tienes que ganártelo”. Nos presentamos al concurso de talentos de Roosevelt High School, en Gary. Cantamos “My Girl”, una canción de The Temptations, y ganamos el primer premio».

Los muchachos también interpretaron «Barefootin», el éxito de Robert Parker. Durante una pausa musical, en medio de la canción, el pequeño Michael se quitó los zapatos y comenzó a bailar descalzo por todo el escenario, para gran deleite de la muchedumbre.

«Después de eso comenzamos a ganar todos los concursos de talentos a los que nos presentábamos. Pasábamos, naturalmente, de una cosa a la otra, cada vez más, más y más. La casa se llenó de trofeos, mi padre se sintió muy orgulloso. Tal vez aquella época en Gary, cuando ganamos todos esos concursos, fue el momento en que vi más felices a mis padres. Creo que nunca la familia estuvo tan unida como al comienzo, cuando no teníamos nada más que nuestro talento», relató Michael.

En 1965, Joseph ganaba unos ocho mil dólares al año con su empleo de tiempo completo en la fábrica. Katherine, por su parte, trabajaba media jornada como vendedora en Sears. Cuando Joseph quiso invertir más dinero en el grupo, para comprar equipo musical, amplificadores, micrófonos, ella comenzó a preocuparse.

«Tenía miedo de que estuviéramos precipitándonos», recordaría ella más tarde.

El matrimonio tuvo fuertes discusiones sobre la cuestión económica. Alguna vez,

Joseph defendió ante mí su posición: «Vi el enorme potencial de mis hijos y tiré la casa por la ventana. Invertí un montón de dinero en instrumentos, y era dinero que no teníamos. Mi mujer y yo tuvimos acaloradas discusiones sobre ese "despilfarro", como ella lo llamaba. Gritaba que el dinero debía utilizarse para comprar comida en lugar de guitarras y baterías. Pero yo era el cabeza de familia y lo que decía era la última palabra. Logré imponer mi opinión. Los negros estábamos acostumbrados a luchar y apañarnos para ganarnos la vida. No era nada nuevo para mí, ni para ninguno de nosotros. Salí adelante en la vida con mucho esfuerzo. Mis hijos sabían ahorrar, no tenían otra posibilidad. Hacíamos que el dinero alcanzara comiendo cosas como tripas de cerdo y hojas de col. Yo les decía que era la comida tradicional de los negros del sur de Estados Unidos y que era bueno comerla para tocar música *soul*. Estábamos tratando de progresar, no estaba dispuesto a permitir que nada nos detuviera».

Joseph y Katherine siempre lograban superar sus peleas. Después del griterío, Joseph se inclinaba hacia ella y la besaba suavemente en los labios. Podía ser sorprendentemente delicado. Más tarde, ella diría que temblaba cada vez que iniciaba un acercamiento romántico; él siempre zanjaba las controversias con ella de ese modo. «Joseph me convenció de que valía la pena hacer ese esfuerzo por los niños. Nunca alguien creyó tanto en sus hijos como mi marido creía en estos muchachos. "Gastaría hasta mi último céntimo en estos chicos si fuera necesario", solía decirme».

Pronto Joseph llevó a sus hijos a competir en los concursos de búsqueda de talentos de Chicago. Era una ciudad muy animada, con la sensacional música *soul* de los años sesenta y desbordante de talentos como Curtis Mayfield, The Impressions, Jerry Butler y Major Lance. Tal vez Joseph no fuera un *showman*, pero ciertamente conocía el mundo del espectáculo y enseñó a sus hijos todo lo que había aprendido —por experiencia, observación e instinto— sobre la manera de comportarse en el escenario y ganarse al público.

«Era increíble, siempre acertaba en todo. Fue el mejor maestro que tuvimos —dijo alguna vez Michael—. Sin embargo, no hacía que fuera divertido: "No lo estás haciendo bien; tienes que hacerlo de este modo", me decía. Y luego me pegaba. Me hacía sufrir. Después decía: "Hacedlo como Michael", y me ponía de ejemplo.

»Yo detestaba eso. No quería ser un ejemplo, no quería sobresalir. Mis hermanos me miraban con resentimiento porque no podían hacerlo como yo. Era horrible, y Joseph lo hacía invariablemente. Pero mi padre también era brillante. Me enseñó a moverme en el escenario, a manejar el micrófono, a hacer gestos, y todo lo demás. Yo estaba siempre hecho pedazos: por un lado, él era ese hombre horrible, y por otro, un mánager increíble».

El grupo hizo su primera presentación pagada en *Mr* Lucky's, un club nocturno de Gary, a cambio de aproximadamente siete dólares. A partir de entonces, los muchachos comenzaron a tocar en otros clubs donde los clientes les lanzaban monedas y billetes al escenario. «Mis bolsillos estaban a punto de romperse con tanto

dinero —me dijo una vez Michael—. Después de la presentación, compraba golosinas a montones para mí y para los demás».

Algunos chicos del barrio que eran músicos acompañaban a los Jackson de vez en cuando. En 1966, Johnny Porter Jackson (que no tenía parentesco con ellos) se sumó al grupo como batería estable. La familia de Johnny tenía buena relación con los Jackson, que por aquel entonces consideraban a Johnny como un primo. También se sumó un teclista, Ronny Rancifer. El grupo tocaba en clubs de Gary e incluso en Chicago; Michael tenía ocho años y era el cantante solista. Tito tocaba la guitarra. Jermaine, el bajo; Jackie, los *shakers*, y Johnny Jackson, la batería. Marlon hacía los coros y bailaba, aunque no era muy buen bailarín. (Sin embargo, se dedicó a la danza con tanto esfuerzo y perseverancia que terminó rivalizando con Michael).

Después de un extenuante fin de semana de actuaciones, a las cinco de la madrugada del lunes los Jackson llegaban en su Volkswagen al número 2.300 de Jackson Street. Joseph besaba a Katherine en la nariz con una sonrisa juvenil. «¿Cómo estás, Katie?», le preguntaba. Para ella, nada podía ser mejor que la expresión de su marido cuando todo había salido bien con los muchachos: era pura alegría. Sus hijos la abrazaban y luego se iban a dormir un par de horas, mientras Katherine vaciaba sus bolsas y les preparaba un formidable desayuno. Después, Joseph se iba al trabajo y los chicos, a la escuela.

Aunque estaba más que contenta por el éxito creciente de sus hijos, Katherine no estaba de acuerdo con el cambio de prioridades de la familia. De pronto, el énfasis no estaba puesto en hacer música para divertirse, sino para ganarse la vida. Le parecía que ganar dinero sólo servía para querer ganar *más* dinero. Sin embargo, como testigo de Jehová, Katherine valoraba las buenas acciones por encima del dinero. Por lo tanto, le preocupaba ver tan felices a sus hijos cuando, después de una actuación, volvían a casa con los bolsillos llenos de monedas. «Recordad que lo importante no es eso», les decía. Pero ¿cómo creerla, si ella misma los alentaba a ganar más concursos y, por lo tanto, más dinero?

Los Jackson 5 adquirieron su nombre en los alrededores, por cierto poco auspiciosos, de un centro comercial de Gary, Indiana. «Fue hablando con una chica, una modelo llamada Evelyn Leahy —me dijo una vez Joseph—. Los muchachos estaban actuando en el centro comercial y después del espectáculo ella me dijo: “Joseph, creo que los Jackson Brothers suena un poco anticuado, como los Mills Brothers. ¿Por qué no simplemente los Jackson 5?”. Me pareció un buen nombre, y de ahí en adelante los llamamos así».

Pronto el grupo comenzó a actuar en más clubs fuera de la ciudad los fines de semana. Joseph colocó en el Volkswagen de la familia un portaequipajes donde transportaba el equipo hasta el llamado circuito «*chitlin*» (de *chitterling*, que significa «tripas de cerdo»), teatros de dos mil butacas en el centro de ciudades como Cleveland, en Ohio, Baltimore, en Maryland y Washington D. C. Compartían el programa con otros artistas y todos se esmeraban por lograr la preferencia del

público. Los grupos de cierta fama, como The Four Tops, alternaban con desconocidos como los Jackson 5. Los principiantes tenían así la oportunidad de aprender de los artistas más experimentados. Después de la actuación, los hermanos de Michael se iban, pero él se quedaba a mirar todo el programa. Quien quisiera encontrar a Michael, de apenas ocho años, sabía dónde: estaba entre bastidores, observando, estudiando y, como él mismo recordaba, «tomando nota de cada paso, cada movimiento, cada giro, cada vuelta, cada roce, cada emoción. Fue la mejor educación que tuve».

En poco tiempo, Michael comenzó a incorporar las mejores rutinas y recursos de cada artista. Por ejemplo, observaba atentamente a James Brown. (Diana Ross solía hacer lo mismo antes de que The Supremes llegaran a la fama. ¡Les robó a todos los de Motown Revue!).

«James Brown me enseñó algunas cosas que hacía en el escenario —recordaba Michael en 1970—. Fue un par de años atrás. Me enseñó a dejar caer el micrófono y a atraparlo antes de que llegara al suelo. Me llevó apenas treinta minutos aprenderlo. Parece difícil, pero es fácil. Ahora sólo quiero un par de zapatos de charol como los de James Brown. Pero no los hacen en tamaño pequeño».

Los Jackson 5 ganaron el espectáculo de talentos *amateur* en el Regal, un teatro de Chicago, tres semanas consecutivas. Fue un golpe maestro para la familia. Los chicos Jackson iban adquiriendo experiencia y brillo, y su cantante, Michael, tenía más aplomo y era cada vez más profesional. Tocaron en St. Louis, Kansas City, Boston, Milwaukee y Filadelfia. No sólo fueron la banda de apertura de The Temptations, The Emotions, The O'Jays, Jackie Wilson, Sam and Dave y Bobby Taylor and the Vancouvers, sino que además crearon lazos de amistad con esos artistas y a través de ellos supieron qué podían esperar del mundo del espectáculo.

Antes de uno de los concursos de talentos, un artista le recomendó a otro estar atento a los Jackson 5, «porque tienen a ese enano que están utilizando como cantante». Jackie, que lo oyó por casualidad, no podía parar de reír.

Cuando Michael lo supo, se sintió herido.

—No tengo la culpa de ser el más pequeño —se quejó, llorando.

Joseph se apartó con su hijo y arrodillándose para mirarlo directamente a los ojos le dijo con suavidad:

—Tienes que sentirte orgulloso de que estén hablando de ti en la competición. Significa que estás en el camino correcto. Es algo bueno.

—Sí, pero no me gusta. Están hablando mal de mí —recordaba haber respondido Michael.

En un rapto de ternura extraño en él, Joseph besó a su hijo en la cabeza.

—Esto es sólo el comienzo, Mike, así que ve acostumbrándote —agregó, sonriendo.

En agosto de 1967, los Jackson 5 se presentaron en el famoso Teatro Apollo, de Harlem, como concursantes en su mundialmente célebre *show amateur*. Por aquel entonces llegar al Apollo era el sueño de la mayoría de los jóvenes artistas negros. En su libro *Showtime at the Apollo*, el escritor Ted Fox observa: «[El Apollo] no sólo era el teatro negro más grande, sino también un lugar muy especial para alcanzar madurez en el plano emocional, profesional, social y político». Joseph y Jack Richardson, un amigo suyo muy cercano, llevaron a los muchachos a Nueva York en el Volkswagen de la familia. En esa época, Jackie tenía dieciséis años; Tito, trece; Jermaine, doce; Marlon, diez; y Michael acababa de cumplir los nueve. Los hermanos entraron al así llamado Superdog Contest. Ganarlo constituía el logro más prestigioso para todas las categorías.

Una vez Michael me dijo: «El Apollo era el lugar más difícil para actuar. Si te querían ahí, era porque realmente *te querían*. Y si te odiaban, te lanzaban cosas, comida u objetos. Pero ¿sabes qué? No estábamos asustados. Sabíamos que éramos buenos. Teníamos mucha confianza en nosotros mismos en esa época. En otras actuaciones que habíamos hecho tuvimos al público en la palma de la mano. Mientras cantaba en el escenario, yo miraba hacia donde se encontraba Jermaine y nos guiñábamos el ojo porque siempre sabíamos que lo habíamos logrado. Quiero decir que tienes que sentirte así para subirte a ese escenario y arriesgarte, ¿entiendes? Además, Joseph no habría aceptado que fuera de otro modo. Queríamos complacerlo. Era tan importante como ganar el concurso».

En el Apollo, entre bastidores, los Jackson 5 encontraron un pequeño leño que había sido colocado sobre un pedestal y que supuestamente provenía del legendario Árbol de la Esperanza.

Según la leyenda, el Árbol de la Esperanza había permanecido frente a Connie's Inn, donde Louis Armstrong participaba en la famosa versión de Harlem de *Hot Chocolates* de Fats Waller. A lo largo de los años, cientos de artistas se pararon debajo de ese árbol y lo tocaron para tener suerte. Se convirtió en una tradición. Cuando se construyeron las calles de Nueva York y se ensanchó la Séptima Avenida, el árbol fue arrancado. Sin embargo, Bill *Bojangles* Robinson se ocupó de que el Árbol de la Esperanza —que él había bautizado con ese nombre— fuera trasladado a una plazoleta de la Séptima Avenida, al sur de la calle 132. Finalmente, el árbol fue talado, aunque nadie recuerda por qué razón. Como único recuerdo, en el sitio donde pasó sus últimos tiempos se colocó una placa. Sin embargo, un pequeño leño del Árbol de la Esperanza fue montado en un pedestal en los bastidores del Teatro Apollo. De allí surgió una tradición: los novatos que tocaran el árbol antes de salir al escenario tendrían buena suerte, y engrosarían las filas de los artistas negros que habían luchado por hacer realidad sus sueños, por ser respetados, que merecían triunfar y finalmente lo habían logrado, dando a la cultura popular estadounidense la

impronta de su raza y su legado.

El pedestal estaba ubicado a un lado del escenario, de modo que la muchedumbre podía ver cuándo los artistas lo tocaban. Era miércoles por la noche y los Jackson 5 figuraban en el programa junto a The Impressions, uno de los grupos vocales más populares de esos tiempos. Uno de sus creadores, Fred Cash, me dijo una vez que antes de que los hermanos subieran al escenario le había contado a Michael, que tenía nueve años, la leyenda del árbol.

—¿En serio? —le preguntó Michael a Fred, con los ojos abiertos como platos—. ¡Oh, eso es genial! Me gusta. Apuesto a que va a funcionar. —A continuación, preguntó a sus hermanos—: Chicos, ¿sabíais lo de ese árbol? Tocad el leño y tendremos buena suerte.

—No creo en la suerte —dijo Tito, inexpresivo.

—Bueno, yo lo voy a hacer —replicó Michael—. Me gustaría poder llevarme este tronco conmigo a casa. Así *siempre* tendría buena suerte.

—Damas y caballeros, con ustedes, los Jackson 5 —dijo el presentador mientras los muchachos trataban de calmarse entre bastidores.

Se encendieron las luces. Era hora de que los Jackson 5 ocuparan el lugar que les correspondía en la historia. Joseph miraba orgulloso a sus hijos mientras tocaban la placa del Árbol de la Esperanza: primero, Jackie; luego, Tito, Jermaine, Marlon, Michael y el «primo» Johnny. El grupo se ubicó en el escenario mientras el público aplaudía. Michael fue el último en quedarse bajo las luces. Corrió a tocar una vez más el Árbol de la Esperanza, sólo por si acaso. Tal parece que funcionó. Los chicos ganaron el concurso. La respuesta de un público entusiasta selló su victoria.

Mi pobre, pobre familia

En cuanto Michael Jackson llegó a la adolescencia, el público comenzó a hacer especulaciones sobre su vida personal. Heterosexual, gay o incluso asexual, lo fascinante es que la inclinación sexual de un artista con tanto *sex-appeal* en el escenario como Michael haya sido siempre un misterio.

Desde una edad temprana, Michael recibió señales contradictorias respecto al sexo. El mensaje de Katherine era fuerte y claro; con su sólida fe de testigo de Jehová, la lujuria tanto en el pensamiento como en los actos era considerada pecaminosa.

De acuerdo a la Biblia, en la Primera Carta a los Corintios 6, 9 «Ninguno de los injustos heredará el Reino de Dios. Ni los fornicadores, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los pervertidos». Por lo tanto, la intimidad física quedaba reservada al matrimonio.

En cambio, por parte de Joseph, que rechazaba la religión que había abrazado Katherine, los muchachos recibían un mensaje que se desprendía más de sus acciones

que de sus palabras. En las primeras épocas del grupo, Joseph los llevaba a ver espectáculos a antros y *cabarets* de *striptease*. Aunque habitualmente era un hombre estricto, al parecer en esos tiempos les daba total libertad a sus hijos, permitiendo que Michael, de nueve años, se quedara entre bastidores y observara a los hombres del público, que lanzaban miradas lascivas y silbaban a voluptuosas mujeres que se desvestían hasta quedar desnudas en el escenario. Una vez, Michael observó con fascinación cómo una *stripper* bien dotada se sacaba toda la ropa, salvo la lencería, y entonces, «en el momento justo», extraía dos enormes naranjas de su sostén y mostraba que llevaba una peluca, revelando que «ella» era en realidad «él».

Cuando los muchachos actuaron en el Peppermint Lounge en Chicago, descubrieron una mirilla en el camerino a través de la cual podían ver el baño de mujeres. Se turnaban para espiar. «Aprendimos todo lo que había para aprender sobre las mujeres», recordaba Marlon. (Algunos años más tarde, cuando el grupo estaba tocando en Londres, Michael, de trece años, y Marlon, de catorce, descubrieron una mirilla que daba directamente a un camerino contiguo, que ocupaba la estrella de teatro Carol Channing. «¡Mira, está desnuda!», exclamó Marlon excitado cuando miró por el agujero. «No puedo ver», protestó Michael. «Pero está desnuda —repitió Marlon con entusiasmo—. Carol Channing está desnuda». Michael echó un vistazo. «¡Puaj! De verdad está desnuda», dijo con asco).

Se podría decir que ese tipo de experiencias tuvieron en él un impacto que persistiría el resto de su vida. A los nueve años, Michael no estaba psicológicamente formado para comprender de forma clara los estímulos sexuales que recibía a partir de aquello que presenciaba, como en el caso del *striptease*. Tuvo que haber experimentado un conflicto: su madre le daba una visión demasiado rígida del mundo, y su padre, una visión demasiado promiscua.

En uno de sus primeros números, los Jackson 5 interpretaban el estridente tema «Skinny Legs and All» del cantante de *soul* Joe Tex. Como parte de la actuación, Joseph alentaba al pequeño Michael a ir hasta donde estaba el público, deslizarse gateando por debajo de las mesas, levantarle las faldas a las mujeres y mirar sus bragas. Más allá de cuánta vergüenza pudiera sentir en esa parte del número, Michael condimentaba cada actuación revoleando los ojos y sonriendo de una manera perversa. Sabía que al público le gustaría lo suficiente como para lanzar algo de dinero al escenario. Más tarde, los muchachos se peleaban por las monedas. Después de un espectáculo como ése, volvían a su casa, donde los esperaba su religiosa madre, que los llevaba a la cama y les recordaba las virtudes de ser un buen testigo de Jehová. En verdad, ella no supo nada sobre las presentaciones en los clubs nocturnos hasta muchos años después.

Mientras los chicos Jackson actuaban, Katherine se quedaba en casa con los más pequeños. Y el hecho de que ella no lo acompañara le daba a Joseph carta blanca para verse con otras mujeres, principalmente fans. Los muchachos se daban perfecta cuenta de que estaba aprovechándose del talento de ellos para lograr acostarse con

mujeres. Marlon recordaba a su padre entrando en las habitaciones de hotel de sus hijos con una mujer bella y esbelta a cada lado. Les decía: «¡Buenas noches, compañeros!», y los muchachos, con sus pijamas, metidos en la cama, observaban en silencio cómo su padre y sus amiguitas cerraban la puerta tras ellos. Luego escuchaban risas y otros sonidos procedentes del cuarto de Joseph, la habitación contigua, como si él *quisiera* que ellos supieran lo que estaba haciendo a espaldas de Katherine. ¿Cuál era su intención? ¿Quién puede saberlo? Se transformó en un enigma, un misterio tan grande como el que luego rodearía a su hijo Michael a los treinta años, precisamente la misma edad que él tenía en ese momento.

Sin embargo, hay algunas cosas con respecto a Joseph que parecen claras: era un hombre inseguro, corto de entendederas. Además, nunca se sintió verdaderamente valorado por su familia. Más allá de cuánto éxito y popularidad consiguiera Joseph para sus hijos y cuánto pudiera proveer a su mujer y a sus hijas, siempre sintió una falta de gratitud y de respeto por parte de todos ellos. Pocas veces le demostraban su afecto. Eran muy poco comunes los momentos de ternura entre ellos. Tal vez fuera porque él había dejado de ser una persona expresiva cuando cambió el centro de atención de su vida y se focalizó por completo en el éxito de sus hijos (aunque de todos modos nunca había sido demasiado efusivo). Su familia no sabía cómo relacionarse con él y Joseph tampoco podía entenderlos a ellos. Por lo tanto, deambulaba fuera de su hogar en busca de aprecio y valoración.

«Solía hacernos las cosas más malvadas», me dijo una vez Michael hablando de su padre. Dijo que le daba asco pensar en lo que podía estar ocurriendo en la habitación entre Joseph y sus amantes. (Viene a mi mente la letra de su canción «Scream»: «Oh, padre, por favor, ten misericordia, porque no lo soporto más. /¡Deja de molestarme!»). A una edad tan temprana, Michael se veía forzado a preguntarse cómo era posible que Joseph traicionara una y otra vez a Katherine y, al parecer, no se sintiera en lo más mínimo avergonzado de sus actos. Décadas más tarde, aún continuaban atormentándolo las acciones de su padre. «Yo amaba a Joseph —dijo durante un descanso de su entrevista de 2003 con Martin Bashir. Inesperadamente, se le llenaron los ojos de lágrimas—. Al mismo tiempo, lo odiaba por lo que le hizo a mi madre. —Tragó saliva, intentando contener la emoción. Y añadió con tristeza—: Mi pobre madre, mi pobre familia. Mi pobre, pobre familia».

Ninguno de sus hijos hirió a Katherine revelándole lo que su esposo hacía mientras ellos presentaban sus espectáculos. Además, por cierto, tampoco se hubieran animado a delatar a Joseph. Tener que mentirle a su madre era una carga más. «Katherine, por supuesto, jamás tuvo ningún amante. Siempre creyó en Joseph —recuerda Susie Jackson, que se casó con Johnny Jackson, el baterista del grupo—. Esto sólo hizo que ellos amaran a su madre más aún. Los niños simplemente tuvieron que aprender a mentirle a su madre, a ser hipócritas y a hacerlo bien. Ella preguntaba: "¿Qué hace Joseph mientras vosotros estáis allá trabajando?". Y ellos le respondían: "Nada. Anda por ahí". Y era cierto, pero no estaba solo».

Carole Lieberman, un psicólogo de Los Ángeles, que no trató a Michael, especulaba: «Es casi seguro que la infidelidad del padre debió de ser un golpe para el más pequeño, que era el más duramente expuesto. (En este caso, sería Michael, ya que él era el más pequeño de los miembros del grupo que estaba al tanto de las infidelidades de Joseph. Pasarían años antes de que su hermano y su hermana más pequeños, Randy y Janet, se enteraran de los amoríos de su padre). Debe de haber pensado que al no contárselo a la madre la traicionaba aún más. Obviamente, esto tiene que haberle afectado de muchas maneras, y, por cierto, mentir sobre eso a una edad tan temprana le enseñó, sencillamente, que estaba bien mentir».

«Aunque sea joven, sé bien qué es la tristeza», solía decir el pequeño Michael cuando presentaba la canción de Smokey Robinson «Who's Lovin' You» en los espectáculos que daba el grupo. Esa frase, una parte del texto que el grupo repetía en su presentación sobre el escenario, en verdad era más cierta y más dolorosa de lo que ninguna persona del público jamás hubiera podido imaginar.

La familia Jackson estaba extasiada con el impresionante éxito de los muchachos en el Teatro Apollo, y tenía buenas razones: ese éxito marcó un momento crucial para su futuro. «Estoy tan condenadamente feliz, que podría volar a Gary sin avión», dijo Joseph después, con una ancha sonrisa. Eufórico por la actuación de los muchachos y orgulloso de su determinación de ser los mejores, Joseph estaba decidido a continuar haciendo todo lo necesario para asegurar la fortuna de su familia en un mundo arduo y competitivo. Hasta tal punto que decidió trabajar sólo media jornada en Inland Steel para poder dedicar más tiempo a las carreras de sus hijos.

En 1968, Joseph ganaba apenas 5.100 dólares en lugar de sus habituales ocho o diez mil. Tuvo que dejar una relativa seguridad económica para apostar por el futuro de su familia. Sin embargo, muy pronto la apuesta valió la pena; sus hijos comenzaron a ganar 600 dólares por contrato. Con la entrada de dinero, Katherine y Joseph pudieron pintar su casa y comprar su primer televisor en color.

Por entonces, entusiasmados por el éxito, los Jackson continuaron trabajando en su número con ensayos diarios que muchas veces terminaban desatando emociones. Una vez, Joseph intentaba convencer a Michael de que hiciera un paso de danza de una determinada manera y su hijo se negó. Según cuenta Johnny Jackson, Joseph le pegó un bofetón en medio de la cara. Michael cayó hacia atrás.

—Ahora vas a hacerlo de la manera que te dije, ¿me estás oyendo? —le gritó Joseph al niño de nueve años.

Michael comenzó a llorar, con la mejilla derecha roja y dolorida.

—No voy a hacerlo de ese modo —dijo.

Joseph le lanzó una mirada iracunda y dio un paso adelante con la mano alzada para pegarle nuevamente.

Michael se levantó del suelo con dificultad.

—No me pegues, porque si vuelves a pegarme, será la última vez que yo cante, y lo digo en serio —le advirtió. Padre e hijo intercambiaron miradas furibundas. Pero Michael debió de haber pronunciado las palabras mágicas, porque Joseph dio media vuelta y se fue, farfullando algo sobre el «desagradecido» de su hijo.

Según los recuerdos de Michael, a medida que Joseph iba envejeciendo se iba volviendo más violento. Hay un tema recurrente en su juventud: su padre era un matón y él tenía que aceptarlo. «Si hacías algo mal durante el ensayo, te pegaba —recordaría Michael—, algunas veces con un cinturón o una vara. Una vez arrancó el cable de la nevera y me dio con eso, así de loco era conmigo». Era un círculo vicioso: cuanto más le pegaba su padre, más enojado estaba Michael con él. Cuanto más enojado estaba, más lo contrariaba… y más lo golpeaba su padre. Las palizas eran feroces, reiteradas y traumáticas. «Trataba de enfrentarme a él balanceándome con los puños cerrados. Por eso me pegaba más que a todos mis hermanos juntos. Yo le hacía frente y mi padre me mataba, me destrozaba», recordaba Michael.

En una ocasión, Michael llegó tarde al ensayo y cuando entró, Joseph vino desde atrás y lo empujó contra un montón de instrumentos musicales. Michael cayó sobre la batería y quedó todo magullado. «Esto te va a enseñar a no llegar tarde», le dijo Joseph.

Rebbie se casa

Más o menos para esa época, en 1968, cuando Michael tenía casi diez años, los Jackson tuvieron que hacer frente a una crisis familiar. Maureen, de dieciocho años, se había enamorado de Nathaniel Brown, un devoto testigo de Jehová. Anunció que quería casarse con él e irse a Kentucky. Katherine, feliz por su hija, la alentó. Desde el punto de vista de Katherine, no había destino más importante para ninguna de sus hijas que convertirse en esposas y madres.

Sin embargo, Joseph se oponía a la boda. «Lo tramaron todo entre Maureen y su madre. Yo no estaba para nada contento», comentó más tarde.

Como Maureen —o Rebbie, como la llamaban en la familia— tenía una voz poderosa cuando cantaba, su padre tenía la esperanza de que ella pensara en la posibilidad de hacer carrera en el mundo del espectáculo. Sintió que si se casaba y formaba una familia ya nunca podría dedicarse a ese tipo de actividad. Sin embargo, aunque Maureen había tomado lecciones de danza y piano cuando era pequeña, no estaba interesada en una carrera en el ámbito de la música. Prefería la comodidad y la seguridad de una vida hogareña feliz, antes que la inestabilidad del mundo del espectáculo.

Además, por supuesto, Rebbie quería irse de esa casa. Siempre hubo demasiados acontecimientos dramáticos entre las paredes de esa pequeña casa de Jackson Street; desde un extremo, impresionante, cuando los muchachos ganaron el concurso de

talentos, hasta el otro, desastroso, cuando Joseph los perseguía y los amenazaba. Rebbie quería irse. ¿Quién podía culparla? Así lo hizo, y su deserción de las filas sería precisamente la primera de varias crisis en la familia, que fueron ocurriendo cuando algunos de los hijos decidieron casarse a una edad temprana, contra la voluntad de su padre, para poder alejarse de él.

Las peleas continuaron durante semanas hasta que, finalmente, Joseph cedió. Bien, Rebbie podía casarse. Sin embargo, él tenía la palabra final: no quiso llevarla al altar.

El primer contrato discigráfico

Después de que ganaran un nuevo concurso de talentos, esta vez en la Beckman Junior High School de Gary, un hombre llamado Gordon Keith, que era el dueño de un pequeño sello local denominado Steeltown Records, se fijó en los Jackson. Keith firmó inmediatamente con los hermanos un contrato discográfico limitado.

Un sábado por la mañana que parecía cargado de promesas, Joseph llevó a su prole a los estudios discográficos Steeltown. Allí introdujeron a los muchachos en una pequeña cabina de cristal. A Michael le dieron un equipo de auriculares de metal que le llegaba hasta la mitad de la nariz. Sus hermanos conectaron sus instrumentos a los amplificadores. Había cantantes para acompañamiento vocal y una sección de trompas. ¡Eso sí era el negocio discográfico, por fin! Los jóvenes Jackson estaban más que contentos. Cualquiera podía notarlo por el brillo en sus jóvenes rostros. Por supuesto, ése fue un gran día también para Joseph. Les llevó unas horas grabar ese primer tema. Después de ese día regresaron todos los sábados de las semanas siguientes para continuar grabando. Uno de los temas era instrumental; en los otros seis, Michael cantaba como voz principal. Era obvio que él estaba llamado a ser la pieza clave del grupo. Resultaba evidente que era único, con esa sólida y verdaderamente asombrosa confianza en sí mismo a tan temprana edad.

Finalmente, en 1968 salieron dos sencillos de Steeltown: «Big Boy», acompañado de «You’ve Changed» y «We Don’t Have to Be Over 21 (to Fall in Love)», acompañado de «Jam Session». Los dos fueron resultados mediocres que realmente no dejaban ver el potencial de Michael Jackson como vocalista, pero de todas maneras los muchachos estaban inmensamente felices. Después de todo, eran sus primeros discos. A partir de ahí, parecía que todo era posible. Sin duda fue memorable para ellos la ocasión en que la familia se reunió alrededor de la radio para escuchar la transmisión de esa primera grabación. Michael recordaba que, mientras sonaba, permanecieron en la sala, fascinados. «Luego, cuando terminó, todos nos reímos y nos abrazamos. Sentíamos que lo habíamos logrado. Fue una época increíble para nosotros como familia. Todavía puedo sentir ese entusiasmo cuando vuelvo a pensar en aquel momento».

Ben Brown, que por aquel entonces era un ejecutivo de alto nivel en Steeltown, recordaba el día en que los muchachos Jackson posaron para las fotos publicitarias, en marzo de 1968. «El fotógrafo ya los había colocado, pero Michael se retiró de la formación y se quedó a un lado, refunfuñando. “Esto no va a parecer una foto publicitaria, sino un retrato de familia”, se quejó Michael. “Bueno, arréglalo”, le dijo Joseph. Entonces, Michael reorganizó a todo el grupo, se puso delante, apoyándose en una rodilla y dijo: “Adelante, hagan la foto ahora”. Sacamos la foto y fue una toma excelente. ¿Cómo supo hacerlo, cómo supo cómo debía hacerse una foto publicitaria? Era como si ya hubiera tenido una vida anterior, como si ya hubiera sido una gran estrella en otra vida».

En mayo de 1968, el grupo recibió una invitación para volver a presentarse en el Apollo, esta vez con una actuación pagada. En el programa estuvieron junto a Etta James, Joseph Simon y The Five Stairsteps and Cubie, otro grupo familiar con un cantante que tenía apenas dos años de edad. «Michael era un trabajador incansable —dijo en una entrevista el cantante de *rhythm and blues* Joseph Simon; y luego, haciéndose eco de los recuerdos de prácticamente todos los que trabajaron alguna vez en el mismo escenario con la joven estrella Jackson, agregó—: Algo en mí me decía que él era un enano. Oí decir que su padre era un hombre hábil para los negocios, que sólo alguien como él podía hacer pasar a un enano por un niño. Recuerdo haberme acercado a Michael y haberlo estudiado muy de cerca, pensando: “Veamos, ¿este chico es un enano o no?”. “Eh, ya basta de mirarme fijo”, me dijo él».

«Recuerdo que tenía mucho talento —dijo Etta James acerca de Michael—, pero también era educado y se mostraba muy interesado. Yo estaba en medio de mi actuación, haciendo lo mío en el escenario, y mientras estoy cantando “Tell Mama”, veo a ese muchachito negro mirándome entre los bastidores. “¿Quién es ese chico? Me está distrayendo”, me dije. Entonces, en medio de dos canciones, mientras el público aplaudía, fui hasta donde estaba él y le susurré: “¡Vete, niño! Fuera de aquí. Me estás molestando. Ve a mirar desde donde está el público”. Le di un susto que casi se muere. Tenía unos grandes ojos marrones, los abrió mucho y salió corriendo. Unos diez minutos después, ahí estaba el chico otra vez. Pero ahora, delante del escenario, a un lado. Y miraba cada cosa que yo hacía».

Después del espectáculo, cuando Etta estaba en su camerino quitándose el maquillaje, oyó que llamaban a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy yo.

—¿Quién es yo?

—Michael —dijo la joven vocecita—. Michael Jackson.

—No conozco a ningún Michael Jackson —dijo Etta.

—Sí, me conoce. Yo soy el chico al que le dijo que se fuera.

Etta, una robusta mujer negra con cabellos teñidos de rubio y una gran voz que resonaba, entreabrió la puerta, miró hacia abajo y se encontró a un niño de nueve

años que la miraba con enormes ojos maravillados.

—¿Qué quieres, niño? —le preguntó.

Con una actitud que no era en absoluto tímida, Michael dijo:

—Señora James, mi padre me dijo que viniera aquí y le pidiera disculpas. Lo siento, señora, pero sólo estaba mirándola, porque usted es tan buena… Es realmente muy *buena*. ¿Cómo lo hace? Nunca vi a la gente aplaudir de ese modo.

Etta, que se sintió halagada, sonrió y le dio una palmadita al niño en la cabeza.

—Entra y siéntate conmigo. Puedo enseñarte algunos trucos —le dijo.

«No recuerdo qué le dije pero cuando se iba pensé: éste es un chico que quiere aprender de los mejores, y así algún día él va a ser el mejor», rememoraba Etta.

Mientras Joseph estaba en el vestíbulo de la oficina neoyorquina del sindicato de músicos completando unos formularios para que los muchachos actuaran en el Apollo, conoció a un joven abogado blanco llamado Richard Arons. Después de hablar un momento con él, Joseph le pidió a Arons que lo ayudara con la gestión de sus hijos. A Joseph le gustaba la idea de contar con la ayuda de un blanco, una preferencia que le traería problemas en los años siguientes. Como correpresentante, Arons comenzó a buscar contratos para presentaciones del grupo, mientras Joseph intentaba que la industria discográfica se interesara en ellos. En un momento dado intentó contactar con Berry Gordy, presidente de Motown, enviándole una cinta de audio con algunos de los temas de los Jackson. No hubo ninguna respuesta de Gordy, ni de ninguna otra persona de Motown.

En 1968, cuando los Jackson 5 tocaron en el Regal Theater de Chicago, la artista Gladys Knight, de la discográfica Motown, se las arregló para que algunos de los ejecutivos de Motown —entre los cuales no estaba Berry— presenciaran la actuación. Hubo algunos interesados en el grupo en ese momento. A Berry le llegó el comentario de que el número de los Jackson tenía posibilidades de llegar al éxito, pero no le interesó tanto como para pensar en hacerlos firmar con el sello.

En julio de 1968 —cuando Jackie tenía diecisiete años; Tito, catorce; Jermaine, trece; Marlon, diez, y Michael, nueve—, el grupo se presentó en el Chicago's High Chaparral Club como número de apertura de un grupo llamado Bobby Taylor and the Vancouvers. Después de ver a los chicos Jackson en acción, Taylor llamó a Ralph Seltzer, director del departamento de creatividad de Motown y también de la división legal de la compañía, para sugerirle que permitiera al grupo presentar una audición para Motown.

«Tenía algunas dudas. Aparte de las consideraciones en cuanto a la creatividad, me preocupaba su edad y los cambios que tendrían cuando crecieran, en su aspecto y en sus voces. Pero como Bobby estaba tan entusiasmado con ellos, finalmente le dije que los trajera a Detroit», dice al recordarlo Ralph Seltzer.

Aunque los Jackson tenían previsto irse de Chicago para presentarse en un programa de televisión local en Nueva York, Bobby Taylor convenció a Joseph de que, en lugar de eso, llevara a los muchachos a Detroit para una audición. Taylor lo

organizó todo para filmar su actuación. Dijo que si lograban impresionarlo, luego Ralph Seltzer enviaría el vídeo a Berry Gordy, que estaba en Los Ángeles, para que lo aprobara.

Ese mismo día, más tarde, Katherine llamó al High Chaparral Club para hablar con su marido. Le dijeron que él y los muchachos se habían ido a Motor City. «¿Detroit? —preguntó ella, perpleja—. ¿Está diciéndome que renunciaron al programa de televisión para irse a Detroit? ¿Por qué rayos lo harían?».

«Motown —respondió la voz del otro lado de la línea—. Se fueron a Motown».

Los Jackson firman con Motown

A las 9.45 del 23 de julio de 1968, el Volkswagen de la familia Jackson se detuvo frente a un grupo de casitas blancas, en el número 2.648 del Boulevard West Grand, en Detroit. El letrero sobre una de las propiedades lo decía todo: Hitsville, USA [Ciudad de los éxitos]. Allí se encontraba la discográfica Motown Records, de donde habían surgido tantas grabaciones memorables y éxitos de primer nivel. Hacia 1968, Berry Gordy, hijo, ya había dejado una marca indeleble en el mundo del espectáculo con su compañía. Gordy era un inconformista del negocio discográfico en todos los sentidos, un visionario que había recogido de la calle a jóvenes negros prometedores para transformarlos en estrellas Internacionales, con nombres como The Supremes, The Temptatlons, The Miracles, The Vandellas y The Marvelettes. Su éxito con esa clase de grupos y artistas solistas, como Stevie Wonder, Marvln Gaye y Tammi Terrell, era en gran medida el resultado de su brillante modo de rodear a los cantantes de los más talentosos compositores, productores y arreglistas que Detroit podía ofrecer: Smokey Robinson, Brian Holland, Lamont Dozier y Eddie Holland, Norman Whitfield, y Barrett Strong, por nombrar algunos.

Basándose en el concepto de trabajo en equipo, él y sus artistas formularon un estilo de música contagioso y original, que vendió millones de discos, el cual fue denominado sonido Motown. El ritmo unido a versos y estribillos pegadizos con letras ingeniosas eran los elementos típicos de canciones como «Where Did Our Love Go?» y «I Can’t Help Myself». «Dancing in the Streets», «Please *Mr*. Postman», «Stop! In the Name of Love», «The Traces of My Tears» y otras, al parecer innumerables, que se convirtieron no sólo en himnos de toda una generación, sino también en emblemas del período histórico en el que fueron grabadas.

Berry Gordy era un hombre rígido y estricto que alentaba la competencia entre sus bandas, compositores y productores. La mayor crítica realizada contra él —primero desde círculos ajenos y, luego, por los mismos artistas— se refería al control absoluto que ejercía sobre sus dominios. Prácticamente ninguno de sus artistas tenía una idea de cuánto dinero generaba para la compañía, y usualmente eran disuadidos de hacer preguntas sobre el asunto. Cantaban e interpretaban, y eso era todo lo que se

esperaba de ellos. «Jamás vi una declaración de impuestos hasta 1979 —dijo en cierta ocasión Diana Ross, contratada por Gordy en 1960—. Berry era en tal medida un mentor y tenía una personalidad tan fuerte que uno simplemente confiaba en él. No podías independizarte».

Joseph había oído algunos rumores sobre Motown —tonterías, como que estaba relacionada con la mafia, por ejemplo— y también que algunos artistas habían tenido problemas con el pago de su trabajo. No obstante, no pensó en nada de eso cuando llevó a sus hijos para su audición aquel día de 1968.

Joseph y Jack Richardson, un íntimo amigo de la familia que viajó con ellos y tomó el papel de administrador del viaje, se encontraban en los asientos delanteros de la furgoneta mientras conducían hacia Hitsville. Los pequeños Jackson iban apretujados en la parte trasera, con una plétora de instrumentos, amplificadores y micrófonos.

—Bajad y formad fila para la inspección —ordenó Joseph.

Los jóvenes, como si fueran una tropa militar, se alinearon en la calurosa calle de Detroit, por orden de edad: Jackie, de diecisiete años; Tito, de catorce; Jermaine, de trece; Marlon, de diez; Michael, de nueve.

Johnny Jackson, de diecisiete años, se unió al grupo. Aunque no eran parientes, Joseph lo trataba como si fuera uno de sus hijos, y Johnny obedecía como tal.

—De acuerdo —gruñó Joseph—. Son la diez en punto. Allá vamos. Recordad todo lo que os he enseñado y mantened la boca cerrada, a menos que estéis cantando o alguien os dirija la palabra. Y recordad lo que siempre digo… —En ese momento dirigió su mirada a Jermaine.

—En esta vida eres un vencedor o un perdedor —dijo Jermaine—. Y ninguno de mis hijos es un perdedor.

—Exacto, niño —dijo Joseph, palmeándole la espalda.

Dentro del edificio principal, el primero en recibir al grupo fue un hombre negro, de aspecto riguroso. Cuando preguntó en qué podía ayudarlos, Joseph explicó que eran la familia Jackson de Gary y que tenían cita para una audición. El hombre dijo que los había estado esperando.

—Tú debes de ser Michael —dijo, observando al más pequeño. Entonces, dirigiéndose a los niños, nombró correctamente a cada uno—. Y usted, señor, debe de ser Joseph —afirmó estrechando su mano. Los niños intercambiaron miradas, maravillados.

A continuación, la familia fue conducida a un pequeño estudio. Mientras entraban, notaron que un hombre ubicaba una cámara de vídeo en un trípode. También había diez sillas plegables frente a la plataforma de madera que servía de escenario.

Suzanne dePasse, asistente creativa del presidente Berry Gordy, entró en el estudio vistiendo una minifalda azul y una blusa amarilla con volantes. Sus tacones resonaron en la habitación mientras se acercaba al grupo para presentarse. Era una

mujer negra, joven y atractiva, con un suave cabello a la altura de sus hombros y una amigable y radiante sonrisa. A los niños les agradó inmediatamente.

Ralph Seltzer fue el siguiente en aparecer. Era un hombre blanco muy alto, vestía un traje oscuro y una corbata clásica, y parecía más intimidante que DePasse. Estrechó las manos de cada niño, y luego las de Joseph y Jack.

—Nos han llegado grandes comentarios sobre su grupo —le dijo a Joseph—. El señor Gordy no pudo venir, pero…

—¿Quiere decir que el señor Gordy no está aquí? —preguntó Joseph, incapaz de ocultar su desilusión.

Cuando Seltzer explicó que Gordy se encontraba en Los Ángeles, Joseph dijo que deberían reprogramar la audición para cuando estuviera de regreso en Detroit. Quería que sus hijos actuaran para el jefe, no para sus subalternos. Sin embargo, Seltzer explicó que tenía la intención de filmar la audición, para luego enviársela a Gordy en la costa Oeste.

—El señor Gordy entonces tomará una decisión —dijo.

—Tomará una decisión —repitió Joseph, más para sí mismo que para Seltzer.

—Así lo hará —dijo Seltzer, afirmando con la cabeza—. El señor Gordy tomará una decisión cuando reciba la filmación.

—El señor Gordy tomará una decisión. —Michael le repitió a Marlon.

—¿Qué significa eso? —susurró Marlon.

Michael se encogió de hombros.

Una vez que todo el material de los muchachos fue descargado de la furgoneta y dispuesto en el estudio, ocho nuevos miembros del equipo que no se presentaron entraron en la sala, cada uno con un bloc. Michael se disponía a comenzar a hablar por el micrófono cuando oyó que alguien reía por lo bajo desde un rincón, mientras decía: «Eso es, el *jive* de los Jackson». («El *jive* de los Jackson» es una vieja expresión de la jerga afroamericana)[1]. Sonó como un insulto. Ralph Seltzer carraspeó y se volvió hacia la persona que había hecho el comentario.

—El primer tema que nos gustaría presentar es “I Got the Feeling” de James Brown —anunció Michael—. Allá vamos. —Realizó el conteo—: Uno, dos, tres… —Y comenzaron a tocar, Tito en la guitarra, Jermaine en el bajo, y Johnny Jackson en la batería—. Baby, baby, baa-ba. Baby, baby, baaba. Baby, baby, baa-ba —cantó Michael. Hacía muecas y gruñía imitando a James Brown—. I got the fe-e-e-lin' now. Good *Gawwd* almighty! [Tengo un sentimiento. ¡Dios Dioos Todopoderoso!] —Se deslizaba hacia un lado y al otro sobre el suelo, al igual que Brown—. I feel goooood [Me siento bieeeen] —gritó al micrófono, con una expresión maliciosa en su pequeño rostro.

Suzanne dePasse y Ralph Seltzer intercambiaron sonrisas y asintieron con la cabeza. Los demás ejecutivos de Motown continuaban prestando atención a la música. Joseph, de pie en un rincón con los brazos cruzados sobre su pecho, observaba con un gesto de aprobación.

Una vez que los niños hubieron finalizado, nadie del público aplaudió. En cambio, todos escribieron fervorosamente en sus blocs.

Confundidos, los muchachos se observaron entre sí y luego miraron a su padre en busca de una señal de cómo proseguir. Joseph indicó con su mano que continuaran con el siguiente número.

—Gracias. Muchas gracias —dijo Michael como si respondiera a una oración—. Les estamos muy agradecidos.

Michael presentó entonces al grupo, como hacía en sus espectáculos en directo, tras lo cual cantaban el *blues* «Tobacco Road».

Nuevamente, ningún aplauso, sólo anotaciones.

—El próximo tema que desearíamos presentar es una canción de Motown —anunció Michael. Hizo una pausa, esperando sonrisas de aprobación que nunca llegaron—. Es el éxito de Smokey Robinson «Who's Loving You». ¿Está bien? Allá vamos. Uno, dos, tres…

Completaron la canción con un gran final y aguardaron la reacción del equipo de Motown. Una vez más, todos tomaban notas.

—El *jive* de los Jackson, ¿eh? —dijo alguien en el cuarto—. Estos chicos no están haciendo *jive*. Creo que son geniales.

Michael sonreía, con los ojos brillantes.

Ralph Seltzer se aclaró la garganta y se puso de pie. «Quisiera agradecerles el haber venido —dijo. Su voz no ofrecía ningún indicio de sus opiniones con respecto a la audición. Estrechó la mano de cada uno antes de dirigirse a Joseph y explicarle que la compañía los alojaría en un hotel de las inmediaciones—. Me pondré en contacto con usted —concluyó Seltzer—, dentro de dos días…».

«Cuando el señor Gordy tome una decisión», dijo Joseph, finalizando la oración de Seltzer. No sonaba conforme. Los muchachos estaban claramente desilusionados. Al marcharse, nadie pronunció una palabra.

Dos días más tarde, Berry Gordy asistió a la proyección del vídeo en blanco y negro de dieciséis milímetros. Tomó una decisión rápidamente. «Sí, absolutamente, contrata a estos niños —le dijo a Ralph Seltzer—. Son maravillosos. No pierdas un segundo. ¡Contrátalos!».

El 26 de julio de 1968, Ralph Seltzer mandó llamar a Joseph a su oficina de Motown para una reunión. Durante el encuentro de dos horas —mientras los niños aguardaban en el pasillo— explicó que Berry Gordy estaba interesado en firmar el contrato de los Jackson 5 con el sello, y luego subrayó la clase de relación que esperaba mantener la compañía con los jóvenes Jackson. Se refirió a la «genialidad de Berry Gordy», quien tenía la esperanza de que los Jackson 5 se convirtieran en importantes estrellas de la discográfica. «Estos muchachos serán grandes, grandes, grandes —dijo entusiasta Seltzer, con un talante mucho más cordial que el ofrecido en la anterior visita—.

Créame, si el señor Gordy dice que serán grandes estrellas, lo serán». Joseph debió de haberse sentido como en un sueño.

Luego, Seltzer le mostró a Joseph el contrato estándar de Motown, de nueve páginas. A Joseph jamás se le ocurrió que habría debido presentarse con un asesor legal independiente para una discusión tan importante como ésa, y Seltzer tampoco lo sugirió.

«Berry no quería abogados externos fisgoneando en ninguno de nuestros contratos —explicaría luego Ralph Seltzer en una entrevista tiempo después de que él y Gordy dejaran de trabajar juntos—. Simplemente, no quería a personas externas influyendo en los artistas. Yo consideraba más que justo que un artista tuviera el derecho de llevarse el contrato a casa para leerlo detenidamente. Berry me dijo que si alguna vez permitía que un artista se llevara el contrato a su casa, éste no lo firmaría. Una vez lo intenté. Gordy estaba en lo cierto: el artista no firmó. Era mejor, decidió Berry, que los potenciales contratados leyeran el acuerdo en mi oficina y allí lo firmaran. Si no aceptaban esa condición, no se convertían en artistas de Motown. Era así de simple».

Seltzer comenzó con la cláusula número uno, que establecía que el acuerdo se firmaba por el término de siete años.

—Aguarda un momento —interrumpió Joseph—. Eso es demasiado tiempo.

Joseph sentía que debían comprometerse únicamente por un año. Ese breve período de tiempo era inconcebible en Motown, donde el acuerdo mínimo era de cinco años. Gordy consideraba que requería esa cantidad de tiempo desarrollar plenamente a un artista, y cosechar los frutos de la Inversión de la compañía.

Ralph Seltzer descolgó el teléfono y llamó a Berry Gordy a Los Ángeles. Explicó el problema y le entregó el teléfono a Joseph, a quien Berry no había conocido. Luego de una breve conversación, Joseph cortó.

«Dijo que lo pensaría», le explicó Joseph a Seltzer, quien ofreció una sonrisa cómplice. Dos minutos después sonó el teléfono. Era Gordy, quería hablar con Joseph. Le explicó que desde su punto de vista el verdadero asunto era una cuestión de confianza. Si Joseph realmente confiaba en Gordy y en Motown, no le importaría comprometer a sus niños con la compañía durante siete años. Al fin y al cabo, Gordy estaba dispuesto a pagar su alojamiento, sus sesiones de grabación, sus ensayos, y así sucesivamente. Sin embargo, si Joseph insistía en modificar la cláusula, así se haría, «porque, después de todo, lo único que quiero es lo mejor para los muchachos», explicó Gordy.

Joseph sonrió y le mostró a Richardson su pulgar alzado. Le entregó el teléfono a Seltzer, quien conversó con Berry unos instantes. Entonces dejó a Gordy en espera y llamó a la oficina a su asistente, la cual tomó nota de lo que Gordy le dictaba. Transcurridos unos cinco minutos, la asistente regresó con una nueva cláusula, que establecía que el grupo se comprometería con Motown únicamente por un año. Joseph estaba resplandeciente; había vencido una batalla estratégica contra Berry

Gordy.

Ralph Seltzer explicó apresuradamente el resto del contrato. Joseph asintió, y entonces indicó a los muchachos que entraran a la oficina.

—Lo tenemos, chicos —anunció.

—¡Hombre, esto es demasiado!

—¡Estamos en Motown!

—¡Tenemos un contrato!

Todos comenzaron a saltar y a abrazarse unos a otros.

Ralph Seltzer entregó un contrato a cada uno de los muchachos.

—Firmad sólo sobre esa línea, chicos.

Todos observaron a su padre.

—Adelante. Está bien. Firmad.

Aunque Joseph ni siquiera había leído el contrato —simplemente se lo habían explicado— y tampoco los niños lo habían hecho, todos ellos firmaron.

—Y aquí hay un acuerdo para usted, señor Jackson —dijo Ralph Seltzer, entregándole un papel a Joseph—. Esto es un contrato de conformidad de los padres y dice, simplemente, que usted se asegurará de que los niños cumplan con los términos del contrato que acaban de firmar[2].

«Bueno, felicidades —añadió Ralph Seltzer con una sonrisa y un firme apretón de manos a Joseph—. Y permítanme ser el primero en darles la bienvenida a Motown».

En años venideros, muchos se preguntarían cómo habría permitido Joseph Jackson que sus hijos firmaran el contrato con Motown —y cómo él mismo habría firmado un acuerdo conjunto— sin antes haber leído los documentos. En el litigio contra Motown, años después, Joseph explicaría: «Ni yo ni mis hijos leimos los contratos porque nos fueron presentados en condiciones de tómalo o déjalo. Como mis hijos acababan de empezar en el mundo del espectáculo, acepté los acuerdos basándome en la afirmación de Ralph Seltzer, quien dijo que eran buenos contratos».

Ralph Seltzer discreparía con lo dicho por Joseph, de un modo un tanto desconcertante: «No recuerdo haberle dicho jamás a Joseph Jackson o a los Jackson 5 que el acuerdo ofrecido por Motown fuera bueno».

Una vez que se marcharon de la oficina de Ralph Seltzer, Joseph telefoneó a Richard Arons, el hombre que había contratado como su abogado y el correpresentante no oficial del grupo Arons recordaría: «Joseph me llamó y dijo que había firmado con Motown. No había mucho que yo pudiera hacer a esas alturas».

Es simple comprender por qué Joseph firmó el acuerdo. Al fin y al cabo se trataba de Motown. No obstante, el contrato presentaba problemas significativos, muchos de los cuales le causarían posteriormente complicaciones a la familia.

La cláusula cinco, por ejemplo, prohibía a los Jackson 5 grabar para cualquier otro sello «en cualquier momento previo a los cinco años posteriores a la expiración o

interrupción de este contrato». Ésta era una típica cláusula Motown que se aplicaba a los contratos por siete años, cinco años, o, como en el caso de los Jackson 5, un año. De modo que la concesión que Berry Gordy había hecho a Joseph Jackson carecía de validez. Los Jackson 5 continuaban comprometidos por lo menos durante seis años.

La tercera cláusula establecía que Motown no estaba obligada a grabar con el grupo o a promocionar su música durante esos cinco años, ¡aun cuando se trataba, supuestamente, de un contrato por un año! Había otras estipulaciones del contrato que Joseph habría cuestionado de haber leído el acuerdo: Motown decidiría la totalidad de los temas a ser grabados por el grupo, y el grupo realizaría las grabaciones «hasta que el resultado sea de nuestra satisfacción [la de Motown]». No obstante, Motown «no se verá obligada a lanzar ninguna grabación», lo cual significaba que aunque una canción se grabara, ello no implicaba su lanzamiento al mercado. El grupo recibiría 12,50 dólares por «máster», es decir, la grabación definitiva de una canción. Pero para que la grabación fuera considerada un máster, la canción debería ser efectivamente lanzada. De otro modo, no les pagarían nada. En otras palabras, podrían grabar docenas de canciones y la empresa podría decidir lanzar sólo una de la camada, la única por la cual recibirían dinero. En cuanto al resto, bueno, simplemente sería una pérdida de tiempo.

Se ha escrito que los Jackson recibieron en concepto de derechos un 2,7 por ciento sobre el importe total de las ventas, la cifra estándar de Motown en la década de 1960. En realidad, según su contrato los muchachos recibirían el 6 por ciento del 90 por ciento del importe total de las ventas (quitando los impuestos y el embalaje) de cualquier sencillo o álbum lanzado. Era la misma cantidad que recibían Marvin Gaye y The Supremes. Sin embargo, Marvin, como artista solista, no debía compartir el porcentaje. The Supremes debían dividirlo por tres. Y esta suma debía ser dividida por cinco entre los hermanos Jackson. En otras palabras, Michael recibiría un quinto del 6 por ciento del 90 por ciento del valor total de las ventas, un poco menos de medio centavo por cada sencillo y 0,0216 dólares, cerca de dos centavos, por disco lanzado (considerando un precio de 0,375 dólares por sencillo y 2 dólares por disco).

También, según los términos del contrato, Motown estaba obligada a pagar el coste de los arreglos, copias y acompañamiento y demás gastos de las sesiones de grabación, fuera la canción lanzada o no, pero éstos debían ser recuperados por la compañía de las regalías de los derechos obtenidos por las ventas de las grabaciones comercializadas. Este arreglo sería objeto de muchas quejas por parte de los artistas de Motown, y representaría un gran problema para los Jackson 5. Pero Joseph jamás imaginó que el grupo grabaría tantas canciones no comercializadas como lo hizo, ¡quizá hasta un centenar! Posteriormente, sería virtualmente imposible para el grupo obtener algo de dinero por las grabaciones lanzadas, porque aún debían pagar por todas las otras.

También, si alguno de los hermanos decidía abandonar el grupo, ya no tendría derecho a decir que había sido miembro de los Jackson 5 «y no podrá usar el nombre

del grupo para ningún propósito». Quizá Joseph no lo hubiera percibido, pero esto podría ser un grave problema. Por ejemplo, cuando Florence Ballard fue despedida de The Supremes en 1967, no pudo promocionarse como antiguo miembro del grupo. En su biografía para la ABC, cuando firmó un contrato con la discográfica como solista en 1968, tan sólo pudo figurar que había sido «miembro de un popular grupo de cantantes femeninas».

Además, Motown podía, en todo momento, reemplazar a cualquier miembro de la banda con la persona que la compañía decidiera. En otras palabras, cualquiera de ellos podría ser expulsado de las presentaciones y reemplazado por alguien seleccionado por Motown, y no por Joseph.

Una cláusula aún más restrictiva —la número dieciséis— establecía que «Motown posee todos los derechos, títulos e intereses en los nombres Jackson 5 y Jackson Five». Dicho de otro modo, habían ingresado en la compañía como los Jackson 5, pero ciertamente no la abandonarían de igual modo. Cuando The Supremes quisieron abandonar la discográfica en 1972, les fue permitido hacerlo, pero debían cambiar el nombre de su grupo. Decidieron quedarse.

El contrato con Motown habría podido establecer también que Joseph estaba obligado a entregar a Randy y a Janet a la compañía para ser criadas por Gordy, y él lo habría aceptado. Lo importante era que los muchachos estuvieran en Motown, a cualquier precio.

Así, el 26 de julio de 1968, con su pequeña letra, apenas legible, Michael firmó el contrato: Michael Joseph Jackson[3].

La vida en Hollywood

El 27 de septiembre de 1968, Motown Records concertó la presentación de los Jackson 5 en un concierto benéfico en el Estadio Gilroy de Gary, Indiana, con el propósito de costear la candidatura de Richard Hatcher para alcalde. Ese mismo día se presentaban los artistas de Motown Gladys Knight and the Pips, Shorty Long y Bobby Taylor and the Vancouvers. Los Jackson 5 abrieron el recital. En los años siguientes, la historia oficial de Motown diría que allí fue cuando Diana Ross vio a los niños por primera vez, los «descubrió» e hizo que Gordy se fijara en ellos. En realidad, los Jackson 5 ya habían firmado contrato con el sello. Sin contar con que Diana Ross se encontraba muy lejos de Gary en ese momento. Estaba en Los Ángeles, ensayando con The Supremes.

Cerca de la Navidad, Berry Gordy organizó una fiesta en una propiedad de Detroit que había comprado en 1967 por un millón de dólares. (Aunque se había mudado a la costa Oeste, aún mantenía su residencia de Michigan). Se les pidió a los Jackson 5 que actuaran en la fiesta para los artistas de Motown y otros amigos de Gordy, algo realmente importante para los muchachos.

La mansión de tres pisos de Gordy ostentaba un salón de baile con suelo y columnas de mármol, una piscina olímpica, una mesa de billar, una pista de bolos de dos carriles, un teatro privado unido a la propiedad central por un túnel, y un bar cuyo mobiliario había sido importado de Inglaterra. Todas las habitaciones estaban decoradas con papel dorado, frescos en los techos y elaboradas arañas de cristal. Fastuosos retratos al óleo de los amigos y familiares de Gordy decoraban la entrada.

Si los Jackson habían visto alguna vez una casa como ésa, había sido únicamente en películas donde los ocupantes generalmente pertenecen a la realeza, por cierto, blanca. «¿Existe gente negra que realmente viva de este modo? —Joseph recordó haberse preguntado mientras recorría la mansión, agitando su cabeza con incredulidad—. Simplemente no puedo creer que esto sea posible». Cuando Gordy oyó al pasar el comentario, colocó su mano en el hombro de Joseph y le susurró algo al oído que lo hizo sonreír. Los dos hombres se estrecharon las manos con complicidad y entraron juntos en la sala de estar.

—Entonces dime, amigo, ¿qué piensas de todo esto? —peguntó Gordy, deteniéndose frente a un enorme retrato suyo donde se lo veía vestido como Napoleón Bonaparte. Había sido encargado por su hermana, Esther.

—Dios mío, ¿qué puedo decir? —preguntó Joseph—. ¿Aquí vives? Hombre, es demasiado para creerlo.

—Bueno, pero ¿te gusta? —presionó Gordy.

—Yo, eh… Tú, eh… —Joseph sólo podía balbucear. En ese instante, su hijo Michael llegó corriendo hacia él.

—Eh, ¿quién es el hombre de aspecto gracioso del cuadro? —preguntó.

Joseph, avergonzado, le dirigió una mirada al pequeño. Gordy sonrió.

«Jamás olvidaré esa noche —diría Michael—. Había sirvientas y mayordomos, y toda la gente era realmente simpática. Había estrellas de Motown por doquier. Smokey Robinson estaba allí. Ese día lo vi por primera vez. Los del grupo The Temptations estaban allí, y nosotros cantaríamos algunas de sus canciones, así que estábamos realmente nerviosos. Y cuando miré a la audiencia, vi que Diana Ross estaba allí. Ahí fue cuando sentí que era demasiado para mí».

Tras el recital de los muchachos, Berry les presentó a Diana, que lucía majestuosa, vestida con un traje de fiesta blanco hasta los pies y su cabello recogido en un rodete.

—Sólo quiero deciros cuánto me ha gustado lo que hicisteis —dijo mientras estrechaba sus manos—. El señor Gordy me ha dicho que vamos a trabajar juntos.

—¿Trabajaremos juntos? —preguntó Michael.

—Sí, lo haremos —dijo Diana. Su sonrisa quitaba el aliento, tanto como los diamantes que llevaba en sus orejas y alrededor de su cuello—. Lo que sea para ayudaros —dijo—, eso es lo que haré.

—Gracias, señorita Ross, realmente apreciamos el gesto —alcanzó a decir Joseph Jackson. Si bien era usualmente un gran conversador, Joseph no estaba pasando un

momento fácil esa noche.

La sonrisa de Diana era cálida y sincera. Se volvió hacia Michael.

—Y tú, eres simplemente adorable.

Cuando pellizcó sus mejillas, el muchacho se sonrojó.

Inmediatamente después de firmar con la discográfica, los Jackson comenzaron a grabar en los estudios Motown bajo la dirección del productor Bobby Taylor, el hombre que los había descubierto en Chicago. Durante los meses siguientes pasarían los días de la semana en Gary, asistiendo a la escuela, y los fines de semana —aunque también cierta cantidad de semanas completas— en Detroit, durmiendo en el suelo del apartamento de Taylor. Grabaron quince canciones, muchas de las cuales figurarían luego en sus discos. Taylor diría luego que no recibió dinero por esas sesiones de grabación. «Ciertamente me habría gustado algún reconocimiento por haber descubierto a los Jackson 5 —dijo—. Pero el reconocimiento no paga las cuentas».

(Cierta vez, Berry Gordy y Bobby Taylor hablaban sobre los muchachos, y el productor comentó lo maravillado que estaba por encontrarse en el origen de algo tan emocionante como los Jackson 5. «Taylor, déjame decirte algo —dijo Gordy, según el recuerdo de Bobby—. Tan pronto como se hagan ricos, se olvidarán de ti»).

Los ocho meses siguientes no serían fáciles. Berry no creía que los Jackson 5 estuvieran listos aún para lanzar un sencillo; no estaba satisfecho con ninguna de las canciones que habían grabado hasta el momento. Todos en la familia comenzaban a impacientarse, especialmente porque las condiciones en Gary empeoraban cada vez más con las pandillas callejeras aterrorizando al vecindario. Joseph fue asaltado y, luego, un gamberro amenazó con un cuchillo a Tito. Cada día, la familia aguardaba la llamada de alguien —sin importar quién fuera— de Motown, diciendo cómo sería la nueva etapa de su vida.

El 11 de marzo de 1969, el contrato de Motown finalmente entró en vigencia. El retraso se debió a que Ralph Seltzer había descubierto que los Jackson 5 seguían comprometidos con Steeltown Records, a pesar de los intentos previos de Richard Arons para liberarlos del acuerdo. Motown se vio forzado a arreglar un convenio con Steeltown, para disgusto de Gordy. A esas alturas, según Ralph Seltzer, Motown había gastado más de treinta mil dólares en los Jackson 5, sin contar el convenio con Steeltown. Gordy estaba ansioso por recuperar el dinero invertido.

En agosto de 1969, más de un año después de la audición, telefonearon finalmente de Motown: Gordy quería que Joseph, sus cinco hijos y Johnny Jackson junto a Ronny Rancifer se trasladaran a Los Ángeles. Asistirían a la escuela en la costa Oeste mientras grababan en las nuevas instalaciones de Motown en Hollywood. Aunque Gordy no se mostraba entusiasta con ninguna de las canciones de los Jackson, estaba impresionado con el joven Michael. «Michael es una estrella de

nacimiento —diría luego en una entrevista—. Era el clásico ejemplo del que lo comprende todo. Enseguida noté que era un niño de una gran profundidad, era simplemente increíble. La primera vez que lo vi, supe que era un muchacho sumamente especial».

Joseph, Tito, Jack Richardson, el batería Johnny Jackson y el teclista Ronny Rancifer se dirigieron a Los Ángeles en su nueva furgoneta Maxivan Dodge. Motown pagó el viaje de Jackie, Jermaine, Marlon y Michael unos días después. Fue decisión de Joseph que no se trasladara la familia entera de Gary a Los Ángeles hasta que no se confirmara la certeza de su futuro. Era posible, después de todo, que Berry estuviera equivocado, que el grupo fuera un fracaso, y que tuvieran que comenzar nuevamente desde el principio. De modo que Janet, Randy y LaToya permanecieron en Gary con Katherine.

Berry registró a la familia en uno de los moteles más sórdidos de Hollywood, el Tropicana, en el Boulevard Santa Mónica. Michael, Marlon y Jermaine compartían un cuarto, mientras que Tito y Jackie dormían en otro. Joseph se alojaba al otro lado del pasillo. La familia pasaba poco tiempo en las habitaciones: dado que era época de vacaciones escolares, estaba la mayor parte del día en los estudios de Motown en Hollywood ensayando y grabando.

Finalmente, Gordy los trasladó del Tropicana al Motel Hollywood, situado frente a la escuela secundaria de Hollywood (Hollywood High) y más cerca de la oficina central de Motown. El nuevo alojamiento era aún más espantoso para los niños; prostitutas y proxenetas solían utilizarlo como lugar para dirigir sus negocios. No obstante, nada de eso les importaba a los Jackson. ¿Por qué habría de importarles? Estaban viviendo en California. Aun cuando no vieran estrellas de cine en cada esquina, como habían soñado, Los Ángeles era el paraíso comparado con Gary.

Todo era novedoso para los jóvenes Jackson. Michael jamás había visto una verdadera palmera antes de llegar a California. «Y aquí había calles enteras con ellas», recordó una vez. Había automóviles lujosos dondequiera que dirigieran su mirada, y todos los conductores parecían llevar gafas oscuras, aun en esos días nublados en los que el sol no aparecía hasta el atardecer. De hecho, como los jóvenes Jackson comprenderían pronto, mucha gente llevaba gafas oscuras incluso por la noche. «Así que ésta es la vida de Hollywood», dijo Joseph.

Una tarde, Berry organizó una reunión de la banda en la casa de Diana Ross. Era la primera vez que los muchachos la veían tras el recital ofrecido en la propiedad de Berry en Detroit el invierno anterior. La casa de Diana podía no ser espectacular según los cánones de Hollywood —era una mujer soltera y vivía en una residencia provisional de tres habitaciones en Hollywood Hills mientras concretaba la compra de una nueva casa, más opulenta, en Beverly Hills— pero cuando los cinco Jackson y su padre la compararon con su covacha de Gary, del tamaño de un garaje, les resultó

difícil mantener la compostura.

Michael recordó que Gordy sentó a los muchachos en la sala de estar de Diana y tuvo una charla con ellos. «Haré de vosotros la banda más grande del mundo —les dijo—. Lograréis ocupar el primer puesto del *ranking* con tres temas, uno detrás del otro. Apareceréis en los libros de historia. Así que, preparaos, porque no falta mucho».

Eso era exactamente lo que los Jackson querían oír. Joseph no quería más que el éxito para sus hijos, y ahora parecía algo asegurado. Les dijo a los niños que debían hacer todo lo que «el señor Gordy» les pidiera, sin cuestionarlo. Lisa y llanamente, Joseph se sentía intimidado por Berry. No obstante, él sentía lo mismo con respecto al padre de los Jackson. «Aquí tenéis a un hombre negro que ha obtenido millones de dólares en el mundo del espectáculo —dijo Joseph—. Si tan sólo consigo aprender algunas cosas de él, entonces yo también haré mi parte».

Cuando la reunión estaba a punto de concluir, Diana entró en la habitación luciendo como… bueno, Diana Ross… con unos ajustados pantalones negros de satén, una voluminosa cabellera y pendientes de oro. «Siempre lucía como una diosa —recordó Jermaine—. Cuando entró en la sala de estar ese día, todos quedamos boquiabiertos». —Aunque los niños ya la habían conocido, seguían sintiéndose sobrecogidos. Joseph se esforzó por recuperar la compostura y causar una buena impresión.

—Sólo quiero deciros nuevamente que estoy aquí para vosotros —dijo ella—. Si hay algo en lo que pueda ayudaros, espero que me lo hagáis saber.

Parecía sincera, recordaría luego Jermaine. «Era difícil creer que estuviera dirigiéndonos esas palabras a nosotros —dijo—. Es decir, ¿qué habíamos hecho para merecer su ayuda? Pura suerte».

Lo que Jermaine mejor recuerda de ese día es el telegrama que Diana les mostró. «Se lo he enviado a una gran cantidad de personas», explicó. En él se leía: «Por favor, acompáñame para darle la bienvenida a este brillante grupo musical, los Jackson 5, el lunes 11 de agosto de 18.30 a 21.30h en el Daisy, North Rodeo Drive, Beverly Hills. Los Jackson 5, con la presencia del sensacional niño de ocho años Michael Jackson, cantarán en directo en la fiesta, [firmado] Diana Ross».

—Creo que has cometido un error —le dijo Michael—. No tengo ocho años, sino diez.

—Ya basta —dijo Berry con una sonrisa.

Berry explicó que la discordancia era un asunto de relaciones públicas. A continuación tuvo lugar una breve discusión con Michael sobre el arte de las relaciones públicas; se le recordó que, en lo concerniente a los medios, Diana Ross era quien los había llevado a él y a sus hermanos a Motown. Debería recordar eso siempre ya que, como lo expuso Diana, «es todo por tu imagen».

—Comprendo —dijo Michael—. Tengo ocho años. Y hemos sido descubiertos por la gran señorita Diana Ross.

—Lo has comprendido bien —dijo Diana con una sonrisa y lo estrechó en un abrazo—. Eres simplemente adorable —dijo, nuevamente.

Michael recordaría luego: «Comprendí a una corta edad que si alguien decía algo que no era cierto sobre mí, era una mentira. Pero si alguien decía algo que no era cierto sobre mi imagen, entonces estaba bien. Porque entonces no era una mentira, sino relaciones públicas».

El 11 de agosto de 1968, Diana Ross presentó a sus nuevos *protégés*, los Jackson 5, con la ceremonia y la pompa características de un gran debut de Hollywood. Trescientos amigos «cercanos» de Gordy y Diana, además de asociados de negocios, abarrotaron el club privado de Beverly Hills, el Daisy, habiendo sido invitados personalmente por el telegrama de la cantante. Aplaudieron de pie mientras Michael Jackson y los Jackson 5 —así fueron presentados por Diana— interpretaron canciones de Motown como «Who's Loving You» de Smokey Robinson e incluso clásicos de Disney como «Zip-a-dee-dodah». Los muchachos vestían idénticos chalecos de color verde lima con camisas doradas y botas verdes que hacían juego. Cada movimiento había sido cuidadosamente coreografiado para ellos, y ensayado en el estilo profesional de Motown. Fueron un éxito. Luego se distribuyó entre los invitados un lanzamiento de prensa, con la edad de cada niño rebajada en dos años.

Orgulloso y radiante por la recepción, Berry anunció que los Jackson 5 se presentarían en concierto con Diana Ross y The Supremes en el Forum cinco días después, y luego en octubre, cuando Diana sería la anfitriona del programa de televisión *The Hollywood Palace*.

Los muchachos formaron una fila y Diana Ross presentó ante la prensa a cada uno de ellos: «Este pequeño es Michael. ¿No es adorable? Y éste es Jermaine. ¿No es encantador? Y aquí está Jackie. Miren qué alto es», y así sucesivamente.

La reportera de la revista *Soul*, Judy Spiegelman, dijo: «Recuerdo haberme impresionado con la actitud extrovertida y cortés de los muchachos. Después de todo, no eran más que niños, y sin embargo nada afectados por la atención».

—¿Qué se siente al ser una estrella, Michael? —quiso saber.

—Bueno, para serte sincero, ya había perdido las esperanzas —respondió Michael con una sonrisa. Vestía un sombrero de hongo negro sobre su cabello afroamericano—. Pensaba que iba a ser un anciano cuando me descubrieran. —Entonces, susurrando en un tono dramático, concluyó—: Pero entonces llegó la señorita Diana Ross y salvó mi carrera. Ella me descubrió.

—¿Y cuántos años tienes, Michael? —preguntó.

Michael observó a Diana, de pie tras él, orgullosa, con su mano en el hombro del niño. Berry Gordy se encontraba junto a ella.

—Ocho —dijo Michael.

—Pero pensaba que eras mayor. Cerca de los once, quizá —presionó la suspicaz reportera.

—Bueno, no es así —insistió Michael—. Tengo ocho años.

—Mira, el chico tiene ocho años, ¿de acuerdo? —interrumpió Berry—. Próxima pregunta.

—Próxima pregunta, por favor —lo corrigió Michael. Sonrió y le guiñó el ojo a Pauline Dunn como diciendo, «así es como se juega a esto».

El primer éxito de los Jackson 5

Los comienzos de la década de 1970 fueron los años de transición más significativos para Motown Records desde su consolidación como una potente productora musical. Para entonces, a pesar de que la compañía continuaba produciendo magnífica música pop y música negra estadounidense (*rhythm and blues* —R&B—), algunas de sus estrellas comenzaban a quejarse de su método de crear éxitos como en una cadena de montaje.

La década del 1970 fue un período de cambios, tanto sociales como políticos, y la producción de música pop también se vio afectada. Para estar a la altura de los tiempos, varios sellos discográficos desmantelaron eventualmente sus equipos de compositores-productores y firmaron contratos con prolíficos cantautores y bandas que componían e interpretaban su propia música. Berry Gordy no se mostraba entusiasmado con esta tendencia. Siempre había disuadido a sus artistas de escribir y producir su propio material porque, según se decía, no deseaba compartir con ellos los derechos de autor, lo cual constituía la siguiente petición inevitable. Prefería contar con su propio equipo de compositores y productores, que habían sido contratados por su propia editora musical, Jobete. De ese modo, gran parte del dinero permanecía en las arcas de Motown.

No obstante, algunas de las estrellas de Motown anhelaban mayor libertad artística. Por ejemplo, Stevie Wonder y Marvin Gaye se sentían por encima del estilo de música manufacturada de Motown, es decir, los temas suministrados por el equipo de compositores y productores. Debían de haber percibido finalmente que los miembros de dicho equipo, tales como Smokey Robinson y Norman Whitfield ganaban grandes sumas por sus composiciones sin verse obligados a extenuantes giras por cuarenta ciudades y presentaciones públicas. Wonder y Gaye exigían ahora la oportunidad de expresarse musicalmente a través de sus propias composiciones y, por extensión, de recibir una parte de los derechos editoriales de sus canciones.

El hecho era que la música no estaba entre las principales preocupaciones de Berry Gordy cuando decidió trasladar Motown de Detroit a Los Ángeles. Berry dejó atrás sus raíces en Michigan tras dos décadas, por la misma razón que optimistas colegiales graduados y jóvenes y apuestos fugitivos se embarcaban desde todas las partes del mundo hacia la ciudad de Los Ángeles: la pantalla grande. Berry quería entrar en la industria cinematográfica, y su *protégée* Diana Ross era su mejor carta de recomendación. Al planear y organizar su viaje al oeste, Gordy fue metódico como

siempre. Aprovechó la ocasión para limpiar la casa: empleados y artistas considerados una carga serían dejados atrás en la ciudad del motor, mientras que los miembros deseados podrían mantener sus puestos en tanto estuvieran dispuestos a trasladarse a Los Ángeles.

Cuando Berry Gordy asistió a la grabación de la audición de los Jackson 5 en Detroit, supo que los jóvenes habían llegado en el momento justo. El grupo no sólo significaría una nueva etapa musical para Motown, sino que además lo haría con un exitoso sencillo suministrado por el propio equipo de producción de la compañía. Los niños no deseaban componer y producir sus propias canciones, sólo querían ser estrellas. Para Berry, debió de ser como un *déjà vu*. Sentía nostalgia por el tiempo no tan lejano en el que Stevie y Marvin se preocupaban sólo por cantar y no por componer. Firmar contrato con un grupo que dependiera exclusivamente de las composiciones de Motown validaría el modo de trabajo de la compañía por algunos años más. (Aun así, ni siquiera Gordy habría podido predecir cuánto prosperaría Jobete como resultado de su contrato con los Jackson 5).

En 1969, la sección de la costa Oeste de Motown era llevada bajo la dirección de uno de los mayores compositores-productores de la compañía. Como parte integral del equipo de composición-producción de Motown llamado El Clan, Deke Richards era el responsable de algunas canciones maravillosas (como «Love Child» de The Supremes). Él y Berry tenían una relación cercana; Deke incluso tenía una línea telefónica para uso exclusivo de Berry, y éste le telefoneaba a todas horas de la mañana, rebosante de nuevas ideas.

Además de su cargo de director creativo de talento para la sección de la costa Oeste de Motown, Deke se encargaba de la permanente búsqueda de nuevos compositores y artistas prometedores para sumar a la lista de la compañía. Ese año, le fueron presentados dos jóvenes y talentosos compositores, Freddie Perren y Fonce Mizell. Consideró que los dos poseían increíble destreza y estaba deseando incluirlos en la familia Motown.

Durante los tres meses siguientes, Deke Richards, Freddie Perren y Fonce Mizell trabajaron juntos en una canción titulada «I Want to Be Free», pensada para Gladys Knight and the Pips. El equipo se dirigió a los estudios de Motown con un conjunto de talentosos músicos para grabar la pista instrumental para el tema, recordada alegremente por Perren como «una de las mejores interpretaciones musicales de Motown».

Mientras tanto, Berry invitó a Deke al recital que los Jackson 5 darían en el Daisy, presentados por Diana Ross. Richards quedó impresionado.

Había oído los rumores de Motown referidos a que Bobby Taylor presentaría material grabado con los hermanos en Detroit. Aunque Taylor estaba produciendo algunos temas de calidad, todos sabían que no había un solo éxito en su haber.

Cuando Deke le reprodujo la pista de «I Want to Be Free» a Berry, a éste le agradó tanto que pensó que sería ideal para los jóvenes Jackson. «Dale a la canción un tratamiento al estilo Frankie Lymon —le dijo a Deke—, y veremos qué pasa».

Deke recordó: «Berry retuvo la pista por un tiempo y pensó algunas buenas ideas. Comenzaba a entusiasmarse. Yo quería que Berry estuviera involucrado. Ésta comenzaba a ser una propuesta muy emocionante para todos nosotros».

Deke decidió llamar La Corporación al equipo de Fonce Mizell, Freddie Perren, él mismo y Gordy, lo que reforzaría la premisa democrática de que no había egos desproporcionados mezclados en el trabajo y que todos serían tratados por igual. Recordó: «Una vez que estuvo lista la pista instrumental de base, llegó el momento de ensayar con los muchachos para que grabaran lo suyo. Los chicos llegaron a la casa de Berry, y allí fue donde comenzamos a conversar sobre la canción con ellos. Durante las semanas siguientes, los niños trabajaron una inmensa cantidad de horas en esta única canción. Fue un trabajo duro. Finalmente, el tema fue rebautizado "I Want You Back"».

«El mayor inconveniente con los Jackson 5 no era la disposición para el trabajo —dijo Deke—. El problema era que no sólo debías ser un productor, sino también un instructor de fonética inglesa. Era agotador enseñarles la pronunciación de las palabras. Debíamos repasar ciertas palabras una y otra vez, lo cual resultaba pesado.

»Si Michael tenía algún problema además de la fonética, era atacar y sostener las palabras y las notas. Como cualquier niño, tendía a lanzar las palabras, arrastraba las notas más que mantenerlas. Tal vez pensaba en el baile o en cualquier otra cosa, sin concentrarse en dejar fluir los versos. Me veía obligado a decirle: "Necesito esas notas, Michael, cada una de ellas".

»Sin embargo, como cantante era genial. Ejercíamos una gran presión sobre él, porque siempre que encuentras a un niño que puede cantar de ese modo, piensas: "Sí, es tan genial que deseo que sea más genial aún". Sentía que si podía sonar tan bien en bruto, sería extraordinario una vez que fuera pulido».

«Recuerdo que Deke Richards fue uno de mis primeros maestros, —dijo Michael Jackson—, Dios mío, le dedicamos mucho tiempo a "I Want You Back". Era realmente paciente conmigo, con todos nosotros. Creo que debo de haber grabado aquel tema dos docenas de veces. No tenía idea de que grabar pudiera ser tan trabajoso. Recuerdo haberme quedado dormido al micrófono. Me preguntaba si alguna vez se acabaría. Justo cuando pensaba que habíamos terminado, debíamos comenzar todo otra vez».

La última sesión de grabación de «I Want You Back» se extendió hasta las dos de la madrugada. «A esas alturas, debía de ser el sencillo más caro de la historia de Motown —agregó Deke Richards—. Costó cerca de diez mil dólares. En ese momento el coste de un sencillo de Motown era cercano a dos mil dólares. Continuamos agregando y sustrayendo música hasta el final. De hecho, el tema original comenzaba sólo con una guitarra, pero en último momento quise agregar un

glissando de piano. Hice llamar a Freddie y a Fonce para que lo hicieran sin más tardanza, y así acabar de una vez con la canción».

El 2 de octubre de 1969, después de la mezcla final de «I Want You Back», Berry le preguntó a Deke qué nombre consideraba que debía aparecer en la cubierta del disco. ¿Jackson Five? ¿Jackson Five presenta a Michael Jackson? Deke opinó que el grupo debía llamarse simplemente los Jackson 5, con el número 5. Berry estuvo de acuerdo. Joseph Jackson ni siquiera fue consultado. No es necesario imaginar la tensión que se hubiera generado en la familia si Deke hubiera sugerido «Jackson Five presenta a Michael Jackson».

Michael se muda con Diana

El 1 de octubre de 1969, mientras su padre y sus hermanos eran arrastrados de un hotel a otro por la gente de Motown, se decidió que Michael Jackson debía mudarse a casa de Diana Ross en Hollywood Hills. «Fue un asunto premeditado. Quería que estuviera cerca de ella —explica Berry Gordy—. La gente piensa que fue casualidad que se quedara allí. No lo fue. Yo quería que Diana le enseñara todo lo que pudiera. Diana es una persona muy influyente. Sabía que Michael iba a aprender *algo* tan sólo por estar cerca de ella. Diana había dicho que él le recordaba algo de sí misma cuando tenía once años. Michael era ávido y curioso, y tenía talento, tal como era Diana cuando la conocí. Por entones, ella tenía dieciséis años.

»Le pregunté si tenía algún problema y su respuesta fue que no, le gustaba la idea de tenerlo cerca. Era bueno para ella tener a alguien más por quien preocuparse. Sería sólo por cuatro semanas, el mes de octubre».

Si bien quería ayudar, Diana estaba tan absorbida por las exigencias de su propia carrera que no estaba preparada para el rol de madre sustituta. Pese a ello, dio todo de sí, trató a Michael como a un hijo y se encariñó con él. Sin embargo, el estilo de vida que Michael llevó en el hogar de Ross se asemejó a todo aquello que su madre le había enseñado a evitar por considerarlo malvado. En ese ambiente, nada parecía importar, excepto el mundo del espectáculo. «Vas a ser una gran, gran estrella —solía recordarle Diana durante el desayuno—. Ahora, cómete tus cereales».

Aunque Diana permaneció en su casa durante el mes de octubre, estuvo extremadamente ocupada. Estaba a punto de abandonar a The Supremes y embarcarse en una carrera en solitario. Mientras tanto, ella y Berry tenían un romance tumultuoso. Michael, sin duda, oyó muchas discusiones de la pareja y probablemente los vio sonreírse y hablarse cariñosamente después, frente a los periodistas. Estaba aprendiendo mucho sobre las relaciones públicas en el mundo del espectáculo, pero sólo el tiempo diría cuánto le afectarían las relaciones públicas.

Michael iba a la escuela durante el día y grababa en el estudio hasta altas horas de la noche, pero se había dado cuenta de que durante el período en que vivió con Diana

Ross ella siempre encontraba tiempo para familiarizarlo con el arte. «Solíamos salir, sólo nosotros dos, y comprar pinceles y pinturas —escribió Michael en su autobiografía sobre aquel tiempo junto a Diana—. Cuando no estábamos pintando o dibujando, íbamos a museos».

La fascinación de Michael por Diana —que algunos verían luego como una obsesión— duraría muchos años. Así como fue una figura materna cuando su propia madre estaba a miles de kilómetros, ella era también unaartista consumada; él la estudiaba constantemente. «Recuerdo que solía sentarme en un rincón y mirar la forma en que se movía. Era arte en movimiento. ¿Se ha fijado en la forma en que trabaja con sus manos? Yo estaba… *cautivado* por ella. Durante todo el día, cuando no estaba ensayando mis canciones, estaba escuchando las suyas. Un día la vi ensayar frente al espejo. Ella no sabía que la miraba. La estudié, la forma en que se movía, la forma en que cantaba, su forma de ser. Luego le dije: "Quiero ser tal como tú, Diana". Y ella me dijo: "Sólo debes ser tú mismo y serás una gran estrella"».

Michael, con sus once años, también tuvo algunos momentos solitarios durante su estancia en el hogar de Ross, mientras ella estaba trabajando. Echaba de menos a su madre y hablaba constantemente por teléfono con ella, encareciendo la cuenta telefónica de Diana.

Katherine estaba preocupada por la vida de Michael durante ese período, según afirmó una amiga de la familia, una mujer que prefirió mantenerse en el anonimato porque es alguien en quien Katherine aún confía. «Katie estaba realmente preocupada por el estilo de vida de Diana Ross y por la influencia que podía tener en su hijo. No quería que su hijo fuera corrompido por Diana o su círculo de amigos del mundo del espectáculo. Además, conocía muy poco sobre Diana. Sólo sabía que era una estrella con reputación de egoísta y engreída. Todo el tiempo que Michael estuvo lejos de ella, Katie no podía dejar de pensar en lo que estaría sucediendo en casa de Ross y cómo lo estaría sobrellevando Michael. Le daba rienda suelta a su imaginación. Fueron tiempos de gran preocupación en los que se preguntaba qué tipo de valores le estaba transmitiendo Diana Ross a su hijo».

Para hacerle las cosas aún más difíciles a Katherine, Diana parecía poco dispuesta a hablar directamente con ella. Cuando llamaba para saber cómo estaba Michael, si él no se encontraba en casa, Katherine tenía que hablar con el personal doméstico. Normalmente Diana no atendía el teléfono.

Si Katherine estaba angustiada por la posibilidad de que se hicieran fiestas descontroladas en la residencia de Diana Ross, no tenía motivos para estarlo. Diana era una persona seria, no una chica que organizaba fiestas. Solía acostarse temprano para poder levantarse a tiempo y asistir a sus diversos compromisos. En todo caso, lo que le transmitió a Michael fue una ética del trabajo que le serviría como formación. Quería ser un ejemplo para él y se aseguró de no dejarle ver otra cosa que su mejor parte.

«Llegué a conocerla bien —diría Michael muchos años después—, y me enseñó

muchísimo con su ejemplo. Recuerdo que solía estar en el estudio de grabación hasta algún momento de la mañana, irse a casa, hacer una prueba de vestuario, ensayar, almorzar, hacer un programa de TV y luego acostarse tal vez dos horas. Luego, de vuelta al estudio. Recuerdo haber pensado: lo mío no es tan terrible. Mírala a *ella*. ¡Y ella es Diana Ross!».

¡Éxito!

El estrellato de los Jackson 5 estaba a la vuelta de la esquina, pero con un desvío o dos en el camino. Cuando se lanzó «I Want You Back», en octubre de 1969, el tema no fue un éxito inmediato. La canción ingresó en los 100 Principales del *ranking Blllboard en* el puesto número 90. El departamento de promoción y ventas de Motown tenía que alentar continuamente a los disc-jokeys para que lo pasaran y a las tiendas para que lo tuvieran en su *stock*. Finalmente, diez semanas después, el 31 de enero, se disparó al puesto número uno, desplazando al tema «Raindrops Keep Falling on My Head» de B. J. Thomas.

Con «I Want You Back», Berry Gordy, Deke Richards, Fonce Michell y Freddie Perren se las ingeniaron para hacer despegar como un cohete a su último hallazgo y lanzar su productora discográfica hacia una nueva y excitante década. Un Michael precoz pero completamente adorable y atractivo guiaba a sus hermanos mayores hacia los corazones, los hogares y los equipos de sonido del Estados Unidos blanco y de clase media. El enardecedor sencillo también tuvo éxito en los *rankings* musicales negros o de *rhythm and blues*.

Del mismo modo que la exitosa fórmula de The Supremes en los años sesenta, el sonido de los Jackson 5 brindaba música *soul* saludable, no tosca, fácil de digerir y aceptada de buena gana por compradores de discos de todas las razas. Aunque el disco fue número uno durante sólo una semana en Estados Unidos, alcanzó la asombrosa cifra de 2.060.711 copias vendidas en Estados Unidos y otros cuatro millones en el exterior. En el Reino Unido, la canción trepó al puesto número dos y permaneció en el *ranking* trece semanas, además de vender 250.000 copias.

«Los profesionales nos decían que ningún grupo había tenido un comienzo mejor que el nuestro —recordaba Michael Jackson—. Jamás».

Una vez lanzado «I Want You Back», los Jackson 5 recibieron un retoque en su imagen. La famosa escuela de encanto de Motown —las clases para artistas que daban en Detroit para hacer de niñitos como The Temptations astutas personas del ambiente— dejó de funcionar cuando la empresa se reubicó en Los Ángeles. Todo el trabajo de cambio de imagen se hacía con la gente que Gordy conseguía para su causa. Suzanne dePasse —ahora presidenta de Motown Productions— fue la responsable de darle una nueva imagen a los jovencitos.

Varios estilistas trabajaron para lograr el mejor corte de cabello y el mejor

vestuario para cada miembro del grupo. Suzanne y los chicos salieron a comprar los trajes más extravagantes que pudieron encontrar. Algunos eran realmente despampanantes, con diseños y colores delirantes. Aun así, insólitamente, todo funcionó. Al fin y al cabo, eran los años setenta.

El 18 de octubre de 1969 marca otro hito fundamental en la carrera de los Jackson 5: su primera aparición en la televisión nacional, en el programa *The Hollywood Palace*, conducido por Diana Ross (The Supremes también estaban en el programa pero esa noche Mary Wilson y Cindy Birdsong no estuvieron mucho en el aire). Entre bastidores, Joseph seguía repartiendo consejos de último momento a sus muchachos, tal como siempre hacía antes de cada presentación. Una vez, Michael recordó que era bastante fácil dejar de prestar atención a Joseph porque decía exactamente lo mismo cientos de veces. Esa tarde, Joseph estaba aún más tenso, según recuerda Jack Lewis, un decorador de aquel programa de la cadena ABC.

«Joe se paseaba fuera de cámara de un lado a otro, como un león —recuerda—. No tengo ninguna duda de que él estaba más nervioso que sus hijos. Durante el corte, los chicos estaban entusiasmados. Diana Ross se acercaba a Michael para mantener conversaciones privadas con él. Le daba palmaditas en la cabeza todo el tiempo, algo que, según noté, molestaba a Joe».

Diana llevaba una blusa blanca que dejaba el vientre descubierto y pantalones blancos, lo que resaltaba su esbelta figura. Su cabello estaba recogido en un elaborado rodete, sus larguísimos aros de plata volaban mientras bailaba entre bastidores con Michael, antes del espectáculo.

—Vamos, ven —le decía haciéndole señas para que se acercara—. ¡Eres el mejor! ¡El mejor! —Michael hizo un rápido giro al estilo James Brown y cayó al suelo de rodillas para levantarse en un santiamén—. Soy el mejor —dijo riendo—. En eso tienes razón.

Berry Gordy también estaba entre bastidores. Justo cuando estaban por salir, Gordy los juntó a todos e hizo una conferencia improvisada. Cuando él terminó, Joe hizo lo mismo para no ser menos.

Desde atrás del telón oyeron la presentación a cargo de Diana: «Esta noche tengo el placer de presentar a una joven estrella que ha estado en el ambiente durante toda su vida. Ha trabajado con su familia y cuando canta y baila, ilumina el escenario».

En ese punto, Sammy Davis, hijo, entró saltando al escenario para realizar un número cómico. Aparentemente, pensó que Diana lo estaba presentado a él, pero luego ella explicó que se refería a «Michael Jackson y los Jackson 5» y repitió la presentación.

Fue entonces cuando se levantó el telón y entraron en el escenario cantando la composición de Sly Stone «Sing a Simple Song». Los hermanos llevaban el mismo vestuario de su debut en el Daisy: chaquetas verdes lima sin mangas, cruzadas, pantalones de campana que hacían juego y botas de gamuza en el mismo tono. Las camisas arremangadas eran doradas. (Aunque muchos observadores suponían que

Motown costeaba esos trajes, en realidad, Joseph y Katherine los compraron en una tienda de Gary).

Conforme al decorador Jack Lewis, mientras ellos cantaban, Joseph Jackson y Berry Gordy se enfrascaron en una discusión acalorada entre bastidores.

—¿Qué es esto de «Michael Jackson y los Jackson 5?» —preguntó Joseph—. Nadie me dijo nada al respecto. Nadie acordó ese tema conmigo.

Berry se encogió de hombros.

—No estaba escrito de esa forma en la tarjeta de presentación —explicó—. Diana lo soltó de esa manera. Ella es así. Hace lo que quiere. Vengo intentando decirle qué hacer desde hace años —dijo, con una sonrisa relajada—. Nunca lo voy a lograr.

—No me gusta —bramó Joseph—, todos los chicos son iguales. No debemos poner a Michael por encima de los demás. Eso sólo traerá problemas.

—Joe, es obvio que él es la estrella —dijo Berry, sin apartar la vista de la función —. ¡Vamos! Míralo. Debes de estar bromeando.

—No, *todos* son estrellas —refutó Joseph.

—Bueno, ya es demasiado tarde —dijo Berry encogiéndose nuevamente de hombros. Luego, ambos observaron la función, Berry con una amplia sonrisa y Joseph con el ceño fruncido.

Cuando los hermanos terminaron las dos canciones siguientes —«Can You Remember?» y «I Want You Back»— los aplausos, iniciados por Diana, fueron generosos. Sin lugar a dudas, causaron una gran impresión.

Después de la función, entre bastidores todo fue un gran alboroto, los chicos gritaban alegremente, se daban palmadas unos a otros, saltaban y se abrazaban. Joseph estaba en el medio de todos, disfrutando un dulce momento de gloria con sus hijos.

Diana fue directo hacia Michael.

—Estoy tan orgullosa de ti —se entusiasmó—. ¡Eres el mejor! Simplemente el mejor. Vas a ser una gran, *gran* estrella. —Sentía tanto orgullo del logro de Michael que se habría podido creer que era su verdadera madre, no sólo una figura importante en su vida. Luego se apartó de «su hijo»—. ¿Alguien me da una toalla? —Diana no se la pedía a nadie en particular. Levantó la voz—: Debería haber una toalla preparada para mí. ¡*Quiero una toalla*! ¿Dónde está? ¿*Alguien* puede decírmelo?

—Yo le traigo una, señorita Ross —se ofreció Michael. Desapareció por un momento y volvió con una suave toalla blanca.

Diana sonrió y la tomó.

—Gracias, Michael —dijo, dándole una palmadita en la cabeza.

Él sonrió y se fue corriendo.

Berry se acercó a Diana y, según escuchó Jack Lewis, le preguntó:

—¿Qué fue esa presentación, «Michael Jackson y los Jackson 5»?

Cubriéndose la espalda desnuda con la toalla, Diana miró a Berry con una expresión de orgullo y dijo:

—Oh, se me ocurrió a mí, bastante buena ¿verdad?

—Supongo. Pero el padre se enfadó bastante por ella —dijo Berry.

Diana miró a Berry como si fuera un bobo preocupado por lo que «el padre» pensaba…

—¿Y que? —preguntó—. Toma, ten esto —le dijo y le dio la toalla como si en lugar del presidente de la compañía discográfica fuera su asistente—. ¡Michael! ¡Oh, Michael! —llamaba mientras se iba—. ¿Dónde se ha metido este muchacho?

Desde Sammy Davis, Junior, el mundo no veía a un niño representar una función con el autocontrol innato sobre el escenario que tenía Michael Jackson. Como cantante y como bailarín, Michael tenía una presencia que era simplemente extraordinaria. Cuando escucharon a este jovencito grabar el lastimero tema de Smokey Robinson «Who's Loving You?», la gente de Motown se preguntó: «¿Dónde aprendió esas emociones?». La respuesta era que no tenía que aprenderlas, parecían estar allí para él.

Los productores estaban sorprendidos de que Michael Jackson, entre una sesión de grabación y otra, se entretuviera con juegos que disfrutaban los preadolescentes, como cartas y el escondite, y luego se pusiera detrás del micrófono con la agilidad emocional y la presencia propia de un alma vieja que ya ha tenido su cuota de sufrimiento. Igualmente sorprendente era el hecho de que, lejos de escuchar grabaciones exageradas de las canciones, hechas por músicos de *jazz* para indicarle la orientación de la melodía y de las constantes indicaciones de Deke Richard para que perfeccionase su dicción, Michael contaba con sus propios recursos en el estudio. Cuando le decían que debía sonar como un pretendiente rechazado, nadie en el estudio realmente esperaba que comprendiera las emociones implícitas en ese sufrimiento. ¿Cómo podrían depositar en él esa expectativa? Tenía once años.

«Te diré toda la verdad. Nunca supe lo que estaba haciendo en el principio de mi carrera —me confesó Michael una vez—. Simplemente, lo hacía. En verdad, nunca supe cómo cantar. No lo controlaba. Tan sólo sucedía. No sé de dónde venía… Solamente venía. La mitad de las veces, ni siquiera sabía sobre qué estaba cantando, pero, aun así, sentía la emoción que había detrás».

El productor Deke Richards solía sentar a Michael sobre un cubo de basura para que pudiera alcanzar el micrófono de estudio que colgaba encima de él. Jermaine y Jackie solían estar de pie a su lado. Marlon y Tito raramente grababan coros al principio dado que ninguno tenía habilidad para la armonía. Colocaban las partituras frente a la cara de Michael, sobre un atril. Desde la mesa de control, todo lo que Richards podía ver en el estudio era a Jermaine y a Jackie de pie junto a dos zapatillas que pendían a los costados de un cubo de basura.

Cuando Michael y sus hermanos se convirtieron en artistas profesionales, probablemente hubiera un millón de jovencitos con el mismo talento en bruto para el

baile. Lo que diferenciaba a Michael Jackson del resto de los escolares bailarines eran los años de experiencia que había reunido observando a las principales figuras de las veladas de *rhythm and blues* en las que él y sus hermanos solían aparecer. El muchacho tenía ojo para lo bueno.

Michael comprendió la importancia de dominar la dramatización en el escenario a partir del legendario cantante de *soul* Jackie Wilson. Aprendió temprano que caer dramáticamente sobre una rodilla, una vieja táctica de Wilson, normalmente arrancaría gritos de alborozo entre el público. Sin embargo, la mayor parte del tiempo, mirar a Michael en acción era como observar a un digno aprendiz de «James Brown 101». Michael tomó cuanto pudo del autoproclamado «trabajador más esforzado del mundo del espectáculo». No sólo empleó las aperturas de piernas y deslizamientos de Brown, también aprovechó su estilo de *soul* marcado en el micrófono, moviendo apasionadamente el pie, como lo haría un borracho con su novia en el rincón de un salón de billar un sábado por la noche.

Michael también hurtó el famoso giro de James Brown. Sin embargo, por entonces el giro no se llevaba ni remotamente tan bien con las multitudes como la versión de Michael de otro paso que Brown popularizó: «la caminata del camello». Cuando Michael atravesó la pista de *American Bandstand* durante la primera aparición de los Jackson 5 en ese programa, incluso ese auditorio de adolescentes bastante blancos quedó atrapado en el frenesí de la excitación.

De Diana Ross, Michael no sólo obtuvo un sentido del estilo, sino también una valoración del poder. Diana tenía una autoridad *silenciosa*, el poder de la presencia. Él solía observar cómo reaccionaba la gente cuando ella entraba en una habitación. Era reverenciada. Se le daba un tratamiento diferente. Ella tenía un poder especial. Eso le gustaba.

Hay otra cosa que Michael obtuvo de Diana: sus primeros *ooohs*. Las primeras improvisaciones vocales de Michael casi siempre estaban salpicadas de algún *oooh* aquí o allá; no un *oooh* interminable, sino una estocada, un signo de exclamación. Diana usaba ese efecto en muchas de las grabaciones de The Supremes. A Michael le encantaba y lo incluyó en su bagaje de influencias. En efecto, para el pequeño Michael Jackson, cada pequeño *oooh* ayudaba.

A principios de noviembre de 1969, Berry Gordy alquiló una casa para la familia Jackson en el número 1.601 de la calle Queens Road, en Los Ángeles. Michael se mudó de la casa de Diana hacia esa nueva vivienda junto a su padre y hermanos. Un mes más tarde, Katherine, LaToya, Janet y Randy se unieron al resto de la familia. Motown pagó los billetes, su primer vuelo en avión.

Cuando llegaron a la casa, los niños aguardaban en el patio delantero. Michael fue el primero en arrojarse a los brazos de su madre. «Cuánto has crecido», exclamó ella. Las lágrimas anegaban su rostro a medida que abrazaba a cada uno de sus hijos. Jackie, siempre bromista, alzó a Marlon y lo lanzó al aire. «Ahora yo, ahora yo», chilló Janet, de tres años.

Katherine solía recordar que, una vez dentro de la casa, miró detenidamente el salón. Era tan amplio —duplicaba el tamaño de la casa de Gary entera— que estaba estupefacta. «No estamos en Gary, sin duda —le dijo Joseph con una sonrisa llena de orgullo. Luego le pidió que cerrara los ojos y condujo a su mujer hacia el patio trasero—. Bien, ahora puedes abrirlos», le dijo.

Un panorama del anochecer de Los Ángeles se extendía debajo de esa casa situada en la colina, con miles de luces titilando, como astros enlazados a la tierra. Arriba, el cielo azul oscuro, claro y despejado, estaba lleno de estrellas. «Así debe de ser el paraíso —dijo Katherine cuando pudo hablar—. Nunca he visto nada tan hermoso».

«Bueno, está allí para ti todas las noches», le dijo Joseph. Estaba feliz de verla, era su esposa y compañera. En ocasiones, la tristeza de Katherine era tan aguda que lindaba con la depresión y Joseph sabía que era el responsable. Trataba de no pensar en eso y concentrarse en lo que estaba haciendo *por* ella, como poder brindarle un estilo de vida tan nuevo y emocionante como aquél. Aunque tuvo sus deslices, Joseph siempre insistió en que Katherine Jackson era la única mujer que él había amado realmente y que el resto eran… divertimentos. Joseph podía ser cruel y desconsiderado a veces. Podía ser egoísta. Con los años, pudo ver cómo el amor de Katherine por él se iría a pique a causa de su flagrante infidelidad y su obstinada ambición. Sin embargo, cuando estaba a solas con ella, lo que compartían en esos tranquilos momentos era verdadero y poderoso, y eso dura hasta el día de hoy. Han estado casados durante cincuenta y tres años.

Katherine recuerda haber pedido que la dejaran sola en los exteriores de su nueva casa. Allí permaneció, entre los naranjos y los tiestos de flores iluminados de un modo espectacular. Joseph había encendido el sistema de sonido para exteriores de modo tal que en el patio sonaba una suave música romántica. El aire olía a jazmín. Era mágico.

—Encantador, ¿no te parece?

Katherine se dio rápidamente la vuelta al oír una voz femenina desconocida, pero antes de que pudiera decir algo, Michael estaba junto a su madre.

—Mami, es *ella*. Ella es Diana Ross —dijo entusiasmado—. ¿No es hermosa? ¿No es sencillamente hermosa?

Luego, al contarle a un amigo sobre ese episodio, Katherine recordaría que Diana era tan delgada, joven y atractiva como se la veía en televisión. Katherine, regordeta y de baja estatura, tomó amargamente conciencia de cuán sencilla debía de haberle parecido ella a la glamurosa cantante. Caminó hacia Diana cojeando. Diana se deslizó como si anduviera por el aire. Era cálida y amistosa. Sus grandes ojos oscuros bailaban y tomó a Katherine de la mano. «Señora Jackson, estoy feliz de conocerla —dijo ella—. Sus hijos hablan mucho de usted. Son lo mejor».

Por mucho que le agradara escuchar que elogiaban a sus hijos, Katherine no podía evitar preguntarse por qué estaba allí Diana y cuándo había llegado. Diana,

percibiendo su tácita pregunta, dijo a modo de explicación: «Oh, sólo estoy de visita». Abrazó a Katherine con calidez y la besó en la mejilla.

Katherine le dijo a Diana que estaba agradecida por todo lo que había hecho por sus hijos, especialmente por Michael, y que se alegraba de poder criarlo ella misma de allí en adelante. «Necesita a su madre —dijo con firmeza—. He estado ausente demasiado tiempo», agregó, mordaz. A partir de ese momento, Diana pareció molesta, su actitud cambió. «Me alegro por usted», dijo secamente. Parecía alicaída por el súbito recordatorio de que tal vez ya no tendría tanta influencia sobre la joven vida de Michael. Le había encantado ser su «madre», aun por tan poco tiempo. Lo extrañaría. Llevaba una vida solitaria, dedicada a su carrera, desde los quince años. Sin embargo, no pasaría mucho tiempo hasta que tuviera hijos propios —tres niñas y luego dos niños— a los que dedicó tanto de sí como le dedicara a su carrera.

—Me encantaría que conversáramos —le dijo a Katherine—, pero no puedo porque estoy muy ocupada.

—¿Puede quedarse al menos a tomar una taza de café? —ofreció Katherine.

—Realmente no puedo. Me tengo que ir volando. Estoy segura de que usted lo entiende.

—Oh… claro —dijo Katherine.

Sin mediar otra palabra, Diana dio media vuelta y se perdió en la noche.

—Adiós —le dijo Michael cuando se iba, pero Diana no contestó.

Katherine abrazó a Michael. Después, sin volverse para mirar la impresionante vista, madre e hijo entraron en la casa caminando de la mano para comenzar su nueva vida.

SEGUNDA PARTE

«ABC» y «The Love You Save».

Hacia finales de 1969, Michael Jackson, de once años y ya reunido con su madre, era un jovencito lleno de vida, rebosante de energía, feliz. «Ahora, todo lo que quiero es ver cuán lejos podemos llegar como familia —le dijo a Judy Spiegelman, periodista de la revista *Soul*— Me gusta el mundo del espectáculo, Hollywood, y todo eso, las cosas que gente como Berry Gordy hace para que te veas bien. Estoy realmente entusiasmado».

En diciembre, Motown Records sacó al mercado el primer disco de los hermanos, *Diana Ross Presents the Jackson 5*. Vendería 629.363 copias, una cifra sorprendente para un álbum debut. En Gran Bretaña trepó al puesto 16 del *ranking* de ventas y permaneció en el Top 100 durante cuatro semanas. En la cubierta del disco se leen palabras de la propia Diana Ross: «Para mí, honestidad ha sido siempre una palabra muy importante, una idea importante. Pero cuando pienso en mi propia concepción de la honestidad, pienso en algo pleno, sin restricciones. Así son… eso es lo que percibo en los Jackson 5, cinco hermanos de apellido Jackson que descubrí en Gary, Indiana. Tienen un gran talento. Y, por encima de todo, son honestos».

En las oficinas de Motown, Michael y sus hermanos tuvieron oportunidad de ver las pruebas de la cubierta del disco.

«Ni siquiera nos dejan tocar nuestros propios instrumentos en el álbum —rezongó Tito—. Pero estamos aquí en la foto sosteniéndolos como si los hubiéramos tocado. No me parece que eso esté bien». En verdad, a Tito y a Jermaine no les permitían tocar su bajo y guitarra en las sesiones de Motown porque Berry creía que no estaban preparados para el trabajo de estudio. El mejor equipo de músicos de Motown grababa toda la música instrumental antes de que los Jackson llegaran al estudio. Los muchachos tenían que aprender a copiar el sonido lo mejor que podían para las funciones en vivo.

—Creo que nosotros deberíamos haber tocado en este disco —opinó Tito.

Michael puso los ojos en blanco.

—¿Y? —preguntó.

—Y, que esto no es verdad —dijo Tito—. No es honesto, como dice la señorita Ross.

—¿Qué dices de esta parte? —preguntó Jermaine, mirando a Michael por encima del hombro, mientras señalaba la línea donde Diana se atribuía el descubrimiento del grupo—. Esto tampoco es honesto. Fue Bobby Taylor quien lo hizo.

Michael se encogió de hombros.

—Se llama *relaciones públicas* —dijo con frialdad matemática—. Vamos, muchachos, poneos al día.

«Estaba realmente metido en el tema de la imagen desde muy pequeño —dijo Stan Sherman, el promotor independiente que presenció la escena—. Los otros muchachos estaban algo desconcertados por las mentiras. Pero Michael no sólo

estaba de acuerdo, diría que incluso empezaba a creerlo. Para mí fue aterrador: parecía desear, incluso anhelar, adaptarse a toda esa irrealidad».

Más tarde, durante ese mismo mes, el 14 de diciembre de 1969, los Jackson 5 aparecieron en *The Ed Sullivan Show*. Aunque en octubre ya habían hecho una aparición televisiva nacional en *The Hollywood Palace*, la invitación fue un hito importante en su carrera.

El éxito del programa no podía atribuirse a su presentador. Rígido y usualmente serio, Sullivan, un columnista del *New York Daily News*, hacía poco más que presentar a los invitados, cuyos nombres solía pronunciar mal u olvidar. Una vez, cuando Smokey Robinson y los Miracles aparecieron en escena, los presentó como «Smokey y sus pequeños Smokeys». De cualquier modo, el atractivo del programa radicaba en su lista de invitados. Los neófitos sabían que el éxito estaba al alcance de sus manos cuando los invitaban a participar; los que ya estaban consagrados podían sentirse seguros de seguir en el podio. Ed Sullivan nunca se molestó en traer figuras pasadas de moda o aspirantes a la fama.

Cuando Sullivan presentó a este «sensacional grupo», Marlon, Jackie y Michael, flanqueados por Tito y Jermaine en la guitarra, comenzaron el repertorio con su interpretación de la canción «Stand» de Sly Stone. Estaban vestidos con prendas a la moda que Suzanne dePasse había comprado en tiendas de Greenwich Village.

Michael, una vez más, era la estrella. Cuando cantaba, sus ojos brillaban. Estaba adorable con su sombrero violeta de *cowboy*. Quien haya visto esa función recordará lo increíblemente guapo que era ese niño en el escenario. No era un diamante en bruto, ya parecía un artista pulido y experimentado. Cuando cantó «Can You Remember?», su voz tenía una pureza y amplitud tonal que no dejaba traslucir su edad. Cuando los Jackson 5 terminaron su repertorio con una enardecedora versión de «I Want You Back», la audiencia estaba completamente entregada. El hecho de que aparecieran con Ed Sullivan era un logro en sí mismo, pero recibir aplausos tan estridentes parecía ser una clara profecía de éxito.

Fiel a su tradición, Sullivan se puso a bromear un poco con sus invitados, pero rápidamente fijó la atención en alguien del público: «La persona que descubrió a los Jackson 5, Diana Ross». Diana, ataviada con algo que sólo puede describirse como la versión para adultos del vestido de organdí rosa de una niña, se puso de pie y agradeció con modestia el reconocimiento.

La difícil tarea que Motown tenía por delante consistía en lanzar un segundo disco de los Jackson 5 que ocupara también los primeros puestos del *ranking* de ventas. Como su política era dar a los compositores y productores de fama la oportunidad de proponer otra canción exitosa, Berry Gordy encargó el trabajo a Deke Richards y The Corporation. «Una noche estaba en el apartamento de Fonce (Mizell) y Freddie (Perren) haciendo payasadas en su piano eléctrico y comencé a pensar en Holland,

Dozier y Holland, que hacían siempre el mismo tipo de disco, usando las mismas progresiones —recuerda Deke Richards—. La suya era una fórmula segura para el éxito. Entonces, tomé el estribillo de “I Want You Back” y decidí que partiría de esos mismos acordes para componer los temas del próximo disco».

«Estaba sentado en el piano, tocando los acordes y se me ocurrió la letra “A, B, C”. Fonce y Freddie me miraban como si estuviera loco».

»“¿Y ahora qué? —me pregunté—. Ya sé. Qué tal ‘uno, dos, tres’”. Para entonces, ellos creían que estaba chiflado. Y luego se me ocurrió la línea siguiente “Do, re, mi”. Y terminé con una gran explosión: “Tú y yo”. Ya lo tengo, dije, riendo. He aquí un éxito».

Poco tiempo después, los tres hombres estaban en el estudio grabando la canción «ABC» con Michael y sus hermanos.

«Me encantó “ABC” desde la primera vez que la escuché —dijo Michael—. Me entusiasmaba más que “I Want You Back”. Era una gran canción, una idea excelente con una gran pista. Estaba impaciente por grabarla. Recuerdo que Deke y los demás inventaron la mitad de la canción en el acto, allí mismo. “Siéntate nena, creo que te amo”. Luego seguía: “Muévelo, muévelo nena”, ya sabes, como los Contours y grupos viejos como ése. No sabía que se podía hacer eso en el estudio, inventar partes así en el último momento».

En febrero de 1970, Motown lanzó «ABC», el segundo sencillo de los Jackson 5. Llegó a encabezar el ranklng *Billboard* en tan sólo seis semanas, reemplazando a «Let It Be» de los Beatles. Las ventas —2.214.790 discos superaron las de «I Want You Back»—. La canción parecía mofarse y a la vez hacer tolerable una nueva y creciente tendencia en música popular, el estilo «goma de mascar», predominantemente blanco. En Gran Bretaña, la canción trepó hasta el puesto número ocho y permaneció en los *rankings* casi tres meses. Con el bajo zumbante, los teclados enérgicos y los encantadores estribillos de «ABC», los Jackson 5 estaban en racha.

Freddie Perren recuerda que «después de esos dos éxitos, Berry preguntaba todo el tiempo: “¿Para cuándo el siguiente? ¿Para cuándo el siguiente?”. Realmente quería lanzar el tercer tema. Aunque jamás lo hacía, Berry llegó al estudio Sound Factory de Hollywood cuando estábamos editando esa tercera canción. Escuchó unos quince minutos y dijo: “No estoy preocupado. Muchachos, habéis hecho otro éxito”. Y se fue. Entonces supimos que teníamos el tercer éxito».

La canción era «The Love You Save», lanzada en mayo de 1970, otro impresionante tema juvenil con un asombroso solo de Michael. En «The Love You Save», una buena estrofa y un estribillo conmovedor eran el cebo; y la combinación contagiosa de guitarras y percusión, el anzuelo. Tal como había dicho Deke Richards, The Corporation había desarrollado para los Jackson 5 una fórmula para el éxito, así como Holland-Dozier-Holland lo habían hecho para The Supremes. Los primeros tres éxitos de Diana y las chicas, «Where Did Our Love Go?», «Baby Love» y «Come

See about Me», eran básicamente la misma canción con su estructura armónica inteligentemente modificada en las partes apropiadas. Deke y compañía aplicaron los mismos toques mágicos a «I Want You Back», «ABC» y «The Love You Save», canciones que suenan tan parecido que alguien no iniciado las confunde con facilidad. Berry había deseado tres éxitos para los Jackson 5, y, como de costumbre, obtuvo lo que quería.

Con 1.948.761 copias vendidas, «The Love You Save» quedó algo rezagada con respecto a los dos sencillos que la precedieron, aunque de todas maneras fue considerada un gran éxito. En Inglaterra alcanzó el puesto número siete y estuvo en los *rankings* casi dos meses. La canción le dio a los Jackson 5 el honor de ser el primer grupo de la era del *rock and roll* que tuvo sus primeras tres canciones en los primeros puestos. Nuevamente desplazaron a los Beatles («The Long and Winding Road»).

Cada vez major

Los Jackson 5 dieron su primer concierto como artistas de Motown en el Philadelphia Convention Center un sábado por la tarde, el 2 de mayo de 1970. Pese a su impresionante récord de ventas, nadie podía imaginar lo populares que se habían hecho en tan sólo cinco meses. Más de tres mil quinientos ruidosos fans atestaron el Aeropuerto Internacional de Filadelfia con la esperanza de ver a los jóvenes hermanos. Fue necesario un gran despliegue de policías de Filadelfia y personal de seguridad aeroportuaria para evitar que los Jackson fueran totalmente aplastados.

La escena se repitió la noche siguiente en el concierto, cuando un centenar de policías forcejearon con el público que se abalanzaba con insistencia sobre el escenario. Tres limusinas escoltadas por motocicletas se las ingeniaron para llevar a los Jackson 5 al hotel después del concierto. Una vez en su habitación, Michael se desmoronó y comenzó a llorar.

«Michael [que tenía once años] estaba asustadísimo —dijo Jermaine—. Los demás estábamos más sorprendidos que asustados, pero Mike estaba realmente asustado: “No se si podré hacer esto siempre —dijo—. Tal vez por un tiempo, pero no para siempre”».

Esa caótica situación sirvió a Motown de advertencia. La empresa debía estar mejor preparada la próxima vez que los hermanos dieran un concierto.

Ese mismo mes salió al mercado el segundo álbum de los Jackson 5, «ABC». Sería un éxito aún mayor que el álbum debut, que vendería 867.756 copias. Tras lanzar el segundo álbum, Berry organizó las cosas para que la familia se mudara de su casa en Queens Road a una más grande en Bowmont Drive, más allá de Trousdale Estates. Liberace vivía cerca, al igual que Davy Jones, de los Monkees. «Ellos [los Jackson] fueron expulsados de muchas casas —explicaba Berry Gordy a Michael

Goldberg en una entrevista a la *Rolling Stone*—, Hacían demasiado ruido con su banda, los ubicábamos en una casa y los echaban. Alquilábamos otro lugar, hacían demasiado ruido, y los echaban de nuevo».

En julio de 1970, los Jackson 5 batieron el récord de público en Los Ángeles Forum. Se vendieron 18.675 entradas y se recaudaron 105.000 dólares.

«Estuve en el recital del Forum con Berry y Diana —dijo Deke Richards, el productor del grupo—. Casi morimos aplastados. Antes de comenzar "The Love You Save", Michael dijo algo como: "Aquí va el tema que sacó a los Beatles del puesto número uno", y eso causó un estruendo terrible. Estábamos en tercera fila y en medio del recital oímos un ruido tumultuoso y las gradas se vinieron abajo, las personas caían unas sobre otras. Alguien subió al escenario e hizo salir a los chicos. Ni siquiera pudieron terminar la canción. Berry, Diana y yo logramos salir de nuestra fila un segundo antes de que fuera derribada por chicos que trataban de subirse al escenario».

Un mes después, la empresa hizo pública la primera balada de los Jackson 5, «I'll Be There». Cambiar de sintonía y hacer una balada le pareció a Gordy el obvio paso siguiente, aunque debía ser la canción correcta para que la aceptaran los fans acostumbrados a un sonido animado. «I'll Be There» era una tierna mezcla de súplica conmovedora y dulcemente inspirada. Al son del clavicordio y el teclado, la interpretación de Michael era impecable. Se considera que esa canción consolidó el éxito de los Jackson 5 como estrellas discográficas polifacéticas. Se mantuvo en el puesto número uno en Estados Unidos durante cinco semanas y vendió más de dos millones y medio de copias en todo el mundo (250.000 sólo en Gran Bretaña, donde llegó al puesto número cuatro y ¡permaneció en los *rankings* británicos por más de cuatro meses!).

«I'll Be There» sacó al tema «Cracklin' Rose» de Neil Diamond del puesto número uno del *ranking* pop de *Billboard* y se convirtió en el mayor éxito de ventas de Motown; la empresa aseguraba que finalmente se habían vendido más de cuatro millones de copias aunque, en realidad, la cifra total fue de unas 800.000 copias menos, es decir, cerca de 3.178.523. En la historia de la música pop, los Jackson 5 fue el primer grupo en posicionar en el primer puesto del *ranking Billboard* sus primeros cuatro sencillos. O, como dijo Michael: «Fue cada vez mejor».

En octubre de 1970, el grupo salió nuevamente de gira con fechas adicionales en la costa Este. Sin embargo, tres fechas en Tejas estaban en riesgo por la oposición que ejercieron miembros de Operation Breadbasket, del Southern Christian Leadership Council, una organización dedicada a mejorar las condiciones económicas de la comunidad negra. El promotor del *tour* era Dick Clark y los representantes de Breadbasket sentían que Motown debía haber contratado a una persona negra. «Es absolutamente ridículo —dijo Berry Gordy—. Negros, blancos. ¿Cuál es la maldita diferencia si todos ganamos dinero?».

De todas formas, los manifestantes habían impreso panfletos y se preparaban para

realizar piquetes en los sitios donde se llevarían a cabo los recitales. La prensa estaba a la espera de un escándalo. «Justo lo que necesitábamos —le dijo Berry a un promotor de Motown que trabajaba junto con Dick Clark—. Cancela. Dile a Clark que cancele todo el maldito estado. Podrán ver a los Jackson 5 cuando tengan algo de sensatez». Esas fechas se cancelaron.

«Los Jackson 5 son más Importantes que cualquier cuestión racial —dijo Berry Gordy luego—. Nadie puede decirme cómo manejar la carrera de estos chicos. Blancos o negros, yo tomo la decisión. Éste es *mi* grupo».

Sin lugar a dudas, la declaración de Berry era una novedad para Joseph.

En enero de 1971, Michael Jackson, de doce años, comprendía que el mundo del espectáculo era un negocio difícil. Había visto mucho durante los últimos tiempos, pero de todas formas conseguía tomarse con calma las presiones de grabar, salir de gira y realizar apariciones en televisión. Su éxito era demasiado nuevo para dejar de ser una emoción constante. «Esto es lo mejor que nos ha pasado —decía Michael de los logros de su familia—. La señorita Ross me dijo que la gente puede salir lastimada en el mundo del espectáculo. No veo cómo».

Por entonces, Motown lanzó el quinto sencillo de los Jackson 5, «Mama's Pearl». En línea con el estilo de sus primeros sencillos «movidos», la canción presentaba a Michael nuevamente en la voz principal, rodeado, por supuesto, por sus hermanos, que hacían ocasionalmente alguna frase solista del verso. Se oían guitarras zumbando los estribillos y la inspiradora producción de The Corporation se percibía a lo largo de todo el tema.

En un principio, «Mama's Pearl» generó algunas dudas. Deke Richards había decidido que Fonce Mizell y Freddie Perren trabajaran en el tema sin que él viese lo que estaban creando. Deke entró en el estudio y encontró a Michael cantando la letra, «Él dijo que lo mío era de él y lo suyo es todo mío…». Lo que le habían dado a Michael era una canción titulada «Guess Who's Making Whoopie (With Your Girlfriend)», que trataba sobre intercambio de mujeres, claramente una imagen inapropiada para el jovencito. Deke hizo que Fonce y Freddie reescribieran la letra, no así la música, y poco después lanzaron «Mama's Pearl».

Aunque el tema «tan sólo» llegó al puesto número dos en el *ranking Billboard*, alcanzó el primer puesto en el *ranking Cash Box*, por lo que Berry quedó satisfecho. En Gran Bretaña, sin embargo, sólo alcanzó el puesto 25.

El año empezaba con gran emoción: el 31 de enero, los Jackson 5 regresaron a Gary, Indiana, su pueblo natal. Por aquel entonces, Jackie tenía diecinueve años; Tito, diecisiete; Jermaine, dieciséis; Marlon, trece; y Michael, doce. Se le pidió al grupo, en nombre de la campaña de reelección del alcalde Richard Gordon Harcher, que diera dos recitales en el colegio Westside. La distancia entre Gary y Los Ángeles puede medirse en kilómetros, pero la distancia entre Gary y el estrellato únicamente puede medirse en años luz. Los Jackson volvieron a casa como estrellas, con gran estilo, en un helicóptero que aterrizó en el aparcamiento del Colegio Westside, donde

dos mil estudiantes se habían reunido para darles la bienvenida.

Se agotaron las entradas para ambos recitales. Los quince mil afortunados que las consiguieron fueron a rendir homenaje a sus cinco paisanos. Dos años antes, muchos de esos chicos del barrio habían arrojado piedras a la casa de los Jackson para molestarlos mientras ensayaban; ahora estaban compartiendo su éxito, orgullosos de saber que todos habían salido de las mismas calles. Cuando los focos iluminaron a los Jackson con sus trajes color arco iris, fue imposible contener a los admiradores. El gimnasio estaba lleno hasta el tope con el público más ruidoso con que los chicos se habían enfrentado hasta ese momento. Se dispararon tantos *flashes* al mismo tiempo que parecía que una nube de luciérnagas había llegado revoloteando al estadio.

Después del primer recital, el alcalde Hatcher acompañó a los Jackson 5 a su anterior residencia de la calle Jackson, que había sido rebautizada Boulevard Jackson 5, en su honor. En el césped, frente a la vieja casa situada en el número 2.300 de Jackson Street se había colocado un letrero que decía: BIENVENIDOS A CASA, JACKSON 5, GUARDIANES DEL SUEÑO. Cuando la limusina partió, los admiradores se lanzaron sobre la ventanilla bien cerrada. Dentro, los chicos sonreían y saludaban, sorprendidos por tanto frenesí. Su siguiente parada fue el ayuntamiento, donde cada integrante del grupo recibió las llaves de la ciudad. Los chicos habían regresado a casa como héroes, símbolos de esperanza. Durante su discurso de aquel día, el alcalde Hatcher dijo que estaba honrado porque «los Jackson 5 han llevado el nombre de Gary a través del país y del mundo, y lo han convertido en un nombre del que podemos estar orgullosos». Joseph no habría podido sentirse más orgulloso de sus hijos. Subió al estrado y dijo: «Algo que siempre les he dicho a mis hijos es que en esta vida eres un ganador o eres un perdedor, y que ninguno de mis hijos sería jamás un perdedor. Siento orgullo al decir que me han demostrado que estaba en lo cierto».

El siguiente sencillo de los Jackson 5, «Never Can Say Goodbye», se lanzó en marzo de 1971 y llegó al puesto número dos un mes más tarde, con dos millones de copias vendidas. Sin embargo, sólo consiguió el puesto número 33 en Gran Bretaña, por lo que a Gordy comenzó a preocuparle un poco el atractivo del grupo a nivel internacional. De todas formas fue un sencillo memorable. «Aquélla era una canción emotiva que significó mucho para mí cuando la compuse. Me preocupaba que Michael no comprendiera el dolor y la angustia que expresaba su letra. Lo recuerdo preguntando: "¿Qué significa la palabra *angustia*?". Se lo expliqué. Se encogió de hombros y simplemente cantó: "Ahí está esa angustia, ahí está esa duda". Y yo le creí», recuerda el autor de la canción, el actor Clifton Davis.

Joseph y Katherine compran una propiedad

El 5 de mayo de 1971, cuando los chicos volvieron de otra gira nacional, los Jackson

se mudaron a una amplia propiedad situada en Hayvenhurst en el número 4.641 en Encino, California, la misma donde Joseph, Katherine y otros tantos Jackson (que no son Michael ni Janet) aún viven.

Joseph y Katherine compraron la propiedad por 250.000 dólares. Se mudaron un día después del cuadragésimo primer cumpleaños de Katherine. Ella había pedido a Joseph que no vendiera la casa de dos habitaciones en Gary «sólo por si la fortuna de la familia diera un giro negativo y todos tuvieran que volver a Indiana». Pese a que Joseph no pensaba que aquel revés fuera probable, decidió no vender, sino alquilar la casa situada en el número 2.300 de Jackson Street. (Hoy la casa vale aproximadamente cien mil dólares y aún es propiedad de la familia).

Joseph y Katherine nunca habían realizado una compra tan importante y eran bastante ingenuos en esa materia. Joseph quería pagar la propiedad al contado («Así es nuestra y nadie puede echarnos»), pero no tenía tanto capital. De todas formas, Berry Gordy lo convenció de que la familia debía deducir de impuestos cuanto fuera posible en la compra de la propiedad, dado que sus ingresos se incrementaban mensualmente, y el interés del préstamo podía deducirse de sus impuestos. Aunque Joseph decidió anticipar la menor cantidad de dinero posible para comprar la propiedad de Encino, como no tenía un buen historial de crédito tuvo que pagar al contado cerca del 40 por ciento para acceder al préstamo. Era mucho dinero para un pago inicial: 100.000 dólares. Berry se ofreció a adelantarle los fondos, pero Joseph rechazó la oferta. «Si vamos a vivir en esa casa, tiene que ser nuestra», respondió. Motown ya tenía demasiado control sobre los chicos; Joseph no quería que Berry también tuviera una participación importante en la casa familiar.

Finalmente, Joseph se las ingenió para conseguir los 100.000 dólares, pero tuvo que obtener un gran adelanto de las ganancias futuras de sus hijos. Por supuesto, ese adelanto salió de Motown… que era Berry.

Encino, situada a treinta y cinco minutos en coche del centro de Los Ángeles, es una de las comunidades más acaudaladas del sur de California y el hogar de muchas celebridades. La propiedad de los Jackson, de unos 8.000 m^2, deslumbrante con sus dieciocho árboles cítricos e incontables plantas exóticas, estaba protegida por un portón electrónico e incluía una casa de huéspedes, un salón de juegos y habitaciones para el servicio doméstico.

Johnny Jackson y Ronny Rancifer, batería y organista de los Jackson 5 respectivamente, se mudaron a la casa con el resto de la familia. Joseph y Katherine estaban preocupados por la influencia que estos dos chicos, particularmente Johnny, tenían sobre sus hijos. A ambos jovencitos les gustaba gastar el poco dinero que se les daba, en lugar de ahorrarlo. También fumaban cigarrillos y bebían licor. Joseph había pensado en librarse de ellos, pero decidió que no sería justo dado que los dos habían sido parte de la banda desde sus primeros días en Gary.

«La casa tenía cinco baños y seis habitaciones —recuerda Susie Jackson, la exesposa de Johnny—. Jackie y Ronny compartían una habitación. Tito estaba con

Johnny; Jermaine, con Marlon; Michael con Randy, y LaToya, con Janet. Joseph y Katherine ocupaban la restante. Había mucha gente viviendo allí».

La sala de estar tenía un bajo nivel rodeado por un sofá circular. En las paredes se alineaban numerosas placas, discos de oro y platino que representaban álbumes y sencillos que habían vendido millones de copias. Un periodista observó que esa sala parecía «una mezcla del *lobby* de un motel y el vestíbulo de una compañía discográfica de Sunset Boulevard».

En el jardín había una piscina olímpica, un minicampo de baloncesto, un campo de bádminton y un sector para practicar arquería. Ese ámbito tranquilo prometía paz ilimitada para una familia tan famosa. Allí podrían relajarse y descansar fuera del alcance de la mirada invasiva del público. Incluso planearon agregar un estudio de grabación del 00.000 dólares y un cuarto oscuro de 25.000 dólares.

El Datsun 240 Z de Jackie Jackson se aparcaba normalmente en el camino de entrada, tal como el nuevo Audi de Katherine, el Mercedes 300 SE convertible dorado de Joseph y la enorme camioneta de la familia.

«Nos divertíamos en la Gran Casa —decía Susie Jackson (con el tiempo, muchos parientes se referirían a la propiedad de los Jackson como la Gran Casa, porque sentían que para los chicos y chicas Jackson había sido tanto una prisión como un hogar)—. No todo era drama y traición. Se hacían fiestas y, en un principio, tuvimos una relación muy estrecha. Recuerdo muchos momentos divertidos de la primera época, cuando acababan de mudarse. Cada vez que ibas a esa casa, estaban tostando cacahuetes».

A pesar de que Katherine disfrutaba de la opulenta propiedad y de otros aspectos de su nueva vida, echaba de menos Gary. En pocas palabras, en Los Ángeles no era tan feliz como había soñado. Extrañaba a sus antiguos amigos y parientes.

Si el sur de California iba a ser su nuevo hogar, Katherine no permitiría que ese ambiente glamuroso influyera de modo pernicioso en ella o en su familia. Estaba decidida a conservar en esa casa su concepto de normalidad.

La familia Jackson no dudaba en mostrar su aprecio a las personas que la habían ayudado en su carrera. En lugar de reuniones pequeñas e íntimas, prefería eventos grandes y ostentosos donde la cantidad era lo más importante. Katherine consideraba esas fiestas como simples invitaciones pero en lugar de cerveza sin alcohol y galletas pretzels en el porche trasero, servía un lujoso banquete en la mansión de la familia. Siempre gentil anfitriona, hacía que todos se sintieran bienvenidos. El orgullo que la casa despertaba en Joseph era evidente. Cuando veía en un visitante interés por conocerla, le proponía una visita guiada. En agosto de 1972, finalizados los compromisos de los Jackson 5 en el Forum de Los Ángeles, Katherine y Joseph organizaron una fiesta de aquéllas en la casa familiar, para unos cincuenta amigos de la prensa y el mundo del espectáculo.

Katherine y Joseph no decepcionaron a sus invitados. El bufé, de unos cuatro metros, ofrecía hamburguesas, rosbif, pimientos, pinchos de carne, fruta fresca helada

y mariscos. Los pasteles se apilaban en un carrito decorado con rosas rojas y amarillas. En medio de la piscina oval de la familia, Joseph puso a flotar un enorme logo de los J-5 hecho de rosas y claveles coloridos. Para divertirse, los Jackson 5 desafiaron a The Temptations a un partido de baloncesto. Y lo ganaron.

(Quien escribe fue invitado a muchas de las «reuniones» que la familia Jackson organizó entre 1976 y 1981 en la propiedad de Encino).

La compañía telefónica cambiaba rutinariamente el número de los Jackson para evitar que los extraños lo conocieran. Sin embargo, la información siempre se filtraba. Una vez, una chica de Newark llamó para hablar con Michael a las dos de la mañana apenas un día después de haberles asignado un nuevo número.

Como siempre, Joseph limitaba la duración de las conversaciones telefónicas a cinco minutos y no dudaba en usar el cinturón con cualquier joven de la familia que violara la regla, aun cuando fuera una estrella del pop. Los chicos estaban bien disciplinados. De hecho, se los conocía en los círculos de Hollywood como los jovencitos del mundo del espectáculo que mejor se comportaban. «A veces pensábamos que eran demasiado educados. Parecía que algo no estaba bien en ellos. De alguna forma, asustaban», decía un periodista.

Jermaine recuerda que cuando la familia se mudó a la casa de Encino, la intimidad familiar comenzó a desaparecer, sencillamente porque había demasiado espacio. «Estábamos muy unidos cuando vivíamos en las otras casas, antes de Encino —recordaba—. En Gary teníamos dos habitaciones, una para nuestros padres y otra para todos nosotros. *Tenías* que estar unido. Sentías la unidad de la familia. Pero en Encino el lugar era tan grande que para vernos teníamos que planificarlo. Creo que Michael, en particular, era infeliz allí. Sentía, al igual que yo, que cada día perdíamos contacto unos con otros».

En junio de 1971, los Jackson 5 lanzaron otro sencillo con Motown, «Maybe Tomorrow», que vendió 830.794 copias, no tantas como los anteriores discos, aunque de todos modos la cifra era respetable. Un mes después, el grupo grabó su primer especial para televisión, «Goin' Back to Indiana», que se emitiría en septiembre por la ABC-TV. Más adelante tendrían incluso sus propios dibujos animados, una demostración de lo populares que se habían hecho en tan poco tiempo (en los números musicales se escuchaba la voz real de los jóvenes Jackson pero los diálogos eran doblados por jóvenes actores negros). Aquel verano, los Jackson 5 efectuaron cincuenta funciones en una gira, la más larga serie de funciones que habían realizado. «Desearía que al menos una vez pudiéramos terminar una función en lugar de salir antes del final porque la multitud se abalanzaba sobre el escenario —se quejó Michael—. Tenemos preparado un excelente final, pero nunca tenemos la oportunidad de hacerlo».

En el Madison Square Garden, en agosto de ese año, la función debió suspenderse

dos minutos después de comenzar porque el público invadió el escenario. «Vuelvan a sus asientos, por favor», rogó Michael, asustado. De todos modos, no quedó más opción que arrancar al grupo de la multitud y conducirlo fuera del establecimiento. La función continuó cuando la gente se calmó. Sesenta minutos después, los Jackson salieron corriendo hacia las limusinas que los esperaban, sin poder terminar su último número, para poder escapar del público, que se enfureció. Cuando los fans advirtieron que el grupo se había ido, subieron al escenario como una turba enardecida, atropellando a la policía y al personal de seguridad, y llenaron los vestuarios en busca de sus ídolos.

Fue una época embriagadora para los chicos de Gary, que ya nunca volverían a estar tan unidos como en aquellos primeros tiempos, ni volverían a divertirse tanto. Aislados de los extraños por los representantes de Motown y por sus padres, sólo se tenían los unos a los otros como compañía. En su tiempo libre disfrutaban lanzando globos de agua desde la ventana del hotel, jugando a la guerra de almohadas, al Scrabble, al Monopoly y a las cartas (Jermaine recibió el apodo de *Las Vegas* porque adquirió una gran habilidad manipulando las cartas). Michael tenía bellos recuerdos de luchas libres en equipo, guerras de crema de afeitar con sus hermanos y «carreras en los pasillos del hotel cuando nuestro vigilante se había dormido», durante sus giras. Él ya tenía doce años y era bastante travieso. Le gustaba llamar al servicio de habitaciones, pedir mucha comida, y hacer que la enviaran a otras habitaciones del hotel; y disfrutaba especialmente colocando recipientes con agua sobre la puerta del cuarto de Jermaine, a modo de trampa caza bobos (siempre compartían la habitación), para empapar a cuanta persona entrara en el cuarto.

«Mick siempre me echaba la culpa —recuerda Jermaine con una sonrisa—. Le encantaban las bromas, dejarnos encerrados fuera de la habitación en ropa interior, mojarnos con pistolas de agua. Casi siempre eran idea suya. Nos divertíamos mucho. Era todo diversión, todo el tiempo».

En efecto, el éxito era dulce e inocente para los Jackson 5. «No tenemos ningún disco de oro —me dijo una vez Michael en aquella época, con una expresión de tristeza en el rostro—. ¡Son todos de *platino*! ¡Ja, Ja!».

Ocasionalmente, alguno de los hermanos Jackson mostraba interés por el sexo opuesto. Cuando el grupo se presentó en el Hollywood Bowl, entre bastidores la hija de dieciséis años de Berry Gordy, Hazel, rodeó con el brazo a Jermaine, de la misma edad, y pareció mordisquearle la oreja. Joseph los observó con gran interés y llamó aparte a Jermaine. «¿Qué le pasa?», preguntó con tono imperativo. «No lo sé. Supongo que le gusto», respondió Jermaine encogiéndose de hombros.

Joseph se molestó al principio pero luego reflexionó y movió la cabeza en señal de aprobación. «La hija de Berry. Mmmm. No está mal. Nada mal», murmuró para sí.

Durante el recital, Jermaine decidió dedicarle a la jovencita su solo en «Bridge over Troubled Water» y lo hizo con estas palabras: «A Hazel, por su cumpleaños». La reacción del público fue tibia. Si bien generalmente recibía una gran ovación por ese

número, aquella noche todo indicaba que el público femenino no apreciaba la honestidad de Jermaine sobre su amistad con Hazel.

«Recuerdo que mi padre me apartó y me reprendió: “Lo mejor será que no vuelvas a hacer eso”. Yo le dije: “Tienes razón. No volveré a hacerlo”. Y así fue», recordó Jermaine.

Primer disco solista de Michael

Joseph Jackson no perdía de vista la competencia de los Osmond Brothers, un grupo familiar de Salt Lake City, Utha. En junio de 1971, la discográfica MGM lanzó «Sweet and Innocent», Interpretado por el miembro más joven del grupo, Donny Osmond, como solista. El éxito del disco le garantizó estatus de ídolo en las revistas juveniles de música pop, predominantemente blancas. Si bien los Jackson aparecían ocasionalmente en revistas como *16* y *Fave*, los Osmond y otras estrellas blancas dominaban las páginas de aquellas publicaciones. Pese a todo su éxito y buena apariencia, a causa de su color los Jackson 5 nunca serían reconocidos como ídolos en esas revistas. Esta costumbre disgustaba a Joseph, que la consideraba racista.

Después del éxito de Donny Osmond, Joseph decidió que Michael también debía grabar una canción como solista. Él y Berry Gordy propusieron que fuera «Got to Be There», que originalmente había sido concebido como tema para el grupo. Michael seguiría formando parte de los Jackson 5, tal como Donny seguía siendo parte de los Osmond, pero a partir de entonces también sería un solista de Motown. «Así, todos podremos ganar más dinero», razonaba Joseph. Jamás imaginó que había puesto en funcionamiento un plan que algún día no sólo alejaría a Michael de sus hermanos, sino también de él.

«Got to Be There» se conoció en octubre. Pese a que no llegaría al primer lugar en los *rankings*, para los hermanos Jackson fue algo así como un baño de realidad ver que Michael podía estar dentro de los cinco primeros puestos por sí mismo. En Gran Bretaña el disco llegó al puesto número cinco y permaneció en los 50 Principales casi tres meses. A nivel global, «Got to Be There» vendió 1.583.850 copias.

Esa canción de amor de ritmo intermedio, exuberantemente producida y orquestada, fue la mejor forma de lanzar la carrera solista de Michael; es, sin duda, una de las canciones más hermosas del catálogo de Motown. En aquel momento era la envidia de muchos artistas cuyas decadentes carreras habrían podido salvarse con un tema tan versátil y bien compuesto. Por el contrario, sirvió para reforzar al enormemente popular cantante principal de los Jackson 5.

Inmediatamente después de la Navidad de 1971, los Jackson 5 se embarcaron en una gira por el sur del país. En Dallas concedieron una entrevista a un periodista. Poco después de que éste entrara en la habitación del hotel donde se alojaban, los fans se congregaron detrás de la puerta coreando «¡Michael! ¡Michael!». Tito salió al

pasillo para tranquilizarlos. Cuando abrió la puerta, un grupo de chicas entró en la habitación en tropel y comenzó a besar y abrazar a Michael ignorando totalmente al resto. Los hermanos no parecían celosos, tomaban el incidente como una oportunidad para burlarse de Michael.

—Sólo tienes que esperar a que lancen mi canción solista —dijo Jermaine—. Luego *yo seré* el hombre de las chicas por aquí.

—Bueno, por ahora el verdadero hombre de las chicas es Michael —dijo Jackie mientras las admiradoras, escoltadas por personal de seguridad, eran obligadas a abandonar la habitación.

—Bueno, chicos, no molestéis —dijo Michael tímidamente.

—Eres tú, Mike —asintió Jermaine—. Pero no por mucho tiempo.

Luego, los cuatro hermanos saltaron encima de Michael, lo derribaron y le hicieron cosquillas en el suelo. Se podía oír el eco de sus risas a través de las paredes.

Crecer bajo la mirada del público

Siempre es tentador, cuando se estudia la vida de una persona, buscar en su pasado a alguien a quien echarle la culpa por el modo en que sucedieron las cosas, aunque no siempre es justo. Sin duda, Joseph y Katherine criaron a sus hijos con las mejores intenciones y nunca quisieron lastimarlos. Es poco frecuente que un padre deliberadamente haga cosas para arruinar la vida de sus hijos. Si Joseph le hubiera ordenado a su prole que se olvidara del mundo del espectáculo y se concentrara en vivir más allá de la mirada de los otros, la indicación no habría sido bien recibida. Pese a sus buenas intenciones, la escala de valores que el matrimonio Jackson había transmitido a sus hijos estaba, en el mejor de los casos, distorsionada. Para llegar a la cima todo estaba permitido, *ésa* era la escala de valores. Katherine intentó luchar contra ella e instalar otros ideales —especialmente, vinculados a su religión— pero ninguno de ellos parecía aplicarse en el mundo donde sus hijos estaban creciendo, el mundo del espectáculo. Todos estaban atrapados en la ilusión de que cuando fueran ricos y famosos su vida sería mejor. El destino y las circunstancias, además de una evidente insuficiencia en sus aptitudes paternales, pusieron en movimiento la sucesión de hechos que provocaría daños irreparables a los jóvenes Jackson, especialmente a Michael. Los hermanos mayores habían vivido algunos años en los que pudieron ser niños. Michael, en cambio, tenía apenas cinco años cuando fue arrojado al mundo del espectáculo.

Obviamente, a los chicos les encantaba hacer música e incluso *querían* hacerlo. Destacaban en ese terreno. La expresión de satisfacción en el rostro de Michael cuando estaba sobre el escenario dejaba bien claro que estaba haciendo lo que deseaba, y si alguien le hubiera dado la posibilidad de elegir entre jugar al baloncesto con sus amigos o entretenerlos en el escenario, habría elegido la segunda opción. Sin

embargo, existe una línea delgada entre lo que un niño puede querer y lo que realmente le conviene. Es improbable que Joseph pudiera entenderlo o fuera capaz de apreciar la diferencia entre lo que convenía a sus hijos y los planes que él tenía para ellos.

No es sólo la gran cantidad de dinero que ganan las estrellas infantiles lo que las aísla. A los niños artistas también se les restringe la educación. Sólo unos pocos asisten regularmente a la escuela. En la industria cinematográfica suele haber tutores en el plato. La MGM tenía incluso una escuela para los jovencitos que trabajaban en sus películas, donde se suponía que los chicos dedicaban cierta cantidad de horas al estudio. Sin embargo, el rodaje tenía prioridad sobre la educación. Las jóvenes estrellas aprendían lo que podían y luego volvían al trabajo frente a las cámaras.

Aún peor, a los niños artistas se les robaba la posibilidad de adquirir hábitos de sociabilidad, es decir, de aprender el imprescindible arte de llevarse bien con la gente. En general, sólo se relacionaban con otros niños y niñas que formaban parte del mundo del espectáculo. Algunos de los recuerdos más felices de Judy Garland corresponden al corto período de su adolescencia en el que su carrera parecía haber perdido el rumbo. En aquella época dejó la escuela del estudio cinematográfico, ingresó en el Colegio Hollywood —ocultando su profesión a sus compañeros de estudio— y disfrutó enormemente de la vida. (La feliz etapa terminó abruptamente cuando un vicedirector le dijo que no debía estar en un colegio con «gente normal»).

Michael y Marlon, los miembros más jóvenes de la familia Jackson, idealizan los pocos años que pasaron en la escuela pública, que en realidad no fueron muy felices. Michael cursaba sexto grado en la escuela primaria de Garden Street en Los Ángeles, aunque no regularmente debido a su horario de trabajo. Era una especie de invitado, hacía apariciones especiales en el aula tal como podía hacerlas en un programa de televisión. Laura Gerson, la maestra de sexto grado, recordaba que: «Una vez les estaba enseñando a los chicos una canción a tres voces y desafiné una nota, algo que me puso los pelos de punta. Los ojos de Michael se abrieron de par en par. Solamente él lo notó. Nunca hablaba sobre sí mismo. En ocasiones desaparecía de la clase y aparecía en un programa de televisión…»[4].

En séptimo grado, Michael se unió a Marlon en el Colegio Emerson Junior. Para entonces, sin embargo, sus logros con Motown les habían robado la privacidad. Se vieron obligados a abandonar la escuela en apenas dos semanas, tiempo a todas luces insuficiente para integrarse en la clase o conocer a cualquiera de sus compañeros. Alguien los amenazó de muerte y ése fue el fin: Joseph resolvió que no estudiarían en la escuela pública. Los chicos aceptaron la decisión porque de todas formas querían irse. «Había una multitud de personas paradas en los pasillos para mirar dentro del aula. Sentíamos vergüenza y miedo», recuerda Marlon. En adelante, los dos hermanos estudiaron en escuelas privadas o con tutores a domicilio.

Las leyes de California exigen que los menores que trabajan asistan a la escuela al menos tres horas diarias. La señora Rose Fine, designada por el estado como

«supervisora de bienestar infantil», se convirtió en la tutora de los miembros más jóvenes de la familia Jackson. Durante sus giras aprovechaban el tiempo de viaje para estudiar y hacían sus exámenes tan pronto como entraban en sus habitaciones de hotel. Los estudios, ensayos, pruebas de sonido y conciertos —y las bromas habituales—, mantenían ocupados a los jóvenes Jackson.

De vez en cuando, entre una y otra y gira, Michael asistía a alguna escuela privada. Le aburría estudiar, se negaba a hacer las tareas y era un pésimo alumno. Durante las clases solía dibujar animales y monstruos en lugar de prestar atención a las lecciones. Si le hacían una pregunta, Michael no tenía idea de qué estaba sucediendo, y no le importaba.

Jackie y Tito tienen recuerdos desagradables del período que pasaron en el Colegio Fairfax, una escuela pública de Los Ángeles. Las exigencias de su carrera hacían que las rutinas normales se volvieran casi imposibles de cumplir; no podían formar parte de ningún equipo deportivo —una desilusión total para Jackie, que amaba el béisbol— porque los mismos compañeros de clase que antes los habían ignorado empezaban a adularlos. Los dos hermanos Jackson comenzaron a sospechar de todos: ¿quiénes tenían buenas intenciones y quiénes tenían motivos ocultos para querer conocerlos?

Jackie y Tito se graduaron en Fairfax a los dieciocho años. Aun cuando no disfrutaron el período escolar, al menos ellos pueden reflexionar acerca de aquel corto lapso en el que estuvieron en contacto con personas que no pertenecían al mundo del espectáculo. Michael, Marlon y Jermaine no tuvieron esa suerte; consiguieron diplomas equivalentes al título de secundaria a través de Rosa Fine, que tenía atribuciones para otorgarlos. Aunque técnicamente graduados, los tres Jackson más jóvenes ciertamente no obtuvieron una buena formación en materias elementales, a pesar de que Rose Fine seguramente hizo todo lo posible por su educación. Hasta el día de hoy, todos ellos tienen problemas con su caligrafía, gramática y (especialmente Michael) ortografía. Tampoco tienen conocimientos de historia, salvo la que pudieron aprender durante sus viajes.

Ya en 1972, a la edad de catorce años, Michael comenzó a exhibir un comportamiento distinto al de sus hermanos. Mientras ellos se tomaban las presiones del éxito con calma, a Michael parecían afectarlo mucho más. «Es más sensible, eso es todo», solía explicar Katherine. Si alguien en el mundo del espectáculo merece ser considerado carente de «don de gentes», ése es Michael Jackson. Siempre fue incapaz de comprender a las personas, ni siquiera *intentaba* comprenderlas, porque había pasado buena parte de su infancia y pubertad rodeado de chicos del mundo del espectáculo o por niños ricos que, como él, nunca estuvieron en contacto con la gente «común».

Un año antes, Michael le había dicho a Judy Spiegelman, de la revista *Soul*: «Soy igual que otros chicos». Sin embargo, rápidamente se dio cuenta de que no era como ellos. Sus hermanos no parecían tener problemas con la «gente común» —en tanto no

se tratara de una multitud de admiradores fuera de control—, aun cuando no tenían nada que ver con ellos. Pero Michael siempre era objeto de especial atención por parte de los fans. Si entraba en un lugar con sus hermanos, se abalanzaban sobre él. Esta distinción, la percepción de que todas las miradas estaban puestas en él, tuvo un profundo impacto en Michael. Comenzó a mostrar síntomas de una profunda inseguridad, e incluso de falta de adaptación. Parecía advertir que no encajaba. Sentía que sería feliz si pudiera pasar su vida en un escenario. Lamentablemente, el mundo no era su escenario. Tenía que tratar con el público y no encontraba la manera de hacerlo y sentirse bien.

«Se volvió solitario —recordaría Katherine Jackson—. Estaba preocupada por él, pero tenía la esperanza de que maduraría, de que sería tan sólo una etapa. Michael no se llevaba bien con otras personas de su edad; se entendía mejor con los adultos. No recuerdo que tuviera amigos de su misma edad. Creo que no los ha tenido. Sus amigos fueron siempre sus hermanos. Yo creía que, mientras nos tuviéramos unos a otros, todo iba a estar bien. Rezaba para que estuviéramos bien».

Tito se casa

El increíble éxito en la industria musical trajo aparejado la inevitable atracción que los Jackson despertaban en mujeres de todo tipo, que comenzaron a hacerles proposiciones y a aparecer entre bastidores después de los recitales para ofrecerles todo tipo de «favores». Si bien Michael y Marlon eran demasiado jóvenes, Jermaine y Jackie no veían motivos para no aprovecharse de la libido exacerbada de sus jóvenes admiradoras.

Tito no estaba realmente interesado en las admiradoras. Sólo le interesaba lograr una buena posición para dejar la casa familiar y poner un poco de distancia entre él y Joseph. En 1972 anunció que quería casarse con Delores *Dee Dee* Martes, de diecisiete años, a quien había conocido en el Colegio Fairfax meses antes de que el grupo se hiciera famoso. Joseph y Katherine estaban realmente molestos, preocupados por la posibilidad de que Dee Dee fuera una interesada y Tito, demasiado inexperto para darse cuenta. Argumentaron que debía exigir a su novia que firmara un acuerdo prenupcial. Lo hizo y ella aceptó.

Michael sintió que, al casarse, Tito defraudaba a sus admiradoras. Intentó convencerlo de que cambiara de idea.

—Piensa en todas esas chicas que te aman —dijo un día en las oficinas de Motown, tratando de razonar con su hermano.

—Ellas ni siquiera nos conocen, Mike —dijo Tito—. No podemos vivir nuestra vida para complacer a extraños.

—Nos conocen y nos debemos a ellos, Tito. Estamos en deuda con ellos —replicó Michael, según recuerda un testigo.

—¿Qué debemos hacer? —quiso saber Tito—. ¿Soportar a Joseph el resto de nuestra vida? Si es así, ni siquiera quiero formar parte del grupo.

En ese punto, Michael dejó de discutir con su hermano, tal vez temiendo que el siguiente paso de Tito fuera abandonar la banda.

Joseph y Katherine albergaban esperanzas de que Berry Gordy exigiera que Tito, como artista de Motown, permaneciera soltero. Sin embargo, cuando Joseph le habló de la situación, Berry decidió no entrometerse. «Manténganme al margen. Mientras Michael no se case, estoy tranquilo», dijo.

El rostro de Joseph se ensombreció. «Michael no es el único miembro del grupo, Berry. Gracias por nada», fue su respuesta.

La boda se celebró en junio de 1972 en una pequeña y modesta capilla de Inglewood, California. Joseph pasó la mayor parte de la velada mirando a Dee Dee y su familia. Katherine fue más amable, aunque posiblemente sólo intentaba superar el momento. Al cabo de un año nació el primer hijo de la pareja, un varón al que bautizaron Tito. Dado que en ese momento su padre estaba de gira, LaToya acompañó en el parto a Dee Dee, que optó por el método Lamaze.

Admiradoras

El joven Tito Jackson había quedado fuera del mercado, pero Jackie y Jermaine eran jóvenes, solteros y estaban listos para explorar todo lo que la fama pudiera ofrecerles en términos de compañía femenina. Joseph había sido un pésimo ejemplo para ellos en el pasado, y no mejoró con el tiempo. De hecho, cuando los chicos se hicieron famosos, ¡comenzó a tener aventuras con sus admiradoras! Con él como guía, ¿había algún motivo para suponer que los hermanos actuarían de forma responsable? Hacia 1972, los Jackson habían dejado un tendal de corazones rotos en cada ciudad por donde pasaban mientras hacían giras por el país. Más tarde alquilaron un apartamento cerca de su casa en Encino para alejar a sus conquistas femeninas de la vigilancia de Katherine.

Rhonda Phillips fue una de «esas» chicas. Hoy en día es una divorciada de cuarenta y nueve años que vive con sus tres hijos en Long Beach, California. Tenía dieciocho años en agosto de 1972, cuando conoció a su ídolo, Jackie, por entonces de veintiuno. Había sido elegida entre el público por uno de los directores de gira cuando los hermanos se presentaron en el Forum de Inglewood, California. Entre bastidores, Jackie le dio a Rhonda un pedacito de papel con una dirección y le indicó que lo buscara en aquel lugar al cabo de una hora. Mientras ella consideraba la proposición, notó que alguien estaba detrás y dio media vuelta. Era Michael. «Era un muchachito muy guapo. Tenía grandes dientes, una nariz amplia y achatada, un cabello perfectamente ondulado; como cualquier lindo muchacho negro de catorce años de los que solía haber en el barrio. Él vio el papelito que tenía en la mano».

—¿Jermaine te dio eso? —preguntó.

—No, fue Jackie.

—Quiere encontrarse contigo, ¿verdad? —preguntó.

—Sí —dijo Rhonda—. No sé si debería…

Michael la interrumpió bruscamente.

—No lo hagas. Creo que no debes encontrarte con él.

Rhonda le preguntó a Michael por qué no debía aceptar la invitación. Aún recuerda su respuesta: «Mis hermanos no tratan bien a las chicas. Pueden ser malvados. Por favor, no vayas».

Michael tenía apenas catorce años. ¿Cómo podía saberlo?, se preguntó Rhonda. Prefirió cambiar de tema y le pidió un autógrafo. Le tendió el papelito que Jackie le había dado, él garabateó algo y se lo devolvió.

Los representantes del grupo habían pedido un taxi para llevar a Rhonda al apartamento de Encino, donde se encontraría con Jackie. Cuando el coche se detuvo frente al edificio, ella miró el reverso de aquel papelito y entonces vio que Michael había escrito algo más que su nombre. Leyó el mensaje: «Espero que no vayas», firmado por «Michael Jackson».

No obstante, Rhonda entró en el edificio, llegó hasta el apartamento de los Jackson y tuvo relaciones sexuales con Jackie. «No podré verte otra vez», dijo él antes de despedirse. Ella comenzó a llorar.

«De repente me sentí avergonzada —recordó muchos años después—. Él me sujetó durante unos instantes y luego me dijo que alguien de Motown estaría esperándome fuera. Me besó y me fui. Todo duró menos de media hora».

Cuando Rhonda salió a la calle, un Rolls-Royce blanco se detuvo frente al edificio. Michael y Marlon estaban sentados en el asiento trasero. Los chicos bajaron y Marlon pasó corriendo hacia el apartamento, rozando a Rhonda. Michael se acercó a ella.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó, con tono acusatorio—. ¿Estuviste allí arriba con Jackie?

—Sí, estuve —contestó.

—¿Te acostaste con él? —quiso saber Michael.

Rhonda comenzó a llorar.

Michael meneó tristemente la cabeza.

—Lo siento. ¿Te obligó a hacerlo? —preguntó.

—No, claro que no. Yo quise.

—¿Tú *quisiste? ¿Por* qué motivo *querías* hacerlo? —exclamó Michael, estupefacto.

Rhonda se subió al coche. Bajó el cristal de la ventanilla. Michael seguía de pie en la acera.

—¿Vas a estar bien? —le preguntó.

—Sí, estaré bien —contestó ella.

«En ese momento estaba sollozando —recordó Rhonda—. Subí el cristal de la ventanilla y el coche arrancó. Miré por el parabrisas trasero y lo último que vi fue a Michael Jackson saludándome con la mano». Durante aquellos días de juventud, Michael, de catorce años, a menudo compartía habitación con su hermano Marlon, de quince, y con Jermaine, de diecisiete. Jermain solía esperar que el vigilante, Bill Bray, se fuera a dormir para escabullirse hacia el *lobby* en busca de chicas. A menudo las llevaba a la habitación y ordenaba a sus hermanos: «Fingid que estáis dormidos», como recuerda Marlon.

Yolanda Lewis es actualmente una mujer casada de cuarenta y seis años que vive en St. Louis. En una entrevista recordó una experiencia que tuvo en 1972, a los dieciséis años, con Jermaine Jackson. «Yo era una fan total y los chicos dieron un concierto en Cleveland, donde yo vivía por aquel entonces. Después del recital, un grupo de chicas fuimos al hotel donde se alojaban. Lucíamos nuestros broches y llevábamos pósters de los J-5 para que nos los firmaran. Anhelábamos ver a los muchachos o tal vez sacarnos una foto con ellos. Él era dulce, tímido. Me apartó del grupo y me preguntó si quería subir a su habitación. Por supuesto, acepté. Era muy guapo, con su enorme pelambrera y sus dientes blancos.

»Llegamos a la habitación y entré detrás de Jermaine. Estaba totalmente a oscuras, sólo había una lámpara en un rincón.

»"Michael y Marlon están durmiendo, no debemos hacer ruido. —Me susurró—. Quítate la ropa. Rápido". No fue precisamente romántico. En cuanto nos metimos en la cama, se puso sobre mí. Cuando llegó al clímax hizo tanto ruido que temí que despertara a Michael y a Marlon, que dormían a un metro de nuestra cama. O al menos, yo creía que estaban durmiendo. Mientras salía sigilosamente de la habitación, escuché que Michael le decía a Jermaine: "Buen trabajo. Ahora ¿podemos dormir, *por favor*?"».

Pasarían algunos años hasta que Marlon comenzara a divertirse con las admiradoras. Michael nunca lo hizo; simplemente, no estaba interesado y pensaba que el comportamiento de sus hermanos para con sus fans femeninas era deplorable. Tras años de traumática sobreexposición, la mera idea del sexo parecía haberse convertido en algo aberrante para él.

Alguien que conoce a Michael desde 1974 me dijo: «Estaba conversando con Rebbie cuando de pronto comentó: "Michael no tiene tiempo para las chicas". "¿Qué tipo de muchacho no tiene tiempo para las chicas?", pregunté. Ella me dijo que, con Michael, mediaban circunstancias especiales. Cuando le pedí que me explicara a qué se refería, me contó una horrible historia.

«Cuando Michael tenía quince años, un miembro de su familia, alguien en quien confiaba (no diré quién es, aunque Rebbie me lo dijo), decidió que Michael tenía edad suficiente para comenzar su vida sexual y, por lo tanto, *debía* hacerlo. Esa persona contrató entonces los servicios de dos prostitutas. Les pidió que lo atendieran bien y luego encerró a Michael con ellas en una habitación. Rebbie me dijo que aquel

incidente traumatizó totalmente a su hermano. No sé si Michael realmente mantuvo relaciones sexuales con las prostitutas, Rebbie no me lo dijo».

Desde luego, si la historia es cierta, tal situación debió de haber tenido un profundo impacto psicológico en Michael, como lo hubiera tenido en cualquier adolescente. Después de aquel episodio, Michael frecuentaba a las prostitutas, aunque no en busca de sexo, sino de conversación. Parecía querer reparar las actitudes de sus hermanos con las admiradoras tratando de confirmar que las mujeres servían para algo más que divertirse en la cama. «A veces, Michael necesitaba alguien con quien hablar y, quizá una vez o dos, le presentaron a una mujer agradable para que lo acompañara. Pero hasta donde sé, a él no le interesaba tener relaciones sexuales con ella. Nunca sucedía nada íntimo. Le gustaban las chicas bonitas, las chicas puras que aparentaban no tener antecedentes en las calles», recordaba James McField, expianista y director de banda del grupo.

Una de esas mujeres recuerda haberse encontrado con Michael tras un recital en Nueva York. «Estaba merodeando entre bastidores, buscando clientes por los camerinos del Madison Square Garden cuando alguien que se presentó como empleado de los Jackson se acercó a mí y me preguntó si quería pasar una noche con Michael. “Claro que sí”, le dije. Quería acostarme con Michael Jackson. ¿Quién no habría querido? El hombre me llevó hacia su camerino. Michael estaba allí, solo. Entré y me pidió que cerrara la puerta. Lo primero que salió de su boca fue: “¿Por qué eres prostituta?”. Le contesté: “Porque necesito el dinero”. “¿Te gustaría acostarte conmigo?”, me preguntó. “Claro, por supuesto que sí”, le dije. Me preguntó cuánto le cobraría. “Nada”, respondí. Parecía interesado. Desabroché mi blusa y le mostré mis senos. Entonces volvió la cara, rechazándome. “Detente, no puedo acostarme contigo. Por favor, cúbrete”, dijo.

Cuando le pregunté por qué, me explicó: “Simplemente, no puedo”. Creí que se refería a que no podía lograr una erección, parecía muy triste. Luego, me dijo: “Podemos hablar sobre ti y sobre tu vida”. Yo no tenía ganas de hablar, no había ido allí para eso. Entonces le di mi número de teléfono. “Cuando quieras echar un polvo, llámame”, le dije. Michael me miró y me preguntó: “¿Qué quiere decir *echar un polvo*?”. Era totalmente sincero. “Quiere decir follar, Michael. Cuando quieras, llámame ¿comprendes?”.

»“Ah, bien. Tal vez te llame algún día. Aunque lo dudo”, respondió, y me fui.

«Tuve la sensación de que era solitario e ingenuo. Un muchacho confundido, amable y apuesto que quería compañía femenina. Era imposible que se acostara con nadie aquella noche. Estaba sumamente asustado. Me pregunté si me llamaría algún día. Nunca lo hizo», concluyó Lillian Harris.

«Rockin’ Robin» y «Ben»

En enero de 1972, Motown había lanzado otros dos sencillos de Michael Jackson. El primero de ellos se llamaba «Rockin' Robin». Mientras Michael canturrea a lo largo del tema, un músico de *jazz* toca el piano, creando así una canción irresistible. «Rockin'Robin» se convirtió en un éxito que superó a «Got to Be There». La canción alcanzó la misma posición que la versión original del difunto Bobby Day, es decir, el puesto número dos.

Una de las primeras canciones de Michael que aún hoy provoca sonrisas es «Ben». La letra del tema ensalza la amistad. En ella no hay ninguna pista de que en realidad se habla de un roedor. (En la película, *Ben*, un niño se hace amigo de una rata llamada… Ben. Pocas personas saben que Bing Crosby fue uno de los productores de esa película). La voz de Michael complementaba esa pieza delicadamente orquestada, con su acompañamiento solista de guitarra. En sus picos emotivos, la grabación está mezclada con un preciso arreglo de cuerdas. Sin duda, la canción valía por sí misma, independientemente de la película. El tema se convirtió en el sencillo solista número uno de Michael, y vendió la sorprendente cifra de 1.701.475 copias. También fue nominado al Óscar.

Michael vio la película *Ben* muchas veces, sentado en las últimas filas del cine, esperando escuchar su canción y ver su nombre en la pantalla, entre los créditos. De niño, a Michael le encantaban las ratas. Una vez, Katherine descubrió horrorizada que en su habitación Michael tenía treinta ratas dentro de una caja. Sentía pasión por los roedores hasta que un día descubrió que se estaban devorando unos a otros, como suelen hacer. Asqueado por el espectáculo, Michael dejó la caja de ratas fuera de su cuarto.

Además de sus discos como solista, Michael comenzó a cantar los temas del grupo separado de sus hermanos, grabando la voz principal del grupo en el estudio, solo. Luego, los hermanos grababan las voces secundarias. A menudo se agregaba un cantante adicional, anónimo. Motown tomó esta decisión para hacer más expeditivo el proceso de grabación. A Michael sólo le sirvió para sentirse aún más aislado. Y eso no le gustaba.

En noviembre de 1972, los Jackson 5 se embarcaron en una gira europea de doce días que comenzaba con una función para la reina Elizabeth solicitada por la casa real. Considerando que las ventas del grupo en Europa y, en particular, en Gran Bretaña iban en disminución —a diferencia de lo que ocurría en Estados Unidos—. Motown dudaba acerca del éxito de la gira. El álbum *Maybe Tomorrow*, por ejemplo, no había ingresado siquiera en los cincuenta primeros puestos del *ranking*. El sencillo «Sugar Daddy» también había fracasado en el Reino Unido. Sin embargo, Michael tenía éxito como solista. «Got to Be There» y «Rockin' Robin» habían alcanzado en Gran Bretaña los puestos número cinco y tres, respectivamente. Más tarde, ese mismo mes, «Ben» alcanzaría el puesto número siete y vendería más de un cuarto de millón de copias tan sólo en el Reino Unido. Por eso, aunque el público británico no

compraba gran cantidad de discos del grupo, se esperaba que la popularidad de Michael arrastrara a la audiencia. Así fue. Una multitud de adolescentes británicos colmó el aeropuerto londinense de Heathrow para dar la bienvenida al grupo. La escena resultante guardaba semejanza con la Beatlemanía.

«Cazadores de *souvenirs* arrancaron, junto con grandes mechones de cabello, partes del cuero cabelludo que hay debajo del enorme peinado "afro" de Jermaine —podía leerse en el comunicado de prensa de Motown fechado el 22 de noviembre—. Un bullicio tan intenso que ahogaba el chillido de los motores del *jet* hizo brotar lágrimas de los ojos de Michael y Marlon. Tito fue magullado y sacudido por la estampida de esa horda estruendosa. Randy casi entra en pánico mientras un grupo de mujeres frenéticas lo devoraba a besos húmedos y le daba abrazos de oso. Jackie parecía sereno pero estaba más que un poquito preocupado. Era un alboroto total, próximo al caos. Causaba miedo. Era la JACKSONMANÍA».

Además de perder un zapato, Michael casi muere asfixiado. «Estaba muy asustado. Los fans tiraban de ambas puntas de su bufanda, estrangulándolo de verdad. Se vio obligado a poner su mano debajo de la bufanda y comenzar a gritar para que no siguieran ajustándola alrededor de su cuello», recuerda Jermaine.

Michael detestaba esas escenas de masas. Recuerda haber tenido que correr a través de multitudes de chicas gritando, cubriéndose la cara con las manos para evitar que lo arañasen. Recuerda haberse escondido en armarios de limpieza a la espera de que la muchedumbre se fuera y lo dejara. «Los tirones en el pelo quemaban como fuego. Sentías que podías terminar asfixiado o descuartizado», dijo alguna vez Michael.

Los admiradores levantaron barricadas en la entrada del Hotel Churchill, donde el grupo se alojaba en Londres, lo que impidió que pudieran abandonar el lugar una vez finalizada la función para la casa real. Joseph llamó a la policía, que llegó con mangueras para dispersar a los fans. Al día siguiente, una niña de nueve años exigió a un portero del hotel que le permitiera acceder a la habitación de Michael amenazándolo con un cuchillo. Fue detenida por la policía. Una limusina Rolls-Royce que llevaba al grupo sufrió daños valorados en 12.000 dólares, a manos de jovencitas que intentaban llegar a sus ídolos. Más tarde, cuando los Jackson 5 hizo una función en el club nocturno Talk of the Town, los cazadores de *souvenirs* despojaron a la limusina de sus almohadones, radio, luces, neumáticos…

Lo mismo sucedió en cada lugar donde los Jackson 5 se presentó durante el resto de su gira: Ámsterdam, Bruselas, Múnich, Frankfurt, París.

Katherine pide el divorcio

Katherine Jackson había soportado muchos años las infidelidades de Joseph. Sabía que él la engañaba. Todos lo sabían. Joseph había acompañado a sus hijos en las giras

durante años y había mantenido encuentros breves con sus admiradoras. «No quiero que esas mujeres llamen a esta casa. Estoy harta Joseph. Es suficiente», solía gritarle ella a su marido, a veces frente a los chicos. A Katherine no le importaban los motivos por los que Joseph actuaba de aquella forma. Ni siquiera estaba segura de querer que abandonara sus hábitos de mujeriego, como le dijo a una amiga. Simplemente quería que fuera más discreto. «¿Me tienes que hacer quedar como una estúpida? —solía preguntarle, entre lágrimas, antes de que una furia terrible irrumpiera y le hiciera decir—: No te atrevas a tratarme como si fuera estúpida. Nada puede ser peor».

Lo cierto es que Joseph trataba a Katherine tal como ella se lo había permitido durante el tiempo en que fueron marido y mujer. Él, por su parte, tenía pocas razones para detenerse. Desde su punto de vista, había trabajado duro, había mantenido a su familia, les había dado una buena vida, por lo que nadie debía meterse en lo que hiciera con su tiempo libre mientras estuviera allí cuando lo necesitaban.

En enero de 1973, Katherine supo que una de las novias de Joseph había quedado embarazada y había tenido un aborto espontáneo. Al principio no lo podía creer; era más de lo que podía tolerar. Sin embargo, cuando confirmó que era cierto, decidió que no tenía más opción que terminar con el matrimonio. «Se acabó. Mi matrimonio se terminó», anunció.

Inmediatamente, sus hijos se pusieron de su lado. Su hija mayor, Rebbie, que tenía veintitrés años, no admitía estar en el mismo lugar que su padre. «No entiendo cómo soportó todos estos años. Fue madre, apoyó la carrera de sus hijos, se involucró en el aspecto comercial. No tenía por qué tolerar tanto sufrimiento. Era demasiado. La alenté para que lo dejara. Sabía que estaba lastimándose el alma, que así no podría tener tranquilidad espiritual».

La prole de los Jackson había visto a Joseph maltratar a Katherine durante muchos años y se alegró al ver que ella finalmente se enfrentaba a él.

—Odio a Joseph —le dijo Michael a uno de los empleados de Motown—. Lo odio enormemente por lo que le ha hecho a mi madre. Lo odio más de lo que puedo expresar.

—Pero, Michael, no deberías sentirte así. Después de todo es tu padre —respondió el empleado de Motown.

—A veces desearía que no lo fuera —replicó Michael, que por entonces tenía catorce años—. Lo deseo con todo mi corazón. Él es el perdedor. Para él todo se reduce a ganadores y perdedores, quién pierde y quién gana. Con esto, él pierde. Y mucho —concluyó Michael.

Katherine pidió el divorcio el 9 de marzo de 1973, en Los Ángeles.

Joseph quedó atónito. Había controlado y manipulado a Katherine durante muchos años. No podía concebir que contraatacara de tal forma. También sabía que no podía vivir sin ella. Además tenían una familia, sus hijos estaban creciendo. Debía cambiar de idea. ¿Quién iba a criar a todos esos chicos?

Katherine se enfrentó a un dilema cuando ella y sus abogados comenzaron a hacer los trámites necesarios. No tenía idea del valor o la magnitud de los bienes gananciales. No sabía cuánto ganaban anualmente su marido o sus hijos ni el tamaño de su vasta empresa comercial. Ni siquiera sabía el número de seguridad social de Joseph. En consecuencia, debió dejar en blanco dos páginas de formularios con preguntas sobre esa información personal. Su abogado, Niel C. Newson, los completó de esta manera: «Se está reuniendo la información requerida para esta declaración. Se presentará por separado un estado financiero detallado». Katherine le pagó a su abogado 150 dólares y volvió a la casa de Hayvenhurst. No se mudó de su casa, tampoco Joseph lo hizo. Simplemente, no se hablaban.

«Cuando en Motown se supo que Katherine había pedido el divorcio, se armó un tremendo escándalo —recuerda un amigo de la familia—. Podía ser catastrófico para la imagen de la familia unida y amorosa. Era potencialmente desastroso para las relaciones públicas. Gordy decidió que nadie debía enterarse de que Katherine y Joseph se estaban separando. Sería un secreto bien guardado por el departamento de prensa. Hoy en día no es posible ocultar a la prensa algo como aquello, especialmente con una demanda judicial en curso. Pero a principios de los años setenta la prensa no era tan intrusiva como hoy. Las noticias nunca se filtraban. De cualquier forma, los directivos de la empresa discográfica fastidiaban constantemente a Katherine intentando convencerla de que se reconciliara con Joseph para no dañar la imagen de su familia».

«La relación con Joseph se terminó», dijo Katherine a un directivo de Motown durante una reunión en la que se trataban las posibles consecuencias de su decisión. El abogado recuerda que se la veía totalmente exhausta. Llevaba un vestido negro, simple pero elegante, un collar de perlas y un magnífico broche de diamantes. El cabello negro azabache adornaba su cabeza como si fuera un sombrero. «Esto no tiene por qué interferir con la carrera de los chicos. Pueden grabar discos y ser famosos aun con sus padres divorciados, y me temo que así han de ser las cosas», dijo con firmeza.

Aunque el asesor de Motown no estaba convencido, Michael ya tenía una posición tomada con respecto al matrimonio de sus padres. «En lo que a mí respecta, ya está terminado. Mi padre ha hecho daño a mi madre, es todo lo que necesito saber. Eso, para mí, es lo que define las cosas», fueron sus palabras, según recordó Diana Ross.

«Las personas son muy complicadas —le dijo Diana a Michael, sugiriendo que él desconocía las tribulaciones de Joseph—. ¿Quién sabe por qué hacen lo que hacen?». «Yo sé por qué —insistió Michael—. Es porque Joseph es un mal hombre, he aquí la razón. Mis hermanos van por el mismo camino. Ya puedo verlo», concluyó.

Algunos meses después, Katherine retiró la demanda de divorcio. Joseph le prometió que intentaría cambiar y la convenció de que no debía dañar a la familia para castigarlo por su comportamiento anterior. Para desgracia de sus hijos, Katherine

y Joseph se reconciliaron.

La decadencia

Pese a que la fama mundial de los Jackson 5 llevaba gran cantidad de público a sus conciertos, comenzaron a surgir problemas respecto a la venta de discos. En Europa las ventas siempre habían sido irregulares. Sin embargo, en Estados Unidos siempre habían sido buenas. En abril de 1972, ya fuese por sobreexposición o por falta de promoción, las ventas del grupo estaban en descenso. El lanzamiento de «Little Bitty Pretty One» fue una gran decepción. Por otra parte, «Santa Claus Is Coming to Town», lanzado en Navidad, era el sencillo de los Jackson 5 que menos había vendido hasta esa fecha: sólo 590.629 copias en todo el mundo. El siguiente, «Lookin' Through the Windows», vendió aún menos: 581.426 copias, lo que constituía un pésimo resultado. Sin embargo, el tema logró un repentino aumento de ventas en Gran Bretaña, como consecuencia de la reciente gira del grupo, y consiguió entrar en el Top Ten. Joseph se puso furioso cuando supo que «Corner of the Sky», un tema de *Pipin* —el musical de Brodway que Gordy financió—, había vendido la decepcionante cifra de 381.426 copias a nivel mundial.

«¿Qué diablos está pasando?», bramó. Comenzó a hacerse ver en Motown, hostigando al personal de ventas y fastidiando a los ejecutivos de promoción. Berry Gordy ya no estaba involucrado personalmente en lo que sucedía en la compañía discográfica. Como sustituto, nombró a un hombre llamado Ewart Abner —que ya era un experimentado ejecutivo de la industria discográfica cuando entró en Motown — para poder dedicarse de lleno a la carrera cinematográfica de Diana Ross y a consolidar a Producciones Motown en la industria del cine. Aunque aún era presidente de Motown, sólo le interesaba producir películas, ya no más discos. Estaba preparando una película llamada *Mahogany* —que llevaría a Diana Ross al estrellato — y la empresa ocupaba prácticamente todo el tiempo de Berry.

Por entonces, Motown estaba sacando provecho de una música más identificada con cierta conciencia social, como la de Marvin Gaye y Stevie Wonder. Tal vez el público de los Jackson 5 estaba ávido de un sonido más actual cuando se lanzó el siguiente tema del grupo, «Hallelujah Day». Vendió menos de un cuarto de millón de discos, aunque era un excelente disco en el que Michael, Marlon y Jackie compartían la voz principal.

En verdad, a Ewart Abner no le interesaban los Jackson 5. No había sido el encargado de contratarlos y creía que sus mejores días habían quedado atrás. «Por Dios, ya tienen sus propios dibujos animados, por Dios. ¿Por qué seguir gastando dinero en ellos?», preguntaba. Si las cifras de ventas eran bajas y el grupo estaba perdiendo audiencia, era su responsabilidad, Motown nada tenía que ver con sus fracasos. Es comprensible que Joseph le detestara intensamente.

En marzo se dio a conocer el álbum *Skywriter*, que apenas vendió 115.045 copias: se convirtió en el álbum con menos ventas en la historia del grupo (ni siquiera ingresó en los cincuenta primeros puestos en Gran Bretaña). Joseph creía que todos los discos que fracasaron habrían tenido más éxito si Motown los hubiera promocionado adecuadamente.

La caída experimentó un *impasse* cuando el productor Hal Davis realizó una estupenda pieza para los Jackson titulada «Get It Toghether». La producción fue perfecta; la música, las voces secundarias y la voz principal de Michael en proceso de maduración se combinan de maravilla en esta obra, que marcó un alejamiento del estilo pop, más sereno, que había caracterizado previamente al grupo. Lanzado en agosto de 1973, el disco vendió 700.000 copias. Pese a no alcanzar ventas millonarias, acentuó en Joseph la creencia de que sus hijos aún tenían público. Desde su punto de vista, los Jackson 5 no estaban acabados, sino que *él* había terminado… con Motown.

Jermaine se enamora de la hija del jefe

A comienzos de 1973, mientras Katherine y Joseph estaban ocupados con sus desavenencias matrimoniales, su hijo Jermaine se estaba enamorando… de la hija de Berry Gordy. Desde hacía meses salía con Hazel Gordy y, con apenas dieciocho años, parecía a punto de seguir los pasos de Rebbie y Tito, es decir, utilizar el matrimonio como manera de salir de la casa de Joseph.

Para sus hermanos estaba claro que Hazel se había convertido en una persona importante e influyente en la vida de Jermaine. Por ejemplo, en marzo, durante un ensayo, el grupo y Suzanne dePasse habían tomado una decisión con respecto a una coreografía, pero Hazel, que había empezado a asistir a todos los ensayos, llamó aparte a Jermaine y le dijo algo al oído. Jermaine la escuchó, asintió con la cabeza y volvió a donde estaban sus hermanos.

—Creo que debemos cambiar este paso —anunció, con humildad.

—¿Por qué? —protestó Michael, según un testigo—. Así está perfecto.

—Porque Hazel tiene una idea mejor. Mira, Mike, tú te quedas aquí. Tito, ven acá. Marlon, ése es tu lugar, y Jackie más allá —explicó Jermaine, colocando a sus hermanos en otra posición.

A continuación puso en práctica la «gran idea» de Hazel, que destacaba el papel de su novio durante la ejecución. Cuando Suzanne comprendió lo que había sucedido, le lanzó una mirada a Hazel. Ella sonrió inocentemente. Como era la hija de Berry, Suzanne no tuvo opción y accedió a su propuesta.

—Queda bien, muchachos. Dejémoslo así —se la oyó decir.

—A mí me parece pésimo. Creí que nos habíamos puesto de acuerdo —opinó Michael, mirando a su hermano.

Jermaine desvió la mirada.

Los otros hermanos trataron de ignorar lo sucedido.

—No es tan importante —decidió Tito.

—Creo que *es* importante, pero haced lo que queráis, chicos —concluyó Michael. Luego miró a Jermaine, que conversaba nuevamente con Hazel, sacudió la cabeza y puso los ojos en blanco.

Jermaine se había sentido atraído por Hazel desde que la conoció, en 1969, pero cuando ella le dijo que estaba enamorada de él, dejó claro que no estaba seguro de poder corresponder a ese sentimiento. Era un ídolo adolescente, una estrella, y podía escoger entre docenas de jóvenes admiradoras. La idolatría era embriagadora para un joven como Jermaine y la idea de mantener una relación estable con una mujer le parecía una limitación, sin importar quién fuera esa mujer.

«A Jermaine le gustan demasiado las chicas. Creo que va a llegar a los treinta antes de pensar siquiera en casarse», había opinado Michael.

Sin embargo, Hazel era una muchacha joven e idealista que anhelaba ante todas las cosas casarse y tener una familia. Su padre se había divorciado tres veces, y por añadidura ella había sido testigo de su tumultuosa y desgarradora relación con Diana Ross. Pese a su juventud, Hazel creía que el amor verdadero era escurridizo pero seguía siendo romántica. «Puedo decir sin temor a equivocarme que desde que me enamoré de Jermaine nunca he pensado en ningún otro hombre», decía.

«Berry Gordy siempre se lo había consentido todo a Hazel, su única hija. Ella le dijo que se había enamorado de uno de los Jackson y no quería compartirlo con nadie. Temía que en su vida no volviera a aparecer nadie como Jermaine. Cuando lo veía con sus admiradoras sentía celos. “Michael puede tener admiradoras, pero tú no”, solía decirle. Berry siempre se aseguraba de que su hija obtuviera lo que quería. En este caso se trataba de Jermaine. Y si bien podía traerle problemas con Joseph, creía que era un muchacho adecuado para Hazel. Cuando Jermaine le pidió a Berry la mano de su hija, él aceptó», recuerda Delores Robertson, que por entonces era amiga de Hazel.

Aunque Berry creía que Joseph podría ser un obstáculo en la unión de su hija y Jermaine, las cosas no fueron así, al menos al principio. En realidad, Hazel encontró un aliado inesperado en Joseph, que no exigió un acuerdo prenupcial (como hizo con la esposa de Tito). Tenía la convicción de que la boda entre su hijo y la hija del jefe garantizaría estabilidad laboral al clan Jackson en Motown, especialmente en un momento en que tenía dificultad incluso para que Berry se dignara a hablar por teléfono con él. En consecuencia, hizo todo lo que estaba a su alcance para ayudar a los jóvenes enamorados, llegó a referirse a su futura nuera como «mi Hazel» y a decir que la amaba.

Si Joseph hubiera meditado más sobre el asunto, tal vez le habrían preocupado más los acontecimientos recientes. Anna, la hermana de Berry, se había casado con el cantante Marvin Gaye (también artista de Motown). La unión no le otorgó a Marvin

privilegios especiales en la empresa. De acuerdo con las palabras del propio Marvin, sólo sirvió para complicarle la vida y la carrera, porque ante una disputa, Anna actuaba como espía de su hermano. Marvin raramente podía hacer una jugada que Berry no conociera por anticipado. Además, cada vez que peleaba con su cuñado, cosa que sucedía con frecuencia, sentía un fuerte conflicto de intereses.

Marvin y muchos artistas de Motown advertían que Berry planeaba convertir a Jermaine en una gran figura, así como había elevado a Diana Ross desde The Supremes hasta el estatus de superestrella. Los dos lanzamientos solistas de Jermaine para la empresa, «That's How Love Goes'» y «Daddy's Home», habían tenido éxito y Jermaine tenía el potencial para convertirse en uno de los principales artistas de la compañía. En efecto, algunos críticos encontraban fuertes similitudes entre el estilo vocal de Jermaine y el de Marvin Gaye. Lo cierto es que Jermaine tenía su propio sonido y que, además, era muy bueno, tenía mucho cuerpo y hacía un interesante contraste con la voz aguda de Michael en muchas de las canciones que compartieron en Motown. De hecho, Jermaine comenzó a hacer voces principales en la compañía discográfica porque el productor del grupo, Deke Richards, estuvo hospitalizado por una hernia discal. Debido a que Deke no quería que Fonce Mizell y Freddie Perren trabajaran con Michael en su ausencia, les pidió que escribieran algo para Jermaine: la canción fue «I Found That Girl», la cara B de «The Love You Save».

TERCERA PARTE

La boda de Jermaine y Hazel

En noviembre de 1973, Katherine y Joseph tuvieron otra fuerte discusión. Consternada, ella abandonó la ciudad, lo que dejó a su familia confundida y perpleja. «Los chicos estaban desolados, principalmente Michael», recuerda Joyse Jillson, amigo de Katherine en aquel entonces. «Si te vas, me voy contigo. No dejaré que te vayas sin mí», declaró Michael. No quería estar solo en esa casa, con sus hermanas, hermanos y su padre, sin su madre como contención. Para Michael, ella era el único vínculo con la cordura. Sin embargo, hasta ella se había vuelto impredecible. No era propio de su personalidad perturbar a la familia, simplemente no podía aguantar un segundo más. Le pidió a Michael que se quedara y le aseguró que regresaría. Él lloró. «¿Por qué no se va Joseph? —preguntaba una y otra vez—. Es *él* quien debería irse».

Cuando Katherine supo a través de sus amigos que la prensa se había enterado de sus problemas conyugales, comenzó a preocuparse. Quería que la boda de Jermaine, y no su separación de Joseph, fuera el centro de atención de los medios. En consecuencia, volvió a casa días antes de la boda. Percibiendo en Joseph orgullo herido más que verdadero arrepentimiento, se preguntaba cuánto tiempo podría permanecer con él, pero sabía que debía estar a su lado durante la boda de Jermaine. Lo sentía como una obligación con su hijo, con su familia.

La boda de Jermaine y Hazel Gordy, celebrada el 15 de diciembre de 1973, fue un evento caro y ostentoso. «Si mi nena se tiene que casar, lo va a hacer con estilo. El cielo es el límite», dijo Berry. La boda le costó alrededor de un cuarto de millón de dólares, muchísimo dinero para la época. El dinero de Berry sirvió para crear un país de las maravillas invernal en el exclusivo Hotel Beverly Hills. Nieve artificial cubría los pinos, 175 palomas blancas en blancas jaulas y un millar de camelias blancas, crisantemos y claveles decoraban los salones donde se llevó a cabo la boda, la recepción y el banquete. Cien invitados fueron convidados a la ceremonia; otros quinientos, al festejo posterior.

Ebony la llamó «la boda del siglo». Los invitados la compararon con la boda real de la princesa Anne y el capitán Mark Phillips, que se había llevado a cabo en Londres hacía poco más de un mes. Abe Lastfogel, un fundador de William Morris, la calificó como «la unión más fastuosa que he visto en mi vida». Para asegurarse de que los medios informarían correctamente sobre los detalles, Motown entregó comunicados de prensa a todos los periodistas. Marlon, de dieciséis años, fue el padrino de boda. Michael, de quince, junto a sus hermanos Jackie (veintidós años), Tito (veinte años) y Randy (once años) fueron los acomodadores. Las tareas de Michael aquel día no eran difíciles: acompañar a los invitados a sus asientos antes de la ceremonia y a cada una de las damas de honor cuando salieran de la capilla. Sin embargo, personas cercanas a la familia Jackson han dicho que Michael estaba preocupado ese día. Jermaine, que siempre había sido su hermano mayor favorito, se iba a casar y, desde su punto de vista, eso cambiaría la relación familiar.

«Al principio, Michael creyó que no sería importante —dijo un amigo íntimo de la familia—. Tito se había casado y los Jackson 5 continuaban igual que antes. Su esposa nunca había influido en la política o los negocios del grupo. Jermaine, en cambio, se casaba con Hazel, la hija del jefe, una dama que tenía opiniones fuertes y se valía por sí misma. A medida que se acercaba el día de la boda, Michael notaba que Jermaine veía las cosas de forma distinta, a través de los ojos de Hazel. Poco a poco dejaba de ser el mejor amigo de Michael para transformarse en la pareja de Hazel. Michael sufriría profundamente esa pérdida. Él y Jermaine estaban muy unidos. Sintió que estaba perdiendo a su mejor amigo».

En verdad, también Joseph se había desencantado con Hazel cuando comprendió lo mucho que ella influía en Jermaine. Sentía que podría manipularlo y, por lo tanto, intervenir en la dinámica del grupo. Además sería los oídos de su padre. No había forma de prever qué sucedería y Joseph no podía evitar preocuparse.

En la recepción, estrellas del mundo del espectáculo como Smokey Robinson, Diana Ross, Lola Falana, Daihann Carroll y Billy Dee Williams se mezclaban con otros notables como Coretta Scott King, viuda de Martin Luther. Katherine actuó como si nada anduviera mal, aunque era muy desdichada. Aun cuando intentaba disimular, su tristeza era evidente. En cuanto los fotógrafos terminaban de sacarle fotos junto con Joseph, se apartaba de él. Michael, preocupado, le preguntó en un momento si quería un vaso de ponche. Katherine lo rechazó con la cabeza, distraída, mientras miraba fijamente a Joseph por encima de la cabeza de su hijo. «No tengo ganas de bailar, querido», le dijo. Michael la miró con ojos llenos de cariño mientras Katherine daba la vuelta y se perdía en la multitud. Aun el espectador más casual percibía su soledad.

Diana Ross se convirtió en el centro de atención, posando y acicalándose para los fotógrafos como sólo ella podía hacer.

—Yo hice que el señor Gordy se fijara en él —dijo, atrayendo a Michael a la foto —, y ahora miren dónde está. *Todo el mundo* quiere sacarse una foto con esta belleza —prosiguió—. Es increíble. —Diana cogió a Michael como si fuera un trofeo. Una mezcla de amor y orgullo le iluminó el rostro—. Y miren este traje —dijo, tirando de la solapa. Un destello de irritación cruzó el rostro de Michael.

—Sientes una enorme gratitud hacia la señorita Ross por haberte descubierto, ¿verdad, muchacho? —le preguntó un periodista.

—Oh… Sí —dijo Michael. Se preguntaba cuánto tendría que convivir con la mentira de que Diana Ross lo había «descubierto».

—Oh, ¿no es un amor? —murmuró Diana—. Sucedió que yo estaba en Gary, Indiana, y vi una función de este grupo, y me dije…

Las Vegas

Joseph Jackson siempre fue un hombre competitivo. Sin embargo, pareció serlo en mayor medida tras la boda de Jermaine, como si la nueva alianza de su hijo con Berry Gordy lo hiciera sentir un David dispuesto a ajustar cuentas con el Goliat Motown. Para causar más impacto en la industria del entretenimiento, Joseph formó su propia compañía discográfica, Ivory Tower International Records, y contrató a un cuarteto femenino de Ashtabula, Ohio, llamado M. D. L. T. Willis. La empresa y el grupo no llegarían demasiado lejos, lo cual sólo sirvió para reafirmar en Berry la idea de que Joseph era un hombre bien intencionado pero incompetente.

Sin embargo, un logro de Joseph que pareció habérsele escapado a Berry y a su mano derecha en Motown, Ewart Abner, consistió en apartar a sus hijos del estereotipo de ídolos adolescentes y posicionarlos en una hornacina más segura. Joseph advirtió que las carreras de la mayoría de los ídolos adolescentes duraban unos dos años, hasta que nuevas estrellas aparecían y los reemplazaban. Se propuso, entonces, cambiar la imagen pública de los Jackson 5 antes de que fuera demasiado tarde.

Joseph y Berry no se ponían de acuerdo sobre la situación que atravesaba en ese momento la carrera de los Jackson 5. Mientras que Joseph creía que el grupo tenía problemas, de lo cual daban prueba las ventas de sus últimos discos, Berry decía que el grupo aún era popular, y ponía como ejemplo su último sencillo, «Dancing Machine», una producción rítmica de Hal Davis.

Aunque la avalancha de la música disco comenzaba a hegemonizar la escena pop-R&B, los Jackson 5 lograron, con «Dancing Machine», mantener su originalidad y al mismo tiempo aprovechar la nueva tendencia. Un Michael brioso cantaba la letra sobre el fuerte acompañamiento coral de sus hermanos, todo al son de un ritmo contagioso. En el mundo de la música pop, los hermanos Jackson lograban mantenerse junto a otros como The Temptations, The Spinners y The Four Tops, que ya no eran ídolos, sino iguales. Los Jackson 5 se habían adelantado varios años a su tiempo y al sonido eléctrico de los ochenta: el estilo de «Dancing Machine» tiene un sonido similar al que, doce años después, se conocería como «tecno-pop».

Al llegar la adolescencia, la voz de Michael cambió. Lejos había quedado el chillido popularizado en temas como «I Want You Back», «ABC» y «The Love You Save». Fue reemplazado por un tono más claro y refinado como el que se escucha en «Dancing Machine».

«Dancing Machine» llegaría finalmente al puesto número dos del *ranking Billboard* y vendería 2.170.327 copias, la mayor cantidad de ventas de un sencillo desde «Never Can Say Goodbye». En consecuencia, para Berry todo estaba bien en el mundo de los Jackson 5. La mayoría de esas ventas, sin embargo, correspondían a Estados Unidos. En Europa la canción no tuvo tanto éxito, y en Gran Bretaña ni siquiera ingresó en los cincuenta primeros puestos del *ranking*. (Los siguientes lanzamientos de sencillos y álbumes venderían tan poco en el Reino Unido que en

adelante no losmencionaremos). A Joseph no le gustaban esas ventas tan aisladas. Se hacía imposible predecir cuándo Motown impulsaría al grupo y cuándo no lo apoyaría lo suficiente, y eso no le alegraba.

Durante el invierno de 1974, en una reunión familiar, Joseph hizo un anuncio:

—Muchachos, nos vamos a tocar a Las Vegas.

—Pero Las Vegas es el lugar donde vas cuando no tienes éxito, cuando no te queda opción —protestó Jackie.

«Mis hermanos no creían que pasar el tiempo en hoteles con gente blanca fuera divertido —recordó Michael después—. Pero yo quería tocar en Las Vegas. Para mí, ese lugar formaba parte de una tradición del mundo del espectáculo. En aquella reunión, nuestro padre nos dijo dos cosas: primero, que intentaba mostrarle al mundo que éramos tan buenos como los Osmond; después nos contó sobre Sammy Davis y todo lo que vivió para que gente como nosotros pudiera tocar en Las Vegas».

Joseph les explicó a sus hijos lo que sucedió en 1945, cuando Sammy Davis, Junior, su padre Sammy y su tío, Will Mastin, reservaron habitaciones de 500 dólares semanales en el Hotel Rancho Vegas. En aquella época, Las Vegas era la nueva Meca para el mundo del espectáculo. Sin embargo, aunque Davis estaba invitado a hacer una función en el salón de espectáculos de El Rancho, no se les permitió alojarse en el hotel por ser negros. Debieron hospedarse en una pensión junto a los porteros y los mozos de cocina negros que trabajaban en el hotel. No era algo inusual. Aun a una importante estrella como Billy Eckstine, que por entonces también trabajaba en Las Vegas, se le negaba la posibilidad de alojarse en el hotel donde actuaba. Los salones de espectáculos y casinos también restringían el acceso a clientes negros. Un negro podía entretener a los blancos, no así apostar o relacionarse con ellos.

En los años siguientes, Sammy Davis, Junior, atravesaría esas barreras en virtud de su talento y persistencia, y también con un poco de ayuda de su amigo Frank Sinatra, que utilizó su influencia para abrirle ciertas puertas a su amigo. Sammy, un integrante del Will Mastin Trio, se convirtió en una estrella solista que cobraba más de 175.000 dólares por semana en Las Vegas. Utilizando el poder que le daba su fama y negándose a aceptar un no como respuesta, el «señor Mundo del Espectáculo» jugó un papel fundamental en la lucha contra la segregación en la ciudad, de forma que los negros no sólo pudieran realizar funciones, sino también pasar las vacaciones y divertirse allí. Asistiendo a las reuniones del consejo hotelero de la ciudad y trabajando *dentro* del sistema político en lugar de contra éste, Davis también logró que a finales de los años cincuenta se contratara a más negros en el Hotel Sands, donde él trabajaba. Cuando Sammy murió en 1990, Las Vegas se oscureció durante diez minutos a modo de homenaje.

«Deseaba profundamente ser parte de esa gran tradición —dijo Michael años después, recordando su primera función en Las Vegas. Había sido admirador de

Sammy Davis desde que tenía diez años—. Era importante para mí. Significaba dar un gran paso».

La gente de Motown no se impresionó cuando finalmente se confirmó que los Jackson 5 se presentarían en el MGM Grand, el hotel más nuevo y prestigioso de la ciudad, en abril. «Si decides hacer esto, lo harás solo —le dijo Ewart Abner a Joseph —. Motown no se involucrará. Estos muchachos no están listos para Las Vegas». Más tarde, Berry llamó a Joseph por teléfono personalmente.

—Cometerán el error más grande de su carrera —aseguró.

—¡No te metas en lo que no te importa! —fue la respuesta de Joseph—. Son *mis* hijos. Las Vegas tiene una buena tradición y quiero que ellos la conozcan. Es hora de que crezcan.

—También se trata de la carrera de mi yerno. Estoy preocupado por él, por todos ellos.

Joseph colgó el teléfono.

Ciertamente, Berry comprendía el valor y el prestigio que representaba para cualquier artista una presentación exitosa en Las Vegas. Él mismo había impulsado el gran paso por Las Vegas de The Supremes en 1966, aunque sólo cuando el trío alcanzó un alto grado de sofisticación. Berry quería que los artistas de Motown captaran al público adulto, especialmente blanco. Estaba seguro de que Joseph fracasaría estrepitosamente por falta de experiencia en el tipo de requerimientos que implicaba satisfacer a ese tipo de auditorio.

«Bien, pues, dejemos que vayan a Las Vegas, si eso quieren —razonaba Berry con sus allegados. Seguía dolido por la reacción de Joseph; pocas personas le habían colgado el teléfono—. Me temo que fracasarán allí, pero tal vez Joseph aprenda una lección. Es una lástima que los muchachos tengan que sufrir por su culpa, especialmente Jermaine».

Joseph también estaba ansioso por darle una lección a Berry. Impulsada por él, toda la familia se unió para demostrar el error de Berry. «Sabíamos que Motown no creía en lo que estábamos haciendo. Mi padre quería demostrarles que se habían equivocado y mis hermanos lo respaldaban completamente. Yo tenía algunas sospechas de que Berry tenía razón», recordó más tarde Jermaine.

Para que su familia deslumbrara en Las Vegas, Joseph siguió el ejemplo de los Osmond. Para la función del Hotel Caesar, el grupo había llevado a un hermano menor, Jimmy, y una hermana menor, Marie, que fueron aclamados. Joseph reclutó a LaToya, de diecisiete años; a Randy, de doce; y a Janet, de siete (se suponía que Rebbie también participaría en la función, pero el debut se postergó hasta junio debido a un esguince en el hombro).

Ninguno de los integrantes del espectáculo de los Jackson 5 tenía un gran talento, pero sus modestas habilidades ayudaron a conformar un buen espectáculo. Por sugerencia de Katherine, Randy y Janet imitarían a Sonny y Cher, a las estrellas de *rhythm-and-blues* Mickey y Sylvia, y hasta a Janette MacDonald y Nelson Eddy.

Janet también encarnó a una bella Mae West con un vestido rosa de satén sin espalda y una boa de plumas, en una representación caracterizada como «hilarante» por *Variety*.

LaToya unió la rutina de baile tap a «Forty-second Street». Había, sin embargo, un pequeño problema con LaToya. Ella quería cantar un solo pero contaba con un talento vocal limitado. «Quería más protagonismo —recuerda un amigo suyo—. Protestaba y vociferaba, lloraba y tiraba cosas. Joseph le dijo que a lo sumo podría hacer mímica en los temas grupales, pero sin cantar. No le agradó, pero no tenía opción».

En la noche inaugural, el 7 de abril de 1974, la orquesta del MGM Grand, situada detrás de la familia Jackson, dominaba el escenario. Era el tipo de orquesta sobredimensionada que no se podría acomodar en la mayor parte de los escenarios. Un pequeño grupo de músicos —la sección rítmica de Motown— se agregó al conjunto para ayudar a recrear el sonido de los éxitos conocidos de los Jackson 5. El grupo apareció en escena entre fuegos artificiales brillantes y coloridos que atravesaron el telón azul claro, para gran asombro de la audiencia.

Pese a que durante la mayor parte de su carrera los Jackson 5 habían construido su reputación en base a la música rítmica, para su presentación en Las Vegas recurrieron a diversos estilos, como pudo comprobarse en el popurrí que presentaron la noche inaugural. La función fue distinta para ellos. En lugar de bailar, los hermanos se sentaron en banquetas altas, uno junto al otro, con micrófonos frente a ellos. El vestuario era similar al de una «banda de mariachis». La chaqueta hasta la cintura, que lucían sobre camisas blancas de cuello de palomita con volantes, se asemejaba a la que llevaban los músicos mexicanos, pero ahí terminaba la semejanza. Estos trajes tenían lentejuelas en las solapas y eran de colores atípicos: verde, calabaza, rosa, violeta y dorado. Los pantalones de campana eran color oliva, naranja, granate, lavanda y marrón. Los zapatos de charol tenían tacones anticuados de cinco centímetros.

El popurrí comenzó con Tito rasgando su guitarra. Tocó su solo en lugar de cantarlo. Lo siguió Michael con una fluida interpretación del tema «Killing Me Softly» de Roberta Flack. En el último verso, Michael se volvió hacia Jermaine, quien cantó una dulce versión de «By the Time I Get to Phoenix», de Glen Campbell. A mitad de ese número, Michael y Jermaine armonizaron el estribillo. Parecía totalmente espontáneo, sus voces se unían para crear un sonido muy natural, correcto. Ambos se volvieron hacia Jackie. Entonces, la música cambió, se oyó el clásico «Danny Boy», una excelente opción para la voz de falsete de Jackie. Cuando entró Marlon, ambos cantaron al unísono. Si bien no tenían el nivel que un momento antes habían compartido Michael y Jermaine, las dos voces —que sonaban como una— crearon un sonido sólido y claro como una campana. La serie musical terminó con el grupo intercalando sucesivamente versos de las tres canciones de la selección. Estaba claro que los hermanos habían ensayado ese arreglo hermoso e intrincado, que no

sólo permitía destacar a Michael, hasta alcanzar ese nivel. El público pudo sentir la unión entre ellos como hermanos, mucho más que como simples compañeros de banda. La ovación de pie fue larga y ruidosa.

Cuando a Michael le tocó el turno de ocupar el lugar principal, quedó claro que él era la estrella. Girando como un trompo humano en su fulgurante traje y flanqueado por sus hermanos, llevó a cabo cada número —«I Want You Back», «ABC», «The Love You Save» y todas las demás— sin esfuerzo, cambiando de ritmo una y otra vez, captando siempre la hipnotizada atención de su público, como es esencial en un artista. «Cuando comenzamos era pequeño, guapo y encantador. Ahora soy *grande*, guapo y encantador», dijo Michael durante la función. Después de cada canción se acercaba al borde del escenario y recibía ovaciones de sus fans.

La familia Jackson había dejado de lado sus diferencias para el debut en Las Vegas, y había logrado una excelente actuación. Cuando todos se cogieron de las manos y levantaron triunfantes los brazos, la audiencia explotó en un aplauso cerrado. Katherine, en el centro de la primera fila, lideraba los aplausos.

Desde el lado derecho del escenario, Joseph se mecía hacia delante y hacia atrás sobre sus talones, con las manos en los bolsillos de su chaleco y una amplia sonrisa. Salvo por la ausencia de Rebbie, esa noche constituía la realización de su mayor sueño: ver a todos sus hijos sobre el escenario actuando juntos. «Lo lograron —dijo, sin dirigirse a nadie en particular—. Lo lograron».

Cuando Berry supo que los Jackson habían triunfado en su noche inaugural en Las Vegas, envió un contingente de ejecutivos de Motown a esa ciudad para ofrecer una imagen de apoyo corporativo a la familia. «Siempre supimos que los muchachos tenían lo que hacía falta —dijo en una declaración preparada y enviada a la prensa—. Ésta es simplemente la punta del iceberg en lo que respecta al talento de los Jackson».

Después de la función de la cuarta noche, Joseph leyó el comunicado de prensa a su familia entre bastidores. Excepto Jermaine, que no hacía comentarios, todos se sentían traicionados. El triunfo de Las Vegas era mérito de Joseph, que después de leer el artículo arrojó los periódicos a un cubo de basura.

En agosto de 1974, la familia Jackson se alojó nuevamente en el Hotel MGM Grand de Las Vegas. Detrás del escenario, la situación no era menos tensa. Los álbumes salían al mercado con menos frecuencia. Mientras que antes lanzaban tres por año, en 1974 había sido solamente uno, el disco *Dancing Machine*. Los dos sencillos que salieron a final de año, «Whatever You Got I Want» y «I Am Love», no tuvieron éxito. Motown canceló luego el lanzamiento de un sencillo de Michael Jackson titulado «Doggin' Around». Una sucesión de discos sin éxito normalmente pone en su lugar a un artista descontento, especialmente si se enfrenta a un sello importante como Motown, y la familia Jackson realmente estaba perdiendo posiciones en los

rankings.

Como si los problemas comerciales no fueran suficiente distracción para los jóvenes artistas, su madre descubrió que Joseph había mantenido una relación con una admiradora de los Jackson 5 oriunda de Kansas. Era una mujer negra de veintiséis años que en principio se había sentido atraída por Jackie. Como él no demostró interés, se decidió por su padre.

Se rumoreaba que esa mujer estaba embarazada. No se hablaba abiertamente del tema; los muchachos murmuraban entre sí. Obviamente, surgía una pregunta: ¿Joseph era el padre de la criatura? La idea de que Joseph tuviera un hijo con otra mujer disgustaba tanto a Michael que apenas podía trabajar. Era, en su opinión, la más infame traición a su madre.

Después de una de las funciones en Las Vegas, Joseph convocó al grupo a una reunión para discutir algunos errores que había detectado en las presentaciones de los muchachos. En su opinión, la función debía continuar más allá de cualquier problema personal que pudiera experimentar la familia. Sin embargo, Michael decidió boicotear la reunión.

Más tarde, Joseph encontró a Michael merodeando por el casino del Hotel MGM Grand. Llamó su atención tocándole la espalda. Michael miró hacia atrás y al ver quién era continuó caminando. «¿Qué te pasa, maldita sea?», bramó Joseph e intentó alcanzarlo empujando a los clientes.

«Lo recuerdo como si fuera ayer —recuerda Steven Huck, un fan de los Jackson 5 que había ido a Las Vegas para ver la función—. Michael estaba eludiendo a su padre por todo el casino, saltando por todos lados como una liebre, tratando de dejar atrás a Joseph. “Tú me vas a escuchar”, exigió Joseph, y cogió del brazo a Michael. Yo no tenía idea de qué estaba pasando, cuál era el problema, pero no pude evitar mirarlos».

Huck recuerda que Joseph le habló a Michael suave y rápidamente al oído. Michael lo escuchaba, sin ninguna expresión en el rostro. Luego, aparentemente en medio de una oración, agitó su brazo hasta liberarse de Joseph y lo empujó hacia atrás. «No te atrevas a volver a tocarme, ¿me escuchas?», la voz de Michael podía oírse sobre el tintineo de las máquinas tragaperras. La gente que estaba cerca volvió la cabeza al reconocer al ídolo, y comenzó a murmurar. Nadie se acercó.

«Nunca soñé que Michael podría levantarle la voz a su padre ni a ninguna otra persona —afirma Huck—. Estaba dolido. Cuando gritó, se oyó un ruido extraño, como el de un animal herido».

Joseph parecía conmocionado. Padre e hijo se miraron por un momento hasta que Joseph levantó la mano derecha como si pretendiera golpearlo. No habría sido la primera vez, pero la expresión en el rostro de Michael indicaba que sería la última. Joseph quedó boquiabierto; retrocedió dos pasos. Michael corrió hacia la multitud bulliciosa y se perdió en el casino.

Pasarían años antes de que conociera la verdad sobre la aventura de su padre y sobre su media hermana, la hija oculta de Joseph.

Jackie se casa

Durante el invierno de 1974, Jackie, el hermano de veintitrés años de Michael Jackson, apareció en los titulares de los periódicos por haberse casado inesperadamente con Enid Spann. Jackie la había conocido cinco años antes en una fiesta de cumpleaños de Hazel. Enid asistía a la escuela secundaria Beverly Hills (como Hazel) y apenas tenía quince años cuando ella y Jackie, tres años mayor, se sintieron atraídos.

Ella y Jackie apenas habían comenzado a salir cuando alguien de la familia le dijo al abogado de los Jackson, Richard Arons, que ella se acercaba al joven por interés. El abogado decidió tomar medidas preventivas y se reunió con ella para explicarle que si pensaba casarse con Jackie debería firmar un acuerdo prematrimonial.

—Déjeme decirle algo. Cuando me case con Jackie Jackson (ahora creo que no sucederá jamás) si no es suficiente para él la firma del acta nupcial, no lo necesito y no lo quiero —le dijo la adolescente al abogado.

Arons estaba sorprendido por su audacia.

—Y otra cosa. En su lugar, yo me callaría, porque *es usted* el que está viviendo gracias a ellos —agregó.

Enid recuerda que estaba «totalmente disgustada» con la familia Jackson. «Y cuando le conté a mi madre lo que había sucedido, ella se enfadó. Era una maldad hacerle algo así a una quinceañera. Después de ese episodio, Jackie y yo no hicimos buenas migas. Yo pensaba que él había tenido algo que ver en aquella conversación con Richard. Finalmente, le conté la discusión entre Richard y yo. Entonces, airado, dijo: "¿Cómo te atreves a decirle eso?"».

Jackie y la veinteañera Enid se casaron en una sencilla ceremonia privada, en la habitación que él ocupaba en el Hotel MGM Grand de Las Vegas, mientras la familia cumplía allí con sus compromisos artísticos. Joseph sospechaba que Enid tenía motivos ocultos para casarse con su hijo, especialmente porque a diferencia de Dee Dee, la esposa de Tito, no quiso firmar un acuerdo prenupcial. También sentía que Enid era demasiado directa e independiente, y que traería problemas. El hecho de que Joseph le prohibiera a Jackie casarse con Enid Spann sólo sirvió para llevar al altar a su hijo mayor. Para él, unirse a una mujer con la que supuestamente pasaría el resto de su vida no era tan importante como desafiar a su padre.

Como mánager, Joseph hacía lo mejor que podía. Como padre, cometía el error de controlar demasiado a sus hijos. Y lo pagaría caro en el futuro. De alguna manera era el mismo error que Berry Gordy había cometido con muchos de los artistas de Motown, pero Joseph era padre además de mánager, y no podía distinguir dónde comenzaba un rol y terminaba el otro. Trataba a sus hijos de la misma forma que a sus socios comerciales: negociaba dando puñetazos sobre la mesa y gritando más fuerte que el resto de los presentes. Su comportamiento era intimidatorio para su mujer e hijas y castrador para sus hijos. «Michael decía que ellos solían correr por el

pasillo y dar un portazo en sus cuartos cuando oían que Joseph llegaba a casa», recuerda Jane Fonda.

La reunión privada de Michael con Berry

En enero de 1975, Motown lanzó el cuarto álbum solista de Michael Jackson, *Forever Michael*. No fue un éxito, alcanzó tan sólo el puesto 101 en los *rankings*, ocho posiciones menos que el álbum *Music and Me*, que tampoco había vendido mucho. Ninguno de los dos alcanzaría los cincuenta primeros puestos en Gran Bretaña y ambos se venderían pésimamente en el resto de Europa. «¡Se terminó! No seguirá grabando discos solistas para Gordy. ¡Ese hombre va a arruinar a Michael!», vociferó Joseph.

Joseph estaba cada vez más nervioso por la falta de promoción de Motown y la opinión de Berry, es decir, que el grupo no tenía potencial para componer o producir su propia música. Joseph comprendía que sus hijos nunca ganarían mucho dinero si no eran dueños de los derechos de autor de los temas que cantaban. Si un artista escribe su propia música, no sólo cobra derechos como intérprete, sino que cobra también unos ingresos adicionales, dado que los compositores perciben un porcentaje del precio de cada disco vendido. En aquel momento la tarifa equivalía a dos centavos adicionales por cada copia vendida, dividida a partes iguales entre compositor y editor. Por lo tanto, la cara B de una canción que vendía un millón de copias, la que raramente o nunca llegaba al espectro radiofónico, podía valer hasta veinte mil dólares. Joseph consideraba que al menos los muchachos deberían escribir los temas de las caras B. ¿Era acaso pedir demasiado?

La mayoría de los compositores de Berry estaban contratados por Jobete, su empresa editora. Por lo tanto, debían compartir sus dos centavos con Berry. Joseph quería que sus hijos abrieran su *propia* editorial para que el dinero quedara en familia. Cuanto más impulsaba la idea, más se resistía Berry.

En el pasado, Berry siempre había sido reacio a compartir el dinero que generaban los derechos editoriales de las canciones de Motown. En esa misma época, Smokey Robinson, el mejor amigo de Berry, también estaba negociando con él la posibilidad de editar sus propias canciones. Jobete también poseía los derechos de todas las canciones de Smokey que, al igual que Joseph Jackson, quería un pedazo más grande del pastel. Finalmente pudo convencer a Berry para que accediera a compartir ese dinero con Smokey. La perseverancia era la clave para lograr que Berry Gordy hiciera algo a lo que se mostraba reticente. Aunque ambos eran amigos, Smokey tuvo que soportar una gran cantidad de duras negociaciones. ¿Qué podía esperar Joseph, que ciertamente no era amigo de Berry? La conflictiva relación sugería que él y sus hijos tenían pocas posibilidades de obtener los derechos de autor de sus propios temas. Además, era Ewart Abner, otra persona que le desagradaba a

Joseph, quien por entonces manejaba prácticamente toda la sección discográfica de Motown.

Joseph había tomado una decisión: los Jackson 5 debían dejar Motown.

¿Era acaso posible? ¿Dónde estarían los Jackson si no fuera por Berry y Motown? Aún en Gary, Indiana, era quizá la respuesta.

De todas formas, si las cosas no cambiaban pronto en Motown, el futuro comercial del grupo estaría claramente en riesgo.

Aunque los integrantes no habían votado aún acerca de esa decisión, Michael dijo después que sabía que sus hermanos estarían de acuerdo con su padre. Se sentía tan descontento como el resto de la familia con lo que estaba sucediendo en Motown, pero aún sentía lealtad hacia Berry. Después de todo, en gran parte gracias a la confianza de Berry en los Jackson 5, la familia tenía la posibilidad de elegir entre otras compañías discográficas. La decisión era importante para el joven Michael y no quería que su padre, un hombre en quien no confiaba, con quien ni siquiera simpatizaba, la tomara por él.

Sus hermanos pensaban que Michael era reservado y tímido, lo cual era bastante cierto. Sin embargo, había otra dimensión de Michael, un lado que no mostraba con frecuencia: su determinación. Con respecto a su futuro en Motown, Michael Jackson, con sus dieciséis años, estaba preparado para tomar el asunto en sus propias manos. Hizo entonces una llamada telefónica: «Señor Gordy, usted y yo tenemos que hablar», fueron sus palabras.

Ninguno de los hermanos Jackson había tenido una reunión privada con Berry Gordy. Hasta aquel momento, nunca había habido motivo. Es improbable que Berry hubiera aceptado reunirse con Jackie, Marlon, Randy o Tito. Ninguno de ellos tenía la voz comercial de Michael ni su mágico talento para el espectáculo. Y Berry creía que le debía a ese adolescente la posibilidad de expresarse. Aunque le gustaba Michael, lo consideraba tímido y sumiso, una persona que difícilmente hablaba de modo frontal y directo. Es probable, por lo tanto, que estuviera intrigado por la posibilidad de una conversación privada con él.

A Michael no le importaba qué sentimientos despertaría en su padre la decisión de reunirse con Berry. De hecho, no lo consultó con él. Aún disgustado con Joseph por todo lo que le había hecho a Katherine, sin mencionar el maltrato que había propinado a sus hijos, Michael decidió por sí mismo. Su intuición le decía que las dificultades con Motown habrían podido resolverse antes si Joseph no hubiera sido tan iracundo y posesivo.

Otros integrantes del sello discográfico estaban de acuerdo con su percepción.

«Joe nunca se acostumbró a que Berry les dijera a sus hijos qué hacer. Creía que era su padre y también su jefe, y punto final. Pero Joe no era un hombre de negocios, solía fastidiar las cosas y disgustar a la gente. Nadie quería hacer negocios con él y eso repercutía negativamente no sólo en los Jackson, sino también en Berry y en Motown. Si Joe no hubiera intervenido, Berry habría encontrado una solución para

los Jackson, tal como lo hizo conmigo, con Stevie Wonder y con todos los que, sin estar conformes con Motown, de todas formas se quedaban», afirma Smokey Robinson.

Michael tampoco comentó con sus hermanos su plan de reunirse con Berry, porque estaba seguro de que intentarían hacerlo desistir. Los Jackson se enorgullecían de tener voto, aunque el de Joseph en general prevalecía. Muy probablemente, los hermanos de Michael habrían sentido que, al reunirse con Berry, él se estaba atribuyendo más poder del que le correspondía como parte del grupo.

Michael y Berry acordaron una reunión en la propiedad de Gordy en Bel Air, el 14 de mayo de 1975. «Fue una de las cosas más difíciles que he hecho en mi vida», recordaría Michael. Reuniendo el valor suficiente, puso sus cartas sobre la mesa.

—Todos estamos disconformes, señor Gordy —recuerda haber dicho—. ¿Usted realmente quiere que nos vayamos de Motown?

—Mira, Michael, alguien inteligente como tú debería saber que sin Motown los Jackson 5 aún estarían en Gary, Indiana —comenzó Berry.

Michael no se intimidó por el hecho de que Berry hubiera decidido jugar la carta de la culpa.

—Eso no responde a mi pregunta —le dijo.

Luego recordaría que se quejó ante Berry porque Motown no permitía a los Jackson 5 escribir o producir su propia música o controlar sus derechos de autor. Estaba disconforme porque le habían impedido aportar opiniones para el último álbum, *Dancing Machine*, pese a que creía tener algunas buenas canciones que podrían haberse agregado al paquete. Dijo que Gordy habría demostrado que le tenía confianza como compositor si le hubiera permitido incluir al menos una canción en el álbum.

Berry mantuvo la calma.

—Escucho decir lo mismo a mis artistas desde hace años. De todas formas, podemos solucionarlo, Michael, como lo hice con Stevie [Wonder] y Marvin [Gaye].

Había sido claro. Dijo que no quería que el grupo se fuera de Motown.

—Si pensáis que podéis estar mejor en otro lugar, entonces supongo que debéis iros. Pero no sería correcto… ni justo —añadió.

A los ojos de Michael, Berry Gordy era un héroe. Lo respetaba y admiraba la tenacidad con que había convertido a los Jackson 5 de un grupo de muchachitos oriundos de Gary, Indiana, en superestrellas internacionales. Lo consideraba una de las personas más inteligentes que había conocido y estaba asombrado por la forma en la que había hecho de Motown un éxito internacional. Escucharlo entonces decir que la familia Jackson estaba siendo injusta con él —que había trasladado al grupo a Los Ángeles, había pagado la educación de sus miembros y los había convertido en estrellas— era difícil para Michael.

—¿Qué te hace pensar que puedes componer o producir tu propio éxito? —preguntó Berry a Michael.

—Simplemente lo sé —fue la rápida respuesta de Michael.

Berry lo miró con escepticismo.

—No creo que sea suficiente.

—Bueno, ¿qué le hizo pensar a usted que lograría hacer de Motown lo que es hoy?

Berry no contestó.

—Simplemente lo *sabía*, ¿no es cierto? —lo desafió Michael.

Berry sonrió condescendiente.

«Berry movió la cabeza como si dijera "Vas a tener éxito, muchacho" —recordaba Michael. Por fin, Berry afirmó que se veía a sí mismo como una figura paterna para Michael, aunque aclaró que era importante que honrara a su verdadero padre—. Dijo que creía que yo haría lo mejor —me dijo Michael un tiempo después, recordando aquella reunión, y añadió—: Me sentí un poco mal por todo aquel asunto», especialmente cuando Berry lo abrazó mientras se retiraba, porque dentro suyo sabía que, más allá de lo que pudiera decirle a Joseph y a sus hermanos al respecto, las cartas estaban echadas y eran adversas a la permanencia de los Jackson en Motown.

—Te puedo prometer una cosa. No voy a hacer nada que te perjudique a ti o a tu familia —concluyó Berry.

Para tratarse de un adolescente, la reunión de Michael con Berry Gordy demostró una sorprendente iniciativa por su parte, así como una buena dosis de valentía. Para muchos, fue el primer indicio de su valor. Parecía comprender lo que su padre no entendía: existen ocasiones en las que es sensato reunirte con tu oponente y tratar de razonar con él. A su modo, Michael fue capaz de superar, en parte, la retórica que últimamente había prevalecido en la comunicación entre Berry y la familia Jackson. Pudo arrancarle a Berry la promesa de que no haría nada que dañara a su familia. No era poco, y además parecía una declaración honesta.

Joseph se enteró en Motown, por boca de un socio, de que Michael había visto a Berry en privado. No es difícil imaginar su furia. Cuando Michael regresó a Encino, Joseph paseaba por la sala de estar como un animal enjaulado. Michael no me contó los detalles de aquella discusión entre él y su padre, pero seguramente Joseph dejó claro que, desde su punto de vista, Michael estaba totalmente desubicado al intentar negociar con alguien como Berry Gordy. Sin embargo, era de esperar que reconociera el coraje de su hijo.

Los hermanos se disgustaron. «Michael no tenía derecho a reunirse con Berry Gordy —dijo Jackie años después—. Era injusto que hiciera las cosas a nuestras espaldas. Estábamos todos molestos con él. Y, por cierto, ¿qué había logrado?».

Tal vez Michael no había logrado mucho en relación al futuro de los Jackson 5 en Motown, pero su reunión con Berry fue un importante hito personal. Había captado la atención de Berry, cosa que su padre y sus hermanos (con excepción de Jermaine) no habían logrado. Sin embargo, su actitud lo había aislado de sus hermanos y, de allí en

adelante, ninguno de ellos vería con buenos ojos cualquier posibilidad de destacar a Michael del resto del grupo. «Michael siempre tuvo su propia idea de cómo debían ser las cosas. Pero los Jackson 5 éramos un grupo, no su proyecto personal, y él tenía solamente un voto», diría luego Marlon, que ya sentía los vientos de cambio.

La noche posterior a la reunión de Michael con Berry, Joseph convocó una reunión en el salón de la casa de Encino. Todos los hermanos debían asistir, excepto Randy y Jermaine. En aquella época, el pequeño Randy no tenía voz en los asuntos del grupo. Jermaine estaba de vacaciones con Hazel, aunque probablemente habría sido excluido de todas formas porque su familia sentía que había perdido objetividad con respecto a Motown. «Pensaban que por estar casado con Hazel no podían confiar en mí y me ocultaban cosas», dijo Jermaine más adelante.

Jackie, Tito, Marlon, Michael y Joseph votaron por unanimidad a favor de abandonar Motown. Michael dudaba, pero sabía que no era inteligente emitir el único voto en contra. ¿De qué le serviría, de todos modos?

—Tan sólo quiero que se haga con justicia, algo de todo esto no me parece justo —dijo Michael—. Berry nos convirtió en estrellas. No os olvidéis de eso.

—Mira, Berry está bien, pero se acabó —dijo uno de los hermanos—. Es hora de que comencemos a ganar dinero en serio.

—Estoy de acuerdo —dijo otro—. Es hora de irnos. Nos estamos muriendo en Motown.

—Dijo que no nos haría daño —afirmó Michael, intentando defender a Berry.

—Sí, claro —dijo Joseph sarcásticamente—. Mira, ya está —concluyó.

—Pero ¿qué pasará con Jermaine? —preguntó Michael.

—Yo me encargo de Jermaine —respondió Joseph—. ¿Qué es lo que siempre os digo, muchachos?

—En esta vida hay ganadores y perdedores —dijo Michael, repitiendo como un loro el credo de su padre—. Y ninguno de mis hijos será un perdedor jamás.

Joseph sonrió.

—Si nos quedamos en Motown, perdemos. Y no vamos a perder —concluyó.

CBS ofrece a los Jackson un trato ventajoso

Cuando la suerte estuvo echada, Joseph Jackson y su abogado, Richard Arons, comenzaron a buscar un nuevo contrato discográfico. Se reunieron primero con Atlantic Records, que tenía una larga experiencia en música rhythm-and-*blues*. Para su sorpresa, el presidente de Atlantic, Ahmet Ertegun, no manifestó entusiasmo alguno por los Jackson 5, según sus propias palabras, debido a sus inconsistentes cifras de ventas en Motown durante los últimos años. Joseph, por su parte, no tenía

interés en convencer a nadie de la popularidad de sus hijos. Ya había tenido suficiente de eso en Motown. El punto de vista de Ahmet sólo contribuyó a reafirmar la opinión de Joseph acerca del daño que Motown había provocado a la reputación de sus hijos en la industria musical.

De todos modos, Joseph estaba más interesado en la CBS Records Group, que contrataba a la mayor parte de los artistas negros a través de su subsidiaria, Epic. La CBS era reconocida por su excelente red de distribución y promoción de discos. «Hacen que Motown parezca un enano», decía Joseph.

Ron Alexenberg, presidente de Epic e, irónicamente, antiguo protegido de Ewart Abner de Motown, estaba interesado en contratar a los Jackson 5. Joseph respetaba a Alexenberg: bajo su dirección, Epic había incrementado su facturación anual de menos de diez millones a más de cien millones de dólares. Era un líder competente, que sabía tomarle el pulso a la industria discográfica y sospechaba que Berry Gordy había aprovechado tan sólo un pequeño porcentaje de todo el potencial de los Jackson.

Joseph también se sentía atraído por la rentable relación que la compañía mantenía con Kenny Gamble y Leon Huff, productores del llamado sonido Philly, que había generado millones con sus éxitos de ventas de grupos negros como los O'Jays y Three Degrees. Gamble y Huff tenían su propio sello en la CBS: Philadelphia International. Aunque Joseph creía que Philadelphia International era una subsidiaria demasiado pequeña para los Jackson 5, admiraba el compromiso de la CBS con la música negra. Pensó que tal vez algún día la compañía lo premiaría también a él permitiéndole abrir su propio sello. Veía un futuro en la CBS, no sólo para sus hijos, sino también para sí mismo.

Ron Alexenberg le dijo a Walter Yetnikoff, el presidente de CBS Records, que quería contratar a los Jackson 5 inmediatamente. Walter era escéptico sobre el asunto.

—No les ha ido muy bien en los últimos tiempos —dijo—. Y ahora, míralos. Andan en esa cosa *kitsch* de Las Vegas.

—Confía en mí —le dijo Ron—. Este grupo no está acabado. Aún no han comenzado siquiera.

Tras unas negociaciones rápidas y sencillas se llegó a un acuerdo, que Joseph llamó «un trato ventajoso». Los Jackson 5 recibirían un anticipo —conocido en la industria discográfica como «bono de contratación»— de 750.000 dólares; 500.000 dólares adicionales de un «fondo de grabación», dinero específicamente destinado a producir los álbumes del grupo. Se les garantizaba un pago de 350.000 dólares por álbum, mucho más de lo que jamás habían recibido en Motown (pero muchos millones menos que lo que cobraría Michael Jackson tan sólo cinco años después).

Todos los adelantos de la CBS debían descontarse de los derechos, equivalentes al 27 por ciento del precio de venta mayorista de los discos lanzados en Estados Unidos. En Motown, los Jackson 5 cobraban el 2,7 por ciento y con ese dinero debían reintegrar gastos, incluido el tiempo utilizado en el estudio de grabación, sobre el cual

tenían poco control.

En aquella época, en 1975, un álbum se vendía a 6,98 dólares, precio minorista, y a 3,50 dólares, precio mayorista. Por lo tanto, los Jackson recibirían de Epic 94,5 centavos por cada álbum vendido en Estados Unidos y 84 centavos por cada álbum vendido en el extranjero. En Motown, apenas llegaban a 11 centavos por álbum vendido en cualquier mercado.

El acuerdo con Epic establecía que después de alcanzar ventas por valor de 500.000 dólares, el porcentaje de derechos del grupo aumentaría hasta el 30 por ciento, es decir, aproximadamente 1,05 dólares por disco. En términos de ingresos, el nuevo trato valía quinientas veces más que el que tenían con Motown.

En la negociación surgió un inconveniente cuando Walter Yetnikoff rechazó la posibilidad de que los Jackson compusieran, produjeran e incluso eligieran todo su material. No tenía confianza en sus habilidades como compositores o productores, dado que ninguno de ellos tenía experiencia. Ron Alexenberg le aseguró a Walter que las rústicas «demos» que Joseph le había enviado, con canciones compuestas y producidas por los Jackson, dejaban ver una gran promesa. Pero no pudo convencerlo. No obstante, Joseph logró que sus hijos pudieran elegir al menos tres canciones de cada álbum, compuestas por ellos o por otro músico. Si el grupo aportaba tres buenas canciones propias, esos temas serían justamente considerados para su uso en el álbum. Esto también era más de lo que jamás habían obtenido en Motown. Sin embargo, esta última concesión no figuraba en el contrato. Era un acuerdo verbal y todo el mundo sabe que en los negocios es difícil exigir el cumplimiento de los acuerdos verbales. Aun así, al menos había diálogo sobre la posibilidad de que el grupo tuviera libertad artística. Joseph estaba seguro de que sus hijos sabrían demostrar su capacidad cuando llegara la ocasión… y luego, nunca mirarían hacia atrás.

Michael estaba sorprendido por el contrato que CBS le había ofrecido a la familia. No tenía idea de que el grupo valiera tanto y de que otras superestrellas firmaran ese tipo de contratos, con la industria discográfica. Admiró la tenacidad de su padre. De no haber sido por él, los Jackson 5 tal vez se hubiesen hundido en el abismo en Motown. «Debo admitirlo, aquél fue un acuerdo discográfico increíble. Mi padre hizo un excelente trabajo para nosotros», reconoció después Michael.

De todas formas, Michael oscilaba entre la noción de lealtad hacia Berry y la idea de un buen negocio. Decidió hablar con Diana Ross, cuya reacción fue predecible. Dijo que no tenía influencia sobre Berry en cuestiones de negocios —y no estaba mintiendo, no la tenía—, pero opinó que Michael debía escucharlo porque, como siempre, él sabía qué era lo mejor para todos sus artistas. «Simplemente creía que los chicos debían permanecer en Motown —recordaba en una entrevista en 1981—. En aquel entonces, yo era leal a Berry y sentía que ellos debían serlo también. Le dije a Michael que la lealtad era más importante que el dinero».

Seis años después, Diana Ross cambiaría de opinión con respecto a la lealtad

debida a Berry Gordy y Motown. Cuando tuvo su propio desencuentro con él y decidió comprobar su valor en otras compañías, RCA le ofreció veinte millones, mucho más de lo que Berry podía ofrecerle. Entonces pidió consejo a Smokey Robinson y recibió la misma recomendación que ella le había dado a Michael acerca de la lealtad. Sin embargo, ella sintió que no tenía opción. No tenía sentido rechazar tanto dinero: firmó con RCA.

De Joseph a Jermaine: «¡Fírmalo!»

El contrato con la CBS se redactó en un par de días. Los cuatro hermanos lo firmaron ansiosos. Pero no sabían cómo darle la noticia a Jermaine y convencerlo de que firmara también. El suegro de Jermaine, Berry Gordy, era en ese momento el enemigo, pero Joseph no ignoraba que Berry ejercía una poderosa influencia sobre su hijo. Poco antes le había prometido a Jermaine un excitante y lucrativo futuro en Motown; sospechaba que el grupo iba a abandonarlo y quería asegurarle a Jermaine un futuro en la compañía. Había confiado lo suficiente en él como para darle en matrimonio a su única hija. Joseph se enfrentaba al reto de convencer a su hijo de que sus deseos debían prevalecer sobre los de Berry. Esperó tres días antes de citar a Jermaine mientras trataba de definir una estrategia. Pronto comprendió que no había un modo sencillo de coaccionar a Jermaine para que abandonara a Berry. De todas formas, Joseph llegó a la conclusión de que no debía ser una decisión tan difícil para Jermaine. Después de todo, su padre era *él*, no Berry. Estaba seguro de que Jermaine tomaría la decisión «correcta». «Después de todo, Jermaine no es estúpido. Eso espero», dijo.

—Ven a casa esta noche —le dijo a Jermaine por teléfono—. Ven solo. No traigas a tu esposa.

«Fue entonces cuando supe que algo andaba mal —recordó Jermaine años más tarde—. Hazel tiene una personalidad muy fuerte y hace muchas preguntas. Estoy seguro de que mi padre pensó que no podría convencerme de nada si Hazel estaba allí. Tenía miedo de ir, miedo de lo que me esperaba».

Cuando Jermaine llegó a la propiedad de Encino, Joseph lo acompañó a la habitación y cerró la puerta. Los contratos estaban desplegados sobre un escritorio, con la firma de los cuatro hermanos. Había un quinto contrato sin firmar. Joseph tomó el contrato de Jermaine y se lo entregó. «Fírmalo», le ordenó. No intentó razonar con él, ni siquiera explicarle algo… sólo le dijo «fírmalo». Tal vez habría obtenido lo que esperaba si hubiera usado una pizca de sentido común. Pero su actitud fue obtusa y, por supuesto, Jermaine se negó.

—Digo que lo firmes.

—No, Joseph —dijo Jermaine—. No lo firmaré.

—Firma el maldito contrato, Jermaine.

—No lo voy a firmar.

—Piensa en el dinero —le gritó Joseph—. Verdadero dinero. ¿Piensas que Motown puede aproximarse siquiera a este trato? Mira estas cifras —dijo, mientras pasaba las hojas buscando la cláusula que establecía los términos.

—No me importa —dijo Jermaine—. No se trata de dinero.

—¿No te importa? Estás loco. Eso es lo que pasa —dijo Joseph, airado. Para entonces, ya estaba agitándole el puño a su hijo—. Firma este maldito contrato, Jermaine, o te arrepentirás. CBS dice que los Jackson 5 serán los próximos Beatles y tú sabes que para eso hemos estado trabajando.

—Diablos, no. No quiero ser ningún Beatle —dijo Jermaine—. Yo no lo firmo, Joseph. Olvídalo.

Con esa frase, conforme a lo que Jermaine recordara ante mí en una entrevista años más tarde, abandonó el cuarto y salió de la casa. Me dijo que debía decirle a Berry lo sucedido. Los Jackson realmente dejarían Motown y esa noticia no podía esperar a que llegara a su casa. Se detuvo en un teléfono público y llamó a su suegro.

—Los hermanos firmaron con CBS, Berry. No puedo creerlo pero lo han hecho. Se han ido de Motown.

Jermaine recuerda que se hizo un silencio al otro lado del teléfono. Finalmente, con voz suave y calma, Berry habló:

—¿Estás absolutamente seguro, Jermaine?

—Ya han firmado los contratos —respondió Jermaine, con voz desesperada—. Los he visto con mis propios ojos.

—Bueno. ¿Y tú? ¿Firmaste? —preguntó Berry.

—Los hermanos se van porque hay problemas en Motown —dijo Jermaine—. Pero yo quiero quedarme, Berry. Quiero ayudar a que se resuelvan estos problemas.

Tiempo después, Jermaine recordóque: «Le dije que no había firmado y queno ibaa hacerlo. Mepidió que fuera a su casa. Hablamos sobre el tema. Esa noche, Berry se convirtió en un segundo padre para mí, un padre comprensivo. “Vas camino a la cima —me dijo—. Tal vez algún día manejes Motown”. Eso era lo que quería. Quería ser el presidente de Motown. Sabía que podría hacerlo. Sabía que lo llevaba dentrode mí, aun cuando Joseph nunca lo creyera. Berry me dio confianza en que podría llegar lejos si me quedaba con él y con Motown. Yo le creí. Creía en Berry Gordy, no en Joseph Jackson».

Pese a la tremenda confusión que reinaba en la familia, el grupo aún tenía trabajo que hacer y conciertos por delante. Cuando Jermaine, unos días después, volvió a casa a ensayar para una función, él y Katherine discutieron acaloradamente sobre su decisión de no firmar el contrato de CBS. Katherine estaba enojada con él y se lo hizo saber. Jermaine le recordó que Berry Gordy había sido el hombre «que puso bistec en nuestra mesa y dientes en nuestras bocas». Katherine no podía creer lo que oía. «*Ya comíamos* bistec en Gary —le dijo enfáticamente a su hijo (en realidad, era algo bastante improbable)—. Y en cuanto a los dientes que puso en las bocas de Jackie y

Tito, recuperó su dinero cientos de veces, puedes estar seguro».

El siguiente compromiso del grupo era la Feria Musical de Nueva York en Long Island. Michael intentó actuar como un árbitro entre Jermaine y Jackie, que discutían ruidosamente sobre la cuestión Motown versus CBS. Salvo Michael, todos los hermanos estaban en contra de Jermaine. «No podían admitir que ellos irían por un camino y yo, por otro», recordaba Jermaine.

En algunos sentidos, la presión de la familia se manifestó en formas predecibles. Hazel, que casi siempre viajaba con el grupo, se había vuelto protectora con su marido, hasta tal punto que no lo perdía de vista ni un minuto. Uno de los directores de gira recuerda: «Estábamos en el vestíbulo del hotel de Long Island, divirtiéndonos, los otros hermanos y sus amigos. Cuando fui a la *suite* de Jermaine para buscarlo, Hazel dijo que no podía "salir a tocar". Me pareció extraño, insistí. Se enfadó y me dijo: "Necesita descansar. Ahora, por favor, vete. Déjalo en paz". Pregunté por qué necesitaba descansar más que el resto y Hazel continuó: "He dicho que no puede salir. Suficiente", me espetó, como si lo único que le importara fuera separar a Jermaine de su familia. Él no se presentó con el grupo hasta la noche siguiente».

Jermaine contó que antes de que el grupo partiera hacia Long Island, Berry Gordy se había reunido con él y Hazel «y nos dijo que marido y mujer deben ser leales *el uno al otro*, más que a cualquier *otra persona*. No importa si se trata de mí y Motown, o de la familia Jackson y la CBS. Lo más importante sois vosotros dos, porque como marido y mujer vivís juntos y debéis apoyar las decisiones que toméis».

Más allá de su diplomacia, Berry probablemente sabía que Jermaine no podría dejar Motown si quería seguir casado con la hija del jefe.

Después de la primera función de los Jackson 5 en la Feria Musical de Westbury, sonó el teléfono en el vestidor. Era una llamada de Berry para Jermaine.

Mientras su familia lo observaba en busca de una pista para comprender sobre qué versaba la conversación, Jermaine sostenía el auricular sin hablar demasiado. Dijo adiós, exhaló profundamente y colgó.

—Debo marcharme —anunció Jermaine.

—¿Ahora? ¡Nos vamos en media hora!

—¿Cómo te vamos a reemplazar? —lo miró Jackie, incrédulo.

—No puedo creer que nos hagas esto —agregó Tito.

Todos hablaban al mismo tiempo. La voz de Joseph destacaba entre el griterío.

—¿Estás loco? —bramó—. *Nosotros* somos tu familia. ¿Qué te pasa, Jermaine? No vas a *ningún sitio*, muchacho.

Berry le había exigido a Jermaine, de veinte años, que tomara la decisión más importante de su vida, y que lo hiciera en ese momento y en ese lugar: ¿Motown o CBS? ¿Los Jackson o los Gordy? ¿Su familia biológica o su familia política?

Por impulso o porque comprendía las consecuencias de lo que estaba a punto de hacer, Jermaine salió corriendo de los camerinos con lágrimas en los ojos. «Me voy», dijo, y cogió un coche hasta su habitación de hotel, donde hizo las maletas en unos

cinco minutos. «¿Qué está sucediendo?», quiso saber Hazel. Jermaine no podía hablar debido a sus torturantes sollozos. «Nos vamos», fue todo lo que pudo decir. Una limusina de Motown esperaba para llevar a la pareja al aeropuerto y, desde allí, de regreso a Los Ángeles.

«Estábamos sorprendidos, realmente en *shock*, absolutamente perplejos —recordaba Marlon un tiempo después—. Nos parecía estar soñando cuando pensábamos en Jermaine recibiendo esa llamada y luego abandonándonos de esa forma. En una hora comenzaría el *show*. El lugar ya estaba repleto. Michael lloraba. "Ahora no, Mike. Tenemos admiradores allí fuera. Tenemos que darnos prisa", le dije». «Puedo hacerlo, Marlon. Pero luego debemos resolver este tema. Tenemos que hacer regresar a Jermaine», dijo Michael, secándose las lágrimas.

Esa noche, los Jackson 5 irrumpieron en el escenario de la Feria Musical de Westbury con tanta euforia que nadie en el público habría podido adivinar el drama que se había desarrollado entre bastidores minutos antes. La primera responsabilidad de Michael era con su audiencia. Sólo tenía dieciséis años, pero lo sabía. Durante «Dancing Machine» lanzó el pie del micrófono, caminó por el escenario arrastrando los pies como si fuera un robot y luego realizó un giro en el preciso instante en que el pie de micro se desplomaba sobre su hombro. Luego miró al micrófono con un desdén que implicaba un insulto mortal. La multitud rugió con aprobación.

Este periodista —un adolescente por entonces— estuvo presente en aquel espectáculo, una función de los Jackson que aún recuerda con vivida claridad. Aunque Jermaine no estaba —Michael anunció que tenía gripe— fue una función vertiginosa.

En un irónico homenaje al sonido Motown, Michael recorrió el escenario como una fiera, como un lobo danzarín. «I Want You Back», «ABC», «The Love You Save», «Never Can Say Goodbye», todos los éxitos de Motown y más fueron ejecutados con gracia y, en ocasiones, con una exigente coreografía. Todo lo que hiciera falta para complacer a sus admiradores, Michael lo hacía, transformando, como siempre, sus frustraciones personales en pura energía. Cuando recibía la aprobación de su público, parecía liberarse de toda ansiedad. Una vez más estaba ante las únicas personas en las que podía confiar plenamente: sus admiradores.

El *riff* lastimero de «I'll Be There», otro éxito de los Jackson 5, sonaba aún más agridulce tal como Michael lo interpretó aquella noche. Sin ensayo previo, Marlon entró y cantó la parte que, irónicamente, le correspondía a Jermaine: «Yo seré tu fuerza —cantó—. Seguiré resistiendo». Marlon siempre había sido subestimado como cantante y nunca había tenido oportunidad de brillar, a la sombra de su hermano. Aquella noche, contra todo pronóstico, se lució. De todas formas, Jermaine habría debido ocupar su lugar en el escenario, junto a Michael. Aquello no estaba bien.

Cuando los jovencitos terminaron, los miembros del público saltaron de sus asientos. Cantaron tres bis. Más tarde, sin embargo, no hubo música, ni fiesta, ni risas

como solía suceder después de una presentación estelar. Todos volvieron a su sombrío estado de ánimo. «¿Por qué tuvo que terminar la función? —preguntó Michael a su hermano Jackie. Se lo veía descorazonado. Sus sentimientos afloraban aunque intentara ocultarlos—. Quisiera que continuara para siempre».

Me acerqué a Michael. «¿Qué le ha pasado a Jermaine? —le pregunté—. De todos modos, qué bueno ha sido el espectáculo —añadí—. Ha sido bueno de verdad. Por Dios. Todo ha sido tan, pero tan… *cool*», seguí diciendo. Si parecía un adulador, no era consciente de ello en aquel momento.

Michael aceptó mis cumplidos con una suave y triste sonrisa. «Gracias. Jermaine volverá —dijo—. Está… enfermo».

Joseph se sentó silenciosamente en un rincón. El grupo —su familia— se estaba separando y nada podía hacer. Su expresión de tristeza era conmovedora. Parecía inusualmente vulnerable desplomado en aquella silla, sacudiendo la cabeza como si dijera: «Sencillamente no lo comprendo. ¿Cómo ha podido pasar esto?».

Michael se acercó a su padre y lo observó. Apoyó la mano sobre su hombro. Hubo un momento entre ellos, un verdadero… *momento*.

De repente, Joseph se levantó. En cuestión de segundos pasó de la tristeza a la ira. «Es mi sangre la que corre por las venas de Jermaine, no la de Berry Gordy. *No la de Berry Gordy*», exclamó antes de salir del camerino dando un portazo.

¿Qué importancia tiene un nombre?

Al principio, abandonar Motown pareció más fácil de lo que Joseph alguna vez supuso. Berry Gordy no había hecho nada para evitar su partida; estaba ocupado en el negocio cinematográfico de Motown y no parecía muy afligido por el hecho de que los Jackson 5 se fueran de la empresa. En tanto pudiera conservar a Jermaine a su lado y ganar esa batalla, Berry parecía satisfecho. Como no quería tratar con Joseph, fue Ewart Abner quien se encargó de todos los asuntos relacionados con los Jackson 5 durante sus últimos días en Motown.

Pero pocos artistas se habían alejado de Motown sin al menos un poco de melodrama. Sin que Joseph lo supiera, Berry Gordy aún tenía otra sorpresa preparada para él.

La última semana de junio de 1975, el vicepresidente de Motown llamó a Joseph Jackson para lanzarle una noticia explosiva: el nombre Jackson 5 pertenecía a Motown. El grupo podía dejar el sello discográfico, pero deberían cambiarse el nombre. «Los Jackson 5» quedaría en la empresa.

—¿De qué estas hablando? Llegamos a Motown como los Jackson 5. Ése es el nombre de mi familia.

—No sé si llegaron aquí como los Jackson 5, pero tenga la seguridad de que no se Irán de Motown como los Jackson 5 —dijo Michael Roshkind.

—¿Qué diablos estás queriendo decir? —preguntó Joseph.

—Que hay unas cuarenta mil personas llamadas Jackson en este mundo —dijo Roshkind—. Convertimos en estrellas a cinco de ellas. Podemos encontrar a otras cinco si es necesario, y también a ellas podemos convertirlas en estrellas —concluyó.

—¿Por qué?, *hijo de puta* —exclamó Joseph y cortó golpeando el auricular.

Lo cierto era que la cláusula dieciséis del contrato discográfico firmado con Motown en 1968, que Joseph nunca había leído, establecía que: «Las partes acuerdan que nosotros [Motown] poseemos los derechos, el título y los intereses del nombre "Jackson 5"».

Asimismo, para asegurar la propiedad de la empresa sobre el nombre, el 30 de marzo de 1972, después de la primera serie de éxitos de los Jackson 5, Motown había registrado la marca «Jackson 5» en la Oficina de Patentes de Estados Unidos. Los nombres «Jackson Five» y «Jackson 5» también eran propiedad exclusiva de Motown Record Corporation.

Desde luego, Joseph habría podido registrar los nombres «Jackson Five», «Jackson 5» y cualquier otro nombre que quisiera conservar, si tan sólo hubiese pensado en hacerlo. Simplemente, no pasó por su cabeza. Sin embargo, registrar el nombre de sus artistas, cuando era posible, era una práctica común de Motown. La empresa había hecho lo mismo con The Supremes, The Temptations… y con muchos otros artistas durante años.

Con el disparo de esta última flecha, la partida del grupo de Motown se había transformado en algo más importante que un negocio discográfico, ahora era una batalla entre dos familias: los Jackson y los Gordy. Algunos observadores interpretaron que Berry haría todo lo posible para demostrar su poder a una siempre atenta prensa e Industria discográfica, Incluso si así impedía que los muchachos usaran su nombre. «Ése fue un golpe duro, por supuesto», me dijo Michael luego.

Michael estaba realmente Intrigado por la táctica de Berry en relación al nombre del grupo. «Jamás *pensé* en eso», dijo, como si fuera al mismo tiempo un adversario y un aprendiz de Berry. Mientras los otros hermanos observaban, esperaban y echaban humo, Michael aprendía. «Quiero saber cómo lo hizo —dijo Michael, refiriéndose al registro del nombre—. Tendré que recordar todo esto», añadió, como si estuviera recopilando información para uso futuro.

Hubo otra reunión familiar. «¿Qué haremos ahora?».

—Si Berry posee el nombre, pues posee el nombre. —Michael recuerda haber dicho—. No tenemos obligación de ser los Jackson 5, ¿de acuerdo? Podemos ser simplemente la Familia Jackson o Los Jackson.

—Tal vez no tengamos opción —dijo Joseph—. Me saca de quicio perder ese nombre. Todo el trabajo que pusimos en él.

—Y todos sabemos bien que no lo van a usar —masculló Tito—. Ya está gastado.

Tito estaba en lo cierto. Tras reclamar el nombre, Motown no tenía mucho para hacer con él salvo comercializar viejos productos del grupo.

Los Jackson se van de Motown

El lunes 30 de junio de 1975, Joseph Jackson convocó una conferencia de prensa para anunciar que el nuevo sello discográfico de la familia era CBS. Aunque todavía faltaban ocho meses para que finalizaran los contratos con Motown, Joseph parecía más ansioso que nunca por dejar la empresa. Pese a que estaba muy ocupado con Diana Ross y la postproducción de su película *Mahogany*, Berry contraatacó. El mismo día en que Joseph hizo el anuncio, Michael Roshkind le dijo a la prensa que si la CBS esperaba contratar a todos los miembros de los Jackson 5 sufrirían una decepción, sugiriendo así que Jermaine nunca abandonaría a Berry. Además, Roshkind afirmó: «No hay ninguna posibilidad de que el grupo firme con ese nombre con ninguna otra compañía. Nunca podrán reunir a los cinco miembros del grupo y nunca recuperarán el nombre de Jackson 5».

Más temprano esa misma mañana, Berry había pedido a uno de sus abogados que enviara una carta documento a Arthur Taylor, presidente de CBS Records, advirtiéndole de que era mejor para su empresa no realizar ninguna conferencia de prensa vinculada a los Jackson 5 dado que Gordy tenía derechos exclusivos para «emitir publicidad autorizada». Cuando Berry supo que Taylor pensaba ignorar la advertencia, le envió otro telegrama advirtiéndole que le convenía no referirse al grupo como los Jackson 5 en la conferencia de prensa porque Motown tenía derechos exclusivos sobre ese nombre.

La conferencia de prensa se realizó en el restaurante Raimbow Grill, ubicado en el último piso del Rockefeller Center en Manhattan. Mientras desde un salón lleno de periodistas y fotógrafos registraban el evento, once miembros de la familia Jackson fueron hacia la habitación en fila india escoltados por un publicista de la CBS. No había sonrisas. Cada Jackson ocupó su lugar en el estrado, en las diez sillas negras de respaldo alto que estaban acomodadas detrás de una mesa estrecha. Todos los miembros de la familia, con la notable ausencia de Jermaine, presentaron un frente unido para anunciar la firma del grupo con la CBS, que se haría efectiva el 10 de marzo de 1976, el día que expiraban los contratos con Motown. Joseph le había dicho a Katherine, Maureen (Rebbie), LaToya, Janet y Randy que estuvieran presentes a los efectos de mostrar solidaridad familiar.

La atmósfera era tan solemne como la de una reunión de las Naciones Unidas. Joseph —al final del estrado, contando desde la derecha—, vestido de traje oscuro de diplomático, anunció que los Jackson habían firmado con la CBS Records y cedió la palabra a otros miembros de la familia.

Jackie explicó que el grupo —refriéndose al mismo como «La Familia Jackson»— firmaba con Columbia «porque Columbia es una empresa que vende discos, y los discos son lo que realmente te hace conocido». Cuando le preguntaron si el grupo había intentado renegociar con Motown, contestó: «Sí, pero las cifras eran de juguete».

Michael, con una chaqueta de terciopelo negro y chaleco haciendo juego, no tenía mucho que decir. «Creo que la promoción será fuerte», observó dócilmente. Se lo veía torpe e incómodo, especialmente si se comparaba con la seguridad que mostraban sus hermanos. Era tristemente evidente que Michael deseaba estar en otro lugar. «Motown hizo un gran trabajo con nosotros —dijo vacilante. Joseph le disparó con los ojos. Michael captó la idea y añadió inmediatamente—: Pero ahora, las cosas serán aún mejores».

—¿Cómo afectará todo esto a su relación con Berry Gordy? —le preguntó un escritor.

Todos en el estrado miraron a Joseph esperando que respondiera. Él se encogió de hombros y forzó una débil sonrisa.

—Veremos —dijo—. Siguiente pregunta.

—¿Jermaine va a unirse al grupo?

—Sí, pero tomará su tiempo. Siguiente pregunta —dijo nuevamente Joseph.

—¿Por qué Jermaine no está aquí?

—Siguiente pregunta.

Después de la conferencia de prensa, Berry Gordy presentó una demanda contra Joseph Jackson, los Jackson 5 y la CBS, reclamando daños por cinco millones de dólares por haber firmado con la CBS antes de que el contrato con Motown hubiese expirado. Joseph respondió a la demanda reclamando que Motown le debía a la familia derechos, adelantos, impagos y gastos. Pensaba que Motown le debía dinero. Era incorrecto. Él le debía dinero *a Motown*. Porque de acuerdo con los términos de su contrato, los Jackson 5 eran responsables de los costes de todas las canciones que grababan para Motown, incluidas aquellas que no se lanzaban al mercado.

Decir que Motown había mantenido ocupados a los muchachos era poco. Michael Jackson y los Jackson 5 grabaron 469 canciones para Motown en los seis años que mediaron entre 1969 y 1975. Son alrededor de 75 canciones por año, cifra extraordinaria si se tiene en cuenta que eso no era *todo* lo que los muchachos hacían para vivir. Además de tener que aprender esas canciones antes de grabarlas, también tenían que ensayar su siempre cambiante espectáculo, salir de gira por el mundo, aparecer en diversos programas de televisión —incluidos sus propios especiales—, asistir a innumerables entrevistas, posar para incontables fotos (hay miles de fotos de los muchachos que el público nunca ha visto), y también intentar tener una vida personal más allá del mundo del espectáculo.

De aquellas 469 canciones grabadas por los Jackson 5, en realidad sólo se lanzaron al mercado 174, el 37 por ciento. Las otras 295, de acuerdo con los productores de la compañía y Berry Gordy, no estaban a la altura de los estándares de Motown. Por lo tanto, para gran disgusto del grupo, los Jackson le debían a Motown más de quinientos mil dólares por canciones que el público nunca había oído. «Eso apestaba —dijo más tarde Joseph—. Eso sí nos afectó mucho».

Michael Jackson, que cumpliría diecisiete años en agosto de 1975, se volvió

escéptico. Había empezado a tener serias dudas sobre la habilidad de Joseph como mánager de espectáculos. A su modo de ver, su padre había cometido algunos errores importantes: entregó a Jermaine, entregó el nombre del grupo y ahora debía entregar una importante suma de dinero, pagando por canciones que nunca se lanzaron. «Tal vez tendríamos que leer los contratos», dijo Michael amargamente.

Sin embargo, el hecho de sacar a los chicos de Motown y llevarlos a Epic no sería considerado como uno de los errores de Joseph en el futuro. De otro modo, probablemente Michael habría terminado como un oscuro artista del mundo del espectáculo, relegado a salones de Las Vegas, y ni siquiera allí habría tenido lugar en los escenarios importantes. Para los historiadores de la música, no hay muchas dudas: después de *Moving Violation*, los Jackson 5 se habrían estancado en Motown de forma muy similar a otros grupos que se quedaron tras sus buenos días, como The Supremes cuando Diana Ross partió en busca de mejores rumbos.

Si Joseph no hubiera hecho lo que hizo cuando lo hizo, Michael probablemente habría terminado en un espectáculo de viejas glorias con un auténtico Temptation, un par de Four Tops y la Mary Wilson de The Supremes originales. Habría llegado a los cuarenta cantando «I Want You Back» y «ABC» para ganar alguna moneda, tal como la gran Martha Reeves, que aún anda por allí cantando «Love Is like a Heatwave», tal vez no porque le guste mucho, sino porque lo necesita. Es dura la vida de los supervivientes de Motown como Martha, y no es apta para personas débiles. Ésa habría sido la vida de Michael, asimismo, si él no hubiera tenido la libertad de escribir y producir sus propias canciones. Pese a lo que algunos puedan pensar de Joseph Jackson como mánager personal, finalmente ese hombre salvó la carrera de Michael Jackson.

Los valores de la familia Jackson

Pasarían ocho meses hasta que los Jackson pudieran grabar para la CBS. Habían firmado con el nuevo sello antes de que expirara su acuerdo con Motown y debían esperar a que terminara el contrato para poder ir al estudio. Para ocupar el tiempo, Joseph consiguió un contrato con CBS-TV para una serie veraniega de variedades que sería emitida en junio de 1976.

Por aquel entonces, en las entrevistas le preguntaban muchas veces a Michael sobre Jermaine y él trataba de enfatizar que «los negocios son los negocios y la familia es la familia. Él todavía nos visita». Continuaba diciendo: «Nos hablamos, vamos a distintos lugares juntos. Eso es muy importante, porque ésa es la base de toda nuestra organización: amistad y una familia fuerte. Lo que concierne al mundo del espectáculo es importante, pero es más importante aún que la familia se mantenga unida en todo momento».

Todo aquello era una expresión del deseo de Michael. Los miembros de la familia

se estaban separando poco a poco, pese a sus deseos. Jermaine los visitaba de vez en cuando, sólo cuando Joseph no estaba. «No podía tolerar su presencia —explicaba Jermaine—. Me había hecho daño. Hasta mi madre me preguntaba qué me pasaba y cómo había podido traicionar a mi familia. Era desgarrador para mí».

Los otros hermanos aún tenían resentimiento hacia Jermaine por su decisión. «Me cortaban el teléfono. Uno de ellos me dijo una vez que ya no era un hermano. ¿Cómo podían tratarme así? Pese a todo, yo creía que éramos una familia. Era lo que predicábamos todo el tiempo. Pero cuando llegó el momento de llevarlo a la práctica, no vi que eso sucediera. Yo era un extraño».

Tal vez Jermaine al menos encontrara refugio en los brazos de su esposa, pero los otros miembros de la familia Jackson parecían estar volviéndose más antisociales, evitaban el contacto con las personas fuera de la propiedad cercada de los Jackson (por orden de Joseph) y se encerraban en su fe como testigos de Jehová (por orden de Katherine). Ninguno de los hermanos que aún vivía allí —LaToya, Marlon, Michael, Janet y Randy— parecía tener ningún vínculo importante fuera de su propia familia.

«No tengo citas —me contó LaToya en aquel entonces—. No confío en la gente. Para ser honesta, no tengo amigos. Eso no me molesta. Cuando me siento sola, leo la Biblia». Pensé que era una pena que fuera tan recelosa de los otros. También dijo que rara vez salía sin la compañía de otros miembros de la familia. No expresaba interés alguno en casarse o formar una familia propia. «Nunca traeré un hijo a una sociedad como ésta». Los hermanos Jackson parecían criados para desconfiar de todos los desconocidos. Cuando Jackie comenzó a tener problemas matrimoniales, Joseph usó la discordia como evidencia de que no se podía confiar en extraños. Enid Jackson pidió el divorcio en 1975, nueve meses después de casarse con Jackie. «¿Veis eso? —dijo Joseph a sus hijos—. Después de nueve meses, mirad el problema que Jackie tiene entre manos». (La pareja se reconcilió y permanecería casada durante nueve años más).

Luego, en enero de 1976, Marlon hizo explotar una bomba: se había escapado y casado en secreto ¡hacía cuatro meses! Mientras el grupo realizaba funciones en Las Vegas, Marlon se casó con una admiradora de Nueva Orleans llamada Carol Parker, de dieciocho años. La ceremonia se llevó a cabo el 16 de agosto de 1975. No le había confiado la novedad a ninguno de sus hermanos porque temía que se lo dijeran a Joseph. No quería pasar por lo mismo que Rebbie, Tito y Jackie habían tenido que soportar con la oposición paterna al matrimonio, y tampoco quería que Joseph y Katherine supieran que Carol no había firmado un acuerdo prematrimonial.

Michael se sentía dolido por esa boda secreta; había creído que él y sus hermanos estaban más unidos. «Compartimos todos los malos momentos, pero nunca los buenos —se quejaba—. No comprendo para nada a mi familia, no me gustan algunas de las cosas que mis hermanos le hacen a sus esposas. Nunca me voy a casar. No confío lo suficiente en nadie para hacerlo —seguía—. El matrimonio es horrible».

Cuando debería haber sentido entusiasmo por su vida y su carrera, Michael

Jackson estaba al borde de la desesperación. «La gente se hace daño una y otra vez —decía desolado. Y concluía—: Paso mucho tiempo triste. Siento que estoy en un pozo y nadie puede alcanzarme».

Perder con Motown

El voto de Michael era sólo uno entre seis en lo concerniente a las decisiones del grupo: los cinco hermanos más Joseph. Cuando Jermaine abandonó los Jackson 5, el joven Randy ocupó su lugar en la formación, aunque raramente hacía la voz principal. Marlon cantaba la mayoría de las partes que le correspondían a Jermaine y, por supuesto, el grupo nunca tocaba los éxitos solistas de Jermaine.

Pese a que obviamente Michael era el miembro más importante del grupo, la familia no quería otorgarle ninguna consideración especial. Temían que si lo valoraban en exceso, podría desarrollar confianza en sí mismo y separarse del grupo, algo verdaderamente indeseable. «No me escuchan porque tienen miedo. Creo que puedo comprenderlo. No quieren perderme. No quieren que tenga demasiado poder. Pero me vuelvo loco», decía Michael.

Cuando Joseph comprometió a los muchachos para realizar una serie televisiva en 1976, Michael dejó en claro que no quería participar. Sin embargo, quedó en minoría a la hora de los votos. *Los Jackson* era un programa de treinta minutos que duraría cuatro semanas. La familia aparecería junto a diversas celebridades como invitados estelares. El primer episodio se emitió el 16 de junio de 1976. Tal como en la presentación de la familia en Las Vegas, LaToya, Janet y Rebbie también participaron en la serie.

Era la primera vez que una familia negra protagonizaba una serie de televisión, y si el *show* obtenía un índice de audiencia decente, había posibilidades de que la CBS lo retomara en enero como un sustituto de media temporada. Michael estaba abatido. Debido a los extenuantes horarios de producción, no tenía tiempo para pulir sus rutinas y lamentaba salir al escenario sintiendo que no estaba lo suficientemente preparado. Tenía esperanzas en que el contrato no sería renovado. Lamentablemente para él, el índice de audiencia fue lo suficientemente sólido como para que la CBS decidiera hacer más episodios para ser emitidos en enero de 1977. Michael se estremeció… y luego firmó. Años después se refirió a aquella empresa como «una estúpida serie de TV. Fue una torpe jugada haber aceptado hacerla y odio cada minuto de ella».

A fin de cuentas, la intuición de Michael dio en el blanco; *los Jackson* acarreó más problemas de los que justificaba. Aparentemente, alguien de CBS-TV, probablemente un desventurado asistente del departamento de arte, utilizó accidentalmente una foto de los viejos Jackson 5 donde aparecía Jermaine en una publicidad en *TV Guide* de la serie *Los Jackson*. Tan pronto como Joseph alertó a la

CBS, la empresa retiró la publicidad y envió una carta a Motown disculpándose por el error y prometiendo que no volvería a ocurrir. Demasiado tarde. Motown utilizó la equivocación como oportunidad para ampliar su demanda original contra el grupo, elevando los daños de cinco a veinte millones de dólares. Michael Roshkind dijo que el error «ha tenido un severo efecto dañino sobre nuestra credibilidad» y «ha causado un verdadero daño económico». La acusación era exagerada; la publicidad ocupaba media página y la imagen era tan borrosa que nadie podía siquiera reconocer a Jermaine en la foto. Estaba claro que Joseph no era el único que guardaba rencores.

Joseph intentó probar que había sido tratado injustamente por Motown, renunciando incluso a su orgullo. En su testimonio admitió que aquel día fatídico en Detroit (el 26 de julio de 1968), cuando Ralph Seltzer, el abogado de Berry, le presentó el contrato, ni siquiera lo había leído antes de permitir que sus hijos lo firmaran. Ralph respaldó las palabras de Joseph, admitiendo en su declaración que «No recuerdo que ninguno de ellos [los Jackson 5 o Joseph Jackson] lo leyeran en su totalidad antes de firmarlo».

¿Por qué no lo habían hecho? «Porque el alcance de mi educación formal llega hasta el undécimo grado escolar. El contrato con Motown de 1968 fue el primer contrato discográfico que me presentaron o que he visto en mi vida». (La declaración de Joseph era falsa, dado que sus hijos habían firmado un contrato con Steeltown Records antes de firmar con Motown… Salvo que él tampoco hubiera leído aquel contrato).

Joseph debió admitir que tampoco había leído el «Acuerdo Paterno» antes de firmarlo. Allí, él se hacía responsable de que sus hijos acataran las previsiones del contrato discográfico de Motown. Lo cierto era que Joseph no había leído nada. Simplemente había firmado el contrato donde le indicaron.

Berry obtendría 600.000 dólares en concepto de daños, incluidos adelantos no cancelados y alguna indemnización por la firma del contrato con la CBS antes de la expiración oficial del contrato con Motown. También recibiría una indemnización por los daños sufridos cuando Joseph se negó a permitir que los muchachos grabaran nuevas canciones para Motown (después de saber que el grupo debía 500.000 dólares en razón de todas las otras canciones que habían grabado y no habían sido lanzadas a la venta). En total, los Jackson le pagaron a Gordy y compañía alrededor de dos millones para abandonar Motown.

Más trascendente, y tal vez más sorprendente para algunos, es que los Jackson aceptaran renunciar a los derechos que les debían en concepto de grabaciones realizadas antes del 1 de diciembre de 1979 y por futuros lanzamientos de grabaciones realizadas antes del 11 de marzo de 1976; en otras palabras, por todos sus éxitos. En compensación, Motown aceptaba contabilizar con precisión y pagar derechos por cualquier «producto nuevo», lo que incluía las grabaciones previas a 1976 que aún no habían sido lanzadas a la venta y las de cualquier álbum con «Lo mejor de…» que pudieran ofrecer en el mercado en el futuro.

En realidad, no era inusual que un artista de Motown renunciara al cobro de sus derechos a fin de resolver sus asuntos con Motown. Sin embargo, en retrospectiva, queda demostrado que a menudo era una mala decisión, una de las posibles razones de que hoy tantos ex Supremes, Marvellettes, Vandellas, Temptations y Miracles se encuentren en serios problemas financieros.

Cuando el juez falló a favor de Motown, el vicepresidente de la discográfica, Michael Roshkind, dijo: «Es un día gratificante, no por haber ganado, sino por una cuestión de principios».

Fue suficiente para que algunos de los presentes sintieran náuseas.

El primer disco de los Jackson para CBS, *The Jacksons*, se lanzó durante la primavera de 1977 con el sello Epic. El álbum implicó mucho trabajo. Se incluyeron tanto «Blues Away», una de las primeras canciones que compuso Michael, como «Style of Life», compuesta por sus hermanos. Esas dos canciones fueron coproducidas por los Jackson: por fin podían hacer aquello que Motown les había impedido. Por lo demás, los productores ejecutivos Gamble y Huff contrataron al equipo de producción (Dexter Wansel, Gene McFadden y John Whitehead), que los asistiría para seleccionar un conjunto de temas que, si bien no era innovador, era en cambio muy bueno. Michael dijo que trabajando junto a Gamble, Huff y compañía había aprendido muchísimo en lo referente a la estructuración de una melodía y a lo que él denominaba «la anatomía de una canción».

The Jacksons trajo un importante éxito para el grupo: «Enjoy Yourself», su primer sencillo en Epic. Este tema se convirtió en el mayor éxito desde «Dancing Machine», lanzado tres años antes. El sencillo escaló al puesto número seis de los *rankings* pop pero, dado que era el único éxito del álbum, *The Jacksons* llegó tan sólo al puesto número 36 en los *rankings* estadounidenses. No era fantástico. En Gran Bretaña, «Enjoy Yourself» ni siquiera llegó a los *rankings* cuando lo lanzaron. Luego fue relanzado, pero, aun así, no alcanzó un lugar entre los 400 principales. El público consumidor de discos a nivel internacional parecía confundido, tal vez porque Motown sacó su propio álbum de los Jacksons, *Joyful Jukebox Music* (una recopilación de algunas de aquellas canciones inéditas que le cobraron al grupo), en lo que parecía un vil intento de ganar dinero gracias a la publicidad que la CBS había hecho sobre el grupo. El álbum de Motown fue el primer disco de los Jackson 5 que no entró en los 200 principales en Estados Unidos y le fue aún peor en el Reino Unido. También sirvió para diluir el impacto del nuevo producto de la CBS. Como diría Michael: «Berry Gordy estaba pegando duro, por supuesto».

El resultado de *Los Jacksons* en los *rankings* de música pop fue decepcionante, pero no tan inaceptable como el del disco de Jermaine. Después de tanta angustia pública y privada acerca de la decisión correcta —permanecer junto a su padre y hermanos o quedarse con Gordy—. *My Name Is Jermaine* llegó tan sólo al puesto

número 164 de los 200 Principales. El sencillo «Let's Be Young Tonight» alcanzó el puesto 55. En Inglaterra, Jermaine pasó totalmente inadvertido para los consumidores de discos. Era una terrible vergüenza; Jermaine merecía más de Motown en términos de publicidad. Había razones para preguntarse cuáles eran las verdaderas intenciones de Motown en relación a la carrera de Jermaine. Como quedaría demostrado, sólo logró unos pocos éxitos en la compañía, nunca pudo desarrollar su potencial allí. Debió haber sido una estrella mucho mayor para Motown: había hecho todo para merecerlo.

Los Jacksons continuaron su gira sin Jermaine. Eran negocios, como de costumbre. Realizaron funciones en Memphis, Tennessee, en mayo de 1977. Durante aquella presentación, Michael había tenido que escapar por el tejado de un centro comercial Woolco porque diez mil personas que hicieron cola durante horas para entrar en la sección de discos, donde Michael había prometido firmar copias de *The Jacksons*, causaron algunos disturbios.

Sobre esa misma noche, antes del espectáculo, entre bastidores, John Seaver, que trabajaba para una empresa que promocionaba la presentación en Memphis, recuerda que: «Le mostré a Michael un articulo de *Billboard* donde decía que el álbum de Jermaine editado por Motown había sido un gran fracaso. Realicé una injusta comparación con el álbum de los Jacksons, afirmando que aquél había sido un fiasco. Al principio, Michael no dijo nada. "Oh, él va a dar un salto hacia arriba. Lo sé. Jermaine no va a dejar que esto lo desanime", comentó luego. Parecía lamentarse verdaderamente por su hermano.

«Todos los hermanos echaron un vistazo al artículo. Marlon dijo algo como "qué mal". Tito opinó que el álbum no era muy bueno, pero que Jermaine aparecería con algo mucho mejor la próxima vez. "Pase lo que pase, es nuestro hermano y no me gusta ver que algo de lo que hace no es un éxito. Lo único que prueba, creo, es que Berry no sabe lo que hace". Todos estaban de acuerdo con Tito».

Luego, Joseph entró en los camerinos.

—¿Qué estáis leyendo?

Jackie le pasó el artículo.

—Lee esto, es sobre Jermaine —dijo.

Joseph leyó la reseña rápidamente.

—Bueno, ¿sabéis?, creo que le hace justicia a Jermaine —dijo mientras arrojaba la revista sobre una mesa. Y salió. Los hermanos se miraron unos a otros levantando las cejas. Se hizo un silencio. Les costaba comprender el dolor de Joseph por la traición, sin mencionar que sentía que el aparato de Motown se había aprovechado de él. Desde luego, Joseph nunca se abría a su familia, era prácticamente imposible entenderlo. En consecuencia, nunca fue comprendido. Mientras atravesaba la puerta, Michael le lanzó una mirada fría, inquisidora.

—Qué buen padre —murmuró.

CUARTA PARTE

Tatum

Cuando Michael Jackson cumplió diecinueve años, en agosto de 1977, era uno de los artistas más conocidos de los últimos tiempos, el ídolo de muchas jóvenes. Sus hermanos a menudo aprovechaban las oportunidades sexuales que se les presentaban; Michael nunca siguió su ejemplo. Aunque buena parte de su música ha tenido siempre un lado sensual y su forma de bailar solía ser sugerente, no era un joven proclive a las aventuras sexuales.

«Me parece divertido que las chicas piensen que soy *sexy* —me dijo Michael en 1977—. Pero no me veo a mí mismo de esa manera. En verdad, es pura fantasía. Me gusta hacer feliz a mis admiradoras, por eso puedo posar o bailar de una forma que las hace pensar que soy romántico». Pero realmente la mayoría de las personas que estuvieron cerca de Michael durante su adolescencia afirman que, en aquella etapa, nunca tuvo una auténtica vida sentimental. Michael no confiaba en nadie lo suficiente para permitirle penetrar esa coraza que había construido para sí mismo. Tal vez sintiera que había sido traicionado con mucha frecuencia por personas que amaba o admiraba —su padre, sus hermanos, tal vez hasta Berry Gordy— como para permitirse una relación que lo hiciera vulnerable. Por ello, tan sólo parodió algunas «relaciones» para consumo público.

Durante la entrevista con Martin Bashir, en 2003, Michael admitió que Tatum O'Neal, que en el verano de 1977 tenía trece años, fue su primera novia. Michael y Tatum se habían conocido dos años antes en una fiesta que Paul McCartney dio a bordo del *Queen Mary*, en Long Beach, California. No volvieron a encontrarse hasta la primavera de 1978, cuando Michael vio a Tatum junto a su padre, Ryan O'Neal, en un club de Los Ángeles. Él conversaba con dos publicistas de Epic, Susan Blond y Steve Manning, cuando, según recordó más tarde, «de repente, sentí que esa mano suave apretaba la mía. Era Tatum». El hecho de que Tatum se hubiera dignado a coger la mano de Michael fue, para él, un evento colosal. «Era algo importante para mí. *Ella me tocó*».

Al día siguiente, Tatum invitó a Michael a una fiesta en la mansión del editor de *Playboy*, Hugh Hefner, en Holmby Hills. Allí miraron un vídeo de *Roots*, la prestigiosa miniserie de Alex Haley, hasta que Tatum se aburrió y le preguntó a Michael si quería meterse en el *jacuzzi* con ella.

—Es que no tengo traje de baño —dijo él.

—¿Quién necesita traje de baño? —respondió Tatum.

Michael comenzó a ruborizarse. Entonces, Tatum le pidió a uno de los asistentes de Hefner dos trajes de baño, y le dio uno a Michael.

La cabellera de Tatum era suave, rubia y caía justo sobre sus hombros. Su piel era rosada como la de un bebé y su cuerpo, bastante desarrollado para una niña que recién cumpliría catorce años hacia finales de ese año. Era casi regordeta. «Es como una muñeca sagrada», le comentó Michael a un amigo, refiriéndose a ella. Ese día,

mientras sumergidos en el agua miraban las estrellas fugaces, se contaron sus secretos.

Años más tarde se rumoreó que habían estado desnudos en el *jacuzzi*. «Oh, no estábamos desnudos —aseguró con firmeza Michael durante una entrevista—. Teníamos puestos los trajes de baño. ¿Por qué la gente tiene que encontrar algo sucio en todo?».

Tatum O'Neal había ganado un Óscar a los nueve años, representando en la película *Luna de papel* a una fumadora empedernida y malhablada, compinche de un reaccionario sureño estafador, interpretado por su padre. También ella había tenido una niñez difícil.

Nacida de la unión entre la actriz Joanna Moore y Ryan O'Neal, Tatum fue testigo de la separación de sus padres cuando tenía tres años. Durante un tiempo vivió en un rancho destartalado con un caballo decrépito, algunas gallinas muertas y una madre adicta a las drogas. A los siete años, Tatum plantaba flores dentro de un coche abandonado en el patio y preparaba el desayuno y el almuerzo para ella y su hermano menor, Griffin. Su padre tenía permiso para visitarlos los fines de semana.

«Cuando Tatum vivía con su madre, yo podía darme cuenta de cómo andaban las cosas por cómo tenía el pelo —decía Ryan—. Si parecía saludable, sabía que estaba en paz con ella misma. Cuando no era así, faltaban mechones de su cabellera. Algunas veces ella misma cogía las tijeras y se lo cortaba».

En 1972, Joanna, angustiada y al borde del colapso, decidió pedirle ayuda a su exmarido, de quien recibía 30.000 dólares al año en concepto de alimentos. Ryan pagó el tratamiento de rehabilitación y ella, como contrapartida, se resignó a que él tuviera la custodia de Tatum, de ocho años. La niña odiaba a Joanna, tanto que cuando fue a visitarla al hospital, le dio un bofetón en la cara. Michael, al conocer estos hechos, le dijo que nunca había oído una historia tan trágica.

«Mi madre es una santa —dijo Michael en 1977—. Cuando pienso en la madre de Tatum y en cuánto hizo sufrir a su hija, doy las gracias a Dios por Katherine. La gente piensa que tuve una vida dura. Pero si me comparo con Tatum… Es por eso que me gusta, porque es una superviviente».

A diferencia de Michael, cuya meta había sido convertirse en artista, Tatum fue actriz por accidente. Ryan la ayudó a obtener su primer papel protagonista ante todo para estar cerca de ella mientras trabajaba en *Luna de papel*. Cuando su hija se convirtió en una actriz profesional, Ryan O'Neal se hizo cargo de su carrera, así como Joseph Jackson lo había hecho con Michael. «Elegí *Internacional Velvet* para ella —dijo Ryan—. Ni siquiera había leído el guión. Simplemente le dije: "Vas a hacer este papel", porque sabía que era bueno».

Cuando Tatum se quejó de la manera en que su padre dirigía su vida, Michael sintió empatia hacia ella. «Sé exactamente de qué estás hablando», le dijo.

Sin embargo, Tatum también tomó algunas decisiones por cuenta propia. Por ejemplo, rechazó el rol de la joven prostituta de *Taxi Driver*, un papel que finalmente

interpretó Jodie Foster. En la audición, Tatum dijo que quería el papel del taxista; tenía doce años por aquel entonces. El productor ignoró su comentario y siguió hablando del papel de la prostituta. Finalmente, Tatum le dijo: «Francamente, creo que ese papel es poco importante. Como sabes, gané un Óscar».

«No puedo creer que le dijeras eso. Yo no habría tenido valor —le dijo Michael cuando escuchó esa historia—. Desearía ser así. Me gustaría que la gente pensara que tengo mucho coraje».

En su autobiografía, Michael escribió que Tatum fue su primer amor «después de Diana». Tatum ha afirmado, sin embargo, que su relación con Michael fue absolutamente platónica.

Acerca de la fantasía que Michael ha creado en torno a su infancia y juventud, es revelador el hecho de que todas las mujeres con quienes dice haber tenido romances, entre las que se cuentan Diana Ross y Brook Shields («Tuvimos una relación seria por algún tiempo», escribió sobre Shields en su libro), hayan negado sin excepción haber tenido intimidad con él. Después de la referencia que Michael hizo en su entrevista con Martin Bashir, afirmando que Tatum se le insinuó, ella difundió una declaración en la que decía que Michael tenía «una imaginación muy fértil». «Tatum me contó que Michael era un buen tipo pero demasiado tímido. "¿Cómo podría una mujer tener una relación con él? Cuando estamos juntos, apenas dice dos palabras. Yo sé que es virgen. Alguien tendría que hablar con él sobre el tema. Me pregunto si tiene miedo de tener relaciones sexuales. No parece muy interesado"», cuenta la actriz Sarah Jackson (no es pariente de Michael), amiga de Tatum en aquella época.

¿Por qué la gente piensa que soy gay?

La sexualidad de Michael Jackson ha sido objeto de especulaciones desde que era adolescente. Tal vez su agudo tono de voz, su timidez, su tendencia a evitar el contacto visual y esa impresión de joven que se siente incómodo en su propio pellejo hizo que algunas personas supusieran que intentaba disimular alguna cosa o que aún no podía aceptar algo de sí mismo.

Michael lidió muchos años con la prensa sensacionalista y se sintió incomprendido porque los medios trataron su vida de una manera injusta y deshonesta. Sin embargo, se disgustó por primera vez a causa de una noticia falsa cuando tenía diecinueve años. Como muchas mentiras, era estúpida: supuestamente, Michael iba a someterse a una operación de cambio de sexo para casarse con un apuesto actor llamado Clifton Davis, el autor de «Never Can Say Goodbye». La historia se difundió rápidamente a lo largo y ancho del país; muchas revistas se apresuraron a publicar la noticia.

Michael me contó que estaba en la sección musical de una tienda del sur cuando oyó esos rumores. «Una chica se acercó a mí y suplicó: "¡Por favor, dime qué no es

cierto! ¡Por favor, dímelo!”. Estaba llorando. Le pregunté: “¿De qué hablas?”. “Dime que no te vas a convertir en chica. *Dímelo*”».

—¿Dónde han dicho eso? —preguntó Michael.

—Lo leí en la revista *Jet* —respondió—. Decía que ibas a cambiar de sexo.

«Sentí que no sabía quién era yo en ese momento —recuerda Michael—. Le pedí a la chica que le dijera a sus amigas que se trataba de un estúpido rumor».

Y si bien, en efecto, era estúpido, a Michael le parecía que dondequiera que fuera oía esa historia. Por aquel entonces, nada lo perturbaba tanto como las sospechas sobre su homosexualidad. Había sido criado en una familia donde se la consideraba pecaminosa.

El rumor circuló durante meses. En una ocasión, Michael se encontraba en el Caesars Palace para ver una función de Diana Ross cuando se topó con Clifton Davis. El actor estaba entre bastidores junto a Leslie Uggams. «Yo cogía la mano de Diana, y Clifton estaba de pie junto a mí, cogido de la mano de Leslie. De pronto reparé en los fotógrafos y pensé para mis adentros: “Oh no, es la ocasión perfecta para que alguna revista retoque una foto y yo aparezca cogido de la mano con Clifton”. Tal era la paranoia que tenía a causa de aquella historia», confesó Michael.

Cuando los fotógrafos se fueron, Clifton se acercó a Michael. «¡Vaya, no te pareces a una chica!», bromeó. A Michael esa actitud no le pareció graciosa. Nunca lograría acostumbrarse a los rumores de que era un gay oculto y siempre le molestaron las preguntas acerca de su sexualidad.

—Sólo para el archivo: ¿eres o no eres gay? —le pregunté durante una entrevista en 1979.

—No, no soy gay —replicó bruscamente Michael—. La gente inventa historias sobre mi homosexualidad porque no tiene con qué entretenerse. Pero no voy a permitir que eso me afecte. No voy a tener ataques de nervios porque la gente piense que me gusta tener relaciones sexuales con hombres. No es así y punto —dijo atropelladamente—. Si permitiera que me afectara, sólo demostraría que soy poca cosa. Seguramente tengo un montón de admiradores que son gays y no me preocupa —continuó, hablando más rápido—. Ésa es su vida, y ésta es la mía. Puedes publicarlo —dijo, señalándome con el dedo índice—. ¿Qué hago para que la gente piense que soy gay? ¿Por qué creen que soy gay?

Creí que era mejor no contestar esa pregunta. Michael ya estaba suficientemente disgustado.

—¿Es por mi voz? —continuó—. ¿Es porque tengo esta voz suave? Todos en la familia tenemos voces suaves. ¿Acaso es porque no tengo un montón de novias? De verdad, no lo comprendo.

Lo cierto es que Michael nunca se habría permitido mantener relaciones homosexuales, aun si hubiera sentido algo por otros hombres. Era muy puritano, como resultado de sus antecedentes religiosos. Los testigos de Jehová creen firmemente que la destrucción del mundo es inminente y que sólo unos pocos

servidores de Dios sobrevivirán al horrible holocausto. Durante toda su juventud, Michael se preguntó si estaría entre aquellos merecedores de la salvación o, por el contrario, ardería en el fuego del infierno. Si quería ser salvado, es decir, si quería estar junto a su madre durante toda la eternidad, debería cumplir con todas las rígidas enseñanzas de su fe, que, por cierto, le prohibían ser gay. La tolerancia no era parte del credo de los testigos de Jehová. Los miembros de la congregación que no se adhieren a sus reglas y dogmas son rechazados o «deshermanados». En la adolescencia, Michael había sido educado para vivir de determinada manera. No era capaz de desafiar ese mandato.

Además, si Michael hubiera tenido alguna inclinación homosexual, habría estado demasiado acobardado como para actuar en consecuencia. Sabía que, sin importar si su pareja era hombre o mujer, mantener una relación sentimental implicaba correr el riesgo de que la otra persona diera a conocer los detalles a la prensa, dispuesta a pagar sumas astronómicas por la historia, especialmente si era sensacionalista. Pese a que algunas figuras del espectáculo que son homosexuales han revelado su verdadera condición en los últimos tiempos, en los años setenta era inimaginable. Aún hoy, muchos artistas ocultan a sus admiradores y colegas su verdadera identidad sexual porque temen el rechazo y el perjuicio que puede significar para su carrera y, consecuentemente, para su economía. Siempre pragmático con respecto al trabajo, Michael comprendía que ser gay podía dañar no sólo su carrera, sino también la relación con su familia. ¿Cómo habrían reaccionado Joseph y Katherine si hubiera anunciado que era, como dijera tantos años atrás, un «homo»? «Cuando oí por primera vez los rumores de que Michael era gay, creí que iba a perder el juicio —dijo una vez Katherine—. Él es mi hijo y yo sé la verdad. Él también sabe la verdad. Los dos hablamos sobre eso y lloramos por eso. Michael estaba muy dolido por los rumores. No es gay. Va en contra de nuestra religión». Madre e hijo lloraron a causa de esos rumores; derramaron lágrimas porque personas que ni siquiera conocían se dedicaban a murmurar.

¿Cómo habrían reaccionado sus hermanos si Michael hubiera dicho que era gay? Se hubieran disgustado. En la década de 1970 habría perjudicado a la imagen del grupo. En el nuevo milenio, públicamente le habrían brindado su apoyo pero en privado se sentirían defraudados. Tal como su madre, no tenían una mentalidad progresista. Si Michael hubiera tomado la decisión de dar a conocer su hipotética condición, la única Jackson que probablemente habría podido entenderlo es Janet, una mujer que ha vivido lo suficiente para saber que hay homosexuales en todas partes.

Además de lidiar con molestas preguntas sobre su sexualidad, Michael tenía otros problemas. Por su puesto, la mayoría de las personas atraviesan momentos difíciles en ciertas etapas de la adolescencia, pero Michael era mucho más sensible que la mayoría de los chicos de su edad, tal vez precisamente porque era objeto de observación permanente. Por ejemplo, a mediados de los años setenta tuvo acné. Su

aspecto lo avergonzaba y le resultaba extremadamente difícil exponerse al público. «Parecía tener un granito por cada glándula sebácea», recuerda. Sobre el escenario, el problema se solucionaba gracias al maquillaje y la iluminación. Fuera de él, era evidente que Michael tenía ese problema en la piel. Si lo notaban, los periodistas harían comentarios y los admiradores se desconcertarían. Michael apenas podía soportar la idea de semejante humillación.

«Inconscientemente, estaba aterrorizado —confesó—. Me generaba mucha timidez y me daba vergüenza reunirme con otras personas. El asunto arruinó mi personalidad».

Michael no se atrevía a mirar a los demás cuando les hablaba, solía mirar hacia abajo o hacia otro lado. Ni siquiera podía mirar a su madre. «No quería salir de casa, y cuando lo hacía, mantenía la cabeza gacha», recordaba Katherine. Nunca se recuperaría totalmente de los efectos psicológicos del acné. «Los cambios que le produjo se volvieron permanentes —dijo Katherine—. Dejó de ser un chico despreocupado, sociable y travieso. Se tornó más callado, serio y solitario».

Más allá del acné, Michael opinaba que no era guapo. Su piel era demasiado oscura y su nariz, demasiado ancha. Aunque su familia sabía cuál era su idea acerca de sí mismo, Joseph y los hermanos no le dieron importancia. Fuera del escenario eran un grupo alborotado y bullicioso, se gastaban bromas unos a otros, aun cuando alguno de ellos no las tolerara.

A los diecinueve años, la personalidad de Michael mostraba contrastes sorprendentes. Era un joven que podía reunir valor suficiente para reunirse con el presidente de Motown pero le temía a ese tipo de propuestas que la mayor parte de los adolescentes encuentra excitantes, tal como la posibilidad de conducir un coche. Mientras que a los dieciséis años muchos jovencitos están ansiosos por sentarse detrás del volante de un coche, a Michael, con tres años más, le aterrorizaba esa posibilidad. «No quiero, y punto —decía cuando lo presionaban—. No tengo ese deseo. Y si bien en la vida debemos hacer ciertas cosas por obligación, conducir un coche no es una de ellas. No tiene ningún atractivo especial para mí». Michael solía viajar en una limusina o en el coche de alguno de sus hermanos.

Michael tampoco se atrevía a hacer el examen para obtener el permiso de conducir. Temía que lo reconocieran y lo humillaran por no tener el carnet a su edad. En algún momento intentó que le concedieran condiciones especiales para realizar la prueba, pero el Departamento de Vehículos de Motor está acostumbrado a tratar con famosos, sus funcionarios no consideran que ninguno de ellos sea un caso especial. Para Michael fue abrumador. No podía hacerlo. «Imagina que estás en algún lugar y tu chófer se pone enfermo. Tienes que saber conducir», argumentaba su madre. Michael obtuvo su permiso de conducir a los veintitrés años, y sólo por la insistencia de Katherine.

Michael y Joseph se reúnen con CBS

La melancolía adolescente de Michael se intensificó cuando el segundo álbum de los Jacksons para la CBS, *Goin' Places*, lanzado durante el invierno de 1977, se convirtió en una gran desilusión. Pese a que su primer álbum para el nuevo sello había recibido críticas dispares y solamente había obtenido el disco de oro cuando todo el mundo esperaba el de platino, la CBS envió al grupo de regreso a Filadelfia para trabajar nuevamente con Kenny Gamble y Leon Huff. El tema que daba título al álbum, "Going Places", apenas llegó al puesto número 52 en los 100 Principales de *Billboard*; el álbum, al puesto 63 de los 200 Principales. En Gran Bretaña, llegó al puesto número 45 y permaneció en los *rankings* ¡sólo una semana! Sin embargo, los hermanos Jackson eran mucho más afortunados en Epic que Jermaine Jackson en Motown. Su álbum *Feel the Fire*, lanzado al mismo tiempo, alcanzó el puesto número 174 en Estados Unidos y le fue aún peor en Gran Bretaña y el resto de Europa. Muchos observadores de la industria creyeron entonces que Motown estaba misteriosamente decidida a arruinar la carrera de Jermaine, aun cuando estaba casado con la hija del jefe.

Para *Goin' Places*, Michael compuso un tema rítmico llamado «Different Kind of *Lady*», que se transformó en un éxito en las discotecas pero fue emitido raras veces por la radio. Otro tema compuesto por el grupo, «Do What You Wanna», no fue lanzado como sencillo. Los Jacksons no ocupaban el primer lugar en el *ranking* desde el lanzamiento de «Mama's Pearl», en 1971. Joseph estaba preocupado. Estaba dolorosamente claro que la nueva relación con CBS no daba el resultado que él había esperado.

Joseph decidió reunirse con Ron Alexenberg, el hombre de Epic que había contratado originalmente a los Jacksons, para intentar convencerlo definitivamente de que debía autorizar al grupo para componer y producir su propio material. Tal vez recordando aquel momento crítico en que por iniciativa propia Michael se había reunido con Berry Gordy, le pidió a su hijo que lo acompañara.

A Michael le sorprendió la petición de ayuda de su padre e inevitablemente sospechó acerca de sus motivos. De todos modos, aceptó acompañarlo. El futuro del grupo era tan importante que estaba dispuesto a superar —al menos momentáneamente— la aversión que sentía por su padre. Cada uno de ellos cumpliría con su papel, Joseph haría las veces de padre; Michael, de hijo.

«Aún era el Michael Jackson suave y tierno que todos creían conocer, pero ya había algo definitivamente diferente en él —dijo James Situp, pianista y director de grupo de Los Jacksons—. Quienes tenían relación cercana con él, incluyendo a su familia, lo trataban con especial consideración. El silencioso poder que estaba obteniendo me parecía asombroso. Nunca he visto que alguien tuviera tanta influencia sobre la gente sin recurrir a una actitud dura. Cuando Michael hablaba, la gente prestaba atención. Todavía perdía las votaciones, pero a regañadientes. Joseph

y sus hermanos comenzaban a darle espacio. Comencé a notar que si ellos veían un ápice de desagrado en su rostro, empezaban a preocuparse. Sin lugar a dudas, a medida que Michael crecía, las cosas cambiaban».

Como era previsible, los hermanos estaban molestos por el creciente poder de Michael. Aunque los beneficiara, no les gustaba que siempre fuera Michael quien negociara con los jefes de sus compañías discográficas.

Durante la reunión con Ron Alexenberg, Michael y Joseph le explicaron que estaban disconformes con la manera en que CBS enfocaba la carrera de los Jacksons y que era hora de que la empresa les permitiera tener control sobre un álbum. «Si tú no puedes hacerlo, deja que lo hagamos nosotros. ¿Para qué sirve que gastes más dinero en discos que no se van a vender? Permítenos trabajar en nuestro propio disco. Sólo así conseguiremos un éxito».

Aunque Michael y Joseph aún no lo sabían, el nuevo presidente de CBS Records, Walter Yetnikoff, ya había decidido librarse de los Jacksons. Desde su punto de vista, habían dejado de ser comercialmente viables: irónicamente, lo mismo había pensado en su momento Ewart Abner, de Motown.

Yetnikoff dijo que los dos discos que los Jacksons habían grabado para la CBS no eran lo suficientemente exitosos para garantizar un tercero. Bobby Colomby, más tarde jefe del área de las relaciones con artistas de Epic para la costa Oeste, recuerda: «Los directivos de CBS realmente querían rescindir el contrato con los Jacksons. Pero yo me sentía mal por esos muchachos. Me caían bien. Me dije a mí mismo: “Por Dios, si les ofrezco 100.000 dólares, los aceptarán, saldarán sus deudas y luego se quedarán fuera del negocio discográfico para siempre”».

Para Joseph y sus hijos habría sido humillante que el presidente de su nuevo sello los eliminara de su catálogo de artistas, en especial considerando las dificultades que habían debido superar para liberarse de Berry Gordy. Creo que Bobby Colomby estaba en lo cierto; ese revés probablemente habría terminado con los Jacksons y le habrían atribuido a Joseph la culpa de la desaparición del grupo.

Afortunadamente para todos, Bobby Colomby logró convencer a sus jefes de que debían dar una nueva oportunidad a los Jacksons en Epic. Los hermanos participarían más activamente en su trabajo, de modo que si fracasaban no podrían responsabilizar a nadie más que a sí mismos. Por ese motivo, cuando Michael presentó precisamente esa propuesta en la reunión, Ron Alexenberg estuvo de acuerdo. Ya estaba decidido, de todos modos, aun antes de que Joseph y Michael asistieran a aquella reunión. Sin embargo, padre e hijo necesitaban demostrar ante los ejecutivos del sello que tenían la iniciativa necesaria para llevar a cabo su proyecto más allá del respaldo de la empresa.

«Nos fue bastante bien ¿verdad, hijo?», dijo Joseph después de la reunión, enfatizando la palabra «hijo». Ambos se encontraban en un ascensor lleno de ejecutivos y empleados de CBS que salían a almorzar. Michael le sonrió a su padre con frialdad. Luego recordaría que el trayecto hacia el hotel fue «un viaje en

silencio». Al llegar, Joseph rodeó con su brazo el hombro de Michael mientras caminaban por el vestíbulo.

—Eres un ganador, Michael —le dijo—. Todos mis muchachos son ganadores. Cada uno de ellos. ¿Me entiendes?

—Te entiendo, Joseph —dijo Michael—. Te entiendo.

The wiz

En 1977, a los diecinueve años, Michael Jackson se encontró en la misma disyuntiva sobre su carrera que experimentaba su mentora, Diana Ross. Quería comenzar a tomar decisiones sobre su futuro, tal como Diana, quien había estado dominada por Berry Gordy durante diecisiete años y comenzaba a romper el dominio que él ejercía sobre ella. Diana estaba decidida a ser una actriz de cine y ansiaba conseguir una obra que pudiera protagonizar, y a la vez atribuirse la responsabilidad por haberla encontrado, a diferencia de las anteriores, *Lady Sings the Blues* y *Mahogany*, ambas descubrimientos de Motown.

Motown Productions de Berry Gordy, mediante un acuerdo de producción con Universal, había adquirido por entonces *The Wiz*, un musical basado en *El mago de Oz*, el clásico de L. Frank Baum. Era una producción exclusivamente negra que se estrenó en Broadway en enero de 1975 y logró ganar varios premios Tony.

Rob Cohen, un hombre blanco de veinticuatro años que en 1977 era directivo de Motown Productions, llevaba un tiempo intentando lanzar *The Wiz*. Según sus palabras, se suponía que el proyecto consistía en una película de bajo presupuesto con la actuación de Stephanie Mills, quien había protagonizado la obra de Broadway. Stephanie también había sido una artista de Motown, aunque su experiencia en la compañía le había resultado poco satisfactoria. Su único álbum para el sello, *For the First Time* (producido por Burt Bacharach y Hal Davis), se lanzó al mercado en 1975 y fue un desastre comercial pese a ser un excelente disco. Para ella habría sido una reivindicación aparecer en la versión cinematográfica de *The Wiz*. Sin embargo, Diana Ross decidió que *ella* quería hacer el papel de Dorotea. «Creía totalmente en Dorotea y en su búsqueda para encontrarse a sí misma. Es una historia similar a la mía», dijo Diana.

A Diana Ross la película le ofrecía una oportunidad para demostrarle a Berry que no sólo tenía talento, sino también visión creativa. Berry no estaba de acuerdo. Opinaba que darle el papel en *The Wiz* era una pésima idea, lo cual hizo que Diana se empecinara en obtenerlo. Comenzó entonces una trabajosa negociación entre Svengali y su protegida. Finalmente, Diana triunfó.

En Motown prácticamente todos estaban de acuerdo en que, a los treinta y tres años, Diana era demasiado vieja para «interpretar a la maldita Dorotea», como decía Berry. De todas formas, Berry y Rob Cohen le consiguieron un contrato de un millón

de dólares con Universal. «Quería realizar ese proyecto, y honestamente no me importaba cuánto me iban a pagar —dijo Diana en aquel entonces—. Estaba muy contenta, sin embargo, de que me pagaran lo que en ese momento de mi carrera *me correspondía* cobrar».

Después de la selección de Ross, Berry decidió delegar toda la responsabilidad del proyecto *The Wiz* en Rob Cohen. Rob contrató entonces al director Sidney Lumet, que ya había realizado *Serpico*, *Dog Day Afrternoon* y *Equus* entre otras obras, aunque nunca antes había dirigido un musical.

Sidney Lumet se proponía hacer de la película una fantasía moderna ambientada en Manhattan, rodada en lugares reales de Nueva York. Diana interpretaría el papel de una maestra de escuela de veinticuatro años, Dorotea, a quien una tormenta de nieve arrastra hacia el país de Oz. El fallecido Ted Ross y Nipsey Russell fueron contratados para interpretar al León y al Hombre de Hojalata, respectivamente. También actuaban Richard Pryor y Lena Horne. Por idea de Sidney se había contratado para el rol del Espantapájaros al cómico Jimmie Walker, conocido por su divertida interpretación del escandaloso J J. en la comedia televisiva *Good Times*. Sin embargo, Rob Cohen quería a Michael Jackson para ese papel.

«Siempre me impresionó Michael —recuerda Rob—. Me sorprendía que fuera tan refinado y, aun así, tan puro. Además, a diferencia de Jimmie, sabía cantar y la película era un musical».

Cuando Rob le sugirió a Diana que Michael podía ser adecuado para ese papel, ella estuvo de acuerdo, de todo corazón. Fue ella misma quien le hizo la propuesta a Michael. Si bien había visto la obra de Broadway media docena de veces y, por supuesto, le encantaba, Michael se mostró reticente. Sentía que Berry Gordy podría utilizar su influencia para que lo rechazaran debido a los resquemores que perduraban entre Motown y la familia Jackson. Diana le aseguró que se le daría una oportunidad justa. Algunos días después de la audición de Michael, Sidney Lumet lo llamó por teléfono a la propiedad de Encino y le dijo que había obtenido el papel.

Joseph no quería que Michael obtuviera el tipo de atención individual que una importante película le otorgaría. Su objetivo siempre había sido lograr la prosperidad de la familia mediante la unidad, nunca había alentado las individualidades. Cuando Michael grabó un disco solista para Motown, lo hizo porque pensaba que Jermaine y Jackie tendrían la misma oportunidad. (También Tito y Marlon trabajaron en proyectos solistas para Motown, aunque nunca se lanzaron los discos a la venta).

Por supuesto, Joseph era consciente de que sin la voz, la personalidad y el carisma de Michael, los Jackson serían un grupo completamente diferente, y que tal vez no serían un buen grupo, porque tampoco Jermaine estaba junto a ellos. Trabajar con sus hermanos nunca había sido un problema para Michael; siempre había tenido mentalidad de grupo. Sin embargo, había crecido y no se sentía a gusto con la modalidad democrática del grupo. Y el hecho de que todos ellos fueran tan reacios a sus aspiraciones como solista le hizo sentir que, en el fondo, actuaban de manera

egoísta.

Pese a que Joseph había intentado durante años encontrar una producción donde pudieran actuar *todos* los Jackson, los hermanos no estaban tan interesados en hacer películas como Michael. «Veo películas constantemente y me imagino cómo habrían sido si la estrella hubiera sido yo. Lo que más deseaba era convertirme en estrella de cine», aseguraba. Pero aceptar el papel de Espantapájaros no era sencillo. Tendría que desafiar a Joseph y arriesgarse a recibir la desaprobación de la familia entera. Asimismo, tendría que actuar en un ambiente desconocido. Aquel programa televisivo semanal que lamentó haber realizado no era preparación suficiente para un papel cinematográfico importante. Michael, siempre perfeccionista, se preguntaba si estaría a la altura del desafío. Finalmente, a pesar de sus dudas, decidió seguir los dictados de su corazón.

—Voy a hacer la película —le dijo a Joseph—. Espero que me apoyes.

—Bueno, si no puedo hacerte desistir, adelante. Pero no digas que no te lo advertí. Es un gran error —fue la respuesta de su padre.

Michael se disgustó.

—Tú hablas todo el tiempo de ganadores y perdedores —recuerda haberle dicho —. Y ahora me estás diciendo que no haga esto cuando yo *sé* que puedo ser un ganador.

Joseph meditó un instante antes de responder:

—Es una apuesta, Michael.

—Seguro —dijo Michael—. Es igual que todas las apuestas que tú hiciste, Joseph. Como la que hiciste cuando nos trajiste hasta aquí.

—Estás en lo cierto —dijo Joseph con una sonrisa—. Haz la película, Michael. Haz tu jugada. Eres el mejor. Pero recuerda siempre una cosa.

—¿Ganadores y perdedores? —dijo Michael, refriéndose al credo de su padre.

—No —dijo Joseph—. Recuerda que eres un miembro de esta familia y parte de un grupo musical con tus hermanos, sin importar lo que hagas. La familia, Michael, lo es todo.

Padre e hijo sonrieron. Si su relación hubiera sido distinta, tal vez se habrían abrazado. Michael levantó el pulgar en señal de aprobación y se fue rápidamente.

Los hermanos no compartieron la benevolencia de Joseph con respecto a Michael y *The Wiz*.

«A decir verdad, creimos que estaba sobrestimando su capacidad —recuerda Jackie—. No creimos que fuera adecuado para él, o bueno para el grupo. Habríamos preferido que no hiciera esa película».

Sin embargo, Michael se negó a rechazar su sueño tan sólo porque sus hermanos no lo compartieran. Era un jugador nato, aunque entonces pocos lo veían de esa manera. Entusiasmado por sus posibilidades, quería hacer esa apuesta. Rob Cohen recuerda las palabras de Michael al respecto: «Debo hacer esta película por motivos personales. Hay cosas que debo probarme a mí mismo, y a algunos otros».

The Wiz le ofrecía a Michael un momentáneo escape de la negatividad de sus hermanos varones y de su padre. En julio de 1977 se mudó a Nueva York para comenzar el rodaje la película. Le pidió a LaToya que lo acompañara. Ambos se alojaron en un exclusivo apartamento de 2.000 dólares al mes en el piso 37 del costoso Sutton Place de Manhattan. Por primera vez pasarían varios meses lejos del resto de la familia. A Katherine le inquietaba el hecho de que sus hijos estuvieran lejos y tuvieran que arreglárselas solos, pero «saber que LaToya estaba allí era lo más parecido posible a que yo misma lo acompañara. Por aquel entonces éramos muy parecidas».

A LaToya estar lejos de la familia le provocó una enorme ansiedad que calmaba comiendo chocolate. «Mientras estuvo en Nueva York, comía chocolate todo el tiempo. Se volvió adicta. Me dijo que incluso tomaba cacao Hershey's con agua, tan aguda era su adicción. Cuando regresó, había engordado diez kilos», dijo Susie Jackson.

Si bien a LaToya le angustiaba estar lejos de casa, Michael disfrutaba de su nueva independencia. «No era como ese Michael Jackson raro del que se habla hoy en día —recuerda Rob Cohen—. En aquella época era muy divertido: lo pasamos muy bien. Él, LaToya, yo y otras personas vinculadas al proyecto solíamos ir a bailar todas las noches. Por aquel entonces no tenía miedo de estar en público. Se lo veía tan entusiasmado como un niño en un parque. Lo único que tenía en mente era trabajar durante el día (nunca he visto a nadie trabajar tan duro, salvo, tal vez, a Diana Ross) y divertirse durante la noche».

La filmación de esa película de 24 millones de dólares, una de las más caras producidas hasta entonces, se llevó a cabo en los estudios Astoria entre el 3 de octubre y el 30 de diciembre de 1977. El trabajo era exigente. Seis días a la semana. Michael se despertaba a las cuatro de la mañana para salir hacia el estudio alrededor de las cinco y media. Siguiendo las instrucciones de su madre, LaToya preparaba bien temprano un desayuno para su hermano, por lo general consistente en zumo de naranja, tocino, tostadas con manteca, té de hierbas y avena. La maquilladora Stan Wilson necesitaba cinco horas para aplicar el maquillaje que usaba Michael en su papel del Espantapájaros.

«Me encantaba —me dijo Michael cuando terminó de filmar la película—. Era el Espantapájaros desde que me ponían el maquillaje hasta que me lo quitaban, cosa que odiaba». A veces incluso volvía a su casa con el maquillaje puesto. Decía que era una excelente cobertura para su acné. Una vez maquillado, con su nariz falsa y su temible peluca de estropajo, Michael podía salir sin que lo reconocieran y, por supuesto, llamaba más la atención con ese disfraz que con su aspecto habitual.

«Manhattan estaba llena de emociones para Michael —recuerda Rob Cohen—. Conoció a Jacqueline Onassis en el restaurante Rainbow Grill. Durante varios días no dejó de hablar de su *glamour* y su sofisticación y confesó que desearía conocerla mejor algún día. Conoció a Caroline y John Kennedy en el torneo de tenis Robert

Kennedy. Hacía más vida social entonces que años después, a veces junto a Diana».

En verdad, hubo un poco de tensión entre Michael y Diana durante la filmación. En julio, el elenco comenzó a ensayar los números musicales en el Hotel St. George de Brooklyn. Michael era un bailarín perfecto, no así Diana. Él podía recordar la coreografía de inmediato y ejecutar los pasos con precisión. Diana tenía que ensayar durante horas y, aun así, tenía algunos problemas con la coreografía. Durante un ensayo en particular, Diana apartó a Michael y le dijo:

—Me estás humillando.

—¿Qué dices? —preguntó Michael. Su sorpresa era auténtica.

—Aprendes los pasos demasiado rápido.

«Estaba conmocionado —me dijo Michael—. No quería avergonzarla y preferí simular que dudaba en la coreografía para que se sintiera mejor».

Para Michael, *The Wiz* y su relación con Diana sólo fueron motivo de recuerdos felices. «Ella entraba en mi camerino todos los días y me preguntaba qué podía hacer para que me sintiera más cómodo. Era como una madre para mí. La quiero mucho».

Una amiga de Michael, Theresa Gonsalves (por aquel entonces tenía diecinueve años y había conocido a Michael en Las Vegas, cuando fue a ver a los Jackson 5 para festejar su decimosexto cumpleaños), lo llamó por teléfono para decirle que viajaría a Nueva York. Hicieron planes para encontrarse allí.

«Cuando llegué al edificio, el portero me indicó que subiera —recuerda Theresa —. LaToya abrió la puerta. Estaba irritada. “Michael no *me* dijo que vosotros dos habíais hecho planes”, me dijo. Aparentemente, él tenía que consultarla antes de hacer planes y no lo había hecho.

»Le pregunté a LaToya dónde estaba y me dijo que lo encontraría en la cocina, horneando galletitas con trocitos de chocolate. Mientras Michael y yo conversábamos y comíamos las galletitas, eché una mirada a mi alrededor. La *suite* tenía un balcón. Michael disfrutaba colgándose de él como si se dispusiera a saltar. Le encantaba hacerse el tonto para molestar a su hermana. LaToya tenía el más maravilloso de los cuartos, un lugar de ensueño con una cama enorme y un espejo justo encima de ella, un ático propio de una estrella. El cuarto que ocupaba Michael era pequeño y simple, con una cama individual y un escritorio. Me pregunté por qué a él le correspondía ese lugar tan modesto».

Un día, Michael volvió muy entusiasmado por una nueva estructura que habían construido en el estudio para su personaje. «Sígueme», le dijo a Theresa. Ella lo siguió a su sencilla habitación. Cuando ambos se sentaron a la mesa, comenzó a mostrarle un álbum con fotos del rodaje.

—¿Qué te parece? Genial, ¿verdad? —le preguntó Michael.

—Sí, eres muy afortunado.

Michael cerró el libro y miró a Theresa a los ojos, pensativo. Inclinó la cabeza y

se acercó torpemente a ella. En ese momento, LaToya entró en la habitación.

—¿Qué sucede aquí? —quiso saber. Michael se hecho nerviosamente hacia atrás.

—Bueno, yo mmm… —tartamudeó.

Años más tarde, recordaría Theresa: «¡Cuánto deseaba que me besara! Y sé que lo habría hecho si LaToya no nos hubiera sorprendido».

Una cita con el destino

Desde que terminó la filmación de *The Wiz* hasta su lanzamiento, los Jacksons volvieron a sus actividades habituales. Sin embargo, Michael sentía algo diferente en relación a su familia y a su carrera. Satisfecho con su trabajo en Nueva York y habiendo sido elogiado por personas cuya opinión le importaba, sentía una nueva confianza en sí mismo como artista. Quería comenzar cuanto antes su trabajo para el disco solista que Epic le había prometido, a pesar de que el resto de la familia Jackson quería concentrarse en el tercer álbum grupal de los Jacksons para el sello. La familia ganó otra vez.

El grupo se dirigió al estudio para grabar *Destiny*, el primer álbum de los Jacksons que, según se dice, fue compuesto y producido por el grupo. Aunque efectivamente los Jacksons compusieron todas las canciones menos una, los productores ejecutivos Bobby Colomby y Mike Atkinson hicieron casi todo el trabajo de producción. Cuando surgieron desacuerdos sobre el reconocimiento que merecían, Michael fue el único de los hermanos que estuvo a favor de premiar la labor de Colomby y Atkinson como productores ejecutivos.

Destiny era, con diferencia, el disco más emocionante de los Jacksons hasta la fecha, incluyendo todos los que hicieron en Motown. Por primera vez el grupo logró una estructura coherente. No había canciones «de relleno»; cada uno de los temas era digno de estar allí.

Más aún, la voz de Michael nunca había sonado tan bien como en aquel disco. En su interpretación de la balada de ensueño «Push Me Away», con su orquestación y su entusiasta melodía, no se percibe preocupación o esfuerzo. Sin embargo, al escucharla con más cuidado, es obvio que su empeño es marcadamente medido y preciso, que sabía exactamente cómo poner su mente al servicio del espíritu de la canción para lograr la textura adecuada. Como resultado de años en el estudio y frente al público, y de un amor genuino por el canto, se había convertido en un intérprete intuitivamente brillante.

Aunque el altisonante estilo pop de “Blame It on the Boogie” (un sencillo que ni siquiera ingresaría en los 40 Principales de Estados Unidos, aunque se contaría entre los 10 Principales en Gran Bretaña) no era un buen comienzo, a *Destiny* le iría mucho mejor que a *Goin' Places*. La verdadera atracción era el hipnotizante tema titulado «Shake Your Body (Down to the Ground)», escrito por Michael y Randy. Lanzado en

febrero de 1979, fue el mayor éxito del álbum. Llegó al puesto número siete en los *rankings* de música pop y vendió dos millones de copias a nivel global. «Shake Your Body» encarnaba la tendencia disco de la época, con la chispeante voz de Michael, el coro de sus hermanos y un persistente acompañamiento rítmico. Aún hoy, muchos críticos musicales lo consideran el disco perfecto de música dance y uno de los mejores trabajos de los Jacksons.

Los hermanos Jackson —Jackie, de veintisiete años; Tito, de veinticinco; Marlon, de veintiuno; Michael, de veinte; y Randy, de dieciséis— concedieron muchas entrevistas a la prensa para hablar sobre su nuevo material, enfatizando a menudo que componían canciones desde hacía años, pero *Destiny* era su primera oportunidad de construir un disco con sus propias composiciones. Habían abandonado Motown para hacer justamente eso y tenían buenos motivos para sentirse victoriosos. Su capacidad para componer canciones ya no sería puesta en duda; la habían demostrado con *Destiny*. Sin embargo, los hermanos todavía eran incapaces de hablar de su propia música con autoridad. Por el contrario, eran ambiguos en sus comentarios y se limitaban a lugares comunes sobre lo «maravilloso» que había sido componer y producir su propia música. Debido a que Motown los había adiestrado precozmente para decir sólo lo que se les pedía, cuando pudieron expresarse con libertad ante la prensa, no supieron cómo hacerlo.

Fui uno de los periodistas que habló con los Jacksons mientras promocionaban *Destiny*. Los había entrevistado muchas veces, sabía que no debía profundizar en una discusión sobre música. No obstante, aquel día de agosto de 1978 fue memorable, no tanto por lo que dijeron sobre su trabajo, sino por la relación que mantenían entre ellos.

Cuando llegué a la propiedad de los Jacksons en Encino con mi fotógrafo, la puerta de hierro negro forjado se abrió para que entráramos con el coche hasta el lugar donde se aparcaban varios Cadillac, Rolls-Royce y Mercedes-Benz. Tres perros guardianes se arrojaron contra el cerco al que estaban encadenados, al final del camino. Sus ladridos feroces contrastaban con los gritos agudos de tres grandes pavos reales que estaban en un corral cercano.

Miré a mi alrededor: vi el cartel JACKSON 5 BOULEVARD en el tronco de un árbol. Recordé que un año antes había sido invitado a una barbacoa durante la cual Michael y Jermaine clavaron orgullosos en aquel árbol el cartel que habían hecho para ellos el Día de los Jackson 5 en Gary. A mi izquierda se extendía el campo de juego desde cuyos extremos otros periodistas y yo, junto a Michael, Janet y LaToya, vimos jugar al baloncesto a los hermanos con los miembros de The Temptations. Cuando miré hacia la casa de dos pisos, noté que cuatro personas me observaban: Michael, LaToya, Randy y Katherine apretaban sus rostros solemnes contra los cristales, casi como prisioneros en una cárcel.

LaToya, de veinte años, nos abrió la puerta. Se la veía fresca y joven, vestida con ropa de tenis blanca. Cuando Michael se acercó, segundos después, ella pidió

disculpas, salió rápidamente, se subió a un Mercedes rojo descapotable y arrancó haciendo sonar los frenos.

«Me alegra que hayas podido venir —dijo Michael mientras nos dábamos la mano—. Es bueno verte de nuevo». Llevaba una camiseta amarilla de *Tiburón*, unos vaqueros blancos y un sombrero de safari que no llegaba a cubrir su cabellera afro. Estaba descalzo. Hablaba en un extraño falsete susurrado que parecía aún más suave que en nuestra última conversación. Faltaba exactamente una semana para que cumpliera los veinte años.

Michael nos guió hacia el cuarto de estar. Un enorme loro amarillo y verde, posado en una cornisa fuera de la ventana, comía cacahuetes. Una cacatúa roja, azul y amarilla nos miraba con recelo desde otra ventana. Dejó escapar un chillido ensordecedor cuando nos sentamos.

—¿No les ofreces limonada a tus amigos? —le preguntó Katherine a Michael cuando entró en la sala. Aunque cojeaba, entró con un aplomo y un porte que sólo podría ser descrito como majestuoso. Tenía cuarenta y nueve años.

—Oh, perdón —murmuró Michael, y salió corriendo hacia la cocina, dándome la oportunidad de conversar con Katherine mientras el fotógrafo preparaba su equipo.

La decoración de la sala combinaba amarillos claros, verdes suaves y blanco salpicado con rosa. Era un poco chillona. Katherine me dijo que había diseñado los motivos ella misma —lo había aprendido en un curso de diseño de interiores— y se estaba preparando para redecorar su cocina. Mencionó que la comida favorita de Michael eran en aquel entonces las manzanas asadas y el pastel de batatas.

—Últimamente, no logro que coma *nada*, por mucho que lo intento —dijo consternada—. Comerá cuando tenga hambre, supongo. ¿Has notado lo delgado que está? Me preocupa.

Miré el entorno.

—Estos últimos años seguramente han sido buenos —observé—. ¿Los mejores de su vida, tal vez?

—En realidad, no —me contestó—. Los mejores años fueron en Gary —dijo, con ojos reflexivos—. Teníamos una habitación para los muchachos y todos dormían juntos en literas triples. Antes de irse a dormir, solía cantarles canciones folclóricas. Siempre quise ser una estrella de música *country*, pero ¿a quién se le habría ocurrido entonces que podía existir una cantante negra de música *country*?

Katherine se levantó y caminó hacia un pequeño y antiguo escritorio que se encontraba en un rincón. Abrió un cajón y cogió una fotografía.

—Éramos muy felices —dijo, mostrándome una foto muy deteriorada donde se veía a la familia entera en Gary, posando frente a la casa de Jackson Street—. Daría todo lo que ahora tenemos a cambio de uno sólo de aquellos días en Gary, cuando todo era más simple. Desde que llegamos a California, he dicho muchas veces que «desearía que las cosas fueran como solían ser en Gary». Nunca ha sido así. Todo es distinto ahora —añadió, señalando la foto.

Michael volvió a la sala con dos vasos de limonada. Después de darnos uno a mí y otro al fotógrafo, se sentó en la posición del loto en una silla. Katherine se retiró amablemente.

Durante nuestra entrevista, que duró dos horas, Michael compartió sus ideas sobre un amplio abanico de temas. «No sé mucho de política —admitió en un momento—. Alguien me dijo hace poco que Gerald Ford era el presidente —comentó y rió entre dientes. Estaba de buen humor, no era la superestrella tímida y solitaria en la que se convertiría pocos años después. Me reí con él, pensando que era una broma, pero él hablaba en serio—. Recuerdo que era vicepresidente —continuó Michael, pensativo —. *De eso* me acuerdo. Pero ¿presidente? Ésa me la perdí», agregó encogiéndose de hombros.

Sorprendido por su desinformación, le pregunté:

—¿Cómo te mantienes al tanto de los acontecimientos actuales? ¿Lees los periódicos, miras la televisión?

—Miro los dibujos animados —me dijo y se le iluminaron los ojos—. Me encantan los dibujos animados. Me encanta Disney. El reino mágico. Disneylandia. Es un lugar completamente mágico. Walt Disney era un soñador, como yo. E hizo que sus sueños se hicieran realidad, como yo. Eso espero.

—¿Qué sabes de lo que sucede en la actualidad?

Michael me miró inexpresivo.

—¿Lees la prensa? —le pregunté.

Él meneó la cabeza.

—Me encanta el mundo del espectáculo. Escucho música todo el tiempo. Veo películas viejas. Las de Fred Astaire. Me encanta Gene Kelly. Y Sammy (Davis). Podría pasar todo el día viendo a esos tipos, veinticuatro horas al día. Eso es lo que más me gusta.

Hablamos un rato sobre películas viejas y sobre su participación en *The Wiz*. Luego le pregunté cuál era, en su opinión, su reto profesional más importante.

—Superar lo que Joseph espera de mí.

—¿Superar lo que tu padre espera de ti es un reto *profesional*? —le pregunté.

Michael reflexionó sobre mi pregunta.

—Sí, un reto profesional —afirmó.

—¿Cuáles son tus retos personales?

—Los retos personales y los profesionales son lo mismo para mí —dijo incómodo —. Tan sólo quiero entretener. Cuando yo estaba en segundo grado, la maestra me preguntó qué deseaba. Pedí una mansión, la paz mundial y ser capaz de entretener… ¿Podemos hablar de otra cosa?

—¿Tienes algún amigo en quien realmente puedas confiar?

Michael se retorció.

—En verdad, no. Soy bastante solitario.

—¿Qué es Tatum para ti? —le pregunté.

—Es buena —dijo, después de pensar un momento—. Se alegró cuando conseguí un papel en *The Wiz*. Ryan y ella estaban de mi parte, ayudándome a aprender el guión. Tatum me entiende. Me va a enseñar a conducir. Me presenta a gente famosa, muy *famosa*.

—¿Algún otro amigo?

—Bueno, sí, tengo una amiga —dijo—. Una amiga muy querida y cercana a quien puedo contarle mis secretos más profundos y oscuros porque no se lo dirá a nadie. Su nombre es… —Después de una pausa dramática, Michael dijo—: La señorita Diana Ross.

—¿Tienes secretos profundos y oscuros?

Michael rio.

—*Todo el mundo* tiene secretos oscuros y profundos.

En ese momento llegaron Jackie, Tito, Marlon y Randy. Hablamos sobre el éxito del grupo en Motown y sobre la histeria fantástica que generó su fama.

—Una vez, en una tienda de discos en San Francisco, aparecieron más de mil niños —dijo Michael en voz baja—. Se apoyaron en una vitrina hasta romperla. Un gran pedazo de cristal calló sobre una chica. Y la *degolló*. —Michael cruzó rápidamente su dedo índice por su cuello.

—Michael, no hagas eso. Es horrible —dijo Randy.

Michael ignoró a su hermano menor y continuó con la historia.

—Simplemente la degolló. Y recuerdo que había sangre por todas partes. Por Dios, mucha sangre. Ella se cogía la garganta mientras sangraba y todos la ignoraban. ¿Por qué? Porque *yo* estaba allí y ellos querían llegar a *mí* y conseguir *mi* autógrafo. —Michael suspiró—. Me pregunto qué fue de esa chica.

—Tal vez murió —murmuró Tito secamente.

Los admiradores eran una bendición y una maldición.

—Tenemos estos tres perros guardianes. Uno se llama Pesado; el otro, Chica Negra, y el tercero, no tiene nombre —dijo Michael—. *Tenemos* que tenerlos —insistió—. Una vez, una señorita saltó el portón, entró en la casa y se sentó en el vestíbulo. Cuando llegamos, ella nos miró. ¿Qué fue lo que dijo? —preguntó Michael, mirando a Marlon.

—Estoy aquí porque me envió Dios —recordó Marlon.

—Dios la envió —repitió Michael.

Jackie rio.

—Sí, Dios la envió a sentarse en el vestíbulo de los Jackson 5 y esperar a que llegaran para obtener su autógrafo y tal vez una foto con ellos. Cumplía una misión divina.

—Y otra vez, una familia entera se las ingenió para entrar en la propiedad y recorrer la casa —continuó Michael—. Miraron todas nuestras cosas, las más *privadas*. Y Janet estaba aquí completamente sola. Fue inquietante. En ocasiones, los admiradores hacen preguntas extrañas. No creen que seas real. Una vez, una

admiradora me hizo la pegunta más vergonzosa delante de todo el mundo. Me preguntó: «¿Vas al baño?». Fue embarazoso.

A media entrevista, las bromas agradables entre los hermanos se tornaron desagradables: alguien trajo a colación el tema de los apodos.

—Mike tiene un apodo —comentó Jackie, con ojos bromistas—. Es un buen apodo.

La cara sonriente de Michael se volvió seria.

—No lo hagas, Jackie —le advirtió. Y miró para otro lado.

—Lo llamamos…

—Por favor, muchachos —suplicó Michael.

—Narizotas —terminó Jackie.

Los hermanos intercambiaron sonrisas cómplices. Michael se revolvió en su silla.

—Sí, Narizotas —repitió Marlon, sonriendo antes de acercarse a Michael para darle una palmada juguetona en el brazo—. ¿Qué te pasa, Narizotas? —Michael le arrojó una mirada mordaz. Su boca se movió, pero de ella no salieron palabras. Hablaba poco cuando sus hermanos estaban presentes.

Después de la entrevista salimos a hacer fotos bajo la cálida luz solar de California. Joseph, un hombre corpulento de casi dos metros de estatura, con un lunar en la cara, un bigote fino y un anillo de diamantes del tamaño de una canica en el meñique, se acercó a mí.

—Verás, tengo una filosofía sobre la manera de criar a los hijos —dijo—. Mi padre fue estricto. Era maestro de escuela y me trataba como si fuera uno de sus alumnos, no su hijo. Nunca obtuve un tratamiento especial. Estoy feliz de que fuera así. Tuve una crianza rigurosa cuando era niño y eso me permitió lograr muchas cosas en la vida. Mis hijos tuvieron una crianza similar y mira lo que han logrado. Creo que los chicos *deben* temer a sus padres. Es bueno para ellos y también es bueno para sus padres. Lo hice lo mejor que pude con estos muchachos —dijo, señalándolos mientras posaban para la foto.

—¿Alguna vez te han decepcionado? —le pregunté.

Una expresión seria cruzó su rostro.

—Muchas veces —contestó—. Jermaine está con Berry en Motown en lugar de estar con nosotros. Eligió a Berry en lugar de a su padre. ¿Sabes cómo me hace sentir? Me duele aquí —dijo Joseph, y golpeó la parte izquierda de su pecho con el puño—. Me han decepcionado otras veces —continuó—. En cambio, no creo haber decepcionado nunca a mis muchachos. Si lo hice, lo lamento por ellos. Cada uno lo hace lo mejor que puede al criar a sus hijos —dijo sonriendo—. Ayudó que ellos hayan tenido un objetivo que perseguir. Siempre han tenido entusiasmo, y me han tenido a mí, para ensayar. Y también practican deportes que forman el carácter, como el fútbol americano y el béisbol.

—Si hubiera querido, Jackie habría podido ser jugador de béisbol y participar en los torneos de las grandes ligas con los Chicago White Sox. Todos son buenos para

los deportes, a excepción de Michael, que no cogió un bate en toda su vida —sonrió Joseph. Fue un momento inesperado de ternura de su parte—. Creo que no sabría qué hacer con un bate de béisbol. Bromeamos al respecto, pero no le gusta. Michael siempre ha sido sensible —observó.

«Algo destacable de Michael, sin embargo —agregó Joseph—, es que desde que tenía cuatro años quiso ser un artista. Y siempre quiso ser el número uno. Por eso los deportes no le gustan, porque sus hermanos pueden superarlo en los deportes y él no puede ser el número uno. Pero en la música, Michael sabe que es el número uno.

«Y hablando de Michael, Marlon me contó lo que ha sucedido. No vas a escribir sobre el apodo de Michael, ¿verdad? El muchacho es muy sensible a su nariz. ¿Te parece que su nariz tiene algo malo? Él no hace más que hablar de su maldita nariz. Amenazó con hacérsela arreglar, y le dije que le rompería la cara si se atreve. —Los ojos dorados de Joseph centellearon. Echó su cabeza hacia atrás y soltó una carcajada —. No se arregla algo que no está roto. Tiene una gran nariz. Parecida a la mía.

Michael volvió a la sala para compartir algunas reflexiones finales sobre su vida y su carrera. Mientras el fotógrafo y yo lo mirábamos, cruzó su pierna izquierda sobre su rodilla derecha y comenzó a tocarse despreocupadamente las uñas del pie.

—Cuando estoy en el escenario, no soy la misma persona. Soy distinto. Soy un adicto al escenario. Cuando no puedo subirme al escenario durante un buen rato, tengo ataques y me vuelvo loco. Empiezo a llorar y actúo de una manera extraña, demencial. Es verdad, lo hago. Empiezo a bailar por toda la casa.

De pronto comenzó a hablar muy rápido.

—Es como si me faltara una parte, y tengo que recuperarla porque si no lo hago, no me sentiría completo. Entonces, bailo y canto. El escenario es el único lugar donde me siento cómodo. No estoy cómodo con… —Hizo una pausa, buscando la palabra correcta. Parecía nervioso, turbado—. Gente *normal*. Pero cuando me subo al escenario, me abro y no tengo problemas. No importa qué pase en mi vida. Estoy allí sin inhibiciones y me digo: «*Ésta es* mi casa. Éste es exactamente el lugar donde debo estar, donde Dios quiere que esté». No tengo *límites* cuando estoy sobre el escenario, soy el número uno. Pero cuando bajo del escenario… no soy realmente… —Michael se encogió de hombros. Hizo una nueva pausa, tratando de encontrar la palabra adecuada—. Feliz.

Ese mismo día, más temprano, había entrevistado a Sidney Lumet, director de *The Wiz*. «Michael Jackson es el artista más dotado que vino al mundo desde James Dean —me dijo Lumet—. Es un actor y un bailarín brillante, probablemente uno de los artistas más excepcionales con los que he trabajado».

Le conté a Michael lo que había dicho Sidney. Pareció avergonzarse por un momento. Luego me preguntó: «¿Quién es James Dean?».

Más adelante comenzó a hablar sobre su papel como el Espantapájaros en *The Wiz*. «Lo que me gusta de mi personaje es su confusión. Él sabe que tiene problemas, creo que podemos llamarlos así. Pero no sabe por qué los tiene o cómo llegó a ser así.

Y entiende que ve las cosas de un modo diferente al de los demás, pero no puede comprender por qué. No es como los demás. Nadie lo comprende y pasa toda su vida en medio de esa… confusión».

Michael miró a lo lejos, parecía absorto en sus pensamientos. «Todos creen que es muy especial, pero, en realidad, está muy triste. ¿Me comprendes? —preguntó, fijando en mí su mirada reflexiva, y agregó—: ¿Comprendes su tristeza?».

The Wiz es un fracaso

The Wiz se estrenó en octubre de 1978. Fue un fracaso total. La película resultó un espectáculo pretencioso que la mayor parte de los involucrados eliminaría rápidamente de su currículum. Incluso el lanzamiento comercial de «Ease On Down the Road», interpretado por Michael y Diana Ross —un dueto que parecía destinado a ingresar en los primeros diez puestos del *ranking*— no estuvo siquiera entre los 40 Principales. Berry Gordy, que se mantuvo al margen de la producción de la película y siempre pensó que Diana no debía actuar en ella, evitó hablar públicamente acerca de *The Wiz*.

«Fue un gran sueño que se esfumó —dijo el productor Rob Cohen años después —. Una idea brillante que salió mal. Saber que dos años de mi vida, 23 millones de dólares invertidos por Universal, miles de horas de trabajo y todas las esperanzas y sueños de las personas involucradas fueran a parar a una película que no tenía ninguna posibilidad, me enferma».

A pesar de su fracaso, la realización de *The Wiz* marcó una victoria personal para Michael Jackson. Identificarse con el papel del Espantapájaros le dio la oportunidad de mirar hacia dentro y descubrir fuerza y confianza en sí mismo. «Trabajar en la película me enseñó qué es lo que crea reyes en el mundo y lo que crea gigantes —dijo —. Me mostró cómo creer en mí mismo de una forma en que nunca antes pude hacerlo». La experiencia también expandió sus horizontes profesionales y, durante el proceso, se ganó el respeto de sus compañeros de trabajo e incluso de algunos críticos que reseñaron la película.

De todas formas, Michael no podía ignorar que *The Wiz* fue un fracaso de taquilla. Estaba destrozado por eso; nunca había sufrido un fracaso semejante.

—¿Cometí un error? —le preguntó a Rob Cohen algunas semanas después del lanzamiento de la película—. Tal vez no debí aceptar el papel en la película. Tal vez debí haber escuchado a mi familia. ¿Qué significará esto para mi carrera?

—Hiciste lo que te dijo tu intuición. Todos lo hicimos. No dudes de ti mismo. No tenemos nada de que avergonzarnos. Lo hicimos lo mejor que pudimos —le respondió Rob.

—Pero…

—Pero nada —dijo Rob—. Sigue con tu vida y tu carrera. Sé una estrella. Acabas

de comenzar.

Joseph también apoyó a Michael en aquel momento. En cierta ocasión, cuando uno de los hermanos dijo algo desdeñoso sobre la película, Joseph le dio un fuerte golpe en el hombro.

—¡Aaay, Joseph! —dijo el chico—. Eso duele.

—No critiques a tu hermano. Al menos lo intentó. ¿Cuántas películas has hecho *tú*, mandamás? —replicó Joseph.

Transición

A finales de 1978, Joseph Jackson cortó relaciones con Richard Arons. En sustitución de Richard, Joseph contrató a Ron Weisner y a Freddy DeMann como mánagers. Ambos tenían experiencia en el mundo del espectáculo. Weisner como mánager de negocios y DeMann como promotor. Joseph sentía que necesitaba la asistencia de estos hombres, ambos blancos, para asegurarse de que la CBS promocionara a los Jacksons tal como lo hacía con los artistas blancos. Pensaba que la compañía consideraba a sus hijos como un «grupo negro» y que por ello estaba restringiendo la forma en que los promocionaba y comercializaba. La preocupación de Joseph es una usual y a menudo justificada queja de los artistas negros contratados por compañías discográficas que, como la CBS, están predominantemente dirigidas por ejecutivos blancos. Del mismo modo que Joseph, muchos mánagers negros sostienen que los ejecutivos blancos no saben cómo comercializar a los artistas negros «en todo el espectro», es decir, para compradores de discostanto blancos como negros. Por supuesto, Richard Arons también era blanco, por lo que era evidente que Joseph sentía que los nuevos mánagers tenían más experiencia y más influencia en la industria musical.

La estrategia de Joseph funcionó en Estados Unidos. *Destiny* vendió más de un millón de copias y alcanzó el puesto número 11 del *ranking Billboard* de álbumes, nada mal para un grupo que no había hecho ningún disco importante por un tiempo.

A *Destiny*, sin embargo, no le fue tan bien en Gran Bretaña. El lanzamiento se retrasó seis meses y sólo llegó hasta el puesto número 33. Pero por aquel entonces se aceptaba que los Jacksons tenían ventas esporádicas en el Reino Unido; poco se podía hacer al respecto. Simplemente, no tenían tanto éxito en Inglaterra como en Estados Unidos. A Joseph no le preocupaba; de todas maneras, el objetivo en ese momento estaba en las ventas estadounidenses y no en las europeas.

Sin embargo, Michael seguía disconforme. Pese a la idea que sus hermanos querían promover, él sabía que no eran totalmente responsables del éxito de *Destiny*. La CBS había fomentado un cierto frenesí publicitario sobre la excelencia de los hermanos como productores, pero esto no era cierto. En realidad, no habían producido el álbum ellos mismos; Michael odiaba vivir con esa mentira. Ya era

mayor para tal insensatez. No podía aceptar que se siguieran promoviendo esas mentiras.

Michael nunca había estado tan afligido por su vida y su carrera como lo estuvo cuando terminó la gira Destiny de 1979. Mientras estaba de gira, había perdido su voz, lo que hizo necesario que Marlon cantara sus partes de registro alto mientras él se limitaba a hacer mímica. Le resultó humillante y finalmente se cancelaron dos semanas de funciones debido a los problemas de Michael con su voz.

Durante la gira, Michael estuvo cansado y desanimado, y no parecía encontrar esa fuente inagotable de energía en la que siempre había confiado. A pesar del entusiasmo del público, Michael sentía que le faltaba algo. Con apenas veintiún años, sentía que había dejado de crecer profesionalmente; se sentía frustrado por ser parte de un grupo. «Era lo mismo una y otra vez —me contó durante una entrevista después de la gira—. Todos para uno y uno para todos, pero yo estaba comenzando a pensar que tal vez debía hacer algunas cosas por mi cuenta. Me estaba inquietando».

Además, Michael lamentaba estar bajo las órdenes de Joseph y estaba llegando al punto de no tolerar su presencia.

Aunque a partir del éxito de *Destiny* muchos observadores de la industria creían que Joseph Jackson se había convertido en un brillante mánager del espectáculo, Michael no pensaba lo mismo. Desde su punto de vista, su padre aplicaba la lógica de la ametralladora a su trabajo. «Si disparas balas suficientes, finalmente darás en el blanco —explicaba Michael—. Pero también puedes gastar un montón de munición y tal vez llegues a algunos blancos equivocados. Mira la forma en que Joseph alejó a Berry y a todos los de Motown. —Michael afirmaba que algunas personas eligen su objetivo, lo acechan el tiempo necesario y luego aciertan limpiamente con un solo disparo—. Ésa es la manera correcta».

Joseph nunca sería capaz de vencer a Michael, sin importar cuántas veces diera en el blanco. Lo mejor que hizo en su vida fue sacar al grupo de Motown, pero Michael no podía verlo de esa forma. Su percepción estaba comprensiblemente distorsionada por sus opiniones personales sobre él, por sus juicios sobre un padre mujeriego que maltrataba a sus hijos. Era imposible que Michael le concediera algún mérito a Joseph Jackson.

Michael no sentía que el grupo hubiera experimentado un gran avance después de firmar con la CBS. Si bien «Shake Your Body» fue un éxito, no era suficiente. Estaba cansado de la imagen de los Jackson 5. Sabía qué quería hacer: grabar otro disco solista, para la CBS, que colmara sus expectativas, le permitiera evolucionar como artista y aliviara la inquietud que lo venía acosando desde que terminara la gira Destiny. Día tras día, Michael permanecía a solas en su habitación, reflexionando, como diría Marlon más adelante: «No se sabe acerca de qué, es muy reservado».

Sus hermanos pronto notaron algo raro en Michael, que les inspiraba temor. «Mike estaba actuando de forma extraña —recuerda Tito—. Algo parecía haberse roto en él. Dejó de participar en las reuniones familiares, y cuando discutíamos sobre

nuestros planes para el futuro, no tenía nada para proponer. Tal vez estaba tramando seguir por su cuenta, no lo sé. Nunca hablaba mucho. No sabíamos qué pensaba».

«Simplemente, no creía que fuera justo que yo hubiera dejado de grabar discos como solista —diría Michael años más tarde, recordando aquella etapa—. Parte de nuestro contrato con la CBS decía que yo podría grabar mis propios discos. Cuando eso no sucedió por falta de tiempo, comencé a ponerme nervioso y a sentirme molesto».

Cuando Michael le dijo a su padre que quería grabar un disco solista, la reacción de Joseph fue previsible: apoyo, pero con restricciones.

—¿Por qué no? —exclamó—. Tú sabes lo que pienso al respecto, Michael. Haz lo que quieras mientras no interfiera con el negocio grupal.

—¿Qué significa eso? —preguntó Michael.

—Lo sabes. La familia es lo más importante —le advirtió Joseph.

Tal vez a Joseph no le preocupara demasiado que Michael hiciera un disco solista dado que, a decir verdad, sus grabaciones nunca habían logrado cifras impresionantes: sus primeros dos discos en Motown, *Got to Be There* y *Ben* (1971 y 1972, respectivamente), vendieron poco más de 350.000 copias, lo cual no estaba mal. Sin embargo, su tercer disco, *Music and Me* (1973), vendió sólo 80.286 copias, un pésimo resultado. A su último disco solista para la empresa, *Forever Michael* (1975), le fue un poco mejor (99.311 copias). Los discos donde participaban todos los Jackson siempre vendieron más que los discos solistas. En cuanto a Jackie, las cifras de ventas de su álbum solista fueron espantosas. Joseph siempre pensó que lo mejor para todos era mantener al grupo unido.

Por eso, si Michael sentía que necesitaba grabar un álbum solista para «sacarse el peso de encima», estaba bien para Joseph, en tanto el Joven Maravilla recordara que su principal obligación era con su familia y con su grupo, no consigo mismo.

Off the Wall

Cuando Michael Jackson se propuso hacer su nuevo disco en solitario, no sabía qué resultado esperaba obtener. Sabía, no obstante, que el disco no debía sonar como uno de los álbumes de los Jacksons. Desde el comienzo de su carrera profesional, alguien había decidido siempre cuál sería el sonido de la música de Michael. Primero habían sido los productores de Motown y luego, los artistas y ejecutivos de repertorio de CBS/Epic. Aunque se le había dado libertad a la familia para escribir y «producir» el álbum *Destiny*, Epic insistió en que grabaran una canción que no habían compuesto, «Blame It on the Boogie». Entretanto se hicieron otras concesiones con los tres discos del sello y Michael nunca se sintió completamente responsable de los resultados. Aunque el tema con más éxito de *Destiny*, «Shake Your Body», volvió a instalar a los Jackson en el mercado, muchos observadores de la industria musical

opinaron que se debía al talento de Michael y que la magia de los hermanos se había desvanecido al abandonar Motown.

Michael deseaba más libertad para crear. Quería hacer su próximo álbum totalmente al margen de la familia, aun cuando los hermanos intentaron desesperadamente convertir su disco solista en grupal nada más saberlo. Les dolía que Michael quisiera excluirlos, pero él se mantuvo firme. «Voy a hacer esto por mi cuenta. Tenéis que entenderlo de una vez», les dijo.

Indeciso acerca de la manera de proceder, Michael llamó a Quincy Jones, quien le había ofrecido su ayuda durante la producción de *The Wiz*. Se conocieron un día en el rodaje mientras Michael ensayaba una escena en la que el Espantapájaros sacaba un pedazo de papel de su relleno y leía una cita de Sócrates. Él le atribuyó la cita a Socrates como si rimara con magnates. «Siempre pensé que se pronunciaba de esa forma», dijo Michael después. Cuando escuchó la risa del personal de producción, supo que lo estaba pronunciando mal.

—Só-cra-tes —le susurró alguien al oído—. Se dice *Só-cra-tes*.

Michael se volvió y vio a Quincy, el director musical de la película[5].

El hombre, mayor que él, le tendió la mano.

—Soy Quincy Jones —dijo con una sonrisa cálida—. Si puedo ayudarte en algo…

Michael tendría presente la oferta. Poco más de un año después, llamó a Quincy y le pidió que le sugiriera posibles productores para su proyecto solista. Quincy se propuso a sí mismo.

Quincy parecía una elección poco propicia como productor de Michael. Había tenido éxito en el segmento pop-R&B con sus propios discos, virtuales talleres de música para músicos, compositores y arreglistas supervisados por Jones. Quincy logró éxito también a nivel masivo con los Brothers Johnson, un dúo de hermanos oriundos de Los Ángeles, cuyos discos de platino había producido. Sin embargo, en privado la mayoría de los observadores del mercado opinaba que la rigidez musical de Quincy no le permitía producir un disco de pop importante; muchos de ellos creían que sus discos con los Brothers Johnson, por ejemplo, si bien exitosos, tenían un sonido demasiado homogéneo.

Pero Quincy tenía una prolongada y variada carrera en el mundo del espectáculo que había comenzado a sus quince años como trompetista y arreglista de Lionel Hampton. Con el paso de los años, se adentró en el trabajo de estudio, arreglando, componiendo y produciendo para Dinah Washington, Duke Ellington, Big Maybelle, Tommy Dorsey y Count Basie. A principios de los años sesenta, fue el primer ejecutivo negro de un sello importante: ocupó el cargo de vicepresidente de Mercury Records. En 1963 comenzó una segunda carrera en Hollywood, donde se convirtió en el primer negro en acceder a los principales puestos entre los compositores cinematográficos, con treinta y ocho películas en su haber, incluyendo *The Wiz*.

«Ni siquiera quería hacer *The Wiz* —ha dicho Quincy—. Me parecía imposible

que el público aceptara una versión negra de *El mago de Oz*. Le dije una y otra vez a Sidney Lumet que no quería hacerlo, pero como él es un gran director y me había contratado para realizar mi primera banda sonora [*The Pawnbroker*, 1965], lo hice. De ese desastre salió mi asociación con Michael».

En 1979, cuando Quincy y Michael se encontraron en el estudio para comenzar a definir juntos las pistas rítmicas, artista y productor terminaron siendo la pareja perfecta. Los métodos de Quincy dentro del estudio consistían en proveer al artista de canciones de primera y excelentes músicos, y luego darle libertad total. Michael se había acostumbrado tanto a tener un margen de creatividad pequeño que se fascinó cuando Quincy comenzó a considerar seriamente sus ideas. Quincy recuerda que, en un principio, encontró a Michael «muy, muy introvertido, tímido y no muy enérgico. No tenía ninguna seguridad de poder hacerse un nombre por sí mismo. Yo tampoco».

Quincy, por su parte, no había trabajado con un talento desaprovechado como el de Michael desde sus días con algunos grandes del *jazz*. En Michael encontró finalmente lo que había estado buscando. Como me diría una vez: «Michael es en esencia lo que un artista debe ser. Tiene todo lo necesario en lo emocional y lo respalda con disciplina y dinamismo. Nunca se desgastaba. Yo soy un sargento instructor fuerte cuando se trata de dirigir un proyecto, pero en el caso de Michael apenas era necesario».

Quincy también estaba sorprendido por la versatilidad de Michael. «Viene a una sesión y graba dos voces principales y tres voces de fondo en un día. Hace su tarea, ensaya y trabaja duro en casa. La mayor parte de los cantantes quieren hacerlo todo en el estudio: escribir las letras y la música, montar las armonías, probar distintos enfoques para una canción. Eso me vuelve loco. Sólo puedo pensar en una cifra en dólares en constante aumento. El tiempo de estudio es caro y, por eso, alguien como Michael es el artista soñado de un productor. Él llega preparado. Hacemos tanto en una sola sesión que me sorprende. En mi opinión, Michael Jackson va a ser *la* estrella de los años ochenta y noventa».

Ambos desarrollaron una excelente relación también fuera del estudio y, con los años, Michael consideraría a Quincy un modelo de padre moderno. Michael confiaba en Quincy y seguía su orientación con tanto respeto que muchos observadores la asimilaban al tipo de relación que el público *imaginaba* que Michael tenía con Joseph. Sin embargo, Quincy era la antítesis de ese padre biológico que solía pegar a Michael para lograr que actuara de acuerdo a sus expectativas.

«No sirve para nada generar una atmósfera de tensión y hostilidad en el estudio —le dijo Quincy a Oprah Winfrey durante una entrevista—. Yo creo en generar una atmósfera de amor».

Finalmente, después de escuchar cientos de canciones, Michael y Quincy definieron el repertorio a grabar. Entre los temas había tres composiciones de Michael Jackson: «Don’t Stop Til You Get Enough», de estilo *funk*; «Working Day and Night», ideal para las pistas de baile, y «Get on the Floor» (compuesta en

colaboración con Louis Johnson, bajista de los Brothers Johnson).

Quincy buscaba equilibrar la mezcla de canciones con baladas melódicas pop como «She's Out of My Life», emocional y sinfónica (con la colaboración del compositor y arreglista Tom Bahler); «It's the Falling in Love», brillante y melancólica, compuesta por David Foster y Carole Bayer Sager; la bella y dulce «Girlfriend», de Paul McCartney; y la más significativa, la romántica «Off the Wall», de ritmo sereno (que le daría el título al álbum), compuesta por Rod Temperton, compositor en jefe y teclista de Heatwave, la banda británica de pop-R&B.

Seleccionadas las canciones, Quincy Jones reunió a un puñado de excelentes músicos de *jazz*: los teclistas Greg Phillinganes, George Duke y Michael Boddicker; los guitarristas David Williams y Larry Carlton; el bajista Louis Johnson; el percusionista Paulinho DaCosta; y los Seawind Horns, liderados por Jerry Hey, y todos se pusieron a trabajar.

En «Don't Stop Til You Get Enough» (que se convertiría en el primer sencillo de *Off the Wall*), Michael reveló un falsete *sexy* y juguetón desconocido hasta entonces. Todos los elementos adecuados armonizaban en la canción: un ritmo imparable, una meticulosa y equilibrada emisión de letra y melodía, y una energía arrolladora. Michael explicaba que, cuando un buen día se le ocurrió la melodía de la canción, no se la podía quitar de la cabeza. Caminaba por toda la casa maquinando y cantando para sí mismo hasta que fue hacia el estudio familiar de veinticuatro pistas y le pidió a Randy que tocara la melodía en el piano (Michael no sabía tocar). Cuando Quincy la oyó, ambos decidieron que formaría parte del disco.

«Don't Stop» se lanzó el 28 de julio de 1979. En menos de tres meses llegó a la cima de los *rankings*, siendo el primer tema solista de Michael que ocupaba el primer lugar en siete años. Ocupó el puesto número tres en el Reino Unido, lo cual era un gran éxito para él. También fue el tema de su primer vídeo solista. En comparación con el tipo de vídeos musicales que Michael realizaría en tan sólo unos años, «Don't Stop Til You Get Enough» parece primitivo. En un único intento de innovación, Michael aparece bailando por triplicado. De todas formas, es divertido y memorable porque, al fin y al cabo, fue su primer vídeo.

El disco resultante del trabajo de Michael con Quincy, *Off the Wall*, se lanzó en agosto de 1979. Se le dedicó casi tanta atención a la portada del álbum que al disco en sí mismo. La foto de portada mostraba a Michael con una amplia sonrisa, vestido con un elegante esmoquin y brillantes calcetines blancos. «El esmoquin era el símbolo más importante de *Off the Wall* —dijo Ron Waisner, por aquel entonces manager de Michael—. Antes, Michael tenía la imagen de un niño. De pronto había un gran álbum y alguien con muy buena presencia. El esmoquin fue idea nuestra como mánagers. Los calcetines, idea de Michael», concluyó Ron.

Admiradores y colegas quedaron boquiabiertos por igual cuando *Off the Wall* se dio a conocer al público. El ingeniero Bruce Swedien se aseguró de que las pistas de Quincy Jones y la voz de Michael Jackson se oyeran en todo su esplendor. Los

admiradores de Michael proclamaron que no lo oían cantar con tanta alegría y entrega desde los primeros tiempos de los Jackson 5. El álbum presentaba a un Michael Jackson adulto, por primera vez un verdadero artista.

Michael Jackson había llegado oficialmente. Las interpretaciones revelaron partes de él que los compradores de discos nunca habían escuchado. Por ejemplo, nadie sabía que Michael podía ser tan pulido y sofisticado como en el destacado tema de Stevie Wonder «I Can't Help It», presente en el disco. La canción era importante para el proyecto porque los lúcidos cambios de tono eran lo más parecido a cantar *jazz*.

Aún más revelador era ese Michael emocionado que lloraba lágrimas verdaderas en los últimos segundos de «She's Out of My Life». (Jones comentaría luego que Michael lloraba cada vez que grababan esa letra. Después de varios intentos con el mismo resultado, se decidió dejar las lágrimas en la grabación). Los sobrios arreglos de esta canción, que también satisfizo a la multitud por su escaso acompañamiento de teclados, permitían a Michael expresar con el alma su pesar por el amor perdido, de un modo emocionante, candente.

Cuando «Rock with You» llegó también al puesto número 1, y luego «Off the Wall» y «She's Out of My Life» llegaron al puesto número 10, Michael se convirtió en el primer solista con cuatro sencillos de un solo álbum en los 10 Principales en Estados Unidos. En Gran Bretaña, *Off the Wall* también entró en la historia discográfica con cinco éxitos de un solo álbum. No obstante, pese a vender seis millones de copias en todo el mundo, nunca superó el puesto número tres en Estados Unidos y el número cinco en el Reino Unido. Michael estaba entusiasmado pero era cauteloso. «Es un comienzo», dijo.

Joseph estaba un poco preocupado.

—Lo de Michael es bueno —le dijo a uno de los abogados de la familia—. Estoy orgulloso del chico, pero estoy preocupado.

—¿Preocupado por qué? —le preguntó el abogado.

—Demasiada independencia —dijo Joseph—. Eso no es bueno.

—A lo largo de la historia, las estrellas han abandonado a sus grupos —dijo el abogado—. Sammy Davis dejó a su familia. Diana dejó a The Supremes. Smokey dejó a The Miracles. Eso sucede. No puedes retener a una estrella.

Joseph negó con la cabeza.

—En esta familia, eso no sucede —dijo—. Michael lo sabe.

Cuando *Off the Wall* ganó sólo un Grammy (en la categoría R&B), Michael se sintió derrotado. «Me molestó. Lloré mucho. Mi familia creía que me estaba volviendo loco porque lloraba mucho por eso», comentó.

«Estaba muy decepcionado —recordó Janet—. Lo lamenté por él. Pero por fin dijo: "El próximo disco… ya verán"».

Joseph no estaba tan decepcionado. «Creo que es bueno ver las cosas en perspectiva —dijo en privado—. El muchacho no necesita más éxito, necesita meterse en el estudio con sus hermanos. *Eso* es lo que necesita».

Michael cumple 21… y consigue su propio abogado

El 29 de agosto de 1979, Michael Jackson cumplió veintiún años. Aunque por ser testigo de Jehová no celebraba su cumpleaños, los medios lo hicieron, en especial los más importantes. Había hecho entrevistas a Michael para marcar hitos importantes en su vida: «Michael cumple 16», «Michael cumple 18», «Michael cumple 20». Me alegraba encontrarme con él otra vez para el «Michael cumple 21». Era un punto de inflexión, estaba a punto de tomar su vida y su carrera en sus propias manos. «Realmente siento que ser un hombre es hacer precisamente lo que tú quieres en esta vida, hacerlo de manera exitosa y alcanzar una meta —me dijo—. La edad es sólo un número, lo sé. No soy más hombre hoy que ayer. Pero tener veintiuno significa algo para mí. He visto mucho, he hecho mucho. Sin embargo, ahora pienso que las cosas van a ser distintas, mejores.

»Para mí, Walt Disney es un verdadero hombre —observó—. Charlie Chaplin, un verdadero hombre. Fred Astaire, un verdadero hombre. Bill Robinson, un verdadero hombre. No sólo alcanzaron objetivos, sino que brindaron alegría a los demás. La gente los admiraba. Quiero que la gente me admire a mí también. Ellos abrieron caminos. Yo también quiero hacerlo. Eso es lo que ser un hombre significa para mí».

Tan sólo algunos días antes de que entrevistara a Michael, él y Joseph habían tenido una discusión, más amarga que cualquier otra pelea reciente. Michael decidió que había llegado el momento de hacerle saber a su padre que quería total control sobre su carrera. A Joseph no le gustaba recibir críticas de Michael, pero esa vez se lo pidió. Michael le enumeró una lista de padecimientos. No le había gustado la forma en que se había manejado la situación con Jermaine, no estaba satisfecho con la forma en que el grupo se había ido de Motown, y también estaba disconforme con los recientes productos de la CBS, con excepción de *Off the Wall*. Sabiamente, Michael se limitó a hablar sobre la parte profesional; omitió las quejas personales y, en especial, el tema de la flagrante infidelidad de Joseph para con Katherine.

—Te permití hacer la película, ¿no es cierto? —contraatacó Joseph—. ¿Así es como me pagas?

—No me *permitiste* hacer la película —le contestó Michael, con los ojos fulgurantes—. Soy un adulto ahora, Joseph. Soy *Michael Jackson*. Tomo mis propias decisiones.

—Pero, pequeño… —Joseph levantó la mano, parecía a punto de pegarle, como en los viejos tiempos. Sin embargo, cambió de opinión. Michael lo miró desafiante y se marchó.

Joseph estaba herido y enfadado. Pensaba que Michael era demasiado crítico con él en su condición de mánager y no podía comprender por qué su hijo se había transformado en una persona tan ingrata. Cuando Michael le comunicó que iba a reunirse con un abogado para estudiar sus «opciones», Joseph se sintió destrozado. Hasta ese momento, Michael y sus hermanos sólo conocían a los abogados y

contables de Joseph. Ahora Michael quería un representante propio. Joseph sentía que su hijo no confiaba en él. *Por supuesto,* Michael no confiaba en él. Como resultado de *Off the Wall,* tenía más de un millón de dólares en su propia cuenta bancaria y no deseaba cederlos. Se había dado cuenta de que el dinero era poder y que si deseaba romper con la familia, su cuenta bancaria sería el mejor respaldo. Fue un duro despertar para Joseph. «Está bien, perfecto. Si eso es lo que quieres», dijo desafiante. Sabiamente, prefirió no seguir peleando con su hijo. Esperaba que Michael cambiara de idea, que la tormenta se disipara. Se equivocó.

El contable de Michael, Michael Mesnick —que también representaba a los Beach Boys—, organizó entrevistas con tres abogados del mundo del espectáculo para que Michael eligiera el que más le gustara. El primero en la lista era John Branca, nativo de Nueva York, de treinta y un años, con experiencia en derecho impositivo corporativo y en negociación en la industria musical para artistas como los Beach Boys, Neil Diamond y Bob Dylan. Brillante, joven, agresivo y decidido, John ansiaba hacerse un nombre en la industria del espectáculo.

Dado que le gustaba más el *rock and roll,* John sólo conocía vagamente la carrera y la música de Michael. Sin embargo, cuando consultó a sus colegas, le dijeron que en la industria musical se lo consideraba una potencial superestrella. John estaba intrigado. Pensaba que podía llevar a Michael a un nivel más alto. Al mismo tiempo, sentía que asociarse con Michael podía apuntalar su propia carrera como abogado.

John recuerda que su reunión con Michael fue un poco inusual. Michael se quitó las gafas de sol tan sólo una vez, al comienzo de la entrevista, cuando miró a John y le preguntó si se conocían de antes. La respuesta fue negativa. Michael sonrió y se puso nuevamente las gafas de sol. Michael Mesnick le hizo a John una serie de preguntas y Michael escuchó las respuestas. Al principio parecía tímido e incómodo. Finalmente, cuando comenzó a relajarse, le dijo a John que necesitaba un representante porque quería independencia de su familia —en especial, de su padre— «de una vez y para siempre». En aquel entonces los Jacksons tenían un contrato grupal con Epic; Michael dijo que quería un contrato propio como artista solista, además del que había firmado como miembro de los Jacksons. Asimismo, quería una revisión de todos los asuntos vinculados al negocio, incluyendo el acuerdo de edición y la venta de discos.

John estaba entusiasmado, lleno de valiosa información y ansioso por ayudar de cualquier forma posible. Michael consideró que era el hombre adecuado. Tras la reunión, canceló las otras dos entrevistas y contrató a John Branca. John diría luego que lo impresionó la total confianza en sí mismo de Michael. Era contagiosa: John estaba impaciente por comenzar a trabajar junto a él.

En los comienzos de su relación, Michael le confió a John sus dos principales objetivos: ante todo, quería ser la «principal estrella del mundo del espectáculo». En segundo lugar, quería ser «la más rica». Le dijo a John que estaba molesto porque *Off the Wall* le había dado sólo una nominación al Grammy. «Vendí cinco millones en

Estados Unidos; seis, en el extranjero. Es un gran disco. Fue totalmente injusto que no ganara el Disco del Año y eso no puede volver a suceder».

Michael estaba frustrado por lo que consideraba una falta de respeto de la industria del espectáculo. Por ejemplo, creía merecer una portada en la revista *Rolling Stone* y le pidió a su publicista, Norman Winter, que intentara obtenerla. «Nos gustaría mucho hacer un importante reportaje sobre Michael Jackson pero creemos que no es para la portada», fue la carta de respuesta del editor Jann Wenner a Winter (fechada el 27 de noviembre de 1979).

Cuando Michael vio la carta, se exasperó. «Me han dicho una y otra vez que la gente negra en la portada de las revistas no vende ejemplares —se quejó—. Pero espera. Algún día, esas revistas me van a *rogar* una entrevista. Tal vez se la conceda. Tal vez no».

Durante los siguientes veinte años, John Branca sería, indiscutiblemente, la figura más importante en la carrera de Michael Jackson. Él habría de negociar cada trato comercial en su nombre, se convertiría en un amigo y consejero de confianza y se ocuparía de que ese talentoso chico de Gary cumpliera sus dos objetivos.

La primera medida de John fue renegociar el contrato de Michael con la CBS, discutiendo con el presidente de la compañía, Walter Yetnikoff. John se las arregló para garantizarle a Michael el más alto porcentaje de derechos de la industria en aquel entonces: el 37 por ciento sobre el 5 por ciento del precio mayorista, el mismo porcentaje que recibían Neil Diamond y Bob Dylan. También acordó con Walter y con el representante legal de los Jacksons, John Mason, que Michael podía retirarse de los Jacksons en cualquier momento a partir de entonces. John Branca logró que, aun cuando Michael Jackson se retirara del grupo, la CBS seguiría obligada a grabar discos de los Jacksons sin él. Fue un buen gesto, que logró apaciguar a Joseph. Él creía firmemente que, sin Michael, el grupo podía continuar, como lo había dicho durante años: «No se trata sólo de Michael». Por supuesto, Joseph debía entender más cosas, pero su foco de interés siempre estuvo puesto en la familia.

A partir de entonces, legalmente y gracias a John Branca, Michael Jackson ya no estuvo obligado a grabar otra canción con sus hermanos si no deseaba hacerlo. Obviamente, los hermanos Jackson no estaban contentos con la nueva independencia de Michael, pero las implicaciones del acuerdo no los afectarían por un tiempo. Estaban acostumbrados a que Michael hiciera discos como solista y aún se sentían seguros de que Michael permanecería con el grupo (por supuesto, al disponer de la libertad de Michael, ni él ni John Branca habían considerado el «factor Katherine», que pronto entraría en escena: si los hermanos querían que Michael hiciera algo que no quería, debían aprender a pedirle a su madre que interviniera).

El nuevo acuerdo de Michael era impresionante, tanto que su hermano Randy, que repentinamente tuvo aspiraciones solistas, decidió que quería contratar a John Branca. Durante un almuerzo de trabajo con él, John le preguntó a Michael qué pensaba al respecto.

—Creo que la idea apesta —le dijo, según recuerda el abogado—. No puedo creerlo. Ahora todos intentarán aprovecharse de lo que yo he hecho. Espera y verás, primero Randy. Después, Jackie. Probablemente Tito también quiera hacer un disco.

—¿Me estás diciendo que no quieres que represente a Randy? —le preguntó John con una sonrisa. La firme reacción de Michael le causaba perplejidad (por no mencionar la idea de que Tito Jackson hiciera un disco).

—Lo que estoy diciendo es que no quiero que representes a Randy, Jackie, Tito o a cualquiera que lleve el apellido Jackson, nunca. Si lo haces, entonces terminamos, tú y yo —le dijo Michael con tono frío y crispado.

—Perfecto —acordó John.

—Otra cosa —añadió Michael—. No quiero que Randy sepa que esta decisión es mía. Quiero que finjas que es tuya.

—De acuerdo —dijo John. Se estrecharon la mano. Estaban creando confianza mutua, y el único resultado posible era lo mejor que la industria discográfica tenía para ofrecerles a ambos.

El secreto de Joseph

Muchas personas ven hoy a Michael Jackson como un enigma. Es irónico que, hace veinte años, su padre, Joseph, fuera visto de la misma forma, si bien no por parte del público, sino de su familia y amigos. «A veces creo que lleva una doble vida —decía Michael sobre su padre—. Es una persona muy misteriosa». Por supuesto, la otra vida de Joseph implicaba a las mujeres con las que tenía compromisos fuera del matrimonio. Pero ¿había algo más? En 1980, los empleados administrativos de la empresa Joseph Jackson Productions comenzaron a sospechar que su jefe trataba de ocultar algo más que simples infidelidades.

A principios de 1980, una empleada de diecinueve años llamada Gina Sprague se había acercado mucho a Joseph. La ascendencia de Gina era mexicana, inglesa e irlandesa. Medía un metro sesenta y cinco, tenía una melena castaña que le llegaba a los hombros, era vivaz, inteligente y hermosa. Joseph estaba cautivado. Sin embargo, aunque muchos amigos íntimos de los Jackson no le creyeran, ella afirmaba que no tenía una aventura con su jefe. Aseguraba que eran sólo amigos íntimos. «Necesitaba una amiga. Estaba muy aislado de su familia. A veces necesitaba hablar. Yo estaba allí para él. Sabía que tenía fama de mujeriego, pero nuestra relación era de otro tipo.

»Si él creía en ti, te daba la fuerza y el coraje necesario para intentar y alcanzar tus objetivos, aun cuando no creyeras que podías hacerlo. Cuando lo conocí, pude entender por qué la familia había logrado el éxito. Tenía que recordarle a Joseph que debía estar orgulloso. Solía decirle: “Michael y el resto reciben toda la atención, pero tú sabes de dónde han salido”.

»“El muchacho me odia —afirmó, refiriéndose a Michael—. Le dije: ‘Joseph, eso

no es cierto’. ‘No has visto la forma en que me mira —replicó. Había lágrimas en sus ojos—. El muchacho me odia, Gina. No me puede ni ver. Todos me odian.’

»Algo que me parecía muy raro era que Michael, sus hermanos y hermanas lo llamaban Joseph —recuerda—. La primera vez que Janet entró en mi oficina, ella tenía alrededor de trece años. Entró y, de forma muy descortés, dijo: “Hola. ¿Dónde está Joseph?”. Cuando Michael llamaba decía: “Hola, Gina, habla Michael. ¿Está Joseph por ahí?”. Yo le decía: “Tu *padre está* en una reunión ahora”».

Un día, Gina, preocupada por la conducta voluble y las misteriosas desapariciones de Joseph, le preguntó qué le sucedía. «No te lo voy a decir —respondió, vacilante—. Te lo voy a enseñar».

Joseph llevó a Gina a un edificio en un barrio suburbano de Los Ángeles, donde le presentó a Cheryl Terrell. Luego, una niñita afroamericana de unos seis años entró corriendo en la sala. «¡Papá. Papá!», exclamó.

«Ahí la tienes. ¡Mi pequeña!», dijo Joseph con una gran sonrisa. Luego levantó en brazos a la niña y la abrazó con fuerza.

Como explicó luego, Joe y Cheryl Terrell tuvieron una aventura en 1973. El fruto de esa relación fue una hija, Joh’Vonnie, nacida en Los Ángeles el 30 de agosto de 1974, el día siguiente al decimosexto cumpleaños de Michael. El nombre de Joseph Walter Jackson aparecía en el certificado de nacimiento. Su ocupación era «mánager del mundo del espectáculo» y tenía cuarenta y seis años el día del nacimiento del bebé. La madre tenía veintiséis.

Joseph guardó el secreto muchos años pero en 1980 decidió revelarlo. Quería involucrarse más en su educación y que fuera reconocida como miembro de la familia Jackson.

Después de romper el hielo con Gina, Joseph reunió a sus hijos en un camerino al finalizar una función y les dijo que tenían una media hermana. Es imposible adivinar qué reacción esperaría ante semejante noticia y por qué decidió hablar con ellos *antes* de decírselo a Katherine. Por supuesto, se enfadaron. Los hijos luego se lo contaron a las hijas, que se sintieron heridas y molestas. Luego llegó la hora de hablar con Katherine aunque en realidad no sabían si *debían* hacerlo. Era una tremenda carga para ellos. Al final, de acuerdo con la versión de LaToya, uno de los hermanos —no se sabe cuál— se lo dijo a Katherine. Por su puesto, la embargaron comprensibles emociones.

Ella y Joseph discutieron el asunto. Katherine comprendió que debía enfrentarse a la situación tal como era. Como mujer pragmática, comprometida con los valores familiares, dejó de lado sus sentimientos y estuvo de acuerdo en que Joseph tenía una responsabilidad para con Joh’Vonnie y su madre. Joseph compró una casa de tres dormitorios en Van Nuys, un suburbio de Los Ángeles, por 169.000 dólares. Como fideicomisario de la propiedad de su hija, transfirió luego la propiedad del inmueble a Joh’Vonnie. Ella y su madre se mudaron a la casa. Katherine no pudo hacer más que eso. Su sobrino, Tim Whitehead (la madre de Tim era la hermana de Katherine,

Hattie, y su padre, el hermanastro de Joseph, Vernon), dijo: «Joseph quería que aceptaran a la niña en la familia, pero era imposible. Para mi tía y para sus hijos era demasiado doloroso, desgarrador».

Según Jerome Howard, exadministrador financiero de Joseph y de Katherine, «Katherine una vez fue al supermercado y vio a la amante de Joseph y a su hija. Quedó petrificada. "Jerome, la niña es *exactamente* como Joseph", dijo».

Aunque Katherine parecía estar actuando de forma lógica y razonable, la existencia de Joh'Vonnie la inquietaba más de lo que dejaba ver. Michael diría luego que percibió una transformación emocional en su madre. Raramente sonreía. Su temperamento se exaltaba por cosas sin importancia. Incluso maldecía cada tanto, algo inusual en ella, y llamaba a Joh'Vonnie «bastarda». Cuando Michael se quejaba, ella le indicaba que si buscaba la palabra en el diccionario se daría cuenta de que la estaba usando apropiadamente. Aparentemente, las infidelidades de Joseph la habían agotado, habían debilitado su autoestima, su orgullo. Se la veía amargada y enfadada.

Aunque Katherine estaba atravesando una terrible experiencia y el imprevisto giro de los acontecimientos destrozaba a la familia, los Jackson no tenían más opción que seguir mostrando un fuerte sentido de unidad frente a los medios. Las relaciones públicas eran un tema importante. Desde su llegada a Los Ángeles, la familia rechazaba cada vez más la realidad en pos de la imagen. Sin embargo, para Michael nada sería igual. Las acciones de Joseph terminaron en la peor traición a su madre, y, de hecho, a toda la familia. Durante muchos años sufriría cuando tuviera que ver a su padre por cualquier motivo. A pesar de todo, había esperado más de él.

Si bien Katherine estaba realmente molesta, y tenía razones para estarlo, era una mujer devota que deseaba desesperadamente ser una piadosa testigo de Jehová. No le confiaría a nadie su furia, no hablaría de su dolor por lo sucedido con Cheryl Terrell y Joh'Vonnie. Era sólo cuestión de tiempo que su ira reprimida hiciera erupción. En el verano de 1980 escuchó rumores sobre una supuesta relación entre Gina Sprague y Joseph. Muchos de sus amigos pensaban que Katherine Jackson era algo muy similar a una bomba de relojería, haciendo tictac, tictac, tictac… a punto de explotar.

Katherine explota

Con el tiempo, Gina Sprague comenzó a «encubrir» a Joseph Jackson cada vez que quería visitar a su hija. «Aunque la familia supiera sobre ella, prefería ignorarla —dice Gina—. A veces me llamaban y me preguntaban por él, y aunque yo sabía que estaba con Joh'Vonnie y tal vez con Cheryl, mentía y decía que estaba en una reunión. Fue así durante meses».

Como Joseph y Gina compartían tantos secretos, se corrió la voz de que tenían una aventura. Según Gina, alguien en la oficina comenzó a darle información falsa a Katherine, que siempre sospechaba de cualquier amiga de Joseph y no se reponía del

shock que le había provocado la noticia de la existencia de Joh'Vonnie.

Un día sonó el teléfono.

—Joseph Jackson Producciones, buenas tardes —atendió Gina.

—Quiero que renuncies a tu trabajo —dijo una voz femenina—. ¿Me escuchas? Si no renuncias, iremos a por ti.

—¿Qué? ¿Quién habla? —preguntó Gina, asustada.

La comunicación terminó allí. Disgustada, Gina fue a ver a Joseph y le habló acerca de la misteriosa llamada.

—Oh, es una tontería —le dijo Joseph, casi sin dejar de mirar sus papeles—. Nadie va a venir a por ti, Gina. Te lo prometo. Vas a estar bien.

Al día siguiente, el 16 de octubre de 1980, a las tres de la tarde en punto, Gina estaba detrás de su escritorio en la recepción de Joseph Jackson Productions, en el número 6.255 de Sunset Boulevard, Suite 1.001 (el mismo edificio donde tenía su sede Motown Records), cuando entró Randy Jackson, de dieciocho años. Les pidió a otros dos empleados que salieran de la oficina para quedarse a solas con Gina. Randy también salió por un momento y volvió con Janet, de catorce años, y con Katherine. Comenzó una dura discusión sobre la relación entre Gina y Joseph.

Luego, de acuerdo a lo que Gina le dijo a la policía, Katherine, Randy y Janet la empujaron hacia una escalera y la agredieron. Jim Krieg, un guardia de seguridad, escuchó los gritos, corrió para ver qué sucedía y luego declaró que vio a Randy sujetando a Gina contra la pared mientras Katherine le daba una paliza con su bolso. Janet le dijo entre dientes: «Váyase señor, éste es un asunto de familia». El guardia obedeció. Katherine arrancó una medalla de oro del cuello de Gina diciendo: «Esto me pertenece a mí, no a ti». Uno de los hermanos de Diana Ross pasó por allí y le preguntó: «Madre, ¿qué estas haciendo?». (Muchos de sus amigos la llamaban madre). «Métete en tus asuntos, éste es un asunto de familia», recuerda que le dijo. Él salió corriendo, sorprendido. El resto del informe policial describe la violencia que Gina afirmaba haber sufrido aquella tarde.

Joseph estaba en una reunión, con la puerta cerrada. Gina volvió tambaleándose a la oficina, llorando. Fue corriendo a su oficina privada. «Dios mío, ¿qué te ha pasado?», le preguntó Joseph.

Demasiado disgustada para hablar, Gina se desplomó en el suelo. Agentes de la policía y una ambulancia, llamados por Jim Krieg, llegaron a la escena. Cuando los médicos levantaron a Gina para colocarla en una camilla, lanzó un grito ensordecedor. Joseph se inclinó y le susurró al oído:

—Dime, ¿quién te ha hecho esto? ¿Ha sido algún admirador loco?

—Ha sido Katherine —le dijo Gina entre lágrimas, bajando la voz para que nadie, excepto Joseph, la oyera.

Los ojos de Joseph se abrieron.

—No puede ser cierto —susurró.

—Es cierto, Joseph —insistió Gina.

Gina Sprague fue asistida en el Centro Médico Presbiteriano de Hollywood por lesiones múltiples, hematomas y una herida menor en la cabeza. Fue dada de alta al día siguiente. Exhausta, se fue a la cama nada más llegar a su casa. Justo cuando estaba a punto de quedarse dormida, oyó gritos. Una amiga que la acompañaba impedía que Joseph entrara. Gina se levantó y fue hacia la puerta.

—Puedes dejarlo entrar —dijo.

Joseph parecía agotado por falta de sueño, desprovisto de su vitalidad usual. Con algunas dudas, la amiga de Gina los dejó a solas.

—¿Por qué, Joseph? —recuerda haber preguntado Gina.

—No puedo creer que haya hecho eso —dijo Joseph, llevándose las manos a la cabeza. Gina nunca antes lo había visto así, fue impactante. De todos modos, estaba furiosa con él.

—Llamaste a la policía, ¿no es cierto? ¿Qué ocurrirá ahora? —le preguntó Joseph —. Entre todas las personas que conozco, tú sabes mejor que nadie cuánto amo a mi familia. Son todo lo que tengo.

Gina sacudió la cabeza, estupefacta.

—Estaba tratando de cubrirte para que pudieras visitar a Joh'Vonnie y esto fue lo que sucedió como consecuencia —dijo enfadada—. ¿Nunca te preocupaste por eso?

—Lo que me preocupa es mi familia —repitió Joseph. Se enjugó los ojos con la palma de la mano—. He trabajado tan duro… —dijo, llevándose la mano al bolsillo interno de su chaqueta. Luego, con su mano temblorosa, sacó un sobre y se lo dio a Gina. Dentro había un cheque con una importante suma de dinero.

—Cógelo —le ordenó Joseph—. Es tuyo.

Ella lo miró sin poder creer lo que sucedía.

—No quiero tu dinero, Joseph —le dijo. Hizo una bola con el cheque y se lo tiró —. Vete de mi casa —le ordenó—. ¿Cómo *te atreves*?

Sin saber qué decir, Joseph salió de la habitación con la cabeza gacha y Gina dio un portazo tras él.

Michael estaba estupefacto por la forma en que su madre y sus hermanos habían atacado a Gina. Ese acto de violencia era incompatible con la imagen de su benevolente y amable madre. Se negó a creerlo y nunca dejó de insistir en que jamás sucedió. La mayor parte de la familia, sin embargo, sabe que Katherine había llegado a su límite. «Joseph estaba enamorado de esa chica, Gina —recuerda Tim Whitehead —. Y a mi tía eso no le gustaba. Se descontroló y fue a ver a Gina a la oficina. Después de tantos años, Kate había llegado a su límite».

Gina decidió no presentar cargos contra los Jackson. Su abogado le recomendó no molestarse siquiera «porque esa gente rica nunca termina en prisión y tú perderás el tiempo». En cambio, inició una demanda civil por veintiún millones de dólares contra

Katherine, Janet y Randy.

Katherine, Randy y Janet negaron que el incidente hubiera sucedido. Declararon, en su respuesta a la demanda de Gina, que ella nunca se hubiera hecho daño «si hubiese tomado las debidas precauciones», lo cual sonaba… extraño.

Gina y Joseph negociaron un acuerdo extrajudicial cuyos detalles ella no puede revelar. «Sentí lástima por ellos —concluyó—. Amaba a la familia. Sé que fui la proverbial gota que colmó el vaso, pero como le dije a Katherine en el juzgado, la próxima vez, pégale *a él*, no a mí».

Jane Fonda

En el otoño de 1980, Michael supervisó un vídeo musical de la canción «Can You Feel lt?», interpretada por los Jacksons. Irónicamente, considerando lo ocurrido por aquel entonces con Gina Sprague, el tema escrito por Michael y Randy era un himno al amor. En el vídeo, los hermanos aparecían como gigantes sobrenaturales que creaban un arco iris para iluminar el cielo. Esparcían polvo de estrellas sobre la tierra, haciendo que los niños de todas las razas les sonrieran con afecto. Bañados por los rayos del arco iris, los pequeños miraban maravillados a Michael y a sus hermanos, quienes a su vez les sonreían con benevolencia, especialmente Michael.

«Desearía que todos pudiéramos pasar un tiempo en ese bello mundo de Michael», comentó Steven Spielberg.

Michael también trabó amistad con la actriz Jane Fonda, que por aquel entonces tenía cuarenta y dos años, es decir, unos veinte más que él. Jane hizo lo posible para que él viera a su madre desde una perspectiva más humana. Michael y Jane se conocieron en 1980, en una función especial para la prensa ofrecida en Los Ángeles. Hablaron de su vida —ambos provenían de familias vinculadas con el mundo del espectáculo— y pronto se hicieron amigos. Algunos miembros del entorno de Michael sostenían que él se relacionaba con mujeres poderosas, aparentemente seguras de sí mismas, como Diana Ross y más tarde Elizabeth Taylor, porque había experimentado la terrible desesperación de ver el maltrato de que había sido objeto su madre por parte de Joseph. Veía a Katherine como a una mujer débil, y buscaba una madre sustituta, fuerte, a quien pudiera imitar y respetar. Es una hipótesis tan buena como cualquier otra. Tal vez sólo quería rodearse de divas.

El padre de Jane Fonda, el legendario actor Henry Fonda, había sido un hombre emocionalmente distante, bastante parecido a Joseph. Ella comprendía el disgusto de Michael por la forma en que su padre había tratado a Katherine. Había experimentado sentimientos similares hacia sus padres, y se había esforzado por superarlos durante años. Jane invitó a Michael a pasar unos días junto a un lago, en Nueva Inglaterra, mientras ella, su padre y la veterana actriz Katharine Hepburn filmaban *En el estanque dorado*. «En cierto modo, Michael me parecía una persona extremadamente

frágil», recordó Jane Fonda.

Mientras Katharine Hepburn contaba anécdotas de su vida, Michael las registraba con una grabadora. «Todas incluían una especie de mensaje para Michael, acerca de la manera en que debía manejar la fama y afrontar la vida. Se convirtieron en buenos amigos. Él opinaba que Katharine era fascinante», dijo Jane.

En Nueva Inglaterra, Michael también entabló amistad con Henry Fonda. Sin embargo, Jane era su amiga más íntima. «Solíamos salir a remar en bote y hablábamos de todo: política, filosofía, racismo, Vietnam, actuación, infinidad de temas».

En una ocasión, durante un paseo en coche —Jane conducía—, conversaron sobre proyectos cinematográficos. «Me encantaría encontrar un proyecto apto para ti y producirlo —dijo ella. De pronto se le ocurrió una idea—. Ya sé, ¡tienes que hacer Peter Pan!».

Los ojos de Michael se llenaron de lágrimas. Quiso saber por qué había sugerido ese personaje. Jane le dijo que lo veía como un verdadero Peter Pan, el símbolo de la juventud, la alegría y la libertad.

Michael comenzó a sollozar. «Las paredes de mi cuarto están cubiertas de imágenes de Peter Pan. Me identifico por completo con el niño del País de Nunca Jamás», explicó, enjugándose los ojos.

En una de sus conversaciones surgió el tema de Katherine. Michael le confió a Jane lo sucedido con Gina Sprague. Según Bernice Littman, una amiga de Jane que vivía en Beverly Hills y en ese momento era su secretaria personal, «Jane pensaba que el incidente era una tragedia y que Michael era demasiado frágil para afrontarlo. También se solidarizaba con la madre de Michael y se preguntaba cuánto habría debido de tolerar esa mujer para reaccionar de esa manera. Dedicaba mucho tiempo a hablar con él, lo consideraba una verdadera preocupación. “Me siento responsable por él como ser humano. Necesita afecto”, me dijo. Un día, en la biblioteca de su casa (yo me encontraba en la oficina contigua), ella le dijo a Michael que ya no debía apoyarse en otras personas. “Tu madre tiene debilidades, al igual que cualquier otra persona. Pero ahora tú eres adulto. Deja que tu madre sea tal cual es y encuentra tu propia fortaleza en tu interior”. Me pareció que Michael no entendió sus palabras, porque dijo: “¿Tú puedes ayudarme? Soy muy infeliz. Mi vida es terrible”. Jane lo abrazó. “Tienes una vida maravillosa, Michael. Estás atravesando un momento difícil, pero pasará, te lo aseguro”.

«Michael sollozaba como un niño. También yo. Al otro lado de la biblioteca, me eché a llorar de tristeza. Él parecía un extraterrestre, un ser de otro mundo de paso por este planeta», dijo Bernice.

Entretanto, en el mundo real un ejecutivo de CBS llamó a Michael para pedirle que atendiera a los periodistas que hacían preguntas sobre su madre.

—¿A qué te refieres? —preguntó Michael.

—Al incidente con Gina Sprague.

—¿Quién es esa persona? —dijo, irritado.

—La mujer que tuvo un desacuerdo con tu madre, Randy y Janet.

—Eso nunca sucedió —dijo rápidamente Michael.

—Pero…

—Lo siento, debo irme.

Michael colgó el auricular. Cada vez se aislaba más en su mundo de fantasía, un lugar donde no ocurrían cosas tales como que su madre atacara a la amante de su padre. Se estaba convirtiendo en un ser distante, inaccesible. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que nadie, ni siquiera Jane Fonda, pudiera relacionarse con él? Sencillamente, le resultaba demasiado doloroso permitir que una persona lo conociera de verdad.

QUINTA PARTE

La primera «operación de nariz»… y otras libertades

A pesar de los intentos que había hecho para independizarse de su familia, hacia 1981 Michael Jackson aún sentía que su vida estaba fuera de control. En el escenario, actuando, podía transformarse en la persona de sus sueños: una persona atractiva, extrovertida, que ejercía total control sobre sí misma y sobre su público. Pero fuera del escenario la historia era otra. Cuando se miraba en el espejo veía a una persona que no le gustaba mucho, que todavía estaba controlada por otras, cuyo talento era respetado, pero cuyas opiniones no importaban. Había comenzado a trabajar sobre algunas cosas con John Branca, pero ¿qué podía hacer acerca del aspecto físico del hombre en el espejo? Él nunca se había sentido apuesto, eso estaba claro, y la letanía de quejas sobre su propia persona agravaba su profunda inseguridad.

Michael consideraba la posibilidad de someterse a una rinoplastia, conocida como «intervención en la nariz», para afinar su ancha nariz, objeto de burlas desde que tenía trece años. Sus hermanos empeorarían la situación al apodarlo Narizotas. Las narices de los Jackson eran anchas y chatas, habían heredado esa característica de Joseph. Michael, durante años, amenazó con operarse la nariz, pero siempre tuvo mucho miedo a la cirugía. Sin embargo, en la primavera de 1979, tropezó durante un ensayo de baile, cayó en el escenario… y se rompió la nariz. El destino había intervenido; no tenía alternativa. Michael volvió a Los Ángeles y se sometió a su primera rinoplastia. Gina Sprague recordaba que: «Joseph me dijo que dudaba de que Michael se hubiera sometido a esa cirugía de no haber sido indispensable. Fue la primera. Nadie imaginó a qué conduciría en el futuro. Cuando le quitaron las vendas, a Michael le gustó lo que vio».

El resultado de aquella primera cirugía es la nariz que se ve en la portada del disco *Off the Wall*. La nariz era sólo un poco más pequeña que antes. En realidad, la cara de Michael se había transformado gracias a la cirugía, lo cual confirmaba la idea de que podría ejercer el control sobre su aspecto en tanto se lo propusiera. Sin embargo, después Michael se quejó de algunos problemas al respirar y al cantar. Fue a ver al doctor Steven Hoefflin, quien sugeriría una segunda cirugía. Hoefflin realizaría aquella cirugía, y otras tantas, a las cuales Michael sometió su rostro.

Su amiga Jane Fonda estaba demasiado apenada por la nueva cirugía plástica de Michael como para hablar de ello con él. Ella era lo suficientemente perspicaz para darse cuenta de que la verdadera razón de las operaciones de nariz no era parecerse a Diana Ross, como se rumoreaba, sino diferenciarse de su padre. Ella era una clase de amiga distinta para Michael, una persona que no sólo se interesaba por el mundo del espectáculo. Solícita y directa, fue la única persona que en realidad se enfrentó a Michael por el tema de sus cirugías.

—Quiero que te detengas ya mismo. No más. Prométeme que no irás más lejos con todo esto. Debes quererte tal como eres, por lo que eres —le dijo.

—Lo intentaré —prometió Michael.

—Y ponte derecho —le dijo, como si fuera su profesora de la escuela—. Tienes que parecer una persona importante, que sabe lo que hace y por qué lo hace. Si al menos parecieras seguro, tal vez no serías tan tímido.

—Sí, Jane.

Pero Michael obviamente no estaba seguro de sí mismo. Tenía su nueva nariz, pero todavía era desesperadamente infeliz. «Incluso cuando estoy en mi casa, estoy solo. A veces me siento en mi dormitorio y lloro. Es muy difícil hacer amigos y hay algunos temas que no se pueden hablar con los padres o la familia. A veces camino por el vecindario de noche, solamente esperando encontrar a alguien para poder conversar. Pero termino regresando a casa». La imagen de Michael Jackson, una superestrella de renombre internacional, caminado solo por su vecindario en busca de alguien para hablar es sorprendente. Permite imaginar la profundidad de su desesperación, de su soledad.

El hecho de que su cara todavía estuviera llena de acné no ayudaba. Michael había leído que los productos alimenticios grasos, que a él tanto le gustaban, agravaban el problema. Jermaine, quien también tenía acné, se había hecho vegetariano para solucionarlo. Y había funcionado. Michael decidió hacer lo mismo. Como consecuencia inesperada de la dieta, perdió peso. Michael no era gordo, obviamente, pero aún tenía el cuerpo redondeado. Le habría gustado ser más estilizado, tener lo que se denominaba «un cuerpo de bailarín». Un tiempo después, su figura se tornó más aerodinámica y la redondez de su cara desapareció. Su acné también iría desapareciendo. Muchas personas pensaron que a Michael le habían incorporado implantes de pómulos en la cirugía de 1980, pero las líneas claramente definidas de su cara en realidad fueron causadas por la pérdida de peso que había experimentado después de convertirse en vegetariano, y también por el proceso natural de envejecimiento.

John Branca le sugirió que si quería ser independiente alguna vez, debería pensar en comprar sus propios bienes inmuebles. A los veintidós años, ¿por qué tenía que vivir en la casa de sus padres? La idea de irse lejos de Joseph era estimulante para Michael, aun cuando no quisiera abandonar a Katherine. De todos modos, pensó que podría intentarlo. En consecuencia, en febrero de 1981, Michael compró un apartamento de tres dormitorios y tres baños en el 5.420 de la avenida Lindley en Encino por 210.000 dólares de los cuales pagó 175.000 en efectivo. Una parte del dinero, 35.000 dólares, los aportó Katherine. A cambio, Michael le cedió una parte del apartamento para que fuera exclusivamente de ella, es decir, que no tuviera que compartirlo con Joseph como bien conyugal. Fue su manera de darle un poco de libertad también a ella. Seguramente, Michael no necesitaba los 35.000 dólares. Sin duda, ella quería pagar a cambio de la posibilidad de obtener libertad, como su hijo. «Ahora, si no puedes soportarlo un solo segundo más, múdate aquí —le dijo Michael, refiriéndose a Joseph—. Será grandioso. ¡Nosotros podemos vivir aquí juntos! ¿Lo imaginas? Y sin él».

Finalmente, Michael no pudo concretar su idea. No pudo mudarse, sobre todo porque Katherine no quiso hacerlo. «Sencillamente no siento que sea el momento para irme de casa —dijo él—. Si me mudara ahora, moriría de soledad. La mayoría de las personas que se mudan van a discotecas por las noches. Hacen fiestas cada noche e invitan a amigos, y yo no hago ninguna de esas cosas». (Al cabo de un par de años, Michael se mudaría al apartamento por un tiempo, con otros miembros de su familia, mientras la casa de Encino era remodelada nuevamente. Siguió conservando el apartamento, que fue utilizado para albergar a sus hermanos cuando tuvieron dificultades en sus matrimonios).

En la primavera de 1981 se ultimaban los detalles para que los Jacksons emprendieran una gira de conciertos en treinta y nueve ciudades de Estados Unidos con la finalidad de promocionar su nuevo álbum: *Triumph*. Michael no quería ir.

Uno de los motivos era la cantidad de preparativos y trabajo que implicaba una gira, y que luego, irremediablemente, acababa, a diferencia de una película o un vídeo, que eran eternos y duraderos. «Lo triste de todo esto es que no captas el momento —me dijo Michael refiriéndose a las actuaciones en vivo—. El mundo ha perdido muchos grandes actores o artistas porque actuaron una noche y eso fue todo. Con la película es posible capturarlos, exhibirlos en todo el mundo y estarán allí para siempre. Spencer Tracy siempre será joven en *Capitanes intrépidos*, y yo puedo aprender y entusiasmarme con su actuación. Es mucho lo que se pierde en el teatro en directo o en el vodevil. ¿Sabes cuánto podría haber aprendido mirando a todos aquellos actores? Cuando estoy en el escenario, siento que doy mucho de mí pero por nada. Me gusta capturar cosas, aprenderlas y compartirlas con el mundo».

No obstante, no tenía alternativa. Su familia quería que él los acompañara en la gira. Se preveía recaudar millones de dólares. La compañía discográfica también insistía en la gira… de modo que habría gira. Michael esperaba que sirviera para unir a la familia después de tantas dificultades. Él estaba frustrado y alterado, pero se obligaría a ir. De todos modos, algunos notarían en su cara una expresión de implacable frialdad hacia su familia durante los ensayos. Se le veía ausente, no parecía interesado.

Antes de emprender la gira, Michael se sometió a la segunda rinoplastia recomendada por el doctor Steven Hoefflin. «No había avisado a su familia de que se operaría por segunda vez —dijo Marcus Phillips—. Sencillamente, lo hizo. Cuando llegó a su casa con la cara amoratada y vendada, Katherine exclamó: “Michael, ¿qué demonios te ha sucedido?”. Tal vez creyó que le habían dado una paliza. “¿Te has roto la nariz otra vez?”, le preguntó. Él dijo que su médico le había recomendado una segunda operación. Después fue a su dormitorio y se quedó allí durante una semana, sólo iba de vez en cuando a la cocina para buscar algunas verduras».

«Michael estaba verdaderamente orgulloso porque con su segunda operación se

parecía cada vez menos a su padre —recuerda Marcus Phillips—. Eso le interesaba muchísimo. Si bien no podía borrar a Joseph de su vida, al menos podía borrarlo de su imagen en el espejo. Ya planeaba su tercera intervención en la nariz». Aunque Michael nunca hablaba de sus cirugías con nadie, al convertirse en un ser obsesionado por su aspecto, estaba pidiendo ayuda. Un comportamiento peligroso comenzaba a surgir.

En junio de 1981, Michael y Quincy Jones comenzaron a trabajar en un disco sobre la historia de *E. T.*, la película de Steven Spielberg. Además, Michael sería el intérprete de «Someone in the Dark», una canción escrita por Alan y Marilyn Bergman. A Michael le fascinaba tanto el relato de *E. T.* que, cuando se hizo un acto publicitario para la película, no quiso perder la oportunidad de conocer al «actor» extraterrestre. «Me abrazó —dijo Michael, refiriéndose al robot animatrónico, con la expresión asombrada de un niño—. Era tan real que le hablé. Antes de irme lo besé. Al día siguiente, lo extrañaba».

Más tarde, ese mismo mes, Michael entró en el estudio con Diana Ross para producir una canción para ella llamada «Muscles», en homenaje a su serpiente mascota. Michael estaba eufórico por la oportunidad de hacer una grabación para su admirada Diana. Algunos señalaban que Michael se sometía a cirugías plásticas para parecerse a la señorita Ross. Sin embargo, como dijo un allegado a Jackson: «Si Michael Jackson hubiese querido parecerse a Diana Ross, tenía los millones para hacerlo. Ésa nunca fue su intención. Sin embargo, esto no significa que la posibilidad de que le encontraran parecido a ella no le agradara». «¿De verdad piensas que sí? —preguntaba, inclinando la cabeza—. Porque de ser así, ¡caramba! Eso sería increíble».

En esa época, Diana había dejado Motown y estaba grabando su segundo álbum para RCA, *Silk Electric*. El álbum estaba resultando un desastre y ella necesitaba que hubiera algo excepcional en el disco, por lo cual se puso en contacto con Michael. «Regresaba de Inglaterra, trabajaba en el álbum de Paul McCartney en el Concorde cuando de repente se me ocurrió esta canción —recordó Michael—. Pensé que era perfecta para Diana. No tenía una grabadora, sufrí casi tres horas. En cuanto llegué a casa, la grabé». Diana dijo que Michael parecía intimidado mientras trabajaban juntos en el estudio. No se atrevía a darle indicaciones.

«Tú eres el hombre, el jefe en esta ocasión», insistió Diana, con una mirada llena de admiración. Aunque ella deseaba que Michael liderara la grabación, era difícil para él. «Finalmente, la canción se produjo sola», dijo un amigo de Diana. La letra delirante de «Muscles» alababa el placer producido por los músculos de un hombre «en todo su cuerpo». «No sé si se supone que ésta es la fantasía de Michael o lo mía», dijo Diana cuando finalmente la canción se lanzó al mercado. En cualquier caso, entró en el Top Ten.

La gira de *Triumph* comenzó en Memphis, Tennessee, el 9 de julio de 1981, y terminó, con un récord de entradas vendidas, con una serie de cuatro presentaciones en el Forum de Los Ángeles. Los temas más importantes del espectáculo eran siempre las canciones del álbum *Off the Wall* que Michael cantaba solo. El mago Doug Henning era responsable de una gran producción de efectos especiales: Michael desaparecía del escenario en un columna de humo después de cantar «Don't Stop Til You Get Enough». Aparentemente, Michael también quería desaparecer fuera del escenario. Raras veces se relacionaba con sus hermanos o el resto de su séquito. «Éste es mi último viaje. Nunca haré esto otra vez», juraba Michael a quien le hiciera preguntas al respecto. Sus hermanos no comprendían por qué se había distanciado de ellos.

Él comenzó a hablar frente a la prensa sobre la posibilidad de comenzar una carrera en solitario. «Pienso en el futuro con optimismo —dijo a Paul Grein, de la revista *Blllboard*—, El público lo pedirá. Definitivamente va a suceder». No era precisamente lo que sus hermanos querían oír. No se sintieron más seguros cuando Michael comenzó a involucrarse más en el negocio del espectáculo. Por ejemplo, un día tenía planeado un ensayo con el grupo y de pronto alguien le dio una copia del contrato para los camiones que debían llevar el equipo para el viaje. Michael lo miró y dijo: «Esperen, tengo que hablar sobre esto con mi abogado». «Eso puede esperar, Michael. Este ensayo es importante», dijo Jackie, muy enojado. Michael no hizo caso a la observación de su hermano mayor, abandonó el escenario y fue en busca de un teléfono para llamar a John Branca. «Me pidió que le aclarara un párrafo donde se señalaba qué pasaría si uno de los camiones se averiaba, si se pinchaba un neumático o si el camino estuviera en malas condiciones —recordó John—. Se lo expliqué. Él hizo un par de preguntas y dijo: "Bien, entiendo". Estaba en cada detalle, siempre quería saberlo todo. "Es importante que yo sepa", solía decir». Luego, Michael regresó al escenario, firmó el contrato y siguió con los ensayos.

Michael aprendió a conducir. Así podría dejar la casa cuando se le hiciera demasiado difícil permanecer allí. El cantante Mickey Free (quien anteriormente integrara el grupo Shalamar) recordó su primer encuentro con Michael en 1981. «Fui contratado por la compañía de Diana Ross. Ella se alojaba en el Hotel Beverly Hills y me preguntó si quería ir a su chalé para conocer a Michael. ¿Quién no habría querido? Cené con Michael, Diana y Gene [Simmons, de Kiss, el novio de Diana en aquella época]. Yo estaba muy emocionado porque siempre había querido conocer a Michael y él era muy agradable. Yo había llegado en el coche de Diana y cuando llegó el momento de despedirme ella ofreció: "Llamaré al chófer para que te lleve a casa". Entonces, Michael muy suavemente dijo: "No es necesario, yo llevaré a Mickey a casa". Diana y Gene estaban atónitos. "¿De verdad quieres hacerlo, Michael? ¿Estás seguro de que puedes?", preguntó Diana. "Sí, puedo hacerlo", respondió él con

firmeza». Mickey subió a su Rolls-Royce Silver Shadow, y ambos partieron presurosos hacia la entrada del Hotel Beverly Hills. «Ten cuidado, no conduzcas demasiado rápido, Michael», le recomendó su amigo. Aproximadamente quince minutos más tarde llegaron al edificio donde vivía Mickey. Entonces, Michael dio varias vueltas a la manzana antes de confesarle, avergonzado: «Puedo conducir esta cosa, pero no sé cómo aparcar. ¿Podrías hacerlo por mí?». Michael detuvo el coche para que intercambiaran asientos. «Tuve que pasar por la misma manzana diez veces hasta encontrar un lugar donde aparcar. Todos me vieron conducir el fabuloso coche de Michael Jackson».

Una conversación indirecta

En el otoño de 1981, a pesar del esfuerzo de la CBS para mantener los problemas familiares de los Jackson en secreto, gracias a las noticias difundidas en los medios sobre el juicio, la mayoría de los integrantes de la industria estaba al tanto de lo sucedido entre Katherine y Gina. Michael había dejado claro que no quería recibir a ningún periodista porque temía que le hicieran preguntas sobre el caso. Sin embargo, a pesar de sus deseos, la prensa era necesaria para promover *Triumph*.

Michael Jackson, que acababa de cumplir veintitrés años, se había convertido en una figura sumamente contradictoria. Había demostrado en más de una ocasión que era una persona decidida, aunque a la vez, vulnerable y confusa. Comenzaba a tomar el control de su carrera artística, pero seguía poco dispuesto a cortar lazos con su familia. «Si estuviera solo me moriría. No puedo marcharme de aquí», me dijo en una entrevista telefónica el día de su cumpleaños. No podía alejarse, mudarse de la casa familiar. En lugar de crecer, Michael sufrió una regresión. Compraba juguetes, entretenimientos para niños y, por primera vez, se empezó a rodear de ellos.

Los admiradores más jóvenes, que llegaban hasta la puerta de su casa para verlo entrar o salir, fueron invitados a entrar en ese lugar sagrado. Era un comportamiento muy extraño por parte de Michael. Jackie lo apodó *Hombre Niño*. Desde su punto de vista: «Michael es un hombre, pero sigue siendo niño, una maravillosa combinación». Cuando le preguntaban sobre la posibilidad de tener sus propios hijos, Michael meneaba la cabeza. Decía que le gustaría criar a un niño, a un hijo que desearía adoptar «en un futuro lejano». «No tengo por qué traer a mi propio hijo al mundo. No lo necesito porque uno de mis pasatiempos favoritos es estar con niños, hablar con ellos, jugar al aire libre. Son uno de los principales motivos de todo lo que hago. Ellos saben todo lo que la gente trata de descubrir, conocen muchos secretos, pero les cuesta darlos a conocer. Dicen cosas sorprendentes, son brillantes, geniales. Aprendo de ellos. Luego crecen, llegan a cierta edad… y todo eso se pierde».

Logré entrevistar a este extraordinario Hombre Niño el 3 de octubre de 1981. Un publicista pactó en Epic el encuentro. Me advirtieron que no mencionara a Gina

Sprague ni hiciera preguntas sobre «el incidente» o las desavenencias de los padres de Michael. Estaba en mi escritorio, preparando una lista de preguntas, cuando sonó el teléfono. Era Michael. Sin rodeos, me dijo:

—Quiero que la entrevista se haga de una determinada manera.

—Claro, Michael. Como digas —respondí.

—Me gustaría que Janet me ayudara —comenzó a decir—. Ella estará presente en la entrevista. Le harás las preguntas, y luego ella me las repetirá a mí. Yo le responderé y Janet te transmitirá mis respuestas. ¿De acuerdo?

—Es extraño, Michael. No entiendo bien. ¿Podrías explicármelo otra vez?

Él repitió su razonamiento y dijo que sólo así me concedería la entrevista.

—Espero que lo entiendas —dijo con énfasis.

Antes de que diera por terminada la comunicación, le pedí:

—Espera, Michael. ¿Significa que me vas a conceder una entrevista, pero no me hablarás a mí? ¿No te parece una locura?

—Puede parecerlo. Pero tengo mis motivos. Trata de entenderlo. Si estás dispuesto a hacerlo a mi modo, nos veremos mañana. ¡Adiós! —dijo.

Me pregunté si podría realizar una entrevista de esa manera. ¿Tenía algún sentido? Desde luego, tuve que intentarlo. No podía rechazar esa oportunidad. Sin duda, fue la entrevista más extraña que recuerde. Al día siguiente, Michael me recibió en la casa de Encino. «No dudo de que estás feliz de poder entrevistarme», me dijo cuando nos dimos la mano. Llevaba una camiseta negra y vaqueros. Estaba descalzo. Noté que su nariz era más fina y más definida que la última vez que lo había visto, aproximadamente seis meses antes, en los camerinos, antes de un concierto de Patti Labelle en Hollywood. Su falsete susurrado parecía aún más suave que entonces. Michael y yo hablamos de trivialidades en la sala de estar, hasta que Janet, que en ese momento tenía quince años, se sentó junto a su hermano de una manera bastante ampulosa, sin saludarme. Vestía una minifalda de cuero rojo, unas botas negras y un suéter. Michael me la presentó como si nunca nos hubiéramos visto, aunque por supuesto nos conocíamos. Ella me dio la mano sin mirarme. Me senté frente a ellos.

—Harás la entrevista tal como prometiste, ¿verdad? —preguntó él.

Cuando le aclaré que yo no había «prometido» nada, se levantó de su silla y dijo, turbado:

—Entonces, no será posible.

—Espera —le dije, haciendo señas para que permaneciera sentado—. Vamos a intentarlo. Empecemos por el nuevo álbum, *Triumph*. ¿Cómo te sientes con este disco? —Michael me miró con sus ojos oscuros y con la cabeza me señaló a su hermana. Volví a hacer la pregunta, dirigiéndome a ella—. Janet, por favor, ¿puedes preguntarle cómo se siente con el álbum?

Janet miró a Michael y le dijo:

—Quiere saber cómo te sientes con el álbum.

—Dile que estoy muy feliz con el álbum —respondió Michael, con serenidad—.

Trabajar con mis hermanos nuevamente fue una experiencia increíble. Fue… mágico.

Janet me miró.

—Michael ha dicho que le diga que él está muy feliz con el álbum. Y que trabajar con sus hermanos fue una experiencia increíble —repitió. Se hizo una pausa.

—Olvidaste la parte acerca de que se había vuelto algo mágico —le dijo Michael, fastidiado porque ella no hacía bien su trabajo. Janet me miró con sus ojos negros, como disculpándose.

—Él dijo que fue mágico.

—¿Mágico? —pregunté.

—Sí. Mágico.

Como pude, traté de pensar otra pregunta. Observé a Michael con cuidado y advertí que estaba muy maquillado. Las cejas y las pestañas estaban oscurecidas con rímel; los párpados, cubiertos con suave sombra rosada; el rubor destacaba los pómulos y… ¿era eso lápiz labial? Sí, de color escarlata. El maquillaje era sutil y le daba un aspecto exótico.

Hoy, la idea de que Michael Jackson se maquillara en la vida cotidiana (aun cuando fuera habitual que un hombre usara maquillaje para salir a escena) es perfectamente creíble. Pero en 1981 era desconcertante que Michael se maquillara para una entrevista en su casa.

La «entrevista» se prolongó unos treinta minutos. De vez en cuando, Janet hacía algún comentario propio, tratando de amenizar la ocasión.

—Michael, ¿recuerdas aquella muchacha que se alteró porque se decía que habías cambiado de sexo? Se tiró por la ventana. Creo que murió —dijo Janet.

—Pobre criatura —comentó Michael sin mirarla, inexpresivo.

Decidí que ya había sido suficiente y dije que preferiría dar por terminada la entrevista.

—¿Por qué? —se asombró Michael—. Espera, Janet te contará qué pasó cuando visité a Katharine Hepburn el mes pasado. Es interesante.

—Preferiría que tú me la contaras a mí, Michael —insistí.

—No puedo.

Después de un breve silencio, propuse:

—Entonces, olvídalo. Olvidemos todo este asunto.

—Bien, perfecto —dijo él. Y sonriendo con cierta tristeza se puso de pie—. Fue muy agradable verte. Intentémoslo otra vez, algún día —agregó, sin compartir mi frustración. Luego abandonó la habitación. Janet me lanzó una mirada y tendió sus manos hacia mí con las palmas hacia arriba, como si dijera: «Mira lo que has logrado».

Una vez a solas en el salón de los Jackson, traté de entender lo que acababa de ocurrir. Mientras guardaba la grabadora y los apuntes en mi portafolio, llegó Katherine. Se la veía desanimada.

—¿Entrevistaste a Michael? —preguntó—. Por favor, sé considerado con él. La

prensa suele ser malvada —agregó, meneando la cabeza—. No sé qué decir —continuó, y se dejó caer en un sillón, frente a mí, prácticamente muda, fatigada. Me desconcertó. Solía ser una persona digna y equilibrada—. Estoy preocupada por él —dijo al fin, mirándome. Sus ojos estaban llenos de ternura y preocupación—. Es mucha la presión, las cosas son muy… difíciles. —Cuando se dio cuenta de que, quizá, estaba hablando demasiado, se frenó y me dijo bruscamente—: Por favor, vete.

Salí con un nudo en el estómago. ¿Qué sucedía en esa casa? Mientras me alejaba, alcé la vista hacia la mansión y distinguí una cara que me miraba detenidamente desde una de las ventanas de arriba. Era Michael. Cuando advirtió que lo había descubierto, desapareció.

A la mañana siguiente recibí una llamada telefónica de Joseph. Antes de abandonar la residencia de los Jackson, me había cruzado con él en la entrada y le había contado lo sucedido. En su rostro oscuro y curtido se dibujó una amplia sonrisa.

—Bien, ése es mi muchacho —dijo. Ahora, en cambio, al otro lado del teléfono, dijo con suma delicadeza—: Lo siento mucho, amigo. Estuve pensando y quiero darte una explicación. —Según Joseph, Michael le había dicho a su compañía de discos que no tendría más contacto directo con los medios por temor a ciertas preguntas acerca de «esa chica, tú sabes, con la que tuvimos problemas». Se refería a Gina Sprague—. Y alguna que otra cuestión más. Pero cuando anunció que no quería conceder ninguna entrevista, la firma [Epic] lo obligó a hacerlo. También yo. Le dije que tenía que hablar contigo y con los demás periodistas. Eso es hacer las cosas correctamente. Pero él lo hizo a su manera. Lo siento. Supongo que quiere sentir que tiene cierto control sobre su vida —aclaró.

—Supongo que sí, señor Jackson —dije. Hablamos aproximadamente quince minutos. Él parecía estar bien, como si nada insólito ocurriera en su vida.

—Venga algún día y haga una historia sobre LaToya —me propuso—. Tenemos algunos proyectos para ella. La muchacha va a ser una gran estrella. Enorme, ya verá, enorme.

Cuando colgamos, pensé en la explicación de Joseph. La táctica de Michael era absurda, pero las personas desesperadas toman medidas igualmente desesperadas para darse a entender, especialmente cuando nadie las escucha. A regañadientes, lo admiré por la manera en que había logrado su propósito. Michael había manipulado la situación para mofarse de la entrevista que me había prometido. Nunca escribí sobre el episodio. Lo ignoré. Michael había conseguido lo que buscaba: ninguna historia.

Katherine le dice a Joseph: «¡Vete!»

En el verano 1982, Katherine Jackson ya no podía soportar el comportamiento cruel de Joseph. Lo sucedido con Gina Sprague había sido, sin duda, repugnante. Sin embargo, Joseph no aprendía la lección, porque su apetito por las mujeres era insaciable o bien porque no podía llenar el vacío que sentía en su corazón. Retrospectivamente, es posible que infligiera su propio dolor a Katherine para que se identificara con él, que hiciera sentir a su familia tan sola y marginada como él mismo se sentía. Cualquiera que fuera su motivación oculta —tal vez ni siquiera él mismo la conocía—. Katherine sospechaba que Joseph tenía otro romance. Un día, después de atender un par de llamadas telefónicas sin obtener respuesta, Katherine fue a la cocina para decirle a Joseph que saldría de compras. Él le dio un beso en la cabeza a modo de saludo. Ella ya había atravesado la puerta cuando el teléfono sonó nuevamente, tal como había sospechado. Con calma, fue hasta la casa de huéspedes, suspiró, contuvo el aliento y levantó el teléfono. Joseph hablaba con una mujer con quien al parecer tenía una relación romántica. Su voz se oía dulce y feliz. A Katherine se le encogió el corazón. Se sintió débil y sin aliento, como si le hubieran perforado el estómago. Cuando colgaron el teléfono, los pasos de Katherine la llevaron hacia el camino de entrada, y luego hacia la puerta de su casa. Encontró a Joseph en la sala de estar, con los pies sobre el sofá, totalmente despreocupado. Lo miró fijamente un instante, sin poder creer, como contaría más tarde, que una vez más… Entonces se aclaró la garganta.

—Ah, Kate. Pensé que te habías ido —dijo él, poniéndose de pie.

—Sin duda, eso creiste. Oí la conversación con tu querida novia —comentó ella, escupiendo las palabras—. ¡Eres una basura! —le gritó. Katherine le pegó con los puños, le tiró del pelo, le arrojó un florero, que Joseph esquivó, y se abalanzó sobre él, otra vez. Era imposible detenerla—. Ya no te quiero, Joseph. No te necesito. Vete de esta casa. Ya no eres nada para mí —vociferó.

Mientras trataba de protegerse con las manos de los golpes de su esposa, Joseph dijo con un tono sereno, controlado:

—Aún no me has dado la posibilidad de explicarte. —Se esforzaba por permanecer impasible, como un trastornado, diría Katherine más tarde. Actuaba como si no tuviera motivo para preocuparse.

—¿Alguna vez fuiste capaz de conmoverte? —le preguntó Katie, enfurecida.

—Por supuesto, Katie. Cuando me enamoré de ti —fue su respuesta.

—Vete —ordenó Katherine. Cuando Joseph dio media vuelta para retirarse de la habitación, la temblorosa Katherine cogió de una mesa el portarretrato de plata con la fotografía del matrimonio Jackson y lo arrojó al suelo con todas sus fuerzas. Su desprecio hacia Joseph era inconmensurable. El cristal hecho añicos era la metáfora más apropiada para su propia vida.

Al día siguiente, el 19 de agosto de 1982, Katherine comenzó los trámites de divorcio con la máxima discreción, para no alertar a la prensa. No quería poner en

peligro la imagen de la familia. En su petición al juez declaró: «Hace aproximadamente un año, Joseph me dijo que teníamos problemas económicos. Cuando quise saber los motivos me respondió: "Los negocios no son asunto tuyo". De acuerdo con la información que logré obtener, durante el año pasado, Joseph ha gastado una cifra superior a los cincuenta mil dólares en una joven y le ha comprado bienes inmuebles con nuestros fondos. Temo que, si una orden judicial no se lo impide, Joseph seguirá despilfarrando nuestro dinero, perjudicando mis derechos sobre los bienes conyugales». Si bien Katherine tenía una vaga idea de la composición del patrimonio familiar, trató de impedir que Joseph lo transfiriera o dispusiera de él de cualquier manera. Elaboró una lista donde incluyó la casa de Encino, con su equipamiento y otros bienes inmuebles, su participación en Joseph Jackson Producctions y en varias cuentas bancarias, y otros activos del matrimonio: un Mercedes-Benz modelo 1979 (cuyo color no está indicado en las actas legales), un Mercedes-Benz modelo 1971 gris azulado, un Rolls-Royce blanco modelo 1971, un Mercedes-Benz marrón modelo 1978, un Rolls-Royce azul modelo 1971, una casa rodante G. M. C. modelo 1974, una camioneta Toyota modelo 1981, un limusina Cadillac blanca modelo 1980, una furgoneta Ford modelo 1978, dos barcos con remolques y un plan financiero Keogh.

La declaración de Katherine tenía un solo inconveniente. Jerome Howard, quien se convertiría en su representante comercial en 1988, recordaba: «Una vez comenzados los trámites de divorcio, ella naturalmente esperaba que Joseph se marchara de la casa. Sin embargo, él se negó».

«Ésta también es mi casa —declaró Joseph con insolencia—. Eres mi esposa, te amo». Michael, ante esa situación, le dijo a su madre: «Tienes que echarlo. Llama a la policía o consigue una orden judicial, él no puede quedarse aquí sencillamente porque quiere». Katherine decidió que no hablaría del asunto con ninguno de sus hijos. No quería que ellos cargaran con su cruz.

«Esta situación me está matando —le dijo Michael a Rebbie, su hermana mayor, según ella recordaba—. Nunca me voy a casar. No puedo confiar en nadie. No sería capaz de pasar por algo semejante». «Pero, Michael, ésta es la vida de nuestra madre —observó ella—. La tuya será muy distinta. Lo sé». «¿Cómo puedes saberlo? —le preguntó Michael, con los ojos enrojecidos por el llanto—. Mamá nunca creyó que esto podía pasar, ¿verdad?». «No, sin duda, jamás lo habría creído», le contestó Rebbie, mientras lo abrazaba.

¿Michael tomó su propio camino?

En agosto de 1982, Michael comenzó a preparar un nuevo álbum con Quincy Jones en los estudios Westlake de Los Ángeles. El álbum se llamaría *Thriller*. Tendría un presupuesto de aproximadamente setecientos cincuenta mil dólares y nueve canciones

seleccionadas cuidadosamente por Michael y Quincy. Las sesiones de grabación fueron buenas. Michael se sintió muy satisfecho con el trabajo. Sin embargo, el disco no sonaba tan bien como Michael habría deseado. De hecho, cuando lo escuchó le pareció terrible. Se sintió abatido y salió corriendo del estudio, sollozando. Para solucionar el problema, cada canción fue mezclada de nuevo, subiendo el sonido de algunos instrumentos y voces y atenuando otros. Si bien era una tarea complicada y aburrida, se trabajó con dos canciones por semana y el esfuerzo pareció valer la pena. Michael escuchó nuevamente el disco junto a Ron Weisner, su representante; su abogado, John Branca; y el propio Quincy Jones en los estudios Westlake. El resultado le pareció increíble. Estaba de muy buen humor, se le veía optimista. Meneaba la cabeza siguiendo el ritmo, sonriente.

—Como sabes, el mercado está pasando un mal momento, Mike —dijo Ron Weisner, casi gritando para lograr que lo oyeran, mientras *Thriller* resonaba por los altavoces del estudio.

—Así es. No podemos esperar que este álbum logre un éxito similar a *Off the Wall* —confirmó Quincy.

—Hoy en día, dos millones de copias son una enormidad —señaló Ron.

—Sí, es un mercado complicado. No hay *hits* —dijo Quincy.

—Ya es suficiente —le gritó Michael al ingeniero. Su sonrisa se esfumó—. ¿Qué os pasa? ¿Cómo podéis decirme algo así? Estáis totalmente equivocados.

Quincy trató de intervenir:

—Pero, Michael…

—No sigas —sentenció Michael, alejándose de Quincy—. No vuelvas a decirme algo así. No lo toleraré. —Desde un rincón, John Branca observaba la escena. Una sonrisa irónica se dibujaba en sus labios. Conocía a Michael, sabía cómo terminaría —. ¡Adiós! —gritó Michael mientras salía del estudio.

Al día siguiente, Michael, iracundo, llamó por teléfono a John Branca y le dijo que Ron y Quincy lo habían sacado de quicio cuando opinaron que *Thriller* «sólo» vendería dos millones de copias.

—Lo sé. No los escuches, Mike. No saben nada —recuerda haber respondido John.

—Pero Quincy debería saber —se lamentó Michael.

—Tal vez no esta vez —lo tranquilizó su abogado—. Walter [Yetnikoff] te dirá lo mismo que yo, puedes llamarlo.

—No, hazlo tú —pidió Michael—. Dile que el disco está cancelado, John. Todo terminó. No volveré a trabajar con CBS.

—Pero, Mike.

—No, John. Si Quincy y Ron no creen en esto, es mejor olvidarlo —sentenció Michael—. No permitiré que el álbum se dé a conocer. Si *Thriller* no puede lograr el éxito que merece, prefiero archivarlo para siempre —afirmó.

John trató de razonar con él, pero Michael lo interrumpió:

—Déjame que te diga algo. En esta vida hay ganadores y perdedores. —Y antes de que John pudiese responder, cortó. Diez minutos más tarde, John llamó por teléfono a Michael para decirle que le había dado el mensaje a Yetnikoff y que (no era ninguna sorpresa). Walter quería hablar con él. «Dile que me llame», ordenó Michael.

Walter Yetnikoff solía intimidar a la mayor parte de los artistas de CBS, pero no a Michael. Al fin y al cabo, él había hecho frente a Berry Gordy.

Cumpliendo con su petición, Walter lo llamó. Según recordaba, cuando Michael le contó lo sucedido en el estudio, él intentó calmarlo.

—¿Qué diablos saben ellos? —dijo, refiriéndose a Quincy y Ron—. Por Dios, Michael, confiamos en ti, no en Quincy, o en tu representante, aunque nos merezcan respeto. Tú eres la superestrella.

—¿Eso crees? —preguntó Michael con timidez.

—Sin duda.

—Entonces, ¿estás de acuerdo?

—Desde luego.

—Bien —dijo Michael—. El disco puede ser lanzado al mercado.

Michael Jackson había creado un melodrama en torno a *Thriller*. Nadie dudaba de eso. ¿Estaba realmente dispuesto a cancelar el lanzamiento del álbum simplemente porque Quincy había predicho que sólo vendería dos millones de copias? Quizá. De todas maneras, es más probable que Michael tratara de hacer las cosas «a su manera», como dirían en la familia. La forma en la que manejó la situación no fue precisamente estratégica o ingeniosa. La dinámica era semejante a la de una disputa familiar: como suele suceder cuando algún integrante tiene una rabieta, insiste hasta que consigue lo que quiere, y se siente reconocido. Michael utilizaría esa táctica muchas veces en el futuro. Obviamente, no hay ninguna fórmula para el éxito. Pocos artistas alcanzan el estrellato, y si alguno encuentra la manera, merece reconocimiento. Michael Jackson, ciertamente, había encontrado el camino.

Thriller* es… un *thriller

El 1 de diciembre de 1982, *Thriller* fue lanzado al mercado. Considerando el impacto que tendría en la industria discográfica, parece una ironía que cuando la CBS lanzó el primer sencillo del álbum (en octubre, poco más de un mes antes que el álbum) muchos observadores pensaran que *Thriller* sería una decepción. El dúo de Michael Jackson y Paul McCartney, en «The Girl is Mine» (compuesta entre ambos mientras miraban dibujos animados) pareció más interesante que la canción en sí misma. Si bien era bonita, no tenía contenido. Muchos músicos, negros y blancos, creían que Michael y Quincy Jones habían ido demasiado lejos al crear deliberadamente un disco para el público blanco. Si esa primera canción era sólo un indicio de lo que era

el álbum, Michael parecía estar en un gran problema.

Le seguía «Billie Jean». Sombría y desolada de acuerdo con las pautas de producción de Quincy Jones, «acechaba el ritmo» como un animal depredador.

Michael compuso esa inquietante canción, que habla sobre una muchacha que le atribuye a un hombre la paternidad de su hijo. Los romances extramatrimoniales de Joseph Jackson y su hija, Joh'Vonnie, seguramente inspiraron a Michael cuando escribía la letra. Sin embargo, otra experiencia también le sirvió de inspiración. En 1981, una fan le escribió una carta donde le hacía cargo de la paternidad de su hijo. Adjuntó fotos suyas —era una mujer negra, joven y atractiva, rondando la veintena, a la cual él no conocía— y de su hijo. Michael recibía a menudo este tipo de cartas y no solía darles importancia. Esta joven, sin embargo, era más persistente que las demás. Ella lo amaba y anhelaba estar junto a él. Le escribía diciendo que no podía dejar de pensar cuán felices serían criando juntos a su hijo. Obviamente, estaba trastornada.

En los meses siguientes, Michael recibiría docenas de cartas de esa mujer. En una de esas cartas, ella le decía que el bebé tenía sus ojos y se preguntaba cómo era posible que un padre no reconociera a su propio hijo. Michael comenzó a tener pesadillas sobre este asunto. Se obsesionó con ella, se preguntaba dónde estaría, en qué momento aparecería en su puerta, y qué haría él entonces. Algunos integrantes de la familia creyeron que la obsesión entre él y su admiradora se había vuelto recíproca. Un día, Michael recibió un paquete enviado por ella. Cuando lo abrió, descubrió otra fotografía: su foto de graduación de la secundaria. En la foto, ella reía inocentemente como una niña. En la caja también había una pistola y una nota, donde la admiradora le pedía a Michael que se suicidara en una fecha y hora determinadas. Aseguraba que ella haría lo mismo, después de matar al bebé. Según decía, si ellos tres no podían estar juntos en esta vida, tal vez podrían hacerlo en la siguiente. Michael se asustó. Cogió la fotografía y la expuso en la mesa del comedor para horror de Katherine. «Dios, ¿qué haré si ella aparece? —se preguntaba preocupado—. Tengo que recordar esta cara, por si acaso. No debo olvidarla». Ella nunca apareció en su puerta. De hecho, más tarde supo que la pobre muchacha terminó en un hospital psiquiátrico. Después del lanzamiento de «Billie Jean», Michael aclaró que compuso la canción pensando en su obsesionada fan. Irónicamente, Quincy Jones no quería incluir el tema en *Thriller*, a pesar de que Michael lo adoraba; creía que no era lo suficientemente potente para el disco. Él y Michael tenían sus diferencias sobre la canción.

Acerca del título, Michael le preguntó a LaToya: «¿Creerán que hablo de aquel jugador de tenis?». Se refería a Billie Jean King. LaToya descartó esa posibilidad. Quincy Jones, sin embargo, quiso cambiar el título de la canción y llamarla «Not My Love». Obviamente, Michael se opuso. En verdad, la relación entre Michael y Quincy se deterioró rápidamente durante la grabación de *Thriller*, especialmente porque Quincy no le dio la posibilidad de coproducir «Billie Jean» y «Beat It». Las grabaciones de prueba que Michael había hecho antes de que Quincy empezara a

trabajar sobre ellas sonaban casi igual a las versiones finales. Michael sentía que era justo que le permitieran coproducir las canciones y le otorgaran derechos de autor adicionales. Quincy se mostraba en desacuerdo, para disgusto de Michael.

Una observación más detenida revelaba en *Thriller* un trabajo extremadamente ambicioso que se expandía en numerosas direcciones. «The Girl is Mine» era la antítesis de «Beat It», una canción en la que Michael acentuó la combinación de lo rítmico con el *blues* utilizando un estilo más cercano al *rock and roll*.

Algunos críticos pensaron que «Beat It» era un descarado intento de atraer al público del *rock* duro; la canción recordaba a la banda de Eddie van Halen. Si bien en el pasado Michael no se había mostrado interesado por el *rock and roll*, el recurso fue beneficioso para el *marketing*: «Beat It» obtuvo aceptación incluso entre los fans del *rock*. Por otra parte, si «Wanna Be Startin' Somethin'» tenía un lejano parecido con las canciones «Don't Stop "Til You Get Enough" y "Working Day and Night", de *Off the Wall*, se debía a que Michael las había escrito durante el mismo período. En "Wanna Be Startin'Somethin"», Michael reveló lo que sentía con respecto a las habladurías y los hijos no deseados. La melodía central, un canto similar al de los *swahili*, le dio a la canción un sabor internacional. Era raro escuchar a Michael escupiendo letras furiosas acerca del odio.

También sobresalía la introspectiva y rítmica «Human Nature», escrita por Steve Porcarro y John Bettis, una balada pop cuya musicalidad evitó que sonara demasiado empalagosa; el funky «PYT» (iniciales de «Pretty Young Thing»), compuesto por James Ingram y Quincy Jones, y la seductora balada «*Lady* in My Life», cuyo autor era Rod Temperton. Eran intentos de reforzar el estilo R&B del álbum. Michael no cantaba una balada tan *sexy* y emotiva como «*Lady* in My Life» desde su época en Motown. Tal vez ése fue el motivo por el cual requirió tanto trabajo antes de que Quincy Jones se sintiera satisfecho.

«Thriller», la canción que daba título al álbum, habla largamente sobre la fascinación de Michael por lo sobrenatural y lo espeluznante. Era una típica canción melódica de Rod Temperton. La letra tenía entusiasmo e intriga, y concluía con una majestuosa intervención del señor de lo macabro, Vincent Price. «Thriller» habría sido aún más convincente si hubiera simbolizado el concepto de toda la obra, pero el álbum no tenía ningún foco real. Era sólo un conjunto de buenas canciones. Incluso el diseño de la cubierta, una fotografía de Michael vestido con chaqueta blanca y pantalones, pareció incongruente. De todos modos, es la foto que mucha gente recuerda cuando se discute acerca de su cirugía estética, diciendo: «Habría sido aconsejable que se detuviera ahí». Con *Thriller*, Michael y Quincy habían logrado excelentes versiones de pop, *soul* y *funk* capaces de atraer a todos los públicos. Aun así, nadie en el mundo de la música esperaba que el público respondiera tal como lo hizo. *Thriller*, más que un artículo similar a una revista, un juguete, o una entrada de cine se transformó en un producto de primera necesidad en cualquier hogar. En su pico de ventas, CBS confirmó que el álbum vendía unas asombrosas 500.000 copias

por semana. De cara a la prensa, Quincy actuaba como si hubiera sabido que *Thriller* iba a causar ese impacto. «La primera vez que lo escuché en el estudio, lo supe, porque se me puso la piel de gallina. Es una señal que no deja lugar a dudas —afirmaba—. Todo el talento que Michael había desarrollado a lo largo de veinticuatro años, había estallado. Yo estaba electrizado, al igual que todos los involucrados en el proyecto. Aquella energía era contagiosa, en el estudio los altavoces ardían. Fue la primera vez que vi algo así en cuarenta años». Las palabras de Quincy demuestran que es un gran comunicador. Cabe recordar que él había anticipado ventas de dos millones de copias, un éxito moderado que provocó un disgusto para nada moderado en Michael.

«Te lo dije —alardeó Michael con John Branca cuando fue evidente que *Thriller* era un éxito astronómico—. Lo sabía. Yo era el único que lo sabía». John no pudo evitar la risa.

A fines de 1983, *Thriller* había vendido la asombrosa cantidad de 13 millones de copias en Estados Unidos y casi veintidós millones en todo el mundo. Hasta entonces, el álbum más vendido en la historia era la banda sonora de la película *Fiebre de sábado noche*, que desde su lanzamiento, en 1977, contabilizaba 25 millones de copias. Michael había superado aquel récord. Había marcado un hito: hasta ese momento, ningún otro álbum de un artista solista había vendido más de doce millones de copias. Además de sus logros personales, Michael, sin ayuda de nadie, había reanimado a una industria discográfica moribunda. La gente que llegaba a las tiendas para comprar *Thriller* también compraba otros discos. Por este motivo, la industria tuvo su mejor año desde 1978. Gil Friesen, entonces presidente de la discográfica A&M decía: «La industria entera apuesta por el éxito de *Thriller*». El disco de Michael generó una nueva oleada de interés por la música negra en general.

Thriller vendería más de cincuenta millones de copias alrededor del planeta. El disco permanecería treinta y siete semanas en el primer puesto del *ranking Billboard*. En el Reino Unido también alcanzó el primer puesto en los *rankings* y permaneció allí durante ¡ciento sesenta y ocho increíbles semanas! (*Thriller* fue el primer disco que logró ser número uno simultáneamente en Estados Unidos y Gran Bretaña). Además, antes de *Thriller* ningún álbum había tenido siete canciones en el Top Ten: «Billie Jean», «Beat It», «The Girl is Mine», «Human Nature», «Wanna Be Startin' Somethin'», «PYT» y «Thriller». Todas estas canciones fueron muy vendidas por todo el mundo. CBS ganó al menos sesenta millones de dólares sólo con «Thriller». Michael también ganó mucho dinero. Según John Branca, Michael tenía «los derechos de autor más caros de toda la industria discográfica. Se incrementaron con las ventas, promediando el 42 por ciento del precio de venta, alrededor de 2,10 dólares por cada álbum vendido en Estados Unidos, sumando 32 millones de dólares sólo en las ventas a nivel nacional. Otros 15 millones de dólares fueron el resultado de las ventas en el extranjero. Estas cifras no incluyen los derechos por las cuatro canciones que él escribió para el álbum. Michael Jackson era, a los veinticinco años,

un joven muy rico. Ciertamente, había recorrido un gran camino desde que Motown le ofreciera el 0,2 por ciento.

Cuanto más se escuchaba, y posiblemente *Thriller* haya sido el disco más escuchado tanto en privado como en las radios, mejor sonaba. Michael y Quincy habían logrado su meta: llegar a un público muy amplio y variado compuesto por blancos, negros, intelectuales, fans del heavy metal, chicos bien, padres. Era el disco perfecto; cada canción, un ejemplo de lo que debería ser el pop; cada arreglo, cada nota, estaba en el lugar perfecto. Este logro convirtió a Michael en más que un héroe; la industria discográfica lo elevó al círculo de los elegidos, casi un santo. En el mundo del espectáculo, desde luego, aun el artista con menos talento, si vende enormes cantidades se vuelve un «visionario». Sin embargo, las increíbles ventas de Michael, sumadas a su asombroso talento, establecieron un precedente de excelencia. Un precedente que él, secretamente, intentaría superar el resto de su carrera.

Hayvenhurst

Joseph Jackson es conocido entre sus amigos y socios como un hombre dado a sobrevalorarse e invertir en negocios poco seguros, fuera de las carreras de sus hijos. Desde luego, algunas de sus inversiones fueron rentables. Por ejemplo, una compañía de limusinas. Pero frecuentemente, Joseph perdía el dinero que invertía. Por ejemplo, en una ocasión creó su propia compañía discográfica, lo cual le costó una pequeña fortuna. También invirtió mucho dinero en la producción y dirección de bandas musicales, quizá para demostrar que él podía hacer por otros lo mismo que había hecho por sus hijos. Sin embargo, sus intentos tuvieron poco oningún éxito. ¿Y quién entre sus conocidos podría olvidar «Joe-Cola»?, su propia gaseosa, que también fue un rotundo fracaso. Sin embargo, es justo reconocer su iniciativa. Nunca tuvo miedo de arriesgarse, invertir dinero en lo que pensaba que podía ser una buena idea. Al fin y al cabo, fue así como consiguió llevar a los Jackson 5 a Los Ángeles y a Motown.

A principios de 1981, Joseph tenía problemas financieros lo bastante serios para querer vender la propiedad de Encino. Una de sus virtudes consiste en que nunca intentó utilizar los ingresos de sus hijos para solucionar sus propios problemas financieros. Diría Michael: «Nosotros estábamos entre los pocos artistas afortunados que no estuvieron involucrados en su niñez en los negocios, en las cuestiones materiales: el dinero, bienes inmuebles, otras inversiones. Mi padre se hizo cargo de todo por nosotros. Hasta el día de hoy le estoy agradecido por no haberse apropiado de nuestro dinero, como tantos padres de estrellas infantiles, que roban a sus propios hijos. Mi padre jamás lo hizo».

Joseph puede merecer otras acusaciones, no la de ser ladrón. Cuidó las inversiones de sus hijos, y si perdieron dinero —como sucedió en todos los casos, salvo el de Michael y Janet— probablemente se debió a que heredaron la inclinación

de Joseph por las malas inversiones, nunca porque no hubieran recibido la suma que les correspondía.

Joseph encontró al comprador perfecto para la propiedad de Encino: su propio hijo, Michael.

Podríamos preguntarnos si Joseph analizó *a priori* las consecuencias que tendría la oferta que le hizo a Michael. Sin duda, una vez que pasó de propietario a arrendatario, su relación con Michael también cambió. Excluyendo circunstancias insólitas, en la mayoría de los casos familiares, los padres dan albergue a sus hijos; cuando éstos crecen y se hacen adultos, se van de la casa familiar y buscan su propia casa. El cambio de roles suele contribuir a la disfunción del grupo familiar. Joseph siempre había sostenido la idea de que un padre debía estar capacitado para controlar a sus hijos, más allá de sus edades, sus deseos, su experiencia. No obstante, no advirtió que tarde o temprano la necesidad de vivir en la casa de su hijo se lo impediría, especialmente teniendo en cuenta que esa casa había sido suya alguna vez. Desde luego, Joseph sabía que Michael nunca lo expulsaría de la casa por consideración a Katherine. Michael pagó aproximadamente quinientos mil dólares por su mitad de la propiedad. Katherine y Joseph conservaron la otra parte. Finalmente, Joseph vendió su parte a Michael, y Katherine conservó el 25 por ciento restante. En esas condiciones, sin embargo, su esposa podía echarlo a la calle, ya que ella y Michael eran los dueños de la propiedad.

En cuanto fue propietario de su parte de la casa, Michael decidió demolerla completamente y reconstruirla. Al cabo de dos años se había convertido en un gran palacio. Se hizo una especie de justicia amorosa y poética: Michael había sido capaz de destruir la casa que albergaba tantos malos recuerdos y, a partir de sus cenizas, construyó una casa nueva, que permitía depositar esperanzas en el futuro. Unos años antes, de gira por Inglaterra, le habían fascinado las mansiones de estilo Tudor que había visto en el campo. La mansión era y sigue siendo, aún hoy, realmente especial.

Un sendero de ladrillo conducía a una casa de estilo Tudor de tres plantas, con una fuente en la entrada. Todas las ventanas de la casa fueron hechas con vidrieras artísticas. Cuando Michael estaba en la residencia, los cuatro Rolls-Royce que Tatum O’Neal le había ayudado a elegir estaban aparcados delante del garaje de estilo Tudor. (Michael todavía se sentía inseguro al conducir; prefería coger el desvío que lo retrasaba una hora a conducir por las autopistas de Los Ángeles. «No sé entrar ni salir de ellas», se quejaba).

Sobre la puerta del garaje se veía un cartel: «Bienvenidos». En el centro del mismo garaje había un reloj de gran tamaño con números romanos. En el segundo piso del garaje, los visitantes tenían acceso a una galería de arte de tres salas que contenían en sus paredes, y aun en el techo, cientos de fotografías de la familia de Jackson.

En los jardines se podían encontrar un par de pavos reales, dos llamas, dos ciervos, una jirafa y un carnero, y hermosos cisnes blancos y negros que nadaban en

el lago. Durante el día, los animales paseaban libremente, y sólo por las noches eran alojados en establos. Muscles, la boa constrictor de más de dos metros, tenía la función de «entrenarse devorando periodistas», me confió Michael. Una vez, mientras Katherine ordenaba el salón, descubrió a Muscles debajo de uno de los almohadones del sofá y dio un grito tan fuerte que se oyó en toda la casa.

Junto al garaje, Michael construyó una réplica a escala de la avenida central de Disneylandia, donde incluyó además la tienda de chucherías. Había una réplica del robot de Abraham Lincoln, que hablaba, tal como lo hacía el robot original del parque. Cuando Michael visitaba Disneylandia, su «lugar preferido en el mundo», su popularidad generaba un caos total. Por este motivo, él prefería que los empleados de Disney lo condujeran por las puertas traseras y los túneles del parque de atracciones. En Encino, él construyó su propio Disney en miniatura, un antecedente del enorme parque de atracciones que construiría más tarde: Neverland.

El parque privado albergaba muñecos de los personajes más famosos de Disney. «Son como la gente de carne y hueso. La diferencia es que ellos no me asedian, ni me piden favores. Me siento cómodo con estos personajes. Son mis íntimos amigos».

Sinuosos caminos de ladrillo decorados con flores exóticas y arbustos muy bien cuidados conducían a partes aisladas de la gran propiedad, donde Michael a menudo paseaba solo para meditar. La piscina era enorme. En las paredes, cuatro fuentes con la cara barbada de Neptuno soltaban chorros de agua. Una cascada caía frente a dos periquitos. Las cerámicas formaban un diseño elaborado y colorido. El agua pasaba por la piscina central y luego fluía hacia un *jacuzzi* con burbujas.

En la planta baja de la casa principal había una sala de cine con capacidad para treinta y dos personas, con asientos de lujo de terciopelo rojo y proyectores de 16 y de 35 milímetros. Las paredes y el telón eran de un color verde azulado. Michael pasaba largas horas en ese lugar.

Las películas de Fred Astaire y de *Los tres chiflados*, siempre estaban listas para ser proyectadas. «Puse todo esto aquí para no tener que salir allí afuera», explicaba, señalando el mundo exterior. Había también una habitación revestida en madera, donde se exhibían muchos de los trofeos de Michael. Los álbumes de oro y platino de los Jacksons cubrían las paredes. La familia decía, bromeando, que si LaToya alguna vez lograba conseguir un disco de oro, no habría lugar para colgarlo. (Hasta ahora, eso no ha sido un problema). Entre las portadas de revistas y otros objetos de interés, había un diorama de casi dos metros de largo de *Blancanieves y los siete enanitos*. «Un día recibí una llamada de Mike —recordaba Steve Howell, quien fuera el responsable de la videoteca—, “Trae el equipo de vídeo, nunca adivinarás quién viene”. “¿Quién?”, le pregunté. “¡Blancanieves y los siete enanitos!”. Había contratado a los actores de Disney. Nada era extraño cuando trabajabas para Michael». En la filmación de Steve se ve a Michael, que ya tenía veintiséis años, fascinado con Blancanieves, jugando con los enanitos en la sala de trofeos. La expresión de su cara indica que fue uno de los días más felices de su vida.

Una escalera blanca de mármol con una alfombra verde conducía a un gimnasio y a cuatro *suites*, cada una con su propio baño. El dormitorio de Michael era grande y desordenado. «Sólo quiero que mi cuarto tenga espacio para bailar y que quepan mis libros», recalcaba. No tenía cama; dormía en el suelo, cubierto con una alfombra verde, al igual que una pared, junto a la chimenea. Los cuadros de Peter Pan cubrían las restantes. Había postigos de madera en las ventanas, que él por lo general mantenía cerradas. La habitación siempre estaba desordenada, con libros y discos desparramados por todas partes, películas y casetes amontonados. Las cartas de los admiradores se apilaban en los rincones.

En el dormitorio también había cinco maniquíes de mujeres de distintos grupos étnicos: una caucásica, una oriental, una india y dos negras, elegantemente vestidas y de tamaño real; parecían modelos. Michael decía que, en un primer momento, había planeado un cuarto especial para los maniquíes, pero luego cambió de opinión y decidió poner a sus «amigas plásticas» en su propio cuarto. Katherine debió de haberse sentido aliviada.

«Supongo que quiero dotarlas de vida. Me gusta imaginar que puedo hablarles, que estoy acompañado por amigas que jamás he tenido. Tal vez tenga dos amigos, muy recientes. Un artista no puede saber quién es su amigo. Con los maniquíes consigo rodearme de amigos». El doctor Paul Gabriel, profesor de psiquiatría clínica en el hospital de la Universidad de Nueva York, tiene una teoría sobre la inclinación de Michael por los maniquíes, afición que conservó, como podía verse en el documental que Martin Bashir hizo en 2003. «Se trata de una excentricidad especial, en la categoría del narcisismo. Nos gusta pensar que somos hermosos. Construimos imágenes de nosotros mismos. Los niños son muy narcisistas. Ellos se ven reflejados en sus muñecos, y esto es lo que le sucede a Michael Jackson. Después de los cinco o seis años, los niños comienzan a dejar atrás esa tendencia. Al parecer, él nunca lo hizo». Más adelante habría una cuna en la esquina del dormitorio, donde dormiría Bubbles, el chimpancé de Michael, que se convertiría en una celebridad. El cuarto de baño de Michael era impresionante, todo de mármol negro y oro. Los grifos del lavabo eran cisnes de metal. Una serpenteante escalera iba desde el dormitorio hasta un balcón privado en el cual Michael tenía su propio *jacuzzi* al aire libre. El dormitorio de LaToya estaba al final del pasillo de Michael. «Hace mucho ruido. Cuando compone, desde su habitación se escucha música; cuando ve *Los tres chiflados* en la televisión, se pasa riendo toda la noche. La luz siempre está encendida. Michael lee muchos libros. No se puede entrar en su habitación por la cantidad de libros y de basura que hay. Compadezco a la empleada de limpieza», se quejaba su hermana. Michael se entretenía ocultando escarabajos y arañas bajo las sábanas de LaToya para que ella se asustara y gritara. Tampoco se lo pensaba dos veces antes de entrar en otro dormitorio, abrir cajones y revisarlos.

Con frecuencia exasperaba a los miembros de la familia porque se inmiscuía en sus asuntos, pero se disgustaba profundamente si alguien se atrevía a hacer lo mismo

con él. Hayvenhurst —así se le llamaba informalmente, porque era el nombre de la calle de Encino donde se encontraba— era el perfecto retrato de Michael Jackson. Sin duda, en nada se parecía a la casita donde se había criado y tampoco a la casa tradicional que se había edificado antes en esa misma propiedad. Desde la planta alta, Michael miraba la puesta del sol y el brillo de las luces blancas que decoraban los árboles de toda la casa y delineaban sus contornos.

Michael vuleve a reunirse con Berry

El 12 de marzo de 1983, el contrato de correpresentación que Michael Jackson y sus hermanos tenían con su padre, Joseph Jackson, y con el equipo de Ron Weisner y Freddy DeMann terminó. Se esperaba que Michael lo renegociara y firmara un nuevo acuerdo. Sin embargo, él no tenía prisa por hacerlo. «Esperemos y veamos qué pasa», decía cuando se mencionaba el tema. A los veinticuatro años de edad, había protagonizado un gran éxito como solista con *Thriller* y, por consiguiente, confiaba más en sus propias decisiones. Acababan de premiarlo con un disco doble de platino por *Thriller*, en una conferencia de prensa llevada a cabo en las oficinas de la costa Oeste de la CBS; era consciente del poder que tenía en la industria discográfica. Ya no se sentía obligado a ser el líder de sus hermanos; ellos habían dicho que querían continuar con Joseph. Ron Weisner, Freddy y Joseph trabajarían sin contrato mientras Michael decidiera cómo manejar el asunto.

Ciertamente, si Joseph deseaba seguir siendo el representante de Michael, maltratar a Katherine no lo favorecería. Michael había sido testigo de mucho sufrimiento en su familia y se le hacía imposible separar al hombre responsable de esas situaciones de aquel que se ocupaba de su carrera. Estaba comenzando a evaluar sus opciones.

«¿Por qué Joseph tiene que estar en la escena? —se preguntaba él—. ¿Sólo porque es mi padre? Bien, eso no es suficiente». Michael también estaba preocupado por una carta que Joseph le había escrito a Ron y a Freddy años atrás, en 1980. En ella les recriminaba a los representantes por ocuparse demasiado de la carrera de Michael, descuidando la de sus otros hijos. Joseph, probablemente, no esperaba que la carta llegara a las manos de Michael. Si hubiera sido por Joseph, Michael no habría tenido una carrera exitosa como solista. Por supuesto que el éxito de Michael con *Thriller* podría haber sido positivo para los hermanos, en términos de oportunidades laborales, siempre que Michael siguiera siendo parte del grupo, lo cual empezó a parecer una propuesta poco viable, especialmente después de su siguiente aparición televisiva.

En marzo, el mismo mes que Michael alcanzó el numero uno con «Billy Jean», Suzanne dePasse estaba finalizando la producción de un programa especial de la cadena NBC, llamado: *Motown 25: Ayer, hoy y siempre*, para celebrar los veinticinco

años de la compañía. Suzanne, presidente de Motown en ese entonces, y su mano derecha, el respetado Berry Gordy, esperaban a todos los artistas que alguna vez habían estado dentro de la empresa, algunos de los cuales se habían ido en malas condiciones, para rendir homenaje, esa tarde, a Berry Gordy en su cincuenta y cuatro cumpleaños, y para reconocerle la influencia que había tenido en muchos de ellos. Suzanne tuvo dificultad para que accedieran a participar en la reunión. Por ejemplo, había tenido la idea de reunir a Diana Ross y The Supremes, trece años después de que aquel grupo se disolviera. Pero Diana, que ahora trabajaba para la compañía RCA, no había vuelto a ver a Berry desde que había abandonado la compañía, y como no estaba muy convencida de cómo reaccionaria al verlo, decidió no participar. Su decisión puso la propuesta de reunir al grupo en peligro. En cambio, se decidió reunir a Michael y a los Jackson 5, incluyendo a Jermaine, quien no integraba el grupo desde 1975. Todos los hermanos creyeron que era una excelente idea, menos Michael. En primer lugar, era reticente a aparecer en un programa de televisión. Justamente, disfrutaba haciendo videoclips porque podía tener un completo control del producto final. Cada aspecto de su actuación podía ser perfeccionado, ya fuera mediante sucesivas tomas o mediante una edición cuidadosa. El «directo» en un estudio lleno de espectadores que después sería grabado y difundido era una propuesta peligrosa. Él no tendría el control para poder mejorar la calidad del vídeo. No importaba de qué modo lo hiciera, no había forma de que resultara… mágico. Por otra parte, el poco interés de Michael en participar en el *Motown 25* se debía a tener que volver a trabajar con sus hermanos, aun cuando se tratara de un programa que se emitiría para el país entero en horas de máxima audiencia. No parecía atractivo para él, como lo era para su familia.

Durante años, él había sido dependiente de la contención emocional y afectiva de su familia, aun siendo ya un profesional. Sin embargo, en los últimos tiempos había comenzado a separarse: primero, en lo emocional, y luego, profesionalmente, por el crecimiento de su exitosa carrera de solista. En realidad, nunca anunció formalmente que abandonaba el grupo, pero ya no quiso seguir siendo un Jackson. Por otra parte, Michael tenía sentimientos contradictorios hacia Berry. Él no había olvidado aquella reunión que habían tenido en 1975, cuando Berry le había prometido que nunca haría daño alguno a la familia Jackson. Sin embargo, animó a Jermaine, el hermano preferido de Michael, para que abandonara el grupo. Si bien la cuestión fue un poco más complicada, así lo recordaba Michael. Él también sintió que Motown les jugó una mala pasada cuando les impidió usar el nombre del grupo, Jackson 5, para la CBS. Ciertamente, Michael tenía asuntos pendientes con Berry, y, al igual que Diana Ross, se sentía inseguro de participar en su homenaje. No fue ninguna sorpresa que Joseph creyera que la idea de una reunión era buena. A él no le interesaba hacerle un homenaje a Berry Gordy (¡indudablemente!) pero veía una oportunidad para presentar al grupo musical en la forma que él siempre creyó que debería estar: como un frente unido, como hermanos hasta el final. Joseph también vio la oportunidad de

convertir la reunión del grupo en una gira que dejara mucho dinero. La idea seguramente estremeció a Michael; sin embargo, Joseph la siguió considerando seriamente. «Él hará lo que le diga que haga» dijo Joseph, confidencialmente. Como siempre, había subestimado a su hijo. Desoyendo los deseos de Joseph, Michael habló del tema con sus otros mánagers, Ron Weisner y Freddy DeMann, y también, con su abogado, John Branca. Entonces decidió que no iba a aparecer en el programa.

Berry estaba bastante desengañado por la decisión de algunas viejas estrellas de Motown de no participar en el homenaje. Incluso Marvin Gaye, su antiguo cuñado, había dicho que él no estaría presente.

—Éste va a ser un gran programa de todos modos —dijo.

Suzanne dePasse le respondió:

—Ah, ¿sí? Sin Diana Ross y Michael Jackson, ¿qué programa tenemos?

—Conseguimos a DeBarge. Conseguimos a High Inergy [ambos eran grupos menores de Motown] —le contestó Berry.

Y Suzanne le espetó:

—Tienes que hablar con ellos.

Berry llamó por teléfono a Diana; después de una discusión, ella le aseguró que estaría presente en el programa. Finalmente, también Marvin Gaye se comprometió a asistir. Sin embargo, Michael se resistía.

Una noche, mientras Michael editaba una versión especial de «Billie Jean» en un estudio de grabación de Motown (que había alquilado), Berry decidió presentarse, sin previo aviso. Al principio, Michael se asombró al verlo, pero rápidamente se calmó. Berry tenía muchas ganas de hablar con Michael, a pesar de lo que había sucedido en el pasado. De alguna manera, Michael lamentaba que Berry no fuera su padre, en lugar de Joseph, más allá de las vicisitudes de la industria. También Berry respetaba mucho a Michael, no así a su padre. Ver nuevamente a Berry hizo sentir bien a Michael; su sonrisa le hizo recordar buenos tiempos, en Motown. Sentando a su lado, en la mesa de control, Berry le preguntó a Michael por qué no quería aparecer en el programa por los veinticinco años de Motown. Michael le explicó que no le gustaba actuar en televisión pero aseguró que no tenía problema alguno con sus hermanos o con Motown. Finalmente, los dos comenzaron a hablar de los viejos tiempos en la compañía, y quedó claro que Michael todavía sentía un apego por su pasado allí. De todos modos no haría la presentación, a no ser que pudiera conseguir algo para él. ¿Por qué no? Todos los demás conseguirían algo: Berry, un homenaje; sus hermanos, volver a tocar juntos; Joseph, su deseo; la cadena, una gran audiencia… ¿por qué no algo para Michael?

—Escúchame, si hago la presentación, quiero tener un tema solista —le dijo Michael a Berry.

—¡Eh!, eso es perfecto —le contestó Berry con entusiasmo—. Yo deseo lo mismo.

Berry asumió que Michael hablaba de cantar una de sus canciones solistas de

Motown, como «Got to Be There» o «Ben». Berry comenzó a proponerle, a toda prisa, una lista de las canciones solistas, también mencionó «Never Can Say Goodbye» que, desde luego, no era una canción solista.

Sin embargo, para Berry, que estaba en todos los detalles de Motown, los temas eran todos iguales: éxitos. Michael negó todo con la cabeza y finalmente le dijo: «No, Berry, quiero hacer "Billie Jean"». Berry comenzó a morderse la lengua, como usualmente hacía cuando pensaba profundamente. Le explicó que el especial era una celebración de Motown y que «Billie Jean» había sido grabada por la CBS, no tendría sentido hacer la canción en ese programa. Michael le advirtió a Berry que si no podía hacer «Billie Jean», simplemente no participaría en el espectáculo. Él quería demostrar que, a pesar de lo buenos que eran los clásicos de Motown, había sido capaz de hacer una canción que era, posiblemente, aún mejor. Era una forma de dejar definitivamente la compañía que lo había hecho famoso mundialmente. Sería lo mejor que le habría podido pasar a él, y a sus hermanos. Quería que el público viera su crecimiento y también quería promover «Billie Jean», aunque estaba en los Top Ten y realmente no lo necesitaba, pero ¿por qué no? Desde luego, Michael quería hacer las cosas a su modo.

—No estoy de acuerdo con respecto a «Billie Jean —dijo Berry, mientras se paraba—. No me parece justo.

—Bien, entonces, Berry, lo siento.

Después de un momento de silencio, Berry, sonriente, aceptó la propuesta.

—Que sea «Billie Jean», qué diablos, me gusta esa canción.

—Ah, y quiero revisar la versión final del videocasete antes de que sea difundido —añadió Michael. Ningún otro artista había hecho esta petición; la mayoría no se habría atrevido, ya que era bastante inusual. Berry dudaba. A la compañía le gustaba tener el control del producto final. Simplemente, así eran las cosas siempre. Sin embargo, las cosas tendrían que cambiar si ellos querían contar con Michael en el programa.

—Bien. —Berry finalizó el encuentro con un fuerte apretón de manos—. Y tú reunirás a los Jackson 5, ¿verdad? Porque es lo que Jermaine tiene en mente.

Michael suspiró.

—Sí, seguro. ¿Por qué no?

Los dos se rieron uno del otro por la manera en que se levantaron de sus sillas. Michael abrazó a Berry y susurró algo en su oído. Berry, radiante, abandonó el estudio.

Ayer, hoy y siempre

En marzo de 1983, en la grabación de *Motown 25: Ayer, hoy y siempre*, Michael Jackson parecía diferente: más delgado, casi frágil. Su nariz ahora estaba esculpida

por un Miguel Ángel del siglo XX, su cirujano plástico. Su nueva cara había sido hábilmente maquillada: los ojos almendrados estaban delineados con negro, los pómulos se destacaban con un toque de rubor y los labios, con un brillo sutil. Su anterior estilo afro había sido reemplazado por delicados bucles que enmarcaban su cara.

La reunión de los Jackson 5 estuvo bien. Cuando ellos subieron al escenario del Pasadena Civic Center, el público ya había visto las actuaciones de Marvin Gaye, Smokey Robinson y Mary Wells. La concurrencia estalló en aplausos cuando vio a los hermanos reunidos. En «I Want You Back», Jermaine estaba atrás, riendo ampliamente, a la derecha de Michael, en su vieja posición. En el momento en que los Jacksons se mecían en «The Love You Save», Randy se dirigió trotando al escenario para unirlos. La multitud —hombres elegantemente vestidos y mujeres de traje largo— estaba de pie y aplaudiendo. Durante «I'll Be There», en el momento en que Michael y Jermaine compartían el micrófono, ambos parecían embargados por la emoción. De los ojos de Jermaine brotaron lágrimas. Michael puso un brazo sobre el hombro de su hermano y ambos se miraron con gran calidez. Ése fue un momento muy emotivo, memorable. Después, los dos se abrazaron y los otros Jackson abandonaron el escenario. Entonces, el reflector dio con él. El brillo de su chaqueta negra con lentejuelas, con los puños haciendo juego con su camisa plateada, los brillantes calcetines blancos que asomaban de sus pantalones, justo por encima de sus tobillos, sus lustrosos mocasines. Y, por supuesto, estaba su blanco guante en la mano izquierda, con lentejuelas cosidas a mano.

Michael dio las gracias al público. Vacilaba, hablaba con dificultad. «Tengo que decir que aquéllos fueron los buenos viejos tiempos. Me gustan esas canciones —dijo acerca del repertorio—. Aquéllos eran momentos mágicos con todos mis hermanos, incluyendo a Jermaine. —Con la mano en el bolsillo, habló como si estuviera expresando algunos pensamientos que aparecían en su cabeza, como si estuviera solo, como si la multitud no estuviera allí, mientras iba hacia un lado del escenario para recoger su sombrero—. Aquéllas eran buenas canciones. Me gustan mucho, pero, sobre todo, me gustan —Michael ya estaba en el centro del escenario en ese momento, de cara al público— las nuevas canciones». La audiencia sabía lo que venía. Comenzó a gritar pidiendo «Billie Jean».

Cuando el *funk* infundido por la guitarra comenzó a tocar el *riff* de «Billie Jean», Michael se metió de lleno en su número. A medida que la música vibraba, Michael posaba su sombrero sobre los ojos y mantenía una pose, su mano derecha en el sombrero, su pierna izquierda lista para la acción. La postura puede haber sido un homenaje a Bob Fosse o a Sammy Davis, Jr., pero Michael le imprimía su propia magia. En general, los artistas cantan para el público, pero Michael, esa noche parecía estar cantando para él. Tal vez era una catarsis, la manera de lidiar con su dolorosa vida personal, de liberar sus demonios. Arrojó su sombrero a un lado, con gracia. Se movía constantemente; incluso cuando no lo hacía, parecía moverse. Sus hermanos

estaban en los lados del escenario, boquiabiertos. Sus padres y sus hermanas estaban sentados entre el maravillado auditorio. «Él solo se ha llevado todos los aplausos», exclamó Joseph a Katherine. Berry también fue visto de pie y aplaudiendo, era uno de sus más grandes admiradores.

«*Billie Jean is not my lover*», cantó Michael, con una expresión de aflicción dibujada en el rostro. Era una canción muy personal sobre padres e hijos, sobre la negación, la trampa y la hipocresía, sobre estar al borde de la locura. Toda la actuación de Michael fue maravillosa, pero durante el interludio instrumental hizo una serie de movimientos que lo convertirían en una leyenda del baile. Comenzó con una serie vertiginosa de pasos antes de deslizarse a través de su ya famosa «caminata lunar».

La «caminata lunar» dio paso a aquella famosa vuelta —refinada, con la práctica, a la velocidad de un tornado— y luego, inmediatamente, se paró sobre las puntas de los pies. Nadie, salvo Michael Jackson, podía bailar así, y la audiencia estaba enloquecida.

Michael no había inventado ninguno de esos movimientos; las posturas eran versiones modificadas de *locking*, una danza callejera de los años setenta. La «caminata lunar» era un movimiento que los bailarines de la serie de televisión *Soul Train* habían descartado casi tres años antes. Sammy Davis, Jr., James Brown y Jackie Wilson solían hacer esa misma vuelta. Michael copió de Fred Astaire, en sus clásicas películas de los años treinta, el detalle de pararse en las puntas de los pies.

Es por haber combinado todos esos movimientos, de diferentes épocas, por haber tomado estilos diferentes, que Michael Jackson fue un genio como bailarín y como creador. Desde que era niño y cantante principal de los Jackson 5, Michael había poseído la mágica capacidad de emocionar al público con su canto y su baile. Sin embargo, de alguna manera, esa noche algo fue diferente.

Esa noche, el público quedó deslumbrado tanto por su personalidad como por su voz y su baile. Las grabaciones de aquella función de Michael no logran mostrar la locura que generó su actuación. Los escasos minutos en que Michael estuvo solo en el escenario del Pasadena Civic Center se sumarían a las grandes presentaciones de su carrera. Después de esa noche, su vida —tanto personal como profesional— nunca volvería a ser igual. Cuando todo terminó, Michael parecía sorprendido; hizo unos pasos más, antes de darse cuenta de que la canción había terminado, o quizá sólo se dejó llevar por el momento. Una ovación de pie estremeció la sala de conciertos. Michael se inclinó para saludar al público, luego se enderezó y levantó su brazo. Sus ojos miraban hacia delante y su cuerpo estaba inmóvil. No sonrió, ni percibió lo que sucedía. Más tarde reconocería que estaba decepcionado por su actuación, ya que la vuelta había salido bien, pero no había logrado pararse sobre las puntas de los pies, tal como lo había ensayado. Siempre perfeccionista, lamentaba no poder hacerlo nuevamente. De haber sido un vídeo y no un programa televisivo, habría podido enmendarlo. A pesar de la aprobación de la multitud, no creía haber hecho un buen

papel.

Detrás del escenario lo esperaban sus hermanos. Los cinco —Jackie, Tito, Jermaine, Marlon y Randy— lo abrazaron.

—¡Qué espectáculo, Mike! —exclamó Jackie.

—Nunca vi nada igual —añadió Jermaine.

Hablaban todos al mismo tiempo. Ellos no tenían la más mínima idea de lo que Michael planeaba hacer sobre el escenario; él había decidido no decirles nada. Jermaine lo besó en la mejilla. Luego lo hicieron Jackie y los demás.

Ésa fue una demostración de afecto insólita; los hermanos, siguiendo el ejemplo de Joseph, no eran, por lo general, cariñosos o efusivos entre ellos. Sin embargo, Michael les había demostrado de lo que era capaz, y no pudieron contenerse. Tal vez había sido una buena actuación al fin y al cabo. Sin embargo, poco después la emoción terminó. Los hermanos, rápidamente, se dieron cuenta de lo que la gloria de Michael podía significar para ellos: la posibilidad de volver a tocar juntos y ganar más dinero que antes. «Los Jackson 5 están de nuevo», repitió Jackie hasta el cansancio. Los demás estaban de acuerdo. «Esto va a ser fabuloso», decían con entusiasmo. Michael no quería saber nada. Dio media vuelta y comenzó a alejarse de ellos. «¡Ey!, Mike, somos la familia», le recordó uno de sus hermanos. Michael, con una expresión inescrutable en su rostro, sólo movió la cabeza y siguió caminando.

Mientras Michael salía de la sala, un muchacho joven vestido con esmoquin lo siguió.

—¡Eh!, Michael —le gritó el joven—. Espera. —Michael se detuvo.

«¿Quién te enseñó a bailar así? —preguntó el muchacho mirando a su ídolo con los ojos llenos de admiración.

—Es práctica, supongo —dijo Michael.

—Eres asombroso —señaló el joven admirador.

—Gracias, necesitaba que me lo dijeran —respondió Michael.

El joven dio media vuelta y se alejó. Michael lo saludó con la cabeza y, mientras salía solo del teatro, comenzó a reír. Ahora se sentía bien.

El hombre y la luna

El ambiente en la casa de los Jackson era parecido a un día de fiesta. La gente llamaba por teléfono desde otros países, delirando por Michael. Hayvenhurst se llenó de parientes, ejecutivos de CBS y de Motown, vecinos y admiradores, mientras los miembros de la familia veían, una vez tras otra, el vídeo de la apasionante actuación de Michael. «Tenéis que ver esto otra vez —decía Joseph, el padre orgulloso, a cada persona que llegaba hasta la casa—. Nunca he visto nada como esto. Mirad a este niño». Tal vez Joseph no se había dado cuenta de que el vídeo sería difundido en todo el país.

Con su aparición en *Motown 25*, Michael logró dos cosas: confirmó a los admiradores de toda la vida que tenía el maravilloso talento que ellos siempre habían reverenciado, y, también, debido al alcance masivo de la televisión, llegó a millones de espectadores que nunca lo habían visto actuar. Sólo otras dos ocasiones —las primeras apariciones nacionales en televisión de Elvis Presley y los Beatles, ambos en *The Ed Sullivan Show*— podían compararse. Sin embargo, Michael Jackson fue, posiblemente, el solista más cautivador en la historia de la televisión, como cantante y bailarín.

Incluso los grandes del baile, como Fred Astaire, resultaron impresionados con la destreza de Michael. Al día siguiente de la emisión del programa, Fred llamó por teléfono a Hermes Pan, el legendario coreógrafo y ganador del Óscar, quien le enseñara a él y a Ginger Rogers sus pasos de baile más memorables (y de quien era vecino en Beverly Hills), y le dijo que quería verlo lo antes posible. Cuando Hermes llegó, Fred puso la grabación del espectáculo de Michael. «Sólo espera a ver esto». Entonces, las dos viejas leyendas miraron pasmados cómo «el nuevo chico de la manzana» entusiasmaba a todo el país. Fred nunca había dedicado tales elogios a otros bailarines masculinos.

«Coincidimos en que debíamos llamar a Michael inmediatamente», me aseguró Hermes Pan. De algún modo, Fred lo rastreó. Él le dijo que era un demonio del baile. «Eres genial en los movimientos. Los dejaste petrificados. Eres un bailarín enérgico, como yo. —Luego comentó—: Lo llamé simplemente para saludarlo y me respondió con un susurro. En realidad, me sorprendió el hecho de que una persona que baila con tal ímpetu tuviera una voz tan suave. Le dije cuánto disfruté de su trabajo y se mostró muy amable y muy emocionado. Me gustó de inmediato, porque parecía natural, poco afectado por el negocio del espectáculo».

Michael realmente no podía creer que Fred Astaire lo hubiese llamado. Admitiría más tarde que los elogios de Fred habían sido los más importantes que hubiera recibido alguna vez. El profesor de canto de Michael recordaba que «Michael estaba tomando su desayuno cuando Astaire lo llamó, y él se emocionó tanto que no pudo terminarlo». Más tarde, Fred invitó a Michael a su casa para que les ensañara a él y a Hermes cómo hacer «la caminata lunar».

Poco tiempo después, Gene Kelly visitó a Michael en su casa para hablar de trabajo. «Él sabe dónde parar y, después, explota como una ráfaga de luz —diría Gene sobre Michael, a quien pareció haber incluido en una nueva hermandad de bailarines—. Es limpio, preciso, rápido; tiene una sensualidad que llega», diría Bob Fosse de Michael después de que *Motown 25* fuera emitido. «Nunca los pasos son lo importante. Es el estilo».

Cuando Michael vio la caminata lunar por primera vez, en el popular programa de televisión estadounidense *Soul Train*, decidió que tenía que aprenderla. Ron Weisner lo puso en contacto con un bailarín de dieciséis años, llamado Casper, el niño que realmente inventó el movimiento.

—Vi algo que hicisteis en *Soul Train* —le dijo Michael a Casper—, donde parece que estás yendo hacia delante y hacia atrás al mismo tiempo.

—Se llama *backslide* o deslizamiento —explicó Casper.

—¡Es asombroso! —exclamó Michael—. ¿Puedes enseñarme a hacerlo?

Casper estaba atónito, apenas pudo contestar que sí. Al día siguiente, Casper y su compañero de baile, Cooley Jackson, se encontraron con Michael en una sala de ensayo en Los Ángeles. Con la música de «The Pop-Along Kid», del grupo Shalamar, Cooley procedió a mostrarle una versión del deslizamiento, que era más bien como empujar en el sitio más que andar de espaldas. No era lo que Michael quería. Casper demostró el deslizamiento, en el cual parece que el bailarín anda de espaldas y hacia delante al mismo tiempo. Michael saltó en el aire.

—¡Sí! Eso es. Es lo que quiero aprender. —Cuando Casper se sentó, Michael tomó sus zapatos para examinar sus suelas—. ¿Qué tienes en tus zapatos? —Michael quiso saber—. Son ruedas, ¿verdad? Es así como haces ese paso, ¿verdad?

Casper le explicó que no había zapatos especiales o ruedas; sólo era un paso de baile ingeniosamente ejecutado. Comenzó a enseñárselo a Michael, con la ayuda de una silla. Michael se agarraba al respaldo y ejecutaba el paso en el lugar repetidamente, para que su pie se acostumbrara al movimiento.

«En una hora, él aprendió el concepto básico —recordó Casper—. No se sentía cómodo, pero ya lo había entendido». Un par de días más tarde, Casper tuvo otra sesión con Michael.

«Todavía no se sentía cómodo con el paso de baile —recordó Casper—. Mientras que a mí me salía de manera natural, él parecía tieso. Eso lo fastidiaba. Decía: “No puedo hacer esto delante de gente, si no lo hago bien”». Después de aquellos ensayos, Michael continuó la gira con sus hermanos. «Fui a ver el espectáculo en Los Ángeles y él no hizo el paso —recordaba Casper—. Me sorprendió. Cuando fui al camerino y le pregunté por qué, él me dijo que todavía no se sentía seguro para hacerlo. Sentía que no lo sabía hacer». Casper estaba en su casa mirando el programa *Motown 25*, como otros millones de personas, cuando vio a Michael hacer el paso por primera vez en público. «Yo no podía creerlo —recordó él—. Mi corazón comenzó a palpitar. De un salto me levanté de la silla y grité: “¡Sí! Lo ha hecho. Él finalmente lo ha hecho. Y soy el tipo que se lo enseñó”». No era la «caminata lunar», sino el *deslizamiento*. «La “caminata lunar” es cuando haces el paso en un círculo completo. Pero, por algún motivo, el paso que Michael hizo por la televisión se hizo conocido como “caminata lunar”, en vez de “deslizamiento”», explicó Casper. De hecho, «la caminata lunar» —o «deslizamiento»— pronto se convirtió en el paso clásico de Michael. Su presentación en el programa *Motown 25* fue nominada para un premio Emmy (y el programa mismo ganó uno). Por enseñarle el paso, a Casper le pagaron sólo 1.000 dólares. «Yo tenía dieciséis años. Para mí era mucho dinero. A decir verdad, lo habría hecho gratis. ¿Cómo podía saber que se convertiría en la marca registrada de Michael Jackson?», dijo él, riendo.

Los videoclips de «Billie Jean» y «Beat It»

En marzo de 1983, Michael sube nuevamente al número uno del *ranking* con «Billie Jean». Mantendría esa posición durante siete semanas, debido principalmente a la conmoción que generó su participación en *Motown 25*, pero también como consecuencia del videoclip de la canción que Michael realizó. «Cuando su gente se acercó a nosotros para hacer el vídeo de "Billie Jean", no tenían la más mínima idea», recordaba Simon Fields, productor del vídeo. Fields contó que el concepto provino del director, Steve Barron. «Michael siguió nuestras directrices —recordó él—. Pero el tipo es un genio, se puede contar con él para hacer cosas impresionantes».

«Billie Jean», el primer vídeo del álbum *Thriller* —y el primer clip musical de Michael—, es en última instancia demasiado artificial. En una serie de tomas, Michael juega al escondite con un fotógrafo, claramente sugiriendo la paranoia acerca de la prensa.

Pero «Billie Jean», la canción —sobre una muchacha que persigue a Michael, insistiendo en que él es el padre de su hijo—, se centra demasiado en una historia como para obviarla en el vídeo. Finalmente, el vídeo es una mezcla de extrañas escenas. El logro más importante de este vídeo es que expuso a los espectadores una nueva faceta de Michael Jackson, genial, misterioso y evasivo. El momento más convincente en «Billie Jean» llega, como siempre ocurre con Michael Jackson, cuando baila. Con cada paso que da, la acera debajo de sus pies se enciende como si estuviera inyectada por, como Michael diría, «la magia». Michael mostró más de su extraordinaria capacidad para bailar en su increíble clip de «Beat It». Mientras que para «Billie Jean» tenía apenas una vaga idea de lo que quería hacer, en «Beat It» sabía con certeza lo que quería. El veterano director de anuncios publicitarios Bob Giraldi y el coreógrafo de Broadway Michael Peters colaboraron con Michael en lo que sería uno de los momentos más dinámicos y expresivos de los clips hasta hoy en día. La estructura coreográfica de «Beat It» sería imitada, repetidas veces, durante los años siguientes, y es todavía muy utilizada en vídeos de muchos artistas del pop. Es posible que de todo lo que Michael ha presentado a sus fans durante toda su carrera, el clip de «Beat It» haya sido lo más importante. La canción era *rock and roll* puro, algo que los fans de Michael, sobre todo la mayoría de sus seguidores negros, al principio rechazaban.

Además, el vídeo mostró a Jackson como nunca antes se lo había visto: Michael como un habitante de la ciudad, un Michael más humano. Una parte del público de Michael, en particular aquellos que vivían en los barrios de las ciudades, se sintieron representados por la trama. En «Beat It», un tema que Michael había escrito pensando en los jóvenes, él es la buena persona que frena la guerra entre dos peligrosas pandillas. Los espectadores eran incapaces de separar a Michael Jackson del misterio de su propia música. Cuando ellos, iracundos, preguntaban: «¿Qué sabe él acerca de las pandillas? ¿Realmente él piensa que bailar por los problemas que nosotros

tenemos (robos, asesinatos, drogas) es la respuesta a nuestros infortunios? La cuestión es que nadie tiene que morir para demostrar que es un hombre». Visualmente, el vídeo de Michael era bastante convincente. Las tomas de las miserables calles de Los Ángeles parecían oscuras y sucias. En la búsqueda de realismo, cien miembros de dos pandillas rivales de las calles de Los Ángeles fueron contratados como extras. (Recibieron cien dólares y se les pagó la comida a cambio del trabajo, que duró dos noches). «Los pandilleros fueron ubicados en la periferia —contó una vez el coreógrafo Michael Peters—, de manera que Michael nunca tuvo que tratar con ellos. Pero él estaba un poco nervioso, como todos nosotros al principio. Sin embargo, Michael fue maravilloso con ellos. Pienso que el momento decisivo fue cuando los pandilleros nos vieron bailar. Creo que sintieron más respeto por nosotros después de eso. Michael firmó dedicatorias y se sacó fotos con ellos».

Actuar para Michael era fácil. Toda su vida estuvo cantando sobre un escenario pero nunca había juntado ambas cosas: cantar y bailar. Era un terreno inexplorado. Los fans de Michael no lo habían visto nunca en un estilo Broadway, y algunos de ellos probablemente se preguntaron por qué alguien como Michael necesitaba de alguien que le enseñase los pasos, pero el coreógrafo Michael Peters consiguió crear una deslumbrante coreografía. Todo parecía muy fácil, como si cualquiera pudiera hacerlo. Sin embargo, no lo era. A pesar de todo, el clip está entre lo mejor del *rock* en su momento. Su estilo y su nivel artístico hacían que la música fuera más interesante, lo cual, en última instancia, siempre ha sido el objetivo final de los vídeos musicales.

Lo interesante sobre *Thriller* es la forma en que impulsó la popularidad de la entonces incipiente red de cable MTV, que sólo transmitía videoclips. Se convirtió en un fenómeno cuando comenzó a difundirse, en 1981, a pesar de que en 1983 era raro que se emitieran vídeos de artistas negros.

La MTV era estrictamente un canal de *rock and roll*, según decía Bob Pittman, el vicepresidente ejecutivo y director de operaciones de la Warner American Express Satellite Entertainment Company, la empresa que estaba detrás de la MTV. Pittman excluía de la programación a la mayoría de los artistas negros. De hecho, de los más de 750 vídeos emitidos por la MTV durante los primeros dieciocho meses, menos de dos docenas eran interpretados por artistas negros. Era aceptable tener a Phil Collins cantando versus The Supremes «You Can’t Hurry Love» y a Hall and Oates, pero otro tipo de música negra era inaceptable en aquellos tiempos.

Cuando se presentaban vídeos de artistas negros, eran rápidamente rechazados por no ser *rock and roll*. El departamento de Investigación de *marketing* de la MTV decidió que a los niños blancos de los suburbios no les gustaba la música negra. Tal vez, porque se sentían Intimidados por los negros. «No había nada malo en ello —pensaba Bob Pittman—. Bloomingdale no funcionaría si vendiera todo tipo de ropa». Bob Giraldi, director de «Beat It», es el que mejor resumió muchas críticas de los negros sobre la MTV, cuando dijo que el canal estaba gestionado por bastardos

racistas. Rick James, que grabó en Motown, y cuyos vídeos habían sido rechazados por el canal, también denunció que éste era racista. Probablemente, Bob Pittman no fuera racista, pero él y la MTV respondían a cierto racismo suburbano blanco.

Cuando CBS presentó «Billie Jean», de Michael Jackson, a la MTV, el canal rápidamente lo rechazó. Pero Michael Jackson se había vuelto tan popular que Bob Pittman y los estadounidenses blancos de los suburbios no podían hacer caso omiso de él. A principios de marzo de 1983, el vídeo «Billie Jean» se emitió en la MTV, también en la denominada «heavy rotation», es decir, muy a menudo durante el día. Le siguió «Beat It». A partir de entonces, la MTV comenzó a pasar un par de vídeos de artistas negros, y aunque el canal aún se inclinaba fuertemente hacia el *rock and roll* blanco, algunos artistas negros —aunque no muchos— comenzaron a ser difundidos como resultado de la influencia de Michael Jackson.

Problema con los mánagers

Hacia junio de 1983, Michael y sus hermanos todavía no habían renegociado el contrato con su padre. Los hermanos no tenían ninguna opción, de todos modos. Pero, desde luego, Michael era el que más se resistía.

Estaba desencantado con su padre y también con Ron Weisner y Freddy DeMann. Como Michael retrasaba su decisión sobre el asunto, generaba preocupación en los involucrados. Su decisión implicaba un gran problema para muchas personas, en términos de dinero y de poder. Si él firmaba, todos los demás lo harían. Si él no lo hacía, era posible que surgieran otros problemas. Joseph no había hecho demasiado por Michael últimamente, sobre todo desde que John Branca había entrado en su vida. Michael confió en John plenamente y trató de que él —y no Joseph— estuviera involucrado en cada decisión. No era ninguna sorpresa, entonces, que Joseph no fuera un gran admirador de John (y viceversa) y sólo se dignó a hablar con él porque no podía hablar directamente con Michael. Ron y Freddy manejaron todo lo que John decidió no hacer, de manera tal que, si bien no técnica ni oficialmente (o legalmente, en realidad), John Branca era tanto el manager de Michael como su abogado.

Durante los dos últimos años, Michael le había dicho a John que Ron Weisner y Freddy DeMann no eran individuos creativos. «Aún no sé por qué están aquí. No saben lo que hacen, ¿verdad?». Pero John nunca hablaba de los sentimientos de Michael con Ron y Freddy. Ellos los ignoraban, creían que Michael estaba contento con su trabajo, ya que él nunca les había dicho nada. Michael había aprendido muchas tácticas de Joseph para negociar, pero el arte de la confrontación no era una de ellas. Preferiría no tener que hacerlo. «¿Recuerdas su idea para el vídeo “Beat It”? —le recordó Michael a John—. Ellos querían que yo tuviera arcos y flechas. Una estupidez».

Era verdad que Ron y Freddy habían propuesto que Michael apareciera vestido

como Robin Hood en Inglaterra. ¿Por qué no? Al fin y al cabo, en «Beat It». Michael le explica a dos pandillas rivales que el baile traerá una solución pacífica a sus desacuerdos, algo que podría parecer demasiado banal. Como a Joseph le inquietaba su escaso control sobre Michael, reaccionó impulsivamente. «Se acabó —dijo Joseph a la revista *Billboard*, refiriéndose a Ron y a Freddy—. Mis muchachos no van a renovar con ellos. Hay muchas sanguijuelas que tratan de romper el grupo —señaló, posiblemente refiriéndose al énfasis de Ron y de Freddy en desarrollar la carrera solista de Michael—. Mucha gente susurra en el oído de Michael, pero sabemos quiénes son. Ellos están por el dinero. Yo estuve antes de que esto comenzara y estaré hasta el final», agregó Joseph, tratando de presionar a Michael. De todos modos, los hermanos no estaban contentos con Weisner y DeMann. Sin embargo, ellos esperaban que Michael —y no Joseph— hiciera el anuncio. Michael se disgustó con Joseph porque se entrometía en sus asuntos, y se irritaba aún más porque su padre comentaba con un periodista su vida privada.

Tal vez Joseph quería que el mundo supiera lo que estaba pasando para que Michael no se atreviera a contrariarlo. Sin embargo, cuanto más hablaba Joseph, peor eran las cosas para él. «Hubo un momento en el que sentí que necesitaba ayuda para tratar con la estructura corporativa de la CBS —explicaba Joseph—. Y pensé que Weisner y DeMann serían capaces de ayudar. Pero ellos nunca me ofrecieron el respeto que se espera de un colaborador». Por su parte, Weisner y DeMann dijeron a la prensa que realmente habían tenido problemas con Joseph «pero no tenemos ningún problema con Michael ni con los demás hermanos Jackson». «No tenemos una buena relación con él —admitió Freddy—, creo que no se relaciona bien con nadie que no sea negro». «Me han llamado racista. Si lo fuera, no habría contratado a tanta gente blanca. No soy un racista. Soy un norteamericano. Les di a mis hijos el cien por cien de mis conocimientos y de mi tiempo, tratando de desarrollarlos para ser lo que son hoy y dio resultado».

Finalmente, Michael comprendió que se estaba diciendo demasiado a la prensa, sobre todo acerca de las razas. Decidió terminar con la situación y despedir a Weisner y a DeMann.

«Ellos dijeron que *Thriller* sólo llegaría a vender dos millones y vendió mucho más que eso —le expresó Michael a John Branca—. A fin de cuentas, ¿quién los necesita? Ellos me dijeron que no hiciera *Motown 25*. Y mira qué mal consejo era ése. —John le recordó a Michael que él no había querido hacer el especial de Motown. Michael intervino—. Ése no es el tema. Ron y Freddy estuvieron de acuerdo conmigo cuando deberían haber tratado de convencerme de cualquier forma. Están acabados».

El 22 de junio, Ron fue a ver a Michael más temprano que de costumbre. Michael actuó como si ningún problema existiera entre ellos. De modo que cuando recibió la carta de despido de John Branca, Ron se desconcertó. Obviamente, no era el modo más valiente de manejar el problema, pero para Michael encargar a otro que hiciera el

trabajo sucio demostró ser lo más fácil. Además, John Branca ganó mucho dinero por hacer las cosas que Michael prefería no hacer. Aunque Michael no mostraba la agresividad de Joseph, imitaba sus conductas cuando tenía que lidiar con aquellos por quienes se sentía atacado. Una vez que alguien pierde la consideración de Michael, esa persona desaparece de sus pensamientos, como si nunca hubiera existido.

Michael hizo una declaración pública para distanciarse de las opiniones de su padre. «No sé qué le haría decir algo así —le dijo a un reportero, refiriéndose a los comentarios de Joseph sobre "la ayuda blanca"—. Oírlo hablando así me retuerce el estómago. No sé de dónde saca eso. Tal vez yo sea daltónico. No contrato por el color, sino por la capacidad. Mi representante puede ser de cualquier raza o credo mientras sea el mejor. El racismo no es mi lema».

Sin Ron y Freddy, y sin Joseph, el artista número uno en el mundo, Michael Jackson, no tenía mánager. Su equipo estaba constituido por su abogado y consejero principal, John Branca; su agente de seguridad, Bill Bray; su contable, Marshall Gelfand; y un secretario. Cuando «Beat It» y «Billie Jean» estuvieron ambos en el Top Ten, Quincy Jones solicitó una llamada telefónica simultánea en conferencia en la que participarían él, Michael y John Branca.

—Es increíble lo que está ocurriendo ahora, Michael —expresó Quincy—. Necesitas un mánager, amigo. ¿Cómo pudiste despedir a Weisner y a DeMann? ¿Qué vas a hacer?

—Branca puede manejarlo, Quincy —dijo Michael, según los recuerdos de Quincy—. Él es brillante. Yo no estoy nervioso, ¿por qué lo estás tú?

Antes de que su interlocutor terminase de responder, Michael dio por terminada la conversación. Más tarde, Quincy llamó por teléfono a John Branca.

—John, estoy preocupado. La carrera de Michael se parece a un avión sin piloto. La carrera de este niño está en problemas.

John no podía creer lo que escuchaba.

—¿Qué? ¿Tiene dos discos en el Top Ten y su carrera está en problemas? —preguntó, riendo—. No te preocupes. Todo va a ir bien.

Quincy quedó perplejo; no entendía cómo Michael podía tener una carrera floreciente sin mánager. Si las ventas de *Thriller* descendían porque no había mánager, eso dañaría la cuenta bancaria de todos, incluyendo la de Quincy. De todos modos, para ese momento, Michael era el niño de oro; el público estaba con él y la música hablaba por sí sola.

—Michael sabe lo que hace —le dijo John a Quincy—. Este niño es un genio. Y conseguimos que la CBS y Walter [Yetnikoff] nos apoyaran. Todo lo que tenemos que hacer es seguir las instrucciones de Michael.

—Pero… —Quincy comenzó otra vez. John lo interrumpió.

—Es nuestra oportunidad, amigo. Y no voy a permitir que nadie la arruine, Quincy. Me encanta este chico y sólo quiero hacer su voluntad.

Hijo vs. padre

A pesar de que Michael estaba sumamente disgustado con Joseph, cortar su relación profesional era difícil para él. Así como le había parecido importante darle a Berry Gordy una oportunidad de redimirse antes de que el grupo diera sus primeros pasos lejos de Motown, Michael ahora esperaba que su padre hiciera algo para congraciarse con él. Sin embargo, Joseph no podía aceptar el reto… sobre todo, porque él aún no sabía que lo estaban sometiendo a prueba. Nunca trató de impresionar a sus hijos. Desde su punto de vista, llevarlos a Los Ángeles y convertirlos en estrellas había sido suficiente. «Está acabado», dijo Michael sobre Joseph. Tal vez Katherine no pudo deshacerse de su marido, pero Michael no dudó a la hora de descartarlo como mánager. Una vez que Michael Jackson programaba su mente para despedir a alguien, no importaba quién fuera la persona, aun cuando se tratase de su propio padre.

«Joseph sabía que eso sucedería —dijo Larry Anderson, amigo de Joseph durante quince años—. Él sabía que su tiempo había terminado». Michael le pidió a John Branca que preparara los documentos oficiales que informaban a Joseph de que en adelante sus servicios de mánager no serían requeridos. Abandonó la casa el día que el correo entregaría la notificación y se mantuvo lejos hasta que Joseph tuviera tiempo para acostumbrarse a la idea. «No es fácil despedir a tu padre», explicaría más tarde. En una extraña demostración de unidad, sus hermanos estuvieron de acuerdo con la decisión. Deseaban que Joseph saliera del negocio y si Michael estaba dispuesto a dar el primer paso, lo seguirían sin más. Ninguno de ellos renovó su contrato con Joseph.

Al principio, Joseph se enfadó, pero pronto se calmó. «No puedo creer que me abandonen», le dijo a Katherine. Su desesperación causó un gran conflicto en ella. Desde luego, el divorcio estaba todavía pendiente. Sin embargo, no podía tolerar la actitud de sus hijos. «Yo sabía cuánto había hecho su padre por ellos y no quería verlo sufrir». Según uno de los consejeros de Michael, padre e hijo se reunieron en la casa de Encino para hablar del asunto. Michael pidió que su consejero estuviera presente porque él no quería quedarse a solas con Joseph.

—¿No puedes dirigirte a mí si no traes a este hombre? —dijo Joseph, señalando al consejero—. Esto me hace daño, Michael. —Michael apartó sus ojos; no quería mirar a su padre. Los ojos de Joseph estaban llenos de lágrimas—. ¿Sabes cómo me hace sentir, después de todo lo que he hecho por ti y por tus hermanos? Piensa en eso.

Michael le dirigió una mirada de desdén.

—Ah, ¿sí? —respondió, amargamente—. ¿Y qué has hecho por Kate? ¿Qué hay de eso, Joseph?

Según un testigo, el comentario de Michael provocó la reacción de Joseph.

—Eso no tiene nada que ver —dijo, levantando su voz a un volumen que hizo retroceder a Michael. Joseph se puso de pie—. Mi matrimonio no tiene nada que ver

contigo, Michael —gritó—. Sabes que amo a tu madre. Son cosas entre ella y yo.

Michael también se puso de pie para enfrentarse a su padre; sus ojos oscuros ardían.

—Estás molestándonos a todos nosotros, Joseph —exclamó—. Si no puedes verlo, entonces no sé qué decirte.

Michael salió del salón. Joseph, entonces, se dirigió al consejero.

—Esto se lo debemos a usted —dijo con voz furiosa—. Mete ideas en la cabeza de mi hijo y arruina a nuestra familia. —Entonces se desplomó en una silla. Toda la lógica, la imparcialidad y el sentido común de repente se habían desvanecido. Se sentó en su silla y se cogió la cabeza con las manos, y comenzó a menearla con incredulidad.

En el verano 1983, los Jackson que vivían en Hayvenhurst —Michael, Janet, LaToya, Joseph y Katherine— experimentaban un estado de sitio emocional. Michael había despedido a Joseph como mánager pero todos seguían bajo el mismo techo. Katherine había presentado su demanda de divorcio pero Joseph aún dormía en la misma casa. Desde luego, lo sensato habría sido mudarse. Sin embargo, Joseph no iba a ninguna parte. El hecho de que ya no fuera dueño de la casa era irrelevante. «Mi padre era muy severo, muy estricto —declaró LaToya ante el escritor independiente Todd Gold —. En el fondo era un hombre maravilloso. Si no le conoce, puede llevarse una impresión equivocada, parece una persona inflexible, pero si sabe discutir con él, usted puede ganarle. —LaToya soltó un suspiro exasperado—: No merece esto».

Tan pronto como Joseph se alejaba, la familia se sentía aliviada. Los sábados, por ejemplo, cuando él iba a visitar a Joh'Vonnie, la casa era otra. LaToya le confesó a Todd Gold: «Invitábamos a muchos niños, pasábamos algunas películas en el teatro, y jugábamos con la máquina de palomitas de maíz, los animales estaban todos sueltos y todo el mundo bailaba».

A lo largo de la semana, Michael se aseguraba de no cruzarse con Joseph. Si los dos se encontraban por casualidad, una pelea ruidosa era el resultado inevitable y Michael terminaba en su cuarto, sollozando. Katherine le pedía que regresara y Joseph seguía con la discusión. Se oían gritos, las puertas se cerraban ruidosamente. La tensión afectaba a todo el mundo; Janet y LaToya pasaban mucho tiempo en sus dormitorios con su música ensordecedora.

Desde luego, a pesar de sus dificultades, los Jackson seguían esperando, asombrosamente, la devoción de su personal; los empleados no tenían vida propia. Steve Howell, el realizador de vídeos de Michael por aquel entonces, recordó lo que sucedió cuando se tomó unas vacaciones en el lago Tahoe. «Yo estaba allí con mi novia y cometí el error de llamar a la casa para ver si todo estaba bien. «Tiene que volver aquí enseguida —me dijo histéricamente el jefe de seguridad de Michael—. ¡No hay ninguna señal de televisión y Michael tiene que ver la televisión! Regrese

aquí enseguida. “Entonces cancelé el resto de mi viaje y volé de vuelta a Los Ángeles, sólo para descubrir que el cable estaba desenchufado. Lo conecté y el televisor funcionó. Michael se sentó a mirar. ‘Gracias’, dijo”.

Era difícil encontrar personal cualificado, incluso en Encino. Una vez, un dinero fue robado de uno de los dormitorios. Los Jackson sospecharon de una criada. Entonces comenzaron a dejar el dinero a la vista, para descubrir quién lo cogía. Era la criada. Michael fue quien la descubrió: ¡20 dólares! Desde entonces, los empleados de la familia a menudo eran puestos a prueba. Katherine guardaba sus visones, chinchillas y otras pieles caras en un armario. Dejaba la puerta ligeramente abierta, de modo que si alguien entraba, ella podía ver quién era y observar cuánto interés le despertaban las pieles. Aquella persona sería vigilada con mucho cuidado de allí en adelante. «Mantén tus ojos abiertos —le diría a Michael—. No confío en ella». Quizá esa clase de vigilancia mantenía sus mentes distraídas de sus problemas con Joseph.

En aquella época, los extraños no eran bienvenidos a Hayvenhurst, especialmente la prensa, porque podía descubrir algún problema en la casa. Desde luego, los admiradores persistentes eran siempre un problema. «Amo a mis fans, pero les temo —le dijo Michael al reportero gráfico Dave Nussbaum—. Algunos harían lo que fuera por aproximarse a mí, sin darse cuenta de que eso me podría lastimar. —Michael se refirió a una fan que logró atravesar la verja—: Nos despertamos y la encontramos sentada junto a la piscina. Había saltado la verja. Por fortuna, nuestros perros estaban encerrados en ese momento. Normalmente están sueltos y la hubieran destrozado. La trajimos adentro. Pidió no irse de una forma muy grosera, de manera que la dejamos ahí hasta que alguien vino y se la llevó».

A su salida, el reportero le preguntó a Michael si quería ir con él a tomar algo.

«¡Oh, no! —dijo sacudiendo la cabeza—. No puedo salir. —Y señaló detrás de la verja eléctrica—. Me atraparán con seguridad. Están a la vuelta de la esquina y me quieren poner las manos encima. —El miedo que se apoderó de sus ojos parecía genuino—. Simplemente no quiero salir».

A medida que Michael hablaba con el periodista, su jefe de seguridad, Bill Bray —un exoficial de la policía—, permanecía cerca observando.

Bray, quien trabajó con Michael hasta su jubilación, era formidable. Una vez, cuando uno de los empleados de Jackson salía de la propiedad, un fan logró colarse por la puerta abierta.

Steve Howell lo recuerda así: «Estaba hablando con Mike en el jardín de enfrente. Eran como las tres de la tarde. Recuerdo la hora porque a las tres, cuando los chicos salen de la escuela, dos guardias me relevaban. Mike y yo estábamos hablando cuando de repente vi a una chica que se había aproximado y estaba saludándonos. Entonces le dio un gran abrazo de oso a él. Con ella de espaldas a mí, Mike movía sus brazos como preguntando: “¿Quién es esta persona?”. Estaba a punto de responder algo cuando, de súbito, sentí que el viento zumbaba. Algo se movió como si fuera a la velocidad de la luz. Era Bill Bray.

«Cogió a la chica, la tiró al suelo, la esposó y la sacó de allí. Vino la policía y se la llevaron. Lloraba de manera histérica, probablemente muerta de miedo. Michael se detuvo, se dio la vuelta hacia mí y, sin sobresaltarse, continuó: “Y, entonces…”. Y así retomó la conversación como si nada hubiera ocurrido.

«Hemos tenido muchos 51 —50 por estos lados, así que eso no fue nada nuevo». Un 51-50, me explicó Steve Howell, es la clave que usa la policía para referirse a una persona desequilibrada.

¿Cuánto tiempo más iba a durar ese enfrentamiento? Joseph estaba bastante seguro; como lo expresaba en esa época, «continuará por el maldito tiempo que yo quiera que siga».

Finalmente, Katherine había tenido suficiente con el drama del divorcio, que seguía de forma paralela a la crisis familiar. Años después explicaba así su situación: «Estaba estancada, entre la espada y la pared. Aunque quería a Joe fuera, no quería que se hiciera público echándole forzosamente. Sabía que la prensa acecharía la historia y no podría soportar las publicaciones. Fue una de las épocas más extrañas para mí. Algunos días, al verlo me llenaba de ira. Otras veces, me encontraba hablando con él como si nada hubiera ocurrido entre nosotros».

Al cabo de diez meses, Katherine decidió retirar la solicitud de divorcio. Sin Joseph, hubiera llevado una existencia vacía y sombría. Lo amaba todavía, aunque no sabía por qué sentía eso aún.

«Una parte de mí cree que una persona se hace más daño a sí misma cuando guarda resentimientos que por el daño que le puede hacer la persona que la ha lastimado. Además, creo en la enseñanza de Cristo del perdón. ¿Cuántas veces perdonas a alguien? Setenta veces siete… tantas como sea necesario —decía—. Pero no voy a pretender de repente que todo sea tan bueno como era antes entre Joe y yo —concluyó, de alguna manera romantizando su accidentada historia con él—. Porque no lo fue».

Todos presionan a Michael

Michael Jackson sospechaba que, una vez sus padres reconciliados, Joseph podría esperar ser bienvenido otra vez, no sólo como el esposo de Katherine, sino también como el mánager de los chicos. «Eso no va a pasar —recordaba haberle dicho a Janet —. Tal vez mamá lo quiera de regreso, pero yo no y creo que mis hermanos tampoco. No hay ninguna posibilidad de que ellos lo dejen volver».

Joseph era, sin embargo, un poco más astuto de lo que Michael sospechaba. Ya tenía un plan para volver al ruedo y sabía que los hermanos de Michael lo encontrarían irresistible: una gira que reuniría a los Jacksons.

Muchos de los artistas que participaron en el especial de televisión por el aniversario de Motown sintieron renacer la confraternidad con la marca. Después del programa, Berry Gordy reasignó a los Four Tops a la compañía y los unió con The Temptations en un disco, de la misma manera en que fueron unidos en el escenario en Pasadena. Otros artistas también comenzaron a negociar con Berry. Holland-Dozier-Holland, incluso Diana Ross dialogaba con Berry de nuevo. Como si todos estuvieran intentando recapturar el sentimiento que habían tenido en los gloriosos días de Motown. Todos, excepto Jermaine Jackson.

Después de que el programa fuera grabado, Jermaine comenzó a hablar con sus hermanos y Joseph sobre la posibilidad de abandonar Motown, reunirse con el grupo y salir de gira otra vez, todos juntos. Michael no sabía nada de esas reuniones. «El éxito de Michael puede ayudarnos —decía Tito—. Él está muy por encima de nosotros y quizá nos pueda echar un cable para que podamos subir».

Una gira también ayudaría a Marlon a superar ciertos problemas financieros. Él y su esposa, Carol, se habían reconciliado después de una separación y estaban decididos a hacer que su matrimonio funcionara a pesar de sus problemas económicos. Sin embargo, necesitaban cierta ayuda.

Los hermanos prepararon también un nuevo álbum de los Jacksons para la CBS, llamado *Victory*. Michael no quería involucrarse en el proyecto. Tenía previsto escribir y cantar dos canciones y participar en la escritura de una tercera, pero incluso esa participación era excesiva para él. Sin embargo, mientras grababan el álbum, los hermanos se entusiasmaron con la idea de realizar una gira para promocionar el disco una vez que fuera puesto a la venta.

Nadie quería considerar la posible reacción de Michael respecto a la gira, probablemente porque ya sabían que supondría un problema. «Siempre trabajamos realmente duro —observaba Marlon en aquella época—. Desde los tiempos más lejanos que recuerdo, desde que Michael y yo teníamos seis y siete años, íbamos a la escuela, hacíamos los deberes, ensayábamos y los fines de semana tocábamos en clubs nocturnos, hasta las cuatro de la madrugada, y nos levantábamos el lunes para ir a la escuela. Era realmente duro para nosotros. Y no pensábamos en destacar por encima de nuestros hermanos. Teníamos la misma sangre. No puedes cortar repentinamente ese parentesco».

Para el verano de 1983, Jermaine estaba bastante ilusionado con la idea de realizar la gira y le pidió a Berry desvincularse de Motown. Quería considerar todas sus opciones, según dijo. Arista le había ofrecido un trato, que él quería aceptar, pero también quería tener la libertad de salir de gira con los Jacksons.

Tristemente, la carrera de Jermaine nunca había tenido un éxito sostenido en Motown. La familia estaba angustiada, a la espera de algún éxito que llegara a los diez primeros puestos del *ranking*. Sucedería finalmente con «Let’s Get Serious», que vendió 722.737 copias, pero no antes de 1981, seis años después de la noche en el Westbury Music Fair cuando tuvo que elegir entre la familia de Gordy y la suya.

En defensa de la compañía, se decía que Jermaine no estaba motivado, no tenía sed de gloria y fama, como Michael. Muchos de sus fans sostenían que él debió haberse quedado con el grupo, casarse con la hija de Berry y vivir feliz.

«A veces tengo un sueño recurrente donde estamos todos en el escenario, mis hermanos y yo —me dijo en una entrevista en 1983—, y estoy cantando las canciones que estamos tocando como solía hacer en cada espectáculo. Estamos todos en el escenario y la gente está como loca. De repente me despierto. Siento una profunda depresión. Todos comenzamos en Motown. Y si alguien fue abandonado, creo que a mí me abandonaron en Motown. Si pudiéramos juntarnos de nuevo para realizar alguna presentación, generaríamos una euforia general».

Berry le otorgó a Jermaine su libertad, sellando el fin de sus días en Motown, en un contexto bastante tenso.

Finalmente, Joseph reunió a todos los hermanos en la sala de estar de la casa. Anunció que ya era hora de que volvieran a reunirse los que formaron originalmente los Jackson 5, sumando a Randy, y volvieran a salir de gira. La respuesta de Michael fue directa y concisa: «No contéis conmigo». Joseph intentó razonar con Michael. Una gira importante podría poner fin a todos los problemas financieros que estaban teniendo los hermanos. Nadie, excepto Michael, estaba haciendo dinero últimamente. Él era consciente de que ninguno de sus hermanos tenía una situación económica tan estable como él desde el lanzamiento de *Thriller*. Sin embargo, pensaba que si ellos podían controlar sus gustos extravagantes, estarían en buena posición. «El dinero de Michael era asunto de Michael —decía Joseph—, y siempre mantenía ese tema demasiado en secreto. Los hermanos necesitaban mejorar su propia situación. Y la mejor forma de hacer eso, para cualquier banda, era salir de gira».

El siguiente paso de Joseph fue hacer sentir culpable a Michael, acusándolo de darle la espalda a sus hermanos ahora que era una superestrella: si no hubiera sido egoísta, no habría puesto sus ambiciones por encima de la familia. Sin embargo, Michael sabía cuándo lo estaban utilizando. Además, consideró que si aceptaba, su fama no valdría para nada. Volvería a tener un voto con igual representatividad que el de los otros cinco. Entonces dijo: «No, no voy a ir». Los hermanos salieron bastante molestos de la reunión. «Ya ves qué has conseguido. Se han puesto como locos», dijo Joseph señalándole con el dedo. «¿Y qué? —respondió Michael—, no me importa».

Una semana después, en una nueva reunión, los hermanos y Joseph intentaron convencerlo mediante el humor: trajeron un póster gigante de Michael y le dijeron: «Si no vienes con nosotros, vamos a poner esto en el escenario». Michael sonrió levemente. Era difícil resistir la sonrisa de Jermaine; siempre habían estado muy unidos. Todos los hermanos rieron y Michael dijo que lo iba a pensar.

Algunos días después, Michael dijo que todavía no se había decidido. Joseph lo provocó: «Mira, no te necesitamos de todas maneras —le gritó—, de hecho, sería mejor si no vinieras con nosotros. Jermaine puede cantar algunas canciones, Jackie, Marlon y Randy también pueden cantar. Hasta Tito. Así que, vete al infierno,

Michael. Vete al infierno».

La actitud de Joseph funcionó como un encantamiento. Michael estaba bastante triste con el comentario de su padre. Le dijo a John Branca: «Branca, ¿de qué está hablando? Mis hermanos no pueden cantar. Solamente yo puedo ser el cantante principal».

Justo cuando Michael estaba a punto de decidirse a entrar en la gira para evitar que se fueran sin él y que quizá —aunque pareciera improbable— él no fuera necesario, Joseph disparó la munición pesada: Katherine fue nombrada copromotora. Su principal responsabilidad era convertir el nuevo sueño de la familia en realidad, convenciendo de una vez a Michael para que formara parte. «Cuando habla mamá, nosotros escuchamos», decía Jermaine. Podría argumentarse, sin lugar a dudas, que Michael hizo mucho más por Katherine, tanto financiera como emocionalmente, que cualquiera de sus hermanos. Parecía injusto entonces que fuera ella la encargada de convencerlo de que hiciera algo que claramente él no quería, para satisfacer a sus hermanos y generar más dinero para la familia. Sin embrago, Katherine amaba a todos sus hijos por igual, no sólo a Michael. Sabía que estaban pasando dificultades económicas y que una gira con Michael los ayudaría a fortalecer sus vidas. Según su punto de vista, era lo menos que Michael podía hacer. Después de todo, eran una familia.

Katherine se encontró con Michael en privado y le sugirió que considerara la posibilidad de realizar la gira, por ella. ¿Cómo podía él resistir ese argumento? Por Katherine, él aceptaría ser retenido como parte de la familia en lugar de hacer lo lógico en ese momento de su vida y de su carrera: continuar solo. A Joseph y a los hermanos no les importaba mucho que el alma de Michael no estuviera en la gira, siempre y cuando estuviera su cuerpo.

En cualquier caso, Michael tenía su mente puesta en otras cosas en esos momentos. En octubre de 1983, él y Jackie Kennedy Onassis se conocieron en la casa de Encino para discutir la posibilidad de escribir una autobiografía publicada por Doubleday, la compañía para la que ella trabajaba como editora.

Cinco años antes, en 1978, Michael había conocido a John Kennedy, Jr., y a Caroline, después de haber estado en Nueva York filmando *The Wiz*. Decidido a conocer a su madre, concertó una cita con Caroline, que en esa época tenía veinte años, pensando que tal vez ella podía presentarle a la primera dama: «Recuerdo que Michael empezó a llamar a Caroline constantemente, con la esperanza de que Jackie contestara el teléfono —recuerda LaToya, que pasó esa época junto a Michael, en Nueva York—. Finalmente, ella aceptó quedar con él. Fueron a una pista de patinaje sobre hielo y después a cenar. Caroline pidió *ossobuco* y Michael le dijo que nunca había oído hablar de eso. Después de la cena, Michael intentó besarla y ella dijo: “Si mi mamá se enterara de que me he besado con un chico negro, me mataría”. Michael

volvió a casa llorando pero eso no le impidió seguir deseando conocer a Jackie». (Muchos años después, cuando Michael le preguntó a Jackie sobre los comentarios de Caroline, ella afirmó que debía de ser una excusa para evitar besarlo).

LaToya dijo haber descubierto una foto de Jackie desnuda en el cuarto de Michael en Nueva York, escondida en su armario junto a sus calcetines. Aparentemente, Michael, avergonzado, explicó que había visitado recientemente a un reportero de *The New York Daily News* para cenar en su casa. Mientras hablaban de rumores del espectáculo, de pronto salió el tema de la foto de Jackie. Michael estaba perplejo, no se explicaba que ella hubiera posado para ese fotógrafo desnuda. El reportero le explicó que la foto fue tomada por un *paparazzi*, obviamente sin autorización de Jackie. El escritor le regaló la foto a Michael como un *souvenir*.

—No puedo dejar de mirarla —le dijo a LaToya—. Tengo que conocerla.

—Y ¿qué vas a hacer cuando la conozcas? —le preguntó LaToya.

—No tengo ni idea —le respondió Michael—. Desmayarme, supongo.

Hacia el final de 1983, Michael era una famosa estrella en todo el mundo, mientras que Jackie era una editora de Doubleday que quería publicar sus memorias. Finalmente, Michael tendría la oportunidad de conocerla. Le pidió que almorzaran juntos en Los Ángeles. Sin embargo, el día de la cita, Michael sufrió un ataque de pánico. «Ella es la mujer más famosa de todo el mundo —le explicó a un miembro de su familia—. Y yo… bueno, soy sólo yo».

Michael se pasó toda la tarde en Hayvenhurst vomitando y presa del pánico mientras Jackie y un par de asistentes lo esperaban en un restaurante de Beverly Hills. Al día siguiente, Michael invitó a Jackie a su casa en Encino.

«El día de su visita, todos estaban emocionados —recuerda Steve Howell—. Naturalmente, todos queríamos conocerla pero apenas pudimos verla un segundo, desde que bajó de la limusina hasta que entró. En toda la casa se murmuraba: "Jackie O" está llegando». El chófer llamó para avisar a Michael de que estaban a media hora de la casa. «Iros todos a casa. Fuera. Fuera ¡Fuera!», ordenó entonces Michael. Nadie se quería ir, pero todos debían hacerlo. Michael quería que todo el personal se marchara, para estar a solas con Jackie. «Pero yo también quería conocer a Jackie O'», le dijo Katherine. «No. Esta vez no, Kate. Tal vez la próxima», respondió Michael.

Otro amigo de Michael recuerda: «Jackie quería hablar del negocio del libro pero Michael tenía otras cosas en mente. Quería saber cómo se sentía al ser fotografiada en todos los lugares a los que asistía. Quería saber cómo llevaba el hecho de ser una celebridad. Le pidió consejos para evitar a los *paparazzi*. Él la admiraba y esperaba descubrir sus secretos».

Michael tenía veinticinco años y no estaba muy seguro de querer escribir sus memorias. «Todavía estoy tratando de organizar las cosas por mí mismo», le decía a Steve Howell. Efectivamente, ciertas facetas de su vida necesitaban un examen exhaustivo, pero la mayoría de la gente sabía, y Michael estaba de acuerdo, que no

era precisamente él el más adecuado para llevarlo a cabo con imparcialidad. Michael estaba demasiado preocupado por su imagen pública, y la de su familia, para escribir la historia real. Tenía varios problemas personales, más de los que Jackie sabía, pero haría todo lo posible para proteger la dignidad de su familia. «No quiero decepcionar a mis fans por el hecho de hacerles conocer toda la verdad. Se deprimirán», decía.

Michael sabía que desnudar su alma en un libro a esas alturas era imposible, de modo que le pidió a Jackie que considerara un nuevo concepto de libro, en el cual habría muchos ítems, como su primera carta de presentación, fotos de las primeras épocas y poesía. Jackie aparentaba estar interesada pero no le atraía mucho la idea. Ella quería toda su vida en un papel, pero, en principio, aceptó la idea del nuevo libro. Al día siguiente, Michael llevó a Jackie a Disneylandia. Ella llevaba una impecable chaqueta de cuero con un cinturón apretando su increíblemente delgada cintura y unos pantalones de rayas. Michael lucía su consabida vestimenta de estilo militar, una chaqueta con lentejuelas adornada con cremalleras y hebillas plateadas. Ambos llevaban gafas de sol.

«Me contó que ella era inteligente y muy fuerte y por el hecho de haber superado la muerte de JFK. le parecía una figura maternal —contaba LaToya—, “Michael, ya tenemos una madre”, le dije y me respondió: “Sí, pero tenemos que cuidar a Kate, porque todo lo hace de la mano de Joseph. ¿Quién está ahí para cuidarnos a nosotros?”. No pude responderle —concluyó LaToya—. Pero, sin duda, no sería Jackie O’».

Mientras tanto, Michael trataba la primera de sus amistades con niños. El actor Emmanuel Lewis medía por entonces alrededor de un metro y tenía doce años. A Michael le gustaba llevarlo en sus brazos como si fuera un bebé. Emmanuel había llegado a Hollywood para participar en la serie *Webster*. Michael lo había visto en anuncios de televisión y había querido conocerlo. Telefoneó a su madre y lo invitó a visitar Hayvenhurst. Cuando lo hizo, se hicieron grandes amigos. Michael se obsesionó con Emmanuel Lewis. Jugaban con las mascotas de Michael, corrían por la finca como niños, jugando a «indios y vaqueros». Rodaban por el césped, riendo. Quienes los observaban opinaban que Michael estaba tratando de tener una niñez que nunca tuvo. Más tarde, todo el mundo se acostumbró a verlo rodeado de niños. Sin embargo, en 1983 esto era inusual, incluso para él. Un visitante de Encino recuerda haberlo visto leyendo la historia de Peter Pan para Emmanuel. Luego ambos se imaginaban como personajes de la historia. Según este testigo, Michael, de veinticinco años, y Emmanuel, de doce, se sentaban en el suelo con los ojos cerrados e imaginaban estar volando sobre Neverland (el país de nunca jamás).

—Créelo y será verdad —susurraba Michael—. Ahora, ¿estás listo? ¿Crees?

—Sí, creo —decía Emmanuel con los ojos muy cerrados—: Creo.

Luego empezaron a recitar diálogos de la historia. Después de un rato, empezaron

a reírse y a pelear en el suelo como cachorritos. La familia de Emmanuel Lewis empezó a preocuparse por la amistad después de que Michael y Emmanuel se registraran juntos en el Hotel Four Seasons de Los Ángeles como padre e hijo. No se sabe qué fantasía estaban llevando a cabo en esa época. Sin embargo, poco tiempo después dejaron de verse tan a menudo.

En cuanto Michael aceptó unirse a la gira con sus hermanos, Joseph y Katherine le pidieron a Don King que ayudara a promocionar el evento. Don es un hombre negro extravagante, escandaloso y controvertido considerado por muchos en su época como el más importante promotor de boxeo del mundo. Nació en un gueto de Cleveland y fue a prisión en 1966 por matar a un hombre en una pelea callejera. Pasó allí cuatro años y luego comenzó a promocionar peleas.

King se hizo muy conocido por promocionar las peleas de Mohamed Alí «Thrilla in Manila» y las peleas entre Sugar Ray Leonard y Roberto Durán. Cuando los hermanos Jackson lo conocieron, no estaban impresionados. En la entrevista, King llevaba un abrigo blanco, anillos de diamantes, una cadena de oro de donde pendía una corona con el nombre «Don» y tenía el cabello gris erizado, como si acabara de electrocutarse. Los hermanos dijeron que era demasiado ostentoso, no el tipo de hombre que desearían para representarlos en público. Sin embargo, su juicio sobre Don cambió rápidamente cuando apareció con tres millones de dólares para entregárselos como muestra de buena fe, a cuenta de las ganancias de los conciertos, es decir, alrededor de quinientos mil dólares para cada uno. Los hermanos estaban impresionados. Joseph estaba feliz y Katherine, contenta. Michael no se dejó impresionar.

«Me parece algo tenebroso —le dijo Michael a un amigo—. No confío mucho en ese sujeto. Sólo quiere una parte de las ganancias, eso es todo». No sería una parte pequeña, sin duda. Se planearon cuarenta actuaciones con unas ganancias de 30 millones de dólares. Deduciendo seis millones de dólares por gastos, quedarían 24 millones de dólares de ganancias netas. El 85 por ciento sería del grupo; 7,5 para Don King y 7,5 para Katherine y Joseph. Eso le daría 3,4 millones a cada miembro de los Jacksons —suficiente para poner a los hermanos de nuevo en pie por el momento—, así como 900.000 para Joseph y Katherine, y 1,8 millones para Don King.

Una vez a bordo, Don King, contactó a Jay Coleman, un promotor empresarial que era especialista en conseguir patrocinadores para giras de grandes compañías. Don le habló a Jay de la gira de los Jackson y su necesidad de un patrocinador que pusiera mucho dinero. «Y tú, mi amigo, eres el hombre blanco que puede entrar en una gran compañía y pedirlo», le dijo. En eso estaba en lo cierto ya que Jay logró que PepsiCola aportara cinco millones de dólares para patrocinar la gira.

Jackie, Tito, Randy, Marlon y Jermaine votaron a favor de contratar a Don King como promotor. Después de todo, otros cinco millones de dólares, eran un logro

impresionante. Sin embrago, para Michael, cinco millones más eran, como solía decirse en Gary, «monedas», especialmente si debían dividirse por seis y el 15 por ciento le correspondía a Don, Joseph y Katherine, lo cual le dejaba a él unos setecientos mil dólares y no mucho incentivo. Michael aceptó algo descontento que Don King promocionara la gira pero no quería que Pepsi participara. «Olvidadlo. Yo no bebo Pepsi. No creo en Pepsi», dijo.

La familia intentó que Michael aceptara la propuesta de Pepsi; era mucho dinero para dejarlo correr, además de ser un patrocinador impresionante y viable, más allá de que Michael bebiera esa marca. Los Rolling Stones habían recibido sólo medio millón. De hecho, hasta ese momento, el trato más importante de la historia de la Madison Avenue había sido el del actor Alan Alda para Atari y había sido de sólo un millón. Los hermanos pensaban que Michael estaba loco. «No quiero —decía Michael—. Tengo un mal presentimiento sobre esto». Finalmente, tras una semana de mucha presión, Michael firmó el contrato a las cuatro de la mañana de un lunes. Una cláusula especial aclaraba que él no iba a sostener una lata de Pepsi, ni tomar un trago. Ninguna foto de publicidad ni comercial.

«¿Sabes una cosa? No entiendo qué problema tiene ese chico con hacer dinero —decía Joseph luego, respecto a la reticencia de Michael sobre el contrato con Pepsi—. Siempre se puede tener más dinero. No hay límite. No importa cuánto tengas. Y en ese momento, todos en la familia, excepto Michael, lo necesitaban».

El 30 de noviembre de 1983 se organizó una conferencia de prensa en el Tavern on the Green, en Nueva York, para anunciar el reencuentro de los Jackson 5, su gira y el hecho de que Don King fuera el organizador. En esa misma época, Michael tenía dos sencillos en los primeros puestos del *ranking*: «Human Nature» y «PYT», por lo que se esperaba una concurrencia masiva de fans, y, efectivamente, así fue. Había más de cien policías custodiando el Tavern.

La conferencia de prensa comenzó con una rara nota… y de allí en adelante continuó cuesta abajo. Como introducción, Don King comenzó hablando de Dios, del amor y de la fascinación. Y del hecho de que «Michael se disparó hacia las alturas de lo desconocido. —Luego continuó diciendo—: Somos tan afortunados, todos nosotros, y es tan simbólico el hecho de que tengamos una familia tan bella para deleite del mundo entero… Son muy humildes. Son cálidos. Transmiten un magnetismo que encanta. El amor que emana de ellos es contagioso. Es tan cautivador y contagioso que me han atrapado en este vendaval de magia musical del que no puedo escapar…», y así siguió durante casi media hora. Al final mostró un documental de quince minutos sobre sí mismo.

Katherine, Joseph, LaToya y Janet lo miraban con cara de gran confusión mientras Don King parafraseaba el discurso de Malvolio en la obra de Shakespeare *Noche de reyes*: «No teman a la grandeza —declamó, henchido de orgullo—, algunos

la alcanzan. Otros le ponen el pecho a la grandeza».

Joseph se inclinó hacia Katherine y le preguntó: «¿Estará hablando de nosotros o de él mismo?». Ella se encogió de hombros y respondió: «¿Algo de lo que está diciendo tiene algún sentido?».

Luego, Don King empezó a hablar de la gira que recorrería cuarenta ciudades, una filmación y una transmisión en directo vía satélite. También anunció que Pepsi-Cola había invertido la suma de cinco millones de dólares para tener el privilegio de patrocinar la gira. Los Jackson participarían en dos anuncios para Pepsi como parte del trato. «Será fabulosa. La más fabulosa y genial de las giras. El más increíble evento de la historia llevado a cabo por estos extraordinarios hombres…».

Finalmente aparecieron Michael, Marlon, Tito, Jermaine, Randy y Jackie ovacionados con un espectacular aplauso de los periodistas. Se sentaron en la mesa central con caras desanimadas y sus ojos escondidos detrás de gafas de sol. Ninguno de ellos parecía asombrado por la manera en que Don King continuaba exaltando a los medios. Finalmente, Don presionó a Michael para que hablara:

—No tengo mucho que decir realmente —comenzó Michael—, prefiero presentar al resto de mi familia. Primero, mi madre, Katherine…

—Sí, ésa es la madre, Katherine —interrumpió Don King—, la columna dorsal, la fuerza, el corazón, el alma…

—Y éste es mi padre, Joseph.

—Hmmm, él es Joseph Jackson. Amo a ese hombre. Realmente me ha anonadado.

—Y ellas son LaToya y Janet —agregó Michael, frunciendo el entrecejo en dirección a Don.

—Sí, ¿no son adorables? Las hermanas Jackson. LaToya y… —La voz de Don se apaciguó cuando vio la expresión de Michael.

—Y las hermosas esposas de mis hermanos están allí —continuó Michael—. Hazel, Carol, Enid y Dee Dee. Mi hermana Maureen no está aquí porque está grabando un álbum para la CBS. Muchas gracias. —Michael se negó a responder preguntas.

—Gracias, Michael. La voz de oro de la canción —dijo rápidamente Don.

—¿Cómo se va a llamar la gira? —preguntó un periodista.

—No le han puesto nombre aún —respondió King.

—Perdón, pero sí le hemos puesto nombre —lo interrumpió Marlon—. La llamamos Victory Tour.

—Bueno, ahí lo tienen, damas y caballeros —proclamó Don—, ése es el nombre de la gira. Vaya nombre, ¿verdad?

—¿Y cuál es el sentido de la gira? —preguntó alguien.

—La gira significa que los hermanos se han unido nuevamente —dijo Jermaine— para trabajar juntos, para mostrarle al mundo que podemos hacer a todos felices. Y que el mundo se unirá en uno solo, porque queremos traer paz para todos —concluyó,

expresando el sentido que le había dado Don King.

—¿Por qué Michael no dice nada más? —preguntó otro periodista.

—Bueno… —Don le echó una mirada a Michael, que negó enfáticamente con la cabeza—. Bueno… él tiene un problema en la voz porque estuvo todo el día trabajando, cantando estas canciones y haciendo todos esos *hits* —dijo Don—. No puede seguir hablando ahora. ¿No es cierto, Michael?

Michael parecía estar echando una mirada furiosa al promotor desde su sombra. Más tarde, los periodistas del *Washington Post*, Maxwell Glen y Cody Shearer, definieron el evento como «una de las conferencias de prensa más abominables de la historia». Otro observador la llamó «la gira nitro» de los Jackson 5, refiriéndose a que «parecía que a cada instante todo iba a explotar».

Michael había pedido que le grabaran la conferencia de prensa en vídeo. Un par de horas después de su finalización, él, John Branca y otros colaboradores de confianza vieron el vídeo en la *suite* de Michael del Hemsley Palace.

—Es un desastre, ¿verdad? —fue el veredicto de Michael. John recalcó que Don fue la verdadera estrella de la conferencia y que los Jackson fueron una suerte de espectáculo secundario.

—Bueno, entonces verdaderamente apestó, ¿no es así? —insistió Michael, enfadado—. Tenemos que mostrarle este vídeo a mis hermanos.

Michael convocó a sus hermanos a una reunión en su cuarto. Jackie, Tito, Jermaine, Marlon y Randy aparecieron unos minutos después. Tras la conferencia de prensa incluso ellos tenían algunas dudas sobre Don King.

—Mirad esta cosa horrible —dijo Michael cuando puso el vídeo—. ¿No veis que este hombre nos está utilizando? ¿Qué os pasa, muchachos? —les dijo cuando terminó—. Es el espectáculo de Don King y los Jacksons son los que abren el *show*.

—Tienes razón, Michael —dijo Jackie, meneando la cabeza, decepcionado—. Es un tremendo estúpido.

—Increíble —añadió Jermaine—. Mike tiene razón. Nunca estuve tan avergonzado. Fue horrible.

El resto de los hermanos compartía la misma impresión. Haber participado en la conferencia fue una humillación, pero verla desde fuera del estrado era más que lo que su orgullo podía tolerar.

—Bueno, vosotros elegisteis a este hombre tétrico —dijo Michael—. Ahora, Branca y yo vamos a elegir a otro. Algún coordinador que realmente sepa manejar el negocio. Alguien como Bill Graham o Irvin Azoff. Alguien importante en el negocio —dijo Michael, refiriéndose a dos gigantes de la promoción de conciertos en el mundo—. ¿Estamos de acuerdo? —preguntó—. Ya es hora de que volvamos a tener algo de poder.

Los hermanos asintieron.

¿Otro melodrama explosivo para llamar la atención?

En 1984, a pesar de su tremenda fama y su gran fortuna, Michael Jackson continuaba predicando de puerta en puerta la fe de los testigos de Jehová. «Dos veces a la semana, tal vez durante una hora o dos», según relata Katherine. También tenía reuniones con su madre alrededor de cuatro veces por semana, en el Salón del Reino, cuando estaba en la ciudad.

En sus días de predicador, Michael usaba un disfraz —bigote, sombrero y gafas; corbata y suéter— y con un ejemplar de *El atalaya* en la mano, Michael se paraba en la puerta de algún apartamento en los suburbios de Thousands Oak, en California, alguna mañana de 1984, y decía: «Aquí estoy para hablarle de la palabra de Dios», mientras la niña que había acudido al oír el timbre le cerraba la puerta en la cara. Se dirigía entonces al siguiente apartamento: «Estoy aquí hoy para hablarle de la palabra de Dios», decía mientras se abría la puerta. Era invitado a pasar y la puerta se cerraba detrás de él.

Lousie Gilmore recuerda aquella vez que Michael la visitó: «Era muy raro. Al principio pensé que era uno de esos estafadores. Un joven negro viene a mi puerta llevando un bigote evidentemente falso y un gran sombrero. Su cara era demasiado suave para tanto vello facial. Parecía un niño jugando a ser mayor. Tenía una voz leve y no parecía peligroso. "¿Puedo hablar con usted un momento?", decía dulcemente. Decidí dejarlo pasar.

»Se sentó y sacó unos libros y panfletos de un bolso. "Debería leerlos", aconsejó. Me dio unos discursos sobre los testigos de Jehová a los que no les presté la más mínima atención así que no puedo contarte qué fue lo que dijo exactamente. Luego tomó un vaso de agua, me lo agradeció y siguió su camino. Pensé que era un dulce y educado niño. Al día siguiente, mi vecino me dijo: "¿Michael Jackson también pasó por tu casa?". Le pregunté de qué estaba hablando. Cuando por fin entendí lo que estaba pasando, no lo pude creer. Guardé todo lo que me dejó de regalo pero no, no me uní a su religión».

Michael se consideraba un auténtico testigo de Jehová. No creía en las transfusiones de sangre, en las fiestas de Pascua ni en Navidad (decía que eran celebraciones paganas). Ni siquiera en la celebración de su propio cumpleaños. Tampoco creía en jurar lealtad a la bandera. En abril de 1984 asistió a la cena de la fundación de T. J. Martel en honor de Walter Yetnikoff, presidente de la CBS. Michael sólo accedió a sentarse en el escenario después de que monseñor Vincent Puma finalizara el *kirie*, y el auditorio hubiera jurado lealtad a la bandera y entonado el himno nacional.

A pesar del hecho de que Michael era un devoto (y, sin lugar a dudas, un importante donante de dinero a la religión), los pastores de la iglesia se decepcionaron en 1984, principalmente por el vídeo de «Thriller». Michael había quedado tan impresionado por el film de terror y fantasía *An American Werewolf in*

London que solicitó los servicios de John Landis como director y los de Rick Baker como creador de efectos especiales para el vídeo de «Thriller». Este vídeo de catorce minutos costó 600.000 dólares. Por aquella época, un artista podía hacer un vídeo decente por algo así como veinticinco mil dólares. John Branca sintió que Michael estaba excediéndose y le recomendó que buscaran alguna otra manera de pagar el vídeo.

A John y a Michael se les ocurrió realizar un vídeo que se llamara *The Making of Thriller* de manera tal que mientras el vídeo original se filmara, también se recolectaran imágenes de cómo fue hecho, incluyendo entrevistas a figuras fundamentales entre las que se encontraría a Michael. John luego negoció con Vestron Video, una compañía de distribución de vídeos y cobró unos quinientos mil dólares por el derecho de distribuir el producto.

Más adelante, John fue a MTV y les dijo a los ejecutivos que Michael estaba produciendo un documental de sesenta minutos y que si querían mostrarlo deberían pagar por ello. En ese momento, MTV no les pagaba a las compañías los derechos por pasar vídeos, ya que era considerada como una gigantesca promoción para los artistas el hecho de que sus vídeos se emitieran. Si bien hoy en día aún hay grandes conflictos entre MTV, los mánagers de los artistas, los abogados y los ejecutivos de las discográficas para negociar los precios, en 1984 eso no existía. Sin embargo, como Michael era tan popular, la MTV acordó rápidamente financiar parte del *Making of Thriller* si les otorgaba la licencia para transmitirlo el día del debut oficial. El vídeo iba a terminar costando algo más de un millón de dólares. El canal de cable Showtime también pagó una cantidad por los derechos secundarios del vídeo. En total, MTV y Showtime aportaron la segunda mitad del millón de dólares.

El vídeo de «Thriller» combinó con habilidad ilusión y realidad. La historia comienza con Michael empujando su descapotable Chevy blanco hacia un lado de una carretera con muchos árboles. Michael se vuelve hacia su acompañante (Ola Ray, portada de *Playboy*) y le dice:

—Me temo que nos hemos quedado sin combustible. —Y en lugar de empezar una escena romántica, comienzan a caminar. Él le pide que sea su chica y ella acepta —. No soy como los demás —le susurra.

—Claro que no —dice ella—. Por eso te amo.

—No —insiste Michael—, me refiero a que soy diferente.

Mientras, la luna sale de detrás de una nube y Ola empieza a descubrir cuán diferente es Michael: ¿a cuántos chicos empiezan a crecerles garras, pelos y músculos mientras le gruñen a la luna y se convierten en hombres lobo?

Él la persigue por el bosque. Ella tropieza y cae de espaldas. Él salta sobre ella. No parece ser nada amistoso. Justo cuando el monstruo está a punto de atacarla, la cámara enfoca a Michael y a Ola como parte de la platea de un cine, vestidos con una ropa más moderna que la de sus personajes de la película, quienes lucen un estilo de los años cincuenta. Ella grita de horror. «No puedo mirar esto», dice, y se levanta de

su silla para abandonar la sala. Él claramente disfruta de la escena. A regañadientes, deja sus palomitas y la sigue, burlándose de sus temores. Michael comienza a cantar «Thriller» mientras caminan por calles desiertas. Cuando pasan por el cementerio, una especie de cadáveres salen de sus tumbas y criptas para rodear a la pareja. Con la piel de color grisáceo y sangre en las comisuras de los labios, con los ojos salidos de sus órbitas, parecen cadáveres medio putrefactos. Ola escapa para encontrar algún refugio en una casa desierta. Mientras tanto, Michael lidera la grotesca compañía, que empieza a bailar. Sus facciones son deformes y amenazantes; su ropa, de un rojo sangriento, contribuye a su apariencia siniestra.

Michael lleva a los otros demonios hacia Ola y mientras ella tiembla de miedo, la compañía tenebrosa atraviesa las paredes, las ventanas y el suelo. Ola se estremece en el sofá y grita cuando Michael la alcanza.

De repente están en la casa de Michael. «¡Eh! ¿Qué ocurre?», pregunta él, sonriendo. La rodea con el brazo, pero al girar la cabeza en dirección a la cámara, se ven sus ojos bestiales y su sonrisa ominosa.

La intención de Michael no fue defender al satanismo o alguna secta ocultista. El vídeo estaba tan inmerso en la fantasía que «Thriller» no era más tenebroso para él que una noche de Halloween. Después de todo, cuando terminaba un largo día de trabajo en el rodaje, volvía a su casa donde tenía unos maniquíes con ojos muertos en su habitación. Antes de que hubiera siquiera terminado el trabajo, el vídeo trajo una serie de conflictos con los pastores del Salón del Reino de Encino, que convocaron a Michael para una reunión, durante la cual el estado de su alma fue discutido. Él no aceptó los argumentos. No quería que le dijeran qué debía hacer, ni su padre ni la Iglesia. Se negó a hacer cualquier tipo de declaración repudiando su trabajo. «Sé que no soy una persona perfecta, pero no es mi intención tampoco ser un ángel», afirmó.

Finalmente, los pastores amenazaron con expulsarlo de la congregación. Michael se preocupó. Llamó a la oficina de John Branca. Cuando la secretaria atendió el teléfono, parecía no haber nadie al otro lado de la línea. Sólo se oía el sonido de una respiración desesperada, como si alguien estuviera tratando de contener el aliento.

—Debe de ser Michael —le dijo a John.

Cuando John atendió y no oyó más que jadeos, se empezó a preocupar. Sin embargo, antes de que supiera qué estaba pasando, se cortó la comunicación. John llamó a Michael pero no hubo respuesta.

Al día siguiente, Michael llamó de nuevo y susurró que tenía un problema serio. Luego volvió a cortar. ¿Podía ser más dramático? Esas extrañísimas y crípticas llamadas telefónicas siguieron sucediéndose durante varios días más, hasta que John se preocupó bastante. Finalmente, Michael logró sobreponerse y llamó a John para preguntarle si él tenía las cintas del vídeo de «Thriller». El abogado le respondió que estaban siendo procesadas en el laboratorio. Michael pidió que las recuperara y luego las destruyera. Sonaba desesperado. «Nadie debe ver nunca ese vídeo», dijo.

Antes de que John pudiera contestar, Michael colgó. Volvió a llamarlo al día

siguiente para saber si ya había recuperado los vídeos. A esas alturas, John estaba cansado de ese juego. Le preguntó directamente qué estaba pasando, especialmente porque Michael había gastado cerca de un millón de dólares de MTV, Vestron y Showtime para «Thriller». ¿Cómo iban ahora a destruir los vídeos? Cuando Michael le explicó que su Iglesia había amenazado con expulsarlo si «Thriller» llegaba al público, John se sorprendió. Trató de convencerlo de que no debía permitir que los pastores de la Iglesia le dieran órdenes sobre su trabajo, pero a Michael no le interesaba escuchar su opinión.

Llamó nuevamente al día siguiente. «¿Tienes las cintas?», le preguntó a John. La respuesta fue afirmativa. Luego le preguntó si las había destruido. John le respondió que sí y que las tenía en su escritorio. «Perfecto», dijo Michael y colgó.

Casualmente, en ese mismo momento, John estaba leyendo un libro sobre Bela Lugosi. Después de pensar en este actor y en su papel de Drácula, John volvió a llamar a Michael y le dio una charla sobre la estrella del terror. Le explicó que Lugosi había sido un hombre religioso y, sin embargo, había interpretado al demoníaco Drácula e incluso hizo carrera gracias a ese personaje. Michael lo escuchó atentamente, mientras John le explicaba que los sentimientos religiosos de Lugosi no interfirieron con su arte, y que el hecho de que encarnara el papel de un vampiro en las películas no lo hacía menos religioso en la vida real. Le sugirió que reconsiderara su decisión sobre el vídeo «Thriller» y le recomendó que pusiera un cartel al comienzo del vídeo que dijera que el trabajo no representaba las convicciones personales y religiosas de Michael Jackson. Él pensó que la sugerencia de John era brillante y no se enfadó cuando éste le dijo que no había destruido las cintas en realidad. Al día siguiente, John llamó al director John Landis diciéndole que debía poner el cartel al principio.

—Ni loco —le respondió—. De ningún modo.

—Mira, si no hay cartel, no hay vídeo —le respondió. Después le explicó toda la historia.

—¡Por Dios! Este chico está chiflado, ¿no? —le dijo Landis.

John Branca no podía estar totalmente en desacuerdo aunque, por una cuestión de respeto hacia su cliente, no le respondió. Michael había encarado la situación de una manera tan extraña que parecía paranoica. ¿Qué tipo de comportamiento era ése, llamar, colgar, balbucear agitado y lloriqueando? De alguna manera había cierta similitud con aquella declaración dramática de que el vídeo de «Thriller» debía ser cancelado. Es difícil saber si Michael estaba realmente deprimido (y si lo estaba, había mejores maneras de solucionarlo) o volvía a orquestar un melodrama explosivo para obtener atención sobre un nuevo proyecto. Al final, «Thriller» se estrenó con el siguiente mensaje al principio: «Debido a mis sólidas convicciones personales, quiero expresar enfáticamente que el siguiente vídeo de ninguna manera manifiesta creencia alguna en lo oculto. Michael Jackson».

Como parte de la bonanza en la comercialización de Michael Jackson, el

vídeocasete de *The Making of Thriller*, un vídeo que mostraba cómo se hacía otro, se ofrecía al público. Según la Record Industry Association of America, la primera producción de Michael Jackson para el mercado de los vídeos caseros fue el primer vídeocasete musical en alcanzar inmediatamente el certificado de oro y platino. Fue, de lejos, el vídeo más vendido hasta hoy. Michael ganó millones con él. La semana anterior a que el vídeo «Thriller» fuera lanzado, a finales de diciembre de 1983, las ventas de *Thriller* habían descendido a 200.000 copias por semana, una cantidad más que respetable para un álbum que había sido lanzado hacía un año. Según *Time*, una semana después de ser emitido el vídeo a través de la MTV sólo durante cinco días, el álbum vendió otras 600.000 copias y volvió al número uno en los rankings de *Billboard*.

SEXTA PARTE

Michael se quema con Pepsi-cola

El primer compromiso de Michael para 1984 era la filmación de dos anuncios de Pepsi-Cola. Sin embargo, a él no le entusiasmaba el proyecto, especialmente desde que la Quaker Oats Company se ofreciera a ser el patrocinador de la gira de los Jacksons con una suma que era un 40 por ciento más alta que la ofrecida por Pepsi-Cola. El contrato con Pepsi ya estaba firmado y John Branca trató de desvincular a Michael de su compromiso, pero Don le pidió a Katherine que «hablara un poco con Michael para hacerlo entrar en razón». El trato con Pepsi volvió a encarrilarse.

Desde el principio, todos los involucrados supieron que Michael tendría un control de calidad total sobre los anuncios. Sus hermanos no podrían opinar sobre las secuencias. Aceptaron esa condición. Se les pagaba una suculenta suma por hacer esos anuncios, y estaban satisfechos.

Tras algunas reuniones con Michael, los ejecutivos de Pepsi-Cola se mostraron preocupados. Dos amigos de Michael, Paul McCartney y Jane Fonda, le habían dicho que él había cometido un error al aceptar hacer los anuncios, ya que quedaría sobreexpuesto. Michael llegó a la conclusión de que una forma de rectificar el problema era asegurarse de que su rostro sólo apareciera en cámara en un primer plano, y por un máximo de cuatro segundos. En otras palabras, quería hacer un cameo en su propio anuncio; y para ello, Pepsi tendría que pagar cinco millones de dólares.

«Hay otras maneras de filmarme aparte de ponerme una cámara contra la cara —insistió Michael ante tres exasperados ejecutivos de PepsiCola, en una reunión realizada en su casa—. Utilicen mis símbolos. Filmen mis zapatos, mis calcetines, mi guante, mi *look*; y luego, al final, revelen que soy yo». Ofreció permitir a los ejecutivos de Pepsi la utilización de la melodía de «Billie Jean», para la cual escribiría una nueva letra alusiva al producto. Michael no estaba intentando desvincularse del compromiso; sólo quería que los anuncios fueran especiales. Había decidido que, si los hacía, tendrían que valer la pena. Cuando Michael se encontró con Roger Enrico, presidente y director ejecutivo de la Pepsi-Cola Company, le dijo: «Roger, voy a hacer que la gente de Coca-Cola *desee* haber sido de Pepsi».

Si bien trataba de ser un jugador del equipo, aun así, Michael tenía sus reservas. «Sigo sin tener una sensación positiva al respecto —dijo acerca del acuerdo con Pepsi —. En mi corazón, siento que es un error aceptar algo en lo que no creo. Es un mal presagio. —Se encogió de hombros y añadió—: Pero supongo que lo haré lo mejor que pueda».

El viernes 27 de enero de 1984 llegó el momento de filmar el anuncio. Tres mil personas fueron convocadas en el Shrine Auditorium de Los Ángeles, con el fin de simular que se trataba del público de un concierto en directo. Los Jacksons iban a tocar «You’re a Whole New Generation», que era la música de «Billie Jean» con una letra especial.

Antes de una de las tomas, los hermanos se estaban preparando para el rodaje

ajustando su vestuario y maquillándose, y en ese momento Michael tuvo que ir al baño.

—Adelante, usa el mío —le sugirió el director, Bob Giraldi.

—No te preocupes, sólo será un minuto —dijo Michael. Entró y cerró la puerta.

Treinta segundos más tarde, desde el baño salió un aullido aterrador.

—¡Dios! ¿Qué ha pasado? —Bob Giraldi empezó a golpear frenéticamente la puerta del baño, alarmado—. Michael, Michael, ¿estás bien?

Cuando Michael abrió la puerta, lentamente, Bob y un puñado de personas entraron corriendo al baño.

—Se me cayó el guante —dijo Michael, avergonzado.

—¿Adonde? —preguntó Bob.

—Ahí —dijo humildemente Michael. Señaló el inodoro. Flotando en el agua, solitario, había un guante blanco con adornos de estrás.

—Ah, bueno —dijo Bob, tratando de no lanzar una carcajada—. Que alguien traiga una percha o algo. Vamos a tener que pescarlo de ahí.

La gente se dispersó en varias direcciones, en busca de una percha. Finalmente, Michael dijo:

—Oh, no se preocupen. —Estiró la mano hacia el inodoro y sacó el guante empapado—. ¿Alguien tiene un secador de pelo?

Había sido un largo día. Todos los Jackson, menos Michael, habían llegado a las nueve de la mañana. Tito actuaba como doble de su hermano, tomando el lugar de Michael para definir los ángulos de cámara y otras cuestiones técnicas. Michael, la estrella del espectáculo, llegaría horas después.

Alrededor de las seis de la tarde, el grupo ejecutó su número por sexta vez ese día, para que Bob Giraldi pudiera hacer ajustes técnicos. Finalmente, la película empezó a rodarse a las seis y media. Tal como lo había hecho durante cada ensayo, Michael comenzaba a descender de un podio, bajando por una escalera en medio de una iluminación radiante. Sus hermanos formaban una hilera en el escenario. Siguió la explosión de una bomba de humo y fuegos artificiales, tal como estaba planeado, que no dejaban ver por un momento la imagen de Michael.

Primero, una pose; esa silueta inconfundible.

Luego, una bomba de magnesio estalló con fuerte estrépito a sesenta centímetros de la cabeza de Michael.

Mientras Michael bajaba los escalones, el humo se volvió espeso. Algo no iba bien. Michael empezó a bailar. Giró una vez. Y otra, y otra. Después de realizar tres giros, saltó con la punta de los pies. Estaba ardiendo, en sentido literal. Cuando dio media vuelta, se sintió un grito ahogado del público. La explosión había puesto su cabello en llamas. Más tarde, él recordaría haber sentido el calor pero, según dijo, había pensado que se debía a las calurosas luces del escenario. Siguió actuando, no por mucho tiempo.

Cuando sintió el ardor, Michael se arrancó la chaqueta para echársela sobre la

cabeza y cayó al suelo del escenario. «¡Tito! ¡Tito!», chilló.

Bob Giraldi recordaría: «La filmación mostraría más tarde que mientras su cabello estaba ardiendo, él intentaba quitarse la chaqueta. Tal vez pensando que también estaba en llamas. Aun así, giró velozmente dos veces y apagó el fuego él mismo».

El primero en reaccionar fue Miko Brando, el hijo de Marlon de veintidós años, y uno de los miembros del equipo de seguridad de Michael. «Salí corriendo, lo abracé, lo derribé y le pasé las manos por el pelo», declaró Brando, que se quemó los dedos en el episodio.

Durante unos instantes llenos de inquietud, nadie pareció saber qué había ocurrido, o cómo reaccionar. Se produjo un caos. Jermaine diría más tarde que pensó que a Michael le habían disparado. El equipo subió corriendo al escenario, lo derribó y le cubrió la cabeza con una manta para apagar el fuego. Con un puñado de hielo en la cabeza y una compresa fría improvisada con una camiseta prestada, Michael fue retirado del escenario.

A partir de ese momento fue difícil mantener a la multitud calmada y en orden. El auditorio se llenó de gritos. Dado que nadie estaba en condiciones de brindar un informe preciso, las personas del público empezaron a desarrollar sus propias teorías. La mayoría creía que Michael había sufrido un intento de asesinato.

A fin de evitar a los fans y a los medios, era aconsejable retirar a Michael por una puerta trasera del teatro. Sin embargo, Michael insistió en salir por donde la muchedumbre y los fotógrafos pudieran verlo. Dijo que quería tener la posibilidad de mostrarle a la multitud congregada allí que se encontraba bien. A decir verdad, sin embargo, él sabía reconocer una *oportunidad*. Nadie podría pedir un mejor agente de relaciones públicas. «No me quiten el guante. Están los medios», les dijo a los médicos de la ambulancia cuando lo preparaban para la camilla. Sin que importaran el dolor, el *shock*, o la histeria, prevalecía el *showman*.

El vídeo que muestra a Michael cuando es introducido en la ambulancia se convirtió en la historia principal de todos los telediarios que se transmitieron esa noche. Allí estaba, atado a una camilla, tapado hasta la nariz, con la cabeza vendada sobre una almohada, y una mano enfundada en un guante con lentejuelas que asomaba levemente de debajo de las mantas. Michael levantó la mano con lo que parecían ser sus últimas fuerzas… y saludó con ella a las cámaras. «Si E. T. no hubiera llegado a casa de Elliot, habría ido a la casa de Michael», había dicho alguna vez Steven Spielberg. Ahora, Michael *era* E. T., una pequeña criatura extraña, herida por adultos que habían estado jugando con fuego, y no sabía quién se lo llevaba, adonde, y con qué propósito.

Mientras su camilla avanzaba, como él contaría más tarde, distinguió a varios ejecutivos de Pepsi apiñados, con expresiones ansiosas. Sin duda, no ignoraban que el accidente podía convertirse en el catalizador de uno de los mayores juicios de la historia del mundo del espectáculo: Michael Jackson podría convertirse en el *dueño*

de Pepsi cuando se dispersara el humo.

Al día siguiente aparecieron fotos de Michael como un E. T. en las primeras páginas de los periódicos de todo el mundo. Michael se referiría a ello llamándolo «esa famosa toma que me hicieron».

Michael fue llevado a la sala de emergencias del Centro Médico Sedars-Sinai, donde después de colocarle una crema antiséptica fue vendado. Le ofrecieron un analgésico, pero debido a su desprecio por los narcóticos, lo rechazó. Pronto, sin embargo, se dio cuenta de que lo necesitaba y aceptó uno. Luego, acompañado por Joseph y Katherine, Bill Bray, su hermano Randy, y su médico, Steve Hoefflin, Michael fue trasladado al Hospital Brotman Memorial en Culver City.

Traté de conseguir una entrevista con Katherine y con Joseph cuando entraban corriendo al hospital, cogidos del brazo.

—¿Cómo se sienten a raíz de todo esto? —pregunté.

Katherine siguió caminando, pero Joseph se detuvo. Me fulminó con la mirada.

—Ahí dentro está mi hijo —dijo, claramente disgustado—. ¿Cómo cree que me siento? ¿Cómo se siente cualquier padre cuando su hijo está herido?

—Sin embargo, usted y Michael han tenido sus diferencias —señalé.

—Oiga, hombre, ¿usted tiene hijos?

Respondí que no meneando la cabeza.

—Entonces no puede entender cómo me siento. Pase lo que pase, un padre siempre será un padre. Su hijo siempre será su hijo. ¿Está claro?

Michael pasó la noche del viernes en la habitación 3.307, descansando. En poco tiempo, sin embargo, comenzó a aburrirse y pidió un reproductor de videocasetes. Dado que nadie tenía la llave del armario en donde se guardaban los equipos de vídeo del hospital, alguien rompió el candado para conseguirle a Michael un reproductor y un surtido de vídeos. Eligió la película de ciencia ficción *Encuentros en la tercera fase* —dirigida por su amigo Steven Spielberg— y la estuvo viendo hasta la una de la madrugada, cuando se durmió por efecto de un somnífero.

Fuera de su habitación, Katherine, Joseph y Bill Bray se disponían a volver a casa. Parecían aliviados. Había sido una experiencia tensa, agotadora. Joseph notó que un grupo de ejecutivos de Pepsi, cerca de ellos, todavía tenían una expresión disgustada. Cuando pasó caminando a su lado, preguntó: «¿Por qué esas caras largas? La quemadura sólo tiene el tamaño de una moneda de cincuenta centavos».

Michael había sido afortunado; su rostro y su cuerpo se salvaron de sufrir lesiones en el accidente. Recibió quemaduras de segundo y tercer grado en un área del tamaño de la palma de una mano en la parte trasera de la cabeza. Sólo un pequeño punto —más pequeño que una moneda de 50 centavos, en realidad, más bien como una de 25 centavos— sufrió una quemadura de tercer grado. Los médicos dijeron que casi todo el cabello le volvería a crecer. Irónicamente, Michael había visitado pacientes quemados en el mismo hospital el día de Año Nuevo. Lo había conmovido particularmente uno de ellos, el mecánico de veintitrés años Keith Perry, que había

sufrido quemaduras de tercer grado en el 95 por ciento de su cuerpo. Michael pidió que lo fotografiaran sujetando la mano del paciente con su guante de lentejuelas. Cuando le preguntaron por qué tenía puesto el guante, Michael respondió: «De esta manera, nunca estoy fuera del escenario». Las fotos fueron rápidamente distribuidas entre los medios.

El sábado, de acuerdo con la supervisora de enfermería Patricia Lavales, «Michael estaba cantando en la ducha». Durante la mañana habló por teléfono y en los ratos libres vio *American Bandstand* y *Soul Train* en la televisión. Diana Ross, así como Liza Minnelli, le hicieron sendas llamadas telefónicas. Michael fue dado de alta más tarde, el mismo día. De acuerdo con Lavales, antes de marcharse vestido con la bata turquesa del hospital sobre su ropa de calle, y con un sombrero de fieltro que le cubría la herida, fue pasando por las habitaciones para despedirse de los otros pacientes quemados, firmar autógrafos y fotografiarse con ellos.

Tras recibir el alta del hospital, Michael se registró en el Sheraton Universal por una noche, con el fin de estar lejos de su familia. John Branca se reunió con él allí.

—Mike, creo que Dios está tratando de decirte algo acerca de este anuncio —le dijo John—. Nunca debimos haberlo hecho.

—Lo sé, Branca.

—¿Sabes una cosa? Tienes que agradecerle esto a Don King —añadió John.

—Mira, ni me lo recuerdes —dijo Michael. Estaba claramente disgustado.

Esa noche, Michael, Steve Hoefflin —quien le había hecho la rinoplastia a Michael y era el jefe de cirugía plástica en Brotman—, y otras personas del entorno de Jackson, incluyendo a John Branca, vieron un vídeo del accidente para determinar qué había sucedido exactamente. (Ni bien ocurrió el accidente, el socio de John, Gary Stiíffelman, recogió los vídeos de los cámaras. Pepsi no tenía ninguna toma, ni una sola. Las tenía Michael).

Michael vio el vídeo y se enfureció.

—Podría haber muerto —dijo—. ¿Habéis visto lo que me hicieron? ¿Habéis visto eso? No puedo creerlo.

Aunque trataron de calmarlo, fue en vano.

—Quiero verlo de nuevo —ordenó Michael.

Alguien volvió a introducir el vídeo en el reproductor, y todos volvieron a mirar.

—Ahí está —dijo Michael—. Quiero que el vídeo se difunda. Quiero que el público lo vea. Voy a hacer que Pepsi quede en la ruina. En cuanto mis fans vean esto, Pepsi será historia.

—Pero, Mike… —empezó a decir uno de sus socios.

—No. Hablo en serio —dijo Michael, interrumpiéndolo—. Difundid el vídeo. Quiero que esté en los telediarios ya mismo. Quiero que este mismo lunes todos sepan lo que me ha sucedido. Pepsi lo va a lamentar.

—No puedes hacerlo, Mike.

—¿Quieres apostar? Por supuesto que puedo —insistió Michael—. Y lo voy a

hacer.

El domingo, la decisión de Michael llegó a oídos de Roger Enrico, presidente de Pepsi-Cola. John Branca le mostró el vídeo. «¿Los comunicados de prensa dijeron que se le prendió fuego en el cabello? A mí me pareció que era en la cabeza entera. Como una antorcha humana. De ninguna manera, *nadie* puede ver esta toma. Es grotesca», recordaría Roger más adelante.

Enrico tenía que hacer cambiar de opinión a Michael. De lo contrario, después de ver «lo que le hizo Pepsi», ningún fan de Michael en todo el planeta volvería a tomar esa bebida.

«Con más ansiedad de la que he sentido en toda mi vida», Enrico llamó por teléfono a Joseph Jackson para preguntar qué correspondería hacer para solucionar el problema.

—¿Qué problema? —preguntó Jackson.

—Michael quiere difundir la filmación de su pelo en llamas.

—¿Por qué desearía hacer algo semejante? —preguntó Joseph, perplejo.

Roger no tenía la respuesta para esa pregunta. Solamente podía suponer que Michael quería vengarse. Le dijo a Joseph que si Michael permitía que se difundiera la filmación, la gente lo asociaría siempre con el accidente de la quemadura, tal como, dijo, el público identifica al presidente John F. Kennedy con la filmación de Zapruder del asesinato.

Joseph no sabía qué decir. «No hay manera de decirle a Michael lo que tiene que hacer. Hace lo que quiere. Todo lo que te puedo decir es: mucha suerte».

El vídeo sería difundido los primeros días de la semana siguiente, tal como Michael había decidido. Estaba empeñado en vengarse. Habría sido distribuido antes, pero sus allegados no encontraron un laboratorio que pudiera procesar la película un domingo sin previo aviso.

Primero, para abrirle el apetito a todo el mundo, una fotografía desenfocada de Michael bajando los escalones con su cabello en llamas —en la foto parecía rodeado de un halo— fue distribuida por la Associated Press. Fue la primera plana de casi todos los periódicos.

Una vez difundida esa foto, John Branca sintió que Michael tenía tiempo más que suficiente para serenarse, e intentó hablar francamente con él sobre la difusión del vídeo.

—Es morboso, Mike —le dijo John en una reunión con los socios—. No le hagas esto a tus fans. Y además, creo que deberíamos arreglarlo con Pepsi y seguir adelante con nuestra vida. ¿Para qué enfurecer a todo el mundo, Mike?

—¿Y por qué no? —quiso saber Michael.

—Vamos, Mike. Tú eres más grande que eso —dijo John.

Michael esbozó una sonrisa.

—Me estoy comportando como un tonto, ¿verdad? —preguntó, tímidamente, admitiendo su petulancia—. Tienes razón —le dijo a su abogado—. Está bien,

pongámosle fin a esto, pero quiero que paguen, Branca. Lo digo en serio. Tienen que pagar con creces por esto.

Aunque a Michael le pagaron solamente 700.000 dólares para hacer el anuncio de Pepsi, la publicidad que recibiría a causa del accidente demostraría ser invalorable. Desencadenó una marea de solidaridad en todo el mundo. El primer hospital donde fue atendido se vio en la necesidad de añadir seis voluntarios para responder las llamadas telefónicas de los fans y las personas que querían desearle que se recuperara pronto. En Brotman, se recibieron miles de llamadas, cartas y postales.

Hasta Ronald Reagan se sumó a la respuesta colectiva, con una carta de fan para Michael fechada el 1 de febrero de 1984: «Me ha alegrado saber que no has salido seriamente herido de tu reciente accidente. Sé por experiencia que estas cosas pueden suceder en un rodaje, más allá de cuantas precauciones se tomen…».

«Lo que verdaderamente sacó de quicio a Michael —recordaría Steve Howell— fue que los abogados de Bob Giraldi (el productor del vídeo) trataron de responsabilizar por la quemadura al fijador de cabello que usaba Michael. Dijeron que ese producto era el responsable de que en su cabello se prendiera fuego. Él pensaba que Giraldi era un amigo y se preguntó por qué habría adoptado esa actitud. Los productos que usaba en el cabello, según me contó, como todos lo que se aplicaba en el resto del cuerpo, eran cien por cien naturales, sin una pizca de sustancias químicas».

Cuando Michael llegó a su casa en Encino, una de las primeras cosas que hizo fue llamar a Steve Howell: «¿Puedes venir por aquí e instalarme el equipo de vídeo en mi habitación para que pueda ver *Los tres chiflados*?».

Esa tarde, Michael dio un paseo por la propiedad en su coche eléctrico, una copia casi idéntica del vehículo de «*Mr*. Toad’s Wild Ride» en Disneylandia. Desde la calle, al otro lado de los portales de la mansión, sus fans —que estaban siempre allí— lo podían ver cuando pasaba zumbando con su coche por el camino de entrada, como un niñito contento porque su mamá finalmente le permitía salir a jugar. Michael bajó un momento de su costoso juguete y arrojó graciosamente a los fans, por arriba de las puertas, la bata que había usado en el hospital.

Durante mucho tiempo, Michael sintió un poco de dolor en la zona del cuero cabelludo donde se produjo la quemadura. «Sabían que habría podido demandarlos —escribió Michael sobre Pepsi en su libro *Moonwalk*, aunque la mayor parte de la gente pensaba que probablemente la responsable no fuera Pepsi, sino la compañía productora del anuncio—. Pero realmente fui muy bueno con respecto a este asunto».

En realidad, no fue *tan* bueno. A petición de Michael, John Branca presionó a Pepsi-Cola para llegar a un acuerdo económico. Quería un millón y medio de dólares. La compañía argumentó que la suma era, de lejos, demasiado alta. Iban a pagar, pero el accidente ni siquiera era culpa suya; cargaban la responsabilidad sobre la productora. «¿Qué les parece medio millón?», propuso uno de los abogados de Pepsi. Finalmente, bajo la amenaza de un juicio, Pepsi-Cola le pagó a Michael un millón y

medio.

Michael Jackson aceptó el dinero, y luego lo donó al Centro de Quemados Michael Jackson, que había sido fundado en su honor en Brotman tras el accidente.

«Nunca sonrío cuando bailo»

En febrero de 1984, el accidente de Michael Jackson había sido tema de los telediarios durante semanas. La publicidad sólo sirvió para aumentar el suspense acerca de los anuncios de Pepsi que estaban por estrenarse, y que serían emitidos durante la siguiente entrega de los premios Grammy. Algunas personas empezaron a hablar del «debut», como si fuera uno de los acontecimientos del siglo más dignos de ser noticia. Antes de los Grammy, los anuncios serían «revelados» en un programa de gala para mil embotelladores en el Lincoln Center de Nueva York, tendrían su estreno mundial en la MTV sin ningún coste para el patrocinador, y luego, finalmente, aparecerían como anuncios consagrados durante la transmisión de los Grammy.

Hasta el último minuto, sin embargo, Michael le hizo las cosas difíciles a la Pepsi-Cola Company. Cuando vio el producto terminado (de hecho, dos anuncios: la escena del concierto y una escena «callejera» en la que aparecía Michael con el bailarín Alfonso Ribeiro), dijo categóricamente que no eran lo suficientemente buenos; Michael los detestaba. Se le veía demasiado la cara en el *spot* del concierto, según dijo. El mayor problema era que Michael no quería hablar directamente con los ejecutivos de Pepsi sobre sus conciertos. Si actuaba así por hacerse el niño consentido o por timidez, nadie lo sabía con certeza.

Entonces, Roger Enrico llamó por teléfono a Joseph para quejarse de que no podrían lograr que los anuncios fueran «mejores» si Michael se negaba a hablar sobre ellos. Más allá de lo que la gente pudiera pensar sobre Joseph en lo personal, respetaban el hecho de que en general al menos él solía estar dispuesto a escucharlos. Si pensaba que una idea era meritoria, haría todo lo que estuviera a su alcance para convencer a Michael de que tuviera una opinión favorable sobre la propuesta.

«No es fácil para Michael —le contó Joseph Jackson a un ejecutivo de Pepsi—. Tiene grandes ideas, pero no siempre es capaz de expresarlas. Permítanme ayudarlos. Puedo actuar como intermediario y facilitarles las cosas a todos. Conozco al chico. Sé cómo piensa».

Unas horas más tarde, Joseph llamó a Roger.

—Tengo a Michael aquí —dijo—, y estoy seguro de que vosotros, muchachos, podéis solucionar las cosas.

Hubo una pausa.

—Adelante. ¿Quieres hablar con él? —susurró Joseph, con urgencia—. Ponte al teléfono, Michael.

Michael cogió el auricular. Y entonces se quejó de que le habían pedido que se

quitara las gafas de sol durante la grabación, y que él realmente no deseaba hacerlo. Le habían prometido, dijo, que solamente iba a haber *un* primer plano sin las gafas de sol, «y ahora veo un montón de primeros planos donde no llevo gafas». Por otra parte, le preocupaba aparecer demasiado tiempo en los anuncios, «*mucho* más que cuatro segundos de mi cara». Se ven *dos* giros durante la actuación. «Y yo acordé que solamente sería uno», le recordó Michael a Roger. Además, en el anuncio con Alfonso Ribeiro, que le gustaba y del que dijo que era «mágico, sencillamente mágico», quería que sonaran unas campanillas cuando Alfonso se topaba con él mientras bailaban, «como el sonido de unos carillones de viento».

—¿Campanillas? —preguntó Enrico, estupefacto.

—Sí, campanillas.

Ambos anuncios fueron reeditados rápidamente, incorporando los cambios sugeridos. Entonces, Michael miró el nuevo producto y llamó por teléfono a Roger Enrico para dar su veredicto.

—Hola, señor Enrico. Habla Michael Jackson —dijo—. ¿Me recuerda? La persona con la que habló el otro día sobre los anuncios.

Roger lo recordaba.

El anuncio con Alfonso Ribeiro estaba muy bien. Sin embargo, Michael opinaba que todavía aparecía demasiado en la parte del concierto. Se le veía un total de cinco segundos. Sólo debían ser cuatro segundos de su imagen, dijo. Además, estaba sonriendo en un momento del baile.

—¿Y qué?

—Yo nunca sonrío cuando bailo —explicó Michael.

—Ah.

El 7 de febrero, Michael ingresó en el libro de los récords Guinness durante una ceremonia en el Museo Americano de Historia Natural en la ciudad de Nueva York, en virtud de que *Thriller* había batido todos los récords de ventas de discos, con 25 millones de copias. La CBS Records ofreció una fiesta de gala para mil quinientos invitados en el Museo de Historia Natural. Michael fue a la velada acompañado por la actriz Brooke Shields. La «gente» *de ella* se había puesto en contacto con la gente *de él* y habían sugerido que sería una cita perfecta. «¿Por qué no?», decidió Michael.

Cuando Michael regresó a Los Ángeles, se encontró con Joseph, Katherine, sus hermanos y Don King para contarles lo que había decidido sobre la gira. «Quiero rebautizarla —dijo—. No me gusta “Victory Tour” [“Gira de la Victoria”]; quiero que se llame “The Final Curtain” (“Cae el telón”)».

Michael quería dejar en claro que la siguiente gira mundial sería el final del camino para él y sus hermanos. Una vez terminada, no volvería a trabajar con los Jacksons, por eso «The Final Curtain».

«A ninguno de los hermanos le gustó ese nombre, para nada —recordaría Marlon

—. A nuestros padres tampoco les gustaba. Michael hacía que sonara como un funeral, como que alguien había muerto. Pero nosotros no estábamos muriendo».

Michael no estaba contento con el nombre «Victory Tour» porque obviamente aludía a la gira como un momento victorioso. En realidad, él se sentía derrotado porque su madre lo había convencido —de alguna manera, lo había obligado— para que participara. En cuanto al nuevo nombre, sin embargo, perdió la votación, lo cual no fue motivo de sorpresa.

—¿Cuántos Grammy dirías que voy a ganar? —le preguntó Michael a Quincy Jones.

Quincy se encogió de hombros. Era un hombre inteligente. Tras el bombazo de *Thriller* sabía demasiado bien cómo eran las cosas. Prefirió evitar predicciones.

—En fin, todo lo que puedo decir es que espero ganar muchos —dijo Michael con una sonrisa.

Un repaso a la historia de los Grammy —el programa de premios de la Academia Nacional de las Artes y Ciencias Discográficas, establecido a finales de los años cincuenta como un equivalente de los Óscar para la música pop— revela que los ganadores de los Grammy no siempre son los mejores artistas ni las grabaciones más notables de su época. Por ejemplo, Elvis Presley nunca ganó un Grammy por ninguna de sus interpretaciones, inmensamente populares, aun cuando fue el más influyente artista pop de los últimos cuarenta años. Los Beatles sólo recibieron cuatro Grammy, lo cual es sorprendente considerando su impacto en la música popular y en nuestra cultura. El álbum pionero *Highway 61 Revisited*, de Bob Dylan, no ganó ningún Grammy en 1965. La importante colección *Ziggy Stardust*, de David Bowie, ni siquiera recibió una nominación en 1972. James Brown, los Rolling Stones, Sly Stone y Diana Ross nunca recibieron un premio Grammy. Es bastante sencillo: las seis mil personas notoriamente conservadoras que votan para otorgar esos premios no son aptas para reconocer rápidamente la importancia y el significado de los nuevos artistas.

Hay otras consideraciones, de tipo político. Durante mucho tiempo ha corrido el rumor de que tanto el proceso de nominación como el proceso final de asignación de los Grammy están dominados por las principales compañías discográficas, que han convertido el premio en una farsa autocelebratoria. En 1983, esta competición se había reducido a una lucha entre dos grandes superpoderes: la facción de la Warner Brothers/Elektra-Asylum/Atlantic-Atco (WEA) y la facción de la Columbia/Epic (CBS). Como resultado de esa competencia, era muy difícil para los artistas que no grabaran en la WEA ni en la CBS ganar un Grammy. Los artistas de Motown, con excepción de Stevie Wonder, generalmente ni siquiera formaban parte de la competencia. De hecho, en 1982, CBS ganó veintiuno de un total de sesenta y dos premios, incluyendo todas las menciones principales.

A Michael no le interesaban los asuntos políticos relacionados con los premios

Grammy. «¿A quién le importa? —le dijo una vez a un amigo—. Lo único que quiero es ganar tantos como pueda».

No tenía motivo para preocuparse. Michael Jackson era, sencillamente, demasiado popular para que la Academia lo ignorase. Era tan popular, de hecho, que todos estaban de acuerdo en su importancia; se había convertido en el héroe más celebrado del *rock* y, por si fuera poco, era un artista de la CBS. Cuando se anunciaron las nominaciones a los Grammy, a él le correspondieron doce, algo sin precedentes. Fue el mayor número que cualquier solista había recibido en la historia de los Grammy, incluyendo la Grabación del Año («Beat It»), el Álbum del Año (*Thriller*) y la Canción del Año («Beat It» y «Billie Jean»); una nominación para la Mejor Grabación Infantil por su narración de E. T.; nominaciones para los ingenieros que habían remezclado las pistas instrumentales de «Billie Jean» para el lado B de un simple, y para los compositores que escribieron «PYT» para su álbum; nominaciones para su productor, Quincy Jones; y una nominación adicional para el Mejor Productor compartida por Michael y Quincy. De hecho, el más cercano competidor de Michael era su productor y ocasional arreglista, Quincy Jones, que recibió seis nominaciones.

Junto con *Thriller, Synchronicity* del grupo The Police y la banda sonora de *Flashdance* también recibieron nominaciones para el Álbum del Año, así como también *An Innocent Man* de Billy Joel y *Let's Dance* de David Bowie.

Los Grammy

El martes 28 de febrero de 1984, la noche de los Grammy, la escena en el Shrine Auditorium de Los Ángeles era un pandemonio. Focos gigantes dibujaban espectaculares figuras blancas allá arriba, en el cielo oscuro. Los fans, en sus áreas valladas, estaban listos para aullar y gritar el nombre de cualquier persona que reconocieran. Cuando Michael Jackson, de veinticinco años, llegó para su coronación como rey del mundo de la música pop, lucía un uniforme con charreteras bordado de lentejuelas, y el guante de estrás en su mano derecha. Con él estaba Brooke Shields.

De hecho, Michael no quería ir a la entrega de premios con Brooke. Poco antes de la ceremonia, ella apareció de improviso en la casa de Encino para pedirle que considerara la posibilidad de llevarla a la gala. Aunque eran amigos desde hacía dos años, no está claro que Brooke, que en ese momento tenía dieciocho años, se sintiera verdaderamente atraída por Michael; tal vez sólo le interesaba ir con él porque generaría una enorme publicidad. Ya lo había acompañado a los Premios American Music en enero, cuando Michael arrasó, ganando ocho premios, y a los Premios Guinness en febrero. Su foto con Michael había aparecido en todos los periódicos a lo ancho y largo del país.

En 1984, Brooke Shields era inmediatamente reconocible, pero no era realmente una estrella. Su carrera no había sido aclamada por la crítica; sus películas más

recientes en general habían fracasado. Sus famosos anuncios de vaqueros ya no se emitían, y una película llamada *Sahara* había sido archivada por el momento. Era inteligente y hablaba bien, estudiaba en la Universidad de Princeton, en Nueva Jersey. Brooke y Michael disfrutaban de su mutua compañía y ambos conocían la presión de ser un niño estrella con padres exigentes. La madre y representante de Brooke, Teri, estaba encantada de la asociación de su hija con Michael.

LaToya y Janet se encontraban en la cocina cuando Michael entró corriendo para contarles lo que Brooke le había pedido.

—No quiero llevarla —dijo, según recuerda LaToya—. *Realmente* no quiero.

—Bueno, entonces *clíselo*, Michael —replicó LaToya—. Si no quieres llevarla, dile que no.

—Pero no puedo.

—¿Por qué no? —preguntó Janet.

—Porque no quiero herir sus sentimientos —explicó Michael. Visiblemente incómodo, regresó al salón.

Poco después volvió a reunirse con sus hermanas, con una sonrisa avergonzada.

—¿Y bien? —preguntó LaToya.

—La voy a llevar —dijo Michael, resignado. Irónicamente, la estrella pop a quien no podían intimidar los mandamases del negocio discográfico Berry Gordy y Walter Yetnikoff, se había dejado amedrentar por Brooke Shields para hacer lo que no quería hacer.

Meses más tarde, Michael —junto a Steve Howell— revisaba fotos de la entrega de los premios. En una de ellas se lo veía con Brooke Shields.

—¿Cómo es ella? —preguntó Howell.

—Ah, es agradable —dijo Michael, indiferente—. Pero la llevé solamente para ayudarla —añadió—. No hubo ningún romance. Todo fue estrictamente para ella, para que obtuviera publicidad.

Ciertamente, cuando Michael y Brooke llegaron en un Rolls-Royce blanco, unos minutos antes de que empezara la ceremonia, se desencadenó tal histeria entre los fans que se habría dicho que se trataba de una visita real. La pobre Tatum O'Neil estaba en la puerta de entrada con cuatro amigos, observando ese frenesí. Michael, Brooke y un círculo de guardias de seguridad pasaron corriendo a su lado. «Michael. ¡Eh, Michael! —gritó Tatum. Demasiado tarde. Se había ido. Ella se giró hacia sus amigos—. Os lo presentaré más tarde. Os lo prometo».

Michael, que llevaba un pesado maquillaje y una tonelada de perfilador de ojos, se sentó en la primera fila del teatro con Brooke y Emmanuel Lewis, quien se encontró con ellos allí. Brooke parecía incómoda por tener que compartir su cita con un chico de doce años. Ya antes, mientras los fotógrafos se acercaban a ellos, Michael había cogido a Emmanuel de la mano y había rodeado a Brooke con su brazo libre, como si tratara de decirle a ella —y tal vez al público— que la presencia de un niño en su cita significaba que entre ellos no había nada serio. «Salgamos de aquí —había

dicho Brooke a Michael—. La gente se está riendo de nosotros».

Durante la ceremonia, desde el palco sonaban ovaciones de los fans y de los colegas de la industria que ocupaban los asientos de la orquesta, cada vez que el rostro de Michael aparecía en los monitores de televisión o simplemente se mencionaba su nombre. Cuando llegó el momento del «estreno» de los dos anuncios de Pepsi, el público reaccionó con una oleada de aplausos y silbidos. Era obvio que era el hombre del momento, e incluso ya había ganado antes un premio. La actriz cómica Joan Rivers señaló, al explicar cómo se contaban los votos, que «la razón por la que estamos leyendo las reglas es para que los perdedores sepan por qué perdieron frente a Michael Jackson».

Esa noche, Michael hizo historia en los Grammy: ganó ocho premios sobre un total posible de diez y recibió doce nominaciones (tres de ellas, en la misma categoría).

Nunca, desde la brillante cosecha de Stevie Wonder, artista de Motown, a mediados de los años setenta (ganó cinco Grammy en 1973 y 1974), el público, la prensa y la industria —tres facciones que rara vez hacen la misma apreciación— habían coincidido tan incondicionalmente en la importancia de un artista para la cultura pop. En cierto sentido, el reconocimiento unánime de Michael Jackson en el Shrine Auditorium significaba que los fans, los críticos y los votantes habían estado de acuerdo sobre un nuevo rey de la música pop.

Al recibir el premio al Mejor Álbum por *Thriller* (que para entonces había vendido 27 millones de discos, era el álbum más vendido de la historia y todavía era el número uno en las listas del *Billboard*), un Michael Jackson nervioso y tímido dijo: «Es un gran honor. Estoy muy feliz».

Cuando más tarde recogió el séptimo Grammy, con el que batió el récord, se quitó las gafas oscuras en un saludo triunfal, «para las chicas del palco». Katharine Hepburn («mi querida amiga») había regañado a Michael por llevar las gafas de sol en los Premios American Music, y le dijo que estaba «estafando» a sus fans al no permitirles que vieran sus ojos.

Michael recibió un premio con el comentario: «Tengo algo muy importante que decir… de verdad», y pasó a rendirle un conmovedor homenaje a la legendaria estrella del rhythm and blues Jackie Wilson, que había muerto hacía poco.

Jackie era uno de los ídolos de Michael en el mundo del espectáculo. Tras sufrir un ataque al corazón sobre el escenario en Nueva Jersey, en 1975, había quedado en estado prácticamente vegetativo, en una clínica. Todos los niños Jackson fueron a visitarlo un día en 1977. De las personas que se ocupaban de él, la principal era Joyce McCrae, quien luego trabajaría para Joseph Jackson Productions. Fue la sucesora de Gina Sprague. Jackie no podía hablar; solamente podía parpadear una vez para decir que no y dos veces para decir que sí. Todos los hermanos Jackson se reunieron alrededor de su cama, tratando de no llorar, mientras Joyce los presentaba, uno por uno. Cuando llegó a Michael, Jackie sonrió y parpadeó dos veces. McCrae recordaría:

«Había en su rostro una felicidad inmensamente valiosa, profunda, y conmovedora. Estaba tan contento de que estuvieran allí. Fue un momento especial».

Michael también ganó el premio a la Mejor Grabación («Beat It») y al Mejor Solista en tres estilos: pop («Beat It»), *rock* («Thriller»), y *rhythm and blues* («Billie Jean»), También ganó el de Mejor Álbum Infantil (*E. T*)., el de Mejor Canción rhythm and blues («Billie Jean»), y el de Mejor Productor de Grabación, un premio que compartió con Quincy Jones. Los dos premios que perdió los ganó la banda The Police, que se llevó tres Grammy en total por el álbum *Synchronicity* y el sencillo «Every Breath You Take». En total, sus ocho premios superaron al récord previo de Paul Simon, de siete en un año, ganados cuando, en 1970, barrió con *Bridge over Troubled Water*.

Al recibir uno de los premios llamó a compartir el escenario al director de la CBS, Walter Yetnikoff. Más tarde invitó a LaToya a Janet y a Rebbie.

Entre bambalinas, después de los premios, Michael no tenía mucho que decir a la prensa. A los medios ya les había dejado claro que no estaría disponible para entrevistas: sólo permitiría fotos. Los periodistas, privados de la oportunidad de hablar con Michael sobre los premios obtenidos, no tuvieron otra alternativa que preguntar a los demás ganadores cómo se sentían *ellos* con el logro de Michael.

—He visto cuatro fenómenos en toda mi vida: Frank Sinatra, Elvis Presley, los Beatles y Michael Jackson —señaló Quincy Jones.

—¿Cuál es tu canción preferida? —le gritó alguien a Michael cuando se marchaba.

—«My Favourite Things» de Julie Andrews —respondió Michael.

—Estás bromeando, ¿verdad? —preguntó el periodista.

—No. —Michael empezó a cantar la canción: «Raindrops on Roses and Whiskers on Kittens…» mientras abandonaba la sala, acompañado por cuatro hombres de seguridad. Cuando salía del auditorio con Brooke y Emmanuel, cincuenta personas fueron apartadas a codazos de su camino por sus guardaespaldas, incluida Tatum O'Neil y sus amigos. «Os presentaré más tarde», volvió a prometer. Cuando el Rolls-Royce de Michael se alejó del auditorio a toda velocidad, él bajó el cristal de la ventanilla y se inclinó hacia fuera, levantando ambos brazos en un gesto triunfal, con un Grammy en cada mano, sacudiéndolos en el aire—. ¡Muy bien! —gritó—. ¡Muy *bien*!

Michael Jackson se había convertido en una de las celebridades más perseguidas de Hollywood; siempre era invitado a gran cantidad de fiestas para los número uno. A menudo necesitaba escolta e, incómodo en su nuevo papel de mariposa social, solía buscar a alguna persona en quien confiar, que fuera mayor que él. Liza Minnelli era una de sus preferidas, en parte porque a Michael siempre le había fascinado con la aureola mística de su madre, Judy Garland, pero también porque Liza había crecido en Hollywood, sabía moverse en el ambiente y era capaz de hacer sentir a Michael cómodo y relajado.

Además, en 1984 fue Liza, no Michael, quien recibió la codiciada invitación a la fiesta del 10 de abril, cuyo anfitrión era el famoso agente literario Irving *Swifty* Lazar. Tenía lugar todos los años, justo después de la entrega de los Óscar, y el evento había llegado a ser tan prestigioso que incluso las estrellas de gran renombre consideraban un honor ser invitadas. A menudo las celebridades les ordenaban a sus encargados de relaciones públicas que acosaran a Swifty varios meses antes para conseguir una invitación. En 1984, la fiesta tuvo lugar en el Bistro, en Beverly Hills. Entre los invitados se contaban Orson Wells, Cary Grant, Jacqueline Bisset y Linda Evans.

Era obvio que más allá de cuán famoso hubiera llegado a ser Michael, en su interior era simplemente otro fan de las grandes estrellas. A juzgar por la expresión de su rostro, aunque su éxito no había hecho menguar su respeto reverencial, le había permitido observar a sus ídolos en primer plano. Como contrapartida, las celebridades se desvivían por una oportunidad de conocer a Michael, un muchacho que había filmado solamente una película (¡y que había resultado un fracaso!).

Michael en ningún momento se apartó de Liza. Vestido con uno de sus destellantes trajes militares, gafas de aviador oscuras, y el infaltable guante de estrás, miraba a su alrededor, comprobando, inevitablemente, que todos lo miraban embelesados. Por su parte, Liza se paseó orgullosa con Michael del brazo, como diciendo: «Sí, *yo* estoy con Michael Jackson. ¿Qué tal?».

—Un *whisky* con coca-cola —le ordenó Liza al camarero—. Y el señor Jackson va a tomar lo mismo.

—Ah, no —protestó Michael—. Voy a tomar una… —Dudó—. Voy a tomar un jugo de naranja, por favor.

—Ah, nada de eso —dijo Liza—. Va a tomar lo mismo que yo. Con *whisky* —aclaró, y rió alegremente.

Mientras el camarero se alejaba, Michael le dijo suavemente desde atrás:

—Para mí, sin *whisky*.

Joan Collins se acercó a la pareja.

—Michael, mi niño querido, qué maravilloso verte —lo saludó, y mientras lo abrazaba calurosamente le guiñó un ojo a Liza, como si compartiera una broma con ella. Michael tenía una expresión confundida.

—Rápido, ponte bien a su lado; saquemos una foto —se oyó entonces. Una mujer empujó a su marido hasta ponerlo junto a Michael.

—Es para nuestra hija, Natasha —dijo el hombre tímidamente. Michael, que sin lugar a dudas había oído una frase similar mil veces antes, asintió pacientemente con la cabeza.

»Ah, por cierto, mi nombre es Michael Caine —dijo luego el actor. Ambos se estrecharon la mano mientras la esposa de Caine, Shakira, sacaba otra foto.

Joan Collins se volvió hacia un amigo.

—¿Sabes?, tengo que conseguir el nombre de su cirujano plástico —dijo—. Sencillamente *adoro* su nariz.

Johnny Carson, sentado con su novia Alexis Mass, vio la escena y fue hacia Michael justo cuando le estaban sirviendo jugo de naranja.

—Me alegro de verte, Michael —dijo Carson con un fuerte apretón de manos.

Michael parecía aturdido.

—Yo… eh, este…, también me alegro de volver a verlo, señor Carson.

—Llámame John.

—Ah, de acuerdo. Llámame Mike.

Liza Minnelli le arrebató la mano de Michael.

—Johnny, es *mi* cita —le dijo a Carson con una gran sonrisa.

—¡Guau! ¡Qué tipo tan agradable que es ese Johnny Carson! —se oyó decir a Michael mientras Liza se lo llevaba a rastras.

—Ah, sí, es un encanto —coincidió ella—. Ahora vamos a llamar a mi padre.

—¿Vamos a llamarlo?

Entonces, Liza guió a Michael hasta una cabina telefónica.

Después de marcar el número, Liza empezó a hacer un número de claqué y comenzó a cantar.

—*Forget your troubles, c'mon get happy* —cantaba. Se estaba sintiendo… bien.

Michael rio.

—Me encanta estar cerca de ti, ¿lo sabías? —le dijo.

—Shhh —dijo Liza. Su padre atendió el teléfono—. Papi, escucha, quiero que conozcas a Michael Jackson.

—¿A quién? —fue aparentemente la respuesta que recibió.

—Es un cantante *maravilloso* y uno de mis *mejores* amigos —explicó—. Ahora, simplemente dile hola. —Una pausa—. Ay, papá, sólo di hola.

Liza le tendió el teléfono a Michael.

—No, no puedo —protestó Michael, tapando el auricular con la mano.

—*Tienes* que hacerlo —insistió Liza.

—Pero es mi ídolo. —Michael siempre había disfrutado de las películas del director Vincent Minnelli.

—Bueno, entonces di «*hola*». —Liza le dio un puñetazo juguetón en el brazo—. No muerde.

Michael quitó la mano del auricular.

—Hola, señor Minnelli —susurró. Luego escuchó durante cinco segundos, mirando a derecha e izquierda. Con una risa tonta, le devolvió el teléfono a Liza—. Por Dios, vaya que es *simpático* —soltó Michael.

Liza volvió a hablar por el teléfono.

—Ahora, escucha, papá. Ponte tu chaqueta de pana. Estaremos allí en veinte minutos.

Una pausa.

—Sí, lo voy a llevar *allí a él*.

—Una pausa.

—No te preocupes, no importa cómo está vestido.

Otra pausa.

—Bueno, lleva un guante con lentejuelas, ¿de acuerdo? ¿Ya estás satisfecho?

Michael se partía de risa.

—De acuerdo. Muy bien. Hasta luego.

Cuando Liza y Michael se abrieron paso entre la multitud hacia la puerta y hacia la limusina que los esperaba, se oyó decir a Jimmy Stewart: «Bueno, allí van, la niñita de Dorothy… y el Mago».

Casi veinte años más tarde, «el Mago» sería parte de la fiesta de bodas sembrada de estrellas cuando «la niñita de Dorothy» se casó por cuarta vez, en Nueva York.

En marzo de 2002, Liza se casó con David Gest en un acontecimiento muy publicitado, sembrado de estrellas. Michael fue el padrino y Elizabeth Taylor, la dama de honor. Desafortunadamente, la unión llegaría a su fin al cabo de dieciséis tumultuosos meses.

Créeme, se avecinan problemas

Se acercaba el inicio de la gira Victory, que prometía cuarenta fechas de conciertos y, para inquietud de Michael, cuarenta millones de oportunidades de que algo saliera mal, en tanto Don King estuviera involucrado. Michael sentía que necesitaba a alguien que protegiera sus intereses. John Branca era un excelente abogado, pero ahora necesitaba un representante con experiencia, dado que Weisner y DeMann se habían ido y Joseph ya no era su representante.

Por casualidad, Motown acababa de publicar una recopilación de canciones que Michael había grabado a principios de los años setenta. El álbum se llamaba *Farewell My Summer Love 1984*, un título confuso, dado que las canciones habían sido grabadas más de diez años antes. El disco vendió solamente unas cien mil copias, una cifra minúscula considerando los 33 millones de copias de *Thriller* que, para entonces, habían salido de las tiendas de discos en manos de sus admiradores. Michael creía que Motown estaba tratando de aprovechar su fama, y no le gustó. «No es justo —dijo—. No tuve ningún control sobre esa música. Ni siquiera me gustan algunas de esas canciones. Necesito a alguien capaz de evitar que algo semejante suceda en el futuro».

Michael se reunió con varios representantes, incluyendo al coronel Tom Parker, el Svengali de Elvis Presley, con la esperanza de encontrar a la persona más cualificada. Cuando se trataba de elegir un mánager, Michael era extremadamente precavido. Interrogó a todas las personas que conocía acerca de cierta gente, tratando de determinar su valía en la industria del espectáculo. Habló con sus hermanos para saber qué chismes habían oído; se reunió con ejecutivos de las compañías discográficas. Al final, su elección sorprendería a muchos observadores.

Siete meses antes, en agosto de 1983, Michael le había preguntado al director de promoción de Epic Records, Frank Dileo, si estaría interesado en ser su representante. Ambos habían tenido una reunión para hablar de *Thriller* en un *bungalow* del Hotel Beverly Hills. Michael creía firmemente que Frank era en gran medida responsable del éxito de *Thriller*, y también de las gigantescas ventas de todos sus respectivos discos sencillos. Tras su investigación, volvió a Frank Dileo, aun cuando el hombre no tenía virtualmente ninguna experiencia como representante. Muchos observadores de la industria se preguntaron: ¿por qué Frank? («Yo le hice a Michael la misma pregunta: ¿por qué yo?», dijo Dileo). Michael sentía que la manera agresiva en que trabajaba Frank en la industria discográfica era un punto a su favor. Con Frank Dileo, Michael sabía que estaba contratando a un magnífico promotor discográfico, que tal vez podía convertirse en un buen representante; quería hacer la prueba.

En ese momento, Frank Dileo, cuyo apodo es *Tookie* (Michael solía llamarlo «el Tío Tookie»), tenía treinta y seis años. Había nacido y se había criado en Pittsburgh. Había iniciado su carrera en la industria discográfica como asistente de un promotor discográfico en el medio oeste, y a principios de los setenta, cuando tenía veintiún años, aterrizó en la RCA Records de Nueva York, como director nacional de promociones. Convirtió al departamento de promoción de ese sello en uno de los mejores de la industria discográfica. En 1979, Frank fue nombrado vicepresidente de promoción de la Epic. Consiguió en el sello reputación de hombre de confianza, comprometido con todo lo que lo rodeaba, incluso con asuntos que no eran de su incumbencia. Era extravagante, iba a trabajar con ropa deportiva, y al mismo tiempo lucía un reloj Rolex de 8.000 dólares que le había regalado la banda REO Speedwagon, que grababa en la Epic. En gran medida fue el responsable de los éxitos de Meat Loaf, Culture Club y Cyndi Lauper.

Cuando ya llevaba unos años en Epic, Frank fue invitado al estudio para ver a Michael grabando *Thriller*. Fue entonces cuando él y Michael entablaron relación, aunque eran opuestos casi en todo: Michael era tímido y retraído, Frank era efusivo y bullicioso; Michael era un adicto a la comida saludable, a Frank le gustaba comer un sándwich de carne y queso rociado con una Budweiser; Michael jamás fumó, a Frank le encantaban los puros, cuanto más olorosos, mejor; Michael pesaba unos cincuenta y cinco kilos, Frank pesaba el doble. Aun así, Michael admiraba la manera en que Frank se ponía metas y las alcanzaba. «Me gustaría ser como Frank Dileo —decía—. Hace que el trabajo se cumpla».

Además, Frank era amigo íntimo y confidente de Walter Yetnikoff, el presidente de la CBS Records, y conocía al abogado Nat Weiss, uno de los amigos de Yetnikoff en quien éste más confiaba. Michael comprendió cuán políticamente valiosas podrían ser para él estas relaciones. Sin embargo, le dijo a Frank que si aceptaba el trabajo de representante, no tendría permitido representar a nadie más. Michael exigía exclusividad. Frank aceptó.

En marzo se definió la estrategia para la gira Victory. Aunque el énfasis de la gira estaba puesto en que la familia presentara al público un frente unido, tras el escenario los intereses estaban tan fragmentados que era casi imposible hallar algún punto en común entre los participantes.

Si Michael debía hacer la gira, quería tener más control sobre ella. Esta vez, no sólo se trataba de su independencia. Si el espectáculo fracasaba, dañaría a su carrera. Mientras que sus hermanos sólo querían ganarse la vida decentemente, ésa era la última de las preocupaciones de Michael; ya tenía dinero de sobra. Aun así, dado que ahora tenía su propio representante, los hermanos sintieron que también necesitaban uno. Por lo tanto, contrataron a Jack Nance, que había sido el representante de giras del grupo durante su primera época en Motown. De modo que él tenía su representante, y ellos tenían *el suyo*.

Para empeorar las cosas, Michael no quería tener nada que ver con Don King, especialmente desde que Frank lo puso al corriente de la reputación de Don. Frank le dijo a Michael que Don había sido criticado por su manejo del extinto US Boxing Championships en la cadena de televisión ABC. También había oído hablar de acusaciones, que King había negado, por ejemplo, que se quedó con dinero de las peleas de circuito cerrado y que vendió entradas a peleas de boxeo de 500 dólares pero nunca rindió cuentas por las ventas. Si Michael tenía que hacer esa gira, haría todo lo que estuviera a su alcance para distanciarse de Don King. «Te diré algo —le dijo a John Branca—. No quiero que ese tipo me diga *a mí* lo que tengo que hacer, y no quiero que toque *ni un centavo* de mi dinero». O. como diría más tarde Don King: «Michael siempre te pone a prueba».

A través de John, Michael dio una serie de instrucciones a Don que establecían:

- King no podía comunicarse con nadie en nombre de Michael sin permiso previo.
- Todo el dinero sería recaudado por los representantes de Michael y no por King.
- King no podía abordar a ningún promotor, patrocinador o a cualquier otra persona en nombre de Michael.
- King no podía contratar personal ni promotores locales, ni reservar salas.

En realidad, no podía hacer nada sin la aprobación previa de Michael.

Don pareció perplejo ante las demandas de Michael, pero no le quedaba otra alternativa que acatarlas. Aun así, sentía que Michael se dejaba influir con demasiada facilidad por las opiniones de su representante blanco, Frank Dileo, y de su abogado blanco, John Branca. «Veo que Michael no tiene a ningún negro a su alrededor —le dijo Don a un periodista—. Nadie. —Era verdad, pero fue un error de Don decírselo a la prensa». «Despídanlo —dijo Michael, furioso—. ¿Quién se cree que es este tipo?».

Pero Don tenía un contrato.

Entonces, John y Don cenaron en el Hotel Beverly Hills para tratar de arreglar las cosas. «Mira, Johnny, no hay ninguna razón por la que tú y yo tengamos que

llevarnos mal —le dijo King a Branca—. Michael me cae bien. Tú me caes bien. Trabajemos juntos».

Acordaron que debían tratar de arreglar las cosas. Sin embargo, esta vez los hermanos también se mostraron ambivalentes con Don King, especialmente tras esa conferencia de prensa.

Por aquella época, Chuck Sullivan, director de la Stadium Management Corporation, de Foxboro, Massachusetts, y antiguo dueño del equipo de fútbol americano New England Patriots, fue contratado para vigilar a Don King. Él organizaría los conciertos. Michael logró también convencer a sus hermanos de que se permitiera a Irving Azoff, director de la MCA, subir a bordo como asesor de la gira. Mientras tanto, entre bambalinas, Joseph Jackson hacía lo posible para seguir involucrado en los asuntos de sus hijos y no permitir que Don lo eclipsara. También estaba Katherine, mirando y esperando la siguiente oportunidad en que debería hablar con Michael para persuadirlo de que hiciera algo contra su voluntad.

«Dije que el accidente de Pepsi fue un mal presagio —le dijo Michael a Frank Dileo un día, mientras conversaban de sus asuntos—. Pero no sabía qué significaba. Ahora lo sé. Créeme cuando te digo que se avecinan problemas».

Otra operación de nariz y la fiesta de Katherine

En la primavera de 1984, Michael acordó con el doctor Steven Hoefflln, su cirujano plástico, hacerse otra rinoplastia, su tercera operación de nariz. «Había decidido que las últimas dos no habían quedado lo suficientemente bien —dijo una fuente que trabajaba para Hoefflin—. “Tiene que ser más fina —insistía—. ¿Vieron lo que parecía mi nariz en los Premios American Music, junto a Diana? —preguntó—. La de ella era tan fina… y la mía parecía tan gorda… La detesté”. No se atrevió a decir que quería la nariz de Diana Ross, pero era bastante obvio que estaba buscando eso».

«Lo vi después de esa tercera operación —recordaría Steve Howell—. Estaba en su casa viendo una película, Mike no sabía que yo estaba allí, y nos cruzamos por casualidad. Chilló: “¡Oh, no!”, y salió corriendo. Reaccionó como si fuera una mujer en ropa interior y sin maquillaje que imprevistamente se topa con un desconocido. Su rostro estaba negro y azul. Tenía un vendaje de gasa en la nariz. Parecía un tipo que en una pelea de boxeo se hubiera olvidado de levantar los brazos.

»Un par de semanas más tarde estábamos hablando y yo estaba muy cerca de él. Noté algo que, según creí, eran imperfecciones alrededor de su nariz. Me sorprendió, teniendo en cuenta la cantidad de cremas naturales y cosméticos que usaba. Sin embargo, al observar la zona que rodeaba los orificios nasales, me di cuenta de que no eran espinillas sino cinco o seis pequeñas puntadas. Hubo más tratamientos en las semanas siguientes, *liftings, peelings* o cosas por el estilo. No lo sé a ciencia cierta porque en la casa no se hablaba del asunto».

En mayo de 1984, Michael organizó una reunión con sus hermanos y hermanas para festejar el cumpleaños de su madre, Katherine, en el restaurante Bistro Garden de Beverly Hills. Más allá de todo, los Jackson amaban a su madre. Entre los regalos, Katherine recibió un anillo de diamantes y un Rolls-Royce rosa, con techo *beige*. «La prensa informó luego que el Rolls era regalo de Michael —dijo su cuñada, la difunta Enid Jackson—. En realidad, participamos todos. ¿Cómo creen que se sintieron los hermanos ante el hecho de que el mundo entero pensara que el regalo era de Michael? Pero tendrían que acostumbrarse a ese tipo de cosas a medida que pasaban los años. Esos pequeños detalles pueden ser muy dolorosos. Si, Dios no lo permita, todos sufrieran un accidente de avión, las noticias dirían que Michael murió en un accidente… y los hermanos también estaban allí».

Buena parte de los parientes políticos de la familia Jackson asistió a la fiesta de Katherine. Sus hijos se encargaron de que el padre de Katherine llegara en avión desde Indiana como una sorpresa especial. Teniendo en cuenta que ella era testigo de Jehová, a algunos de sus amigos les extrañó que aceptara una celebración de cumpleaños.

Michael contrató a Steve Howell para que registrara la velada en vídeo. Para no ser menos, Jermaine hizo lo mismo con su propio contratado.

El vídeo de Steve es revelador. La familia no se veía unida, si bien todos parecían lo suficientemente cordiales mientras intercambiaban cumplidos. Cuando Janet entró con su acompañante, un cantante llamado James DeBarge, todos se dispersaron. Era obvio que no les caía bien.

Michael y Katherine protagonizaron el momento más emotivo de la noche. Michael, que lucía corbata y una chaqueta plateada brillante con aspecto de ser muy cara, subió al escenario y le dijo a su madre: «Ésta es una de tus canciones preferidas. Quiero cantarla para ti». Parecía turbado, incluso avergonzado. Podía cantar ante miles de personas sin problemas, pero las reuniones íntimas lo ponían verdaderamente nervioso.

Michael fue acompañado por la estrella de *country* Floyd Cramer, que tocó en un piano Fender Rhodes. (También lo habían traído en avión para la fiesta porque Katherine era una gran fan suya). Cramer tocó con una banda de tres integrantes mientras Michael le cantaba a Katherine la canción *country* de Kris Kristofferson «For the Good Times», leyendo la letra para evitar malas jugadas de la memoria.

Cuando Michael cantó la primera frase, «Don’t look so sad, I know it’s over» («No estés tan triste, sé que ha terminado»), inmediatamente los ojos de Katherine se inundaron de lágrimas. Quien la observara habría supuesto que ella estaba pensando en su boda con Joseph, quien ni siquiera estaba sentado a su lado. Mientras Michael cantaba la canción —con su voz pura, su elocuencia—. Katherine se mecía en su silla, como si la actuación de su hijo la hubiera transportado completamente. Miraba a su hijo de la manera más amorosa que una madre puede mirar a su hijo, y la expresión de Michael era igualmente conmovedora.

Michael se reúne con el presidente

Por esa época, John Branca recibió una llamada telefónica de la secretaria de Transportes, Elizabeth Dole, pidiendo que Michael donara «Beat It» como música de fondo para un anuncio de televisión de treinta y cinco segundos y un *spot* radiofónico de sesenta segundos sobre los peligros de conducir un coche bajo los efectos del alcohol. Cuando John le expuso la idea a Michael, su reacción fue rápida:

—Eso es vulgar, no puedo hacerlo.

John le dijo a Michael que llamaría a Elizabeth Dole y le diría que no estaban interesados. Sin embargo, a Michael se le ocurrió una idea.

—¿Sabes qué? —dijo, cavilando—. Si puedo obtener alguna clase de premio de la Casa Blanca, entonces les daré la canción. ¿Qué te parece? —dijo de pronto lleno de entusiasmo—. Comprueba qué puedes negociar con ellos, Branca.

—¿Qué quieres obtener? —preguntó John, desconcertado.

—Bueno —dijo Michael, como un niño que confiesa su lista de deseos—. Quiero ir a la Casa Blanca. Quiero estar en un escenario con el presidente [Ronald Reagan], y recibir un premio de él. Y, por cierto, quiero conocer a Nancy [la primera dama, Nancy Reagan], Todo eso. ¿Por qué no? ¿Crees que puedes hacerlo, Branca? ¿Puedes conseguirme un premio del presidente?

John rió.

—En fin, puedo intentarlo.

Al día siguiente, John Branca empezó a trabajar sobre la idea. Llamó por teléfono a Elizabeth Dole y le dijo que podría conseguir la canción para su campaña de tráfico si existiera la posibilidad de que el presidente le diera alguna clase de premio humanitario a Michael. Ella aceptó. El presidente aceptó, y también la primera dama.

Se acordó que la presentación tuviera lugar el 14 de mayo de 1984. Ese día fue emocionante desde el primer momento. De hecho, se dijo que en la Casa Blanca no se recordaba semejante revuelo desde el día que los rehenes regresaron a casa desde Irán. Para la ocasión, el presidente vistió un traje azul marino, una corbata a rayas grises y azul marino, y camisa blanca. Nancy estaba elegante con un traje Adolfo adornado con botones y galones dorados. Sin embargo, apenas importaba, dado que cualquiera que ese día estuviera de pie junto a Michael Jackson palidecería en la comparación. A Michael se lo veía resplandeciente con una chaqueta de lentejuelas azul eléctrico, adornada con cordones de lentejuelas, una banda de lentejuelas doradas, y charreteras con lentejuelas doradas. También llevaba su símbolo característico: el guante único de estrás color blanco.

Cientos de funcionarios y secretarias de la Casa Blanca, muchos de ellos agarrados a sus cámaras, se reunieron en el césped bañado de sol para poder admirar a Michael por un rato. A unos cien metros del escenario, la cerca de la Casa Blanca estaba rodeada de una fila sólida de fans, muchos de los cuales tenían puesto un solo guante como el que lucía Michael.

Dos mil personas lanzaron una ovación cuando Ronald Reagan subió a un escenario en el jardín sur de la Casa Blanca con Nancy y Michael. «Bueno, ¿no es esto un *thriller*? —dijo—. No hemos visto tanta gente junta desde que partimos de China. Y, sin duda, toda ha venido a verme a mí".

Cuando Michael, el presidente y la primera dama se dirigieron al Salón Oval, un empleado de la Casa Blanca de unos cuarenta años, que estaba de pie al otro lado del Jardín de las Rosas, chilló: «Le he visto el pie. ¡Le he visto el pie!».

En el jardín Jacqueline Kennedy se instaló para la ocasión un detector de metales para proteger a Michael y su séquito de ocho hombres de seguridad, y a Frank Dileo, John Branca y el publicista Norman Winter. También había un joven con Michael, una persona que nadie parecía conocer, salvo él. Era moreno, bien parecido, tendría alrededor de veinte años. Dileo, Branca y Winter se preguntaban perplejos quién era, y cuando consultaron con Michael cómo debía ser identificado ese hombre ante la prensa, él dijo: «Es un íntimo amigo mío. No me importa lo que le digáis a la gente. No es asunto suyo». Norman Winter sabía que la presencia de ese amigo misterioso sería motivo de crítica. Para proteger a Michael de la polémica, identificó al hombre como un agente del servicio secreto.

Una vez en el podio, el presidente señaló que Michael era «la prueba de lo que puede lograr una persona por medio de un estilo de vida libre de consumo de alcohol y de drogas. La gente joven y las personas mayores respetan esa elección. Y si los estadounidenses siguen su ejemplo, podremos enfrentar el problema del alcohol en la conducción, y podremos, como diría Michael, vencerlo ("*beat It*)". Luego, el presidente le tendió una placa, y Michael dijo o, más bien, susurró con nerviosismo: "Es para mí un gran, gran honor. Muchas gracias, señor presidente. —Tras una pausa, agregó, como si se le hubiera ocurrido en el último momento—: Ah, y a la señora Reagan también". Entonces sonrió tontamente, como si de repente hubiera reparado en que de verdad *estaba* de pie allí con el presidente de Estados Unidos.

Seis fotógrafos de prensa que cubrían el evento llevaban guantes blancos en una mano mientras tomaban fotos de los Reagan y de Jackson. El acto duró en total unos nueve minutos. Luego, nueve policías en motocicleta y varias camionetas y policías montados escoltaron a Michael desde la Casa Blanca.

Pero antes de que se fueran, el séquito fue agasajado con un recorrido especial por la Casa Blanca; Michael quedó particularmente fascinado con un retrato de Andrew Jackson con un traje militar muy parecido al de lentejuelas azules que llevaba ese día. Tras el recorrido, estaba previsto que el grupo pasara un rato con el presidente y la primera dama.

Las cosas de pronto empezaron a salir mal, sin embargo, cuando Michael llegó al Salón de Recepción Diplomática, donde tenía que reunirse en privado con los Reagan. Se le había dicho que solamente estarían presentes algunos hijos de miembros del personal. En realidad había unos setenta y cinco adultos. Michael puso un pie en el Salón de Recepción, echó un vistazo, salió corriendo por el pasillo y

entró en el baño de la Biblioteca Presidencial. Frank Dileo y el resto del séquito lo siguieron. Sin embargo, antes de poder alcanzarlo, Michael cerró la puerta y echó el cerrojo.

—Eh, Mike, vamos, sal —dijo Frank.

—No. Dijeron que habría niños. Pero esos no son niños —gritó Michael.

—Pero *habrá* niños. Iremos a buscarlos —prometió un funcionario de la Casa Blanca. Luego se dirigió a un asistente—: Si la primera dama se entera de esto, se va a poner furiosa. Ocúpese de traer aquí a algunos niños, como sea. Traiga a la hija de James Baker. Es bonita. —El jefe de gabinete James Baker había traído a su hija de seis años, Mary Bonner—. No me importa *a quién* consigan, sólo tráiganme aquí a algunos niños».

Entonces, Frank volvió a dirigirse a Michael, que seguía encerrado en el baño.

—Está bien, Michael. Vamos a traer a los niños. —Hablaba con un tono paciente, como si estuviera calmando a un niño disgustado. John Branca estaba cerca de él, con una expresión de desconcierto en el rostro.

—Si queréis que salga, también tenéis que sacar a todos esos adultos de allí —advirtió Michael.

—Hecho.

Alguien fue corriendo al Salón de Recepción.

—¡Vamos, fuera! —dijo—. Afuera todo el mundo. ¡Afuera, afuera, *afuera*!

El personal jerárquico y los miembros del gabinete salieron de esa habitación tan rápido como si se hubiera recibido una amenaza de bomba.

—¿Qué pasa?

—¿Dónde está Michael Jackson?

—¿Se ha ido?

Todos hablaban a la vez mientras los hacían salir de la habitación.

El funcionario corrió entonces otra vez hasta la puerta del baño, donde se había congregado un puñado de hombres con miradas de preocupación. Consultó algo con uno de los allegados a Michael.

—De acuerdo. Ya puedes salir, Michael —dijo finalmente Norman Winter—. Todo está en orden.

—¿Estás seguro? —respondió una débil voz.

Frank Dileo dio un golpe sonoro en la puerta con el puño.

—Vamos, Mike, sal de ahí. Lo digo en serio.

La puerta del baño se abrió lentamente. Apareció Michael. Miró a su alrededor, ligeramente avergonzado. Frank lo rodeó con el brazo.

—Lo siento —se disculpó Michael—, pero me dijeron que no habría tanta gente.

Michael fue conducido otra vez al Salón de Recepción, donde estaban esperándolo unos pocos funcionarios y sus niños. Elizabeth Dole fue la primera en acercarse a Michael. Le tendió una copia de *Thriller* y le pidió que firmara la tapa del disco.

Luego llegaron Ronald y Nancy Reagan y llevaron a Michael al Salón Roosevelt para encontrarse con otros funcionarios y sus familias. Nancy Reagan le susurró a una persona del equipo de Michael:

—He oído que quiere parecerse a esa cantante Diana Ross, pero en realidad, mirándolo de cerca, él es mucho más guapo que ella. ¿No le parece? Es decir, no creo que *ella* sea tan atractiva, pero *él* ciertamente lo es.

La primera dama esperaba una respuesta. No la obtuvo.

—Sólo desearía que se quitara las gafas de sol —dijo—. Dígame, ¿se ha hecho alguna cirugía en los ojos?

El acompañante se encogió de hombros. Sabía demasiado bien que no le convenía conversar sobre la vida privada de Michael, ni siquiera con la esposa del presidente.

Ella estudió a Michael de cerca mientras él hablaba con su esposo al otro lado de la habitación.

—Ciertamente, su nariz está bien hecha —observó, en un tono susurrante—. Más de una vez, diría. Pero me intrigan sus pómulos. ¿Es maquillaje, o también se los ha operado?

Esta vez, la primera dama no lo dijo como si realmente esperara una respuesta, pero de todos modos el acompañante volvió a encogerse de hombros.

—Es todo muy peculiar, realmente —observó Nancy mientras Ronald Reagan le daba la mano a Michael—. Un chico que sencillamente parece una chica, que habla en susurros, usa un guante en una mano y gafas de sol todo el tiempo. No sé qué pensar. —Y sacudió la cabeza, consternada, como si se hubiera quedado sin palabras.

Finalmente, el empleado de Jackson rompió el silencio.

—Usted no imagina ni la mitad del asunto —dijo, revoleando los ojos. Luego la miró con una sonrisa cómplice, esperando que ella riera. Ella no rio. En cambio, le dirigió una mirada gélida.

—Él *tiene* talento —dijo mientras se marchaba—, y eso es todo lo que *a usted* debiera importarle.

La última oportunidad

Si bien en mayo de 1984 Michael había sido tratado como un héroe norteamericano, la marea cambiaría de dirección en junio, cuando se anunció el plan para la distribución de entradas para la gira Victory, cuyo programa comenzaba en Kansas City el 6 de julio. Joseph Jackson, Don King y Chuck Sullivan aplicaron un concepto insólito: las entradas valdrían 30 dólares cada una y se venderían *solamente* en paquetes de cuatro. Encargar entradas no garantizaría conseguirlas. Los destinatarios serían seleccionados al azar: una computadora elegiría los cupones, que debían ser recortados de anuncios publicados en periódicos locales. Por lo tanto, los fans de los Jacksons tenían que enviar un giro postal por 120 dólares[6], *más* un cargo por

servicio de dos dólares por entrada, y el cupón, todo en «un sobre estándar número diez», a la dirección postal que aparecía impresa en el anuncio.

Los promotores predijeron que no menos de doce millones de fans enviarían mil quinientos millones en giros postales para la gira Victory, que abarcaría doce ciudades y cuarenta y dos conciertos, pero aproximadamente sólo uno de cada diez participantes recibiría sus entradas. Para ser incluidos en el sorteo, los giros debían ser emitidos al menos dos semanas antes del concierto. Con el retraso en la devolución del dinero a los desafortunados —de cuatro a seis semanas—, los promotores y los Jackson dispondrían de éste entre seis y ocho semanas. Suponiendo que la gira vendiera 144 millones de dólares en entradas, tal como estimaban los promotores, deberían reintegrar 1.400 millones de excedente de pagos. En cualquier depósito en cuenta en el mercado financiero, que pagaba aproximadamente un 7 por ciento de interés, ese dinero generaría una ganancia de ocho millones de dólares por mes para los promotores y la familia Jackson. El portavoz de los Jacksons, Howard Bloom, dijo que cualquier interés acumulado sobre cada giro de 120 dólares se utilizaría para cubrir los costes de manipulación y envío de los giros en devolución.

Quienes se contaran entre los afortunados elegidos y tuvieran el privilegio de ver el espectáculo Victory, no lo sabrían —tampoco a qué actuación asistirían— hasta dos días antes del concierto. Si el correo se retrasaba, las entradas podían llegar *después* del concierto.

El precio de las entradas era obviamente muy alto, incluso para los chicos de clase media blancos, si tenían que comprarlas en paquetes de cuatro. Es casi imposible imaginar que la mayoría de los más leales seguidores de Michael, los niños de los guetos, pudiera costearse el lujo de ver el concierto.

Para hacer las cosas aún más desagradables, los Jacksons y sus promotores dijeron que no querían tener que pagar los anuncios de los cuales había que recortar los cupones, argumentando que en tanto «anuncios de servicio público», debían ser gratuitos. Por supuesto, la mayor parte de los periódicos no estaba de acuerdo. «Es sólo una manera de hacer más millones para los Jacksons», dijo Bob Haring, director ejecutivo del *Tulsa World*.

Antes de que el ultrajante plan fuera anunciado, Michael y John Branca se reunieron con los hermanos para hablarles del tema.

—Tenemos que ganar el máximo posible con las entradas —dijo uno de los hermanos—. El límite es el cielo.

—No —replicó Michael—. No vamos a hacer las cosas de esa manera. Va a despertar una gran reacción en contra. Las entradas no tendrían que costar más de veinte dólares cada una. Y la idea de encargarlas por correo es horrorosa.

De hecho, las entradas para los conciertos de los Rolling Stones y de Bruce Springsteen en esa época costaban 16 dólares cada una. Michael quería un precio único de 20 dólares por entrada, nada de lotes de cuatro, nada de giros postales, nada de cupones.

Los hermanos votaron contra Michael, cinco a uno.

—De acuerdo, así estamos —decidió Michael más tarde en una reunión con John Branca y Frank Dileo—. Esta va a ser mi última gira con los muchachos. Lo digo muy en serio. Así que no quiero que intentes hacer nada. Dejemos que se hagan las cosas a su manera. Tengo solamente uno de seis votos. Dejemos que hagan lo que quieren. Es su última oportunidad. Yo me abro.

—Pero ¿por qué, Mike? —quiso saber Frank—. Van a arruinar la gira.

—Porque si algo sale mal, no voy a estar dispuesto ni siquiera a oír hablar del asunto a mi madre, a mi padre o a mis hermanos —explicó Michael—. Que lo hagan a su manera. Tal vez el dinero que saquen de esto les satisfaga. Yo no tengo nada que ver.

Cuando el plan se hizo público, los fans de costa a costa se sintieron ultrajados. *Los Angeles Herald Examiner* realizó una encuesta telefónica con la pregunta: «¿Se están aprovechando de los fans de Michael Jackson?». De las 2.795 personas que respondieron, el 90 por ciento dijo que sí.

El periódico publicó un editorial reprobando a los Jackson: «Es difícil no llegar a la conclusión de que los promotores de los Jacksons, si no los mismos jóvenes estrella, se están aprovechando de sus fans. Se ha dicho que todos los hermanos Jackson, incluyendo a Michael, ayudaron a planear la gira. Si es así, deberían haber mostrado un poco más de consideración hacia los fans que los han hecho tan ricos y famosos».

Otros periódicos a lo largo y ancho del país siguieron con el ejemplo, arremetiendo contra los Jacksons y, debido a que era el más famoso, contra Michael en particular. «La gira de los Jacksons no ha sido un asunto musical. Ha sido un asunto de avaricia y arrogancia», escribieron los columnistas de Washington, Maxwell Glen y Cody Shearer. «¿Qué bien hace una estrella que no toma drogas, ni alcohol, protector de los animales, cuando el mensaje que prevalece es “dame el dinero de tu hucha”?».

En tanto era un modelo para la juventud, la prensa le hizo una espantosa publicidad a Michael. «Yo ni siquiera quería hacer esta gira —se quejaba, exasperado —. Ahora, mirad lo que ha pasado».

Pese al furor, cuando se imprimieron los primeros cupones en el *Kansas City Times*, decenas de fans esperaron en la oscuridad los primeros periódicos de la mañana que salían a la calle. El *Times* publicó veinte mil ejemplares extras para cubrir la demanda. Los empleados postales estaban preparados con ciento cuarenta mil formularios de giros para la avalancha que se esperaba. Las entradas se agotaron rápidamente.

Aun así, a Michael le parecía mal. Frank Dileo le advirtió que si no se posicionaba en contra de la aparente avaricia de sus hermanos y los promotores, su reputación saldría dañada. «No les importa tu futuro —le dijo Frank—. Su única preocupación es su presente, sacar todo lo que puedan, mientras puedan. Tú tienes

una carrera que va a ser más larga que esta gira. Ellos, probablemente no».

Michael no sabía cómo manejar el asunto. «Lo que quiero de verdad es que todos vosotros os marchéis», dijo, una estrategia que no le permitiría resolver los problemas. Finalmente apareció una carta abierta en el *Dallas Morning News* que impacto a Michael. Ladonna Jones, de once años de edad, escribió que había estado ahorrando centavo sobre centavo para ver a los Jacksons pero que no tenía ninguna posibilidad de ahorrar lo suficiente para comprar cuatro entradas. Con gran mordacidad le preguntaba a Michael: «¿Cómo es posible que precisamente tú seas tan egoísta?».

Cuando un empleado le mostró la carta, Michael se disgustó. La avaricia y el egoísmo habían estado verdaderamente en el corazón de los planes de la gira; él lo sabía. Pero su familia, ¿no había ganado ya más dinero del que la mayoría de la gente ganaría en toda su vida? Por supuesto que sí. Fue necesaria la tristeza de una niña, sin embargo, para forzarlo a actuar.

Aunque no había querido tomar ninguna decisión de importancia con respecto a la gira, para evitar involucrarse en el melodrama tenía que entrar en acción. Convocó una reunión con Joseph, Don King y Chuck Sullivan.

—Cambiad la política de la venta de entradas —les dijo—. Es una estafa. Vosotros lo sabéis. Yo lo sé. Si no la cambiáis, yo no hago la gira.

—Pero, Mike…

Michael no iba a discutir el tema. Si la situación no cambiaba, los hermanos tendrían que hacer la gira sin él.

Al día siguiente se hicieron planes para modificar el sistema.

El martirio de la gira *Victory*

Michael, que había bajado notoriamente de peso —nunca había estado tan delgado, pesaba 48 kilos cuando lo normal eran 57— parecía estar bajo excesiva presión. Él y sus hermanos llegaron al Hotel Hyatt en Birmingham, Alabama, el 26 de junio, para realizar una serie de reuniones acerca de la gira. Cuando Michael se registró, tuvo un mareo que lo obligó a buscar apoyo en uno de sus guardaespaldas. Pero un cocinero del hotel se acercó a saludar, el guardaespaldas se movió y la estrella casi se estampa contra el suelo. A algunos observadores les pareció que Michael apenas tenía fuerzas para caminar. ¿Podría actuar?

Tal vez el problema de la fatiga tenía que ver con los hábitos alimentarios de Michael. Por orden de Michael, su cocinero sikh, Mani Singh Khalsa, lo alimentaba con una dieta de anacardos de pacanas, semillas, hierbas y especias. «Es un fanático de la comida sana —dijo su primo Tim Whitehead, un técnico de sonido de la gira—. La gente no sabe que es vegetariano, no tanto porque comer carne tiene efectos nocivos, sino porque no puede soportar la idea de que se maten animales para que

podamos comer. A menudo me he preguntado cómo sobrevive con la poca comida que ingiere».

«Si no tuviera que comer para vivir, no comería absolutamente nada», le dijo una vez Michael a su madre.

Más tarde, ese día, se llevó a cabo una difícil reunión con los hermanos, los abogados y, mediante llamadas de larga distancia, los representantes. Para cuando terminó, Michael estaba harto. Al subir en el montacargas (siempre usaba los montacargas en lugar de los ascensores públicos) se apoyó contra la pared y simplemente se deslizó hacia abajo hasta que quedó sentado en el suelo. Alguien lo ayudó a levantarse, pero estaba demasiado agotado como para mantenerse de pie. «Dejadme en paz. Dejadme descansar aquí un segundo», dijo mientras subía al piso 16. Los testigos de esta clase de escenas empezaron a rumorear que Michael sufría de anorexia nerviosa, lo cual no era verdad pero ciertamente parecía plausible a juzgar por su aspecto y su comportamiento.

Era el momento de anunciar los nuevos planes sobre la venta de entradas. Michael dio una conferencia de prensa al mediodía del 5 de julio, el día antes de que tuviera lugar el primer concierto. Llevaba una chaqueta blanca de lentejuelas y un fajín de rayas rojas y blancas. Lo acompañaban Marlon, Randy y Tito. Para contrarrestar la acusación de que era avaro y solamente hacía el espectáculo por interés económico, Michael anunció que tenía intenciones de donar todo el dinero que ganara en esa controvertida gira a una institución benéfica. Además, en cada ciudad, unas dos mil entradas serían donadas a los jóvenes discapacitados que de otra manera no podrían asistir a los conciertos.

Michael añadió: «Hemos trabajado mucho tiempo para hacer que este espectáculo sea lo mejor que puede ser. Pero sabemos que un montón de niños están teniendo problemas para conseguir entradas. El otro día recibí una carta de una niña de Tejas llamada Ladonna Jones. Había estado ahorrando el dinero de sus trabajitos esporádicos para comprar una entrada, pero con el sistema vigente de la gira tendría que comprar cuatro entradas y no podía pagarlas. Así que le pedí a nuestro promotor que ingeniara una nueva manera de distribuir las entradas, que ya no requiriera un giro postal de 120 dólares. Se ha hablado muchísimo sobre el promotor que manejaría el dinero de las entradas que no se vendían. Le pedí a nuestro promotor que cancelara el sistema de encargo de entradas por correo tan pronto como fuera posible, de modo que nadie pague a menos que obtenga a cambio una entrada». Michael dijo que los detalles del nuevo sistema de venta de entradas en taquilla serían anunciados en breve. (Fue instaurado en la tercera parada de la gira, en Jacksonville).

Michael no respondió preguntas. De pronto, hombres de seguridad rodearon a los Jacksons, que desaparecieron del lugar.

—¿Por qué ha decidido donar todo su dinero a la beneficencia? —le preguntó un periodista a Frank Dileo, que se quedó atrás.

—Porque es un buen tipo —dijo Frank.

El patrimonio estimado de Michael en ese momento ascendía a 75 millones de dólares, de modo que donar los aproximadamente de tres a cinco millones de dólares que ganaría en la gira era un gesto generoso que no modificaba en nada su estilo de vida. Sus hermanos, sin embargo, no habrían podido pagar semejante regalo. Además, Michael no encaró —tal vez no podía— ninguno de los otros asuntos problemáticos. Según Cliff Wallace, que administraba el Louisiana Superdrome, Joseph y Katherine Jackson, Don King, Chuck Sullivan y los Jacksons habían pedido un alquiler gratuito del estadio; una exención de los impuestos municipales, estatales y federales; una participación en las ganancias por las concesiones de venta de comidas, bebidas y estacionamiento; y para rematar, anuncios publicitarios gratuitos. Acceder a sus demandas les costaría a los contribuyentes de la ciudad 300.000 dólares. Y cinco millones de dólares brutos para los Jacksons.

Michael hizo arreglos para que Ladonna Jones recibiera un juego de cuatro entradas complementarias para el espectáculo, al cual sería llevada en limusina. Después del espectáculo, se reunió con ella. «Me preguntó si había tenido buenos asientos —recordaría Ladonna—. No resultaron ser muy buenos, pero de todas maneras fue divertido».

En esa época, la CBS publicó el álbum *Victory*. Sin contar el álbum en directo de 1981, era el primer álbum de los Jacksons en cuatro años, por lo que fue ampliamente anunciado. El álbum presentaba el dúo de Michael con Mick Jagger en «State of Shock», que no era tanto una canción como un *riff* de los Rolling Stones con pretensiones. La mejor pista del álbum fue escrita por Jackie y se titulaba «Torture», una canción rockera *hi-tech* en la cual Michael imita el sonido de una tormenta. El álbum presentaba canciones escritas por todos los hermanos —y la voz principal también estaba repartida entre ellos—, de modo que fue la clase de esfuerzo grupal que significaba el arranque de vinilo perfecto para la gira.

La largamente anunciada y controvertida gira Victory comenzó finalmente el viernes 6 de julio de 1984 en Kansas City, Missouri. «Quien vea este espectáculo será una mejor persona en los años venideros —le dijo Don King a la prensa ese día—. Michael Jackson ha traspasado todos los límites terrestres. Todas las razas, colores y credos esperan su gira. Me cautiva el modo en que elevará el espíritu de los desesperados y los descorazonados. Sólo en Estados Unidos podía pasar esto, me siento *agradecido* por ser un estadounidense…».

«¿Alguien puede hacer callar a este hombre? —le preguntó Michael a uno de sus socios—. ¿No hay ya suficiente presión? —Para complicar las cosas, Jackie se había fracturado una pierna y no podría reunirse con sus hermanos hasta una fecha posterior; Jermaine, Marlon, Randy, Tito y Michael tendrían que aparecer sin él.

Jackson vs. Jackson en la carretera

El día del primer concierto, los fans empezaron a congregarse fuera del Arrowhead Stadium horas antes del amanecer. Dentro del auditorio, una fuerza de seguridad de quinientas personas y otros mil operarios de escenario se preparaban para el acontecimiento multitudinario. Dos tapices gigantescos de una escena selvática bordeaban ambos lados del escenario, y se había levantado una valla de madera de cinco metros de alto para contener a los fans que quisieran abalanzarse sobre los hermanos Jackson.

«Levantaos todos y contemplad el reino», tronó una voz cuando empezó el concierto ante cuarenta y tres mil fans. Los sofisticados sistemas informatizados de iluminación y de control de escenario, estilo George Lucas, fueron el sello distintivo del concierto, e incluían un escenario hidráulico oculto que presentaba al grupo —Michael con pantalones a rayas verticales de cebra, camisa con lentejuelas, calcetines blancos, mocasines al estilo de los años cincuenta, y el guante blanco— como si estuvieran surgiendo de debajo de la tierra sobre una parrilla de doscientas luces cegadoras. Vistos en silueta, los hermanos bajaban marchando lentamente por una escalera, se acercaban a los micrófonos, se quitaban las gafas de sol, e irrumpían con su primera canción, «Wanna Be Startin' Somethin'», de Michael. Había láseres rojos y verdes, luces estroboscópicas carmesí, y bombas de humo púrpura: magia, ilusión y fuegos artificiales. Dieciocho canciones tronaban desde cien altavoces de exteriores. Todo, desde «I Want You Back» hasta «Shake Your Body (Down to the Ground)». (Curiosamente, los hermanos no realizaron ningún número de su álbum *Victory*. Más tarde, Marlon explicó que Michael se negó a ensayarlos o tocarlos ante un público en directo).

Jermaine hizo tres canciones propias. Los éxitos de Michael, «Billie Jean» y «Beat It» se reservaron para el final del concierto. Su voz estaba en excelente estado, era mucho más un verdadero *cantante de* lo que había sido nunca. Para cuando llegó el momento de que el grupo terminara su actuación, el público había entrado en un frenesí, aun cuando la mayor parte de los espectadores habían tenido que conformarse con las imágenes distorsionadas de los hermanos que aparecían en las enormes pantallas de televisión emplazadas en todo el gigantesco estadio de fútbol. Quedó claro, sin embargo, que habían pagado los altos precios de las entradas para ver solamente a una persona, Michael Jackson.

Gracias a su música —por no mencionar el advenimiento de la era del vídeo— el estrellato de Michael había alcanzado proporciones tan míticas en ese momento que nadie podía compartir un escenario con él. Tal como escribió Jim Miller en *Newsweek* «Baila con un brío que corta el aliento, el mismo de su predecesor James Brown, con la seductora suavidad de Diana Ross, el patetismo desgarbado de Charlie Chaplin, la tensa felicidad de un hombre sorprendido de estar vivo. La multitud suspira y grita…».

Tras los primeros tres conciertos en Kansas City, la verdad fue dolorosamente

clara: Michael no habría debido aceptar hacer la gira, más allá de los problemas con los precios de las entradas y la promoción. Era la figura principal de un espectáculo del que hacía tiempo que no se sentía parte. Tampoco sus hermanos estaban cómodos en su papel de músicos acompañantes. Tal como señaló un crítico: «Marlon, Jermaine, Randy y Tito parecían más bien extras incómodos en su propia fiesta».

Los insólitos comentarios que hizo Jermaine al periodista Simon Kinnersley sacaron a la luz el resentimiento y los celos que crecían desenfrenadamente dentro del grupo. Dijo: «Aunque Michael es muy talentoso, mucho de su éxito se ha debido a que estuvo en el lugar y el momento adecuados, y a un poquito de suerte. Habría podido tocarme a mí así como le tocó a él. Ahora hago muchas cosas, soy quien tiene más iniciativa. Mis hermanos lo harán a su tiempo».

Al público de Michael, sin embargo, cualquier controversia sobre la que oyera o leyera le era indiferente en cuanto *él*, la indiscutida estrella, aparecía en el escenario. Todo lo que importaba era su talento, su pasión por su trabajo, su carisma, su voz y el modo en que podía ejecutar uno de esos imposibles deslizamientos hacia atrás a través del escenario. El público bramaba de admiración en cada canción. Michael no sólo había rebasado cualquier posible esplendor familiar; incluso parecía reprimirse por miedo a eclipsar a sus hermanos.

Sin embargo, algo indicaba que Michael estaba ansioso porque el concierto terminara. Al mismo tiempo, los hermanos, que actuaban con gran entusiasmo, parecían conscientes de que esa actuación representaba la oportunidad más importante de su vida… tal vez la última. De todos modos, ni por un instante parecieron compartir los valores, las metas o la visión empresarial de su artista estrella. Y nunca pareció que Michael quisiera tener algo que ver con ellos más allá de lo estrictamente necesario. Por tratar de demostrar su lealtad a la familia, se había distanciado todavía más. Incluso, tal vez había sacrificado una parte suya en el intento. Ciertamente, tuvo que haber experimentado una sensación de pérdida cuando James Brown —uno de sus ídolos— rechazó su invitación para compartir el escenario en el Madison Square Garden de Nueva York.

James, que siempre había sido un gran fan de Michael, sentía que los elevados precios de las entradas dejarían fuera a muchos de los fans negros del grupo. La decisión había herido a Michael, y le hizo pensar si la gira valía la pena para él.

El martirio de Victory continuaría hasta el 9 de diciembre de 1984. El mismo espectáculo, los mismos diálogos se repitieron en todos y cada uno de los conciertos. Michael no es un artista espontáneo. Establece una rutina y rara vez introduce variaciones. Bruce Springsteen fue a ver el concierto en Filadelfia y luego él y Michael tuvieron una conversación detrás del escenario.

—¿Tú hablas con la gente durante tus conciertos? —le preguntó Michael—. He oído que lo haces.

—Ajá, cuento historias —dijo Bruce—. Al público le gusta eso, según he aprendido. Les gusta oír tu voz haciendo algo más que cantar. Se ponen frenéticos

cuando les hablas.

Michael se estremeció.

—Ah, yo nunca podría hacerlo. Sentiría que se están enterando de algo sobre mí que no deberían conocer.

Cuanto más se acercaba la finalización de la gira, más ansioso estaba Michael. «Habíamos planeado que fuera la gira más importante de todos los tiempos —diría retrospectivamente Joseph Jackson—. Pero las personas de fuera interfirieron y los hermanos terminaron como el perro y el gato».

Sin duda, el rasgo más molesto del comportamiento de los Jacksons a lo largo de los años ha sido su frustrante Incapacidad para hacerse responsables de sus propios actos. A lo largo de los años, todos ellos han apuntado con el dedo a factores externos para explicar sus problemas internos. Eran los representantes, los promotores, el público, o su enemigo favorito, «los medios», quienes tenían la responsabilidad de sus problemas; nunca ellos mismos. Por supuesto, la verdad es que casi siempre ellos creaban sus conflictos.

Estar de gira puede ser una experiencia estresante y solitaria para un artista, aun en las mejores circunstancias. Sentirse aislado de las personas con las cuales se trabaja, más aún si son los integrantes de la propia familia, es devastador, especialmente para alguien tan sensible como Michael. La familia ya había empezado a desmoronarse; la gira Victory parecía estar acelerando su completa destrucción. En determinado momento, Michael requirió incluso atención médica; estaba extenuado y deshidratado.

Como resultado de la enorme presión, su carácter se volvió cada vez más difícil de tolerar. Algunas de sus exigencias eran poco razonables. En una ocasión amenazó con no actuar a menos que cierto publicista que trabajaba en la gira fuera despedido, porque aparentemente había dado el visto bueno para que se imprimiera algo que a Michael no le gustaba. Los hermanos ignoraron la amenaza. Luego, en el mismísimo último minuto, justo antes de que comenzara el concierto, Frank Dileo anunció que Michael no iba a aparecer a menos que el publicista fuera despedido en el acto. Por supuesto, *al instante* *o* despidieron.

Al comenzar la gira se acordó que solamente los miembros de la familia que actuaban viajarían en el camión de los Jacksons. Sin embargo, eso cambió cuando Michael empezó a mostrarse en compañía de Emmanuel Lewis. Nada habría podido fastidiar más a sus hermanos. Incluso antes de alcanzar la mitad del recorrido de Victory, los hermanos empezaron a viajar en camiones y en limusinas separadas: Jackie (que se había unido a la gira a mitad de camino, con muletas, aun cuando no actuara), Marlon, Randy y Tito en un vehículo; Jermaine, en otro; y Michael, en el suyo. Cuando tenían que viajar por aire, los hermanos utilizaban una línea aérea comercial; Michael viajaba en *jet* privado. (Un par de veces, el marido multimillonario de Pia Zadora, Meshulam Riklis, que tenía una relación amistosa con los Jacksons, se apiadó de los hermanos y les permitió utilizar su avión privado). En

Nueva York, cuando el grupo tuvo que volar en helicóptero al Giants Stadium, acordaron que todos viajarían juntos. Entonces Michael apareció con Julian Lennon, el hijo de John. Los hermanos no ocultaron su Irritación durante el breve vuelo.

En determinado momento de la gira los Jacksons recibieron una oferta de un productor, dispuesto a pagar millones de dólares por filmar el espectáculo y distribuirlo en el mercado local de vídeo cuando hubiera terminado la gira. Todos votaron a favor de la idea, excepto Michael. Amenazó con abandonar la gira si cerraban ese trato. Y más aún, prohibió que cualquier persona grabara el espectáculo en vídeo. Los hermanos se vieron obligados a rechazar el acuerdo, y renunciar al dinero.

Tres noches después, el grupo estaba sobre el escenario rodeado de cámaras. Michael, por cuenta propia, había hecho un trato para registrar la actuación en vídeo. «Os voy a dar copias, no os preocupéis», prometió a sus hermanos cuando éstos protestaron después del concierto. Sin embargo, jamás recibieron una copia. (Luego, cuando Michael intentó que le permitieran distribuir el vídeo en el mercado, se negaron).

Los hermanos se alojaban en plantas separadas de los hoteles en todas las ciudades por donde pasaban y se negaban a hablar entre ellos camino a los estadios. Cada vez que se convocaba a una reunión para tratar algún asunto, también se hacían reuniones paralelas entre las diferentes facciones del grupo, incluyendo los dos abogados que representaban a Michael, el que trabajaba para Jermaine, y dos más, que actuaban en representación del resto de los hermanos. «Fue devastador —dijo Joyce McCrae, amiga de toda la vida de la familia—, una de las peores experiencias que Michael vivió con sus hermanos. Su éxito había afectado a todos los miembros de la familia. Algunos estaban celosos, había reacciones de negación, todo el espectro de las emociones humanas».

Durante la semana final, Joseph y Don King empezaron a hacer planes para llevar la gira Victory a Europa. Michael no podía creer lo que oía. A través de Frank Dileo envió un mensaje sucinto a Joseph y a Don: «Categóricamente, no iré a Europa con la gira Victory. Buena suerte para vosotros. Michael».

El 9 de diciembre de 1984, tras la última canción de la velada, Michael aulló desde el escenario de Los Ángeles: «Éste es nuestro último concierto, el final. Han sido unos largos veinte años, y os amamos». Los hermanos miraron a Michael con expresión de sorpresa, como si su declaración fuera una novedad para ellos. «Qué imbécil —dijo luego uno de los hermanos—. ¿Cómo se atreve? Es una basura».

«Es increíble que Michael Jackson sea tan grandioso y trate a su familia de esta manera —dijo Don King, que echaba pestes después del último concierto, cuando ya tenía claro que no podría llevar el espectáculo al extranjero—. ¿Acaso cree que su padre ha hecho algo incorrecto? Tal vez lo hizo, pero también hizo muchas cosas correctas —opinó, y prosiguió—: Michael tiene que darse cuenta de que es un negro. No importa que cante y baile maravillosamente. No me interesa si sabe hacer

cabriolas. Es una de las megaestrellas del mundo, pero, aun así, la megaestrella es un negro. Tiene que aceptarlo. No sólo tiene que entenderlo, también tiene que aceptarlo y demostrar que quiere ser un negro. ¿Por qué? Para mostrar que un negro es capaz de hacerlo».

Si para Michael hubiera sido posible mandar todo al demonio, cuando leyó esos comentarios lo habría hecho. «Demanda a este tipo —le dijo a John Branca—. Me ha estado poniendo los nervios de punta desde el primer día de la Creación». John prefirió no volver a litigar con Don King durante un año. Como siempre, logró calmar a Michael, y lo convenció para que ignorara a Don.

Para librarse de la mala experiencia que había significado la gira Victory, Michael donó todo lo recaudado en ella —casi cinco millones de dólares— a la Fundación T. J. Martell para la Investigación del Cáncer, el United Negro College Fund y el Campamento Ronald McDonald para los Buenos Tiempos.

Cuando Michael escribió sobre la gira Victory en su autobiografía, *Moonwalk*, no mencionó a Don King, a Joseph y a Katherine Jackson, a Chuck Sullivan, ni a cualquiera de los principales personajes de detrás del escenario. Con sus hermanos se mostró magnánimo, como siempre: «Fue una bonita sensación tocar con mis hermanos nuevamente —escribió, gentilmente—. Estábamos todos juntos otra vez… disfruté de la gira». Aunque no lo admitiera públicamente, la victoria real para Michael Jackson consistió en que el grupo de artistas formado por él y sus hermanos finalmente había llegado a su fin.

Su futuro como familia tampoco parecía demasiado prometedor.

Janet se fuga con su novio

Mientras Michael Jackson y sus hermanos estaban preocupados por la gira Victory, en casa también se estaban gestando problemas. Para gran consternación de todos, Janet (que había cumplido dieciocho años el 16 de mayo de 1984) se había relacionado sentimentalmente con un joven cantante llamado James DeBarge (el mismo DeBarge que había sido colega de los Jacksons en Motown). James pertenecía a una gran familia de cantantes de Grand Rapids, Michigan, de modo que él y Janet parecían tener mucho en común, al menos superficialmente, dado que ambos provenían de familias del mundo del espectáculo. Joseph y Katherine no aprobaban la relación, diciendo que James era agresivo e impredecible. Además, desde su punto de vista, Janet era joven e inexperta. James diría más tarde, sin embargo, que él y Janet tuvieron por primera vez un encuentro íntimo cuando ella tenía sólo dieciséis años, y, añadió con bastante poca delicadeza, «eso sí fue hacer el amor de verdad».

El señor y la señora Jackson finalmente se enteraron de que James abusaba de las drogas y ordenaron a su hija a que pusiera fin al romance. Janet les dijo que estaba enamorada de él y decidida a casarse con él pese a su desaprobación (o incluso

debido a ella). Sabía que él tenía un problema con las drogas, dijo, pero pensaba que podía manejarlo, e incluso serle de ayuda. «Siempre creemos que se puede cambiar a la gente —diría ella retrospectivamente—. Y yo sabía que él quería fervientemente cambiar. Lo intentó, pero no se esforzó lo suficiente».

James y Janet se fugaron el 7 de septiembre de 1984, y se casaron en Grand Rapids, la ciudad natal de DeBarge. Su noche de bodas fue un desastre, tal como James recordaría: «La arruiné por completo. Janet había estado temblando de pies a cabeza en la ceremonia de la boda, y yo pensé que lo menos que podía hacer por ella era ofrecerle una noche digna de recordar. Reservé la mejor *suite* del Hotel Amway Plaza, que me costó una pequeña fortuna. Pero luego salí y me emborraché perdidamente con unos amigos. Finalmente regresé al hotel a las tres de la mañana. Janet me estaba esperando, llorando».

Al día siguiente, Janet llamó por teléfono a LaToya para contarle la noticia de su casamiento. A su hermana le tocó entonces la tarea de comunicar la pasmosa noticia a Joseph y a Katherine, quienes, como era de prever, no la recibieron con agrado. También llamó por teléfono a los demás hermanos, excepto a Michael. Todos estaban disgustados y furiosos, en particular Jermaine. «Habría matado a Janet si hubiera podido ponerle las manos encima», recordaría LaToya.

Nadie sabía cómo contárselo a Michael. De hecho, ningún miembro de la familia quería hacerlo. Les parecía que en adelante él siempre los recordaría como la persona que le había dado una noticia tan espantosa. Michael había sido el protector de Janet; solía decir que ella era su mejor amiga en la familia, «como una gemela». La noticia seguramente sería irritante, y la gira Victory ya era lo suficientemente difícil para él aun sin tener que vérselas con semejante vendaval familiar. Finalmente, la hija de Quincy Jones, que era una amiga de la familia, llamó a Michael para contarle las novedades; ella no tenía nada que perder. Tal como se esperaba, la noticia lo puso en un estado de gran angustia. «Me destrozó saber que ella se había ido y se había casado —diría Michael más adelante—. No sabía cómo encajarlo».

Durante un mes, la pareja vivió en Hayvenhurst con la familia de Janet, para gran consternación de James. «Él quería que tuvieran su propia casa —explicó su madre, Etterlene—. Sentía que necesitaban estar solos para darse a sí mismos la oportunidad de crecer en su matrimonio. Sin embargo, Janet no quería irse de esa casa. Todavía era como una chiquilla, que no quería dejar su habitación».

«James DeBarge llegaba a la casa completamente fuera de sí por el efecto de las drogas —recordaba Steve Howell—. Consumía tanta cocaína y alcohol que, en dos ocasiones, los guardias trataron de impedir que pasara al interior de Hayvenhurst. “Si entras, el señor Jackson te va a matar”, le advirtieron, refiriéndose a Joseph. Sin embargo, él era beligerante y no le importaba. Lo curioso es que cuando no estaba drogado, James era el tipo más agradable del mundo. Algo así como el doctor Jeckyll y *Mr*. DeBarge».

—¡Deja en paz a mi marido! —se oyó gritar en varias ocasiones a Janet,

dirigiéndose a Joseph.

—No es bueno para ti, Janet. Y si crees que vas a arruinar a esta familia por seguir casada con este tipo, te equivocas —respondía Joseph.

Katherine trató de encontrar una solución razonable al problema: se ofreció a llevar a James a un programa de rehabilitación. Él se negó a ir.

En una entrevista, James DeBarge recordaba la mansión de Encino como «La Casa de los Horrores», y hacía un sombrío retrato de Michael, que pasó allí un breve período en la mitad de la gira. «Descubrí que era un ser triste y solitario —dijo James —. Como un fantasma, vagando por la casa en busca de amistad. Venía a nuestra habitación a altas horas de la noche, golpeaba suavemente la puerta y decía: "¿Os molesta si paso?". Una vez, Janet y yo estábamos haciendo el amor, ¡y él entró directamente! Se metió en la cama con nosotros y empezó a llorarnos sus penas. Dijo: "Os envidio, porque os tenéis el uno al otro y os amáis. Pero yo no tengo a nadie". Nunca hubo indicio de una mujer en su vida, jamás.

«Realmente era un hombre-niño muy solitario —recordaba James DeBarge acerca de su cuñado Michael—. Solamente se divertía un poco cuando venían amigos a jugar en su parque de juegos de dos millones de dólares, pero tenían que dejarlo ganar porque de lo contrario no volvería a invitarlos».

James tiene una retahila de sorprendentes recuerdos sobre su vida en «La Casa de los Horrores». Recuerda el día que llovía y Michael bailó desnudo alrededor de la piscina. «Su madre gritaba desde la casa: "Ponte la ropa, Michael. Tu padre está a punto de llegar". El miedo a Joseph era lo que los controlaba a todos», dijo James. (Por supuesto, James estaba drogado, de modo que su recuerdo es poco fiable).

Al cabo de unos meses, James y Janet se mudaron a su propio apartamento situado en número 1.2546 The Vista, en Brentwood. «Se fueron de la casa porque Joseph iba a matar a James —recordaba Steve Howell—. No es broma».

«James tuvo peleas con Joseph muchas veces —confirmó su madre, Etterlene—. Eran enemigos. Se detestaban».

Janet no quería tener relación con su familia mientras no pudieran aceptar a su esposo. De hecho, había empezado a distanciarse un par de años antes, cuando comenzó a trabajar como actriz en la serie de televisión *Fama*. «Mis padres eran muy estrictos cuando yo era niña —me contó una vez—. Todo se reducía a nuestra música y nuestro trabajo. Desperdiciamos nuestra infancia, y no supimos lo que realmente pasaba fuera. Fue algo malo, porque cuando puse un pie fuera por primera vez, quedé aturdida. Vi cosas que no había visto antes».

Pronto Janet empezó a padecer su flamante matrimonio. Había deseado independencia, y la obtuvo, pero ¿a qué precio? Pasaba las noches en vela, preocupada por James, quien rara vez estaba en casa.

Según Jerome Howard, el antiguo administrador de los negocios de Joseph y de Katherine: «De madrugada los amigos de James llamaban por teléfono a Janet para decirle dónde estaba, frecuentemente en el gueto, a unos cuarenta kilómetros de

Encino, comprando o consumiendo drogas. Janet, que no había estado allí en toda su vida, se levantaba y conducía hasta el gueto para buscarlo. Con el tiempo llegó a conocer el gueto mejor que cualquier otro Jackson. Ella lo amaba y habría hecho cualquier cosa por él».

A su vez, cada uno de los miembros de la familia trató de convencer a Janet para que rompiera con James. La forma de vida de los recién casados, especialmente los problemas relacionados con las drogas, se oponían a todo lo que Michael defendía, en lo personal y en lo espiritual. Además, él veía el daño emocional que el matrimonio había causado en su hermana. En un momento dado, ella sufrió un colapso y debió ser llevada de urgencia a un hospital. Estaba agotada, física y emocionalmente. Michael, la única persona a quien escuchaba, le rogó a Janet que dejara a James, llorando en el teléfono desde las distintas ciudades donde recalaba la gira Victory. Finalmente, Janet se dejó convencer.

«Sentía que mi vida entera se hacía trizas, y podía ver que él [James] se derrumbaba, y yo nada podía hacer —dijo Janet—. Él decía que yo no lo ayudaba, pero primero debía ayudarse a sí mismo. Pensé que tenía dos alternativas: derrumbarme con él y terminar así mi vida, o seguir mi camino, sola».

Janet dejó a James el 7 de enero de 1985, e inmediatamente pidió la anulación de su matrimonio para recuperar su antiguo nombre, Janet Dameta Jackson. En la petición enumeró sus ingresos mensuales, que sumaban un total bruto de unos tres mil dólares, una suma minúscula considerando los millones que ganaría más adelante. Declaró que los ingresos de su esposo eran «desconocidos» para ella. Cuando llegó a casa desde el tribunal, llamó a su amigo René Elizondo y dijo: «Por Dios, no puedo creer lo que acabo de hacer». La anulación fue finalmente concedida el 18 de noviembre de 1985. Para entonces, Janet estaba otra vez en Hayvenhurst.

James afirma que Janet puso fin a un embarazo mientras estaba casada con él. «No creo que se lo contara a otros miembros de la familia —dijo—, pero su madre lo sabía. Yo no me habría negado a tener un hijo, pero tenía que ser decisión de Janet. Creo que influyeron su carrera, sus planes, su familia. Fue en una clínica en Los Ángeles, tuvimos que entrar y salir por la puerta trasera porque éramos muy conocidos. Realmente fue algo espantoso. Luego la llevé a casa y la abracé y le dije que todo iba a estar bien».

Durante años circuló el rumor de que en realidad Janet tuvo a su bebé y que el niño vive ahora en Europa. Janet lo niega. Por supuesto, pasó casi diez años negando que estaba casada con René Elizondo. Sólo cuando él tramitó el divorcio la verdad salió a la luz. Nadie se sorprendería, entonces, si Janet Jackson revelara un buen día que ella y James DeBarge tuvieron un hijo hace muchos años, que en lugar de abortar ella pensó que sería mejor que el niño, o la niña, creciera lejos de las luces del espectáculo.

«Michael *no es gay*»

Era difícil que Michael Jackson, rodeado de tan pésimos ejemplos, viera con buenos ojos las relaciones románticas. El matrimonio de sus padres rara vez había sido feliz. El matrimonio de Marlon con Carol había tenido problemas, aunque se habían reconciliado. No se sabía qué ocurría en la pareja de Jermaine, pero a la mayoría de los observadores Hazel les parecía muy dominante. El matrimonio de Jackie también estaba pasando un momento conflictivo porque había engañado a Enid. Terminarían divorciándose, y la sentencia final no tendría lugar hasta agosto de 1987, tras innumerables padecimientos y litigios. Por fortuna, las cosas parecían marchar bien entre Tito y Dee Dee. Aun así, Michael había aprendido tempranamente que debía ser precavido antes de comprometerse en cualquier relación que pudiera convertirse en seria. Por lo tanto, permaneció solo, salvo por la ocasional compañía de jovencitos como Emmanuel Lewis y, en 1984, un niño de diez años llamado Jonathan Spence, que se había convertido en una compañía constante. Ambos fueron vistos acariciándose y abrazándose a lo largo del verano de ese año.

Paralelamente al enorme éxito de Michael, llegó un resurgimiento de los rumores referidos a su sexualidad. Michael siempre había sido extremadamente sensible a las cuestiones relativas a la sexualidad, y nada lo fastidiaba tanto como el hecho de que el asunto volviera a cobrar interés periódicamente. En septiembre de 1984, la pregunta seguía en pie: ¿Michael era gay?

No era fácil ser un ídolo de los adolescentes de veintiséis años y virgen, devoto de una religión sexualmente represiva, especialmente cuando el mundo del espectáculo impone que una celebridad masculina esté «involucrada románticamente» —para usar las propias palabras de Michael— con una mujer; de ahí la presencia de Tatum O'Neil y de Brooke Shields en su vida. Pero el público podía ver más allá de esas farsas, y las lenguas seguían agitándose.

Uno de los rumores decía que cuando Michael era más joven, Joseph le había ordenado que se inyectara hormonas femeninas para asegurarse de que su voz no cambiara con la madurez. Quería que conservara un registro agudo y, por lo tanto, comercial. «No es verdad —dijo el maestro de vocalización de Michael, Seth Riggs —. Empezó con una voz aguda, y yo se la llevé a un registro aún más agudo. Es ridículo. Ni siquiera sé si es posible hacer eso».

Durante una pausa en una lección de vocalización, según Seth, éste le dijo a Michael: «¿Sabes?, todo el mundo cree que eres gay».

Michael sacudió la cabeza y le contó a Riggs una historia. Un rubio alto y guapo se le acercó un día y le dijo:

—Michael, creo que eres maravilloso. Ciertamente me gustaría ir a la cama contigo.

Michael le lanzó una mirada furiosa.

—¿Cuándo fue la última vez que leiste la Biblia? —le preguntó.

El rubio no dijo nada.

—¿Sabes? Realmente deberías leerla, porque allí hay información acerca de la homosexualidad.

—Seguro, me imagino que si yo fuera una chica, otro gallo cantaría —dijo el tipo —. *En ese caso* te acostarías conmigo.

—No, no lo haría —le dijo Michael—. En la Biblia hay algunas palabras muy directas sobre *eso* también.

Aun así, se difundieron ciertas informaciones curiosas sobre Michael. Por ejemplo, la periodista Denise Worrell estaba escribiendo un artículo sobre él para *Time* y había tratado de acordar una entrevista, en vano. Decidió entonces entrevistar a sus padres. Sin que Michael lo supiera, Joseph ofreció a la periodista un recorrido por la casa. Al llegar a la puerta del dormitorio de Michael, golpeó pero no obtuvo respuesta.

—Michael, aquí hay alguien que te quiere conocer —dijo Joseph y abrió la puerta —. ¿Puedo hacerla pasar a tu habitación?

Denise informó que Michael estaba dentro con un amigo de sexo masculino, de unos veinte años, mirando la televisión. El resplandor del aparato era la única luz de la habitación. Ella distinguió las siluetas de los maniquíes de Michael contra una pared.

Michael se sobresaltó ante la presencia de su padre y su invitada. Muy nervioso, presentó a su amigo a Joseph, utilizando solamente un nombre de pila. Luego estrechó la mano a la periodista, que informó que su apretón de manos «se sentía como una nube» y que él «apenas dijo hola». El amigo de Michael extendió entonces la mano, también nervioso; ella sintió que estaba «húmeda». Michael miró un instante a la periodista y luego volvió a dirigir su mirada al televisor.

Joseph y Denise se marcharon. El padre de Michael, por su expresión, parecía un hombre que acabara de abrir la caja de Pandora.

—Michael está con un amigo —explicó Joseph—. No está dispuesto a conceder ninguna entrevista. Sin embargo, usted se acercó bastante —añadió, con una risita nerviosa.

Mientras Denise se alejaba de la casa, un guardia de seguridad fue corriendo tras ella. El señor y la señora Jackson querían decirle algo, seguramente porque Joseph le había contado a Katherine lo sucedido en el dormitorio.

—Teníamos la esperanza de que usted pusiera punto final a los rumores —le dijo Katherine a Denise tan pronto la vio—. Dicen que Michael es gay. Eso está en contra de la religión. Está en contra de Dios. La Biblia lo condena.

—Michael *no es gay* —repitió Joseph, enfáticamente.

Tal vez Michael *no* fuera gay, pero sentía curiosidad por ese estilo de vida. Un amigo recordaba el día en que él y Michael fueron a un bar gay en el Boulevard Santa

Mónica en West Hollywood. «Michael estaba grabando en los estudios Larrabe, que quedan en la acera de enfrente de un bar en la zona predominantemente gay de Hollywood —recordó el amigo—. Yo le dije: "Vamos a tomar una copa a ese bar". Me dijo que él no bebía, pero que tal vez podía pedir un zumo de naranja. "¿Sabes?, es un bar gay", le advertí. "¿De veras? Nunca fui a un bar gay —dijo, y a continuación preguntó—: ¿Qué sucede ahí dentro?". Le dije que debería ir y verlo por sí mismo. Dudó. "Bueno, siempre he querido hacerlo. De acuerdo, vamos". Así que entró.

»"¿Por qué esto está tan oscuro?", quiso saber Michael. Tuve la impresión de que él nunca había estado en *ningún* bar, mucho menos en un lugar gay. Allí dentro había algunos tipos, pero era temprano, así que no eran muchos. Michael respiró hondo, se dirigió hacia el barman y le pidió un zumo de naranja. El tipo dijo: "Eh, ¿tú no eres Michael Jackson?". Él respondió: "No, pero me han dicho que me parezco". Y girándose hacia mí, me guiñó un ojo.

»Nos sentamos en un rincón y miramos a todos los tipos. Algunos lo reconocieron, pero lo dejaron tranquilo. Nadie se le acercó.

»"¿Todo lo que hacen aquí es esto? —me preguntó Michael—. ¿Solamente beben y hablan y miran vídeos?". Me pregunto qué *creía* que hacía la gente en los bares. Mientras estábamos sentados allí, entraron dos hombres e inmediatamente empezaron a besarse. Cuando Michael los vio se puso tenso. Finalmente dijo: "Bien, ya he visto suficiente. Vámonos". Así que nos levantamos y nos fuimos. Cuando estábamos saliendo, Michael dijo: "No puedo creer que esos dos tipos se estuvieran besando. ¿Cómo pueden hacer eso?".

»"Tal vez se gusten", le dije.

»"Bueno, si eso es lo que hacen en los bares gay, entonces no creo que vuelva a ir a ninguno", decidió Michael».

Este mismo amigo recordaba el día en que él y Michael entraron en Drakes, una tienda en la avenida Melrose en Hollywood, especializada en juguetes sexuales y pornografía. En el fondo, en una trastienda, el curioso podía encontrar material de lectura gay y revistas de fotos.

—¿Qué hay ahí atrás? —quiso saber Michael tan pronto entró.

—No creo que quieras saberlo —dijo su amigo.

—Sí, *quiero* saberlo —insistió Michael. Y entonces procedió a ir, audazmente, adonde probablemente ningún Jackson había ido nunca.

Treinta segundos más tarde volvió corriendo. Parecía impresionado, como si acabara de ver un fantasma.

—Tenemos que irnos ya —dijo nerviosamente.

—¿Por qué?

—No creo que quieras saberlo.

Cuanto más enigmático era Michael, más hablaba la gente, e incluso bromeaba, acerca de él. Su técnico de cámara, Steve Howell, le preguntó una vez sobre un *sketch* humorístico que había protagonizado Eddie Murphy en *Saturday Night live*, en el que interpretaba a un afeminado y afectado Michael como invitado de un imaginario *talk show, Guy Talk*, junto a otro igualmente alocado Liberace, interpretado por otro actor. Los dos alardeaban sobre sus hazañas sexuales con mujeres; era absurdo y extremadamente gracioso.

Michael, con una leve sonrisa, le respondió:

—No me importa. Cuanto más se rían de mí, más gente se va a preguntar qué soy realmente. No me importa que la gente diga que soy un marica. Nadie sabe la verdad. Nadie sabe quién o qué soy.

—¿No te importa lo que la gente diga sobre ti?

—Pueden decir lo que quieran, porque a fin de cuentas no *saben nada* y todos van a seguir investigando para averiguar si soy gay, heterosexual o lo que sea —explicó Michael—. A mí no me molesta, y cuanto más tiempo les lleve descubrirlo, más famoso voy a ser.

Tal vez era así como se sentía Michael *a veces*, pero también era un hombre, según le dijo al redactor de *Rolling Stone*, Gerri Hirshey. Vivía con una cautela obsesiva, «exactamente igual que un hemofílico que no puede permitirse el lujo de recibir el menor rasguño».

En agosto de 1984, un periódico afirmó que Michael tenía una aventura con la estrella británica del pop Boy George, lo cual no era cierto. Michael se puso lívido. Su agente de relaciones públicas, Norman Winter, recordó: «A Michael le fastidiaban esas historias sobre que él era gay, le molestaba que los niñitos que apenas podían leer oyeran rumores, tal vez de boca de sus madres, que compraban los periódicos y hablaban con otras personas sobre ellos. ¿Quién sabe? El asunto es que él sentía que se estaba ganando una reputación que no quería. Me dijo que quería organizar una conferencia de prensa para refutar las historias. Yo opiné que tal vez no fuera buena idea. “¿Por qué darles alguna credibilidad? Tal vez sencillamente se olviden”, dije. “No, sencillamente se ponen cada vez peores. Tengo que hacer algo ahora”.

»Frank [Dileo] se oponía, pero Michael era una persona muy decidida. Me explicó qué se proponía decir, yo escribí el texto de la declaración, él lo aprobó, y partimos de ahí».

El problema era que Michael no quería aparecer en la conferencia de prensa; era demasiado tímido para enfrentarse a la prensa y hablar de un tema tan personal.

El 5 de septiembre de 1984 se organizó una importante rueda de prensa en los estudios de sonido West Hollywood. Frank Dileo —con gafas de sol oscuras y un puro en la boca— se subió a un podio para anunciar que estaba a punto de leer una declaración de dos páginas de Michael, «quien, como todos ustedes saben, ha

alcanzado el pináculo de la fama en su carrera artística».

Con una voz áspera, de tipo duro, el corpulento representante leyó: «En los últimos tiempos he estado haciendo un examen de conciencia para decidir si debía o no reaccionar ante las muchas falsedades que se han difundido sobre mí. He decidido hacer esta declaración a causa de la injusticia de esas afirmaciones y el enorme trauma que están sufriendo mis seres queridos.

»Me siento muy afortunado por haber sido bendecido con el reconocimiento a mis esfuerzos. Ese reconocimiento, además, trae consigo una responsabilidad para con mis admiradores en todo el mundo. Los artistas siempre deberían servir de modelo de conducta para los jóvenes. Me entristece que muchos puedan creer la actual ráfaga de falsas acusaciones. Para ponerles un punto final, y de verdad quiero decir FINAL: ¡NO!, nunca he tomado hormonas para mantener aguda mi voz. ¡NO!, nunca me hice modificar en modo alguno los pómulos. ¡NO!, nunca me hice cirugía plástica en los ojos. ¡SÍ! Planeo, en el futuro, casarme y tener una familia. Cualquier afirmación contraria es simplemente falsa.

»Por lo tanto, dado que los diarios han impreso nuevas fantasías, he instruido a mis abogados sobre mi voluntad de emprender acciones legales y demandar a todos los culpables para que caiga sobre ellos toda la fuerza de la ley.

»Como se ha dicho antes, amo a los niños. Todos sabemos que los niños son muy impresionables y, por lo tanto, sensibles a tales historias. Estoy seguro de que algunos ya han sido heridos por esta terrible difamación. Además de su admiración, me gustaría conservar su respeto».

Tras leer la declaración, Frank se negó a responder preguntas de la multitud de periodistas, y bajó del podio.

Ninguna celebridad había llegado jamás tan lejos para proclamar su heterosexualidad. Pero el hecho de que Michael no apareciera en persona le hizo perder fuerza a su declaración. Además, estaba llena de verdades a medias. Tal vez no se había hecho cirugía en los ojos, como afirmaba, pero ciertamente se había hecho cirugía en la nariz, y tres veces. ¿Cómo podía repudiar una noticia relacionada con la cirugía plástica sin admitir toda la verdad acerca del trabajo hecho en su nariz? Debido a esta obvia omisión, era imposible no preguntarse qué otra cosa no estaba revelando Michael. En realidad, la rueda de prensa fue un desacierto; en todo caso, generó más preguntas de las que respondió.

SÉPTIMA PARTE

Michael compra las canciones de los Beatles

Mientras Michael Jackson recorría el país con la gira Victory, fue tema de nuevos titulares —esta vez en las páginas de negocios— por haber comprado la ATV Music Publishing Company por la pasmosa cifra de 47,5 millones de dólares. La compra, tal vez la mayor adquisición editorial de su tipo efectuada jamás por un Individuo, fue en realidad la culminación de diez intensos meses de negociaciones. La semilla de esa operación había sido plantada varios años antes, cuando Michael estuvo en Londres para grabar el *hit* «Say, Say, Say» con Paul McCartney en los estudios Abbey Road. Michael había hecho amistad con Paul y Linda McCartney durante su estancia; casi siempre comía con ellos en su hogar a las afueras de Londres. Una noche, después de cenar, Paul mostró a Michael un grueso folleto con títulos de canciones de cuyos derechos era propietario, y que Incluían la mayor parte del material de Buddy Holly, y temas como «Autumn Leaves», «Sentimental Journey» y «Stormy Weather».

—Ésta es la manera de hacer dinero a lo grande —dijo Paul—. Cada vez que alguien graba una de estas canciones, me pagan. Cada vez que alguien pasa estas canciones por la radio, o en actuaciones en directo, me pagan.

—Me estás gastando una broma, ¿verdad? —dijo Michael.

—¿Parezco estar hablando en broma? —respondió Paul, serio.

La verdad es que Paul gana, según se ha informado, más de cuarenta millones de dólares al año por los derechos de grabaciones y canciones que no han sido compuestas por él mismo.

Michael quedó intrigado. Poseía los derechos de publicación de sus propias canciones —obtener esos derechos fue una de las razones por las que él y su familia habían dejado Motown y la editorial Jobete de Berry Gordy—, pero siempre pensó que el negocio editorial era tedioso, y consistía principalmente en conseguir derechos y licencias para publicar el material en otros medios. Paul explicó que el mundo editorial podía ser lucrativo, especialmente gracias a la explosión del CD y el uso cada vez más frecuente de canciones populares en los anuncios publicitarios, las películas y la televisión. «Los autores de las canciones a menudo pierden sus derechos por una razón u otra: a veces los venden para hacer un negocio —una cosa muy miope, especialmente hoy día, cuando la industria discográfica genera tanto dinero—, y a menudo los pierden por ignorancia, como en el caso de los Beatles, quienes simplemente firmaron cediendo sus derechos cuando eran ingenuos y no sabían cómo eran las cosas».

Por cierto, Paul McCartney y John Lennon habían vendido sus derechos a un editor llamado Dick James, cuando eran jóvenes. Luego, a finales de los sesenta, mientras McCartney y Lennon estaban en sus respectivas lunas de miel, James vendió Northern Songs —la compañía que seguía teniendo los derechos de las composiciones de los Beatles— a la ATV Music Limited, de *sir* Lew Grade. Los activos de la ATV fueron comprados posteriormente por el Bell Group, del

empresario australiano Robert Holmes à Court. McCartney y los herederos de Lennon compartieron, con la ATV, las ganancias por las composiciones generadas para 251 de sus canciones escritas entre 1964 y 1971, que incluían «Yesterday», «Michelle», «Help», «A Hard Day's Night», «The Long and Winding Road», «Hey Jude», «Let It Be», y muchas otras. La ATV también retuvo los derechos de publicación de miles de otras composiciones, entre ellas canciones de las Pointer Sisters, Pat Benatar y Little Richard (incluyendo «Tutti Frutti», «Long Tall Sally», «Rip It Up» y «Lucille»).

Cuando Michael le dijo:

—Tal vez algún día yo compre tus canciones. —Paul rio—. Fantástico —dijo—. Qué buen chiste —comentó.

Michael no estaba bromeando. Algún día, Paul se arrepentiría de esa conversación.

—Le di un montón de consejos gratis —diría más adelante—. ¿Y sabes una cosa? Por la boca muere el pez.

—Michael es de la clase de tipos que saben preguntar. Cuando trabajamos juntos, creo que ni siquiera se había hecho una cirugía estética. (En realidad, para esa época ya se había hecho la cirugía). Tengo fotos con él en nuestra casa, y su aspecto es bastante diferente. Desde entonces se ha hecho un montón de cirugías faciales. De hecho me contó que se iba a un retiro religioso, y yo le creí. Pero salió de ese retiro religioso con una nueva nariz. El poder de la oración, supongo.

Michael y Paul mantuvieron una relación relativamente amistosa, pero Michael también guardó distancia. No quería que Paul lo percibiera más que como un conocido, tal vez porque tenía un plan.

Cuando Michael regresó a Estados Unidos, le mencionó el libro de títulos a John Branca y dijo que él también quería comprar algunos derechos, «como Paul». John hizo una investigación y le presentó a Michael una lista de canciones que estaban en venta. La primera compra de Michael fue el catálogo de Sly Stone, que incluía todos los clásicos pop de Sly de los años setenta, como «Everyday People», «Hot Fun in the Summertime» y «Stand!» («Stand!» fue la canción que los Jackson 5 tocaron la primera vez que aparecieron en *The Ed Sullivan Show*. Michael se convirtió en su propietario). Por menos de un millón de dólares, Michael también se aseguró otros títulos, como dos de los éxitos de Dion, «The Wanderer» y «Runaround Sue», «1-2-3» de Len Barry, y «Expressway to Your Heart» de Soul Survivors.

Durante los dos meses siguientes, Michael estuvo demasiado preocupado con la gira Victory, de modo que no pudo concentrarse en los acuerdos editoriales. Pero luego, en septiembre de 1984, cuando John Branca voló a Filadelfia a encontrarse con Frank Dileo y Michael precisamente a causa de los problemas de la gira Victory, John mencionó al pasar la disponibilidad del catálogo ATV. Michael quiso saber qué clase de música representaba la ATV.

—Bueno, de hecho incluye algunas cosas que podrían interesarte —bromeó John.

—¿Como por ejemplo?

—Northern Songs.

Michael se entusiasmó.

—¿Te refieres a *las* canciones de Northern Songs?

—Sí, Mike —dijo John, incapaz de ocultar su entusiasmo—. Estamos hablando de los Beatles, hombre. *Los Beatles*.

De hecho, Paul había tratado de comprar la ATV en 1981. Le había propuesto a Yoko Ono que compraran juntos la editorial por 20 millones de dólares, aportando 10 millones cada uno, pero ella pensó que era demasiado dinero y declinó el ofrecimiento. Puesto que Paul no quiso gastar él mismo los 20 millones de dólares, el trato se vino abajo.

Mientras Michael andaba a saltos por la habitación, aullando y chillando, John le advirtió que se generaría una dura competencia, una guerra de pujas por semejantes canciones, tan populares. «No me importa —declaró Michael—. Quiero esas canciones. Consígueme esas canciones, Branca».

John dijo que se pondría manos a la obra. Luego llamó por teléfono a John Eastman, el abogado y cuñado de Paul McCartney, y le preguntó si Paul pensaba hacer una oferta por el catálogo. «No —dijo Eastman—. Es demasiado caro».

Unos días más tarde, Yoko Ono llamó por teléfono a John y dijo que había oído el rumor de que Michael estaba interesado en comprar la ATV. A continuación pasó cuarenta y cinco minutos tratando de que John creyera que comprar el catálogo era una pésima idea. John comentó esa conversación con Michael. «Obviamente, ella lo quiere para sí misma —dijo Michael—, pero no quiere gastar tanto. Espera que el precio baje si no hace una oferta, así que cómpralo, Branca».

Los meses siguientes estuvieron llenos de intensas y frustrantes negociaciones. Pujando contra Michael estaban la Entertainment Company de Charles Koppelman y Marty Bandier, la Virgin Records, el magnate inmobiliario Samuel J. Lefrak, y el financiero Charles Knapp. En un momento dado, John Branca suspendió las negociaciones por completo.

Durante esos tensos ocho meses, Paul McCartney volvió a intentar que Yoko Ono se uniera a él en una puja. Cuando Yoko repitió que no estaba interesada, Paul decidió no participar en las negociaciones.

Mientras tanto, Michael llamaba por teléfono a John Branca una vez por semana para oír sus noticias.

Cuando Koppelman y Bandier superaron la oferta de Michael, de 47,5 millones de dólares, con una de 50 millones, Michael no se desanimó. «Branca, no podemos perder esto ahora —dijo—. Tienes que hacer algo. Sé que acordamos que no íbamos a gastar más de 41 millones, pero estoy dispuesto a hacerlo».

La oferta de Koppelman y Bandier estaba financiada por la compañía MCA. John llamó por teléfono al director de la compañía, Irving Azoff. «No puedes darles a esos tipos dinero para comprar este catálogo —le dijo John a Irving—. ¿Sabes que están

compitiendo contra Michael por conseguirlo? ¿Recuerdas que tú fuiste un asesor de la gira Victory?

—Johnny, no te preocupes —dijo Irving Azoff—. Me ocuparé del asunto.

Entonces, Azoff boicoteó a Koppelman y a Bandier, negándose a financiar su oferta. John Branca había puesto a Michael otra vez en el asiento del conductor.

Pronto, Robert Holmes à Court estaba llamando a John Branca y prácticamente le rogaba que fuera a Londres a cerrar el trato. John fue implacable y respondió como si Michael no estuviera interesado. Holmes à Court se ofreció a pagarle el pasaje de avión, pero John podía pagarse su propio billete, y no quería ningún favor a esas alturas del partido. John aceptó ir a Europa, y Holmes à Court prometió que si no se cerraba el trato, él reembolsaría todos los gastos de viaje y alojamiento de John.

Michael otorgó a John un poder notarial, éste viajó a Inglaterra y cerró el trato en veinticuatro horas. Michael Jackson nunca firmaba los contratos importantes, los que hacen historia; lo hacía John Branca. Entonces, John hizo una llamada de larga distancia a Michael, y le dio las noticias, la buena y la mala. La mala: tenía 47,5 millones de dólares menos. La buena: era el dueño de la ATV.

Michael no podía creer que fuera tan afortunado. No podría decirse lo mismo de Paul McCartney, quien contó: «Alguien me llamó un día y me dijo: “Michael compró tus canciones”. Yo dije: “¡¡¿¿*Qué*??!! Me parece feo hacer esa clase de cosas. Ser el amigo de alguien y luego comprar la alfombra sobre la que ambos están”.

Una vez cerrado el trato, Michael trató de llamar por teléfono a Paul para discutir el tema. Conociendo su personalidad, seguramente no le resultaba sencillo, y, aun así, lo intentó. Sin embargo, cuando llamó, Paul le colgó. Finalmente, Michael concluyó: «Paul tiene un gran problema. Yo he tratado de ser un tipo amable. Peor para él. Yo tengo las canciones, fin del asunto».

Robert Hilburn, en un análisis de la adquisición de la ATV para *Los Angeles Times*, explicaba la compra de Michael en cifras: «Si, por ejemplo, “Yesterday” gana 100.000 dólares al año en derechos por ventas de discos, radiodifusión y actuaciones en directo, McCartney y los herederos de Lennon, en tanto coautores, se reparten aproximadamente el 50 por ciento de esos ingresos, unos veinticinco mil para cada uno. El editor (ahora Michael Jackson) recauda el otro 50 por ciento. El editor también controla la utilización de la canción en películas, anuncios y producciones escénicas. De hecho, “Yesterday” rinde así una cifra considerablemente mayor».

Una vez Michael hizo la compra, él y sus representantes investigaron tácticas para que le rindiera dividendos. Contrató un equipo para desarrollar una serie de antologías y cuatro películas utilizando música de los Beatles: *Strawberry Fields*, una película de animación; *Back in the USSR*, una película acerca de los rockeros rusos; y películas basadas en «Eleanor Rigby» y «The Fool on the Hill». Michael también proyectó hacer tarjetas musicales y cajas de música. Cuando otorgó una licencia de «Revolution» a Nike para un anuncio de zapatillas, obtuvo el consentimiento de Yoko Ono, pero no el de McCartney. De hecho, Paul, al igual que muchos fans de los

Beatles, sentía que Michael estaba degradando su música.

Sin embargo, Paul tuvo que aceptar la realidad. Cada vez que tocara una de las canciones que escribió entre 1964 y 1971, tendría que pagarle a Michael.

Cuando Michael vendió «All You Need Is Love» a Panasonic por 240.000 dólares, finalmente Paul lo llamó y le dijo que estaba yendo demasiado lejos. Michael no cortó la comunicación. Explicó que utilizar canciones de los Beatles en anuncios permitía que la música llegara a una generación completamente nueva de fans, quienes entonces comprarían los discos de los Beatles. «No me gusta la idea de que Michael Jackson sea el único tipo del mundo que tenga voz y voto con respecto a qué canciones de los Beatles se pueden usar en anuncios —diría más adelante Paul—. ¡Ha hecho una lista! No veo por qué a él le corresponde esa decisión».

Paul dijo que esperaba que «All You Need Is Love» siguiera siendo un himno de los sesenta, y no que se convirtiera en una canción publicitaria de «un maldito sistema de altavoces. Y tampoco quiero que "Good Day Sunshine" se convierta en una galletita Oreo —se quejaba—, cosa que tengo entendido que ha hecho Michael. Es realmente degradante. No creo que lo haga porque necesita el dinero».

No obstante, Paul es el dueño del catálogo de Buddy Holly y ha explotado comercialmente las canciones de Holly muchas veces, porque, tal como argumentó, «el mismo Buddy hizo anuncios, y su viuda tiene el expreso deseo de que ganemos dinero a través de los anuncios. Es su decisión».

Yoko parecía satisfecha con lo que Michael hizo con el catálogo de los Beatles, y dijo que era «una bendición» el hecho de que el propietario fuera él. En noviembre de 1990 afirmó: «Los empresarios que no son artistas no tendrían la consideración que tiene Michael. Él ama las canciones. Es muy generoso. Si Paul y yo fuésemos los propietarios, habría un montón de peleas y discusiones estancadas en un punto muerto. No sería deseable para ninguno de nosotros. Si Paul tuviera los derechos de las canciones, la gente habría dicho: "Al final, Paul timó a John". Y si los tuviera yo, dirían: "Ah, la dama dragón da un nuevo golpe"».

En 1990, Paul y Michael se reunieron para discutir lo que Paul llamó «este problema editorial». Paul recordaba: «Se lo planteé de esta manera: Cuando firmamos nuestro acuerdo, John y yo ni siquiera sabíamos qué era la edición. Creíamos que las canciones estaban en el cielo y que todo el mundo era su dueño. Ahora, hasta los niños entienden mejor las cosas. El año pasado, "Yesterday" superó el récord de cinco millones de reproducciones en Estados Unidos, cosa que ninguna otra canción ha hecho jamás. Ni siquiera "White Christmas". Pero nadie se ha acercado para decirme: "Realmente creo que te mereces una prima. Has hecho algo grande por esta compañía". Así que, ¿qué demonios está pasando? ¿Intentas decirme que tengo que quedarme contento por el resto de mi vida manteniendo el acuerdo que firmé cuando era un tonto de veinte años? He hecho mucho por esta compañía».

Michael simuló no entender de qué demonios le estaba hablando Paul. Por lo tanto, Paul se lo dijo con toda claridad. «Quería que reconociera en el acuerdo que yo

era un gran escritor para esa compañía de la que era dueño», recordó Paul.

Michael le dijo a Paul que no quería «herir a nadie», y Paul dijo que le alegraba oír eso. «Es un auténtico señor, este Michael», diría de él un aplacado Paul. Michael prometió que intentaría buscar alguna solución.

Al día siguiente, John Eastman, el abogado de Paul, llamó a John Branca por teléfono y le dijo que Paul y Michael habían acordado renegociar una suma mayor por los derechos de sus canciones. John trató de confirmarlo con Michael.

—¡Qué diablos, no, yo no le dije eso a Paul! —dijo Michael, fastidiado—. De hecho, él no va a conseguir una suma mayor a menos que *yo* obtenga a cambio algo de *él*, en retribución.

John le transmitió el comentario de Michael al abogado de Paul.

—De acuerdo, muy bien. Entablaremos una demanda —amenazó Eastman.

—Haz lo que te plazca —le dijo Branca.

Cuando John le contó a Michael que tal vez Paul lo demandara, él rio estentóreamente.

—Fantástico. Déjalo que me demande —dijo—. Mientras tanto, ve y autoriza algunas canciones más, Branca. Hagamos algún dinero. Manejemos esta cosa como un negocio.

Un socio de Michael dijo: «Michael pensaba que Paul había tenido dos oportunidades de comprar la compañía. Las dos veces había sido demasiado tacaño para gastar el dinero. Te recuerdo: se dice que Paul es el artista más rico del mundo, con una fortuna de unos 560 millones de dólares. Sus derechos por año ascienden a 41 millones. Tal como me contó Michael, “Si él no quiso invertir 47,5 millones de dólares en sus propias canciones, no tiene por qué venir a mí llorando”. Es duro de corazón, este Michael Jackson, igual que su padre. “Conseguí esas canciones por derecho —dijo—. Son mías, y nadie puede decirme qué hacer con ellas. Ni siquiera Paul McCartney. Que aprenda a aceptarlo”».

Al adquirir la ATV, Michael Jackson demostró ser un hombre de negocios perceptivo, realista, exactamente la clase de empresario que su padre, Joseph, habría deseado ser. Si Joseph intimidaba, Michael se congraciaba. Si Joseph gritaba, Michael solía escuchar, aunque también él podía llegar a ser poco razonable. Si Joseph improvisaba a toda prisa, Michael analizaba todas las perspectivas antes de llegar a una decisión o, al menos, tenía a alguien que lo hiciera por él, concretamente John Branca. En verdad, Michael tenía la sabiduría de rodearse de personas brillantes, y de permitirles que hicieran su trabajo sin interferencias. Joseph nunca lo hizo, siempre quiso tener la última palabra sobre todas las cosas. Se diría que Michael había estudiado la técnica de Joseph para hacer exactamente lo contrario. Sin embargo, padre e hijo siempre tuvieron en común la característica de no confiar en nadie y de ser despiadados con aquellos a quienes han vencido. Rara vez dieron una segunda oportunidad.

«We Are the World»

En enero de 1985, la gira Victory ya era historia. Aunque no había sido una experiencia fácil, Michael encontró un caldero de oro al final del arco iris: Chuck Sullivan le dio 18 millones de dólares, *en efectivo*, para desarrollar una línea de ropa. Michael apenas había llegado a tener algunas prendas en las tiendas, que no se vendieron, cuando Chuck entró en bancarrota y así se quedó con los 18 millones.

Los Jacksons hicieron mucho dinero con la gira Victory, aunque los promotores no podían decir lo mismo. Cada hermano ganó unos siete millones, un sexto de lo recaudado una vez deducidos todos los gastos. Michael donó su parte a la beneficencia; sus hermanos gastaron la suya en un estilo de vida fastuoso y, en pocos años, tuvieron que volver a trabajar.

Michael no volvió a salir de gira nunca más con sus hermanos, aunque ellos repetidamente trataron de convencerlo de hacer «solamente una gira más».

A su regreso a la casa de Encino, una de las primeras cosas que hizo Michael fue subir al Mercedes-Benz 450 SEL negro de LaToya y salir a toda velocidad sin ningún guardia de seguridad. Sencillamente quería un poco de libertad, ¡como si eso fuera posible! Como siempre, había un par de decenas de fans en la entrada, esperando a alguien que tuviera aspecto de Jackson. Nunca soñaron que, de hecho, podrían echarle un vistazo a Michael Jackson. Cuando lo vieron salir por el portón, subieron a sus coches y lo siguieron en una frenética persecución. Michael trató de despistarlos, pero fue en vano. Ya casi estaba en la casa de Quincy Jones, a kilómetros de distancia, cuando el vehículo se quedó sin combustible. Michael saltó del coche, dejándolo en medio de la calle, y corrió algunas manzanas, mientras sus admiradores lo perseguían, hasta que llegó a la casa de Quincy, donde halló refugio.

Tras la gira Victory, Michael se involucró en «We Are the World», el histórico esfuerzo para alimentar a los hambrientos de Etiopía. Durante algún tiempo, Harry Belafonte había estado haciendo planes para reunir a las máximas figuras del espectáculo con la finalidad de grabar un disco cuyas ganancias se destinarían a una fundación sin fines de lucro, USA for Africa, para alimentar a las masas famélicas. Además de proveer de alimentación de urgencia, ayuda médica y programas de desarrollo sostenible a las zonas damnificadas de África, la empresa también se reservaba fondos para mitigar la pobreza en Estados Unidos. Harry contactó con Ken Kragen, un empresario del espectáculo con experiencia en ese tipo de campañas para preguntarle si podía contar con el apoyo de sus clientes, Kenny Rogers y Lionel Ritchie, en el proyecto. Kenny y Lionel, a su vez, obtuvieron la colaboración de Stevie Wonder para añadirle más renombre a la iniciativa. Lionel telefoneó entonces a Michael para pedirle que participara en la grabación. Él respondió que no sólo quería cantar la canción, también quería ayudar a Lionel a escribirla.

Michael siempre había sentido empatia por las personas que padecían hambre, desamparo y enfermedad, especialmente los niños. Frank Dileo ha relatado muchas

historias conmovedoras sobre la influencia de Michael en niños que estaban a punto de morir. Algo inexplicable en el interior de Michael lo hacía capaz de llegar a los niños al borde de la muerte; su presencia era como una especie de bálsamo. Era uno de los dones que Michael más valoraba de sí mismo.

Por ejemplo, una noche, después de un espectáculo, le trajeron a Michael a un niñito en una camilla que sufría de un tumor cerebral y cáncer en la columna. Cuando le acercaron el niño, Michael le cogió una mano y la apretó con fuerza. El niño sonrió. Frank Dileo dio media vuelta y rompió a llorar. «No teme enfrentarse al peor sufrimiento y logra encontrar allí, aunque sea mínimo, algo positivo y hermoso», concluyó Frank.

Seth Riggs, el maestro de canto que viajaba con Michael en las giras, recordaba: «Todas las noches venían niños en camillas, tan enfermos que apenas podían levantar la cabeza. Michael se arrodillaba al lado de las camillas y acercaba su cabeza a la de ellos para que los fotografiaran juntos. Luego les regalaba una copia para que recordaran el momento. Yo no podía soportarlo. Me iba al baño a llorar. Los niños se animaban en su presencia. Si les daba energía para que vivieran un par de días más, entonces, para Michael, valía la pena».

Lionel Ritchie fue a Hayvenhurst todas las noches durante una semana, y allí él y Michael se aislaban en la habitación de éste para trabajar en la letra y las melodías de «We Are the World». Querían lograr una especie de himno, una canción que fuera tan fácil de cantar como memorable. Aunque Michael y Lionel nunca lo han dicho públicamente, LaToya —que los vio trabajar— afirma que Lionel sólo escribió un par de versos de la canción. Ella sostiene que el 99 por ciento de la letra fue escrita por Michael, «pero él nunca sintió que fuera necesario decirlo». La letra y la melodía estuvieron terminadas para el 21 de enero de 1985, justo la noche anterior a la sesión de grabación.

Mientras Michael y Lionel componían, Ken Kragen se ocupaba de preparar el elenco estelar: Bruce Springsteen, Tina Turner, Bette Midler, Billy Joel, Ray Charles, Diana Ross, Dionne Warwick, las Pointer Sisters, Stevie Wonder, Cyndi Lauper, Willie Nelson, Smokey Robinson, Bob Dylan y muchos otros, en total cuarenta y cinco artistas. Otros cincuenta tuvieron que ser dejados de lado para evitar que el proyecto se volviera demasiado engorroso y difícil de manejar. Michael le pidió a LaToya que apareciera, y ella lo hizo. (Apareció junto a Bette Midler). Marlon, Jackie, Tito y Randy también estuvieron allí.

Quincy Jones se tomó una pausa en la producción de la película *El color púrpura* para producir y arreglar (junto a Tom Bahler) el tema de Jackson y Richie en los estudios A&M en Hollywood. Debido a que los Premios American Music se habían entregado esa misma noche, muchos de los artistas llegaron directamente desde la fiesta. Lo primero que veían era un cartel fuera del estudio A: «Por favor, dejen colgados sus egos en la entrada». Era sorprendente que tantos artistas de tan diversos perfiles y renombre individual fueran capaces de hacer eso: que no hubiera

vanidades. Diana Ross no pudo ocultar su entusiasmo y pidió autógrafos a las otras estrellas. Las Pointer Sisters tomaron fotos de Michael. «Nunca antes experimenté esa poderosa sensación de comunidad», observó Kenny Logins.

Alrededor de las diez de la noche, la reunión se volvió solemne. Ken Kragen se dirigió al grupo para asegurarles a todos que el dinero generado por la grabación llegaría, de verdad, «a los lugares que correspondían». Bob Geldorf, el líder de los Boomtown Rats y organizador del evento benéfico musical British Band Aid, del que salió el sencillo «Do They Know It's Christmas?» habló de sus viajes a Etiopía. Dos mujeres etíopes, cuya presencia había sido concertada por Stevie Wonder, informaron sobre el horrible sufrimiento en ese país.

Finalmente, Michael se dirigió al conjunto de estrellas. Con mucha tranquilidad y un tanto torpemente, explicó que la canción que Lionel y él habían compuesto era «una canción de amor para inspirar preocupación sobre un lugar lejano cerca de casa».

Las pistas de la música habían sido grabadas ese día más temprano, de modo que sólo era cuestión de realizar ajustes a la letra. «¿Debería ser "*brighter day*" ("día más brillante") o "*better day*" ("día mejor")?», y de añadir las voces. Michael les enseñó a los artistas la melodía y la letra —a la mayoría se le había enviado grabaciones de demos de la canción, tocada por Michael—, y trabajó con ellos en los arreglos vocales.

Si bien Michael Jackson era parte esencial del proyecto, también quedó muy aislado de él. Mientras que todos los demás presentes fueron filmados (por seis cámaras) cantando «We Are the World», el solo de Michael fue grabado después, en privado, y añadido a la versión final. En ningún momento se quitó las gafas de sol. Alguna gente supone que eligió no grabar con el resto debido al temor que le inspiraba cantar ante sus famosos colegas. Singularmente perfeccionista, sentía que no podía actuar desplegando al máximo su capacidad frente a ellos. Otros ofrecen una explicación más cínica: a Michael le gustaba sentir que era distinto de todos y enfatizaba esa diferencia erigiendo barreras entre él y sus fans, sus iguales y su familia. Desde luego, en el vídeo de «We Are the World» la toma de Michael empieza con sus zapatos Bass Weejun y su marca registrada, los calcetines de lentejuelas, y luego sube hacia arriba hasta su rostro cuidadosamente maquillado, todo según las directivas del propio Michael. «La gente sabe que soy yo nada más ver los calcetines —dijo, orgulloso, y en eso estaba en lo cierto. Luego añadió con una sonrisa—: Traten de filmar los calcetines de Bruce Springsteen y fíjense si alguien sabe a quién pertenecen».

La sesión de grabación y filmación en vídeo llevó toda la noche. Quién cantaría qué y con quién fue decidido un par de días antes por Lionel Richie, el productor Quincy Jones y el arreglista Tom Bahler. Algunos de los interesantes dúos fueron los de Tina Turner y Billy Joel, Dionne Warwick y Willie Nelson, y, por supuesto, Diana Ross y Michael Jackson. El único pequeño detalle que no resultó tal como estaba

planeado fue el dúo entre Michael y Prince. A Michael no le gustaba Prince, pero siendo un asunto de beneficencia, accedió a cantar con él. Sin embargo, Prince no apareció. A las seis de la mañana siguiente llamó al estudio para preguntar si podía ir y tocar una parte de guitarra. Quincy le dijo que era demasiado tarde.

Hacia las siete y media de la mañana, el trabajo estaba concluido y los artistas empezaron a irse. «Michael estaba tan exhausto como todos —informó Jeffrey Osborne—. No dijo mucho, tal vez algo acerca de que estaba muy contento, pero se notaba que estaba encantado».

«Esperaba ver más vanidades en acción —informó Paul Simon—, "El Enguantado" se encuentra con "El Jefe" y cosas por el estilo, pero sencillamente no ocurrió».

«Simplemente, desearía que esta noche no terminara nunca» dijo Diana Ross al abrazar a Tina Turner.

Todos los participantes en la sesión de grabación de «We Are the World» parecían compartir los sentimientos de Diana. El espíritu suave, elevado, que tiene la canción también alcanzó a las emociones del público cuando finalmente fue puesta a la venta. La partida inicial de 800.000 discos se agotó en tres días. La canción fue número 1 en Estados Unidos durante un mes, y también pasó un par de semanas en el primer puesto en el Reino Unido, así como en otros países. El vídeo de «We Are the World» se adecuaba muy bien al espíritu benevolente de la iniciativa y ayudó a vender en total cuatro millones de discos, lo que generó unos ocho millones de dólares para el fondo USA for Africa.

Una travesura que no funcionó

Los Grammy de 1986 fueron el escenario de una de las más extrañas travesuras de Michael, aunque no resultó como él había esperado.

Frank Dileo, John Branca, Norman Winter y Michael Jackson habían conversado a menudo sobre las carreras de ídolos del mundo del espectáculo como Frank Sinatra y los Beatles, y sabían que sus representantes habían contratado a adolescentes para que gritaran y lloraran al verlos en sus apariciones públicas. La histeria queda bien en las fotos. Michael siempre creyó que contratar a jóvenes para chillar, desmayarse y sollozar era un golpe maestro de las relaciones públicas.

Una noche, Michael y Frank telefonearon a Norman para contarle una idea. Michael quería causar conmoción durante la presentación televisada de los Premios Grammy en febrero. Se había decidido que Quincy y Michael recibirían el premio si «We Are the World» ganaba el del Disco del Año. No se sabe si fue su intención, pero parecería que Michael quiso robarle un poco de protagonismo a Quincy durante la recepción del premio. Él y Quincy siempre tuvieron una relación extraña, simbiótica pero también competitiva.

El plan de Michael era que una adolescente femenina subiera corriendo al escenario y se le echara encima cuando él estuviera al lado de Quincy. El personal de seguridad de Bill Bray estaría preparado y a la espera para quitarle de encima la chica a Michael, quien entonces reaccionaría con sorpresa y nerviosismo. Dado que los Grammy se televisan internacionalmente, todo el mundo sería testigo de esta loca escena. Al día siguiente, la popularidad de Michael, y la histeria que habría provocado en los Grammy, sería tema de las noticias en todo el mundo. La escena provocada por la «fan exaltada» de Jackson probablemente incluso eclipsaría el hecho de que «We Are the World» ganara el codiciado Grammy al Disco del Año. Desde luego, el discurso de Quincy al recibirlo sería pasado por alto en beneficio de la adoración maníaca de Michael.

Frank y Norman estaban en contra de la idea de Michael. Si alguna vez llegara a oídos de la prensa que la chica que atacó a Michael en realidad había sido contratada por él para hacerlo, sería una vergüenza para todos los involucrados. «Pero nunca llegará a sus oídos —dijo Michael, entusiasmado—. Así que, ¿a quién tenemos? ¿A quién podemos contratar para hacer esto?».

Frank y Norman no tenían ni idea. Finalmente, una publicista femenina que trabajaba en la oficina de Norman encontró a una adolescente lo suficientemente perspicaz como para llevar a cabo el engaño. Fue contratada para hacer el trabajo.

La noche de los premios, los involucrados en la artimaña contuvieron el aliento cuando los presentadores Sting y Phil Collins anunciaron que «We Are the World» era el Disco del Año. Michael, que tenía puesta una chaqueta militar negra, una camisa roja y un broche rojo, se levantó de su asiento. Frank, sentado detrás de Michael, sonrió de oreja a oreja, con un puro que le colgaba de la boca. Entonces, Michael subió al escenario con Lionel Richie.

Al instante, Quincy Jones, Dionne Warwick, Kenny Rogers y Stevie Wonder también se encontraron sobre el escenario. Mientras Quincy estaba pronunciando su discurso, Michael se balanceaba nerviosamente, mirando ansioso, como si se preguntara cuándo iba a hacer su aparición la chica.

Sin que Michael pudiera darse cuenta, la adolescente, que tenía todas las credenciales para llegar a la zona del escenario, no pudo abrirse paso entre la multitud de gente —técnicos, personal de producción, miembros de la prensa— que se había reunido entre bambalinas para mirar embobada a las estrellas. Antes de que la impotente «atacante» supiera lo que estaba pasando, los discursos se habían terminado y a ella se le había pasado el momento. El plan no funcionó.

—¿Qué pasó? ¿Qué pasó? —quiso saber Michael más tarde—. Estoy ahí, esperando y esperando, ¿y nada?

Cuando Frank Dileo explicó qué había sucedido, Michael estalló en carcajadas.

—La broma es para mí, supongo —dijo—. Ni siquiera podía concentrarme en lo que estaba pasando porque estaba esperando que esa chica apareciera y se abalanzara sobre mi… y eso no pasó nunca. Quincy dijo que yo estaba con los pelos de punta,

¡creyó que yo necesitaba ir al baño! La próxima vez tendremos que planificarlo mejor —concluyó Michael, con un guiño.

Más cirugía plástica

En junio de 1986, Michael Jackson pasó por otra operación para hacer que su nariz fuera más delgada, su cuarta rinoplastia. También quiso que Steven Hoefflin le creara un hoyo en la barbilla. Años más tarde, le contaría a un conocido que la «mayor felicidad que he tenido jamás fue saber que podía tomar decisiones con respecto a mi rostro». El mismo conocido le pidió consejo y Michael le recomendó que se operara con Steven Hoefflin. «La cosa no tiene ningún misterio, hombre —dijo Michael—. Después de la primera, ni siquiera duele tanto. Una vez que te la has hecho, no vas a parar de mirarte al espejo. Te sientes fenomenal contigo mismo. Hazlo. Te va a encantar».

Cuando Michael le contó a Katherine que se iba a hacer un hoyuelo en su barbilla, ella opinó que, para decirlo con sus palabras, se estaba «pasando de la raya».

«¿Para qué? —quiso saber—. Sencillamente, no lo entiendo».

Según le contó Katherine a una amiga suya, Michael explicó: «Me lo puedo pagar, lo quiero y me lo voy a hacer», como si estuviera comprando un coche nuevo en lugar de soportar una cirugía plástica dolorosa para cambiar su apariencia. La mayoría de la gente sólo fantasea: «¿No sería bonito tener una nueva nariz, y quizá también una nueva barbilla?». Michael podía darse el lujo de que esos caprichos se hicieran realidad. «Creo que si más gente se lo pudiera pagar, también lo haría —razonaba su hermana Janet—. No veo que tenga nada de malo».

Un psicólogo ha especulado con que era el lado narcisista de Michael el que le ordenaba que se hiciera tallar un hoyuelo en su barbilla. «Michael Jackson estaba, evidentemente, cada vez más y más encantado con su propia imagen —dijo el doctor Raymond Johnson—. Aparentemente está siguiendo con su búsqueda del rostro perfecto».

«*Realmente* quiero ser perfecto —confirmó Michael—. Me miro al espejo, y sencillamente quiero cambiar, y para mejorar. Siempre he querido ser mejor, así que tal vez es por eso que quería el hoyuelo. No veo otra forma de explicarlo».

Por supuesto, una de las teorías preferidas del público con respecto a Michael es que estaba tratando de transformarse en la imagen de Diana Ross. ¡Como si Diana Ross tuviera un hoyuelo en el mentón! Esta teoría es el resultado de la popular conexión entre las dos estrellas a lo largo de los años, y de algunos de los recuerdos familiares según los cuales Michael habría afirmado ante Janet y LaToya cosas tales como «no eres guapo hasta que empiezas a parecerte a Diana». Después de la cirugía y con la

ayuda de un maquillaje apropiadamente aplicado, Michael a veces, efectivamente, se parecía a Diana, con cejas arqueadas y depiladas, pómulos altos, y una nariz afilada (de hecho, mucho más afilada que la de Diana). Aun así, el parecido estaba a la vista del observador. Cuando un conocido le contó a Diana que Michael estaba tratando de parecerse a ella, la idea le horrorizó. Pensó en Michael y soltó: «¿Yo me parezco a eso?».

De hecho, Michael no quería parecerse a Diana, ni siquiera cuando estaba embelesado con su imagen, su atractivo, su *glamour* y, también, su poder. En verdad, trató de recrearla alguna vez, interpretando ciertas fantasías «señorita Ross» delante de testigos. El chófer de limusinas de Beverly Hills, Ralph Caricosa, recuerda haber llevado a Michael a cierto destino. Miró por el espejo retrovisor y preguntó: «¿Ahora adonde, señor Jackson?». Michael dijo: «Llámame señorita Ross, por favor». Una noche, Diana lo pescó poniéndose el maquillaje de ella en los camerinos del Caesars Palace en Las Vegas. La antigua estrella de The Supremes, Cingy Birdsong, contó que cuando Diana lo regañó («¡Cuántas veces te he dicho que no te acerques a mi maquillaje!»), Michael respondió diciendo: «Pero Diana, es *mágico*».

Una vez, Michael se estaba registrando en el elegante Helmsley Palace en Manhattan, telefoneó al mostrador de entrada desde el teléfono del vestíbulo y, delante de unos divertidos testigos, puso su mejor imitación de la voz de Diana al hablar, para engañar a la operadora.

—Mi *suite* no es lo suficientemente buena —dijo, comportándose como una diva descontenta—. ¿Cómo *se atreven a* ponerme en esa *suite*? No hay flores, y creo que vi un ratón, y yo, en fin… estoy realmente *disgustada*. Ni siquiera puedo volver a entrar allí.

—¿Quién habla? —preguntó aparentemente la sorprendida operadora.

—Vaya, soy la señorita Ross —respondió Michael, tratando de reprimir la risa—. La señorita *Diana* Ross. ¿Quién cree que habla? ¿Cómo se atreve siquiera a preguntar?

Para cuando la operadora le pidió que esperase, Michael estaba sonriendo de oreja a oreja.

—Me cree —susurró, lleno de excitación—. ¡Piensa que soy Diana Ross!

La operadora volvió a atender la línea.

—Diana Ross no se está alojando aquí.

—Ah, ¿no? —respondió Michael—. Disculpe.

Luego colgó rápidamente, riéndose tan histéricamente que apenas podía respirar.

La mayor parte de la gente que conoce a Michael está de acuerdo en que hay dos razones por las cuales se ha hecho tantas cirugías plásticas. Primero se esforzó por alcanzar el ideal de la perfección física, o su versión de ésta, cuanto menos. Pasaba la mayor parte de su vida examinando fotos suyas, por no mencionar las horas bailando

delante de espejos, mirando vídeos, decidiendo cuáles eran sus mejores rasgos.

—Sólo deseo tener la mejor apariencia que pueda tener —le contó a Frank Dileo.

—Pero ¿cuándo te vas a detener? —preguntó Frank.

Michael se encogió de hombros.

—Soy una obra en ejecución —dijo con una tenue sonrisa.

Públicamente, Frank nunca tuvo mucha paciencia ante las preguntas sobre las cirugías plásticas de Michael, sobre todo porque no podía explicarlas. «De acuerdo, se ha hecho arreglar la nariz y el hoyuelo. ¿Y qué? Tengo una noticia para ustedes —dijo—: me he roto la nariz cinco veces. Me la han arreglado dos veces. ¿A quién demonios le importa? Elvis se operó la nariz. Marilyn Monroe se operó la nariz y los pechos. Todo el mundo se ha hecho algo».

Michael tenía también otra razón para las operaciones. Todos los chicos Jackson, al crecer, se fueron pareciendo a su padre, Joseph. Michael no podía imaginar un peor destino para él, e hizo todo lo que pudo para destruir el parecido. Es cierto, tenía muchas de las características de su padre, aunque no las reconociera: la despiadada determinación de Joseph, su frío sentido de los negocios, y, entre las positivas, su amor a la familia. Con respecto a sus emociones, Michael pudo haber sido parecido a su padre en un montón de cosas —aunque nunca llegaría a emular la insensible infidelidad de Joseph en el amor— y, como él dijo, eso lo asustaba. Por fuera, sin embargo, no era para nada parecido a Joseph.

«Me lo dijo él mismo —dijo una antigua novia de Berry Gordy que conoce a Michael desde hace años—. Haría *cualquier cosa* para no parecerse a Joseph. Créeme, lo último que quiere ver cuando mira al hombre del espejo es a su padre. Con cada operación se distancia no sólo de su padre, sino de la familia entera. Me temo que ése es el punto triste de todas las cirugías».

«La tragedia es —concluía Joyce McCrae, que había tenido con ellos un vínculo íntimo durante largo tiempo y que trabajaba en la oficina de Joseph— que no importa cuánto trate Michael de restregarse la cara para quitar de ella a Joseph, él sigue ahí».

O como Joseph Jackson lo expresó tan acertadamente: «Hace falta un padre para hacer un hijo».

Fue después de la operación de Michael para hacerse un hoyuelo en la barbilla cuando se le empezó a ver con una mascarilla quirúrgica, además del sombrero de fieltro negro y las gafas de sol. La prensa especuló que estaba obsesionado con los gérmenes, una reminiscencia de la fijación de Howard Hughes con las cuestiones de la salud. Michael no decía nada públicamente. «Si conocieras lo suficientemente bien a Michael, sabrías lo que está pasando —dijo Joyce McCrae—. Tan pronto como lo vi utilizando la mascarilla, dije: “Ah, se ha hecho hacer el hoyuelo”. La gente me decía: “¿Qué? Eso es ridículo”. Bueno, ciertamente, eso es lo que estaba pasando».

En esa época, Michael apareció en unos puestos de venta de promoción de una película en el Hotel Continental Hyatt de Hollywood usando una mascarilla azul y un sombrero de fieltro negro. Calificarlo de llamativo sería quedarse corto. Cuando los

vendedores lo vieron, triplicaron los precios de todos los objetos sólo porque sabían que Michael era para ellos como la gallina de los huevos de oro. Estaba comprando objetos de promoción de Disney con un niño pequeño y Bill Bray, su guardaespaldas. Cada vez que veía algo que le gustaba, le murmuraba a Bray a través de su mascarilla que comprara el objeto. Entonces, Bray sacaba un fajo de billetes de cien dólares, le pagaba al vendedor y pasaba a la siguiente vitrina. A Michael no le pasó por alto el hecho de que los precios fueran aumentados especialmente para él.

—Me ven venir y sienten que puesto que yo tengo un montón de dinero, se pueden aprovechar de mí —me dijo—. Eso no es justo, ¿verdad?

—No, no lo es, Michael. Pero ¿por qué la mascarilla? —pregunté.

—Me han sacado las muelas del juicio —me dijo—. Ah, hombre, qué sufrimiento. No podrías creer por lo que he estado pasando.

—Suena espantoso —dije.

Michael sacudió la cabeza, tristemente.

—Es espantoso.

Cuando Michael no se cubría el rostro con una mascarilla, se animaba a aparecer en público con una máscara peluda de gorila que le cubría toda la cabeza, con pelaje y ojos redondos. «Me encanta cuando la gente me ve y se asusta —dijo—. Y me encanta que no sepa quién está dentro de la máscara. Sencillamente eso me encanta». Gran paradoja, Michael es un fantoche en público. Una vez, mientras caminaba por un aeropuerto con la máscara de gorila puesta, se tropezó con un cenicero lleno de arena y se cayó de bruces al suelo frente a una multitud de *paparazzi*, todo porque tenía la visión obstruida.

Cuando le sacaron las vendas tras la operación del hoyuelo, Michael se concentró más que nunca en su apariencia. El nuevo hoyuelo parecía extrañamente fuera de lugar en la parte inferior de su rostro suave y de aspecto ingenuo. Tras tantas operaciones, la nariz de Michael quedó más delgada que nunca. También respingona, un toque curioso. Depilarse las cejas le daba un aspecto más suave, incluso más femenino. Su piel parecía estar aclarándose cada día que pasaba. Había empezado a usar una crema blanqueadora de piel de venta libre llamada Porcelana para adquirir ese aspecto. LaToya también la usaba. Tenían cajas y cajas de esta crema almacenadas en Hayvenhurst, que atesoraban como si fuera el más valioso producto de belleza que se hubiera fabricado jamás.

Además, Michael subsistía a base de una estricta dieta macrobiótica que lo había dejado bastante delgado y hacía que su rostro pareciera todavía más esculpido. «Si comiera como él, estaría muerto», dijo Frank Dileo sucintamente.

A decir verdad, Michael Jackson había empezado a parecer más que un poco fuera de lo común. Era difícil estar con él en la misma habitación y no clavarle la vista con incredulidad, especialmente si uno lo había conocido desde que era un niño. El cómico Eddie Murphy probablemente lo expresó de la mejor manera cuando dijo: «Me encanta Michael, pero su hermano es *extraño*».

Los dúos salieron «mal»

A los veintisiete años de edad, Michael Jackson se enfrentó al desafío de grabar un álbum que superara el tremendo éxito de *Thriller*. ¿Podía hacerlo? ¿*Alguien* podía? En el verano de 1986, cuando empezó a trabajar en el siguiente álbum, que se Iba a llamar *Bad* («Malo»), Michael estaba bajo una enorme presión. Extremadamente competitivo, Incluso consigo mismo y sus propios logros, sentía que si no superaba el récord de ventas de *Thriller*, de 38,5 millones de copias vendidas, sería visto como un fracaso. Más aún, debía tener éxito con la venta de los sencillos. Una vez conversaba sobre el fenómeno de los cuatro sencillos del álbum *Off the Wall* que había precedido a *Thriller en* 1979 y le dijo al redactor Gerri Hirshey: «Todavía nadie ha batido mi récord, gracias a Dios. Hall y Oates lo Intentaron, pero no lo lograron». Finalmente alcanzó su propio récord con el álbum *Thriller*, con las siguientes cifras: «This Girl Is Mine», número dos; «Billie Jean», número uno; «Beat It», número uno; «Wanna Be Startin' Somethin'», número cinco; «Human Nature», número siete; «PYT (Pretty Young Thing)», número diez; y «Thriller», número cuatro. Necesitaba que le fuera mejor que eso con *Bad*.

Cuando empezó a trabajar en el álbum, pegó con cinta adhesiva un pedazo de papel que decía «100 millones» en el espejo de su baño. Quería que *Bad* fuera, tal como lo expresó él, «tan perfecto como sea humanamente posible». Antes de que empezaran a grabar el álbum en agosto de 1986, Michael y Quincy Jones hicieron una selección a partir de sesenta y cuatro canciones que había escrito Michael. «El 50 por ciento de la batalla es tratar de darse cuenta de qué canciones grabar —dijo Quincy—. Es puro instinto. Tienes que hacerlo con las canciones que te emocionen, que te pongan la piel de gallina». Al final, ocho de las diez canciones de *Bad* pertenecerían a Michael. Es interesante señalar que Michael no sabía leer música. Componía las canciones en su cabeza, las grababa cantándolas, y luego contrataba a músicos que las transcribieran. Era, sin embargo, una persona increíblemente musical. Los sonidos que imaginaba, y el modo en que los oía formando una canción, a menudo dejaban atónitos a los más cualificados de los músicos.

Planeaba incluir en el disco una canción con matices de *rhythm and blues*, pensada como dúo: «I Just Can't Stop Loving You». Michael quería que Barbara Streisand grabara la canción con él, pero ella rechazó el ofrecimiento. «No puedo creer que me haya rechazado —dijo—. ¿No sabe que éste va a ser el álbum más grande de la historia?». Michael sugirió que «mi gente» volviera a ponerse en contacto con «su gente» y «le diga que está a punto de cometer un gran error». Barbara explicó que no estaba interesada porque le preocupaba que la diferencia de edad entre ellos haría que la letra pareciera imposible de creer, y además no le gustaba la canción. Frank Dileo ni se turbó. «Yo sabía que la canción era un *hit*, con o sin Barbara Streisand», dijo.

«Olvídala —razonó Michael—. Consigamos a Whitney Houston». Sin embargo,

a Whitney tampoco le interesó. «Créeme, no perdí el sueño por eso», dijo Frank acerca de la decisión de Houston. Alguien sugirió a Diana Ross. «De ninguna manera. Mala idea», respondió Michael inmediatamente.

Michael no explicó que Diana estaba enfadada con él por un reciente malentendido. Había hecho planes para cenar con ella en un restaurante de Hollywood llamado Le Dome. Sin embargo, lo llamó por teléfono Elizabeth Taylor y lo invitó a comer esa misma noche. Queriendo quedarse con lo mejor de ambos mundos, Michael le preguntó si querría unírseles a él y Diana. Elizabeth, que tiene que ser el centro de toda la atención, aceptó su invitación, con tal de que Diana se encontrara con ellos en el restaurante. En otras palabras, Elizabeth no quería unirse a la fiesta de Diana. Quería su propia fiesta. Michael no entendió el juego de egos que había detrás de esa decisión; sólo pensó que estaba siendo amable. De todas maneras, lo único que tenía en mente era lo «mágico» que sería tener a Diana Ross y a Elizabeth Taylor sentadas a su mesa.

Una vez que él y Elizabeth llegaron a Le Dome, Michael telefoneó a Diana para pedirle que se encontrara con ellos allí. A Diana no le gustó. Se suponía que *ella* era la cita de él esa noche. «Ésta no es manera de hacer las cosas, Michael», lo regañó. Le dijo que los dos cenarían alguna otra vez, y *no* con Elizabeth Taylor. Estaba molesta, y Michael lo sabía; no le iba a devolver las llamadas. No era el momento adecuado para pedirle a Diana que grabara un dúo con él. En cambio, Quincy reclutó a la cantante Siedah Garrett para hacer la canción con Michael, y eso acabaría siendo el primer sencillo que se editaría de *Bad*.

Unos años después, en 1990, Michael le hizo a Elizabeth Taylor lo mismo que le había hecho a Diana Ross. Había acordado una cena con Elizabeth en el restaurante del Hotel Bel Air, en Bel Air, California. Sin embargo, la tuvo esperando más de una hora. Ella comió caviar Sevruga, tomó champán Cristal, esperó y se puso cada vez más furiosa. Cuando al final apareció, Michael le explicó que había estado en el aparcamiento en su Rolls, hablando por su móvil con Jackie Kennedy Onassis. Según el *maître*, que había acompañado a Michael hasta la mesa de Elizabeth y todavía estaba de pie a su lado, Elizabeth dijo:

—Yo no voy a representar un papel secundario detrás de ninguna otra mujer, ni siquiera de *esa* mujer. ¿Cómo te atreves a hacerme esto, Michael?

Michael protestó.

—Pero, Elizabeth, tengo un regalo —ofreció en defensa propia. Del bolsillo de su chaleco sacó un par de pendientes que parecían ser dos óvalos de turquesa adornados con diamantes. Ni siquiera estaban en una cajita. Sin decir palabra, Elizabeth manoteó los pendientes. Luego se puso su abrigo de piel y sus gafas de sol (¡de noche!) y salió indignada del restaurante, dejando a Michael allí con el *maître*. Él no pudo evitar estallar en carcajadas; había sido uno de los mejores éxitos que había visto jamás—. ¡Oh, Dios mío! No puedo creer que ella haya hecho eso —exclamó Michael, el rostro iluminado de placer—. ¿Ha visto eso? Guau.

Por alguna razón, Michael tenía su corazón puesto en la grabación de dúos para el álbum *Bad*, pero los planes nunca parecían salirle bien. Mientras escribía la pista que da título al álbum, decidió que quería que Prince participara en la grabación.

Un par de años antes, la Warner había patrocinado una proyección vespertina de la película de Prince *Purple Rain* para el personal de la compañía y críticos de cine. En Hollywood se decía que el film, un drama con música, era tan fascinante que convertiría a Prince en una estrella de cine de primera línea. Michael estaba profundamente desilusionado por no haber podido causar gran impresión con las películas. Siendo tan competitivo, tenía que ver *Purple Rain* antes de que se exhibiera al público; hizo arreglos para asistir a la proyección de la Warner Bros.

Cuando las luces de la sala se fueron atenuando, Michael se deslizó dentro del pequeño cine en el estudio de la Warner Bros en Burbank, con una chaqueta de lentejuelas y gafas de sol. Como si fuera a subir al escenario para recibir un premio. Se sentó en la última fila y vio la película, sin quitarse ni por un momento las gafas. Unos diez minutos antes de que terminara, se levantó y salió. Más tarde, un miembro de su séquito le preguntó qué le había parecido. «La música está bien, supongo —dijo Michael—. Pero no me gusta Prince. Parece un malvado, y no me gusta el modo en que trata a las mujeres. Hace que me acuerde de mis parientes. Y no sólo eso —concluyó Michael—, ese tipo no puede actuar. No es bueno». Luego, Michael dejó escapar un suspiro de alivio.

Aunque no parecía apreciar el talento de Prince, Michael se dio cuenta de que grabar un dúo con él podía generar interés no sólo en la grabación del tema, «Bad», sino en el álbum entero. Su concepto sobre la pareja que formaban Prince y él era, de hecho, ingenuo.

El plan era que un mes antes del lanzamiento del sencillo «Bad», Frank Dileo deslizaría historias en la prensa sensacionalista sugiriendo que Michael y Prince eran amargos rivales. Los representantes de Michael criticarían a Prince, y luego los amigos de Prince, algunos de los cuales participarían del engaño, hablarían mal de Michael. Para confundir al público, Frank le diría entonces a un periodista de *Rolling Stone* que la rivalidad no existía y que su cliente estaba disgustado con los rumores dado que él y Prince eran grandes amigos, «y de todas maneras, ¿quién cree a la prensa sensacionalista?».

En un mes, los rumores sobre él y Prince estarían corriendo —¿son amigos o no?—, con el consenso general, eso se esperaba, de que no lo eran. En el clímax de semejante controversia serían lanzados el sencillo y el vídeo de «Bad». En el vídeo, tal como lo proyectaba Michael, él y Prince aparecerían en guardia el uno contra el otro, turnándose para cantar y bailar, a fin de determinar, de una vez y para siempre, quién era *malo («bad»).*

Considerando que los dos eran genios creativos y que debían conocerse, Quincy acordó con Michael que ambos se encontraran, fueran a cantar juntos alguna vez o no. Según el escritor Quincy Troupe, «fue una extraña reunión cumbre. Eran tan

competitivos que ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder nada. Se sentaron ahí, controlándose el uno al otro, pero casi sin hablar. Fue un fascinante empate ajedrecístico entre dos tipos muy poderosos».

Sin embargo, cuando Michael telefoneó a Prince y le contó su idea, su colega no se entusiasmó. Dijo que quería oír una grabación de la canción. Michael le mandó una. Después de escucharla, Prince concluyó que no le gustaba la melodía y que no quería saber nada de la farsa. Ése fue el final de la historia. Cuando llegó la respuesta de los representantes de Prince, Michael se sintió decepcionado, pero no verdaderamente molesto.

—¿Qué piensas de que este tipo te rechace? —le preguntó Frank Dileo.

—Artistas —fue todo lo que diría Michael, sacudiendo la cabeza con disgusto.

La cámara hiperbárica

En septiembre de 1986, tuvo lugar el estreno de *Captain EO* de Michael Jackson, tanto en el Epcot Center de Orlando, Florida, como en Disneyland en Anaheim, California. Probablemente fue el corto (diecisiete minutos) más caro y promocionado de la historia del cine, y llevó un año terminarlo. *Captain EO* fue dirigido por Francis Ford Coppola. El productor ejecutivo fue George Lucas. Las estimaciones del presupuesto de la película en 3D ascienden a los 20 millones de dólares. Ambos parques tuvieron que construir cines especiales, con plantas que se inclinaban para coincidir con la acción futurista de la película. También era un espectáculo de luz y sonido, con humo que salía de la pantalla. Michael interpretaba a un comandante espacial con una tripulación de robots y de criaturas peludas que batallaban contra una horrorosa reina (Anjelica Houston). Por medio de la canción y el baile, los habitantes de un planeta son transformados en criaturas amantes de la paz. Michael cantaba dos canciones, «We Are Here to Change the World» y «Another Part of Me».

Michael pensó que necesitaba alguna clase de truco deslumbrante para promocionar la película. La publicidad concebida para crear un rumor acerca de Michael y su *Captain EO* es un excelente ejemplo de cómo podía manipular a la prensa para que se plegara a sus caprichos.

Antes, en 1984, cuando Michael se había quemado en la filmación del anuncio de Pepsi, había visto una cámara de oxígeno en el Hospital Brotman Memorial, denominada «cámara hiperbárica», que se utilizaba para ayudar a la curación de las víctimas de quemaduras. La máquina tiene aproximadamente la forma y el tamaño de un ataúd, con una tapa de plástico transparente. Encierra al paciente en una atmósfera cien por cien de oxígeno a una presión barométrica incrementada varias veces por encima de la presión a nivel del mar, inundando así de oxígeno los tejidos corporales. Cuando es administrada por personal médico adecuado, la terapia hiperbárica es segura. Sin embargo, en manos de un usuario sin formación, los riesgos incluyen

intoxicación con oxígeno y el peligro de fuego alimentado por oxígeno. Cuando Steven Hoefflin le dijo que tenía la teoría de que dormir en esa máquina podía prolongar la vida, Michael quedó fascinado con ella e, inmediatamente, quiso una para él. Costaba unos doscientos mil dólares.

Aunque Michael la podía pagar perfectamente, Frank Dileo le habló abiertamente de dilapidar su dinero en semejante artefacto. «Bueno, por lo menos me gustaría sacarme una foto dentro de ella», decidió Michael. Cuando Frank hizo arreglos para que Michael fuera fotografiado en la cámara, en el hospital, se empezó a correr la voz de que estaba interesado en la cámara y, finalmente, la historia se abrió paso en el tabloide *National Enquirer*. «Recibí una llamada de una fuente en Los Ángeles que decía que se vio a Michael en un hospital, fotografiándose en esa cámara —dijo el periodista Charles Montgomery, que en esa época trabajaba en el *Enquirer*—, Sonaba como una historia sensacional. Quería ser él quien diera la primicia».

Charles se encontró con Frank Dileo y le pidió detalles. «No quería hablar del asunto, me mandó al diablo —dijo Charles—. Obtuve algo de información por teléfono de Steven Hoefflin, pero no mucha. Sin cooperación, había que poner la historia en espera».

Sin embargo, no por mucho tiempo…

Cuando Michael oyó que el *Enquirer* andaba preguntando sobre él, se le ocurió una idea. Antes, ese mismo año, les había regalado a Frank Dileo y a John Branca un ejemplar de un libro sobre P. T. Barnum, sus teorías y filosofías. «Ésta va a ser mi Biblia y quiero que sea la vuestra —les dijo—. Quiero que toda mi carrera sea el mayor espectáculo sobre la tierra».

La idea de Michael era promover la historia de que estaba durmiendo en la cámara hiperbárica con el fin de prolongar su vida hasta los ciento cincuenta años. Añadiría que planeaba llevarse la máquina con él en la próxima gira. No estaba seguro de que el público fuera a creer una historia tan fantástica —en esa época, a Michael no se lo asociaba tanto con esas historias descabelladas— pero estaba ansioso por ver hasta qué punto era capaz de iniciar un rumor. John Branca pensaba que la idea era extraña, pero parecía lo suficientemente inofensiva, como cualquier truco publicitario.

A Frank Dileo le tocó la tarea de encontrar un modo de difundir la historia inventada. Llamó a Charles Montgomery y le dio la información que éste había buscado antes y, para hacer que la historia fuera todavía más irresistible, prometió una fotografía de Michael dentro de la cámara, con tal de que Charles pudiera garantizar la primera plana del semanario. También le hizo prometer a Charles que no revelaría la fuente de la cual había conseguido la información.

«Honestamente, yo no sabía si la historia era verdadera —dijo Charles Montgomery—. Pero Michael Jackson decía que lo era, su representante lo repetía y su médico lo confirmaba. ¿Cuántas fuentes más se necesitan? Además había una foto. Resultó ser un gran espectáculo, el tipo yaciendo ahí dentro de la cámara. Sabíamos,

sin embargo, qué era lo que perseguían al dárnosla. Querían que nosotros usáramos palabras como “chiflado” y “estrambótico”. Sabíamos que estaba por salir eso del *Captain EO*, y nos imaginamos que probablemente él estaba tratando de promover cierta imagen de ciencia ficción. Aun así, era una buena historia».

Con lo del *Enquirer* en marcha, Frank quería desarrollar una estrategia para distribuir la historia en la prensa seria, pero sin que nadie supiera que él estaba metido en el asunto. Deslizarle algo al *Enquirer* no ponía en riesgo la credibilidad de Frank, dado que él podía fácilmente negar haber tenido nada que ver con ello. Por supuesto, nadie creería en la palabra de un periodista del *National Enquirer* contra la de Frank Dileo. Sin embargo, medios con más credibilidad podían ser un hueso más duro de roer. Dado que la prensa sabía que el veterano publicista Norman Winter trabajaba para Michael Jackson, Norman no podía ser quien promoviera la estrambótica historia entre la prensa. Frank debería contratar a un publicista para hacer el trabajo.

Por casualidad, la oficina de Frank en Sunset Strip estaba pegada a la del publicista líder del mundo del espectáculo Michael Levine. Frank invitó a Michael a su casa en Encino y le contó su idea, pero embellecida con algunos adornos. Frank llevó la idea de Michael un paso más adelante. Quería que la prensa se creyera no sólo que Michael estaba durmiendo en la cámara, sino también que él y Michael estaban enfrentados por un fuerte desacuerdo por su seguridad, y que Frank no quería que Michael llevara la máquina con él durante la próxima gira. A Michael Levine se le dijo que, si quería presentar la historia a los medios, tendría que hacerlo sin tener ningún contacto con Michael Jackson y sin informar a la prensa que él (Levine) estaba involucrado en modo alguno. En otras palabras, la tarea de Michael Levine era hacer pública una de las historias más ridiculas que se hubieran inventado jamás sin que nadie supiera que lo estaba haciendo.

Al día siguiente se envió un sobre a la oficina de Michael Levine. El mensajero tenía estrictas instrucciones de que solamente Levine podía tener conocimiento de su contenido. Levine abrió el sobre y encontró una única diapositiva en color de Michael Jackson yaciendo en la cámara hiperbárica con su ropa de calle, pero sin zapatos. No había ninguna carta adjunta ni dirección de remitente.

Era el momento de que Michael Levine se pusiera manos a la obra. Trajo a un conocido fotógrafo de Hollywood para que le sacara fotos a la cámara hiperbárica vacía, para cualquier publicación que pudiera necesitar fotos adicionales.

Un periodista recordaría: «Levine me telefoneó y me dijo: “Mira, yo no represento a Michael Jackson, pero estuve en la casa de Frank Dileo y oí al pasar que hay una disputa frenética entre ellos”. Luego me contó esta historia referida a Michael durmiendo en una cámara de oxígeno y el hecho de que él y Dileo tenían una disputa por ello. En unos tres días, yo estaba oyendo esta condenada historia por toda la ciudad».

Aproximadamente una semana después, las piezas del rompecabezas empezaron a

encajar. La foto de Michael yaciendo en la cámara fue primera plana del *National Enquirer* el 16 de septiembre de 1986, tal como había sido planeado. La mayoría de la gente no había oído hablar nunca de una cámara hiperbárica, así que era difícil saber si la imagen era un fotomontaje. En realidad, los pacientes y el personal médico que utilizan estas cámaras tienen que usar ropas ignífugas debido a la alta concentración de oxígeno, y no ropa de calle como la que Michael llevaba en la foto. ¿Y por qué se había quitado los zapatos?

Con la ayuda de Michael Levine, el rumor de la hazaña de Michael Jackson se extendió rápidamente por todo el mundo, un golpe de relaciones públicas perfectamente orquestado. Si su objetivo era aparecer como un «chiflado»…, ciertamente lo logró. La Associated Press y la United Press International se hicieron eco de la historia. Apareció en *Time*, *Newsweek* y prácticamente en todos los periódicos más importantes del país. Las cadenas de radio y de televisión cubrieron el hecho. De pronto, las palabras «cámara hiperbárica» estaban en labios de muchas personas que chismorreaban sobre lo loco del plan de Michael para vivir hasta los ciento cincuenta años y sobre cómo se estaban peleando por eso él y su representante.

Cuando fue contactado por la Associated Press, Frank Dileo confirmó la información. «Le dije a Michael: "Esa condenada máquina es peligrosa. ¿Qué pasa si algo funciona mal con el oxígeno?". Pero Michael no quiso escucharme. Él y yo estamos en desacuerdo acerca de esto. Él cree de verdad que esta cámara purifica su cuerpo y que le ayudará a lograr su objetivo de vivir hasta los ciento cincuenta años».

Y a *Rolling Stone*: «Michael sabe que si yo le digo algo, es la verdad. No tengo que estar de acuerdo con todas las cosas si no quiero. Estoy completamente en contra de la cámara hiperbárica. No quiero ni verla por ahí. He hablado de ello públicamente. Algunos representantes no podrían tener esa conversación con su artista. Tienen demasiado miedo. Él respeta mi opinión. Aunque no siempre la tiene en cuenta».

Añadió a *Time*. «A veces no logro entenderlo».

Hasta el cirujano plástico de Michael, Steven Hoefflin, entró en escena y dijo que había intentado hablar claro con Michael sobre «esta idea chiflada». Sin embargo, Michael ignoraba los miedos de todos y le había hecho un lugar a la cámara en su dormitorio.

Cuando Joseph Jackson oyó la historia en los telediarios, se fue corriendo a la habitación de Michael para ver si tenía una cámara hiperbárica allí. «Pero no encontré nada —recordaba—. Así que me imaginé que, bueno, o la historia era falsa… o todavía no habían enviado la cámara a nuestra casa».

«No creo que le hubiera permitido a Michael tener esa cosa en casa», añadió Katherine.

Obviamente, la familia de Michael no estaba al tanto de la broma. «Joseph siempre respaldaba a Michael en lo tocante a esta clase de rumores —dijo su amigo de veinticinco años, Jack Richardson—. Él diría: "Michael no está durmiendo en

ninguna cámara. No crean lo que oyen acerca de mi hijo”».

«Nunca le pregunté por esa cosa de la cámara —dijo Janet—. No sé de qué se trata. No está en casa, de lo contrario yo lo sabría. Pero conociendo a Michael, si él ha hecho algo como eso, probablemente tenga que ver con su voz».

«Me di cuenta de que a Michael Jackson le gustaba verse retratado de una manera absurda, estrambótica —dijo Charles Montgomery—. En los años venideros, yo escribiría un enorme número de historias sobre Michael para el *Enquirer*. Antes de soltar cualquier cosa, siempre comprobaba su exactitud con gente cercana a Michael. Casi siempre recibí plena cooperación de su parte. Michael es uno de los artistas más inteligentes del negocio. Sabe cómo hacer que su nombre aparezca por ahí. Sabe sobre relaciones públicas. Sabe cómo controlar su carrera. Creo que es brillante».

Michael se quedó atónito por el modo en que la ficción se convertía en titulares. En el pasado se habían escrito muchas historias falsas referidas a él, y lo habían enfurecido. Ahora, él estaba tomándose la revancha contra los medios. «No puedo creer que la gente se lo trague —dijo sobre la idea de la cámara hiperbárica—. Podría decirle cualquier cosa referida a mí a la prensa y ella se lo creería —añadió, como si reconociera todo el potencial de su capacidad de comunicación—. De hecho, podemos *controlar* a la prensa —concluyó—. Creo que éste es un avance importante para nosotros.

Una vez, a Frank Dileo le preguntaron sobre su perspicacia para hacer cualquier cosa con la finalidad de que Michael pareciera lo más inverosímil posible o, tal como él lo expresó, «para mantenerlo tan popular y solicitado como nadie pueda estarlo».

—¿Eso podría dañar la psique ya frágil del cantante? —preguntaron los periodistas Michael Goldberg y David Handleman de *Rolling Stone*.

—De todos modos es demasiado tarde —respondió Dileo—. No va a tener una vida normal aunque yo deje de hacerlo.

Los huesos del Hombre Elefante

Otro truco publicitario surgió de la imaginación de Michael Jackson en mayo de 1987. Fue tan fantástico y —como se comprobaría— tan dañino para su imagen como la farsa de la cámara hiperbárica.

Durante años, Michael había estado fascinado con la película de 1980 acerca de John Merrick, *El hombre elefante*, protagonizada por John Hurt. Cuando la proyectó en su cine privado, sollozó a lo largo de toda la película. John Merrick, el *freak* Victoriano espantosamente deforme que fue una atracción de feria, fue un marginado en una aparente búsqueda incesante de amor y aceptación, al igual que el propio Michael, según él mismo lo creía. Al investigar sobre la vida de Merrick, Michael se enteró de que sus restos estaban conservados en una vitrina de cristal en el Medical College del Hospital de Londres. Quiso ver el esqueleto que tenía noventa y siete

años, por supuesto, y durante un viaje a Inglaterra obtuvo un permiso especial para inspeccionar los restos expuestos. (Debido a que atraía a hordas de turistas tras la difusión de la película, había sido retirado de la exhibición al público). Michael se quedó pasmado ante los restos expuestos y, mientras observaba el esqueleto, le dijo a Frank Dileo:

—La verdad es que me gustaría tener esos huesos en casa. ¿No estaría bien ser su propietario?

—Sí, bueno, olvídalo —dijo Frank.

—Pero… mmm. —Michael parecía haber alumbrado una idea.

—Ay, ay —dijo Frank.

Recordando el engaño de la cámara hiperbárica, Michael dijo que debía hacerle una oferta al hospital para comprar los restos expuestos de John Merrick, sólo para ver qué clase de reacción generaría en la prensa.

—Hombre, es una locura —le dijo Frank.

—Lo sé —dijo Michael, excitado—. Por eso tenemos que hacerlo.

A decir verdad, Frank estuvo totalmente a favor; le gustaba dar un buen espectáculo tanto como a cualquiera, y ciertamente tanto como a Michael. Por lo tanto, afirmando que el absorbente interés de Michael en los restos de John Merrick se basaba en su conciencia acerca de «la significación ética, médica e histórica del Hombre Elefante», Frank les dijo a miembros de la prensa que había ofrecido medio millón de dólares al hospital por los huesos. La oferta no fue publicitada de la manera compleja e intrigante mediante la que se había convertido en noticia el engaño de la cámara hiperbárica. En cambio, el mismo Frank llamó a un par de escritores y les dio la primicia; parecía que las reglas de semejantes locuras se habían vuelto de alguna manera más flexibles.

—¿Qué va a hacer con el esqueleto, Frank? —quiso saber un periodista.

—No lo sé —dijo Dileo—, probablemente lo pondrá en la habitación cuando yo intente tener una reunión con él.

Tal como se esperaba, los medios se interesaron en la historia. La estrella del pop que duerme en una cámara hiperbárica quería comprar los huesos del Hombre Elefante. ¿Era posible que eso *no* causara revuelo? Las agencias de noticias —la Associated Press y la United Press International— recogieron la historia. Para junio, una buena parte del público interesado en ese tipo de cosas estaba hablando de la última excentricidad de Michael. Los medios británicos empezaron a referirse a él con el nombre de Wacko-Jacko («Jacko el chiflado»), Michael y Frank no habían reparado, sin embargo, en que los medios podían cotejar la información con el Medical College del Hospital de Londres para verificar si habían recibido una oferta suya. De hecho, cuando fueron contactados por la prensa, los funcionarios del College dijeron que no habían recibido tal oferta, que sólo se habían enterado del interés de Michael en los restos de Merrick leyendo al respecto en uno de los tabloides británicos. Aunque hubieran recibido una oferta, dijo el portavoz, «no

venderíamos al Hombre Elefante. Es tan sencillo como eso».

—Ay, hombre, por qué no pensamos en cubrirnos la retaguardia —le dijo Michael a Frank—. Ahora vamos a tener que hacer una oferta de verdad. Todo hombre tiene un precio.

—¿Ahora hablas en serio? —preguntó Dileo—. ¿Realmente los quieres, ahora?

—Sí, los quiero —dijo Michael—. Consigámoslos.

Michael de verdad quería el esqueleto, pero no por ninguna devoción hacia John Merrick, sino más bien porque se le había dicho que no podía tenerlo.

Frank telefoneó al hospital e hizo una oferta de un *millón* de dólares por los huesos del Hombre Elefante. Los funcionarios del hospital dijeron que se sentían insultados. Un portavoz le dijo a la prensa: «Ciertamente, nos ofreció comprarlo, pero será para obtener publicidad y considero que es muy improbable que el Medical College tenga la voluntad de venderlo por razones de publicidad barata».

Desde Estados Unidos, Katherine Jackson creyó que la historia era falsa. Sin embargo, pensó que había sido idea de Frank; nunca imaginó que fuera de Michael. Llamó a Frank y le dijo que estaba disgustada: «Estás haciendo que Michael parezca un idiota». Frank le dijo que todo lo que estaba haciendo era tratar de hacer que Michael apareciera como una figura más interesante. A Katherine no le gustó esta explicación, y dejó claro cómo se sentía. Aun así, cuando Frank le preguntó a Michael qué pensaba de las preocupaciones de su madre, él dijo: «Kate no entiende el mundo del espectáculo. Así que no te preocupes por eso».

En esa misma época, los miembros del consejo de los testigos de Jehová, en Woodland Hills, California, volvieron a presionar a Michael. Tenían una fuerte sensación de que la reciente publicidad le estaba haciendo un gran daño, y que eso repercutía a los testigos. Al ser Michael tan representativo de esa fe, perjudicaba su imagen. Michael empezaba a estar desencantado con el consejo de la Iglesia, sobre todo porque no quería que le dijeran lo que tenía que hacer. Es más, no podía reconciliar su estilo de vida y su carrera con los estrictos principios de la religión. En realidad, es casi imposible ser un testigo de Jehová y ser un artista. Por lo tanto, en la primavera de 1987, Michael abandonó la congregación. Una carta de la oficina central de los testigos de Jehová en Brooklyn, Nueva York, enviada como comunicado de prensa, declaró que la organización «ya no considera que Michael Jackson pertenezca a los testigos de Jehová». Gary Botting, coautor de *El mundo orwelliano de los testigos de Jehová* y él mismo un testigo, dijo que «abandonar la religión era peor que ser separado de la congregación o ser expulsado». Observó: «Si voluntariamente rechazas a la única organización de Dios sobre la tierra, eso es un pecado imperdonable… el pecado contra el Espíritu Santo».

La decisión de Michael de abandonar la Iglesia desconcertó a su madre, Katherine, y le causó una gran desesperación. Katherine ya no estaba segura de saber

quién era su propio hijo. Sin embargo, no hubo ninguna discusión de temas espirituales con él. Dado que está estrictamente prohibido para un testigo discutir cuestiones de fe con exmiembros, incluso si son familiares, Katherine afirma que nunca le preguntó a Michael qué sucedió, y afirma que nunca intentó hacer ese tipo de preguntas. «No se me pidió que "rehúya" a mi hijo —sostiene, refiriéndose a rumores de esa naturaleza—. Pero ya no podíamos hablar más de cuestiones de fe, lo que era una pena».

Katherine aseguraba que su relación con Michael seguía siendo cálida. «Michael todavía me pide consejo —dijo—. Y me ayuda a elegir la ropa. Me dice que me pinte los labios cuando vienen visitas. Me ha alentado a perder peso. Dijo: "Elizabeth (Taylor) perdió todo ese peso. Si ella lo ha hecho, tú puedes hacerlo. Y si no te gusta hacerlo, siempre puedes hacerte una cirugía plástica". Pero yo no haría eso», se apresuró a añadir.

Michael pronto perdió interés en los huesos del Hombre Elefante. Tal como se esperaba, el asunto generó un montón de prensa para Michael, si bien ninguna favorable. La revista *Playboy* informó en tono de burla: «Corre el rumor de que los descendientes del Hombre Elefante han ofrecido 10.000 dólares por los restos de la nariz de Michael Jackson». Con el tiempo, el tema fue desvaneciéndose. Se terminó, pero no se olvidó. Nunca.

La farsa del interés de Michael en los huesos de John Merrick creó un efecto dominó en los periódicos, del cual su imagen nunca se recuperaría verdaderamente. Tras la historia de los huesos del Hombre Elefante, periodistas sin escrúpulos empezaron a crear sus propias ficciones sobre Michael, y lo hicieron por venganza. Después de todo, si Michael quería la clase de publicidad con la que había flirteado diligentemente, ¿por qué no darle el gusto? Las historias de Michael el Loco vendían millones de revistas.

Poco tiempo después, de acuerdo con la prensa sensacionalista, Michael le había pedido a Elizabeth Taylor que se casara con él y había dicho: «Yo podía ser más especial que Mike Todd. Podía ser más atento y generoso que Richard Burton, pero ella me rechazó». Aparentemente, además, había tratado de convencer a Elizabeth de que durmiera en su cámara hiperbárica; estaba convencido de que en 1998 llegaría el fin del mundo; se negaba a bañarse en nada que no fuera agua Evian, y había visto al fantasma de John Lennon (que lo convenció de que utilizara la canción de los Beatles «Revolution» en un anuncio de Nike). Y las anécdotas sobre el chimpancé Bubbles parecían no tener fin. Ninguna de las historias era verdadera, sin embargo, y Michael siguió quejándose amargamente de ellas, sin admitir nunca (y tal vez siquiera entender) que él había dado el primer paso. Dado que Michael se negó a conceder entrevistas, en un esfuerzo por mantener su hermetismo, las historias sencillamente se esparcieron sin ser refutadas o explicadas.

El ejecutivo de la CBS Records Bobby Colomby recordaba: «Michael se pasaba el tiempo preguntando por qué se estaban diciendo tantas cosas malas sobre él. No lo entendía. Decía que se sentía realmente herido al leer todo eso. Yo traté de explicarle que el problema era suyo. Él nunca había visto a Bruce Springsteen en la primera plana del *National Enquirer* en una cámara hiperbárica. Aun si saliera esa foto, nadie lo creería. Dije: "Pero tú, Michael, pasas tanto tiempo trabajando en tu aura de misterio, en defender tu vida recluida y poco común, que la gente se tragará cualquier cosa que lleve tu nombre". Dijo que lo entendía… más o menos».

Las historias continuaban. Algunas ciertas, otras falsas, todas locas.

Desde la época de la cámara hiperbárica y los huesos del Hombre Elefante, Michael no había dejado nunca de quejarse de la prensa, e incluso escribió canciones acerca de su victimización a manos de los medios; por ejemplo «Leave Me Alone» [«Déjenme en paz»]. En 1993, Oprah Winfrey le preguntó por la cámara hiperbárica durante la entrevista televisada que mantuvo con él. «No puedo encontrar ninguna cámara de oxígeno en ningún lugar de esta casa», dijo con burlona exasperación. «La historia es tan loca —señaló Michael, fastidiado—. Quiero decir, es una de esas cosas de la prensa sensacionalista. Es algo completamente inventado». Explicó que había visto la cámara en el Centro de Quemados de Brotman y había decidido «sólo meterme dentro para divertirme, y entonces alguien tomó la foto. Cuando la revelaron, la persona que la vio dijo: "¡Ah, Michael Jackson!". Hizo una copia y esas fotos, por supuesto, dieron la vuelta al mundo con esa mentira adherida a ellas. Es una completa mentira. ¿Por qué compra esos periódicos la gente?».

En mayo de 2003, cuando estaba a punto de dar a conocer el insulso documental *Michael Jackson's Prívate Home Movies*, destinado a combatir el vídeo sensacionalista de Martin Bashir, le dijo a *People*. «Quiero que la gente vea mi yo real. No tengo relaciones sexuales con niños. No duermo en cámaras hiperbáricas, y no tengo huesos de elefante en mi cuerpo. De mí se han dicho muchas cosas, y no tengo ni idea de dónde salieron».

Al final, la dura verdad probablemente hiera más que cualquier ficción chiflada: Michael Jackson fue responsable de su propia imagen. Les ha dado a los medios una enorme cantidad de trabajo a lo largo de los años, y, a su vez, los medios lo han ayudado a lograr la que una vez afirmó que era su meta final, la de hacer de su vida «el mayor espectáculo del mundo».

Jackie, Jermaine y Janet

En agosto de 1987, tras muchos años de ásperos litigios, el matrimonio de Jackie Jackson había llegado oficialmente a su fin, sobre todo debido a su infidelidad con Enid. Dos meses más tarde, lo mismo sucedió con el matrimonio de Jermaine tras casi catorce años. Una vez más, sus relaciones con otras mujeres fueron la clave del

derrumbe. Incluso él tuvo un hijo con otra mujer, un bebé a quien Hazel había contemplado adoptar en lugar de terminar por ello con su matrimonio. Después quedó embarazada. Para algunos miembros de la familia, la situación se parecía inquietantemente a la de Joseph, Katherine y Joh'Vonnie.

¿A quién podía culparse por semejante ruina emocional? ¿La influencia de Joseph había sido tan dañina para sus hijos que simplemente no sabían cómo comportarse en una relación? ¿La aceptación de Katherine de la conducta mujeriega de Joseph había deformado su modo de ver la fidelidad? ¿Estaban tan acostumbrados a sentirse con derecho a hacer casi cualquier cosa gracias a la fama que no conocían los límites? Hoy día, los hermanos miran hacia atrás, hacia los años ochenta, y lamentan muchas de sus decisiones personales. «Crecer no es fácil —ha dicho Jermaine—. Cometimos errores. Todos cometemos errores».

Durante el tiempo en que Hazel y Jermaine litigaban por su divorcio, ella siguió viviendo con sus hijos en el hogar de la pareja en Benedict Canyon, en Beverly Hills. Mientras tanto, Jermaine, su novia, Margaret, y su nuevo bebé se mudaron con… ¡Joseph y Katherine!

Katherine se opuso a tener a su hijo, a su nueva conquista romántica y a su bebé viviendo en Hayvenhurst, dado que él todavía no estaba divorciado de su esposa. A ella, la decisión de alojarse allí no le parecía, tal como lo expresaba, «moral». Sin embargo, cuando Joseph insistió en que Jermaine y su nueva familia se mudaran a la propiedad (cuyo dueño era Michael), la discusión se dio por zanjada.

Por su parte, Michael no aprobaba nada de lo ocurrido en los matrimonios de Jackie y de Jermaine. Hasta Tito estaba teniendo problemas con Dee Dee. Sin embargo, pareció sentir que los hermanos lo estaban haciendo lo que mejor podían, considerando el modo en que fueron criados.

—Tuvimos que aprender un montón de cosas por nuestra cuenta acerca de cómo tratar a la gente —le dijo a LaToya—. Es duro, ¿verdad? Quiero decir, nadie nos enseñó nada.

—Excepto mamá —añadió LaToya.

—Excepto mamá —coincidió Michael. Luego, tras un instante, agregó—: Aun así, mira lo difícil que fue para ella. ¿Qué se supone que podemos aprender de eso?

En junio de 1987, Michael Jackson todavía no quería que el álbum *Bad* fuera lanzado. No creía que estuviera listo para el consumo comercial y se sentía nervioso ante la reacción con que lo recibiría el público. Además, estaba comprensiblemente preocupado por las comparaciones con *Thriller*. «Tiene miedo de terminar el disco —decía Frank Dileo—. Cuanto más se acerca a terminarlo, más terror le da enfrentarse al público».

Mientras Michael se mordía las uñas por *Bad*, su hermana Janet lograba finalmente su primer gran éxito discográfico con el álbum de la A&M *Control*. En

esa época, Janet estaba en el punto más caliente de la lucha de poder con su padre sobre justamente eso, el control: de su carrera musical y de su vida.

Hacía poco, Janet se había puesto bajo la tutela del ejecutivo de la A&M Records John McCIain, que tenía treinta y un años. De hecho había sido idea de Joseph que John —un brillante autor de canciones y guitarrista convertido en representante— cobijara a Janet bajo su ala. John había sido un amigo de la familia desde hacía años; Tito le había enseñado a dar sus primeros pasos con la guitarra.

Janet había publicado dos álbumes en la A&M que no tuvieron éxito comercial. Joseph insistía en que si se quedaba con él y trabajaba duro, sería «tan grande como Michael». Sin embargo, Janet tenía sus dudas. «No es ninguna tonta —dijo Joyce McCrae—. Sabía que había una razón por la cual Michael y sus hermanos habían dejado a Joseph, y ella no confiaba en su padre como representante. Empezó a escuchar a la gente de fuera».

Joseph esperaba que John McCIain pudiera trabajar con Janet para pulir su imagen y engrandecer su carrera. Con esta finalidad, John alentó a Janet a hacer dieta y ejercicio, y la envió al Canyon Ranch en Arizona durante diez días para que se pusiera en buena forma física. Lo que es más importante, la juntó al equipo de composición y producción formado por Jimmy Jam y Terry Lewis en lo que terminaría por convertirse en el álbum *Control*. La envió a un maestro de vocalización, la unió a la coreógrafa Paula Abdul para sus vídeos, y, en dos palabras, la convirtió en una estrella mayor, casi de la noche a la mañana. Al hacerlo, por supuesto, se ganó como enemigo a Joseph; ahora Janet confiaba en John, no en su padre. Él había perdido a los chicos, y ahora también estaba perdiendo a su hija. Todo lo que le quedaba era LaToya… y, Dios la bendiga, no importa lo que hiciera, ella no iba a ser «tan grande como Michael».

«Éramos el perro con el hueso que todos los otros perros querían agarrar —dijo Joseph en esa época—. Y siempre tienes encima la presión de retener lo que tienes. En cuanto a Janet, yo ya estaba poniéndola en escena en Las Vegas cuando ella era todavía una niñita». Las ruedas ya se habían puesto en movimiento para Janet Jackson «y cualquiera que se suba ahora al carro estará consiguiendo una vuelta gratis. No tengo intenciones de permitir que eso suceda».

Joseph no quería que Janet trabajara con Jam y Lewis; cuando oyó por primera vez el álbum *Control*, no le gustó, especialmente la pista que le daba el título y «What Have You Done for Me Lately?» (la cual iba a convertirse en un tremendo *hit*). No sorprendió a nadie que Joseph no apreciara el concepto. El álbum representaba para Janet una declaración personal de su libertad con respecto a su padre y a su familia; con la pista del título, ella afirmaba que tendría el control sobre todos sus asuntos. Cantaba como si todavía le molestara la actitud de su familia cuando se casó con James DeBarge.

Control fue uno de los diez álbumes mejor vendidos de 1986, de modo que Janet tenía razón en cuestionar el juicio de Joseph. John McCIain dijo que se habría sentido

«asustado» si Joseph hubiera encomiado el disco porque, tal como él lo expresó, «yo no estaba tratando de obtener un público de cincuenta años de edad. Estaba tratando de llegar a esos chicos que había por ahí. Y porque soy mucho más joven que Joseph, yo tengo una idea clara que me dice cómo tengo que hacerlo».

Cuando el álbum de Janet vendió seis millones de copias en todo el mundo, Michael fue ambivalente con su éxito. Una de las razones por las que tenía dificultades para conceptualizar la continuación de *Thriller* era lo nervioso que lo había puesto *Control de* Janet y la abrumadora reacción del público que lo acompañó. «Michael está acostumbrado a ser la estrella de la familia —dijo un allegado—. No estaba acostumbrado a ver a nadie recibiendo tanta atención como la que obtuvo Janet. Llegó al punto de que no quería bailar cerca de ella porque tenía miedo de que le robara los pasos. Así de mal se puso. Janet también es competitiva pero siempre ha tenido miedo de reconocerlo. No quería reconocerse a sí misma que lo que realmente quería en su vida era ser tan grande, tan famosa, como Michael Jackson».

—Dios, me enfermas —le dijo un día Janet Jackson a su hermano Michael—. Quisiera que *Thriller* fuera *mi* álbum. —Se rieron, pero Janet no estaba bromeando.

«Bueno, Michael no quiere que ella sea tan grande —observó en esa época John McCIain—, "pero no es pecado que *ella* sí quiera".

¿Cómo puede llegar a ser de «malo»?

Finalmente, en julio de 1987, *Bad* de Michael Jackson fue lanzado al público. Si todo artista del planeta envidiaba el insuperable éxito de *Thriller*, álbum que batió todos los récords, seguramente ninguno quería estar en los zapatos Bass Weejuns de Jackson cuando trató de repetirlo con un nuevo disco. *Bad* era una propuesta agradable y probablemente habría sido considerado de primera línea si no hubiera tenido el dudoso mérito de tener que seguir no sólo a *Thriller*, sino también al magistral *Off the Wall*. Irónicamente, al tratar de encontrar la solución, Michael y Quincy Jones siguieron la fórmula de *Thriller* demasiado al pie de la letra. Canciones como «The Way You Make Me Feel» y «Another Part of Me» eran maravillas de la pista de baile, pero la seudorromántica «Liberian Girl», la respuesta del álbum a «*Lady* in My Life» de *Thriller*, no funcionó tan bien. Tampoco «Dirty Diana», la refinada canción de *rock* de la producción —que presentaba a Steve Stevens, antiguo guitarrista de Billy Idol—, puede compararse con la más convincente «Beat It».

El problema de *Bad*, argumentaban los críticos, era que, a diferencia de *Off the Wall* y de *Thriller*, ofrecía pocas canciones realmente memorables. Michael escribió la mayor parte de las canciones, tal vez impulsado por su recién descubierto interés en la edición de música y los millones en derechos por composición de canciones que cosechó por los temas que había escrito para sus dos últimos álbumes. Rod Temperton, cuyo talento ayudó a hacer de *Off the Wall* y de *Thriller* dos álbumes tan

extraordinarios, no estuvo presente. El momento más intrigante del álbum es el reflexivo «Man in the Mirror», que no fue escrito por Michael, sino por Siedah Garrett y Glen Ballard. Tener a las estrellas del gospel Andrae Crouch y los Winans cantando en esta pista del disco pareció un débil intento de Michael de granjearse musicalmente el favor del público negro.

Sin embargo, fue el tema que daba título al álbum el que recibió más vituperios de la comunidad musical negra. Michael era negro, razonaban sus críticos. Empezó en Motown. Es un bailarín de funky. Vocalmente, sus raíces se hunden, al menos hasta cierto punto, en el gospel. ¿«Bad» es lo más funky —lo más *negro*— que puede lograr? A lo sumo, apreciaron muchos críticos, «Bad» era un intento poco serio dentro de una música negra seria.

El vídeo de «Bad» fue dirigido por Martin Scorsese, por sugerencia de Quincy Jones. Michael no estaba familiarizado con la obra de Scorsese; había visto solamente una película dirigida por él, *New York, New York*. Él habría preferido que el vídeo fuera dirigido por George Lucas o Steven Spielberg. Sin embargo, en esa época, Frank Dileo estaba intentando endurecer la imagen de Peter Pan que tenía Michael y sentía que otra fantasía estilo Spielberg sería contraproducente. La música de la calle —particularmente los géneros del rap y el hip-hop— habían empezado a dictar el rumbo de la música pop y la moda. Como resultado, Frank pensó que sería beneficioso para Michael regresar a lo «básico». Creía que la imagen de un gato callejero duro serviría bien a los intereses de su cliente.

Desde el principio hubo problemas en el plato, especialmente cuando Michael trató de decirle a Scorsese cómo dirigir el vídeo. Según un amigo del director, la filmación de «Bad» fue «una pesadilla». Scorsese ha dicho que el coste de producción llegó a «duplicar o triplicar el presupuesto», y alcanzó aproximadamente los dos millones de dólares. Sin embargo, no ha hecho comentarios negativos sobre Michael y dice que le pareció «simpático, dulce y abierto».

El guión de «Bad», escrito por el novelista Richard Price, estaba inspirado en la historia de Edmund Perry, un joven de Harlem que fue educado en un colegio privado y asesinado a balazos por un policía de Nueva York vestido de civil y que argumentó que el chico había tratado de asaltarlo. Lo que comenzó siendo una buena idea —un intento de retomar el espíritu rebelde de «Beat It», probablemente el vídeo más importante de Jackson— terminó siendo una parodia mal concebida, si bien es cierto que entretenida.

«A Michael le encanta *West Side Story* —dijo el bailarín Casper, que bailaba en el vídeo de "Bad"—. Nos hizo ver la película una noche. Se sentó en la cama y nosotros, los bailarines (Jeffrey, Daniel, Greg Burge, yo y algunos otros), estábamos todos tumbados ahí alrededor en una habitación de hotel. Nos hizo mirar algunas escenas, y cuando veía algo que le gustaba, soltaba un gañido. "*Ahhh*, ¿habéis visto eso? ¿Habéis sentido eso?", decía. Ésa era la actitud que él que quería en el vídeo: la de *West Side Story*».

La línea argumental del vídeo trata de un escolar solitario, consentido, constantemente acosado por la presión de los padres y por los duros de las calles del vecindario. El joven se transforma en un camorrista descarado, vengativo. Todo para el espectador, sin embargo, resulta inverosímil, debido al aspecto ridículo del atuendo de Michael. Vestido de negro —botas con tacos y hebillas plateados; una chaqueta de cuero con cierres, cierres y más cierres; una muñequera tachonada de metal y un ancho cinturón con remaches de metal y cadenas—. Michael estaba exagerando ligeramente con la vestimenta del gueto.

El debut del vídeo produjo una reacción cínica. Las emisoras de radio y los periódicos hicieron concursos para ver quién podía adivinar la respuesta correcta a cuántas hebillas había en el vestuario. *The Los Angeles Times*, por ejemplo, fue inundado de respuestas de los lectores:

«Hay una hebilla que nadie va a descubrir, y está puesta en la parte de atrás de su cabeza, para tirar de su carne ajustando sus nuevos rasgos, que son cada día más».

«Las hebillas son parte de un tratamiento permanente al que se está sometiendo para modificar su aspecto hasta que se parezca al de Liz Taylor tal como se la veía en *National Velvet*».

«Sesenta y seis hebillas, que sobraron de su aparato de oxígeno…».

Más que las hebillas, el concepto de Michael de lo realmente malo —al igual que de lo «duro» y «taimado»— parecía distorsionado y caricaturizado. Gritaba; pateaba el suelo; chasqueaba los dedos y sacudía la cadera. Tiraba de la entrepierna repetidamente. ¿Es *esto* lo que Michael ve detrás de los cristales ahumados de su limusina?

Michael pudo haber exagerado un poco la vestimenta para ser un pasajero del metro, pero los actores y bailarines que lo rodeaban ciertamente estaban caracterizados con las ropas adecuadas. Sin embargo, era difícil imaginar que tuvieran ninguna prisa por seguir a alguien —blanco o negro— que pareciera tan afeminado como aparecía Michael en este vídeo. Había algo desconcertante en Michael —con más maquillaje escénico que el que Joan Crawford usó jamás y haciendo alarde del hoyuelo de la barbilla tipo Kirk Douglas— aullándole a un grupo de duros pandilleros negros «*You ain't nothin*» [«Vosotros no sois nada»]. El espectador no podía evitar pensar: *Este muchacho va a salir mal parado*. Tal como señaló un observador: «En la odiosa concepción de Michael Jackson de la experiencia negra, o eres un estereotipo criminal o parte de la "Beautiful People"».

La fotografía que originalmente se pensó para la carátula del álbum *Bad* era un primer plano de la cara de Michael con un denso maquillaje, sobreimpresa con un encaje de motivos florales. Walter Yetnikoff, presidente de la CBS Records, supuestamente telefoneó a Frank Dileo y dijo acerca de la foto de corte femenino: «Esta carátula apesta». La foto que finalmente se usó —Michael en una pose de tipo duro con los puños cerrados a cada lado, con su vestuario de cuero del vídeo de «Bad»— fue una idea de último momento que surgió durante un descanso de quince

minutos en la filmación del vídeo.

El primer sencillo de Michael de *Bad*, «I Just Can't Stop Loving You», fue lanzado en todo el mundo el 27 de julio de 1987, y fue de inmediato el número uno en Estados Unidos, y llegó a la misma posición en el Reino Unido tras dos semanas.

Luego, el álbum de Michael, *Bad*, debutó como número uno en las listas del *Billboard*, una sorprendente proeza que demostró que «aun cuando Michael se equivoca, no puede equivocarse». El álbum recibió reseñas tibias, pero eso tampoco importaba. «Ganamos —dijo Frank Dileo—. Entramos con los ganadores».

El segundo sencillo, «Bad», también ascendió al número uno en Estados Unidos, Gran Bretaña, y demás países de todo el mundo. (En el Reino Unido el álbum incluso fue número uno durante cinco semanas, y siguió sorprendentemente en las listas durante ciento nueve semanas. Vendió 350.000 copias en cinco días, la primera vez que sucedió una cosa así en Gran Bretaña con cualquier artista).

Michael tenía un *hit* en sus manos con el álbum *Bad,* pero ciertamente no fue en absoluto tan grande como *Thriller*. Sin embargo, ¿tenía alguna posibilidad de alcanzar el estatus de *Thriller*? ¿No es suficiente que Michael haya logrado semejante hazaña una vez en su sorprendente vida?

En septiembre de 1987, el mes que comenzaba su gira Bad en Tokio, *People* publicó un artículo de portada sobre Michael con el titular «Michael Jackson: Es negro. Es *malo*. ¿Es realmente extravagante?».

Aparentemente, esa resonancia fue la que trajo aparejada el Hombre Elefante…

Cutler Durkee, el redactor del artículo, explicaba que la percepción del público de Michael Jackson se había desplazado de un «he aquí un tipo realmente interesante» a un «he aquí un tipo al que yo ya no entiendo». Durkee se apresuraba a añadir, sin embargo, que ésa era precisamente la razón por la que la gente seguía escribiendo sobre él.

Por supuesto, Michael tenía buenas razones para estar descontento con la noticia. «Hicieron que sonara como si yo fuera un *freak* —dijo—. Ninguna de esas cosas son ciertas».

Debido a esa publicidad tan adversa, la gira tuvo un comienzo tambaleante. Michael pensaba que la gira todavía necesitaba trabajo, pero no le quedaba otra alternativa que empezar con el programa. Las fechas estaban fijadas. Por lo tanto, en septiembre de 1987 comezó de mala gana lo que terminaría siendo una agotadora gira mundial de dieciocho meses. «Toquemos lo que toquemos, ¡va a ser funky!», gritarían Michael y los miembros de su equipo mientras batían palmas y pisaban fuerte justo antes de subir al escenario.

Tras un exitoso puntapié inicial en Japón, donde lo llamaron «El tifón Michael» (y donde obtuvo unos ingresos brutos de 20 millones de dólares), Michael tuvo problemas en Australia. Las ventas de entradas resultaron bajas. Los periódicos extranjeros se habían aferrado al alias *Wacko-Jacko* y los australianos creyeron que era un chiflado de verdad. «Le está haciendo un regalo al mundo, su talento —se

quejaba su antigua cuñada Enid Jackson—, y como pago, el mundo trata de crucificarlo».

Mientras Michael estaba de gira, le escribió una carta a *People* y pidió que fuera publicada. Quería que se conocieran sus sentimientos acerca de la publicidad adversa que había recibido últimamente. En un extraño estilo de redacción —sin márgenes, sin sangrías, y con una letra manuscrita infantil—. Michael escribió:

«Como dice el viejo proverbio indio, no juzgues a un hombre hasta que hayas caminado dos lunas con sus mocosines [*sic*]. La mayor parte de la gente no me conoce, es por eso que escribe cosas semejantes lo cual [s/c] la mayoría no es verdad. Muy a menudo lloro porque duele y yo me preocupo por los niños. Todos mis niños en todo el mundo, vivo para ellos. Si un hombre no pudiera decir nada contra un personaje salvo lo que puede probar, este cuento no sería escrito. Los animales no atacan por malicia, sino porque quieren vivir, es lo mismo con aquellos que critican, desean nuestra sangre, no nuestro dolor. Pero, aun así, debo tener éxito. Debo buscar la verdad en todas las cosas. Debo soportar por el poder que me envía, para el mundo, para los niños. Pero tengan piedad, pues hace ya un largo tiempo que me estoy desangrando. M. J».

—No estoy seguro siquiera de entender esta carta —le dijo Frank Dileo a un conocido tras su publicación en la revista como artículo de portada—. Si la lees cuidadosamente, no tiene sentido. “Desean nuestra sangre, no nuestro dolor”. ¿Qué demonios quiere decir eso?

El allegado volvió a examinar la carta.

—¿Sabes?, no se trata realmente de la carta —le dijo a Frank—. Se trata de lo que dice sobre Michael. Está perdiendo la cabeza… ¿te das cuenta?

Frank empezó a sacudir la cabeza, desesperado.

—¡Dios santo! —exclamó—. ¿Qué hemos hecho? ¿Qué está pasando con este chico? *¿Qué demonios está pasando con este chico?*

El hombre blanco no lo permitirá…

En enero de 1988, Michael estaba a punto de llegar a su trigésimo cumpleaños. Pese a que sus discos eran superventas, a su fama y a su gran fortuna, recientemente había empezado a lamentar ser subestimado no sólo por la industria musical, sino también por el público. «A Elvis le apodan el rey —se le quejaba a Frank Dileo—. ¿Por qué no me lo dicen a mí?».

Considerando todo lo que había logrado, Michael habría debido estar satisfecho. No lo estaba. Realmente, desde que era un niño le habían enseñado que ser el número uno era la cosa más importante que podía hacer en su vida. Debido a que era una meta por la que había trabajado durante años, alcanzarla antes de su trigésimo cumpleaños parecía anticlimático. Después de todo, ¿qué le quedaba por hacer a un

artista discográfico después de haber vendido más discos que cualquier otra persona en la historia de la música popular?

Michael nunca trazó una estrategia para su carrera en términos de desarrollo artístico. No podía imaginarse grabando un álbum para otro propósito que no fuera lograr que el disco fuera el más exitoso, el mejor de toda la historia. Necesitaba que su obra fuera reconocida inmensamente, de lo contrario no iba a quedar satisfecho. Tal vez se pueda encontrar el origen de semejante determinación en los días de su juventud, cuando los Jackson 5 competían en los *shows* de talentos, cuando la única meta era ser el ganador. Ese foro fue el terreno de entrenamiento original de Michael.

Tal vez el hecho de que Michael no fuera respetado por el público y la industria musical se debía a que, en parte, las masas percibían en él la falta de dos cualidades esenciales que poseían artistas tales como Bruce Springsteen, Bob Dylan, John Lennon, Elvis Presley: humor y humanidad. En los últimos años había sido cada vez más difícil relacionarse con Michael cuando se encontraba en el escenario con su vestimenta militar, recibiendo sus muchos premios, susurrando su agradecimiento en un tono de voz extraño, agudo, y luego quitándose las gafas de sol durante un momento fugaz porque su amiga Katharine Hepburn le decía que lo hiciera. Parecía de otro planeta, no de la Tierra.

Si bien todavía había algo en la humildad de Michael que era atractivo, especialmente considerando sus muchas dotes, aun así, había un problema persistente con su imagen. Sin duda, sus fans admiraban su destreza como vocalista y su estilizado genio como bailarín: era la quintaesencia del artista. El público podía identificarse con muchas otras estrellas del *rock* cuya humanidad y accesibilidad superaban a su estrellato, pero era incapaz de identificarse con Michael. Después de todo, ¿quién conoce a *alguien* como Michael Jackson?

Después de *Thriller*, Michael se vio a sí mismo más grande que los Beatles y más importante que Elvis. «A Bruce (Springsteen) le llaman “the boss”, [el jefe] y realmente está sobrevalorado —se quejaba Michael—. No sabe cantar y no sabe bailar. Y si se supone que Elvis es el rey, ¿qué se podría decir de mí?».

El hecho de que Michael fuera negro complicaba las cosas. El promotor Don King había hecho hincapié en sus inseguridades en 1984, durante la gira Victory diciéndole: «Eres la mayor estrella que haya existido jamás, pero el hombre blanco nunca te permitirá ser mayor que Elvis. Jamás. Así que puedes olvidarte de eso». Michael se quedó mortificado por la observación de Don, tanto que telefoneó a su abogado, John Branca, a media noche y, sin mediar explicación, le espetó: «Nunca me van a permitir ser más grande que Elvis».

Cuando John le preguntó de qué estaba hablando, Michael respondió: «El hombre blanco… porque yo soy negro».

John le recordó a Michael que él ya había superado a Elvis en récords de ventas. Dijo que creía que Don le había llenado a Michael la cabeza de ideas racistas.

Sin embargo, durante los dos días siguientes, Michael siguió quejándose de ser

victimizado por su raza hasta que, finalmente, John se disgustó tanto que se negó a hablarle. Cuando Michael empezó a dejarle mensajes desesperados en el contestador, rogándole que le devolviera la llamada, finalmente John le escribió una carta. En ella le expresaba cuánto lo quería y lo admiraba, y por qué sentía que Michael debería situarse por encima del pensamiento racista que Don King propagaba con su descabellada teoría sobre Elvis y el hombre blanco. Si Michael no se sobreponía a las observaciones de Don, escribió John, él no estaba seguro de que pudiera seguir representándolo: hasta ese punto semejantes ideas lo minaban. Cuando Michael leyó la carta, se conmovió. Aunque había prometido olvidar las palabras de Don King, en realidad nunca lo hizo. (Sabiamente, tampoco le volvió a mencionar el tema a John Branca).

En 1988, Michael parecía haber encontrado una variación sobre el tema: empezó a quejarse de ser subestimado en Estados Unidos, refunfuñando que tenía un «problema de imagen». Para esa época, sin embargo, nadie del bando de Michael tenía una pista sobre cómo resolver semejante problema; era un poco tarde para empezar a preocuparse por su imagen de chiflado. Aun cuando Norman Winter o Michael Levine, los dos asesores que habían ayudado a Michael en la labor de crear el «problema», pudieran idear un modo de promocionarlo como un artista *humano*, accesible, con metas artísticas, no sólo comerciales, eso no funcionaría nunca. Nadie lo creería; simplemente, Michael no era así y ni siquiera sabía cómo comportarse para parecerlo.

Michael siempre fue limitado en sus ideas acerca del negocio de la música: ¿cuántos discos están comprando sus fans? ¿Cuánto tiempo hace falta para llegar al número uno? ¿Cuántas entradas se venden? Para Michael, lo comercial era clave, y él no entendía a ningún artista que no lo viera de esa manera. Después de todo, Joseph se consagró a sacar a sus hijos de Gary para que pudieran tener una vida mejor, no para que ellos pudieran hacer contribuciones importantes a la historia de la música. En su mente, Michael todavía estaba allí con Joseph, tratando de superar a las otras figuras del Apollo. Cualquier artista que fuera percibido por él como una amenaza a su dominio en los listados del pop era visto con escepticismo.

Por ejemplo, Michael nunca fue un fan de Madonna, una mujer que se las ha arreglado para combinar lo comercial con la visión artística, porque, desde el principio, ella ha tenido algo que quiere comunicar con su música y, a menudo, una visión clara de cómo manejarse. Ella concede entrevistas; tiene un punto de vista. Además de lamentarse por su niñez perdida y su victimización a manos de los medios, Michael nunca ha tenido demasiados puntos de vista públicos sobre nada. No es lo que uno llamaría una persona elocuente, ni aun con la mejor voluntad. Es un genio sobre el escenario, pero a los ojos del público es artificioso. Está limitado por su inseguridad, su timidez y su profundo miedo de que se termine revelando que es menos de lo que le gustaría ser para su público. Es comprensible, considerando su vida, considerando el modo en que fue criado por Joseph, que tenga una idea tan

menguada de sí mismo.

«Sencillamente, ella no es tan buena —le dijo Michael una vez a un allegado, refiriéndose a Madonna—. Aceptémoslo. No sabe cantar. Es sólo una bailarina correcta. ¿Qué es lo que mejor hace? Sabe cómo venderse a sí misma. De eso se trata».

En 1989, Madonna fue nombrada «Artista de la Década» según muchos sondeos de periódicos y revistas. La Warner Bros., su sello discográfico, incluso pagó un anuncio en una de las publicaciones corporativas de la industria que declaraba a Madonna «Artista de la Década». Era la clase de elogio vacío que los sellos discográficos a menudo obsequian a sus artistas en promociones remuneradas, pero Michael de todas maneras se sintió indignado. Telefoneó a John Branca y a Frank Dileo y se quejó de que Madonna no se merecía semejante premio. «Hace que yo quede mal parado. *Yo* soy el artista de la década. ¿No lo soy? ¿Vendió ella más que *Thriller*? —preguntó Michael, con su enorme inseguridad abriéndose paso. Y agregó —: No, no lo hizo».

John, que se ocupaba de solucionarle los problemas a Michael, sugirió que podía abordar a la MTV con la idea de un premio ficticio. John reaccionó con algo que se le ocurrió: lo que llamó el premio «al Artista de Vídeo Vanguardista de la Década». Ese título le sonó imponente a Michael; estaba contento otra vez. «Eso le enseñará a esa ternera», dijo, hablando de Madonna.

Y así sucedió que en los Premios MTV de 1989, a Michael se le hizo entrega del trofeo al «Artista de Vídeo Vanguardista de la Década». Peter Gabriel le entregó el galardón, que ciertamente no ha sido el premio más desprovisto de significado que alguna vez se haya entregado en esa gala, pero que fue algo triste en tanto le fue entregado a un tipo que realmente quería que la gente supiera que se lo merecía. (A día de hoy, el premio Michael Jackson al Vídeo Vanguardista se entrega a artistas que se destacan en ese medio, un testamento más de los increíbles vídeos de Michael, de la increíble habilidad de John Branca para aplacar la cólera de su cliente).

Es irónico, considerando la obsesión de Michael con Elvis Presley, que John Branca representara a los herederos de Presley. Una vez, John le mencionó a Frank Dileo que Elvis solía regalarles Cadillacs a sus empleados de mayor confianza. Le sugirió a Frank que era el momento de que Michael empezara a ocuparse de sus colaboradores de confianza de la misma manera, especialmente considerando todos los disparos que él había esquivado en nombre de Michael a lo largo de los años. John estaba bromeando sólo a medias. ¿Quién no querría un coche nuevo?

—Johnny, ésa es una condenada buena idea —dijo Frank, serio.

Más adelante, Frank tuvo una charla con Michael.

—Eh, Mike, escucha. ¿Tú crees que eres tan bueno como Elvis?

—Sí, lo creo. Por supuesto que sí —respondió Michael.

—Bueno, ¿sabes qué? Elvis solía regalarle Cadillacs a su personal —dijo Frank —. A veces eres un poco tacaño, Mike —añadió Frank con una risita. Le dio un

codazo, bromeando.

—¿Qué quieres decir con lo de tacaño? —preguntó Michael, a la defensiva.

—Bueno, eh, Mike, tienes cierta reputación… Tampoco es tan serio. Cambiemos de tema.

Frank había plantado la semilla.

Unos meses más tarde, cuando Michael y John Branca estaban en Londres negociando la adquisición de la ATV, Michael le dijo:

—Branca, si me consigues el catálogo de los Beatles, te compraré el coche que tú quieras, tal como habría hecho Elvis.

—¿Incluyendo un Rolls-Royce?

—Es tuyo —dijo Michael.

Por supuesto, posteriormente John Branca cerró de un modo brillante el trato… y Michael le compró ese Rolls. El único problema fue que no le compró uno a Frank Dileo. Frank llamó por teléfono a John tan pronto como Michael le contó que le había comprado un coche.

—¿Te compró un Rolls-Royce? —preguntó Dileo, perplejo—. No puedo creerlo. ¡Fue *mi* condenada idea, y tú has terminado con el Rolls! —Ambos se rieron de buena gana. Finalmente, también Frank obtuvo un Rolls de Michael. Ambos tipos se la habían jugado por Michael, de eso no cabe duda. John se merecía un vehículo, estaba claro, aunque no fuera más que por abrir paso para que fuera lanzado *Thriller*, tanto el álbum como el vídeo. Sin embargo, uno debe preguntarse sobre Frank Dileo, considerando el innegable daño que le había hecho a la imagen de Michael. De todas maneras, a decir verdad, estaba haciendo exactamente lo que Michael le había pedido… de modo que sí… probablemente se merecía también un Rolls-Royce.

El 23 de febrero de 1988, Michael Jackson trajo por primera vez la gira Bad a Estados Unidos, en el Kemper Arena en Kansas City, Missouri. Para ese momento, los tres lanzamientos de sencillos de *Bad* —«I Just Can’t Stop Loving You», «Bad» y «The Way You Make Me Feel»— se habían convertido todos en número uno. Michael estaba de buen humor, especialmente desde que Frank Dileo había predicho que probablemente dos *hits* más serían número uno.

Antes del concierto, el personal de Jackson descargó ocho camiones de equipos, incluyendo setecientas luces, cien altavoces, un gigantesco escenario y ochenta y cinco vestuarios. La noche del concierto, los haces de luz de los reflectores se elevaban desde el escenario bañando al público con una luz blanca cegadora antes de que apareciera *él*, inmóvil, como paralizado, entre una hilera de bailarines. Vestido con prendas negras de torero con hebillas en las costuras de los pantalones, Michael explotó como una supernova de energía en movimiento al son de la canción que abría el espectáculo, «Wanna Be Startin’ Somethin’».

Había unos efectos grandiosos y sorprendentes: rayos láser multicolor, bombas de humo y explosiones; todas ellas hicieron su efecto, y *estentóreamente*. También había gran cantidad de trucos: Michael que desaparecía de un lado del escenario y

reaparecía en el otro en medio de una columna de humo; Michael que se lanzaba encima del público mediante una grúa durante «Beat It». En términos de técnica escénica y sentido de la teatralidad, era imposible encontrarle defectos a Michael y a su enorme elenco de acompañantes, incluidos cuatro bailarines varones que ocupaban el lugar de los hermanos de Michael.

En este *show*, Michael se convirtió además en un personaje sexualmente mucho más sugerente. Se agarraba la entrepierna por lo menos cinco veces durante el número inicial. Su mano sin guante recorría su entrepierna durante la mayor parte de «Heartbreak Hotel», «Bad» y «Beat It». Era un gesto extraño proviniendo de alguien como Michael, pero a los diecisiete mil fans, casi todos blancos de clase media, pareció encantarles; el público estuvo de pie durante todo el exigente y muy pulido espectáculo de dos horas. Cada vez que Michael hacía el paso lunar a través del escenario, el público lo ovacionaba y el rostro de Michael se iluminaba. Estaba claro que todavía disfrutaba al actuar.

«La palabra "superestrella" ha perdido su significado en comparación con la fuerza y la gracia que derrochaba en el escenario», escribió Gregory Sandow, que reseñó el concierto para *Los Angeles Herald Examinen*.

En cuanto a la voz, Michael estaba fenomenalmente en forma; su maestro de canto, Seth Riggs, viajó con él durante buena parte de la gira. «Es un tenor agudo con una tesitura de tres octavas —dijo Riggs—. Va desde un mi grave bajo hasta un sol y la bemol agudo por encima del do alto. Mucha gente cree que es un falsete, pero no lo es. Está todo conectado, lo cual es notable. Durante sus ejercicios de vocalización levantaba los brazos en el aire y empezaba a girar mientras sostenía una nota. Yo le pregunté por qué hacía eso, y él dijo: "Puede que tenga que hacerlo sobre el escenario, así que quiero asegurarme de que es posible". Nunca antes había visto nada igual. Pensé que tal vez debía detenerlo para que pudiera concentrarse en su voz, y luego bailar. Pero resolví que si podía hacerlo, era mejor dejar que lo hiciera».

Más de un tercio del *show* consistía en material que Michael y sus hermanos habían utilizado en Kansas City cuatro años antes cuando se inauguró la gira Victory, incluso parte de los diálogos. Esta vez, sin embargo, Michael cantó «Thriller» en su espectáculo —completo, con la máscara de hombre lobo y una chaqueta de escolar de secundaria semejante a la que usaba en el vídeo—, gracias a que ya no se consideraba un testigo de Jehová.

Cuando Katherine y Joseph vieron el concierto, se quedaron turbados. «Tendría que hacerlo con sus hermanos —dijo Joseph, sin poder quitarse de encima esa idea—. ¿Qué condenado sentido tiene que no estén con él? No lo entiendo. Ha hecho un buen espectáculo, pero con sus hermanos sería aún mejor».

Katherine le dijo a Frank que Michael era mejor cuando actuaba con sus hermanos.

—Estás loca —dijo él. Imagínense: ¡decirle a la madre de Michael que estaba loca! Por supuesto, ella se ofendió.

—No estoy loca —disparó en respuesta—. El *show* habría sido mejor con los hermanos, y punto.

—Bueno… —dijo Frank antes de alejarse.

Justo antes de subir al escenario en Kansas City, le entregaron a Michael un ejemplar del periódico *Star* con el siguiente titular en la primera plana: «Michael Jackson se vuelve simio. Ahora habla con su chimpancé mascota, en el lenguaje de los monos». La historia afirmaba que Michael estaba obsesionado con aprender a comunicarse con su mono mascota emitiendo sonidos de chimpancé.

—¿Esto se le ocurrió a Frank? —quiso saber Michael—. ¿De dónde sacaron estas fotos mías con Bubbles?

El asistente de Michael se encogió de hombros.

«Esto no me gusta —dijo Michael—. No quiero verlo. No me mostréis esta clase de cosas antes de subir al escenario. ¿Qué demonios te crees?

Al igual que muchas historias publicadas sobre Michael, el cuento de su fijación con Bubbles —un chimpancé de tres años y medio que había sido liberado por Michael de un laboratorio de investigación sobre el cáncer en 1985— era falso. Michael disfrutaba de la compañía de su mono, tal como disfrutaba de todos sus animales, pero aun cuando el amo y el mono a veces comían juntos en la misma mesa —un material en sí mismo lo suficientemente bueno para una historia—, no pretendía hablar en el lenguaje de los chimpancés con su mascota, o, al menos, eso nadie lo sabía. (Por cierto, al contrario de lo que dijeron ciertos medios, ha habido un único Bubbles, no una serie de monos llamados Bubbles. Sólo uno).

Katherine había perseguido a Frank durante meses para que dejara de promocionar a su hijo como «Jacko el Chiflado». Ella diría más adelante: «Le hablé de ello en numerosas ocasiones. Yo sabía que no era una buena idea, que sería contraproducente. Pero no pude hacer nada al respecto».

En cierto modo, como resultado de la estrambótica imagen que Michael había cultivado, parecía que parte de su público había empezado a volverse en su contra. Los lectores de *Rolling Stone* lo votaron como el peor artista en casi todas las categorías en su encuesta anual. Aun así, él tenía la esperanza de obtener alguna redención en los Premios Grammy, el 2 de marzo.

Decidió actuar en la transmisión televisiva, sería la primera vez en cinco años que cantaba en televisión. «Michael quería borrar toda la publicidad negativa que había estado arrastrando y reemplazarla con una imagen positiva de él haciendo lo que mejor hacía», dijo Bob Jones, vicepresidente de comunicaciones de MJJ Productions. Quería demostrarle al mundo que era una persona seria en lo que se refiere al espectáculo, que su mismísima esencia es la actuación, no la excentricidad. Y lo hizo. Cualquiera que haya visto su fascinante actuación esa noche debería estar de acuerdo. Era una persona intensamente competitiva; quería dejar una impresión inolvidable de él en la Academia y en su público.

Sin embargo, tras las actuaciones verdaderamente inspiradas, absorbentes de

«The Way You Make Me Feel» y «Man in the Mirror», Michael tuvo que sentarse en la primera fila del Radio City Music Hall, bajo la mirada continua de millones de espectadores, y sufrir una humillante derrota tras otra. De cuatro nominaciones —Álbum del Año, Mejor Artista Pop Masculino, Mejor Cantante Masculino de R&B del Año y Productor del Año—, no ganó ningún premio. La última vez que Michael había aparecido en los Grammy, con *Thriller*, había recibido más premios (ocho) de los que nunca había recibido nadie en la historia del evento. Esta vez, no consiguió ninguno. Más que nada, había ansiado el Grammy al Mejor Álbum por *Bad*. Sin embargo, para su gran consternación, lo ganó U2 con *The Joshua Tree*.

«Si alguien hubiera huido con su chimpancé mascota, no habría parecido más inconsolable», escribió Robert Hilburn, el crítico de música pop de *Los Angeles Times*.

«Regresó al Helmsley Palace, adonde se alojaba, y lloró —dijo un amigo—. Él y Frank se habían prometido que por lo menos ganarían el de Álbum del Año, y, por supuesto, no fue así. Pensaba que todo el asunto era injusto. No se trataba de la música. Se trataba de la imagen. La Academia, ¿le iba a dar el Disco del Año a un tipo que dormía en una cámara de oxígeno? No era probable».

Sin embargo, Michael tuvo poco tiempo para sentir autocompasión. Al día siguiente tenía programado un concierto en el Madison Square Garden. Después del espectáculo, él y un representante de Pepsi-Cola Company (que había sido el patrocinador de la gira Bad) le entregaron un cheque de 600.000 dólares, la recaudación del concierto, al United Negro College Fund. Cuatro años antes, Michael había financiado un programa de becas del UNCF con una parte de sus ganancias de la infortunada gira Victory. En 1988, setenta estudiantes de escuelas miembros del UNCF habían recibido becas de Michael Jackson. (En algunas de las escuelas de negros más pequeñas, eso podía significar una clase entera). Michael pasaba desapercibido en lo tocante a esas donaciones. Tal vez si su generosidad hubiera sido mejor conocida, no habría sido tan rotundamente criticado por muchos afroamericanos por no tener una «conciencia negra» (tal como se decía). A decir verdad, él donó muchos millones de dólares a obras de caridad para los negros a lo largo de los años.

La mayor parte de la gente que acompañaba a Michael Jackson en su gira Bad también recuerda lo generoso que era con los niños que querían verlo actuar. En cada una de las ciudades en las que había un concierto de la gira Bad, separaba una parte de las entradas para los jóvenes desfavorecidos a quienes de otra manera les hubiera sido imposible asistir a sus *shows*. Todos los derechos de autor de su sencillo número uno «Man in the Mirror» fueron donados al Campamento para los Buenos Tiempos, una organización benéfica de Los Ángeles para los pacientes terminales.

Aunque sus buenas acciones pasaban inadvertidas, sus excentricidades todavía recibían algún repaso en los medios. Estando en escena en el Madison Square Garden, Michael besó a la modelo Tatiana Thumbtzen, que aparecía en su vídeo «The

Way You Make Me Feel». Una semana después, la foto apareció en el *National Enquirer* con el titular «Michael Jackson y la modelo se enamoran perdidamente». La historia decía que Michael y Tatiana tenían un *affaire* (lo cual no era cierto), ya que el romance de Michael con la maquilladora Karen Faye había terminado (nunca tuvieron una relación romántica).

Más adelante, el *National Enquirer* haría correr la historia de que Michael vio a Jesucristo materializándose en una nube de humo mientras estaba actuando en el escenario. Esa misma semana, *Star* publicaría que Michael se había enamorado de la princesa Diana y quería que ella protagonizara su siguiente vídeo. Cuando Michael exigió saber de dónde habían salido esas historias, todos los dedos apuntaron a Frank Dileo. En esa época, sin embargo, Frank no estaba haciendo nada para promover esas historias. Los medios estaban actuando por su cuenta, otorgándole a Michael la imagen que ellos creían que él deseaba.

Una de las historias preferidas del círculo íntimo de Michael también apareció en el *Enquirer*. Afirmaba que Prince había empleado la percepción extrasensorial para volver loco al chimpancé Bubbles. «Esta vez Prince ha ido demasiado lejos —citaba el artículo a un furioso Michael Jackson—. ¿Qué clase de psicópata se metería con un mono? Esto es el colmo. Pobre, pobre Bubbles».

De hecho, ésa le gustó a Michael. John Branca y Frank Dileo nunca lo habían visto reírse tanto.

La compra de Neverland

En marzo de 1988, cuando todavía estaba de gira, Michael Jackson concretó la compra de su nuevo hogar, una finca de 100.000 hectáreas en el valle de Santa Ynez, llamado entonces el Sycamore Ranch. Había quedado encantado con el rancho cuando se alojó allí en la época en que él y Paul McCartney filmaban el vídeo de «Say, Say, Say» en Santa Ynez; Paul y Linda, su esposa, habían alquilado la casa durante toda su estancia.

En el Sycamore Ranch habría lugar de sobra para la colección de animales salvajes de Michael, algo digno de consideración, y la ubicación era lo suficientemente lejana de Encino como para garantizar que hubiera espacio entre Michael y los latosos miembros de su familia. El dueño de la propiedad era el promotor inmobiliario William Bone, que había dedicado muchos años de su vida y una fortuna a construirla según sus designios; la casa principal tiene 1.200m^2. El precio al que se ofrecía era de 35 millones de dólares, amueblada, o 32,5 millones sin amueblar. Michael recorrió la finca en un carro a caballo provisto por Bone.

John Branca le había dicho a Michael que, desde un punto de vista comercial, el rancho no era una buena inversión. Michael intentó ofrecer el 50 por ciento del precio de oferta, pero, aun así, las posibilidades de reventa serían limitadas: no hay muchos

compradores para un rancho de más 11 kilómetros cuadrados que cuesta 17 millones de dólares. John le escribió una carta a Michael y le dijo que si realmente quería comprar el rancho, no debía hacerlo con ningún «propósito futuro de obtener ganancias». Sentía que una idea más sensata era comprar la propiedad que había sido usada en su época como la finca del programa de televisión *Los nuevos ricos [The Beverly Hillbillies],* También sugirió que Michael comprara las propiedades adyacentes y demoliera las casas que estaban allí, entonces podría disponer de una propiedad de cinco hectáreas para hacer lo que se le antojase.

Michael no podía entender por qué tenía que instalarse en sólo cinco hectáreas cuando podía tener casi mil cien. Cuando solía visitar a Paul McCartney, siempre quedaba impresionado con las suntuosas hectáreas y hectáreas de verdes tierras. «Mis invitados esperan algo grandioso —le dijo Michael a John—. Tengo que hacerlo a lo grande, ya que puedo».

Siguió una dificultosa y larga negociación, porque John estaba decidido a asegurar el mejor trato posible para Michael. Sin embargo, Michael estaba impaciente; llamaba a John tres veces al día, acuciándolo. Finalmente, Michael llegó a la conclusión de que en realidad John no quería que él comprara la propiedad, que su empecinamiento podía hacerle perder por completo el trato. Se enojó. Quería esa finca, y eso era todo. Se dice que le pidió a otro de los abogados de la firma de John que se introdujera en su oficina y robara el archivo sobre Sycamore Ranch… y que luego se pusiera manos a la obra para cerrar el trato. Por supuesto, el abogado no lo hizo y, de hecho, informó a John, quien quedó atónito. John telefoneó a Michael y le preguntó cómo se le podía haber ocurrido hacer algo tan terrible.

—Porque creo que no quieres que yo gaste demasiado dinero —dijo Michael en defensa propia—. No quieres que yo tenga el rancho.

John le dijo que tenía razón: no creía que Michael debiera realizar esa compra. Sin embargo, de todas maneras, intentó satisfacer el deseo de Michael. Esperaba que no volviera a hacerle nunca una maniobra como ésa. John se sintió verdaderamente herido por su actitud, que le mostraba cuán irracional podía ser a veces Michael.

En el último momento, William Bone dijo que no quería perder su conexión emocional con la propiedad, tan preciada era para él. Más que probablemente, se dio cuenta de que estaba perdiendo un montón de dinero y la cosa lo estaba asustando. John hizo una oferta de 15 millones de dólares, que no fue aceptada. Tras una serie de contraofertas, la oferta final de Michael de 17 millones de dólares fue aceptada, ciertamente por un Bone decepcionado, considerando su precio inicial de 35 millones de dólares. Aún no se sabe por qué William Bone aceptó semejante pérdida. Tal vez sencillamente quería librarse del Sycamore Ranch. Michael se quedó, además, con todos los muebles y las antigüedades de los siglos XVIII y XIX como parte de la compra. Debido a que Bone empezó a provocar alboroto —y John sabía que si se perdía el trato, Michael se iba a convertir en una verdadera carga en su vida—. John introdujo una cláusula en el contrato de venta que permitía a Bone pasar una semana

al año en el rancho durante los tres años siguientes, sujeta a la agenda de Michael. Por lo tanto, Bone no sentiría que estaba perdiendo por completo la propiedad. La venta se llevó a término exitosamente. La prensa informó que Michael había pagado 28 millones de dólares por la finca, lo cual a Michael le pareció bien, por razones obvias.

Lo primero que hizo Michael fue cambiarle el nombre al rancho, bautizándolo «Neverland Valley», aunque acabó llamándose, simplemente, Neverland. Cuando Michael tenía que atender sus negocios en Los Ángeles, se alojaba en un apartamento que alquilaba en Westwood, al cual llamaba su «guarida». El resto del tiempo se quedaba en Neverland, y nunca más en Hayvenhurst.

Abandonar el hogar paterno era obviamente un asunto muy importante para Michael. Estaba triste de dejar a su madre, pero ansioso de ver a Joseph como alguien hacia quien ya no tenía ninguna responsabilidad. Aun así, no podía enfrentarse a ellos para darles la noticia. De hecho, no le contó a nadie nada sobre sus negociaciones por Neverland Valley, ni les dijo que lo había comprado. Katherine y Joseph descubrieron que Michael se iba de Hayvenhurst mirando el programa estadounidense de televisión *Entertainment Tonight*. Presa del pánico, Katherine telefoneó a Marlon para preguntarle si sabía algo. Marlon llamó entonces a Michael. Michael dijo que no era verdad.

Aparentemente, Michael no quería que nadie supiera lo que iba a hacer, para evitar que se confabularan todos contra él y le dieran un sermón, lo cual, definitivamente, habrían hecho. Al día siguiente, Michael les ordenó a algunos de sus empleados que fueran a la casa de Encino y recogieran de allí las posesiones que ahora quería tener en Neverland. «Estaba esperando a que Michael viniera y nos dijera algo —dijo Joseph, tristemente—. Pero nunca lo hizo».

Unas semanas después, Michael organizó una fiesta de inauguración de su nuevo hogar para sus familiares, pero no invitó a Joseph ni a Katherine. «Eso nos lastimó a ambos —recordaba Joseph—. Le habíamos visto hacer muchas cosas a este chico, pero esto era realmente algo que no podíamos imaginar. No sé por qué habrá sido tan cruel con nosotros, especialmente con Kate. No pude entenderlo».

En realidad, el nombre de Michael no aparecía en el contrato original de compra de la finca. En cambio, el contrato estaba firmado por su abogado, John Branca, y su administrador, Marshall Gelfand, por orden de Michael. Les había dicho que no quería que nadie pudiera consultar los registros públicos de propiedad de inmuebles y averiguar dónde vivía. Marshall sugirió que constituyeran un fideicomiso, con él mismo y con John como fideicomisarios. Michael era el propietario del fideicomiso y podía despedir a ambos hombres en cualquier momento. Ellos no podían hacer nada con la propiedad sin su permiso. Para Michael fue una buena idea… pero sólo durante un par de días. Era demasiado inseguro, y tal vez demasiado paranoico, para permitir que semejante situación se mantuviera demasiado tiempo. Bill Bray tuvo una charla con Mike sobre la propiedad, y aumentó su inseguridad.

—Hombre, tú no eres el dueño de este lugar, los dueños son ellos —dijo Bill, de manera poco razonable y por completo ingenua—. Tienes que controlar esto, Michael. ¿Qué va a pasar si deciden echarte de una patada? ¿Qué vas a hacer entonces, Michael? ¿Eh?

Al día siguiente, Michael llamó a Marshall y exigió saber por qué él no era el dueño de su propiedad.

—Pero *tú* eres el dueño —le explicó Marshall—. Está constituido como un fideicomiso, Michael. Es lo que tú pediste.

—Bueno, no me gusta —dijo Michael, con tono cortante—. Me huele a gato encerrado. Cámbialo. No me he pasado todo este tiempo trabajando en las negociaciones para ahora no ser el dueño de la finca. Es *mi* casa.

—De acuerdo, cancelaremos el fideicomiso —respondió Gelfand—. Ya está hecho. Terminado.

El 11 de abril de 1988, John Branca y Marshall Gelfand firmaron una escritura por la que cedían la propiedad a Michael Jackson, disolviendo de ese modo el fideicomiso.

Michael tenía la esperanza de una vida serena en su nueva finca palaciega. Dijo que necesitaba espacio, un lugar donde pensar, tiempo libre tras la gira Bad. Sin embargo, su familia sentía que él se había distanciado de ellos tanto geográfica como emocionalmente. Así como lo añoraban, también estaban preocupados por su futuro sin él. ¿Qué podían hacer los Jackson sin Michael? No mucho. Joseph, Katherine y los hermanos estaban pensando en otra gira conjunta, y sólo sería una cuestión de tiempo hasta que abordaran a Michael con la idea. El fiasco de la gira Victory de 1984 palidecería en comparación con lo que ahora tenían en mente. Sin embargo, esta vez Michael no sería tan complaciente.

OCTAVA PARTE

La llegada de los Moonies

En la primavera de 1988, Jerome Howard, de treinta y cinco años, administrador de muchas de las compañías de Joseph y de Katherine Jackson en la industria del espectáculo, recibió una llamada telefónica de un hombre llamado Kenneth Choi, un empresario coreano que quería desesperadamente concertar una reunión con Joseph. Kenneth, quien ya había sido expulsado de la oficina de Michael Jackson —así como de la de su contable, Marshall Gelfand, y de la de su abogado, John Branca—, le dijo a Jerome que pertenecía a una acaudalada familia interesada en gastar millones para organizar y promocionar una gira de conciertos de la familia Jackson en Corea. Comprendiendo, por supuesto, que Joseph y Katherine a menudo pensaban en tal reencuentro, Jerome concertó una reunión entre Kenneth y Joseph.

«Millones de dólares fueron ofrecidos en esa reunión —recordó Jerome—. El hombre hablaba de cifras de diez a quince millones. Lo que fuera preciso para volver a reunir a los hermanos Jackson en esos conciertos, eso era lo que él y su familia estaban dispuestos a gastar. Joseph estaba entusiasmado. Choi nos invitó a Corea para confirmar todo. No comprendíamos lo que estaba sucediendo; lo único que sabíamos era que el hombre tenía un montón de dinero, y nos lo quería entregar a nosotros».

Joseph, Katherine, Jerome y Kenneth realizaron un viaje de cuatro días a Corea, costeado por Kenneth. Fueron agasajados con cenas y vino, y presentados a diversas influyentes y acaudaladas personalidades, celebridades y políticos. También conocieron a un caballero que no hablaba inglés, llamado «el señor Lee», quien fue presentado como el hermano de Choi. Les dijeron que Lee, dueño de una compañía naviera, sería el principal patrocinador de los conciertos de los Jackson, junto al periódico coreano *Segye Times*.

Mediante su secretaria-intérprete, el señor Lee dijo que si los conciertos se llevaban a cabo con éxito, también invertiría dos millones de dólares en una discográfica para Joseph. Por supuesto, Joseph estaba intrigado e impaciente por cerrar el trato.

«Esta gente conocía los puntos fuertes y débiles de la familia Jackson —recordó Jerome Howard—. Sabía que Joseph estaba interesado en obtener dinero para su compañía, y para él mismo. Comprendía que el interés de Katherine estaba en su familia. Ella quería el dinero para sus hijos. Parecía saber todo sobre los Jackson, y sabía cómo atacar desde cualquier flanco».

En el transcurso de los encuentros, Jerome pronto descubrió que *Segye Times* era propiedad del reverendo Sun Myung Moon y la Iglesia de la Unificación. Los llamados Moonies resultaron ser los principales patrocinadores de la gira.

Aunque mucha gente ha hecho bromas a lo largo de los años sobre haber sido fastidiados por jóvenes Moonies que piden dinero en los aeropuertos, los seguidores de Moon han recaudado una inmensa fortuna, que el reverendo ha invertido en diversas empresas, incluyendo bancos, restaurantes, compañías pesqueras y medios

de comunicación. Sin embargo, la Iglesia de la Unificación ha sido objeto de controversia: grupos cristianos fundamentalistas la han acusado de no ser cristiana; grupos liberales han criticado su posición de extrema derecha; padres de niños que viven en residencias de los Moonies han contratado a desprogramadores para recuperarlos. Aunque el número de miembros ha disminuido, la Iglesia de la Unificación continúa siendo adinerada.

Lo que Moon más ansiaba para su Iglesia era respeto. Si lograba alinearse con Michael Jackson (el artista pop de mayores ventas y de apariencia más cuidada de todos los tiempos) y con la familia Jackson (aún considerada por muchos como una de las familias mas intachables de Estados Unidos), Moon se vería beneficiado. El precio sería alto, pero el prestigio bien valdría el esfuerzo.

Cuando Jerome les contó a Joseph y a Katherine que el reverendo Sun Myung Moon estaba envuelto en el acuerdo ofrecido a los Jackson, Joseph quedó fascinado; había oído que Moon poseía una fortuna. Sin embargo, Katherine estaba molesta. «No quiero involucrarme en nada religioso —dijo—. Los negocios son negocios, pero no quiero saber nada de vínculos religiosos». Sin embargo, Katherine no le dijo a Jerome que interrumpiera las negociaciones. Simplemente no quería enterarse de los detalles.

Desde el comienzo, Jerome desconfió de quienes trabajaban representando a Moon. «Siempre hablaban en coreano a nuestras espaldas —dijo—. Decían algo en inglés y luego se volvían y hablaban en coreano, ¿y quién sabe qué estarían diciendo? Me preocupaba estar perdiendo información importante. Proteger a los Jackson lo mejor que pudiera teniendo en cuenta las circunstancias era mi trabajo».

Era un trabajo que Jerome había realizado a menudo admirablemente. Para entonces, Katherine y Joseph habían comprado una casa de seis habitaciones en Las Vegas, Nevada, donde planeaban retirarse. El valor de la casa era de 570.000 dólares. Los Jackson llevaron a Jerome Howard a Las Vegas para negociar el contrato. Antes de encontrarse con los vendedores, Jerome les dijo a Katherine y a Joseph que se despojaran de todas sus joyas —probablemente de un valor de un cuarto millón de dólares— y las guardaran en la guantera del coche. Entonces, Jerome los introdujo en la casa para conocer a los vendedores. Katherine y Joseph actuaron como «personas comunes y corrientes», jamás mencionaron su famosa historia, y debieron de ser convincentes porque, finalmente, compraron la casa por sólo 292.000 dólares.

Del coste de la casa, 200.000 dólares provinieron del dinero que Michael le había entregado a Katherine. Luego ella misma obtuvo un préstamo para el resto.

Un mes después de su visita a Corea, Joseph, Katherine, Rebbie y Jerome regresaron para una nueva reunión. Concertaron un encuentro con el reverendo doctor Cheng Hwan Kwak, presidente del *Segye Times*. En su oficina se veía una gran fotografía del reverendo Sun Myung Moon; Katherine intentó ignorarla. Kwak le dijo a Jerome que establecieran juntos una propuesta, «“y aquello que quiera hacer mi hijo, lo haremos”. Continuó diciendo “mi hijo” a lo largo de toda la reunión, y

estábamos bajo la impresión de que Choi era su hijo [no lo era]», recordó Howard. Kwak debió de haberse expresado en un sentido espiritual, más que estrictamente familiar.

Posteriormente, Katherine y Joseph se reunieron en su habitación con el reverendo Kwak en privado. Compartieron un suntuoso desayuno e intercambiaron obsequios; Katherine le entregó fotografías autografiadas de los miembros de su familia. Después de ese encuentro, Katherine y Joseph fueron de compras a Etaewon con un guía turístico, para mantenerse ocupados mientras Jerome comenzaba a hablar de «negocios serios».

Trabajando con el asistente especial de Kwak, David Hose, Jerome Howard comenzó a arreglar un acuerdo en el Hotel Ambassador. Joseph, Katherine y Jerome acordaron que el modo de hacerlo era que los Moonies fueran los patrocinadores del espectáculo, y Katherine y Joseph los organizadores. Katherine y Joseph fundarían una compañía para este propósito, que denominarían Conciertos de la Familia Jackson International. Los representantes de Kwak tomaron el plan que Jerome había bosquejado, dejaron el hotel, y llevaron los papeles a sus abogados. Regresaron tres horas y media más tarde.

«Volvieron con un contrato tan osado que no podía creerlo —dijo Jerome—. Querían que Michael comenzara el *show* cantando el himno nacional coreano y que luego presentara tres números coreanos con vestimentas de la nación. Miré el contrato y pensé: “Dios mío, esto es ridículo. ¡Michael no va a aprender ninguna canción coreana, y ciertamente no estará dispuesto a vestir ningún traje coreano en escena!”. Cuando les mostré el contrato a Joseph y a Katherine, los dos estallaron en carcajadas y prácticamente se revolcaron por el suelo. “Quiero ver a Michael cantando en coreano —dijo Joseph—. ¡Ciertamente es demasiado! Ya será bastante difícil convencerlo de que participe en esto, pero espera a que le digamos que tiene que aprender coreano”».

Jerome negoció un acuerdo extraordinario. Los Jackson actuarían cuatro noches, cada noche en un *show* de dos horas, en el Estadio Olímpico de Seúl, por lo cual obtendrían 7,5 millones de dólares. También habría un presupuesto de 1,5 millones de dólares para la producción, del cual lo que no se gastara les correspondería a los Jackson. El cien por cien de las ganancias de los derechos de difusión fuera de Corea y el 50 por cien del beneficio del *merchandising* también les corresponderían a la familia.

No obstante, los Moonies tendrían los derechos de difusión en Corea, así como el cien por cien del ingreso de la venta de entradas. Las cláusulas acerca de las canciones coreanas y el vestuario fueron suprimidas del contrato. También se habló de la intención de los Moonies de enviar a Michael y sus hermanos a Rusia y a China, y de su oferta de 30 millones de dólares como adelanto por la gira. Joseph, Jerome y Kwak firmaron el contrato. Katherine no firmó; ella jamás firma nada, razón por la cual es quien tiene buen crédito, y no Joseph.

«El Proyecto Jackson-Moonie», como fue conocido entre los miembros de la familia, se volvió para ellos una significativa propuesta multimillonaria. Ocurría que muchos de ellos necesitaban el dinero.

Janet y LaToya no fueron contactadas porque los coreanos sólo querían a los hermanos, además de que Janet estaba inmersa en la grabación de un nuevo disco para la compañía A&M y no habría hecho una gira con la familia a esas alturas de su vida. Jackie, Tito, Jermaine, Marlon y Randy no serían un problema, o al menos eso era lo que suponían Joseph y Katherine. Rebbie había aceptado participar pero, nuevamente, esta gira era sólo para los hermanos. Por supuesto, todo el acuerdo dependía del consentimiento de Michael, que por ese tiempo se encontraba en Europa presentando la gira Bad.

—¿Cómo haremos para que Michael participe en esto? —le preguntó Jerome a Joseph.

Joseph se volvió hacia Katherine con una sonrisa.

—La pregunta es —dijo— ¿cómo hará ella para que Michael participe en esto?

«Pero ¿qué hay de Michael?»

En septiembre de 1988, Michael telefoneó a Katherine y Joseph desde Liverpool. Se sentía solo y extrañaba a su familia. Su tono era de cansancio.

—Necesito un descanso. Estuve pensando en todos nosotros. La familia se está derrumbando, ¿no es así?

Katherine le dijo a Michael que estaba de acuerdo.

—¿Qué puedo hacer, Michael? —preguntó.

Michael exhaló un profundo suspiro.

—Hablaré contigo y con Joseph a mi regreso —ofreció. Michael quiso hablar con Joseph. Entonces se disculpó con su padre por una parte del material escrito en su autobiografía, *Moonwalk*, que había sido publicada por Doubleday. Explicó que no había escrito el libro él mismo, y que los fragmentos críticos habían sido escritos por «otra persona». Siempre que Michael criticaba públicamente a Joseph, se sentía apenado.

Joseph quiso saber si Michael planeaba reunirse con sus hermanos tras la gira Bad. ¿Por qué, podría uno preguntarse, intentaba entrar en ese tema delicado cuando Michael estaba claramente acercándose a él? Michael se mantuvo firme al respecto; le dijo que no quería reincorporarse al grupo de los hermanos, «y, por favor, no insistas con eso». Joseph, entonces, le dijo a Michael que todo lo que había oído acerca de su intención de explotarlo o sacar dinero de su éxito simplemente no era verdad.

—No quiero involucrarme en tus negocios, Michael —dijo Joseph, según recordó Katherine—. Sí, tengo problemas de dinero. Pero todo lo que quiero es que volvamos

a ser una familia. ¿Tú no quieres eso?

—Sí lo quiero —dijo Michael—. Realmente lo quiero, Joseph.

La conversación finalizó en tono alegre. Katherine y Joseph abrigaban la esperanza de tener pronto de regreso a su hijo. Para Joseph, la ocasión no podía ser más adecuada. Se encontraba en serios problemas financieros tras haber perdido 700.000 dólares en malas inversiones en petróleo, y más de doscientos cincuenta mil dólares en su compañía de refrescos JoCola. También tenía un juicio a cuestas. Tres años antes había llegado a un acuerdo con el agente de bienes raíces Gary Berwin para adquirir el complejo Entertainment Center en Hollywood por 7,1 millones de dólares. «Joseph afirmó que el dinero no era un problema —dijo Gary—. No tenía razones para dudar de él. Michael había obtenido recientemente el catálogo de los Beatles por 47 millones de dólares, por lo tanto creí que la familia disponía de dinero. De hecho, Joseph se rio cuando traje a colación la cuestión de las finanzas. "Con la clase de familia que tengo, el dinero no es un problema", dijo».

Gary y Joseph cerraron el trato por el cual Gary obtendría el 15 por ciento de los bienes raíces y Joseph, el 85 por ciento restante. Los dos serían compañeros en igualdad de condiciones en un estudio de grabación, un club nocturno y un club privado en el edificio. Joseph lo engañó maliciosamente acerca de que Michael estaría involucrado de alguna manera. «Me dijo que Michael vendría a visitar regularmente el club, y que su sola presencia haría del lugar un éxito —dijo Gary—. Dijo que Michael podría entrar por la puerta de seguridad, tomar el ascensor privado y nadie sabría si entraba o salía, lo cual Michael apreciaría. Dijo que el acceso al estudio de grabación sería secreto, lo que también era bueno para él».

—¿Qué te hace pensar que Michael querrá verse involucrado en esto? —preguntó Gary.

—Oye, si yo estoy involucrado, entonces es un hecho que Michael Jackson estará involucrado —respondió Joe, confiado—. Cuenta con ello. Si yo estoy y Katherine está, Michael estará.

Joseph decidió pagar por el edificio en efectivo, antes que intentar obtener un préstamo con su escaso crédito. Firmó un cheque por los 7,1 millones de dólares y se lo entregó a Gary, diciéndole que no lo depositara «hasta el viernes». El viernes le telefoneó y dijo que esperara «hasta el lunes». El lunes le telefoneó y dijo: «Espera hasta el viernes». Así continuó durante algunas semanas hasta que, finalmente, Gary depositó el cheque, que fue devuelto de inmediato por falta de fondos.

Un año más tarde, el asunto fue resuelto en los tribunales; se dictaminó que Joseph debía comprar la propiedad o ser responsable de los daños ocasionados por haber impedido la venta a otro comprador. Joseph no podía comprarla. Gary dijo: «Finalmente citamos a Michael para averiguar si había insinuado a su padre que lo ayudaría. Se encontraba en una limusina, y alguien se dirigió a él y le entregó un papel. Se dispuso a firmarlo, pensando que la persona quería un autógrafo. Era una citación». Es imaginable el desagrado de Michael al ser citado en un asunto de

negocios turbios que involucraba a su padre. Ciertamente no era la primera vez, ni tampoco fue la última. Ignoró la petición de aparecer como testigo.

En octubre de 1988, los daños a Gary Berwin fueron tasados en tres millones de dólares. Dado que Joseph no disponía del dinero, Gary entabló un juicio en su contra. A día de hoy, aún no lo ha cobrado. “Fue desastroso —dijo—, y todo porque me inmiscuí en el lío de la familia Jackson. Fue lo más penoso que he hecho en mi vida”. No podía imaginar que Michael Jackson, que ganaba todos esos millones, pudiera negarle el dinero a su padre. No podía creer que dejara a su padre caer así. Este edificio habría puesto a Joseph de pie de una vez por todas, lo habría independizado de su familia. Nunca más tendría que negociar con sus hijos por motivos profesionales. Intenté recurrir no sólo a Michael, sino también a sus hermanos, todos ellos protegidos por abogados sumamente pragmáticos. Ninguno se preocupó por la seguridad de su padre. Aun cuando sentía un gran desprecio por Joseph, también sentí pena por él.

En realidad, Michael nunca insinuó a su padre que lo ayudaría con la inversión. Joseph había telefoneado a Michael antes de la compra del complejo para pedir su asistencia. Michael dejó claro que no quería tener nada que ver con eso y advirtió a Joseph que no se involucrara. Aun así, Joseph extendió el cheque… esperando encontrar la manera de cubrirlo. Cuando no lo consiguió, telefoneó a Michael nuevamente.

—Son sólo unos pocos millones de dólares —dijo Joseph—. Ayúdame, Michael.

Michael dijo que no, rotundamente no. No iba a sacar del apuro a su padre, y ni siquiera Katherine pudo convencerlo. «Debe aprender —le dijo Michael a uno de sus asociados—. Si le doy el dinero, volverá a por más, y más, y más. Diablos, sencillamente no voy a hacerlo, no voy a hacerlo».

Joseph también acudió a sus otros hijos en busca de ayuda, incluyendo a Janet. Le dijeron que no podían o que no estaban dispuestos a hacerlo. Quizá pensaron que la inversión no era buena, considerando el historial de Joseph. Larry Anderson, amigo de Joseph desde hacía quince años, explicó: «Joseph ama a sus hijos. Esperaba que lo ayudaran. Parece muchísimo dinero, pero realmente no lo es cuando uno piensa en todo lo que ha ganado la familia».

En diciembre de 1988, el reencuentro propuesto de los Jackson en Corea debía realizarse o Joseph Jackson tendría para siempre el juicio de Berwin sobre sus espaldas. «Me reuní con Jerome Howard —dijo Gary Berwin—. Comenzamos a intercambiar comentarios acerca de cómo se comportaba esta excéntrica familia. En el análisis final, no parecía que fuese a salir bien para ninguno de los dos».

Por aquel entonces, Michael estaba en Japón realizando su gira Bad. Joseph consideró que si obtenía la cooperación de sus hermanos, sería un buen comienzo para obtener la de Michael. Por lo tanto, se arregló una reunión de la familia Jackson en Hayvenhurst, en el cine de la familia.

Primero, Joseph y Katherine hablaron con Jackie, Tito, Marlon, Randy, Jermaine

y su prometida, Margaret Maldonado. (Jermaine y Hazel se divorciaron en julio de 1988. Él y Margaret tendrían después un segundo hijo). Los hermanos tenían que ser abordados cuidadosamente, previendo la opción de que no estuvieran de acuerdo en ir a Corea. Para Joseph era como adentrarse en la guarida del león, tal era la desconfianza de los hermanos hacia él y cualquiera de sus relaciones, como Jerome Howard. Después de unas dos horas, un aliviado Joseph salía del cine. Sudaba como si hubiera corrido un triatlón.

—Entonces, escucha —dijo Jerome, que había estado aguardando en la sala de estar—. Entra ahí y haz lo que puedas. Pero no les hables de nada más que de contratos. No menciones a los Moonies y todo eso, porque no van a querer hacerlo. Sólo háblales del dinero que ganarán. Eso es todo.

Cuando Jerome entró en el cine de treinta y dos butacas, encontró a los miembros de la familia Jackson diseminados por toda la sala. «Pensé: "¡Diablos! Ni siquiera quieren sentarse unos junto a otros"», recordó Jerome.

Jerome se sentó frente a la pantalla y pronunció un discurso sobre los conciertos propuestos. Habló de los millones que se podrían obtener y cuánta publicidad podría generarse. No habló de los Moonies; respecto a los patrocinadores, no mencionó más que la participación de Kenneth Choi. Inmediatamente después, Marlon se levantó de su silla.

—De ninguna manera —dijo—. Olvídalo. No más giras de familia para mí. No me importa cuántos millones haya de por medio, aprendí la lección la última vez. No cuentes conmigo.

Marlon había acabado con los Jackson y albergaba sentimientos ambivalentes hacia Michael. Los hermanos habían esperado ir con Michael en la gira Bad, no en calidad de figuras principales, pero al menos como parte del espectáculo, cantando un popurrí de viejos éxitos. Michael se mostró evasivo con respecto a la posibilidad, y nunca expresó que no los incluiría en el *show*. Fue él quien lo había mencionado en primer lugar pero, dada la dinámica familiar, quién sabe —o recuerda— la razón. Al final, no obstante, se decidió en contra de la idea. «Yo había escuchado por parte de amigos lo que estaba sucediendo —Marlon se quejó después, en una entrevista—. Si no quería decirme la verdad, no habría debido decir nada. Pero, en cambio, mintió. La última vez que obtuve una respuesta directa de Michael fue hacia 1984». Sin duda, Marlon seguía herido por la mentira más reciente que Michael le había dicho, que no se trasladaría de Hayvenhurst a Neverland.

Sin embargo, Marlon guardaba un cierto afecto hacia su hermano. Cuando tuvo problemas para salirse de su mediocre contrato de grabación con la CBS, Michael telefoneó al presidente de la compañía Walter Yetnikoff y aseguró la desvinculación de su hermano.

—Sencillamente no quiero que nada continúe empeorando mis sentimientos hacia Mike —dijo—. No creo que debamos trabajar juntos. Es mejor cuando no lo hacemos.

—Bueno, lo lamento por ti —le dijo Jackie a Marlon—. Porque yo estoy dentro.

—Yo también —dijo Randy.

Jermaine lo consultó con Margaret; los dos susurraron entre ellos, con urgencia.

—Vale —dijo él, finalmente—. Yo también.

—Contad conmigo también —dijo Tito.

—Pero ¿qué hay de Michael? —quiso saber Randy—. ¿Qué haremos con respecto a Michael?

—No lo necesitamos —dijo Jackie—. Podemos hacerlo sin él.

Katherine estuvo de acuerdo.

—Oh, no involucremos a Michael en esto —dijo—. Por favor. ¿No hay ningún modo de hacerlo sin él?

Jerome negó con la cabeza. Tenía que ser cauteloso en el modo de decirlo, pero el hecho era que el Estadio Olímpico de Seúl poseía una capacidad de sesenta mil personas, y los hermanos no serían capaces de llenarlo por sí solos. Nunca antes habían actuado sin Michael, y aquel no era el momento de empezar a hacerlo. Además, los coreanos querían a Michael Jackson mucho más que al resto de ellos.

—Creo que sería mejor si nos acercáramos a Michael —dijo Jerome, cautelosamente—. Deberíamos al menos darle la oportunidad de ganar toda esta cantidad de dinero.

—Oid, dejad que Katherine y yo hablemos con él —ofreció Jermaine, impaciente —. Nosotros lo convenceremos.

—¿Cómo? —quiso saber Randy.

Jermaine se volvió hacia Katherine. Ella suspiró, cansada.

—Veré qué puedo hacer —dijo—. Sólo temo que si insistimos demasiado, perdamos a Michael para siempre. Y entonces, ¿qué haremos?

«Lo atacaremos, con amor»

La última fecha de la gira Bad de Michael Jackson fue a finales de enero de 1989 en el Estadio de Los Ángeles. Diana Ross, Elizabeth Taylor, Dionea Warwick y muchas otras celebridades asistieron a los conciertos, así como Katherine y Janet Jackson. Michael dedicó su popurrí de éxitos de Motown a Berry Gordy, quien estaba junto a Diahann Carroll y Suzanne dePasse. Desde el comienzo de la gira, en septiembre de 1987, 4,5 millones de personas habían pagado para ver actuar a Michael. Durante el último año y medio, había realizado ciento ventitrés conciertos en quince países de cuatro continentes. Los gastos semanales del *show* oscilaban entre los

- dólares y los 650.000 dólares. La gira obtuvo ingresos de taquilla por 125 millones de dólares.

No obstante, el trabajo no lo era todo. «Siempre se tomaba tiempo para observar

el paisaje —recordó Seth Riggs—. Cuando nos encontrábamos en Liverpool, detuvo la sesión de ensayo para que pudiéramos observar unas nubes hermosas que se habían formado. Así es Michael. Cerraron el Louvre en París durante todo un día mientras Michael y el resto de nosotros lo recorríamos. En Roma, Franco Zeffirelli organizó una gran fiesta para él. Toda la flor y nata estaba allí, y de un momento a otro, Zeffirelli perdió de vista a Michael. Buscó por todo el lugar y lo encontró en una habitación con un grupo de niños pequeños en pijama, jugando. Es la persona más natural y adorable que jamás he conocido, una persona muy buena, aunque suene cursi —continuó Riggs, que aún trabaja con Michael regularmente—. Veía la foto de un bebé, y si era un niño guapo, se ponía como un tonto. Durante la gira, en sus noches libres, solía entrar a jugueterías y compraba diez de éstos y diez de aquéllos, y pasaba la noche entera poniendo las pilas a los juguetes, asegurándose de que cada uno funcionara y así dejarlos listos para entregárselos a los niños entre bastidores, al día siguiente. Como si no tuviera otras preocupaciones».

En un período de la gira, Michael llevó consigo a su amigo de diez años de edad, Jimmy Safechuck. Michael hizo una copia de uno de sus vestuarios para Jimmy, para que pudieran vestirse igual. La mayoría de la gente encontraba extraña la relación, especialmente cuando Michael salía con él de compras. Gastaba miles de dólares en juguetes para Jimmy en Londres. En dos ocasiones, Michael tuvo que cancelar el *show* porque se había contagiado de la gripe del niño.

Otro joven amigo de Michael, Jonathan Spence, dijo: «Cuando estamos juntos, él es como cualquier otra persona. Nunca habla de sí mismo, sólo acerca de los otros. Jamás hablamos del mundo del espectáculo. En ocasiones cuando estamos en público se viste con un disfraz. Cuando vamos a Disneylandia, siempre entramos por la puerta de atrás y tomamos todos los atajos para estar al comienzo de la cola. No puede esperar en la cola, de ningún modo. Causaría un desorden. Nos movemos rápidamente a través de Disneylandia; si la gente lo llegara a observar detenidamente, sería el fin de la excursión.

»Es una de las personas más agradables que jamás he conocido. Es inteligente. Sabe mucho de todo. Es un niño. Nunca ha tenido una verdadera infancia, y ahora la está viviendo. Lo que he leído sobre él en los periódicos sé que es una gran mentira. Simplemente lo ignoro. Algunas veces le pregunté sobre chicas y esas cosas, pero nunca ahondamos realmente en ese tema. Tampoco hablamos de las cirugías estéticas, porque no es asunto mío. Él nunca lo saca a colación. No es que él diga: “Bueno, ¿qué te parece mi nuevo mentón?”. Es difícil ponerse en contacto con él, sin embargo. Normalmente tengo que telefonear a su secretaria, y entonces, unos días después, él me llama».

Cuando Michael regaló a los padres de Jimmy Safechuck un Rolls-Royce de 100.000 dólares, Frank Dileo comenzó a preocuparse por lo que podría pensarse. Parecía inapropiado. Sugirió que Michael rompiera su amistad con Jimmy. Michael se sintió herido; después, enojado.

—De ninguna manera —le dijo a Frank—. Olvídalo.

—Pero no me gusta, Michael —insistió Frank—. No se ve bien, tú y todos esos niños.

—Ocúpate de tus asuntos entonces —Michael contestó cortante—, y quizá entonces no se vea tan mal. ¿Qué te parece?

Al finalizar la gira, Michael y Jimmy se recluyeron en Neverland para cargar las pilas, por así decirlo. Mientras tanto, sin que Michael lo supiera, alguien llamado Kenneth Choi quería su firma en el contrato para el proyecto Jackson-Moonie. «Recibía faxes a diestro y siniestro —recordó Jerome Howard—. Las cosas se ponían candentes. Teníamos que conseguir a Michael. Pero la ocasión no era apropiada. Era un mal momento para acercarse a él».

—Le estamos dando a Michael su espacio —explicó Jermaine en ese momento—. Pero cuando finalice su gira, todos lo atacaremos, con amor.

Michael podría haber respondido diciendo:

—Os lo ruego, no me hagáis ningún favor.

Ninguno de los Jackson pudo siquiera contactar con Michael. Era una pena que no se sintiera a gusto con los miembros de su familia, pero cuando era sincero con ellos, acababan queriendo algo de él, y él no tenía nada más que ofrecer. La canción «Dirty Diana» cumplió la profecía de Frank Dileo sobre los cinco éxitos número uno del álbum *Bad*, el primer álbum en la historia del pop en poner cinco éxitos en número uno. Aun así, a pesar de la gira, sus últimos dos sencillos, «Another Part of Me» y «Smooth Criminal», no alcanzaron el primer puesto en los *rankings*. Michael quería que cada disco llegara a ese lugar. Las ventas del álbum *Bad* alcanzaron los 17 millones, una cifra asombrosa pero alejada de las ventas de *Thriller*, de casi cuarenta millones. Era obvio que Michael no batiría su propio récord de ventas, lo cual lo deprimía.

«Creen que es tímido y evasivo y todo eso —observó su guitarrista David Williams—. Pero no es así. Sólo está endiabladamente asustado y cansado de que la gente lo moleste».

Siempre que Michael salía, lo hacía disfrazado. Por ejemplo, en cierta ocasión visitó una farmacia en Westwood disfrazado con una gran peluca afro y gafas oscuras. A pesar de eso, fue descubierto por el encargado de la tienda. «Lo reconocí en cuanto vi su nariz y su mentón —dijo. Con respecto a lo que Michael había comprado, respondió—: Un vibrador portátil eléctrico».

Cabe preguntarse acerca de las verdaderas razones detrás de los disfraces estrafalarios de Michael. Parecería que lo que realmente desea es la atención, y viste disfraces tan ridículos que obtiene el resultado deseado. Por ejemplo, una vez entró en una joyería en Simi Valley, California, con una peluca bajo una gorra de béisbol, un bigote de aspecto ridículo y dientes de cotillón. Lo acompañaba un muchacho joven. Continuamente se ajustaba nervioso su bigote en el espejo. Cuando los empleados temieron que el sospechoso personaje estuviera «merodeando», un

guardia de seguridad le ordenó que se alejara y le pidió una explicación. «Tengo que usar un disfraz —dijo Michael—. Soy Michael Jackson». Michael se quitó el disfraz. Para ese entonces, sin embargo, ya habían llegado tres agentes, así como una gran multitud. La presencia de Michael, junto a la policía, había causado tal histeria que todos los allí presentes querían obtener su autógrafo. Él firmó para todos alegremente. Quizá tal presentación sirvió a un propósito, pero no el que la mayoría supuso; claramente él quería atención. Ama a sus admiradores, y también ama saber que todavía lo adoran.

En otra ocasión, sin embargo, las cosas no resultaron tan bien. Michael se encontraba disfrazado conduciendo su Rolls, cuando fue detenido por un oficial a quien el automóvil le «parecía robado». (Por supuesto, existe un racismo predominante entre ciertos oficiales de la policía en Estados Unidos que rutinariamente detienen a negros que conducen automóviles de gran valor). Michael no llevaba su permiso de conducir con él. Lo que es peor, tenía una multa pendiente. El oficial no creyó que él fuera Michael Jackson, aun cuando se quitó el disfraz. Al rato se encontraba en la prisión de Van Nuys. Bill Bray pagó su fianza. Luego, Michael diría: «Fue lo más emocionante que me ha sucedido jamás. Nunca pensé que iría a prisión. Disfruté cada segundo».

LaToya se desnuda

Michael consiguió evitar a sus familiares sólo durante un mes hasta que, a finales de enero, su hermana LaToya creó el suficiente caos familiar como para hacer necesario que él reapareciera. Michael entonces tenía treinta años. Había pasado los últimos veinte preocupado por la opinión pública sobre él y su familia. Desde aquel día de 1969 en el que Berry Gordy y Diana Ross le habían enseñado a mentir sobre su edad, Michael había comprendido la importancia de las relaciones públicas. Siempre había ayudado a presentar una imagen de solidaridad en lo que se refería a la familia Jackson, incluso embarcándose en la gira Victory con sus hermanos cuando realmente no quería hacerlo. Ahora, LaToya amenazaba con hacer añicos la imagen cuidadosamente formada de la familia, al posar desnuda para *Playboy*.

La aparición en *Playboy* fue la culminación de una serie de eventos que acabaron destruyendo la relación de LaToya con su familia. Ella se sentía desgraciada porque los discos que había grabado hasta entonces habían obtenido ventas mediocres. «Quiero discos de platino», se quejó. No obstante, Joseph comprendía que LaToya tenía una voz y una presencia escénica limitadas; no había mucho más que hacer. Él había intentado convencerla para que fuera modelo, pero ella dudaba a pesar de ser una mujer joven y atractiva. Ella, como Michael, se había operado la nariz más de una vez, aunque niega haberse realizado ninguna rinoplastia u otra intervención. «No sé a quién pretende engañar», dijo Marlon riendo.

Cuando LaToya decidió que ya no quería que Joseph fuera su mánager, siguió el ejemplo de Michael, de sus hermanos y de Janet: lo despidió haciendo que su abogado le enviara la notificación del despido a su casa, aun cuando ella misma seguía viviendo allí con él.

Por supuesto, Joseph ignoró las notificaciones. Finalmente, ella decidió enfrentarse a él. «Te haré la vida imposible durante cinco años antes de dejarte ir», le dijo él finalmente, furioso. Después de todo, ella era la única de los Jackson que le quedaba. Debía de haber algo que él pudiera hacer con ella, decidió. Luego pensó que quizá podría hacer que participara en el proyecto Jackson-Moonie.

—Pero no la quieren, Joseph —le dijo Katherine—. Sólo quieren a los chicos.

—La aceptarán si les digo que deben hacerlo, o no obtendrán a Michael —dijo Joseph.

Katherine no estaba tan convencida de la lógica de Joseph, en especial teniendo en cuenta que ella no sabía cómo harían para convencer a Michael de realizar la gira.

Si Joseph no podía representar a LaToya, entonces se aseguraría de que nadie más pudiera hacerlo. «En otras palabras, él decía que yo nunca podría hacer nada por mi cuenta —recordó LaToya—, y él se aseguraría de eso». Cuando LaToya acudió a Katherine en busca de ayuda, su madre le dijo: «No quiero estar en medio de esto. Es entre tú y tu padre».

Esperando apaciguar a su hija para que permaneciera con Joseph, él y Katherine contrataron a alguien ajeno a la familia, Jack Gordon, para representar a LaToya, bajo la dirección de Joseph. Sus padres esperaban que ya no se sintiera atrapada. Jack, de alrededor de cuarenta y cinco años, había cumplido condena en prisión por intentar sobornar a la Comisión de Juego del estado de Nevada. También se lo relacionaba con negocios turbios y se suponía que había llevado un burdel en Nevada durante cuatro años. En poco tiempo, Jack se convirtió en algo más que el socio de LaToya. Antes de que la familia se diera cuenta de lo que sucedía, él y LaToya planeaban el modo de liberarla de las garras de Joseph y de Katherine.

«Cuando le pregunté acerca de unos gastos extraordinarios que él y LaToya realizaban en nombre de Joseph, Jack me amenazó de muerte —recordó Jerome Howard—. El hombre era peligroso, pero LaToya sentía que Joseph también lo era. "¿Conoces a mi padre? —me preguntó una vez—. No, no lo conoces —contestó por mí—. No sabes cómo es, Jerome. No sabes por lo que he pasado"».

En marzo de 1988 —tres días después de que Michael abandonara Encino—. LaToya huyó con Jack Gordon. Se llevó sólo dos maletas, dejó su Mercedes en la entrada, sin mirar atrás.

La familia culpó a Jack. Todos lo odiaban, y él correspondía el sentimiento. «Amo a Joseph envenenadamente», dijo Jack.

Para lanzar la carrera de LaToya, Jack acordó con Hugh Hefner que ella posaría desnuda en una sesión fotográfica. Él afirmó que ella recibiría un millón de dólares por desvestirse. Probablemente haya recibido la mitad de esa suma. LaToya explicó

su decisión al columnista de Hollywood Frank Swertlow: «Era cuestión de hacerle saber a mi familia que soy un individuo y quiero mi independencia. Eso es muy difícil cuando provienes de una familia grande y has sido controlada toda tu vida».

Cuando Katherine se enteró de la sesión de fotos, no pudo dar crédito a sus oídos. Nadie que conociera a LaToya habría podido. «LaToya había sido siempre la puritana de la familia», dijo su antiguo amigo Joyce McCrae.

«Solía cubrir mi cuerpo de los pies a la cabeza —le dijo LaToya a *Playboy*—, Supongo que mi timidez provenía de crecer del modo que lo hice, tan protegida y con un padre estricto».

Katherine telefoneó a LaToya y le preguntó si era cierto.

—¿Estás posando para la página desplegable de *Playboy*? Por favor, LaToya, dime que no es cierto. —Podríamos preguntarnos por qué Katherine se molestó en hablar con ella. ¿Acaso alguna vez sus hijos famosos le decían la verdad acerca de sus actividades?

—Oh, madre —dijo LaToya—, ¿dónde has oído esas cosas? Por supuesto que no es cierto. —Ella hizo entonces lo que Michael siempre había hecho: culpó a los medios por mentir sobre ella—. No creas lo que escuches, madre —dijo—. Ya deberías saberlo.

Más adelante, LaToya explicaría por qué había mentido a Katherine. «Mi madre me preguntó si había posado para *Playboy*. Específicamente, me preguntó: "¿Has posado para la página desplegable de *Playboy*?". Le dije que no, y ésa era la verdad. Posé para *Playboy*, pero no para la página desplegable. Fue para otra sección de la revista».

Después de hablar con LaToya, Katherine telefoneó a Michael y, aliviada, le dijo que todo lo que habían oído sobre ella relacionado con *Playboy* era una mentira creada por los medios. No obstante, Michael ya había emprendido su propia investigación y sabía que había más que decir sobre el asunto. Decidió hacerse cargo él mismo.

Tras realizar algunas llamadas telefónicas, Michael supo que se había previsto para el día siguiente una reunión en la mansión de Hugh Hefner, en relación a las fotos de LaToya. Ese mismo día se dirigió a la mansión y, con el pretexto de visitar la reserva de animales salvajes de Hugh, fisgoneó por la propiedad con uno de sus jóvenes amigos. Cuando entró en uno de los salones, encontró a un grupo de hombres sentados alrededor de una mesa, guardando nerviosamente fotografías en color en sus maletines. «¿Qué sucede aquí?», preguntó Michael con una mueca que expresaba «¡los sorprendí!». Hugh se acercó a Michael y sacudió la cabeza. Entonces los dos entablaron una discusión sobre LaToya, en la cual Hugh prometió enviarle a Michael las fotografías por correo urgente durante la semana, «después de que hubieran sido retocadas».

Una semana después, Michael recibió las fotografías.

—No puedo creer que ésta sea mi hermana —le dijo a alguien que trabajaba para

él—. Esto arruina la imagen de la familia. Ya está. No hay nada más que hacer.

El empleado de Michael dijo: «Todo lo que le preocupaba después de ver las fotos era su madre y su presión arterial. "Temo que cuando Kate vea las fotografías sufra un ataque al corazón —me dijo—. Ni siquiera le diré que las tengo. Espero que al menos retoquen los, uh, pezones de La Toya. Es decir, ¿es necesario que veamos sus pezones?"». Michael esperaba que las fotografías que había recibido no fueran la impresión definitiva. Quizá no le hubieran enviado las fotografías completamente retocadas. Quizá los pezones de LaToya habían sido camuflados de algún modo. Telefoneó a LaToya.

Ella afirma que él le dijo que pensaba que las fotografías eran adorables, lo que resulta algo improbable. Cuando él preguntó si ella poseía un avance de la impresión final, ella confesó que sí. Su hermano pidió que se lo enviara, pero ella se negó.

Un mes después, las fotografías eran publicadas. Los peores temores de Michael sobre la difusión de las doce fotos se hicieron realidad. ¿Podía ser ésa LaToya, posando desnuda con una boa constrictora de veintisiete kilos deslizándose entre sus piernas? «Las boas no son peligrosas a menos que estén hambrientas», observó ella en el texto que acompañaba las imágenes.

Tras el pasmo inicial, llegaron el bochorno y la vergüenza. Katherine y Rebbie se sentían humilladas; no sólo LaToya se había desnudado, sino que claramente se había hecho cirugía en los pechos. Mientras que alguna vez habían sido pequeños, ahora eran… exuberantes.

Para Joseph, ver a su hija tendida en el *Playboy* con una serpiente era una experiencia angustiosa. Uno de sus amigos afirmó que él y Katherine se recluyeron en Hayvenhurst durante un mes, no debido al temor de tener que hacer frente al asunto, sino más bien porque se sentían heridos por lo que LaToya les había hecho. Incluso culparon a Jack Gordon por convencerla de que posar para *Playboy* sería un buen empujón para su carrera.

Michael también estaba furioso con su hermana, pero no sólo por el rumbo de su carrera y el hecho de que había dañado aún más la imagen de la familia. Ciertamente no encontraba mérito artístico a las fotografías y le comentó a un amigo que, según su opinión, eran pornografía. De cualquier modo, Michael estaba más ofendido con LaToya porque ella había afirmado públicamente que él había aprobado las fotos, y que se alegraba de que ella hubiera posado. «Cuando él comenzó a escuchar a LaToya decir en la televisión que era el único en la familia que la aprobaba, se volvió loco —dijo Steven Harris, un antiguo asociado—. Telefoneó a su madre y tuvieron una larga y dolorosa conversación sobre el tema. "¿Cómo puedo hablarle a ella sobre nada si tergiversa lo que digo según su propósito?", preguntó él. Katherine y Michael decidieron que sería mejor que él no hablara más con LaToya. Cambió su número telefónico y no se lo comunicó. Por supuesto, ella no podía pedírselo a nadie de la familia. Nadie osaría dárselo una vez que Michael había dejado claro que no quería que ella lo tuviera. Fue una pena. Solían estar muy unidos».

«¿Sabes qué? —le dijo él a su abogado, John Branca—. No puedo controlarla, así como ellos [presumiblemente su familia] no pueden controlarme a mí. Así que bien por ella, supongo. Hizo lo que debía hacer y no le importó nada lo que hiciéramos nosotros, ¿no es así? Cuando yo hago ese tipo de cosas, todos se me echan encima. Así que, bien por ella si lo soporta. Bien por ella». Michael, entonces, ordenó al resto de su equipo que jamás mencionaran en su presencia el asunto de las fotografías de LaToya en *Playboy*. «No quiero oír una palabra más sobre los grandes pechos de mi hermana —concluyó—. Sólo quiero olvidar que todo el asunto ocurrió alguna vez».

Una recompensa millonaria por la cabeza de Michael

—Necesitamos a Michael Jackson.

—Debemos tener a Michael Jackson.

—¿Cómo obtendremos a Michael Jackson?

En febrero de 1989, comunicados por fax de parte de Kenneth Choi inundaron la oficina de Jerome Howard en relación al proyecto Jackson-Moonie. Sin embargo, todavía nadie quería acercarse a Michael; temían que les respondiera instantáneamente «no», y que ése fuera el fin del asunto. «Finalmente, desesperados, los coreanos tuvieron una idea —recordó Jerome—. Una recompensa. Una recompensa por la cabeza de Michael. El precio: un millón de dólares. Cualquiera (miembro de la familia o colaborador) que consiguiera la firma de Michael en el contrato obtendría un millón de dólares, dinero que provendría directamente de los Moonies. Ahora, todos querían acercarse a Michael —Jerome concluyó con una sonrisa— sin tiempo que perder».

Katherine decidió tomar el proverbial toro por las cuernos y telefonear a Michael en Neverland para intentarlo. Mientras gentilmente se esforzaba por explicar la gira propuesta, proporcionándole información sobre ella lo más cautelosamente posible, Joseph se paseaba de un lado a otro. Finalmente estuvo a punto de explotar. Le arrebató el teléfono de las manos.

—Michael, ahora escúchame bien —dijo—. Dijiste que querías formar una familia otra vez —dijo, refiriéndose a su última conversación desde Japón—. Ahora, escucha. Tengo a estos coreanos millonarios con este gran contrato y quiero que estés en él, Michael, porque haremos mucho dinero, necesitamos este dinero y tú lo sabes y…

—Joseph, pon a Kate nuevamente al teléfono.

Michael, entonces, le dijo a Katherine que lo olvidara. Ni siquiera consideraría otra empresa familiar, especialmente si Joseph estaba involucrado en ella. Le recordó a Katherine la ocasión (en 1985) en que Joseph se había unido a un productor de Hollywood para filmar una película basada en «Beat It» que protagonizaría Michael, mientras él ni siquiera estaba enterado del asunto.

—Él luego tuvo que desautorizar el proyecto —lo cual, dijo, había sido embarazoso—. Él siempre está haciendo cosas para involucrarme en sus proyectos, y yo no continuaré con eso —dijo Michael. No quería salir de gira con sus hermanos otra vez—. Eso ha terminado —le dijo a su madre—. Lo digo en serio —concluyó—. Olvídalo, Kat. —Michael solía llamar a su madre «Kat»—. No lo haré y no quiero que insistas, por favor. ¿Me entiendes?

Los días dorados en los que Katherine era capaz de convencer a Michael para hacer cualquier cosa que ella pidiera claramente pertenecían al pasado.

Hacia febrero de 1989, los asuntos financieros se habían vuelto tan acuciantes para Joseph y Katherine que ya no podían pagarle a Jerome Howard su salario; él había aceptado tres mil dólares al mes, aun cuando originalmente habían acordado pagarle diez mil dólares, y ahora ya no estaba recibiendo nada. Por lo tanto, se interesó más que nunca en concluir el proyecto Jackson-Moonie, no sólo para generar ingresos para la familia, sino también para sí mismo. Decidió pedir asistencia directamente a Frank Dileo. Desafortunadamente, nadie en la familia sabía cómo acceder a Frank. Los hermanos apenas lo conocían, y a Katherine y a Joseph nunca les había agradado encontrarse con él por ningún motivo porque, afirmaban, él iría a su vez con Michael y tergiversaría todo lo que habían dicho. A Katherine, en particular, no le agradaba Frank, especialmente después de que él dijera que ella estaba «desquiciada» por pensar que Michael podría realizar un mejor concierto con sus hermanos.

Jerome, finalmente, tuvo que pagar dos mil dólares a un empleado de Frank para que lo presentara a su jefe, quien se encontraba en un centro para adelgazar dirigido por la Universidad Duke en Carolina del Norte. Jerome telefoneó a Frank y concertó una reunión entre ellos y Kenneth Choi. La reunión tuvo lugar en la habitación de un hotel de Carolina del Norte a finales de febrero de 1989. Frank le dijo a Kenneth que si Katherine estaba involucrada en el acuerdo, él hablaría con Michael sobre el asunto.

—Él ama a su madre —dijo Frank—. No lo sé. No prometo nada. Pero, quizá… —En ese punto, Kenneth abrió su maletín y sacó dos cheques por 500.000 dólares.

—Son para ustedes —dijo—. Un millón de dólares.

Frank se rio en su cara.

—No puedo aceptar un millón de dólares de ti. ¿Acaso estás loco? —dijo—. No puedo garantizar que Michael Jackson haga nada para ti. Michael es un hombre inteligente. Toma sus propias decisiones. Nadie le dice lo que debe hacer. ¿Comprendes eso?

Como lo había prometido, Frank discutió con Michael la situación. Michael dijo que no quería verse involucrado. Frank respondió que lo pensara mejor, «y quizá cambies de opinión, quizá no. Es tu decisión».

«Se trató de negocios, como siempre —recordó Frank—. Todo salió a pedir de boca».

Michael y Frank eran inseparables. En la carátula interior del disco *Bad* figuraba destacada una imagen de él junto a Michael donde decía: «Otro gran equipo». Michael incluso dedicó toda una página del fastuoso programa del concierto a fotografías con él. De hecho, Frank decía a menudo que pensaba en Michael como su hijo, «y él se refería a mí como un segundo padre».

«Estaba con el muchacho todos los días —recordó—. A veces uno podía tener una conversación decente con él. Otras veces estaba en otro planeta. Pero me he acercado a él más que cualquier otra persona en su vida». Frank incluso aconsejaba a Michael acerca del asunto tabú de las cirugías plásticas, diciéndole que en su juventud él también había querido una hendidura en el mentón como Kirk Douglas. «Pero es suficiente —le dijo a Michael en una ocasión—. No más cirugías».

Después de cinco años de trabajar para él, Frank Dileo quizá pensaba que estaba bien situado frente a Michael, que su relación iba, como él decía, «a pedir de boca». Si así era, se equivocaba.

Michael despide a Frank Dileo

Tres días después de la sucinta conversación telefónica sobre el proyecto Jackson-Moonie, Frank Dileo fue despedido. El publicista de Michael, Lee Solters, realizó una lacónica declaración: «Michael Jackson y Frank Dileo han anunciado una amigable despedida. Jackson dijo: “Le agradezco a Frank su ayuda durante los últimos años”».

Quizá Michael sintió que tenía razones válidas para despedir a Frank, pero lo hizo sin dar la cara: resolvió que John Branca se ocupara.

—Mira, hombre, odio tener que ser quien te lo diga —dijo John—, pero Michael no quiere seguir trabajando contigo.

—¿Qué? ¿Qué demonios dices? ¿Es una broma, no?

—Lo lamento, Frank —le dijo John—. No es ninguna broma. Después de discutir un poco sobre el asunto, Frank dijo:

—Está bien. Sólo quiero que se me pague lo que se me debe, y entonces seguiré mi camino.

—¿Estás molesto, Frank? —preguntó John. Se sentía incómodo. Le gustaba Frank y sabía que él se preocupaba sinceramente por Michael.

—Por Dios, no —dijo Frank, haciendo el papel de hombre duro—. Mira, Johnny, si el chico no me quiere, no quiero insistir. Te veo luego.

Frank dio por terminada la conversación. Después abandonó el centro de salud, «porque debía trabajar —recordó—. Estaba desempleado».

Al día siguiente, Frank telefoneó a Kenneth Choi, quien se encontraba en San Francisco.

—Sólo quería decirte que Michael y yo hemos roto —dijo.

—¿Qué? ¿Qué significa eso, «hemos roto»? —preguntó Kenneth—. No lo entiendo.

—Te estoy diciendo que el chico me despidió. Estoy acabado. Kaput.

—Oh —dijo Kenneth—. Eso sí lo entiendo.

Inmediatamente, dentro del grupo cercano a Michael Jackson comenzó a circular que Frank había aceptado la recompensa del millón de dólares, que Michael se había enterado y que por eso lo había despedido. Por supuesto, no era cierto. Kenneth Choi recordó más tarde: «Aquello me impresionó enormemente. Frank dijo que si Michael finalmente fuese a Corea, entonces él quizá obtendría algo de dinero como un extra, pero no antes».

«Frank habría podido obtener un millón de dólares aquel día, pero no lo hizo —confirmó Jerome Howard—. Habría podido aceptar el dinero y no conseguir jamás la firma de Michael. Los tribunales habrían tardado una eternidad en obligarlo a devolverlo, si es que alguna vez lo hacía. Pero es un hombre respetable. Más adelante, Frank me dijo que había hablado con Michael muy delicadamente acerca del plan en Corea. Dijo: "No se puede pedir a Michael de manera directa que haga algo, como lo hizo Joseph por teléfono. Michael debe ser halagado. Su ego debe ser mimado minuciosamente antes de que acepte hacer cualquier cosa". Me pregunto si no lo habría mimado demasiadas veces…».

En realidad, Michael estaba molesto con Frank por diversas razones.

Ante todo, Michael sentía que Frank se había adjudicado demasiado crédito por su éxito. Estaba cansado de que la gente se vanagloriara de lo que él percibía como su propio destino. Ya que Michael se negaba a ser entrevistado, Frank se había formado un alto perfil en los medios como su portavoz. A muchas celebridades —y Michael es una de ellas— no les gusta que sus representantes también adquieran popularidad. El ego de Michael es frágil. Frank se estaba haciendo demasiado conocido para su gusto, ofrecía entrevistas a la prensa, intentaba vender el talento de Michael en su nombre. Cada vez que lo hacía, Michael se avergonzaba.

«Frank ni siquiera es creativo —le dijo Michael a un colega—. Seamos sinceros. A mí se me ocurrían todas las ideas». Michael sentía que Frank también se había vuelto muy dictatorial. Por ejemplo, cuando la gira Bad se presentó en Pittsburgh, ciudad natal de Frank, organizó una reunión para presentar a Michael a sus parientes y amigos cercanos.

—Michael, te espero allí a las ocho en punto —dijo—. ¿Comprendes? —Él conocía a Michael lo suficiente como para saber que podría no aparecer. Esperaba no quedar avergonzado frente a las personas que más quería—. Así que te espero allí, ¿de acuerdo?

Michael no dijo nada. Más tarde se quejó:

—¿Quién es él para decirme lo que debo hacer? Basta. Yo le digo a él lo que debe hacer.

Michael sí apareció, pero una hora más tarde, a propósito sin duda.

Posteriormente, Frank le dio su merecido.

—Me has avergonzado —le gritó—. ¿Cuál es tu problema? ¿Cómo pudiste hacerme eso?

Michael gruñía mientras Frank se explayaba con él. Finalmente, Bill Bray comenzó a gritar a Frank que dejara a Michael en paz.

—Vete al demonio —dijo Bill—. Él no trabaja para ti. Tú trabajas para él. Deberías entenderlo.

Fue una escena desagradable.

Otro motivo tenía que ver con un acuerdo que algunos pensaron que Frank había echado a perder por el bien de Michael: un contrato multimillonario para el lanzamiento nacional del vídeo de noventa minutos *Moonwalker* (que es en parte compilación de clips y en parte, una autobiografía musical).

La película incluye el innovador vídeo de «Leave Me Alone», en el cual Michael parodia su imagen mostrando un santuario a Elizabeth Taylor, el titular de un periódico que reza «Michael confía en el chimpancé» y en un inquietante fragmento baila con el esqueleto del Hombre Elefante. En el vídeo, Michael se mueve en un mundo surrealista de sillas flotantes, enormes dentaduras y atracciones de parque de diversiones. Les llevó seis meses a veinticinco personas realizar el vídeo de cuatro minutos y cuarenta y cinco segundos.

El proyecto le costó a Michael Jackson aproximadamente veintisiete millones de dólares. *Moonwalker* fue lanzado en Japón, pero no en Estados Unidos debido a numerosos desacuerdos. Se había dicho que Frank estaba detrás de la decisión de no lanzar *Moonwalker* a nivel nacional, lo que enfureció a los distribuidores internacionales que habían comprado la película para su lanzamiento en salas comerciales. Cuando se realizó el anuncio de que no habría contrato nacional, muchos cines en el extranjero bajaron la película de cartelera, o redujeron su publicidad y promoción. Esta decisión le costó a Michael muchos millones de dólares menos en los ingresos de taquilla.

Frank finalmente apareció con una oferta multimillonaria para distribuir el film a nivel nacional, pero otra persona del equipo de Michael lo convenció de que no lo hiciera. Por lo tanto, si bien Michael debió de enojarse por el modo en que fue llevada a cabo la distribución de *Moonwalker*, no culpaba a Frank por ello, no por completo, en todo caso.

La mayoría de los asociados de Michael sentían que debía de estar enfadado con Frank, sin embargo, por permitirle gastar 27 millones en *Moonwalker*, un proyecto cuyo presupuesto no debía exceder los cinco millones de dólares. Al final, el vídeo recaudó aproximadamente treinta millones de dólares entre ventas y otros arreglos, un nuevo tributo a la inteligencia negociadora de John Branca y la persistencia de Walter Yetnikoff (la compañía CBS Music Video Enterprises distribuyó la cinta). Ningún vídeo musical había estado cerca de generar esa cantidad de dinero para su artista. Aun así, después de *Moonwalker*, Michael diría que se sentía «pobre» y que

no quería gastar más dinero en grandes proyectos «por mucho, mucho tiempo».

Otro problema con Frank era que Michael se había disgustado con la imagen sensacionalista de sí mismo que, según creía, Frank continuaba propagando. Pero las historias de la cámara hiperbárica y los huesos del Hombre Elefante eran ideas de Michael, no de Frank.

Un artículo que apareció en el *Star* el 2 de agosto de 1988 fue particularmente perturbador para Michael: «Michael Jackson despide a cuatro colaboradores de la gira tras dar positivo en las pruebas del sida». Michael fue citado del siguiente modo: «Realmente le temo al sida. Pienso en verme obligado a almorzar con ellos y estrecharles la mano y pasar tanto tiempo en su compañía». El artículo también decía que Michael estaba gastando una fortuna en llevar su propia sangre congelada con él adondequiera que fuese. «Nunca sabes cuándo necesitarás sangre, y la única sangre de la que puedo estar seguro es la mía», había dicho supuestamente Michael.

Aparentemente, Michael estaba pagando el precio por la idea que había tenido años antes de construir un escudo de plexiglás entre él y su público para protegerse de los gérmenes durante la gira Victory de 1984. Se dio cuenta entonces de que el plan era absurdo y lo había abandonado. Alguien de su equipo lo recordó, sin embargo, y tras adornarlo con un giro en relación al sida, lo vendió a la prensa sensacionalista.

La peculiar idea se le ocurrió a Michael durante el período en que se fascinó con la medicina, tras el accidente de la quemadura. Se había vuelto un lector voraz de libros médicos y disfrutaba leyendo y escuchando acerca de enfermedades terribles. Durante un tiempo, incluso se obsesionó con aprender sobre diferentes cirugías, llegando incluso a ser testigo de operaciones en el Centro Médico de la UCLA (Universidad de California, Los Ángeles).

«Michael siente curiosidad por las cirugías —dijo un antiguo empleado—. Se olvida de todo con ellas. Puede observarlas durante horas. Le gustan especialmente las cirugías plásticas: abdominoplastias, liposucciones, todo eso le encanta. Incluso ha observado cirugías de cerebro».

A pesar de que se interesaba por la medicina, no estaba obsesionado con contagiarse del sida y sólo sentía empatia con respecto a la enfermedad. «Cuando Michael leyó ese artículo, se disgustó —dijo Michael Tucker, un amigo de la familia Jackson (no el actor)—. De todas las enfermedades, el sida era la que más sensibilizaba a Michael. “¿Por qué escribirían esto sobre mí? —dijo—. Ése no soy yo en lo más mínimo. ¿Qué sucederá si la gente cree esto de mí? ¿Qué pensarán?”.

»Se puso furioso y quiso saber dónde se había originado el artículo. “Si me entero de que alguien en mi organización ha filtrado estas hirientes historias, esa persona será despedida. No es broma”, dijo».

No se sabe si Michael despidió a Frank Dileo porque quería acabar con su excéntrica imagen en la prensa sensacionalista. No obstante, las historias continuaron después de que Frank se marchara. No era necesario para nadie dentro del equipo de Michael filtrarlas, los escritores simplemente las inventaban sobre la marcha.

La razón principal por la cual Michael despidió a Frank fue porque estaba desilusionado con que *Bad* no hubiera sido tan exitoso como *Thriller*. «Sólo» había vendido alrededor de veinte millones de copias a lo largo del mundo, apenas un quinto de lo que Michael había deseado. *Thriller* vendió 24 millones en Estados Unidos; *Bad* vendió seis millones.

«Michael estaba ofuscado —dijo un amigo de Frank Dileo—. Tenía su corazón puesto en un nuevo gran álbum. Cuando no obtuvo lo que esperaba, actuó como un pequeño malcriado. Tenía berrinches. Lloraba. Podía ser muy dramático. Frank estaba harto. Tenía mucho con que lidiar».

«Pero lo hicimos lo mejor que pudimos —dijo Frank sobre *Bad*—, Hicimos el mejor disco y los mejores vídeos que pudimos. No tenemos nada de que avergonzarnos». Aunque eso pueda ser cierto, algunos susurraban al oído de Michael que Frank debía haber hecho un mejor trabajo. La duda se abrió paso en la mente de Michael. Tenía que culpar a alguien por lo que consideraba el mal papel de *Bad*. Por lo tanto, culpó a Frank Dileo.

Cerca de un año después, Frank diría: «No hubo advertencia. ¿Me ofendió? Sí. El modo en que fue llevado a cabo fue insultante. Me quitó la fe en las personas. Nunca recuperé completamente la confianza».

Frank sintió que Michael al menos podría haberlo despedido personalmente. Sin embargo, Michael no es una persona sentimental, y nunca lo ha sido. Para Michael, Frank no era «un segundo padre». En realidad era un competente hombre de negocios que había agotado, según Michael, su utilidad.

La madre de Michael obtiene el dinero de la recompensa

Tras el despido de Frank Dileo, la campaña de Katherine Jackson para que Michael fuera a Corea con sus hermanos continuó, pero era imposible convencerlo.

Una vez que Frank estuvo fuera de escena, Jerome Howard telefoneó al contable de Michael, Marshall Gelfand, en busca de ayuda para que apoyara el viaje a Corea. «Por todos los medios —le dijo Marshall a Jerome—. Siempre buscamos el modo de hacer dinero extra para Michael. Telefonea a John Branca, dile que te pedí que lo llamaras, y lo convencerá. Michael ama trabajar, de modo que seguramente irá».

«A estas alturas, los coreanos decían: “Pero ¿qué ocurrirá si Michael no acepta?”. Estaban muy nerviosos —recordó Jerome—, “Bien, entonces ofrézcanle 10 millones para que venga”, dijeron. Es decir, 10 millones además de los 7,5 millones que los hermanos obtendrían para dividir entre ellos. Y dijeron que le ofrecerían un avión de la Korean Airlines para viajar, y otro avión para los hermanos. De este modo, Michael ni siquiera tendría que verlos más que en el escenario. Le envié por fax todo esto a John Branca, quien respondió inmediatamente y dijo: “No, Michael no quiere ir”. Entonces, los coreanos enviaron un busto de oro de Michael para intentar

convencerlo. Aun así, Michael no cambiaba de opinión. No quería ir, pero nadie quería escucharlo.

«Entonces los coreanos me ofrecieron un obsequio, un automóvil, porque pensaron que tendría cierta influencia sobre Michael, lo cual no era cierto —prosiguió Jerome—. Ya poseía tres coches; no necesitaba otro. Pero ellos querían comprarme un Mercedes de dólares. Se lo conté a Katherine y a Joseph, y Joseph dijo: "No te comprarán ningún automóvil". Bueno, los Jackson no me seguirían pagando, así que acepté el Mercedes. Cuando entré con ese coche en la propiedad de los Jackson, Katherine se alegró por mí. Le dije que lo vendería y usaría el dinero para cubrir mis gastos hasta que Joseph pudiera pagarme nuevamente. Ella dijo: "No, tú necesitas ese coche para tus negocios. Te lo han regalado. Consérvalo y no se te ocurra venderlo". Pero Joseph estaba molesto, porque él no había recibido ningún coche. "Son nuestros hijos, Katherine. ¿Por qué Jerome recibe un coche y nosotros no?", quiso saber. Desde ese momento, la actitud de Joseph hacia mí comenzó a cambiar. Comencé a sentir que estaba a punto de cancelar el trato».

Los coreanos aún sentían que si alguien podía convencer a Michael para que hiciera la gira, ésa era Katherine. Por eso subieron la apuesta y le dieron la recompensa del millón de dólares, con la condición de que obtuviera la firma de su hijo en el contrato en catorce días. Jerome Howard le entregó a Katherine los dos cheques por 500.000 dólares.

—No quiero el dinero, Jerome —insistió Katherine—. No me lo entregues.

—Si no te lo doy, entonces tendré que ofrecérselo a Joseph —le advirtió Jerome. Katherine cogió el dinero.

»¿Crees que podrás convencer a Michael? —preguntó.

—Bueno, puedo intentarlo —dijo Katherine—. Michael toma sus propias decisiones, ¿sabes? —Y sacudió la cabeza con incredulidad—. Un millón de dólares, supongo que hemos llegado demasiado lejos.

Joseph jamás imaginó que Katherine tenía un millón de dólares escondidos en algún lugar de Hayvenhurst. Jerome Howard temía que si se enteraba, cobraría inmediatamente los cheques, con o sin la firma de su hijo. Aparentemente, Katherine coincidía en su apreciación, porque no le dijo que estaba en posesión del dinero de la recompensa. Si obtenía la firma de Michael en el contrato, dijo, tenía la intención de entregarle a Joseph la mitad del dinero.

En el último año, Michael había ganado más de sesenta y cinco millones de dólares. Según la revista *Forbes*, en 1988 había sido uno de los artistas con más ingresos del mundo. Podía ser generoso cuando lo quisiera, pero cuando se trataba de su familia, era reticente. Sin embargo, su familia necesitaba su apoyo y creía que Michael debía acudir en su ayuda.

Es cierto que sus hermanos creían que Michael estaba en deuda con ellos. «Michael es muy popular ahora —dijo Jermaine en ese momento— y siento que yo he contribuido gran parte en eso. No sólo yo, sino también mis hermanos. Lo que ha

sucedido con Michael tiene mucho que ver con lo que todos hemos realizado como los Jackson 5». En marzo de 1989, Jerome Howard y Kenneth Choi se encontraban en la propiedad de los Jackson en Encino con Katherine, Joseph y Jermaine, discutiendo el problema en cuestión.

—Creo que lo mejor sería que él se acercara a su familia —dijo Jermaine—. Una vez que has hecho una fortuna, un dólar no es más que un dólar. En algún momento debes comenzar a preocuparte por las cosas importantes, tales como el amor, la familia y la salud.

Mientras conversaban, sonó el teléfono. Katherine atendió la llamada en la planta alta. Joseph fue tras ella.

Unos minutos después, Katherine bajó la escalera a la carrera, jadeando y diciendo:

—Es Michael al teléfono. ¡Es Michael al teléfono! Joseph está hablando con él ahora mismo.

Jerome Howard recordó: «Estaba muy entusiasmada al respecto».

Jermaine se dirigió a la escalera en la que se encontraba Katherine y, exaltado, le dijo:

—Madre, deja que Kenneth hable con él. Deja que Kenneth intente convencerlo. Después de todo, os ha convencido a ti y a Joseph en primer lugar. Él debería hablar con Michael.

Katherine se mostró escéptica.

—No sé si es una buena idea —dijo mientras volvía a subir la escalera. Fue todo muy… frenético—. Pero atiende el teléfono e inténtalo —gritó—. No hará mal.

Según Jerome, Jermaine corrió hacia Kenneth.

—Escucha, tienes que persuadir a Michael.

—Pero… ¿cómo? —preguntó Kenneth, incapaz de hacer nada—. ¿Cómo lo haré? —Se veía desconcertado.

—Hombre, no lo sé —respondió Jermaine. Frunció el ceño; se veía que intentaba pensar en algo, rápidamente—. Pero debes hacerlo. Grítale si es necesario —dijo, burlonamente—. Lo que sea. Sólo hazlo, hombre. Hazlo.

Kenneth Choi atendió el teléfono.

—Michael, se lo ruego, mi país quiere que venga y actúe —dijo en un inglés imperfecto.

Hubo una pausa. Aparentemente, Michael estaba explicando por qué no quería realizar la gira.

—Pero, por favor, Michael, se lo ruego…

Otra pausa.

De pronto, Kenneth comenzó a llorar.

—Pero, Michael, si no viene a actuar a mi país, no tengo otra opción que matarme —dijo, en tono melodramático—. No es broma. Lo haré. —En cuestión de segundos, Kenneth lloraba incontrolablemente.

Jermaine le echó una mirada y cayó de rodillas, riendo a carcajadas. Tuvo que cubrirse la boca para sofocar el sonido. Entonces, Jerome cayó al suelo, también, riendo histéricamente.

Kenneth los ignoró a ambos.

—Lo ve, ésta es mi misión —continuó en el teléfono, mientras las lágrimas caían en cascada por sus mejillas—. Mi misión es llevarlo a usted, el gran Michael Jackson, a Corea para que actúe frente a toda la gente de allí. Debo verlo. Por favor, se lo ruego. Michael, por favor. Por favor.

Finalmente, Michael accedió a encontrarse con Kenneth Choi. No podía resistirse a un hombre llorando.

Según Jerome, cuando Kenneth colgó el teléfono, su conducta cambió inmediatamente y comenzó a bailar por el cuarto, alegremente.

—Dios mío, no puedo creerlo —gritó—. He hablado por teléfono con Michael Jackson. ¡Oh, Dios Mío!

A todo esto, dado que las dos semanas que Katherine tenía para convencer a Michael de que firmara el contrato habían transcurrido, no tuvo otra opción que devolver la recompensa del millón de dólares. Joseph estaba molesto con ella cuando descubrió que poseía el dinero, y aún más furioso cuando oyó que lo había devuelto.

—Habríamos podido usar ese dinero, Katie —le dijo, furioso—. Oh, Dios mío. El mundo entero ha enloquecido si mi propia esposa tiene un millón de dólares y no me dice nada al respecto.

Poco después, Jerome Howard dejó de trabajar para Katherine y Joseph Jackson. «Descubrí que Kenneth Choi se encontraría con Joseph y Katherine a mis espaldas, concertando un acuerdo paralelo. Cuando me enteré del hecho, renuncié».

Habían transcurrido veinte años desde que los Jackson se habían trasladado de Gary a Los Ángeles en busca de fama y dinero. Todos ellos habían llegado a disfrutar de un estilo de vida privilegiado. No obstante, en algún momento del proceso parecían haber perdido toda perspectiva de la realidad. Parecía que ninguno de ellos sabía cuándo detenerse; querían más, siempre más. Cuando los coreanos descubrieron cómo aprovechar esa vena codiciosa, una nueva decadencia inducida por los Moonies se esparció como un cáncer por la familia.

Los Moonies le regalaron a Joseph un Rolls-Royce Corniche; luego recibiría más de cincuenta mil dólares porque, después de todo, era el padre de Michael Jackson y, supuestamente, debía influir sobre él en cierta medida.

Luego, Katherine recibió 35 mil dólares, porque era la madre de Michael.

Más tarde, Jermaine obtuvo un Range Rover, porque era el hermano que, se suponía, tenía mayor poder sobre Michael. (Le cedió el automóvil a Hazel, como parte del acuerdo de divorcio).

Luego, Michael obtuvo 60.000 dólares y un abultado presupuesto artístico, porque era, después de todo, el más requerido. Eso no fue suficiente, sin embargo; de modo que los coreanos le enviaron un Rolls-Royce Corniche, el cual Michael aceptó

gustosamente. ¿Por qué no? Si eran lo bastante tontos como para dárselo, pensaba, él era lo bastante inteligente como para aceptarlo. Ni siquiera estaba seguro de dónde provenía, dijo. «¿Quién es esta gente, y por qué me regalan un coche?», le preguntó a John Branca.

Otras personas recibieron unos cuantos miles de dólares sólo porque conocían a Michael y, se esperaba, tendrían cierta influencia sobre él. Jerome Howard dijo: «Para los Moonies, éstas eran simplemente inversiones, fondos que debían gastar para acercarse a Michael». Incluso el guardaespaldas de Michael, Bill Bray, obtuvo medio millón y, hoy en día, nadie recuerda siquiera por qué o cómo lo obtuvo.

Todos eran lo suficientemente codiciosos como para aceptar tanto como pudieran, antes de que los coreanos finalmente percibieran que las posibilidades de que Michael Jackson realizara alguna vez esos conciertos eran nulas. El punto más bajo de la debacle llegó cuando una de las mujeres de Bill Bray se dirigió a Kenneth Choi diciendo:

—Escucha, mi chico controla a Michael Jackson, y yo controlo a mi chico. Así que, si quieres que este concierto tenga lugar en Corea, será mejor que me ofrezcas algo.

—Está bien, ¿qué deseas? —respondió Kenneth, esperanzado. Quizá ella podía hacer el trabajo del que nadie más era capaz. Ella lo pensó unos instantes—. ¿Qué tal ese Mercedes-Benz 560 SEL estacionado en la entrada?

—Es tuyo —dijo Choi. Y le entregó las llaves.

Finalmente, Kenneth Choi consiguió el encuentro con Michael Jackson que tanto había deseado. Katherine lo llevó consigo a la entrega de premios de Soul Train donde Michael sería homenajeado. Cuando Katherine lo presentó a su hijo, él cayó de rodillas y besó la mano de Michael.

—Mi pueblo lo necesita —le dijo a Michael—. Debe actuar en Corea. Después de todo, Japón ha atacado nuestro país dos veces, y usted ha actuado en Japón dos veces también. Incluso sostuvo en brazos a un bebé japonés.

—¿Qué? —preguntó Michael. Parecía perplejo—. ¿Quién demonios eres tú? Madre, ¿quién es esta persona?

—Pero, Michael, es ese buen hombre de quien te he hablado —dijo Katherine, con entusiasmo—. Kenneth. Ya sabes, el hombre que está organizando los conciertos en Corea.

A juzgar por su mirada, Michael no tenía la más mínima idea de quién era el hombre del que hablaba su madre, o del motivo por el cual el hombre que tenía frente a él estaba de rodillas.

—Mi gente necesita verlo —prosiguió Kenneth—. Usted es un héroe, un santo entre los hombres. —Entonces cogió una cámara de vídeo y comenzó a filmar a Michael.

—¡No, espera! —dijo Michael, cubriéndose el rostro con las manos—. ¡Detente! ¿Ésta es la reunión de la que me hablabas? ¿Eso es lo que es?

—Sí, Michael —dijo Katherine—. ¡Sí! Es él. Kenneth Choi. —Rebosaba de excitación.

—Pero yo no hago negocios con mi familia —dijo Michael, volviéndose a Kenneth—. Y deja de filmarme. Basta, he dicho.

Hacia junio de 1989, tras casi seis meses sintiéndose presionado por todo su entorno, Michael finalmente firmó un contrato para aparecer en Corea, en cuatro *shows* que tendrían lugar en agosto. «No los soporto un segundo más —dijo explicando su decisión—. Esta gente acabará por volverme loco a menos que obtengan lo que quieren, así que, simplemente hagamos la gira y acabemos con esto».

No obstante, cantaría sólo cuatro temas, además de un popurrí con sus hermanos. El resto del concierto sería realizado por los hermanos, sin Michael.

«Lo hago por Katherine», dijo acerca del acuerdo con los coreanos.

La familia estaba eufórica. Por fin, Michael se había comprometido con el proyecto Jackson-Moonie. Sin embargo, nadie recibió el dinero de la recompensa, porque Michael había tomado la decisión por sí mismo. «Él mismo debería haber obtenido el millón de dólares —dijo John Branca—, por haberse entregado a los coreanos». (Hasta la primera edición de este libro publicada en 1991, Michael ni siquiera sabía nada sobre la recompensa ofrecida al miembro de la familia que pudiera asegurar su participación).

Asombrosamente, considerando todo lo ocurrido en los anteriores seis meses, cuando fue firmado el acuerdo y llegó el momento de entregar los millones prometidos a Michael, el reverendo Moon, patrocinador del evento, decidió que la suma acordada era demasiado alta. Según Jerome Howard, Moon quería reducir el pago de Michael: primero a 8 millones de dólares, luego a 7, después a 5, más tarde a 4,5, y, por último, a 2,5 millones de dólares. Finalmente, el acuerdo se desmoronó, completamente.

Como resultado, Michael Jackson acabó siendo demandado por Segye Times, Inc., la compañía financiada por Moon. El reverendo quería recuperar el dinero y todos los obsequios entregados. En el pleito también se nombraba a Joseph, a Katherine, a Jerome Howard, a Jermaine Jackson y a Bill Bray.

Michael, a su vez, demandó a Segye Times, Inc. por ocho millones de dólares alegando que no devolvería los regalos, así como tampoco lo haría el resto de sus allegados.

Hay desacuerdo entre los participantes del proyecto Jackson-Moonie con respecto al responsable de lo ocurrido, pero la mayoría de los colaboradores de Michael concuerdan en que nada habría ocurrido si Frank Dileo hubiera continuado en su rol de mánager de Michael. En el pasado, Frank había interceptado varios acuerdos en relación a la familia aun antes de que llegaran a Michael.

Ni siquiera John Branca pudo proteger a Michael de la debacle porque, cuando él

acudió en su ayuda, ya había tomado la decisión de firmar el contrato. Incluso, algunos observadores opinaban que Michael, que parecía más paranoico que nunca, comenzaba también a perder la confianza en John.

«Ni siquiera sé cómo comenzó todo esto, o cómo me vi envuelto en ello —dijo Michael en aquel momento—. Todo lo que sé es que continuamente decía no, no, no, no. Pero mi familia no aceptaba un no como respuesta. Mira el resultado. Todo el asunto me dio náuseas. Sencillamente, náuseas».

El drama de LaToya

En el verano de 1989, cuando el proyecto Jackson-Moonie ya no era un tema de discusión, le esperaba a la familia Jackson una nueva aflicción a causa de LaToya, de treinta y tres años de edad. Habían oído que se encontraba escribiendo un libro, uno muy diferente del que había escrito Michael. El suyo, amenazó LaToya, diría «toda la verdad sobre mi disfuncional familia». (Aunque uno pudiera pensar que la familia no estaría tan preocupada, teniendo en cuenta que, en abril de 1988, LaToya le había dicho a un reportero: «A mi entender, Michael se ha hecho sólo una Intervención en la nariz»).

Según Marjorie Walker, amiga de la familia por aquel entonces, «Katherine telefoneó a LaToya para preguntarle si era cierto que planeaba escribir un libro. LaToya dijo que no. Mientras tanto, negociaba con la editorial G. P. Putnam’s Sons. Cuando Katherine se enteró de que ya había un acuerdo, se sintió herida. Antes, LaToya jamás le mentía. Los que la conocían comprendían que su comportamiento no era el mismo desde que había conocido a Jack [Gordon], Solía ser una niña terriblemente temerosa de salir de su casa, segura de que su familia no podría hacerle mal. Ahora estaba planeando escribir un libro justamente sobre lo mal que todos se habían comportado».

LaToya firmó un contrato con Putnam, que le adelantaba más dinero por su autobiografía del que Michael había recibido de Doubleday por la suya. El contrato de Michael, según se dice, fue de

- dólares; el de LaToya, de 500.000 dólares.

«No será tan terrible —razonó Katherine—. De todos modos, ¿sobre qué puede escribir?».

Para comenzar, LaToya diría que Michael había sufrido abusos sexuales en la infancia. Cuando esa acusación llegó a los oídos de Michael, se indignó. «Es libre de hacer lo que quiera, si es que pretende vengarse de Joseph y de Katherine por lo que sea —vociferó—, pero que no se valga de mi culo para ello. Jamás hice nada para lastimarla. De modo que detenía, Branca», le dijo a su abogado.

John Branca concertó un encuentro con Jack Gordon para discutir el asunto.

Durante la reunión le dijo a Jack que Michael no quería que su hermana escribiera que había sufrido abusos.

—¿Por qué no? —quiso saber Jack—. Es la verdad.

—Mira, hombre, no sé si es la verdad o no —le dijo John—. Lo que sé es que si lo escribe, Michael la demandará. Eso sí que es endemoniadamente cierto.

Rumores de que Michael sufrió abusos sexuales han circulado durante años en la industria del espectáculo. Michael lo niega. Teniendo en cuenta su negación, no hay mucho más que nadie pueda decir al respecto. Ciertamente, si tal cosa fuera verdad, ya se hubiera sabido, considerando cuán expuesta ha estado su vida en los últimos años.

En posteriores cartas a LaToya y Jack, John Branca reiteró la advertencia realizada en el encuentro: Michael procesaría a su hermana si ella hacía alguna declaración sobre el tema. También indicó que Michael leería todo lo que ella escribiera para comprobar su «exactitud».

Después de recibir esa carta en particular, Jack Gordon telefoneó al antiguo administrador de Katherine, Jerome Howard, para saber si aún tenía el poder de concertar una reunión con ella. Según Jerome, Jack quería ofrecerle un trato a Katherine: si ella y Joseph le pagaban a LaToya cinco millones de dólares, LaToya cancelaría sus memorias.

—Es lo mínimo que pueden hacer por ella —razonó Jack—, considerando todo lo que le han hecho.

Además, si Jerome era quien convencía a los Jackson para que entregaran el dinero a LaToya, recibiría el 10 por ciento del total, es decir, 500.000 dólares.

—Esto es chantaje —dijo Jerome, según recuerda.

—No, no lo es —respondió Jack—. Son negocios. Lisa y llanamente, negocios.

—Bueno, no quiero tener nada que ver con ello —le dijo Jerome—. Presentaré la propuesta a Katherine y haré que se ponga en contacto contigo para resolverlo.

—¿Cómo? ¿No te interesan los quinientos mil dólares? —preguntó Jack con recelo.

Jerome dijo que no. «Telefoneé a Katherine y luego me encontré con ella —recordó Jerome—. Le conté lo que sucedía. Si quería detener el libro de su hija, le costaría cinco millones de dólares. Se la veía disgustada. También le dije que no quería verme involucrado, que Jack me había ofrecido un porcentaje pero yo no creía que fuera dinero limpio. Sugerí que lo mejor sería que su abogado se ocupara del asunto. Supongo que así lo hizo».

Luego, alguien del equipo de LaToya aparentemente filtró una historia en los medios diciendo que Michael había ofrecido a su hermana 12 millones de dólares para interrumpir el proyecto. No era cierto. No obstante, en un aparente intento por mantener el interés en su proyecto, LaToya declaró que «la oferta de Michael es horrorosa, un intento de soborno. Nada me detendrá —dijo, como en un grito de guerra—, sin importar cuánto me ofrezcan».

Jack Gordon hizo entonces la ridicula declaración de que Michael había ofrecido comprar la editorial G. P. Putnam’s Sons, por 48 millones de dólares, sólo para evitar la publicación del libro.

Según un colaborador de Michael: «Lo que realmente sucedió fue que alguien, en representación de LaToya (y no digo ni que haya sido Jack ni que no haya sido porque, francamente, no lo sé) se puso en contacto con la gente de Michael y dijo que Mike debería valerse de varios millones para detener la publicación del libro. Mike se sentía herido. Nunca le había hecho nada a LaToya para causar tal encono, y sentía que Jack estaba dirigiendo todo el asunto. Aun así, fue LaToya la responsable del resultado final. “No se salva sólo por decir que Jack es quien realiza el trabajo sucio —dijo—. Debe asumir su responsabilidad, como lo hago yo”. Yo me encontraba en la habitación cuando Michael tomó la decisión final. “No permitiré que mi propia hermana, un ser querido, alguien que me conoce de toda la vida, me chantajee. No se puede llegar más bajo que eso —observó—. Decidle a LaToya que me tiene sin cuidado si se arroja a un precipicio. No obtendrá ni un maldito centavo de mi parte”».

Para LaToya, la lealtad a la familia era claramente un concepto perteneciente al pasado. De hecho, para continuar agitando el avispero, Jack alegó que los años de LaToya en Hayvenhurst la habían dejado tan furiosa y amargada que incluiría una nueva acusación en su libro: que Joseph había abusado sexualmente de ella.

Katherine se quedó atónita cuando oyó por primera vez tal acusación.

—Pero, eso no es cierto —insistió.

—Vaya, sí que lo es —dijo Jack.

—Pero ¿quién te ha dicho tal cosa? —quiso saber Katherine—. ¿Ha sido LaToya?

Jack respondió que había sido Rebbie.

Katherine se enfrentó a Rebbie, fuera de sí. No obstante, Rebbie negó haber dicho a Jack que LaToya había sufrido abusos por parte de Joseph.

Michael, entonces, telefoneó a LaToya y, como ella misma me lo comunicó: «discutimos sobre muchas cosas, pero principalmente sobre el libro». Cuando Michael quiso saber si incluía alguna crítica sobre él, ella se negó a dar detalles. El verdadero asunto no era el libro, me dijo, sino el hecho de que Michael «está celoso por la gran atención que yo estoy recibiendo. Él quiere acaparar la atención del público».

—Mira, he hecho esto desde que tengo cinco años de edad —le dijo Michael, según recuerda—. Y ahora apareces tú de la nada. ¿Qué justifica tu fama? No la mereces aún, LaToya. No has hecho nada aún.

—¿Cómo te atreves? —exclamó LaToya—. Después de todo lo que he sufrido con esta familia, ¿cómo puedes decirme algo así?

Aparentemente había confundido disfunción familiar con talento artístico. En todo caso, dijo que no quería hablar nunca más con Michael, y colgó bruscamente el auricular.

El 5 de septiembre de 1989, LaToya, de treinta y tres años de edad, y Jack Gordon, de cincuenta, se casaron en Reno, Nevada. Dos días antes, LaToya telefoneó a Katherine y le dijo: «Ya no quiero tener una familia. No tengo padre, ni madre, ni hermanos o hermanas. Reniego de todos vosotros». Los Jackson creían firmemente que LaToya no amaba a Jack, que sólo se casaba para desvincularse de la familia. Jack dijo que seis guardaespaldas los acompañaban en todo momento para prevenir que ella fuera secuestrada por los Jackson. «Jack solía decirme todo el tiempo que Joseph intentaba secuestrar a LaToya, y que ella estaba terriblemente asustada. Según tengo entendido, él solía golpearla cuando era niña», recordó Gary Berwin, cuyos negocios con Joseph se desvanecieron en 1985.

«LaToya no era una persona muy feliz. Había tenido una vida difícil, y por fin había encontrado a alguien de confianza a quien podía amar: Jack Gordon —prosiguió Gary—. Finalmente escapó de aquella familia. Le pregunté a Jack por qué verdaderamente había desposado a LaToya. Le pregunté: "¿Te has casado con LaToya porque realmente la amas, o porque os convenía a ambos?". Él respondió: "No, hombre, realmente la amo". Yo dije: "Vamos, hombre, sé honesto conmigo". Él contestó: "Te lo aseguro, la amo profundamente"».

Deseso más dinero que nadie

En agosto de 1989, Michael Jackson cumplió treinta y un años de edad. Los últimos años no habían sido fáciles para él. Las presiones y demandas de su familia, así como los asuntos de su carrera, parecían someterlo a un continuo estado de ansiedad. Aunque se había ido de casa, jamás había abandonado realmente el nido. Por más que intentaba evitar a su familia, a excepción de Katherine, era incapaz de hacerlo, principalmente porque ellos no cooperaban en ese sentido. Regresaban una y otra vez a por más. De algún modo, los problemas de ellos siempre acababan siendo los de él.

A pesar de que ya había llegado a los treinta, mucha gente en su círculo sentía que Michael no había crecido, que seguía siendo un adolescente en su corazón, jugando con sus pequeños amigos y divirtiendo a niños desfavorecidos en su monumental propiedad. Disfrutaba vistiendo sus numerosos disfraces y se agitaba cuando la gente lo señalaba en la calle, no tanto porque no quería ser identificado, sino más bien porque había dejado su casa pensando que vestía un disfraz tan genial que nadie podría reconocerlo. Visitar Disneylandia, Disney World y Universal Studios continuaban siendo sus pasatiempos favoritos; la fantasía ocupaba gran parte de su vida.

Con respecto a su carrera, se había discutido mucho acerca de cómo proseguir después de fiad. En el momento de imaginar un sucesor de *Thriller*, Michael se había preocupado por competir consigo mismo, *Bad* no había vendido tantas copias como *Thriller* y se sentía desilusionado. Sin embargo, antes que intentar competir con los

dos discos anteriores lanzando uno con material nuevo, John Branca convenció a Michael de lanzar una colección de grandes éxitos, titulada *Decade*, que también incluiría algunos temas nuevos. Era una buena idea. Significaría menor presión para Michael, ahora que precisaba tomarse un respiro.

Michael tenía la intención de entregar *Decade* a la compañía Sony, la empresa matriz de la discográfica CBS Records, en agosto de 1989. Su lanzamiento estaba previsto para noviembre, a tiempo para la campaña de Navidad.

«Deseo más dinero del que nadie jamás haya obtenido», le dijo Michael a John cuando el abogado comenzó las negociaciones con la CBS Records por el nuevo disco. John no lo decepcionó. Acordó un adelanto de 18 millones de dólares, lo cual era, en efecto, «más dinero del que nadie jamás haya obtenido». El acuerdo incluía un adelanto directo de 15 millones de dólares que la CBS recuperaría de los derechos de autor antes de que él comenzara a obtener ganancias con el disco, y una suma no recuperable de tres millones de dólares que constituía un obsequio de parte de su sello discográfico. (En cada uno de los tres acuerdos con la CBS que realizó John Branca para los discos de Michael Jackson, consiguió obtener la suma de tres millones de dólares como bonificación).

Antes de ese contrato de Michael Jackson, los Rolling Stones, también representados por John Branca, habían obtenido el récord al contrato más lucrativo, con un anticipo de cinco millones de dólares por disco. Según el *Hollywood Reporter*, Billy Joel había recibido un anticipo de 1,7 millones de dólares en su momento; Bruce Springsteen, 2,5 millones de dólares, y Madonna, un millón de dólares sin contar las bonificaciones, que podían multiplicar varias veces esa cifra.

Los derechos de autor del disco de Michael Jackson eran de 41 puntos. Lo que eso representa en términos de porcentaje del valor de venta varía en cada formato, de CD a casete y disco; en este caso, alcanzó aproximadamente el 25 por ciento del valor de venta de cada unidad. El 25 por ciento de Michael significó 2,50 dólares por álbum vendido. No obstante, cuando la bonificación de los tres millones de dólares no recuperables fue agregada al valor de los derechos de autor de Michael, alcanzó en realidad el 29 por ciento del valor de venta.

Para poner en perspectiva las ganancias de Michael, Madonna obtenía en ese momento el 18 por ciento. Muchas otras estrellas obtenían el 12 por ciento.

En su totalidad, el nuevo contrato de Michael con la CBS alcanzaría el valor de 50 millones de dólares porque, además del adelanto y la bonificación no recuperable, John Branca había negociado una empresa conjunta con la compañía. De acuerdo al arreglo, la CBS financiaría un sello discográfico de Michael Jackson, subsidiario de la discográfica CBS Records, bajo el nombre de Jackson Records (¡el fantasma de Joseph!), que Michael supervisaría. La CBS proveería el ciento por ciento de los fondos para el nuevo sello, y luego dividiría en partes iguales las ganancias con Michael. También sería dueño de la mitad de las acciones y, por lo tanto, le correspondería la mitad del capital si alguna vez la empresa fuera vendida. Esto

representó un golpe maestro para Michael y una nueva prueba de la magistral capacidad de negociación de John Branca.

Dado que Janet Jackson había acudido repetidas veces al consejo y la tutela de Michael, John sintió que sería la elección más lógica para la primera artista en firmar contrato con el sello. Michael estaba eufórico ante la posibilidad. (A pesar de todo, nunca se concretó. En cambio, Janet firmó contrato con la discográfica Virgin Records por la cifra estimada de treinta y dos millones. Cuando se ultimó, en marzo de 1991, se dijo que era el mayor contrato de grabación de la historia, pero eso era lo que siempre se decía sobre estos acuerdos. Siempre hay un modo de calcular cifras ambiguas y dinero aún no ganado pero previsto, de tal forma que cualquier contrato de grabación por grandes sumas aparezca como «el más grande de la historia»).

Como golpe de gracia para Michael, en lo que respecta a *Decade*, John Branca negoció un adelanto de cinco millones de dólares con la editora musical Warner-Tamerlane Publishing Corporation, la rama editorial de la Warner Bros, que administra los derechos de las canciones de Jackson. (Michael era dueño de todos sus derechos de reproducción. La Warner-Tamerlane no tiene posesión alguna sobre ellos, pero, por una pequeña suma, la compañía recauda el dinero proveniente de los contratos editoriales del mundo entero en relación a sus composiciones). Para un artista, cinco millones de dólares es un gran adelanto por parte de una editora musical; la mayoría de las grandes estrellas recibe cerca de un millón.

Todo estaba dispuesto para esperar un formidable lanzamiento de *Decade*. No obstante, en enero de 1990 era evidente que Michael no llegaría a entregar el álbum. Dudaba acerca del formato, había cierta confusión con respecto a los temas que se incluirían. El plan original consistía en incluir cinco temas de *Off the Wall*, siete de *Thriller*, seis de *Bad* y de tres a cinco temas nuevos: «State of Shock» (el éxito a dúo con Mick Jagger), «Heartbreak Hotel», «Someone in the Dark» (del disco de Michael con la narración de E. T)., «Come Together» y dos antiguos éxitos de Motown que Michael se encontraba remasterizando. Sin embargo, Michael continuaba vacilando con respecto al plan, y, finalmente, su gran amigo, el magnate del espectáculo David Geffen, lo convenció para que renunciara al proyecto por completo. Era preferible que Michael produjera un álbum con material nuevo. (El contrato que John Branca había negociado para él con la CBS y la Warner-Tamerlane se aplicaba a cualquier producto que Michael decidiera realizar). «Allá vamos», nuevamente, debió de pensar John Branca.

David Geffen influye en Michael

Aunque Michael era el único director de todas sus compañías, poseía un comité de inversores que se reunía informalmente una vez al año para discutir sus variadas inversiones. En 1990, ese comité estaba formado por John Branca y su compañero,

Kenneth Ziffren; el contable de Jackson, Marshall Gelfand; John Johnson de la editorial Johnson Publishing Company (que publica las revistas *Ebony* y *Jet*), y David Geffen. El comité no poseía poder real; Michael podía vetar cualquier decisión cinco minutos después de haber sido tomada.

Ninguno de los miembros cobraba dinero por las inversiones realizadas en nombre de Michael. Más que nada, el comité había sido formado por Michael para que estos poderosos personajes se familiarizaran entre sí y estuvieran al tanto de las actividades del otro a lo largo del año. Michael pretendía que sus colaboradores se observaran unos a otros para saber si alguno de ellos se estaba aprovechando de él. Debido a que sus inversiones eran fascinantes —y porque significaba un honor para esos caballeros verse involucrados, aun cuando no representara una ganancia personal para ninguno—. Michael no tenía dificultad alguna en organizar un comité de inversores.

En los últimos meses, David Geffen, miembro del comité de inversores durante diez años, había comenzado a ejercer gran influencia sobre Michael. En cierta ocasión, Michael había firmado un contrato de desarrollo con la productora de David para realizar una película. La tarea de David consistía en procurar un guión que contara con la aprobación de Michael. No obstante, no podían ponerse de acuerdo al respecto. (Michael aún desea realizar una película, una fantástica superproducción, mezcla de *Star Wars* y *Busby Berkeley*).

Es fácil comprender por qué Michael, un hombre apasionado por la riqueza y el poder, se sentiría atraído por alguien como David Geffen. En su artículo del 24 de diciembre de 1990, *Forbes* apodó a David «el hombre más rico de Hollywood» y, en efecto, probablemente lo fuera, y aún hoy lo es, con un patrimonio estimado de más de cien millones de dólares.

David posee la reputación de ser hábil y astuto, un intuitivo genio del mundo del espectáculo que sabe cuándo comprar y, al mismo nivel, cuándo vender. Es inteligente e ingenioso. También puede ser temperamental, y es considerado por algunos colegas como presuntuoso y arrogante. A lo largo de los años, David ha ganado una respetable reputación en el mundo de la música (con su discográfica Geffen Records) y en el mundo del cine, produciendo películas distribuidas por la Warner Bros., incluyendo *Risky Business* y *Bitelchús*. También ha hecho dinero en el teatro coproduciendo el éxito de Broadway *Dreamgirls* con Michael Bennett y ayudando a financiar el espectáculo *Cats* de Andrew Lloyd Webber.

Michael admiraba la inteligencia y la visión de David para los negocios. «Michael me ha dicho que considera a David el hombre más maravilloso que haya conocido jamás —dijo un empleado de Jackson—. Sentía que si escuchaba los consejos de David, él también podría llegar a ser un magnate. Tomaba cada palabra de David como lo había hecho con las palabras de John Branca. Sin embargo, a diferencia de John Branca, Geffen adulaba a Mike constantemente. Él y David se volvieron uña y carne. No sólo poseían una relación profesional, sino también una estrecha relación

personal. David fue quien le dijo a Michael que *Decade* era una idea mediocre y que no debía desperdiciar su tiempo en ella. Convenció a Michael para realizar un disco con material nuevo, y Michael estuvo de acuerdo. De modo que, obviamente, John Branca no es precisamente un admirador de David Geffen».

Se dijo que Michael contrataría a Quincy Jones para el nuevo proyecto. Sin embargo, Michael ya no quería trabajar con él porque sentía que el productor se había vuelto muy posesivo con él y su trabajo, y se había adjudicado demasiado crédito a sí mismo. Michael aún estaba ofendido por el momento difícil que le había hecho pasar con «Smooth Criminal»: Quincy no lo quería en el álbum *Bad*. Quincy, por su parte, sentía que Michael se había vuelto muy exigente e inflexible. Con las emociones tan caldeadas, la pareja que había vendido en su época millones y millones de discos había llegado a su fin. Aun así, Quincy se figuraba que trabajaría con Michael una vez más. Nunca fue informado de lo contrario. Michael, simplemente, comenzó el trabajo sin él; no volvió a trabajar con Quincy desde entonces.

David Geffen había obtenido toda la información financiera sobre Michael —es muy posible que Michael mismo le proporcionara los documentos— y comenzó a discutir con él su relación con la CBS Records. Señaló que Michael había gastado cerca de cuarenta millones de dólares en vídeos para *Bad* (incluyendo el coste de *Moonwalker*), una cifra exorbitante para ese tipo de producciones. David estaba en lo cierto con respecto a ese asunto. Sin embargo, John Branca había obtenido por esos vídeos una enorme suma de dinero para Michael como resultado de su distribución y otros contratos de venta, y la pérdida neta de Michael era «sólo» de 10 millones. Prácticamente nadie en la industria discográfica consigue 30 millones de dólares por vídeos musicales. Pero, aun así, Michael comenzó a creer que la CBS Records estaba haciendo más dinero con él y sus vídeos que él mismo. Pronto estuvo lo suficientemente irritado como para abandonar sin más a la CBS.

Anteriormente, Walter Yetnikoff y Michael Jackson habían tenido una relación extraordinaria. Michael lo hizo subir al escenario en la entrega de los Grammy de 1984. Walter estaba agradecido y creía que la demostración pública de gratitud por parte de Michael le haría ganar millones de dólares a él y su sello discográfico. «No se lleva a los ejecutivos a los Grammy, porque a nadie le interesa —Yetnikoff le dijo a la *Rolling Stone* en 1988—. Volví a la CBS y dije: “Dos millones de dólares más por eso”».

Walter Yetnikoff fue uno los hombres más poderosos de la Industria discográfica durante años. En 1990, la lista de artistas grabando con él incluía a Michael, Bruce Springsteen, los Rolling Stones y Bob Dylan. Pero su poder había decaído en el último año debido al deterioro de su relación con la empresa matriz de la CBS Records, Sony, y, en parte, debido a su distanciamiento de Bruce Springsteen y de su abogado, John Landau. Ahora, que ya no contaba con Michael Jackson, el futuro de Yetnikoff se ensombrecía.

La lucha de los Jackson

En 1990, Janet Jackson alcanzó por sí misma el mayor éxito de su carrera, el álbum titulado *Janet Jackson's Rhythm Nation 1814*, lanzado por la discográfica A&M, del cual muchos temas se convirtieron en éxitos —«*Miss* You Much», «Escapade», «Rhythm Nation», entre otros— y emprendió su primera gira nacional. Tímida y encantadora, talentosa y despreocupada, Janet había resultado ser uno de los hermanos Jackson mejor adaptados. A excepción de la relación con su madre, mantiene distancia del resto de la familia. No obstante, aunque Joseph ya no era su mánager, obtenía ganancias por *Rhythm Nation*.

«He aprendido con el mejor: Michael Jackson —dijo Janet en 1990—. No lo digo sólo porque sea mi hermano. Realmente lo creo. He visto cuán duro trabaja, cuán ambicioso es. Es extraño leer las cosas que se dicen sobre él, la gente simplemente no lo comprende».

Janet también observó: «Michael ha dicho que, de toda la familia, somos quienes más nos parecemos». Janet es la única integrante de la familia que se ocupa de estar presente en la filmación de los vídeos de Michael, sólo para sentarse y observarlo trabajar. Sin embargo, debe admitir que existe cierta rivalidad entre ellos. «Él es muy competitivo —dijo en noviembre de 1990—. Al igual que yo».

Asombrosamente, Michael no era tan competitivo con Janet como se podría presumir. En general, aprobaba sus iniciativas y la aconsejaba siempre que lo necesitaba. Él pensaba que *Rhythm Nation* era la obra de un genio, y su mayor preocupación no era que hubiera vendido tantas copias, sino que no hubiera vendido más. «¿Por qué sólo vendió cinco o seis millones de copias? —le preguntó a un antiguo colaborador—. ¿Y qué representa eso para mí y mi próximo álbum?».

Al igual que Michael, Janet no se ha resistido al bisturí. Se ha hecho al menos dos operaciones en la nariz, y algunos han especulado con una cirugía en los pechos. Pero ella sabe cómo sacar ventaja de sus operaciones. Está sensacional, especialmente tras deshacerse, con una dieta de novecientas calorías al día, del peso que ha estado intentando perder durante años.

El resto de los Jackson no ha llegado muy lejos con sus grabaciones sin Michael. Los discos solistas de Jackie, Jermaine, Marlon y Randy no han vendido como se esperaba. Tampoco lo hizo el excelente disco en conjunto (grabado por Jackie, Jermaine, Tito y Randy) titulado *2.300 Jackson Street*, en homenaje a la calle de Gary donde residía la familia.

Michael estaba molesto porque *2.300 Jackson Street* no había sido un éxito comercial, especialmente teniendo en cuenta que había telefoneado a Walter Yetnikoff para pedirle que le prestara especial interés al disco. Pero la CBS Records no pudo promover satisfactoriamente a los Jackson sin Michael. No es que los hermanos no tuvieran talento; lo tenían. Tras décadas de experiencia, la mayoría de ellos eran cantantes de primer nivel, y campeones del espectáculo. No obstante, no

era sencillo intentar continuar con su propia carrera mientras acechaba la sombra de Michael. El público no parecía querer a los hermanos de Michael; simplemente quería a Michael.

La CBS no renovó su relación con los Jackson tras *2.300 Jackson Street*. No hubo alboroto, como cuando los Jackson dejaron Motown para unirse a la CBS. Más bien, la discográfica se limitó a no renovar los contratos de los hermanos. Los Jackson simplemente se esfumaron.

Sin el liderazgo de Michael, los hermanos no pudieron conseguir un nuevo contrato de grabación.

Rebbie, de las tres hijas sin duda la cantante de más recursos, no ha vuelto a grabar desde entonces.

Las memorias de LaToya, *LaToya. Creciendo en la familia Jackson*, fueron publicadas en septiembre de 1991. En el libro fue extremadamente crítica con su familia, pero generosa con Michael (y no sugirió que había sufrido abusos). Si bien no alegó haber sufrido abusos por parte de Joseph en el libro —el editor no quería afrontar el riesgo legal de tan delicado asunto—, lo hizo a la hora de la promoción. En diversos programas de televisión, alegó que Joseph la había forzado a tener relaciones sexuales con él, y que Katherine cierta vez le había dicho: «Esta noche no, Joseph. Ya ha tenido suficiente».

Una vez más, ¿quién puede saber, considerando las personalidades involucradas en tamaña locura, si las horribles acusaciones que LaToya lanzó contra su padre eran ciertas?

Michael pierde la cuenta de las cirugías plásticas

Siempre se ha especulado mucho sobre la nariz de Michael; es el primer rasgo mencionado cuando se discute, o incluso cuando se bromea, sobre el alcance de sus cirugías. Hacia finales de 1990, la mayoría de la gente había perdido la cuenta de la cantidad de cirugías que Michael se había hecho en la nariz, pero algunos en su círculo calculan que deben de haber sido por lo menos diez. Durante años, cirujanos plásticos ajenos al caso han especulado si la nariz —pequeña y delicada— está hecha de hueso, cartílago o látex. El tema forma parte de los comentarios públicos sobre Michael: ¿cuál es la verdad sobre su nariz?

Lo cierto es que la estructura de la nariz de Michael cedió años atrás, a consecuencia del profundo trauma causado por cirugías previas. La siguiente operación consistió en agregar cartílago en la punta, para sostenerla y reformarla. No obstante, el procedimiento no fue del todo exitoso. Por lo tanto, cuando aparecía en público, e incluso en privado, Michael utilizaba un aplique de látex, una punta de nariz protésica, camuflada con maquillaje teatral.

Es interesante notar que, cuando Michael era visto usando la mascarilla que ya

formaba parte de su imagen, no siempre se debía a que intentaba ocultar su identidad o evitar los gérmenes. A veces se debía simplemente a que no deseaba usar la prótesis. Colocar el aplique implicaba un proceso molesto y frustrante, una cruz que debía cargar diariamente, y ciertos días simplemente no lo toleraba. Por eso la mascarilla.

En marzo de 2003, la revista *Vanity Fair* informó de que, sin la prótesis, Michael «se asemeja a una momia con dos orificios nasales». Era bastante cierto. Sin el aplique, su nariz resultaba más plana, sin punta, y realmente no parecía… Michael Jackson. Consciente de ello, Michael rehusaba ser visto sin la prótesis. Era un diario y doloroso recordatorio de sus elecciones pasadas en relación a las cirugías plásticas, y del impacto que habían tenido en su vida.

Se ha sugerido que Michael era una especie de adicto a la cirugía plástica. «La gente puede volverse adicta fácilmente a la cirugía plástica, al igual que al alcohol, las drogas o la comida», refiere el doctor Alfred Coodley, profesor clínico adjunto de psiquiatría en la UCLA (Universidad de Los Ángeles, California).

«En realidad, es más una obsesión que una adicción —observó el doctor Robert Kotler, cirujano plástico de Beverly Hills que no ha tratado a Michael—. Considero que cada uno debe saber cuándo detenerse. Ése es el mejor mensaje que un cirujano plástico puede transmitirle a su paciente. Un médico concienzudo le dirá a su paciente: "Ya es suficiente"».

Existen diversas razones para la extrema palidez de la piel de Michael, especialmente en su rostro. Primero solía blanquear su piel con diferentes productos químicos. ¿Es posible para una persona negra aclarar su piel? «Sí —dijo Robert Kotler—. No puedes volverla blanca, pero puedes aclararla. Existen compuestos blanqueadores clásicos que se encuentran comúnmente en las cremas blanqueadoras de venta directa como Porcelana. También existen conocidos agentes blanqueadores, una clase de compuestos llamados hidroquinonas, que harán la piel de una persona negra menos oscura».

Un empleado de Michael recordó: «Solía ponerse una crema en el rostro por la mañana y por la noche. Tenía una gran cantidad de pequeños tubos en su kit de maquillaje. Le pregunté de qué se trataba, pensando que sería una especie de nutriente para la piel. Respondió que era "un medicamento". No insistí. Luego noté que cuando Michael salía al aire libre, siempre se cubría el rostro o usaba un enorme sombrero. Parecía aterrado por el sol, como si temiera quemarse».

Según *The Handbook of Nonprescription Drugs*: «Ya que la capacidad del sol para oscurecer la piel es mucho mayor que la de la hidroquinona para aclararla, es imperativo evitar estrictamente el contacto con el sol. Aunque los filtros solares son de ayuda, incluso el espectro de luz visible ocasionará cierto oscurecimiento. La hidroquinona se presenta en crema con una concentración del 2 por ciento que se aplica en una fina capa en el área afectada dos veces al día. Una vez alcanzado el resultado deseado, la hidroquinona puede ser aplicada la cantidad de veces que sea

necesaria para mantener la despigmentación». En el documental sobre Michael realizado por Martin Bashir en 2003, algunos han notado que las uñas de sus dedos parecen manchadas y de color marrón. Posiblemente se deba a que la hidroquinona estimula las células productoras de pigmento en la superficie de las uñas, oscureciéndolas en lugar de aclararlas.

En la década del 1980 se le diagnosticó a Michael una enfermedad de la piel denominada vitÍligo. (Algunos médicos sostienen que el vitiligo fue la consecuencia del daño ocasionado por los productos químicos blanqueadores a lo largo de los años. La enfermedad causa a quien la sufre sensibilidad a la luz del sol).

A finales de la misma década, el dermatólogo de Michael, el doctor Arnold Klein, le diagnosticó lupus discoide —una enfermedad autoinmune que causa oscurecimiento o despigmentación de la piel— en el cuero cabelludo.

Existen dos variantes de lupus: el discoide, superficial; y el sistémico, que puede llegar a ser mortal. Como parte del tratamiento, el médico prescribió las cremas aclarantes de la piel Solaquin, Retin A y Benoquin. Como resultado, se le dijo a Michael que, más que nunca, debía evitar la exposición al sol, una de las razones por las cuales solía vérselo cubriéndose con un paraguas en días soleados. Además, Michael debió administrarse inyecciones de hidróxido de cloroquina —un esteroide — en el cuero cabelludo, en dolorosos y recurrentes tratamientos.

Michael también utilizaba una gran cantidad de base de maquillaje para uniformizar el color de su piel, lo que lo hacía verse aún más pálido.

Hablando específicamente de cirugías plásticas, Michael admitía sólo dos intervenciones en la nariz y el surco de su mentón, pero no hacía falta ser un experto en cirugía estética para notar, a todas luces, implantes de pómulos y mentón y toda clase de intervenciones, incluyendo ojos y labios. De hecho, detallar todo el trabajo que Michael había realizado en su rostro es simplemente imposible; sólo él y sus cirujanos podían medir su magnitud. Sus seres más cercanos sostenían incluso que ni siquiera él lo recordaba.

Algunos profesionales han llegado a considerar que Michael sufría un trastorno dismórfico corporal, la condición psicológica de ciertas personas obsesionadas con su apariencia, que se ocupan constantemente de ella, sin conciencia de cómo son percibidos por los demás.

Ciertamente, las cosas no fueron fáciles para Michael. En 1995, cuando lanzó su composición «Childhood» en el disco *HIStory. Past, Present and Future, Book I*, mucha gente se aburrió infinitamente con la constante referencia a su infancia perdida. No obstante, la canción es más que eso: es un ruego de compasión y comprensión. Al observar y repasar los desafíos a los que se enfrentó en relación a su apariencia, el hecho de que Michael Jackson hubiera sido capaz de juntar el coraje para realizar apariciones públicas de tanta exposición, constituye casi un milagro.

Una década chiflada, un futuro incierto

Hacia 1990, las presiones tanto de su carrera como de su familia continuaban entorpeciendo el paso al Michael de treinta y dos años.

En junio de ese año, Michael se encontraba negociando con los Estudios Disney para prestarle su nombre a una nueva atracción mecánica en el parque temático. Al mismo tiempo, David Geffen, que estaba asociado a la MCA (una división de Universal), quería, al igual que Steven Spielberg, que Michael apareciera en la inauguración del parque de atracciones Universal en Florida. No obstante, Michael Eisner, a la cabeza de Disney, le dijo a Michael que si tenía algo que ver con la MCA-Universal, jamás podría volver a asociarse con Disney. Lo cual era una imposición.

Michael quería desesperadamente a Disney de su lado, y a Michael Eisner, pero también deseaba mantener su amistad con David Geffen y Steven Spielberg. Se lo vio afligido por este asunto durante semanas, hasta que el dilema se volvió insoportable en su mente.

El 3 de junio de 1990, Michael fue ingresado en el Hospital y Centro de Salud St. John de Santa Monica. Acompañado por Steven Hoefflin, se tocaba el pecho con las manos y se lo veía mareado, pálido y débil. Posteriormente se informó que había sufrido dolores en el pecho mientras realizaba sus ejercicios de danza dominicales.

El hospital inmediatamente realizó numerosos exámenes diagnósticos, incluyendo una prueba de sida. La prueba dio negativa, como se esperaba. Sin embargo, se determinó que sufría de una deficiencia enzimática y se encontraba anémico, probablemente debido a su estricta dieta vegetariana.

La hospitalización de Michael ocupó los titulares durante días. El presidente Bush, Liza Minnelli y Elton John telefonearon para desearle la mejoría. Katherine y otros miembros de la familia lo visitaron. LaToya le envió una docena de rosas negras, un gesto extraño, pero, según explicó: «Considero que son hermosas». Sus admiradores permanecieron noches enteras de guardia a la entrada del hospital.

Se informó que Michael padecía una afección llamada costocondritis, una inflamación de los cartílagos en el sector frontal de las costillas, una enfermedad comúnmente presente en jóvenes atletas, debido al excesivo ejercicio y al estrés.

«Qué tontería —observó un antiguo colega cercano a Michael—. El muchacho ha tenido un ataque de ansiedad».

En efecto, Michael había presentado síntomas de sudoración, temblores y jadeos normalmente asociados al clásico «ataque de ansiedad», un desorden psicológico sufrido a menudo por personas sometidas a un gran nivel de estrés y ansiedad.

Michael había sufrido tales ataques en su adolescencia; y siguió sufriéndolos de vez en cuando. Debido a que su estancia en el hospital generó enorme publicidad en el mundo entero, seguramente le avergonzaba decir que había sufrido un ataque de pánico, de modo que sus representantes mencionaron una enfermedad de la cual nadie en el planeta había oído hablar, razón por la cual el público tuvo que aceptarlo.

El portavoz de Michael, Bob Jones, admitió que Michael había estado «bajo cierto estrés, últimamente». Declaró que lo había entristecido la muerte, relacionada con el sida, de su amigo Ryan White, de dieciocho años, quien había ganado un largo juicio para acceder a la escuela pública y se había enfrentado al prejuicio hacia él y las demás víctimas de la enfermedad. Bob también dijo que Michael continuaba afligido por la defunción de su abuela materna, Martha Bridges, fallecida en mayo, y Sammy Davis, Jr., fallecido en el mismo mes. Y también que estaba inquieto porque el trabajo de su álbum progresaba lentamente. No hizo mención al verdadero problema, la decisión de ser leal a Universal o a Disney, por no mencionar las situaciones que había atravesado recientemente con los miembros de su familia y asociados de negocios.

Una vez que Michael fue dado de alta en el hospital, emprendió la tarea de reorganizar sus asuntos. En privado manifestó que a su regreso de la gira Bad habría despedido a todos los miembros de su equipo. «No confío en nadie —le dijo a un asociado—. Excepto en Katherine».

Frank Dileo había sido despedido al finalizar la gira, y aparentemente Michael no sentía remordimientos por su decisión. Aún se comunicaba con Frank, pero sólo mediante intermediarios, cuando se sentía inquieto por algo. Por ejemplo, cuando Michael oyó que alguien estaba difundiendo nuevamente rumores de que era homosexual, hizo que un asociado telefoneara a Frank para preguntarle si había sido él la fuente de la historia. Frank se sintió herido. Posteriormente dijo que se preguntó cómo una persona a la que alguna vez había considerado como su hijo podía mostrarse tan receloso. Sin embargo, sabía desde siempre que Michael era un hombre desconfiado. Dos meses antes de despedirlo, había adquirido en una empresa de seguridad de Nueva York un maletín que incluía una grabadora camuflada y seis aparatos de interferencia radiofónica para su vivienda. El maletín podía ser usado para grabar reuniones en secreto, y los aparatos de interferencia radiofónica impedían que se pudieran registrar sus conversaciones telefónicas.

Tras la gira Bad, Marshall Gelfand, contable de Michael durante siete años, recibió su notificación de despido por parte de John Branca. Michael sentía que él era demasiado conservador en sus estrategias de inversión e hizo que John contratara a un nuevo contable, Richard Sherman, que también trabajaba para David Geffen.

Hacia el verano de 1990, Michael también había comenzado a desconfiar de John Branca. En los últimos meses, a pesar de las muchas capacidades de John, Michael había comenzado a dudar de él, y sus asociados han dicho que la apreciación personal de David Geffen sobre John distorsionó su percepción del poderoso abogado. Por ejemplo, Michael se preocupó repentinamente por la identidad de los otros clientes de John. A Frank Dileo no se le había permitido ni siquiera poseer otros clientes, pero John era un abogado que había ejercido el oficio antes de aquel día de principios de 1980 en que Michael había entrado a su oficina. En 1990 disponía de veinticinco clientes además de Michael.

Anteriormente, en 1988, John Branca había representado a los Rolling Stones en la gira internacional Steel Wheels. Cierta vez que Michael le consultó telefónicamente acerca de un asunto de negocios, John mencionó que estaría en Barbados durante una semana. Michael quiso saber la razón del viaje. Cuando John le respondió que se trataba de un viaje de negocios, Michael se volvió suspicaz. Quería saber qué clase de negocios tenía en Barbados. En vez de mentir, John le dijo que se encontraría con Mick.

—¿Mick? ¿Te refieres a Mick Jagger? —Michael preguntó. Estaba molesto.

John finalmente admitió que estaba representando la gira de los Rolling Stones.

—Bien, ¿es una gira importante? —preguntó Michael—. ¿No será tan importante como la mía, verdad? ¿No será mayor que la mía, verdad?

Probablemente a esas alturas ya no había un modo de tranquilizar a Michael. A continuación quiso saber dónde actuarían los Stones. Cuando John le contestó reticente que estaban considerando el Coliseo de Los Ángeles, Michael se puso aún más ansioso.

—¡El Coliseo! —exclamó—. ¡El Coliseo! Pero es más importante que el Estadio [de Los Ángeles] donde yo hice mi concierto. ¿Cuántas fechas? ¿No estarán realizando tantas fechas como mis hermanos y yo en el Estadio Dodger, verdad? —Estaba frenético. El único modo de acabar con el asunto fue que John interrumpiera la llamada, diciendo que tenía otra en espera.

Cuando John Branca tomó a Terrence Trent D'Arby como cliente, Michael se molestó nuevamente. Consideraba a D'Arby la competencia, tal como había considerado a Prince. Michael le exigió a John que dejara a D'Arby. Branca dijo que lo haría si Michael lo consideraba imprescindible. No obstante, Michael telefoneó entonces a D'Arby, con quien jamás había hablado, para hacerle saber que él (Michael) no poseía control sobre John Branca, y que si el abogado lo abandonaba como cliente, sería únicamente su decisión porque, tal como le dijo Michael a D'Arby: «No tengo reparos en que Branca te represente». En realidad, Michael intentaba mantener una relación amistosa con D'Arby contemplando la posibilidad de que ambos decidieran alguna vez grabar una canción a dúo en el futuro.

Cuando John Branca se enteró de lo que Michael había hecho (el mánager de Terrence Trent d'Arby telefoneó a John inmediatamente después de que d'Arby colgara con Michael), estaba tan desilusionado como enojado con él. Finalmente, John decidió no dejar a D'Arby como cliente; Michael simplemente tuvo que aceptarlo.

Muchos observadores sentían que representar a Michael se había vuelto más complicado y exigente que nunca para John Branca. En la primavera de 1990, John y Michael tuvieron una reunión durante la cual el primero afirmó que sentía que había llegado el momento de que Michael compartiera con él el capital de su editora musical Jackson's Publishing Company. Explicó que quería dedicarle la mayor cantidad de tiempo a elevar el valor de las acciones de la empresa de Michael, y a

cambio pretendía el 5 por ciento de esas ganancias. John debía de saber que sería arriesgado hacer tal proposición a Michael, famoso por su austeridad a la hora de recompensar a sus representantes. Él creía que un ocasional Rolls-Royce o un lujoso reloj era una justa demostración del aprecio hacia sus asesores; no los favorecía mediante porcentajes extra. Hasta ese momento, John había trabajado para Michael por una comisión mensual. En determinados contratos extraordinarios, se incluía un porcentaje para él. Por ejemplo, recibió el 5 por ciento de las ganancias en las giras Victory y Bad. (Mickey Rudin, el abogado de Frank Sinatra durante años, recibió el 10 por ciento de las giras). A esas alturas, Michael se sentía debilitado psíquicamente como resultado del desastre de *Moonwalker*. Le dijo a John que consideraría su propuesta. Después decidió discutir el tema con David Geffen.

Al mismo tiempo, David Geffen intentaba convencer a Michael de que rompiera su contrato con la discográfica CBS Records haciendo uso de una laguna contractual. El contrato de Michael con la CBS había sido firmado en 1983, y enmendado después de *Thriller* en 1985. David creía que los siete años transcurridos desde el acuerdo original le otorgaban a Michael la posibilidad de renegociar el contrato en su totalidad, ya que las leyes del estado de California prohíben los contratos de servicios por un lapso mayor. Ciertos expertos de la industria consideran que David intentaba alejar a Michael de la CBS para poder incluirlo en su propio sello discográfico.

Aunque el contrato de Michael con la CBS había expirado, aún debía a la discográfica la producción de cuatro discos. En efecto, transcurridos siete años, Michael probablemente podría abandonar a la CBS Records. La compañía no podría impedirle que grabara con otro sello discográfico. No obstante, podría hacerle una demanda por daños y perjuicios, en base a la pérdida de las ganancias estimadas por los discos no entregados. Esta suma de dinero se derivaría de las cifras obtenidas por *Off the Wall, Thriller* y *Bad*. La CBS Records podría entablar un gran juicio contra Michael. David pretendía desestimar el posible litigio («Todo se resolverá por sí solo», dijo). John Branca no estaba dispuesto a hacerlo, y él era quien representaba a Michael.

John y David mantuvieron una acalorada discusión con respecto a la conveniencia de liberar a Michael de su contrato de grabación con la CBS Records, durante la cual John le dijo que se ocupara de sus propios asuntos. David colgó el teléfono.

Entonces telefoneó a Michael y, aparentemente, intentó ponerlo en contra de John Branca diciendo que John no estaba colaborando, y que si Michael no tenía «un buen contrato con la CBS» se debía a la estrecha relación de John con el presidente de la compañía, Walter Yetnikoff. Michael se dejó influir por David, sin detenerse a considerar que realmente gozaba del mejor contrato de la industria discográfica y que John Branca era quien lo había negociado.

El trabajo de John Branca con Michael Jackson puede ser comparado únicamente con el del representante de Elvis Presley, «el coronel» Tom Parker. Aun cuando John no fuera el mánager de Michael, ciertamente tuvo un impacto similar en su carrera

que el del «coronel» Tom en la de Elvis. En 1980, cuando John comenzó a representarlo, el patrimonio neto de Michael era de apenas un millón de dólares. Diez años después, en gran parte debido a la destreza negociadora de John, su valor se aproximó a los trescientos millones de dólares, incluyendo los derechos de publicación, valorados en aproximadamente doscientos millones de dólares. Tal aumento de los valores correspondía al talento de Michael, sin duda, pero también hablaba de la destreza de John para los negocios. A pesar de todo lo que habían atravesado juntos, Michael ahora abrigaba dudas sobre él.

Unos días después de la difícil conversación entre John y David, el primero se reunió con Michael. Algo había cambiado en él, y se volvía cada vez más claro a medida que conversaban; Michael apenas oía lo que decía John y se le veía hostil. Discutieron acaloradamente sobre el compromiso de Michael con la CBS Records. La reunión no dio buenos resultados.

Al finalizar, John regresó a su oficina en Century City. Al día siguiente recibió una notificación por correo expreso de parte del nuevo contable de Michael, Richard Sherman, al cual John había contratado recientemente: los servicios de John ya no eran requeridos por Michael Jackson.

Michael se sentía apenado por haber despedido a John Branca, pero no se sensibilizó por la pérdida. Desde su punto de vista, John había obtenido una fortuna haciendo el trabajo que le gustaba, representando a Michael en importantísimos contratos del mundo del espectáculo. Eso había acabado. Michael lo reemplazó de inmediato por tres aguerridos veteranos de la ley: Bertram Fields (para litigios), Alan Grubman (para negociaciones con la CBS), y Lee Phillips (para asuntos editoriales), todos en estrecha relación con David Geffen.

En marzo de 1991, Michael Jackson finalmente llegó a un acuerdo con la CBS Records, ahora llamada Sony Corp. El contrato estaba estructurado según la base anteriormente establecida por John Branca, incluyendo el 25 por ciento de los derechos de autor y el propio sello discográfico de Michael (entonces llamado Nation Records). El portavoz de Michael alegó que el contrato garantizaba una ganancia de cientos de millones. Algunos periodistas incluso insinuaron que Sony le había otorgado a Michael más de mil millones de dólares. De hecho, Michael podría recibir 120 millones de dólares por cada uno de los próximos seis discos si las ventas, al igual que *Thriller*, alcanzaban el valor de más de cuarenta millones. Si no alcanzaban tales cifras, no recibiría el dinero. Incluyendo adelantos y bonificaciones, el contrato poseía un valor aproximado de cincuenta millones de dólares para Michael, eclipsando largamente el contrato de 32 millones de dólares de Janet Jackson con la discográfica Virgin Records.

En lo concerniente a la carrera de Michael Jackson, su futuro parecía depender del éxito o fracaso comercial de su siguiente disco. Así fue en 1991, y en los años sucesivos.

NOVENA PARTE

Michael conoce a Jordie Chandler

Mayo de 1992. Michael Jackson junto al Wilshire Boulevard de Beverly Hills, su *jeep* echando humo a un lado de la carretera mientras los coches circulan rápidamente en ambas direcciones por los dos carriles atestados. Con sus escasos conocimientos sobre automóviles, Michael siempre se había preguntado qué haría en caso de encontrarse a solas si alguna vez su coche se estropeaba. Cogió su teléfono móvil y marcó el 911. Le dijeron que un desperfecto en su automóvil no se consideraba situación de emergencia, y que debía contactar con el Directorio de Asistencia para localizar una tienda de remolques. «Pero soy Michael Jackson —protestó—. ¿No puedes ayudarme?». La respuesta fue negativa.

Mientras permanecía junto al coche decidiendo qué hacer, Michael fue divisado por la esposa de Mel Green, un empleado de un local de alquiler de automóviles de la zona, llamado Rent-A-Wreck [Alquile-Un-Coche], Ella telefoneó a su marido y le dijo: «No creerás a quién he encontrado en el Wilshire Boulevard dándole puntapiés a los neumáticos de su coche averiado. ¡A Michael Jackson! Deberías acercarte y averiguar qué sucede».

Mel Green se dirigió al lugar a toda prisa y, en efecto, allí estaba: Michael Jackson estrujándose nerviosamente las manos, paseándose de un lado a otro y dando puntapiés a los neumáticos de su vehículo. «Ya lo tengo», se dijo Mel, telefoneando a Dave Schwartz, propietario de Rent-A-Wreck.

—¿Qué? ¿No estarás bromeando? —dijo Dave—. ¿Es realmente Michael Jackson? ¿Estás seguro? Quizá sea uno de esos chiflados imitadores. No es posible que sea Michael Jackson.

—Sí que lo es —dijo Mel—. Lo llevaré allí, de inmediato.

—Entonces debo llamar a June —dijo Dave, entusiasmado. Dave y su esposa, June, se encontraban con problemas conyugales y, a menudo, él no dormía en su casa, aunque la relación seguía siendo amistosa. Telefoneó a June y le dijo que trajera consigo a su hijo Jordie al negocio para «una gran sorpresa».

June y Jordie estuvieron en el local antes que Michael, quien, cuando finalmente apareció, ofrecía un espectáculo imponente, vistiendo un turbante negro con un velo que cubría su rostro y enormes gafas oscuras. También llevaba una camisa de seda de mangas largas, negra; unos vaqueros y unas deportivas de tenis. La única parte visible de su cuerpo eran sus manos, que se veían pálidas.

Siempre que June Chandler-Schwartz entraba en una habitación, atraía la mirada de todos los presentes. Era una mujer sumamente atractiva de ascendencia asiática, cabello oscuro hasta los hombros y flequillo recto sobre la línea de los ojos. Su sonrisa era incandescente; su modo, extrovertido, y se movía con gracia y elegancia. Michael se sintió rápidamente atraído por ella mientras se presentaba animadamente a sí misma y a Jordie.

En realidad, Jordie había visto a Michael en diversas ocasiones a lo largo de los

años, la primera vez en un restaurante de Los Ángeles cuando él tenía unos cuatro años de edad. El pequeño no se había acercado a Michael, por supuesto, pero en cambio no le quitó los ojos de encima mientras duró la comida.

Ese mismo año, 1984, Michael sufrió la quemadura al filmar el anuncio de Pepsi. Al igual que miles de admiradores, Jordie le envió una carta y una foto suya al Brotman Memorial Hospital donde Michael se recuperaba. En la nota incluyó su número de teléfono. Dos días después, para gran emoción de sus padres, Michael telefoneó a Jordie para agradecerle la nota, y decirle que lo consideraba «un niño encantador».

En 1989, cuando Jordie tenía nueve años, el mánager de Michael, Frank Dileo, contactó con su madre para preguntarle si ella y su familia desearían cuatro entradas para ver el concierto de Michael en Los Ángeles. Por supuesto, ella aceptó. Disfrutaron del espectáculo pero, aunque lo intentaron, no pudieron encontrarse con Michael tras el concierto. A medida que transcurrieron los años, Jordie continuó con su devoción de admirador adolescente hacia Michael Jackson.

En la primavera de 1992, Jordie ideó una parodia de la película de Kevin Costner, *Robín Hood, príncipe de los ladrones*, la cual tituló *Las locas, locas aventuras de Robín Hood*. Para sus doce años, Jordie era asombrosamente creativo. Él y su padre, Evan, escribieron el guión (junto al amigo de Evan, J. D. Shapiro) y con la ayuda de algunos amigos de Evan relacionados con el mundo del espectáculo, padre e hijo consiguieron que el guión fuera filmado. A pesar de que la película, producida por Mel Brooks, no fue un éxito comercial, el joven tenía otras dos ideas en mente y se encontraba trabajando en ellas con su padre. Para el joven Jordie Chandler, nada parecía imposible. Ahora se encontraba cara a cara con su ídolo, el llamado «Rey del Pop».

Jordie tenía el cabello oscuro y grandes y luminosos ojos. Estaba dejando de ser un niño, pero ciertamente aún no era un hombre. Su rostro era delgado y anguloso, sus rasgos afilados suavizados por la tez mate. Cualquiera que lo observara habría dicho: «Ese niño será asombrosamente guapo dentro de unos diez años». No obstante, de pie frente a Michael, no era más que un niño con una gran sonrisa en el rostro.

June anotó un número de teléfono y se lo entregó a Michael.

—Deberías visitar a Jordie alguna vez —sugirió, como si la idea de un niño de doce años siendo «amigo» de una estrella de pop de treinta fuera lo más natural del mundo.

—¡Mamá! —protestó Jordie, avergonzado.

—Jordie —dijo ella, según el posterior recuerdo de Jordie—. Podríais ser buenos amigos.

—Seguro —dijo Dave Schwartz mientras entraba en el cuarto—. Hazle una llamada, Michael. Es tu mayor admirador.

—Sí, de acuerdo —dijo Michael mientras firmaba el último papel para el alquiler

del coche. Cogió el papel de manos de June y lo guardó en su bolsillo. Entonces, Michael levantó sus gafas oscuras y observó al niño de doce años de edad—. De acuerdo, te llamaré, Jordie —dijo—. ¿Vale?

—Sí —respondió el joven, y le dedicó una deslumbrante sonrisa al cantante—. ¡Fabuloso!

—Eso mismo —exclamó Michael, divertido con el entusiasmo del joven—. ¡Fabuloso! —repitió.

¿Alguien conoce su infancia?

Por supuesto, Michael Jackson se relacionaba mucho con los niños, visitaba regularmente a chicos enfermos en sus giras e invitaba a jóvenes desfavorecidos a recorrer su morada. Sus actividades filantrópicas, incluidas aquellas ejecutadas por su fundación Heal the World (Curar al Mundo), eran bien conocidas. En el pasado, Michael había sido visto en compañía de jóvenes celebridades, tales como Emmanuel Lewis y McCauley Culkin, así como con muchos jóvenes que no eran famosos, razón por la cual la madre de Jordie y su padrastro no vieron nada inusual en alentar la amistad entre el ídolo pop y su hijo.

«Uno de mis pasatiempos preferidos es estar en compañía de niños —explicó Michael en una entrevista—, conversando y jugando con ellos. Los niños conocen muchos secretos y es difícil hacer que los cuenten. Los niños son increíbles. Atraviesan una fase brillante, pero cuando alcanzan cierta edad, la pierden. Mis momentos más creativos casi siempre se producen cuando estoy con niños. Cuando estoy con ellos, la música me resulta tan simple como respirar. Cuando me siento cansado o aburrido, los niños me reaniman. Dos ojos castaños me observan tan inocente, tan profundamente, que murmuro: “Este niño es una canción”».

A comienzos de los años noventa, el interés de Michael Jackson por los niños era generalmente observado como extravagante, pero no necesariamente inapropiado.

Se creía que Michael no sólo era virgen, sino también asexual. Era considerado «mercancía estropeada», un artista brillante que dedicaba todo a su trabajo porque no poseía una vida personal satisfactoria. Nadie realmente creía que hubiera tenido romances con chicas como Tatum O’Neal o Brook Shields, sin importar cuánto insistiera él en que dichos amoríos habían ocurrido. En general, su vida personal inspiraba una especie de piedad. Era una rareza, un intérprete brillante y un artista legendario cuya imagen resultaba desconcertante y excéntrica, pero no sexual. Incluso cuando se tocaba la entrepierna en los conciertos, la acción no poseía mayor connotación sexual que cualquier otro de los inteligentes movimientos de su coreografía. También, por supuesto, estaba todo el asunto de su «infancia perdida»…

«Es un hombre que jamás ha tenido infancia —me explicó Bert Fields, uno de los abogados de Michael, como si yo no conociera sus orígenes—. Por eso está viviendo

su infancia ahora, ¿comprendes? Sus amigos son niños. Juegan a lucha de almohadas. Es todo muy inocente».

Yo mismo tuve una discusión con Michael acerca de este asunto en 1991, tras la publicación original de mi biografía sobre él. Me crucé con él y LaToya en una convención de coleccionistas de discos en el aparcamiento de la discográfica Capítol Records en Hollywood. Llevaba una camisa rojo brillante, pantalones negros de satén… y una mascarilla negra. Cuando LaToya fue en busca de discos de *The Partridge Family*[7] Michael y yo comenzamos a conversar acerca de su infancia. «Echo de menos mi infancia», dijo, entristecido.

Habiendo presenciado personalmente un fragmento de la infancia de Michael en Encino, opiné que quizá su infancia no fuera tan mala como la recordaba. Si bien ha vivido aislado del «mundo real», y ésa es la razón por la cual prácticamente se ha retraído de la sociedad, de hecho, Michael ha vivido más experiencias que la mayoría de la gente. Por ser un artista sumamente talentoso, ha viajado varias veces alrededor del mundo, entreteniendo a gente de todos los colores, razas y religiones. Conoce de cerca el regocijo de una ovación ensordecedora, la excitación de una multitud apretujada. Sabe lo que significa ser «especial», tener la posibilidad de realizar peticiones y esperar que sean cumplidas sólo porque es él quien las realiza. Sabe lo que significa poseer una enorme fortuna, ser capaz de entregarle a su madre un millón de dólares para que no se vea obligada a trabajar. Ha experimentado el placer de dar, de ser caritativo, de ver iluminarse el rostro de niños mortalmente enfermos sólo por ser quien es.

—Muchos niños se mueren de hambre, Michael —le recordé—. Muchos niños son pobres, se vuelven adictos a las drogas. Muchos niños no viven en mansiones con sirvientes. Muchos niños pasan por cosas mucho peores de las que tú has pasado. De hecho —le dije, quizá con excesiva confianza—, creo que has vivido una infancia agradable. Has viajado. Has tenido amigos. Has hecho lo que querías, ¿no es así? Has cantado. Has entretenido. Ha sido divertido. Creo que echas de menos tu infancia, sí. Pero no creo que no la hayas tenido.

Michael me observó, enfurecido.

—No, ha sido horrible —replicó—. He tenido una infancia terrible. Todas las actuaciones. Todas las grabaciones. Mis admiradores se apoderaron de mi vida —dijo, apuntándome con el dedo—. Jamás se me permitía jugar —se quejó—. Ha sido horrible.

»Nos vemos —dijo, volviéndome la espalda—. Iré en busca de La Toya».

El recuerdo de ese breve intercambio ha permanecido conmigo a lo largo de los años, en especial cuando la explicación prevaleciente sobre el cada vez más inusual comportamiento de Michael comenzó a ser que se había «saltado» su juventud.

«Un lugar donde los niños tienen derechos».

Una semana después de conocerlo, Michael Jackson telefoneó a Jordie Chandler. Mientras los dos hablaban sobre su vida y sus pasatiempos, Jordie expresó su interés en los videojuegos. Michael entonces invitó al niño a su «escondite», un apartamento que mantenía en Century City, California, un lugar del cual la mayoría de la familia y miembros del equipo de Michael sólo había oído hablar, pero nunca había visto realmente. Michael explicó que había una máquina de videojuegos en el apartamento y creía que Jordie seguramente se divertiría allí. Por supuesto, Jordie quería ir. Sin embargo, cuando le pidió permiso a su madre, ella se negó, alegando que se acercaban los exámenes escolares y el niño debía estudiar. Pero en las semanas siguientes, Michael continuó telefoneando a Jordie; los dos se hicieron rápidamente amigos.

El 27 de junio de 1992, Michael se embarcó en su gran espectáculo Dangerous, el primero de treinta y nueve conciertos que se realizarían en la primera etapa de la gira, en Múnich, Alemania, en el Estadio Olímpico. Se trataba de una compleja producción con llamativos efectos especiales y de luces, bailarines, músicos y otros involucrados; en definitiva, una fantástica y multimillonaria presentación. En total, Michael realizaría dieciocho números —incluyendo los éxitos «Wanna Be Startin' Somethin'», «Thriller», «Billie Jean» y «Beat lt»— y cuatro temas del reciente disco *Dangerous*. Al finalizar el espectáculo, frente a cerca de setenta y cinco mil personas, Michael aparentaba salir disparado fuera del estadio atado a un cohete. (En realidad, un doble realizaba el truco, que era orquestado por el ilusionista David Copperfield). Incluso sin John Branca al mando, Michael estaba tomando decisiones victoriosas; vendió los derechos de la gira a HBO por 20 millones de dólares, la mayor suma jamás otorgada por un concierto en directo. Cuando la cadena televisiva emitió el último concierto de la primera etapa de la gira, alcanzó el mayor índice de audiencia hasta esa fecha.

Debido a que Michael estaba presente en todos los aspectos del concierto, desde el sonido y la iluminación hasta el vestuario y la venta de entradas, el espectáculo le demandaba toda su atención. Es sorprendente que, aun así, lograra pensar en Jordie Chandler. Durante los siguientes nueve meses del viaje, Michael telefoneó a su nuevo amigo todas las semanas. Para Michael, Jordie parecía haberse transformado en su conexión con el mundo real, con su hogar, mientras actuaba frente a cientos de miles de extraños que lo adoraban. De hecho, Michael estaba acompañado por el niño australiano de once años Brett Barnes y el niño de nueve años Prince Albert von Thurn und Taxis, hijo de Gloria von Thurn und Taxis de Baviera, uno de los niños más ricos del mundo. Su equipo estaba acostumbrado a alojar a niños durante los viajes con Michael, nadie jamás lo cuestionaba. Sin embargo, a pesar de que otros niños estaban junto a él, los pensamientos de Michael se dirigían a Jordie. Según el recuerdo de Jordie sobre sus conversaciones nocturnas de larga distancia, Michael le habló de Neverland. «Es un lugar donde los niños tienen derechos», dijo Michael, prometiendo llevar allí a Jordie en cuanto se completara la gira Dangerous.

Michael también le habló a Jordie de sus obras de caridad, le dijo que había recaudado fondos para organizaciones para niños necesitados alrededor del mundo con su fundación Heal the World, y le mencionó sus planes para un Congreso Mundial de los Niños, donde se reunirían jóvenes de cientos de naciones. «Los niños —explicó Michael— son la esperanza del mundo». En ciertas ocasiones, dijo Michael, él enviaba a los miembros de su equipo a una juguetería en una de sus camionetas. Los empleados cargaban la camioneta con juguetes «hasta que no quedara un solo centímetro libre», y los llevaban a Neverland. Entonces, «mientras se agrupan a mi alrededor, riendo felices», Michael distribuía los juguetes a todos los niños necesitados. También prometió presentarle algún día a Elizabeth Taylor, diciéndole: «Es realmente vieja, pero muy agradable. ¡Ha ganado como quince Óscars!». (En realidad, Taylor ha ganado dos).

Cuando Michael volvió a su hogar tras la última escala de la primera etapa de la gira (Japón), el 31 de diciembre, se encontró con que Elizabeth Taylor había engalanado Neverland para la Navidad, con elaborados adornos por valor de cientos de miles de dólares. Aunque Michael, criado como testigo de Jehová, jamás celebraba la Navidad, se sentía maravillado por el gentil gesto de Elizabeth. Telefoneó a Jordie para contárselo. «Deberías verlo —dijo, según recordó luego el joven—. Es como “El país de las maravillas de invierno”[8]. Lo único que lo haría más bonito sería que tú estuvieras aquí. Entonces sería absolutamente perfecto».

Sin embargo, Michael estaba demasiado ocupado para entretener a ningún huésped en Neverland. En su agenda figuraba, el 16 de enero, la entrega de Premios Imagen de la NAACP (Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color); el 19, el Baile Inaugural del Presidente Clinton y, luego, los American Music Awards, el 25. Cada actuación requería días de ensayo. Luego, el 31, tenía la Superbowl, donde se presentó junto a un coro de setecientos cincuenta integrantes mientras las noventa y ocho mil personas de la platea exhibían tarjetas ilustrativas para promover la fundación Heal the World. Al finalizar el espectáculo, tres mil quinientos niños se unieron a Michael en el escenario para cantar «Heal the World». La actuación de Michael fue vista por ciento veinte millones de personas.

El 10 de febrero de 1993, Michael le concedió una entrevista a Oprah Winfrey, que se televisó a nivel internacional. Michael y Oprah ofrecieron al mundo un recorrido nocturno por Neverland y Michael reveló, por primera vez, que sufría de vitiligo. También habló de su «novia» Brooke Shields. Cuando Oprah insistió en saber si Michael era virgen, él aclaró que era «un caballero. Puedes llamarme anticuado si lo deseas». Cuando se le preguntó sobre las cirugías plásticas, dijo que había tenido «muy poquitas. Las puedes contar con dos dedos». Elizabeth Taylor hizo una aparición sorpresa, como si pasara por allí, para declarar que Michael «es el hombre menos extraño que he conocido». (Michael luego le regaló un collar de diamantes de 250.000 dólares para agradecerle el cumplido). Fue una emisión fenomenal, con índices de audiencia récord, con más de noventa millones de

espectadores; el cuarto programa de entretenimiento más visto en la historia de la televisión de Estados Unidos.

Al día siguiente, Michael telefoneó a June Chandler para invitarla a su propiedad a ella, a Jordie y a su medio hermana Lily, durante el fin de semana. Con Michael apareciendo tanto en los titulares tras su entrevista con Oprah, a June seguramente le pareció increíble que la invitaran a ella y a su familia al mismo lugar que poco antes había aparecido en la televisión, y que incluso le ofrecieran pasar la noche allí. June aceptó la invitación de Michael.

June y los niños llegaron a Neverland el viernes, después de mediodía. El criado que los recibió sugirió que se acomodaran en la sala de estar para esperar al «señor Jackson» mientras se apresuraba a servirles un refresco. June, Jordie y Lily se sentaron en uno de los sillones y observaron a su alrededor, boquiabiertos. Sencillamente, no podían creer lo que veían sus ojos. ¿Era posible que conocieran al propietario de todo aquello?

La sala de estar de la mansión seudo-Tudor de veinticinco habitaciones era inmensa y estaba equipada con un opulento mobiliario, pero a pesar de ello no perdía la calidez y la elegancia, con paredes revestidas en pino, delicadas antigüedades italianas (un tanto recargada, por supuesto, pero para Michael nunca es suficiente), y grandes sillones mullidos, en los cuales uno se hundía quince centímetros al sentarse. Aquí y allí se veían excéntricos tesoros: maniquíes de tamaño natural de ancianos y niños tomando el té; gigantes retratos al óleo de Elizabeth Taylor en elaborados marcos, dorados y esculpidos; el vestido blanco bordado con cuentas que lleva Diana Ross en la escena final de la película *Lady Sings the Blues*, dentro de un gran estuche de cristal, con luces magenta brillando a su alrededor. También había fotografías de niños y niñas, por todas partes. La casa estaba en perfecto silencio; inmóvil. Todo estaba tranquilo como un sepulcro, sin música, sin un sonido.

Fuera, hasta donde alcanzaba la vista, más de ochenta hectáreas de paisaje bucólico recordaban a la campiña inglesa. Era imposible imaginar que alguien fuera el propietario del lugar, inmenso como era, con su lago azul oscuro de una hectárea y media en la distancia. Aquí y allí se veían estatuas en homenaje al autor escocés J. M. Barrie y su personaje Peter Pan. Desde más de cien altavoces, camuflados como rocas en los parterres, se oía música de Disney (nunca música de Michael, que pocas veces escuchaba). También había un zoológico con una reserva de caimanes, jirafas, leones, una pitón albina de tres metros y medio y un elefante de trescientos kilos llamado Gypsi (obsequio de Elizabeth Taylor). Además estaba Cricket, el semental de poco más de medio metro de altura; Petunia, la cerda barriguda; y Linus, la oveja de medio metro de altura. Por supuesto, el chimpancé Bubbles también vivía en la propiedad; a menudo se sentaba en el cine junto a Michael y comía dulces del dispensador de golosinas. «En ocasiones se quita los pañales y hace sus necesidades en el suelo, pero generalmente es muy limpio», le contó Michael a Jordie. También, por supuesto, había una gran cantidad de atracciones: la rueda de la fortuna, autos de choque, trenes

a vapor… y, para los más pequeños, un carrusel, coches de bomberos y ranas saltarinas. No faltaría quien considerara perturbador el hecho de que hubiera cientos de cámaras de seguridad distribuidas a lo largo de toda la propiedad, escondidas dentro de pequeñas casas para pájaros. Sin embargo, Michael lo consideraba una precaución necesaria. Si alguno de los treinta jardineros a jornada completa o los diez peones no sonreía lo suficiente, o era visto desanimado, era despedido, sin excepción. Al fin y al cabo, se suponía que era un lugar feliz.

«Y bien, ¿qué te ha parecido mi hogar? —preguntó Michael, mientras entraba en la habitación, con una brillante sonrisa de genuino orgullo y satisfacción, llevando una bandeja con cuatro botellas de refresco—. Iba a servirlas en vasos —dijo sobre las bebidas—, pero no logré encontrar ninguno en la cocina —bromeó—. He estado fuera durante tanto tiempo que he tenido suerte incluso de encontrar la cocina». Se mostraba afable, recordó luego June, más de lo que ella hubiera esperado.

El resto del día, June, Jordie y Lily jugaron, nadaron, pasearon en el carrito de golf color lavanda oscuro de siete mil dólares de Michael, y al finalizar la tarde vieron películas de estreno (proporcionadas a Michael por importantes estudios de Hollywood) en su sala de proyecciones privada. Al día siguiente, Michael los condujo a una juguetería que se encontraba a una hora de distancia, la cual fue cerrada por sus dueños durante unas horas para que Jackson y sus acompañantes pudieran comprar a sus anchas. «Podéis llevaros todo lo que queráis», le dijo Michael a Jordie y a Lily. Mientras June observaba, los dos niños corrieron por la tienda, cogiendo juguetes de las estanterías por un valor total de más de diez mil dólares y amontonándolos en tres carritos de compra.

La noche del sábado la pasaron disfrutando del parque de atracciones de Michael bajo la mágica luna llena, primero en la montaña rusa y luego en la noria. Cuando el coche que llevaba a Michael, Jordie, June y Lily alcanzó la cima, el operador detuvo la máquina, como Michael lo había dispuesto. Entonces los cuatro permanecieron sentados allí arriba —June, Michael y Jordie uno junto al otro, y Lily en la falda de su madre— admirando las inmediaciones, orgullo y alegría del cantante. Una suave brisa susurraba en las hojas de los árboles. Parecía haber luces titilantes hasta donde alcanzaba la mirada.

—No sé dónde se ven más luces —dijo June, sin aliento—, si en el cielo o en la tierra.

Los cuatro se perdieron en sus pensamientos, sentados en silencio, bañados por el resplandor plateado del claro de luna. No obstante, Michael se veía taciturno bajo la luz tenue.

—No sabes cuánto tiempo he pasado sentado aquí arriba, solo —dijo Michael, en voz baja—, simplemente sentado aquí arriba en silencio. Todo esto es mío —declaró, señalando las hectáreas a sus pies—, aun así… no tengo nada. Las cosas que realmente deseo son aquellas que no tengo.

—Nos tienes a nosotros, ahora —dijo Jordie, pasando su brazo sobre los hombros

de Michael.

Michael sonrió.

—Mi nueva pequeña familia —concluyó—. Lo único que importa en la vida es tener a alguien que te comprenda, que confíe en ti y que esté contigo cuando envejezcas, nada más.

El domingo por la mañana, June, Jordie y Lily partieron hacia Los Ángeles tras un fin de semana inolvidable. Se acordó que habría una nueva visita.

La noche del sábado siguiente, Michael apareció en la casa de June en una limusina lista para trasladarlos de vuelta a Neverland. Sin embargo, cuando June, Jordie y Lily entraron en el amplio automóvil y saludaron a Michael, se encontraron con otro niño sentado en el regazo del cantante, el pequeño de once años de edad Brett Barnes, al cual Michael presentó como su «primo». (Si bien no son parientes, el joven se presentó como Brett Jackson). Aparentemente, Jordie no sería el único foco de atención para Michael durante ese fin de semana.

Mientras June intentaba mantener una conversación, Brett y Michael parecían estar en su propio universo, dialogando fluidamente, lo cual dejaba ver que la predilección de Michael por Jordie no era, al fin y al cabo, tan exclusiva. Fue un incómodo viaje hasta Santa Bárbara.

Cuando Michael y sus invitados llegaron finalmente a Neverland, guardias uniformados, sirvientas, mayordomos y otros empleados los rodearon, sonriendo con emoción. Michael saludó y sonrió y estrechó las manos de todos. Entonces ordenó a dos de los guardias que llevaran las maletas de June hacia una de las casas de huéspedes. «Oh, y las pertenencias de Brett irán a mi habitación —agregó despreocupadamente mientras Brett se alejaba a la carrera con una de las sirvientas. Entonces, Michael abrazó y besó al resto de sus invitados—. Tenéis Neverland a vuestra disposición —le dijo a June—, así que disfrutadlo. Os amo a todos —dijo con genuina calidez—. Ya lo veréis —agregó—, mañana será un gran día».

«No vuelvas a hacerlo, Jordie»

Como tantas celebridades, Michael sentía cierto vacío interior. Frecuentemente lo admitía; no hacía falta insistir mucho para que se describiera como «la persona más solitaria del planeta». Con el transcurso de los años, especialmente a medida que envejecía, la desesperanza se alojó en su interior. Cuando estaba en el escenario, volvía a la vida y no tenía par; fuera de escena, se sentía… infeliz. No obstante, cuando conoció a Jordie Chandler, todo eso pareció cambiar.

«Michael es un hombre triste —confirmó alguien que trabajó para Michael durante veinte años—. Ha tenido una vida difícil, siempre ha sido un solitario, un inadaptado. Si no se hubiera convertido en una estrella, habría sido la clase de sujeto que vive en Gary, Indiana, solo, en un apartamento de un ambiente, sin amigos y con

un empleo en un laboratorio de revelado fotográfico. Lo que realmente le atrajo a Michael de Jordie fue su humor. Cuando conocía a alguien que lograba hacerle reír, quería que formara parte de su vida. Jordie le hacía reír. Se burlaba de Michael, de su modo de vestirse, de su torpeza, de su manera de conducir. Michael se divertía con el modo irreverente de Jordie. Sentía que a su lado podía ser él mismo».

Solían bailar juntos, Michael le enseñaba los pasos de las coreografías y Jordie los aprendía notablemente rápido. Jordie era inteligente; Michael amaba a los niños perspicaces y Jordie era sumamente creativo. Michael decía que Jordie podría ser algún día un maravilloso director de cine. «Es un visionario —me dijo—. Creo que podría hacer cosas maravillosas».

Habrían podido ser perfectos compañeros, salvo por el hecho de que Jordie tenía trece años y Michael, treinta y cuatro.

«Realmente no creo que hubiera una pizca de maldad en él», dijo June acerca de Michael. Si realmente pensó que había algo extraño en relación a él y a Brett en Neverland, al menos no dijo nada hasta que regresó con su familia a Los Ángeles.

No transcurrió mucho tiempo hasta que Michael los invitó a todos a su «escondite» en el Wilshire Boulevard de Westwood, a unos diez minutos de donde vivían June y Dave Schwartz.

—¿Tienes un parque de atracciones allí también? —preguntó Jordie.

Michael se echó a reír.

—No, tonto. Es simplemente un lugar donde nadie puede hallarme. —Entonces, bajando la voz como si hiciera una importante confidencia, agregó—: Tan pronto como alguien lo descubra, me trasladaré a un nuevo escondite. Cierta vez —prosiguió —, un desconocido llamó a mi puerta y de inmediato cambié de escondite, al día siguiente.

—¿Por qué?

—Porque si un extraño sabe dónde vivo —respondió Michael—, entonces millones lo seguirán.

—Entonces, ¿cuántos escondites has tenido? —preguntó Jordie.

—Cientos —dijo Michael, con una sonrisa—. Cientos de cientos de cientos.

Jordie, Lily y June se divirtieron en el escondite de Michael, tal como esperaban, y, a medida que transcurrían los días, conocían más de sus secretos. Por ejemplo, el 9 de marzo, Michael recibió el Premio Soul Train al Mejor Disco (*Dangerous*) y Mejor Canción («Remember the Time»), En el espectáculo, se lo vio sobre el escenario en una silla de ruedas y cantó «Remember the Time» rodeado de una multitud de bailarines. Explicó que se había lastimado durante los ensayos.

Sin embargo, al día siguiente, en Neverland, arrojó las muletas a un lado. «¡Es un milagro! ¡Puedo caminar! ¡Puedo caminar!», exclamó Michael, mostrando su faceta bromista. Michael jamás se había accidentado; en realidad, había utilizado la silla de ruedas y las muletas como un truco publicitario.

Unos días después, Michael llevó a Jordie, a Lily y a su madre a Las Vegas donde

se alojaron en la *suite* privada de Michael, de un valor de tres mil dólares la noche, en el Hotel Mirage. Michael y Jordie se alojaron en cuartos separados, mientras que June y Lily compartieron uno.

La noche siguiente a su llegada, June y Lily se acostaron temprano, agotadas por las diversiones del día. Por su parte, Michael y Jordie vieron *El Exorcista*. Jordie quedó tan asustado por la película que le pidió a Michael —o él mismo lo sugirió, dependiendo de quién cuente la historia— que le permitiera quedarse con él en la habitación. Como sea, los dos acabaron durmiendo juntos, Michael con su pijama de seda, Jordie vestido con una camiseta y pantalones de gimnasia.

Por la mañana, cuando June fue a la habitación de Jordie, se encontró con que el niño no había dormido en su cama. Mientras permanecía de pie en el pasillo intentando descifrar lo ocurrido, cogió a Jordie escabulléndose del cuarto de Michael.

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Dónde has estado?

—Oh, he dormido con Michael —respondió el niño, con naturalidad, según el posterior testimonio de su madre.

—¿Cómo? —exclamó June—. ¿De qué estás hablando? No hagas eso —dijo, regañándolo—. No vuelvas a hacerlo, Jordie.

—¿Por qué?

—Porque no está bien —dijo June, molesta—. Prométeme que no lo volverás a hacer, nunca jamás, Jordie.

—Pero, mamá…

—Pero, nada —le dijo ella bruscamente—. ¡Prométemelo!

—Lo prometo —dijo Jordie, derrotado.

Al día siguiente, Jordie le contó a Michael la inquietud de su madre. Según recordó luego June, Michael se acercó a ella y, mirándola seriamente, dijo:

—Jordie y yo compartimos una inocente y especial amistad. ¿Por qué le has dicho que no debe dormir conmigo?

—Porque es absolutamente inapropiado, Michael —contestó June, confirmando su punto de vista—. Y no quiero que Jordie resulte herido.

—Pero yo no soy así —dijo Michael—. ¿Cómo puedes pensar que le haría daño a Jordie? —preguntó—. Tenemos una relación amistosa, honesta, verdadera y cariñosa.

Entonces, Michael le contó a June su teoría sobre el «condicionamiento». Dijo que los niños eran inocentes hasta que eran condicionados por el mundo para lo contrario, a partir de lo cual se volvían adultos cínicos y prejuiciosos que mentían, engañaban, chismorreaban y trataban a los otros con mezquindad. Era su deseo, dijo, que Jordie permaneciera puro y a salvo del mundo adulto, incondicionado. Michael se echó a llorar.

June no supo cómo responder al emotivo monólogo de Michael. Su teoría, aunque idealista e ingenua, probablemente era inofensiva.

No obstante, aún había algo inquietante en la propuesta de que a Jordie no se le permitiera convertirse en un adulto común y corriente. Después de todo, el mundo no

podía consistir eternamente en claros de luna y golosinas para su hijo. ¿Realmente deseaba que su hijo se convirtiera en un hombre como ese que a los treinta y cuatro años sollozaba frente a ella? ¿O estaba siendo simplemente «cínica y malpensada», demostrando así la teoría de Michael? Finalmente se disculpó con él por haber herido sus sentimientos. Ambos se abrazaron.

—Debes confiar en mí —dijo Michael.

—Confío en ti —le aseguró June—. De verdad.

Al día siguiente, Michael regaló a June un brazalete de Cartier de rubíes y diamantes de 12.000 dólares. June observó estupefacta a Michael mientras le entregaba el obsequio. «Es simbólico —le dijo Michael—. No es nada. Simplemente que te amo».

En lo sucesivo, Michael continuó telefoneando y visitando a Jordie, con la aprobación de June para el asombro de varios miembros de las familias Chandler y Schwartz. ¿Por qué una estrella millonaria y mundialmente famosa trabajaría tan diligentemente para forjar un vínculo tan profundo y significativo con uno de sus admiradores adolescentes? Nadie parecía encontrar la respuesta a esa pregunta. Sin embargo, el panorama no resultaba tan extravagante desde la perspectiva de los integrantes del equipo de Michael. Muchos de ellos habían visto ir y venir a los jóvenes amigos de Michael a lo largo de los años, y habían aprendido hacía mucho a no cuestionar a su jefe sobre el asunto. Sin embargo, aunque en ocasiones claramente se había obsesionado con ciertos niños, nadie jamás lo había visto hacer nada inadecuado con ellos, nadie jamás lo había acusado de nada impropio… y entonces, dejó de hablarse del tema. La explicación siempre tenía algo que ver con la «infancia perdida» de Michael y su preferencia por los niños se atribuía a que éstos eran inocentes y confiados…, una excusa algo tendenciosa. Hacer terapia habría sido una solución más acertada pero, como lo expuso uno de sus más antiguos colaboradores: «Jamás menciones ese tema con Michael».

El viernes 2 de abril, Jordie Chandler, junto a su madre y su hermana, se dirigieron a Neverland para visitar a Michael. Mientras estuvieron allí, notaron que un par de maniquíes vestidos como feroces indios sij habían sido colocados frente a la maciza puerta doble de caoba del dormitorio del cantante. Él mismo dijo que los había colocado allí para mantener a los fantasmas alejados de la habitación.

Dentro del cuarto, Michael tenía un enorme trono dorado situado justo frente a la chimenea. Resultaba muy extraño.

Esa noche, June y Lily se alojaron en el cuarto de huéspedes. Jordie permaneció con Michael en la habitación dispuesta para un rey.

La madre de Jordie confía en Michael… o no lo hace

June Chandler pasó los siguientes cinco días en Neverland andando a solas y

reflexionando sobre los extraños acontecimientos. Por un lado, confiaba en Michael y no creía que nada inapropiado estuviera sucediendo entre él y Jordie. Pero la certeza de que Michael y su hijo dormían en la misma cama la perturbaba. Sin embargo, era Michael Jackson quien compartía la cama con Jordie. Michael Jackson. June y sus hijos se encontraban alojados en Neverland, recibiendo lujosos obsequios y siendo tratados como reyes. Se dejó llevar por esos pensamientos. Hoy en día, un padre llegaría a la conclusión de que precisamente porque era Michael Jackson el involucrado debería tener buenas razones para extremar la cautela tan sólo por su controvertida reputación con los niños, merecida o no. No obstante, más de diez años atrás, June simplemente no sabía qué pensar de la situación. Por lo tanto, permitió que continuara, especialmente considerando que su marido ya no vivía con ella y los niños, y supuso que una fuerte influencia masculina sería algo bueno para Jordie.

Michael acompañó a June, Jordie y Lily en la limusina de regreso a Los Ángeles. Sin embargo, no regresó a Santa Bárbara, decidiendo en cambio refugiarse en su escondite de Westwood. Tenía un problema médico, y quería estar cerca de su dermatólogo.

En realidad, alrededor de una semana antes, Michael había decidido blanquear su escroto con Benoquin, una crema blanqueadora que le había sido prescrita una gran cantidad de veces en los últimos años por su dermatólogo, el doctor Arnie Klein. Michael había estado utilizando la crema durante varios años para aclarar su piel. Sin embargo, aparentemente, jamás la había probado en su escroto. Finalmente, la crema le provocó ardor y escozor, causándole un malestar descomunal. Debbie Rowe, la asistente del dermatólogo, lo atendió. Como muestra de agradecimiento, Michael le regaló una camioneta GMC blanca.

En cuanto Michael volvió a instalarse en su propiedad, comenzó a añorar a Jordie. Debía hablarle; entonces le telefoneó.

A June no le agradó el modo en que se desarrollaba la conversación. Su hijo respondía a las preguntas de un modo que parecía un código, mediante contestaciones escuetas, tales como «sí», «no» y «quizá». Cuando colgó el teléfono, June le preguntó de qué habían conversado él y Michael. El niño se mostró evasivo.

Cinco minutos después sonó el teléfono de Michael. Era June que telefoneaba para decirle, nuevamente, que estaba preocupada por su relación con Jordie. Michael estaba desconcertado. ¿No habían zanjado ya el asunto? O bien ella confiaba en él, o no lo hacía… Debía tomar una decisión, como le dijo Michael.

Michael sugirió que ella se acercara a su escondite para que pudieran discutir el asunto personalmente. Cuando June llegó, se encontró con Michael en pijama. Le suplicó que le diera una nueva oportunidad.

Le dijo que a menudo había sido incomprendido, y que realmente los apreciaba, a ella y a sus niños. ¿Acaso no lo había probado? Parecía injusto, señaló Michael, que después de todo lo que había hecho por ella y su familia ahora desconfiara de sus intenciones. Él no había sido más que generoso y amable con ellos, le recordó. June

no pudo más que estar de acuerdo.

Michael, entonces, le dijo a June que se sentía solo en su guarida y le pidió que lo llevara con ella a su casa. Ella accedió. Sin cambiarse el pijama, Michael entró en el coche con ella. No es de extrañar, como ella dijo luego, que sintiera que estaba lidiando con un niño, más que con un adulto.

Una vez que llegaron al hogar de los Schwartz, June sugirió que Michael se alojara en uno de los cuartos de huéspedes. Sin embargo, quizá para averiguar si ella realmente confiaba en él, Michael pidió permiso para dormir en la cama de Jordie… con el niño.

El siguiente fin de semana, June, Jordie y Lily se alojaron nuevamente en Neverland. El fin de semana que le siguió, Michael tuvo que abandonar Los Ángeles por un viaje de negocios. No quería ir, y le comentó a sus asociados que se había apegado tanto a Jordie y su familia que no podía soportar alejarse de ellos. En el aeropuerto Burbank, Michael se echó a llorar mientras abrazaba a Jordie, diciéndole que «haría cualquier cosa» con tal de no tener que ir a Filadelfia.

—Voy a extrañarte tanto… —le dijo al muchacho, mientras June y Lily observaban.

—Pero pronto estarás de regreso —lo consoló el pequeño.

—Lo sé —dijo Michael, aún llorando y abrazando estrechamente a Jordie—. Pero es que os amo tanto… Vosotros sois mi verdadera familia —suspiró, mientras ocultaba su rostro en el cabello de Jordie. Luego abrazó a Lily. Finalmente a June—. Regresaré —les dijo—, y continuaremos divirtiéndonos. Lo prometo. —Entonces se volvió hacia Jordie y dijo—: No olvides los deseos. No dejes de repetirlos. —Y le guiñó un ojo, con gesto cómplice.

—No lo olvidaré —prometió Jordie, devolviéndole el guiño.

Cuando Michael abandonó Burbank, Jordie, June y Lily estaban tan afectados que no podían dejar de llorar. Parecían personajes de un melodrama surrealista. Después de todo, Michael sólo se ausentaría poco más de una semana. Realmente no lo conocían tanto, y él tampoco los conocía a ellos, no íntimamente. Aún así, la relación se había vuelto tan intensa que June no podía evitar sentirse un poco incómoda al respecto.

—¿Qué deseos? —quiso saber cuando ella y Jordie se encontraron a solas.

—Ninguno —dijo él—. Es entre Michael y yo.

—No me gusta eso, Jordie —dijo June—. Ya sabes que no me gusta que guardes secretos.

Jordie no respondió.

Lo cierto es que los «deseos» eran seis reglas que Michael y Jordie habían ideado, más que nada como una broma entre ellos. Sin embargo, parecían tener un valor real para Michael, y a menudo se los recordaba a Jordie. Había dicho que si repetían los deseos tres minutos cada día, quizá se hicieran realidad:

- Nada de rameras, putas, zorras o prostis (prostitutas).
- No renunciar jamás a la felicidad.
- Vivir juntos en Neverland por siempre.
- No ser condicionado.
- No crecer jamás.
- Ser más que grandes amigos.

Michael conoce al padre de Jordie

Una persona no se sintió tan encantada con la relación de Michael Jackson y Jordie como todos los demás: el padre de Jordie, Evan Chandler.

La extraña situación entre Jordie y Michael Jackson evolucionaba tan rápidamente que Evan parecía no poder seguirle el rastro. Cuando June le telefoneó para hablarle sobre sus visitas a Neverland, le resultó difícil creer que un artista mundialmente famoso tuviera tanto tiempo para compartir con su exmujer y su hijo. June y Evan habían discutido sobre el papel de Evan en la vida de Jordie; June creía que él no estaba lo suficiente con su hijo. Evan no estaba de acuerdo. Sin embargo, no podía evitar sentir que Michael le estaba arrebatando su lugar en la vida de Jordie. No creía que Michael estuviera haciendo nada malo con el niño. Simplemente sentía la presencia de otro hombre, una figura masculina influyente, en la vida de su hijo, y eso no le gustaba. No mejoraba las cosas el hecho de que June comentara a menudo que Jordie veía más a Michael que a su propio padre. «Michael es una importante influencia para tu hijo —le dijo a Evan durante una conversación—, y está ocupando el lugar que tú has abandonado».

Cuando se enteró de que Michael estaba durmiendo con Jordie, Evan se disgustó.

—Es ridículo —le dijo a su exmujer, según recordó June—. No es apropiado.

—Bueno, eso es lo que yo pensé, al principio —explicó June—. Pero debes verlo. Debes ver lo amable y generoso que es Michael con Jordie.

—Verlo, una mierda —dijo Evan, enfadado, según su recuerdo—. No es apropiado y quiero que se acabe.

—Bueno, eso no ocurrirá —le dijo June—. Ya he pasado por esto con Michael, y sé que está bien así. Soy la madre de Jordie —dijo—, y sé lo que es mejor para él.

¿Cómo se atrevía Evan a indicarle a June cómo criar a su hijo? Ella lo hacía lo mejor que podía y había considerado seriamente el asunto concerniente a Michael y a Jordie. No quería que Evan tomara decisiones por encima de ella.

Cuando Evan consultó a sus amigos, estuvieron de acuerdo en que había algo inapropiado en que Jordie durmiera en la misma cama con Michael Jackson. Una de sus pacientes —Evan era odontólogo— sugirió que, «simplemente para asegurarse», debía insistir en que tal conducta cesara. Ella conocía personalmente al dermatólogo de Michael, Arnold Klein, y, por deseo de Evan, telefoneó al doctor para preguntarle

sobre Michael. Klein le dijo que Michael era «absolutamente heterosexual» y, según su opinión, no había razón para preocuparse por él y Jordie. «Es el hombre más dulce del mundo —dijo Arnold—, y, lo juro por Dios, estarías cometiendo un error al separarlo de Jordie. Es absolutamente inocente, como un niño». Aun así, a pesar de los comentarios de Arnold, la paciente de Evan Chandler dijo que, al menos en su opinión, un adulto no debería dormir en la misma cama que un muchacho, a menos que fuera el padre de la criatura, e Incluso en ese caso la conducta debía ser vigilada. Otro amigo de Evan, el doctor Mark Torbiner, era de la misma opinión: había algo errado en el comportamiento de Michael y Jordie, y debía detenerse, insistió. «No es normal —dijo Torbiner—. ¡Vamos! Sé realista. En el mundo real es una locura».

El domingo 18 de abril, Michael regresó de su viaje de negocios a la costa Este. Tan pronto como llegó a Neverland, cogió el teléfono para llamar a Jordie e invitarlo junto a su madre y hermana a unas «vacaciones» de cinco días. Ahora Evan supervisaba la frecuencia de las visitas de Jordie a Michael, y se mostraba sin reservas incómodo al respecto.

El 22 de abril, para disgusto de Evan, Michael llevó a June, a Jordie y a Lily a Disneylandia en Florida durante tres días, utilizando el avión de la compañía Sony. Cuando regresaron a Los Ángeles, Michael preguntó si podía quedarse en la casa de June con los niños. Nuevamente, Michael durmió en la misma cama con Jordie. Cerca de una semana después, Michael le compró a Jordie un ordenador. El pequeño estaba maravillado con el obsequio; Evan no estaba contento al respecto. Había planeado comprarle eso mismo y Michael se le había adelantado.

Michael y Jordie decidieron que leí ordenador sería instalado en el escondite de Michael para que cuando Jordie se encontrara allí tuviera acceso a Internet. Jordie quería pasar la mayor cantidad de tiempo en el escondite y June lo aceptaba, ya que había decidido confiar en Michael, y, quizá para fastidiar a Evan, permitía que las visitas, principalmente durante la noche, continuaran.

A comienzos de mayo, Michael ofreció llevar a June, a Jordie y a Lily a Monaco para la entrega de los World Music Awards, donde Michael sería galardonado con tres trofeos incluyendo el premio al «Disco más vendido de la Historia». El cortejo de Jackson viajaría en primera clase, y se hospedaría en la *suite* Winston Churchill, de dos mil dólares la noche, en el Hotel de París, el establecimiento más lujoso del principado. Prometían ser unas emocionantes vacaciones para June y su familia. Por su parte, Michael no iba a separarse de ellos; no soportaba la idea de hacerlo.

El día de la partida, Evan Chandler se dirigió a la casa de los Schwartz para despedirse de su hijo. Aunque aún no había conocido a Michael Jackson, no tenía otra opción que confiar en que June sabía lo que hacía al aceptar el viaje. Sin embargo, Evan notó, perturbado, que Jordie se comportaba de una manera extrañamente indiferente hacia él. Evan recordaría luego la sensación de que su hijo ya no era el mismo, que ya no parecía preocuparse por su padre. Mientras Jordie entraba en la limusina con June y Lily, Evan permaneció de pie en el bordillo de la

acera, los observó conversar alegremente entre ellos y, como recordó, se sintió excluido. Posteriormente diría: «Entonces sentí que quizá June debía divorciarse de Dave, ya que tenían problemas, y quizá iniciar una relación con Michael. Después de todo, estaban disfrutando juntos, aunque yo tuviera mis reservas al respecto. Quizá me había equivocado, pensé. Quizá me había equivocado».

En Monaco, Michael fue fotografiado repetidas veces con June, Jordie y Lily. En varias fotografías, se le ve sosteniendo en brazos a Lily mientras camina junto a June. Jordie, con una camisa roja y un sombrero demasiado grande, que claramente pertenece a Michael, camina delante de ellos. Durante el evento, Michael se sentó junto al príncipe Alberto, con Jordie en su regazo.

El 16 de mayo, Michael y sus invitados regresaron de Europa. Mientras echaban un vistazo en la tienda de regalos del aeropuerto, hallaron una nota publicada en el periódico *National Enquirer* sobre «la nueva familia adoptiva de Michael». Se veían fotografías de Michael junto a Jordie en Disneyland. «Oh no, no creáis nada de eso —les dijo Michael a sus amigos, aun cuando el artículo era obviamente cierto—. Todo lo que escriben sobre mí son puras mentiras».

Aunque Michael no lo sabía, Evan Chandler también había visto el artículo. Le preocupó que tal publicidad pudiera situar a Jordie como blanco de secuestradores y, en su opinión, la situación entre su hijo y un hombre que jamás había conocido —Michael Jackson— estaba fuera de control. Evan tuvo una tensa conversación telefónica con June al respecto; también telefoneó a Dave Schwartz para comunicarle su sensación a propósito del artículo, lo cual desembocó en una acalorada discusión entre ambos.

Aunque Dave defendía a su mujer, su posición cambió tras la aparición del artículo, y sus amigos comenzaron a telefonearle expresando su compasión por haber perdido a su familia a manos de Michael Jackson. Dave exigió que June rompiera su amistad con Michael. Ella se negó, alegando que Michael era amable con ella y con los niños y que su intento de interferir en la relación era «lisa y llanamente egoísta».

Posteriormente, June le contó a Michael las acaloradas discusiones que habían tenido lugar en relación a él y Jordie. Turbado, Michael pensó que lo ocurrido era el típico comportamiento de adultos. «Lo ves, los adultos no confían en el otro, y ése es el verdadero problema —le dijo a June—. Es una pena que este tipo de cosas suceda, ¿no crees?».

En la primer semana de junio de 1993, Jordie Chandler se estaba divirtiendo con Michael Jackson en su hogar cuando su padre, Evan, realizó una visita inesperada. Michael y Jordie se encontraban jugando en la habitación del niño cuando Evan entró en el cuarto. Temeroso de ser visto por Evan, tímido como siempre a la hora de conocer a gente nueva, Michael se ocultó rápidamente en un rincón.

Evan deambuló por la habitación boquiabierto, sin percibir que Michael espiaba

desde las sombras. «Dios mío, mira todo esto, Jordie —dijo Evan, asombrado por el panorama de discos por valor de varios miles de dólares, vídeos, estuches de Nintendo y juguetes, muchos de ellos aún en sus cajas. Y a continuación preguntó—: ¿Cómo has conseguido todo esto?

Justo cuando Evan realizó la pregunta vislumbró un movimiento en el rincón. Se trataba de Michael. La primera impresión de Evan fue que se trataba de una persona extraña. Michael estaba completamente maquillado, incluyendo lápiz labial rojo y delineador negro. Llevaba puesto su sombrero negro, y una venda adhesiva sobre la nariz. Estaba mascando chicle. «Buenos días, señor Chandler» dijo, en un delicado susurro. Michael extendió su mano. Cuando Evan le ofreció la suya, según recordó después, Michael la estrechó laxa y débilmente.

En ese momento Nikki, el hijo de cinco años de Evan, de su segundo matrimonio, entró corriendo en el cuarto. «¡Guau, Michael Jackson!», exclamó el pequeño. En segundos, Nikki se encontraba jugando en el suelo con Michael, luchando con muñecos, mientras Evan y Jordie observaban. Michael se tocaba una y otra vez la nariz, de un modo exasperante. A pesar de que no comprendían la razón de tal comportamiento, no preguntaron nada. En el momento de partir, Evan se sentía completamente atraído por Michael. Se había mostrado amable y considerado con los niños, gracioso y «completamente normal», como Evan recordó luego.

Unos días después, Michael se sintió lo suficientemente a gusto con Evan como para invitarlo a su escondite. Sugirió que llevara también a Nikki. Cuando padre e hijo llegaron, hallaron a Jordie y a Michael esperándolos. Michael entonces regaló a Nikki una gran cantidad de juguetes, y a Evan, un reloj de Cartier. Luego, mientras los niños jugaban, Michael le dijo a Evan que esperaba poder llevar a Jordie consigo en la segunda etapa de la gira Dangerous, que comenzaría el 24 de agosto de 1993 en el Estadio Nacional de Tailandia, Bangkok. Creía que Jordie viviría una experiencia única viajando con él por países como Taiwán, Japón, Rusia, Israel, Turquía y México. Michael esperaba que Evan considerara la propuesta como una excepcional oportunidad para Jordie, y quizá que discutiera el asunto con June.

Evan recordaría luego sentirse nuevamente incómodo en relación a Michael. No pudo evitar la pregunta:

—Michael, ¿cuál es exactamente la naturaleza de tu relación con Jordie?

—Bueno, no sé qué decir —respondió Michael—, excepto que es… es… —Parecía buscar la palabra correcta—. Es cósmica —dijo finalmente.

Evan fue al grano.

—Oye, ¿estás teniendo relaciones sexuales con mi hijo? —preguntó, sorprendentemente sosegado.

Michael estaba atónito. No podía creer que Evan le hiciera semejante pregunta de un modo tan directo.

—Dios mío, no puedo creer que me preguntes eso —dijo.

Los dos hombres se observaron fijamente durante unos segundos, aparentemente

sin saber qué decir. Evan decidió no forzar el asunto. En cambio, preguntó:

—¿Qué ocurrirá si en el futuro decides que ya no quieres ser amigo de mi hijo? Se sentirá muy herido.

—¿Si ya no quiero ser el amigo de Jordie? —preguntó Michael—. Pero eso nunca ocurrirá. Nadie es tan leal como yo. Siempre seré el amigo de Jordie.

Un silencio incómodo se interpuso entre los dos hombres. Finalmente, Evan sugirió que él y Michael se unieran a los niños en el videojuego.

A esas alturas, como recordó luego Evan Chandler, realmente no sabía si aprobar a Michael o no. Oscilaba entre la alegría y la incomodidad. Después de todo, Michael no había negado realmente que estuviera sucediendo algo inapropiado entre ellos, pero tampoco lo admitía.

En pocos días, Evan se sintió fascinado nuevamente por la presencia de Michael en la vida de Jordie, lo suficiente como para sugerir que Michael compartiera incluso más tiempo con él. La sugerencia toma forma cuando Michael se presentó en la fiesta de cumpleaños de Nikki, el 22 de mayo de 1993, para el asombro de todos los invitados, quienes no podían creer que Michael Jackson estuviera jugando con sus hijos en la fiesta de su amigo. «¿Quién no desearía que su hijo fuera el amigo de Michael Jackson?», dijo Evan en ese momento. Incluso sugirió que Michael ampliara la construcción de la casa para no verse obligado a realizar el viaje de Santa Bárbara a Los Ángeles sólo para visitar a Jordie. «Puedes quedarte aquí —le ofreció—, pero estarías más a gusto si construyeras una ampliación en la casa, supongo».

Michael tomó la oferta lo bastante en serio como para hacer que sus representantes estudiaran las normas del condado donde Evan vivía para determinar si era posible realizar dicha ampliación.

Esa noche, Michael se alojó en casa de Evan. Durmió en la misma habitación que Jordie y Nikki. Los niños vieron el vídeo de *Peter Pan* con Michael, luego Evan les dio las buenas noches y cerró la puerta del dormitorio. Lo último que vio fue a Michael Jackson tumbado en una cama plegable, y a sus dos niños en sendas literas: Jordie en la cama de abajo y Nikki en la de arriba. Así dormirían en la casa de Evan durante las dos noches siguientes.

Qué extraña escena: Michael Jackson, posiblemente el más rico y famoso artista del mundo del espectáculo, acurrucado en una incómoda cama plegable, durmiendo en una habitación junto a dos niños.

¿Acaso no tenía responsabilidades? Parecía que la persona que dormía en el cuarto de Jordie no tenía planes para el futuro, fechas de grabación o conciertos programados.

¿No era de público conocimiento que se codeaba con estrellas de cine, magnates y miembros de la familia real como Diana, la princesa de Gales? ¿Por qué jamás los mencionaba? ¿Dónde se encontraba su familia? ¿Por qué no hablaba de ellos? Nunca había mencionado a sus hermanos.

¿Y no se suponía que era millonario? Según la revista *Forbes*, había ganado 55

millones de dólares el año anterior. ¿Por qué sólo se vestía con viejos pantalones vaqueros y camisetas? ¿Por qué llevaba siempre los mismos mocasines negros? Cuando, en una ocasión, se había referido a su riqueza, había sonado incoherente. Por ejemplo, Evan había observado cierta vez a Jordie y a Michael mientras disparaban con pistolas de agua a unos tomates alineados en una repisa. Michael le había comentado al niño; «Estoy pensando en comprarme un avión privado. —Jordie se había encogido de hombros. Entonces, Michael había dicho—: ¿Sabes qué? Apuesto a que si retrocedo tres pasos más atrás aún podré darle a ese tomate».

Tan poco se asemejaba la vida del hombre en la cama plegable con la del genuino Rey del Pop que si alguien le hubiera dicho a Evan que la persona que dormía en el dormitorio de su hijo era en realidad un imitador de Michael Jackson, lo habría creído.

Durante los dos días siguientes, Evan y Michael profundizaron mucho en su amistad. Discutieron asuntos de familia, así como la educación de Jordie y de Nikki. Michael mencionó que Jordie había descrito a menudo a Evan como un estupendo padre, y Michael le confesó su propia admiración por la dedicación hacia sus hijos. También discutieron acerca de Dave Schwartz, y su disgusto con la afirmación del *National Enquirer* de que Michael le había «robado» su familia. Evan afirmó que estaba de acuerdo con Dave en que el artículo estaba «mal formulado». Michael explicó que había aprendido a lidiar con artículos sensacionalistas sobre él y sus amigos, y que esperaba que Evan no utilizara esa nota en su contra. Evan dijo que sentía mucha simpatía por Michael y que permitiría de buena gana que continuara su amistad con Jordie y Nikki.

Los dos se estrecharon las manos y acordaron mantener abierta la comunicación entre ellos.

Con el correr de los días, sin embargo, Evan tuvo más tiempo para pensar en la calificación de «cósmica» que Michael había atribuido a su relación con Jordie, y en el hecho de que se hubiera mostrado tan curiosamente reticente a caracterizarla en términos específicos. Michael no había respondido a su directa, aunque desconcertante, pregunta sobre si tenía relaciones sexuales con Jordie. Ante todo, se había mostrado avergonzado. Evan, como afirmó luego, comenzó a experimentar una extraña sensación en la boca del estómago. Pequeños incidentes a lo largo de los siguientes días tuvieron un mayor impacto sobre él.

Por ejemplo, una tarde en que la familia se encontraba mirando la televisión, Michael pareció incapaz de quitarle los ojos de encima a Jordie. Cuando Evan le preguntó si ocurría algo, dijo: «No, sólo estoy echando un vistazo a las cosas». No obstante, cuando Jordie se levantó para ir a la cocina a prepararse un sándwich, Michael fue tras él. Luego, cuando Jordie se levantó para ir al baño y Michael también se puso de pie, Jordie dijo: «Michael, sólo iré al baño. Puedes quedarte aquí». Avergonzado, Michael se echó a reír y dijo: «Oh, de acuerdo. Está bien».

Evan comprendía que los adolescentes se relacionan de diversas formas con

personas ajenas a su familia y que éstos incluso a menudo pueden influir enormemente en sus valores y su comportamiento. Sin embargo, ¿era Michael un igual? Ciertamente no. Su influencia sobre Jordie era conflictiva, ya que tenía varios puntos oscuros. ¿Por qué Michael y Jordie compartían tantas bromas en código, como si hablaran su propio lenguaje? ¿Por qué estaban siempre susurrándose el uno al otro? ¿Por qué hablaban en voz baja entre ellos y luego, en cuanto oían que alguno de los padres de Jordie se acercaba al cuarto, se callaban por completo? ¿Por qué Jordie comenzaba a vestirse como Michael, con sombreros negros y gafas de sol? Y, sobre todo, ¿por qué siempre dormían en la misma habitación?

Durante las siguientes semanas, Evan continuó presionando a Michael sobre la naturaleza de su relación con Jordie, tanto que Michael comenzó a distanciarse de él para evitar nuevos interrogatorios. No parecía entender por qué Evan dudaba sobre lo que ocurría entre él y Jordie. ¿No había explicado ya que era su leal y verdadero amigo? ¿No habían acordado tratar a Michael como un distinguido miembro de la familia? Nuevamente, como Michael ya le había dicho a June, o bien Evan confiaba en él, o no lo hacía. El problema era que Michael no estaba preparado para lo que podría suceder si Evan no confiaba en él. ¿Acabaría su amistad con Jordie sólo porque el padre del niño no confiaba en él? No.

Cuando Michael se sentía desgraciado con una persona, generalmente la expulsaba de su mundo. Muchas personas importantes habían aparecido en su vida para luego desaparecer de ella durante años. Algunas, como John Branca, se habían considerado grandes amigos de Michael, pero tal condición no los había salvado de ser expulsados. Si Michael había echado a John Branca después de más de diez años, ¿dónde se situaba Evan Chandler tras apenas unas pocas semanas? Michael dejó de responder las llamadas telefónicas de Evan cuando se convirtió en un problema en su vida. Si hubiera podido despedirlo, u ordenar que alguien cumpliera la orden, lo habría hecho.

No obstante, Michael subestimaba seriamente a Evan. No era un empleado que pudiera ser fácilmente despedido. En cambio, era el padre del niño con el que Michael se había obsesionado, cualquiera que fuera el motivo. No iba a permitir que lo expulsara de su vida, o de su relación con Jordie, más aún cuando no estaba seguro de confiar en él. Había algo impropio en la amistad de Michael con Jordie, decidió, y estaba dispuesto a descubrirlo, al menos para demostrarle a Michael Jackson que no podría salirse con la suya.

Mentes sucias

En junio de 1993, Jordie Chandler debía finalizar la escuela primaria. Durante meses había esperado la fiesta de estudiantes para celebrar la ocasión. Aunque Jordie siempre había sido un estudiante popular y tenía muchos amigos, últimamente no

parecía estar en contacto con ellos. Se había vuelto tan antisocial desde que conocía a Michael Jackson, que sus padres estaban preocupados. Sin embargo, el hecho de que se mostrara tan entusiasta en relación al baile de fin de curso hizo pensar a Evan y a June que su hijo continuaba siendo un adolescente normal.

No obstante, cuando Jordie entró en el dormitorio de su madre para anunciar que no se presentaría a la ceremonia de la escuela y, en cambio, pretendía pasar la tarde con Michael Jackson, ella se inquietó. Se divertía más con Michael que con sus compañeros, le dijo a June, y si pudiera hacer lo que él quería, se quedaría con Michael. June, según su posterior recuerdo, intentó convencer a Jordie de que no era correcto abandonar a los amigos de su edad por Michael. Podía cultivar la relación con sus compañeros de escuela además de su amistad con Michael. «No es necesario que decidas entre unos u otro», dijo. Sin embargo, Jordie no lo veía de ese modo; según su opinión, sus compañeros del colegio no lo comprendían como Michael y, lo que era peor, dijo, no eran amables entre ellos porque habían sido «condicionados» para el odio, al igual que los adultos. June estaba desorientada. Le desconcertaba oír a su hijo repitiendo como un loro la filosofía de Michael. «Será mejor que lo hables con tu padre», sugirió.

La posición de Evan Chandler sobre la decisión de Jordie fue determinante.

—Sobre mi cadáver —le dijo, furioso—. No puedes pasar todo tu tiempo con Michael Jackson. No lo permitiré. Ya es suficiente.

—No podrás impedirlo —dijo Jordie, desafiante—. Haré lo que me dé la gana.

Evan, como recordaría luego, había comenzado a pensar que Michael era homosexual y que quizá Jordie también lo fuera. No había otra explicación, pensó, para una obsesión como ésa. A pesar de lo que estuviera sucediendo, sin embargo, sentía que debía volver a acercarse a su hijo. Si pudieran comunicarse mejor, quizá sería capaz de resolver el problema.

—Estoy harto de todo esto —le dijo a Jordie—. Te queremos mucho. ¿Por qué nos has vuelto la espalda? Puedes tener a Michael en tu vida —concluyó—, pero también puedes tenernos a nosotros, y a todos los demás.

Cuando Evan abrazó a su hijo, Jordie se mostró rígido e indiferente. No quería escuchar lo que su padre tuviera que decirle y no quería entablar una conversación con él bajo ningún concepto. Evan diría posteriormente que sintió que le estaban arrebatando a su hijo, y se convenció más que nunca de que debía evitarlo. No le quedaba más recurso que apelar a su autoridad:

—Irás a ese condenado baile, Jordie. No pasarás la noche con Michael Jackson.

—No iré al baile. Jamás te ha gustado Michael —dijo, mientras se marchaba, furioso—. Has estado fingiendo todo este tiempo. Michael me advirtió de lo que estaba sucediendo, y estaba en lo cierto.

Finalmente, Jordie no asistió al baile de la escuela. Pasó la noche con Michael.

Aunque no hubiera sido la intención de Michael Jackson, su presencia había causado una terrible confusión en la vida de Jordie, así como en la de sus padres, Evan y June, e incluso en la de su padrastro, Dave Schwartz. La aparición de Michael en sus vidas había trastocado violentamente todo, enfrentando a los tres adultos entre sí, y luego a Jordie con ellos, generando desconfianza y frustración para todos. Sin una comunicación efectiva, era inevitable que los problemas continuaran en el hogar de Jordie.

¿Era consciente Michael del papel que representaba en lo que estaba sucediendo en la familia de Jordie? Uno de sus asesores recuerda una conversación con él sobre Jordie, que mantuvieron mientras observaban las estrellas, sentados en un coche de golf en la propiedad de Neverland.

—¿Sabes?, quizás deberías dejar en paz a Jordie —sugirió el asesor de Michael.

—No —respondió sucintamente Michael, recordó el asesor.

—¿Por qué no?

—¿Qué puedo decir? —preguntó Michael. Su expresión era serena mientras observaba el espacio infinito.

—Pero mira todos los problemas que tu amistad le está causando a Jordie. ¿No crees que deberías acabar con esto? —preguntó el asesor con insistencia.

Michael se encolerizó; podía pasar de la calma a la furia en segundos.

—Mira, no soy yo el causante del problema —dijo—. Son los padres de Jordie. No pueden aceptar que mi relación con él es inocente. Son malpensados. Nada sexual está sucediendo. ¿Por qué la gente no puede simplemente comprenderlo?

—Pero, Mike…

Michael se puso de pie y se alejó antes de que la conversación finalizara.

Si lo que dicen quienes mejor lo conocían es cierto, que Michael en su interior seguía siendo un niño, definitivamente también está la otra cara de la moneda: actuaba como un pequeño malcriado cuando las cosas no se hacían a su modo. A menudo era incapaz de considerar cualquier otro punto de vista distinto del suyo.

El 7 de julio de 1993, Evan Chandler asestó un golpe definitivo a la amistad de Michael con Jordie y, de paso, a su propia relación con su exesposa, June, al presentar una petición para modificar el acuerdo de su custodia. Los documentos solicitaban al juzgado que se prohibiera a Jordie acercarse a Michael, o visitarlo en cualquiera de sus viviendas, o en cualquier otro lugar. Evan exigía que Jordie recibiera atención psiquiátrica para determinar el alcance de la influencia de Michael sobre él. También acusaba a June de «alimentar» la relación entre Michael y Jordie, la cual consideraba malsana, «porque, según lo que tengo entendido, ella (June) recibe lujosos obsequios, dinero en efectivo y vacaciones por parte de Jackson».

En la declaración jurada, Evan manifestaba que había descubierto que Michael «pasa la noche con mi hijo rutinariamente y ambos duermen en la misma cama. Le he

preguntado directamente si estaba teniendo relaciones sexuales con mi hijo. Jackson se negó a darme una respuesta directa. En cambio, me dijo que continuaría durmiendo con él y que consideraba la relación entre ellos “cósmica” y que estaban hechos el uno para el otro».

Michael se sintió herido y, por supuesto, furioso. Aun así, no estaba dispuesto a considerar la opción de sacrificar sus propios intereses y necesidades para darle a Jordie la oportunidad de acercarse nuevamente a sus padres. En cambio, veía a los adultos en la vida de Jordie como la confirmación de su filosofía personal de que los mayores no eran de confianza y tendían a actuar de modo irracional, mezquino y primitivo. Si Evan se preocupara por los intereses de Jordie, razonó Michael, seguramente permitiría que continuara esa relación tan cariñosa sin cuestionarla o presumir las peores cosas sobre ella. Además, el corazón desea lo que desea, y Michael Jackson deseaba estar con Jordie.

La grabación secreta

Después de que Evan Chandler hiciera su presentación judicial contra June, era imposible que ella confiara en él. Dave estaba de acuerdo con su esposa en que Evan era una amenaza. ¿Proseguiría con sus acusaciones, hasta el punto de alegar que había sido una madre incorrecta por permitir que continuara la relación entre Michael y Jordie? ¿Intentaría obtener la custodia completa de Jordie?

El 2 de julio de 1993, Evan se reunió con Dave en su local, Rent-A-Wreck, para discutir lo que estaba sucediendo en la familia. Durante el encuentro, Evan dejó claro que quería que el reinado de Michael sobre la vida de Jordie llegara a su fin, y que estaba dispuesto a tomar las medidas necesarias para que eso sucediera. Solicitó el apoyo de Dave. No obstante, éste dejó claro que no estaba de acuerdo con Evan y que no deseaba interferir en la relación de Jordie con Michael. June había estado atenta a la situación, dijo, y no deseaba cuestionar su autoridad. Si así lo hiciera, argumentó, peligraría aún más su matrimonio con ella, y probablemente también se distanciaría de Jordie.

Durante la semana siguiente, Evan continuó creando problemas. Michael, June y Jordie no confiaban en él y trataban de evitarlo. No contestaban sus llamadas telefónicas; había transcurrido casi un mes desde que Evan hablara con Jordie. Ahora presionaba para concertar una reunión. Sabía que June y Jordie intentaban acompañar a Michael en su próxima gira, y que estarían de viaje durante cinco meses. No deseaba que fueran, creía que no era seguro para Jordie. Telefoneó a June y dejó un mensaje en su contestador automático, insistiendo en que ella, Jordie y Michael se encontraran con él el 9 de julio.

Dave telefoneó a Evan para preguntarle qué deseaba obtener con semejante reunión.

—No conseguirás nada por ese camino —le dijo.

—Escúchame, pedazo de idiota —le dijo Evan—. Estoy preocupado por mi hijo. Lo quiero conmigo, ahora mismo. No sé qué es lo que ocurre entre vosotros y Michael Jackson, pero no me gusta.

Los dos hombres discutieron cerca de una hora, lanzándose insultos el uno al otro. Quizá para descubrir lo que Evan tenía en mente, Dave decidió grabar secretamente la conversación telefónica con él. Una hora después de su discusión, telefoneó a Evan, nuevamente.

En esa conversación del 8 de julio, de la cual ciertos fragmentos fueron posteriormente archivados en el tribunal del condado de Los Ángeles, Evan dijo que estaba furioso porque Michael había dejado de telefonearle y ya no deseaba una relación amistosa con él. «No había razón para que dejara de llamarme», le dijo Evan a Dave. Agregó que recientemente había tenido una larga conversación con Michael y le había expresado «exactamente lo que espero de mi relación con él». (Sin embargo, jamás dijo durante la conversación con Dave qué era lo que esperaba de Michael). También sostuvo que, según su opinión, Michael pasaba demasiado tiempo con Jordie, y que había algo «impropio en ello». Estaba furioso con June, dijo, quien le había dicho que se fuera al demonio cuando intentó discutir el asunto de Michael con ella. Al ser interrogado, Evan dijo que consideraba que Michael Jackson había «destrozado a la familia» y que Jordie había sido «seducido por el dinero y el poder de este sujeto». Jamás dijo, durante la conversación, que sospechaba que Michael estaba teniendo relaciones sexuales con Jordie. Sin embargo, afirmó que había contratado a un abogado, su amigo Barry Rothman, para que comenzara a investigar el asunto.

Barry se encontraba en el consultorio de Evan por un arreglo en su dentadura, cuando el odontólogo comenzó a comentarle ciertos cambios en la personalidad de Jordie. Se emocionó tanto al recordar los acontecimientos recientes que se echó a llorar. Se había alzado un muro entre él y su hijo, le confió al abogado, y simplemente no sabía cómo escalarlo, o derrumbarlo. Estaba perdiendo a Jordie, declaró. Mientras los dos discutían el asunto, Barry recuerda que Evan dijo que comenzaba a creer que la relación de Michael y Jordie podría haber adquirido un carácter sexual. Si ése era el caso, sugirió Barry Rothman, quizá Evan necesitaba un abogado. Acordaron intercambiar servicios odontológicos por asesoramiento legal.

—Tengo al mejor que habría podido hallar —le dijo Evan a Dave, refiriéndose a Barry Rothman, quien había representado en el pasado a Little Richard, The Who, los Rolling Stones y Ozzy Osbourne—. Todo lo que desea es hacer esto público lo más rápido que pueda, lo más a lo grande que pueda, y humillar a la mayor cantidad de gente que pueda —continuó Evan—. Es desagradable, es maligno, es inteligente y está hambriento de publicidad. Todo sucederá de acuerdo a un plan que no es sólo mío. Una vez que realice la llamada telefónica, este sujeto [Barry Rothman] destruirá a todos los que pueda de la manera más astuta, desagradable y cruel que sea posible.

Le he otorgado total autoridad para hacerlo.

«Jackson es un hombre cruel —prosiguió, enfurecido—. Es peor que eso, y poseo la evidencia para probarlo. Venceré, sin lugar a dudas. No hay modo de que me derroten. Obtendré todo lo que quiera, y serán destruidos para siempre. June perderá [la custodia de su hijo] y la carrera de Michael habrá finalizado. Evan y Dave, entonces, discutieron los planes de June para llevar consigo a Jordie en la gira de Michael, Dangerous, en otoño. «Bueno, así lo creen ellos —dijo Evan—. Pero no irán a ninguna parte».

Provocándolo para obtener más información, Dave le preguntó a Evan cómo ayudaría su plan a Jordie. La respuesta de Evan fue desconcertante. «Eso es irrelevante para mí —dijo—. Lo importante es que su madre le está haciendo daño, al igual que Michael. Puedo probarlo, y lo haré. Me ha costado decenas de miles de dólares obtener la información que tengo, y tú sabes que no cuento con esa cantidad de dinero. Estoy dispuesto a hundirme económicamente. Será una masacre si no obtengo lo que quiero.

«Considero que Jordie ha sido dañado, irremediablemente —prosiguió Evan—. El asunto estallará y destrozará todo a su paso. Este hombre será humillado hasta lo indecible —concluyó Evan—. No podrás creerlo. Será peor que sus más horribles pesadillas. No volverá a vender un solo disco. Los hechos son tan aplastantes que todos serán destruidos en el camino».

¿Sabía Evan Chandler que estaba siendo grabado? ¿Sospechaba también que la grabación sería algún día reproducida frente a Michael Jackson? ¿Se mostraba melodramático e intimidatorio sólo para asustarlo? ¿O realmente planeaba arruinarlo? Sólo él sabe lo que ocurría en su cabeza en ese momento… y no lo ha relatado.

El día siguiente a que los comentarios exacerbados de Evan Chandler sobre Michael Jackson fueran grabados por Dave Schwartz, Evan esperaba el encuentro familiar que tanto había perseguido para discutir el asunto de Jordie. Sin embargo, nadie asistió a la reunión. Estaba más furioso que nunca. Finalmente, telefoneó a June. Según el antiguo abogado de June, Michael Freeman, Evan reiteró su preocupación de que algo impropio estuviera ocurriendo entre Jordie y Michael. June dijo que eran «puras tonterías». Además, dijo que ella y Jordie aún tenían la intención de realizar la gira con Michael, y que Evan «sencillamente debería acostumbrarse a la idea».

Según recordó Michael Freeman, «Evan dijo entonces que apelaría a los medios. Inmediatamente, pensamos, ¿por qué? Si realmente creía que Jordie estaba sufriendo abusos, ¿por qué no acudía a la policía en lugar de a la prensa?».

Ese mismo día, June y Dave decidieron reunirse con Michael para decirle que podrían presentarse problemas en relación con Evan. No obstante, Michael no se lo tomó seriamente. «Oh, esta clase de cosas me ocurren todo el tiempo —les dijo—. Las personas siempre intentan obtener dinero de mí. Haré que mi gente lo resuelva.

No se preocupen». Sin embargo, cuando reprodujeron la cinta que Dave había obtenido de su conversación con Evan, Michael se inquietó.

—Sonaba tan enfurecido —me dijo Michael acerca de Evan Chandler en una entrevista meses después—, que entonces supe que se trataba de una extorsión. Lo decía allí mismo en la cinta. Acudí a Bert [Fields] y [al investigador privado] a Anthony [Pellicano] y traté de olvidarme del asunto.

—¿Estabas ofendido? —le pregunté a Michael.

—No —me dijo Michael—. Yo sabía que no había hecho nada incorrecto, ¿por qué enfadarme?

—Porque a pesar de creer que no habías hecho nada incorrecto, estabas siendo acusado de un horrible crimen —sugerí.

—Yo no pienso de ese modo —dijo Michael, cortante—. Yo no vivo en el miedo.

Retrospectivamente, tal vez Michael fingía indiferencia conmigo porque yo me encontraba en el papel de periodista y consideraba que lo que decía era apropiado para una entrevista. Luego, uno de sus asesores más cercanos me dijo que estaba realmente furioso cuando escuchó la cinta de Evan. «He sido amable con él y su familia, y dice estas horribles cosas sobre mí, después de haber llevado a su familia por el mundo entero, de haberles comprado obsequios, de haber permitido que entraran en mi vida, en mi hogar. Transmítele que Michael Jackson dijo que puede irse al infierno». Ésa fue su reacción.

«Le pregunté si era cierto. Si estaba ocurriendo algo entre él y Jordie. “Por supuesto que no. Es absolutamente ridículo, y ni siquiera es el tema. Transmítele a Evan que Michael Jackson ha dicho que puede irse al infierno. Ése es el asunto”».

El 9 de julio de 1993, June y Dave Schwartz se encontraron con el investigador de Michael Jackson, Antonhy Pellicano, en su oficina de Sunset Boulevard, para reproducirle la cinta que Dave había grabado de su conversación con Evan Chandler.

Con su porte rudo y racional, Anthony podía ser intimidatorio, siempre obtenía lo que deseaba y representaba a sus clientes con ferocidad. Es interesante notar que comenzó su carrera en 1977, al hallar los restos del tercer marido de Elizabeth Taylor, Mike Todd, entre unos matorrales. El cadáver de Todd había sido robado por gánsters de un cementerio de Illinois, en busca de un anillo de diamantes de diez quilates, un obsequio de Elizabeth con el cual pensaban que había sido enterrado el difunto.

Hoy en día, la carrera de Anthony está destrozada. En noviembre de 2002 fue arrestado por contratar a un hombre para que amenazara a un reportero de *Los Angeles Times que* investigaba un complot de la mafia para extorsionar al actor Steven Seagal.

El abogado de Michael, Bertram (Bert) Fields, también estaba presente. Field es, aún hoy, uno de los más sobrecogedores e influyentes abogados del mundo del espectáculo con una cartera de clientes que incluye a algunos de los nombres más

célebres, desde los Beatles hasta Tom Cruise y John Travolta. Jamás ha perdido un juicio en el que haya sido el abogado principal. Estaba determinado a representar a Michael del modo más agresivo posible, especialmente tras haber escuchado la cinta que June y Dave habían traído con ellos. «Me quedé preocupado —recordó Bert—, no sonaba bien. Sonaba como una extorsión».

Al día siguiente, Anthony Pellicano concertó una reunión con Jordie Chandler en el escondite de Michael en Los Ángeles. Les rogó a Michael, June y Dave que abandonaran la habitación para que él y Jordie pudieran estar solos. Su intención era interrogar al pequeño sobre su relación con la estrella del pop. «Decidí ser directo con el chico —recordaría luego Anthony—. Era un asunto serio. No había tiempo para ser delicado. Le pregunté: "¿Alguna vez has visto a Michael Jackson desnudo? ¿Alguna vez te ha visto él desnudo? ¿Alguna vez has hecho algo de carácter sexual con él?". El niño me miró directo a los ojos y respondió: "No. No. No". Yo le creí». Anthony habló con Jordie durante más de una hora y, dice, se convenció de que nada inapropiado había ocurrido entre él y Michael.

Después de esa reunión, Bert Fields (trabajando en nombre de June Chandler además del de Michael) y Barry Rothman (el abogado de Evan) negociaron un acuerdo según el cual Evan tendría la custodia de Jordie durante una semana. Reticente, June aceptó los términos del acuerdo, ya que no quería alejar al niño de su padre. Anthony Pellicano y Bert Fields le garantizaron personalmente que Jordie sería devuelto, según lo prometido. Barry Rothman entonces dio su palabra de que Evan devolvería al niño en el plazo fijado.

A la hora y lugar concertados, Evan aguardó a que llegara su hijo, pero ello nunca sucedió. En cambio, June decidió llevar a Jordie y a su hermana, Lily, a Neverland, para celebrar el cumpleaños de la niña junto a Michael Jackson.

En el camino de Los Ángeles a Santa Bárbara, Michael y sus acompañantes se detuvieron en la casa de la playa del financiero Michael Milken, el rey de los bonos basura, que acababa de ser liberado de la prisión tras cumplir unos años de condena por bonos fraudulentos. Era un amigo de Michael y los dos habían discutido la idea de poner en marcha una cadena de televisión por cable educativa para los niños.

Al llegar a casa de Milken, Michael Jackson telefoneó a Anthony Pellicano para contarle el cambio de planes: habían decidido no permitirle a Evan que tuviera a Jordie durante una semana. Esta decisión colocó tanto a Anthony como a Bert Fields en una posición difícil; habían dado su palabra, y ahora aparentaban ser unos mentirosos. Anthony estaba furioso; se lo dijo a Michael.

—Estás siendo ridículo —recordó haberle dicho—. Trae a ese niño de regreso, y hazlo ahora mismo, Michael. Tú y Jordie aparentemente poseéis una sola cabeza. Úsala. ¿Me oyes?

—Escucha, no me digas lo que debo hacer —respondió Michael—. Yo te diré qué hacer a ti, Anthony. Y no al revés. ¿Me oyes?

A medida que las contestaciones de Michael se volvían más acaloradas, June

comenzó a inquietarse.

Michael prosiguió:

—Evan puede ver a Jordie cuando yo… —Se corrigió—. Evan puede ver a Jordie cuando nosotros lo decidamos, no cuando él lo decida. Y nosotros decidimos lo contrario. Asunto concluido. ¿Lo has comprendido? —Michael colgó bruscamente el auricular. Apretó los puños y su rostro adquirió una expresión furiosa, tan furiosa que parecía que estaba a punto de explotar—. ¿Por qué me trata como si fuera un idiota? —preguntó, sin dirigirse a nadie en particular—. No soy un idiota. Soy Michael Jackson. Soy Michael Jackson. —Le dio un puntapié a la pared—. ¡Es insultante y ofensivo, mierda!

June, Jordie y Lily se observaron, sorprendidos.

—Dios, mami, Michael está muy enfadado —dijo Lily, sobrecogida.

Tras ser testigo de la inesperada ira de Michael, June ya no deseaba acompañarlo a Neverland, alegando que no se encontraba de humor. «Como quieras —le dijo Michael, irritado—. Haz lo que quieras».

June, Jordie y Lily regresaron en taxi a Los Ángeles.

Mientras tanto, Michael siguió viaje a Santa Bárbara, solo. A su llegada fue recibido por el ama de llaves, Adrian McManus.

—¿Dónde están los invitados de honor? —preguntó—. ¿Acaso no tendremos una fiesta?

—No celebraremos ninguna fiesta —dijo Michael—. Olvídalo. Arroja la comida a la basura. Y quita esas decoraciones, también —agregó, señalando las coloridas serpentinas que colgaban en la entrada.

A continuación, Michael se dirigió corriendo a su habitación y se encerró dando un portazo.

Michael se siente traicionado

En el camino de regreso a Los Ángeles, June Schwartz tuvo tiempo de pensar en el modo en que se habían desarrollado las cosas entre su hijo y Michael Jackson. Cuando llegó a su casa, telefoneó a Evan. Había cambiado de idea, dijo. Quizá al ver a Michael perder la compostura, había comprendido que alguien debía ver las cosas en perspectiva. Aunque Jordie no quisiera ir, ahora sentía que era importante que visitara a su padre durante la semana.

Nadie parecía hacer nada de lo que Jordie deseaba. Por lo tanto, estaba huraño y arisco cuando finalmente llegó a la casa de Evan. Decía que echaba de menos a Michael.

Evan había tenido suficiente de Michael Jackson en los últimos meses. Tan pronto como tuvo a su hijo bajo su custodia, instruyó a su abogado para que redactara un documento que prohibiera a June sacar a Jordie del condado de Los Ángeles, de

manera que no fuera capaz de visitar a Michael en Neverland (en el condado de Santa Bárbara), y ciertamente tampoco llevarlo con él en la gira.

Sorprendentemente, cuando recibió las noticias, al día siguiente, June no se enfadó. Ni siquiera discutió, sobre todo porque ya no sabía qué pensar con respecto a Michael. Necesitaba tiempo para llegar a una conclusión, especialmente después de que ella y su abogado tuvieran una reunión con dos oficiales del Departamento de Policía de Los Ángeles que alegaron que habían descubierto recientemente a un joven que había sufrido abusos por parte de Michael (aunque se negaron a identificarlo): «Estamos convencidos de que Michael Jackson ha abusado de este niño ya que concuerda perfectamente con el clásico perfil de un pedófilo». El abogado de June, Michael Freeman, recordó que los policías pronunciaron esas palabras con una expresión seria en el rostro. June comenzó a atemorizarse. Estaba aterrada por su hijo.

June decidió telefonear a Michael. Quizá pudieran encontrarse y discutir el asunto; después de todo, habían sido amigos. Cuando se encontrara con él frente a frente, podría mirarlo a los ojos, y entonces sabría la verdad. Finalmente consiguió contactar con Michael.

—Lo siento, June —dijo—, pero las cosas ya han llegado demasiado lejos y mi abogado me ha dicho que no puedo hablar contigo, tampoco verte.

—Pero, Michael…

—Evan es quien comenzó con todo este lío, no yo —dijo Michael, en un tono de voz sorprendentemente frío y pausado—. Evan ha arruinado nuestra bella amistad, no yo. Haré que Bert se ponga en contacto contigo para que responda cualquier otra pregunta. Adiós, June. Lo lamento.

June no podía creer el modo en que Michael había hablado con ella. Ahora ya no sabía qué pensar de él. Considerando que ella aún creía en su inocencia, quizá habrían debido aconsejarlo mejor; si se hubiera mostrado menos desdeñoso, habría podido conservarla como su aliada. No obstante, le había hablado con tanta frialdad que no le dejaba otra opción. Decidió que debía acordar con su exesposo que no se le permitiera a Jordie visitar a Michael, al menos por el momento, y tampoco acompañarlo en su gira. Incluso acordó otorgarle a Evan la custodia de Jordie «por un tiempo».

Michael se enteró del radical cambio de postura de June a través de uno de los miembros de su equipo, durante una reunión en su dormitorio en Neverland. Habiendo finalizado una prueba de vestuario, aún no se había quitado lo que él llamaba su «uniforme»; un reluciente conjunto militar rojo, adornado en los hombros con un bordado de cuentas azabache. Se encontraba sentado en su cama.

«En los últimos días habíamos visto triste a Michael pero al enterarse de la decisión de June, su estado se agudizó —recordó el empleado—. Estaba dejando a Jordie en manos de Evan, lo que no era un buen augurio para su amistad con el niño».

Tras discutir el asunto con su asesor durante unos minutos, Michael se echó

nuevamente en la cama y comenzó a llorar.

—¿Por qué la gente lastima a quienes dice amar? —preguntó.

—Todo se arreglará —dijo el miembro del equipo, ahora sentado en la cama junto a él—. No llores, Mike.

Luego se produjo uno de sus cambios de humor típicos en los últimos tiempos. Michael pasó de un extremo al otro y en diez segundos estaba enfurecido.

—Me ha traicionado —dijo, poniéndose de pie, con los ojos en llamas—. No puedo creer que June haya cambiado su actitud de esa manera, después de todo lo que he hecho por ella y sus niños. Ahora jamás podré volver a ver a Jordie. Ni siquiera hice nada malo —insistió. Entonces, con el rostro pálido y la mirada iracunda, Michael repitió—: No hice nada malo. No lo hice.

Al día siguiente, Anthony Pellicano recibió una llamada telefónica de Evan Chandler. Quería encontrarse con Michael, «de hombre a hombre», dijo.

Anthony le transmitió el mensaje a Michael.

—De ningún modo —dijo Michael, según recuerda Anthony—. No voy a encontrarme con ese sujeto y darle más munición para utilizar en mi contra. Su corazón está lleno de odio, Anthony, y tú sabes que es la verdad. Respóndele que yo he dicho que de ningún modo.

—Pero puede ser una buena idea —sugirió Anthony—. Quizá podamos resolver todo esto.

Michael se mantuvo firme en su decisión de no encontrarse con Evan. Dijo que lo había reflexionado, y la verdad lo había alcanzado como una epifanía.

—Evan está ofendido porque yo tengo la clase de relación que él querría tener con Jordie —dijo Michael—. Eso es lo que realmente sucede aquí. Está completamente celoso de mí.

Anthony no pudo disentir; el análisis de la situación de Michael sonaba plausible.

La confesión de Jordie

El 2 de agosto, Evan Chandler le extrajo a su hijo una pieza dental en su clínica de Beverly Hills. Durante la operación, decidió administrarle el fármaco intravenoso Amytal sódico. Mark Torbiner, un anestesista dental (quien había puesto en contacto a Evan con su abogado, Barry Rothman, en 1991 cuando éste necesitaba asistencia odontológica), estuvo presente durante la cirugía. Evan ha confirmado desde entonces que a su hijo le fue administrado el fármaco, pero sólo como parte de la operación odontológica. Pero bajo la influencia del Amytal, dijo Evan, Jordie finalmente comenzó a hablar abiertamente sobre la actividad sexual que alegó haber tenido con Michael Jackson.

El Amytal ha sido erróneamente llamado el «suero de la verdad». En realidad, los médicos están de acuerdo en que los pacientes son extremadamente susceptibles a la

sugestión bajo la influencia del fármaco. «No es fiable —dijo el doctor Lewis Strong, un médico psiquiatra de Los Ángeles (que no conoce a Evan ni a Jordie Chandler)—. Jamás lo utilizo en mi práctica. He comprobado que es poco fiable. Ciertamente no es el suero de la verdad. A veces es utilizado para tratar la amnesia, pero a menudo proporciona recuerdos falsos».

«Definitivamente, es un fármaco psiquiátrico —observó el doctor Kenneth Gottlieb, un médico psiquiatra de San Francisco que ha administrado Amytal a pacientes con amnesia—. Jamás es deseable utilizar un fármaco que altera el inconsciente de la persona, a menos que no haya otro disponible —agregó—, y no lo administraría sin un equipo de reanimación, en caso de una reacción alérgica, y únicamente en presencia de un médico anestesista». (Mark Torbiner es un anestesista dental).

El doctor John Yagiela, coordinador del Departamento de Anestesia y Control del Dolor de la Escuela de Odontología de UCLA (Universidad de California, Los Ángeles), confirmó: «No es común que se utilice para extraer un diente. No tiene sentido cuando se dispone de mejores alternativas, más seguras. Jamás sería una opción para mí».

Quizá Evan sintió que no tenía más alternativa que administrar el fármaco a su hijo para que se sincerara por fin con respecto a la verdadera naturaleza de su relación con Michael Jackson. «¿Ha tocado Michael alguna vez tu pene?», le preguntó a Jordie. Aturdido, Jordie susurró que sí, Michael lo había hecho. Evan, entonces, cogió a su hijo y lo abrazó estrechamente, como si jamás fuera a soltarlo. «Lo siento, Jordie —dijo, según su posterior testimonio—. Lo siento mucho».

Evan diría luego que, en su interior, siempre había sabido lo que sucedía entre su niño y la estrella del pop. Dijo que sólo necesitaba la confirmación de Jordie antes de poder, con la conciencia limpia, embarcarse en esa campaña explosiva para destrozar la vida de Michael. No era necesario proseguir si, en efecto, era cierto de entrada que Michael había tocado el pene de Jordie. No obstante, Evan creía que había más cosas. De cualquier modo, no precisaba todos los detalles, dijo. En definitiva, ya tenía lo que quería: a Michael Jackson con la soga al cuello. Pero la pregunta persistía: ¿cuánto de lo que Jordie había confesado bajo la influencia de un fármaco psiquiátrico era cierto?

DÉCIMA PARTE

Michael se encuentra con los acusadores

Tras obtener de Jordie lo que creyó que era la verdad, Evan Chandler solicitó otro encuentro con Michael Jackson. Anthony Pellicano se las arregló para gestionarlo. La confrontación final entre el sobreprotector padre del adolescente y el hombre que según él había abusado de su hijo tendría lugar el 4 de agosto de 1993 en el Hotel Westwood Marquis. «Nada bueno puede salir de esto —dijo Michael—, pero tengo que ver a Jordie de alguna manera, así que hagámoslo».

A la hora señalada, Evan entró en la estancia, seguido de su hijo, que se veía ansioso. Tan pronto como Jordie vio a Jackson, corrió hacia él y lo abrazó. Se besaron en las mejillas.

—Dios mío, cómo te he extrañado —dijo Michael, visiblemente afectado. Acarició el cabello de Jordie y le preguntó—: ¿Cómo estás? ¿Estás bien? Dime que estás bien.

—Yo también te he extrañado —dijo Jordie—. No puedo creer lo que está ocurriendo. Sí, estoy bien —dijo—, pero debes saber que… —La voz del muchacho se quebró.

—¿Qué? —preguntó Michael—. ¿Qué debo saber? No Importa —decidió con un tono de voz seguro—. Lo vamos a solucionar, te lo prometo.

Evan se acercó a Michael y lo abrazó.

—Me alegro de verte, Michael —dijo Evan.

Michael miró fijamente a Evan con ojos oscuros y fríos. Bajo esas circunstancias era un extraño saludo de bienvenida por parte de Evan. Más tarde, Anthony Pellicano diría: «Si creyese que alguien ha abusado de mi hijo y consiguiera estar tan cerca de él, en ese momento, esa persona estaría condenada a muerte».

Permanecieron sentados, Anthony al lado de Michael, por un lado, y Jordie junto a su padre, por el otro.

Evan fue al grano de inmediato.

—Creo que la actitud de Michael hacia Jordie ha sido inapropiada —dijo—. De hecho, estoy seguro de que lo fue.

—¿De qué está hablando, Jordie? —preguntó Michael al muchacho.

Jordie se encontró con los ojos de Michael y asintió ligeramente, como si quisiera comunicarle un mensaje secreto. Michael lo miró con curiosidad.

Evan buscó algo en el bolsillo de su camisa, sacó un sobre y cogió el documento que estaba dentro. Era la evaluación psiquiátrica de la relación entre Michael y Jordie. Leyó en voz alta el último párrafo, que resumía el análisis:

«El menor está en peligro, ya sea que la relación continúe o finalice. El impacto que podría causar en el resto de los miembros de la familia del menor también debería ser considerado. Estas circunstancias crean la posibilidad de que exista negligencia hacia el menor, incluso hasta el extremo de la prostitución».

—¿Qué significa eso, exactamente? —quiso saber Michael.

—Significa que este doctor piensa que tuviste relaciones sexuales con mi hijo —dijo Evan cada vez más alterado. Michael permaneció calmado, lo que pareció enfurecer aún más a Evan—. Tú y Jordie tuvisteis relaciones sexuales, ¿no es cierto? —le gritó—. ¡Admítelo, mierda! Compórtate como un hombre. Admítelo. —A esas alturas, Evan tenía lágrimas en los ojos—. ¿Cómo pudiste hacerlo, Michael? —preguntó—. Dios mío, ¿cómo pudiste hacerlo? ¿Cómo pudiste hacerle eso a Jordie?

—Ya te dije que no lo hice —contestó Michael manteniendo la calma—. Eso es absurdo. Nunca ocurrió. Ni siquiera conozco a ese doctor. —Se volvió hacia Anthony —. ¿Acaso conocemos a ese doctor?

Entonces Anthony, con una ira que contrastaba con el comportamiento de Michael, dijo:

—Demonios, no, no conocemos a ese doctor. Esta reunión se ha terminado —le dijo a Evan—. Vete de aquí. Ahora.

—Espera —dijo Evan. Leyó entonces otro documento escrito por el mismo psiquiatra—: «El hecho de que un hombre de treinta y cuatro años duerma constantemente con un niño de trece, cuando hay otras camas disponibles, constituye —y allí levantó su voz— *una conducta perversa y obscena*». Una conducta perversa y obscena, Michael. ¿Entiendes lo que estoy diciendo?

Michael parecía paralizado. Se volvió hacia Jordie en busca de ayuda, pero el muchacho rehusaba mirarlo a los ojos.

—Dije que terminamos —insistió Anthony—. Esto significa guerra —añadió usando su frase favorita—. ¿Quién te crees que eres para venir aquí y acusar a Michael de un crimen? ¿Acaso te has vuelto loco? ¡Vete a la mierda!

—Espera —dijo Evan nuevamente—. Mira, si él está dispuesto a someterse a un test detector de mentiras, está bien —añadió señalando a Michael—. Si sale que él no lo hizo, está bien. No volveréis a verme jamás. Incluso podrá salir con Jordie a pasear y yo no diré una palabra.

—Eso es una maldita ridiculez —disparó Anthony—. Michael jamás se someterá a un detector de mentiras. Además —añadió—, yo formé parte de la inteligencia del ejército. ¿Acaso crees que no podría enseñarle a Michael a pasar una prueba como ésa?

Fue una extraña declaración por parte del consejero de Michael en una discusión tan importante como ésa. Por un segundo, Evan no supo cómo reaccionar.

—Genial —dijo finalmente—, entonces quizá puedas enseñarle a mentir también a Jordie.

Anthony se puso de pie.

—Escúchame, y escúchame bien —dijo señalando con el dedo agresivamente a Evan—. Michael Jackson no tuvo relaciones sexuales con tu hijo y no se someterá a una prueba con el detector de mentiras.

—Te escucho —dijo Evan—, pero no consigo entenderte. ¿Por qué no?

—Porque es un *insulto*, por eso —dijo Anthony levantando el tono de su voz.

Todas las miradas se posaron sobre Michael, quien miraba hacia delante, como en trance.

—Bien, entonces no hay nada más que decir —concluyó Evan—. Esta reunión se ha terminado. —Evan no mencionó que Jordie y Michael habían intimado. Quizá no quería jugar aún esa carta—. Te veré en los tribunales, Michael —dijo. No hubo ninguna reacción por parte de Michael.

Jordie se levantó y acompañó a su padre mientras salía de la habitación. Al atravesar la puerta, según Anthony Pellicano, el muchacho se volvió hacia Michael con una expresión triste. Michael observó fijamente a Jordie, probablemente sin saber que iba a ser la última vez que sus ojos se posarían sobre él.

—Oh, una cosa más —dijo Evan señalando al cantante—. Voy a arruinarte —dijo —. Te destruiré, Michael. Te *destruiré*.

Finalmente, Michael y Anthony se quedaron solos.

—Oh, Dios mío —dijo Michael tras unos minutos. Se lo veía pálido y extenuado, como si estuviera en *shock*. Se incorporó del sillón y miró por la ventana—. Oh, Dios mío —dijo nuevamente mientras las lágrimas descendían por su rostro—. Oh, Dios mío.

Negociaciones infructuosas

La incendiaria carta del psiquiatra de Beverly Hills, el doctor Mathis Abrams, que Evan Chandler esgrimió en el encuentro con Michael Jackson, fue solicitada por su abogado, Barry Rothman. Éste buscaba una opinión experta que pudiera probar lo que podía haber ocurrido entre Michael y el hijo de su cliente. En el transcurso de una conversación telefónica con el doctor Abrams, Rothman le expuso la evidencia que pensaba que tenía contra Michael, presentando un escenario puramente hipotético. A pesar de que Abrams no entrevistó a Evan, Jordie o Michael, su opinión sobre lo ocurrido sería devastadora. Tras la conversación con Barry Rothman, el doctor Abrams redactó un informe (fechado el 15 de julio de 1993) en el cual observó que, al menos a partir de lo que el abogado había descrito, parecía que algo de índole sexual había ocurrido entre las partes. También decía que si los incidentes habían ocurrido tal y como le habían sido explicados por el abogado, no tendría otra opción que realizar una denuncia en el Departamento de Protección del Menor de Los Ángeles.

Tras el enfrentamiento entre su padre y Michael, Jordie se deprimió como nunca antes en su joven vida. La idea de que quizá iba a tener que testificar en contra de Michael era más de lo que podía soportar. Antes de irse a dormir, dibujó algo que sugería la idea de suicidio: una figura saltando de la terraza de un edificio de cinco pisos que luego se estrellaba dejando un charco de sangre en el suelo.

A la mañana siguiente, cuando Evan entró al cuarto de Jordie para despedirse,

antes de salir al trabajo, encontró el escalofriante dibujo en el suelo. Jordie aún dormía. Evan escribió sobre el papel: «No dejes que esto pase», subrayando cada palabra. Luego volvió a dejar el dibujo donde lo había encontrado. Mientras salía, cambió de opinión y decidió llevarse el dibujo. Más tarde se convertiría en evidencia del estado anímico de Jordie.

La noche siguiente, Evan y Barry se reunieron con Anthony Pellicano. «Pusieron todas sus cartas sobre la mesa —recordó Anthony—. Veinte millones. Eso era lo que querían».

De hecho, Evan quería que la suma total de 20 millones fuera depositada en una cuenta que devengara intereses. Cinco millones pagaderos a Jordie en cuatro cuotas en un período de cuatro años. «Tal vez esa suma de dinero le enseñará a Michael Jackson a no abusar de ningún otro niño —le explicó Evan a Anthony—. Eso pagará la educación de Jordie y las evaluaciones psiquiátricas. Me permitirá jubilarme y pasar más tiempo con mi hijo, ayudándolo a superar esta etapa. Si no, pues bueno. Iremos a juicio y veremos cómo termina».

Aunque Anthony estaba seguro de que Michael ni siquiera consideraría pagarle un solo centavo a los Chandler, tenía la obligación de comunicarle la oferta a su cliente.

Evan ya había redactado en forma manuscrita una carta dirigida a su abogado, Barry Rothman (con fecha del 5 de agosto), manifestando sus intenciones, en caso de que Michael decidiera no pagar los 20 millones. En esa misiva explicaba que una de las razones por las cuales había esperado poder evitar el juicio había sido el devastador impacto que ello tendría sobre la carrera de Michael. «Creía que Michael era una persona amable, sensible y tierna que había cometido un error, producto de un amor genuino por Jordie —escribió—. Ahora sé que estaba equivocado».

Luego, Evan recapitulaba su versión de los hechos que habían tenido lugar en aquel encuentro con Jordie, Michael y Anthony Pellicano. Escribió que Jordie se había dado cuenta de que él (Evan) tenía evidencias de que Michael lo había acosado sexualmente. (Anthony Pellicano, sin embargo, afirma que Jordie no dijo una sola palabra durante la reunión acerca de que Michael hubiera abusado de él). «Michael respondió con una sonrisa fría y burlona, como la que suelen tener los criminales cuando manifiestan su inocencia, incluso ante pruebas irrefutables sobre su culpabilidad —escribió Evan—. Era una imagen escalofriante. No mostró ninguna señal de arrepentimiento por sus actos y fue completamente indiferente al sufrimiento de Jordie».

Evan opinó más tarde que si Michael hubiera tenido una entrevista con un psiquiatra, seguramente sería calificado como un pedófilo. Por lo tanto, escribió, no sentía compasión alguna por Michael y no tenía ningún interés en protegerlo de un juicio. De hecho, continuaba, creía que Michael debería estar en la cárcel para impedir que acosara sexualmente a otros menores. Añadió, además, que creía que el encarcelamiento de Michael sería el resultado inevitable de cualquier investigación

que emprendiese el fiscal del distrito y que si fuese necesario que Jordie testificase, estaría ansioso por declarar contra Michael. Bastaría sólo con que Jordie dijese la verdad, escribió; quizá sin darse cuenta del coste emocional que un testimonio tan visceral podría acarrearle a su hijo.

«Deseo que continúen las negociaciones con el señor Pellicano —concluía Evan —, pero si esa empresa fracasara, entonces, como su cliente, le ordeno que presente una demanda contra Michael Jackson por acosar sexualmente a mi hijo». En una posdata escribió acerca del dibujo que había encontrado en la habitación de Jordie. «Creo que deberías verlo —escribió—, estoy muy asustado. De una u otra forma, quiero que termines con esto lo antes posible». Incluyó en el sobre una copia del dibujo de Jordie.

Cuando Anthony le llevó la oferta de Evan a Michael, la respuesta fue inmediata: «De ninguna manera —dijo—. Tenemos un amor que es puro y eternamente inocente. No pienso arruinarlo pagándole a ese hombre. No existe absolutamente ninguna posibilidad de que lo haga».

El 13 de agosto, Anthony le presentó a Evan, con el visto bueno de Michael, una contraoferta: tres guiones de cine en un lapso de tres años, cada uno valorado en 350.000 dólares, lo que significaba un trato de más de un millón de dólares que, además, incluía la promesa de que todos los grandes estudios leyeran cualquier guión que Evan y Jordie escribieran para una secuela de la película de Mel Brooks. A Evan y Rothman la oferta no sólo les pareció incierta, sino que, además, era una suma de dinero muy pequeña en comparación a la demanda multimillonaria que se traían entre manos. «Ni siquiera están cerca —le dijo Evan a Anthony—. Paso». Después, extrañamente, Evan le preguntó a Anthony si Jordie podía tomar posesión del ordenador que Michael le había comprado y que había instalado en un escondite en Los Ángeles. Anthony no podía creer la osadía de Evan. Michael no había comprado ese ordenador para Jordie, se apresuró a responder (aunque es dudoso que Anthony estuviera al tanto de lo que Evan decía) y Jordie no volvería a verlo, «así que es mejor que te olvides de él». Evan salió rápidamente de la oficina.

Al día siguiente, Barry Rothman propuso una contraoferta a Anthony Pellicano: un trato por tres guiones que ascendían a la suma de alrededor de quince millones de dólares. A través de Anthony, Michael rechazó la contraoferta. Luego, inexplicablemente, Anthony fue con otra contraoferta tan baja que no esperaba siquiera que Evan la aceptase: 350.000 dólares por sólo un guión, que debería pagarse directamente del bolsillo de Michael. Había pasado de una oferta de tres películas a solo una… No era la mejor táctica de negociación, podría decirse. Por supuesto, Evan la rechazó. Ahora sentía que la negociación estaba cargada de mala fe, por lo que ya casi no tenía sentido que continuara.

Con todas las batallas aparentemente perdidas, la guerra estaba a punto de comenzar.

Jordie se entrevista con un psiquiatra

El 16 de agosto de 1993, después de que se derrumbasen las negociaciones entre Evan Chandler y Anthony Pellicano, Michael Freeman (el abogado de June) avisó a todos de que iba a presentar una petición al juzgado solicitando que Evan devolviese la custodia de Jordie a su madre. June no sabía cómo lidiar con el enfrentamiento entre Evan y Anthony Pellicano. Si Evan estaba seguro de que Michael había abusado de Jordie, ¿por qué estaba tratando entonces de extraerle 20 millones de dólares en lugar de denunciarlo directamente a las autoridades? Comenzó entonces a cuestionar los motivos de Evan; quería de vuelta a su hijo. Se determinó entonces la fecha en que tendría lugar la audiencia que resolvería quién se quedaría con la custodia de Jordie.

Sin embargo, Evan no tenía Intención de devolver a Jordie a su madre, obviando lo que el juez dijera al respecto. Estaba seguro de que ella Iba a llevarlo inmediatamente con Michael Jackson. Vivirían por siempre felices en Neverland y temía no volver a ver jamás a su hijo.

Sin saber qué hacer y con la presión de tener que actuar, Evan concertó una cita para Jordie con el doctor Mathis Abrams, el psiquiatra que había redactado la carta en la que especulaba, a partir del caso hipotético planteado por el abogado, acerca del abuso sexual a Jordie. Le dijo al doctor que, en realidad, el caso no era imaginario y que había involucrado a su propio hijo y a Michael Jackson. Evan se daba cuenta de que en cuanto Abrams y Jordie se encontrasen comenzaría el verdadero drama. El médico estaría obligado a presentar un informe a las autoridades, lo que pondría fin a la confidencialidad del asunto entre Jordie y Michael. De todas maneras, como diría más tarde, Evan se sentía compelido a proteger a su hijo, y sacrificar a Michael Jackson era un pequeño precio a pagar, especialmente después de lo mal que habían terminado las negociaciones.

En la audiencia, el 17 de agosto de 1993, el abogado de Evan se mostró de acuerdo con que Jordie regresase con June a las siete de esa misma tarde. En realidad estaba tratando de comprar tiempo…, no tenía ninguna intención de que Jordie regresase con su exesposa. Mientras la vista se llevaba a cabo, Jordie se encontraba en la entrevista con el psiquiatra.

En el transcurso de las tres extenuantes horas de sesión con el doctor, Jordie describió incidentes de masturbación y sexo oral con Michael Jackson. De hecho, reveló que habían mantenido relaciones sexuales durante meses.

Como podía esperarse, el psiquiatra informó de todo lo que Jordie narró directamente al Departamento de protección del menor. A las pocas horas, el muchacho era entrevistado por una asistente social del mismo Departamento del Condado de Los Ángeles y por un oficial del Departamento de Policía de Los Ángeles.

El informe manuscrito de once páginas de la asistente social comenzaba con una

descripción acerca de cómo Evan y Michael se habían conocido, a partir de un desperfecto en el coche de Michael. Jordie contó que se hizo amigo de Michael y que hablaban por teléfono casi todos los días, «en largas charlas sobre videojuegos». Las charlas continuaron, incluso cuando Michael estaba de gira. En febrero (1993) y durante las semanas siguientes, Michael comenzó a ver más a menudo tanto a Jordie como a su madre, June. Le compró juguetes y los llevó a él, a June y a su media hermana, Lily, a Las Vegas. Allí fueron a ver la película *El exorcista*. El film le causó miedo, contó, y esa noche durmió con Michael en la misma cama, una costumbre que se repitió numerosas veces, incluyendo aquellas en que estuvo en Neverland. Durante esos primeros encuentros, sin embargo, no había habido abuso sexual. Según el informe, al principio Michael se limitaba a «arroparlo y besarlo en la mejilla». Sin embargo, hubo una ocasión, en el rancho, en la que, mientras June dormía en el cuarto de invitados, Jordie y Michael compartieron la misma cama y el cantante pop comenzó a «frotarse contra mí».

«Con el tiempo —afirmó Jordie en el informe—. Michael poco a poco comenzó a besarme en la boca. Hubo una vez que estaba besándome y metió su lengua en mi boca. Yo le pedí: "No hagas eso". Entonces se puso a llorar, supongo que para hacerme sentir culpable». El informe continuaba diciendo que Michael le dijo al chico que su relación «estaba escrita» y que estaba «en el cosmos».

Según el informe, la relación entre Michael y Jordie se tornó sexual cuando fueron a Monaco con la familia y, desde entonces, mantuvo su carácter sexual. Los detalles que Jordie describió eran sumamente gráficos.

Jordie también acusó a Michael de amenazarlo con que si alguna vez llegaba a contarle a alguien algo sobre lo que había ocurrido entre ellos, sólo conseguiría meter a ambos en problemas y que él sería enviado al reformatorio juvenil, una institución para jóvenes delincuentes. «El menor también dijo que el señor Jackson le habló sobre otros chicos con los que había hecho lo mismo —escribió la investigadora—, pero con los que no había llegado tan lejos. El menor dijo también que el señor Jackson intentó hacerle odiar a sus padres, así tendría que quedarse solo con el señor Jackson». El informe terminaba con el deseo de Jordie de permanecer bajo la custodia de su padre y con la sugerencia de que a su madre le gustaba el estilo de vida ligado a la farándula que rodeaba a Michael.

Más tarde, cuando Jordie fue entrevistado por el Departamento de Policía, relató las mismas anécdotas sobre los encuentros sexuales y también les dio a los oficiales una descripción detallada de los genitales de Michael.

Era imposible que las asombrosas revelaciones sexuales que involucraban a una estrella tan famosa en todo el mundo, controvertida y de aspecto tan andrógino como Michael Jackson, no se filtrasen a la prensa. No había manera de que el caso no emergiese a través de los titulares más sensacionalistas en la historia del espectáculo. Sólo era cuestión de tiempo…

«Jordie jamás me perdonará…»

Al día siguiente, el 18 de agosto de 1993, Bert Fields y Anthony Pellicano le comunicaron al Rey del Pop la horrible noticia de que la Unidad de Abusos Sexuales en la Infancia del Departamento de Policía de Los Ángeles había iniciado una investigación criminal sobre él.

—Oh, Dios mío —preguntó Michael—, ¿éste es el fin?

—No —respondió Bert—. Nos defenderemos, Michael. Y tenemos muchas posibilidades de ganar.

—Además, tú sabes bien cómo suelen salirte las cosas —añadió Anthony con optimismo.

—Justamente eso es lo que temo —respondió Michael con tristeza.

Anthony abrazó a Michael.

—Vamos, tú nunca pierdes —dijo, según recordó tiempo más tarde—. Mira tu vida, Michael. Mira quién eres. No vas a comenzar a perder ahora.

Michael empezó a sollozar.

—He trabajado tan duro… —dijo—. Durante toda mi vida he trabajado muy duro. No puedo perderlo todo ahora, Anthony. No puedo perderlo todo.

—No lo harás —intervino Bert—. Te prometo que no lo harás.

Ese mismo día, June y Dave Shwartz fueron entrevistados por la policía. Ellos no estaban tan seguros, alegaban, de que Michael fuese culpable de abusar de Jordie. Ambos sentían que el muchacho estaba bajo el control de Evan y ya no sabían qué creer, dijeron. «Me parece que sólo creo la mitad de la historia» dijo el policía a regañadientes. June perdería la custodia de Jordie, al menos temporalmente. Aunque era provisoria, la decisión del Departamento de Asistencia a la Niñez le rompió el corazón, pero no había nada que se pudiera hacer. De todas formas, Jordie había manifestado que deseaba estar con su padre.

Más tarde, aquel mismo día, Michael se encontró con uno de sus colaboradores, un publicista, que debía asesorarlo sobre la estrategia a seguir si las acusaciones llegaban a la prensa. «Me encontré con él en un escondite en Los Ángeles —recordó el publicista—. Tenía un aspecto terrible, como si no hubiera dormido en días. No llevaba maquillaje, por lo que su rostro se veía estropeado, salpicado de manchas. Estaba flaco, como enfermo. Llevaba puesto un pijama. "¿Qué voy a hacer ahora? —me preguntó—. No puedo creer que esto me esté ocurriendo a *mí*, Michael Jackson. ¿Crees que la policía me preguntará sobre Jordie?"».

El publicista le dijo a Michael que era muy probable que pronto fuera interrogado por las autoridades. Michael rompió a llorar.

—Pero no puedo responder preguntas —dijo entre lágrimas—. No puedo hablar sobre Jordie, ¿no lo entiendes? Es mi alma gemela. No sabría qué decir.

—Di la verdad, Mike —sugirió el publicista dándole una palmada en el hombro.

—Pero nadie me creerá —dijo Michael, derrotado—. Será mi palabra contra la de

Evan. Pobre Jordie —añadió Michael mientras se limpiaba las lágrimas con el dorso de su mano—. No puedo creer que su padre haga esto. Estábamos tan unidos… Evan está tan celoso de mí… tan, tan celoso…

El publicista le preguntó entonces cómo quería manejar a los medios cuando la noticia se hiciera pública.

—Oh, al demonio con la prensa —dijo Michael, yendo de la tristeza a la furia en una milésima de segundo—. No me importa lo que digan de mí. Van a inventar cosas de todas formas. Que se vayan a la mierda. De todos modos es culpa de *ellos* que yo tenga este problema.

El publicista recordó sentirse confundido por lo que Michael le decía.

—¿De qué manera los medios son responsables? —preguntó.

Michael golpeó con su índice a su colaborador mientras lo increpaba.

—Es porque *tú* permitiste que los medios escribieran todas esas cosas sobre mí por lo que ahora la gente piensa que yo soy capaz de una cosa así —dijo enfurecido —. Es culpa *tuya*. No. Es culpa *de ellos*. —Michael se desplomó sobre el sillón, completamente extraviado—. He intentado poner freno a los rumores durante años y años, pero volvían a aparecer una y otra vez —dijo—. La cámara hiperbárica. El Hombre Elefante. La cirugía plástica. Ahora esto.

El 20 de agosto de 1993, Michael viajó a Bangkok para la segunda parte de la gira Dangerous. Es irónico que retomara su gira en una ciudad famosa por ser la capital mundial del sexo.

Michael sentía que dejar Los Ángeles era demasiado para él. No podía aceptar que Jordie no lo acompañara durante la gira. Había planeado momentos emocionantes para ambos en distintos continentes, y la única razón para salir de gira era, desde su punto de vista, estar con su «alma gemela». Ahora partiría solo. Por supuesto, estaría rodeado por más de doscientas cincuenta personas, integrantes de la enorme y multimillonaria producción, desde músicos, técnicos y bailarines hasta guardaespaldas, secretarias y asistentes. Sin embargo, para lo que a Michael le importaba, si no estaba Jordie, estaba solo.

Además, no quería irse de su hogar sencillamente porque desconocía lo que podía ocurrir en Estados Unidos en su ausencia. A pesar de todo, también estaba ansioso por irse, aunque sólo fuera para alejarse de la ciudad y no tener que lidiar con las terribles cosas que iban a suceder. Sintió la necesidad de escapar de su vida, si es que eso era posible. Y efectivamente, Michael se fue justo a tiempo, porque al día siguiente se iba a desatar una tormenta infernal.

La noticia se hace pública

El sábado 21 de agosto de 1993 fue librada una orden judicial que le permitió a la policía acceder al domicilio de Michael Jackson en el número 5.225 de Figueroa Mountain Road en Los Olivos, Santa Bárbara: el Rancho Neverland. Las autoridades contrataron a un cerrajero para obtener acceso a todas las habitaciones de la propiedad, incluyendo los aposentos privados de Michael. Más aún, la orden judicial permitía a las autoridades revisar el «escondite» de Michael en el número 1.101 de la calle Galaxy, #2247 en Century City, California, en busca de pruebas. Por supuesto, cualquiera que creyese que allí encontraría algún tipo de evidencia incriminatoria era extremadamente ingenuo. Obviamente, debido a la cadena de acontecimientos que se venían sucediendo, en el equipo de Michael se esperaba que una orden judicial se librase de un momento a otro.

Adrian McManus, la criada personal de Michael y el único empleado de Neverland con acceso a su habitación recordaba: «La gente corría por todas partes, los empleados estaban sacando cosas de la propiedad en cajas y canastos, a toda velocidad. Se llevaron sábanas, almohadas, cubrecamas, toallas y batas. Se llevaron las cajas de maquillaje, los delineadores de ojos, lápices labiales, cremas y gel. Se llevaron pilas de revistas. Se llevaron las fotos. Recuerdo que una persona que trabajaba para Michael levantó en alto una foto y todos la rodearon para verla, mientras preguntaban: "¿Quién es? ¿Quién es?". "¿Es acaso Macaulay Culkin en ropa interior? ¡Sí, lo es!". Entonces cogieron la foto y la pusieron en una caja junto a otras de niños en ropa interior. Los escuchaba murmurar: "Este tipo está loco, ¿no?", mientras hurgaban en sus cosas. "¿Cuántas fotos de Elizabeth Taylor necesita una persona?". La situación era desagradable.

»Mi trabajo era esconder todos los perfumes de mujer de Michael, que eran bastantes. Sólo usaba fragancias femeninas, no masculinas, y supongo que pensaron que eso no se vería bien. Al día siguiente, cuando vino la policía, miraron un poco alrededor y uno de ellos dijo: "Mhhhhhh. Un botín pequeño, por lo que veo". Lo sabían. Era obvio, lo sabían».

Cuando las autoridades encontraron una caja fuerte enorme y negra, del tamaño de un armario, tan grande que se podía caminar dentro de ella, estaban exultantes. Imaginen lo que podría esconder alguien tan enigmático y misterioso como Michael Jackson dentro de un objeto como ése. Los oficiales le ordenaron al cerrajero que encontrase la combinación. Cuatro horas trabajó en esa caja fuerte. Finalmente, *voilá*. Estaba abierta. También estaba vacía, excepto por un maletín negro. «Ábralo. Ábralo», exclamaron los oficiales. Dentro había sólo una hoja de papel. En ella estaba escrita la combinación de la caja fuerte. Alguien en el equipo de Jackson tenía cierto sentido del humor.

A pesar de la limpieza previa, la policía consiguió hacerse con libros, vídeos, fotos, notas y todo aquello que encontraron que pudiese ser usado como prueba. Un año más tarde, en una entrevista telefónica que le hice a Michael, me habló sobre esa

búsqueda: «Imagina que tienes a alguien revisando todas tus cosas mientras te encuentras a miles de kilómetros de distancia. Se llevaron toda clase de objetos, cosas tontas como mis vídeos en Disneylandia, fotos de mis amigos, cajas y cajas de cosas personales. ¡Incluso mis diarios íntimos! Imagina tener a algún extraño leyendo tus pensamientos más recónditos, sus sucias manos pasando las páginas, leyendo mis notas sobre mi madre o sobre lo que siento por Dios. Fue brutal. Todavía no hemos podido recuperar muchas de aquellas cosas. Me dan ganas de llorar cuando pienso en ello. Pero entre todas mis pertenencias privadas no encontraron una sola que pudiera usarse como evidencia de que había hecho algo malo».

Las autoridades tomaron fotografías de las habitaciones de Neverland para poder compararlas con las descripciones de Jordie. Consiguieron además la libreta de direcciones y de teléfonos de Michael, la cual utilizaron para interrogar a más de treinta niños y sus respectivas familias. (Entre los entrevistados se encontraban Emmanuel Lewis, Jimmy Safechuck y Jonathan Spencer; todos ellos insistieron en que Michael jamás se había comportado de forma impropia con ellos).

El 23 de agosto, un canal de televisión de Los Ángeles dio a conocer la sorprendente noticia de que la policía había entrado en la residencia Neverland. La policía confirmó que Michael Jackson era sospechoso de haber cometido un delito. Sin embargo, los oficiales no entraron en detalles. A pesar de la falta de información, en el transcurso de ese día la historia se convirtió en el centro de la transmisión de más de setenta emisoras de noticias y de boletines especiales sólo en el área de Los Ángeles. En pocas horas la investigación había alcanzado las primeras planas internacionales. El periódico *New York Post* sacó una edición con una horrible foto de Michael, en la que se le veía en su peor momento, junto con un titular más que sensacionalista: «¿Peter Pan o Pervertido?». Una cosa quedaba clara: nada volvería a ser lo mismo para Michael Jackson.

Aunque los informes televisivos no mencionaron el tema del abuso sexual, los rumores eran lo suficientemente sólidos como para que el equipo de Michael saliese a desmentirlos. La responsabilidad de realizar la declaración en la que se afirmaba que, efectivamente, Michael estaba siendo acusado de abusar de un menor, pero que era inocente, recayó sobre Anthony Pellicano. Fue a través de sus comentarios que el público vio confirmado por primera vez que Michael estaba siendo investigado por abusos. El Departamento de Policía convocó entonces una conferencia de prensa para revelar más detalles. Tenían razones para creer, decían, que Michael había abusado de un chico de trece años. Eso fue un *shock*. La estrella del pop, a quien habitualmente se veía en compañía de muchachos jóvenes y a quien se conocía por su filantropía hacia las organizaciones que se ocupaban de los niños, ¿podría ser realmente un pedófilo? En cuestión de horas, Los Ángeles se pobló de reporteros extranjeros que dirigían sus propias investigaciones sobre lo que Michael había hecho… y a quién.

Siempre había sido tan enigmático, tan extraño… Todos asumieron que, ahora, todas las preguntas acerca de él habían sido respondidas. Todos los que conocían a Michael temían que su carrera, e incluso su vida, estuvieran arruinadas. «Creí que se mataría», dijo uno de los miembros de su personal en ese momento.

Al día siguiente, Anthony Pellicano explicó a los medios que Michael había sido «víctima de un intento de extorsión que se fue de las manos» y que su equipo había realizado investigaciones durante los últimos cuatro meses. «Se nos pidió una suma de 20 millones de dólares —declaró a Associated Press—. Por supuesto, lo rechazamos de pleno. Creemos que fue nuestro rechazo la causa de lo que ha estado ocurriendo estos últimos días». No mencionó que el equipo de Jackson había entablado una negociación que incluyó propuestas y contrapropuestas.

El equipo de Michael contrató al influyente abogado criminal Howard Weitzman. Fue él quien leyó la declaración de su nuevo cliente: «Estoy seguro de que el Departamento de Policía va a realizar una investigación justa y en profundidad y que sus resultados demostrarán que no hubo mala conducta por mi parte. Tengo pensado continuar con mi gira mundial».

El 25 de agosto, en un esfuerzo más por intentar «minimizar los daños», al día siguiente de que Michael actuase en Bangkok, Anthony Pellicano organizó una conferencia con dos jóvenes amigos de Michael, Brett Barnes y Wade Robson. Brett admitió, frente a las luces, las cámaras y los micrófonos, que había dormido con Michael en muchas ocasiones pero que eso no tenía ninguna connotación sexual. «Él nos besa como alguien que besa a su madre», dijo el niño de once años. «Es normal en él que nos abrace, nos bese y nos frote su nariz, y cosas como ésa».

Wade, que tenía diez años, también dijo que había dormido en la misma cama con Michael, pero «sólo como amigos». Dijo: «Michael es una persona muy, muy buena, realmente amable y dulce. Claro que dormí una docena de veces con él, pero la cama era enorme».

Ofrecer a Wade y Brett a la prensa por parte de Anthony Pellicano poco pudo hacer para ayudar en el caso de Michael: de hecho, muchos creían en ese momento que lo había empeorado. Cuando Michael se enteró, estando en Tailandia, de que Anthony había decidido exponer a los niños, no se puso nada contento. «Eso no está bien —dijo, según un asesor—. Creo que eso hace que empeore mi imagen. No está nada bien».

En el mundo del espectáculo, pocas veces una historia tomó tanto vuelo, tan rápido, como el escándalo por abusos de Michael Jackson, en el que la prensa mundial ofrecía como primicias titulares que sugerían insistentemente que era culpable, a pesar de que aún no se encontraba imputado. Cuando las declaraciones confidenciales que Jordie Chandler hizo a las autoridades, cargadas de sexualidad, sobre las ocasiones en que durmió con Michael Jackson llegaron a la prensa, toda la

objetividad periodística pareció saltar por la ventana. La prensa tenía en sus manos una historia en la que supuestamente la máxima estrella del pop tenía una relación de carácter sexual con un chico de trece años. Parecía imposible para los medios de comunicación permanecer neutrales. Ciertamente, Michael parecía culpable, al menos si las declaraciones de Jordie eran ciertas.

El 26 de agosto de 1993, aparecí en la CNN opinando que nosotros, la prensa, quizá deberíamos respetar ciertos límites al presentar la historia. Para mi sorpresa, tras la transmisión mundial de esa entrevista, Michael me llamó desde Bangkok.

El día anterior, Michael se había presentado ante setenta mil personas. Finalizó su actuación con un escenario repleto de niños cantando su himno personal, «Heal the World», a su agradecido público. Había visto el reportaje en la CNN mientras estaba fuera de escena, dijo, y me llamó debido a lo que había dicho.

—¿Cómo te sientes? —le pregunté.

—Mal —dijo. Su voz sonaba débil, como un murmullo.

—¿Hay algo que pueda hacer? —le pregunté.

—No —respondió—. Estoy muy, muy… triste. Es un mundo terrible, ¿no es cierto? No queda amor en este mundo.

Me prometió enviarme un regalo desde Neverland para demostrar su agradecimiento por el reportaje.

—Quizá una llama —dijo. Parecía animado por la idea—. ¿Tienes lugar para una llama? ¡Te mandaré una llama bonita y grande! —dijo, mientras se le oía reír suavemente entre dientes.

—Dime, ¿cómo haces para actuar con todo lo que está ocurriendo? —pregunté.

—El concierto de anoche fue bueno —dijo—. Pero al finalizar cada canción tenía que salir corriendo detrás del escenario para inhalar oxígeno. El ambiente era tan húmedo que creí que moriría. Ahora no me siento bien. Creo que estoy deshidratado. Me cuesta mucho respirar. No sé cómo voy a cantar esta noche.

—¿Has hablado con alguien de tu familia? —pregunté—. Están preparando una conferencia de prensa para darte su apoyo.

—Oh, genial —dijo Michael con poco entusiasmo—. Eso es… genial.

Esa tarde, Michael tenía programado su segundo concierto en Bangkok. Sin embargo, el espectáculo fue cancelado. Era el primero de muchos en ser suspendido durante los meses siguientes, bajo los pretextos más variados: desde deshidratación hasta migrañas, pasando incluso por problemas dentales.

Poco tiempo después, la familia Jackson ofreció una conferencia de prensa con el fin de «aprovechar esta oportunidad para reunirnos como familia, unidos y en armonía, para expresar a Michael nuestro amor y leal apoyo». Frente a cámaras de todo el mundo, los miembros de la familia dijeron que «creían, sin lugar a dudas, que Michael estaba siendo víctima de un cruel y obvio intento para aprovecharse de su fama y éxito. Sabemos, al igual que todo el mundo, que ha dedicado su vida a brindar felicidad a los jóvenes de todo el mundo. Tenemos confianza en que su dignidad y

humanidad prevalecerán».

En esa conferencia de prensa también anunciaron que pronto dejarían el país para estar junto a Michael.

En realidad, Joseph no estaba al tanto de lo que le ocurría a su hijo. Obviamente, habían tenido sus diferencias. Sin embargo, las transmisiones sobre el escándalo eran más de lo que podía soportar. Desde su punto de vista, el éxito de Michael influía positivamente en él. Sentía que todos los logros que Michael había conseguido como superestrella estaban inseparablemente unidos al rol que había tenido en la vida de su hijo. Lo último que deseaba era ver cómo el universo que rodeaba a Michael se hacía pedazos, pero no había nada que pudiera hacer excepto apoyarlo. El problema era que Michael no quería su apoyo. Su relación había sido muy inconsistente durante demasiado tiempo y Michael tenía una actitud sumamente negativa hacia él.

En cuanto a Katherine, tampoco quería que se involucrase en su vida en esos momentos tan difíciles. Tenía miedo de que ella, manipulada por el resto de su familia, lo quisiera convencer de hacer la única cosa que no deseaba: reunirse con sus hermanos para hacer un espectáculo.

Michael siempre había sido el hijo del que Katherine se sentía más orgullosa, su favorito desde que era un mocoso. Sin embargo, en los últimos tiempos desaprobaba su actitud debido a que no podía perdonarle lo que hacía con su vida privada. Simplemente no lo entendía, y tenía buenas razones: él no daba explicaciones. Todo lo que sabía era que él era… *diferente*. Nunca se había embarcado en una relación amorosa seria, tal como habían hecho sus hermanos. Estaba preocupada por él. También lo apoyaba, a pesar de sus rarezas y excentricidades y era la primera en hablar en su defensa. Pero en realidad, ella no lo conocía realmente. Sólo conocía algunos aspectos, aquellos que él quería que supiese; algo que, por otra parte, era bastante común dentro de cualquier relación entre madre e hijo.

Antes de que aflorara el escándalo, la familia le había revelado un plan para un programa de televisión especial sobre la familia Jackson que iba a girar alrededor de un premio a los logros para otorgar a ciertas celebridades. Nuevamente, había sido una idea de Jermaine. Michael lo había dejado muy claro, no quería ningún tipo de malentendido: quería tener una participación muy limitada, quizá entregar algún premio para luego permanecer sentado con el público. Como era típico en la familia Jackson, hubo tantas idas y venidas en lo concerniente a su participación que, en un momento dado, quiso suspenderla por completo. Ahora que su familia salía en su apoyo en esos momentos tan difíciles de su vida, sentía que estaba siendo acorralado en lo que a ese programa se refería. ¿Cómo podía decepcionarlos después de que se mostraran tan leales públicamente?

Hace su entrada Lisa Marie Presley

Lisa Marie Presley, la hija de Elvis Presley, el pionero del *rock and roll*, conocía a Michael desde 1974; se habían encontrado en Las Vegas durante uno de los compromisos de la familia en el MGM Grand. Lisa tenía seis años; Michael, dieciséis. Elvis la había llevado a ver el espectáculo porque era fanática del grupo. «Siempre me gustó —recuerda Lisa Marie, quien prefiere que la llamen Lisa—. Michael me fascinaba con su talento. Me encantaba verlo bailar. Él quería conocerme mejor, pero a mí siempre me pareció un poco raro. Por aquel entonces, no deseaba conocerlo más de lo que lo conocía».

Nacida el 1 febrero de 1968, hija de Elvis y Priscilla Presley, Lisa Marie estuvo destinada a las controversias, aunque fuera sólo a causa de su ilustre linaje. Tuvo una infancia privilegiada. Su padre la mimaba con regalos, como joyas e, incluso, un abrigo de piel… ¡a la edad de cuatro años! O, como su madre prefería decir: «Ella tuvo todo lo que un niño no debía tener ni podía apreciar». Fue malcriada o, según ella misma suele recordar: «¿Cómo era de niña? ¡Olvídalo! Era una maldita tirana».

También diría, acerca de su infancia: «No tengo un solo mal recuerdo de ella, debo admitirlo. Siempre había una tremenda energía en torno a él [Elvis] y a toda la casa [en Graceland] cuando mi padre estaba allí. Era un irresponsable adorable».

Lisa solía sentarse fuera de su cuarto en Graceland durante horas esperando a que se despertase. Cuando lo hacía, se acurrucaba en su regazo y, sin razón aparente, decía cosas como: «Papi, por favor no te mueras». Ella tenía la sensación de que su tiempo en la tierra sería breve. «Me daba cuenta de que abusaba de las drogas —admitiría más tarde—. Lo sentía, lo sabía. A veces tenía mal carácter. No se le veía feliz. Lo veía tomar píldoras, cócteles de píldoras. Pero trataba de ocultármelo lo mejor que podía. De todas formas, lo sabía. Me sentía impotente. Era doloroso. Aún lo es. Era un hombre muy bueno, un hombre decente».

Lisa tenía nueve años cuando su padre murió en 1977. Ella estuvo presente cuando encontraron su cuerpo en el baño y vio cómo intentaban reanimarlo. «¿Qué le pasa a mi papá?», preguntaba empapada en lágrimas. En el funeral parecía en estado de *shock*, caminaba entre la gente como atontada, diciendo a sus parientes: «No puedo creer que Elvis Presley haya muerto».

En octubre de 1988, Lisa se casó con el músico Danny Keough, ya embarazada de su primera hija. Danielle Riley nació al año siguiente y Benjamin Storm, en 1993. La relación duraría seis años.

En febrero de 1993, Lisa y Michael se reencontraron en una cena privada en la casa de un amigo en común, Brett Livingston-Stone, en Los Ángeles. En esa época, Lisa ya había grabado cuatro canciones producidas por su esposo. Sentía que tenía mucho que decir acerca de su inusual vida como hija de un icono y estaba tratando de encontrar la manera de hacerlo a través de las letras y de la música. «Tenía la voz —me dijo una vez en retrospectiva—, pero no tenía la experiencia. Todos se ponían frenéticos cuando se enteraban de que la hija de Elvis quería cantar. Se convertía en

un asunto de negocios y dinero, dinero, dinero: terminé perdiendo la pasión. Perdí el impulso creativo. Supongo que me asusté y decidí dejarlo».

«No tenía confianza en sí misma como vocalista —dijo Brett Livingston-Stone—. Tenía miedo de que la comparasen con Elvis, miedo al rechazo. Cuando le sugerí que quizá Michael podría ayudarla, me contestó: "Él es una superestrella, ¿realmente crees que me ayudaría?". Después de la cena, Lisa le puso unas cintas suyas que dejaron a Michael realmente impresionado. Le dijo que tenía mucho talento y una bonita voz, que podría llegar a ser una estrella y que vería qué podía hacer por ella».

A medida que iba escuchando historias sobre la vida de Michael en el negocio, se fue dando cuenta de que estaba cayendo en su hechizo. Según Brett Livingston-Stone, justo antes de partir, Michael la miró de forma penetrante y le dijo con voz cómplice: «Tú y yo podríamos meternos en muchos problemas. Piensa en ello, pequeña».

En los días siguientes forjaron una sorprendente amistad, hablaban por teléfono prácticamente todos los días. Se dieron cuenta de que sus vidas tenían mucho en común: ambos habían sido aislados del mundo real, ambos sentían que habían perdido su infancia, ambos desconfiaban de los que no formaban parte de su círculo íntimo, tras haber sentido que la mayor parte de su vida había sido explotada por esos extraños. Tuvieron problemas con los medios. Ella fue criada en Graceland. Él vivía en Neverland. De una extraña manera, según Lisa, parecían almas gemelas. «La diferencia entre ellos era que Lisa estaba enfocada en ella, tratando de reconciliarse con su propia fama —dijo Brett Livingston-Stone—. No se consideraba una víctima. Michael, sí. Creo que ella quería ayudarlo a cambiar la visión que tenía de sí mismo».

En realidad, él era un incomprendido, le dijo Michael a Lisa.

—Sé que piensas que soy gay —dijo—. Pero no lo soy. Me cansa que la gente piense que soy gay. Que se vayan al demonio. De hecho, sé que has escuchado todo tipo de rumores acerca de mí —continuó—, pero la mayoría no son ciertos. Y las partes que son ciertas, no deberías reprochármelas —finalizó guiñándole el ojo.

—Eh, soy una mujer casada —dijo Lisa—. Y tú estás tratando de seducirme.

—Sí, pero ¿eres feliz? —preguntó Michael.

—No.

—¿Lo ves? —subrayó—. Lo sabía. Pareces una mujer que necesita relajarse y divertirse un poco. Pareces una mujer que necesita salir *conmigo*.

Lisa no pudo disimular la sorpresa ante su candor y su… normalidad. Recuerda haberlo mirado y pensar: «¿Quién es este hombre?». Su perplejidad estaba justificada; él no estaba actuando como el Michael Jackson que muchos habían conocido durante años. ¡Parecía haber tomado lecciones de masculinidad con Joseph! Lisa desconocía el hecho de que muchas personas a lo largo de su vida habían intentado armar el complejo rompecabezas psicológico de Michael, a menudo creyendo que eran los únicos que lo conocían tal como realmente era. Esas personas solían terminar mal, aprendiendo que el único que entendía a Michael era él mismo.

Lisa recuerda: «Pensaba para mis adentros: “Es una persona de verdad. Dice palabrotas. Es divertido”. Llegué a decirle: “Colega, si la gente supiera quién eres en realidad, se sorprendería. Nadie diría que estoy loca por salir contigo si pudiese ver quién eres en verdad; que te sientas y bebes e insultas y que eres endemoniadamente divertido, y que eres un malhablado y no tienes esa voz aflautada todo el tiempo”.

«Entonces me dijo: “Bueno, pero no se lo digas a nadie”. En ese momento creí que era un persona normal y que todo lo que se veía de él en público era en realidad una máscara».

Lisa recuerda que «a medida que el tiempo pasaba, él y yo hablábamos cada vez más. Pensé que estaba comenzando a conocer al verdadero Michael. Él elabora un personaje para los que no son íntimos, juega a hacerse la víctima, pero yo soy la única que sabe la realidad, que ve a la verdadera persona. Empecé a pensar que era especial, que se abría ante mí como nunca lo había hecho con otra persona. Me hizo sentir eso. Puede ser muy seductor cuando te quiere atrapar».

A decir verdad, como candidato, parecía tenerlo todo: agudeza, dinamiso, inteligencia, energía, visión de futuro, éxito… dinero. En cuanto a su apariencia, bueno, eso era, sin duda, un poco desagradable, por las cirugías plásticas y el pálido color de su piel. Y su sexualidad aún permanecía en el terreno de la ambigüedad. Sin embargo, la besaba apasionadamente, bastante seguido y en lugares públicos. Además, parecía disfrutarlo. O bien estaba actuando en un papel masculino, quizá como consecuencia emocional de las dañinas acusaciones, o estaba realmente interesado en ella. Lisa definitivamente se sentía atraída por él. «Nunca fui una mujer que siguiera la norma —decía para explicar su atracción—, me gustan los tipos extraños, los que caminan por el borde, los que *viven* en el borde, los que tienen fuego en su interior. Ése, para mí, era Michael».

Lisa era la hija de Elvis, había vivido rodeada de «extraños». A los siete años, estaba desayunando con su padre frente al televisor cuando apareció en la pantalla el cantante Robert Goulet. Por alguna razón, Elvis odiaba a Robert Goulet. Cuando vio su imagen, sacó una escopeta del calibre 22 e hizo estallar la televisión en pedazos. Luego volvió tranquilamente a sus huevos con jamón. Lisa permaneció sentada en la silla, azorada. Al menos, Michael temía a las armas…

Según Lisa, ella y Michael estaban saliendo. Su objetivo era ver hasta dónde podía llevarla, románticamente. Muchas de las personas en el círculo de Michael, sin embargo, no estaban muy seguras de las razones que él tenía para estar con Lisa, aunque ciertamente parecía gustarle. Había rumores de que perseguía su dinero, lo cual era ridículo: como si Michael no tuviese suficiente.

Como única heredera de Elvis, Lisa accedería a una fortuna cercana a los trescientos millones de dólares cuando cumpliera treinta años. La mayoría de su dinero era resultado de la inteligencia y la visión comercial de Priscilla Beaulieu Presley. A pesar de que Elvis había ganado alrededor de doscientos cincuenta millones a lo largo de su vida, en el momento de su muerte el valor de sus bienes

ascendía a sólo 5,4 millones de dólares. Fue su exesposa, Priscilla, quien consiguió que las fallidas Empresas Presley comenzaran a dar beneficios. Convertir la propiedad de casi seis hectáreas de Elvis, Graceland (adquirida por él en 1957), en una atracción turística en 1982 fue un golpe maestro por su parte. Le brindó una suma de 20 millones de dólares al año.

A lo largo de 1993, durante el tiempo en el que Michael parecía obsesionado con Jordie Chandler, estuvo saliendo con Lisa de forma intermitente. Cuando las acusaciones de abuso salieron a la luz, sin embargo, su relación con ella se volvió un asunto más urgente. Irónicamente, si no hubiera sido por las acusaciones de Jordie y el subsiguiente escándalo, Lisa y él quizá nunca hubieran sido otra cosa más que buenos amigos, una pareja similar a los inocuos y asexuales «amoríos» que tuvo con Brooke Shields y Tatum O'Neal. Al empezar el segundo tramo de la gira Dangerous, cuando las investigaciones se intensificaron, comenzó a depender cada vez más del apoyo emocional de Lisa, la llamaba desde lejos, desesperado y solo. Durante esas llamadas tan angustiosas, Lisa intentaba contrarrestar su tristeza con chistes, buen humor y buenos consejos. A medida que se volvía más dependiente de ella, la relación entre ambos se iba fortaleciendo.

«Estuve con él cuando el asunto del abuso comenzó, recibía llamadas en las que me decía que estaba siendo extorsionado —recordó—. Le creí. Quiero decir, estaba convencida. Estaba volviéndose loco. Yo creía que no había hecho nada malo, que estaba siendo acusado injustamente. Sí, me estaba enamorando de él. Quería salvarlo. Sentía que podía hacerlo».

Elisabeth Taylor al rescate

En medio de toda la confusión, hubo una buena noticia para Michael cuando Elizabeth Taylor y su esposo, Larry Fortensky, anunciaron que se encontrarían con él en Singapur, la siguiente escala de su gira, para brindarle apoyo emocional y festejar sus treinta y cinco años.

Muchos especulaban acerca de la relación entre Michael y Elizabeth, bajo la premisa de que su amistad era poco creíble. Sin embargo, tenían muchas cosas en común, muchas más que el solo hecho de haber sido estrellas desde niños. Al igual que Elizabeth, Michael conoció la soledad, vivió temeroso de no saber amar… y de amar y no ser correspondido.

Michael me explicó una vez que conoció a Elizabeth a principios de los años ochenta. Le había enviado, sin más, una docena de entradas para uno de sus conciertos en el estadio de los Dodgers de Los Ángeles. «No lo sabía, pero era su cumpleaños, el 27 de febrero —recordó Michael—. Creía que le estaba dando los

mejores asientos disponibles, porque eran entradas para el sector vip. Pero cuando Elizabeth llegó, se enojó muchísimo porque los asientos estaban muy lejos del escenario. ¡Se fue indignada! Mientras estaba actuando, pensaba todo el tiempo: "Oh, Dios mío, Elizabeth Taylor está mirándome. ¡Elizabeth Taylor está mirándome!". Pero ella ya no estaba allí. Cuando salí del escenario me dijeron que se había ido a su casa enfurecida. Al día siguiente, la llamé llorando por lo mal que me sentía».

Según recuerda Michael, Elizabeth fue amable, pero directa. «Michael —dijo—, una gran estrella como yo *nunca* se sienta en las butacas baratas».

«Después de eso hablamos por teléfono todos los días, cada vez que había una pausa en la gira —contaba Michael—. Yo pensaba: "¿No tiene otras cosas que hacer? Después de todo, ¡ella es Elizabeth Taylor!". Al finalizar esa gira le pregunté si podía ir a tomar el té. Me dijo que sí. Fui con Bubbles. A ella no le molestó…».

Cada vez que le preguntaban, Michael decía que no había una amiga mejor y más comprensiva que Elizabeth Taylor. Es capaz de enfrentar cualquier problema; nada la sorprende y siempre está ahí, con un cálido abrazo y un oído comprensivo. Porque, además, ella es extraordinariamente carismática: es fácil ser seducido por Elizabeth, de la misma manera que lo es ser seducido por Michael. Ambos se fascinaron mutuamente, tanto que, en 1989, Elizabeth jugó con la idea de que Michael se mudase a su casa para pasar juntos todas las horas del día. En ese momento, Michael estaba a punto de mudarse de la casa de su familia, en Encino, y estaba evaluando construir Neverland.

«¿Para qué necesitas todo ese espacio cuando podemos vivir juntos en mi casa? —sugirió Elizabeth, según Michael me contó—. Imagina lo que nos divertiríamos. Quizá hasta podríamos casarnos». Probablemente no hablaba en serio, seguramente se daba cuenta de que el siempre enigmático Michael estaba atormentado y necesitaba sentirse amado y aceptado. Quizá también había percibido su incapacidad de aquella época para conectarse íntimamente con alguien, ya fuera hombre o mujer. «¿Tendremos que tener sexo?» preguntó Michael, alarmado. «Por supuesto que no, tontuelo —le respondió Elizabeth, mientras dejaba escapar su inimitable risa—. ¡No conozco ninguna pareja casada que tenga sexo!». Michael consideró su propuesta. «Al final —dijo—, pensé que sería llevar las cosas demasiado lejos». En cambio, compró Neverland, pero él y Elizabeth siguieron siendo buenos amigos. De hecho, ella se casó por séptima vez con Larry Fortensky bajo una glorieta en Neverland en 1991 —entre pantanos, gaviotas y, al menos, una jirafa—, en una ceremonia que costó alrededor de un millón de dólares.

Habla muy bien de Elizabeth el hecho de que hubiera sido tan vehemente en su defensa de Michael, especialmente teniendo en cuenta que no era el tipo más popular. Ese tipo de apoyo público tan frontal no vino de sus otras amigas de alto perfil, como Diana Ross, Jackie Onassis o Liza Minelli[9].

«Michael es uno de mis más grandes amigos en todo el mundo —le dijo Elizabeth Taylor a un periodista en el avión a Singapur; ella y Larry Fortensky viajaron

rodeados por una liga de miembros de la prensa—. No se me ocurre nada peor que un ser humano pueda sufrir lo que le está ocurriendo a él —observó—. Es una persona muy sensible, vulnerable y tímida. Creo que será exculpado». Cuando le preguntaron acerca del motivo para semejantes acusaciones, Elizabeth estalló en ira. «*Extorsióoooooooon* —exclamó con un chillido—. Creo que eso está claro. *¿No es cierto?*», demandó, deseosa de que el escritor estuviera de acuerdo con ella.

Al llegar, Elizabeth y Larry se alojaron en el mismo hotel que Michael, el exquisito Raffles. Apenas terminaron de registrarse, ella fue corriendo al cuarto de su amigo. Cuando abrió la puerta, Michael se dejó caer inerte en sus brazos. «Oh, ya, ya, pobrecito —dijo mientras le daba palmaditas en la espalda—. Ya estoy aquí. Elizabeth está aquí».

Michael presentó su espectáculo la noche de su cumpleaños, el 29 de agosto. Al finalizar, cuarenta mil personas le cantaron el feliz cumpleaños. Más tarde, Elizabeth le organizó una pequeña fiesta en su *suite*.

La siguiente parada era en Taiwán, donde Joe, Katherine y algunos de sus hermanos habían decidido unirse a Michael.

—Justo lo que necesito —le dijo a Elizabeth según un testigo—. ¿Por qué han tenido que venir?

—Son tu familia, Michael —dijo ella—. Debes reunirte con ellos.

—Mi padre —dijo Michael enterrando el rostro entre sus manos—. No puedo ni siquiera soportar estar en la misma habitación que ese hombre.

—Yo tampoco, querido —dijo mientras le acariciaba la espalda para darle ánimos.

Cuando finalmente llegó a Taiwán, Michael simplemente rehusó ver a los miembros de su familia. A Bob Jones, su viejo publicista, se le asignó incluso la tarea de mantenerlos alejados de él. Katherine estaba dolida. «¿Por qué Elizabeth Taylor puede verlo cada vez que lo desea? —se quejaba—. ¿Y yo debo concertar una cita para verlo durante cinco minutos?».

Lidiar con las acusaciones que se le hacían a su hijo era duro para Katherine. Afectó a su presión sanguínea y preocupó a toda la familia. Fue aún más duro cuando le impidieron verlo, consolarlo. Ella y el resto de la familia se sentían aislados en el hotel, preguntándose cuándo podrían tener una audiencia privada con el Rey del Pop. Más tarde, Jermaine se quejaría amargamente de ello en *The Larry King Show*. «Quienes manipulan a Michael no desean que se encuentre con nosotros», afirmó.

Mientras su familia lo esperaba para verlo, Michael almorzaba con Elizabeth Taylor. Sosteniendo una derretida porción de pastel de zanahoria helado en la mano, lo conminó a que se lo comiera. Había perdido casi tres kilos desde que comenzara el segundo tramo de su gira, hacía poco tiempo, en Bangkok.

—Come —insistió. Michael miró el pastel con repugnancia, parecía asqueado con sólo mirarlo.

—No, llévatelo —le rogó.

—Michael, si no te comes ese pastel, juro por Dios que llamaré a tu familia y la dejaré entrar aquí para que te vea —le advirtió—. Y sabes que soy capaz de hacerlo.

Michael rio.

—Dame el maldito pastel —dijo arrebatándoselo de las manos. Se lo engulló completo.

—Buen chico —exclamó encantada—. ¡Buen chico!

Al día siguiente, Michael organizó un almuerzo, al que asistió, para Katherine, Joseph y el resto de la familia. La mayor parte del tiempo permaneció sentado en una esquina, callado. Antes de que terminase el almuerzo, Jermaine se le acercó para hablarle acerca del programa de televisión de la familia Jackson. No estando ya en una posición que le permitiera eludir la petición, aceptó.

En otoño de 1993, mientras las maniobras legales se sucedían, Michael se iba deteriorando, tanto física como mentalmente. Se sentía devastado por una entrevista a Evan y Jordie (aunque no los habían identificado con sus nombres), donde se decía: «Imagino que Michael Jackson debe de estar bastante asustado en este momento, bastante asustado —citaba la entrevista—. Y debería, porque lo que me hizo es algo realmente malo. Michael no me llamó, ni nada…».

June y Dave Schwartz decidieron alinearse con Evan y tomar partido contra Michael. Sus amigos dijeron que ella le tenía miedo a Evan por las represalias que podría tomar. Pensó que si Michael era declarado culpable, Evan podría acusarla de negligencia. Mientras tanto, su abogado, Michael Freeman, declaró que se sentía incómodo con su decisión y que Evan no le daba buena espina; más tarde lo describiría como «una persona poco honesta».

Sorprendentemente, el abogado de Evan, Barry Rothman, renunció al caso y fue reemplazado por el abogado civil Larry Feldman. Así fue como, el 14 de septiembre de 1993, Evan Chandler presentó una demanda civil contra Michael por abusar sexualmente de su hijo. Era una póliza de seguro en caso de que el sistema criminal no funcionara como esperaba. Además, era una garantía para conseguir que Michael pagase en términos financieros por lo que Evan afirmaba que le había hecho a Jordie. El niño sería representado legalmente por Feldman, el abogado, quien dijo en aquel entonces: «Michael estaba enamorado del chico. Era una relación amable, ligera, afectuosa, cálida y dulce». Larry también creía a su cliente cuando afirmaba que, además, la relación era sexual, de ahí la demanda.

Aunque la demanda parecía duplicar los problemas de Michael, algunos asesores creían que podía funcionar como el catalizador que pusiera fin al asunto. Si la demanda pudiese ser resuelta con un trato extrajudicial, razonaban, quizá la investigación policial también terminase. Aunque la fecha del juicio se estableció para el 21 de marzo de 1994, aún había esperanzas de que pudieran llegar a un trato antes de esa fecha. Había buenas razones para creer que Evan Chandler estaba

dispuesto a aceptar el dinero de Michael. Ya habían intentado previamente alcanzar un trato, aunque infructuosamente, en el que habían pedido 20 millones de dólares, antes de que se acudiese a las autoridades. El problema era que todo el equipo de Michael sabía que no estaba dispuesto a pagarle a Evan un solo centavo. Michael aún sostenía su inocencia en ese asunto y tenía la certeza de que cualquier tipo de arreglo podría sugerir lo contrario; no estaba dispuesto a hacerlo, al menos no sin dar batalla. De todas formas, el equipo había decidido afrontar esa cuestión cuando se presentase.

Algunos creían secretamente que el asunto se arreglaría si mediaba un poco de tiempo y mucho dinero, pero otros en el equipo de Jackson no eran tan optimistas. Según una persona familiarizada con el asunto, Elizabeth llamó a Michael por teléfono para decirle que «las cosas no se ven muy bien desde aquí». Afirmaba: «Tienes que pasar a la acción». Michael le pidió más detalles. «No te guardes nada», dijo. Su respuesta fue: «Se está desatando un infierno».

Según recordó uno de los representantes de Michael, «la señora Taylor y yo estábamos hablando con Michael por el teléfono manos libres. Estaba llorando, preguntando: "¿Qué debo hacer? ¿Qué puedo hacer?". Ella se impacientó. "Michael, no debes reemplazar tu criterio por el mío —dijo—, necesitas tranquilizarte. Debes tomar las riendas tu vida"».

En agosto de 1994, Michael me diría: «Te juro que no era consciente de lo mal que estaba todo. Si lo hubiera sabido, quizá hubiese manejado las cosas de forma diferente». Sin embargo, visto en retrospectiva, parece que él sabía más de lo que decía y que estaba, en realidad, negándolo todo.

Elizabeth le dijo que, según ella, nadie estaba manejando las cosas en Estados Unidos de forma beneficiosa para él. «Creo que deberían estar pateando traseros, y no lo hacen», dijo. «Entonces sé *tú* la que patee traseros, Elizabeth», contestó. "En ese momento, retrocedí", recuerda el asesor. Todo lo que necesitábamos para empeorar las cosas era que Elizabeth Taylor se hiciera cargo de la defensa. Para mi disgusto, y el de otros miembros del equipo, la señora Taylor ofreció su casa para realizar reuniones de estrategia dos o tres veces por semana, y luego informar a Michael de lo que se había dicho y por quién.

Durante las siguientes semanas, Elizabeth Taylor fue anfitriona de muchas reuniones celebradas en su casa con cerca de diez miembros del equipo de Michael y se mostró muy crítica con aquellos que manejaban sus relaciones públicas, pero no tanto con los que se ocupaban de su defensa. Algunos en el equipo de Michael no querían asistir a las reuniones de Elizabeth Taylor, era ridículo que una estrella de cine tuviera semejante control sobre su carrera, protestaban. La apodaron la Reina de la Defensa. A decir verdad, ella no estaba imponiendo una táctica legal, más bien proveía un foro para que los abogados, publicistas y otros estrategas pudieran intercambiar ideas y que ella pudiese, luego, comunicarle a Michael cuáles eran sus opiniones. Por supuesto, algunos de los miembros de su equipo no deseaban asistir a esas reuniones por miedo a que se diera un informe negativo al jefe acerca de ellos.

Durante una reunión, Elizabeth dijo:

—Me temo que Michael jamás podrá vender otro disco si no logramos que esta maldita ridiculez se encauce. Debemos asegurarnos de que le quede algo una vez que esto se resuelva.

—Puede muy bien estar en la cárcel después de que esta maldita ridiculez se encauce —farfulló uno de los asesores.

Elizabeth miró hacia abajo y garabateó algo en su bloc de notas. Luego miró al asesor.

—Acabo de escribir una nota para no olvidar decirle esto a Michael —le dijo.

El asesor bajó la cabeza, con debida sumisión.

Anthony Pellicano simplemente se negó a asistir a esas reuniones. «¡Debes de estar bromeando! —contestó cuando le preguntaron por qué no iba—. Estoy muy ocupado. Estoy trabajando para Michael. No tengo tiempo para tomar el té con estrellas de cine».

De cualquier manera, Elizabeth no estaba contenta con Anthony. «No juega en el equipo —dijo—. No hay forma de estar al tanto de lo que hace. Hace las cosas a su manera y no sabemos en qué está pensando. No me gusta. Me pone nerviosa».

Durante otra de esas reuniones, Elizabeth, Sandy Gallin (el representante de Michael por aquel entonces) y Howard Weitzman llamaron a Michael para discutir la cuestión de Anthony. Según un testigo, los tres estaban en manos libres hablando con Michael.

—Mira, Mike, quizá sea hora de dejarlo ir —dijo Howard sobre Pellicano—. Me cae bien, pero ya no estoy tan seguro de él…

—Yo pienso lo mismo —coincidió Elizabeth—. Absolutamente.

—Bueno, yo también he tenido mis problemas con él —admitió Michael. Sonaba como aletargado, drogado. Aunque admiraba a Anthony, aún sentía que la idea de presentar a Wade Robson y Brett Barnes públicamente no había sido buena. Sentía que el investigador debía haberle consultado antes de explotar a los niños—. Y me saca de mis casillas que ese tipo esté todo el tiempo *diciéndome* lo que debo hacer —dijo Michael—, como si yo trabajase para él y no al revés. Y además —concluyó—, creo que asusta al público, es muy intimidatorio. John Branca, *ése* es un buen portavoz.

Efectivamente, después de despedirlo tan poco ceremoniosamente, Michael le pidió a John que se reincorporase al equipo. Sabía que podía contar con él y así fue: Branca accedió y fue tan leal como siempre.

Tras esa conversación, Michael redactó un detallado memorándum a Howard Weitzman explicando por qué creía que él y John debían ser sus portavoces. Le dijo que confiaba en ellos, que tenían credibilidad, además del respeto profesional por ser abogados; a diferencia de Anthony Pellicano, a quien ahora percibía como un hombre al límite, un rebelde. «Si Anthony trabajase para Motown —observó Michael—, sería alguien a quien Berry mantendría entre bastidores. Tenerlo allí fuera hablando en mi

nombre es casi como si estuviera haciéndolo Joseph. Intimida. En este momento no necesitamos eso».

Michael le pide matrimonio a Lisa Marie

Era difícil imaginar cómo podían empeorar las cosas para Michael Jackson en el otoño de 1993. En cuestión de meses, sin lugar a dudas, experimentó una «brusca y repentina caída en desgracia», como más tarde escribiría sobre sí mismo en la reveladora canción «Stranger in Moscow».

Ciertamente, nadie contaba con que Michael se volviera adicto a los fármacos, aumentando así lo que ponía en juego, en términos de su ya precario bienestar y futuro. Aún más, estaba inquieto, no podía dormir, decía, como consecuencia del dolor de una intervención dental y de una reciente cirugía en el cráneo (debido a las quemaduras sufridas durante aquel anuncio de Pepsi), por lo que se vio obligado a tomar más analgésicos (Percodan, Demerol y codeína) así como tranquilizantes (Valium, Xanax y Ativan). Semejante dependencia configuraba un terreno inexplorado para él. En el pasado había hecho esfuerzos para no sobremedicarse durante la recuperación de sus cirugías plásticas, explicando a los doctores que quería permanecer alerta a fin de poder tomar decisiones importantes sobre sus negocios y su carrera. Sin embargo, con todo lo que estaba ocurriendo en su vida en ese momento, no tenía tanto interés como antes en permanecer demasiado concentrado. De hecho, deseaba olvidar, escapar. No tardó mucho tiempo en desarrollar una completa dependencia de los fármacos. Ocurrió tan rápido que su equipo en Estados Unidos no se percató de lo que le estaba sucediendo hasta que fue demasiado tarde para hacer nada al respecto.

Todos quedaron anonadados cuando se enteraron de que Michael tenía problemas con las drogas. Por supuesto, Elizabeth Taylor lo comprendió y sintió empatia por su difícil situación. Ella ya había pasado por eso, con sus propias batallas mediáticas. Lisa Marie Presley también lo entendía; ella misma era una adicta en recuperación.

«Cuando era adolescente, estaba completamente fuera de control —me dijo—. Empecé a tomar drogas cuando tenía catorce años. Estuve descontrolada durante bastante tiempo, años, hasta que finalmente toqué fondo. En ese momento me encontré a mí misma en una juerga de tres días con cocaína, sedantes, marihuana y bebida, todo al mismo tiempo. Me desperté y pude ver a toda esa gente, amigos míos, desmayados en el suelo. Mi proveedor de cocaína estaba en la habitación intentando venderme más. Sólo dije: “Es suficiente. Largaos todos a la mierda ahora mismo”. No sé cuándo me volví adicta, sólo supe que moriría si no conseguía ayuda. Finalmente, mi madre y yo decidimos que iría al Centro de Cienciología de Hollywood para desintoxicarme. Eso me salvó la vida».

Cuando Michael llamó por teléfono a Lisa desde el otro lado del océano en

septiembre de 1993, estaba drogado, y alucinado. Alarmada, Lisa intentó convencerlo de que, como ella, ingresara en un centro de rehabilitación. Para ella, la tarea de rescatar a una superestrella drogadicta de la cornisa tenía un gran significado. Ya había compartido con sus amigos la culpabilidad de la que había sido víctima de niña producto de la caída de su padre en el pozo sin fondo de su adicción. Aún estaba casada con Keough, pero no era feliz. Se sentía inquieta y veía que su vida no tenía un propósito; quería algo más que la maternidad, dijo. El dilema de Michael le daba una buena excusa para canalizar todo eso. «Sin lugar a dudas, sentía que tenía la *responsabilidad* de salvarlo —dijo—. Desconozco la psicología que hay detrás de ello o la influencia de la relación con mi padre. Sólo sé lo que sentía».

Había un gran obstáculo que Lisa debía sortear si quería aquietar los demonios que atormentaban a Michael: el acceso. Era bien sabido que Jackson había hecho un gran trabajo para aislarse del mundo. A menudo iniciaba relaciones casuales con algunas personas, muchas de las cuales tenían la certeza de que su vínculo prosperaría, pero luego se encontraban con que Michael les daba la espalda. Las llamadas dejaban de ser respondidas, a veces las cartas eran devueltas sin haber sido leídas. Lisa había oído hablar acerca de la fama de Michael para deshacerse de sus nuevas «almas gemelas», y consideraba que ese patrón era un posible riesgo en su tarea de reconstruir su tambaleante vida. Tendría que actuar con cautela.

En el transcurso de las conversaciones telefónicas, Lisa sostenía que él no podría seguir así durante mucho más tiempo, con su vida y su carrera tan desordenadas. Estaba inmovilizado por la incertidumbre y la sensación de desesperanza, lo que contribuía, a su vez, a la adicción. Ella le sugirió la idea que estaba rondando secretamente entre su equipo: que debía terminar con su padecimiento y llegar a un arreglo monetario con Evan Chandler. Previsiblemente, Michael estuvo en contra de esa idea. Para un hombre que había estado construyendo su imagen desde una edad en la que la mayoría construía casitas en los árboles, lo que la gente pensase de él tenía suma importancia. Incluso si la imagen que había tallado durante años no era, como podría argumentarse, la mejor, lo cierto es que era el resultado de una estrategia planeada por él y por sus asesores. «Sentía que su imagen de excéntrico, raro y loco le servía —recordaba Lisa—, y quizá durante un tiempo así fue. No lo sé. Siempre estuve en contra de eso. Siempre creí que él era más grande, mejor que esa imagen. Creo que su imagen no le hacía justicia».

Una cosa era segura: en 1993, Michael estaba más solo que nunca en su vida, y eso quería decir algo. Debía enfrentarse al hecho de que su carrera, su más perdurable pasión, estaba en peligro, una fatalidad que podía provenir ya fuera de una ilegal e inmoral relación amorosa con un menor o de una mala decisión sobre ciertas compañías que insistentemente mantuvo a su lado en el momento incorrecto. Si no podía arreglarlo con dinero, entonces Lisa sugirió que, por lo menos, fuera a rehabilitación. Se preocupaba profundamente por él, le dijo, y quería estar segura de que él lo sabía.

Una noche, mientras estaba de gira, Michael se vio atrapado, como solía ocurrirle, en una confortable *suite* de hotel, a solas con el constante ruido de los coros que entonaba la multitud fuera de su habitación. Tras una serie de llamadas de sus abogados y asesores, Michael decidió calmarse llamando a la única persona que de alguna manera podía hacerle olvidar que su carrera estaba en juego: Lisa.

Ella había sido, ciertamente, persistente en la persecución de su objetivo. Había dejado números telefónicos de una casa que había alquilado en Canoga Park, California.

También dejó el número de la nueva propiedad de un poco más de una hectárea que acababa de adquirir y que estaba arreglando para instalarse, en la calle Long Valley en Hidden Hills (una comunidad ecuestre con guardias en las puertas en Calabasas, California, donde vive hasta el día de hoy).

Además, sólo para estar segura, dejó el número de Clearwater, California, donde podría ser contactada en caso de que llevase a cabo su plan de pasar un tiempo en un retiro de Cienciología. Incluso le envió globos con mensajes pegados. De alguna manera siempre conseguía poner una sonrisa en su rostro, aunque sólo fuera con su voz ronca diciendo: «¡Oh, que se vayan al demonio!». La encontró finalmente en Canoga Park.

Michael valoraba el efecto tranquilizador que Lisa ejercía sobre él, tanto que durante la conversación telefónica hizo una pregunta que sorprendió a ambos. «Si te propusiera matrimonio, ¿aceptarías?». ¿Acaso era una broma? ¿Una pregunta hipotética? ¿O un desafío para que Lisa comenzara a tomarlo en serio? Si era un desafío, Lisa era justamente la mujer capaz de aceptarlo, aun cuando todavía estuviese casada con Danny Keough. Sin siquiera tomarse un momento, le contestó: «Aceptaría». Al principio, Michael no dijo una palabra. Luego dijo: «Espera, tengo que ir al baño».

Cuando finalmente volvió al teléfono, le estaba hablando a su nueva prometida. «Mi amor por ti es real —le dijo—. Por favor, créeme». Sin embargo, no se daba cuenta de que la principal cuestión para Lisa no era si la amaba o no. Su propuesta servía a un propósito más importante. Le daría acceso, esperaba, a su mundo secreto. Luego, desde dentro, comenzaría a reacomodar las piezas rotas de su hombre y ponerlas en su lugar, y esta vez no fallaría.

Los echaré a todos

En la época en que la gira llevaba a Michael a México, el 24 de octubre de 1993, corrían rumores de que había una orden policial para examinar su cuerpo. Eso parecía extraño, casi impensable. Para empeorar las cosas, el Departamento de Policía de Los Ángeles había obtenido los historiales médicos de las oficinas de dos de los profesionales que atendían a Jackson, el dermatólogo de Beverly Hills, Arnie Klein, y

el cirujano de Santa Mónica, Stephen Hoefflin.

—¿Para qué quieren mi historial médico? —preguntó, sorprendido, a uno de los miembros de su equipo durante una llamada de larga distancia—. No pueden hacer eso, ¿verdad?

—Demonios, claro que pueden hacerlo, hombre —confirmó el asesor—. Creen que pueden hacer lo que les plazca. Cuando el resto de la tropa llegue, será mejor que les des algunos latigazos para espabilarlos. Las cosas están mal por aquí, Mike.

Necesitaban los historiales para verificar algunos aspectos del testimonio de Jordie. ¿Las autoridades realmente creían que semejantes documentos aún estarían en su sitio? Todos los registros médicos de ambos doctores hacía tiempo que no estaban cuando la policía fue a buscarlos[10]. Aun así, uno puede imaginarse el estrés que debía de sufrir una persona tan patológicamente discreta como Michael al enterarse de que la policía trataba de conseguir sus fichas médicas confidenciales.

Las cosas se estaban poniendo calientes. La investigación no se diluiría, estaba bastante claro.

Al mismo tiempo, la policía estaba realizando una redada en Hayvenhurst, la propiedad de Michael, en Encino. Cuando los Jackson fueron a Phoenix para el funeral del padre de Joseph, la policía aprovechó la oportunidad para inspeccionar la propiedad y buscar pruebas allí. Un cerrajero abrió la entrada.

Los oficiales se hicieron con libros, revistas, fotos, cintas y todo aquello que creían que podía llegar a ser interesante, incluyendo las pastillas para la presión de Katherine. También encontraron una cinta de vídeo titulada *Chicks*[11], lo que prometía convertirse en una valiosa prueba, ya que la palabra «chicks» es utilizada a veces por los pedófilos para referirse a los chicos jóvenes. Cuando la policía regresó a la comisaría, lo primero que hizo fue ver esa cinta. Para su frustración, lo que vio fue un vídeo de… pollitos.

La «tropa» a la que el asesor se refería eran los miembros del equipo en camino hacia México D F.: los abogados John Branca, Howard Weitzman y Bert Fields, así como el doctor Arnold Klein (para tratar un problema en la piel producto de la ansiedad de Michael) y Elizabeth Taylor. Tenían la esperanza de convencer a Michael de que regresara a Estados Unidos. Cuanto más tiempo pasaba fuera, más culpable parecía a los ojos de los fans. Lisa Marie Presley también tenía la esperanza de participar en el viaje.

Durante los últimos años, Elizabeth había estado tratando de convencer a Michael de que se abriera a una relación amorosa. Sin embargo, cuando eso empezó a ocurrir con Lisa, se sintió, súbitamente, dejada de lado. «Es muy insegura respecto a otras mujeres, especialmente a las más jóvenes —afirma un amigo de Michael—. Pasé mucho tiempo a su lado y pude ver por mí mismo la manera competitiva en que trataba con Lisa».

Uno de los socios de Jackson estuvo con Elizabeth y Lisa durante una reunión. Ambas estaban sentadas en la oficina del asesor, discutiendo sobre su preocupación

respecto a Michael. Elizabeth estaba impactante, llevaba un suéter negro que le cubría hasta el cuello y una falda haciendo juego, su pelo arreglado al estilo *bouffant*. Sus ojos, el par de ojos violetas más famoso del mundo, estaban ocultos detrás de unas gafas oscuras que llevaba, incluso, cuando estaba bajo techo. En contraste, Lisa iba como una punk, llevaba unos pantalones vaqueros gastados, una camiseta blanca y una chaqueta de cuero negra. («Puedo entender que no quiera ser una estrella como su padre —dijo Elizabeth sobre Lisa más tarde— pero al menos, podría vestirse como si lo fuera»).

—Creo que debemos llevarlo a rehabilitarse —dijo Lisa refiriéndose al atormentado Michael—. Ve volando hasta él. Haz lo que consideres necesario.

Liz le dirigió a Lisa una mirada gélida.

—Ya me he ocupado de ello —dijo—. He estado rescatando a Michael desde hace años.

—Bueno, quizá ése sea el problema —contraatacó Lisa—. Quizá necesita crecer, valerse por sí mismo…

Elizabeth la interrumpió.

—O quizá *no*, querida —dijo. Con un tono de voz empalagoso, se hizo entender: Lisa era una intrusa. Quizá se dio cuenta de que había actuado de forma descortés, porque se disculpó inmediatamente, culpando de su actitud al estrés de esos momentos.

Aun así, Lisa se sintió humillada, sentía que la trataban como a una de las admiradoras de Michael, más que como a una amiga de confianza. Decidió no ir a México D. F. porque, como explicaría más tarde, no quería empeorar las cosas para Michael. De todas formas, a partir de ese momento empezó a considerar a Elizabeth, según su propia expresión, como su «consejera competidora».

Poco después de la llegada del contingente Jackson, se produjo un enfrentamiento a gritos entre Bert Fields y el leal jefe de seguridad de Michael, Bill Bray (quien trabajaba con él desde que Michael tenía doce años). El protector Bray acusó a Fields de manejar mal el caso. Frente a varios testigos le gritó al abogado: «¡Estás arruinándolo todo! Mike va a terminar en la cárcel. ¿Qué demonios está ocurriendo?».

Un testigo dijo que «Elizabeth estaba de acuerdo con Bill respecto a que los abogados no eran lo suficientemente agresivos. Era como si estuvieran esperando a que el mal tiempo pasara para ver qué ocurría a continuación».

—Debes hacerte cargo y empezar a deshacerte de esta gente —dijo Elizabeth—. Estás rodeado de mentirosos y es necesario dejarlos en evidencia…, todas esas amas de llaves, sirvientas y mayordomos. Sé que es difícil conseguir buenos empleados, Michael —dijo observándolo—, pero ¿de dónde has sacado a todos éstos? Mira cómo te han traicionado.

Michael la miró fijamente unos instantes, con la boca abierta.

—¿Mi sirvienta me traicionó? —dijo—. ¿Mi dulce Blanca? —preguntó

tontamente. (Se refería a su sirvienta, Blanca Francia).

Así como antes creyó que Michael era capaz de tomar las riendas, ahora Elizabeth comprendía que no pasaba por un buen momento. Estaba tan drogado que no podía hacerse cargo de nada. «Creo que no puede tomar decisiones —dijo—. ¡Míralo! ¿Qué se puede esperar de él? Ya he pasado por eso —dijo en referencia a su propio problema de adicción—, y sé que ahora no puede tomar decisiones. Tenemos que ayudar a este muchacho. Todo tiene un límite».

«Estaba enojada con prácticamente todo el equipo de Michael. A él, su enojo le afectó tanto que rompió en llanto. "¿Qué voy a hacer? —preguntó—. Si vosotros no podéis desentrañar todo este asunto, ¿cómo voy a poder hacerlo yo?". Elizabeth fue hacia él y lo abrazó. "Nos estamos peleando, Michael, pero es porque te amamos —le dijo, casi como si estuviera hablando con un niño cuyos padres se están divorciando. Fue conmovedor—. Y arderé en el infierno antes de verte sufrir un segundo más por esta mierda. Ya lo resolveremos. Te lo prometo"».

Michael se desprendió de los brazos de Elizabeth.

—Quiero que lo arregléis todo ahora mismo —dijo dirigiéndose a todos los que estaban en la habitación—. Hablo en serio —añadió—. Mi vida no terminará de esta manera. Os echaré a todos, despedidos, antes de que eso ocurra.

—Así se habla —dijo Elizabeth aplaudiendo—. Bien dicho, Michael. ¡Les has dado justo en el trasero! —E inmediatamente añadió—: Sólo para que quede claro, ¿no te refieres también a mí, verdad querido?

No pudo evitarlo; Michael estalló en carcajadas al igual que el resto del equipo.

Tras las discusiones de aquel día, se decidió que el abogado Johnnie Cochran, respetado por las comunidades negra y jurídica de Los Ángeles, se incorporaría al equipo legal. Elizabeth quería incorporar a su propio abogado, Neal Papiano, al equipo. Sin embargo, finalmente estuvo de acuerdo con Branca y Weitzman en que Cochran (quien más tarde defendería exitosamente a O. J. Simpson en el juicio por haber asesinado a su esposa y a un amigo de ella) era el hombre para ese trabajo. Johnnie tendría sólo una tarea: arreglar «ese maldito asunto» con dinero. Habían llegado a la conclusión de que no debían llegar a juicio. Michael no sobreviviría, no *podría* hacerlo. Estaba emocionalmente devastado, incapaz de presentar una imagen fuerte de sí mismo en el banquillo de los acusados. Cualquiera que fuera el coste, se había decidido, debía pagarlo. Si el público interpretaba un arreglo monetario como una señal de culpabilidad, no había nada que se pudiera hacer al respecto. «Simplemente deberá decir que él no lo hizo, como ha estado haciendo, y eso es lo que tendrá que sedimentarse con el tiempo —dijo uno de los abogados—. Lo que debemos hacer ahora es salvar la vida de este hombre, en lugar de preocuparnos por su imagen de superestrella».

Caos y rehabilitación

El 12 de noviembre de 1993, delgado, cansado y demacrado, Michael actuó en el que sería el último concierto de la gira Dangerous, en el Estadio Azteca de la ciudad de México. El resto de los compromisos fueron cancelados.

Aparentemente, el estado de ánimo de Michael había empeorado durante su estancia en México; los daños producidos en la *suite* de cinco habitaciones en el piso 42 del Hotel Presidente, que costaba dólares por semana, eran la evidencia del serio problema que tenía con las drogas. Tras registrar la salida, el personal del hotel quedó anonadado al descubrir que las alfombras en el cuarto de Michael estaban llenas de manchas de vómito. Había profundas hendiduras y grietas en el yeso de la pared del cuarto de estar, como si alguien hubiera golpeado su cabeza, o sus puños, contra ella. Había suficiente basura en la habitación como para llenar dos bolsas grandes. Había garabatos en las paredes («Te amo. Te amo»), e incluso sobre el tapizado de algunos muebles. Había chicles pegados en las alfombras por todas partes.

Tras el último concierto, Michael, Elizabeth y Larry fletaron un *jet* MGM Grand 727, alquilado para la ocasión por Elizabeth, para ir hacia Londres. Cuando llegaron al aeropuerto de Heathrow, Steve Tarling, el guardaespaldas, los esperaba en la pista. Los tres llevaban gafas oscuras y largos abrigos negros con capuchas cubriendo sus cabezas, como si estuviesen en una misión de espionaje. Al caminar hacia la camioneta, Michael parecía drogado, sostenido por un lado por la camuflada Elizabeth y por otro, por su esposo. «Parecía un travesti que llevara puesto el mismo maquillaje durante un par de semanas —recordó Tarling—. Lo que más me sorprendió fue la punta de su nariz, donde había una especie de herida abierta, como un corte cuando coagula y forma una costra. Parecía extremadamente doloroso».

La estrategia era conducirlo directamente a la clínica Charter Nightingale. Ese plan, sin embargo, debió ser descartado cuando se supo que algunos periodistas empezaban a hacer guardia en el hospital porque se había filtrado el rumor de que Michael tal vez apareciera por allí. En lugar de eso, Michael fue llevado rápidamente a la casa del mánager de Elton John, John Reid.

Ni siquiera llegó a entrar en la casa. Apenas bajó del vehículo se desplomó sobre el suelo. «Esto ya es suficiente —decidió Elizabeth—. Al demonio con la prensa. Debemos llevarlo directo a la clínica. Ya».

En cuestión de horas, Michael estaba en Charter, donde había entrado a través de la lavandería, en lo que terminó siendo un exitoso intento por evitar a los *paparazzi* que lo esperaban en la puerta principal. Inmediatamente comenzaron a buscar drogas y, previsiblemente, encontraron dieciocho frascos de medicinas en una de sus maletas. Fueron confiscados, por supuesto. Después de una breve reunión introductoria, Michael ingresó oficialmente en el centro —aunque de una manera a la altura del Rey del Pop: se apropió de toda la cuarta planta del hospital, a 50.000 dólares por semana— y se decidió quepermanecieraallí durante aproximadamente un mes y medio. Le prescribieron inmediatamente Valium IV como parte del proceso para abandonar gradualmente el uso de analgésicos.

Al día siguiente, el 13 de noviembre, Michael anunció a través de un comunicado de prensa que cancelaba lo que restaba de la gira debido a su adicción. Explicaba que había comenzado a tomar analgésicos siete meses atrás, después de someterse a una cirugía reconstructiva por las quemaduras en el cráneo sufridas durante la filmación del anuncio de Pepsi en 1984. «Al principio, los medicamentos fueron utilizados con moderación», dijo Michael, pero se incrementaron a medida que la acusación por abusos lo fue consumiendo.

«Al comenzar esta gira fui víctima de un intento de extorsión y, poco tiempo después, fui acusado de tener una conducta horrorosa e indigna. Me sentí humillado, avergonzado, dolido y mi corazón sufrió una gran pena —decía en el comunicado—. La presión causada por estas falsas acusaciones, sumada a la increíble cantidad de energía necesaria para actuar, me provocaron tanto estrés que quedé física y emocionalmente agotado. Desarrollé una dependencia a los analgésicos para sobreponerme a las exigencias de la gira». Sobre Elizabeth Taylor decía que había sido «una fuente de fuerza y coraje a medida que la crisis avanzaba. Nunca olvidaré su amor incondicional ni su aliento, que me ayudaron durante este período».

Muchos observadores creían que la adicción a las drogas de Michael era una excusa perfectamente sincronizada, diseñada sólo para mantenerlo lejos de Estados Unidos y, por lo tanto, evadir el proceso judicial. Bert Fields fue directo contra los cínicos. «La última cosa en este mundo que Michael desearía es la humillación de tener que admitir que es adicto a las drogas. Es una persona que odió las drogas durante toda su vida. Si hubiera deseado una cortina de humo —admitió Bert—, habría continuado con la gira. Ésa era una excusa perfecta». También dijo a los periodistas que Michael «a duras penas podía funcionar adecuadamente a nivel intelectual».

Otros miembros del equipo de Michael consideraron que era un error presentarlo como alguien fuera de control. John Branca enviaría más tarde un resumen de noticias a Michael con una cita de Bert haciendo esas declaraciones. Michael estaba enfadado por ello, aun cuando fuera cierto. «Me enfurece —le dijo a John—. Bert no piensa en mis fans. ¿Qué pensarán ellos? ¿Y mi madre? ¿Cómo se sentirá ella?». En su defensa, Bert explicó: «Creí que era importante ser honesto. Larry (Feldman) trataba de probar que Michael estaba intentando evadir el proceso judicial. Quería disipar esa teoría».

Era cierto que Larry Feldman había alentado a los medios más críticos a que fueran escépticos respecto de los motivos de Michael para cancelar la gira, particularmente porque había sucedido justo antes de su presentación en Puerto Rico. *Era* sospechoso. Puerto Rico es territorio estadounidense. Michael podía ser arrestado allí según la ley estadounidense. Todo esto estaba ocurriendo con el telón de fondo de unos persistentes informes periodísticos acerca de la detallada descripción que Jordie Chandler había hecho sobre los genitales de Michael, por lo que las autoridades se tomaban muy en serio la necesidad de desnudarlo y fotografiarlo para tener acceso a

la evidencia oculta. «Debes de estar bromeando», exclamó Howard Weitzman cuando le preguntaron sobre el tema en una conferencia de prensa.

Mientras tanto, Michael emprendía por primera vez un aprendizaje valioso. La rehabilitación nunca es fácil, pero es un desafío aún más duro para quienes tuvieron una vida privilegiada. Durante su primera noche allí vagó por los pasillos preguntándoles a los otros pacientes si conocían «algún pasadizo secreto para escapar». No quería ni siquiera escuchar a las autoridades. Nadie le dijo nunca qué hacer en su vida privada y suponía que lo mismo ocurriría en Charter. No fue así. Pronto se vio limpiando los suelos, algo que no había hecho desde que vivía en Gary.

En los días siguientes, la terapia grupal también demostró ser difícil. Michael nunca había participado en ningún tipo de terapia. ¿Cómo podía esperarse ahora que se sentase en un cuarto, rodeado de extraños, y fuese sincero sobre su vida personal?

Dirigidas por el reconocido terapeuta Beechy Colclough, las sesiones privadas de Michael eran más intensas y productivas que las grupales, durante las cuales prácticamente no decía nada por miedo a que alguien fuera a la prensa amarilla. Fue durante las sesiones privadas cuando, según alguien cercano a Michael, comenzó a lidiar con la raíz de muchos de sus problemas: su ira hacia Joseph. Había una delgada línea, sin embargo, entre culpar a su padre por todo lo que había ocurrido en su vida y hacerse responsable de algunas cosas él mismo. En el pasado, Michael había sido una persona que no veía las consecuencias de sus acciones como propias, siempre intentaba culpar a los miembros de su familia, a la prensa e incluso a sus fans por aquellas cosas que lo hacían infeliz.

«En la terapia comenzó a ver que él era su peor enemigo —dijo Colclough—. Iba lento, sin embargo. No deseaba aceptar que podía cambiar su vida si estaba dispuesto a cambiar su forma de ver las cosas. Los hábitos son difíciles de eliminar. Estaba decidido a regodearse en su infancia perdida, en lo malvado que Joseph había sido con él, en lo cruel que había sido Evan. Para él, eran todos iguales».

Tras muchas horas de terapia en Charter, Michael pareció tener un súbito momento de claridad.

—Soy yo —le dijo a su terapeuta—. No es Joseph. Soy yo. No es Evan. Yo soy el que lo arruinó todo y necesito comenzar de nuevo. Quiero otra oportunidad.

—Puedes tenerla, Michael —le contestó.

—Me la merezco —dijo entre llanto—. ¿Aún crees que soy inocente?

—Lo creo.

Michael no dijo nada durante unos instantes, y luego continuó:

—Cuando salga de aquí, comenzaré todo de nuevo. Terminemos con el asunto de Evan. Quiero recuperar mi vida.

Siempre se refirió a la cuestión del abuso como un asunto relacionado con Evan Chandler porque, en su mente, Jordie nunca podría estar detrás del nefasto plan

contra él.

Una vez que Michael estuvo de regreso en Estados Unidos, el 23 de noviembre, Bert Fields cometió una torpeza al presentarse ante un juez y solicitar una moción para que el juicio civil se pospusiera hasta el año 2000, cuando prescribiría la causa penal. El procesamiento criminal contra Michael era inminente. Aunque Bert alegaba que había obtenido su información de Howard Weitzman, fue una novedad para todo el equipo que un procesamiento fuera «inminente». Como explicó más tarde, él creía que la demanda civil debía ser retrasada de forma tal que cualquier otro caso criminal pendiente fuera juzgado primero. Estaba tratando de evitar que la información obtenida en la causa penal fuera utilizada contra él en la demanda civil. Actuaba como un buen abogado. Sin embargo, la estrategia creó la sensación de que Michael estaba tratando de evadir la responsabilidad, al menos a los ojos de cierto público escéptico y los medios más cínicos.

Inmediatamente después, Howard Weitzman intentó desestimar los comentarios de Bert Fields. Con la expresión de quien ha recibido una reprimenda, Bert tomó asiento al lado de Howard mientras este último declaraba que Fields «se había equivocado». Ninguna fiscalía estaba trabajando en ese momento; ningún procesamiento era «inminente». No se sabe cuáles eran las disputas internas que existían entre ambos abogados, pero era obvio que su problema de comunicación contribuía a sugerir que Michael estaba tratando de evadirse del juicio civil.

—No quiero crear más problemas —le dijo John Branca a Michael—. Pero ¿estás al tanto de que la gente aquí cree que estás tratando de retrasar el juicio seis años?

—¿Seis años? ¿De qué estás hablando, Branca? —preguntó Michael—. No quiero que el juicio se retrase un solo día.

John le explicó lo que había ocurrido en Los Ángeles entre los abogados.

—De ninguna manera, Branca —dijo Michael acerca de la estrategia de Bert—. No es lo que deseo. No soy culpable. Quiero terminar con esto. —Estaba disgustado —. ¿Qué es lo que está haciendo? Con razón todos creen que estoy tratando de huir, asustado.

Más tarde, ese mismo día, Michael dijo una frase muy ocurrente cuando hablaba con uno de sus allegados por teléfono: «Tengo un barco lleno de tontos representándome, que nos hundirán a todos».

La idea de posponer el juicio de Jackson era, efectivamente, muy improbable. El juez denegó la petición de Bert Fields y estableció la fecha para el 21 de marzo.

Luego, en cuestión de semanas, una fiscalía de Santa Bárbara empezó, de hecho, a tomar declaraciones. Bert Fields no había estado del todo equivocado. Furioso con Howard Weitzman por hacerlo quedar como un idiota, Bert presentó su renuncia, calificando más tarde esos sucesos como «indignantes». «Era una pesadilla y quería salir de ella lo antes posible».

Al mismo tiempo, Anthony Pellicano, cansado de las duras críticas recibidas por sus tácticas agresivas, también renunció.

Cuando Michael se enteró de todos los problemas que existían en su equipo, llamó por teléfono a Elizabeth Taylor para decirle que estaba «rodeado de gente que no tiene la menor idea de lo que está haciendo». Estaba perdiendo toda esperanza, contó Elizabeth a uno de sus abogados.

—Está amenazando con suicidarse —dijo dramáticamente—, y si lo hace, seremos nosotros los culpables.

—Hacemos todo lo que podemos —dijo uno de los consejeros—. ¿Qué más podemos hacer?

—Podemos rezar —respondió Elizabeth—. A estas alturas, creo que eso es todo lo que podemos hacer.

No pasó mucho tiempo antes de que se empezase a decir que Michael Jackson no recibía el mismo trato que el resto de los pacientes en Charter. Entonces, después de algunos días, se le otorgó permiso para continuar la rehabilitación en la bucólica casa del mánager de Elton John, John Reid. Poco después lo enviaron a Manor Farm, una propiedad de un banquero británico, el septuagenario magnate Jack Dellal, amigo de Beechy Colclough. Por suerte, allí también obtenía un tratamiento psicológico de dólares a la semana. Según mucha gente, incluyendo a Elizabeth Taylor (quien se había sometido a duras rehabilitaciones en su vida), era como si Michael estuviera recibiendo algún tipo de puesta a punto superficial. Obviamente llevaría más que unos pocos días, incluso meses, que Michael resolviera tantos años de disfuncionalidad. A lo sumo, se podía esperar que estuviera en condiciones de entender parcialmente las opciones que tenía.

De todas maneras, era desconcertante que Michael continuase dirigiendo sus negocios. Incluso, mientras se suponía que estaba en pleno tratamiento de rehabilitación, consultó a John Branca acerca del que se convertiría en el acuerdo musical de la historia, 150 millones de dólares con EMI para administrar su catálogo ATV. John le envió por fax una copia del contrato a la casa de John Reid. Después de firmarlo, se depositaron 70 millones de dólares en la cuenta bancaria de Michael. «El trato ya estaba casi cerrado —explicó más tarde John—. Sólo fueron un par de llamadas a Michael para afinarlo un poco. No significaba una gran distracción, créeme, de otra manera ni siquiera lo habría molestado. Él estaba de acuerdo. Le hacía bien saber que las cosas estaban progresando, que su vida estaba lejos de terminarse».

A pesar del mal momento que estaba pasando, Michael seguía ganando dinero, y en grandes cantidades. *Dangerous* había vendido hasta ese momento 20 millones de copias en todo el mundo. En el Reino Unido el disco había hecho su debut a la cabeza de los *rankings*. Propulsado por el éxito «Black and White» y acompañado, a su vez, por un controvertido vídeo (en el que Michael descarga toda su furia sobre un automóvil y parece disfrutar exageradamente de sus movimientos de baile, para

convertirse al final en una pantera), fue el álbum que más rápido se vendió en el Reino Unido y permaneció en los *rankings* noventa y seis semanas, una cifra sólo superada en Estados Unidos. «Los *royalties* que percibía eran enormes, especialmente por *Thriller* y lo que tenía de los Beatles —destacó un asesor—. El chico tenía bastante dinero, millones». No obstante, una cosa estaba clara: su decisión de no darle un centavo a Evan Chandler, a pesar de la estrategia que su equipo legal había estado discutiendo con Johnnie Cochran y de su propio deseo de que el asunto se arreglase. Un socio suyo que estaba con él en la casa de Dellal recordó haberle preguntado sobre la posibilidad de algún tipo de arreglo la mañana siguiente a que se hiciera efectivo el trato de la ATV. «Le dije: "Mike, puedes renunciar a veinte millones de dólares del trato de la ATV —recuerda—. De todas formas, es dinero que no esperabas. Por veinte millones de dólares, todo el asunto con Chandler se desvanecerá"».

»"De ninguna manera —me dijo—: Quiero que se arregle, sí, pero que también se pidan disculpas públicas y formales, algún comunicado de prensa o algo así. No le voy a dar a nadie un solo dólar. No voy a regalar mi dinero por esta mentira. Olvídalo".

«Sus ojos destellaban. Insistía en que no había hecho nada malo y que no iba a pagar para arreglarlo. "Nunca toqué a ese niño. Punto. Puedes creer lo que quieras. No me importa", afirmó.

«Cuando le dije: "Mike, por supuesto que te creo", me miró algo enojado y respondió: "Sí, claro. Seguro"».

Michael al desnudo

El 10 de diciembre de 1993, Michael Jackson regresó a Estados Unidos después de ser dado de alta de la clínica Charter. Por supuesto, no cruzaría el océano en un simple vuelo comercial. Voló de regreso en un *jet* privado propiedad del sultán de Brunei, el hombre más rico del mundo y un admirador de Michael.

Cuando desembarcó en Santa Bárbara, tenía un aspecto más saludable que el de unos meses atrás. Llevaba un sombrero rojo que combinaba con su camisa de seda, unos pantalones negros y… una mascarilla. Lo acompañaban dos niños, Eddie y Frank Cascio, de Nueva Jersey, quienes lo habían acompañado durante la gira. Eddie tenía diez años; Frank, catorce.

Michael había hecho amistad con los Cascio diez años atrás; su padre, Dominic, era el gerente del Hotel Helmsley Palace de Nueva York. Michael pidió conocer a los niños tras ver una foto de ellos en una pared en la oficina de Dominic; en ese momento eran bebés.

Dominic acompañó a sus hijos en los viajes de 1993 con Michael, la estrella nunca estuvo a solas con ellos. Sin embargo, su presencia no fue percibida por los

medios, ya que nunca se veía a Dominic en las publicitadas apariciones de los chicos con Michael. Habían ido, incluso, al chalé de Elizabeth Taylor en Gstaad, Suiza (en septiembre), y los tres fueron fotografiados por todo el pueblo mirando jugueterías, todos con grandes gafas oscuras, y Michael con un gran sombrero y una mascarilla.

Hasta los veinte años, Eddie y Frank fueron buenos amigos de Michael. En un documento hallado en uno de los tantos juicios iniciados contra el cantante en los últimos años, un representante musical (Myung Ho Lee) afirma que Michael le prestó en una oportunidad 600.000 dólares a Dominic Cascio para abrir un restaurante en Nueva Jersey. Ese restaurante nunca se inauguró. Frank Cascio, conocido más tarde como Frank Tyson, llegó a ser uno de los asistentes de mayor confianza de Michael.

Algunos miembros del equipo de Michael tenían grandes reservas acerca de su decisión de continuar mostrándose en público en compañía de niños en un momento tan crítico en su vida. ¿Estaba tan alejado de la realidad que no podía darse cuenta de lo inapropiado, por no decir peligroso, de semejante comportamiento? O, tal como lo expresó uno de sus asesores: «Supongo que la terapia no funcionó, ¿verdad?».

No había forma de convencer a Michael de detener su relación pública con los niños. Después de la terapia en Charter se sentía más fuerte y seguro de sí mismo como para vivir su vida según sus propias reglas, sin considerar lo que otros le dictasen.

«Mira, estuve al borde de la muerte —le dijo a un socio—. ¿Sabes lo cerca que estuve? Ahora que he podido dejar todo eso atrás no pienso dejar de hacer nada. Voy a hacer lo que quiera, cuando quiera y como quiera. Es así de simple —concluyó—. Y al que no le guste, puede irse a la mierda».

Michael Jackson ha sido considerado un genio para los negocios. No importa cuán excéntrico pareciera, se decía; era, sin lugar a dudas, un iluminado genio del *marketing*… a costa de otros. Sin embargo, uno no puede dejar de preguntarse si semejante «genio» no sabría en qué momento detenerse. Muchos de los actos de Michael, especialmente durante los últimos diez años, invitaban a reflexionar sobre su imagen de ingenuidad durante los años ochenta. ¿Era en realidad un golpe de suerte acompañado de la voluntad de obtener el mayor beneficio posible? Tal vez Michael sólo había hecho un par de discos brillantes y luego había puesto al mundo a sus pies a fuerza de carisma en el escenario y de la habilidad de rodearse de *otras* personas, los verdaderos genios del *marketing*, como John Branca.

Otros han argumentado que la insistencia en ser visto en compañía de niños era una muestra de inocencia por su parte. Si hubiera sido culpable del crimen del que se le acusaba, ¿habría continuado mostrando su relación con los niños tan libremente?

Al fin y al cabo, Michael hizo lo que quiso durante gran parte de su vida, vivió en un mundo lleno de honores y privilegios sólo por ser quien era. Nunca entendió del todo la noción de «comportamiento apropiado» porque, a decir verdad, nunca tuvo una razón para vivir apropiadamente. Como suele ocurrir en el mundo de la fama y de las celebridades, la percepción del público sobre lo estrafalario de la imagen de

Michael tenía sus ventajas. Después de todo, ¿cómo se lo podía evaluar según valores normales, de sentido común, cuando era apodado *Jacko el Loco*?

Sin embargo, el 10 de diciembre de 1993, Michael experimentaría por un día lo que significaba ser parte del mundo real, donde la gente normalmente tiene que hacer cosas que no desea hacer.

A su llegada a Estados Unidos le fue entregada inmediatamente una orden para que la policía le realizara la tan temida inspección física. Según la orden, los oficiales debían examinar, fotografiar y filmar toda su persona, «incluyendo su pene, ano, caderas, glúteos y cualquier otra parte de su cuerpo. Michael Jackson deberá ser informado —continuaba— de que no tiene derecho a rehusar el examen o las fotografías. La negativa a cooperar con esta orden será incorporada como prueba en los tribunales, como indicio de culpabilidad». Asimismo, se les explicó a los abogados que si no cooperaba, la policía lo arrestaría por «causa probable» y se lo llevaría esposado, frente a todos los fotógrafos de la prensa. Este escenario superaba todo lo que el equipo de Michael podía imaginar.

Aparentemente, Jordie había afirmado que Michael tenía algunas marcas características en sus genitales. Incluso dibujó un diagrama de su pene en una servilleta para la policía y escribió en él: «Michael está circuncidado. Tiene el vello púbico corto. Sus testículos tienen marcas rosas y marrones. Como una vaca, pero en lugar de blanco, rosa. Tiene manchas negras en su trasero, en su glúteo izquierdo».

La policía estaba decidida a verificar que la descripción de Jordie fuera precisa. Si lo era, entonces significaba que había visto a Michael Jackson desnudo.

La sesión de fotos, establecida para el 20 de diciembre, prometía ser la experiencia más tortuosa en la vida de Michael. Representando a Santa Bárbara estarían el fiscal de distrito, Thomas Sneddon, así como un agente, un fotógrafo y un médico. Por el lado de Los Ángeles estaba el equipo de Michael, conformado por sus abogados, Johnnie Cochran y Howard Weitzman; el doctor David Forecast, uno de sus médicos en Gran Bretaña; un fotógrafo contratado por Michael y otro agente. Todos ellos llegaron en helicóptero.

Una vez que todos estuvieron en Neverland, a Johnnie Cochran y a Howard Weitzman les llevó casi una hora lograr que Michael pasase de su habitación a la sala de reuniones, donde tendrían lugar las fotos. Finalmente, Michael entró en la sala llevando puesta una bata marrón. Se había acordado que sus abogados y Sneddon dejarían la habitación y no estarían presentes durante la sesión de fotos. Al guardaespaldas Bill Bray se le permitió quedarse, así como a los dos agentes, a los dos fotógrafos y a los dos médicos.

A medida que se iban acomodando, Michael miró a uno de los agentes y, sin ninguna razón en especial (salvo que lo confundiera con alguien que conocía) comenzó a gritarle: «¡Tú! ¡Fuera! No te quiero aquí. ¡Fuera!». A continuación intentó salir de la sala, pero uno de los médicos lo cogió del brazo. «Aguanta, Michael —le dijo—, aguanta». Johnnie y Howard, al escuchar el barullo, entraron en la habitación.

«Sacad a estos hijos de puta de aquí» les ordenó, refiriéndose ahora a todos los presentes. Se lo veía extremadamente agitado, parecía estar bajo los efectos de alguna droga, aunque todos esperaban que no fuera ésa la razón.

El fotógrafo del fiscal de distrito, Gary Spiegel, comenzó a tomar fotografías cuando Michael aún estaba sentado en el sofá. Él intentó bloquear las tomas con sus manos, como si estuviera frente a un reportero gráfico.

Finalmente se le solicitó que se pusiera sobre una plataforma en el centro del cuarto, como si un sastre le fuese a tomar medidas. Aún llevaba puesta la bata.

—Por favor, no me hagan hacer esto —dijo con sus ojitos de Bambi llenos de lágrimas—. Esto es terrible. No me obliguen.

—Señor, no tenemos opción —dijo uno de los agentes.

Fue entonces cuando, de pie sobre una plataforma y mirando fijamente una foto de Elizabeth Taylor colgada en la pared, Michael se quitó la bata. Debajo de ella llevaba un traje de baño.

—Tiene que quitárselo, señor —dijo el agente.

Con la mirada aún clavada en la fotografía de Elizabeth, se quitó el traje de baño… debajo del cual llevaba unos calzoncillos.

—Señor… por favor.

Llorando suavemente, se quitó los calzoncillos y quedó al desnudo, no sólo sin ropa, sino también sin la ilusión de invulnerabilidad que siempre lo acompañó. Todas las miradas se posaron sobre su pene, que no parecía estar circuncidado.

—¿El sujeto está circuncidado? —preguntó el médico. Todos dieron un paso adelante para mirar un poco más de cerca.

—Parece que sí…

—No, no lo está…

—Sí.

—No.

—Oh, Dios mío —dijo Michael, lloriquendo. Estaba mareado, a punto de desmayarse.

—¿Usted no lo sabe? —le preguntó uno de los agentes al médico de Michael.

El médico se indignó ante la pregunta.

—Señor, nunca antes he visto su pene.

—Bueno, el sujeto claramente *no está* circuncidado —determinó finalmente el otro médico.

Poco a poco se fue formando un círculo a su alrededor y todos comenzaron a tomar febrilmente notas acerca de su cuerpo.

Efectivamente, tenía la piel manchada en su trasero, tal como lo había descrito Jordie.

Sí, tenía el vello púbico corto.

Sí, sus testículos tenían marcas rosas y marrones.

Sin embargo, sin importar el ángulo desde el cual se lo mirase, todos estaban de

acuerdo en que su pene no estaba circuncidado. Pero ¿acaso importaba? De hecho, un pene no circuncidado puede verse de forma similar a uno circuncidado cuando está excitado. Si estaba excitado sexualmente cuando fue visto por Jordie, ¿podía alguien de trece años saber si estaba o no circuncidado? Sin embargo, ahora había dudas respecto a la identidad de la persona en cuestión.

«En ese momento tomé muchas fotos del pene de Jackson —dijo Gary Spiegel—. Primero del lado derecho, luego del lado izquierdo. Cuando estaba fotografiando el lado izquierdo, el médico del fiscal de distrito le pidió que levantase su pene. No quiso hacerlo, por lo que hubo una discusión. Finalmente lo hizo. Luego bajó enojado de la plataforma. "Eso es todo —dijo—. Es suficiente". Se puso su bata y salió corriendo de la sala».

Los agentes se miraron, uno de ellos fue hacia el cuarto en el que los abogados de Michael esperaban. Entonces, mientras el agente regresaba a la sala, los abogados se apresuraron a detener a Michael para hacerlo regresar ante los fotógrafos. Los policías estaban algo incómodos al escuchar la discusión entre Michael y sus abogados, parecía un adolescente rebelde discutiendo a gritos con unos padres estrictos y decepcionados. Luego, después de quince minutos de llantos, quejas y ruegos, se hizo un silencio. Un momento más tarde, un sonoro ruido resonaría a través de la casa. Habían convencido a Michael Jackson. Era el golpe de su pie desnudo contra el suelo de madera. Luego volvió a entrar en el cuarto que tanto se había esforzado en hacer perfecto para sus invitados.

—Cuando esto termine, quiero fotos *tuyas* —dijo señalando, enojado, a uno de los fotógrafos—, y tuyas también —dijo apuntando con su dedo al otro.

Nuevamente, Michael estaba al desnudo. Más fotos. Luego, la filmación.

—Por favor —dijo en tono de ruego—. ¿Podemos parar ya?

Uno de los médicos se acercó con una regla.

—Ya es suficiente —dijo el médico de Michael—. Mike, vístete. Parece mentira. Ni yo mismo puedo creerlo.

Michael se puso rápidamente la bata.

—No dejes que nunca, nunca, nunca vuelva a ocurrir esto otra vez —dijo desatando su ira con el pobre de Bill Bray, quien permaneció sentado en una esquina durante todo ese tiempo, mortificado.

—Pero, si yo no he hecho nada, Mike —contestó—. ¿Por qué te enfadas conmigo?

Ignorando la respuesta de Bill, Michael descendió de la plataforma y salió corriendo de la sala.

—¿Cómo ha podido pasarme esto a mí? —gritó mientras salía. Estaba temblando. Los que lo vieron en ese momento dijeron que parecía haberse roto—. *¿Cómo ha podido pasarme esto a mí?* —repetía.

LaToya en Madrid

Fue en el invierno de 1993 cuando la imagen de Michael recibió el golpe más duro de todos. Y lo propinó un miembro de su familia: su propia hermana, LaToya. Aunque no se habían visto ni hablado en varios años, LaToya manifestó tener información exclusiva acerca de Michael. En realidad, como muchos de los empleados domésticos que habían vendido historias a la prensa amarilla, LaToya y su esposo, Jack, tenían su propia tarifa según el grado del escándalo: por un precio de 50.000 dólares, ella haría públicos ciertos secretos acerca de abusos familiares que aún no había revelado en sus muchas entrevistas al respecto. Sin embargo, por el doble, revelaría el doble; y por medio millón, perdería cualquier consideración y admitiría que Michael era un pedófilo, y que ella tenía pruebas para sostener su testimonio.

La guerra de ofertas empezó con el periódico inglés *News of the World*, que ofreció una cantidad sustancial de dinero sólo superada por los estadounidenses *National Enqulrer* y *Star*. No obstante, durante el transcurso de la semana, mientras los editores pujaban por detalles de las revelaciones de LaToya, las negociaciones se desmoronaron. Se hizo evidente que no tenía mucho que ofrecer, después de todo. Habiéndose quedado sin su premio mayor, Jack organizó una conferencia de prensa para LaToya en Tel Aviv, Israel, donde estaba realizando una gira.

«Michael es mi hermano y lo quiero mucho —dijo, leyendo una declaración ya escrita—, pero no puedo ser ni seré una colaboradora silenciosa de sus crímenes contra jóvenes niños. Si yo permanezco callada, entonces eso significa que sentiré la culpa y la humillación que esos chicos están sintiendo y creo que eso está muy mal. Olvídense de la superestrella, olvídense del icono. Si él fuera cualquier otro adulto de treinta y cinco años que estuviera durmiendo con niños, a ustedes no les gustaría ese tipo».

También dijo que había visto cheques pagados a nombre de varios niños por grandes sumas de dinero, que le había mostrado su madre, Katherine, sugiriendo así que Michael había comprado su silencio. Dijo que sentía compasión por los chicos «porque yo también soy una víctima. Cuando los padres abusan de sus hijos, los hijos terminan abusando ellos mismos —dijo—. ¿Saben cuántos chicos están yendo a psiquiatras debido a Michael? Muchos».

La familia Jackson, comprensiblemente afligida por las declaraciones de LaToya, presidió una conferencia de prensa en la residencia de Encino. Desesperada, Katherine dijo: «LaToya está mintiendo. Le diré en la cara que está mintiendo. No puedo creer que tenga una hija que anda por ahí diciendo estas cosas para vender traicioneramente a su hermano. Le ha lavado el cerebro ese perro ambicioso y carroñero de su esposo».

Durante las semanas siguientes, los embates de LaToya ocuparon los grandes titulares, y finalmente comenzó a ganar mucho dinero. El hecho de ser la hermana de Michael le dio especial credibilidad a sus declaraciones. Sus historias le hicieron más

daño a Michael que ninguna de las acometidas de sus empleados domésticos. LaToya y Jack se lanzaron de país en país, alentando a los productores de televisión y a los editores de los diarios a subir sus ofertas por anécdotas acerca de Michael. Mientras tanto, los miembros de la familia continuaron vilipendiando a LaToya. «Michael sostiene económicamente a toda la familia Jackson —dijo LaToya—. Ellos tienen que sostenerlo a él».

En diciembre de 1993 fui invitado a Madrid por los productores de un programa de televisión español llamado *La máquina de la verdad*, para aparecer con LaToya y discutir con ella las acusaciones que había hecho en contra de Michael. Como me explicaron, LaToya estaría conectada a una máquina detectora de mentiras. Debía hacerle preguntas acerca de sus motivos para creer que Michael era pedófilo. La audiencia televisiva sería capaz de juzgar la veracidad de sus observaciones, a partir de la manera en que LaToya se desenvolviera.

Simultáneamente, el 22 de diciembre, el día que estábamos en el estudio esperando para salir al aire, Michael hizo una declaración que duró cuatro minutos, desde Neverland, transmitida primero en directo por la CNN, y difundida luego en el mundo entero.

«Les pido a todos que esperen y escuchen la verdad antes de condenarme —dijo, conteniendo las lágrimas—. No me traten como a un criminal, porque soy inocente».

Vestido con una camisa roja, con lápiz labial rojo, pestañas postizas y largos mechones de pelo enmarcando su rostro notoriamente maquillado, Michael dedicó duras palabras a los medios, quienes, arremetió, «han diseccionado y manipulado estos testimonios para llegar a sus propias conclusiones». Se mostró aún más angustiado cuando describió los exámenes y las fotografías que tomaron de su cuerpo: «He sido forzado a tolerar un deshumanizante y humillante examen llevado a cabo por el Departamento del Oficial del Condado de Santa Bárbara y el Departamento de Policía de Los Ángeles, a principios de esta semana. Presentaron una orden judicial que los autorizaba a ver y fotografiar mi cuerpo, incluso mi pene, mi trasero, mi bajo torso, muslos y cualquier otra área. Estaban, supuestamente, buscando alguna decoloración, escudriñando manchas u otra evidencia de una alteración del color de la piel llamado vitiligo, del cual ya he hablado antes.

»Fue un calvario, la experiencia más humillante de mi vida, ninguna persona debería tener que sufrir algo semejante. E incluso después de haber experimentado la indignidad de esta pesquisa, las partes involucradas no estuvieron satisfechas y quisieron tomar todavía más fotos. Fue una pesadilla, una horrible pesadilla. Pero si esto es lo que tengo que soportar para probar mi inocencia, mi completa inocencia, entonces que así sea».

»No me traten como a un criminal —insistía Michael—, porque soy inocente».

LaToya observaba la pantalla de la televisión y las lágrimas brotaron de sus expresivos ojos. Parecía perdida en sus pensamientos, hasta que Jack Gordon entró intempestivamente en la sala y acabó con su ensoñación.

—Vamos a cancelar el programa —dijo—. No voy a permitir que conecten a LaToya al maldito detector de mentiras.

—¿Por qué? —quiso saber LaToya.

—Habíamos acordado cincuenta mil dólares —explicó Jack—. Pero con Michael llorando a borbotones en televisión, quiero duplicar la tarifa a cien mil. Se lo acabo de decir a los productores y ellos me han dicho que me vaya al infierno. Así que nos vamos de aquí. Al infierno con *ellos*.

Jack agarró a LaToya del brazo.

—Lamento que hayas tenido que venir hasta España para nada —me dijo, haciéndose la víctima—. Qué pérdida de tiempo para ti. Debes de pensar que soy una persona terrible, ahora. Pero en realidad no lo soy.

LaToya fue arrastrada fuera de la sala por su esposo.

—Decidle a Michael que lo siento —pidió, mientras era arrancada del lugar.

Años más tarde, LaToya insistiría en que las acusaciones que había vertido en contra de Michael habían sido inventos de Jack, que la había forzado a repetirlas en contra de su voluntad. Aunque tardarían algunos años, en 2003, ella y Michael ya habían aclarado las cosas entre ellos. LaToya también pidió disculpas al resto de los miembros de su familia; ellos la aceptaron de nuevo en el clan.

Michael decide pagar

Para el primero de enero de 1994, los fiscales y departamentos policiales de California habían gastado cerca de dos millones de dólares en la investigación de Michael Jackson. Se había interrogado a más de doscientos testigos, incluyendo a treinta niños que habían sido amigos de Michael durante estos años. Nadie corroboró la historia de Jordie Chandler, y sin otros testigos, la acusación contra Michael era débil. Tal vez Michael contaba con la absoluta lealtad de los muchachitos con los que había tenido relaciones sexuales o bien todos los que habían investigado al cantante eran ineptos. ¿Existía la posibilidad de que fuera inocente?

El 11 de enero fue el cumpleaños número catorce de Jordie, pero no hubo festejos. No tenía ánimos de celebrarlo, dijo. Cuando sopló las velas de su pastel, Evan le dijo que pidiera un deseo. «Deseo que esta pesadilla se acabe», dijo. Como regalo, Evan le dio una botella de gas lacrimógeno, para su protección.

Ese mismo día, la imagen de Michael sufrió otro golpe cuando transcripciones de las declaraciones en la demanda civil Jackson-Chandler fueron presentadas en el Tribunal Superior de Los Ángeles como parte de una moción propuesta por el jurista Larry Feldman. Argumentando que debía ser autorizado a acceder a los registros financieros de Michael, puesto que, según sus palabras, «hay una sustancial probabilidad» de que su cliente ganara el caso, Feldman presentó las transcripciones como una prueba en contra de Jackson. También se incluyó una nueva declaración de

Jordie, repitiendo las acusaciones que originalmente había hecho acerca de Michael a la policía y a los asistentes sociales.

Las transcripciones presentadas por Larry Feldman incluían declaraciones juradas del antiguo chófer de Michael Jackson, antiguas sirvientas y secretarias. Verdad o ficción, no importaba; todo ello pasó a formar parte del registro público. Compuesto en su mayoría por habladurías, especulaciones o insinuaciones, y en gran parte por gente que ya había recibido una buena suma de dinero de periódicos y programas de televisión sobre la farándula para que «revelaran todo» acerca de su jefe, era difícil imaginar que el jurado daría crédito a semejantes testimonios.

Sin duda, el testimonio detallado de Jordie Chandler sería el más perjudicial para Michael. Pero ¿cómo reaccionaría el jurado ante el hecho de que el testimonio original, de que Michael había tocado su pene, lo había dado bajo los efectos de un fármaco capaz de alterar el estado de la mente? ¿Y qué sucedía con la duda sobre la circuncisión de Michael? Sería la palabra de Michael contra la de Jordie, porque no existían testigos de ningún episodio de abusos (claro está, raramente existen testigos de esos incidentes).

Debido a su celebridad, es posible que Michael ganara en el juicio civil. Una montaña de evidencias circunstanciales (además del impacto que podía causar en el jurado su obcecada determinación de alardear con jovencitos en público) no era probablemente suficiente para asegurar un veredicto en su contra. No obstante, la pregunta era: ¿valía la pena averiguarlo? Sus representantes legales creían que no, presintiendo que más mal que bien podía salir de tantas confidencias haciéndose públicas. Además, ¿qué sucedería si él realmente *fuera* culpable? ¿Y qué le causaría semejante juicio al ya victimizado Jordie Chandler? Aunque Jordie ciertamente no era la principal preocupación de los abogados de Michael, sentían empatia y responsabilidad por él, simplemente por su corta edad, aun cuando no les importaba mucho su padre; no después de todo lo que había pasado.

Cuando Larry Feldman empezó a meter su nariz en las finanzas de Michael, se extralimitó. «Muchas cosas terribles le habían sucedido a Michael, pero una vez que Feldman empezó a recabar información acerca de sus cuentas bancarias, sabíamos que el juego se había terminado —afirmó uno de los asesores de Michael—. Pueden tomar fotos del pene de Michael, y no le va a gustar. Pero una vez que intenten averiguar cuánto dinero tiene, ahí es cuando va a dejar de jugar».

Sin siquiera hablar con los abogados de Michael, Lisa Marie Presley también había intentado influir en su decisión de llegar a un arreglo. Experimentada sobreviviente de tantas guerras publicitarias, durante mucho tiempo había pensado que Michael debía terminar el problema con un pago en efectivo. Finalmente, pudo convencerlo de que, como lo expresó más tarde, «algunas cosas, como dormir bien una noche, son más importantes que la opinión pública».

Michael dijo que quería seguir con su vida para poder casarse finalmente con Lisa. No había ocurrido mucho más en su relación, desde su extraña propuesta

matrimonial por teléfono, y comenzó a temer que ella se estuviera impacientando. «Lo único que saqué en limpio de la terapia es que es responsabilidad mía tener una buena vida —dijo—, y quizá pueda tener eso con Lisa. No quiero perderla ahora».

En verdad, Michael Jackson estaba finalmente inclinándose a pagarle a Evan Chandler el dinero que había buscado desde un principio. «Me han agotado, lo admito —le dijo a uno de los abogados. Se preguntaba—: ¿Qué más pueden hacer para humillarme, para llevarme a la ruina? Ya no sé qué otra cosa hacer más que pagarle a ese tipo».

El abogado sugirió que, tal vez, habría debido hacerlo antes de la debacle.

«No es que no lo hubiéramos intentado, ¿o sí? —observó Michael, irónicamente —. Qué pesadilla ha sido esto, para ahora terminar de nuevo en la casilla de salida». Concluyó que era tan infeliz con todo aquello que deseaba «simplemente meterse adentro de un agujero».

Otra cosa había cambiado en Michael: ya no deseaba pensar en Jordie Chandler. Nadie podía mencionar el nombre del jovencito en su presencia. Si, como dicen, existe una delicada línea entre el amor y el odio, Michael parecía haberla cruzado tras haber sido forzado a posar desnudo para la policía. El tema Jordie estuvo vedado a partir de ese día.

El 16 de enero, Michael ofreció una fiesta en Neverland para doscientos niños desfavorecidos. Ahí estaba, en los canales de noticias de todo el mundo, saltando con chicos y brindándoles alegremente un día de diversión, como un flautista de Hamelín. Algunos observadores opinaron que carecía de sentido común. Sus asesores estaban más frustrados que enojados. («Me rindo —dijo uno—, mierda, me rindo»).

El comportamiento de Michael nunca cambiaría, eso estaba claro. Como era de esperar, continuaría haciendo lo que él quería y punto.

El 25 de enero de 1994, Michael Jackson acordó pagar 22 millones de dólares a Jordie Chandler, Evan Chandler, June Chandler-Schwartz y al abogado Larry Feldman. Veinte millones debían ser destinados a Jordie. Un millón a cada uno de sus padres, Evan y June. Larry Feldman obtuvo entonces alrededor de cinco millones de ellos tres en concepto de honorarios. El dinero de Jordie sería depositado en un fideicomiso, y le sería entregado en los años subsiguientes bajo la supervisión de un asesor contable nombrado por los tribunales.

«Abusó sexualmente de Jordie, y pagó el precio —dijo un miembro de la familia acerca de Michael—. Arruinó la vida del pequeño. Espero que haya aprendido una lección, ese pervertido. Aunque lo dudo. Debería estar en la cárcel. Pero no lo está, así que puede considerarse afortunado».

Al final, ni la policía ni los fiscales presentarían cargos contra Michael, argumentando falta de pruebas. Tenían muchos testigos, dijo la policía, pero no víctimas que quisieran, efectivamente, testificar contra Michael Jackson.

«A buen fin no hay mal principio —dijo amargamente Anthony Pellicano—. Desde el comienzo este caso consistió en cuánto dinero podría el padre sacarle a Michael Jackson. Supongo que obtuvo lo que quería».

El abogado Michael Freeman, que había representado a June Chandler-Schwartz dijo que, en su opinión, Michael era completamente inocente. «Creo que fue acusado erróneamente. Evan Chandler y Barry Rothman vieron una oportunidad y fueron a por ella. Ésa es la opinión que yo tengo. Creo que todo se trató de dinero, y su estrategia, obviamente, funcionó».

El comentario de Elizabeth Taylor acerca del fin de la investigación y del pleito fue típico de la «portavoz Liz». «Gracias a Dios el caso fue desestimado —dijo—. El amor de Michael por los niños es una de las cosas más puras que he visto, brilla como un sol, a pesar de la lente deformante de los medios. Siempre supe que los tribunales rechazarían todo esto, y estoy muy agradecida».

La última palabra en el asunto

En agosto de 1994, después de que el caso llegara a un acuerdo, le hice una entrevista telefónica a Michael en la que me dijo: «Demasiado daño se hizo a todos los que estaban involucrados. No me importa lo que la gente piense. Yo sé la verdad. Si alguien alguna vez ha pasado por algo así, esa persona sabe que uno hace lo que sea necesario para que se termine».

Acerca del caso, Michael sugirió la posibilidad de una extorsión, pero sin decir mucho al respecto, ya que no debía hablar del tema por un acuerdo legal (lo cual no lo detuvo, sin embargo, en otras instancias). «Muchísima gente está siempre intentando cosas como ésta, tratando de herirme, avergonzarme. Diría que éste fue uno de esos intentos. Nunca soñé que se armaría semejante lío. Jamás herí a ningún niño y cualquier niño que alguna vez haya sido amigo mío lo sabe. Nunca, jamás causaría daño a ningún niño en este planeta.

«Quiero seguir con mi vida —dijo apasionadamente—. Quiero grabar discos. Quiero cantar. Quiero subirme al escenario nuevamente. Decirles a mis fans que tengo suprema confianza en que ellos me juzgarán en el escenario y en la sala de grabación, como siempre lo han hecho. No creo que esta pesadilla interfiera en mi carrera —agregó—, porque he estado muchos años desarrollando mi relación con los fans. Es todo lo que deben saber. Sí, pagué algo de dinero. ¿Y qué? Pero no, no soy culpable, no hice nada malo».

Le pregunté si le preocupaba que, más allá de sus fans, gran parte del público en general pensara que él era culpable debido a la manera en que había arreglado el caso. Su respuesta fue directa: «Es mi talento. Mi trabajo duro. Mi vida. Mi decisión».

Hoy en día, Jordie Chandler tiene cerca de treinta años y vive en la parte este de Long Island, cerca de la playa, en una casa de 2,35 millones de dólares, con un nombre falso. Él y su familia también son dueños de un apartamento en Manhattan y otro en Santa Bárbara.

Evan Chandler también vive en Long Island… con otro nombre.

June Chandler y David Schwartz están divorciados.

Jordie no volvió a ver a Michael Jackson desde aquel día en la oficina de Anthony Pellicano, cuando Evan y Michael tuvieron su discusión decisiva. La última cuota del acuerdo de Michael con Jordie fue pagada en junio de 1999.

UNDÉCIMA PARTE

Michael y Lisa Marie se convierten en amantes

El 1 de febrero de 1994, Michael telefoneó a Lisa Marie Presley a su propiedad en Hidden Hills, California. Él estaba en su refugio en Westwood.

—Escucha, pequeña —dijo, según ella recuerda—, voy a ir a Las Vegas a ver a The Temptations y a los Fifth Dimension. Ven conmigo. Reservaré una *suite* en el Mirage y podremos celebrarlo como si no hubiera mañana.

—¿Me voy a quedar en la misma habitación que tú? —preguntó ella.

—Claro que sí —dijo Michael—. ¿Qué crees, pequeña?

—Creo que aún estoy casada —respondió Lisa.

—Entonces, cuartos separados, si eso es lo que quieres —contestó Michael.

Lisa aceptó; al día siguiente, los dos volaron a Las Vegas en el avión privado de Michael.

Otis Williams, de The Temptations, una vez me dijo: «Hombre, estábamos en los camerinos, después del espectáculo y llegó Mike con su chica, y estaba encima de ella, besándola, y nosotros nos preguntábamos: "¿Quién demonios es esta chica?". Finalmente, nos la presentó: Lisa Marie Presley. Me quedé helado. Le dije a los muchachos: "Mirad esto. El Rey del Pop y la hija del Rey, juntos. Tenía que pasar". Se les veía muy contentos».

Dos semanas después, Lisa acompañó a Michael de vuelta al MGM Grand en Las Vegas para su aparición en *The Jackson Family Honors Special [El especial en honor a la familia Jackson]*, el programa en el que había estado trabajando Jermaine durante meses. Pensado en principio para homenajear a Elizabeth Taylor y a Berry Gordy, el especial de televisión fue también un intento de los Jackson de proyectar una imagen más respetable para un público ahora sensibilizado.

Janet hizo una rápida aparición, cantando su éxito «All Right», antes de huir, como si estuviera avergonzada de ella misma y de todos los demás en el escenario. Tenía muy poco que ver con ninguno de los miembros de su familia y se negó firmemente a aparecer en el gran final programado. Incluso se hospedó en el Hotel Luxor, para no correr el riesgo de cruzarse con nadie llamado Jackson en el MGM Grand, donde la mayoría de ellos se estaba hospedando. Michael tampoco quería verse mucho con su padre o sus hermanos, lo cual era bastante comprensible. Aunque Jermaine le había ofrecido generosamente una *suite* en el MGM Grand, Michael prefirió quedarse en el Mirage.

«¿Cuándo llega el momento en el que el niño crece y no tiene que ir a las reuniones familiares?», preguntó, según palabras de Lisa. Michael dijo que le estaba requiriendo «toda su energía» mostrar su rostro en público de nuevo, después de todo lo que había pasado con los Chandler, «y ahora tener que hacerlo en una de estas reuniones es muy difícil para mí». Nunca lo habría hecho si no fuera por su madre, afirmó.

—Pero si no estuvieras aquí, no habría espectáculo —observó Lisa.

—Exacto —dijo Michael, secamente, y ajustó la banda roja sobre su abrigo militar—. Si pudiera, creo que pagaría veinte millones de dólares para que ellos fueran más famosos que yo. —Parecía exhausto—. Qué alivio sería poder aceptar su amor y no tener que estar pensando qué es lo que me tienen planeado a continuación.

Fue entonces cuando Lisa tuvo un incómodo encuentro con Elizabeth Taylor, quien había intentado persuadir a Michael para que actuara esa noche. Él no quería cantar. Más bien quería hacer su aparición, presentar un premio y luego sentarse entre la audiencia. Elizabeth trató de hacerlo cambiar de opinión, pero Lisa, en su merecido papel de protectora, intervino.

—Mira, él no va a actuar —le dijo a Elizabeth—, así que podrías dejarlo ya en paz.

Elizabeth, estupefacta, miró a Lisa y recalcó:

—Bueno, tú eres la jefa, supongo. —Y se alejó.

(Al final, después de que el *show* fuera transmitido, Michael terminó siendo arrastrado a una complicada demanda judicial entre los productores del espectáculo contra la familia Jackson).

Cuando regresaron de Las Vegas, el 21 de febrero, Michael invitó a Lisa a Neverland. Los dos pasaron horas caminando de la mano, en los prolijos y cuidados terrenos, mientras los hijos de Lisa, Danielle (de cinco años) y Benjamín Store (de dieciocho meses), jugaban con su niñera. Trabajadores de la propiedad recuerdan haber visto a Michael y a Lisa besarse en la cima de la noria y saludar amablemente a los miembros del equipo de Neverland mientras iban de un juego a otro.

Había momentos en los que Michael parecía incapaz de contener su risa; parecía apreciar la mente aguda y perspicaz de Lisa, tanto como saborear su nuevo rol de protectora y consejera. «Le puedo consultar cualquier cosa —decía—, y ella siempre me muestra un buen punto de vista al respecto. Está por encima de todo, sabe mucho. Nunca he conocido a nadie como ella».

Él se aseguró de que todas sus necesidades fueran satisfechas al instante. Si tenía sed, él aplaudía una vez y, como por arte de magia, un camarero aparecía con un aperitivo. Si estaba muy cansada de caminar, alguien aparecía con un coche de golf para llevarla a su habitación a dormir una siesta.

Durante los dos primeros días, Lisa y sus hijos se quedaron en una de las dependencias para visitas que tenía la propiedad. La tercera noche, Michael ordenó que sirvieran la cena en una de las terrazas, a la luz de las velas: salmón cocido y ensalada de pepino. Luego, le entregó a Lisa un regalo: una gargantilla de tres hileras de perlas con un diamante engarzado en el medio, valorada en 50.000 dólares. Esa noche, mientras los niños y la niñera dormían en el cuarto de huéspedes, Lisa se quedó con Michael en su habitación.

¿Hicieron el amor? Lisa, dicen sus amigos, es una mujer que disfruta de la intimidad física y jamás se involucraría en una relación que no fuera sexual. Ella

sabía que su madre y su padre habían dejado de tener relaciones poco después de que ella fuera concebida. Elvis conoció a Priscilla cuando ella tenía sólo catorce años; él tenía veinticuatro. Los dos vivieron juntos seis años antes de casarse en Las Vegas, pero nunca intimaron. Entonces, en la luna de miel, Priscilla quedó embarazada. Ocho meses después, nació Lisa. Después de eso, Elvis nunca tocó a Priscilla de nuevo, diciendo que se sentía raro teniendo relaciones sexuales con la madre de su hija. «Yo era joven y acepté su modo de vida como normal», recordaba Priscilla. Aunque era una de las mujeres más publicitadas de Estados Unidos, Priscilla vivió entonces un matrimonio sin sexo durante un par de años, hasta que intimó con su instructor de kárate… Y ése fue el fin del matrimonio con Elvis. Lisa no quería encontrarse en la misma situación.

En verdad, Lisa y Michael tuvieron una intensa y activa vida sexual, lo cual fue una sorpresa para mucha gente. De acuerdo con la evidencia asequible, era la primera vez que él experimentaba tal química con una mujer, mejor dicho, con *alguien*. Sus socios afirman que las primeras etapas del romance impactaron positivamente su personalidad, en términos de confianza en su propia persona y de la imagen que tenía de sí mismo. «Aparentemente, Michael Jackson es estrafalario en la cama —sostuvo la amiga de Lisa, Monica Pastelle—. Lisa dijo que él es asombroso, y ella ha estado ahí. Todos decían: "No es posible, Lisa. No puede ser verdad. ¿Michael Jackson? ¿Estamos hablando acerca de *ese* Michael Jackson, el de los guantes?". Sin embargo, Lisa no estaba bromeando y no pasó mucho tiempo antes de que comenzara a pensar que el asunto no era para nada gracioso».

Quién sabe por qué todo fue tan intenso entre Michael y Lisa. No obstante, era sorprendente… algunos pensarán que era asombroso… que fuera el componente sexual lo que sostenía la relación.

La primera vez fue en Florida, durante una estancia de fin de semana en la finca Mar-A-Lago de Donald Trump, en Palm Beach. Donald recuerda haber visto a Michael y a Lisa caminar de la mano en sus terrenos, perdidos en una ensoñación mutua. En una fotografía tomada ese mismo día, Lisa vestía un elegante vestido de seda negra, muy ceñido, que caía graciosamente sobre su proporcionada figura. Michael llevaba un moderno traje también negro, con una camisa escarlata y una corbata haciendo juego. En cierto momento, apoyó una rodilla en el suelo y besó su mano. Ella lo instó a que se levantara, ambos se abrazaron. Michael la observó atentamente, ensimismado en su rostro. Se besaron. Él sacó de un bolsillo interno de su chaqueta una cajita. Lisa la abrió y su expresión se iluminó. Perlas.

«Fue romántico —recuerda Donald Trump—. Más tarde le pregunté a Michael cómo iban las cosas y me respondió: "Genial. Puedo besar a la chica más hermosa del mundo. Espero ser digno de ella. Creo que podría casarme con ella"».

«Hicieron el amor en la finca de Donald Trump —dijo otra confidente de Lisa—. Ella dijo que fue intenso, le quitó el aliento. No tengo idea de qué era lo que estaban haciendo, o qué le estaba haciendo *él a* ella, considerando que Lisa tiene cierta

afición por lo no convencional, pero estaba enloquecida con ese chico. Quizá sea difícil de creer para algunos —concluyó—, pero igualmente es verdad.

«Después de esa primera vez, ella se levantó a encender las luces, pero él saltó de la cama y corrió al baño para que ella no viera su cuerpo. Volvió veinte minutos más tarde, totalmente maquillado y vistiendo una bata de seda. Luego comenzaron de nuevo. A él le gustaba que ella se pusiera sus joyas en la cama. Jugaban a ser otros, aunque Lisa nunca decía qué clase de personajes hacían».

Decir que Michael quería tener hijos es subestimar lo que sentía acerca de la procreación. Anhelaba fuertemente tener descendencia. Cuando Lisa no quedó inmediatamente embarazada, incluso antes de que se casaran, comenzó a expresar su decepción. «Quiero tener hijos —decía—, y pensé que estaríamos esperando uno a las pocas semanas de haber hecho el amor. Pero Lisa dice que necesita algo de tiempo. No tengo tiempo. Quiero que suceda ya. Quiero hijos, desesperadamente».

Michael y Lisa Marie: ¿felices para siempre?

El 25 de mayo de 1994, Michael y Lisa se casaron finalmente en la República Dominicana, tras un noviazgo breve y, según ella, «sin incidentes». Lisa había conseguido el divorcio de Danny Keough veinte días antes.

La madre de Lisa, Priscilla, se había casado con el cantante más famoso de su tiempo, allá por 1967, y ahora Lisa seguía sus pasos, con el hombre que era, sin discusión, la estrella más importante de la música pop. Aunque Lisa y Michael declaraban estar locos el uno por el otro, gran parte del público pensaba que estaban sólo locos. «Realmente me enamoré de él —reveló a *Newsweek* en la primavera de 2003—, pero no sé qué tenía él en mente».

La relación íntima que habían forjado durante la época del proceso judicial sólo era conocida por aquellos que estaban en el círculo más cercano de Michael y Lisa. Los dos se las ingeniaron para ocultar a la prensa incluso que se conocían. Por lo tanto, la boda fue como un trueno surgido de la nada.

Lisa estaba enamorada de Michael. ¿Sentía él lo mismo? Siempre dolorosamente consciente del vacío de su vida, decía que había estado perdiéndose «demasiadas cosas» y ahora quería empezar su vida de un salto. Tras el asunto de Jordie Chandler, el inquietante vacío en su corazón le parecía más aterrador que nunca. Estaba decidido a «empezar a vivir», insistía y, en ese momento, eso significaba estar enamorado de una mujer, casarse y tener hijos con ella. Lisa Marie Presley fue esa mujer.

«Cuando estuvo a punto de perderlo todo por culpa de las cuestiones judiciales y el abuso de las drogas, se decidió a enderezar las cosas —recuerda uno de sus colaboradores—. Tal vez estuviera enamorado de ella, no lo sé. Yo creo que estaba enamorado de lo que ella representaba: una vida normal, hijos. Quienes lo

conocíamos, sentimos que había pasado muy poco tiempo desde la rehabilitación para que se lanzara al matrimonio, especialmente porque jamás había estado casado y no tenía idea de lo que estaba haciendo. Yo sabía que no estaba emocionalmente preparado para eso. También creo que la relación física fue una herramienta poderosa para convencerlo de que sí, ella era la mujer perfecta para él. De todas maneras, hasta donde sé, ella había sido la *única* mujer para él».

Michael se decepcionó profundamente en la ceremonia de la boda, admitió tiempo después. Él es un romántico. Siempre había soñado con una boda pomposa y opulenta, como la de Jermaine, tantos años antes. Era importante para él celebrar una ceremonia para unirse a la persona amada y expresar su afecto hacia ella frente a su familia y amigos. Sin duda había idealizado esa imagen a lo largo de los años, pero… ¿y qué? La gente lo ha hecho así durante muchas épocas y han visto esos sueños hacerse realidad. Michael nunca imaginó que tendría que esconderse y casarse con alguien en secreto, como si estuviera avergonzado de su relación.

Michael y Lisa terminaron haciendo una ceremonia de quince minutos, frente a un juez, en su casa de Las Vegas, a ciento treinta y siete kilómetros al este de Casa de Campo, un centro turístico, propiedad del diseñador de moda Óscar de la Renta (donde se habían recluido, en una villa frente al océano de cuatro mil dólares la noche). La ceremonia fue llevada a cabo en español y traducida a Michael y a Lisa por uno de los abogados presentes. En lugar del esmoquin que había soñado llevar el día de su boda, Michael tenía puestos unos pantalones negros y una camisa haciendo juego, con un cinturón de vaquero, una torera y un sombrero flamenco negro. Lisa también se vistió de negro. Intercambiaron macizas alianzas de oro. Michael dijo, tiempo después, que echó de menos a Katherine en la boda; en algún punto, incluso a Joseph. «La ceremonia no fue algo bueno —dijo—. La sentí vacía, como todo lo demás en mi mundo».

En lugar de endilgar su frustración a la falta de preparación del evento por su parte y la de Lisa, Michael culpó a los medios, diciendo que por su causa no había podido tener la boda de sus sueños, «la prensa lo habría convertido en un fiasco». Quienes lo conocían y se preocupaban por él, sintieron que era una pena que siguiera perdiéndose una vida plena y completa por ser una celebridad y que siguiera culpando a cosas tan intangibles como «los medios» por sus pesares… Después de todo, incluso su amiga Elizabeth Taylor se las arregló para tener varias bodas fastuosas y maravillosas durante su vida.

Quizá fuera un indicio de su inseguridad con respecto a lo que estaban haciendo el hecho de que ni Michael ni Lisa anunciaran a sus familiares y amigos la boda; tal vez fuera para evitar que intentaran hacerlos cambiar de opinión. No era sorprendente que Michael no confiara en Katherine, en Joseph, o en sus hermanos, si consideramos la compleja relación que tenía con ellos. Sin embargo, que no lo hablara antes con Elizabeth Taylor era realmente inquietante… especialmente para ella. Cuando Michael finalmente le telefoneó desde la República Dominicana para darle la noticia,

ella se angustió tanto que pasó todo el día siguiente hablando por teléfono con sus amigos, afirmando que estaba, como ella misma lo dijo, «tan preocupada por Michael, que no sé qué hacer. ¡Me estoy tirando de los pelos! ¿Qué ha hecho? *¿Qué ha hecho?*».

Esa noche, Elizabeth se encontró con sus amigos en el Polo Lounge del Hotel Beverly Hills. Cuando un reportero le preguntó si podía confirmar los rumores de la boda de Michael, ella le respondió secamente: «*No* es asunto mío andar aclarando rumores. Ahora, ¡desaparece!».

El hecho de que Lisa ocultara la noticia a su madre, Priscilla, quien le es muy cercana, también era elocuente. Pasaría casi una semana antes de que Lisa confirmara a su desencajada madre que se había casado con Michael Jackson.

Embargada por el presentimiento de que Michael estaba explotando a su hija y utilizándola para mejorar su dañada imagen, Priscilla no recibió la noticia con alegría. «¿No comprendes lo que está tratando de hacer? —le preguntó, según lo recordaría Lisa tiempo más tarde—. Es obvio».

Lisa no estaba de acuerdo. Sentía que Michael la amaba realmente. Él así lo había dicho y ella no tenía otra opción, sentía, más que creer en su palabra. «No puedo decir cuáles eran sus intenciones conmigo, pero puedo decir que soy lo más real que ha tenido —aseguró Lisa en la primavera de 2003—. Mi madre me lo advirtió, pero me rebelé contra ella, por supuesto, e intenté con todas mis fuerzas no pensar así, no creer en eso».

—Por Dios, utiliza tu intuición —le reprochaba Priscilla. No podía creer que su hija, entre todos los hombres del planeta, decidiera casarse con Michael Jackson—. ¿Qué te dicen tus entrañas?

—Me dicen que deberías meterte en tus propios asuntos —le disparó Lisa—. Es hora de que comience a manejar mi propia vida y de que tú te mantengas fuera.

Claramente, ella y Priscilla tenían asuntos que databan de antes de su boda con Michael. Además, la química sexual que tenía con Michael era tan intensa que Lisa no quería abandonarlo.

«Todo lo que quería en ese momento era creer lo que él me estaba diciendo, y punto. Era todo un psicodrama lo que estaba sucediendo, e hice pasar a mi madre por todo eso. Ella creyó que él me estaba mintiendo, que me estaba utilizando».

El exmarido de Lisa, Danny (aún un amigo de confianza), tampoco se sentía muy feliz con la unión. Sin embargo, él sabía que no tenía ningún sentido arrastrarla a una discusión al respecto. De todas maneras, le expresó su preocupación, por ella y por los niños. Le parecía, al igual que a todos sus allegados, que había cometido un gran error.

Michael decidió no anunciar el matrimonio. Dijo que quería privacidad. Sin embargo, Lisa no estaba de acuerdo. «Cuanto más lo escondamos, más interés generará —argumentó—. ¿No deberíamos anunciarlo? Así se perderá el interés». No conocía mucho a Michael, ¿verdad? Sin duda, lo que él realmente quería era crear

una gran controversia mundial acerca de su relación con ella; no podía evitar actuar así.

Su estrategia funcionó. Durante los dos meses siguientes, la prensa no dejó de publicar titulares especulando sobre el posible matrimonio de Michael y Lisa. Entretanto, ellos arrendaron un lujoso apartamento de dos pisos en la Torre Trump de Nueva York (exactamente debajo del de Donald Trump) y Michael comenzó a trabajar en su nuevo álbum.

Si Lisa pensaba que era famosa antes, descubriría entonces una clase de fama completamente nueva (y para nada bienvenida). Uno de sus guardaespaldas recordaba: «Era un caos, los medios y los fans sospechaban que los recién casados estaban en el apartamento, sin poder confirmarlo. Una mañana, estábamos preparándonos para salir y Mike tuvo que explicarnos toda la estrategia que implicaba alejarnos de allí. No quería que los vieran juntos. Para él, todo era un gran drama. Nada podía suceder con naturalidad; todo debía desarrollarse con gran locura y confusión. Está acostumbrado a que así sea, se regodea con eso».

Mientras Michael se ponía el sombrero, la mascarilla, las gafas de sol y el maquillaje, le explicaba a Lisa: «Mira, primero sales tú, y te llevarán escaleras abajo por atrás, y entonces te vas en el coche con los cristales ahumados. Luego, yo haré lo mismo. Nos encontraremos más tarde y nadie entenderá nada». Parecía deleitado con sus intrigas.

«Ya estaba listo para salir, llevando como suele hacer Michael Jackson, la mascarilla en la cara y el sombrero en la cabeza —dijo el guardaespaldas—. Ella lo miró desde la cabeza hasta la punta de los pies y dijo: “¡Joder, no. Me cago en esta mierda!”. Y se metió directamente en el ascensor y bajó al vestíbulo, sola. Él empezó a gritar: “¡Lisa! ¡No! ¡Es peligroso! ¡Te van a comer viva!”. Entonces se volvió a mí y dijo: “No te quedes parado ahí, pedazo de idiota, síguela”. Fui tras ella en otro ascensor. Cuando llegué abajo, ya se había ido. Volví a subir y se lo conté a Michael; él se aterró. “¡Mi pobre esposa! Ha sido secuestrada —dijo, reaccionando histéricamente y chilló—: No podré perdonármelo. Llamad a la policía. ‘No, llamad al FBI. No, llamad a la CIA.’ Le dije: ‘Mira, amigo, probablemente estará en una pastelería en algún lado, comiendo un dónut. Déjame ir a buscarla’. Efectivamente la encontré, una hora más tarde, en un bar calle abajo, tomando un martini con un tipo que acababa de conocer; eran las diez de la mañana. Me dije: ‘Vaya, qué pareja se ha montado aquí’”.

Finalmente, en julio, Michael y Lisa anunciaron que se habían casado en el mes de mayo.

Cuando aparecí en el programa de noticias de Estados Unidos *Good Morning America*, para contar las novedades del matrimonio de Michael, se me ocurrió hacer una broma, y dije que «la lista de boda de los recién casados está registrada en Toys ’R’ Us»[12]. En ese momento sentí que la única opción era transmitir una imagen ligera al respecto, dado que todo el país había reaccionado con cinismo al conocer la

noticia. Después de que el programa fuera transmitido, recibí una llamada telefónica de un Michael muy irritado.

—¿Cómo pudiste decir eso? —me interpeló—. ¿Cómo puedes restar importancia a mi boda? Amo a Lisa. ¿Por qué la gente no puede creer eso? ¿Por qué la gente no me deja ser feliz?

—Tienes que entender que realmente parece raro —le expliqué—. La boda ha salido de la nada. Hay gente que no cree que sea legítima.

—¿Sabes qué? No me importa lo que la gente crea —dijo Michael, furioso—. Es mi esposa y la amo.

Aproveché la oportunidad para hacerle a Michael algunas preguntas acerca de su relación. ¿Habían firmado un acuerdo prenupcial? «De ninguna manera —me respondió—. ¿Qué clase de matrimonio sería ése?».

¿Estaba Lisa embarazada como se había rumorado? «No —me dijo—, pero queremos hijos y *tendremos* hijos. Y continuó entre risitas—: Pero no me apures».

Se había rumoreado recientemente que Lisa se había hecho una cirugía plástica en un hospital de Los Ángeles, para agrandarse los pechos y hacerse una liposucción en las caderas, a instancias de Michael. Era completamente absurdo, pero decidí preguntárselo de todas maneras. «Ridículo —me respondió—. Sólo intenta decirle a Lisa Marie lo que tiene que hacer. Es imposible. No sería capaz de convencerla de hacer nada. La verdad es que le quitaron una cicatriz que le había quedado de una operación de apendicitis y se hizo una dermoabrasión en el rostro para deshacerse de algunas marcas de acné».

Espontáneamente, me contó cómo le había dado el anillo de compromiso (después de su propuesta matrimonial telefónica, una vez que estuvieron en Los Ángeles juntos). «Lisa y yo estábamos en la sala de estar [en Neverland] tomando una copa de vino —dijo—. Acabábamos de terminar de ver *Eva al desnudo*, protagonizada por la gran Bette Davis. A los dos nos encanta esa película. Me acerqué a ella, metí la mano en el bolsillo y saqué un enorme anillo de diamantes. "¿Qué te parece? ¿Quieres?", le pregunté. Comenzó a gritar: "Sí, sí sí". Bien, nada más, me tengo que ir —concluyó—. Sólo dile a la gente que nos deje en paz, ¿lo harás? Somos felices. Nada más debería importar».

Al final resultó que aunque Lisa estaba efectivamente enamorada de Michael, *ella* —no él— era quien tenía ciertas metas que esperaba cumplir como resultado del matrimonio; en primer lugar, estaba su carrera musical. «Michael le dijo a Lisa que intentaría conseguir un contrato para grabar un disco con Sony —dice su amiga, Monica Pastelle—. Sí, ella lo amaba. No se casó con él por su ofrecimiento de ayudarla con su carrera, pero estaba dispuesto a trabajar para ella».

Durante el siguiente año, los recién casados dividieron su tiempo entre el rancho de Michael de más de mil hectáreas en Santa Ynez, California, y la finca de Lisa, de media hectárea, en Hidden Hills, a cientos de kilómetros de distancia. Algunos pensaron que Lisa y sus dos hijos se mudarían a Neverland. De ninguna manera. Ella

quería mantener su independencia. Además, sus hijos pensaban que Michael era un poco extraño, especialmente Danielle, de cinco años de edad. No importaba cuánto lo intentara, Michael nunca pudo ganarse a la niña. Normalmente lo conseguía, pero no con Danielle. En cuanto ella lo veía, chillaba y salía corriendo en la dirección contraria. «¿Qué hago? ¿Qué hago?», Michael se preguntaba. Por eso, cuando Lisa y sus hijos iban a Neverland, ella le decía a su ama de llaves: «Pon sólo nuestros cepillos de dientes y algunos pares de zapatillas cómodas para caminar, no creo que nos quedemos mucho tiempo».

Cuando comenzaron su vida matrimonial, en sus respectivas residencias, Lisa descubrió con asombro el nivel de represión emocional de Michael. Decidida a «solucionarlo», se tomó el duro trabajo de ir pelando una tras otra las capas que lo encorsetaban, como si fuera una cebolla. Sin embargo, era difícil; las capas protectoras que lo rodeaban eran espesas e impenetrables. Le había llevado años a Michael convertirse en lo que era, y no iba a cambiar fácilmente. Él no *quería* volverse más comunicativo, aunque Lisa insistiera. Tampoco *quería* ser más extrovertido, como ella sugería.

Lo que más irritaba a Lisa era que su nuevo marido continuamente culpaba a otra gente de problemas que eran claramente suyos. Lisa, una cienciologista, sostenía que ella era la arquitecta de su propia vida, y no podía culpar a nadie más que a sí misma por los aspectos de su historia que no habían funcionado. Cuando su primer matrimonio con Danny Keough terminó, no culpó a la prensa ni a la fama, se culpó a sí misma y más tarde sintió que había cometido un grave error al divorciarse. Deseó poder volver el tiempo atrás, pero no podía… así que eligió seguir adelante y encontró una forma de incorporar a Danny a su nueva vida, como su mejor amigo.

«Lisa sentía que Michael disfrutaba adoptando el papel de víctima —afirmó Monica Pastelle—. Quizá es comprensible, teniendo en cuenta todo lo que había pasado el año anterior. Su relación se volvió tensa, pues ella trataba de empujarlo hacia delante, de hacer que sintiera menos pena por sí mismo, de levantarle el espíritu. Decía que él era como un niño enojado con el mundo. Y ella no tenía paciencia para la rutina de la infancia perdida solía decir. “¿Quién no ha tenido una niñez miserable? Muéstrame a alguien que haya amado cada segundo de su infancia y yo te mostraré una persona que se ha engañado a sí misma para creer semejante cosa”».

La relación se hace pública

Michael y Lisa ciertamente no querían hacer muchas apariciones públicas, pero las dos que acordaron hacer fueron memorables. En septiembre de 1994 hicieron su primera aparición en público como marido y mujer en los MTV Awards de Nueva York, frente a doscientos cincuenta millones de telespectadores.

Detrás de escena, según Lisa, Michael la avisó:

—Ya verás, pequeña. Te voy a besar cuando salgamos ahí fuera.

—Oh, no, no lo harás —dijo ella.

—Oh, sí lo haré —dijo sonriendo. Él pensó que estaban jugueteando, pero Lisa no estaba bromeando.

—No, Michael —le dijo—. Eso es una mierda. Definitivamente no. No lo quiero hacer.

—Oh, seguro que sí —recalcó—. Será genial.

—Te estoy diciendo que no sigas con esta mierda, Michael —le advirtió—. Lo digo en serio.

Una hora más tarde, subieron al escenario bajo un aplauso atronador, cogidos de la mano. Lisa no sabía cuándo llegaría el beso, recordó luego, pero sabía que él lo haría, porque «para entonces, yo había aprendido que lo que se proponía, lo conseguía». Contó que mientras salían hacia el escenario, ella le apretaba tan fuerte la mano que «pensó que le iba a cortar la circulación».

«Nadie creyó que esto duraría» le dijo Michael a la audiencia, con una sonrisa. Luego se acercó a Lisa, la abrazó y la besó en los labios.

«La escena fue incómoda, porque realmente lo quería lejos de mí —contó Lisa, años más tarde—. Lo odié. Me sentí utilizada, como un florero —dijo—. Fue horrible».

«Después de eso hubo una gran pelea —observó Monica Pastelle—. Ella le reprochó: “Te dije que no y lo hiciste como si nada”. Pero Michael pensaba que había estado grandioso, espectacular. Todo lo que le importaba era el espectáculo, ¿sabes? Hacer lo posible para llegar a los titulares. Eso era lo que tenía en mente. Decía: “La gente hablará de ese beso durante décadas. ¿No lo ves? Pasarán ese vídeo una y otra vez”. Lisa estuvo furiosa varios días. “No te atrevas siquiera a *acercarte* a mí”, le dijo».

Esa misma semana, Michael pareció irritado por algunas notas que salieron en los periódicos sugiriendo que si Elvis Presley hubiera estado vivo, no habría aprobado su boda. «Supongo que tendremos que averiguarlo», dijo. Entonces sugirió que Lisa y él tuvieran una sesión de espiritismo para contactar con el Rey. Hablaba en serio. Le dijo a Lisa que tenía amigos que podían comunicarse con los muertos, para que Lisa y él hablaran con Elvis y le pidieran su opinión acerca de su unión. Lisa pensó que la idea era de mal gusto. Cuando Michael continuó presionando, lo atacó.

—He dicho que no —vociferó, enojada—, y si sigues insistiendo, van a necesitar un médium para contactar contigo en el más allá, porque es ahí adonde te voy a mandar, ahora mismo.

Michael no volvió a mencionar el tema.

—Vaya, fue sólo una sugerencia —dijo más tarde—. ¿Es que uno no puede ni siquiera hacer una sugerencia?

Nueve meses más tarde, en junio de 1995, Michael y Lisa fueron entrevistados en el programa de televisión estadounidense *Dateline* por la periodista Diane Sawyer.

Michael raramente concedía entrevistas en televisión (la última vez había sido en 1993, con Oprah Winfrey). En cuanto a Lisa, era prácticamente imposible recordar que hubiera participado alguna vez en un reportaje televisado. Antes de esa transmisión tan esperada, sólo existían imágenes congeladas de ella… fotografías de una frágil niña rubia, afligida y triste, con una expresión compungida que hacía recordar a su padre. Era fácil imaginarla como una pobre niña rica, víctima de sus privilegios, cuya vida era permanente objeto de curiosidad. En la edad adulta, sin embargo, tras años de terapia a través de la cienciología, se había reconciliado con su fama. «Mi mejor cualidad es que no pongo un decorado frente a nadie —observaba —. Soy honesta. La cienciología me ha ayudado mucho. Me enseñó a mantenerme "limpia", a entender mis sentimientos y no tolerar ciertas cosas. Sí, he tenido una vida difícil en algunos sentidos —admitió—. Pero he salido adelante, y he hecho lo mejor para mí».

La noche de la entrevista por televisión, Lisa se mostró al mundo como una sofisticada morena de veintisiete años, bellísima y, al parecer, de ninguna manera una víctima.

Los esposos Jackson se sentaron uno junto al otro, y sortearon las preguntas de Diane Sawyer acerca de su vida privada. Con respecto a las acusaciones, Michael dijo:

—Jamás podría herir a un niño, ni a nadie. No es propio de mí. No responde a quien soy y ni siquiera es algo que podría interesarme.

Diane preguntó entonces:

—¿Qué crees que debería hacerse con alguien que hace eso?

Michael respondió:

—¿Con alguien que hace eso? ¿Qué es lo que yo creo que debería hacérsele? Vaya, creo que esa persona necesitaría algún tipo de ayuda.

Luego explicó por qué había decidido llegar a un arreglo en el caso de Jordie Chandler. «Hablé con mis abogados y les dije: "¿Podéis garantizarme que la justicia prevalecerá?" —recordó Michael—. Y ellos respondieron: "Michael, no podemos garantizarte lo que hará un juez o un jurado". Con esa respuesta, quedé catatónico. Estaba fuera de mí, completamente fuera de mí. Así que dije: "Tengo que hacer algo para salir de esta pesadilla, todas estas mentiras y toda esta gente pidiendo que le paguen, y esos programas de chismes, sólo mentiras, mentiras, mentiras". Así que me reuní con mis asesores legales y ellos me aconsejaron. Fue así de simple, una decisión unánime para resolver el caso».

A lo largo de la explicación, Diane intentaba continuamente interrumpirlo para preguntarle cuánto dinero había gastado en el arreglo. Finalmente, la protectora Lisa la cortó abruptamente y le dijo:

—No está permitido que discuta ese tema.

—¿Te refieres a los términos específicos del acuerdo? —preguntó Diane.

—A los términos específicos y a los números específicos —confirmó Lisa.

Estaba saliendo todo bastante bien hasta que Diane Sawyer hizo la pregunta odiosa, a la que nadie jamás ha podido dar una buena respuesta:

—¿Qué hace un hombre de treinta y seis años durmiendo con un niño de doce, o varios niños?

Michael gesticuló un poco y ofreció su habitual monólogo acerca de la inocencia y la pureza de tal comportamiento, hasta que Lisa, fastidiada, decidió poner el asunto en perspectiva.

—Sólo déjame decirte —comenzó— que yo he visto a esos niños. Él no puede ir al *baño* sin que lo sigan para meterse allí con él. No lo pierden de vista. Por eso, cuando se mete en la cama, incluso yo estoy fuera [de la cama], ¿sabes? *Ellos* se meten en la cama con *él*.

Lisa [madre de dos niños] quedó en el centro de la atención; su credibilidad estaba en duda, sólo por el hecho de estar allí, sentada con su marido, en televisión, tratando de explicar por qué estaba todo bien con el hecho de que durmiera con niños que no eran suyos. Tenía al menos que intentarlo.

Implacable, Diane continuó:

—Pero ¿no es parte de ser adulto y querer a los niños mantenerlos lejos de situaciones ambiguas? Y, además, estamos hablando de algo que se desarrolla durante un largo período de tiempo. ¿Dejarías que tu hijo, cuando crezca y tenga doce años, haga eso?

Lisa, valerosamente, siguió intentando lo imposible.

—¿Sabes qué? Si no conociera a Michael, de ninguna manera —dijo—. Pero sé muy bien quién es y lo que es, y eso lo hace… ya sabes… —Su voz se fue apagando —. Sé lo que no es… ¿sabes? Sé que él no es de esa manera y sé que siente algo por los niños… —Su voz se apagó de nuevo—. Lo lamento… —dijo finalmente, desorientada.

—Sólo me pregunto… ¿ha terminado? —preguntó Diane, volviéndose a Michael —. ¿Te asegurarás de que no vuelva a suceder? Creo que esto es realmente la clave de lo que la gente quiere saber.

—¿Qué cosa ha terminado? —interrogó Michael.

—¿No habrá más de esos niños sobre los que la gente tenga que hacerse preguntas?

—Nadie se pregunta nada cuando los niños se quedan en mi casa —contestó—. Nadie se hace preguntas.

—*Pero ¿ha terminado?* —presionó Diane—. ¿Te vas a encargar de que así sea?

—No —respondió. Luego, actuando como si no supiera de lo que ella estaba hablando (o quizá, realmente no lo sabía), hizo una pausa intrigante y preguntó—: ¿Encargarme de qué?

—¿Aunque sea sólo por el bien de los niños y por todo lo que has pasado?

—No, porque es todo moral y es todo puro —exclamó Michael tenazmente—. Ni siquiera pienso de esa manera, no está en mí.

—¿Así que lo harás de nuevo? —insistió.

—¿Hacer qué?

—¿Invitar a los niños a quedarse a dormir? —aclaró Diane, un poco impaciente.

—Por supuesto —contestó—. Si ellos quieren. Todo ocurre con pureza, amor y absoluta inocencia —concluyó—. Si estás hablando de sexo, es una locura. Ése no soy yo. Busca a alguien por ahí, porque no es Michael Jackson. No es lo que me interesa.

(Una consecuencia de esta entrevista fue que Evan Chandler lo demandó —¡de nuevo!— por haber faltado a los términos del arreglo con Jordie. Los abogados de Michael lograron que desistiera de la acusación).

Fue una lástima que Michael no hubiera podido reconocer ante Diane Sawyer que, tal vez, no había actuado juiciosamente en el pasado. Ella estaba de su lado, trataba de colaborar con él, presionando para que se comportase con madurez… o por lo menos, con responsabilidad, para que dijera que iba a ser más cuidadoso en el futuro, al menos en lo que concernía a los niños. Existían muchas formas en las que él podría haberse aproximado al problema, pero obstinada y arrogantemente no eligió la mejor. «Yo tenía cierta información extraoficial de que había ciertas ambigüedades en el caso a favor de Jackson —explicó Diane tiempo después—. Aun así, he escuchado a alguna gente decir, después de haberlo visto en la entrevista, que un padre tendría que estar loco para dejar que su hijo esté solo con él».

Más tarde, en la entrevista, cuando le preguntaron si el matrimonio con Michael era una farsa, Lisa dijo al respecto de esos rumores: «Sabes que es pura basura. Lo lamento. Es la cosa más ridicula que he escuchado. No me casaría con nadie por ninguna otra razón que no fuera estar enamorada, y punto. Ellos [el público] pueden pensar lo que quieran».

Lisa tenía esperanzas de que la pareja fuera percibida como seria, no infantil, durante la entrevista televisiva. No obstante, las tonterías y payasadas de Michael (como si estuviera probando cuántas muecas podía hacer antes de que una madre estricta lo mandara a su habitación) estropearon sus esfuerzos. Estaba exasperada, especialmente cuando él le puso dos dedos detrás de la cabeza, como haciéndole cuernos. De cualquier manera, la entrevista fue emblemática de su relación: ella era un adulto; él, un niño.

—Qué maldito desastre —dijo Lisa al día siguiente de la entrevista. Estaba mortificada y encolerizada—. Estoy tan enfurecida con esa Diane Sawyer, la forma en la que insistió con nuestra vida sexual. Por Dios, fue terrible. No puedo creerlo —exclamó, meneando la cabeza—. Mierda, no puedo creer que eso saliera por televisión.

—Yo creo que salió bastante bien —dijo Michael, pensativamente—. Quiero decir, fuimos bastante claros con algunos puntos de las acusaciones. Y formábamos

una pareja muy guapa, también. A la gente le gustó, Lisa. —Él se acercó y la rodeó amorosamente con el brazo—. No te preocupes —dijo—, estuvo bien. —Lisa puso los ojos en blanco.

Lo que originalmente había acercado a Lisa y a Michael fue el drama de las acusaciones de abuso y el posterior consumo excesivo de drogas. El deseo de solucionar sus crisis fue una fuerza poderosa y motivadora en su relación. No obstante, una vez que el drama terminó, no tuvieron mucho más en que apoyarse, salvo su relación sorprendentemente física. «Fue exactamente tras el programa de Diane Sawyer cuando las cosas empezaron a ir mal —afirma Monica Pastelle—. Lisa comenzó a preguntarse si no habría cometido un error al elegirlo como su compañero de vida. La atracción sexual se mantenía. Fue lo que le hacía difícil ver lo que realmente le preocupaba a él. Lo que fuera que estuviera ocurriendo en la privacidad de su habitación era suficiente para mantenerla interesada en la relación. Sin embargo, las cosas se estaban poniendo tirantes. Cuando no estaban en la cama haciendo el amor, estaban discutiendo».

Uno de los colaboradores de Michael recuerda: «Estábamos con él en el estudio, mientras grababa un nuevo corte cuando entró Lisa. Se dejó caer cerca de Michael, se la veía triste. No se dijeron una palabra. Él se quedó jugando con sus botones y teclados, ignorándola. Luego, después de cinco minutos de silencio, Lisa lo miró largamente. Se levantó. Mientras se dirigía a la puerta, le dijo: “Es muy agradable hablar contigo, como siempre”. Él la ignoró. Yo le dije: “Mike, ¿qué ha pasado? ¿Está todo bien entre vosotros dos?”. Él me contestó: “Claro. Estamos genial. No sé por qué está tan disgustada conmigo”. Luego, como si se le hubiera ocurrido de repente, dijo: “¡Espera! ¿Crees que estará con su… tú sabes… su… tú sabes… su… —y bajó su voz dramáticamente—, su *período*?”».

Lisa Marie quiere saber por qué Michael es «tan egoísta»

En octubre de 1994, alrededor de seis meses después de que Michael y Lisa se casaran, los dos, junto con algunos amigos, fueron invitados a una cena con Elizabeth Taylor en su hogar en Bel Air. Elizabeth Taylor, de sesenta y dos años, se apartó con Lisa, de veintiséis, para ofrecerle algunas pistas acerca de cómo podría hacer feliz a su esposo. «Siempre se viste despampanante —le dijo a Lisa—. A él le gusta el *glamour*, así que tú también tienes que procurarlo. Y si no te gustan las joyas que te regala, finge; actúa como si te gustaran. Para intrigarlo, debes dormir en un cuarto separado. Busca los colores correctos, y utilízalos como el demonio».

Más tarde, mientras Elizabeth estaba lejos y no podía oírla, Lisa le preguntó a Michael:

—¿En qué *mundo* vive esta mujer? ¡Con razón se ha divorciado siete veces!

—Vamos, Lisa —contestó Michael, sacudiendo el dedo—. Sé amable.

A Lisa también parecía divertirle el hecho de que Michael fuera, tal como se lo ha contado a uno de sus íntimos, «un absoluto monstruo del maquillaje». Podía pasarse horas en el baño, contaba, poniéndose y quitándose diversos tipos de maquillaje. De hecho, ella nunca lo veía sin maquillaje. Si dormían juntos, por la mañana Michael se levantaba antes de que ella se despertara… e iba al baño a ponerse su maquillaje matutino. Ella revisaba su almohada y la notaba embadurnada de maquillaje. «No le molestaba —comentaba un amigo—. Ella lo veía como algo muy de *rock and roll*, exótico, ¿sabes? "Un montón de estrellas de *rock* usan maquillaje —decía—. No me importa, mientras él sea feliz. ¿Por qué me habría de importar?". Lisa a veces intentaba sorprenderlo, despertando antes que él y acariciándole el hombro. El sol estaba bien alto y él, con el maquillaje deshecho a la luz del día. "No, Lisa —aullaba —, no me mires. ¡Por favor, no me mires!". Luego saltaba fuera de la cama y correteaba hacia el baño. Lisa se moría de risa».

Sin embargo, los momentos simples como ése, entre Michael y Lisa, se habían vuelto esporádicos. Uno de los grandes problemas que tenían en su matrimonio era que Michael insistía en irse de vacaciones con jóvenes amigos, incluso siendo, como era, un hombre casado. Lisa no creía que su esposo fuera pedófilo; eso lo dejó bien claro. «Jamás lo dejaría estar cerca de mis hijos si siquiera sospechara eso —más tarde afirmó—. Ni una vez lo he visto hacer nada inapropiado, nunca». No obstante, odiaba que él insistiera en ser visto en compañía de jovencitos, teniendo en cuenta todo lo que habían pasado con el problema de Jordie Chandler. Sentía que cualquier aparición con jovencitos, y especialmente con muchachitos, sólo serviría para alimentar los rumores y las habladurías acerca de él y, por extensión, de ella. Aunque muchos en el «país de las maravillas» de su esposo, como ella llamaba a su aislado entorno, soportaban la desacertada actitud de Michael, ella no iba a ser uno de ellos. De cualquier manera, Michael no estaba dispuesto a negociar; no conocía siquiera la expresión. Cuando los dos discutieron acerca de la constante presencia de jovencitos en su vida, puso las cosas en claro: él haría lo que él quisiera y, si Lisa lo amaba, tendría que aceptar sus decisiones.

«Lisa no comprendía cómo era posible que a Michael le importaran tan poco sus sentimientos —comenta James Cruse, quien la frecuentaba mucho por esa época—. Era vergonzoso para ella tener que defender sus actitudes todo el tiempo, explicar siempre que él no era pedófilo, que era un incomprendido, que tenía alma de niño, y bla, bla bla… todo lo que uno oye siempre sobre el tipo. A él parecía no importarle lo difícil que era para ella. Sólo quería vivir su vida de la forma que siempre la había vivido. "Lo que yo hago no es asunto tuyo", le decía. Eso realmente la provocaba. "¿Cómo puedes decir eso? Por supuesto que es asunto mío —le decía—. Eres mi esposo. *Eres* mi asunto"».

—¿Por qué eres tan egoísta? —Lisa increpó a Michael una noche frente a todos los empleados de Neverland. Habían terminado de cenar y se habían acomodado frente a la chimenea, los leños encendidos vertían un cálido brillo sobre ellos.

Mientras charlaban, Michael dejó caer en la conversación que estaba considerando la posibilidad de tomarse unas vacaciones en Francia con los hermanos Cascio, de Nueva Jersey, Eddie II y Frank. Lisa no lo podía creer.

—¿Cómo puedes ser así? —le preguntó, con la mirada dura y condenatoria—. ¿Acaso te importa cómo me afecta que salgas de vacaciones con dos niños? ¿Es que no te importo en absoluto?

—¿Yo? ¿Egoísta? —preguntó Michael, consternado—. Pero mira todo el dinero que doy para caridad. ¡Vaya, Lisa! Amo a todos los niños del mundo.

Según los presentes, Lisa lo miró largamente, boquiabierta.

—¿Y eso qué tiene que ver? —rebatió. Estaba cada vez más furiosa—. Yo estoy hablando de nosotros dos, Michael. No acerca de *todos los niños del mundo* —concluyó—. Eres la persona más egoísta que yo he conocido.

Michael hizo un gesto de dolor, como si lo hubieran golpeado en el estómago. Rápidas lágrimas llenaron sus ojos. Nadie jamás le había hablado así, salvo Joseph.

—Oh, ¿qué sentido tiene? —exclamó Lisa, ignorando su gesto—. No lo entiendes, ¿verdad? ¡Los niños del mundo! —repitió iracunda—. No puedo siquiera creer que me digas algo así.

«Me comprometí de lleno con eso de "voy a salvarte" —admitió Lisa en 2003—. Tenía cierta idea romántica en mi cabeza de que podía salvarlo y los dos podríamos salvar al mundo. Pensaba que todo lo que estaba haciendo, la filantropía y los niños y todo eso, era asombroso. Estaba alucinando».

Más tarde, cuando Michael comentó el incidente con un miembro de su equipo, dijo de su esposa:

—Vaya, es tan mala conmigo. Estoy como… ¿por qué es tan perra conmigo? ¿Qué es lo que le he hecho?

—Ha pasado poco tiempo desde tu rehabilitación, Mike —dijo su asesor—. Este tipo de conflicto no es bueno para ti. Deberías estar concentrado en mantenerte lejos de las drogas.

—Eddie, Frank y yo hemos sido amigos durante años —dijo Michael, sin escuchar los consejos de sus amigos—. Hemos recorrido el mundo juntos. Todo es inocente. Ahora, Lisa me odia por esto —agregó, meneando la cabeza. De pronto se detuvo, como golpeado por un rayo de luz—. Oh, Dios mío, ella me odia. Es Katherine, y Joseph, todo eso de nuevo, ¿no es así?

—Mira, olvídate de esos niños Cascio —le propuso su asesor—. Vamos, Mike. Los puedes ver en cualquier momento. ¿Por qué complicar más las cosas con tu esposa?

—Porque soy un adulto —dijo Michael, mientras se levantaba para abandonar la habitación—. No necesito el permiso de nadie para irme de vacaciones con mis amigos. Por eso.

Michael se fue, efectivamente, de vacaciones a París con Eddie y Frank Cascio en julio de 1995… y sin Lisa.

Michael concede una entrevista

En septiembre de 1995 salieron a la luz rumores de que Michael y Lisa Marie daban por finalizado su matrimonio, causando una tormenta internacional de titulares. Logré comunicarme con Michael por teléfono para hacerle una entrevista para la revista australiana *Woman's Day* y traté de confirmarlo. «Déjame decir sólo esto —aseguró, impaciente—: No. No. No. *No*. Esas historias son puras mentiras, inventadas por gente que espera tener suerte y éxito».

Le pregunté si podía comentar algo acerca de las informaciones que decían que Lisa no sabía nada acerca de sus vacaciones en París con los hermanos Cascio. «¡Como si no se lo hubiera dicho! —Michael respondió. Sonaba tenso, estresado—. Como si no lo hubiera leído, de todas maneras, o visto las fotografías que tomaron todos los fotógrafos de todos los periódicos de todo el mundo. Ninguno de los dos podría tener secretos con el otro, incluso si así lo quisiéramos —aseguró—. Somos muy felices —agregó, acerca de su matrimonio—. Pero a nuestra manera. No sé si es convencional. Mis padres han estado casados cuarenta años. ¿Su matrimonio es convencional? ¿Los padres de Lisa formaban un matrimonio convencional? No lo creo. Me gusta estar casado, saber que Lisa está ahí —continuó—. Ella es fuerte. Es inteligente. Está de mi lado, me escucha, me entiende, entiende mi mundo».

Las acusaciones de abuso de niños habían aparecido una vez más. Un informe indicaba que se había firmado un acuerdo de 25 millones de dólares que se le pagarían a Jordie Chandler en un plan de 466.000 dólares al año durante cuarenta años. No era exacto. De todas maneras, la información sostenía que Michael gastaba incluso más que esa cantidad en juguetes. «Eso tampoco es verdad —confirmó—. Probablemente no gaste más de… —hizo una pausa, como haciendo mentalmente el cálculo—, cerca de ciento cincuenta mil al año en juguetes».

También, esta vez, el fiscal del distrito de Santa Bárbara, Tom Sneddon, fue citado en un artículo de *Vanity Fair*, diciendo que la investigación criminal contra Michael no había terminado. «Está en suspenso —había afirmado—, incluso en el caso de que el proceso civil haya sido resuelto con dinero».

—¿Qué demonios significa eso? —preguntó Michael, exaltado—. Hay una investigación o no la hay. Y punto. Déjalo estar.

Durante el curso de la conversación surgió el tema de la sesión de fotos con la policía.

—Esas fotos no coincidían [con la descripción de Jordie] —me dijo—. ¿Cuántas veces tengo que decirlo? *No coincidían*. Ahora voy a cortar —me advirtió—, porque te pasaste de la raya con esa pregunta.

—Espera —dije—. Una cosa más: ¿sabes que un escritor dice haber encontrado una cinta de vídeo en la que estás con un niño? ¿Quieres responder a eso, Michael?

—No es verdad —me dijo; sonaba abatido—. Incluso si fuera la persona más estúpida del mundo, ¿por qué guardaría una cinta como ésa?

De hecho, Michael Jackson demandó a Víctor Gutiérrez (autor de un libro acerca de Jordie y Michael, de publicación privada, llamado *Michael Jackson fue mi amante*) por afirmar que esa cinta de vídeo existía y lo desafió a que la mostrara. Aparentemente, la cinta no existía. Víctor perdió la demanda y terminó debiendo a Michael casi tres millones de dólares. Se declaró en bancarrota, se mudó a Chile y no se ha vuelto a oír hablar de él.

—La gente es capaz de creer cualquier cosa acerca de mí. Ya no me importa. ¿Eso es lo que quieres escuchar? Bien, genial —concluyó, cortándome en seco—. De hecho, ¿por qué no le dices a la gente que soy un extraterrestre, de Marte? Diles que me alimento de gallinas vivas y que a medianoche hago una danza vudú. Van a creer cualquier cosa que les digas, porque eres periodista —concluyó, acentuando la palabra *periodista*—, Pero si yo, Michael Jackson, dijera: «Soy un marciano y como gallinas vivas y hago una danza vudú todas las noches», la gente diría: «Oh, vaya, ese Michael Jackson está *chiflado*. Se ha vuelto completamente loco. No puedes creer una maldita palabra que salga de su boca».

Finalmente, Michael dijo con voz cansada:

—La gente no sabe lo que es esto para mí. Nadie lo sabe, realmente. Nadie debería juzgar lo que he hecho con mi vida —terminó—, no a menos que hayan estado en mis zapatos todos los horribles días y todas las noches sin sueño.

Debbie Rowe entra en escena

Michael conoció a Debbie Rowe a comienzos de los años ochenta, cuando fue a su dermatólogo por su problema en la piel. Asustado debido a la aparición de manchas misteriosas, estaba convencido de que tenía cáncer de piel. Ace Johnson, quien trabajaba como asistente de Joseph Jackson en esa época, recuerda: «En ese momento, Mike fue informado de que tenía vitiligo. “Oh, no —había dicho—, al final *soy* un fenómeno”. Lo recuerdo claramente diciéndome que había una joven blanca llamada Debbie en la oficina del doctor, una enfermera y recepcionista, que lo había ayudado durante aquella experiencia traumática, siempre ahí cuando la necesitaba».

El doctor Arnold Klein le sugirió a Michael que si necesitaba a alguien para hablar acerca de su enfermedad llamara a Debbie, en cualquier momento, día o noche. Durante un breve tiempo, Michael la llamó, efectivamente, por teléfono todos los días para hacerle preguntas médicas y buscar consuelo. Pronto fueron buenos amigos. «Al principio, sus hermanos pensaron que quizá ése sería el principio de un romance para Michael, puesto que todo lo que hablaba estaba relacionado con Debbie —recuerda Ace—. Jermaine decía: “Quiero conocer a esa chica, Debbie. Michael está loco por ella”. Michael soltaba unas risitas nerviosas, como un niño enamorado».

Cada vez que Michael iba al consultorio para tratarse, Debbie estaba pendiente de él. Cada vez que Michael sacaba un nuevo CD, le mandaba una copia firmada a ella. Debbie colgaba las carátulas de los discos en las paredes del consultorio hasta, que un día, Arnold Klein le pidió que las quitara alegando que semejante muestra de afecto por un paciente podía ser malinterpretada.

Tanya Boyd, una buena amiga de Debbie, recuerda: «Se obsesionaba con Michael, decía: "Voy a hablar con él para que se abra más conmigo, es demasiado retraído". Se preocupaba por él, podía estar toda la noche hablando con él por teléfono. Decía que era más abierto por teléfono. "Todas sus defensas se caen cuando no tiene que mirarte, cuando no estás cara a cara", afirmaba. Sentía que era dulce e incomprendido, y también un rebelde». Al igual que Lisa Marie, Debbie le decía a Tanya: «Si la gente lo conociera como yo lo conozco, no pensaría que es tan extraño. Él es único, picaro, incluso. Me gusta ese chico».

«Algunos pensaron que acabarían juntos. Cuando le pregunté a Debbie si estaba interesada en Michael, en un sentido romántico, fue evasiva. Al final se casó con otro hombre… y se divorció [en 1990] porque se sentía atrapada… Pero yo suponía que estaba interesada en Michael.

Durante muchos años, Debbie y Michael continuaron su amistad, siendo confidentes el uno del otro y normalmente hablando acerca de sus matrimonios infelices.

En 1995, Deborah Jean Rowe tenía treinta y seis años, alrededor de diez años más que Lisa Marie Presley. Nacida en 1958, en Spokane, Washington, hija de Gordon Rowe y Barbara Chilcutt, se mudó a Los Ángeles a los quince. En esa época, sus padres se divorciaron y su padre abandonó Estados Unidos para irse a Oriente Medio. Ella se graduó en la escuela Hollywood High en 1977 y comenzó a trabajar como asistente de Arnold Klein. En 1982 se casó con Richard Edelman, por aquel entonces un maestro de treinta años de Hollywood High. Se mudaron a un apartamento pequeño en Van Nuys, California, donde Edelman abrió una consultoría informática. Su matrimonio comenzó a derrumbarse en 1988; un año más tarde se declararon en bancarrota, con bienes por 40.000 dólares y una deuda de dos veces ese valor.

Debbie tenía un carácter realmente curioso. Cuando era más joven, había sido motorista; le gustaba vestirse de cuero negro y correr por las calles de Los Ángeles a velocidades suicidas. Mario Pikus, un amigo de aquella época, recuerda: «Tuvo tantos accidentes que su poderosa máquina de 2000 cc estaba cubierta de abolladuras. Y maldecía como un pirata. Todo lo que decía estaba condimentado por palabras obscenas. Era uno de los muchachos. Solía beber cerveza y tequila, y tenía el hábito de golpearte en lo que se suponía que era un gesto amistoso. Después de un par de tragos, sus amistosos puñetazos te cortaban la respiración. Nunca tenía dinero, siempre estaba en la ruina. Pero un día, tras un viaje por la carretera, dijo que tenía que parar en casa de sus padres. Me quedé estupefacto. Era cerca de la casa de Bruce Willis, en Malibú, y en comparación la casa de Willis pareciera una choza. Debía de

valer cuatro millones de dólares». Dentro del hogar, Picus (que es un artista profesional) estimó que debía de haber diez millones de dólares en pinturas y esculturas. Debbie le explicó que su padrastro era un magnate inmobiliario. «Parecían tener una relación cálida, pero estaba claro que Debbie no deseaba recibir de él ningún dinero. Su apartamento, que le costaba alrededor de setecientos dólares al mes, era un sitio pequeño y oscuro, bastante ordinario y deprimente. Pero era un santuario dedicado a Michael Jackson. Cada pulgada de pared estaba ocupada por pósters y fotografías de él. Muchas de ellas estaban firmadas: "Para Debbie… Con amor, Michael".

Es fascinante que Michael haya sido capaz de incluir en su vida a alguien como Debbie, una persona perfectamente desconocida para el público. Sus fans estaban seguros (especialmente por la forma en la que Michael se quejaba de su falta de privacidad) de que si alguna vez una mujer pasaba a ser parte significativa de su vida, el mundo lo sabría instantáneamente. Aparecería en todos los titulares. Sin embargo, de alguna manera, Debbie fue mantenida en secreto para los fans de Michael y para la prensa durante más de una década.

«Cuando entró en rehabilitación por su problema con las drogas, Debbie se sintió aliviada —dice Tanya Boyd—. Había estado preocupada por él, siempre en contacto con él durante todo el asunto de Jordie Chandler. Tal vez hablaba mucho con Lisa por teléfono, pero también estuvo hablando con Debbie… aunque sospecho que Lisa no lo sabía. Cuando salió del hospital [Charter], comenzó a salir con Lisa, pero nunca dejó de verse con Debbie, tampoco, incluso después de casarse con Lisa».

La amiga de Lisa, Monica Pastelle, recuerda: «Lisa me dijo una vez que había escuchado que Michael estaba interesado por una enfermera blanca que trabajaba para su dermatólogo. Ella se burló. Pensó que él probablemente estaría tratando de causarle celos, jugando con ella. Aun así, estaba suficientemente interesada como para ir al consultorio del doctor y espiar a esa rubia bien proporcionada, de ojos azules, llamada Debbie. Después de haberla visto, aseguró: "No estoy segura de que Michael pueda estar interesado en ella. No es su tipo. A él le gusta el *glamour*. No obstante, creo que a *ella* sí le gusta *él*. Me parece que están… no sé, *saliendo*, o algo. Es muy extraño"».

Resultó ser verdad. Mientras estaba con Lisa, Michael *estaba* viéndose con Debbie secretamente, aunque sólo fuera como amigos. Cuando Lisa se enteró, pensó que era raro que él le ocultara algo así. No obstante, sospechaba que tenía bastantes secretos, y éste, probablemente, era el menos digno de mención. Hizo algunas averiguaciones y descubrió que Debbie era, como lo dijo en 2003, «una enfermera que estaba enamorada de él».

Lisa la llamaba «la enfermerita» y no parecía sentirse amenazada por ella. Un amigo recuerda: «Una tarde, de forma casual, ella dijo: "Bueno, una enfermerita llamó como diez veces preguntando por Michael. Finalmente tuve que decirle: *Por favor,* ya te devolverá la llamada, *¿de acuerdo?* ¡Por Dios!". Yo le pregunté: "Lisa,

¿de qué va todo esto?", y ella me respondió: "Oh, no lo sé. Está como embelesada con él, supongo. No lo sé. Ya tengo suficientes problemas tratando de comprender a Michael. No voy a empezar a tratar de comprender a sus amigos, también". Así es como se sentía ella acerca de Debbie Rowe. No la consideraba una amenaza».

Lisa Marie se enfrenta a Michael en el hospital

Cuando en septiembre de 1995 Michael y Lisa aparecieron juntos en los MTV Awards, ella se sentó a su lado irritada y desanimada. Estaba cansada de discutir, cansada de intentar salvarlo de sí mismo. Poco antes había llamado a Katherine Jackson para preguntarle qué creía que debía hacer acerca de la insistencia de Michael de continuar en compañía de jovencitos.

—Quiero salvar este matrimonio, pero también quiero salvar a Michael —afirmó, según lo que dijo Katherine tiempo después a un amigo—. Sólo se busca problemas. ¿Qué puedo hacer? Todo esto me está preocupando.

—No sé qué es lo que tú puedes hacer, pero sé lo que no puedes hacer: no puedes intentar decirle qué es lo que tiene que hacer —aconsejó Katherine a su nuera. Le dijo lo que mucha gente ya sabía—: Michael hace lo que quiere.

También le sugirió a Lisa que llamara a Johnnie Cochran, argumentando que el abogado podría encargarse de hablar del tema con Michael. Lisa llamó a Johnnie. «¡Por Dios! Es todo absolutamente inocente, este asunto con los niños», le dijo Johnnie. Le sugirió que si quería salvar su matrimonio, debía «dejar que Michael sea quien es».

—Al menos podría haber disimulado por una noche frente a las cámaras. —Michael se quejó a su madre acerca de la triste aparición de Lisa en los MTV Awards —. Pero no, ella no. Ella muestra sus sentimientos a todos, ¿verdad? Es tan transparente…

—Pero eso es lo que te gustaba de ella —le recordó Katherine.

—Sí, pero ahora está jugando en mi contra —observó Michael.

A pesar del hecho de que su matrimonio parecía tener problemas, Michael siguió insistiendo en que Lisa se quedara embarazada. Pero cuando él sacaba el tema de tener hijos, Lisa actuaba como si no fuera un tema serio para ellos. «Lo digo en serio —le dijo él, de acuerdo con versiones posteriores—. Lo digo muy en serio. Quiero que tengamos hijos —e insistió—: No creo que me estés escuchando».

No obstante, Lisa lo escuchaba, con claridad. Ella había tenido dos hijos con Danny Keough. Sabía cuánto los amaba, no podía pasar un solo día sin verlos. Se preguntó qué pasaría con el hijo que tuviera con Michael si el matrimonio acababa. «Cuando imaginaba tener un hijo con él —confirmó en 2003—, todo lo que podía ver era una batalla dantesca por la custodia». Además, después de conocerlo mejor, y de observarlo interactuar con los demás día tras día, se convenció de que no era

emocionalmente maduro como para criar a un niño. «Creo que *él* necesita un padre —le confió a un amigo cercano—, y quizá no debería ser uno todavía». De todas maneras, no le hablaba de ese tema, por aquel entonces. Esperaba que él abandonara esa idea, al menos por el momento.

También, por aquel entonces, la ardiente intimidad física que Lisa había disfrutado con Michael se había enfriado. Era todo lo que podía durar, al no haber comunicación real entre ellos. «Creo que nos acostamos juntos sólo para que me quede embarazada —le dijo, de acuerdo a lo que recordó tiempo después—. ¿Y sabes qué? No lo haré».

Michael no estaba muy convencido de que Lisa y él se vieran obligados a tener actividad sexual para formar una familia. Quería niños; ése era el objetivo principal, y así lo había dejado claro. La cuestión fue entonces cómo conseguirlo. Finalmente, un día durante el desayuno, él le dijo: «Mira, mi amiga Debbie me dijo que ella puede quedarse embarazada y tener a mi hijo. Si tú no lo haces, entonces *ella* lo hará. ¿Qué te parece?».

Lisa no sabía cómo tomar la declaración de Michael. ¿Era un reto? ¿Una amenaza? ¿O simplemente un hecho? Ciertamente, no era la clase de noticia que una mujer recibe gustosamente de su marido: si no quieres tener a mi hijo, mi enfermera lo hará. Estaba asombrada por la seriedad de su tono de voz. ¿Quién criaría al niño? ¿Ella y Michael? ¿Debbie? ¿O sólo Michael, por su cuenta? La vida con Michael Jackson se estaba volviendo demasiado rara para ella, como si no hubiera sido suficientemente extraña hasta ese momento. Se enfrentó a su mirada, con calma. «Bien, genial, entonces. A mí no me importa —dijo, controlando su voz—. Dile que lo haga».

Las semanas se transformaron en meses. En el invierno de 1995, Lisa y Michael ni siquiera se hablaban, y no porque Lisa no quisiera comunicarse con él, sino, simplemente, porque no podía encontrarlo. No sabía dónde estaba, sólo sabía que no estaba en Neverland… y nadie de su entorno podía darle ninguna información. Tras pasar cerca de una semana tratando de encontrarlo, llegó por correo un ramo de flores de su parte, a su hogar en Hidden Hills: docenas de rosas rojas con una carta que decía: «Con amor, Michael». Bajo tales circunstancias, el gesto no tenía ningún sentido. Exasperada, arrojó las flores a la basura.

Por esa época, también estaba suficientemente furiosa con él debido a un titular en la portada de la revista *TV Guide*, en el cual Michael era citado, afirmando que ella le había dicho que Elvis se había operado la nariz. «Él me citaba a mí: “Presley me dijo que Elvis se había operado la nariz”, lo cual era mentira —recuerda ahora—. Leí eso y arrojé la revista por el aire. “Que yo dije *¿qué?*»”.

«Las cosas se estaban poniendo feas —recordaba Lisa diez años más tarde—. Habría sido capaz de matarlo, lo juro por Dios». En diciembre de 1995, Michael regresó finalmente a Neverland. Priscilla Presley decidió visitarlo por sorpresa, para averiguar qué estaba sucediendo con su yerno. «Cuando llegó, vio que Michael

estaba en la sala de estar, jugando con una docena de bebés, todos gateando por ahí, algunos riendo, otros llorando —recuerda Monica Pastelle—. Era como un gran parvulario, con un hombre adulto en medio de todo, extasiado. Aunque no estaba sucediendo nada malo, se quedó estupefacta. Era todo tan inquietante que Priscilla abandonó el lugar, inmediatamente».

Lisa se quedó sin palabras cuando su madre le expuso lo que había visto.

Una semana más tarde, Michael fue a Nueva York para empezar a ensayar para un concierto en el Beacon Theater, «Michael Jackson. Sólo por una noche», que sería transmitido por televisión a doscientos cincuenta millones de telespectadores, el 9 de diciembre. El 6 de diciembre tuvo un desmayo durante una sesión de ensayo y fue hospitalizado en el Hospital Beth Israel North, de Nueva York. Sus médicos dijeron que sufría de arritmia, o un latido irregular del corazón debido a una severa deshidratación, gastroenteritis, y a un desequilibrio químico que afectaba a su hígado y a sus riñones. También tenía una infección viral. Sin embargo, ese mismo día más temprano, parecía estar en perfectas condiciones. Marcel Marceau iba a hacer una aparición en el programa de HBO durante la interpretación de Michael de «Childhood», y estaba en el ensayo cuando Michael se desmayó. «Estaba tan lleno de energía, en condiciones absolutamente maravillosas —dijo el mimo, que había apartado la vista por un instante durante la sesión de ensayo de Michael de “Black and White”, debido a las luces calientes y cegadoras.

»Se hizo el silencio —afirmó el mimo— y todo se detuvo. Miré y él estaba en el suelo».

En el momento en que llegaron los médicos al lugar, el latido del corazón de Michael era irregular y su presión sanguínea, baja. Tenía puesto tanto maquillaje que para examinar si estaba pálido tuvieron que mirar la tonalidad de su pecho levantándole la camisa.

Tan pronto como ingresó en el hospital, los agentes de prensa de Michael llamaron por teléfono a Lisa, en Los Ángeles y, con frenéticas explicaciones, le rogaron que cogiera un vuelo para estar junto a su marido. «Claro que no —fue la respuesta—. Que se vaya a la mierda. No voy a ir. ¿Por qué debería hacerlo?».

No iba a escapar tan fácilmente, sin embargo. El desmayo de Michael había llegado a todos los titulares: «Jacko en el suelo», anunciaba a grandes voces la primera página del *New York Post*. El hospital destinó un número telefónico con mensajes automáticos diarios acerca de su condición médica. Los medios se habían congregado frente al hospital, esperando la llegada de su esposa para estar con él. La «gente de él» empezó a fastidiar a la «gente de ella» acerca de la imagen de Michael y qué se diría si su esposa no estaba a su lado. Después de todo, hasta Diana Ross lo había visitado. Finalmente (y sorprendentemente, al menos para sus amigos), Lisa se rindió. Llegó al hospital al día siguiente, vistiendo un abrigo de paño negro y gafas de sol, y fue llevada velozmente a través de una entrada lateral.

Es posible que Michael realmente quisiera que Lisa estuviera con él. Sin

embargo, una vez allí, debió de sentirse mal por el hecho de que ella hubiera aceptado la maniobra de los encargados de relaciones públicas. Cuando entró en el cuarto, lo primero que atrapó su mirada iracunda fueron todas las láminas enmarcadas de la estrella infantil Shirley Temple, Mickey Mouse y el Topo Gigio, el pequeño y extraño títere en forma de ratón, popular desde la época de *The Ed Sullivan Show* en los años cincuenta y sesenta. Cuando Lisa observó a Michael, le pareció que estaba en su lecho de muerte; parecía tener tubos saliendo de cada miembro. Le recordó, diría más tarde, a la patética criatura de la película *E. T.*, hacia el final del film cuando el extraterrestre estaba en su peor momento. Al verla allí [E. T.] la miró débilmente y con gran esfuerzo logró decir: «Hola, Lisa. ¿Cómo estás?».

Lisa no se conmovió. No le importaba mucho la salud de Michael, no en ese momento, al menos. Sospechaba que no estaba sufriendo de agotamiento ni de deshidratación. Hacía mucho tiempo, él le había confesado sus ataques de pánico. Aquellos que la conocen bien afirman que había comprendido que se trataba de otro ataque y que, teniendo en cuenta su desequilibrada condición, había sido un gran trastorno para su salud. Seguramente, sin embargo, no se debía al concierto venidero. Ya había hecho muchas apariciones de ese estilo, ¿por qué ésta en particular le causaría tal reacción? La transmisión, de hecho, había sido pospuesta indefinidamente, costándoles, tanto a Michael como a HBO, una fortuna. (Finalmente, nunca se realizaría). Lo que fuera que le estuviera sucediendo era algo serio. Ahora Michael estaba obligado a escucharla, y ella quería enfrentarse a él. ¿Dónde había estado? ¿Por qué se sentía tan angustiado? Y lo más importante, ¿cuál era el papel de ella en todo esto?

Normalmente, Michael intentaba evitar el enfrentamiento. Por eso, el hecho de que su iracunda esposa irrumpiera en su resguardado paraíso hospitalario era turbador. Sus pulsaciones seguramente se aceleraron.

Para colmo, los hermanos Cascio habían abandonado el cuarto cinco minutos antes. ¿Los había visto Lisa? Era difícil asegurarlo; su cara parecía imperturbable. Pero es probable que, de verlos, ni siquiera los hubiera reconocido. Aun así, había estado cerca.

Lisa cerró la puerta trás de sí. Ella y Michael se enredaron en una privada y —a juzgar por los gritos (de ella, no de él) que salían de la habitación— acalorada conversación.

«Soy como un león, sé rugir —diría en 2003—. No seré una víctima. Yo no refunfuño, yo me enfado e inmediatamente ataco.

»No podía entender qué era lo que no funcionaba en él —recuerda—. Empecé a hacerle preguntas, y siempre era una historia diferente. Él me dijo que le estaba causando dificultades, y que estaba removiendo los problemas. Me dijo: “Estás haciendo que mi ritmo cardíaco se acelere”, y me pidió que me fuera. Yo le dije: “De acuerdo. Me quiero ir. Esto es una locura, todo esto”».

Cuando la puerta del cuarto de Michael se abrió, Lisa salió como disparada por un

cañón, pasando en medio de todos por el pasillo, en dirección al ascensor. «Señora Jackson —exclamó uno de los médicos—. ¡Por Dios! Su marido no puede ser excitado de esta manera. Está demasiado frágil. Si se comporta de este modo, no podrá visitarlo nuevamente».

Lisa le echó una mirada hiriente.

La madre de Michael, que había estado deambulando por el pasillo, observó intensamente a su nuera. No alcanzaba a comprender el hecho de que Lisa volara desde Los Ángeles a Nueva York sólo para pelearse con su hijo. Janet, que también se había apresurado a estar al lado de su hermano, se encontraba en el baño. Mientras Lisa esperaba a que llegara el ascensor, Katherine se acercó a ella y estalló en una atónita incredulidad. «¿Qué diablos te *pasa*, Lisa? —susurró—. Eres una *malcriada*. No puedo creer que puedas hacerle algo así a Michael». En ese momento se abrieron las puertas del ascensor, y Lisa entró. Se dio la vuelta, quedó frente a Katherine y la miró gravemente. Afortunadamente para Katherine, las puertas del ascensor se cerraron entre ellas.

Lisa quiso ver a Michael al día siguiente. «Categóricamente no», le dijeron los médicos que lo trataban. En una reunión con los miembros de la familia Jackson se había decidido que Lisa era una presencia hostil en la vida de Michael, y que él debería estar protegido de ella, a cualquier precio. Furiosa, Lisa volvió a Los Ángeles.

Quizá una pista para analizar el comportamiento de Michael (su distanciamiento de Lisa y su posterior, al parecer, ataque de pánico) puede hallarse analizando los hechos que se sucedieron desde finales de 1995. Muchos años después, Debbie Rowe revelaría que había quedado embarazada en diciembre. Michael había realmente dado una justa advertencia de que Debbie tendría su bebe si Lisa no quería hacerlo. «Dile que lo haga», había respondido su esposa. Si era un sarcasmo, tal vez Michael no lo entendió.

¿Sabía Lisa algo acerca del embarazo? «No creo que Debbie lo supiera, siquiera —observó Monica Pastelle—. Creo que en el momento en que Michael estaba en la cama del hospital, sólo estaba embarazada de un par de semanas. En cuanto a Lisa, si hubiera sabido algo, ¿crees que Michael habría seguido respirando después de que ella abandonara la habitación del hospital?».

Parece, ciertamente, que Michael había sido bastante expeditivo en cuanto vio que su matrimonio tenía problemas, o bien que tenía un plan maestro para ser padre, de una vez por todas, que no incluía a su esposa. Algunos afirman que Michael y Debbie tuvieron relaciones. Otros han dicho que Debbie «no es su tipo» y han insistido en que ambos iniciaron un proceso de inseminación artificial poco tiempo antes de que Michael terminara en el hospital. Puesto que ningún allegado los conoce lo suficiente como para tener tal información, el embarazo de Debbie sigue siendo hasta el día de hoy uno de los secretos mejor guardados de Michael. «Sólo puedo decir que intenté hablar con él —dijo uno de sus asesores—. No quiso oír hablar de

ello».

Michael fue dado de alta del hospital al cabo de una semana. Viajó entonces a Eurodisney, en Francia, para recuperarse. A juzgar por las fotografías de sus vacaciones, estuvo rodeado al menos de media docena de niños.

El 18 de enero de 1996 aparecí en la CNN anunciando que Lisa Marie Presley había pedido el divorcio de Michael Jackson. En su petición anotó como «fecha de separación» el 10 de diciembre de 1995, exactamente después de haber visto a Michael en el hospital. «Este hombre es uno de los más grandes artistas del espectáculo —afirmó Lisa en *Newsweek*, en 2003—. No es estúpido. Sabe ser encantador, cuando así lo quiere, y si te introduces en su mundo, es como si entraras en un extraño reino. Podría contarte mil cosas acerca de su locura… de todo lo que era estrambótico, diferente, perverso, que no era correcto… y, aun así, tardé dos años y medio en sacarme todo eso de la cabeza».

En marzo de 1996, Debbie Rowe sufrió un aborto espontáneo. «Estaba desolada —dijo—. Creí que nunca podría tener un hijo, y realmente quería tener uno para él. Michael estuvo ahí para consolarme, todo el tiempo».

Es fascinante, en retrospectiva, que el embarazo de Debbie y su posterior interrupción —así como toda su existencia en la vida de Michael— hubieran escapado a la mirada pública. Parece increíble que alguien tan célebre como Michael pudiera estar casado con una mujer y planeando tener un hijo con otra… y nadie en los medios se hubiera enterado de nada de eso. ¿Cómo lo logró? «Con cuidado —responde alguien del entorno de Michael, bromeando a medias—. Con mucho cuidado». O, tal vez, no tanto… teniendo en cuenta el ataque de pánico.

El divorcio de Michael y Lisa finalizó el 20 de agosto de 1996. Como parte del arreglo, Lisa recibió el 10 por ciento de las ganancias del álbum de Jackson, *HIStory*. De acuerdo con el convenio, ella podía escribir un libro contando todo acerca del matrimonio, si así quisiera hacerlo; no firmó un acuerdo de confidencialidad. Pero en esa época, Lisa sólo quería seguir con su vida y su carrera. Dijo que sentía un gran afecto por Michael y se negó a hablar mal de él. Sabía que no era totalmente deshonesto… tan sólo no sabía, en ese punto, qué pensar de él. Decidió preservar su dignidad manteniendo como algo sagrado la vida privada que habían compartido. Siete años más tarde, sin embargo, en la primavera de 2003, Lisa comenzó a hacer pública su frustración como esposa de Michael, durante la promoción de su largamente esperado álbum debut, *To Whom it May Concern*, de la compañía Capitol Records.

Michael se encontraba profundamente confundido tras el final de su matrimonio con Lisa, su corazón estaba desbordado por la decepción. Nunca antes había podido conectar con una mujer, e incluso con ninguna otra persona, al nivel en que lo había hecho con ella. Había estado a su lado cuando más la necesitó, durante los oscuros

días de las acusaciones y el abuso de drogas. «Ella es como una fuerza de la naturaleza —decía al recordarla—, siempre allí para mí. No sé qué haré sin ella».

También tenía una fuerte conexión sexual con Lisa, y eso había sido una prioridad para él. Nunca antes había sido capaz de abrirse, de sentirse desinhibido e intimar físicamente con nadie. Y sin embargo, por alguna razón, había sido capaz de soltarse con Lisa. ¿Quién sabe por qué? Es fácil mostrarse escéptico acerca de la relación que Michael tenía con ella, pero de esa manera, uno se arriesga a ignorar su obvia humanidad. A pesar de las cirugías estéticas y de su desquiciada amistad con los jovencitos, y todo el resto de las excentricidades que hacen de Michael Jackson un individuo tan extraño, él es un ser humano, con emociones, sentimientos y un corazón que late… y, de alguna forma, Lisa Marie Presley fue quien realmente lo tocó, quien realmente lo afectó. «Temo que nunca me sucederá de nuevo —decía en esa época—. Temo mortalmente que todo se haya terminado para mí, ahora». Ciertamente, le era difícil dejarlo pasar.

Michael pasó un par de semanas lamentándose por lo que había sucedido con su exesposa. «Lisa dijo que la parte de él que era crítica consigo mismo, la parte del niño golpeado, realmente sufrió mucho después de que el divorcio finalizara —sostuvo Monica Pastelle—. Él necesitaba llamarla y hablar con su mejor amiga… ella. No quería dejarla ir. Pero ella necesitaba espacio. Realmente necesitaba un tiempo lejos de él. Sentía realmente que había estado jugando con su mente, y enfermó, su cuerpo comenzó a desmoronarse tras el divorcio. Le había brindado su vida entera. Ahora la necesitaba de vuelta. Y él pasó tiempos muy duros por eso».

Al final, Michael Jackson no tuvo más opción que seguir solo. Era un superviviente, se dijo a sí mismo. Tenía su música, los compromisos de su carrera… una enorme gira mundial se acercaba, con un espectáculo que, como siempre, demandaba toda su atención. Además, Lisa y él tenían metas distintas en la vida. Él quería criar a un hijo; ella ya tenía dos, y ya había dejado claro que no quería tener más hijos con él. Michael no estaba acostumbrado a esperar que los demás lo alcanzaran a él ni a sus metas. Cuando Debbie Rowe aseguró que tendría a su hijo, se abalanzó sobre la oportunidad. Reemplazó su abatimiento con una determinación glacial y estaba listo para seguir adelante. Siempre había seguido su propio camino; no iba a cambiar a los treinta años.

Debbie está embarazada

En septiembre de 1996, Michael se embarcó en una nueva agenda de conciertos alrededor del mundo, la gira *HIStory*, cuya primera fecha sería en Praga, en la República Checa, y el cierre, en Honolulu, Hawái, en el Estadio Aloha, en enero de 1997. Durante la gira, Michael realizaría ochenta y dos conciertos en cincuenta y ocho ciudades para más de cuatro millones y medio de fans. Era una agenda

extenuante. A fin de cuentas, la gira *HIStory* visitaría cinco continentes y treinta y cinco países.

Un mes después de que la gira comenzara, y sólo unos meses después de que su divorcio hubiera finalizado, Michael acaparó los titulares nuevamente y con una revelación explosiva: una mujer esperaba un hijo suyo. Debbie Rowe estaba embarazada de cinco meses, lo que significaba que Michael y ella habían estado trabajando en eso mientras él estaba todavía, técnicamente, casado con Lisa. Debbie explicó tiempo después: «Yo le dije: "Te mereces ser padre. Déjame hacer esto por ti. Déjame tener a tu bebé". Él estaba sorprendido, pero dijo: "De acuerdo, hagámoslo"».

La presencia de Debbie en la vida de Michael (y el embarazo) fue finalmente revelada cuando ella, sin saberlo, fue inducida a hablar de ello con un «amigo» que estaba, subrepticiamente, grabando la conversación. «Ella no tenía idea —explica Tanya Boyd, una de sus vecinas del complejo de apartamentos de Van Nuys donde vivía en esa época—. Era una muchacha de corazón puro, que jamás habría soñado siquiera que había gente por ahí grabando conversaciones para la prensa sensacionalista».

No obstante, ahí estaba, para que todos lo vieran, en la portada de *News of the World* (el 3 de noviembre de 1996). «Estoy esperando un hijo de Jacko», rezaba el titular, con fotos individuales de Michael y de Debbie. «Oh, Dios mío, no —le dijo Debbie, consternada, a un amigo que estaba con ella cuando vieron una copia de la publicación—. Por favor, dime que *no* dice eso. Es culpa mía. Mira esto. *Míralo*. ¡Nos tratan como engendros!», Debbie cogió el periódico y lo arrojó por el aire, furiosa. Luego se hundió en una silla, se cubrió la cara con las manos y se echó a llorar. «Esos malditos —siguió diciendo—. ¿Cómo pueden hacerle esto a Michael? No se lo merece. Se va a disgustar conmigo».

En rigor, el artículo era estrictamente exacto, especialmente al verlo en retrospectiva. En él citaban a Debbie diciendo que Michael era, en verdad, el padre del bebé, y que lo criaría sin ella. También decía, según el *News of the World* aseguraba haber grabado, que habían tenido relaciones sexuales, pero que, cuando ella no quedó inmediatamente embarazada, decidieron intentar lo que Michael había denominado como «una manera de lograrlo, a prueba de tontos»: inseminación artificial. Ella afirmaba que el procedimiento se había realizado en el Instituto de Fertilidad de Los Ángeles (en Brighton Way, en Beverly Hills). La primera vez había terminado en aborto espontáneo, decía. En esta ocasión sentía que el embarazo iría bien. El artículo decía también que Debbie recibiría 500.000 dólares de Michael tras el parto.

La revelación causó tanto asombro, o tal vez más, como el que había provocado el repentino matrimonio con Lisa Marie Presley. Las preguntas de los medios llegaron rápidas y airadas: ¿Quién era aquella futura madre? ¿Qué significaba ella para Michael? ¿Por qué nadie había oído hablar de ella antes? Todo parecía

demasiado extraño, casi como una maniobra publicitaria.

El padre de Debbie, Gordon Rowe, un piloto de mercancías jubilado que vivía en Chipre, apareció para afirmar públicamente que el bebé había sido concebido por medios artificiales en el Instituto de Fertilidad de Los Ángeles.

«Me dio la noticia por teléfono —confirmó—. Sólo hablo con ella de vez en cuando, y sabía que algo estaba sucediendo. Me dijo directamente: "Voy a tener un hijo con Michael". Después de recuperarme del *shock*, Debbie agregó: "No es tan malo. Tuvimos el niño por inseminación artificial". Yo le dije: "Debbie, ¿por qué inseminación artificial? ¿Es que no es capaz de tener un niño como todos los demás?". Ella rio y me contestó: "Michael no hace *nada* como todos los demás". Yo le pregunté: "¿No es éste el mismo hombre que fue acusado de abusar de niños?", a lo cual ella respondió: "No fue acusado de nada, para nada". Luego, me dijo: "Papá, no tienes idea de quién es el verdadero Michael Jackson. Es la persona más compasiva que he conocido jamás en mi vida. Si pudieras tan sólo pasar un día con él, lo amarías como yo".

Gordon veía raramente a Debbie desde que él y su madre, Barbara, se habían divorciado veinte años atrás; no había participado en su educación desde principios de los años setenta. «Siempre ha sido una rebelde —dijo de Debbie—. Quizá si hubieraestado más presente, las cosas habrían sido distintas». Después de que sus comentarios hubieran sido publicados alrededor del mundo, envió una retractación general de todo lo que había dicho, cada una de sus palabras. Aparentemente, Gordon había hablado demasiado pronto, y Michael no estaba muy satisfecho con sus comentarios. La estrella del pop pronto estableció su propia declaración: «Los reportajes acerca de que la señora Rowe ha sido inseminada artificialmente, y que existe alguna oferta económica de por medio, son completamente falsos e irresponsables».

No obstante, Steve Shmerier, un ejecutivo informático de California, que había salido con Debbie durante seis meses, antes de su primer embarazo con Michael, insistió: «Debbie me dijo que había estado de acuerdo en intentar tener un hijo a través de una inseminación artificial, como favor para un amigo. No hablamos de nombres. Pero mirando atrás, no necesitas ser un genio para saber de quién estaba hablando. Ella no es muy maternal tampoco. Siempre había dicho que no tenía ningún interés en tener hijos. La única razón por la cual accedió a hacer esto por Michael fue la convicción de que no se convertiría en la tradicional esposa».

Michael puede haber insistido en que el bebé no fue el resultado de una inseminación artificial, y el público y la prensa pueden creerle o no. Sin embargo, fue demasiado lejos al afirmar también que no existía ninguna relación económica con Debbie. Semejante afirmación sólo debilitó su credibilidad en cuanto a la concepción del niño. Después de todo, ¿quién, en sus cabales, creería que no le estaba ofreciendo a Debbie *algo* de dinero? Hasta la madre de alquiler que aparece de la nada como una completa extraña es compensada por sus servicios, con mayor motivo que aquellos

que son amigos cercanos desde hace quince años. ¿Habría sido razonable que Debbie Rowe pariera un niño para uno de los artistas más acaudalados del mundo del espectáculo y que él, en agradecimiento, no le diera siquiera una moneda por la molestia?

De hecho, según varias fuentes fidedignas, Debbie ha recibido millones de dólares de Michael durante años, no como pago por sus servicios, pero sí como regalos para ella. Cuando un exrepresentante de Michael, Myung Ho Lee, lo demandó por 14 millones de dólares en 2002, entre los legajos de los tribunales se encontraba el presupuesto *mensual* de Michael, el cual incluía un pago a Debbie Rowe de 1,5 millones de dólares. Ya sea que estuviera recibiendo dinero de él todos los meses, anualmente, o por hijo, nunca se tendría que preocupar por su economía de nuevo. Michael ordenó otros pagos anuales para ella, además de comprarle una casa de 1,3 millones de dólares en el exclusivo enclave Franklin Canyon, en Beverly Hills, en el otoño de 1997. Debbie y él jamás vivirían juntos.

«Cuando la historia salió a la luz, Debbie debía encontrarse con él en Australia —afirma Tanya Boyd—. Ella supuso que el viaje se cancelaría, que Michael estaría tan molesto por lo que había sucedido que se negaría a verla. Lloró mucho ese día».

Debbie intentó localizar frenéticamente a Michael en Sydney, para explicarle cómo había sido engañada por «su amigo». No obstante, antes de que pudiera encontrarlo, él la llamó por teléfono. Contrariamente a lo que Debbie esperaba, ella misma recuerda, Michael no habría podido ser más comprensivo y afectuoso. Ella afirma que fue durante esa llamada telefónica cuando se dio cuenta de que Michael era el hombre para ella. «Mira, puedo entender cómo surgió este terrible asunto —le dijo Michael a Debbie—. He sido engañado antes por los medios. Relájate. Todo va a salir bien, te lo prometo».

«Debbie lo apreciaba mucho —dice Tanya Boyd—. Aun cuando había creado un gran lío, él no la culpó por ello. En gran parte por eso, él fue como un santo para ella. Estaba tan aliviada, decidió que le sería leal, y una vez que tienes la lealtad de Debbie Rowe, la tienes de por vida… excepto si lo estropeas todo, estrepitosamente».

—Concéntrate, Debbie —le pidió Michael—. Mantén tu atención en el objetivo, que es que tú y yo tengamos este bebé. Por supuesto, la prensa se iba a enterar, en algún momento. Yo ya lo estaba esperando. Han hecho mi vida miserable durante muchos años.

Aunque intentó ocultárselo a la futura madre, Michael estaba receloso por la publicación de la noticia. Ante todo, ¿se darían cuenta sus fans de que había estado intentando tener un bebé con Debbie antes de que estuviera siquiera divorciado de Lisa? ¿Cómo afectaría a su imagen? (Extrañamente resultó que no muchos se dieron cuenta de esto, o, al menos, no les importó). No sólo estaba inseguro de cómo reaccionarían sus fans, también estaba preocupado por la reacción de su madre, Katherine.

En efecto, Katherine, aún una devota testigo de Jehová, no estuvo muy feliz de

enterarse por la prensa de que su hijo iba a ser padre con una mujer con la cual no estaba casado. «Esto me recuerda a lo que el padre de Michael hizo en los setenta —dijo Katherine, en privado, refiriéndose a Joh'Vonnie—. Me rompe el corazón. No permitiré que la historia se repita con Michael. No lo permitiré».

Después de que la noticia del embarazo de Debbie saliera a la luz, Katherine intentó contactar con Michael, al otro lado del océano. Era muy difícil, debido a su apretada agenda, pero el día que se conoció la noticia, Katherine logró comunicarse con Debbie, a quien había visto en varias ocasiones, y que estaba ocultándose del acoso de los medios en el apartamento de un vecino. Aquel vecino recuerda: «Levanté el teléfono, esperando que fuera Michael desde Australia, y una mujer al otro lado de la línea dijo: "¿Por favor, podrías pasarme con la señorita Rowe?". Pensé que era un periodista, por lo que le respondí: "No está aquí". La mujer me contestó: "Soy la madre de Michael Jackson. ¿Puedes ayudarme a encontrarla?". No tengo idea de cómo consiguió mi número telefónico. Le pasé el teléfono a Debbie».

Katherine fue, según el vecino de Debbie, «tan dulce como pudo haberlo sido». Durante casi treinta minutos, le habló a Debbie acerca de la santidad del matrimonio, y acerca del destino de los testigos de Jehová. Debbie estaba impresionada. De hecho, al final de la conversación con Katherine no sólo estaba de acuerdo en que lo mejor que podía hacer era casarse con Michael, sino que estaba prácticamente lista para convertirse a la religión.

Cuando Michael se enteró de que Katherine y Debbie habían hablado, probablemente sintió que su vida podía estar a punto de cambiar. Ciertamente, de acuerdo con sus socios, cuando Katherine finalmente habló con Michael por teléfono, le pidió que se casara «con esa muchacha tan agradable, Debbie» y le dijo: «Debes darle un apellido a la criatura, no como tu pobre media hermana, Joh'Vonnie». Michael nunca había querido repetir los pecados de su padre, así que Katherine tal vez supo cómo llegar a él o, como dijeron sus allegados «pulsó las teclas correctas».

Michael acordó que debía casarse con Debbie. «Definitivamente, es lo correcto», dijo.

Al repasar la sucesión de hechos descrita por sus íntimos, es interesante que la llamada telefónica de Katherine tuviera tanto impacto en su futura vida. Antes de que la matriarca Jackson se involucrara, el plan era que Debbie fuera una «madre de alquiler» para Michael… una amiga cercana que le hiciera el favor de tener a su hijo, y luego se lo diera para que él lo criara. Tras el nacimiento del bebé, Michael pretendía hacer una declaración y mantener la identidad de la madre en secreto, como suele suceder con las madres de alquiler. Un buen ejemplo de lo que él y Debbie pretendían hacer es el modo en que ha manejado la identidad de la mujer que dio a luz a su rubicundo tercer hijo, Prince Michael II. No sabemos quién es, más allá de que sabemos que no es Debbie; ella ha negado ser su madre. Michael no ha divulgado su nombre, no se ha casado con ella, tampoco. No hubiera sido fácil, por supuesto, mantener oculta la identidad de Debbie, pero dado que logró mantener la identidad de

la otra mujer a salvo de la prensa, obviamente es posible. A lo largo de los años, Michael ha probado que, si así lo desea, puede mantener en secreto detalles acerca de su vida privada.

De todas maneras, el hecho de que Debbie confesara a un amigo traicionero que esperaba un hijo, la publicidad consiguiente y la preocupación de Katherine alteraron el plan maestro de Michael… y también su vida. Como resultado, no sólo sería padre, sino esposo… una vez más.

Mientras hablaba con ella por teléfono, Michael le insistió a Debbie que debía seguir adelante con el plan de visitarlo en Australia y, de hecho, le pidió que tomara el siguiente avión. Ella acordó reunirse con él en el Sheraton del Park Hotel, donde el contingente Jackson ocupaba cuarenta habitaciones. No obstante, ella no sabía en ese momento que estaba yendo para casarse con él, allí. «Se sorprendió cuando finalmente llegó y él le contó sus planes —afirmó Tanya Boyd—. Me llamó [el 12 de noviembre de 1996] y me dijo: "Me voy a casar con Michael mañana". Le pregunté si estaba enamorada de él. Ella lo pensó por un momento y me contestó: "Sí, lo amo, de alguna manera". Insistí: "¿Románticamente?". Hizo una pausa y me respondió: "El tipo de amor que siento por Michael es más grande, más importante que eso. No es del tipo que la mayoría de la gente puede entender. Las simples relaciones amorosas terminan. Esta relación jamás terminará"».

La nueva familia de Michael

El 13 de noviembre de 1996, Michael Jackson se sentó al gran piano de su *suite* de dos habitaciones en el Sheraton del Park Hotel de Sydney. Con solemnidad, tocó la pieza de Wagner conocida como la «Marcha nupcial». Una base facial cremosa y un polvo translúcido hacían que su rostro pareciera prácticamente blanco. El delineador extra en sus párpados destacaba su forma almendrada; los ojos sobresalían como trozos de carbón. Había resaltado su nariz y sus mejillas con tonos bronce. Sus cejas estaban depiladas y oscurecidas. Tenía puesto un sombrero negro y un largo rizo negro enmarcaba cada lado de su cara. Además, parecía llevar patillas falsas. El efecto total dejaba boquiabiertos a los espectadores, al más puro estilo de personaje de Disney.

Desde el otro cuarto entró Debbie Rowe, embarazada de seis meses, vestida de negro y sosteniendo un pequeño arreglo floral. Habían pasado sólo diez días desde que el mundo se había enterado de que Michael se convertiría en padre y ahora, gracias a su madre, estaba a punto de convertirse en esposo, nuevamente. Ante la mirada de quince de sus amigos, Michael, de treinta y ocho años, y Debbie, de treinta y siete, ambos vestidos de negro, se casaron en una humilde ceremonia. El padrino de boda de Michael era un amigo reciente, llamado Anthony… de ocho años de edad. Michael lo presentó como un sobrino. (No obstante, al menos que existan parientes

desconocidos para otros de los miembros de la familia, no parece tener ningún sobrino de ese nombre). Michael explicó que el niño había estado muy deprimido por la muerte de uno de sus padres. «Lo traje conmigo para alegrarlo un poco», detalló.

En la habitación decorada de pared a pared con exóticas orquídeas, rosas y lilas de un color rosa profundo, Michael le regaló a Debbie un anillo de platino con un diamante de 100.000 dólares. Tras ser declarados marido y mujer, se intercambiaron una breve mirada afectuosa y un beso vacilante. Debbie parecía tensa. Cuando se separaron, Michael la mantuvo apartada de él, contemplando su rostro intensamente. Luego se inclinó y la besó en el cuello. «Eres tan hermosa —le dijo, sosteniéndole la mirada—. Más hermosa de lo que jamás pensé que sería la madre de mi hijo. Muchas, muchas gracias, Debbie. Muchas gracias por ser… tú». Fue un momento conmovedor.

La noche siguiente, Michael y Anthony fueron al estreno australiano del corto de Michael *Ghosts* y caminaron codo con codo frente a los disparadores y *flashes* de las cámaras. Michael parecía contento en uno de sus atuendos militares y una mascarilla negra de seda. Anthony, que llevaba una simple camisa negra de manga corta, era moreno, bien parecido, atractivo… y, en la opinión de la mayoría de los observadores, un calco de Jordie Chandler.

Mientras tanto, Debbie estaba en su *suite* haciendo llamadas de larga distancia a amigos en Estados Unidos. Marsha Devlin, otra de sus vecinas de Van Nuys en ese momento, recordó que Debbie le dijo que necesitaba que pagara su cuenta telefónica por ella. «Había dejado el país con tanto apuro que olvidó pagarla —dijo Marsha—. Ya había sido desconectada; debía dinero por la cuenta. Si ya tenía dinero de Michael en esta época, jamás lo hubieras sospechado. Me dijo que tenía alrededor de tres mil dólares en el banco».

Cuando Marsha preguntó, Debbie le dijo que Michael no se quedó con ella en su *suite* del Sheraton del Park Hotel la noche antes de casarse, ni en la noche de bodas. En cambio, dijo ella, se quedó con «un asistente» en otra habitación, «para que yo pudiera descansar. Estaba exhausta». Menos de una semana después, Debbie regresó a Los Ángeles, sin haber dormido nunca con Michael en Sidney.

El día antes de que se casara con Debbie Rowe, Michael llamó por teléfono a Lisa Marie Presley en Los Ángeles para contarle sus planes. Todavía le importaba mucho ella, dijo, y no quería que «se enterara de la boda por la prensa». Se sentía muy mal, le dijo, respecto al modo en que terminó la relación entre ambos, «con nosotros diciéndonos crueldades. Y ahora estoy avanzando», le dijo, de acuerdo a una reconstrucción posterior, «pero no siento que esté bien, no sin tu bendición». De hecho, las personas cercanas a Michael dicen que estaba muy nervioso por su matrimonio con Debbie, estaba inquieto y comenzaba a sollozar ante la menor provocación, sus lágrimas fluían sin control. Es lógico que estuviera agotado; su vida había estado repleta de tal confusión y ansiedad desde que tenía memoria, ese estrés se percibía intensamente, especialmente de gira en otro extenuante *tour*. Estaba

cansado hasta los huesos; subirse a ese escenario y ejecutar sus pasos de baile característicos se había convertido en un calvario con el correr de los años. «Me estoy volviendo muy viejo para esta mierda», dijo.

Lisa no sabía cómo reaccionar ante la llamada de Michael. Todavía lo amaba, dijo, pero estaba segura de que ellos jamás volverían a estar juntos. Por lo tanto, él debía avanzar y hacer lo que quisiera con su vida, con Debbie Rowe, o con quien fuera. Le dio su «bendición». De todos modos, era hora de que ella saliera de la locura del mundo de Michael, que dejara de intentar descifrar lo indescifrable. Después de que terminara su matrimonio, la salud de ella declinó seriamente, vivió «los peores dos años de mi vida», como ella expresó. En privado, dijo que esperaba que él estuviera contento con su nueva vida, pero lo conocía demasiado bien. Su tristeza era producto de muchos años de desconfianza e infelicidad. ¿Cómo podría un matrimonio con alguien de quien él no estaba enamorado terminar con su sufrimiento, aun cuando ella fuera a tener el bebé que él deseaba?

Tal vez Lisa se preocupara por Michael. En cambio, buena parte de las reacciones del público y los medios ante el segundo matrimonio de Michael fueron simplemente cínicas. Parecía haberse casado con una persona que no amaba, que iba a tener un bebé que bien podía no ser suyo, o quizá concebido artificialmente. «Por favor, respeten nuestra privacidad —dijo Michael en una declaración—, permitan que disfrutemos este momento maravilloso y emocionante». En cuanto a Debbie, mucha gente tampoco sabía qué pensar. En su portada, el *Daily Mirror* publicó una fotografía de ella en un balcón de hotel en Sidney, consternada, tapándose la cara con las manos, probablemente expresando exasperación ante la presencia de un ejército de *paparazzi*. Sin embargo, el titular sugería otra cosa. Decía: «*¡OH DIOS! ME ACABO DE CASAR CON MICHAEL JACKSON*».

Prince Michael Jackson, el hijo de Michael, nació en febrero de 1997 en el Centro Médico Cedars-Sinai. (Ahora se lo conoce como Prince Michael I. El abuelo y el bisabuelo de Michael se llamaban ambos Prince). Debbie y él cortaron el cordón umbilical juntos. Pesaron al bebé. Pasó cinco horas en cuidados intensivos por un problema menor, y luego Michael se lo llevó rápidamente del hospital hacia Neverland.

Cuando Debbie fue dada de alta en Cedars, se recuperó en la casa de una amiga.

«He sido bendecido más allá de lo comprensible —dijo Michael en una declaración—, y trabajaré incansablemente en ser el mejor padre que pueda ser. Aprecio que mis fans estén exultantes, pero espero que todos respeten la privacidad que Debbie y yo queremos y necesitamos para mi hijo. Por favor, concedan a mi hijo su debida privacidad».

En marzo, Michael y Debbie posaron para las fotografías con Prince en el Hotel Four Seasons. Aunque las poses parecían cálidas y ellos aparentaban ser padres

orgullosos, era, de hecho, la primera vez que Debbie había visto a su bebé desde el día en que dio a luz, seis semanas antes. La llevaron a la habitación del hotel, le dieron al niño para sostenerlo, le dijeron que sonriera para las cámaras con Michael… y entonces, con su trabajo terminado, se lo agradecieron profundamente y la enviaron de vuelta. Parecía muy afectuosa con su niño —que tenía tez clara con cabellos negros y ojos marrón oscuro— durante el tiempo que lo tuvo en brazos. No hay duda, sin embargo, de que ella no quería encariñarse demasiado con Prince. Sólo complicaría las cosas. En circunstancias normales, una madre que alquila su vientre nunca sería convocada para posar en fotos con el bebé que ha entregado para que críe otra persona. Sin embargo, Debbie Rowe, siempre dispuesta a cumplir con lo que se le pidiera, estaba en un mundo diferente… el mundo de Michael.

Una mujer que trabajó como cocinera en Neverland recuerda la forma en que Prince fue criado durante sus primeros seis meses. «Debbie no era una presencia significativa —dijo—. Nunca la vimos. El bebé era atendido por un equipo de seis niñeras y seis enfermeras. Todas trabajaban ocho horas cada una, en turnos, para que siempre hubiera dos enfermeras y dos niñeras a su lado. Estaban bajo constante vigilancia, controladas por miembros del equipo de seguridad de Jackson. Las niñeras tenían entrenamiento especial. El equipo diurno hacía simulacros de ejercicio con el bebé para aumentar su fuerza. El equipo nocturno empezó a leerle y cantarle a Prince desde que tenía sólo tres semanas. Cuando Prince lloraba, parecía estar llamando a su madre. Era espeluznante, casi como si el bebé no tuviera una madre en absoluto. No hay fotos de Debbie. El señor Jackson tiene sólo una foto junto a su cama, la de Lisa Marie de niña, del año en que ambos se conocieron».

Ella contó que Prince a veces dormía en la habitación de Michael, en una cuna llena de animales de peluche. «La habitación era más una guardería que el cuarto de un hombre adulto —recuerda—. Había dos figuras de tamaño real fuera, como en una juguetería. Una era un *boyscout*, la otra era una chica con un sombrero de la policía británica. Adentro había cosas de Peter Pan en las paredes y unos cuantos juegos de Nintendo que nos habían dicho que no tocáramos».

Una niñera que trabajaba en Neverland dijo: «Se respiraba un ambiente un poco asfixiante. Aun así, el bebé recibió un cuidado excepcional. Teníamos que medir la calidad del aire de su habitación cada hora. Cuando lo alimentábamos, todos los utensilios debían ser hervidos primero y podían ser usados sólo para un tipo de alimento. Se descartaban después de ser usados una vez». A Prince le daban nuevos juguetes cada día y, aparentemente por razones de higiene, Michael instruyó a su servicio para que desechara sus juguetes «viejos» después de que Prince se fuera a dormir. «Realmente Debbie Rowe no tuvo ninguna influencia —dijo la niñera—. La vi quizá tres veces y parecía muy hosca».

Para Debbie, una ventaja de ser la esposa de Michael era la oportunidad de codearse con los ricos y famosos. Sin embargo, no se acercaba tanto como hubiese querido. Por ejemplo, había estado ansiosa de conocer a Elizabeth Taylor, pero en ese

momento la actriz estaba molesta con Michael porque él nunca le había presentado a Debbie, y ella no podía concebir que él se casara con alguien a quien ella no conocía. Michael le dijo a Debbie que podía intentar un encuentro con Liz, pero no era un buen momento para que él hiciera de intermediario. Debbie le telefoneó varias veces, le dio su dirección de correo a la secretaria de Elizabeth para que la tuviera en su agenda. Un día recibió una nota de la estrella del celuloide: «Gracias por tu interés en mi carrera. Adjunta, por favor, recibe una foto firmada. Con afecto. Elizabeth Taylor».

«Debbie rio cuando recibió la foto con el autógrafo —dijo Tanya Boyd—. Pensó que era lo más gracioso del mundo. ¡Incluso la enmarcó! "Tan cerca —dijo sobre Elizabeth Taylor— y, sin embargo, tan, tan lejos"».

Lisa Marie cambia de parecer

Michael Jackson es una persona poderosa que tiene un fuerte efecto en la gente, aun en los más adinerados y famosos, que no quieren nada más que ser parte de su vida. Aparentemente, Lisa Marie Presley no era inmune a esa influencia. A pesar de todo lo que había ocurrido con él en su matrimonio de veinte meses, ella estaba decidida a mantenerse al tanto de los acontecimientos en la vida de Michael. Quizá en un esfuerzo para lograr esa meta, empezó de repente a hacerse amiga de Janet, la hermana de Michael. Unos meses antes, las dos habían sido vistas juntas en un club de Manhattan llamado Life, aparentemente disfrutando de la compañía de la otra y haciendo que la gente se preguntase qué hacían juntas.

Lisa explicó a sus amigos que le estaba aconsejando a Janet sobre cómo volver a estar en forma para su siguiente gira Velvet Rope; Janet aparentemente había engordado alrededor de dieciocho kilos y estaba determinada a perder ésos y más. Sin embargo, es poco probable que Lisa y Janet estuvieran yendo juntas al gimnasio. Simplemente parecía que estuvieran divirtiéndose porque, esa misma semana, fueron vistas de compras, almorzando, yendo al cine e incluso asistiendo a una obra del *off Broadway*, ambas disfrazadas. En septiembre de 1997, Lisa estuvo en la fiesta de lanzamiento del CD de Janet *Velvet Rope*. Poco después asistieron a los MTV Awards juntas.

Cuando Michael se enteró por Janet de que estaba relacionándose con Lisa, se interesó mucho. «¿Habla de mí alguna vez? —quería saber—. Seguro que ahora me odia. ¿Me odia?».

Janet le contó a su hermano que Lisa no parecía tener rencor hacia él por lo que había sucedido en su relación y que, de hecho, le gustaría verlo. Lo que no le dijo es que Lisa desconfiaba del matrimonio de Michael con la «enfermerita». Conocía a Michael lo suficientemente bien como para saber que su meta siempre había sido tener hijos, y no parecía importarle cómo tenerlos. Había querido que Lisa

engendrara un hijo suyo, pero ella se opuso dado que no quería traer un niño a una unión infeliz. Ella sospechaba que él y Debbie tenían un arreglo para tener el bebé, y que su matrimonio era sólo un dispositivo para hacerlo legítimo. Janet confirmó todas esas sospechas, diciéndole que Michael «lo hizo [se casó con Debbie] por Katherine, en realidad». Lisa no le recriminaba a Michael ninguna de las decisiones que involucraran a Debbie. «No puedes culpar a alguien por ser exactamente quien es, ¿no? —le preguntó a su amiga, Monica Pastelle—. Mucha gente alquila vientres y, si miras esta situación y entrecierras mucho los ojos, creo que no es más que eso. Pero —se apresuró a agregar—: me da un dolor de cabeza terrible si pienso mucho al respecto, así que intento no hacerlo».

Michael llamó por teléfono a Lisa para pedirle si podían ser amigos. «Siempre te amé —le dijo, según una reconstrucción posterior— y no me gustó cómo terminaron las cosas entre nosotros. En serio».

Lisa le dijo que un aspecto importante de su preparación dentro de la Cienciología consistía en no aferrarse a la amargura y el enfado, y que se había dedicado a avanzar superando cualquier sentimiento negativo sobre él. Él estaba contento de oírlo. Entonces la invitó a ella y a sus hijos a unirse a él en Sudáfrica, en donde la gira HIStory estaba finalmente concluyendo. Su madre y su padre también iban a estar allí, le dijo, así que Lisa no tendría que sentirse incómoda sobre si era o no apropiada su visita. Ellos lo estaban ayudando a cuidar a Prince Michael, le explicó. (Eso podría haber sido verdad, pero Michael también tenía un equipo de enfermeras y niñeras a mano). Lisa no se pudo resistir; dijo que sí.

Cualesquiera que fueran las intenciones de Lisa en relación a Michael, aún tenían una conexión profunda y verlo construir una familia con otra mujer no era fácil para ella. Había pasado un tiempo desde que se había sumergido en el mundo de él, lo que como dijo una vez, era «la única forma de saber cómo le estaba yendo. No puedes preguntarle a alguien cómo es una montaña rusa mientras está subido, simplemente tienes que subirte también». Lisa tenía que ver por ella misma cómo se había adaptado a la vida desde que sus caminos se separaron. Mucho había cambiado para él. Había esquivado las alegaciones de abuso, lanzado nueva música, hecho una gira de éxito, contraído matrimonio, tenido un hijo. Finalmente parecía que se estaba asentando, encontrándose a sí mismo. ¿Encontraría a un nuevo Michael Jackson, uno que se hubiera levantado de las cenizas del hombre destrozado que ella conocía antes? Era esta duda la que la llevó a cruzar el Atlántico, dos veces. Primero se le uniría en Londres, en donde estaría tocando en el estadio Wembley (12-17 de julio). Tenía asuntos de Cienciología allí, dijo. Luego volvería a Estados Unidos, y se reuniría con Michael al final de la gira en Sudáfrica.

Perfecto, debió de pensar Michael. De este modo, Debbie iba a encontrarse con él en Francia, Austria y Alemania (25 de junio-6 de julio), sólo una semana antes de la llegada de Lisa, para verlo a él y a Prince Michael, que tenía alrededor de cuatro meses de edad. Planeaba partir antes de las fechas de Londres, lo que estaba bien para

Michael porque ella y Lisa no se cruzarían.

En Alemania, Michael fue franco con Debbie y le dijo que se encontraría con Lisa después, en Inglaterra y luego, en Sudáfrica. Debbie no estaba muy entusiasmada con las noticias —pudo haber pensado que Lisa estaba avanzando sobre su territorio— pero lo superó rápidamente. Su relación no era tal que ella pudiera decirle a él qué hacer. Aun así estaban casados. Pero a ella realmente no le importaba.

—Mira, la cuestión es ésta —le dijo a una amiga—, yo no le digo a Michael Jackson cómo vivir su vida, y él no me dice cómo vivir la mía. [Debbie siempre se refería a su esposo como Michael Jackson] Y ése es un hecho —concluyó—. Así que si él quiere ir por ahí con su exesposa, yo no voy a detenerlo. Porque no quiero que él me detenga si yo quiero hacer lo mismo con mi exnovio.

—Pero eso no es un matrimonio normal, ¿no? —protestó la amiga de Debbie.

—Estamos hablando del matrimonio de Michael Jackson —acotó Debbie—. ¡Vamos! Mira la realidad. Lo tengo bajo control. Soy una mujer adulta y sé qué estoy haciendo, y él también. Además —dijo— creo que haremos un gran anuncio, pronto.

Debbie no lo explicó en su momento, pero ella y Michael, o tuvieron relaciones sexuales (como luego insistirían), o hicieron algo más artificial para que ocurriera, pero mientras ella estaba en París, alojada en el Hotel Disneyland en las afueras de la ciudad, se quedó embarazada de su segundo hijo. Sabía que su relación con Michael —tal como era, lo que sea que fuera— no estaba en peligro. Tenían un trato; parecía funcionar.

Mientras tanto, en Londres, Lisa y sus dos hijos se unieron a Michael y sus padres. Todos se hospedaron en la *suite* de 10.000 dólares la noche de Michael en el lujoso Hotel Carlton Towers.

Las tres fechas de Michael en el estadio Wembley se agotaron todas; él estaba de buen humor. Sin embargo, aunque Lisa estuvo pendiente de Michael durante su visita, no pasó el suficiente tiempo con él como para saber cuál era su estado.

Transcurrieron tres meses y Lisa volvió a encontrarse con él en Sudáfrica en octubre. Esta vez Lisa bajó del avión con el cabello rubio, moderadamente similar al tono del cabello de Debbie. Durante ese viaje hizo un esfuerzo consciente para «colarse» (como declaró luego) en la apretada agenda de Michael.

Lisa y Michael, los padres e hijo de él y los hijos de ella se hospedaron en el Palace Hotel en el centro de Johannesburgo. La antes pareja fue vista cogida de la mano e intercambiando miradas. Sin embargo, por debajo de la apariencia de sus sonrisas placenteras, Lisa había comenzado a sentirse incómoda con el nuevo Michael Jackson. Aunque no estaba ni remotamente tan perturbado como habían estado durante el reinado de ella en su vida, algunos de los cambios que vio en él la molestaban.

Por lo pronto, la vulnerabilidad de antes, nacida quizá de la paranoia o de un inminente sentimiento de pérdida, había sido reemplazada por una especie de bravuconería. Parecía que Michael se sintiera invencible. Un hecho particularmente

perturbador para Lisa fue la aparición de un niño noruego de trece años. Era un muchacho guapo que llevaba una gorra roja de béisbol todo el tiempo, regalo de Michael. Su presencia, aunque fuera inocente, era desconcertante. ¿Acaso Michael no se daba cuenta aún de cuán peligroso era, en términos de imagen pública, tener jovencitos junto a él en la gira?

El viernes 10 de octubre, Michael se presentó ante cuarenta y siete mil personas en el estadio Johannesburgo. Luego, Lisa pasó varias horas en los camerinos con Michael. Durante ese tiempo juntos, ella intentó tocar el tema del nuevo amigo de Michael. Lo aparentemente incorrecto del asunto era algo que ella sentía que tenía que ser encarado. Aun así, Michael dejó claro que el tema no sería discutido. Ya no parecía requerir, o al menos apreciar, los consejos de Lisa.

Había sido la parte dubitativa y vulnerable de Michael Jackson la que siempre funcionó como puente entre él y Lisa Marie Presley. Ahora, sin esa parte, y con el puente de su compatibilidad sexual también caído, Lisa se sentía no sólo impotente, sino también como una intrusa.

Al día siguiente, Lisa y sus hijos estaban listos para la ceremonia formal en donde Michael se convirtió en un miembro honorífico de una tribu africana, Bafokeng Ka Bakwena (Pueblo del Cocodrilo). Esta tribu está considerada como una de las más ricas en el país por ser dueña de la segunda reserva de platino más grande del mundo. A Katherine y Joseph, que conocieron a la tribu unos días antes, también les entregaron certificados de «ciudadanía».

Vestido con una chaqueta de estilo militar adornada con insignias de oro en el pecho y los brazos, Michael caminó lentamente a través de una multitud de mujeres y niños nativos en el pueblo de Phokeng, a ciento cincuenta kilómetros hacia el noreste de Johannesburgo, después de la ceremonia. Con Lisa cogiéndole el brazo con orgullo, Michael sonreía benévolamente y tocaba las manos de sus admiradores como si fuera de la realeza. En todo momento, un ayudante llevaba un paraguas azul y amarillo para proveer a él y a Lisa de sombra.

Esa tarde, Michael y Lisa fueron a hacer esquí acuático en el centro turístico vacacional Sun City de Sudáfrica. Luego, cenaron con Katherine allí mismo. Durante la comida, aplaudieron mientas jóvenes vestidos en atuendos tribales de piel de leopardo actuaban para ellos.

Al día siguiente, Michael ensayó para su concierto del estadio Johannesburgo. Lisa, con sus planes de partir ya decididos, miraba entre bambalinas, esperando a que Michael terminara y así poder despedirse.

Un pequeño grupo de gente observaba a Michael mientras él y los bailarines ensayaban «Thriller». A media canción detuvo la actuación. «Paren —dijo—. Está todo mal. Es así. Miren». Entonces se deslizó por el escenario sin esfuerzo, como flotando, mostrando así los movimientos correctos para su tropa. Katherine, que estaba parada junto a Lisa, se iluminó.

—Cuando pienso en lo mal que se puso con esas terribles mentiras y lo lejos que

ha llegado desde entonces, tengo que llorar —dijo Katherine, sin quitar los ojos de su hijo—. Estaba casi destruido. Ahora, simplemente míralo, es tan bueno… —Luego colocó su brazo alrededor de Lisa y la miró cálidamente—. Y es por ti que pudo superarlo. ¿Lo sabes? ¿Sabes cuánto apreciamos lo que hiciste por él?

Lisa sonrió tímidamente y se encogió de hombros.

—No sé si ayudé o no —le dijo a Katherine, modestamente—. Sí lo amé. Eso lo sé. Pero, afróntalo, Katherine, tu hijo es un gran misterio.

Katherine se echó hacia atrás y rio.

—Dímelo a mí —exclamó.

Michael bajó del escenario justo cuando las dos mujeres estaban compartiendo su momento de conspiración.

—¿De qué estáis chismorreando vosotras dos? —preguntó, de buen humor.

—¡De ti! —dijeron ambas, al unísono.

Él ejecutó un paso de baile rápido, puso una cara graciosa para ellas y volvió a trabajar.

Amor perdido

En noviembre de 1997, Debbie Rowe anunció que estaba embarazada de una niña, su segundo «regalo» para Michael. Éste era el hijo que decían que había sido concebido en París. Michael estaba extasiado. En ese momento, le compró una casa en Los Ángeles. Ella se mudó con sus dos perros, y parecía feliz con su vida.

Michael ansiosamente se preparó para el nacimiento de otro bebé, emocionado por ver a su familia crecer. Aunque él y Debbie aún no vivían juntos —y nunca lo harían—, se llevaban muy bien. Ella era su amiga, la que había tenido a sus hijos. La otra mujer en su vida, Lisa Marie Presley, era todavía la que había tenido su corazón, y Debbie lo sabía. «Me contó que Michael tenía una foto de Lisa en su habitación, en la mesita de noche —dijo Tanya Boyd—. Debbie nunca tuvo la idea equivocada de que Michael estuviera enamorado de ella, y ella tampoco estuvo enamorada de él, creo yo. “Lo que tiene con Lisa, eso sí es amor verdadero —me dijo Debbie—. Siempre lo supe —añadió—: Nunca lo combatí. Solamente lo alenté”. Nunca quiso interponerse entre Lisa y Michael. “Si Lisa hubiera tenido a sus hijos —me dijo entonces—, yo nunca lo habría hecho por él. No habría habido ninguna razón para hacerlo”».

El sábado 7 de febrero de 1998, Michael se encontró con Lisa para cenar en el Ivy de Los Ángeles. La había llamado por teléfono y le había dicho que quería invitarla a salir para su treinta cumpleaños, que había sido alrededor de una semana atrás.

Llegaron al restaurante cogidos de la mano. Michael utilizó un sombrero negro y una mascarilla a juego. Lisa, un vestido azul oscuro con una gargantilla de oro. Como no tenían reserva, el supervisor los llevó a su oficina y les sirvió unas copas mientras

esperaban una mesa en una esquina silenciosa y romántica. Una vez sentados, Usa disfrutó de un plato de verduras al vapor. Michael comió tarta de cangrejo y pollo frito. Sin embargo, deslizó la comida por debajo de su mascarilla, en vez de quitársela. Uno se pregunta cómo sería sentarse en frente de alguien que está comiendo mientras lleva una mascarilla. «Una vez que superas lo absurdo de eso —explicó Lisa, en privado— y decides en tu cabeza, vale, ahora, mira, el tipo no va a quitarse la mascarilla…».

De postre compartieron una porción de pastel, decorado con una vela que Lisa sopló contenta. «¿Cómo van las cosas con Debbie?», Lisa quiso saber, según lo que luego le contó a una amiga.

Sin entusiasmo, Michael dijo que estaba «bien» con su esposa. Bebió otra copa de vino tinto, la cuarta. Le contó que con todo lo que apreciaba a Debbie, cuando estaba con ella, «me concentro en lo que no tengo, en vez de en lo que sí tengo. Quiero estar enamorado. Como lo estuvimos tú y yo. Estaba tan asustado —le contó, según su recuerdo—. Ahora sé que te alejé de mí. ¿Qué puedo hacer ahora?».

Lisa dice que no respondió. Ya no tenía la respuesta a sus problemas —no es que alguna vez la hubiera tenido— o la solución a su vida. No había mucho que pudiera proponer, excepto quizá la más básica de las proposiciones entre dos personas con una historia compartida a las que todavía les importa el otro. «Quiero que sepas —le dijo— que si alguna vez necesitas una amiga, estoy aquí para ti. Tienes tan buen corazón, Michael… —agregó—. Pero, hombre, dime algo: ¿por qué tienes que ser tan extraño?».

Los dos se echaron a reír, probablemente dándose cuenta de que no había una respuesta simple a esa pregunta.

Después de la cena caminaron por el Boulevard Robertson en Beverly Hills, mirando escaparates bajo el ojo atento de los *paparazzi*. En un momento, Michael besó su cabeza y puso dos dedos bajo su mentón, levantándolo para que sus ojos se encontraran. La cubrió con sus brazos. Se besaron a través de su máscarilla de seda, como si él fuera una especie de superhéroe del cómic y tuviera sentido. Luego ella se apretó contra él. Un *paparazzi* inmortalizó el momento tierno, las fotografías aparecieron cinco días después en un diario sensacionalista.

Más tarde, fueron llevados en coche a Santa Mónica, donde caminaron por la playa y hablaron hasta altas horas de la noche.

«La amo —le contó Michael a uno de sus socios al día siguiente— más que nada, más que a nadie, todavía amo a Lisa. Tenemos una conexión tan fuerte… —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Ésa era mi única oportunidad —dijo—. Hice un montón de cosas tontas. Puede que nunca tenga otra oportunidad, ¿sabes?».

«En otro mundo estaríamos juntos —solía decir Lisa—, pero me temo que en este mundo, no».

Dos meses después, Michael fue padre de una nueva hija.

Paris Katherine Michael Jackson nació el 3 de abril de 1998 (nombrada así por la

ciudad en donde sus padres dicen que fue concebida y también por su abuela y su padre). Los socios de Michael contactaron con el Vaticano para ver si era posible que el Papa bautizara al bebé. Sin embargo, un oficial del Vaticano le envió una carta a Michael a través de su representante en Los Ángeles explicando que el pontífice no querría estar involucrado en «lo que puede ser percibido por algunos como una maniobra de publicidad». (El Vaticano ya había pasado por lo mismo con Madonna algunos años antes cuando ella trató de que el Papa bautizara a su primera hija, Lourdes, pero también fue rechazada).

Cuando a Debbie su «arreglo» ya no le pareció correcto, pidió divorciarse, y él accedió el 8 de octubre de 1999, sin hacer preguntas. Le dio alrededor de diez millones de dólares en un acuerdo, empezando con un primer pago de un millón y medio de dólares ese mismo mes de octubre.

Michael continuó con su vida y carrera en 2000 y 2001, como puede leerse más adelante en este texto. Luego, otro bebé suyo nació en 2002, un niño que él nombró Prince Michael II. Dijo a confidentes que esperaba tener más niños en el futuro, y que todos los varones serán nombrados Prince Michael (III, IV, etc).

Prince Michael II tiene el apodo *Blanket* [«manta»]. Michael explicó: «Es una expresión que uso con mi familia y mis empleados. Digo: "Deberías cubrirme o deberías cubrirla", queriendo decir que una manta es una bendición. Es una forma de mostrar amor y cariño». Era este hijo, de nueve meses en ese momento, al que Michael balanceó desde un balcón en Alemania en noviembre de 2002, causando un aluvión de especulaciones editoriales sobre su estabilidad emocional e idoneidad para la paternidad. Michael estaba desconcertado por sus propias acciones y angustiado por la cobertura de los medios. También estaba avergonzado: ¿qué pensarían sus amigos y su familia? Se disculpó públicamente por su comportamiento, diciendo que se vio atrapado «en el momento».

Después, Michael recibió una carta de Elizabeth Taylor, fechada el 19 de diciembre de 2002, que elevó su espíritu: «No dejes nunca que ellos [el público] te depriman, Michael. Eres amado por demasiados, especialmente por este niño. Te quiero tanto como siempre te he querido. No te escondas. No has hecho nada de lo que tengas que avergonzarte. Siéntete orgulloso de cómo estás criando a tus hijos. Dios sabe que yo lo estoy. Te amo con todo mi corazón, y porque te conozco tan bien. Siempre te entenderé cuando otros quizá no lo hagan. Pero, ¿sabes qué?: al diablo con los otros. Todo mi amor, Elizabeth».

Michael no ha revelado la identidad de la madre de su tercer hijo. Explicó que los dos hijos mayores fueron «una concepción natural» —queriendo decir, declaró, que él y Debbie tuvieron relaciones sexuales—, y que el nuevo bebé era el resultado de una inseminación artificial. «Utilicé un vientre alquilado y mis propios espermatozoides —explicó—. Ella no me conoce y yo no la conozco. No me importó de qué raza fuera ella siempre y cuando estuviera sana y su vista fuera buena. Y su intelecto, quería saber cómo era de inteligente». Primero declaró que la madre era una

mujer negra, luego cambió la historia y dijo que no conocía su identidad. Prince Michael II es muy rubio. Debbie confirmó que el hijo no es de ella. Si él sabía quién era la madre, decidió no revelar su nombre.

El documental de Martin Bashir

En febrero de 2003 se abrió otro extraño capítulo en la vida de Michael con *Viviendo con Michael Jackson*, el controvertido documental que atrajo primero a quince millones de espectadores en el Reino Unido y a más del doble en Estados Unidos. El programa llegó a los titulares en ambos lados del Atlántico por su tema, Michael, y su entrevistador-presentador, Martin Bashir.

Antes de entrevistar a Michael Jackson, Martin Bashir era conocido por su reportaje televisivo de 1995 sobre Diana, la princesa de Gales. Casi veintitrés millones de personas la vieron confesar su infelicidad en su complicado matrimonio con el príncipe Carlos y su relación con Camilla Parker Bowles, y la vergüenza personal que Diana llamó «tres es un matrimonio». Poco después, la reina instigó a Carlos y a Diana a divorciarse. Dado que Diana se había ganado la simpatía general con su entrevista, Michael creyó a Martin cuando se presentó como «el hombre que le cambió la vida a Diana». En realidad, si hubiera examinado la historia del documental de Diana, habría descubierto que no la ayudó. Al revelar los detalles de su trágica vida reciente con una voz hipnótica y vacilante, era como si hubiera decidido autodestruirse y hacerlo en televisión. Durante sus entrevistas parecía distante, reservada y deteriorada. En su beneficio, no obstante, era la víctima de ciertos desafíos, como un desorden alimenticio y un altercado marital, lo que podría, al menos, ser comprensible para el espectador. No había forma de que fuera percibida como una rareza. En cambio, parecía ser una mujer triste cuya vida había escapado a su control —y seguía fuera de control, de hecho— y que había decidido hacer borrón y cuenta nueva. Sin embargo, Michael Jackson —con sus cirugías estéticas, sus bebés sin presencia materna y su intensa fascinación por los jóvenes— se arriesgó mucho más cuando decidió permitir a Martin Bashir acceder al entorno al que su primera esposa llamó su «país de las maravillas».

Tras el circo de Diana, Martin Bashir ganó un premio de la Academia Británica de las Artes Cinematográficas y de la Televisión y fue nombrado Periodista del Año de 1996 por la Real Sociedad de Televisión. Subsiguientemente consiguió otras entrevistas de alto perfil, Incluyendo una con Michael Barrymore, un angustiado actor y comediante gay de origen británico, después de que un joven se ahogara en una fiesta en su casa.

Martin cortejó a Michael Jackson durante cinco años, tratando de convencerlo para que participara en el documental. Finalmente, después de que lo recomendara el amigo de Michael, el telépata Uri Geller, a Martin le concedieron una audiencia con

Michael, durante la cual pudo convencerlo de que accediera. Entonces, Michael dio acceso total a su vida durante ocho meses, a pesar de que sus consejeros pensaban que esta decisión no traería nada bueno para él. Martin Bashir pasó un tiempo en Neverland, en California, y viajó a través de Estados Unidos y Europa con Michael. (Uri luego se arrepentiría de haber presentado a Martin y Michael).

El aspecto más interesante del documental no es lo que reveló, aunque mucho de ello era asombroso. Lo fascinante de *Viviendo con Michael Jackson* es cómo su protagonista permitió que se filmara, lo que sugiere que Michael o bien no entendía cómo era percibido por una parte del público, o bien no le importaba. Realmente creyó, de acuerdo a quienes mejor lo conocen, que era una maniobra de relaciones públicas acertada, permitir a un extraño documentar su mundo desde un punto de vista ajeno y de una forma que le impediría tener control sobre el contenido final. No estaba pensando claramente. Creyó que hacerlo sería algo interesante porque Diana lo había hecho y estaba seguro de que el público estaría interesado en su vida. Nunca imaginó que alguien fuera a asustarse, porque simplemente no cree que él o su vida sean para asustarse.

Algunos allegados de Michael —como John Branca, según se dijo— nunca creyeron que el proyecto fuera a terminarse. Como muchos artistas del espectáculo, Michael se veía envuelto en muchos proyectos que nunca pasaban del estadio inicial de desarrollo y se esperaba que éste fuera otro en esa lista. Un proyecto así nunca hubiera sido lanzado en aquellos días lejanos en los que otros tenían influencia sobre él.

Algunos seguidores de Michael han tratado de cambiar el efecto del documental de Martin Bashir como algo positivo en la vida de la estrella, diciendo que presentaba una imagen simpática de él. Por supuesto, al verlo hablar sobre las palizas que sufrió a manos de su padre, a uno se le rompía el corazón. Michael recordó que Joseph se sentaba en una silla mientras los niños ensayaban, «y llevaba un cinturón en la mano. Si no lo hacías bien, te destrozaba, realmente te marcaba. Era duro. Muy duro». Aún aparecía traumatizado por su infancia y no parecía haber hecho las paces con gran parte de ella. Sin embargo, dicho esto, la mayor parte del resto de los ciento diez minutos hacían parecer a Michael como el personaje más excéntrico que la cultura pop jamás haya producido.

Por ejemplo, su descripción del nacimiento de Paris: «Estaba tan ansioso de llevarla a casa después de cortar el cordón, odio decir esto, que la tomé y fui directamente a casa con toda la placenta y lo demás sobre ella. Sólo la puse en una toalla y corrí».

En privado, Debbie Rowe lleva lo absurdo a un nuevo nivel al confirmar que Michael ¡tenía la placenta congelada! (Por supuesto que debía ser así, uno podría decir. De lo contrario, ¿cómo la mantendría?).

Las constantes quejas de Michael sobre la cobertura de la prensa sensacionalista sobre su vida parecen irrelevantes cuando sus acciones son tan asombrosas como para

proveer de material verdadero a esas publicaciones. «Wacko-Jacko rapta a su propio bebé horas después del nacimiento», anunciaba el titular de la portada de *Star* en abril de 1998. («Simplemente le arrancó el bebé de las manos»). «Jacko se lleva al bebé minutos después del nacimiento», se leía en el titular del *National Enquirer* la misma semana. («Michael le dio a Debbie un beso en la mejilla, tomó a Paris en sus brazos y se la llevó a toda velocidad»). ¿Quién iba a creer estas historias? Sin embargo, incluso los escritores de esos artículos podrían haber pensado que era demasiado publicar que Michael tenía la placenta congelada; ¡hubiera sido una exageración muy grande incluso para ellos!

Otra escena lo mostraba alimentando a Prince Michael II con un biberón. Mientras alimentaba al niño, abrigado con una bufanda verde, Michael lo hacía rebotar vigorosamente sobre su rodilla. «Te quiero, Blanket —lo arrullaba—, te quiero, Blanket». Entonces, al parecer un poco agitado e inquieto, recordó sus acciones en el balcón en Alemania, explicando que tenía al niño firmemente cogido cuando lo mantuvo suspendido en el aire durante unos segundos, y que fueron los medios los responsables del enfrentamiento subsiguiente, no él. «¿Por qué pondría una bufanda sobre la cara del bebé si estaba tratando de arrojarlo del balcón? —preguntó Michael enojado—. Estábamos saludando a miles de fans y ellos estaban coreando que querían ver a mi hijo, y fui lo suficientemente amable como para dejarles verlo».

Sobre su amor por los niños recalcó: «Lo diré una y miles de veces. No me asusta decirlo. Si no hubiera niños en este mundo, si alguien anunciara que todos los niños están muertos, yo saltaría del balcón inmediatamente. Estaría acabado. Estaría acabado».

Más enloquecedora quizá, era la insistencia de Michael en que: «No me he hecho ninguna cirugía plástica en la cara, sólo en la nariz. Me ayudó a respirar mejor, así puedo llegar a notas más altas». Afirmó que sólo se habría hecho dos cirugías, ambas en la nariz. «Te estoy diciendo la pura verdad. No le han hecho nada a mi rostro», dijo. Después de todos esos años, uno pensaría que tendría una forma mejor de llevar el tema de la cirugía plástica. ¿Qué tal: «Obviamente, me he hecho la cirugía plástica. Siguiente pregunta, por favor»? ¿Quién hubiera podido discutir eso?

A través de los tiempos, el único refugio seguro al cual un famoso siempre puede recurrir ante un medio agresivo es la zona de «sin comentarios». Funciona. Jackie Kennedy, por ejemplo, raras veces tenía un comentario público inteligente para hacer sobre nada y nadie se lo recriminaba. A menudo es mejor, de hecho, si las celebridades no tienen nada que decir, en especial si se trata de gente poco convencional que se comporta de un modo que, sin importar cuánto lo intente, simplemente no podrá explicarlo de forma satisfactoria.

Para cualquiera que conociera a Michael, ver el documental de Martin Bashir era doloroso. Lisa Marie Presley llamó por teléfono a Neverland a la mañana siguiente, diciéndole al asistente de Michael que quería hablar con él lo antes posible. Estaba en

otro estado, en una gira radiofónica para su álbum. Aun así, se tomó el tiempo de llamar para ver cómo estaba llevando su exmarido la controversia altamente publicitada.

Cuando Michael escuchó que Lisa estaba tratando de contactar con él, su corazón empezó a acelerarse. Todavía no había superado lo que compartió con ella y, según lo que dijo, creía que algún día, de algún modo, estarían juntos otra vez. Cuando Lisa se casó con el actor Nicolas Cage en Hawái en noviembre de 2002, Michael se preocupó. Cuando se separaron después de cuatro meses, él la llamó para saber cómo estaba. «No te preocupes por mí —le dijo ella—. Es sólo otra tormenta de mierda en mi vida. Estoy atravesándola, tan sólo dejando atrás toda la mierda». Él rio.

La llamó al número que le había dejado.

—¡Uf! —dijo Lisa apenas contestó—. Ese documental fue una mierda, hombre. ¿En qué estabas pensando?

No podían parar de reír. Sólo ella podía levantarle el ánimo así.

—Ay, al demonio con Martin Bashir —dijo—. Ese tipo no va a trabajar nunca más, Michael. ¿Quién va a confiar en él? Está acabado. Aniquilaste su carrera.

—Creo que él trató de aniquilar la mía, Lisa —dijo Michael.

—Ay, por favor —le dijo—, va a ser necesario algo más que ese periodista de mierda para acabar con tu carrera, créeme.

Podría decirse que Martin explotó a Michael con todas sus preguntas malintencionadas, sus presunciones, su fascinación e incredulidad falsas. Por ejemplo, alentó a Michael a que trepara al árbol en el cual escribe muchas de sus canciones con la belleza de Neverland de fondo, su llamado «Árbol Mágico». Uno duda de si hizo eso para mostrar el lado juguetón de Michael. Lo que obtuvo fue la imagen de Michael sentado solo en en lo alto de un árbol. Funcionó; era conmovedora y hasta un poco perturbadora. Cuando más tarde Martin siguió a Michael en un ataque frenético de compras en Las Vegas y lo observó gastar miles de dólares en los peores y más feos artículos, ¿lo hacía por alguna otra razón más que para que Michael pareciera un espectáculo? Pero precisamente por eso ¿por qué Michael permitió que se lo viera de esa forma? Hubo también muchas opiniones moralistas de Martin sobre Michael y su vida sobregrabadas.

Michael estaba en su casa, en Neverland, con unos amigos y consejeros, cuando vio una copia anticipada de *Viviendo con Michael Jackson*, justo antes de que fuera emitido en el Reino Unido. Esperaba que le complaciera. «Sin embargo, a los cinco minutos supo que no iba a estar nada contento —dijo un socio—. Miró en silencio. Podías oír una aguja caer en la habitación, nadie quería decir una palabra. Cuando terminó, estaba callado. Repetía: “No puedo creer que me haya hecho esto”. Se discutió mucho sobre la posibilidad de bloquear la transmisión del programa, pero había muchas expectativas. Mike bebió mucho vino esa noche, tratando de aplacar el disgusto. No fue hasta el día siguiente que se enfadó. En ese momento estaba decidido a que no fuera emitido. Sus abogados le dijeron que no había forma de

bloquearlo. “No me digáis eso ahora. Encontrad una forma”, dijo, enfadado. Sin embargo, nunca fueron capaces de hacerlo».

En el análisis final, a pesar de todo, Michael decía lo que decía y actuaba de la forma en que actuaba, la edición engañosa no tenía nada que ver con que él, a la edad de cuarenta y cuatro años, aparecía cogido de la mano y riéndose con un superviviente de cáncer de doce años, y admitiendo que algunas veces dormía en la misma habitación que él. El joven recordaba, acariciando con su nariz el hombro de Michael: «Yo decía: “Michael, tú puedes dormir en la cama”, y él decía: “No, no, duerme tú en la cama”, y yo decía: “No, no, no, duerme tú en la cama”, y entonces dijo: “Mira, si me quieres, tú dormirás en la cama”. Y yo dije: “¡Uf!”. Así que finalmente dormí en la cama». (Michael durmió en el suelo).

Mientras el muchacho hablaba, Michael lo observaba sin parar, claramente queriendo comunicar su afecto y devoción. Una vez más, por sus propias acciones, se había presentado al mundo de un modo que causaría sorpresa y estupor. Michael le dijo a Martin: «He dormido en una cama con muchos niños. ¿Por qué no puedes compartir tu cama? Lo más amoroso que puedes hacer es compartir tu cama con alguien. Cuando dices “cama”, la gente piensa en algo sexual. Lo hacen sonar sexual; no es sexual. Vamos a dormir, los arropo y pongo un poco de música, y cuando es el momento del cuento, leo un libro. Nos dormimos con la chimenea encendida. Les doy leche tibia, ¿entiendes?, comemos galletas. Es encantador, es muy dulce, es lo que todo el mundo debería hacer».

Por supuesto, talento y excesos van de la mano en el mundo del espectáculo, y en algunas cosas Michael Jackson podría no ser más excéntrico que ciertas estrellas de la historia del pop. Basta imaginar lo que podría haber sido *Viviendo con Elvis* en sus peores años, recluido en Graceland, paranoico y drogado. El problema para Michael es que ha estado mostrando sus excentricidades durante más de quince años, desde el tema de la cámara hiperbárica de 1986. «No, yo soy Peter Pan —le dijo a Martin Bashir.— Soy Peter Pan en mi corazón». Ese tipo de declaraciones nunca le hicieron bien ante la opinión pública; su imagen loca sólo sirve para disminuir su importante valor tan duramente ganado en el campo del espectáculo.

Quizá Lisa Marie lo dijo mejor al escritor de *Playboy* Rob Tannenbaum: «Durante un tiempo, Michael fue como el mago de Oz, el hombre detrás de la cortina. En un momento, era muy bueno manipulando una imagen como la de Howard Hughes. Se convirtió en una especie de figura absolutamente imponente. Pero en algún punto se volvió en su contra y se convirtió en un fenómeno (a los ojos de parte del público). Y ahora no puede salir de ahí. Cuando eres el rey de tu propio palacio, no hay moral o integridad o ética. Todos besarán tu trasero y luego te darán el empujón que te hará caer».

Después de que *Viviendo con Michael Jackson* se transmitiera en Estados Unidos, un nada feliz Michael puso en circulación una declaración diciendo que se sentía «devastado» y «absolutamente traicionado» por el documental, que lo vio como «una

gran distorsión de la verdad» y un «intento barato de presentar erróneamente» su vida y sus habilidades como padre. Michael sentía claramente que el periodista lo había traicionado. Culpando del tono sensacionalista del documental a la edición y a lo que interpretó como mala fe de Bashir, Michael lanzó luego una ofensiva del tipo «derecho a réplica» al publicar un extracto de dieciséis segundos que, según esperaba, dejaría a Bashir como un completo idiota.

En *Viviendo con Michael Jackson*, Martin acusó a Michael de tener poco tiempo para sus propios hijos: Prince Michael I, por aquel entonces de cinco años; Paris Katherine Michael, de cuatro; y el bebé Prince Michael II. De los vástagos Jackson, Martin observó: «Los niños están reprimidos. Están sobreprotegidos». Señaló a Michael como «averiado, infantil y obsesionado consigo mismo». Dijo: «Quedé bastante triste y profundamente perturbado con lo que vi».

Sin embargo, en el material de Michael, Bashir dice efusivamente:

—Tu relación con tus niños es fantástica. De hecho, casi me hace llorar cuando te veo con ellos porque su interacción es tan natural, tan cariñosa y tan atenta… Todos los que entran en contacto contigo lo saben.

Michael Jackson responde:

—Gracias.

¿Esta filmación hace que Martin Bashir parezca un mentiroso y Michael, un padre ejemplar? Quizá, para algunos, era así. Para otros, no era para nada sorprendente que un entrevistador intentara entrar en confianza con la persona con la que está hablando para así alentarla a ser más sincero.

Entonces se decidió que Michael lanzara un documental de dos horas sobre su vida, tal como la veían él y algunos en su círculo cercano. Fox-TV, en Estados Unidos, le pagó dos millones de dólares por los derechos a *La entrevista a Michael Jackson: El material que nunca debías haber visto*, y luego el programa fue vendido alrededor del mundo. Dado que su interpretación del material no incluido de Martin Bashir no hubiera sido suficiente para sostener un documental, Katherine y Joseph fueron traídos para defenderlo, al igual que otros, tales como su hermano, Jermaine; su maquilladora, Karen Faye; y Debbie Rowe.

El intento de Debbie de explicar su relación con Michael, y con sus hijos, pudo haberle hecho más daño que beneficio. «Mis niños no me llaman mamá porque no quiero que lo hagan —dijo—. Son los hijos de Michael. No es que no sean mis hijos, pero los tuve porque quería que él fuera padre. La gente hace comentarios: “No puedo creer que deje a sus hijos”. ¿Dejarlos? ¿Yo dejé a mis hijos? Yo *no* dejé a mis hijos. Mis hijos están con su padre, donde deben estar. No lo hice para ser una madre… Si me llamara esta noche y me dijera tengamos cinco [hijos] más, lo haría en un santiamén».

Parece bien intencionada. Sin embargo, la relación poco convencional de Debbie con Michael, y especialmente con sus hijos, deja a la gente perpleja, sin importar cuánta lógica ella trate de imponerle. Es probable que sea mejor dejarlo sin divulgar,

sin explotar.

Después de que los documentales antagónicos fueron retransmitidos —el de Martin y el de Michael—. Michael despidió una vez más a su abogado de toda la vida, John Branca, esta vez, por fax. John dijo estar apenado por irse, pero también un poco aliviado. El suyo había sido un trabajo agotador, intermitente durante veinticinco años, resultando aún más agotador cuando Michael dejó de escuchar su buen consejo. Como amigo y abogado durante tanto tiempo, era difícil para él ver a Michael tomar algunas de sus decisiones. Además, la mujer que era mánager de Michael en ese momento, Trudy Green, también renunció. Ella, también supo que Michael había hecho un trato con Bashir cuando ya era demasiado tarde para hacer algo al respecto. Entonces, Michael despidió a su contable, Barry Siegel, como limpiando completamente la tienda.

En ese mismo momento, una página web publicó documentos nunca antes mostrados recabados por las autoridades una década antes, cuando Jordie Chandler detalló su supuesto abuso sexual a manos de Michael. Tenía que suceder; más recordatorios de la vieja desdicha con Jordie y Evan, y todo como el resultado de la apariencia de incorrección que resultó de la filmación de Michael cogido de la mano con un niño de doce años en el documental de Martin Bashir. Tras la divulgación del tremendo documento de cinco páginas, Michael envió un comunicado diciendo que él «ha respetado la obligación de confidencialidad» y que la declaración de Jordie sólo estaba siendo utilizada para «desprestigiar aún más» su persona. «Nunca se va a ir, ¿no?», le preguntó a un asesor, sintiéndose desgraciado. Justo cuando podía olvidarse de Jordie Chandler por un tiempo, tenía que serle recordado una vez más. «No es justo. ¿Por qué los medios no me dejan en paz? —preguntó—. ¿Por qué?».

Si Michael quiere de verdad redimirse, quizá debe hacer lo único que nunca ha hecho, unirse a nosotros, el público general, en el reconocimiento de los aspectos extraños y perturbadores de parte de su comportamiento y atribuirlos a algo, en vez de continuar actuando como si no existieran. En cambio, envía comunicados como el que siguió a la entrevista con Martin Bashir, en donde dijo: «Me desconcierta hasta dónde es capaz de llegar la gente para retratarme tan negativamente». Luego, permite a sus defensores salir al frente con sus proclamas: «No está loco. Es el público el que está loco. No está chiflado. Es el público el que está chiflado. ¿Por qué no lo comprenden? ¿Por qué no lo entienden?». Más bien, uno quiere que sea Michael Jackson el que finalmente «lo entienda», se disculpe por cualquier hecho percibido como incorrecto y diga: «A decir verdad, no sé en qué estaba pensando».

HIStory, Blood on the dance floor e *Invincible*

Michael Jackson sobrevivió a las tremendas acusaciones de abuso de menores de una década atrás, pero no sin un daño considerable en su carrera discográfica. De hecho,

la venta de sus discos bajó de manera drástica desde 1993.

En 1995 se produjo un CD doble, *HIStoryPast, Present & Future, Book 1*. El paquete alardeó de quince de sus grandes éxitos («Beat It», «Billie Jean», y el resto) y quince nuevas canciones, entre las cuales estuvieron «Stranger in Moscow», la elegante «Earth Song» y «Scream» (con Janet, la primera y única entrega del paquete).

«You Are Not Alone», también incluida, permanece entre las mejores canciones de Michael; en América Latina este tema hizo historia por convertirse en la primera canción que llegó sin escala al puesto número uno de éxitos de *Billboard* en su primera semana. También encabezó las listas de Gran Bretaña, tras un debut en el puesto número tres. Al escuchar «You Are Not Alone», uno se pregunta cuántas veces Michael intentó decirse a sí mismo, durante sus más desesperados y angustiados tiempos, que él realmente tenía apoyo en su vida, de un poder más alto, incluso de familia y amigos, sin importar si él en realidad lo creía o no.

El único problema con «You Are Not Alone» fue su extraño vídeo, en el cual Michael y Lisa Marie retozan casi semidesnudos contra un telón etéreo. «No sé por qué lo hice —dice Lisa—. Me vi envuelta en un momento. Era bastante *cool* estar en un vídeo de Michael Jackson. ¡Vamos!». En realidad, la semidesnudez no tenía sentido y era un poco desconcertante; al verlos, uno deseaba que se pusieran la ropa de nuevo.

Otra canción destacada de Michael es la nueva versión de «Smile» de Charlie Chaplain. ¡Qué interpretación vocal y cuánta entrega le da a esta canción!

Nunca sonó más sincero, más magnífico. La canción fue programada para su lanzamiento como un sencillo, pero la misma fue cancelada en el último minuto, cuando se decidió que probablemente no era comercial. Sin embargo, algunos CD promocionales —ahora un artículo de coleccionista— finalmente se escaparon, con los cuadros de Michael cuidadosamente vestido como Charlie Chaplain.

Se construyeron enormes estatuas de Michael y se descubrieron en algunas ciudades europeas para coincidir con la salida del disco. (¡Sólo Michael puede tener una enorme estatua suya colocada bajo el Támesis como un truco publicitario!). Estalló también una controversia sobre la letra de «They Don’t Care About Us», con Michael acusado de antisemitismo por sus frases «kike me» y «jew me». Por esta razón, él decidió sustituirlas por «strike me» y «dome».

De cualquier manera, cualquier publicidad para Michael resulta ser una buena publicidad cuando él se encuentra promocionando un disco. Su álbum *HIStory* llegó a vender cerca de quince millones de copias en todo el mundo, sólo una posición por debajo de *Dangerous*, que había conseguido llegar a vender 27 millones (*Bad* vendió 25 millones de copias; *Thriller* alcanzó un récord de 52 millones, y *Off the Wall*, 15 millones de copias). Aún hoy, *HIStory* continúa siendo un éxito muy importante, tanto desde el punto de vista artístico como comercial, a pesar de haber sido ignorado enormemente por los medios, distraídos todavía con su turbulenta y muy entretenida

vida personal.

El álbum de Michael, editado en 1997, *Blood on the Dance Floor - HIStory in the Mix*, contenía cinco nuevas canciones y ocho que no habían sido lanzadas antes, remixes bailables de temas como «Scream», «You are Not Alone» y «An Stranger in Moscow» del álbum *HIStory*. Muchas de las restantes canciones de *Blood* son también memorables. Se destaca «Ghosts» con un vídeo largo y de sello particular en el cual él se transforma en un viejo hombre blanco sin ritmo.

La mala noticia para Michael fue que la colección lanzada no había sido un éxito en Estados Unidos; fue dejado de lado por los críticos y por gran parte de su audiencia, confundida al no poder discernir si se trataba de un nuevo lanzamiento o sólo de una especie de combinación híbrida de canciones ya editadas. De cualquier manera, los fans británicos no se vieron decepcionados: *Blood* fue un verdadero bombazo en el Reino Unido, empezando por el sencillo «Blood on the Dance Floor», el cual debutó como número uno, y siguiendo luego el álbum. En verdad, no hay nada en su catálogo entero como «Blood on the Dance Floor», una canción que muchos de sus fans estadounidenses ni siquiera saben que existe; fue muy ignorada. Sin embargo, fue escrita y producida por él mismo.

Blood sólo vendió cuatro millones de copias en todo el mundo. A pesar de que no resulta justo comparar las ventas de un álbum con mayoría de remixes con las ventas de otros de sus productos, esto ya era una muestra de debilidad. Esto y el vídeo de «Ghosts», como mucho de lo que Michael hizo durante ese tiempo, se perdió en la permanente controversia de su mundo: la permanente confusión acerca de los menores, Lisa Marie, Debbie Rowe… Sin ello, este trabajo estelar habría encontrado, sin duda alguna, una audiencia receptiva.

Debe destacarse que fue producto de esa muestra de debilidad que los ejecutivos de la firma Sony dejaran de ver a Michael como «invencible». No rodarían cabezas, como se supo, si él tuviera un enorme fracaso o bien estuviera disconforme con la compañía. Después de la decepción de *Blood on the Dance Floor* en Estados Unidos, Michael Jackson nunca volvió a ser una prioridad para la compañía.

Invincible (lanzado en octubre de 2001) fue, al parecer, el disco más caro jamás producido. Sony le adelantó a Michael cerca de cuarenta millones para hacerlo. Luego gastaron otros 25 millones para promocionarlo (aunque es difícil detallar cómo semejantes fondos fueron administrados, ya que la promoción del disco fue muy pobre).

Desde el comienzo, Michael no pareció muy exultante con el proyecto, y tal vez esa falta de entusiasmo y concentración empezó a ser evidente para algunos oyentes. El hecho de que llevara tres años componer el álbum —más de cincuenta canciones fueron producidas, mezcladas y remezcladas, con compositores y productores siendo contratados y despedidos, contratados y despedidos una y otra vez— hizo que algunos observadores sintieran que Michael era, como un productor expresó, un «enfermo de muerte en el negocio».

Michael comenzó a batallar con Sony nada más empezar la producción de *Invincible*. Él había pensado que los *royalties* de sus álbumes más vendidos (*Thriller, Bad, Dangerous*, etc) iban a retornar a él en 2000, y contaba los días para que eso ocurriera. Así, él sería capaz de promocionar y comercializar las canciones por sí mismo de alguna manera o con otra firma, de modo que no tuviera que dividir las ganancias con Sony. De todas formas, cuando sus asesores analizaron el contrato, descubrieron que esos *royalties* volverían a manos de Michael si él lanzaba, al menos, un nuevo disco cada dos años, lo cual nunca iba a suceder en el mundo de Michael Jackson, uno en el que pasan años para producir un solo proyecto. Hubo incluso un disco de Navidad especificado en el contrato (él no hacía uno de éstos desde 1970 junto a los Jackson 5), lo cual Michael dijo desconocer, al igual que un par de bandas sonoras.

Michael se encontraba un paso atrás en este calendario propuesto de lanzamientos, el cual nunca podría alcanzar y ni siquiera pensaba intentarlo.

Sin embargo, por cada álbum que él no realizara y lanzara, es decir, la mayoría de ellos, Sony tenía la facultad de añadir unos años extra a la cuenta regresiva de la devolución de los *royalties* de los discos anteriores. En ese estado de cosas, era más probable que Michael se volviera más anciano que Dios antes de lograr que los derechos de sus álbumes más vendidos le fueran devueltos.

Tras algunas investigaciones en el asunto, se supo que el mismo abogado que había representado a Michael en este contrato, también había representado a Sony. (¿Cómo —se pregunta uno— fue permitido que esto ocurriera?). Por ello, Michael intentaba escapar del contrato entero con Sony, usando, el obvio conflicto de intereses en esta negociación como palanca… Finalmente se decidió que sería posible dejar Sony, pero no antes de que hubiera lanzado *Invincible*, además de un disco de grandes éxitos y una caja recopilatoria.

Sin embargo, ligado o no a la firma, Michael debe a Sony cientos de millones en adelantos, préstamos y otras cantidades que la compañía había invertido en su caótica vida personal y carrera profesional. Michael estaba tan decepcionado por la situación con Sony que realmente no deseaba producir ningún otro disco para ellos.

Si recibía una llamada telefónica durante la grabación de *Invincible* en el estudio, eso podía significar el fin de un día de trabajo. «Lo siento, tengo negocios que atender», anunciaba mientras caminaba hacia la puerta. Si tenía que ir al baño, el equipo de producción se preocupaba porque Michael podía huir y no saberse más de él durante días. «Es un artista —sostuvo un productor—. Y los artistas suelen ser bastante locos».

De cualquier modo, cuando el álbum fue finalmente lanzado, quedó demostrado algo que muchos de los partidarios de Michael ya sabían: él es el mejor cuando graba su propio material, como el sublime «Speechless», único tema escrito por él (en aproximadamente cuarenta y cinco minutos, él afirma, tras una pelea acuática de globos con sus hijos) y producido íntegramente por Michael de principio a fin. Sin

embargo, no parecía tener el fuego que podía hacer que escribiera y produjera su propia música, por lo que *Invincible* fue una gran recopilación de material de compositores y productores externos, como Rodney Jerkins, el cerebro creador de éxitos de los Backstreet Boys, Britney Spears, Brandy y Destiny's Child. Para que Michael lograra un álbum exitoso en ventas debía escribirlo y producirlo él mismo en su totalidad. Tenía aún entonces el toque mágico, la ambición y, tal vez, la confianza en sí mismo.

El primer corte del álbum fue una canción concebida por Rodney Jerkins «You Rock My World». Había sido una decisión de Sony; Michael estaba en desacuerdo y peleó por la más optimista y probablemente más comercial canción, «Unbreakable», para ser lanzada. Él ya había concebido el vídeo para la canción. Es interesante cómo, aún a estas alturas de su carrera, sus decisiones eran vetadas por su firma. Finalmente, «You Rock My World» alcanzó el décimo lugar en Estados Unidos, pero rápidamente fue desplazado en el *ranking*. Las ventas en el resto de Europa fueron comparables, un Top Ten en la mayoría de los países, pero no un éxito descomunal.

El vídeo de «You Rock My World» fue un error de cálculo; parecía tratarse de un *remake* del vídeo de «Smooth Criminal» pero con Michael en un traje negro en vez de blanco. En la mayor parte de la producción, Michael parece estar camuflándose la parte superior de la cara con su sombrero, llevando al espectador a preguntarse qué es lo que está intentando ocultar. Nuevamente, no parecía inspirado por el concepto, aun cuando hubiera una aparición extraña de Marlon Brando. Hubo debates críticos entre Michael y Sony en torno al presupuesto del vídeo y, en el momento en el que la producción estaba a punto de comenzar, él estaba, como uno de sus íntimos allegados declaró, «acabado». Los bailarines habían ensayado durante días antes de que Michael apareciera en el set. Cuando finalmente se presentó, realizó muchos de los pasos bruscos y robóticos que supo hacer durante años, como atrapado en su propio mito y temeroso de salir de allí.

Algo que destacaba en *Invincible* es el espumoso «You Are My Life», de Carole Bayer, Kenny *Babyface* Edmonds y John McCIain. Fue grabado justo cinco semanas antes de que el álbum fuera lanzado, así es como hasta el último momento en el calendario seguían considerando el material.

Los autores hicieron escuchar a Michael la canción un jueves, él se mostró fascinado, cambió la letra de «You Are My World» por «You Are My Life» (¡y obtuvo así un crédito en la autoría de la canción!) y fue grabada la tarde siguiente. John McCIain, un ejecutivo de Dream Works Records, ha sido, durante décadas, uno de los más capaces y acreditados asesores de Michael. ¡Escribió la canción basándose en un ejercicio de su dedo creado para tocar su guitarra!

El segundo sencillo del álbum fue «Cry». De todos modos, Michael estaba tan enfadado con Sony por el presupuesto destinado al vídeo que incluso rechazó participar en el mismo. Luego, el delicioso «Butterflies» comenzó a recibir promoción radiofónica y podría haberse convertido en un verdadero *hit*. Sin embargo,

una vez más, Jackson y Sony batallaban en torno al vídeo y la producción del mismo fue cancelada al igual que el lanzamiento comercial de la canción.

Las líneas de batalla se agudizaron entre Michael y Sony, dando origen a una guerra tan amarga que contribuiría al fracaso comercial de *Invincible*. Los ejecutivos de la firma, todos alineados con su cacique, Tommy Motolla, no tomaron en consideración nada de lo que Michael pensaba; él estaba ahora muy abajo en su lista de prioridades.

Su excelente canción, «What More Can I Give?» (grabada con un elenco invitado de estrellas del pop a raíz del atentado del 11 de septiembre de 2001, en un esfuerzo similar al de «We Are the World») fue dejada de lado por la firma. Por supuesto que Michael no ayudó en el asunto al contratar a un joven director homosexual para dirigir el vídeo; era su amigo y Jackson no sentía que hubiera nada malo en esa asociación. No obstante, inadvertidamente, Michael le dio a Sony munición para usar en su contra. Frustrado y molesto por estos y otros pecados, Michael se lanzó a una terrible e insensata campaña en contra de Tommy Motolla, celebrando una conferencia de prensa y otros eventos públicos en el verano de 2002 para llamarlo «racista», insistiendo en que él era «muy, muy, muy… diabólico». No era ése su mejor momento.

Finalmente, *Invincible* vendió sólo cerca de diez millones de copias en todo el mundo, un golpe aplastante para Michael, del mismo modo que para los fans, leales, que lo acompañaron con mayor devoción y organización que lo que, posiblemente, su propia empresa, Sony, hiciera. Aunque ingresó en las listas *Billboard* como número uno, rápidamente se hundió, cayendo del Top Ten en un mes. También debutó en el número uno en el Reino Unido, Alemania, Holanda y otros países, pero no duró en el Top Ten de esos *rankings* tampoco, excepto en Francia, donde logró mantenerse en el número uno durante tres semanas. (En Gran Bretaña abandonó el Top Ten por completo en tres semanas). Los comentarios eran, generalmente, terribles y con frecuencia, injustos, focalizándose en la naturaleza inusual del artista más que en su música. Tal vez las expectativas habían sido tan altas en relación a un nuevo álbum de Michael Jackson, que no existía manera alguna de grabar algo a la altura de las circunstancias (y menos atrapado en el fuego cruzado de tan ásperos intercambios entre el artista y la discográfica).

Justin y Britney

Michael Jackson intenta mantenerse al día con las tendencias musicales, como se hizo evidente en la producción de hip-hop del disco *Invincible*. Una manera en la que intenta hacerlo es manteniendo líneas abiertas de comunicación con jóvenes y populares artistas, como el inquietante cantante pop Justin Timberlake. Michael era un gran admirador suyo y se decidió a conocerlo. Un par de años antes, cuando Justin

tenía cerca de veinte años, Michael le pidió a Wade Robson (quien, cuando él era adolescente, fue alentado por Anthony Pellicano a decir que había dormido inocentemente en la cama con Michael), que arreglara una cita. Robson era amigo de Timberlake y trabajaba con él y con ’N Sync como coreógrafo.

—¿Estás bromeando? —dijo Justin cuando Robson le preguntó si estaría interesado en conocer a Michael—. Diablos, sí. ¿Quién no querría conocer a Michael Jackson? Él es mi ídolo.

La cita iba a tener lugar en el Hotel Four Seasons de Nueva York.

A la hora acordada, Wade, su novia, Mayte García (exmujer de Prince), y Justin aparecieron en el vestíbulo del hotel… con la novia de Justin, Britney Spears. Britney, quien es una gran admiradora de Michael, sencillamente no podía resistirse a ir también.

—¡Oh, no! —manifestó Michael cuando fue informado de que Justin había traído a Britney—. Yo no la invité. ¿Por qué tenía que traerla?

—Bueno, ella es su novia, Mike —dijo uno de sus asesores.

—Oh, amigo. ¿Estás bromeando? —enfatizó Michael—. ¿Ha traído a su novia? Maldición. Yo sólo quería conocer a Justin. Tal vez ella podría esperar abajo o algo así, ¿no?

La idea de que Britney Spears esperara en el vestíbulo del hotel mientras Michael se divertía con Justin, Wade y Mayte, no era algo que sus socios sintieran que pudiesen sugerir.

—Mike, mira. No puedes hacerla permanecer esperando en el vestíbulo —dijo uno de ellos—. ¿Qué van a pensar? Ella es una de las artistas más grandes del negocio, Mike, ¡por favor!

—Oh, amigo. —Michael protestó otra vez, amargado por el devenir de los hechos —. Maldición. Ella sólo va a entrometerse.

Así siguieron las discusiones. Finalmente, Michael permitió que ambos subieran a su *suite*.

Una vez que llegaron allí arriba, a pesar del episodio anterior, Michael quedó encantado con Justin y Britney. Ellos estaban tan emocionados por conocerlo que prodigaron más elogios que los que Michael posiblemente pudiera haber recibido en una semana.

—¿Qué tal cuando hiciste la «caminata lunar» en ese Motown *show*? —Justin expresó, trayendo a la conversación un recuerdo—. Eso fue tan increíble. Eres el más grande, Michael. No puedo creer que esté de pie aquí frente al maldito Michael Jackson.

—¿Y cómo fue lo del vídeo de «Thriller»? —Britney se entusiasmó—. Eso fue lo mejor. Tú revolucionaste los vídeos. Eres claramente el mejor.

Su influencia indeleble en el pop moderno está tan arraigada y es de tan largo alcance que no es sorprendente que Justin y Britney estuvieran deslumbrados de estar en su presencia. Michael sonrió; en lo que concierne a las estrellas adolescentes del

pop de esos días, él era todavía una gran refencia[13].

Todos quieren enloquecer

Michael Jackson ganó cerca de quinientos millones de dólares en su vida, cien millones sólo en 1982 con el álbum *Thriller*. Un artículo publicado el año pasado por una revista de negocios, *Forbes*, estimaba su patrimonio neto en trescientos millones de dólares, pero advertía que había incurrido en grandes deudas y que sus gastos parecían estar fuera de control.

Aunque Michael ha realizado algunas inversiones muy hábiles, ha experimentado dificultades financieras en los últimos años por sus altos gastos generales. Gastaba dinero como loco, como quedó demostrado cuando se mostró despilfarrando cerca de seis millones de dólares en pocos minutos en jarrones barrocos y urnas, con las cámaras de Martin Bashir rodando en Las Vegas. «Quiero ésa —exclamaba—, y esa otra y ese otro y ése… ¿Cuánto cuesta ésa?». (De todos modos, devolvió mucha de la mercancía después de que el programa fuera emitido, remordimientos del comprador tal vez… o quizá una reconsideración de su gusto en el mobiliario).

Su equipo de ciento veinte personas le costaba alrededor de trescientos mil dólares al mes. En más de una ocasión, la compañía que le alquilaba gran parte del equipamiento del parque de atracciones había amenazado con recuperarlo; Michael tuvo que salir del aprieto con pagos de emergencia, no siendo posible, por ende, pagarle a algunos empleados. Los gastos mensuales de Neverland están alrededor de 1,2 millones de dólares.

Un par de años atrás, Michael utilizó la mitad de su capital del catálogo de Sony/ATV música como garantía para pedir prestados 200 millones de dólares. (Michael compró ATV en 1985 por 47,5 millones de dólares. Diez años más tarde, en 1995, vendió el 50 por ciento de ATV a Sony por un valor de 90 millones de dólares. Sony/ATV, por supuesto, es dueño de los derechos de publicación de cientos de canciones de los Beatles, así como también de otras más de cuatrocientas mil canciones, incluyendo algunas de Elvis y Madonna). Sony garantizaba el préstamo de 200 millones de dólares para Michael. Sin embargo, si él quebraba, la compañía podía pasar a reclamar su parte de ATV.

«Él es una bomba financiera de relojería que está esperando explotar», reivindicó el abogado de Myung Ho Lee, su exdirector financiero des de 1998 hasta 2001, quien lo demandó por atrasos en el pago. (El caso fue resuelto en junio de 2003).

Probablemente, con el fin de cumplir con el préstamo, Michael podría llegar a pedir prestados 200 millones de dólares a alguien más, pagaría al prestamista original y luego debería el dinero a alguien nuevo. Nunca fue razonable cuando de finanzas se trata, pero siempre vivó como un rey.

De acuerdo con las diferentes demandas judiciales en su haber, él debía cientos de

miles de dólares a sus abogados, publicistas e incluso compañías de limusinas; aparentemente, la gente que trabajaba para él, esperaba ser remunerada luego porque valía la pena simplemente estar cerca de él. ¡Debía dinero al constructor que contrató para edificar Neverland!

Todos aquellos que predijeron su ruina financiera olvidaban que él era una persona con la que los poderosos querían codearse, sin importar nada más, un hombre famoso que se relacionaba con la élite internacional. Siempre existía alguien, en algún lugar, dispuesto a sacarlo de prisión bajo fianza, si se hacía necesario hacerlo, aunque fuera arriesgado. ¿Por qué? Porque era *Michael Jackson*.

A pesar de ello, los 200 millones de dólares no llegaron hasta 2006. En el mundo de Michael eso era mucho tiempo. Hay momentos en los que sólo intenta pasar la semana; su ojo no está enfocado claramente en lo que va a pasar en tres años. También confiaba en la idea de que él podía erradicar toda la cuestión financiera haciendo una cosa que, bajo ningún punto de vista, deseaba hacer: una gira.

Un par de discos no exitosos, vídeos y algunas malas sentencias no podían aún mitigar la gloria que había sido la carrera de Michael Jackson durante décadas. Su gira *HIStory*, en 1997, fue un éxito monumental para él, marcando récords de asistencia en cada destino. El público podía no acompañarlo tanto como lo hizo antes de los juicios, pero todavía vendía conciertos a sala llena aun después del escándalo.

Por ejemplo, él temía tener problemas en sus espectáculos en Estados Unidos, y estaba particularmente nervioso por dos fechas en enero de 1997 en Hawái, sus dos primeros espectáculos en Estados Unidos tras el escándalo (y su primera gira por Estados Unidos desde 1989). A pesar de ello, sus dos espectáculos (4 y 5 de enero de 1997, en Honolulu) fueron de un éxito enorme para él. Mientras ningún otro concierto musical había sido capaz de agotar las entradas del estadio, los de Michael lo hicieron en menos de un día desde la puesta en venta de las entradas. El promotor de Hawái, Tom Moffatt, se entusiasmó: «Nunca había visto algo como esto… no ha habido nunca nada, ni siquiera los Rolling Stones, Elton John, Julio Iglesias, The Eagles han estado cerca de esto». Evan Chandler pudo haber pensado que podía «arruinar» a Michael Jackson… y tal vez realmente le haya causado mucho daño en lo que a las ventas de los discos se refiere, pero no cuando se trata de la asistencia a sus conciertos.

En 2001 le ofrecieron 10 millones de dólares por actuar sólo dos noches en Las Vegas. También tenía garantizados 100 millones de dólares por una gira nacional. ¿Imaginan lo que podría recibir por una gira mundial? Podría ganar suficiente dinero como para olvidarse del préstamo del banco, más cualquier cosa que él pudiera requerir para cubrir su presupuesto en la juguetería Toys ’R’ Us. «Pero me absorben mucho —me dijo acerca de las giras, en 1995—. Es como una maratón de dos horas, cada concierto. Lo juro. Debo de perder cerca de cuatro kilos y medio por concierto. Las expectativas son muy altas. Es duro».

Michael también gastaba fortunas en regalos para niños, a algunos de los cuales

conocía pero a algunos otros no directamente, sino a través de fundaciones benéficas.

También, por supuesto, gastaba mucho dinero en él mismo: por ejemplo, en junio de 1999, pagó 1,54 millones de dólares en una subasta de Sotheby's para obtener la mejor foto de David O. Selznick en *Lo que el viento se llevó*. Más aún, es muy generoso con sus amigos, como Elizabeth Taylor, quien está acostumbrada a recibir regalos, y Michael no defrauda con los mismos. No dudó en gastar 10.000 dólares en un perfume para ella.

Desafortunadamente, para hacerle la vida más complicada, Michael siempre se ve envuelto en pleitos legales de gente para la cual él ha sido negocio en el pasado: expromotores, productores, directores, contables, inversores, empleados que después le han reclamado decenas de millones de dólares. Parece que los pleitos legales no paran de llegar. Brian Oxman, quien ha representado a Michael y a algunos de sus hermanos durante más de diez años, dice que Michael ha prestado cerca de quinientas declaraciones ante la ley en toda su vida e, increíblemente, se vio envuelto en más de mil quinientos pleitos legales. Si uno se imagina que Michael no comenzó a verse involucrado en litigios hasta que no fue un artista profesional de diez años de edad, y es bastante improbable que los pleitos comenzaran tan temprano, ascenderían a treinta y cinco los años de litigios, o a un promedio de cuarenta pleitos por año.

Michael, por supuesto, no es el único en ser citado a declarar, todos los litigantes son citados del mismo modo. Tales interrogatorios luego son de dominio público y, frecuentemente, son la base de afirmaciones interesantes. Como resultado de la declaración de Michael en un pleito contra él, *Vanity Fair* informó que él había contratado a un médico brujo llamado Baba para sacrificar cuarenta y dos vacas con el fin de maldecir a David Geffen, Steven Spielberg y docenas de otros en una «Lista Negra». Claro, es absurdo, pero en el mundo de Michael —uno en el cual él se lleva a su bebé raudamente del hospital «con toda la placenta y todo sobre él»— se podría argumentar que todo vale.

En la canción de Michael «Tabloid Junkie» escribió: «Sólo porque lo lees en una revista o lo ves en una pantalla de televisión, eso no lo hace verdadero». Debería haber agregado… «o leerlo en una declaración».

Michael se pone ansioso con cada nueva querella que presentan en su contra, pero normalmente no hasta que la citación legal lo involucra personalmente a él, lo cual suele ocurrir en el momento de la declaración. «En algunas ocasiones del pasado, él no ha comido como debiera —dijo Oxman—. Puede concentrarse mucho y ponerse muy nervioso frente a una declaración. No le gustan los pleitos legales, y lo enferma tener que lidiar con acusaciones que la gente arroja sobre él. Está cansado de ser demandado, pero es el tipo de vida que Michael Jackson lleva. Nadie quiere ser razonable. Todos quieren enloquecer».

Padres e hijos

Tal vez no resulte sorprendente que la persona más afectada por el documental *Viviendo con Michael Jackson* de Martin Bashir, quizás más que ninguna otra persona en la familia de Michael Jackson, fuera su padre, Joseph. Cada vez que ve a Michael en la televisión describiendo cómo fue golpeado de niño, Joseph no puede evitarlo pero se estremece.

Hoy, Joseph se arrepiente de muchas de sus acciones, desea que él haya elegido otras opciones como padre, aun cuando deba poner límites. Michael habló por primera vez de su opinión sobre su padre en una entrevista en 1993 realizada por Oprah Winfrey. «Hubo momentos cuando venía a verme en los que yo me enfermaba —afirmaba Michael—. Empezaba a vomitar. Él nunca me ha escuchado decir esto —agregó Michael—. Lo siento —dijo mirando a la cámara—. Por favor, no te enfades conmigo —se apresuró a decir—. Realmente le quiero».

Luego, Joseph, visiblemente herido, fue a la televisión a decir: «Yo no sabía que estaba vomitando, pero si realmente estaba vomitando, lo hizo durante todo el camino al banco». Fiel a la naturaleza de su relación conflictiva, Michael se sintió tan afligido por sus palabras en el programa de Oprah que, para mostrar su profundo arrepentimiento, le compró a Joseph un nuevo automóvil.

«Fui duro con él —me dijo Joseph acerca de Michael unos años antes de su entrevista con Oprah. En ese momento, él y Michael ni siquiera se hablaban; la razón de su desacuerdo no era conocida por mí—. Mira, la cuestión es que yo quise que él supiera que el mundo no era un bonito lugar. —Joseph siguió—: Él era tan especialmente sensible, mucho más que otros niños, que yo estaba preocupado por él. Katie y yo también lo éramos. Así que, sí, lo admito —expresó un poco a la defensiva —. Fui muy duro con él. Tal vez, demasiado, ¿no? —Sus ojos buscaron una respuesta en mi cara—. Tal vez yo debería haberme retractado. No lo sé. Yo sé hacer esto. Lo haría de manera diferente hoy día. —Sacudió su cabeza tristemente y concluyó—: ¿Qué padre no quisiera tener la oportunidad de volver atrás y hacerlo… de manera diferente?

En febrero de 2003, Michael era cuatro años mayor que Joseph cuando éste decidió llevar a sus talentosos hijos a Motown a una audición para la compañía. En ese entonces, Joseph era vigoroso y tenía ganas de dar pelea, discutiendo con Berry Gordy y Ewart Abner, jugando de espaldas a su esposa, dándole órdenes a sus hijos, a su peculiar manera. Ahora se le veía más tranquilo. Algunas veces, con dificultades para levantarse de la silla.

Aquellos que mejor lo conocen dicen que a los setenta y tres años cumplidos, Joseph Jackson, ya en su tercera edad, se ha vuelto más sentimental e incluso nostálgico del pasado. Desea que su relación con su esposa y sus hijos sea mejor, más sana. De algún modo, ha intentado restablecer la relación con Katherine, especialmente en los últimos diez años. A pesar de todo lo que le ha pasado a su familia —las peleas internas, la política familiar, el dolor, la ira, la traición y la desilusión—. Joseph y Katherine, de setenta y dos años, permanecen unidos como

marido y mujer. Han estado casados durante más de cincuenta años. Los nombres de las mujeres que han ido y venido en sus vidas han sido relegados a un pasado distante. «Bien, ¿cuál era el nombre de esa mujer?», Katherine le preguntó a Joseph delante de un miembro de la familia. Estaban hablando de Gina Sprague, de casi veinticinco años atrás. Joseph pensó por un momento, y se puso a reír. «Lo juro por Dios —dijo—. No puedo recordarlo». Katherine lo miró perpleja por un momento y exclamó: «Por Dios, Joseph. Tampoco yo lo recuerdo. Oh, bueno…».

Dadas todas la pruebas, se podría decir que lo que pudo haber sido la historia de la trascendencia y triunfo de una familia sobre la pobreza resultó, en cambio, ser un cuento de tragedia y desilusión. Tal vez sea ésa una versión cínica de la historia de los Jackson.

¿Qué hubiera sucedido si Joseph no se hubiese sentido tan obligado a transformar la vida de su familia? ¿Qué hubiera sucedido si nunca hubieran dejado Gary, Indiana? ¿Hubieran estado mejor allí? Es, cuanto menos, dudoso. Han tenido una notable y emocionante vida en Los Ángeles, Incluso con todo lo intenso, lo frecuentemente doloroso y melodramático que les ha pasado.

«En el fondo, nos amamos unos a otros —explicó Joseph—, y supongo que eso es lo que nos ha mantenido unidos todos estos años. Incluso cuando todo fue malo —dijo antes de corregir con una sonrisa—, incluso cuando me volví malo, yo me volví malo, esa mujer me amaba, y mis hijos me amaban, me gusta pensar eso. No ves mucho de eso en el mundo. Soy un hombre afortunado».

Joseph y Katherine estaban muy enfadados por el documental de Martin Bashir. Ellos sabían lo fácil que era pintar una película sensacionalista de su hijo más famoso. Sintieron que Bashir había explotado sus obvias excentricidades, y estaban indignados por sus maquinaciones. Estaban también conmovidos por los recuerdos de la infancia de Michael. Era evidente en su conducta que él todavía sufría.

Joseph dijo que tanto él como Katherine querían visitarlo, tan pronto como fuera posible, en su residencia de Neverland. Había pasado tiempo desde la última vez que estuvieron en el rancho. Michael tenía sus reservas. En el pasado, cada vez que Joseph quería reunirse con él, tenía que llevar consigo un esquema de la reunión, y también sus hermanos. Michael no tenía energía para calmarlo otra vez. «Te lo prometo, Michael. No es por tus hermanos —dijo Joseph—. Es por nosotros, por ti y por mí, y por Katherine. Por favor, queremos ver a los niños [refiriéndose a los nietos]. Ellos son tan importantes para nosotros como lo eres tú, Michael».

Michael debió de conmoverse. Mientras que el mundo del espectáculo fue primordial una vez en su vida, sus hijos han sido su primera preocupación, su gran pasión. Irónicamente, los alegatos por abuso sexual una década atrás, esas cargas que prácticamente llevaron a la ruina su vida y su carrera, tuvieron una sorprendente consecuencia: fueron el catalizador del cambio. Evan Chandler, padre de Jordie, había prometido arruinar a Michael. «Estás cayendo —le dijo—. Estás cayendo». Fue una tremenda amenaza que ninguna persona desea escuchar nunca. En un esfuerzo

por reordenar las prioridades de su mundo, Michael logró aprender qué era realmente lo importante para él. Quería estar involucrado vitalmente en algo significativo, no sólo en el mundo del espectáculo, y decidió que sería en la crianza de sus propios hijos donde encontraría la mayor satisfacción. Es por ello que tuvo hijos, no de una manera convencional, pero ¿qué otra cosa se podía esperar de Michael Jackson?

Katherine y Joseph llegaron a Neverland unos días después de la emisión en Estados Unidos del programa de Martin Bashir. Pasaron los siguientes cinco días con Michael y sus hijos. Las mañanas se iniciaban con el ritual de Katherine y Michael de tomar el desayuno juntos en uno de los patios, al aire libre, que olía a una mezcla de aromas de flores silvestres. Después, ellos daban de comer a los niños en la amplia cocina.

Mientras tanto, Joseph dormiría hasta tarde en uno de los cuartos de huéspedes. Cuando él despertaba, un mayordomo personal, del servicio de Neverland, lo ayudaría con sus necesidades de la mañana. Joseph, entonces, pasaría la tarde con Michael, en el cuidado paisaje de Neverland, hablando en privado. Desde todos los puntos de vista, se sentían felices de estar juntos. Uno de los pocos socios de Michael, también presente esa semana en Neverland, recordó la tarde en la que padre e hijo fueron vistos en un pícnic con Prince Michael I en uno de los campos verdes de Neverland. Katherine y Paris estaban fuera, con uno de los miembros del personal, en una juguetería Toys 'R' Us cerca de Santa María. (El bebé pasó la tarde durmiendo). Como por la mañana temprano había llovido, la humedad persistió en la fría tarde de febrero. Sin embargo, mientras comían pollo frito preparado por el chef personal de Michael, el sol brilló para ellos, tres generaciones de hombres Jackson, recostados sobre una manta… hablando, riendo y disfrutando de la mutua compañía. «Le amo —dijo Michael más tarde sobre su padre—, y por fin lo he perdonado».

Joseph y Katherine están complacidos de ver cómo se encuentran sus nietos y de ver cómo Michael está progresando con ellos. Descubren que Prince Michael I y Paris son brillantes, seguros, afectuosos y considerados. Rezan antes de las comidas. Son educados, reflexivos y divertidos. Michael se enfada cuando maldicen, como a veces hacen, ya que la mayoría de sus amigos son adultos. Nunca les pega, él nunca les pondría una mano encima, pero como él dice: «No significa *no*». Él no levanta la voz por enfado, y no parece tener que hacerlo, por lo general se comportan bien. Si uno se porta mal, él o ella tiene que soportar un «tiempo muerto», lo que significa estar de pie en una esquina, solo, hasta calmarse.

Michael explica que divide los regalos de Navidad que sus hijos reciben de sus fans y los envía a orfanatos en todo el mundo, permitiéndoles quedarse sólo con uno. Les ha enseñado a no referirse a ninguno de sus juguetes como «mío»; cuando los amigos están de visita, quiere que aprendan a compartir. Dice también que no le gusta ver a sus hijos mirándose en un espejo durante demasiado tiempo, mientras se están preparando para el día. «Estoy increíble», dijo una vez Prince Michael, mientras peinaba su pelo. «No, te ves bien», dijo Michael, corrigiéndolo. Aunque Michael

siempre ha tenido miedo a los perros (desde que lo mordieron de pequeño), superó su miedo para comprarles a los niños el golden retriever que tanto querían. Si ellos tienen una pregunta (y los niños siempre tienen preguntas), Michael no les da una respuesta, a menos que esté seguro de que es la respuesta correcta. Él hace uso de su amplia biblioteca para buscar respuestas fundmentadas, incluso ante las más inocuas preguntas hechas por sus hijos.

Michael y la institutriz visten a Prince Michael como si fuera un pequeño señor Fauntleroy, mientras que Paris se viste con vestidos finos, de encaje y terciopelo. El bebé, Prince Michael II, parece feliz. Los tres adoran a su padre. Una vez al año se disfraza de payaso y los hace emocionarse.

—Si pudiera pasar todo el tiempo con papá, lo haría —dijo Prince Michael a Katherine—. Yo creo que es el mejor papá del mundo.

Michael levantaba al niño en sus brazos.

—Y tú eres el mejor pequeño príncipe —dijo Michael, besando su cara.

—Te quiero —dijo el niño.

—Yo te quiero más —respondió Michael.

Mientras Michael estaba grabando las canciones de *Invincible*, en los estudios de The Hit Factory Criteria en Miami, Prince Michael I derramó algunas palomitas de maíz en el suelo. Un productor estaba a punto de agacharse para limpiarlo cuando Michael intervino. «No, déjame a mí —dijo, pidiendo perdón—. Es mi hijo. Deja que lo limpie yo». Luego, según el productor: «Miré hacia abajo y vi a Michael Jackson a cuatro patas recogiendo las palomitas de su hijo. No estoy muy seguro de que veas a Madonna haciendo eso».

Por supuesto, podría haber problemas para su familia en el futuro. Llegará el día en que sus tres descendientes se preguntarán por qué sus madres decidieron desempeñar un papel tan pequeño en sus vidas. Ellos pueden sentirse abandonados. ¿Pueden algún día lamentar su infancia, al igual que su padre la suya? Aunque no hay ninguna garantía en la crianza de los hijos, sólo el tiempo dirá cómo serán estos tres; la familia de Michael Jackson es única en casi todos los sentidos. Sus hijos se enfrentarán a desafíos en la vida quizá más grandes que a los que se enfrentó su famoso padre.

Que tengan que usar pañuelos de gasa de vivos colores, que parecen burkas, y otros tipos de disfraces en público es preocupante. Los dos mayores deben descubrir en la televisión y en las películas que son los únicos niños en el planeta Tierra que llevan máscaras cuando no es Halloween. Ciertamente, estar obligado a ocultar su rostro en público pone a Paris y a los dos Prince Michael en riesgo de convertirse en adultos antisociales y paranoicos.

En el verano de 2003, Michael y sus dos hijos mayores fueron de compras a una tienda de Santa Mónica. Él tenía puesta una gorra de béisbol roja y blanca, y una mascarilla quirúrgica de color púrpura. Prince, en ese momento de seis años, llevaba unos pantalones sueltos. Paris, de cinco años, vestía un suéter de color rojo, una falda

escocesa y unos zapatos color rubí que se parecían a los de Dorothy de *El mago de Oz*. Ambos niños llevaban máscaras rojas y negras de Spider Man, que los cubrían desde el cuello hasta arriba. Tras el padre y los niños iba LaToya, que llevaba un sombrero de paja. Qué escena.

¿Por qué piensa Michael que sus hijos deben ser protegidos de secuestradores de tal extraña forma? Una vez más, utiliza a Jackie Kennedy Onassis como ejemplo, ninguna otra mujer fue tan famosa, ni tan protectora con sus hijos y los del presidente como ella. Sin embargo, ella nunca habría pensado hacerlos llevan máscaras en público. De hecho, ninguna celebridad en la historia reciente —o nunca— ha considerado oportuno disfrazar a sus hijos de forma tan extravagante. Incluso después de que el hijo de Frank Sinatra, Frank, Jr., *fuera* secuestrado en 1963. ¡Sinatra no lo hizo disfrazarse para prevenir futuros secuestros! Se plantea la pregunta de si esos disfraces son para el bien de los niños, o una forma de Michael de distinguirse a sí mismo como el más destacado y codiciado hombre del mundo, y, por lo tanto, sus hijos como los más prominentes y codiciados. Por lo menos, parece que les está imponiendo a ellos su propio temor. Sin embargo, son sus hijos, podría argumentarse, y, por lo tanto, puede criarlos de cualquier forma que considere oportuna, siempre que no abuse de ellos. (Debbie Rowe ha dicho que era *suya* la idea de que los niños llevaran máscaras y bufandas. Sin embargo, teniendo en cuenta la vieja costumbre de Michael de llevar disfraces en público, esa explicación no parece probable).

Dejando a un lado su extraña manera de ocultar a sus hijos, ¿encontró finalmente Michael Jackson la felicidad como padre?

Algunos días parece ser de esa manera. Desde todos los puntos de vista, él es un buen padre para y por sus hijos. A veces tiene momentos felices con ellos, viéndolos crecer, estando completamente involucrado en sus vidas. Cabe esperar que la paternidad haya sido una experiencia de autoeducación que le haya ayudado a ordenar su propia historia de abusos y anhelos de una infancia mejor, dándoles a sus propios hijos un amor sin límites, sin esperar nada a cambio, incondicional.

Otros días sigue siendo un alma en pena, un niño perdido en Neverland, temeroso de un mundo cada vez más acuciante. «¿Cómo puedo superar el dolor? —le preguntó recientemente a un socio—. Ésa es la pregunta que me hago a mí mismo. Estoy tan cansado de estar controlado por el miedo —admitió— y por mi propia mierda…». Él está trabajando sobre sí mismo, trabajando en el perdón. Tiene días buenos, otros malos. Después se sentó encima de su llamado «Árbol Mágico», contento de refugiarse en su imaginación, revisando su vida, sintiéndose descontento por la forma en que son las cosas, haciéndole frente lo mejor que puede y queriendo hacer cambios en su vida, queriendo sólo un poco de *alivio* de todo. Quién sabe, quizá en esos momentos cuando se despoja de toda su fama y celebridad —y de sus comportamientos poco usuales—, lo reconozcamos en esa situación tan humana y algunos logremos sentir que tenemos algo en común con Michael Jackson.

Alrededor de dos años antes de que la entrevista de Martin Bashir fuera transmitida, Michael dio un discurso en la Universidad de Oxford sobre la crianza de los hijos, lanzando su iniciativa mundial de la fundación sin ánimo de lucro Sanar a los Niños. Gran parte de lo que dijo fue fascinante, especialmente porque parecía tener mucho que ver con sus sentimientos acerca de Joseph y sobre sus propias experiencias como padre. «¿Y qué pasa si crecen y me guardan rencor, y cómo impactaran mis decisiones sobre su juventud? —Michael preguntó retóricamente acerca de sus hijos —, "¿Por qué no nos dieron una infancia normal como la de todos los otros niños?", ellos podrían preguntar. Y, en ese momento, espero que mis hijos me concedan el beneficio de la duda. Que se digan a sí mismos: "Nuestro padre hizo lo mejor que podía, dadas las singulares circunstancias a las que se tuvo que enfrentar". Espero — concluyó— que ellos siempre enfoquen las cosas positivamente, sobre los sacrificios que voluntariamente hice por ellos, y no critiquen las cosas que tuve que dejar, o los errores que cometí, y sin duda continuaremos cuidando a nuestros hijos. Todos hemos sido hijos de alguien, y sabemos que, a pesar de los mejores planes y esfuerzos, siempre se producen errores. Eso es sólo ser humanos».

La semana que los padres de Michael lo visitaron en febrero de 2003, Michael disfrutó la mayor parte del tiempo con ellos. Por supuesto, como ocurre a veces con las familias que han tenido una turbulenta historia, hubo una breve y repentina perturbación. Al tercer día, Michael y Joseph se vieron envueltos en una discusión. El tema específico de la disputa es desconocido, pero los testigos recuerdan a Michael insistiendo a su padre en voz alta: «No es asunto tuyo, Joseph. Ésta es *mi* casa». Parecía la típica discusión que explota con los hijos con el paso del tiempo ante la visita de los padres. Joseph entró furioso en la habitación de huéspedes, donde permaneció durante aproximadamente tres horas. Katherine corrió para estar con Michael, los dos tuvieron una intensa charla en la cocina, mientras Michael acunaba a Prince Michael II. Al atardecer, sin embargo, aquello que había causado el brusco estallido había desaparecido; Joseph se unió a su esposa, a su hijo y nietos, para la cena en el decorado comedor.

En su última mañana juntos, llovió otra vez. Mientras se acercaba la limusina negra que iba a llevar a los señores Jackson en su viaje de dos horas de vuelta a Encino, los primeros rayos del sol del día brillaban a través de las oscuras nubes, llenando de repente el cielo con una incandescente luz. Michael estaba vestido para una reunión prevista para ese día con sus asociados; iba vestido como si formara parte de la realeza europea, con una chaqueta negra, un esmoquin y camisa blancos y una corbata con emblemas. El pelo negro azabache artificial con una raya, a la altura de sus hombros. Fue también completamente maquillado, con las cejas densamente delineadas y los labios pintados. Incluso se había empolvado las manos. Él y su madre se abrazaron, sujetándose uno al otro durante un buen rato. Katherine susurró algo al oído de su hijo. Él sonrió, largamente, y la besó en la mejilla. Afectuosamente, luego, Joseph tomó a Katherine del brazo y la ayudó a entrar en el

vehículo. Después de que Katherine estuvo sentada, Joseph se dirigió a Michael y le dio un enorme abrazo. Michael parecía derretirse en los brazos de su padre. Los dos se abrazaron durante un buen rato. Cuando finalmente él lo soltó, Joseph acarició a Michael en el hombro, enderezó su corbata de forma paternal y, a continuación, entró en el coche.

Las altas puertas de roble de Neverland se abrieron ante ellos, mientras los padres Jackson eran lentamente conducidos, dejando a Michael a los pies del largo, largo camino que llevaba fuera de la hacienda. Él movió su mano saludando. Mientras desaparecían en el horizonte, Michael permaneció allí un tiempo, tal vez sumido en los recuerdos que lo llevaban de vuelta a Encino con sus padres, incluso más atrás, a Gary con el resto de su familia.

Mientras él estaba allí en silencio, una suave lluvia comenzó a caer. Inclinó su cabeza hacia atrás, dejando que las suaves gotas cayeran sobre su rostro. Como en una carrera, un hombre joven de aproximadamente veinte años, vestido con una camisa de seda negra y pantalones, se apresuró hacia Michael, seguido por dos empleadas mayores y uniformadas. El trío corrió cuando se dieron cuenta de que el Rey se estaba mojando. El hombre abrió un paraguas brillante y rojo y lo sostuvo por encima de la cabeza de Michael. Las mujeres lo envolvieron en un pañolón mientras él se mantenía inmóvil, como un maniquí para exposición. Michael mostró una pequeña sonrisa de agradecimiento a los tres; sus rostros se mantuvieron estoicos.

Como la lluvia comenzó a caer más fuerte, Michael se apartó de las puertas que se abrían al mundo exterior. Entonces, los cuatro comenzaron el largo viaje de vuelta a la casa principal a un ritmo lento: Michael y su joven empleado, codo con codo debajo del paraguas; las dos empleadas detrás, empapándose cada vez más en el aguacero. Un misterioso desfile de extraños en la lluvia. Ninguno de ellos hablaba, todos conocían sus tareas. Sin detenerse, a Neverland.

El mundo de Michael se derrumba… otra vez

Pensaba que tener diez años era difícil, ser famoso antes de saber lo que es ser humano. Pensaba que tener dieciocho era difícil, al pasar por la adolescencia con los ojos del mundo sobre él. Los veintiuno eran difíciles, también, sintiéndose un farsante, sin encajar… eligiendo las cirugías plásticas con la esperanza de que serían la solución a todos sus problemas. Llegó a los treinta con el deseo de hacer el bien, pero era difícil. Aunque su carrera hacía historia, su vida seguía siendo difícil. Cuarenta. Luego cuarenta y cinco. Más difícil de lo que él nunca creyó posible.

El final de 2003 y los inicios de 2004 fueron los peores períodos en la vida de Michael Jackson. Haciendo aún más terrible para él el trabajo que intentaba realizar para reparar su vida personal, así como su carrera, tratando de llegar a un pacto con el pasado, con su padre y otros miembros de la familia, y tomando decisiones

importantes acerca de cómo manejar otros problemas en su vida. Pero todavía no había tomado la decisión más importante de todas, la que tiene que ver con continuar con el hábito de distraer a los niños de otras personas en Neverland. Estos continuos errores de percepción y falta de precaución provocarían otro trastorno personal en su vida, un verdadera crisis.

Qué pena. No hay otras palabras para describir el momento en el que Michael Jackson era llevado esposado… después, la fotografía policial… y, a continuación, la acusación de abuso sexual de niños.

Michael estaba en la *suite* del Hotel Mirage en Las Vegas el 18 de noviembre de 2003, cuando una incursión policial se produjo en Neverland, por segunda vez en diez años. Fue en medio del rodaje de un vídeo para una nueva canción, «One More Chance», escrita y producida por R. Kelly (que también ha sido detenido por acusaciones de abuso sexual a niños, en un caso que todavía está en espera). Sin embargo, no había manera para él de continuar con el proyecto. Setenta agentes avanzaron sobre el rancho de Jackson y pasaron catorce horas buscando pruebas que podrían conectar a Michael con las últimas acusaciones. «No creo que logre soportarlo —dijo un asistente que estaba con él. Michael parecía desesperado y simplemente continuó: Lo más profundo de su alma se estremecía. Sin embargo, todavía había un fuerte sentimiento entre los presentes de que de alguna manera él había actuado en su propia contra».

Es cierto que después de las primeras denuncias de abuso sexual formuladas contra él diez años antes, Michael Jackson había tenido ocasión de cambiar su comportamiento. Habría sido inteligente refrenarse, no sólo en cuanto a hacer comentarios halagadores acerca de los jóvenes («me moriría si no hubiera niños en el mundo»), sino también en cuanto a buscar la compañía de los hijos de otras personas. Parece imprudente y temerario, al menos para un hombre que había sido acusado de abuso sexual, seguir organizando fiestas en su casa con niños de extraños.

Después de que el caso Chandler se hubo resuelto, muchos en el equipo de Jackson esperaban que él no volviera a mencionar el tema de los niños, y, ciertamente, no esperaban ver en la televisión imágenes suyas abrazándolos afectuosamente, como sucedió con el polémico documental de Martin Bashir. Como hemos visto anteriormente, durante su entrevista con Bashir, Michael admitió dormir en una cama con muchos niños. «Cuando usted dice “cama” está pensando en algo sexual —dijo Michael—. No es sexual, nos vamos a dormir. Yo los arropo. Es muy encantador, es muy dulce». Cuando en el documental se veía a Michael cogido de la mano del niño de ojos grandes, que miraba encandilado a la gran estrella y descrito como un sobreviviente de cáncer, cualquiera que hubiera venido siguiendo los pasajes de la historia de Jackson a través de los años y que conociera su turbulenta historia con los padres de otros niños, podría percibir los futuros problemas. De hecho, un año más tarde, ese mismo niño era el acusador de Michael.

¿En qué estaría pensando Michael Jackson? ¿Estaba tan orgulloso con la

resolución del problema con Jordie Chandler que ahora era arrogante acerca de la forma en que vivía su vida? ¿No veía la necesidad de protegerse frente a la posibilidad de problemas similares? ¿Era tan ingenuo que simplemente no entendía el peligro en el que se metía al seguir entreteniendo a cientos y cientos de niños en su rancho de Neverland? O, al menos, uno tiene que preguntarse, ¿en verdad sólo tuvo la mala suerte de cruzarse en el camino con otra familia que estaba ahora detrás de él y que quería arruinarlo?

Por supuesto, existe otra posibilidad: tal vez Michael Jackson es un pedófilo —una posibilidad, remota y sencilla, ya que está enfermo y perturbado— y lo pescaron… otra vez. La pregunta surge, al menos desde un punto de vista jurídico. Hay muchos que creen en su inocencia, y, probablemente, muchos que creen también en su culpabilidad.

Diez años antes, incluso en lo más alto del escándalo Jordie Chandler, la situación había llegado hasta el punto de que una orden de detención fuera presentada en contra de Michael. Durante la última irrupción policial en 2003, si Michael hubiera estado en su casa, habría sido probablemente arrestado y encarcelado de inmediato. Las autoridades tenían preparada una orden de detención con su nombre y una ambulancia en caso de que se desmayara.

Había buenas razones para tal preocupación por el estado mental de Michael, aunque parecía poco probable que el fiscal del distrito de Santa Bárbara, Tom Sneddon, estuviera realmente preocupado por él. Michael era una persona frágil, el caso Chandler casi lo dejó al límite, se convirtió en un adicto a las drogas y, si no hubiera sido por la influencia positiva de Elizabeth Taylor y de Lisa Marie Presley, tal vez nunca hubiera sido capaz de recuperarse. Sin embargo, se recuperó y, entonces, le pagó a Jordie millones de dólares para resolver el asunto y poder continuar adelante con su vida.

Aunque Michael había podido dejar atrás el otro caso, sin admitir culpabilidad —de hecho, con muchas declaraciones de inocencia—, su carrera nunca se recuperó. Sus récords de ventas nunca fueron los mismos. Existía la esperanza de que un CD de 2003, una compilación de grandes éxitos llamada *Number Ones*, ayudaría a sus problemas cuando se publicara en noviembre. Una sola de ellas, «One More Chance», una canción melódica con exuberantes armonías, similares a algunos de sus mejores trabajos de la década de 1980, parecía preparada para el éxito. En el Reino Unido, la compilación encontró una rápida aceptación: *Number Ones* debutó en los primeros puestos de las listas de éxitos. «One More Chance» fue también un éxito. Era evidente que los seguidores británicos de Michael seguían apoyándolo. También contaba con el apoyo de legiones de aficionados en la mayoría de otros países, pero no en Estados Unidos. Allí nunca iba a ser capaz de recuperarse, sobre todo tras conocerse la noticia del arresto. Es más, en Estados Unidos, *Number Ones* fue una gran decepción comercial, ni cerca de ser considerado un disco exitoso.

«Hay que mantenerse fuerte —le dijo a Michael su asistente el día de la incursión

en Neverland—. Por tus hijos, tienes que ser fuerte». Michael encogido en una silla dijo: «Lo haré lo mejor que pueda». Pero… Su voz se iba perdiendo mientras enterraba la cara entre las manos. «Oh, Dios mío. Qué horror. No puedo creer que esto me esté ocurriendo a mí… de nuevo».

Explicar su dolor

A Michael Jackson siempre le coge por sorpresa cuando algo terrible ocurre en su vida. No parece ser capaz de conectar los puntos de su continua miseria a su propias y cuestionables acciones e impulsivas decisiones.

Por ejemplo, él nunca pareció darse cuenta de que detrás de cada uno de los jóvenes desfavorecidos que visitaron Neverland, había siempre unos padres. Algunos, como los de su presente acusador (y los de Jordie Chandler), podían declararle la guerra y estar librando una batalla por la custodia de los hijos (como ocurría en ambos casos). Además, cada niño y cada padre podía tener su propia y disfuncional historia, así como abogados agresivos. Dado que no había manera de comprobar los antecedentes de cada niño y de todos los padres que entraban en sus propiedades, ¿no hubiera tenido más sentido mantener a los extraños fuera de Neverland? Si él estaba tan decidido a mantener un parque de atracciones para niños, ¿no podría haber mantenido Neverland para tal propósito y haber decidido vivir en otra parte? La respuesta simple de Michael es: no. Él debe estar cerca de los niños. Los debe tener bajo su cuidado. Neverland es un santuario a la adolescencia. Hay estatuas de los jóvenes y fotografías de niños y niñas en todas partes. Él está obsesionado con los niños.

¿Cuánto tiempo más, uno se pregunta, podían Michael y sus colaboradores seguir explicando su extraño comportamiento diciendo que era para compensar aquello arrancado de su infancia por su carrera, su fama y sus fans?

El período de la infancia consciente de una persona probablemente se extiende entre los cinco y los dieciocho años. Michael se hizo famoso a la edad de diez años. Sin tratar de minimizar la disfunción de una persona en un mundo tan complejo, si se insiste con la noción de pérdida de la infancia, entonces, parece que Michael «perdió» ocho años. Michael compró Neverland en 1988. Vivió allí, rodeado por una falsa y soñada adolescencia, aproximadamente dieciséis años. Por tanto, parece que había sido compensado por su «infancia perdida» dos veces.

En verdad, Neverland sigue siendo un monumento a la confusión de Michael y el conflicto sobre su infancia, y no cuánto la extraña, sino, más bien, cuánto le *falta* de ella. Él se aferra a todo vestigio de la juventud casi con desesperación maníaca, como si crecer fuera la peor cosa que podría sucederle.

El viaje en el *jet* privado, un Gulf Stream G-4, de Las Vegas a Santa Bárbara, el 20 de noviembre de 2003, el día que Michael fue arrestado era, por supuesto, difícil.

Estaba asustado y era pesimista sobre el futuro. «¿Por qué todo el mundo llega a ser feliz y yo estoy siempre arrastrándome en el barro?», preguntó.

Michael llegó a la cárcel con un traje negro y con las manos esposadas detrás de la espalda. Fue fotografiado y fueron tomadas sus huellas dactilares, entregó su pasaporte; todo duró cerca de media hora. Se le acusó de diez cargos de actos lujuriosos o lascivos con un menor de edad, de catorce años, cada uno con una posible condena de tres a ocho años de prisión. Michael fue liberado con una fianza de tres millones de dólares, lo que significa que tuvo que llegar al menos con trescientos mil dólares, algo no muy difícil de lograr para él.

Más tarde, Michael declaró que había sido objeto de maltratos por parte de los agentes de policía mientras se encontraba en la comisaría, ¡que incluso le habían dislocado el hombro! Es improbable que Jackson haya sufrido por la aplicación de la ley; había cámaras de vídeo por todos lados. ¿Cuándo sucedió el maltrato? Parecía estar bien cuando llegó a la comisaría y cuando salió de ella saludaba a la gente mostrando un signo de victoria. El hematoma que Michael mostró en *60 Minutes* al corresponsal Ed Bradley (el 29 de diciembre 2003) como prueba de que las esposas habían estado demasiado apretadas estaba tan arriba en su brazo que tenía que ser el resultado de algún otro acontecimiento. Algunos especularon que él mismo se había hecho daño durante el viaje en caravana de Santa Bárbara a Las Vegas, agitando las manos a los fans por la ventanilla medio abierta de su coche.

Había algo detrás del impulsivo Michael contando los maltratos sufridos por la policía, como si no lo hubiera pensado con antelación, sino, más bien, como si se tratara de un intento desesperado. Es dudoso que lo discutiera previamente con sus abogados. Viniendo directamente de Michael, las acusaciones eran realmente desconcertantes. Michael tenía que mantener bajo estricto control todo lo que decía en esos días, su credibilidad estaba en juego entonces más que nunca. También es dudoso que alguien de los suyos se atreviera a forzarlo a tener tales comportamientos impulsivos. Sin embargo, es más probable que, tras la sorpresa, trataran de pensar cómo llevar el asunto.

Después de que la acusación de maltrato llegara a los titulares, el Departamento de Policía respondió mostrando un vídeo en el que Michael aparecía sin recibir ningún maltrato, sino, más bien, siendo, de hecho, tratado cortesmente por las autoridades. La sospechosa denuncia contra la policía hizo que las cosas empeoraran para Michael, parecía una táctica de distracción e hizo que algunos de sus críticos especularan sobre las razones por las que se necesitaba tal estrategia.

Tal como él quiere

La imagen de Michael Jackson en un despacho, rodeado de su equipo de colaboradores, dando órdenes, expresando su indignación por hechos cotidianos,

decretando y golpeando la mesa con el puño para atemorizar a sus subordinados es irresistible para sus admiradores, y ellos desean creer que es verdadera. En realidad, durante los últimos años, fueron escasas las evidencias de que Michael siguiera siendo el astuto estratega que sus representantes describen ante la prensa. A decir verdad, pasaba la mayor parte del tiempo con sus tres hijos, ignorando en la medida de los posible las inquietantes circunstancias de su vida.

«Cuando se ve obligado a participar en reuniones con abogados y contables, a menudo su actitud es tensa, lúgubre e indiferente», dice una persona que lo conoce bien.

Tal vez fuera comprensible que Michael sencillamente no se enfrentara a sus problemas y que tuviera la capacidad de ignorar la mayoría de sus pormenores. Tenía numerosos empleados cuya tarea consistía en protegerlo de los incordios legales y del interés que despertaba en la prensa la historia del abuso sexual de menores. Cualquier información polémica que llegaba a sus oídos —habitualmente, a través de terceros, porque no veía televisión ni leía periódicos— le provocaba consternación.

Alguien escribía entonces una declaración en un tono igualmente consternado, explicando que la noticia no era verdadera. Los colaboradores que se habían incorporado recientemente al equipo de Michael actuaban como si vivieran en un universo paralelo, como si todo lo que se había publicado acerca de él y de su familia, incluso lo que ellos mismos habían dicho o escrito con anterioridad, ocurriera en otra dimensión. El público sólo debía saber que, tal como lo declaraban las personas de su entorno cercano cada vez que aparecían en televisión, Michael estaba bien y todo estaba en orden. Quienes creyeran o siquiera sospecharan lo contrario se equivocaban.

Desafortunadamente, consentir y sobreproteger a Michael sólo servía para reforzar su propia imagen de niño rico en un mundo malvado, lleno de adultos codiciosos, lo cual atentaba contra su capacidad o su voluntad de enfrentarse a responsabilidades y obligaciones.

Cuando concedía una entrevista, se lo veía distraído, desconectado de la realidad. Se expresaba como si nunca se hubiera relacionado con adultos, carecía de urbanidad. Parecía agobiado por la angustia, el miedo, las náuseas. Es cierto que Michael es infantil. Sin embargo, desconcierta que los miembros de su familia, al igual que otras personas razonables y educadas, lo describan como un hombre de más de cuarenta años, admirable e incluso sorprendente, en lugar de como una persona perturbada, inquietante. ¿Cómo ayudar a Michael Jackson? Sin duda, se necesitaba más que una actitud indulgente.

Después de su arresto, Michael dijo, una vez más, que sería incapaz de dañar a un niño y que el público estaba «loco» si creía que había algo extraño en su relación con los pequeños. «Amo a los niños. Me cortaría las venas antes de lastimarlos», declaró ante Ed Bradley cuando apareció en su programa *60 Minutes*. En su rostro se destacaban los ojos, con las pestañas excesivamente maquilladas, y la nariz pequeña

y afilada. El cabello negro le llegaba a los hombros, contrastando con la palidez de su piel. Allí sentado, con su primorosa blusa de seda turquesa, tenía un aspecto delicado, frágil, casi de *geisha*. Como suele suceder, alguien se le acercó presuroso con expresión de alarma. Michael dijo que no se sentía bien y que quería dar por concluida la entrevista. Parecía a punto de desvanecerse a causa de la tensión.

Más tarde, los integrantes de su familia le brindaron su apoyo, confirmando que Michael «ama a los niños» y, tal como dijo Jermaine, «jamás haría daño a un niño».

En realidad, las obsesivas declaraciones de la familia Jackson acerca de su amor por los niños tienen escasa utilidad. En cambio, contribuyen a crear una imagen contraria a aquello que se considera una correcta conducta social. En pocas palabras, el hecho de que alguien diga que ama a los niños y no desea lastimarlos no constituye una condena al abuso sexual. De hecho, la mayoría de quienes abusan expresan gran afecto por sus víctimas y sienten que no los dañan. Muchos preferirían «cortarse las venas» a lastimar a un niño, pero todos ellos terminan lastimándolos.

«Las personas que viven en el mundo real siempre serán más que ellos. No podrán vencernos o lograr que cambiemos de idea acerca de lo que es razonable y lo que es incorrecto cuando se trata de las relaciones entre adultos y niños —enfatizó un experto en temas legales—. Deberían unirse a nosotros y hablar francamente con sus hermanos e hijos».

«Después del reportaje en *60 Minutes*, nos miramos y exclamamos: "¡Por Dios! ¿Qué fue eso?" —comentó el mismo experto—. Dado que Michael es una figura famosa desde hace mucho tiempo, el público espera que se comporte con soltura frente a las cámaras. Pero quienes lo conocen bien saben que, por el contrario, actúa como si jamás le hubieran hecho una entrevista.

«Se esfuerza, sin duda. Es difícil para él, lo sé. Se descompone antes de aparecer en una entrevista televisada, vomita, está nervioso, alterado, dominado por la ansiedad. Causa compasión. Es asombroso que llegara a ser una celebridad, y que haya sido capaz de tolerar el martirio que eso implicaba.

«Después de una aparición en la televisión, sus colaboradores se esfuerzan por minimizar las críticas, bromean, le aseguran que él estuvo muy bien y es el público quien tiene problemas. "Concéntrate en el mensaje, olvida al mensajero", fue siempre mi táctica. Estoy seguro de que no hay malicia en él, aunque su forma de explicar su inocencia al público lo ha perjudicado. ¿Ayudarlo? Imposible. Nadie está lo suficientemente cerca para sugerirle siquiera que necesita ayuda».

Algunos observadores, escépticos acerca de la inocencia de Michael Jackson, sostienen que las personas que lo rodean —sus abogados, publicistas, administradores e incluso los miembros de su familia— creen, en lo profundo de su corazón, que es absolutamente culpable. Pero esos aliados muestran en público una lealtad incondicional y declaran ruidosamente su inocencia porque, al fin y al cabo, tienen que proteger sus empleos o sus intereses familiares. Sin embargo, eso no es cierto. Cualquier persona que pasa un tiempo junto a Michael comienza a creer en él.

La única manera de comprender a un personaje tan curioso, tan fuera de lo convencional, y al mundo en que vive, es conocerlo. Y si bien el Rey del pop agradece el apoyo de su círculo íntimo, no admite que le hagan comentarios para sugerir que los demás sospechan de su persona y su conducta.

«No quiere oír. Traté de decirle: “Michael, sé que eres inocente, pero tienes que entender por qué otras personas no lo crean. Tienes que dejar de exhibirte con niños. Trata de comprender qué le pasa al público, no sólo a ti. Eres parte de este mundo” —explicó su examigo Uri Geller—. Al oírme se entristeció, sus ojos se nublaron. Luego se enfadó. Nadie puede hablar con él en los últimos tiempos. Creo que la gente que lo rodea se ocupa de defenderlo y no hace nada para enfrentarse al problema».

Diez años atrás, Elizabeth Taylor y Lisa Marie Presley habían entrado en el mundo de Michael Jackson y habían tratado de aportarle sensatez y racionalidad. Lo hicieron desinteresadamente. Sin ellas, el asunto de Jordie Chandler habría podido tener derivaciones imprevistas para Michael.

Lamentablemente, él se quedó sin aliadas como Elizabeth y Lisa.

Elizabeth es una persona entrada en años, y el melodrama en que se convirtió la vida de su amigo le provocó un grado de malestar que no estaba en condiciones de afrontar.

Lisa, por su parte, no se sentía capaz de involucrarse nuevamente en los problemas de Michael. La ansiedad que experimentó durante mucho tiempo a causa de su relación con él le dejó como secuela numerosas enfermedades. Para protegerse, guardaba distancia. No faltaban quienes decían que estaba más preocupada por su carrera en Capitol Records que por Michael y que temía que la vincularan con él porque sería perjudicial para su imagen… como si Lisa Marie Presley se hubiera preocupado alguna vez por lo que el público pensaba de ella. Sus amigos aseguran que decidió cuidar de sí misma tal como alguna vez cuidó de Michael.

En aquel momento, el apoyo más positivo y leal que Michael recibía provenía de personas que cobraban enormes sumas de dinero por protegerlo de su propia y horrenda verdad, y que ocultaban su profunda tristeza y su dolor, fingiendo que no existían. No tenían opción. Es lo que él quería.

La última acusación contra Michael

¿Son creíbles las acusaciones contra Michael?

Si bien Michael es seguramente culpable de crear situaciones que sugieren una actitud impropia en su relación con Gavin Arvizo —su último acusador—, sus descabelladas ideas sobre la manera de relacionarse con los niños y su decisión de hacerlas públicas no lo convierten en un corruptor de menores.

En el momento de escribir estas líneas, no es posible acceder a las pruebas del fiscal de Santa Bárbara contra Michael. En consecuencia, cualquier opinión sobre su

inocencia o culpabilidad es prematura. Como es comprensible, sus amigos y familiares creen que es inocente a partir de sus propias percepciones sobre la personalidad del acusado. Sin embargo, las personas que no tienen lazos afectivos con él poseen buenos motivos para albergar un prudente escepticismo. Aun así, la causa criminal en contra de Michael tuvo desde el principio bases muy débiles, por lo cual la presunción de inocencia prevalece.

En 2002 y 2003, Gavin Arvizo y algunos miembros de su familia disfrutaron en varias ocasiones de la compañía de Michael en Neverland. El niño hispano de cabello oscuro y ojos marrones proveniente de un suburbio al este de Los Ángeles es un actor aficionado que aspira a hacer carrera. A los diez años se descubrió que tenía un tumor cancerígeno muy desarrollado en el riñón. Fue necesario extirparle ese riñón y también el bazo.

Mientras estaba enfermo, el propietario de un club nocturno de Los Ángeles le preguntó qué podría alegrarlo. Gavin dijo que quería conocer a algunas celebridades, entre ellas a Michael Jackson. (En realidad, Michael era el tercero en la lista, detrás de Adam Sandler y Chris Tucker). Desafortunadamente, Michael siempre tuvo debilidad por los jovencitos que deseaban conocerlo. El propietario del club nocturno se puso en contacto con sus colaboradores, una cosa condujo a la otra, y de pronto sucedió. Gavin, sus padres, su hermano menor y su hermana mayor fueron invitados a Neverland. No deja de sorprender la facilidad con que accedieron al castillo del Rey del pop. Michael permitió que Gavin, su madre, Janet Ventura-Arvizo, y sus hermanos, Daveline y Star Arvizo, entraran en su mundo secreto. Y extendió su generosidad a personas relacionadas con ellos. Por ejemplo, arrendó un apartamento para el novio de la madre. Hizo todo lo necesario para entrar en la vida de Gavin y de su familia, tal como lo había hecho con Jordie.

Fascinada con la seguridad que ofrecía el desahogado estilo de vida de Michael Jackson, la familia se aclimató sin dificultad. En comparación con el nivel de vida de una familia de clase media de los suburbios de Los Ángeles, Neverland era, sencillamente, El país de nunca jamás. Se sentían protegidos y seguros, vivían la increíble experiencia de conocer a una gran estrella y de moverse en su privilegiado mundo. Janet alentó a los niños para que llamaran «Papá» a Michael. Él estuvo de acuerdo. La inmediata e inconveniente familiaridad que indicaba el apelativo desconcertó a todos sus allegados: Michael ya tenía tres hijos que lo llamaban «papá».

«Fue demasiado», recordó un testigo de aquella situación. Aparentemente, Michael no recordaba lo sucedido con Jordie Chandler y su padre, porque permitía que esos niños y su madre entraran en su mundo, sin reservas. Conseguían todo lo que querían. Dinero. Viajes. Regalos. Juguetes. Todo el «paquete Michael Jackson». A cambio permitían que pasara demasiado tiempo a solas con el chico (Gavin). Las personas cercanas a él (Jackson) comenzaron a preocuparse, aunque después de Jordie habían pasado por allí muchos niños con sus familias a los que Michael

también había permitido entrar en su vida, sin consecuencias. Es imposible entrar en razones con él. Hace cosas arriesgadas. Siempre me preguntaba cuándo tenía tiempo para ocuparse de su carrera, cómo había llegado a ser el Rey del pop estando tan ocupado con la vida de otras personas… y cómo demonios les seguía el ritmo a todos esos niños.

Cuando la salud de Gavin mejoró, todos se alegraron. Michael parecía tener poderes milagrosos. En unos meses, el niño había vuelto a la vida. No está de más recordar que, por supuesto, gracias a la generosidad de su protector estaba bien alimentado y podía pagar la mejor medicación disponible en el mundo.

La historia habría tenido un final verdaderamente feliz si a partir de entonces cada uno hubiera seguido su camino. Gavin y su familia habrían podido marcharse de Neverland mientras todo quedaba en orden.

Sin embargo, en esa época, Michael estaba filmando el documental de Martin Bashir. El periodista había oído hablar sobre Gavin y los cambios que había experimentado gracias a su relación con Jackson. Quería incluir su historia en el documental. A Michael le pareció una buena idea —por medio de ese material la gente comprendería, por fin, la naturaleza de su relación con los niños— y estuvo de acuerdo. Cuando el documental se difundió, primero en Gran Bretaña y luego en Estados Unidos, el público vio a Michael de la mano de Gavin mientras, entre risitas nerviosas, le proponía al jovencito que durmieran juntos. También dejaba claro que no consideraba inconveniente compartir su cama con niños.

El 3 de febrero, el documental salió a la luz en el Reino Unido y tres días más tarde, en Estados Unidos. Todos empezaron a parlotear acerca de la extraña relación de Michael Jackson con Gavin Arvizo. Fue entonces cuando Janet, la madre de Gavin, se quejó públicamente de que Martin Bashir había permitido que su hijo participara en el documental sin su autorización. Por supuesto, tampoco la había pedido Michael. De todos modos, por aquel entonces la familia aún era amiga de Michael y no hizo hincapié en ese error.

A decir verdad, Michael Jackson no tenía costumbre de pedir autorización para nada. Consideraba que habiendo hecho tanto por Gavin y su familia, a Janet no le importaría que su hijo apareciera en la pantalla. Y confió en que superaría su malestar. Pero Gavin había sido ridiculizado en público. Otros jovencitos se burlarían de él, dirían que era «el novio de Michael Jackson». El disgusto de Janet era comprensible. Sin embargo, Michael tenía otros problemas relacionados con el «control del daño». El programa de Martin Bashir había despertado indignación y Michael lo acusó de haber tomado declaraciones y escenas fuera de contexto. «E maldito documental de Martin Bashir no salió como esperaba», dijo a un integrante de su equipo.

Para enmendar las cosas, Michael Jackson quería producir su propio material, para mostrar su versión de la historia. También quería que Gavin colaborara en la empresa: ¿estaría dispuesto a ser entrevistado para el nuevo documental y confirmar

que la conducta de Michael hacia él siempre había sido inocente? Sí, por supuesto. Esta vez, con el consentimiento de su madre. Michael le encargó a Christian Robinson, su cámara, que filmara la entrevista a la familia. Es improbable que le asignara esa tarea si hubiera considerado posible que los Arvizo lo tildaran de corruptor de menores.

Negaciones por todos lados

Christian Robinson, quien por un período aproximado de dos años había estado registrando las experiencias de Michael en sus viajes y en su casa en cintas de vídeo, se reunió con madre e hijo en privado para interrogarlos acerca de la relación de la estrella con ellos. Les preguntó si alguna vez habían observado alguna conducta impropia por parte de Michael. «Ellos [Gavin, su hermana Daveline, su hermano Star y su madre Janet] me contestaron muy francamente: "No, de ninguna forma". Y durante esta entrevista les pedí, probablemente más de treinta veces, que hablaran de forma sincera. Les seguí recordando que quería que contaran la verdad, que contaran su historia.

«Todos sintieron que había tenido lugar un milagro —recordó Robinson cuando hablaba de la recuperación de Gavin—. Él dice que Gavin y Star insistieron en que siempre que durmieron en la misma habitación que Michael, ellos ocuparon la cama y él durmió en el suelo. Sus respuestas eran categóricas, casi como si les molestara lo que yo pudiera insinuar. "¿Por qué me preguntas esto? Michael es inocente"». Dijo que la familia «no había estado asesorada previamente» y que «eran increíblemente creyentes, hablaban sobre Jesús, Dios, y Michael como la figura paterna perfecta».

Como se mencionó previamente aquí, la respuesta de Michael fue por fin emitida —titulada, vergonzosamente, *La entrevista con Michael Jackson. El material que nunca debías haber visto*—, pero no cambió la forma en que la gente pensaba sobre él. Quienes lo apoyaban, siguieron creyendo en él, y sus detractores se mantuvieron en su postura.

El material fílmico del acusador de Michael en el documental es inquietante, especialmente después de que surgieran las nuevas acusaciones. Gavin está calvo como resultado de la quimioterapia y, de acuerdo con el documental, ya debía estar muerto para entonces pero estaba vivo gracias a su relación con Michael Jackson. Hay escenas del niño en su cama del hospital o paseando junto a Michael en una silla de ruedas. También se lo ve caminando con Michael a través de Neverland; Gavin vestido con una camiseta de béisbol amarilla y la superestrella, de negro de pies a cabeza y sosteniendo un paraguas como escudo contra el sol. Los dos parecen cobijados por el paisaje ameno y familiar de Neverland, perdidos en la conversación, en su propio mundo.

Era evidente la camaradería entre Michael y Gavin, actitud que parecía provenir

de primaverales jornadas colmadas de experiencias compartidas y de afecto genuino. De todas formas, cualquiera que conociera a Michael y tuviera un poco de memoria, podía buscar en las imágenes —y también en las escenas de ambos en el documental de Bashir— y sentir que, nuevamente, Michael se había excedido con el pequeño. Como hizo con Jordie, se entregó por completo al niño. No puso límites con nadie que tuviera menos de catorce años. Se entregaba completamente, sin defensas, sin zonas seguras y hasta insensatamente, podría decirse. Simplemente esperaba que el muchacho y su familia tuvieran las mejores intenciones, así como él las tenía con ellos. En cierta forma es digno de elogio. Siendo una estrella de tal magnitud, su ingenuidad resulta bastante curiosa. Sin embargo, persiste la disfunción relacionada con semejante afecto por los niños que no son sus hijos; es algo que debería haberse abordado porque, obviamente, podía ocasionarle grandes problemas y también al menor en cuestión. Como resultado de aquella retransmisión, el mundo de Gavin cambió.

«Desde que el documental del señor Bashir fue transmitido, [Gavin] y su madre se aislaron debido al bombardeo de peticiones de entrevistas solicitadas por la prensa amarilla de todo el mundo», alega Maury Povich, el narrador del documental. Él mismo también leyó una declaración de Janet Ventura-Arvizo: «Estoy horrorizada por la forma en la que mi hijo fue explotado por Martin Bashir. Michael mantiene una bella relación de amor paternal con mis hijos. Él es parte de la familia tanto para ellos como para mí». Povich concluyó que, a su vez, Janet estaba considerando entablar acciones legales contra Martin Bashir por incluir a su hijo en la entrevista sin su consentimiento.

A decir verdad, el niño no debió haber sido filmado en ningún documental —ni en el de Martin Bashir ni en el de Michael Jackson—, y son ambos igualmente culpables de haberlo explotado para sus propósitos personales. Algunos también podrían afirmar que Janet tampoco está libre de culpa. Aun así, la supervisión paternal y el acompañamiento de los niños cuando se quedan a dormir en Neverland se ha convertido en un gran misterio.

El documental de Michael salió a la luz y la gente rápidamente se olvidó de él. Fue el programa de Martin Bashir, sin embargo, el que continuó planteando un problema, más aún en lo concerniente a los profesionales de la salud mental que empezaron a formular diagnósticos a partir de él.

Un gran número de psicólogos, psiquiatras y otros abogados infantiles, incluyendo a la doctora Carole Lieberman de Beverly Hills, escribieron cartas de preocupación a los Servicios de Protección al Menor de Santa Bárbara y al Departamento de Bienestar Infantil de Los Ángeles. «Me pareció que ya era suficiente —dijo la doctora Lieberman, quien presentó su demanda oficial el 11 de febrero de 2003—. No podía creer que el mundo estuviera dando un paso atrás y dejando que los niños fueran potencialmente dañados». Otros, como las profesoras de las escuelas en el condado de Los Ángeles, también mostraron su turbación. Una de

ellas contactó con el Departamento de Asistencia al Menor y a la Familia de Los Ángeles (DCFS) para decir que lo que había visto en el documental de Bashir sobre Michael y Gavin le resultó grotesco e inapropiado. La maestra no sólo creyó que la relación entre ambos debía ser investigada, sino que también cuestionó el hecho de que la madre dejara ver a su hijo en semejantes circunstancias.

Tras haber recibido él mismo algunas cartas, el fiscal del distrito de Santa Bárbara, Tom Sneddon, se posicionó sobre lo que había visto en pantalla como un «sustituto no creíble de cooperativismo entre víctimas». No parecía interesado en levantar cargos contra Michael Jackson nuevamente. Sin embargo, sí lo estaba; solamente que no quiso entrometerse en el asunto, al menos, no de momento.

El 14 de febrero de 2003, el DCFS comenzó su investigación.

Cuatro días después, el 18 de febrero, el Departamento de Policía de Santa Bárbara comenzó en secreto su propia investigación.

Michael y su equipo no sabían nada sobre la indagación del Departamento de Policía aunque se enteraron inmediatamente de la investigación del DCFS ya que Janet Ventura-Arvizo se lo comunicó por teléfono apenas se pusieron en contacto con ella. Michael estaba perplejo. «¿Qué diablos sucede? —le preguntó a uno de sus representantes—. Alguien llama de la nada ¿y empiezan una investigación?». Cuando le comentaron que tal era el caso, decidió que quería saber tanto como pudiera sobre lo que le preguntarían los agentes a Gavin y a su madre… y sobre las respuestas que darían.

Poco tiempo después, los representantes del DCFS quedaron en que dos asistentes sociales se encontrarían con la familia en el apartamento del novio de Janet en Los Ángeles. Al mismo tiempo, Michael se las ingenió para que sus propios representantes estuvieran presentes en la reunión, un investigador y también la prometida del actor Chris Tucker, quien es una amiga común de Janet y Michael.

Cuando los investigadores del caso llegaron para la entrevista, los tres niños estaban sentados frente al televisor, absortos con un vídeo de Michael. De acuerdo con las cintas grabadas ese día por el equipo de Michael, Janet dijo que ignoraba la naturaleza de las acusaciones que habían sido hechas contra Michael y que quería estar presente en la entrevista con cada uno de sus hijos, y preguntó: «¿Cuáles son mis derechos? ¿Cuáles son sus derechos?». Parecía asustada.

Los asistentes sociales le comentaron que sus intenciones se verían claramente durante el curso del interrogatorio. También insistieron en que los representantes de los Jackson se marcharan del salón. Janet, intranquila, pidió un momento a solas con el investigador de Jackson. Ambos discutieron cómo grabar la entrevista con el DCFS de una manera que, según palabras del representante, no pareciera sospechosa. «No tendrás que hacer nada —le dijo según se escucha en la grabación. En la cinta parece como si él estuviera tratando de fijar un micrófono a su ropa. Y a continuación le asegura—: Está grabando».

El Departamento de Policía de Santa Bárbara tenía en el expediente detalles de la

entrevista entre la familia Arvizo y el DCFS. «Michael es como un padre para mí —le dijo Gavin a los asistentes sociales. Nunca me ha hecho nada sexualmente, nunca he dormido en una cama con Michael».

Aún más, Janet dijo que ella «siempre estaba al tanto de lo que sucedía en Neverland». Explicó: «Michael es como un padre para mis hijos. Los ama y yo le confío a mis hijos». Sostuvo que él era «bueno e incomprendido». Lo describió como «una parte importante de la recuperación [de su hijo]» y que hubo veces en que sus hijos «estuvieron en la cama de Michael mirando la televisión y comiendo Smors. Pero mi respuesta es "no" a la acusación de que compartieron una cama». Insistió en que sus hijos nunca estuvieron solos con Jackson y que siempre había alguien cerca. Concluyó diciendo: «Michael no ha sido otra cosa más que algo maravilloso. Mis hijos nunca se sintieron incómodos en su presencia. Ha sido una bendición».

De acuerdo con el informe, la hermana mayor de Gavin, Daveline estaba al borde del llanto durante la entrevista. «Michael es tan bueno y cariñoso…», dijo.

El padre de Gavin, David Arvizo, fue entrevistado por el DCFS por separado. «No hay razón para sospechar que algo anda mal con Michael», dijo. Agregó que también le atribuía la recuperación de su hijo.

Algunos observadores se preguntaron por qué Michael tenía sus propios representantes en el apartamento durante el interrogatorio del DCFS. De acuerdo con los estándares del DCFS, Janet Ventura-Arvizo y sus hijos debieron haber sido interrogados sin testigos presentes y ella no debió grabar el interrogatorio para Michael Jackson ni nadie que trabajara para él. Por supuesto, el equipo de Jackson quería estar ahí por una razón simple y obvia: querían conocer las acusaciones que recaerían sobre Michael. Si podían salirse con la suya teniendo a alguien presente que se enterara de lo que se había dicho en el interrogatorio, era obvio que lo intentarían. En la cinta, Janet insiste en que los representantes de Jackson estaban ahí «porque yo los invité, porque yo lo pedí así».

Después de revisar todas las evidencias reunidas hasta ese momento, el Departamento de Asistencia al Menor y a la Familia concluyó que el caso debía cerrarse y que las acusaciones de abuso eran «infundadas». No habían suficientes pruebas como para que nadie siguiera investigando el problema frente a desmentidos semejantes.

Al mismo tiempo, el Departamento de Policía de Los Ángeles abrió y cerró su propia investigación rápidamente, lo que coincidió con el hecho de que hubiera evidencias insuficientes para continuar con cualquier acción legal contra Michael Jackson.

Más tarde, el 16 de abril, el Departamento de Policía del condado de Santa Bárbara llegó a su propia conclusión. De acuerdo con los expedientes del Departamento de Policía: «Basados en las entrevistas con los niños y sus padres, se determinó que no hubo elementos relacionados con una actividad criminal deliberada. Por lo tanto, esta investigación fue clasificada como sospecha de abuso sexual sin

necesidad de tomar medidas posteriores. Caso cerrado».

Meses más tarde, el fiscal del distrito de Santa Bárbara, Tom Sneddon, en su rueda de prensa para anunciar el inminente arresto de Michael Jackson, minimizó la importancia del informe y de las averiguaciones del DCFS diciendo que «llamarlo "investigación" es usar un término erróneo. Fue una entrevista simple y llana, nada más que eso». También alegó que «ese departamento en particular [DCFS] tiene muchos problemas».

Hubiera parecido que esa fiscalía también tenía «muchos problemas», ya que Tom Sneddon no mencionó que el Departamento de Policía del condado de Santa Bárbara en realidad había abierto —y *cerrado*— su investigación basándose pura y exclusivamente en los hallazgos del DCFS. Sneddon no interrogó a la familia Arvizo. Simplemente alguien de su oficina habló por teléfono con la asistente social que los visitó y obtuvo sus notas. El hecho de que Tom Sneddon minimizara al DCFS en su conferencia de prensa, a pesar de haberse apoyado en él para cerrar una investigación previa, es una información importante y si lo admitiera, su caso se vería poco favorecido.

Alcohol, mujeres desnudas y… ¿Michael Jackson?

Después de las entrevistas a la familia Arvizo por parte del DCFS y de la policía del condado de Santa Bárbara, algo hizo que cambiaran de opinión. No se sabe con certeza que fue lo que les hizo ponerse en contra de Michael Jackson. De un día para otro, la familia comenzó a comentar veladamente a otras personas que se había producido alguna clase de abuso sexual, y las historias que llegaban al equipo de Jackson eran preocupantes. De todas formas, cuando Michael se enteró de esto, no pareció preocupado.

—Esto podría convertirse en un problema —advirtió alguien en su equipo.

—Estoy acostumbrado a los problemas —respondió Michael desdeñosamente—. Ahora me preocupo sólo de mi álbum. Como no hice nada malo, esto se va a solucionar solo.

—¿Así como se solucionó lo de Jordie Chandler? —se le preguntó.

Jordie era raramente traído a colación en su presencia. Los ojos marrones de Michael centellearon. Fue como si hubiera dicho: «Sabes que no deberías haberlo mencionado». Tomó una gran bocanada de aliento y exhaló ruidosamente.

—Oye, encárgate del problema y punto —dijo mientras se despedía—. No quiero volver a oír nada sobre este asunto.

No había por qué alarmarse… todavía. Nadie conocía los detalles de lo que se estaba alegando… pero se presentía que algo ocurriría y que no sería bueno. «Estaba en el aire», dijo una fuente perteneciente al equipo Jackson.

De hecho, la gente perteneciente al grupo de Jackson desde hacía años tuvo

problemas para hacer entrar en el mismo a Mark Geragos, abogado de gran poder, y a un grupo de investigadores que se ocuparan de la cuestión. «Él quizá quería mantenerse al margen ante el peligro —dijo una persona cercana a Jackson—, pero la gente que se preocupaba por él olía grandes problemas. No querían tener que lidiar con otro caso como el de Jordie Chandler. Estaba decidido que había que adelantarse a los hechos sin importar que M. J. [Michael] los tomara en serio o no. Se le dijo que tomara distancia de esas personas y eso hizo».

Después de que los asesores de Michael trazaran una línea en la arena entre él y la familia Arvizo, Janet Ventura-Arvizo ejecutó su jugada: ella, junto con uno de sus abogados, buscó a Larry Feldman para asesorarse sobre cómo proceder; este último es quien representó a Jordie Chandler contra Michael Jackson. En la misma sala de conferencia en la cual Feldman se sentó con Jordie Chandler y su padre, Evan, también lo hizo con el nuevo acusador de Michael y con su madre. Después de escuchar su historia, sintió que había más aún de lo que alegaba el muchacho y así organizó una entrevista entre él y el doctor Stan Katz, psicólogo.

Después de algunas sesiones con este doctor, los fragmentos y partes finalmente fueron ensamblándose y el niño comenzó a recordar todo tipo de cosas. Las notas del doctor Katz son parte del material utilizado por el fiscal del distrito de Santa Bárbara contra Michael Jackson. Lo que la familia le contó fue exactamente lo *opuesto* de todo lo que se le había dicho hasta el momento a Martin Bashir, a Christian Anderson y al DCFS.

En los archivos, el doctor Katz escribió: «El acusado dijo que bebió alcohol todas las noches hasta emborracharse… *whisky*, vodka y Bacardi». Cuando el joven —enfermo de cáncer, no lo olviden— tenía jaquecas por causa del alcohol, Michael le decía: «Continúa bebiendo. Te hará sentir mejor». El doctor Katz reveló que, de acuerdo con el muchacho, «Michael le mostraba fotos de mujeres desnudas en el ordenador». Sostuvo que una vez vio a «Michael parado allí, desnudo por un momento». Y agregó que le dijo que él «tenía que masturbarse o se volvería loco».

El doctor Katz reveló posteriormente que el hermano de Gavin, Star, le dijo que en un vuelo de Miami a Los Ángeles vio a Michael lamiendo la cabeza de Gavin mientras el niño dormía sobre su pecho. Sostuvo que Michael les dio a ellos tres “vino, vodka y tequila en numerosas ocasiones”. Según el doctor, también declaró que uno de los guardias de seguridad lo amenazó con «matarlos a ellos y a sus padres si le hablaban a alguien sobre el alcohol». Según él, Michael «hablaba mucho sobre sexo», y él y su hermano dormían «constantemente en su cuarto y con él en su cama». Finalmente dio detalles gráficos de dos encuentros sexuales que dijo haber presenciado entre Gavin y Michael.

Además, el doctor Katz escribió que la hermana de Gavin, Daveline, afirmó que Michael le dio vino también a ella y que lo vio besando a su hermano en la mejilla, «abrazándolo y siempre tocándolo».

De acuerdo con el informe, cuando a la familia se le preguntó sobre el

interrogatorio del DCFS, declararon que los «obligaron» a decir que Michael había sido como una figura paterna y que nada sexual había ocurrido entre él y Gavin. Katz en su informe escribió que él creyó que la familia no había sido honesta en el pasado pero que ahora le estaban diciendo *a él* la verdad. «No tengo la sensación de que la madre esté mintiendo aunque puede distorsionar ciertas cosas —escribió—. Realmente creo que los niños son creíbles».

Sin embargo el doctor escribió de Michael Jackson que: «Realmente no cumple los requisitos de un pedófilo, sino que presenta una regresión hacia los diez años».

Exactamente como pasó en el caso Chandler, el profesional en salud mental, el doctor Stan Katz, fue convocado por la ley californiana a reportar los detalles del abuso sexual recordado por los niños a la policía. Todo evolucionó tan rápidamente que todos los integrantes del equipo de Jackson estaban un poco asombrados por cómo se desarrollaron los acontecimientos, aunque ellos ya habían sospechado que estos problemas podían surgir. Cuando le hablaron acerca del informe para la policía, Michael quedó boquiabierto. «¿Eh? —preguntó—. ¿Me estás tomando el pelo? ¿En serio? —Parecía no comprender que una vez más le rompieran el corazón—. Pero… —tartamudeó—. Pero… yo creí… ¿Eh?».

Defunción familiar

Las negaciones previas (e importantes) de abuso sexual, dejando de lado al cámara de Michael Jackson y también al DCFS, son elementos del caso contra el cantante que todavía son cuestionables; sería importante revisar la evidencia de disfuncionalidad en la familia Arvizo y la dinámica tan problemática y extraña que pueda quizá relacionarse con los cargos contra Michael.

Años antes, en agosto de 1998, la familia Arvizo fue detenida bajo el cargo de hurto en la tienda de ropa J. C. Penney. Los niños —Gavin y Star— fueron enviados fuera del comercio por su padre con los brazos cargados de prendas. La familia fue detenida y Janet Ventura-Arvizo se enzarzó en un altercado con tres empleados de seguridad. La parte de la historia contada por la familia es, sin embargo, que los jóvenes sólo estaban posando con la ropa para J. C. Penney y no robándola, hecho significativamente extraño puesto que no existió evidencia alguna que respaldara esta versión.

Los cargos fueron retirados eventualmente pero Gavin, Star y su madre presentaron una demanda contra J. C. Penney por tres millones de dólares. Janet luego alegó que cuando fue detenida, ella y sus hijos fueron golpeados «brutalmente» por los tres empleados de seguridad, uno de los cuales era una mujer.

En más de doscientas páginas de documentos pertenecientes al caso emerge la figura de una matriarca. El psiquiatra contratado por J. C. Penney para evaluar a Janet Ventura-Arvizo la diagnosticó como «esquizofrénica» y «delirante». De acuerdo con

el doctor, ella «se sentía “triste por ser una don nadie”, sin trabajo… una “triste ama de casa que va engordando”». Añadió que «estaba siendo medicada con Zoloft». Escribió que «a pesar de esto, su depresión pudo haber persistido o empeorado». Por supuesto que el doctor fue contratado por la tienda de ropa; su informe no hubiese sido utilizado por J. C. Penney si no hubiese sido conveniente para su caso. El psicólogo personal de Janet la encontró «ansiosa y depresiva» tras el Incidente, pero no delirante.

Lo más perturbador del caso fue, sin embargo, que, más de dos años después del Incidente, Janet Ventura-Arvizo añadió un nuevo cargo: reclamó que uno de los dos guardias masculinos le había «palpado sexualmente» el busto y el área pélvica «durante sieteminutos». Parece extraño que pasara tanto tiempo hasta que ella mencionara el asalto sexual. Durante el litigio, el psiquiatra de la tienda afirmó que había entrenado a sus hijos para que apoyaran su «exagerada historia» y que todos ellos —madre e hijos— alegaran haber sufrido «fractura de huesos» además de su asalto sexual. «A ella simplemente se le ocurrió esta historia de terror y volvió a la carga», sostuvo Tom Griffin, el abogado que representó a J. C. Penney en el caso. Insistió en que no había pruebas que respaldaran ningún alegato; David Arvizo no pareció querer involucrarse en esta parte de las acusaciones.

Finalmente, la tienda pactó con la familia pagándoles 137.000 dólares, días antes del juicio programado para 2001. «Fue un incidente que, en mi opinión, se convirtió en un timo para sacarle dinero a J. C. Penney —sostuvo Tom Griffin—. Esta vez van por el *home run* —concluyó acerca de las acciones de la familia contra Michael Jackson—. Ésta es una estafa, una segunda gran estafa».

Los padres de Gavin —quienes se habían casado en la adolescencia y divorciado a los treinta años— habían mantenido una relación agresiva durante años; hecho que presenta una situación más compleja y perturbadora. Janet Ventura-Arvizo pidió el divorcio a finales de 2001, cerca de un mes después del acuerdo con J. C. Penney. Por orden del tribunal, David Arvizo no ha visto a sus hijos desde 2002, cuando no rebatió los cargos de abuso conyugal. Un año después, tampoco rebatió las acusaciones por violencia infantil. Se le aplicó una orden de restricción durante tres años. Desde el momento del arresto de Michael, David Arvizo solicitó repetidamente a los tribunales que le permitieran ver a sus hijos. Aunque insistió en que los niños habían sido entrenados por Janet para declarar en contra suya, se le negó la posibilidad de verlos en cada instancia judicial a la que se presentó.

Mientras los problemas de esta familia son desafortunados, algunas de sus acciones proyectan una sombra sobre el caso contra Michael. Las apariencias apuntarían a una problemática historia de exageración por parte de Janet Ventura-Arvizo y, quizá también, de confabulación, lo que será relevante en el juicio según fuentes de la comunidad legal de Los Ángeles. «Uno se pregunta si esto no es un patrón de conducta —duda Karen Russell, una abogada del juicio en Los Ángeles que no está involucrada en el caso Jackson—. ¿Qué sucedió de verdad en J. C. Penney?

¿La señora Ventura-Arvizo tiene el hábito de coaccionar a sus hijos para que digan lo que ella quiera y luego proceder legalmente si no obtiene lo que quiere? Éstos son puntos que indudablemente serán expuestos en el juicio».

El doctor Robert Butterworth, un psicólogo de Nueva York desvinculado del caso Jackson, sostiene: «Es posible que a un niño se le cuente algo tantas veces que, llegado un punto, no lo esté fingiendo, sino que, más bien, realmente lo crea. Un niño puede ser, en cierto sentido, hipnotizado por un padre para creer algo que no ocurrió realmente. Lo repasan una y otra vez y los hechos son distorsionados. Es un fenómeno problemático, muy perturbador, y puede ser la nota fúnebre de este caso».

Puede argumentarse que Michael Jackson, una celebridad con mucho que perder, debió haber evitado a la familia de Gavin a toda costa si conocía su pasado (y, probablemente, lo hizo desde que él, Janet y Gavin estuvieron, aparentemente, lo suficientemente cerca como para ser confidentes). A pesar de esto, el joven estaba y está bastante enfermo y quizá Michael sintió que no podía abandonarlo en esas circunstancias.

Además, quién sabe cuántas otras familias en la vida de Michael Jackson han tenido problemas aún más serios que los de sus presentes acusadores. No hemos sabido de ellos porque esos casos nunca llegaron a alcanzar la magnitud que cobró el de la familia Arvizo en el centro de la investigación actual, pero probablemente existieron muchas historias similares a lo largo de los años. Sin exagerar, sería imposible contar el número de familias con problemas con las cuales Michael estrechó lazos emocionales en los diez o quince últimos años, e igualmente imposible sería contar el número de niños que ha conocido, de los que se ha hecho amigo y llevado a su hogar con confianza. No hay una manera de saber cuántos fueron, han sido muchos. Es una suerte que sólo dos jóvenes, de cientos, le representasen un problema.

Zumo de Jesús y sangre de Jesús

Zumo de Jesús. Sangre de Jesús. Esas dos descripciones del vino tinto y blanco atribuidas a Michael Jackson fueron titulares de *Vanity Fair* en febrero de 2004 como resultado de un artículo agresivo sobre él escrito por Maureen Orth. Las acusaciones hechas por Orth son que Michael le dio a Gavin Arvizo y a otro joven «Zumo de Jesús» en latas de coca-cola en un vuelo desde Florida en febrero de 2003. Jackson, sin embargo, prefiere la Sangre de Jesús. Ésta es una acusación perturbadora, obviamente, pero aún más porque dos de los cargos contra Michael están relacionados con darle a un menor «agentes intoxicantes» para poder manipularlo sexualmente.

La fuente original de Orth de las historias sensacionalistas para *Vanity Fair* es el asesor de negocios de Jackson entre 1998 y 2001, Myung-Ho Lee. Éste lo demandó

por 14 millones de dólares en 2002 y no ha dejado de hablar sobre él desde entonces, a pesar de que Jackson llegó a un acuerdo al darle dinero. Lee es quien le contó a Orth en otro artículo de la revista que Jackson contrató a un brujo llamado Baba para sacrificar docenas de vacas a fin de maldecir a David Geffen y a Steven Spielbeg. Eso es difícil de creer… incluso hasta para Michael Jackson.

La historia del vino, de todas formas, es parcialmente cierta. Michael sí se refiere al vino blanco como «Zumo de Jesús» y al tinto, como «Sangre de Jesús». Es una de sus bromas excéntricas, probablemente una no muy buena; pero todos en su equipo conocían eso. También los toma en latas de refresco. Sin embargo, Orth cuenta que el ocultarlos es la manera de Michael de beber alcohol sin que nadie lo sepa. La verdad es que bebe vino de latas para que así los niños no lo vean haciéndolo. «Siempre está rodeado de niños y no quiere que ellos lo vean bebiendo —dijo alguien de su grupo —. Es extraño, pero no criminal. Además, Jackson siempre temió que lo fotografiaran con un vaso de vino en la mano ya que cree que sería inapropiado para su imagen».

Un documento del perfil de pasajero de vuelo que se convirtió en parte del archivo del litigio entre Jackson y XtraJet, la aerolínea privada que contrató una vez, detalla las preferencias en cuanto a comida y bebida de la estrella y parece confirmar la anécdota del vino. De acuerdo con los documentos fechados el primero de septiembre de 2003: «Se requirió vino blanco en una lata de coca cola *light* en cada vuelo [la palabra está subrayada en el documento, con énfasis]». Además, de acuerdo con el documento del perfil, Michael a veces tomaba tequila, *gin* o Crown Royal en los vuelos.

Una petición extraña que resaltó en la documentación fue el deseo de Michael Jackson de comer pollo frito del restaurante de comidas rápidas Kentucky Fried Chicken para *cada* comida: desayuno, almuerzo y cena. Michael exigió la así llamada «receta secreta» con «pechuga de pollo original, puré de patatas, maíz y bizcochos rociados con mantequilla en *spray*». Para vuelos cortos, de acuerdo a los documentos, pidió chicles Big Red, caramelos de menta, queso, galletas y platos de fruta. No comerá brócoli o «comidas de fuerte aroma». Prince Michael I y Paris llevan una dieta estricta y no se les permite comer mantequilla de cacahuete, azúcar o chocolate. KFC es parte de su régimen cuando viajan pero debe sacársele toda la piel. De acuerdo con los documentos, los niños «van a querer, naturalmente, todo lo que su padre esté comiendo para cada comida, pero él determinará lo que están autorizados a comer, como las galletas». Además, resaltado en negrita junto a su menú está escrito: «¡NADA DE AZÚCAR!» y «¡NADA DE PIEL DE POLLO!». En el expediente dice que Paris, en particular, es «buena para engañarte para que le des azúcar». Aún más, Prince Michael II, alias *Blanket*, siempre es alimentado por su niñera, Grace Rwamba (quien, está estipulado, jamás comerá pollo de KFC). El bebé recibe el mismo régimen de KFC —«cortado en pedacitos»— además de galletas, uvas, zumo o leche. Por último, en lo relativo a la conducta en vuelo de Michael Jackson —un «no

fumador»—, se lo describe como «muy tímido… pero se moverá de su asiento entre el despegue y el aterrizaje. Estén preparados para limpiar mucho después de la llegada».

Debe señalarse que Jackson y Mark Geragos demandaron a XtraJet, acusando a su personal de haber filmado en secreto su vuelo desde Las Vegas hasta Santa Bárbara el día en que fue arrestado y de haber intentado, luego, vender el vídeo. Los documentos que salieron a la luz por el lado de XtraJet sobre el enfrentamiento debían ser, por lo tanto, analizados con cierto escepticismo. Además, Maureen Orth mencionó a otro joven al que Michael le había dado vino cuando tenía doce años, Richard Matsuura, pero éste negó categóricamente la acusación tan pronto como se hizo público el artículo en *Vanity Fair*. Dijo que Orth nunca contactó con él antes de escribirlo. Su padre confirmó que Michael no le había dado alcohol a su hijo… ni en un vaso ni en una lata de refresco.

Las historias sobre Michael que mezclan verdad y ficción —tal como el vino en las latas de coca-cola— sólo sirven para confundir a la gente y hacerla dudar. «No puedes culpar a nadie por especular sobre un comportamiento extraño. A la luz de los cargos que lo acusan de intoxicar a un menor de esta forma, esta nueva información, que él realmente toma vino de latas, no lo deja bien parado. Debería ser una preocupación para la defensa. Hay archivos y también hay, probablemente, alguna azafata que ha servido vino a Michael de esta forma. ¿Cuánto hay de cierto en que esto es algo que Jackson le daría a un menor? Cuando estás hablando de esta clase de personas, ¿dónde se cruza la línea entre lo extraño y lo criminal? Ésa es la duda».

La línea de tiempo

Fue una mañana extraña la del 16 de enero de 2004, en el juzgado de Santa Bárbara. Michael Jackson fue formalmente inculpado de abuso sexual. Sus padres, Katherine y Joseph, estaban presentes en el tribunal para brindarle su apoyo. También estaban sus hermanos Jermaine, Tito y Randy. Los abogados de Michael aparecieron sin su cliente. Éste finalmente hizo su entrada con su espectacular hermana Janet. Había fotógrafos de todas partes del mundo presentes, presionando el obturador apenas Michael hacía algún gesto, sonreía o estrechaba la mano a alguien tal como si estuviera en la alfombra roja. Se le veía fuerte, preparado.

Más tarde y para la emoción de cientos —quizá miles— de fans que llegaron desde todas partes del mundo para demostrar su apoyo, Michael saltó al techo de un vehículo deportivo y ejecutó un par de suaves movimientos, con sus cámaras al lado documentando la extraña escena pero, en cierta forma, deslumbrante. Es un hombre que entiende el valor de la ilusión —en ese momento era la ficción de que él estaba perfectamente bien y para nada perturbado por los sucesos recientes— y también comprende la importancia del espectáculo. Le estaba dando a sus fans lo que ellos

querían de él. Cuando está frente a un público, sin importar las circunstancias —incluso las más difíciles— él está sobre un escenario. También es tan soñador como para pensar que «algún día» de la documentación de tan «histórico» momento saldrá una película realmente espectacular.

Después de que el juez lo reprendiera por llegar tarde, como si Michael alguna vez hubiera llegado a tiempo a algo en su vida, el juez tuvo que aprender a ceder ante el «Tiempo de Jackson»; él alegó humildemente su inocencia frente a todas las acusaciones en su contra: siete cargos de abuso sexual infantil y dos de administración de «agentes intoxicantes con intento de perpetrar felonía». Aquellos que bien lo conocen recuerdan en privado que el día del juicio fue «el peor día de la vida de Michael», que estaba «fuera de sus cabales por el miedo» y que no había cerrado los ojos en las noches previas a la fecha. Tuvo un nudo en el estómago toda la mañana aunque nadie lo hubiera imaginado al verlo. Su cuerpo, que en otro tiempo había sido el de un ágil bailarín, era una masa llena de dolores y sufrimientos como resultado del estrés y de la ansiedad. La nuca le palpitaba. Sus sienes le dolían. Tenía la vista nublada, confesaría más tarde. De todos modos, estaba determinado a presentar un temple estoico frente a las cámaras, para el público y, especialmente, para sus fans. Tenía que erguirse por encima de todo. Lo había hecho incontables veces antes y lo haría nuevamente ahora.

Entonces, ¿de qué consta el caso contra Michael Jackson? No estando aún disponible la evidencia del fiscal Tom Sneddon, todo lo que tenía contra Michael es todavía desconocido incluso a la fecha de escrito esto. De todos modos, lo que sí se sabe es que el fiscal cree que Michael abusó de su víctima entre el 7 de febrero y el 10 de marzo de 2003, esto es, después de que el documental de Martin Bashir fuera televisado, después de la entrevista de Christian Anderson con la familia Arvizo, después de la refutación televisiva de Michael, después de que contratara a Mark Geragos para que investigara el asunto… y mientras el DCFS y el Departamento de Policía de Santa Bárbara estaba indagando.

Esencialmente, a lo que se resume el caso contra Michael Jackson es la siguiente línea temporal:

6 de febrero de 2003: *Viviendo con Michael Jackson*, el documental de Martin Bashir, es televisado en Estados Unidos.

7 de febrero de 2003: Michael comienza supuestamente a molestar sexualmente al joven Gavin Arvizo, quien fue visto en el documental con él.

11 de febrero de 2003: La doctora Carole Lieberman presenta una queja oficial sobre la relación sospechosa vista entre Michael y Gavin Arvizo en el documental de Martin Bashir. Otras quejas siguieron.

14 de febrero: el Departamento de Asistencia al Menor y a la Familia y el Departamento de Policía de Los Ángeles comienzan sus investigaciones sobre la relación entre el astro y el muchacho.

18 de febrero: el Departamento de Policía del condado de Santa Bárbara comienza su propia investigación.

Febrero (fecha desconocida): Cristian Anderson conduce una entrevista con la familia para el documental de respuesta de Michael. *La entrevista con Michael Jackson: El material que nunca debías haber visto.*

24 de febrero: las pruebas del DCFS y de la policía de Los Ángeles concluyen que las acusaciones son «infundadas».

10 de marzo: el Departamento de policía del condado de Santa Bárbara recibe un informe del doctor Stan Katz en el cual la familia cambia su historia y alega que el abuso en realidad sí había tenido lugar y que Michael les dio agentes intoxicantes a Gavin Arvizo y a su hermano y hermana. La investigación se reabre y la familia es interrogada (posteriormente) por el Departamento de Policía del condado de Santa Bárbara.

18 de noviembre de 2003: La policía inspecciona Neverland.

La pregunta se mantiene: ¿Cuál de las dos historias de los niños hay que creer? ¿La que le contaron a los documentalistas Martin Bashir y Cristian Anderson y al DCFS también, diciendo que Michael Jackson era una figura paterna que había acogido a una víctima de cáncer y a sus familiares? ¿O la que ellos le contaron a Larry Feldman y al doctor Stan Katz que lo muestra como un pedófilo que los ha emborrachado para tener relaciones sexuales con uno de ellos?

En defensa de la familia Arvizo, quienes la apoyan, insisten en que no fue hasta junio de 2003 —cuando Janet Ventura-Arvizo llevó a su hijo a Larry Feldman y luego con el doctor Stan Katz— que Gavin se sintió seguro para revelar los detalles de su abuso. Quizás sea cierto. Una víctima de abuso sexual a menudo no quiere hablar inmediatamente y con detalles de su sufrimiento. Aun así, ¿por qué todos los niños cambiaron sus historias? ¿Por qué Star Arvizo recuerda repentinamente ser testigo de un abuso sexual pero previamente no había rememorado ningún tipo de detalle, aunque fuera, inducido a través de alguna indirecta? ¿Y por qué recuerda súbitamente que Michael le dio vino? Incluso si todos hubieran sido reticentes a la hora de criticar a Michael y al modo en que él se había comportado con ellos, ¿tenían en cambio ahora que llegar tan lejos como para retratarlo de manera tan candente? Si hubiesen estado demasiado asustados o intimidados como para hablar honestamente sobre cualquiera de esas conductas, ¿no hubiera sido entonces suficiente decir poco al respecto… en vez de llenar de cumplidos a Michael Jackson hasta el punto de hacerlo ver como su salvador? Simplemente no concuerda.

Al final, el caso contra Michael Jackson hará hincapié en las razones dadas por Gavin, Star, Daveline y Janet Arvizo, del porqué cambiaron sus historias de negaciones a acusaciones, y esas razones pueden no ser conocidas hasta que el juicio comience, lo cual probablemente no ocurrirá hasta principios de 2005. ¿Estaban motivados por dinero? ¿Alguien más influyó en ellos? ¿O finalmente todos vieron la

luz y decidieron contar la historia real sobre Michael Jackson? De hecho, las respuestas a esas preguntas pondrían a Michael Jackson tras las rejas… o lo liberarían.

¿También Debbie?

Otro hecho sorprendente en la vida de Michael Jackson desde la edición más reciente de *Michael Jackson. La magia y la locura*, fue la reaparición de su exesposa y madre de dos de sus hijos, Debbie Rowe, en una postura completamente antagónica a él. Aunque ella dijera en el pasado que tenía poco interés en la crianza de los hijos a los que ella diera a luz, Prince Michael I y Paris, aparentemente, cambió de opinión después de que Michael fuera arrestado.

Durante los meses posteriores al arresto, Debbie, alarmada, intentó contactar con él para comentarle su punto de vista. Sabía cuán sensible era y estaba preocupada por él. Sin embargo, sus intenciones eran distintas: también quería discutir los términos de la custodia y los acuerdos de visita parental, especialmente después de enterarse de que la Nación del Islam estaba involucrada en la vida de Michael. Ella es judía —se convirtió en su primer matrimonio— y estaba «muy, muy preocupada» (palabras de un amigo cercano) por la nueva filiación de Michael con la Nación, una organización reconocida por su antisemitismo.

Puede argüirse que tiene poco sentido, al menos desde un punto de vista situado en las relaciones públicas, que Michael se vinculara a una organización considerada controvertida como si no tuviera ya suficientes problemas. Dicho esto, la Nación del Islam es un fácil motivo de escándalo, y ha sido un gran negocio para la cobertura de los acalorados medios de prensa, la repentina asociación de la organización con Michael Jackson debido a sus costumbres culturales claramente radicales. De hecho, las religiones fundamentalistas normalmente llevan a ciertas actitudes intolerantes. Por ejemplo, Jerry Falwell y Pat Robertson expresan públicamente su desdén por el islam y por los musulmanes. Hay una abierta intolerancia en la base de muchas religiones. ¿El catolicismo no se opone abiertamente a los homosexuales? Los fundamentalistas de todas las religiones normalmente encienden emociones en la gente sin importar de qué credo se trate: fundamentalistas judíos, fundamentalistas cristianos, fundamentalistas musulmanes, etc. Debbie dijo en privado que no quiere que sus hijos estén relacionados con fundamentalistas de ninguna religión y menos aún la musulmana debido a sus posiciones incendiarias contra los blancos y los judíos.

Jermaine Jackson es musulmán pero no es miembro de la Nación. Hay muchas historias confusas y contradictorias acerca de cómo el movimiento se mezcló en la vida de Michael, pero la pura verdad es que la organización contactó con él y le ofreció su apoyo… y él lo aceptó. Michael recibe de buen grado toda clase de apoyo

y parece feliz de obtenerlo de cualquier cuartel. ¿La Nación sólo estaba involucrada en la seguridad de Michael como él y sus ayudantes insistieron? ¿O el grupo está en realidad manejando sus negocios como se rumorea con regularidad? ¿Estuvo en proceso alguna clase de «lavado de cerebro» religioso? Es dudoso. Los testigos de Jehová no le pudieron decir a Michael qué hacer cuando era un joven adulto, y la Cienciología tampoco lo disuadió cuando quiso casarse con Lisa Marie. Es dudoso que la Nación del Islam fuera capaz de decirle qué hacer.

Sin embargo, para un artista que nunca predicó el separatismo o el racismo, la implicación de la Nación en su vida es insólita. Para explicar la asociación disipando las suspicacias, los de su equipo sostuvieron que Michael conoció al líder de la Nación, Louis Farrakhan, cuando tenía seis años. «¿Cómo? —recalcó un viejo asociado a la familia Jackson—. ¿Ya socializaban en Gary en esa época? ¿Él iba a la casa en los ensayos de quienes luego fueron los Jackson 5?». Ciertamente, ¿cómo hizo un niño de seis años que no era todavía famoso para conocer a Louis Farrakhan en Gary, Indiana? Qué pequeño es el mundo, ¿verdad?

Se sabe, sin embargo, que veinte años antes, Louis Farrakhan había hablado contra Michael y lo había considerado un mal ejemplo para la juventud del mundo. Todo había sido perdonado, aparentemente, porque Farrakhan era ahora uno de los que apoyaban a Jackson. «No creemos que Michael sea culpable —dijo en un discurso reciente—. Y hay muchas personas que conocen a la madre que lo está acusando y al pequeño niño a quien ayudó a sanar y ellos no creen que Michael sea culpable. ¿Qué sucedió con la presunción de inocencia? Vean, los negros siempre son culpables hasta que se los pruebe inocentes; los blancos siempre son inocentes hasta que se los pruebe culpables».

Puede argumentarse que, durante todo este tiempo, Michael Jackson debería simplemente haber sido presentado de una forma creíble para el pensamiento crítico de la gente y no sólo para aquella facción de la arena pública —sus fans, principalmente— que creerían cualquier cosa que se les dijera mientras fuera sostenida por alguna persona famosa o alguien descrito como «portavoz oficial». Por supuesto, tan pronto como Louis Farrakhan hizo su generalización racial tendenciosa y falsa en un intento de jugar con los miedos básicos de la gente de color, su apoyo a Michael perdió credibilidad, o como una autoridad dijo: «Qué lástima que después de todos estos años todavía no sepa dónde marcar la línea».

Realmente parecía que la Nación había aislado a Michael de todos los que pertenecían a su círculo, inclusive miembros de su familia. Su propia madre no había tenido oportunidad de verlo después de la generosa demostración de apoyo familiar en la audiencia. Su cámara, Christian Robinson, no lo había visto desde el día del arresto. Creía «firmemente» en que la Nación del Islam lo mantenía alejado de Jackson. En la audiencia, un cámara diferente estaba a su lado cuando la estrella se subió al techo de un automóvil para saludar a sus fans. Dijo que la influencia de la Nación era «con suerte, la cosa más parecida a una cárcel que Michael conocerá».

Es fácil culpar a esta organización de provocar interferencias entre Michael y los demás, especialmente después, pero si uno revisa la historia de Michael, siempre ha habido alguien o algún grupo de gente encargada de aislarlo, y por petición suya.

Hace diez años, por ejemplo, cuando Michael no quería ser presionado con la posibilidad arriesgada de otra reunión de familia de los Jackson durante la debacle de Jordie Chandler, sus abogados y Elizabeth Taylor se encargaron de mantener a sus padres y familiares a un lado. ¿Recuerdan cuando Katherine Jackson preguntaba por qué Elizabeth Taylor veía a Michael y ella no? Años antes, el trabajo recayó en Frank Dileo. Todos en la familia se quejaron entonces de que él era quien los alejaba de Michael. Mucho antes, John Branca fue la persona a la que ciertos miembros familiares culparon de evitar que ellos tuvieran libre contacto con Michael. Desandando todo el camino hasta 1970, el mánager de Michael, Ron Weisner y Freddie DeMann fueron señalados por Joseph y Katherine como culpables y responsables de arruinarles la relación con Michael al no permitirles hablar con él.

A decir verdad, nadie ha mantenido a Michael Jackson alejado de su familia o de ningún miembro de su personal sin su petición explícita de que tal distancia fuera creada entre él… y «ellos». Los representantes de la Nación del Islam podían o no tener su propio interés político o financiero presente al asociarse con Michael. No obstante, a Michael le sirvieron para lo que él consideraba un propósito valioso y habitual: lo protegían y aislaban de aquellos que, según él, querían privarlo de cualquier pequeña alegría que pudiera quedarle en la vida. Quizá su familia tenía las mejores intenciones y nada más que amor para él en estos días. Aun así, si Michael no lo veía de esa forma y no actuaba como si los quisiera tener cerca, la idea de su afecto y lealtad no está clara.

En lo que atañe a Debbie Rowe, el quedar fuera del círculo de Michael en esos momentos es un acontecimiento sorprendente. Aunque la pregunta de si tenía o no el derecho a opinar sobre los hijos de Michael y la forma en que eran criados se mantiene. Ambos tenían un acuerdo de custodia y un régimen de visitas (aunque ella no tenía la custodia, podía visitarlos un par de veces al año si así lo quería, una oportunidad que no había aprovechado en el pasado), pero su abogado dijo que esto podía cambiarse de un momento a otro «con un vuelco en las circunstancias». Aunque se desentendió de la custodia de sus hijos, aparentemente, no abandonó sus derechos de progenitura. «Ella siempre puede volver a los tribunales y pedir de nuevo el cambio de custodia —dijo un abogado—. Aunque nadie pensó que lo haría, lo hizo, tras no recibir una llamada en respuesta de parte de Michael y de no sentirse respetada».

Cuando Michael estableció un tono desdeñoso con su exesposa, su grupo legal siguió el ejemplo y congeló el asunto. De pronto nadie devolvía sus llamadas ni las de su abogado. Cuando un año antes Michael estaba llamando a Debbie para aparecer en un documental para defenderlo de las acusaciones de Martin Bashir, y ahora no quería tener nada que ver con ella. «¿No entiende que estoy lidiando con muchas

cosas? —le preguntó a un asociado—. ¿Por qué no puede dejarme a mí y a mis hijos en paz?».

Mientras los asociados de Michael mantenían una reunión importante en el Hotel Beverly Hills en enero de 2004 para discutir su futuro, Debbie estaba en su propia reunión: en el Hotel Ivy en Beverly Hills con dos exmánagers de Michael, Dieter Weisner y Ronald Konitzer, para discutir su preocupación sobre la influencia de la Nación del Islam en la vida de Michael y también sus opiniones relativas a la custodia de los niños.

La gota que colmó el vaso para Debbie se derramó en la semana del 16 de febrero de 2004 cuando oyó rumores de que Michael había vuelto a rehabilitación, en esta ocasión en Colorado.

En realidad, Michael no estaba en rehabilitación en Colorado, sino que lo estaba tratando allí el herborista Alfredo Bowman de lo que una fuente cercana a él describe como «no realmente una adicción, sino definitivamente una dependencia» de morfina y Demerol, una droga vendida bajo prescripción. El uso de Michael de esos calmantes puede explicar su conducta lenta, distante y extraña, especialmente durante su entrevista con Ed Bradley para 60 *Minutes* en el transcurso de la cual se lo veía física y mentalmente aletargado. Según los informes, había estado utilizando estas medicinas para soportar el estrés de las acusaciones y el insomnio crónico. Era un hábito peligroso, especialmente considerando lo que había sucedido hacía diez años cuando durante el incidente de Jordie Chandler, se había vuelto adicto a los analgésicos, y había terminado en rehabilitación en Inglaterra.

Alfredo Bowman mantenía una oficina en Beverly Hills y otra en Honduras. Él estaba tratando a la cantante de TLC, Lisa *Left Eye* Lopes, en su «Aldea de Sanación USHA» cuando ésta murió allí en un accidente de coche, en la primavera de 2002. Bowman, aparentemente, se había metido en problemas con el fiscal general del estado de Nueva York hacía un par de años cuando esa oficina denunció sus afirmaciones de haber encontrado la cura para el sida, el cáncer y la leucemia. En su sitio web, Bowman se jactaba de no haber ido nunca a la escuela —«ni siquiera al jardín de infancia»—. La página también proclamaba: «Estamos orgullosos de informarte que la Cosmoterapia es parte de nuestro camino sanador realineándose con la energía vital que está más allá de la espiritualidad. ¡¡¡Regresa a la MADRE!!!».

Debbie trató de obtener información sobre la supuestamente llamada «desintoxicación» de Michael pero, de nuevo, no tuvo suerte al contactar con él o con cualquiera de los que lo rodeaban. Las paredes que circundaban a Michael y a sus hijos eran altas y ella estaba del lado de fuera y el equipo de Michael, del lado de dentro. Siempre dijo que Michael no era un pedófilo; sin embargo, según fuentes cercanas a ella, ya no estaba segura de qué creer de él y hasta que se decidiera quería la custodia de sus dos hijos. Ella incluso llegó a indicar, según recogen papeles de los tribunales diligenciados en Los Ángeles, que los niños ni siquiera eran biológicamente de Michael, sin sorprender demasiado a sus adversarios, quienes

siempre fueron escépticos respecto a la paternidad del cantante.

En una orden del juzgado presentada el viernes 20 de febrero de 2004, la jueza del Tribunal Superior, Carolyn Kuhl, aprobó un acuerdo al que llegaron los grupos Rowe y Jackson de convocar al juez retirado del Tribunal Superior, Stephen M. Lachs, para presidir el caso. La orden dictaba que la reunión no se acabaría «hasta que se concluya con todos los desacuerdos».

El juez Lachs trabaja con un centro alternativo de resolución de disputas que permite a las partes preocupadas por su privacidad y que están envueltas en pleitos civiles contratar a jueces privados por un valor de 650 dólares la hora. «Ellos contratan jueces privados para que todo pueda hacerse a puerta cerrada», dijo la abogada Dana Cole, una experta en ley familiar que no estaba involucrada en el caso. Sin embargo, Lachs ha dicho que mucho de lo que ocurre en su tribunal «privado», seguirá estando abierto al escrutinio público. Los dictámenes del juez privado serán tan obligatorios como si se hicieran en un tribunal familiar regular.

Como Michael no deseaba que el asunto se desarrollara como si estuviera en el sistema legal, tenía pocas opciones. Irónicamente, los millones que le había pagado a Debbie a lo largo de los años hicieron que ella pudiera convertirse en uno de sus mayores adversarios y quizá hasta en una de sus peores pesadillas. Él estaba yendo en contra de una mujer que podía afrontar los gastos de un asesoramiento legal tan potente como el suyo propio, ¡utilizando dinero que él mismo le había pagado para hacerlo! La firma de Michael en el papeleo es grande y desgarbada, como si hubiera estado extremadamente agitado en ese momento.

Los de su círculo privado decían que la reaparición de Debbie Rowe en la vida de Michael Jackson como una fuerza opositora le resultaba tan perjudicial como las acusaciones de abuso infantil. En retrospectiva, Michael manejó el asunto del descontento de Debbie como manejaba la mayoría de los problemas: trató de evitarlo. Como fue repetidamente sostenido por aquellos que lo conocían, él era infantil en muchas facetas y parece que empeoró en aquel traumatizante año, especialmente cuando se trataba de manejar asuntos no placenteros.

Como un joven enfrentándose a una situación desagradable, Michael simplemente no podía, o no quería, lidiar con ella. Temía que Debbie Rowe se estuviera convirtiendo en una seria amenaza para su familia. Sus manos temblaban cuando cogía el teléfono para llamarla. No podía seguir, tenía mucho miedo de lo que ella quisiera de él y de cómo ella podría afectar en la relación con sus hijos, las tres personas que le habían dado la dicha más grande de su vida. Uno de sus asociados recordó mejor el hecho: le dio a él el teléfono para llamarla. «Hazlo Mike. Debes llamarla», le dijo. Michael lo miró con una expresión tan angustiada que parecía que estaba a punto de soltar un largo y desesperado grito. Pero no lo hizo. En cambio, colgó el teléfono y se alejó llorando. «También Debbie, no —dijo temblando con incredulidad—. También Debbie, ¡no!».

Coda

En abril de 2004, un Gran Jurado secreto convino escuchar a los testigos en el condado de Santa Bárbara ante el fiscal del distrito, Tom Sneddon, para testificar en contra de Michael Jackson, incluyendo a su último demandante. El jurado, entonces, estableció una acusación contra el artista por cargos de abuso sexual. La decisión significa que la mayoría de los miembros del Gran Jurado sintieron que había evidencias suficientes en el caso contra Jackson para llevarlo a juicio. Aun así, el Gran Jurado de California es simplemente una función de la parte acusadora; la defensa no tiene oportunidad de presentar el caso y ni siquiera está presente en los procedimientos. Por lo tanto, con el fiscal Sneddon ofreciendo a viva voz todo lo que tenía contra Michael Jackson, y sin refutaciones o un examen cruzado de testigos del grupo de Jackson, ¿cómo no podía haber resultado otra cosa sino una acusación?

Tras el dictamen y para hacer las cosas más difíciles, Michael de repente despidió a sus abogados, Mark Geragos y Benjamin Brafman, y fueron reemplazados por Thomas Mesereau, Jr., otro litigante penal muy conocido por representar al actor Robert Blake en el caso de homicidio (hasta que se separaron alegando diferencias irreconciliables). En una entrevista, Brafman indicó que la decisión no provino directamente de Michael (aunque suponía que algo tuvo que ver), sino de «consejeros y miembros de la familia». Más adelante agregó que la ruptura se debió a «razones que elegimos no discutir públicamente». Se divulgó que los hermanos de Michael, Randy y Jermaine, influyeron en el asunto, así como también lo hizo Leonard Muhammad de la Nación del Islam.

Ahora parece claro que había miembros de la familia de Michael que tenían en mente planes futuros para su carrera… y probablemente para ellos mismos también. Intentaban proteger a su hermano (lo que es admirable) y, quizá, sus propios intereses (lo que no es tan loable pero tampoco particularmente sorprendente si uno revisa la historia familiar). De nuevo, uno está forzado a preguntarse cuánto poder para tomar decisiones tuvo o quiso tener Michael siquiera en aquella situación… y cuántos otros jugadores clave con intereses mezclados pudieron entrar en el escenario por la izquierda e irse por la derecha antes de que Jackson ejecutara la obra ante el juez y el jurado.

Si Michael Jackson estaba siendo blanco de acusaciones falsas de abuso infantil, era, obviamente, un giro trágico en los acontecimientos. En el momento de escribir esto, él estaba soportando el período más triste y agonizante de su vida. Irónicamente, antes de esa prueba, él estaba comenzando a superar el desafío de enfrentarse a su mundo de una manera nueva y profunda, tratando de terminar con la fealdad de parte de su pasado. Parecía estar encontrando una medida de contención, quizá por primera vez, al criar a sus hijos. También había comenzado a redescubrir la dicha de la música. Finalmente, el problema de Jordie Chandler transcurrido hacía una década estaba comenzando a esfumarse de la memoria pública. Entonces apareció este nuevo

asunto, un problema tan horrible como para arruinar cualquier progreso personal que hubiera efectuado, llevándolo de vuelta a años atrás, quizá haciendo imposible para él reconciliarse con cualquiera de sus problemas y asumir la completa responsabilidad de sus elecciones o de su vida. Hasta que él lograra hacer esto, quizá estaba destinado a repetir los mismos errores, como si fuera el aciago protagonista de una funesta tragedia griega. Ciertamente pareciera que no habría momento en el que se liberara de la crisis.

¿Qué otra persona famosa tenía esta clase de problemas? ¿Es que Michael era tan diferente, tan inusual, tan extraordinario, tan… *famoso.*… que era un blanco fácil para un modo u otro de explotación? ¿Era una de los cientos de demandas presentadas en su contra, o, entonces, un segundo alegato de abuso infantil? ¿O acaso él de alguna manera provoca tanta locura sobre sí mismo al ser arrogante o ingenuo… o ambas cosas a la vez? ¿Quizá sólo haya sido una de las personas más desafortunadas que ha habido en el mundo del espectáculo? Deberíamos sentir lástima por él.

Aun así, un hecho todavía persiste: a pesar de su pasado —su fama en la infancia y celebridad en la edad adulta—, al final del día no se limitaba a quién era y a las pruebas a las que tenía que enfrentarse para recordar que Michael Jackson no era más que un humano, como cualquier trabajador de nueve a cinco que intenta mantener a una familia numerosa con un salario escaso y no menos que el próspero hombre mundano sin interés alguno por la humanidad. Como todos los que están vivos, era el mayor responsable de sus propias decisiones. Era un hombre adulto —no un niño—. Escribía su propia historia poniendo énfasis en los personajes que él eligió tener en su mundo. Nadie forzó a Jordie Chandler y a su padre a relacionarse con él, y nadie forzó a Gavin Arvizo y a su madre tampoco. Asignando un papel a estas personas en su vida acumuló algunos de sus errores más grandes, de eso no hay duda.

Es triste, incluso trágico. Era una persona tan privilegiada… un hombre bendecido con la fama, la fortuna y la familia. Uno se pregunta por qué, entonces, no parecía haber un camino de salida para que Michael Jackson llevara una vida buena, digna y feliz.

EPÍLOGO

¿Qué habría sucedido si…?

Caí en la cuenta mientras comía un sándwich de atún en la cocina de Michael Jackson. Nunca olvidaré ese momento, tan extraño y surrealista como se pueda imaginar. Había pasado una semana y un día desde su repentina muerte, el 25 de junio de 2009. Yo había estado toda esa semana realizando entrevistas televisivas y trabajando en la cobertura de esta terrible historia para la CBS News, la cadena de televisión para la que había cubierto el juicio contra Jackson por abuso, años atrás. Sin embargo, esta vez era diferente. El Rey del pop ya no estaba entre nosotros. Estaba muerto. Me parecía inconcebible pero, de alguna manera, era verdad. De todas formas, tenía tanto trabajo que no tuve más opción que reprimir mis fuertes emociones y terminar todas las tareas que tenía pendientes. Estaba en la exquisita cocina *gourmet* de Neverland, entre sus electrodomésticos de acero y sus delicados y antiguos adornos de madera, debido a que se me había solicitado realizar un recorrido por la casa para un programa de la CBS-TV. Y fue mientras estaba allí parado, comiendo un sándwich de atún, cuando finalmente caí en la cuenta. Así fue, me di cuenta. Michael se había ido, para siempre. La desagradable sensación en mi estómago, que había intentado ignorar durante una semana, se transformó en una desesperación abrumadora. Parecía indudablemente injusto. Miré desde la ventana de la cocina al extenso patio —el pequeño arroyo, los inmensos árboles y, por supuesto, las figuras de niños jugando— e intenté evocar la risa y la música que una vez llenaron ese espacio cavernoso, los tiempos felices.

El rancho Neverland era una de las mejores creaciones de Michael Jackson, el resultado de haberle dado rienda suelta a su imaginación. «Amaba este lugar, de eso no hay duda; es realmente sorprendente. Michael realmente lo había logrado», pensé para mis adentros mientras miraba alrededor. Era una gran bendición que hubiera vivido allí. Su vida entera, de hecho, fue increíblemente afortunada. Entonces, ¿por qué le había ido tan mal a él? ¿Cuándo sucedió? Evidentemente, muchas cosas habían salido mal y yo había relatado con gran detalle sus tropiezos a lo largo de los años. Pero ¿qué tenía este lugar que traía a mi mente todo el caos? ¿Qué *era eso*? En esta misma cocina, determiné, *fue aquí* donde todo salió mal. Y allí, en el salón del desayuno —que es realmente tan grande como la sala de estar de la mayoría—, también fue allí donde todo salió mal.

Caminé hacia la sala de desayunar, me paré en el centro y miré alrededor. Estaba completamente vacía —como el resto de la casa—, pero los recuerdos aún permanecían allí.

Fue en ese mismo lugar donde, en noviembre de 2003, Michael Jackson le presentó al mundo a un niño llamado Gavin Arvizo, primero en la cocina y luego en la sala de desayunar. Le sonrió al jovencito, miró melancólicamente a una cámara de televisión para un documental de Martin Bashir y preguntó: «¿Por qué no puedes compartir tu cama?». Gavin, que parecía totalmente hechizado por la estrella del pop,

recostó su cabeza sobre el hombro de Michael. «Lo más amoroso que uno puede hacer es compartir su cama con alguien», continuó Michael. Pero cuando Bashir indagó sobre el asunto, Michael intentó aclararlo. Era como si se le hubiese ocurrido que su comentario podía ser malinterpretado. «Siempre debes ofrecerles tu cama a las visitas —dijo, hablando como su madre, Katherine, conocida por ser una anfitriona consumada—. Él [Gavin] iba a dormir en el suelo y yo le dije: "No, tú duerme en mi cama y yo dormiré en el suelo"». Cuando Bashir quiso saber por qué Gavin no podía dormir en uno de los cuartos de huéspedes, Michael dijo: «Es que cuando los niños vienen aquí siempre quieren quedarse *conmigo*. Nunca quieren quedarse en las habitaciones para huéspedes y yo nunca los he invitado a mi habitación. Ellos me dicen: "¿Me puedo quedar contigo esta noche?". Yo les digo: "Si vuestros padres están de acuerdo, sí"».

Cuando entré en la sala de estar de Michael miré la chimenea y me pregunté… ¿Qué habría pasado si…? ¿Qué habría pasado si no hubiera dicho esas palabras en televisión? ¿Qué habría pasado si hubiera tenido más sentido común, especialmente después de las acusaciones que había recibido diez años antes?

Pero ¿fue tan terrible? Sí, lo fue en su momento. Tal vez ahora, mirando hacia atrás —sabiendo todo lo que sabemos y habiendo sido inundados con testimonios nauseabundos como resultado del juicio subsiguiente— nos parece intrascendente. Pero en aquel momento, cuando esas palabras salieron de la boca de Michael Jackson, sí, fue terrible. Fue definitivo. De hecho, fue el momento en que, sin exagerar, arruinó totalmente su vida. Después de que se emitiera el programa, el 6 de febrero de 2003, algunas organizaciones de protección del menor plantearon dudas y una cosa llevó a la otra antes de que, finalmente, el 20 de septiembre de 2003, se imputara y arrestara a Michael por abuso de menores.

Si Michael simplemente no hubiera grabado ese segmento con Gavin, me pregunto, ¿se habría metido en problemas igualmente? ¿Quién sabe? Pero mientras regresaba a la cocina acompañado tan sólo por mis pensamientos, me sentí increíblemente triste por él, por su familia, por sus amigos y por todos los que se vieron afectados por un momento puntual que Michael probablemente vivió como totalmente intrascendente cuando se desarrollaba.

De hecho, ¿qué habría pasado si…?

Memorias de Santa María

Hace cuatro años, en la primavera y verano de 2005 —desde el 28 de febrero hasta el 4 de junio—, me senté detrás de Michael Jackson en unos tribunales de Santa María, California. Estoy bastante seguro de que era la única persona presente —además de sus abogados y los miembros de su familia— que al menos alguna vez se había reunido con el acusado o con cualquier otro de los Jackson. Recuerdo muy bien el

primer día que Tito entró en los tribunales para apoyar a su hermano. Todos en el salón de prensa se dieron la vuelta y me miraron con las cejas levantadas. Pronuncié la palabra «Tito» y todos escribieron ese nombre en sus notas. ¡No sabían quién era! Pasaba algo parecido con todos los miembros de la familia, que venían en distintos grupos cada día a apoyar al más famoso de los Jackson.

A comienzos del juicio, Michael Jackson —de cuarenta y seis años por aquel entonces— parecía estar en muy buena forma. Solía caminar vivazmente hacia los tribunales y, cuando la prensa lo observaba, hacía ejercicios de calentamiento estirando su cuerpo como si estuviera preparándose para una función o para una competición deportiva. Era interesante ver su cuerpo de bailarín, y recuerdo haber pensado que seguía tan en forma como en los memorables vídeos de «Thriller», «Billie Jean» y «Beat It». Cuando sonreía a sus abogados o aun a los espectadores, su carisma seguía siendo fuerte y evidente para mí. La magia seguía allí. Seguía siendo Michael Jackson, pensé. La gente estaba hipnotizada por él, sorprendida por estar en su presencia. Y eso nunca fue más evidente que el 1 de marzo de 2005 —el segundo día de las declaraciones—, cuando el abogado de Michael, Tom Mesereau mostró el controvertido documental de Martin Bashir al jurado, aquel mismo material que había metido a Michael en problemas. Mientras sonaba la música de Michael y pasaban fotos de su sorprendente carrera por la pantalla, algunas cabezas comenzaron a moverse al compás en el juzgado. La gente empezó a sonreír. Por momentos parecía que ni siquiera estábamos en un juzgado. Habíamos sido transportados a otro lugar —por cierto, un lugar *mejor*— y estábamos unidos como si fuéramos uno solo mientras la voz y la música de Michael llenaban la sala. Pensé para mis adentros que aquél sería un juicio por abuso infantil muy extraño.

Pero luego, los testimonios comenzaron.

Día tras días, a medida que el fiscal desarrollaba su caso y llamaba a un testigo tras otro para que hablaran de la conducta inapropiada entre Michael y los niños, la estrella del pop parecía replegarse en su interior.

El octavo día de los testimonios, el 9 de marzo de 2005, testificó la presunta víctima de Michael, el quinceañero Gavin Anton Arvizo. Vestía una camisa azul abotonada hasta el cuello, parecía nervioso, hablaba entre dientes cada tanto. Habría de contar los momentos en los que Michael le daba alcohol y decir que Jackson lo había masturbado en dos ocasiones. Era, como mínimo, perturbador. Jackson fijó la vista al frente como si fuera una estatua de cera, sin mostrar emoción alguna.

El día después de que Gavin comenzara su testimonio, Michael llegó al juzgado una hora tarde. Después de que el juez emitiera una advertencia del tribunal contra él y lo amenazara con encarcelarlo, finalmente apareció en pijama. Tenía un severo problema en su espalda y necesitaba tratamiento médico. No había tenido tiempo para cambiarse. Estaba claro que las cosas no le estaban yendo bien. De hecho, esos días extraños fueron el principio del fin para Michael. Lo que verdaderamente me impresionó —además del inquietante testimonio— no fue el hecho de que apareciera

en pijama, sino que Michael parecía estar muriéndose frente a nuestros ojos. Estaba claro que sufría mucho, física y emocionalmente. Cualquiera que se preocupara por él se habría conmovido. Era horrible ver cómo se deterioraba lentamente hasta el punto de que apenas podía entrar en el juzgado.

El planteamiento de la fiscalía sostenía que Michael y Gavin habían mantenido veinte conversaciones telefónicas —que comenzaron cuando Michael llamó a Arvizo al hospital durante el tratamiento de cáncer del jovencito— y que a ellas les siguió la invitación al rancho Neverland. La primera noche, según Gavin, Michael sugirió que él y su hermano, Starr, durmieran en su cuarto. Les dijo que pidieran autorización a sus padres. Así lo hicieron y se acordó que durmieran en el cuarto de Jackson en lugar de hacerlo en la casa de huéspedes. Esa noche, supuestamente, vieron pornografía por Internet juntos. «Yo pensé que era el mejor tipo del mundo, mi mejor amigo —dijo Gavin—, ¿entiende lo que digo? Realmente me caía bien».

Pero de repente, de la nada, Michael cambió su número telefónico y abandonó a los muchachos. Eso era propio de Michael. Podía ser muy caprichoso. Tal vez sintió que Gavin era tan sólo un admirador y que le había dado todo lo que podía darle. De todas formas, por la expresión y el comportamiento de Gavin en el banquillo de los testigos, podía percibirse que el muchacho se sintió traicionado o tal vez, incluso, que lo habían abandonado. En efecto, Gavin testificaría sobre una ocasión en que fue a Neverland y le dijeron que Michael no estaba. «Sentí que mi corazón se partía, allí mismo», recordó, ahogado por la emoción.

Un día, según su testimonio, hubo una inesperada llamada telefónica en la que se solicitó a Gavin y a su hermano Starr que participaran en la filmación del documental de Martin Bashir, *Viviendo con Michael Jackson*. Luego, después de que el documental saliera al aire y causara gran revuelo por los comentarios malinterpretados de Michael, se les pidió a Gavin y a su familia que participaran en un vídeo de refutación con el objeto de reducir los daños. Gavin, sus dos hermanos —Starr y Davellin— y Janet, su madre, se reunieron con Jackson en Florida y allí, conforme a su testimonio, fue cuando Jackson presuntamente le dio vino en una lata de coca-cola *light*, y lo llamó Zumo de Jesús.

Se dijo que la conducta sexual inapropiada entre Michael y Gavin tuvo lugar en Neverland entre el 20 de febrero y el 12 de marzo de 2003 (también después de la emisión del documental de Bashir). Siempre conforme al relato, la pandilla de Jackson supuestamente montó una estricta vigilancia en torno a los Arvizo y los secuestró (Tom Mesereau tuvo una estupenda intervención al respecto en su interrogatorio a Starr, el hermano de Gavin: «¿Cuántas veces tu familia logró escapar de Neverland para luego volver y poder escapar de nuevo?»).

El clímax del testimonio de los Arvizo llegaría cuando se le mostró al jurado la videograbación del interrogatorio que la policía de Santa Bárbara le hizo a Gavin. El niño describió nuevamente las cinco ocasiones en las que Jackson le habría hecho beber alcohol para luego abusar de él. «Dijo que los chicos debían masturbarse

porque si no se volvían locos —le dijo Gavin a la policía—. Dijo que quería mostrarme cómo masturbarme. Le dije: "No". Dijo que lo haría por mí. Cogió mis partes íntimas. Puso su mano en mis calzoncillos… comenzó a masturbarme. Le dije que no quería que lo hiciera… Él siguió haciéndolo».

Había algo en la historia que no concordaba. Tal vez era el cargo por conspiración. La acusación de que una pandilla de sirvientes de Jackson mantuvo a los Arvizo en Neverland contra su voluntad a instancias de Jackson me parecía ridicula. Yo sentía que el fiscal había inventado ese cargo. Y si así fuera, ¿qué otras partes del caso eran pura ficción? Si no podía creer en el cargo de conspiración, ¿podía creer en el resto de los cargos, es decir, suministrar alcohol a menores y abuso sexual? No obstante, el llamado «vídeo de refutación» era perturbador. En él podía verse a Gavin y a su familia alabar a Michael Jackson más allá de toda consideración mientras insistían en que era incapaz de hacerle algo inapropiado a un niño y que cualquiera que pensara eso después de ver el documental de Bashir estaba muy equivocado. Y ahí también se los veía muy convincentes. Sin embargo, para explicarlo, el fiscal afirmó que todo fue orquestado y que se obligó a los Arvizo a decir lo que dijeron.

En cualquier caso, estaba seguro de que el fiscal, Tom Sneddon, odiaba la idea de tener que mostrarle ese vídeo al jurado. Pese a todo, hacía que su acusación contra Jackson pareciera muy sospechosa. El hecho de que él tuviera ese vídeo y, aun así, siguiera adelante con su acusación contra Jackson hacía que me preguntara por sus verdaderos motivos. En efecto, me hizo pensar que estaba resentido con Michael Jackson, tal vez porque nunca pudo procesarlo por lo que creía que había sucedido entre él y su primer denunciante, Jordie Chandler, diez años atrás. En mi opinión, una vez que vio el vídeo de los Arvizo alabando a Michael, debió de haber dicho: «Caso cerrado. Estas personas son mentirosas. Y aunque no esté absolutamente seguro de que lo sean, al menos *pueden* ser mentirosas y ésa es razón suficiente para no proceder con la destrucción de la vida de otra persona».

El peor día, sin embargo, fue aquel que los miembros de la prensa bautizamos «el día porno» —tal vez fue más de un día, no puedo recordarlo, probablemente porque he intentado borrarlo de mi mente—, cuando el fiscal mostró, en una enorme pantalla, imágenes pornográficas de revistas encontradas en Neverland. Fue horrible. Recuerdo estar sentado allí observando a Katherine, la madre de Michael, una devota testigo de Jehová, mientras era obligada a mirar las morbosas imágenes. Sólo recuerdo que desde atrás veía su cabeza, muy rígida, como congelada en su sitio (creo recordar que no fue a una de las sesiones). Ninguna de las imágenes era de pornografía gay. Ninguna de pornografía infantil. Entonces, ¿para qué mostrarlas? El fiscal sugirió que era pornografía que Michael usaba para excitar a muchachos heterosexuales para poder luego tener relaciones sexuales con ellos. No tenía sentido para mí. Una revista, tal vez. ¿Dos? Tal vez. Pero ¿montones de ellas? A decir verdad, no estaba ni siquiera seguro de que fueran de Michael. En mi mente, todo

parecía una maniobra para destruirlo a él y a su familia.

Al finalizar el día, Randy Jackson me miró mientras salía del juzgado, me levantó el pulgar y me sonrió amablemente. Me pareció raro, dadas las circunstancias. Pero le devolví el gesto. Esa noche volví a mi habitación y pensé sobre ese momento con Randy. Me pareció familiar. Y luego recordé que casi treinta años antes, Randy había sufrido un accidente automovilístico y los médicos dijeron que no podría volver a caminar. Durante una conferencia de prensa, llevaron en silla de ruedas al joven Jackson, de dieciocho años, con ambas piernas escayoladas. Recuerdo que sentí náuseas cuando oí que no volvería a caminar. Qué tragedia. Y recuerdo que Randy me miró, mezclado entre los miembros de la prensa, levantó su pulgar y me sonrió amablemente. Por supuesto, no sólo volvió a caminar, sino también a bailar y siguió con su vida de forma destacable. Más allá de lo que pueda decirse sobre los Jackson, la esperanza es lo último que se pierde en esa familia. Y tal vez, por buenas razones.

Nunca olvidaré otro momento del juicio. Era uno de los tantos días que Michael cojeaba cerca de donde estaba yo, me sonreía y me demostraba su reconocimiento con un gesto de su cabeza. Yo le devolvía la sonrisa. Y mientras pasaba, recuerdo que olía como a ropa vieja y húmeda. Como si fuera una estatua de cera que ha estado en un museo demasiado tiempo y necesita cuidado y atención. Más tarde, otro periodista se me acercó y me dijo: «Estás poniendo en duda tu objetividad al sonreírle al acusado. La gente va a pensar que estás de su lado». Me encogí de hombros. «En fin…», mascullé mientras me alejaba. Pensaba que era un poco tarde para preocuparse por la objetividad, especialmente después del «día porno».

«No recuerdo haber visto que se lamiera cabeza alguna»

Tengo un sinfín de recuerdos de aquel juicio infame. A veces surgen en mi mente cuando menos lo espero, especialmente desde la muerte de Michael.

Por ejemplo, recuerdo el día en que Janet Arvizo, la madre de Gavin, testificó. Su testimonio del 13 de abril de 2005 fue tan absurdo, tan improbable —tanto como su afirmación de que Michael iba a raptar a sus hijos y llevárselos en un globo aerostático— que muchos de los representantes de la prensa comenzamos a sentir que nos estaban embaucando. Habíamos pasado meses en Santa María, en audiencias previas al juicio escuchando hablar sobre evidencias que permanecían selladas. No teníamos idea acerca de lo que tenía el fiscal sobre Jackson, sólo sabíamos que debía de ser bastante contundente. Pero los testimonios que hasta entonces había ofrecido el fiscal parecían débiles e inconsistentes, y cuando Janet Arvizo entró en escena con sus modales estrafalarios, se hizo evidente para mucha gente que el caso no era tan claro. ¿Era posible que Jackson fuera acusado por una familia que pretendía ganar dinero o, tal vez, por un fiscal que quería crucificarlo? Un periodista de la CNN, después del testimonio de Janet, se me acercó y dijo: «¿Sabes qué, amigo? Me siento

tan… tan… utilizado». Como si un pretendiente le hubiese prometido algo y después lo hubiese traicionado. Un amigo mío llamado Michael Lawler —no sólo ferviente admirador de Jackson sino también una persona que había seguido los procedimientos tan de cerca que conocía las evidencias mejor que yo— había viajado desde Nueva York para asistir al juicio. Lo ayudé a entrar en el juzgado para escuchar el testimonio de Janet. Estaba tan asqueado con lo que escuchó, que no pudo evitar mascullar algo despectivo por lo bajo. Los oficiales lo oyeron y fue expulsado del juzgado. «La próxima vez que permitas que alguien entre aquí —me dijo un subcomisario después—, mejor le dices que mantenga la boca cerrada aunque los testigos estén locos de remate».

También recuerdo el día en que Bob Jones testificó, el día número veintinueve de las audiencias testimoniales.

Conozco a Bob desde los diez años y llevaba más de treinta años de relación con él por entonces. Era un hombre extraordinario. Como publicista en jefe de Motown y luego como el encargado de RR. PP de Michael Jackson, era la persona con quien debía hablar para llegar a Diana Ross, The Supremes, The Temptations, los Jackson 5 y todas las demás estrellas de Motown cuando quería entrevistarlas y escribir artículos sobre ellas. Nunca me allanó el terreno. Podía ser increíblemente intimidatorio y agresivo. Sin embargo, también era un hombre tierno. No puedo recordar la cantidad de favores que nos hicimos el uno al otro, generalmente consistentes en que yo escribiese una nota sobre algún desconocido artista de Motown que no le interesaba a nadie en el planeta a cambio de entrevistas con verdaderas leyendas como Stevie Wonder o Smokey Robinson.

Cuando Bob Jones se fue de Motown para trabajar junto a Michael Jackson, se nos hizo difícil a todos los periodistas acceder a Michael, tal como esperábamos que sucediera. Yo conocía a Michael desde que la estrella del pop tenía ocho años. Por supuesto, era benévolo con él. Si había una rueda de prensa o alguna otra presentación en Neverland, solíamos encontrarnos en un microbús que nos llevaría a todos a cubrir el evento. Recuerdo que un día me dijo: «Si te veo tomando aunque sea una sola foto dentro de la propiedad, te arrojaré al lago con mis propias manos». Y no mentía.

Bob fue despedido en 2004, después de casi diecisiete años —sin contar todos los años en Motown—, de un modo que parecía injusto, por carta, ni siquiera una llamada telefónica. Michael simplemente lo echó por carta y lo abandonó por razones que siguen siendo oscuras para mí y, tras haber hablado con Bob al respecto, también para él. Luego, Bob escribió un libro mordaz sobre Michael junto a la periodista Stacy Brown. Incluso a mí me sorprendió, y yo no me sorprendo fácilmente en lo que a este tema respecta. Por supuesto, la fiscalía amaba cada una de sus airadas palabras, especialmente en lo tocante a Jordie Chandler, el niño por el cual Michael fue acusado de abusos en 1993. Aun antes de que se publicase el libro, pusieron a Bob en el banquillo de los testigos para que se enfrentase a su exjefe y para que contara —

bajo juramento— algunas de las historias sobre Michael y Jordie que estaban en su libro. ¿Qué habrá sentido Bob al mirar a los ojos de Michael desde el banquillo de los testigos, después de haber escrito un libro semejante? Cualesquiera que fueran sus sentimientos, Bob no pudo —o no quiso— hacer lo que la fiscalía esperaba. Había estado tantos años protegiendo, y amando, a Michael Jackson que simplemente no pudo hacerlo. Actuó —o tal vez no estaba actuando, aún no estoy seguro a día de hoy — como si ni siquiera hubiera leído el libro, y mucho menos lo hubiera escrito junto a Stacy. «No recuerdo haber visto que se lamiera cabeza alguna», dijo Bob cuando se le preguntó sobre un extraño pasaje en particular (debo admitirlo, ésa se convirtió en una de las intervenciones favoritas para muchos de los periodistas).

Tom Sneddon nunca pudo quebrar a Bob Jones. Nunca nadie pudo hacerlo, al menos ninguna persona de la que se tenga conocimiento. Bob se fue del banquillo de los testigos sin decir nada demasiado dañino para Michael. En efecto, creo que ese día sacrificó su propia dignidad en aras de Michael, tal vez como un último regalo a su antiguo amigo y jefe. No parecía preocuparle que el fiscal lo considerara un mentiroso en tanto no tuviera que traicionar a Michael Jackson en ese banquillo de los testigos. De todas formas, tuve el triste sentimiento de que, para Michael, Bob estaba muerto de todas formas. Bob murió algunos años después sin siquiera haberse reconciliado con Michael.

El mismo día, June Chandler —la madre de Jordie— ofreció su testimonio. Habló de los regalos de Michael y de las súplicas y ruegos que diez años antes él le había hecho para que le permitiera estar junto a Jordie. Se la veía desolada mientras comentaba cómo se había arruinado la relación entre ella y su hijo —no había hablado con él en once años, por decisión del muchacho— y de cuánto se arrepentía de haberle confiado su hijo a Michael. Dijo que Jackson la halagaba con todo tipo de regalos caros para lograr que ella confiara y tal vez, por extensión, que su hijo pasara tiempo en privado con él… ¡por lo menos en treinta ocasiones!

Cuando escribí sobre el asunto de Jordie Chandler, tal como se desarrolló en 1993 y 1994, nunca supe qué pensar. Michael había sido tan firme en proclamar su inocencia durante las entrevistas que le realicé por aquel entonces —angustiosas conversaciones telefónicas desde el exterior— que se me hacía difícil aceptar que fuera tan buen mentiroso. Además, tenía muchas fuentes creíbles que no dudaban de que a Michael lo estaban chantajeando, que era inocente. Pero algunas de las historias vinculadas a Jordie eran tan perturbadoras que no sabía qué pensar. En lo que a Gavin Arvizo respecta, a partir de los testimonios que se escucharon en el juzgado llegué a la conclusión de que Michael no era culpable. Pero con respecto a Jordie Chandler, no estaba seguro. ¿Cómo podía estarlo?

Muchos de los admiradores y familiares de Michael se han disgustado conmigo a lo largo de estos años por no expresar inequívocas certezas en torno a la inocencia de Michael en el caso de Jordie Chandler. Entiendo que sentían que habría debido bastarme que Michael negara las acusaciones en las entrevistas que le realicé. Por

supuesto, sus comentarios al respecto me afectaron. Pero el hecho es que yo nunca había estado en la habitación junto a Michael y Jordie. ¿Cómo podía saber a ciencia cierta lo que sucedió entre ellos? Y, sobre todo —a diferencia de la situación con Gavin—, no tuve la oportunidad de presenciar sesenta días de testimonios bajo juramento para poder formarme una opinión propia. Quería creer en la inocencia de Michael en relación a cualquier conducta inapropiada para con Jordie Chandler, por supuesto. Deseaba que fuera inocente. Pero eso no transformaba necesariamente mis deseos en realidad. Al fin de cuentas, en mi opinión, la fe ciega es algo maravilloso que está sólo reservada a miembros de la familia y a amigos muy íntimos. El resto de nosotros tiene esperanzas, que no es lo mismo que tener convicciones.

Además, estaba el pequeño detalle de que Michael le pagó a Jordie más de veinticinco millones de dólares. Por cierto, eso no le ayudó a limpiar su nombre, al menos que yo sepa. Recuerdo haber entrevistado a Michael poco después de que se llegara al acuerdo y haberle dicho que estaba extremadamente decepcionado de que hubiera pagado tantos millones a Chandler. Le dije que, desde ese momento, la gente siempre creería que era culpable. Fue la primera vez que oí a Michael emplear un insulto. «Me importa un [improperio borrado] lo que piense la gente», me dijo enojado. Dijo que el litigio le había arruinado la vida, que era completamente inocente pero que también tenía el dinero para terminar con todo el asunto. Fue la primera vez, pensé, que Jackson no tomó una decisión pensando cómo iba a impactar en el público. De alguna forma, recuerdo haber pensado que era un momento definitorio para él. Me preguntaba si tal vez los días de velar por su imagen habían quedado atrás y esperaba vivir una vida más auténtica en adelante. Tal vez, después de todo, no había hecho nada, pensé, y sólo quería seguir con su vida y olvidarse de la mera existencia de los Chandler. Pero luego, diez años después, me senté a observar a June Chandler —ese caparazón de mujer con ojos muertos— en el banquillo de los testigos. Todo su mundo parecía haberse derrumbado el día en que ella y su hijo conocieron a Michael Jackson. Y no supe qué pensar. Sentí que ella era el testigo más fuerte de la fiscalía, y no tanto por lo que decía —no era mucho, por cierto—, sino por cómo se veía al decirlo. Arruinada. Totalmente destruida por las circunstancias de la relación de su hijo con el Rey del pop.

El testimonio de Debbie Rowe

Probablemente, el testimonio que Debbie Rowe ofreció el 28 de mayo de 2005 —el día número cuarenta de las audiencias testimoniales— fue el más dramático del juicio. No había visto a Michael durante muchos años. Él no le hablaba, pensaba que lo había traicionado más de una vez por querer ver a los dos hijos - Paris y Prince Michael— que había tenido para él. «A veces los quiere —me dijo una vez en una conversión telefónica— y a veces no, y no voy a arruinar a mis hijos trayéndola y

sacándola de escena. Estoy furioso con ella».

Michael realmente se enfadó cuando Debbie hizo una jugada para obtener la custodia de sus hijos, después de que lo arrestaran en 2003. En una declaración judicial de aquel entonces, afirmó que mantuvo su derecho de visita alrededor de un año pero renunció al mismo porque no podía tolerar toda la publicidad que rodeaba la relación y pensó que sería «altamente beneficioso para los niños». Sin embargo, según su declaración:

«Durante los últimos años, he mantenido contacto con personas cercanas a Michael para estar informada sobre los niños. Tengo fotos suyas en toda mi casa y a menudo reflexionaba sobre la fabulosa vida que debían disfrutar junto a su padre. Siempre me dijeron que se trataba a nuestros hijos como a la realeza y que eran niños felices. Quise hablar con Michael durante los últimos años para conversar sobre nuestros hijos, pero él no quería hablar conmigo, por lo que lamentablemente seguí dependiendo de las observaciones de otras personas que veían personalmente a los niños y tenían conocimiento de su bienestar».

También sostuvo que los cargos de abuso infantil contra Jackson la forzaron a reconsiderar la situación y agregó que: «Creo que puedo proveer un entorno más estable para nuestros hijos en este momento en particular. Creo que tengo la responsabilidad de proteger y estar involucrada en la vida y el bienestar de mis hijos hasta que se realice una investigación completa para determinar realmente qué es lo mejor para ellos. Si no intervengo ahora para ayudar a nuestros hijos, no estaría cumpliendo con mi responsabilidad como madre». Temiendo que Jackson huyera del país con los niños antes del juicio, solicitó que los pasaportes de sus hijos le fueran inmediatamente entregados. Escribió: «Michael tiene amigos cercanos, ricos e influyentes, en todo el mundo. Tiene la posibilidad de alquilar un *jet* privado de un momento a otro, llevarse a los niños de Estados Unidos y nunca volver». Para Michael, un trato era un trato, sin consideraciones ulteriores, y en lo que a él respecta, Debbie había renunciado por escrito a sus derechos como madre en 2001 y había recibido un considerable pago de Michael, millones, de hecho. Tenía un estilo obstinado que, presumo, había heredado de su padre, Joseph. Nadie puede razonar con Joseph Jackson cuando está convencido de algo, y Michael hacía exactamente lo mismo. Una vez que alguien salía de la vida de Michael, él no volvía a pensar en esa persona, salvo contadas excepciones. Por lo tanto, Debbie estaba fuera de la escena, todos lo sabíamos. Pero la había citado la fiscalía. Todos sospechaban que su testimonio lo perjudicaría mucho. Ciertamente, la fiscalía debía de pensar lo mismo a partir de las entrevistas previas con ella, de lo contrario no la habría convocado.

Cuando Debbie prestó juramento, Michael le clavó la mirada con una expresión glacial. Luego, Debbie sencillamente comenzó a arrojar una bomba tras otra contra él.

En primer lugar admitió que nunca había compartido el techo con Michael. Nunca se mudó a Neverland. Parecía que iba a testificar que su boda y su relación con

Jackson eran totalmente fingidas. Pero luego, como sucedía a menudo en ese juicio, las cosas cambiaron en un santiamén. De repente —y para sorpresa de todos, incluida la fiscalía—. Debbie empezó a alejarse de la historia que debía contar. En primer lugar, el fiscal le prometió al jurado que Debbie testificaría que todos los elogios que le hizo a Michael en el «vídeo de refutación» estaban orquestados. Ella dijo todo lo contrario. «El señor Jackson sabe que nadie puede decirme qué decir». Admitió, sin embargo, que la razón por la que participó en el vídeo fue porque pensó que «volvería a estar con ellos [sus hijos] y que volvería a relacionarme con su padre». Cuando se le preguntó por qué, se emocionó, miró a Michael y dijo: «Porque es mi amigo». Luego, cuando le preguntaron si le permitieron ver a sus hijos después de realizar el vídeo, contestó en voz baja que lo intentó durante nueve meses hasta que finalmente se dio por vencida.

Debbie también comenzó a insistir en que Michael era un gran padre, que nunca le haría daño a un niño y que creía con todo su corazón que él era inocente de todo lo que se le imputaba en ese proceso. Por supuesto, debía admitir que no lo había visto ni había hablado con él desde…, bueno, no podía siquiera recordar desde cuándo, pero habían sido muchos años. De todas formas, dijo que lo veía como a un amigo. «Si tan sólo me hablara…», se lamentó. Estaba triste. Sin embargo, era increíblemente agradable, llena de energía (en un momento dijo que uno de los asesores de Jackson era un mentiroso de mierda, y luego miró al juez y se disculpó). Cuando se enteró en el banquillo de los testigos de que el fiscal había grabado conversaciones que mantuvo con ella sin su consentimiento, lo miró horrorizada y dijo: «¿Lo hizo? ¿Lo *hizo*? ¡Váyanse al carajo!».

En cualquier caso, Debbie Rowe le prestó un gran servicio a Michael Jackson aquel día. Si hubiera testificado en su contra, como exesposa y madre de sus dos hijos, no habría habido forma de que lo declararan «inocente». Tras el juicio entrevisté al fiscal Ron Zonen para la Court TV y me dijo que, en efecto, Debbie «fue probablemente la mayor sorpresa de todo el juicio».

Después del testimonio de Debbie Rowe, todos pensamos: «Va a poder ver a sus hijos ahora». Por desgracia, aunque probablemente ayudó a que Michael permaneciera en libertad, según la mayoría de las versiones, sólo pudo ver a sus hijos una vez después del juicio.

Mientras Michael estaba en su exilio autoimpuesto en Bahrein después del juicio, envió a Prince Michael y a Paris de vuelta a Estados Unidos para una visita supervisada a su madre en un hotel de Beverly Hills: era la primera vez que Debbie los veía en tres años. Se les dijo a los pequeños que Debbie era una amiga de la familia, no su madre. Ciertamente, eso debió de ser muy doloroso para ella. Pero sucedió así. Nadie sabía si volvería a ver a los niños.

Después de la solicitud inicial de custodia en 2003 y de la absolución de Michael en 2005, según se informó, ambos llegaron a un acuerdo en el que Debbie renunciaba a sus derechos como madre a cambio de seis millones de dólares pagaderos en un

plazo de diez años. Recibió un primer desembolso de 900.000 dólares a finales de 2006 y una cuota de unos seiscientos mil dólares el 1 de septiembre de 2007. La pregunta es: ¿recibió los otros pagos? Es probable que no, dado que Michael, en los últimos años de su vida, no estaba precisamente pagando sus deudas. En caso negativo, eso puede influir en la decisión de Debbie de reclamar a los niños ahora que su padre ha muerto.

Como ahora se sabe, Debbie quedó expresamente excluida del testamento de Michael. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que ese testamento se escribió en 2003, un par de años antes del juicio. Aparentemente, no lo actualizó al terminar el juicio.

Una extraña defensa

La fiscalía concluyó con su presentación el 4 de mayo de 2005, después de cuarenta y cinco días. La defensa comenzó su tarea al día siguiente.

Irónicamente, a algunos de nosotros nos pareció que los testigos de la defensa perjudicaban más a Michael que los de la fiscalía. Por ejemplo, los primeros dos testigos fueron Wade Robson y Brett Barnes, dos jóvenes convocados por el abogado de Michael, Tom Mesereau, para testificar que, de jovencitos, ambos habían dormido en la misma cama que Michael. Se me revolvió el estómago cuando contaron sus historias. El tema era que en el mundo de Michael Jackson estaba bien dormir con niños; no quería decir que tuviera relaciones sexuales con ellos, sólo que se estaban divirtiendo, jugando en pijama. No evaluaron la naturaleza inapropiada de todo aquello o el hecho de que la mayoría de las personas razonables lo encontrarían horroroso o, al menos, sospechoso.

El segundo día, Joy Robson, la madre de Wade, testificó que cruzó la calle con su hijo de diez años desde el hotel en el que se estaban alojando hasta el apartamento donde Michael se alojaba y lo dejó allí para que pasara la noche con Michael. Y, desde su punto de vista, él era inocente. ¿Por qué? Porque ella sabía que Michael amaba a los niños. «Michael Jackson es una persona muy especial —dijo—. Y si no lo conoces, es difícil entenderlo. No es como cualquier hijo de vecino». Me sentí bastante perplejo. No podía imaginar que la gente del jurado pensara que estas cosas tenían sentido. Pero, sin embargo, Joy parecía una persona razonable, así que tal vez lo hicieran. En palabras de Michael, lo que tenía sentido y lo que parecía una locura a menudo convergían en una realidad que no era fácil de describir.

En un momento, Joy Robson recordó tensión y celos entre los niños que dormían con Jackson, incluyendo al actor McCauley Culkin y su hermano Kieran. También había celos entre las familias: Robson contó que le dijo a June Chandler que: «había un tremendo impacto emocional en los niños cuando Michael cambiaba de niño». Asimismo, dijo que pensaba que June era una «trepadora» que quería ser «el ama de

Neverland».

Marie Lisbeth Barnes testificó que su hijo, Brett, pasó una docena de noches en la cama con Jackson, incluso acompañando a la estrella del pop en giras de conciertos por América del Sur y Europa. Durante las giras, Brett Barnes y Jackson compartían una habitación de hotel mientras el resto de la familia Barnes se quedaba en otra, según la madre. «Percibo cuándo puedo confiar en alguien y cuándo no puedo confiar en alguien, y tengo total confianza en él», dijo. ¿Era yo el único que pensaba que aquello no hablaba bien de Jackson? Yo lo pensaba. Al mirar la sala vi muchas caras confundidas. Luego, cuando la hermana de Brett Barnes, Karlee, dijo que Jackson durmió con su hermano un total de «trescientos sesenta y cinco días» en un período de dos años, cuando Brett tenía diez y once años, levanté las manos, disgustado, y me convencí de que esa defensa no tenía sentido alguno.

De hecho, en toda la argumentación de la defensa, en la que se sostenía que era inocente, había historias de Michael durmiendo con niños. Incluso se llamó al banquillo de los testigos a McCauley Culkin el día número cincuenta para testificar el mismo tipo de comportamiento. En mi opinión, la defensa encontró su punto fuerte señalando inconsistencias en la historia de los Arvizo y de otros que testificaron contra Michael, y fue débil intentando hacer que el comportamiento inapropiado de Michael sonara razonable y comprensible.

No fue un melodrama de altos vuelos, sin embargo. Algunos recuerdos de Santa María realmente me hacen reír. Por ejemplo, recuerdo el día en que todos estábamos en el juzgado listos para comenzar el procedimiento cuando se produjo un revuelo en el fondo de la sala. Era el 3 de junio de 2005 y Tom Mesereau estaba en el segundo día de su alegato. Todas las cabezas giraron para mirar a tres atractivas mujeres negras tratando de llegar a la parte delantera de la sala. Las tres eran provocativas, curvilíneas y estaban adornadas con tintineante bisutería. Se trataba de un caos orquestado; piensen en The Supremes tratando de llegar al escenario desde el fondo de una discoteca repleta y tendrán la imagen. Eran Janet, LaToya y Rebbie haciendo, sin duda, su entrada triunfal en el juzgado, vestidas con trajes negros y blancos. Las tres hermanas Jackson marcharon hasta el pasillo central perfectamente al unísono, lideradas por Janet que parecía decir: «Bueno, chicas. Uno. Dos. Tres. Allá vamos». Se sentaron en la primera fila mientras Thomas Mesereau terminaba su alegato final. «Sólo hace falta una mentira bajo juramento para que ustedes puedan sacar este caso de los tribunales —les dijo Mesereau a los jurados—. Y aquí, hubo una incontable cantidad de mentiras». Luego, cuando terminó, el juez anunció que Ron Zonen iba a comenzar el alegato final de la fiscalía. Justo entonces, en el momento preciso, las tres hermanas se pusieron de pie, dieron media vuelta y abandonaron el lugar de inmediato.

La sentencia

«Tienes el mejor asiento del lugar», me dijo uno de los comisarios de Santa Bárbara la noche anterior a la fecha prevista para la lectura de la sentencia, el 13 de junio de 2005. El caso había llegado al jurado al cabo de sesenta y seis días: cuarenta y cinco días para la fiscalía y quince para la defensa. El jurado recibió el caso el 3 de junio y deliberó durante diez días. «Porque cuando encuentren culpable a Jackson, y lo *van* a encontrar culpable, te lo aseguro —continuó el comisario—, vamos a sujetarlo y a sacarlo de allí tan rápido que tu cabeza va a girar como un trompo». Pregunté por qué. «Porque tenemos miedo de que se arme tanto alboroto que sus hermanos sean capaces de saltar la valla [que separa a los espectadores del juez, el acusado y los abogados] y causen disturbios». Me desconcertó esa imagen. Suponía que Michael sería declarado inocente. El argumento de la fiscalía era débil, al menos en mi opinión. El chico no era creíble, su madre me parecía emocionalmente desequilibrada, al igual que muchos otros testigos. Es extraño, los peores momentos en un juicio como ése se graban en la mente y vuelven a la memoria al recapitular lo sucedido. Por ejemplo, Starr Arvizo testificó que Michael entró completamente desnudo y excitado en una habitación y que los niños se horrorizaron. Según las palabras de Starr, Michael dijo que era «perfectamente natural» y que no debían darle a su erección ninguna importancia. Gavin, sin embargo, testificó que Jackson entró en la habitación desnudo, los vio y salió nuevamente, lo cual sugiere que tal vez no sabía que los niños estaban allí, y Gavin no hizo mención alguna de que Michael tuviera una erección o que dijera que eso era «natural». ¿Un detalle menor? Tal vez. Sin embargo… hacía que me preguntara si quizá los niños se habían olvidado de aprender bien la historia. En efecto, se mencionaron tantos nombres y testificaron tantos niños que una de las preguntas del jurado al juez durante las deliberaciones fue: «¿De qué niño están hablando?».

Pero ¿y si me equivocaba? ¿Y si encontraban culpable a Michael y lo enviaban a prisión? «No podrá sobrevivir a eso —me dijo Jermaine—. Nunca podría. Será el final para él».

Tenía autorización para entrar en el juzgado y oír el veredicto ese fatídico 13 de junio de 2005 y tenía planeado salir inmediatamente y transmitir el resultado a la audiencia de la CBS Noticias. El periodista que se sentaba junto a mí en el juzgado ese día, quien también creía que Michael era inocente, se preguntaba cómo habrían de mantener la objetividad si la sentencia lo consideraba culpable. «Tengo la horrible sensación de que me pondré a llorar —me dijo una periodista amiga—. No puedo aparecer llorando en la pantalla. Pero es Michael Jackson —razonó—. Lo hemos amado desde que tenía diez años». Asentí con la cabeza. Estaba seguro de una cosa: en este caso, el de este muchacho y su familia, estaba seguro de que Michael era inocente. La mayor parte de la evidencia —o la falta de ella— me había demostrado eso. Por eso estaba realmente asustado por él. Lo vi caminar lenta y dolorosamente hacia el juzgado el día de la sentencia, ya parecía un hombre quebrado y aún no tenía noticias de su destino. Parecía dirigirse a la cámara de gas. Se había dado por

vencido. No me sorprendía. Había perdido la dignidad, su carrera se había hecho añicos, y, más que en la mayoría de las personas, la humillación hacía mella en una persona tan frágil y compleja como Michael Jackson.

Por supuesto, el jurado sentenció que Michael era inocente.

Observé a Michael mientras se escuchaba el recuento de «Inocentes» y de pronto lo comprendí: ¡Este hombre ha tomado tantos medicamentos que no debe siquiera de comprender que lo han declarado inocente!

«Mucha gente se va a sorprender y no se necesita un diploma de abogado para entender esta sentencia —dijo el analista legal de la CNN, Jeffrey Toobin—. Es una absoluta y completa victoria para Michael Jackson, una gran humillación y derrota para Tom Sneddon, el fiscal que ha estado persiguiéndolo durante más de una década, que presentó una acusación que el jurado no compró en absoluto. Este caso terminó».

En el pasillo había un gran caos porque la prensa trataba de salir del juzgado para transmitir las noticias. Fuera, los admiradores de Michael explotaban de júbilo mientras los periodistas corrían intentando encontrar su cámara y sus equipos de producción. Era un caos total. En un momento, me encontré con Michael. Miré a ese tipo que conocía desde que él tenía diez años. Le sonreí. Forzó una sonrisa como respuesta, pero su expresión estaba ausente; sus ojos, vacíos. Tal vez fuera el día más feliz de su vida pero estaba ausente, no podía disfrutarlo. En realidad, Michael Jackson no estaba allí.

Salí en directo y realicé mi crónica para la CBS News relatando en primera persona lo que había sucedido en ese juzgado. Sentía una gran emoción, apenas pude hacerlo.

Mientras me abría camino entre la multitud para realizar una toma en directo en algún lado, se me acercó una mujer, una total desconocida que me reconoció. Me sujetó el brazo y me atrajo hacia ella para asegurarse de que la escuchara pese al bullicio circundante. «Oh, no —dijo, con ojos alarmados—. ¿Y si realmente es inocente?», como si esa idea le hubiera surgido de repente y necesitara expresarla de inmediato. Y yo justo estaba ahí, cerca de ella, cuando se le ocurrió—. «Después de todo *esto* —dijo—, ¿qué pasa si realmente es inocente?». Mientras observaba el sobresaltado rostro de esa mujer, sentí un escalofrío en todo mi cuerpo y pensé para mis adentros: «Por Dios ¿y si realmente lo es?».

Repercusiones

Bahrein no es un lugar cómodo en verano. El desierto cubre la mayor parte de las treinta islas que conforman el país y en agosto hace tanto calor y humedad que las temperaturas exceden regularmente los 43 grados centígrados. Pero esta lejana nación tiene un atractivo. Es el lugar perfecto para que un hombre ponga distancia entre él y sus problemas. Lo cual puede explicar por qué fue allí, en el golfo Pérsico, donde

Michael Jackson buscó asilo después del juicio.

En agosto de 2005, Michael cumplió cuarenta y siete años. Era libre. Pero, a decir verdad, sus problemas estaban lejos de acabarse. En lugar de saborear su nueva libertad, Michael se hundió en una profunda depresión, sufriendo a menudo ataques de pánico e insomnio, como si estuviera traumatizado por el juicio. Se negaba a hablar al respecto. Ésa no era la «victoria» por la que sus amigos y admiradores habían luchado. Después de la sentencia, la estrella del pop desapareció. No hubo fiestas posjuicio ni conferencias de prensa triunfales. A decir verdad, Michael no estaba en buen estado como para celebraciones. Estaba demasiado enfermo. Un par de días después de la sentencia, ingresó en un hospital de Santa Bárbara para recibir tratamiento por agotamiento y deshidratación. Poco después de que le dieran el alta, se fue, y dejó Neverland para no regresar.

«Se aisló totalmente —me dijo una fuente cercana al cantante—. Estaba deprimido, inquieto, era incapaz de comer o de dormir. Lo perdió casi todo: su libertad, su familia, su carrera. No te recuperas después de algo así. Me dijo: "A día de hoy, me despierto sintiéndome perturbado y asustado, y tardo media hora en recordar que ya se terminó"».

La única persona que Michael vio durante las semanas posteriores al juicio —además de a sus hijos y su niñera, Grace Rharamba— fue a un terapeuta. Por primera vez en su vida, Jackson decidió tratarse. Era, definitivamente, un paso en la dirección correcta. Sabía que necesitaba ayuda y tal vez era un signo de madurez que la buscara realmente en vez de ignorar los síntomas. «Se sentía totalmente victimizado por Gavin, el resto de los intrigantes de la familia Arvizo y también por el fiscal de Santa Bárbara, Thomas Sneddon —me dijo uno de los integrantes del entorno de Jackson —. Pasó momentos difíciles tratando de calmar la furia que sentía por toda la situación. Una vez me dijo: "Que Dios me perdone y no le digas a Katherine que he dicho esto, pero odio a ese niño. Odio tanto a ese niño…". Luego, recuerdo que me miró por un momento y me dijo: "Parte de mí piensa, no, eso no está bien. No debes odiar. Pero luego pienso que no puedo evitarlo. Odio a ese niño por lo que me hizo. Mi terapeuta me ha dicho que debo ser sincero conmigo mismo y sentir lo que siento, no reprimirlo como hago normalmente. Bueno, siento que odio a ese niño. Lo odio"».

Lo que Jackson había estado sufriendo, tal como me lo describieron, sonaba parecido a un síndrome de estrés postraumático. Tenía pesadillas recurrentes sobre el juicio, recreaba en su cabeza la escabrosa evidencia en su contra, los muchos testigos, la pornografía que se le mostró al jurado, la mirada angustiosa en la cara de su madre. Era lo peor que le había sucedido y lo hizo sentir raro y, si era posible, más desconectado aún.

Michael no quería hablar con nadie que le recordara lo que había sucedido en Santa María, ni siquiera con la gente que estuvo a su lado a lo largo del juicio. Su familia estaba lejos para él. Parecía no querer tener nada que ver con la mayor parte de ellos. Algunos de los Jackson estaban hablando de una «gira reencuentro»

nuevamente, y esta vez, Michael tal vez sintiera que realmente *les debía* tal honor, pero, sin embargo, no lo iba a hacer. Sentía que lo presionaban para que se involucrara en otras cuestiones de la familia, sin mencionar su imperio financiero a punto de desmoronarse, y realmente no quería transitar por ninguno de esos mundos. Entonces, se fue. Se fue a Bahrein, lo más lejos que podía irse. El rechazo lastimó profundamente a su familia. Joseph quería desesperadamente que Michael hiciera una aparición en su fiesta de cumpleaños, en Alemania. Michael no pudo hacerlo. Al final, Joseph tuvo que contratar a un imitador de Michael Jackson.

Aparentemente, Michael conocía a la familia real en Bahrein y se alojó con ellos. Por supuesto, más adelante, el Príncipe demandaría a Michael por incumplimiento contractual alegando que tenían un acuerdo para grabar discos que Michael no cumplió.

Entonces: ¿qué más había de nuevo?

Era la falta de responsabilidad personal de Michael lo que hizo que yo no quisiera tener nada que ver con él después del juicio. Era capaz de dejar en el pasado las acusaciones de abuso en mi cobertura sobre él. Después de todo, yo creía en su inocencia en relación al caso Arvizo desde el principio. Sin embargo, lo que no podía tolerar era su total desconsideración por las otras personas de su vida. En mi opinión, le debía a su familia un poco de la lealtad que ellos le habían demostrado. Tal vez, en el pasado, lo habían presionado para que participara en empresas en las que no estaba interesado, pero esta vez yo creía que al menos tenía la obligación de intentar trabajar al lado de ellos. Después de todo, el apoyo que le dieron debió de haber significado *algo* para él durante el juicio. Siempre había algún Jackson en el juzgado. Además, no podía comprender su falta de lealtad para con toda la gente que mantuvo Neverland a flote en su ausencia durante el juicio. Nada más terminar el proceso, despidió a todo el mundo sin indemnización. Docenas de sirvientes y otros empleados —gente con familia que lo había dado todo por Michael— fueron simplemente despedidos sin demasiados miramientos. Luego llegó una catarata de demandas de antiguos abogados y socios comerciales, una tras otra. Por supuesto, Jackson había sido cualquier cosa menos un consumado hombre de negocios, al menos durante los últimos diez años, pero ahora las cosas se habían descontrolado. ¿Le pagó a alguien con quien había hecho un trato? ¿Cumplió alguno de los contratos que firmó? Era evidente para mí que no era un hombre de palabra y, para ser francos —como su biógrafo y como alguien que lo conocía desde hacía mucho tiempo—, simplemente me sacaba de quicio. «Soy un hombre de honor», me dijo una vez. Fue cuando hice una broma en torno a su matrimonio con Lisa Marie Presley en el programa televisivo *Good Morning America* y él me llamó para retarme. «Si crees algo sobre mí, debes creer en esto». De hecho, mirando hacia atrás, creo que me sentí decepcionado por Michael Jackson. Entonces, durante los años posteriores al juicio, no quise escribir sobre él. «Pero debes ser más objetivo», me dijo un editor. «Cuando él empiece a pagar sus cuentas, tal vez yo empiece a escribir nuevamente sobre él», le

respondí.

En mi opinión, Michael Jackson tenía una oportunidad de oro para recuperar su carrera después del juicio. No podía comprender por qué quería destruirla tan flagrantemente. Siguió prometiendo discos que nunca se grabaron, actuaciones que nunca se realizaron. Parecía no tener un lugar donde vivir. Él y sus hijos solían vivir con amigos en una ciudad y luego emigrar hacia otra como si fueran indigentes. Yo no quería saber nada al respecto, todo me sonaba decepcionante e inútil.

Ahora desearía haber tenido más empatia con un hombre que estaba sufriendo tanto. Nunca pudo superar el juicio; ese trauma lo siguió carcomiendo. ¿Cómo podía preocuparse por los demás si apenas podía intentar sobrevivir? «Quien piense que se va a recuperar después de semejante humillación pública simplemente no conoce a Michael Jackson —me dijo su exmánager Frank Dileo aquel día de junio, cuando fue absuelto de todos los cargos—. Esto es devastador. A un tipo como Michael, esto le arruina la vida».

En efecto, después de Santa María, todo le importaba poco a Michael Jackson, excepto, quizá, lo único que debía importarle: sus hijos. Su carrera estaba destruida y sus finanzas, en ruinas; pero eso no tenía consecuencias en lo que a él respecta. Tenía el amor de sus tres hijos, los dos Prince Michael y Paris, y mientras eso fuera así, pensaba que estaría bien. Irónicamente, considerando su vida nómada, aquellos que lo conocían mejor se confortaban pensando que aquellos años después de Santa María estuvieron entre los mejores, en tanto le permitieron priorizar verdaderamente su vida. Ya no le importaba ser el número uno, su objetivo durante la mayor parte del tiempo que pasó en este planeta. Ya no tenía ese fuego interior que la gente necesita para hacer las cosas que Michael Jackson había hecho con su vida y su carrera. Para aquellos que querían verlo de nuevo en la cima, la falta de pasión por su carrera era difícil de aceptar. Pero, tal vez, ya había dado todo lo que tenía para dar. Tal vez, después de tantas décadas en el centro de la escena, había llegado la hora de que nosotros lo dejáramos en paz de una buena vez.

Cumplir cincuenta años

Un asistente empuja a un hombre de mediana edad en pijama, sentado en una silla de ruedas, por una concurrida calle. El hombre es delgado, de aspecto frágil. Su piel parece estar desprendiéndose. Sus uñas tienen un nauseabundo tono amarillo. ¿Tal vez marrón? Una mascarilla cubre la parte inferior de su rostro y unas amplias gafas de sol, la parte superior. Lleva una gorra roja de béisbol de los Marines. Mientras tanto, tres pequeños caminan delante de él, una niña y dos niños. Parecen felices, se los ve adorables, con ropas coloridas. Usan amplias gorras pero, aparentemente, no a los efectos de esconder sus rostros. «Más despacio», ordena el hombre con un susurro ronco. Sin embargo, lo ignoran y cruzan la calle rápidamente. Una vez del otro lado

de la calle y frente a una librería, esperan al hombre de la silla de ruedas. Cuando al fin llega, uno de los niños sostiene obedientemente la puerta para que el hombre de la silla de ruedas pueda ser introducido en la tienda. «Gracias», dice débilmente. Luego, justo cuando los tres niños están a punto de entrar, una desconocida se acerca al más pequeño de los niños, con los ojos abiertos de par en par. «¿Ése era…?» comienza a preguntar. El niño está a punto de contestarle cuando un hombre corpulento se interpone entre él y la mujer. «No, *no era*», dice el hombre y coge al niño de la mano para introducirlo en la tienda. Pero entonces, el niño pequeño se da la vuelta hacia su interrogadora, le sonríe ampliamente y pronuncia dos palabras: «*Michael Jackson*».

La escena que acabo de describir era típica de lo que sucedía en la vida diaria de Michael mientras vivió en Las Vegas, Nevada, en 2008. La mayor parte del tiempo lo pasaba vagando por la ciudad con una tropa de guardaespaldas y sus tres brillantes hijos: Prince Michael I (de once años), Paris (de diez) y Prince II (de seis). Andaba casi siempre en silla de ruedas, usando una vestimenta bizarra y parecía estar en los umbrales de la muerte. Mientras tanto, su increíble carrera parecía ser cosa del pasado. En todo caso, seguía sin motivación para hacer nada. No tenía planes para el futuro. Estaba profundamente endeudado. Al llegar a los cincuenta años, el 29 de agosto de ese año, una pregunta apareció en su mente: ¿cómo había llegado a esto aquel niño de Gary que una vez lo tuvo todo?

En ese entonces —en el verano de 2008—. Michael tenía un contrato pendiente para realizar una serie de conciertos en Las Vegas. Sin embargo, parecía seguir sin ganas de trabajar. En su defensa, puede decirse que los estándares de excelencia que se impuso durante tantos años eran tan elevados que era prácticamente imposible que los alcanzara. Me lo explicó mejor hace más de diez años. «Cuando subo al escenario, la gente espera mucho. Quieren el baile, quieren los giros y todo. Quieren el paquete entero. Pero eso es mucho trabajo. No sé cuánto tiempo más podré hacerlo. No sé cuándo, simplemente, no será posible».

Es verdad que Jackson no podía salir de gira con algo de calidad inferior a lo que había hecho en años anteriores, tal era su impacto en nuestra cultura. Sin embargo, a los cincuenta años tenía problemas artríticos con sus rodillas, sus tobillos… hasta en las articulaciones de sus dedos. «Es por eso que usa una silla de ruedas —dijo una fuente en aquel entonces—. Se está deteriorando. Es difícil imaginárselo en un escenario. De hecho, es difícil imaginarlo para *él*. Y si él no lo puede ver, nadie lo verá jamás…».

«Pero lo que le falta en estos días es probablemente lo más importante para cualquier artista: confianza en sí mismo —continuó la misma fuente—. Es lo que le dio fuerza, espíritu creativo y voz. Pero parece haberla perdido».

Además, parecía que Michael creía que la masa de admiradores que alguna vez atestaron sus conciertos no estaría allí en 2008. Temía que el juicio hubiera puesto a sus seguidores en su contra. Por ejemplo, en una reunión con un promotor en Las Vegas, expresó sorpresa por el relanzamiento de *Thriller*. «Estoy realmente

sorprendido —dijo—. No puedo creer que la gente lo haya comprado. Escuché que vendieron más de tres millones de copias. ¿Puedes creerlo?».

«Era la primera vez que lo veía sorprenderse de algo que salía bien —dijo alguien que estuvo en esa reunión—. Solía sorprenderse cuando las cosas salían mal. Además, *Thriller* ya había vendido más de cien millones de copias, así que otros tres no parecían demasiado. Que hubiera pensado así sugiere que sus expectativas eran bastante bajas».

Para conmemorar sus cincuenta años se lanzó a nivel mundial un CD llamado *King of Pop*. Los admiradores británicos compilaron los temas votando en determinadas páginas web. Básicamente eran dieciocho de las mejores canciones de Jackson tal como las eligió el público. Además, fue vocalista invitado en una canción llamada «Hold My Hand» de un artista llamado Akon. Sonaba muy bien en ella, lo que sugería que su voz seguía allí por si él estaba interesado en usarla. Pero, lamentablemente, ir de gira parecía aún imposible. Nada sería más vergonzoso para él que anunciar una gira y luego tener que lamentar bajas ventas de entradas.

Otro antiguo empleado de Jackson lo vio en agosto de 2008 en el Hotel & Casino Treasure Island de Las Vegas, donde él y sus hijos habían ido a ver la obra *Mystery*, del Cirque du Soleil. «Había oído algo sobre su reciente compra de una casa en las afueras de Poughkeepsie, Nueva York, por un millón de dólares —dijo la fuente—. Está en los suburbios, en un barrio de clase media alta. Me parecía extraño pero… así era Michael. Sin embargo, cuando le pregunté por ello, me dijo: "Creo que alguien de mi organización la compró para mí. No lo sé… Suena bien, igualmente. Apuesto a que a los chicos les encantará". Realmente no conocía los detalles».

»Le pregunté por Neverland y si estaba contento de haber salvado la propiedad. [El refugio abandonado de Jackson estaba a punto de ser rematado debido a que los pagos de la hipoteca de 25 millones de dólares habían cesado, cuando un grupo inversor llamado Colony Capital LLC compró el crédito en el último minuto y lo salvó] "¿Neverland? ¿Por qué? No sé nada sobre Neverland —me dijo Michael—, supongo que ahora es problema de otra persona, creo. Pero no estoy seguro…"».

«Luego le pregunté si tenía planes —continuó la fuente—, "¿Para qué?", me dijo. "Para el futuro. ¿Discos? ¿Giras?", en ese momento, me di cuenta de que estaba agitado por mi pregunta. "Mira, mi plan es ver todos los *shows* mágicos de Las Vegas —dijo finalmente—. Ése es mi plan". Luego dio media vuelta y se fue caminando».

«Se lo ve muy triste y solo —me dijo otra fuente en el verano de 2008—. Era como si todos esos años de éxito no hubieran significado nada. Eran tan sólo una vida vertiginosa, malas decisiones personales y trabajo muy, muy duro. Obtuvo el catálogo de los Beatles y eso vale mucho, pero todo está en papel, es para sus hijos. Si lo liquida, probablemente se lo gastará todo, así que es bueno que esté atado por préstamos y otros problemas fiscales. Gracias a Dios, por sus hijos —continuó la fuente—. Ellos le dan esperanzas».

En cualquier caso, Michael estaba en su mejor momento cuando cuidaba a sus

hijos Prince Michael I, Paris y Prince Michael II, también conocido como *Blanket*. Los tres son muy impactantes con sus pómulos salientes y rasgos marcados. Michael veía mucho de su ser infantil en sus hijos, especialmente en Prince Michael. Los tres tienen habilidades musicales y sentido del estilo, pero él siempre pensó que Prince Michael I sería la próxima estrella de la familia.

Para un hombre tan obsesionado con la juventud, tan decidido a verse como un niño siendo ya adulto, mucha gente temió que ese 29 de agosto fuera la hora de la verdad para Michael Jackson. Era un hombre de mediana edad y no había vuelta atrás.

«Pasaba mucho tiempo mirándose al espejo —reveló uno de sus allegados de otra época—. Creo que se arrepentía de algunas cosas, como las cirugías plásticas. "No sé en qué estaba pensando entonces —dijo—. Todos cometemos errores cuando somos jóvenes, supongo. Pero igualmente estoy bien ¿o no? Digo, para tener cuarenta". Le dije: "Mike, vas a cumplir cincuenta". Me regaló una sonrisa traviesa y dijo: "Todo pasó muy rápido, ¿no es cierto? Desearía poder hacerlo todo de nuevo, realmente lo desearía"».

Michael no hizo planes para festejar sus cincuenta años, salvo por una pequeña celebración privada con sus hijos. Y esta vez no hubo una gran entrevista conmigo para conmemorar la ocasión. Cuando sucedió, cumplir cincuenta años no fue gran cosa para Michael. «Estaba bastante tranquilo —dijo uno de sus hermanos—. No lo sé… esperaba una reacción más fuerte. Incluso desesperación. Al menos, ésa es una verdadera reacción, ¿sabes? Es como si el maldito juicio lo hubiera matado por dentro. Quería decirle: "Mike, ¡despiértate! El tiempo pasa. Entiéndelo, hermano. Vive tu vida antes de que sea demasiado tarde"».

Se fue demasiado rápido (1958-2009)

En la tarde del 25 de junio de 2009, conducía mi descapotable por la autopista 101 Norte desde Burback hacia mi casa en Encino, adonde me había mudado apenas dos meses antes. La capota estaba abierta, el sol californiano ardía y, como siempre, la música sonaba a todo volumen. Esa tarde escuchaba «I Wanna Be Where You Are», de Michael, una excelente melodía que grabó para Motown en 1971. Recuerdo haber pensado que sonaba particularmente vibrante y emocionante esa tarde. Era una interpretación extraordinaria para un chico de trece años. Recuerdo el día que la lanzaron. En aquel entonces, me preguntaba si alguna vez abandonaría a los Jackson 5. No, pensaba; estaban demasiado unidos. «Corner of the Sky» era la siguiente en mi CD. Cuando lanzaron ese tema en 1973, la carrera de los Jackson 5 en Motown estaba en punto muerto, pero ¿a quién le importaba eso entonces? Ciertamente, a mí no. Todos los hermanos pudieron cantar en «Corner of the Sky» y, para cualquier admirador del grupo, ésa era la prueba necesaria para afirmar que no

se individualizaba a Michael. Sonreí al recordar mi inocencia juvenil. Sentí inigualable nostalgia por los Jackson 5. «Quiero que mi vida sea algo más que larga», cantaba Michael, mientras yo llegaba a mi casa.

Apenas entré, oí la noticia de que Michael había sido llevado al hospital tras sufrir un ataque cardíaco. Tenía mis sospechas. Había estado ensayando para una serie de cincuenta conciertos que se realizarían entre julio y marzo de 2010 en Londres, su gran regreso, según se esperaba. Había mucho de que encargarse, y todo el que conociera a Michael sabía que cuando estaba preparándose para tales menesteres, tenía tendencia a sufrir severos ataques de pánico. Recuerdo lo que sucedió cuando debía dar tan sólo un concierto en el Teatro Bacon de Nueva York, hace algunos años. Tuvo un ataque de pánico que parecía un ataque cardíaco, no era sólo por la función que debía dar —¡tan sólo un concierto!—, sino también por su fallido matrimonio con Lisa Marie Presley. Terminó en el hospital. Su mánager, Bob Jones, les dijo a los medios que se trataba de una extraña infección en las costillas. Cuando le pregunté por aquello algunos años más tarde, confesó: «Pensamos que era un ataque cardíaco. No lo fue. Simplemente perdió los estribos por las circunstancias de su vida en aquel entonces. El muchacho estaba realmente perturbado, eso es todo lo que puedo decirte». Pensé que este último susto era más de lo mismo.

Desearía que hubiese sido así.

La noticia de que Michael Joseph Jackson había muerto tras ser llevado de urgencia al Centro Médico Ronald Reagan de la UCLA golpeó a casi todo el mundo del mismo modo que uno de esos momentos de inflexión, como la muerte del presidente John F. Kennedy, la de su hijo, John-John, la princesa Diana…, John Lennon. La gente siempre recordará lo que estaban haciendo cuando se enteraron del fallecimiento de Michael. De inmediato, fui al trabajo a informar de lo sucedido para la CBS News.

La cascada de noticias se movía rápido y era difícil de aprehender, especialmente cuando se supo que, probablemente, el ataque cardíaco de Michael fue resultado de una sobredosis de drogas. Se encontraron gran cantidad de ampollas de la peligrosa anestesia Diprivan Propofol en su casa alquilada de Holmby Hills, poco después de que una nutricionista llamada Cherilyn Lee declarara ante la justicia que Jackson le había pedido que la consiguiera para él. Se aplica en forma intravenosa y no debe administrarse nunca fuera del hospital. Muchos médicos declararon que, aunque sabían que los profesionales de la salud abusaban de la droga dado que tenían acceso directo a ésta, nunca habían escuchado que se usara como una droga para inducir el sueño. «Propofol induce el coma, no el sueño —aclaró el jefe del Departamento de Anestesiología de la Universidad de California—. Puedo ponerte en coma durante tantos días como quieras. De hecho, en las unidades de terapia intensiva que tienen pacientes con respirador, utilizan esa droga». El doctor Rakersh Marwah, del Departamento de Anestesiología de la facultad de Medicina de la Universidad de Stanford, agregó que la droga puede provocar un ataque cardíaco si no se la controla

correctamente. «Propofol desacelera el ritmo cardíaco y el ritmo respiratorio y las funciones vitales del cuerpo», dijo. El cuerpo no elimina suficiente dióxido de carbono ni absorbe suficiente oxígeno. Y esa situación puede causar que el corazón se detenga abruptamente. «Es peligrosa si no se administra correctamente —dijo Kain —. Es capaz de matar si se administra por propia decisión, sin una adecuada supervisión médica».

«Quiero pincharme la vena y quiero dormir —le dijo Michael a su nutricionista acerca de la droga que quería, la que ella se negó a conseguirle—. No quiero esperar ni un segundo para que haga efecto. Quiero que me noquee y me duerma».

Tenía sentido aunque fuera escalofriante. Michael probablemente habría pagado un millón de dólares por dormir bien una noche. Tenía lupus, la enfermedad crónica autoinmune que lo afectó durante años. Por supuesto, tenía leucoderma aunque no se sabía con certeza si era una enfermedad genética o adquirida como consecuencia de los agentes blanqueadores de piel que utilizó durante tantos años. También tenía otras dolencias en la espalda, las rodillas y demás, asociadas a la actividad de un bailarín de su edad. Además, muchas de las cirugías plásticas que se había realizado comenzaron a afectarle a medida que envejecía. Estaba profundamente avergonzado por el aspecto que tenía como resultado de las cirugías plásticas —se arrepentía de muchas— y los daños que el lupus le causaba en la piel, de modo tal que, en consecuencia, se vestía con trajes extraños, usaba mascarillas, sombreros y gafas de sol. Cuanto más raro se veía, más atención atraía, y para él, más atención era sinónimo de más infelicidad. Era un círculo vicioso, y no era desconocido para él. Pero sobre todas las cosas, sufría de severos episodios de depresión. No es sorprendente que utilizara tantos tipos distintos de medicamentos.

La gran pregunta, por supuesto, era si Michael era o no un adicto. Para cualquiera que tuviera conocimiento de su vida real, esta pregunta meramente afirmaba lo evidente: por supuesto que lo era, y todos lo sabían. «No puedo contar la cantidad de veces que sus allegados trataron de intervenir. No había forma de llegar a él. No se puede ayudar a una persona que no quiere que la ayuden». Fuentes cercanas a Jackson le dijeron a la doctora Sanjay Gupta, de la CNN, que, de hecho, durante una gira mundial a mediados de los noventa el cantante viajaba con un anestesista que lo «hacía bajar» por la noche, y lo «volvía a levantar» al día siguiente. Es cierto que Michael estaba acostumbrado a obtener lo que quería en su vida, y si se trataba de una droga para aliviar su dolor físico o emocional, esperaba ser capaz de obtenerla, sin lugar a dudas. Sin embargo, no era alguien que tan sólo quería drogarse por diversión. No conseguía sus drogas por medio de ningún asistente de la gira. Las obtenía de médicos que estaban dando respuesta a sus llamadas de auxilio. ¿Ninguno de esos doctores sabía hacer algo mejor que darle a Michael lo que quería? Obviamente. Pero uno de ellos me lo explicó mejor diciendo: «Cuando te sentabas en esa habitación con él, lloraba, sufría, decía que no había dormido en una semana… y rogaba y rogaba por tu ayuda. Tenías que ayudarlo. *Tenías* que hacerlo. Para la gente

de fuera es fácil acusar y señalar con el dedo. Debes estar ahí para comprender el nivel de dolor físico y emocional que él padecía». Es revelador que la droga que deseaba fuera un anestésico. Quería evadirse no sólo de su dolor, sino también del mundo. Como si hubiera tenido suficiente y quisiera terminar con eso.

Las finanzas de Michael siempre fueron objeto de gran interés. La pregunta más común cuando murió era: ¿cuánto está de arruinado? No hay una respuesta sencilla a esa pregunta y nadie fuera del círculo de Michael logrará comprenderlo cabalmente ensamblando recortes de información financiera. Pasé muchas horas con el brillante abogado John Branca, quien estructuró las finanzas de Michael (su relación era tan íntima que Michael fue el padrino de boda de John en 1987).

Por mucho que sepa sobre su fortuna, aún no lo entiendo completamente y, al realizar una nota, nunca he intentado actuar como si supiera. Siempre que hubiera un millón de dólares en algún lado donde Michael pudiera tomarlo —aun si la niñera Grace hubiera escondido el dinero en la funda de la almohada de sus hijos—, él estaba conforme. (Y, sí, ¡aparentemente eso solía suceder!). Ya no existía el astuto hombre de negocios de los ochenta, que estaba al tanto de cada una de sus cuentas bancarias y le exigía todos los detalles a Branca, que trabajó para Michael de 1980 hasta 2006 y volvió a hacerlo poco antes de su muerte.

Aunque Branca se enfrentó nuevamente con un lodazal de activos y pasivos que podía confundir al financiero más diestro, Michael no estaba muy preocupado al respecto. Otra vez, el juicio por abusos en Santa María puede ser señalado como la principal causa de la falta de interés de Michael en su fortuna. Nada le importaba demasiado después del juicio. Le dijo a la gente que lo rodeaba que la razón por la que había aceptado realizar los conciertos de Londres no eran los cientos de millones que podían generar, sino «porque mis hijos son lo suficientemente mayores para apreciar lo que hago, y yo soy lo suficientemente joven para hacerlo. No me importa si la gente no va», declaró, tal vez un poco falsamente. Por supuesto, las entradas se agotaron increíblemente rápido. El público aún quería a Michael, eso estaba claro.

A juzgar por la forma en que actuaba en el breve videoclip «They Don’t Care About Us», lanzado por AEG Live —el promotor del recital— después de su muerte, Michael estaba en buena forma. Parecía realmente querer demostrar algo con ese *show*: que estaba de vuelta y que seguía siendo el Rey. Al menos en ese clip, parecía capaz de lograrlo. Sorprendentemente, a pesar de su falta de confianza en sí mismo y de su salud quebrantada, el hombre aún tenía lo necesario y se lo veía realmente bien. No obstante, sería arriesgado pensar que las siguientes fechas no tendrían contratiempo alguno. Después de todo, nada en la carrera de Michael había sido fácil en los últimos tiempos. Probablemente habría una gran cantidad de conciertos cancelados por «enfermedad», «agotamiento», «deshidratación» y todas las dolencias usuales del artista a su edad. De todas formas, los *shows* que hubiera dado habrían sido memorables. Para muchos admiradores fieles, parecía que Michael Jackson estaba realmente preparado para dar más. Es más, el hecho de que hubiera contratado

nuevamente al dúo de los ochenta que lo había ayudado a planificar su gran éxito, su exabogado, John Branca, y su exmánager, Frank Dileo, sugería que tal vez había puesto los ojos en el futuro, y quizá, sólo quizá, se preocupaba por eso.

La última vez que vi a Michael Jackson en persona fue el día del veredicto en Santa María cuando lo felicité por su victoria, pero él parecía no comprender lo que estaba sucediendo. La expresión angustiada en sus ojos aquel día me perturbó durante muchos meses después del juicio. Hablé con él por teléfono sólo dos veces en los siguientes cuatro años y ambas fueron conversaciones muy breves para artículos de revistas sobre planes de su carrera que nunca se materializaron. Cuando le envié un ejemplar de mi biografía de Elizabeth Taylor, me llamó para decirme que la disfrutó. Se lo escuchaba bien, pero ¿cómo saberlo con seguridad? Diez minutos después de que colgara, recibí otra llamada de una de sus empleadas.

—No se te ocurra usar el cumplido de Michael como apoyo para tu libro —me dijo. Fue irritante.

—Por favor —le dije a quien llamó—. Me dedico a esto hace tiempo. Sé lo que tengo que hacer. No me molestes.

La asesora suspiró.

—Todos nos dedicamos a esto hace tiempo —dijo, sonaba agotada—. Tal vez demasiado, ¿no?

Estuve de acuerdo.

—Sí, tal vez un poco.

Estaba en la CBS News, preparándome para grabar un segmento acerca de la familia de Michael, cuando se leyó el testamento. Al situarme entre mis colegas para mirar el contenido, me llamó la atención la mención a Diana Ross. Su deseo era que ella —y no Debbie Rowe— cuidara a sus hijos si Katherine no podía hacerlo. Me pareció absolutamente apropiado. Él la idolatraba y ella lo admiraba en demasía; le dedicó su tiempo aun cuando tenía una vida muy ocupada y estaba dejando a The Supremes para iniciar una carrera como solista. Luego, tendría cinco hijos propios, ninguno de los cuales ha estado jamás involucrado en un escándalo público. Michael y ella no habían estado cerca últimamente, pero eso era tan sólo porque Michael no estuvo cerca de nadie en los últimos cuatro años de su vida. Fue el mayor tributo a su perdurable amistad que él le confiara lo que más le importaba: sus hijos. «Vas a ser una gran, gran estrella —le dijo durante un desayuno, cuando tenía once años, conforme a lo que él me contó una vez. Y luego, maternalmente, agregó—: Ahora, cómete tus cereales».

Era como si Michael hubiera considerado la predicción de Diana una orden porque, en efecto, nunca hubo una estrella más grande que Michael Jackson. Ya sea por las hermosas melodías de su música, la armonía que surgía de su voz o los movimientos de danza tipo *staccato* que llegaron a su clímax con la ingrávida «caminata lunar», Michael Jackson tuvo una habilidad única para inspirar, para dar esperanzas, para unir. Donde otros habían intentado —y a menudo en vano— usar sus

talentos y habilidades de forma tal que honraran a Dios y a la bondad inherente a su naturaleza, Michael Jackson pudo unir a millones de personas, sin importar su raza, credo, religión, edad, género, orientación sexual o nacionalidad, con mensajes de servicio y sacrificio, paz y amor, esperanza y cambio, y libertad de expresión. Con canciones como «Heal the World», «We Are the World» o «Man in the Mirror», llevó la situación apremiante de los que sufren a la atención de tantos como sólo él pudo. En muchos aspectos, les dio voz a los sin voz, rostro a los sin rostro, y esperanza a los desesperanzados. Si un niño afroamericano de Gary, Indiana, pudo llegar hasta el rancho Neverland en Santa Bárbara, California, entonces tal vez era posible para cualquiera. Con trabajo duro y determinación, tal vez todos podamos lograr nuestros sueños. Michael Jackson ciertamente lo hizo, ¿no es cierto?

El hombre en el espejo

No puedo imaginar un mundo sin Michael Jackson.

Durante los últimos cuarenta años, todos hemos sido testigos del heroico ascenso de Michael y de su trágica caída. Miramos sorprendidos cómo rompía barreras y hacía realidad lo imposible. Apreciamos su icónico sentido del estilo —un guante blanco con lentejuelas, calcetines blancos, zapatos negros, camperas de cuero rojas y un sombrero negro de fieltro— y deseamos realizar la «caminata lunar» con precisión absoluta. Vimos atónitos cómo cambiaba su imagen una y otra vez. Nos indignaron las acusaciones de abuso infantil, sin saber qué creer o a quién creer. Y observamos con tristeza cómo el *reality show* más largo del mundo alcanzaba su trágico y de alguna manera surrealista final el 25 de junio de 2009.

Después de su muerte volví a Neverland para hacer un recorrido por su casa como parte de mi cobertura sobre la muerte de Michael para la CBS News. Había pisado por primera vez esa propiedad aun antes de que Michael la comprara. En la primavera de 1983, el publicista de Michael, Bob Jones, invitó a algunos selectos miembros de la prensa al valle de Santa Ynez para ver a Michael y a Paul McCartney realizar el vídeo «Say, Say, Say». Algo sucedió —nunca supe qué— y Michael no apareció en la grabación. Entonces, Paul invitó al contingente de periodistas a la casa que tenía alquilada durante la producción: el rancho Sycamore Valley, que, por supuesto, se convirtió en Neverland. Una vez que llegamos al rancho, los periodistas no volvimos a ver a Paul. Sin embargo, se aseguró de que todos comiéramos y luego nos fuéramos. No me invitaron a conocer el interior de la casa, pero desde sus amplios jardines —hectáreas y hectáreas de césped— me di cuenta de que estaba en un lugar especial. Cuando supe, seis años después, que Michael había comprado esa casa, sentí que realmente estaba ascendiendo en este mundo.

En medio de la casa vacía después de su muerte, recordé las cuatro o cinco ocasiones —eventos para anunciar determinadas acciones de caridad en las que

Michael estaba involucrado— en las que me invitaron a la propiedad de Michael durante los diecisiete años que él vivió allí: desde 1988 hasta 2005, ciertamente parte de los años más importantes y, también confusos, de su vida. La casa y los jardines circundantes rebosaban siempre de risas y música, aun cuando por momentos parecía un lugar fantasmagórico e irreal. En el pasado, sólo se me había permitido el acceso al salón y al comedor y una vez a la cocina, según lo recuerdo. Creo que también estuve una vez en la biblioteca con el abogado de Michael, John Branca. Pero ahora, en aquel extraño día, tenía libertad total para explorar la propiedad completa. Hay algo muy triste en las casas abandonadas y la casa de Michael no era ninguna excepción. Verla vacía era una experiencia extraña. Ni Michael la había visto de esa forma; la compró amueblada y luego agregó sus propias —*muchas* de sus propias cosas. Era increíble ver el lugar completamente vacío. Pensé que Michael había tenido la enorme fortuna de vivir allí. Haber llegado desde un comienzo tan humilde en Gary, Indiana —y, a propósito, también he estado en esa casa—, hasta esa suntuosa propiedad era, sin duda, un recorrido insuperable. Lo recuerdo señalando la zona de barbacoas fuera de la cocina y diciéndome: «Puedes traer Hayvenhurst entera —la propiedad que él y su familia compraron a principios de los años setenta y que él remodelara en los ochenta después de comprársela a su padre— y ponerla justo ahí, en ese rinconcito. ¿Qué tal?».

Pero ¿cómo se habrá sentido Michael, me preguntaba, caminando por los pasillos de la casa principal en medio de la noche, temiendo que podría pasar unos veinte años de su vida encerrado en una celda? Aquella debía de ser la otra cara de vivir en Neverland durante los últimos años que pasó allí. ¿Cómo logró sobrevivir al miedo, a la angustia? Y luego, pensé, ¡por Dios! ¡Si hubiera estado preso, tal vez aún estaría vivo! Pero, de nuevo, ¿que clase de vida hubiera sido aquélla para Michael Jackson? No, estaba mejor muerto que en prisión. No hay duda sobre eso, me temo.

Mientras caminaba hacia el cuarto de Michael sentí que su espíritu aún permanecía entre nosotros. Miré el hogar y lo imaginé encendido con cálido brillo. Pensé en la pintura de *La Última Cena* que una vez estuvo sobre su cama, con Michael en el lugar de Cristo. Cuando supe que la había comprado para su habitación, pensé que era la obra de arte más ridicula y blasfema de la que había escuchado hablar en mi vida. Pero de repente, parado allí, le encontré sentido. Crucificado por las circunstancias de su vida, era como si el pobre Michael Jackson no hubiera tenido ninguna oportunidad, ¿no es cierto?

Pensé en él, solo por las noches en esa misma habitación, tratando en vano de dormir. Levantándose, caminando por los pasillos, volviendo a la cama… rodeado de frascos con medicamentos y quién sabe qué más… intentándolo todo para escapar del insomnio, de la ansiedad. Del eterno círculo de sus ideas recurrentes. Caminé hacia su baño, me acerqué al lavabo, observé los azulejos que lo rodeaban; cada uno parecía reproducir el emblema real de distintas familias europeas. Ahí me quedé, mirando el mismo espejo en el que Michael se había mirado día tras día mientras

probablemente se hacía las mismas preguntas que muchos nos hemos formulado a nosotros mismos en algún momento de nuestras vidas. ¿Por qué me veo así? ¿Cómo puedo hacer ése, el último cambio, que me ayudará, tal vez no a amarme a mí mismo, pero al menos a lograr un poco de paz interior? Y me miré a los ojos. Observé el reflejo de un hombre en el espejo, un hombre que había pasado muchos años de su propia vida intentando comprender el peregrinaje de otra persona, buscando pistas difusas que tal vez contestarían una simple pregunta: ¿Por qué? Mientras lo hacía comencé a comprender que, como siempre sucede con nuestras celebridades e iconos más legendarios, aunque sus dones, talento y dinamismo suelen no tener igual, en el fondo no son distintos, a pesar de que parezcan únicos, extraordinarios y más difíciles de comprender que cualquier otra persona. Comencé a sentirme en armonía con la pura humanidad de Michael Jackson, y con toda su complejidad, falibilidad y gracia. Nunca pensé que eso fuera posible, siendo él alguien mágico pero a la vez indescifrable hasta la locura. Nuestras vidas han sido muy distintas. Pero, finalmente, creo que entendí la verdad sobre Michael, una verdad que es mucho más fácil de comprender que el hombre que la personificó en la mejor etapa de una generación entera. Como la mayoría de nosotros, fue un hombre que lo hizo lo mejor que pudo con las cartas que le tocaron, a veces logrando un magnífico éxito, otras sufriendo un trágico fracaso; el resultado de lo cual fue magnificado mil veces por su increíble éxito y la vulnerable juventud durante la cual lo alcanzó. En efecto, mirando mi propio reflejo en el espejo de Michael Jackson, comencé a sentir enorme empatia, piedad… y amor por él. Pero más que nada, sentí una inconmensurable tristeza por otro ser humano y por lo que su vida debió haber sido —pudo haber sido— si tan sólo…

FUENTES

LA MAYOR PARTE DEL MATERIAL DE ESTE LIBRO fue extraído de entrevistas personales y conversaciones con Michael Jackson y la familia Jackson a lo largo de los años, desde 1970 hasta la década de 1990. Entre esas entrevistas:

Michael Jackson en mayo de 1972 (Nueva York), junio de 1973, agosto de 1973, julio de 1974 (Madison Square Garden, Nueva York), noviembre de 1974, octubre de 1977 (Nueva York, para *The Wiz*), agosto de 1978 (Encino), 19 de abril de 1979 (Valley Forge, Pennsylvania); Michael Jackson el 18 de enero de 1980 (Los Ángeles), 18 de septiembre de 1980 (prueba de sonido en el Forum), octubre de 1980 (Encino, con Janet Jackson), junio de 1982, abril de 1983 (Universal Anphitheater, Los Ángeles), enero de 1984 (Shrine Auditorium, Los Ángeles), junio de 1984 (Birmingham, Alabama, con Tito y Jackie), 29 de junio de 1984 (con Jackie en Atlanta), noviembre de 1986 (Universal Amphitheater, Los Ángeles), 2 de marzo de 1988 (ensayo en Madison Square Garden), 16 de enero de 1989 (prueba de sonido en el Sports Arena, Los Ángeles), 30 de enero de 1989 (ensayo para los American Muslc Awards, Shrine Auditorium, Los Ángeles), 13 de noviembre de 1989 (ensayo del aniversario número 60 de Sammy Davis, Jr., especial de televisión, Los Ángeles), primavera de 1991 (Capitol Records «Record Collectors' Swap Meet»); Michael Jackson el 3 de febrero de 1992 (conferencia de prensa en el Radio City Music Hall, Nueva York), 26 de agosto de 1993 (desde Bangkok), julio de 1994 (luego de mi aparición en *Gooo Morning America* para anunciar su boda con Lisa Marie Presley), agosto de 1994, septiembre de 1995 y el 7 de febrero de 1998 (con Lisa Marie Presley en el restaurante Ivy en Los Ángeles).

Además extraje información de entrevistas con:

Los Jackson —Jackie, Tito, Marlon, Michael, Randy y sus padres Joseph y Katherine— en febrero de 1975 (Radio City Music Hall, Nueva York), junio de 1975, julio de 1975, enero de 1976, marzo de 1977, abril de 1977, mayo de 1977, agosto de 1978 y septiembre de 1979 (todas en Hayvenhurst en Encino), noviembre de 1983 (conferencia de prensa en Tavern on the Green, Nueva York); Tito, Marlon y Jackie Jackson en julio de 1974 (Pittsburg, Pennsylvania) y diciembre de 1978 (Hotel L'Ermitage en Los Ángeles); Jermaine Jackson en abril de 1979 (en Motown Records en Los Ángeles) y en mayo de 1980 (Shrine Auditorium, Los Ángeles); LaToya Jackson y Jack Gordon, diciembre de 1993 (Madrid, España).

También fueron valiosos en mi investigación dos extensos documentos del juzgado: la declaración jurada de Michael Jackson fechada el 15 de enero de 1976 y la declaración jurada de Michael J. Jackson del 20 de febrero de 1976 (estas declaraciones son parte del caso número C129795: *Michael Jackson et al. contra Motown Record Corporation of California et al.*, de 30 marzo de 1976). El texto y los

antecedentes de ambos documentos fueron usados a lo largo del libro.

En aras de la investigación, conseguí varios cientos de archivos internos de Motown relacionados con Michael Jackson y con los Jackson 5. Por la naturaleza confidencial de estas comunicaciones y para proteger a aquellos exempleados de Motown que hicieron posible que éstos se hallaran a mi disposición, no están mencionados aquí aunque fueron fundamentales para mi investigación.

Voluminosos documentos promocionales del departamento de prensa de Motown (así como lanzamientos de distintas firmas de relaciones públicas que trabajaban para Michael Jackson, los Jackson 5 y los Jackson) fueron revisadas cuidadosamente atendiendo a su validez y valor y utilizadas donde juzgué apropiado.

Como jefe de redacción de la revista *Soul* (1980) y posteriormente promotor (1981-1982), tuve acceso a todos los archivos de *Soul. Soul* fue una de las primeras publicaciones de espectáculos de gente de color (*Jet* y *Ebony* eran ambas publicaciones de interés general), y, como tal, tuve un fácil acceso a Motown. Muchas de las actas de Motown sólo se exponían nacionalmente en *Soul*. Una gran cantidad del material de este libro fue seleccionado de los extensos archivos de *Soul* (1966-1982), lo que incluye las notas y los informes confidenciales previamente mencionados.

Prácticamente todas las fuentes de entrevistas nombradas aquí contribuyeron a más de un área temática del libro, pero en la mayoría de los casos sólo son listadas una vez.

Fui adjuntando las fuentes en el cuerpo del texto en todo lugar que fuera útil. Para algunos de los trabajos publicados que fueron consultados, véase la bibliografía. Las siguientes notas no son de ninguna forma exhaustivas pero se intenta que el lector tenga una visión general de mi investigación. También se incluyen comentarios ocasionales de naturaleza irrelevante pero informativa.

Primeros años

Obtuve información de los orígenes de las familias de Joseph Jackson y de Katherine Scourse de expedientes de censos datados a finales de 1800. También conseguí los certificados de nacimiento de Joseph Jackson y de Kattie E. Scurse (Katherine Jackson); la declaración jurada de corrección de fecha de nacimiento de Martha Bridgett archivada el 4 de mayo de 1930 y el certificado de matrimonio de Joseph y Katherine Jackson en Crown Point, Indiana. Comparé esta y otra información con lo que Katherine Jackson escribió en sus memorias, *Los Jackson. Mi familia* (St. Martin Press, 1990) y agregué una cantidad sustancial de información al recuento de sus antecedentes y los de Joseph Jackson.

También extraje material de la entrevista que tuve con los Jackson en agosto de 1978.

Entrevisté a parientes y amigos de la familia Jackson incluyendo a Ina Brown (14 de septiembre de 1989), Johnny Jackson (5 de octubre de 1990), Luis Cansesco (3 de noviembre de 1990) y Ferry Ireland (1 de diciembre de 1990). Extraje algo de información de artículos publicados en *Right On!*, *Soul* y *Rolling Stone* (veáse la bibliografía).

Mi investigadora privada, Cathy Griffin, contactó con Gordon Keith, antiguo dueño de Steeltown Records en Gary, Indiana, para obtener una entrevista. Él y Griffin tuvieron numerosas conversaciones; se seleccionó la conversación del 16 de septiembre, para documentar los comienzos.

También extraje algo de información, particularmente las citas sobre Michael Jackson preferidas por Ben Brown, de un fragmento de *P. M. Magazine* transmitido en 1984.

Primeros años en Motown

Algo del material de estas secciones proviene de mi entrevista con Michael Jackson de 1979.

La cita de Joe Simon fue extraída de una entrevista que le hice en 1979. Los comentarios de Etta James proceden de una entrevista que tuve con ella el 12 de mayo de 1978. Otras citas son de fuentes en Gary, Indiana, que pidieron el anonimato.

El material concerniente a Berry Gordy y Motown fue seleccionado arduamente de una búsqueda realizada para escribir el libro *Motown. Cera caliente, ciudad fresca y oro sólido*, publicado por Doubleday en 1986. También extraje información de mis entrevistas personales con Melvin Franklin (1977), Smokey Robinson (1980), Diana Ross (1981), Lamont Dozier (1985) y Maurice King (1985).

Richard Arons fue contactado para una entrevista y habló con Cathy Griffin en su hogar de Beverly Hills durante tres horas el 12 de noviembre de 1990. Algunas de las memorias de Arons se utilizan aquí para la información de base. Sin embargo, él no hubiera estado de acuerdo en tener una entrevista conmigo. La señorita Griffin también habló por teléfono con Bobby Taylor durante dos horas en octubre de 1990. Algo de lo que el señor Taylor recordó también fue utilizado aquí para la información de base.

Los años en Motown

Gran parte de este material fue seleccionado concienzudamente de una declaración jurada de Berry Gordy de una longitud de treinta páginas, fechada el 4 de marzo de 1976. La declaración fue hecha bajo juramento durante la batalla en los tribunales

entre los Jackson 5 y Motown. En ésta, Gordy explicaba cómo el grupo había firmado con la compañía, cómo se desenvolvió en lo acontecido y cómo había sido la grabación de los álbumes. También reconstruyó la conversación telefónica entre él y Joseph Jackson cuando el grupo cantó el 26 de julio de 1968 y sus conversaciones entre él y otros empleados de Motown en referencia a su decepción en relación a las actuaciones de los Jackson 5 en Las Vegas.

También extraje documentación de una declaración jurada de treinta páginas hecha por Ralph Seltzer, vicepresidente de asuntos corporativos de Motown, fechada el 5 de marzo de 1976. Seltzer recreó el diálogo del 25 y 26 de julio de 1968 entre él y Joseph Jackson, lo mejor que la memoria se lo permitió. Por esas fechas, los Jackson 5 ofrecieron una audición y luego cantaron para Motown. Seltzer habló en profundidad sobre el contrato de grabación de Motown y sus términos, su impresión de Joseph Jackson y de Jack Richardson; su opinión del contrato de grabación de Motown que les hizo firmar, de cómo Jackson lo firmó sin el beneficio de una asesoría legal, de cómo hizo éste que sus hijos firmaran también y de cómo Seltzer ejecutaba los contratos con otros artistas en Motown. También detalló la implicación de Bobby Taylor en el descubrimiento de los Jackson 5 y habló de la fiesta de Navidad, en la cual los Jackson 5 actuaron, y la impresión que le causó Gordy Manor a Joseph Jackson. (Respecto a esa fiesta de Navidad también completé la información con la entrevista que tuve con los Jackson en 1978 y con una reportaje que le hice a Diana Ross en junio de 1972).

Además utilicé la entrevista personal que tuve con Ralph Seltzer el 6 de junio de 1989 en la cual él discutió sobre la aversión de Gordy a permitir que un artista se llevara a casa el contrato de Motown para revisarlo.

Extraje una gran cantidad de información de la declaración jurada de veinticinco páginas de Suzanne dePasse, la vicepresidente de la división creativa, fechada el 4 de marzo de 1976. DePasse recordó con detalles vividos la audición de los Jackson 5 para Motown, la grabación de algunos de sus discos, las primeras giras, sus impresiones de Joseph y de Katherine Jackson y las negociaciones originales del contrato para los Jackson 5.

Saqué información de la declaración jurada de Anthony D. Jones, asistente ejecutivo del vicepresidente de la división creativa, fechada el 4 de marzo de 1976, y en la cual detallaba la campaña de *marketing* para los Jackson 5.

También recolecté hechos de la declaración jurada de quince páginas de Alan D. Croll, abogado de la Motown Record Corporation. Notoriamente, el alegato de Croll contradice el reclamo de Seltzer de que Joseph Jackson no estaba representado por un asesor externo: Croll afirmó que Jack Richardson actuó como consejero para los Jackson (aunque éste no fuera abogado).

Extraje material de las extensas declaraciones juradas hechas por Joseph Jackson y Richard Aarons, su abogado, el 18 de noviembre de 1975. En su exposición, Joseph Jackson contestó preguntas relacionadas con su posición antagónica respecto de

Berry Gordy y Ewart Abner.

Lo más interesante fueron las declaraciones juradas de cada miembro de los Jackson 5 que fueron tomadas el 15 de enero de 1976, incluyendo la de Michael. Fragmentos de este documento de veinticinco páginas y las extensas declaraciones de sus hermanos fueron incorporadas a la información encontrada en otras partes de este trabajo.

Adquirí copias de los contratos originales de siete páginas de Motown fechados el 26 de julio de 1968 para cada miembro del grupo.

Fueron utilizados algunos de los comentarios de Bobby Taylor a mi investigadora privada, Cathy Griffin. También yo entrevisté a Bobby en 1995 y nuevamente, en 1996.

Me remito a mi entrevista con Jermaine Jackson en 1980 para algunos de los detalles de la reunión en la casa de Diana Ross en agosto de 1969.

Observé una cinta de vídeo de la actuación de los Jackson 5 en el Daisy el 11 de agosto de 1969 y utilicé como fuente de material los informes en los diarios de las festividades de esa tarde. También entrevisté a Paula Dunn el 6 de enero de 1990. Los comentarios de Judy Spiegelman fueron publicados en *Soul*.

También obtuve copias de los contratos de grabación con Motown de nueve páginas fechados el 11 de marzo de 1969 para cada miembro de los Jackson 5.

Me procuré una copia de la Garantía de los Padres o Tutores fechada el 11 de marzo de 1969 que obligaba a Michael Jackson a cumplir ciertos deberes como parte de su trato con Motown.

También obtuve bastante correspondencia entre Berry Gordy y los Jackson 5 y Joseph Jackson concerniente a los dibujos animados del sábado por la mañana, la boda de Jermaine Jackson y Hazle Gordy, la inauguración en Las Vegas y el deterioro de la relación entre Motown y los Jackson 5. Éstas eran de dominio público y fueron usadas como evidencia en la demanda de Motown contra los Jackson 5.

También pude obtener una lista completa de las 469 canciones grabadas por los Jackson 5 para Motown —incluyendo todas aquellas que no fueron comercializadas — así como los costes de sesión para cada grabación. Miré, para completar detalles, toda la película de 16 milímetros en blanco y negro de la audición para Motown, transferida ahora a VHS.

Los años de éxito en Motown

Gran parte de este material fue extraído de dos extensas entrevistas que hice a Deke Richards el 22 de septiembre y el 3 de noviembre de 1990.

Los comentarios de Michael Jackson sobre Richards fueron sacados de una entrevista que él le proporcionó a la BBC en junio de 1972. Sus comentarios sobre Diana Ross y las primeras experiencias en Motown son de una entrevista que yo le

hice en julio de 1979.

Además de obtener una lista de cada canción grabada por los Jackson 5 para Motown, también revisé un archivo de ordenador de todas las cifras exactas en ventas de Motown hasta diciembre de 1990. Este documento tiene más de diez mil páginas de longitud e incluye las ventas por álbum, cinta y CD de virtualmente toda salida al mercado de Motown desde el comienzo de la compañía. Me refiero a estos números con bastante frecuencia en este libro. También utilicé este catálogo cuando investigué para *Llámenla señorita Ross*.

Los comentarios de Berry Gordy sobre la deserción de Michael Jackson y Diana Ross fueron sacados de la declaración jurada de Berry Gordy fechada el 4 de marzo de 1976.

Revisé la petición de Ralph Seltzer al Tribunal Superior el 29 de octubre de 1968 y cité la transcripción de la audiencia del juzgado ante el juez Lester E. Olson de ese día. También me referí a lo que fue la orden aprobatoria del contrato de menores, archivada el 7 de noviembre de 1969, y la orden aprobatoria de la petición de enmienda al contrato de menores, fechada el 10 de septiembre de 1970, ambas en el Tribunal Superior de Los Ángeles.

Entrevisté a Virginia Harris el 3 de septiembre de 1990. Susie Jackson fue entrevistada el 21 de septiembre de 1990. Dos amigas cercanas a Katherine Jackson, y que pidieron el anonimato, también fueron entrevistadas.

Utilicé una cinta de vídeo del fragmento *Hollywood Palace* del 18 de octubre y entrevisté a Jack Lewis el 3 de marzo de 1990.

Reuní información de otras fuentes incluyendo las entrevistas con Stan Sherman (19 de marzo de 1990), Phillip Meadows (4 de abril de 1990), Gordon Carter (3 de junio de 1990), Susan Williams (5 de agosto de 1990) y Eddie Carroll (15 de septiembre de 1990). Entrevisté a Willie Hutch en junio de 1978 en Marina del Ray y seleccioné parte de la conversación. Además conté con algunas fuentes que trabajaron cerca de Berry Gordy y pidieron el anonimato.

Revisé una cinta de una actuación de los Jackson 5 en *The Ed Sullivan Show* del 14 de diciembre de 1969.

Extraje material de la entrevista a Suzanne dePasse en *The Pat Sajak Show* el 19 de mayo de 1989.

Fui lo suficientemente afortunado como para ser capaz de asistir a la primera aparición de los Jackson 5 como una atracción de Motown en el Philadelphia Convention Center en abril de 1970. Sin embargo, no estuve en el aeropuerto cuando ellos llegaron (ahí fue cuando supe detenerme a pesar de ser un fanático a muerte de Motown). Utilicé los documentos del lanzamiento de prensa de Motown de ese día en este capítulo.

La información sobre Gordy y los Osmonds fue obtenida de una conversación con Nancy Leiviska. También extraje partes de una entrevista que le hice a Clifton Davis en 1978.

Utilicé los artículos sobre los Jackson 5 publicados en las revistas *Right On!*, *Creem*, *Ingenue*, *Time* y *Sepia* (véase la bibliografía).

Analicé una cinta de vídeo del especial de televisión *Diana* (18 de abril de 1971) y *Volviendo a Indiana* (19 de septiembre de 1971).

En el asunto de la propiedad de la calle Hayvenhurst Avenue número 4.641 en Encino y que actualmente es propiedad de Michael Jackson y LaToya Jackson, utilicé un extenso archivo de propiedad proporcionado por la Fidelity National Title Insuarance Company. Éste contiene una descripción exhaustiva y legal de la propiedad. El documento también contiene la escritura original firmada por Earle y Elouise Hagen, archivada en el condado de Los Ángeles, la cual cede la propiedad a Joseph y a Katherine Jackson el 25 de febrero de 1971; la escritura de fideicomiso de Great Western Savings y Loan Associates, fechada el 27 de abril de 1971, con detalles de cómo el señor y la señora Jackson consiguieron adquirir la propiedad con la ayuda de Berry Gordy; y la escritura de renuncia firmada por Katherine Jackson el 24 de junio de 1987 y archivada en el condado de Los Ángeles, en la cual ella libera su parte equivalente a favor de su hija, LaToya Jackson.

Además utilicé como fuente material, un documento de propiedad suministrado por la World Title Company en el cual se especificaba información diversa de la propiedad, impuestos y ventas.

Entrevisté a Lionel Richie en 1981 para un artículo de portada de *Soul* sobre The Commodores y seleccioné partes de la entrevista.

Extraje fragmentos de la entrevista que les hice a Tito Jackson, Marlon Jackson y Jackie Jackson en 1978.

El incidente entre Rhonda Phillips y Jackie Jackson fue recreado en base a entrevistas personales con la señorita Phillips el 8 de marzo de 1990 y el 15 de marzo del mismo año.

Entre otras fuentes que consultadas están también los asuntos internos de la revista *Soul*. También extraje material de mis entrevistas con Ken Kingsley (14 de abril de 1990), Stewart Drew (3 de mayo de 1990), Mark Butler (12 de junio de 1990), Gil Askey (5 de marzo de 1984) y Walter Jackson (5 de diciembre de 1989).

Me basé en documentos de prensa y relatos de testigos para las múltiples giras de los Jackson 5 en el extranjero.

Dependí de documentos de prensa —incluyendo aquellos hallados en *Soul, Los Angeles Times* y *Ebony*— tanto como de relatos de testigos para escribir sobre la boda de Jermaine Jackson y Hazle Gordy. También revelé documentos de prensa de Motown Records.

Seleccioné información de mis entrevistas con Walter Burrel (6 de marzo de 1989), Steven Sprocket (24 de junio de 1990), Harry Langdon (16 de marzo de 1984), Joyce Jillson (20 de febrero de 1990), Hal Davis (5 de marzo de 1985) y Susie Jackson. Saqué datos también de una entrevista que hice a Marvin Gaye en 1982. El comentario de Steve Manning sobre Hazle Gordy fue publicado en *Ebony*.

Obtuve información del viaje de los Jackson 5 a África a partir de reportajes de prensa. También extraje fragmentos de la conversación de Cathy Griffin con Richard Arons. Los comentarios de los miembros de los Jackson 5 sobre África se publicaron en la revista *Soul*.

Observé una cinta de vídeo del *show* de *Cher* en el cual los Jackson 5 aparecieron y entrevistaron a uno de los asistentes de Cher para una biografía de ella (St. Martin's Press, 1987); el asistente pidió anonimato en aquel momento.

Katherine Jackson contra Joseph Jackson

Detalles de la acción de divorcio llevada a cabo por Katherine Jackson contra Joseph Jackson fueron extraídos de los siguientes documentos archivados en el Tribunal Superior de Los Ángeles, condado de Los Ángeles, todos dentro del caso número 42.680:

Petición de disolución de matrimonio, 9 de marzo de 1973. Certificado de asignación de transferencia, 10 de marzo de 1973. Declaración financiera, 11 de marzo de 1973.

Declaración jurada de Katherine Jackson, 16 de marzo de 1973.

Los últimos años en Motown

Los antecedentes de Sammy Davis, Jr., fueron extraídos de la información contenida en su excelente segunda autobiografía, *La historia de Sammy Davis Jr.. ¿Por qué yo?* También seleccioné fragmentos de mi entrevista con Michael Jackson en 1978 y de mi entrevista con Jermaine Jackson en 1980. Algunos de los comentarios de Janet Jackson fueron publicados en *Interview*. Además añadí información procedente de los artículos de Vince Aletti sobre los Jackson 5 en *Village Voice* (veáse la bibliografía). También dispuse de una cinta de vídeo del acto completo de los Jackson 5 en Las Vegas.

Vi un vídeo de la actuación de los Jackson 5 en *The Bob Hope Show*.

Entrevisté a Raymond St. Jacques en marzo de 1987 y de allí extraje comentarios sobre *Isomand and Cross* y su relación con los Jackson.

También entrevisté a amigos de la familia Jackson que requirieron anonimato.

Las memorias de Enid Jackson sobre su primer encuentro con Jackie Jackson fueron extraídas de entrevistas hechas a la fallecida señora Jackson para este libro el 29 de octubre de 1990, el 7 de noviembre de 1990 y el 19 de noviembre de 1990. Se intentaron publicar los comentarios de Jackie Jackson sobre su boda en la revista *Soul* el 6 de diciembre de 1974, pero la mayoría no se difundió. Obtuve una trascripción de

la entrevista.

Información relacionada con el accidente de tráfico de Jackie Jackson fue seleccionada de un informe en la revista *Soul*.

Theresa Gonsalves fue entrevistada el 5 de enero de 1991.

Los detalles de la reunión entre Michael Jackson y Berry Gordy el 14 de mayo de 1975 fueron extraídos de la declaración jurada de Michael Jackson del 20 de febrero de 1976 (la declaración formó parte del caso número C139795: *Michael Jackson et al. contra Motown Record Corporation of California et al*., 30 de marzo de 1976). También repasé la versión de Michael de la reunión con Gordy de su autobiografía *Moonwalk*.

Obtuve información de mis entrevistas con Gil Askey (5 de marzo de 1984) para mi primer libro, *Diana*.

Conseguí una copia del contrato de grabación original de los Jackson con la CBS.

El enfrentamiento entre Jermaine y Joseph Jackson fue recreado basándome en mi entrevista con Jermaine Jackson en 1980.

Me remití a mi entrevista con Marlon Jackson en 1978 para recrear la escena en la Westbury Music Fair cuando Jermaine abandonó al grupo. Estuve presente ese día entre bastidores tras el *show*.

También obtuve una copia del formulario de Berry Gordy para registrar el nombre de los Jackson 5 como propiedad de Motown Records en marzo de 1972. Obtuve una copia de aceptación de la petición de Gordy proveniente de la Oficina de Patentes de Estados Unidos y documentación que dictaba la posesión exclusiva de Gordy sobre el nombre. Obtuve los formularios de patente de la Oficina de Patentes de Estados Unidos números 965.808 y 965.809 que registran a nombre de Motown Record Corporation el logo Jackson 5 y el nombre Jackson 5 «para motivos de entretenimiento proporcionado por un grupo vocal, clase 107, Int. Cl. 41».

Extraje información de una entrevista que conduje con Melvin Franklin en 1977 para *The Black American*.

Me remití nuevamente a la declaración jurada de Joseph W. Jackson del 20 de febrero de 1976.

Obtuve una transcripción de la conferencia de prensa de los Jackson en el Rainbow Grill en Manhattan el 30 de junio de 1975. También obtuve una copia del telegrama del 1 de julio de 1975 de Michael Roshkind para Arthur Taylor, presidente de la CBS, informándole que el nombre «Jackson 5» pertenecía solamente a Motown Records. También interrogué a testigos de la conferencia de prensa. Los memorándums de Tony Jones a Joseph Jackson relacionados con las actividades de los Jackson 5 en Motown fueron vitales para mi investigación.

Entrevisté, además, a Martha Gonsalves (3 de junio de 1990), Edgard Lewis (16 de julio de 1990), Michael Lewis (16 de septiembre de 1990), Susan Myerson (1 de octubre de 1990), Harry Weber (5 de octubre de 1990), Mark Nelly (15 de noviembre de 1990) y Lee Castro (2 de diciembre de 1990). Joyce McCrae fue entrevistada por

Cathy Griffin el 14 de octubre de 1990.

El asunto de los papeles de divorcio de la fallecida Enid Jackson y Jackie Jackson está documentado en certificados archivados originalmente en septiembre de 1975 en el Tribunal Superior de Los Ángeles, condado de Los Ángeles, pero también están incluidos en el caso de divorcio de 1985, expediente número DI57.554.

Obtuve una copia del certificado de matrimonio de Marlon y Carol Jackson, fechado el 15 de agosto de 1975. Los comentarios de Joseph Jackson sobre la boda de su hijo fueron publicados originalmente en *Soul* en enero de 1976.

La declaración jurada de Michael Jackson fechada el 15 de enero de 1976 fue utilizada.

Utilicé como fuente de información una entrevista con Jermaine Jackson hecha por Cynthia Kirk en *Good Evening* el 29 de abril de 1976.

Observé cintas de vídeo de todos los episodios de televisión de la serie de los Jackson para la CBS-TV.

Motown contra los Jackson

Detalles de la demanda hecha por Motown Record Corporation contra los Jackson fueron extraídos de los siguientes documentos archivados en el Tribunal Superior de Los Ángeles, condado de Los Ángeles, todos bajo el número de caso C139795:

Michael Jackson et al, contra Motown Record Corporation of California et al., 30 de marzo de 1976.

Tariano Jackson, Sigmund Esco Jasckson, Marlon Jackson y Michael Jackson, un menor representado por Joseph Jackson, su tutor, contra Motown Record Corporation of California, Inc., 11 de febrero de 1977.

Declaración jurada de Ralph Seltzer, 24 de marzo de 1976. En esta declaración de cincuenta páginas, Seltzer rememoró las negociaciones originales de Joseph Jackson con Motown respecto de los contratos de grabación de sus hijos. De Joseph Jackson y los Jackson recordó: «No tengo memoria de haberlos visto a ninguno de ellos leyendo el contrato antes de firmarlo».

Declaración adicional de Joseph W. Jackson del 30 de marzo de 1976. En este extenso documento, Jackson dio su versión del día en que él y sus hijos firmaron el contrato con Motown y describió cómo se sintió acerca de Ralph Seltzer y Berry Gordy. También recreó la conversación telefónica con Gordy en la cual él pensó que había renegociado exitosamente los términos originales del contrato.

Declaración jurada de Joseph W. Jackson del 20 de febrero de 1976. Esta declaración arrojó más luz sobre los tratos con Motown, «el contrato que ellos nos hicieron firmar bajo los términos de “tómenlo o déjenlo”», las instalaciones que Motown les consiguió cuando el grupo se mudó de Gary a Los Ángeles, de cómo ni él ni sus hijos leyeron ninguno de los contratos que firmaron una vez que llegaron a

Los Ángeles y de su relación con Johnny Jackson. Más importante aún, reconstruyó conversaciones iracundas que mantuvo con Jermaine en relación a su decisión de no firmar con la CBS Records. El recuerdo de Joseph Jackson de estas conversaciones fue corroborado por Jermaine en una entrevista conmigo que tuvo lugar el 27 de mayo de 1980.

La declaración jurada de Richard Arons del 20 de junio de 1979. Como abogado de Joseph Jackson, él estaba al tanto de todos los tratos de negocios de los Jackson y describió, en este documento de quince páginas, cómo Joseph comenzó a circular en busca de una nueva etiqueta para sus hijos y de cómo éstos reaccionaron a la partida de Motown.

También revisé otros 367 documentos legales y correspondencia relativa a este caso de la cual recogí detalles pertinentes para el libro.

Desde *Flashback* hasta *Early days on the road*

Tito, Marlon y Jackie Jackson discutieron la conducta de su padre en los primeros tiempos de gira en varias entrevistas. Discutimos esto mismo en una entrevista en 1978. Michael escribió sobre estas experiencias —sin profundizar demasiado— en *Moonwalk*. Para propósitos evaluativos, extraje material de mi entrevista con la psiquiatra de Beverly Hills, la doctora Carole Lieberman, el 8 de enero de 1991. También entrevisté a Yolanda Lewis (5 de junio de 1990), James McField (30 de octubre de 1990), Gregory Matthias (15 de noviembre de 1990), Gregorio Joves (primero de diciembre de 1990), Sarah Jackson (2 de mayo de 1990) y Tim Whitehead (18 de noviembre de 1990). Obtuve datos, además, de entrevistas con Theresa Gonsalves, Tim Burton y Sylvester Goodnough.

Tatum O'Neal se negó a ser entrevistada para este libro. Se extrajo información biográfica sobre ella y su familia de artículos publicados en *Good Housekeeping, Ladies'Home Journal* y *Redbook*. La información sobre Michael y Tatum en la mansión Playboy fue proporcionada por una entrevista con Michael Jackson para la revista *Soul*.

Los rumores sobre Michael Jackson y Clifton Davis fueron divulgados en muchas publicaciones. Michael discutió el problema con el periodista Steve Ivory para *Soul* (en su edición del 12 de septiembre de 1977). Entrevisté a Clifton Davis en 1978.

Michael y yo también discutimos sobre los rumores de su homosexualidad en 1978. Los comentarios sobre ese tema están intercalados a lo largo del libro.

Los años de *The Wiz* y *Off the Wall*

Entrevisté a Rob Cohen, productor de *The Wiz*, el 14 de febrero de 1989 y

nuevamente el 25 de abril de 1989. También entrevisté al director de la película, Sydney Lumet, el 22 de agosto de 1978.

Se obtuvo otra información de entrevistas con James McField, Susie Jackson y Theresa Gonsalves. Habiendo escrito sobre *The Wiz* en profundidad en mi libro de 1989, *Llámenla señorita Ross*, utilicé parte de la investigación realizada para aquel trabajo en este capítulo. Estuve presente en la conferencia de prensa relativa a *The Wiz* en los Astoria Studios en septiembre de 1977 y entrevisté a Michael en esa ocasión y extraje información de una entrevista que hice a Diana Ross el 19 de octubre de 1981.

Seleccioné fragmentos de una entrevista con los Jackson en su hogar en Encino en agosto de 1978 y de otra entrevista con Michael Jackson en julio de 1979.

Además saqué material de algunas notas tempranas sobre la relación de Michael con Quincey Jones. Entrevisté a este último durante un descanso de la grabación de un álbum de los hermanos Johnson en 1979 y algo del material relacionado con *Off the Wall* fue extraído de esta entrevista.

Cheryl Terrel, Joh'Vonnie Jackson y otros problemas relacionados

Obtuve una copia del certificado de nacimiento de Joh'Vonnie el 30 de agosto de 1974.

Además conseguí información de la propiedad de Cheryl Terrell en Gardena, California; un apartamento en un edificio de la World Title Company. Los residentes del edificio fueron entrevistados el 25 de agosto de 1990. Cheryl Terrell conversó con mi investigadora privada, Cathy Griffin, el 29 de agosto de 1990 pero se negó a ser entrevistada formalmente para este libro.

Obtuve las disposiciones de Escrow de la Imperial Escrow Company para la propiedad situada en el número 6.908 de Peach Avenue y que Van Nuys adquirió de Joseph Jackson como administrador del fideicomiso de Joh'Vonnie Jackson el 25 de enero de 1981. También conseguí el perfil de propiedad de ese inmueble de la World Title Company.

Extraje una copia de la corporación fideicomisaria establecida por Joh'Vonnie Jackson el 23 de febrero de 1981.

Además me procuré un perfil de propiedad provisto por Fidelity National Title. El documento incluye una copia de la renuncia legal individual firmada por Katherine Jackson en la que renuncia a cualquier interés en la propiedad de Joseph Jackson, y la renuncia escritural ejecutada el 20 de enero de 1980 y firmada por Joseph Jackson a la que se adjunta al fideicomiso de Joh'Vonnie Jackson la antedicha propiedad.

Joh'Vonnie Jackson posó para nuestro fotógrafo; la foto aparece en este libro.

Seleccioné material de mis entrevistas y de las de Cathy Griffin con Marcus Phillips (3 de junio de 1990), Tim Whitehead y Stanley Ross (1 de noviembre de

1990) y Jerome Howard.

Paula Reuben entrevistó a Carol L. Kerster en junio de 1990.

También saqué información del reportaje de Charles Sanders sobre Jermaine y Hazel Jackson en la revista *Ebony* en agosto de 1981.

Gina Sprague contra Joseph y Katherine Jackson, Randy Jackson y Janet Jackson

Gina Sprague fue entrevistada para este libro el 16, 18 y 21 de septiembre de 1990.

Susie Jackson fue entrevistada el 21 de septiembre de 1990.

Obtuve una copia del reporte de la policía (DR número 80-749111) archivado por Gina Sprague el 16 de octubre de 1980.

Otros detalles de la demanda judicial de Gina Sprague contra Joseph Jackson, Katherine Jackson, Randy Jackson y Janet Jackson, una menor, fueron extraídos de los siguientes documentos archivados en el Tribunal Superior de Los Ángeles, condado de Los Ángeles, todos con el número C383387:

Demandas por injurias personales, asalto y agresión y conspiración, el 21 de septiembre de 1981.

Declaración jurada de Gina Sprague del 20 de septiembre de 1981.

Declaración jurada de Gina Sprague del 21 de septiembre de 1981.

Declaración jurada de Joseph Jackson y Katherine Jackson, el 22 de septiembre de 1981.

Respuesta a la demanda por injurias personales, asalto y agresión y conspiración, el 5 de marzo de 1982.

Declaración jurada de Michael S. Fields, quien era el abogado de Gina Sprague.

Rectificación de la demanda, el 11 de enero de 1983. Este documento de diez páginas describe en detalle lo que Sprague alegó que sucedió el día que fue atacada.

Cincuenta y dos documentos adicionales relativos al caso de Sprague contra Jackson fueron utilizados también como fuente de información.

También obtuve documentos legales presentados por Joyce McCrae, una empleada de Joseph Jackson, el 16 de junio de 1981: juicio declaratorio, partición, deuda monetaria en demanda del establecimiento de escrituración absoluta como hipoteca y privación del derecho a redimir una hipoteca y *Joseph W. Jackson contra Joyce McCrae*, 16 de junio de 1981, caso número C371.220. Ambas fueron archivadas en el Tribunal Superior de Los Ángeles, en el condado de Los Ángeles. Aunque decidí no escribir acerca de esta demanda en particular —la cual incluía un apartamento en común entre Jackson y McCrae—, utilicé los documentos para saber más de la relación de Jackson con McCrae y Gina Sprague. En esta demanda judicial, McCrae alega: «Se me pidió testificar en una audiencia mantenida en la oficina de los abogados de la ciudad de Los Ángeles en relación con cargos de agresión levantados

contra la esposa de Joseph Jackson por la señorita Gina Sprague. Cuando informé a Joseph Jackson que se me había pedido que testificara, éste me dijo que él quería que yo me mantuviera fuera del asunto. Sí testifiqué en la audiencia el 17 de diciembre de 1980. Ahora estoy al tanto, creo y alego que fui despedida por Joseph Jackson de manera injusta en represalia por el testimonio que di en la audiencia respecto a su relación con Gina Sprague…».

Comienzos de los ochenta

Obtuve la transferencia de escritura archivada en el condado de Los Ángeles el 20 de febrero de 1981, en la cual Thomas Laughridge y Billie Laughridge le garantizaron a Michael Jackson la unidad nueve situada en el número 5.420 de Lindley Avenue, Encino.

Además conseguí la renuncia escritural individual archivada en el condado de Los Ángeles el 26 de mayo de 1981 hecha por Michael Jackson, en la que entregaba el 25 por ciento de la propiedad a su madre, Katherine Jackson.

Me referí a la publicación de Robert Hilburn en *Los Angeles Times*, *Los Jackson —debut y despedida—*, del 13 de septiembre de 1981.

Además, me remití al especial de la revista *Billboard* sobre Michael Jackson (21 de julio de 1984) y al artículo de Steven Demorest sobre Michael Jackson en *Melody Maker* (veáse la bibliografía).

La entrevista que hice a Michael Jackson a través de su hermana Janet tuvo lugar el 3 de octubre de 1981 en la casa de la familia Jackson en Encino.

Katherine Jackson vs. Joseph Jackson (II)

Detalles de la segunda acción de divorcio de Katherine Jackson y Joseph Jackson fueron extraídos de los siguientes documentos archivados en el Tribunal Superior de Los Ángeles, siendo todos pertenecientes al caso D076606:

Formulario de declaración de orden de manutención de Katherine Jackson del 19 de agosto de 1972. Este impreso parece haber sido completado por la señora Jackson personalmente. Ella mecanografió la información usada en este libro en relación al cargo en el que acusa a Joseph Jackson de «gastar más de cincuenta mil dólares» en una «mujer joven» y que había «adquirido para ella lotes de bienes inmuebles haciendo uso de bienes gananciales».

Disolución del matrimonio de Katherine Jackson del 12 de noviembre de 1982.

Declaración jurada de Katherine Jackson del 16 de abril de 1983.

Declaración jurada de George M. Goffin en apoyo a la moción de obligación de responder a los interrogatorios del 8 de abril de 1983. Goffin fue uno de los abogados

de Katherine.

Notificación para presentar documentación, 10 de mayo de 1983.

Declaración jurada de Minda F. Barnes del 15 de junio de 1983. Barnes fue otro de los abogados de la señora Jackson. Este documento detalla la dificultad de la señora Jackson para obtener información financiera de Joseph Jackson.

Una carta de cinco páginas de George M. Goffin, Esq., para Arnold Kassot, Esq., fechada el 20 de abril de 1983 y que fue particularmente reveladora; de ella extraje detalles de los ingresos de la familia Jackson y de su capital.

Una declaración de veinte páginas de George M. Goffin del 15 de junio de 1983 que fue vital en la investigación para este libro al describir la forma en que fueron compradas las propiedades de Hayvenhurst, Peach Street, Jackson Street y Lindley Avenue. También fue clara en cuanto a la participación financiera de Michael Jackson en la adquisición de Hayvenhurst y del apartamento de Lindley Avenue.

Prueba B, inventario de los bienes inmuebles comunitarios del 15 de junio de 1983 que también fue de gran valor para la investigación realizada para este libro y que contenía una lista completa de todos los bienes financieros y responsabilidades legales de Joseph y Katherine Jackson además de las fechas de todas sus adquisiciones y los costos de compra de todas sus propiedades y la implicación de Michael Jackson en las mismas.

La declaración jurada de George M. Goffin en apoyo de la moción extraoficial para su baja como abogado el 1 de noviembre de 1983. Ésta detalla los intentos de Goffin para continuar con la acción de divorcio en el caso de Katherine Jackson contra Joseph Jackson y la indisposición para con él. Esto explica las posibles razones por las que había cambiado su opinión sobre el divorcio.

Otros veinte documentos pertenecientes a su acción de divorcio también fueron revisados.

Algunos de los comentarios de la ya fallecida Enid Jackson fueron sacados de una entrevista del 7 de noviembre de 1990.

Thriller **y los años de la gira** ***Victory***

Obtuve una declaración jurada de treinta páginas de Michael Jackson, la *Carlin Music Corporation* contra Michael Jackson, caso número C347206 del 28 de febrero de 1983. En ésta, Michael explica por qué él estaba enojado no sólo con su padre, sino también con Ron Weisner y con Freddy DeMann. Explicó, además, sus objetivos de publicación, sus planes futuros en la CBS Records y la irrupción de John Branca en su carrera. El documento está firmado por Jackson en letras grandes y garabateadas.

Mickey Free fue entrevistado el 7 de junio de 1989.

También seleccioné información de los artículos de Gerri Hirshey sobre Michael

Jackson en *Rolling Stone* (véase la bibliografía).

Me remití a *Narcissism: Denial of the Trae* Self (Macmillan, Nueva York, 1981) de Alexander Lowen, y a *Prisoners of Childhood* (traducido del alemán por Ruth Ward, Basic Books, Nueva York, 1981) de Alice Miller.

Visioné muchas horas de la extensa colección de vídeos de Steve Howell sobre Michael Jackson en su casa de Encino, para poder ser capaz de describir Hayvenhurst. Michael Jackson estaba molesto con Steve Howell cuando éste, un exempleado, intentó vender estas copias para el programa de televisión *A Current Affair*. Howell reclamó que, como cámara, las cintas le pertenecían. Jackson replicó que, como jefe de Howell, él (Jackson) era el propietario. *A Current Affair* emitió algo del material pero decidió cancelar posteriores transmisiones de las cintas.

Steve Howell fue entrevistado para este libro el 28 de agosto, el 4 de septiembre y el 12 de septiembre de 1990.

Escribí en detalle los esfuerzos de Suzanne dePasse para reclutar talentos para el especial de *Motown 25* en mi libro *Llámenla señorita Ross*. Extraje partes de esa búsqueda. Michael Jackson también escribió sobre su reunión con Berry Gordy en su autobiografía, *Moonwalk*. Agregué detalles de entrevistas con James McField (30 de octubre de 1990) y Geron *Casper* Canidote (29 de octubre de 1980), Jermaine Jackson (27 de mayo de 1980), Larry Anderson (23 de octubre de 1990), Joyce McCrae (15 de octubre de 1990), Carole Lieberman (8 de enero de 1991) y Randall King (1 de septiembre de 1989).

También consulté notas publicadas sobre el despido de Weisner DeMann.

Me referí a la entrevista entre Dave Nussbaum y Michael Jackson publicada en el *Globe* en abril de 1984.

John Branca proveyó algo de contexto para la información de la gira de Victory, como también hizo para un artículo de la revista *Rolling Stone* de Michael Goldberg del cual seleccioné datos. Asistí a la conferencia de prensa en Tavern on the Green el 30 de noviembre de 1983.

Extraje algo de información sobre el entorno de Don King del *1984 Current Biography Yearbook*.

Antecedentes de los testigos de Jehová provienen del libro de Barbara Grizzuti Harrison, *Visions of Glory: A History and a Memory of Jehovah's Witnesses* (Simon and Schuster, Nueva York, 1978). También me remití a comentarios hechos por Michael Jackson en la publicación del 22 de mayo de 1984 de ¡*Despertad*!

Louise Gilmore fue entrevistada el 3 de agosto de 1990; mi investigador John Redman entrevistó a Seth Riggs el 14 de octubre de 1990. También agregué datos procedentes de una entrevista que hice a Joseph Layton el 23 de diciembre de 1986 para mi libro *CaroI Burnett. Laughing Hill It Hurts* (William Morrow, 1988).

Recurrí, además, al libro de Roger Enrico *The Other Guy Blinked* (Bantam, Nueva York, 1986).

El incidente del guante de Michael fue descrito por Bob Giraldi en *The Making of*

Thriller. Entrevisté a testigos del accidente el 27 de enero de 1984 y me remití a publicaciones en diarios. También hubo un cierto número de fuentes anónimas para la información de estas secciones del libro.

Anulación del matrimonio de Janet Jackson y James DeBarge

Entrevisté a James DeBarge en julio de 1995 tras la publicación de la primera edición de este libro.

Los detalles del matrimonio de Janet Jackson con James DeBarge y la anulación final de esa unión fueron extraídos de los siguientes documentos archivados en el Tribunal Superior de Los Ángeles, condado de Los Ángeles, todos con el número 05113:

Petición de anulación de matrimonio presentada por Janet Dameta DeBarge del 30 de enero de 1985.

Declaración de Ingresos y gastos de Janet Dameta DeBarge del 30 de enero de 1985.

Petición de incomparecencia del 4 de junio de 1985.

Citación judicial a James Curtis DeBarge el 10 de abril de 1985.

Petición rectificada de la disolución del matrimonio presentada por Janet Dameta DeBarge el 17 de julio de 1985.

Anuncio de presentación a juicio, el 18 de noviembre de 1985.

Anuncio de anulación y restauración del nombre previo de la cónyuge a Janet Dameta Jackson del 18 de noviembre de 1985.

Los detalles de la demanda que resultó de un accidente de tráfico en el cual Janet y James DeBarge se vieron involucrados al conducir el Mercedes-Benz de Katherine Jackson, también arrojaron luz sobre el matrimonio de Janet. La demanda establecida por Manuel R. Mendez, Carmen Mendez y Barbara Beebe, una menor, contra Katherine Jackson, James DeBarge y Janet Jackson fue asentada en los siguientes documentos archivados en el Tribunal Superior de Los Ángeles, condado de Los Ángeles, bajo el número C522917: Demanda: agresión personal, daño a la propiedad, muerte injusta, 15 de noviembre de 1984.

Manuel R. Mendez, Carmen Mendez y Barbara Beebe, una menor, contra Katherine Jackson y Janet Jackson, 8 de enero de 1985.

Manuel R. Mendez, Carmen Mendez y Barbara Beebe, una menor, contra Katherine Jackson, James DeBarge y Janet Jackson, 2 de marzo de 1988.

Declaración de Robert J. Davis del 30 de enero de 1989. Davis fue el abogado de Jackson. Este documento ¡lustró la dificultad de Davis para obtener un pago por su trabajo para Katherine Jackson y Janet Jackson y también demostró que la familia tiende a tratar a los abogados que los representan de forma bastante injusta.

Interrogatorios a la demandada, Janet Jackson, de fecha 28 de febrero de 1985.

Janet Jackson refirió su relación con James DeBarge, su madre y otros miembros de la familia. Es fascinante ver que la mayoría de lo que la señorita Jackson dijo ante el tribunal no tenía nada que ver con el accidente menor en el cual se había visto involucrada.

Años posteriores a la gira *Victory*

Los comentarios de Louis Farrakhan sobre Michael Jackson fueron ampliamente difundidos el 12 de abril de 1983.

El reportaje de Dense Worrell en la revista *Time* fue publicado el 19 de marzo de 1984. También extraje datos de mis entrevistas con el primo de Michael, Tim Whitehead, y con Steve Howell. Entrevisté, además, a Kenneth Tagle (3 de enero de 1989), Harry Weber (3 de febrero de 1990), David Kesley (5 de mayo de 1990) y Harold Long (19 de mayo de 1990). Obtuve datos de la entrevista entre Cathy Griffin y Joyce McCrae.

John Branca me proveyó alguna información de fondo sobre la adquisición de ATV el 9de enero de 1991, tal como él había hecho para el análisis de Robert Hillburn de la misma en *Los Angeles Times* el 22 de septiembre de 1985, artículo que también utilicé como fuente secundaria de información. Me informé, además, mediante entrevistas hechas a Paul McCartney (veáse la bibliografía).

Años malos hasta 1991

Jackson. Tras recibir una llamada telefónica intimidante de uno de los representantes de Jackson, Dileo decidió no reunirse conmigo.

Entrevisté, entonces, a Frank Dileo en agosto de 1995, después de que se publicase la edición original de este libro.

Se les hizo un reportaje a Byron Moore y a Max Hart el 30 de agosto de 1990. Mitchell Fink informó en *Los Angeles Herald Examiner* sobre la inspección de Michael de *Purple Rain* el 5 de julio de 1984.

Utilicé el artículo de J. C. Stevenson sobre Janet Jackson en *Spin* y también me remití a la entrevista de Cathy Griffin con Joyce McCrae.

Muchas de mis fuentes relativas a los trucos publicitarios de Michael Jackson —la dislocación de muñeca durante la filmación de *Capitain EO*, la cámara hiperbárica y los huesos del Hombre Elefante— deben mantenerse en confidencialidad dada la naturaleza del empleo de estas fuentes en la industria musical. Sí me remití a los artículos «Michael's Next Thrill: An Oxygen Chamber»[14] en *Los Angeles Herald Examiner* (17 de septiembre de 1986), «Michael Jackson's Bizarre Plan to Live to 150»[15] en el *National Enquirer* (16 de septiembre de 1986) y «Michael Jackson

Wants Merrick's Bones»[16] de Patricia Freeman en *Los Angeles Herald Examiner* (30 de mayo de 1987). También me referí a la historia de la cámara hiperbárica de Michael en *Time* (septiembre de 1986). Charles Montgomery, quien escribió el informe de la cámara hiperbárica, fue entrevistado el 23 de octubre de 1990. La broma de la nariz de Michael fue publicada en *Playboy* en un artículo en diciembre de 1987.

Una nota sobre «We Are the World» en enero de 1991: más de sesenta millones de dólares fueron recaudados de las ventas de esta canción para combatir el hambre en Etiopía. Además de las ventas del álbum, los fondos también vinieron del mercadeo de la canción; camisetas, pósters, libros y vídeos.

En otros asuntos no relacionados, utilicé como material secundario, «Buckle Debacle», de Hill Steigerwalk en *Los Angeles Times (8* de noviembre de 1987). También me remití a mi entrevista con Jerome Howard para discutir el interés de Katherine Jackson en trabajar para Michael Jackson.

En el asunto de la compra de Michael Jackson del rancho, Sycamore en 1988, tuve varias fuentes anónimas y también me basé en un exhaustivo archivo de propiedad provisto por Continental Lawyers Title Company el 27 de septiembre de 1990. Éste incluye una profunda descripción legal del rancho. El archivo también incluye la escritura individual archivada el 11 de abril de 1988 en la cual John Branca y Marshall Gelfand, coadministradores conforme al acuerdo fideicomisario fechado el 11 de abril de 1988, aseguraban la propiedad a Michael Jackson.

También fueron entrevistados: Gary Berwin (16 de noviembre de 1990), Steven Harris (17 de noviembre de 1990), Phillip Meadows (22 de noviembre de 1990), Bernard Pacheco (1 de diciembre de 1990), Virginia August (3 de diciembre del 990), Glenn Bascome (6 de diciembre de 1990), Patty Kellar (8 de diciembre de 1990) y Douglas Wilson (10 de diciembre de 1990). Frank Dileo discutió su impresión tras haber sido despedido por Michael Jackson en numerosas entrevistas publicadas para promover la película *Good-Fellas*. También me remití a las apariciones en televisión de Dileo para publicitar el largometraje, incluyendo una en *Personalities* el 25 de octubre de 1990.

La historia sobre Michael Jackson, el Blarney Stone y el sida fue publicada en un artículo en *Rolling Stone* el 6 de octubre de 1988.

Las acusaciones de LaToya Jackson de que Michael había sufrido abusos de niño fueron reimpresas en numerosas publicaciones y también transmitidas en la CNN en julio de 1988. También discutí el asunto con ella en 1993 en España, después de que la edición original de este libro fuera publicada.

Sobre el tema de Lavon Muhammad, alias *Billie Jean*, utilicé como fuente la petición de disolución de matrimonio escrita a mano del 19 de enero de 1988 y el caso de *Michael Jackson contra Lavon Muhammad* del 1 de febrero de 1987, archivado en el Tribunal Superior de Los Ángeles, condado de Los Ángeles, caso número 17925. Numerosos empleados fueron citados para testificar acerca del acoso

de Michael Jackson perpetrado por Muhammad.

Obtuve una copia de los contratos vigentes con la CBS Records. También tuve acceso a cierto número de fuentes anónimas, muchas de las cuales todavía trabajaban para Michael Jackson y quienes proveyeron la mayor parte de la información de los últimos dos capítulos del libro.

El doctor Robert Kotler fue entrevistado el 4 de noviembre de 1990.

Donna Burton, la secretaria del doctor Steven Hoefflin, fue contactada el 30 de noviembre de 1990.

También me remití al *Handbook of Nonprescription Drugs*[17], séptima edición, publicado por la American Pharmaceutical Association.

Revisé la transcripción de la aparición de Jackson en *Donahue* el 10 de noviembre de 1989. También revisé la transcripción de la aparición de Katherine Jackson en *Sally Jessy Rafael* el 30 de noviembre de 1990.

Janet Jackson es la primera artista en tener siete sencillos de un mismo álbum, *Janet Jackson's Rhythm Nation 1814*, entre los cinco primeros del *ranking*. Ella firmó uno de los mayores contratos de grabación de la historia cuando pactó con Virgin Records en marzo de 1991 por un valor estimado de treinta y dos millones de dólares. Algunos testigos piensan que Michael pudo haber retrasado la finalización de su propio contrato billonario con la CBS (ahora Sony) hasta que se anunciara el trato de Janet para darle la oportunidad de mantener el récord de mayor contrato antes de volver para reclamarlo para sí mismo.

Michael Jackson y los coreanos

En relación al incidente de los coreanos/Moonies, extraje información de las entrevistas personales con Jerome Howard el 29 de octubre de 1990 y Kenneth Choi el 11 de enero de 1990.

También utilicé como fuentes los siguientes documentos archivados en el Tribunal de Distrito de Estados Unidos para el distrito central de California, todos los casos numerados CV 90 4906 KN:

Segye Times, Inc., contra Joseph Jackson, Katherine Jackson, Jackson Records Company, Inc., Jackson Family Concerts International, Jerome Howard, Kyu-Sun Choi, Mi Rae Choi, Michael Jackson, Jermaine Jackson, Bill Bray, Ben Brown d/b/a Jackson Marketing & Distributing Company and Does 1 a 100, 17 de octubre de 1990.

Bill Bray contra Kenneth Choi, 17 de octubre de 1990.

Michael Jackson contra Segye Times, Inc., 17 de octubre de 1990.

Declaración jurada de Bill Bray, 17 de octubre de 1990.

Respuesta del acusado Michael Jackson a la rectificación de la primera demanda, 17 de octubre de 1990.

Respuesta del acusado Bill Bray a la rectificación de la primera demanda, 17 de octubre de 1990.

Katherine Jackson contra LaToya Jackson Gordon y Jack Gordon

Los detalles de la demanda interpuesta por Katherine Jackson contra LaToya Jackson fueron extraídos de los siguientes documentos archivados en el Tribunal Superior de Los Ángeles, condado de Los Ángeles, caso número NWC55803:

Katherine Jackson contra Jack Gordon; LaToya Jackson alias LaToya Gordon, 28 de febrero de 1990.

Aviso de acción pendiente, *Katherine Jackson contra Jack Gordon; LaToya Jackson a/k/a LaToya Gordon*, 2 de marzo de 1990.

Michael Jackosn y Jordie Chandler

Entrevisté a Michael en agosto de 1994 en relación a las acusaciones de Jordie y Evan Chandler. La mayoría del material procedente de esa entrevista fue juzgado demasiado delicado en ese momento y, por lo tanto, quedó sin difundir hasta ahora, con la publicación de esta edición revisada de *Michael Jackson. La magia y la locura, la historia completa*. Parte del mismo, sin embargo, apareció en los siguientes artículos que escribí, de los cuales también extraje cortes para la presente edición: «Michael Jackson: "I'd Never Hurt a Child" —World Exclusive: First Interview Since Explosive Charges» por Randy Taraborrelli (renombrado biógrafo de Michael)[18], *star*, 6 de septiembre de 1994; «Save Me, Elizabeth. Save my Life! World Exclusive»[19] por J. Randy Taraborrelli, *Star*, 13 de septiembre de 1994; «Shocking Truth About Michael Jackson Strip-Search Photos - What they Show - World Exclusive»[20] por J. Randy Taraborrelli, *Star*, 20 de septiembre de 1994.

Asistí al menos a una docena de conferencias de prensa relacionadas con las acusaciones y aproveché varias oportunidades para interrogar a los abogados Bert Fields y Howard Weitzman y al investigador Anthony Pellicano para aclarar hechos confusos, y luego expuse mis descubrimientos en los programas estadounidenses de televisión relativos al caso. (Nótese que la cinta que grabó en secreto las conversaciones entre Evan Chandler y Dave Schwartz fue reproducida por Anthony Pellicano durante dos conferencias de prensa el 30 de agosto y el 1 de septiembre de 1993. Las cintas también fueron transmitidas en el programa de televisión *American Justice*, el 21 de septiembre de 1994).

Muchas de mis otras fuentes de información respecto al delicado tema de Jordie Chandler deben permanecer en el anonimato.

En un mundo perfecto no habría necesidad de anonimato: todos podrían hablar

libremente sin temor a represalia alguna. Sin embargo, la mayoría de aquellos que fueron interrogados son personas de alto perfil que todavía trabajan en la industria del espectáculo. Otros trabajan en el Departamento de Servicios Infantiles, en el Departamento de Policía de Santa Bárbara, California, y en la Unidad de Abuso Infantil del Departamento de Policía de Los Ángeles. No es justo esperar que estas fuentes arriesguen sus carreras y la confianza de sus clientes (si están en el campo del espectáculo) para que puedan asistirme en mi trabajo con el libro. Para aclarar las cosas, estos individuos no tienen nada que ganar y todo que perder en ciertos casos, sólo por ofrecer información valiosa.

Lo mismo que los periodistas que trabajan en Associated Press y otras agencias de noticias que se sirven fuentes confidenciales, hice todo el esfuerzo posible para verificar la legitimidad y certeza de cada fuente que pidió su anonimato. Si no confío en el testimonio, no uso ninguna información de esa persona, pida ésta el anonimato o no. Además, siempre tuve más de una fuente para cada información que pueda considerarse controvertida.

El uso de información significativa dada bajo condición de confidencialidad es siempre una decisión difícil para un escritor. No obstante, siento una fuerte obligación para con mis lectores de presentar los hechos lo mejor que pueda, así como una obligación de proteger a mis fuentes si sintieran éstas que tal protección es necesaria.

A partir del texto, el lector debería ser capaz de entender que he entrevistado a la mayoría de las personas principales en el caso de Jordie Chandler a lo largo de los años, aunque éstas no quisieran ser reconocidas aquí.

También extraje material de largas conversaciones con Larry Feldman, Michael Freeman, Anthony Pellicano, Diane Dimond, Vine Zuffante, Mark Quindoy, Jack Gordon, LaToya Jackson, Ernie Rizzo, Lauren Weis, Gary Spiegel, Robert Wegner, Charles T. Matthews, Tom Sneddon, Harry Benson, Russell Turiak y Susan Crimp.

También revisé voluminosos archivos judiciales y documentos que incluyen quejas, mociones y disposiciones pertenecientes al caso «*Jordan Chandler contra Michael Jackson*» número SC026226.

Más aún, me remití a todos los documentos pertenecientes a *Chandler contra Jackson* (ABC, Diane Sawyer y Lisa Marie Presley), caso del juzgado número SM097360. Éste fue el caso presentado por Evan Chandler después de que Michael y Lisa aparecieran en una transmisión de televisión con Diane Sawyer y proclamaran su inocencia.

Saqué referencias de: *Rothman contra Jackson* (Weitzman, Fields, Pellicano), caso número SC32081; *Morris Williams, Leroy A. Thomas, Donald Starks, Fred Hammond y Aaron White contra Michael Jackson*, caso número BC093593; *Michael Jackson contra Diane Dimond, Stephen Doran, K-ABC Radio y Paramount Pictures Corp.*, caso número BC119773 (así como «Los alegatos de Michael Jackson referentes a las mentiras y falsedades de Howard Weitzman, Esq.», 11 de enero de

1995).

Michael y Lisa Marie Presley

Completé el informe con datos de mis entrevistas con Lisa Marie Presley, las cuales aparecieron primero en «Suspicious Minds - The Troubled Life and Times of a Rock 'n' Roll Heiress»[21] de J. Randy Taraborrelli, *Sunday Magazine (The Times)*, 14 de abril de 1996.

En 1997, como consecuencia de una fuerte reacción a la publicación en el *Sunday Magazine*, comencé a buscar material para escribir un libro sobre Lisa Marie Presley que sería llamado *Elvis, Priscilla, Michael y yo*. Sin embargo, abandoné los planes para el libro cuando mi carrera tomó un nuevo rumbo (con mi biografía sobre Frank Sinatra). Hice una gran cantidad de indagaciones para la biografía de Lisa Marie, algunas de las cuales aparecieron en artículos que escribí tales como: «Lisa Marie Presley — *Seule, toujours seule*» de J. Randy Taraborrelli, *París Match*, junio de 1996; «Lisa Marie, Michael and Debbie» de J. Randy Taraborrelli, *Star*, 25 de febrero de 1997. «Michael y Lisa Marie Presley» de J. Randy Taraborrelli, *Star*, 11 de marzo de 1997.

Por supuesto que, además, extraje fragmentos de mis propias entrevistas con Michael y de informes periodísticos que surgieron de éstas tales como: «Michael Insists: "This Marriage Is No Joke"»[22] de J. Randy Taraborrelli, *Star*, 27 de septiembre de 1994; «Jackson Insists Kiss was a Thriller»[23], *USA Today*, 13 de septiembre de 1994; «Jacko Finally Breaks His Silence»[24] de J. Randy Taraborrelli, *Woman's Day*, septiembre de 1995.

El 18 de enero de 1996, aparecí en la CNN para anunciar que Lisa Marie Presley había presentado su divorcio de Michael Jackson. Para esa transmisión conduje mi propia investigación independiente cuyos resultados también me fueron útiles para escribir este libro.

También me apoyé en mi artículo «Princess Heartbreak»[25] de J. Randy Taraborrelli, *New Idea*, 28 de enero de 2002.

Me remití, además, en mi búsqueda a los siguientes artículos: «The Secret power of Liz Taylor»[26] de J. Randy Taraborrelli, *Woman's Day*, 11 de diciembre de 2000; «Taraborrelli Defends Jackson (and Himself!)»[27] de Michelle Cushing, «King of Pop»[28], *Official Magazine of M. J. News International*, publicación número 6, 1996; «Jackson scandal will be History[29]», *New York Post*, 22 de junio de 1994; «Michael Promises No More Plástic Surgery»[30] de J. Randy Taraborrelli, *Woman's Day*, 25 de diciembre de 2000; «Diana Ross and Michael Jackson» de J. Randy Taraborrelli, *Woman's Day*, diciembre del 2000.

En relación a la estancia de Michael en el hospital en 1995, reporté la historia

para la CNN el 6 de diciembre y para ella hice en ese momento mi propia investigación de manera independiente.

Gracias a Donald Trump, Hugo Álvarez-Pérez, Marcel Marceau, Brett Livingston-Stone, Monica Pastelle y Otis Williams de The Temptations.

Por supuesto, yo fui el reportero en el Polo Lounge en Beverly Hills a quien Elizabeth Taylor dijo: «Yo no estoy en el negocio de aclarar rumores», y luego agregó la orden ciertamente llamativa de «¡Ahora vete!».

También me referí a las muchas coberturas de prensa y entrevistas de televisión dadas por Lisa Marie Presley para publicitar su lanzamiento de 2003 para Capítol Records, *To Whom it May Concern*, que incluyeron «Q and A with Lisa Marie Presley»[31] de Rob Tannenbaum, para *Playboy*, mayo de 2003.

Me remití igualmente a los archivos del juzgado relacionados con la petición de Lisa Marie Presley de disolver su matrimonio con Michael Jackson (caso número BD22906).

Michael y Debbie Rowe hasta la fecha actual

Para la mayor parte de estos capítulos acudí a mis propios reportajes de televisión sobre Michael Jackson en Estados Unidos y Europa. Sería demasiado extenso detallar la lista de todos los programas de televisión en los que participé para hablar de Michael, Lisa Marie Presley y Debbie Rowe desde la publicación de la primera edición de este libro; hice, literalmente, cientos de apariciones en programas tales como *Today, Good Morning America, CBS This Morning, Prime Time - Live, Dateline, The Larry King Show, CNN Headline News*, y muchos otros expresando mi opinión sobre Michael basada en mi propia búsqueda independiente.

Algunas de mis más recientes apariciones en televisión relacionadas con Michael Jackson y con el análisis de su entrevista con Martin Bashir fueron en programas tales como: «Michael Jackson - Unmasked[32]», *Dateline*, NBC, el 17 de febrero de 2003; «Michael Jackson», *Prime Time*, el 6 de febrero de 2003; *The Many Faces of Michael Jackson - Prime Time Special Edition*[33], ABC, el 17 de febrero de 2003; *CBS-This Morning*, el 18 de febrero de 2003. También hablé sobre Michael para *Michael Jackson: The True Hollywood Story*, junio de 2003.

Fui uno de los colaboradores del documental, *Michael Jackson's Face*[34], para el Channel 5 del Reino Unido, el programa original que alcanzó más audiencia que ningún otro transmitido por ese canal.

Tomé en cuenta mi investigación para la serie de tres episodios «The Secret Michael Jackson»[35] de J. Randy Taraborrelli, *Daily Mail*, septiembre de 1998.

Gracias también a Gordon Rowe, Steve Shmerier, Marsha Devlin, Tanya Boyd, Mavis McDermott, Mario Pikus y Theodore Millar por ayudarme a entender el matrimonio de Michael con Debbie Rowe.

Investigación de biblioteca

Las siguientes instituciones fueron extremadamente útiles para mi búsqueda:

La Biblioteca del American Film Institute; Associated Press Office (Nueva York); la Biblioteca Bancroft (Universidad de California, Berkley); Brand Library Art and Music Center; los archivos de la Biblioteca del British Film Institute; la Fundación Born Free; los archivos del Boston Herald; la Biblioteca de Beverly Hills; la British Broadcasting Corporation; la Universidad de California, Los Ángeles (UCLA); los archivos del estado de California (Sacramento); Corbis-Gamma/Liaison; la Biblioteca Pública de Glendale Central; la Biblioteca de Hayden; la Biblioteca Pública de Hartford; la Biblioteca de Hollywood; la Biblioteca de Houghton (Universidad de Harvard); la Hulton Picture Library, la Biblioteca Pública de Los Ángeles; el diario *Los Angeles Times*; la Biblioteca Margaret Herrick (de la Academia de Arte Fílmico y Ciencias); el *Michigan Chronicle*, el Museo de Arte Moderno (Centro de Estudios Fílmicos); el Museo del Film; Los Archivos Nacionales y la Biblioteca del Congreso; la colección de Neal Peters; los archivos municipales de la ciudad de Nueva York; la Biblioteca Pública de Nueva York; el *New York Daily News*, el *New York Post*; el *New York Times*, Occidental Collage (Tagle Rock, California), la Biblioteca Libre de Filadelfia (Colección Theater); la Biblioteca Pública de Filadelfia; la Sociedad Histórica de Filadelfia, el *Philadelphia Inquirer* y el *Philadelphia Daily News*, Photofest; la Universidad de Princeton (Colección de Teatro William Seymour).

BIBLIOGRAFÍA

UN LIBRO QUE VALORO MUCHO y quisiera distinguir como maravilloso es *Michael Jackson: A Visual Documentary* de Adrian Grant, Omnibus Press, Londres. Fue publicado por primera vez en 1994, y luego actualizado varias veces. Si el lector quisiere saber más sobre Michael, debería obtener una edición de ese estupendo libro.

Para esta edición actualizada de *Michael Jackson. La magia y la locura, la historia completa* me remití a varios cientos de artículos relacionados con la investigación del abuso atribuido a Michael Jackson y sus bodas con Lisa Marie Presley y Debbie Rowe. El espacio simplemente no permite la publicación de la larga lista de estos informes. Uno en particular que, creo, se merece una mención especial es: «Did Michael Do lt?»[36] de Mary Fischer para *GQ*, en octubre de 1994.

También fueron útiles: «Not Necessarily the News»[37] de Tom Rosenthal, *Esquire*, enero de 1994; «Nightmare at Neverland» de Maureen Orth, enero de 1994 y «Prime Time Lies»[38] de Maureen Orth, *Vanity Fair*, septiembre de 1995; «Jackson Files Slander Suits»[39] por Adam Sandler, *Daily Variety*, 13 de enero de 1995; «Jackson Pays; Case Closed»[40] de Jeffrey Jolson-Colburn, *Hollywood Reporter*, 25 de enero de 1994; «Priscilla Presley - My Daughter, Myself»[41] de Jim Jerome, *Ladies Home Journal*, agosto de 1996; «Can He Put Himself Together, Again?»[42] de Tom Maurstad, *Dallas Morning News*, 18 de junio de 1995; «Is This The End?»[43] de Dana Kennedy, *Entertainment Weekly*, 10 de septiembre de 1993; «Michael's World» de Cathleen McGuigan, *Newsweek*, 6 de septiembre de 1993; «Who's Bad?»[44] de Richard Corliss, «Time to Face the Music»[45] de Dana Kennedy, *Entertainment Weekly*, 17 de diciembre de 1993; «Inside Michael's World»[46] de Joey Bartolomeo y Jennifer Tung, *US Weekly*, 24 de febrero de 2003; «Michael Jackson —The Man in The Mirror» de Mary Murphy y Jennifer Graham, *TV Guide*, 10-16 de noviembre de 2001; «What Friends Are Not»[47] de Karen Shneider, *People*, 2 de diciembre de 1996; «Michael Jackson - Losing his Grip»[48] de Maureen Orth, *Vanity Fair*, abril de 2003; «Michael Tells Where I Met Lisa Marie and How I Proposed»[49] de Robert E. Johnson, *Ebony*, octubre de 1994; «Neverland Meets Graceland»[50] de Tom Gliatto, *People*, 1994; «The King as Pop»[51] de David Friend, *Life*, diciembre de 1997; «A Frank Talk with Priscilla Presley»[52] de Vernon Scott, noviembre de 1994; «Wanna Be Stopping Something»[53] de Tom Sinclair, *Entertainment Weekly*, 21 de septiembre de 2001.

También repasé el documental del programa *Frontline* de PBS, «Tabloid Truth: the Michael Jackson Scandal»[54] que fue transmitido el 15 de febrero de 1994 tanto como la tanscripción de la discusión sobre Michael Jackson en el programa *Larry*

King Uve del canal CNN el 21 de febrero de 2003.

AGRADECIMIENTOS

Michael Jackson. La magia y la locura, la historia completa no hubiese sido posible sin la ayuda de muchas personas.

El primer reconocimiento es para mi agente literaria en el Reino Unido, la señorita Dorie Simmonds de la Agencia Dorie Simmonds. Es una representante maravillosa, y también una buena amiga; hemos compartido muchos proyectos maravillosos. Sin ella, mi carrera hubiese sido muy diferente y ni remotamente tan excitante o satisfactoria.

También me gustaría dar las gracias a mi editor, Gordon Wise, de Macmillan, suya fue la idea de publicar una edición actualizada del *bestseller* original *Michael Jackson. La magia y la locura*. Doy las gracia también a Ingrid Connell y a todos los demás en Macmillan por su compromiso con este proyecto.

Hillel Black fue el editor de la edición original de este trabajo. *Michael Jackson* fue nuestro segundo trabajo juntos; el señor Black editó también *Llámenla señorita Ross*. Ningún autor hubiera podido desear jamás una persona tan buena y paciente para tutelar su libro.

Paula Agronick Reuben ha sido valiosa para mí de muchas formas a lo largo de los años. Fui afortunado de poder trabajar con ella en la edición original de *Michael Jackson*. Es una profesional consumada y una buena amiga.

La investigadora y detective privada Cathy Griffin fue una importante colaboración para el proyecto. Estoy particularmente en deuda con ella por localizar las fuentes que supuestamente habían desaparecido de la faz de la Tierra. La señorita Griffin, a su vez, condujo una veintena de entrevistas para este trabajo y por eso también estoy en deuda con ella.

Gracias especialmente a Stephen Gregory, no sólo por tantos años de amistad, sino también por todas sus valiosas aportaciones al libro. Él siempre está para ayudarme, sin falta.

Doy las gracias a Jonathan Hahn, un periodista colega, mi publicista y también mi buen amigo. No puedo pedir una mejor caja de resonancia que Jonathan. Gracias también a Alysia Garrison por ser tan vital e importante para Jonathan y para mí.

Agradezco, como siempre, a Al Kramer, mi buen amigo y colega escritor, quien, durante años, ha estado presente.

Debo dar las gracias a Cloe Basiline por todo el trabajo de transcribir las entrevistas para la nueva edición de este trabajo. Se pasó muchas horas trabajando bajo la presión de la más tirana fecha de entrega imaginable para escribir cada palabra con precisión. También quisiera agradecer a Stewart Payne, quien realizó las entrevistas para mí en Gary, Indiana. Gracias a él fuimos capaces de rastrear a gente que trabajó con Michael y sus hermanos en los primeros tiempos y que nunca había

sido entrevistada. Debo agradecer a su vez a Thomas DeWitt por todo su trabajo en el Reino Unido para este libro en lo que él llamó la investigación para «el caso Jackson».

Otras tres personas que estuvieron relacionadas con el libro y cuya amabilidad no debería pasar sin reconocerse son Maxwell Taylor, Irene Roberts y Geri Thomas. Estos investigadores transcribieron muchas de las notas y otras minucias que fueron descubiertas durante la búsqueda en los libros, ahorrándome a mí y a otros involucrados en este texto mucho tiempo y energía. Estoy en deuda con ellos.

John Passantino proveyó información valiosa sobre la gira Victory y otros aspectos de la carrera de Michael Jackson, y Linda DeStefano suministró muchas cintas de vídeo de Jackson y sus hermanos para propósitos de la investigación. Les agradezco a ambos su ayuda y años de amistad.

El investigador Julio Vera pasó muchas horas en el Tribunal Superior de Los Ángeles localizando archivos judiciales muy valiosos para mi indagación. Le agradezco su paciencia y perseverancia.

John Redman también condujo entrevistas para este libro y valoro su ayuda.

Las siguientes personas fueron de gran ayuda al proveerme información o ponerme en contacto con potenciales entrevistados: Janet Charlton, Lydia Encinas, Charles Higham, Steve Ivory, Mark Ingram, Barbara Sternig, Robert Taylor, Patricia Towle y Stephen Viens.

Agradezco especialmente a estas personas su apoyo tangible e intangible para la edición original de este libro: Cindy Adams, Larry Anderson, Kristopher Antekeier, Sherman Armstrong, Stewart Armstrong, Gil Askey, Virginia August, Vern Austin, Billy Barnes, Glenn Bascome, Jeffrey Beasley, Louis Becker, Gary Berwin, Cindy Birdsong, Stanley Blits, Judith Blum, Wayne Brasler, Len Brimhall, Robert Brimmer, Ralph Brine, Robert Brown, Kenneth y Dolores Bruner y familia, Maryann Bryant, el fallecido y memorable Walter Burrell, Mark Butler, Tim Burton, Lee Campbell, Geron Canidate, Luis Cansesco, Eddie Carroll, Gordon Carter, Lee Casto, Tony Castro, Kenneth Choi, Herman Cohen, Rob Cohen, Paul Coleman, Michele Connolly, Marvin Corwin, Richard Crane, Ted Culver, Barbara Dalton, Hal Davis, Etterlene DeBarge, David Delsey, David Doolittle, Lamont Dozier, Stewart Drew, David Duarte, Beverly Ecker, Carl Feuerbacher, Mickey Free, Rosetta Frye, Rudy Garza, Rick Gianotos, Louise Gilmore, Sylvester Goodnough, Theresa Gonsalves, Martha Gonsalves, Vivian Greene, Michael Gutierrez, Scott Haeffs, Sharlette Hambrick, Virginia Harris, Max Hart, Mickey Herskowitz, C. David Heymann, Jerome Howard, Mary Ellen Howe, Steve Howell, Willie Hutch, Monty Iceman, A. D. Ingram, Terry Ireland, Johnny Jackson, Sarah Jackson, Susie Jackson, Walter Jackson, Etta James, Joyce Jillson, Edward Jimenez, Val Johns, Richard Tyler Jordan, Gregorio Jove, Patty Kellar, Curtis Kelly, Mark Kelly, David Kelsey, Randall King, Ken Kingsley, Mark Kotler, Dr. Robert Kotler, George Lakes, Lance y John (los Xhicos Hollywood), Randy Lane, Harry Langdon, Joseph Layton, Edward Lewis, Jack Lewis, Michael

Lewis, Yolanda Lewis, la doctora Carole Lieberman, Harold Long, Leonides Lopez, Peter Lounds, Gregory Matthias, Joyce McCrae, Maryann McCullough, James McField, Phillip Meadows, Charles Montgomery, Byran Moore, Clarence Moore, Lee Moore, Mark Mussari, Susan Myerson, Kenneth Nagle, David Nuell, Barbara Ormsby, Bernard Pancheco, Scherrie Payne, Ross Pendergraft, el fallecido y tan extrañado Derrick Perrault, James Perry, Marcus Phillips, Rhonda Phillips, Stewart Phillips, Andre Pittmon, Jonathan Ptak, John Reitano, Rich Reitano, Deke Richards, Jack Richardson, Lionel Richie, Seth Riggs, David Ritz, Grace Rivera, Danny Romo, Stanley Ross, el difunto Raymond St. Jacques, Ramone Sandoval, Stan Sherman, Joseph Simon, Liz Smith, James Spada, Reed Sparling, Judy Spiegelman, Gina Sprague, Steven Sprocket, Rick Starr, Nancy Stauffer, Robert Waldron, Vince Waldron, Marjorie Walker, Dan Weaver, Harry Weber, Tim Whitehead, Susan Williams, Edward Willis, Douglas Wilson, Jeffrey Wilson, Reginald Wilson, Rob Yaren y el talentoso John Whyman, quien tomó mi foto con Michael que aparece en la cubierta del libro.

También quisiera reconocer a las difuntas pero nunca olvidadas exesposas de Jackie y Tito Jackson, Enid Jackson y Dee Dee Jackson. Fueron de muchísima ayuda para mí en el pasado. Ambas eran mujeres generosas y maravillosas que nos dejaron demasiado pronto. Nosotros, amigos y familiares, las extrañamos mucho.

Un agradecimiento especial a David McGough y a DMI por algunas de las excelentes fotografías de este libro.

Nunca hubiera podido hacer solo lo que hago con mis libros, y si olvido a alguien que contribuyó de alguna manera en la investigación para esta obra —particularmente aquellos que fueron contratados para la investigación—, quedo verdaderamente apenado. Le corresponde a un equipo de profesionales, y no a un simple autor, abordar un proyecto de la magnitud de *Michael Jackson* y estoy eternamente agradecido a todos los colaboradores.

Quiero dar las gracias a Jeff Hare por ser un amigo bueno y leal.

Gracias también a lake y a Alex Eisinmann por tantos años de amistad y apoyo.

Gracias a Brian Newman por ser una persona tan positiva para mi vida. ¡Cuánto nos hemos divertido en todos estos años!

Mi colega Steven Ivory y yo hemos pasado muchas horas hablando de Michael Jackson a lo largo del tiempo, tratando de entenderlo a él y su mundo. Aprecio mucho su visión y su amistad, que ya dura casi veinticinco años.

Significa todo para mí el estar tan bendecido con tantos buenos amigos, algunos de los cuales me gustaría reconocer aquí: Richard Tyler Jordan, Ben Tyler, George Solomon, Jess Cagle, James Pinkston, David Shofner, Paul Adler, Michael Puopolo, Hazle y Rob Kragulac, Lisa Reiner, Andy Skurow, Daniel Coleridge, Randall Friesen, Billy Barnes, Roby Gayle, Sonja Kravchuck, Barbara Ormsby, Rick Starr, John Carlino, David Spiro, Adolph Steinlen y señora, David y Frances Snyder, Abby y Maddy Snyder, Maribeth y Don Rothell, Mary Alvarez, Mark Bringelson, Hope

Levy, Tom Lavagnino, David Goldberg, Peter Martocchio; David S.; Anthony Shane, Anne McVey, Bethany Marshall, Bob Weatherford, Jeff Yarbrough, Thoraf Rienow, David Chick, Yvette Jarecki, Dylan y Rydeii, Matthew Miles Barasch, Jim Bozora, Ryan Smith y el doctor Jason K. Peters.

Un agradecimiento especial a Andy Steinlen por el gigantesco papel que juega en mi vida año tras año.

Como sostengo normalmente, sin un grupo de representantes legales, un autor normalmente se encuentra sentado en casa escribiendo libros que nadie lee. Por lo tanto, doy las gracias a todos aquellos del «Equipo JRT» que dirigieron las actividades en mi oficina durante la producción de la nueva edición de *Michael Jackson. La magia y la locura, la historia completa*: los abogados Joel Loquvam y James Jiménez; los contables Ken Deakins, Rae Goldreich, Teryna Hanuscin y Harold Stock de *CBIZ* Southern California, Inc., y también a Joe Parisi de Metro Advantage Mortgage. Gracias también a mi agente en Estados Unidos, Match Douglas, y a todos los estupendos tipos de Internacional Creative Management, incluyendo a Ron Bernstein y a Buddy Thomas.

Siempre fui muy afortunado de tener una familia que me ha apoyado tanto como la mía. Mi agradecimiento y mi amor son para Roslyn y Bill Barnett, Jessica, Zachary, Rocco y Rosemarie Taraborrelli; y para Rocco, Vincent y Arnold Taraborrelli.

Gracias especialmente a mi padre, Rocco, y también a mi madre, Rose Marie, quienes siempre están en mi corazón.

Notas

[1] La expresión *jive* de la jerga afroamericana posee diversas acepciones. Una de ellas se refiere a un estilo de baile, surgido en Estados Unidos en la década de 1940, una variación del estilo jitterbug, derivado a su vez del *swing*. Otra acepción tiene como significado bromear, engañar o hacer el ridículo. [*Esta nota como todas las siguientes, es de la traductora*]. <<

[2] Katherine Jackson también firmaría una aprobación similar el 17 de octubre de 1969. Aparentemente tampoco leyó el acuerdo, ya que ella y Joseph figuran allí como los padres de John Porter Jackson —Johnny Jackson, el batería del grupo—, del cual no son parientes. <<

[3] La firma de Michael no significaba nada ya que era menor de edad, tenía apenas nueve años. Hacer que él y sus hermanos firmaran el contrato tenía como objeto que se sintieran parte de la familia Motown. Bajo la firma de Michael, Joseph W. Jackson firmó como su tutor. <<

[4] El 11 de octubre de 1989, los directivos de la escuela primaria de Gardner Street inauguraron el «Michael Jackson Auditorium», en honor al cantante. Michael asistió a la ceremonia. <<

[5] La cita de Sócrates finalmente fue recortada de la escena final de *The Wiz*. En realidad, Michael conoció a Quincy Jones cuando tenía doce años, en la casa de Sammy Davis, Jr.; Michael no recuerda el encuentro pero Quincy lo tiene presente. <<

[6] El Correo de Estados Unidos debió de estar particularmente contento con el plan, dado que cada giro costaba 1,55 dólares. Si doce millones de fans emitían giros postales, las oficinas de correos recaudarían 18 millones de dólares. En total, en 1983, los servicios postales recaudaron 124 millones de dólares en giros. <<

[7] Comedia estadounidense sobre una madre viuda y sus cinco hijos, quienes se embarcan en una carrera musical. Originalmente emitida por la ABC entre 1970 y 1974. <<

[8] Se refiere a un famoso villancico, «Winter Wonderland», compuesto en 1934 por Félix Bernard y Richard Smith, conocido en español como «Llegó la Navidad». <<

[9] En 1993, Michael le envió a Jackie un regalo extravagante, quizá para intentar ganársela. Según recuerda Stephen Styles, un amigo cercano a John F. Kennedy, Jr., «Michael deseaba una relación más profunda, creo. Pero no debías hacer eso con Jackie; era ella quien establecía los límites. Un día sonó mi teléfono y era John. "Jamás podrás adivinar lo que está sucediendo aquí —me dijo—. Mi madre está lista para el loquero". Me explicó que una enorme pantalla de televisión había sido enviada al edificio de Jackie de parte de Michael, y que era tan grande que no conseguían hacerla pasar por la puerta del vestíbulo. Estaba en medio de la acera en la Quinta Avenida envuelta en un gigantesco lazo rosa que decía: "Para Jackie. La más maravillosa mujer del mundo". Una gran multitud fue agrupándose a la espera de que la mujer más maravillosa del mundo bajase para reclamar su premio. "A mi madre le está dando un ataque", decía John en medio de su propio ataque de risa. Finalmente lograron subirla al apartamento, pero tuvieron que desmontar una gran parte sólo para poder entrarla en el vestíbulo». <<

[10] Tiempo más tarde, Arnold Klein fue obligado a testificar ante el jurado. Fue con su asistente, Debbie Rowe. Ambos testificaron que Michael era su paciente desde 1983, y que se le prescribió la primera de muchas dosis de Benoquin, una crema blanqueadora, en 1990. Klein dijo que no vio nunca el pene de Michael, pero que en una ocasión vio su trasero cuando intentó usar la crema blanqueadora Benoquin allí mismo. Klein también confirmó el incidente con el escroto de Michael cuando intentó blanquearlo en la primavera de 1993. Sin embargo, fue Rowe quien lo trató por ese problema en particular, no Klein. <<

[11] *Chicks* significa «pollitos», y también es una forma de referirse a las muchachas. <<

[12] Importante tienda de juguetes de Estados Unidos con filiales en numerosos países del mundo. <<

[13] En 2001, Michael, Justin y ’N Sync realizaron un par de presentaciones en televisión juntos, en el especial por el trigésimo aniversario megalomaníaco de Michael, y luego en los MTV Video Music Awards de ese año. Britney también apareció en el programa aniversario cantando «The Way You Make Me Feel» con Jackson. De todos modos, una parte de la emisión fue cortada debido a problemas contractuales. <<

[14] «La próxima sensación de Michael: una cámara de oxígeno». <<

[15] «El plan grotesco de Michael Jackson para vivir hasta los ciento cincuenta años». <<

[16] «Michael Jackson quiere los huesos de Merrick». <<

[17] «Manual de drogas de venta sin prescripción». <<

[18] «Michael Jackson: “Nunca lastimaría a un niño”. Exclusiva mundial: primera entrevista desde los cargos explosivos». <<

[19] «¡Sálvame Elizabeth, sálvame la vida! Exclusiva mundial». <<

[20] «Impactante verdad sobre las fotos de la exploración corporal de Michael Jackson —lo que éstas muestran— exclusiva mundial». <<

[21] «Mentes suspicaces. La problemática vida y los tiempos difíciles para una heredera del *rock and roll*». <<

[22] «Michael insiste: “Este matrimonio no es una broma”». <<

[23] «Jackson insiste en que el beso fue un *Thriller*». <<

[24] «Jacko, finalmente, rompe el silencio». <<

[25] «Princesa rompecorazones». <<

[26] «El poder secreto de Liz Taylor». <<

[27] «Taraborrelli defiende a Jackson (¡y a sí mismo!)». <<

[28] «Rey del pop». <<

[29] «El escándalo de Jackson será historia». <<

[30] «Michael promete no hacerse más cirugías». <<

[31] «Preguntas y respuestas con Lisa Marie Presley». <<

[32] «Michael Jackson: desenmascarado». <<

[33] *Las muchas caras de Michael Jackson. Edición especial de Prime Time*. <<

[34] La cara de Michael Jackson. <<

[35] «El Michael Jackson oculto». <<

[36] «¿Michael lo hizo?». <<

[37] «No necesariamente las noticias». <<

[38] «Pesadilla en Neverland» y «Mentiras del horario estelar». <<

[39] «Jackson presenta demanda por difamación». <<

[40] «Jackson paga; caso cerrado». <<

[41] «Priscilla Presley. Mi hija, yo misma». <<

[42] «¿Podrá él recomponerse emocionalmente de nuevo?». <<

[43] «¿Será este el final?». <<

[44] «¿Quién es el malo?». <<

[45] «Momento de enfrentarse a la música». <<

[46] «Dentro del mundo de Michael». <<

[47] «Lo que no son los amigos». <<

[48] «Michael Jackson pierde su asidero». <<

[49] «Michael cuenta cómo conocí a Lisa Marie y cómo me declaré». <<

[50] «Neverland se encuentra con Graceland». <<

[51] «El Rey del pop». <<

[52] «Una conversación sincera con Priscilla Presley». <<

[53] «Quisiera detener algo». <<

[54] «La verdad de la prensa: el escándalo de Michael Jackson». <<